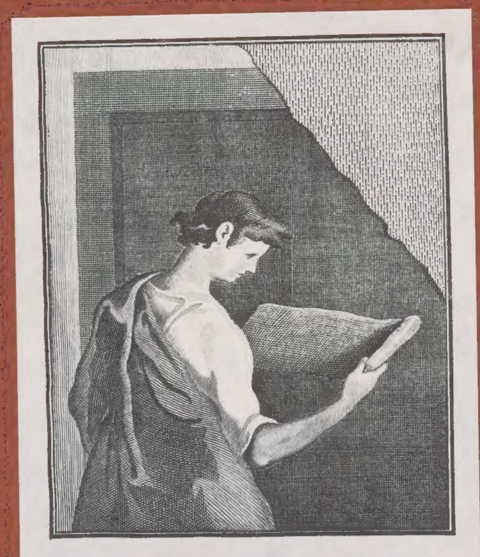
LA ILUSTRACION ARTISTICA



ILUSTRACION ARTISTICA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MAS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCION DE GRABADOS

DEBIDOS Á LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO V. — AÑO 1886

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1886

ÍNDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL TOMO VII DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO VII DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

ÍNDICE

DE LAS LAMINAS QUE FORMAN EL ALBUM ARTISTICO DE 1888

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII —— BARCELONA 2 DE ENERO DE 1888 —— NÚM. 314

NÚMERO EXTRAORDINARIO.—REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DE MARIANO FORTUNY, dibujado por el Sr. Pellicer con orla de D. Apeles Mestres

SUMARIO

TEXTO

GRABADOS



CASA DONDE NACIÓ MARIANO FORTUNY, *dibujo de F. Soberano*

FORTUNY

No tomo la pluma, al estampar este querido nombre, para repetir lo que del eximio artista han escrito distinguidos críticos españoles y extranjeros, ya para ensalzarle, ya para quilatar su mérito. Menos podría hacerlo para reproducir censuras poco benignas, que el desapasionado juicio de los inteligentes ha dado al desprecio. Mi propósito es dejar consignados algunos hechos y circunstancias relativos así á su vida como á sus obras: circunstancias y hechos que por el deudo que con él me unió y por las referencias de los individuos de mi familia que más íntimamente le trataron, me son conocidos. Unos y otros me parecen dignos de memoria, ya que con razón las cosas que en los hombres comunes se tienen por indiferentes, adquieren en los seres extraordinarios proporciones extraordinarias también, á medida que en ellos crecen las probabilidades de llegar á imperecedera fama. Y también me prometo, sin más que las reflexiones que ocasionalmente han de desprenderse de la índole de sus numerosas obras, vindicar en él á la pintura vulgarmente llamada *de género ó de costumbres*, de la nota de *arte subalterno* con que el pedantismo filosófico la condena al desdén de los hombres pensadores.

I

Mariano Fortuny, nacido en Reus el 11 de junio de 1838, quedó huérfano en la infancia. Dije, escribiendo su necrología á los cinco días de acaecida su muerte: «Vino al mundo en humilde cuna, como muchos de los genios de primer orden que han sido gloria y honra de la humanidad, porque para Dios, que envía á la tierra los inspirados depositarios de sus dones, lo mismo es el palacio que la cabaña; porque el vaso no hace la flor, y lo mismo nace la perfumada rosa en pobre tiesto de barro, que en marmóreo y esculpido jarrón la mala cizaña.» Su abuelo paterno, bondadoso anciano de su mismo nombre, á quien la suerte, contradictoria é incompleta en sus obras, había dotado de talento artístico sin proporcionarle medios para hacerlo valer, descubrió pronto en el tierno niño el tesoro que la Providencia ponía á su cuidado, y con el firme propósito de que no se le malograra, le hace ingresar á los 9 años en una pequeña escuela de dibujo recientemente instalada en la población. De allí le lleva al estudio de don Domingo Soberano, quien le enseña los primeros rudimentos de la pintura al óleo y á la aguada, y cuando ya el adolescente da muestras en los mil borrones que salen de su lápiz y de sus pinceles, de su precoz inventiva y de su singular manera de ver la naturaleza, resuelve irse con él á Barcelona

¿Qué designio le conduce allí? El viejo Fortuny, aunque educado para ebanista, esculpía con cierta habilidad y modelaba figuras de barro y cera. Había formado de estas últimas una colección que enseñaba al pueblo por unos cuantos cuartos: en ella probablemente contemplarían con la boca abierta los reusenses á Carlota Corday dando la puñalada á Marat, al emperador de Rusia Pablo I estrangulado en su lecho por los conjurados, al Duque de Enghien fusilado en los fosos del castillo de Vincennes... El mañoso nietecito le había ayudado á pintar sus muñecos y á ponerles las barbas y los trapos, y quizá le parecía ya digna su colección de excitar la curiosidad de un público más ilustrado. Por otra parte, los ensayos del pupilo ya no eran meros pintarrajos, sino que denotaban verdad, genio... ¡A Barcelona pues! pero á pié y á pequeñas jornadas, con su recámara de títeres y trebejos: ambos en peregrinación artística y novelesca, el anciano cual otro maese Pedro con su retablo, el mancebo como el Spagnoletto y como Murillo, pobre de dinero y rico de esperanzas, ágil, hermoso y fuerte, con el beso de Dios en la frente, con una fisonomía expresiva de delicadas facciones, contornada de una abundante y rizosa cabellera que parecía sacada de un fresco del Mantegna.

Para darse á conocer en la gran capital del Principado, llevaba en su cartera dibujos, acuarelas, esbozos: paisajes tomados del natural, y un estudio de un mendigo ó santero, popular en Reus.

Era esto en el año 1852.

II

Tenemos á nuestro adolescente instalado en Barcelona, donde, merced á la protección que le dispensa el escultor Talárn, dedicado á tallar imágenes de madera, y con la modesta pensión que para él obtiene de unos dignos eclesiásticos encargados de la administración de cierta obra pía, le vemos concurrir á las clases de aquella Academia de Bellas Artes y al estudio del distinguido pintor don Claudio Lorenzale, admirador de su maestro Overbeck y de la moderna escuela idealista alemana. Recibía también allí lecciones de Estética del afamado crítico D. Pablo Milá.

Talárn tenía el encargo de decorar cierta iglesia de la ciudad con motivo de unas solemnes fiestas que en ella habían de celebrarse: da á Fortuny la comisión de pintar al temple para el altar mayor un gran lienzo representando al Padre Eterno rodeado de la corte celestial; el ardoroso muchacho ejecuta la obra, y el público inteligente descubre en ella tales primores, que el nombre del naciente artista empieza á circular de boca en boca entre alabanzas y halagüeños presagios. El severo D. Pablo Milá, entusiasmado con su alumno, al contemplar un día de qué manera ha desarrollado una composición descrita por él sólo de viva voz, anuncia su futura gloria, y declara que con el tiempo ha de asombrar á todos. Sus condiscípulos oyeron aquel vaticinio sin envidia, porque su bello carácter, que conservó siempre, le hacía simpático, y les obligaba á reconocer sin emulación su superioridad indisputable.

Este período de su vida, que continúa hasta su traslación á Roma en 1858, nos ofrece un interesante cuadro: Fortuny, activo, infatigable, ansioso de adelantos, no se da punto de reposo: en Berga, en Queralt, en los pueblecillos que recorre cuando los pequeños recursos que se proporciona con sus obras, le permiten hacer excursiones, se le ve siempre con la cartera y el lápiz en la mano, ya tomando apuntes, ya copiando tipos de campesinos y lugareños, ya haciendo formales estudios del natural vivo ó inanimado; y ora en el valle, ora en la montaña, ya en la angosta calleja, ya en la desierta era, tan pronto á la sombra del árbol como en la tórrida solana, siempre se le advierte un marcado intento de sacar de aquellos vulgares objetos un *algo* que él solo entrevé y medio discierne, y que da á todos sus estudios una fisonomía nueva y extraordinaria, siquiera en su falta de práctica y de experiencia aun no acierte todavía á apoderarse de lo que allí le cautiva. Los modelos de la Academia y de la Escuela no le satisfacen; sólo la naturaleza real le enamora; las teorías admitidas sobre la *belleza ideal* son para él lenguaje ininteligible ó recetas de rutina, y todo da indicio de que algún día, su alma, creada para comprender y sentir en todos los objetos del mundo exterior otros atractivos que nadie le explica y que á nadie preocupan, y sin sospechar siquiera qué cosa es la estética, pero realizándola admirablemente sin saberlo, le llevará á romper con todo tradicional principio no conforme con lo que él en su vigoroso personalismo vea y sienta.

Los mismos profesores, que casi se mostraban escandalizados de aquella embrionaria independencia artística, comprendían en su interior que aquel joven había nacido para algo ajeno al orden común, y seducidos por su talento y por sus personales atractivos, uniendo sus esfuerzos á los de otros hombres influyentes como don Andrés de Bofarull y don Buenaventura Palau, consiguieron que la Diputación provincial de Barcelona acordase crear y sacar á oposición una plaza de pensionado en Roma, seguros de que sería Fortuny el que la obtuviese. Así sucedió en efecto: ábrese la lid bajo las condiciones propuestas por la Academia de Bellas Artes, acude á ella el joven opositor, y por votación unánime obtiene el lauro. Ninguno de sus competidores se sintió mortificado por el vencimiento: sus condis-

PILA EXISTENTE EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO, DONDE FUÉ BAUTIZADO FORTUNY

PRIMERAS MANIFESTACIONES D MARIANO FORTUNY







Copia directa de los originales que posee el señor Gusí

cípulos le aplauden, y el eco de sus plácemes lea compaña en su viaje triunfal. – Vuela á Reus gozoso: allí se despide de sus deudos y amigos de la infancia; y se encamina á Roma, donde le esperan andando el tiempo nuevas ovaciones.

No debo detenerme en la enumeración de las obras que produjo el joven iniciado en la difícil senda del arte en aquel período de vacilaciones y tentativas que transcurrió mientras estuvo sometido á la enseñanza oficial, cediendo al propio tiempo á las espontáneas sugestiones de su genio. Se ha dicho que no fué todo obra de personal intuición en la temprana tendencia de Fortuny al naturalismo, y que en ella influyó notablemente la colección de tipos parisienses de Gavarni. Posible es, porque nuestro artista era en verdad apasionado del gran dibujante francés; pero esto no disminuye en lo más mínimo el mérito de su originalidad. Todos los innovadores recibieron el germen de sus ideas de otras ideas anteriores: Nicolás Pisano derivó su noble estilo de la contemplación de un bajo-relieve antiguo que al acaso halló en su camino; Miguel Angel debió sus grandiosas formas en gran parte al genio clásico de Grecia y Roma; y sin embargo, nadie pondrá en duda la originalidad de los dos grandes maestros pisano y florentino.

Partió Fortuny para Roma en marzo de 1858; á la edad de 20 años no cumplidos.

III

Al llegar á *l'alma città* escribe á su abuelo y segundo padre: «Roma me ha producido el efecto de un vasto cementerio visitado por extranjeros;» y á los dos meses de estar allí, dirige á su maestro Lorenzale la memorable carta de que han hecho mención sus biógrafos, en la cual consigna su admiración hacia los frescos de Rafael en el Vaticano, señaladamente *el Parnaso, la Escuela de Atenas*, la *Disputa del Sacramento* y *el Incendio del Borgo;* la poca impresión que le han hecho las demás obras de los llamados grandes maestros romanos y florentinos; la maravilla que le ha causado el ver cuán infecundo resulta el estudio de estos, dado que entre tantos entusiastas de los pintores clásicos no hay uno que sepa dibujar de memoria una figura; y pasando revista á los jóvenes de las diversas naciones que en Roma estudian, elogia á los pensionados alemanes, hace notar la aptitud de los españoles para sentir é interpretar el natural, y dedica al famoso Overbeck, al maestro de su maestro, á quien sólo por deferencia á éste fué á visitar (holgándose quizás mucho de no encontrarle en su estudio), frases que dan á conocer bien claramente que reverencia al *grande hombre*, pero sin deseo de trabar amistad con él. – Fortuny se inclinaba respetuoso

ANTIGUO PALACIO DEL PAPA GIULIO, EN ROMA, Y TALLER LUEGO DE MARIANO FORTUNY, copia de un cuadro del Sr. Moragas.

mente la Roma antigua, pero detestaba el pseudoclasicismo entronizado en ella: en la ciudad de los Césares le embelesaba la naturaleza viva, y le causaba grima el falso y convencional estilo de los que habiendo vivido años y años en la hermosa tierra del Lacio, inundada de luz é irisada de brillantes colores, habían podido desdeñar tales encantos para representar, como el Dughet ó el Van Bloemen por ejemplo, una naturaleza crepuscular, triste y tercianaria.

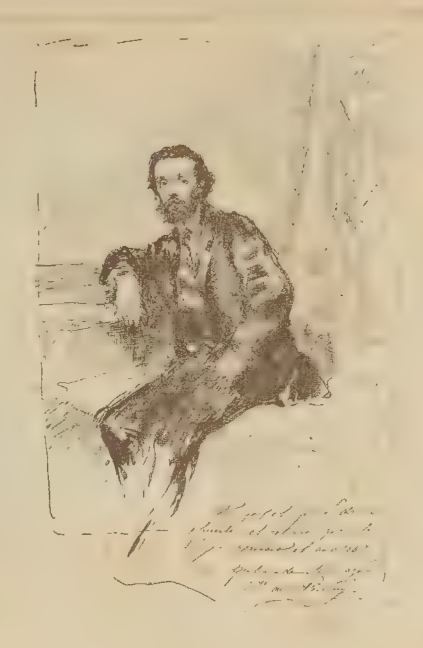
Embebecido en el estudio de los tipos populares, del *romagnolo*, de la *ciociara*, del *trasteverino*, de todo lo que ofrecía algún pasto á su imaginación ansiosa de formas reales y de vivientes caracteres, le sorprendió á principios del año 1860 el rumor embriagador que en las playas catalanas levantaba, propagándose á través del Mediterráneo, el grito de guerra de la ofendida patria armada contra el Imperio marroquí. Y llega de allí á poco á sus manos una invitación oficial que le dirige la Diputación provincial de Barcelona para que vaya al Africa á perpetuar en un cuadro de grandes dimensiones la victoria que ya se presiente ha de coronar el vigoroso empuje de la nación española.

Excusado es decir que Fortuny la aceptó alborozado. En el Africa estaba el complemento de sus sueños de luz y color: allí podría él saciar aquella sed inextinguible con que había nacido, de beberle al sol hasta el último de sus rayos, de sorprenderle á la naturaleza hasta la última de sus espontáneas coloraciones. Allí le sería dado hacer á sus anchas el estudio que constituye la base del arte plástico, que es el del cuerpo humano, sin distinción de edad ó sexo, ya en reposo, ya en movimiento, ya vestido, ya desnudo, descubriendo á su escrutadora mirada formas y tintes que nunca se obtienen del modelo mercenario en la Escuela.

IV

Fortuny, en la campaña de Africa, no trató de remedar al capitán Juan de Toledo, que, cual otro Ercilla, era á un tiempo mismo artista y soldado: le bastaba ser artista, si bien para pintar los hechos de la guerra le fuese á veces forzoso arriesgar la persona. El drama y el sainete, lo formal y lo grotesco, alternaban para él en aquella existencia de aventurero voluntario y soldado forzoso.

Como catalán y reusense, fué presentado al general Prim, el cual al principio ni le hizo caso; pero luego se le mostró afectuoso y complaciente. Fortuny llevó al campamento en su compañía un *fidus achates*, un joven paisano suyo llamado Jaime Escriu, quien le ayudaba en las faenas de aquella vida aventurera, y le quería tanto que no acertaba á separarse de su lado. El general, fastuoso aun en campaña, brindaba diariamente con su mesa á los oficiales que servían á sus órdenes y á los jóvenes voluntarios que militaban como aficionados bajo su bandera. En su tienda se comía á hora fija, con tanta puntualidad como en un convento, sin que se admitiera excusa al que faltase á ella, y para que la prescripción no se infringiese, á la entrada de la tienda se daba á cada comensal su silla de tijera, y no recibía silla el que llegaba tarde. Un día faltó Escriu á la hora prescrita, y no se le dió silla al entrar; pero él, por no separarse de su Mariano, cautelosamente y sin hacer ruido se llegó á la mesa, toda ocupada por Prim y sus convidados; y poniéndose al lado del amigo, en cuclillas, como si estuviese sentado, se aguantó agarrado á la tabla en aquella molestísima postura todo el tiempo que duró la comida, sudando la gota como un colegial holgazán en examen de latín.



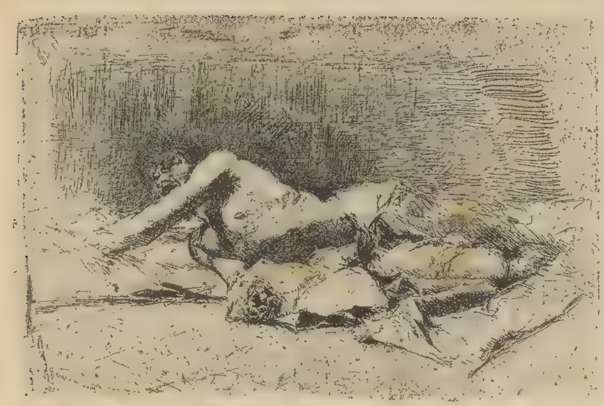
RETRATO DEL PINTOR D. TOMÁS MORAGAS, *dibujado á la pluma*

Otros lances resultaron algo más serios. En cierta ocasión movió el general su campo, y mandó levantar las tiendas. Fortuny se había separado algo del cuerpo de Prim para tomar apuntes. Poco práctico en operaciones militares, al oir el toque de marcha, empezó á apurarse no sabiendo qué hacer con su tienda, y mientras pensativo y cabizbajo se resignaba ya á caer en manos de los moros que se venían encima, advirtió con agradable sorpresa que un jefe de alta graduación había acudido á sacarle del apuro, arrollando por sus propias manos la lona de su tienda, y ese jefe no era otro que el mismo general Prim, que con su sagaz mirada le había seguido de lejos, interesándose por él y adivinando quizá el porvenir del simpático paisano, á quien nadie aun apreciaba como artista, ni conocía apenas. - Otro día, habiéndose internado sin sospecharlo en el campo enemigo, y todo entregado al placer de trasladar á su cartera un pintoresco accidente del terreno, se halló de repente rodeado de muslimes armados y de feroz catadura que le llevaron prisionero á su kabila. Tuvo la suerte de que el caudillo de ésta, por un arranque de inesperada generosidad, le dejase libre, y el joven pintor salió del aprieto costándole sólo su temeridad una larga caminata por desiertos pedregales y barrancos que le dejó blando como una breva. – El ardoroso afán con que se entregaba al ejercicio del lápiz y del pincel en medio de aquellos peligros, pudo no pocas veces costarle la vida. Estaba una mañana dibujando sobre una piedra del campo, cuando una bala de espingarda dió en aquel rústico sostén descantillándole bajo su mano. – ¡Esa, para los pintores! – dijo, guiñando el ojo á su compañero, un soldado andaluz de una pareja puesta allí de atalaya.

A vueltas de estas desagradables peripecias, ¡cuántas satisfacciones y cuánto placer no experimentaría su alma de artista! Tener de modelos á los habitantes del Rif y del Atlas en sus aduares y en sus tribus, con sus ancianos, sus mujeres, sus hijos, sus caballos y camellos, sus armas y sus pintorescos trajes; ser testigo de sus usos y costumbres, pintarlos en cuantos actos de su singular existencia le permitiera observar y escudriñar su condición de extranjero, disfrazado muy á menudo de sectario del Profeta para que fuese entre ellos tolerada su presencia, era una dicha que Fortuny, idólatra de la naturaleza libre y no mutilada por la humana civilización, no se hubiera atrevido á esperar nunca. Así volvió de la guerra de Africa con las carteras atestadas de estudios, apuntes, proyectos, manchas de color, efectos de luz, y tonos robados al cielo, al mar, á los tostados arenales, á los lejanos horizontes, á los abigarrados trajes, á la vistosa coloración de las ruinas y de los aduares, á la veladura de fuego y oro que tiende el sol de mediodía sobre todos los objetos que la vista alcanza. Sus dibujos y acuarelas, aquel precioso y rico depósito de materiales, suficiente á llenar multitud de cartones, tablas y lienzos, de cuadros originalísimos y nunca vistas composiciones, estuvieron á punto de perderse en los momentos en que disponía su regreso á Roma. Un descuido hizo que le faltasen en su equipaje, y recorrió desalado el campamento buscando sus carteras... No sé cómo las recobró.



EL ÚLTIMO AMIGO, copia directa de un agua fuerte de la colección del señor Moragas

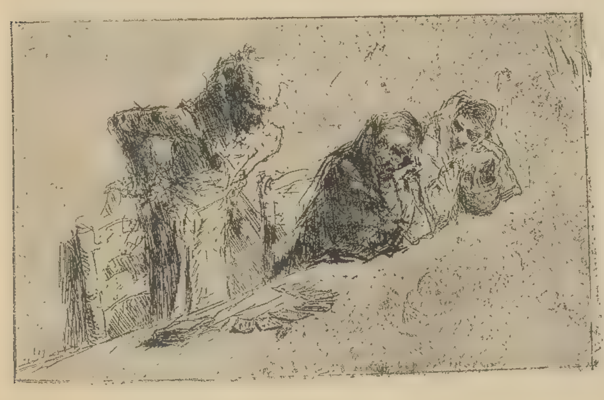


EL MORIBUNDO. – ESTUDIO DEL NATURAL, *agua-fuerte*

La toma de Tetuán, hecho glorioso que se celebró en el ejército expedicionario y en toda la Península con una verdadera explosión de júbilo, y que exaltó el patriotismo español tanto cuanto pudo hacerlo la toma de Orán en tiempo de Cisneros y la expugnación de la Goleta en los días de Carlos V, fué el hermoso asunto elegido por Fortuny para el gran cuadro que la Diputación provincial de Barcelona exigía de él para decorar uno de sus salones. Los moros del Rif y del Atlas estaban, más que fotografiados, vivos en sus carteras: el ambiente de átomos de oro que envuelve la naturaleza africana henchía su retina; y sin embargo, para desempeñar su cometido á toda conciencia – y la de Mariano Fortuny nunca se daba por satisfecha, – estimó indispensable, primero, someter su pensamiento al juicio de un eximio pintor napolitano, el renombrado Morelli, quien desde aquel viaje del pintor catalán á Nápoles, quedó estrechamente unido á él por los vínculos de la admiración y del afecto; y luego, repetir el viaje á Africa, en busca de nuevos apuntes y nuevos datos locales, lo cual ejecutó hacia el año 1862. En esta segunda expedición á la tierra mogrebita su genio adquirió la madurez propia del consumado artista enteramente dueño de la forma y del color, y desde su vuelta á Roma, después de visitar á Madrid, París y Florencia, comenzó la brillante serie de creaciones que había de granjear en breve un nombre europeo á aquel joven de 25 años, poco tiempo antes sólo celebrado por sus condiscípulos, amigos y deudos.

Al propio tiempo que iba perfeccionando la grandiosa composición de *La toma de Tetuán*, ejecutaba cuadros y acuarelas de costumbres, dando el mayor número á los tipos africanos que tan grabados tenía en la memoria y tan perfectamente estudiados por el natural. A esta época pertenece el precioso cuadro de *La corrida de la pólvora* que regaló á su protector D. Buenaventura Palau. – Pero no es mi propósito hacer una enumeración cronológica de sus producciones notables: tarea ya desempeñada por los que me han precedido escribiendo biografías de Fortuny más ó menos completas. Dije al principiar cuál era mi intento al volver á presentar su nombre al público.

Las obras que mandó á Barcelona causaron verdadero asombro á los inteligentes: bien lo atestigua el juicio que de ellas formó don José Puiggarí en la *Revista de Cataluña*.



LAS CARTAS, *agua-fuerte*

La fama del pintor fué creciendo de día en día, y desde que trasladó su primer estudio de la *via Ripatta* al llamado de *Papa Giulio* en la *via Flaminia*, con la mayor comodidad que éste le proporcionaba para exponer sus cuadros y recibir visitas de curiosos, fué irradiando por toda Roma, y se extendió hasta las márgenes del Sena trasmitida por las mil lenguas de los artistas italianos y extranjeros, y de los traficantes en obras de arte que siempre pululan en la *cittá Eterna*. Con tan lisonjeros estímulos, redobló su ardor, y cuando vino á Madrid en 1866, trajo en su equipaje multitud de obras de primer orden, unas concluídas y otras en embrión: *la Fantasía árabe*, *los Anticuarios*, *el Herrador marroquí*, que luego poseyó el pintor D. Francisco Sans, y otros muchos asuntos ya al óleo, ya á la acuarela, en que retrataba de una manera hasta entonces nunca vista, las costumbres de los bereberes, árabes y beduínos, y ponía de manifiesto, como no lo habían hecho los más célebres viajeros y etnógrafos, las diferencias de caracteres, vida y hábitos de los hijos de la Libia.

En aquella época le conocí, presentado en casa de mi hermano Federico por su amigo Sans, y nos cautivó á todos su persona. Hizo algunos estudios en nuestro riquísimo museo del Prado, y los artistas de la corte admiraron su talento, porque era tan comprensivo y universal, que en sus composiciones originales lo mismo trataba los tipos y costumbres de los cortesanos de la Regencia y del siglo de Fernando VI y Carlos III, que las escenas de los nómades del Desierto, ó que los idilios del Lacio y de la Hélade. Recuerdo que al verle manejar la acuarela de un modo completamente inusitado, libre, enérgico, extraño á toda regla de convención y de rutina, todos querían hacerse acuarelistas... lográndolo pocos. En aquel tiempo se enlazaron con mutuo y santo afecto su corazón y el de Cecilia de Madrazo, - la linda criatura que destinaba el cielo á acompañar á Mariano Fortuny, como Beatriz al Dante hollando el estrellado firmamento, durante una bienaventurada peregrinación de siete años por senda de flores dentro del encantado cielo del arte. Pidió su mano, no sin gran timidez, supuesto que, según me refirió el mismo Sans, tuvo éste que irle empujando por el camino á la casa del esclarecido artista que había de ser su padre político; y otorgada que le fué para el año siguiente, partió á Roma, donde reanudó sus tareas con devorador afán, y de donde volvió antes del año, enriquecido con nuevos méritos, entre los cuales descollaba el cuadro que unos llaman *del Anticuario* y otros *del Aficionado á estampas*, del cual posee una repetición con variantes, en su hotel de *Cours la Reine*, de París, el espléndido caballero norteamericano Mr. William Stewart, que fué uno de sus más constantes y afectuosos amigos: á este cuadro acompañaban multitud de obras que los amantes del arte aplaudieron entusiasmados, expuestas en el estudio de Madrazo. – Casado ya, y en posesión de sus dos amores, su mujer y su arte, los breves años de existencia que le estaban reservados, fueron, cual obra de una hada benéfica, primoroso tejido de dicha doméstica, triunfos artísticos y abundancia.

Las residencias de la afortunada pareja fueron: primero Roma, del año 67 al 69; luego París, del 69 al 70; Madrid, sólo de tránsito y por breves días; Granada desde el 70 al 72: es decir, la ciudad de las grandes inspiraciones; el gran bazar de todas las ideas; y la llave del encantado alcázar de los sueños. – La descripción de cada uno de los bellísimos cuadros y de las soberbias acuarelas que en estos siete años salieron de sus pinceles, exigiría un largo artículo, de manera que para dar razón cabal del prodigioso conjunto de sus composiciones, se requeriría un grueso volumen. Porque Fortuny pintó con variedad asombrosa. En la vasta jurisdicción de su paleta entraban todos los géneros, la perspectiva, la rica decoración arquitectónica, el paisaje, la marina, la pintura de animales, plantas, etc., y además toda clase de asuntos, los históricos, los de género y costumbres; y entre sus figuras, el prócer, el soldado, el comediante, el torero, el saltimbanquis, el bandolero, el mendigo, el gitano, todo ser humano menos la ramera, aristocrática ó plebeya. Hay muchos de sus cuadros, como *la Vicaría*, *los Académicos eligiendo modelo*, *los Arcades*, *los Anticuarios*, *los Bibliófilos* y otros, en los cuales con la pintura de la figura van unidas la de decoración y perspectiva, la de paisaje, la de flores; y lo que hace más dificultoso y prolijo el análisis de sus bellezas, es el haber introducido el autor infinidad de objetos, ya de ornamentación arquitectónica, ya de mobiliario, ya de indumentaria, ora de orfebrería, ora de cerámica, vasos, arneses, armas, tapices, cortinajes, flores, plantas, etc., que constituyen un mundo de accesorios de inacabable contemplación. Me limitaré, pues, á fijar las épocas en que ejecutó los más notables.

El de *los Anticuarios* lo repitió hasta tres veces, siempre con variantes, y la última salió de su estudio de Roma en 1867. De la *Fantasía árabe* hizo dos cuadros, que terminó en el mismo año 67. – Comenzó *la Vicaría* á principios del año 68, en Madrid, en casa de Madrazo, donde copió al mismo tiempo dos interesantes retratos de Goya que allí había, por ser éste su pintor español predilecto, tanto quizá como Velázquez. La prosiguió en Roma en el verano del 68: á fines de este año la volvió á empezar;



ARLECHINO, *modelo predilecto de Fortuny en Roma*

DIBUJO Á LA PLUMA

la continuó en París durante el estío de 1869, juntamente con el bellísimo cuadro de costumbres árabes que tituló *les Charmeurs*, y con el primer pensamiento de los *Académicos pelucones eligiendo modelo*; y esto lo hacía en el estudio de su amigo el célebre pintor Jerôme, ausente de París á la sazón. El cuadro de *la Vicaría*, terminado á principios del año 70 en la *maison Vallin* de los Campos Elíseos, que tomó Fortuny después que Jerôme regresó de sus excursiones de verano y otoño, tiene curiosa historia. A fines de mayo del 68, buscando afanoso el artista en las iglesias de Roma una verja para cerrar el arco que había figurado en el fondo de su escena, no la encontró á su gusto, pero sí una pícara terciana en el frío húmedo de uno de aquellos templos, y tuvo que suspender su obra para ir á restablecerse á Nápoles, llevándose consigo á su cuñado Ricardo, al inseparable compañero de su vida en estos siete años de bienandanzas y triunfos. – Continuando su obra en París en el verano siguiente, ocurrióle representar como testigo de la boda que es el asunto del cuadro, á un general español del tiempo de Carlos IV, con botas de montar, á lo Murat, y como en su costumbre de inspirarse en todo del natural no le era posible terminar este personaje por no encontrar botas de aquella forma, el insigne Messonnier, de quien también se había hecho amigo, le invitó á que fuese á su casa de Poissy donde le proporcionaría lo que deseaba. Aceptando Fortuny, se encontró con que su modelo iba á ser el mismo Messonnier: el cual, puesto de botas altas,



TIPO MARROQUÍ, *estudio al óleo de la colección de Mr. Stewart*

estuvo sirviéndole de original todo el tiempo preciso, tan contento de prestar aquel servicio á su colega español, que al asomar la cabeza por la puerta un sujeto de los que ordinariamente acudían á visitarle, le detuvo diciéndole secamente: *Excusez: je pose pour Mr. Fortuny.* – El cuadro estuvo expuesto á perecer dos veces: descubrió el autor un día en la parte alta cerca del marco unos agujerillos redondos, que denunciaban el trabajo de mina de una traidora carcoma: desagradable era la sorpresa; pero para los casos arduos son los grandes corazones: tomó un buril que tenía á mano, hundió la punta en uno de los agujeros, cortó por lo sano la madera, y viendo que el insecto la había taladrado en dirección de la superficie un largo trecho, puso al descubierto con un profundo surco toda la mina, destruyendo su peregrina pintura. Reparó después la extensa brecha como un hábil restaurador, y dejó el cuadro sin la menor señal de haber sufrido tan heroica cura. - Muchos años después, y muerto ya Fortuny, dió indicios este mismo cuadro de haberse reproducido en él la temible larva, y fué menester someterle á una operación harto más delicada y peligrosa, que consistió en irle quitando por capas toda la tabla de nogal en que primeramente fué pintado, sustituyéndola con otra de caoba.

La *Vicaría*, ó *le mariage espagnol* como le han llamado en París, produjo tal sensación entre los inteligentes, que el eminente crítico Théophile Gautier condenado á la sazón á no poder salir de su casa, donde ya le tenía postrado la dolencia que de allí á poco le arrebató á las letras, pidió con gran encarecimiento á su amigo Goupil, dueño de la obra, que se la llevase para contemplarla; y tanto le enamoró, que no pudo menos de consagrarle en el *Journal officiel* del 19 de mayo un extenso folletín, en que escribió estas líneas: «no es posible expresar con palabras el buen gusto encantador, la gracia exquisita, la originalidad inesperada de este cuadro, que reune la flor virginal del boceto con la conclusión de la obra maestra más esmerada y preciosa...» Este juicio del crítico más dotado de sentimiento estético que ha producido la Francia moderna, es la verdadera fórmula que define la personalidad artística de Fortuny. Para hacer una revolución en la pintura, no le faltó sino tener imitadores que pudieran ver y sentir como él. De los inteligentes se comunicó el entusiasmo á la sociedad de París entero. Todo el que pasó en las orillas del Sena aquel invierno, pudo ser testigo del arrebato que produjo con su obra el joven pintor español. Nada exagero si afirmo que desde entonces su reputación creciente se hizo asunto de moda, y que no ha habido jamás privado ni ministro que haya tenido á su puerta más carruajes de pretendientes y admiradores. Goupil no expuso este cuadro con el del *Domador de serpientes (charmeur de serpents)* y con las acuarelas del *Mercader de alfombras*, los *Bibliófilos*, el *Café de las golondrinas* y el *Kief*, los cuales estuvieron puestos á la expectación pública en su galería de la plaza de la nueva Opera, sino que lo tuvo en gabinete reservado para solaz de los privilegiados; mas esto mismo excitó en los aficionados el deseo de saborearle, y para la alta sociedad parisiense fué una verdadera fiesta el lograrlo. Todas las personas acaudaladas y de gusto lo contemplaron, y entonces, como favor especial, lo cedió el hábil especulador á Mme. de Cassin por una crecidísima suma.

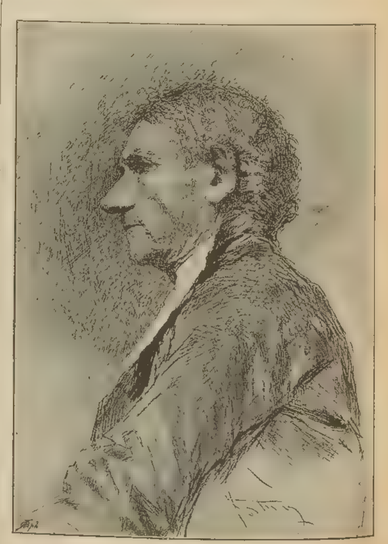
El cuadro de *los Académicos eligiendo modelo*, perla de la colección de Mr. Stewart, fué comenzado en Roma en 1869, continuado en París, y luego en Granada, y no terminado hasta principios del año 74 en Roma, donde fué concebido. – En Granada tuvo su principio el de *los Arcades oyendo la lectura de una tragedia*, concluído también en 1874. – En Granada hizo el *Patio de la mezquita*, el *Patio de Lindaraja*, los dos cuadros del *Afilador* y del *Carmen*, y empezó *el Patio de la Alberca* y la *Sala de Abencerrajes*.

Se observará que Fortuny empleaba varios años en cada uno de sus cuadros de caballete, no porque los pintase con fatiga, sino al contrario, para consagrar á su ejecución sólo los momentos en que se sentía más dispuesto á trabajar en ellos con la frescura que quería resaltase siempre en su colorido sin perjuicio de la esmerada conclusión. Llevaba así á la par diferentes obras, y el número prodigioso de las que produjo en su rápido paso por el mundo demuestra que no era fecundidad de imaginación lo que le faltaba. Aturde en verdad el considerar cómo podía atender á la vez á sus cuadros, á sus acuarelas, á sus estudios, á sus aguas fuertes, á sus dibujos y apuntes, de los cuales ha dejado centenares en sus carteras, quedándole todavía tiempo para dedicarse á delicadísimas obras de mano, que formarán un capítulo especial cuando se escriba extensamente su vida; para allegar antigüedades y preciosidades de todo género, bronces árabes, cerámica morisca, brocados del siglo XV, tapices persas y tunecíes, armaduras y espadas del Oriente, trípticos bizantinos, telas de la España sarracena, etc., para leer historias é investigar añejos procedimientos industriales; y por último para saborear en las largas noches de invierno la música de Mozart y de Beethoven, que, después del amor de su familia, era su cielo en la tierra. – Como prueba de la exquisita conciencia que ponía en todas sus obras, merced á la cual nunca se advierten en ellas expedientes vulgares, anacronismos, ni ripios con que salir del paso, recordaré que en el otoño del año 71, mientras pintaba en Granada el cuadro de la *Sala de Abencerrajes*, hizo un viaje á Tánger sólo con el fin de proporcionarse apuntes para una lámpara y otros objetos del mobiliario morisco con que había ideado amenizar su composición.

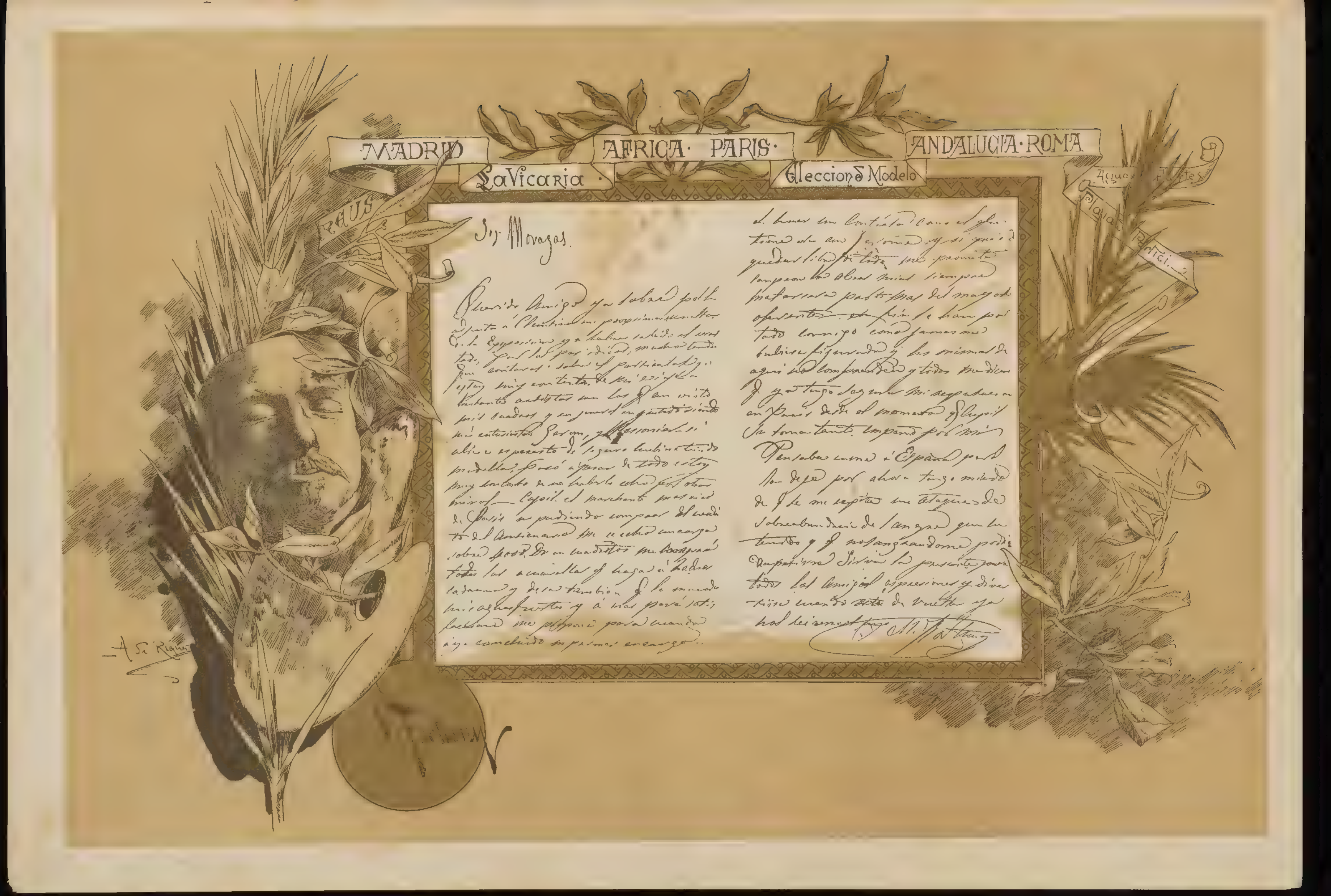
En la primavera del año 72, hallándose en su estudio de *los Mártires* de la encantadora Alhambra, recibió la desagradable noticia de que su buen criado Spina, á quien tenía encomendada la custodia de su nuevo estudio de la *villa Martinori*, acababa de morir. En aquel estudio, primitivo museo Campana, tenía su inmenso cuadro de la *Toma de Tetuán*, aun no terminado, y casi todo su precioso arsenal artístico, juntamente con objetos de indumentaria que había reunido para pintar aquella gran batalla. Voló á Roma: allí le refirieron que el leal doméstico, conociendo sin duda que se le acababa la vida, se había en sus últimos momentos encerrado dentro del estudio para que nadie penetrase en el santuario de su amo, y había ido á morir sobre un sofá como un perro fiel. Dispuso Fortuny se hiciesen sufragios por el pobre Spina, arregló sus asuntos, y regresó á Granada. Entonces empezó y terminó sus dos cuadros *el Afilador* y *el Carmen granadino*: y quedaban sin concluir el *Patio de la Alberca* y la *Sala de Abencerrajes* cuando resolvió restituirse con su familia á Roma.

El estudio de la *villa Martinori* reclamaba una completa transformación, porque la inmensa cantidad de objetos antiguos y preciosos reunidos por Fortuny exigía verlos coleccionados en una espaciosa galería. Hízolo así á fines del año 73, y aquel local que había sido en otro tiempo museo de antigüedades etruscas, era ahora un segundo Cluny. En él terminó los dos bellísimos cuadros de que he hablado de *los Árcades* y de los *Académicos pelucones eligiendo modelo*. – En la primavera del 74 se trasladó á París con su mujer, dejando en Roma sus hijos al cuidado de su hermano, más que cuñado, Ricardo: realizó con aquellas dos obras una considerable suma, y con su amigo el Barón Davillier hizo una excursión á Londres, de donde regresó con favorables impresiones de Inglaterra y los ingleses, y con su cartera llena de curiosos apuntes y notas.

Cuando volvió á Roma en el mes de junio, la antigua reina del mundo produjo en él una indefinible sensación de tristeza; y era que acaso se anunciaban en él las influencias del mortífero miasma palúdico que, como traidora sierpe, se deslizaba por entre las arboledas de la hermosa *villa* donde tenía su estudio. Trasladóse entonces á Nápoles, y luego á Pórtici, donde en la risueña *villa Arata*, á la orilla de un mar de líquido zafiro, creó su último sueño de felicidad, fijando su trasunto en un precio-



ESTUDIO, *copia fotográfica del original*



Sr. Moragas.

Querido Amigo ya sabrá por la
carta á Martinez mi proximo [illegible]
de la Esposicion y [illegible] el [illegible]
todo, por los periodicos, mucho [illegible]
que [illegible] sobre el particular y
estoy muy contento de [illegible]
bastantes artistas con los que [illegible]
mis cuadros y en general [illegible]
mi [illegible] Gerom, y Meissonier, si
[illegible] esperaba de seguro [illegible]
medallas, pero á pesar de todo estoy
muy contento de no haberle echo por otros
motivos. Goupil el marchand mas rico
de Paris no pudiendo comprar el cuadro
de la Vicaria me ha echo un encargo
sobre 5000 dr en cuadritos me comprará
todas las acuarellas que haga á todo
[illegible] y dibujos tambien que he echo
mis aguasfuertes y á mas para satis-
facerme me propone para cuando
haya concluido mi primer encargo
de hacer un contrato como el que
tiene echo con Gerome y si quiero
quedar libre de todo me promete
comprar las obras mias siempre
[illegible] mas del mayor
ofrecente. En fin se han portado
conmigo como jamas me
hubiese figurado y los mismos de
aqui no comprenden y todos me dicen
que yo tengo [illegible]
en Paris desde el momento que Goupil
se toma tanto empeño por mi.
Pensaba venir á España pero
lo dejo por ahora tengo miedo
de que se me repita un ataque de
sobreabundancia de sangre que he
tenido y que [illegible]
[illegible] Sirva la presente para
todos los amigos, espresiones y diver-
tirse cuando esté de vuelta ya
nos [illegible] tuyo
M. Fortuny



LA VICARIA, cuadro de Mariano Fortu

Copia autorizada de una fotografía de la casa



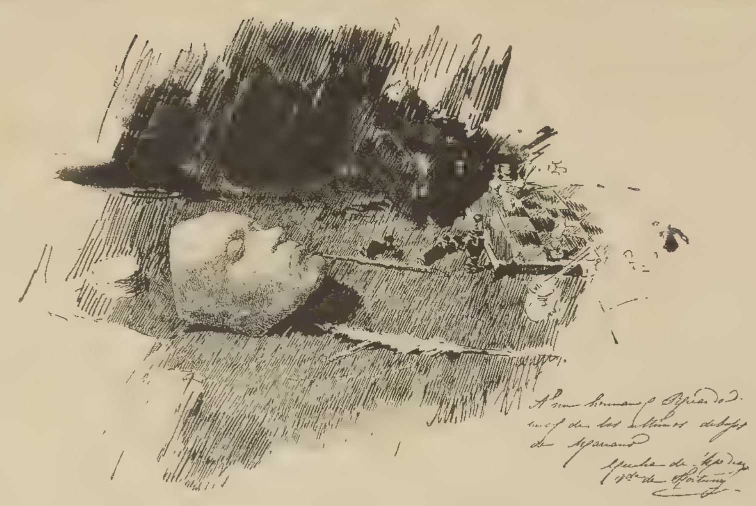
uny, grabado de Kaesseberg y Oertel de Viena

...pal y C.ª (de los Boussod, Valadon y C.ª) de París

sísimo cuadro que tituló *la Villegiatura*. – Fuéle forzoso á principios de noviembre abandonar aquellas encantadas playas para regresar á Roma, y tan desolada se sentía el alma al volver se á instalar en su estudio, que el día 7 de aquel mismo mes escribió á su amigo Davillier, ilustrando su carta con dibujos á la pluma como tenía de costumbre y representándose á sí mismo en un busto de yeso hueco por dentro, con pájaros que se escapaban de él, diciéndole: «Aquí me tiene V. de nuevo en la *Città Eterna*, triste y disgustado, sin ganas de pintar, con la cabeza vacía como un nido sin pájaros... Sin duda han dirigido su vuelo á Pórtici, donde he pasado un verano tan dichoso.» – A los pocos días una fiebre perniciosa le hundía en el sepulcro: uno de sus favoritos entretenimientos en las últimas noches de su vida, era dibujar á la pluma la mascarilla de Beethoven.

No quiero recordar el drama desgarrador ocurrido en la tarde del 21 de noviembre de 1874, ni siquiera la conmovedora elegía que, con el luto de las Escuelas de Bellas-Artes de Roma y París, y por el órgano de la prensa periódica europea, alzaron como á coro todas las naciones interesadas en el movimiento artístico moderno. Aquel luctuoso tributo correspondía á Fortuny en su féretro; al gran pintor, en el Walhalla del genio, sólo corresponden himnos y coronas.

PEDRO DE MADRAZO



MASCARILLA DE BEETHOVEN, *copia de un dibujo á la pluma*



FORTUNY EN UNA CARTA

A los hombres y sobre todo á los *grandes hombres*, hay que juzgarles principalmente por sus actos íntimos. Aquello de que *no hay grande hombre para su ayuda de cámara*, es mucho más verdad de lo que se cree. Las personas que tienen la seguridad de que no bien pondrán los pies en la calle han de atraer las miradas del público, carecen de espontaneidad en sus movimientos, acomodan modales y semblante á las preocupaciones del vulgo y hasta á menudo se ven obligados á imitar á los tontos que se visten los trapos de cristianar para ir á casa del retratista. La *pose* es una actitud que no se adopta exclusivamente en el taller del artista: hay en el mundo mucha *pose* y los grandes hombres son juzgados frecuentemente por los papeles que representan en la pícara comedia social y de los cuales, en muchas ocasiones, han de reirse ellos mismos.

Hay, pues, que estudiar á los héroes *cuando no ejercen de héroes*; al actor fuera de la escena, al pintor fuera de la Exposición, al general fuera del campo de batalla. Afortunadamente la intimidad humana tiene una manera común de revelarse. El *sobre* echado al correo encierra las más de las veces, la esencia genuina del autor de la carta: al romper un *sobre* pudiérase decir que abrimos con escalpelo el pecho de un hombre hasta poner al descubierto su corazón.

Nuestra buena fortuna nos ha proporcionado una carta de Mariano Fortuny, una carta singularísima, impremeditada, hasta incoherente, en la cual se destacan al par su personalidad humana y su personalidad artística. Esta carta fué dirigida á otro artista, íntimo amigo del autor, uno de los muy pocos, quizás el único, á quien se descubría tal cual era; el único también que pudiera decirnos de la vida y de la muerte de Fortuny lo que nadie ha dicho, lo que probablemente sólo él sabe.

La carta en cuestión lleva la fecha del 8 de julio de 1867. Fortuny tenía á la sazón veintinueve años. Está escrita en Madrid durante el viaje que decidió de su porvenir, y su contenido es la silueta acabada del hombre, del artista y hasta del profeta. Empieza así:

Querido Moragas: Ayer recibí tu carta, por la cual te doy gracias; y como supongo te interesarán mis noticias, allá van.

Llegué á Madrid el viernes; fuí á casa de ella y no te digo lo que pasó; adivínalo. Está más hermosa que nunca, pero bastante flaca.

Aquí aparece el enamorado: su pasión es cándida como la de un niño. Fortuny no podía amar de otra suerte. La visión de mujer que en su exaltada mente de artista se forjara, para que, como Leonor ó la Fornarina, ilumine el camino de su vida con los rayos de su esplendida y poética belleza, ha surgido impensadamente la visión no era tal visión, tenía cuerpo, existía, podía contemplarla á su sabor, caer á sus pies, amarla como se ama á una mujer y venerarla como se venera una estatua. Pero en aquel entonces Fortuny no había llenado aún el mundo del arte con su nombre; ama á esa mujer con el respeto y la timidez del que pone sus ojos en sitio muy alto, y es breve, muy breve cuando habla de *ella* á su íntimo amigo. Cualquiera diría que esa confidencia se le escapa á pesar suyo: el amor de Fortuny es virgen. Más afortunado que el poeta de Sorrento y más honesto que el pintor de Urbino, tuvo la dicha de llamarse esposo de su amada. Cuando de esta unión nació un hijo, dos rayos de sol convergieron en su cuna, el espléndido sol del padre en su oriente y el sol de su abuelo, no menos hermoso en el ocaso.



LA ELECCIÓN DE MODELO, cuadro al óleo



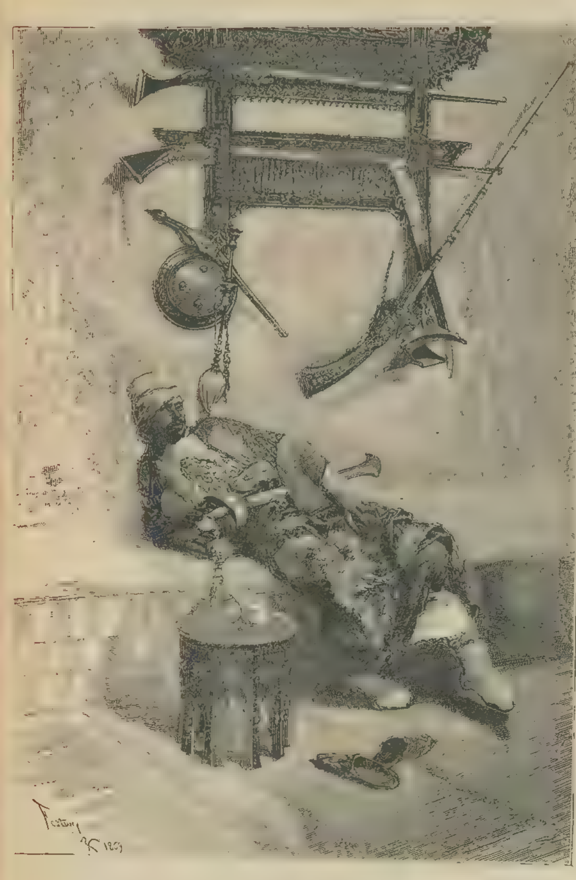
BATALLA DE TETUÁN, copia del cuadro, propieda

PASATIEMPO, cuadro al óleo, de la colección de M. H. Stebbins



d de la Excma. Diputación provincial de Barcelona

CASA DEL AYUNTAMIENTO DE GRANADA, cuadro al óleo (sin terminar)



UN MORO DE TANGER, *copia de una acuarela*

Fortuny ha entrado con buen pie en casa de Madrazo, sin embargo se siente mal, á pesar suyo; no acierta á ırse una explicación plausible de su estado: él, que tanto tudia la naturaleza, se extraña é irrita ırque le sucede la cosa más natural del undo, no creer en la felicidad cuando la tiene cerca. Esto explica que la carta ntinúe en los términos siguientes:

He sido recibido muy bien, demasiado en, y ¿lo creerás? á pesar de todo sigo con i mal humor y tengo algunos momentos roces. Tengo el demonio en el cuerpo... Ya s; estar así sin motivos, es algo cargante...

¡Pobre Fortuny! Aquella figura tan va-nil y tan hermosa á un tiempo, encierra alma de un niño. Bien puede decirse que ıa por primera vez, cuando esta pasión oduce tal trastorno en su ser. En esta uación especialísima, en que el temor y esperanza se apoderan sucesivamente su pecho, hace como las criaturas me-osas que solamente se creen seguras en regazo de su madre. Y la madre de For-ıy es la pintura, su hogar es el taller de ɔma en que da forma divina á sus pen-nientos humanos, su familia la compo-n los artistas que allí sufren con él y con gozan en sus obras. Madrid no es su ele-ento, ni aun estando *ella* en Madrid, ortuny siente la nostalgia del arte y escri á renglón seguido:

Siempre tengo presente mi pasado: ya no una dorada ilusión ó como un cruel ɔte, ¡siempre, siempre estoy pensando en o!... Mi estudio, mi mesa de trabajo, la mera, *los terrados de enfrente, las noches sadas en vela ocupado en las aguas fuer , nuestras discusiones de arte en el* Trans vere, *hasta mis momentos de negra me-ıcolía, tienen para mí un encanto parti ılar.*

He aquí á Fortuny pintado por sí mis-ɔ: cual aquellas antiguas arpas que los rdos colgaban de los sauces y que al enor soplo de viento producían como armoniosas quejas, así el alma del pintor vibra tan pronto como la idea del arte se interpone entre el mundo y él. Esa vibración toma á veces la forma de una esperanza, á veces la forma de un gemido, pero en ambos casos revela que el arte constituye la esencia de su organismo, el afecto más poderoso de su ser. Así una vez lanzado en ese orden de consideraciones, se olvida de todo y prosigue la consabida carta diciendo:

Hoy, con lo que he visto de Goya, estoy nervioso. ¡Si vieras qué cosas!... Cada día voy conociendo más que hay mucha afinidad entre lo que él buscaba y lo que busco yo. Los medios de que me sirvo son diversos. Tengo un frenesí, un furor para producir, y ¡quién sabe lo que seré!

Fortuny que, como todos los grandes genios, rechazaba el despotismo de escuela, que sentía bullir en su mente algo propio, independiente, sin el menor resabio de yugo, siquiera este yugo viniese de los grandes maestros del arte, debía por fuerza detenerse ante las concepciones de Goya, que rompen bruscamente todas las tradiciones escolásticas. Un artista de las condiciones de Fortuny no podía asombrarse sino ante dos otros artistas, Goya por su manera de concebir y Velázquez por su manera de hacer. En su entusiasmo por el primero dice que busca lo que aquél buscaba, y lo dice á renglón seguido de participar el efecto que en él ha producido lo que ha visto. ¿Qué obras de Goya eran aquellas que ponían nervioso á Fortuny? ¿Existía realmente afinidad entre Fortuny y Goya? No puede negarse que el autor de *la Vicaría* y de los *Pelucones escogiendo modelo* rindió tributo al autor de los preciosos dibujos para tapices que tan magistralmente reprodujo las escenas de la vida madrileña en tiempo del buen rey Carlos IV. Pero ¿son éstos los cuadros de Goya que ponían nervioso á Fortuny? Lo dudamos mucho, antes bien, nos permitimos opinar que los célebres *Caprichos* habían de ejercer en él más directa influencia.

No negaremos en absoluto, y menos cuando el interesado lo reconoce, que entre Goya y Fortuny pudiera existir la afinidad del objetivo artístico. Ambos van á un realismo que rompa las convenciones que tienen al arte como aprisionado; pero van por distintos caminos, porque distintos son los temperamentos del uno y del otro. Esta diversidad resalta en sus semblantes mismos. El de Fortuny respira juventud, fe, entusiasmo, lealtad y confianza. A él pudieran aplicarse las palabras de Espronceda:

El sol de la mañana
Llevaba ya sobre mi tersa frente...

El de Goya, por el contrario, expresa algo parecido al sarcasmo, el disgusto de la humanidad, el miserable concepto que de ella tiene formado y el profundo desdén con que la castiga por medio de lo ridículo y de lo horrible. Su *Bruja* es un epigrama; sus *Fusilamientos de la Moncloa* una escena espeluznante, de la cual no resulta poco ni mucho el noble sentimiento que provocó la epopeya del 2 de mayo. Así, en el paroxismo de su inspiración respectiva, Goya pinta las convulsiones repugnantes del *agarrotado* y Fortuny pinta el delicado idilio de la abeja que liba el cáliz de las flores.

El párrafo de la carta que últimamente hemos transcrito nos demuestra que nuestro pintor era esencialmente impresionable; que el autor de los *Caprichos* pudo haber ejercido influencia en el concepto que formó del arte; hasta podemos reconocer que esa influencia se echa de ver en alguno de sus cuadros; pero no podemos ir más allá en las concesiones hacederas á los que suponen que Fortuny pisó, como quien dice, las huellas de Goya.

Juzgando del hombre por la carta que venimos analizando, posible es que algún Aristarco arrugue el entrecejo, considerando que un joven de 29 años, de reputación aun no formada, tuviera de sí mismo tan alto concepto que se permitiera, siquiera en el seno de la confianza, hombrearse con uno de los más insignes pintores del siglo. ¿Era Fortuny orgulloso? ¿Tenía tal concepto de su valía que, en el principio de su carrera, se anticipase al juicio de la posteridad? De ningún modo; véase, sino, cómo continúa:

Paciencia... El tiempo dirá lo que me está destinado. Me parece que el primer tomo de mi vida será el mejor: el segundo será seguramente muy soso.

No puede tacharse de inmodesto á quien en tales términos se expresa. Fortuny desconfía de su porvenir hasta el punto de calificar de *sosas* sus futuras obras. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que la desconfianza que sentimos está en razón directa de la confianza que quisiéramos sentir; porque Fortuny escribe esta carta en uno de los momentos supremos de la vida en que necesitamos descontar el porvenir que nos aguarda; porque comprende que el amor, en los tiempos modernos, no se alimenta prendiendo lazos de color de rosa al cuello de los pacíficos corderos; porque, como Tasso, el poeta, ha tenido la



MARROQUIES JUGANDO CON UN BUITRE, *cuadro al óleo*

suerte ó la desgracia de enamorarse de una mujer que vive en un palacio y no puede albergar en una choza; porque al medir los compromisos que intenta contraer, no se permite vaticinar que los aficionados y los especuladores en Bellas Artes han de asediar antes de poco su taller, en cuyo interior los príncipes de la Iglesia y de la sangre han de reproducir escenas no repetidas desde los tiempos de Rafael y de Miguel Angel. El temor de Fortuny es algo parecido al que tendría aquel que, jugando su vida al azar de la suerte, tuviera á su favor noventa y nueve bolas blancas contra una bola negra. En estos instantes decisivos, nadie hace caso de las probabilidades: el color negro de una bola parece filtrarse en las noventa y nueve restantes.

El triste pronóstico de Fortuny, por más que demuestre su modestia, no es hijo de la razón, sino del ardiente deseo de que lo contrario ocurra; y así cuando el temor no le domina, cuando por el concepto que de él se ha empezado á formar con sus cuadros á la vista, abre su pecho á la esperanza, ve las cosas tales como son y sin inmodestia puede escribir lo que sigue en la carta que trasladamos:

Mis cuadros estuvieron expuestos en casa de D. Federico (Madrazo) y no los vieron más que las personas invitadas para esto, de lo que me alegro mucho. Según parece han gustado; y creo que mis obras me han reconciliado la estima de alguno de la familia. *Los mandé á París, y al mismo tiempo que la tuya, recibí cartas de Goupil y Zamacois, y te diré que he tenido un éxito completo, completo, completo. No te copio las cartas porque sería demasiado*



EL AFILADOR DE SABLES, *cuadro al óleo*

De un párrafo al otro de la misma carta, el estilo cambia totalmente. Y como es indudable que el estilo obedece al estado de ánimo del que lo emplea, hay que reconocer cuán impresionable era el insigne artista y con cuánta facilidad se sucedían en él las ilusiones del artista y las debilidades del hombre. La idea de que su propio valer le ha conquistado la estima de *alguno de la familia*, corroborada por el éxito que sus obras han alcanzado en París, alejan instantáneamente de su pensamiento la nostalgia y los temores que le preocupaban un momento antes. Y no se crea que esto es veleidad; á cualquiera que ame con la virginidad con que amó Fortuny, le ocurre pasar súbitamente del recelo á la confianza, del cielo al aposento del martirio; duda cruel, incertidumbre horrible que causaría incurables estragos, si la Providencia no hubiese dotado al hombre de las condiciones necesarias para triunfar de su propia naturaleza. Y si esto sucede á quien quiera que ame á la mujer soñada ó al arte que cultiva ¿con cuánta mayor energía debía producirse este fenómeno en Fortuny que amaba ambas cosas á un tiempo con el delirio del genio y de sus 29 años? Cuando escribe las palabras que últimamente hemos copiado, es feliz, del todo feliz; cree su amor correspondido y se supone próximo dueño de una fortuna que ofrecer *á ella*, una fortuna que deberá á su talento, y de la cual es Goupil, el comerciante en cuadros, una garantía mayor de toda acepción. Tan seguro está de ello que escribe así:

Pronto recibiré dinero y te mandaré para que pagues las cuentas pendientes, confesión ingenua que revela que nuestro artista llegó á la cumbre de la gloria recorriendo, como tantos, como casi todos, la senda del Calvario.

Enviaré tu cuadro á Barcelona (continúa escribiendo) *y dime si te sirve algo de Madrid: no te preocupe tu mal efecto en la Exposición. Aquí no se hace nada ó muy poca cosa; no se estudia y no se saben ver trabajos. El país está para los que se presenten con algo bueno. A trabajar con fe y no asustarse por lo pasado: lo que hoy parecen injusticias no son más que los movimientos convulsivos de un cadáver. Poco queda ya que luchar y el porvenir depende de cómo nos otros ó vosotros lo preparemos. Al amigo Agrassot le he escrito también una por el estilo: he creído de mi deber hacerlo, si bien yo no pienso jamás ponerme en evidencia; pero el estado de la pintura y vuestro porvenir me impelen irremisiblemente á hablaros así.*

Aquí termina propiamente esta carta y aquí se revela claramente la profesión de fe artística de Fortuny. Innovador por la fuerza de su genio, que le inclina hacia Goya, como hemos dicho, porque Goya trastorna las leyes de la rutinaria convención, no duda en calificar de cadáver á lo que propiamente no podía llamarse escuela, á lo que, falto de condiciones y de miras, de manifestaciones y de horizonte, vivía una vida raquítica, solamente convulsionada de tarde en tarde por la exhibición de algún artista que, sin atreverse á proclamar la emancipación de la pintura, la iniciaba furtivamente en sus obras. Fortuny, profeta



VIVIENDA DE GITANOS EN GRANADA, cuadro adquirido por el difunto Rey D. Alfonso XII

PLAYA DE PÓRTICI, copia de un cuadro al óleo, uno de los últimos trabajos de Fortuny



JARDÍN DE GRANADA, *cuadro al óleo*

profeta como todos los que tienen el pensamiento muy cerca del cielo, vislumbra el porvenir y lo hace depender de la actitud que tomen los soldados de la revolución artística. Esta revolución la emprenderá, por más que afirme no querer ponerse en evidencia. Contra su voluntad, hasta contra su temperamento que hace de él un admirable padre de familia, le evidenciarán sus obras. Presintiendo, quizás, que una temprana muerte no le permitirá transformar por su solo ejemplo el arte que su patria ha descuidado de una manera indigna de su pasado, apela á sus amigos, les interesa en sus ideas, les traza el camino del apostolado. De Roma, como foco productor, y de París como centro artístico mercantil, fía la garantía de sus deseos y la realización de sus promesas.

De esta triste, mas por desgracia harto exacta idea que tenía formada de su patria, deducen algunos que Fortuny renegó, ó poco menos, de ella. ¡Error insigne!... Si el extranjero le atraía es porque solamente en el extranjero se expiden los diplomas de honor que pretendía y se pagan por cuadros las sumas á que aspiraba con legítimo derecho. ¿Por qué no se nos ocurre vincular á Gayarre? Si Roma era su punto de residencia predilecto, es porque el artista ha de vivir en su elemento, como el ave quiere vivir en el espacio, como el león quiere vivir en la selva, como el pez necesita vivir en el interior de los mares. ¿Qué han hecho los demás grandes artistas españoles? ¿En dónde han pintado sus asombrosos lienzos Pradilla, Villegas y Luna? ¿Pretenden esos criticones, no esos críticos, que los artistas españoles se asfixien en la atmósfera madrileña, que nada dice al sentimiento, y pidan inspiraciones al salón de conferencias del Congreso?

Seamos justos: los mejores cuadros de Fortuny no los posee su patria, por desgracia; pero si la legó su gloria, ¡qué más pedir á nuestro inmortal compatriota!...

A.

UNA PILA Y UN SEPULCRO

El arte realiza maravillas en el orden social. Fortuny, hijo de padres más que modestos, destinado, al parecer, á vegetar oscuramente en una población de segundo orden, sin relaciones de familia, solo en el mundo, se eleva, por la simple fuerza de su genio, á la altura de los inmortales. Si le contemplamos al venir al mundo y al ser devuelto á la tierra, ¡qué contraste! y al mismo tiempo ¡qué lección!...

Cuando nace, nadie puede suponer sino que las olas de la humanidad han arrojado un grano más de arena á la playa de la vida. Como han pasado ya los tiempos en que los biógrafos de los grandes hombres inventaban toda suerte de señales precursoras aparecidas junto á su cuna, no hay quien se haya atrevido á decir que brotaron palmas y laureles junto á la pila común de la parroquia en que fué bautizado. Ni palomas blancas ó negras vinieron á posarse sobre su frente, ni coincidió su nacimiento con la aparición de astro alguno nuevo, ni á su modesto bautizo concurrió augur ninguno que pronosticase la futura gloria del tierno Mariano. Todo pasó de la manera más sencilla, más vulgar, más común. Un niño más, - he aquí la síntesis de su partida de bautismo.

Pero no es nuevo en el mundo que los grandes hombres vengan á él sin acompañamiento de cataclismos, ni que de la ruin bellota nazca la frondosa y gigantesca encina. De los hombres no hay que medir la importancia cuando nacen, sino cuando mueren: las ejecutorias no se han extinguido del todo, pero la gente razonable, sin despreciarlas tontamente, reconoce la existencia de la ejecutoria del talento, que á buen seguro no vale menos que la de la sangre.

Fortuny nació humilde y murió grande; no vino de prosapia ilustre y se fué príncipe por todos aclamado, príncipe del imperio del arte, que es un imperio que no destruyen las cábalas de la diplomacia ni los cañones de los conquistadores. Lo cual dice mucho, muchísimo en loor de Fortuny y no dice menos en loor de su siglo.

Para comprender la magnitud de la transformación obrada, figurémonos el bautizo de Fortuny y recordemos su entierro. En el presente número publicamos el dibujo de la casa en que vió la luz primera. Hoy tiene esa casa una lápida en su fachada que hace de ella una especie de templo del arte; pero á fe que cuando Mariano vino al mundo, el templo tenía bien pocas condiciones de tal. De esa modestísima casa salía el día 11 de junio de 1838 un pequeño grupo de menestrales que, si bien ataviados con los vestidos de cristianar, nunca más á propósito que en aquel acto, no revelaban por cierto holgura ni podían llamar la atención sino de media docena de rapazuelos andrajosos, de esos que en las poblaciones rurales se pegan á todos los bautizos en demanda de los obligados confites. Uno de esos menestrales, el padre del recién nacido, en medio de la alegría que siempre causa, á los pobres tal vez más que á los ricos, el nacimiento de un vástago, se preocupaba con razón de la menguada suerte que le estaba reservaba al tierno infante. El abuelo, por el contrario, entre amoroso y egoísta, sonreía ante la idea de que el cielo le había deparado un futuro aprendiz de carpintero, á quien se proponía enseñar el oficio con el esmero del maestro más cariñoso y al par más inflexible.

En pos del grupo de los hombres venía el no más numeroso de las mujeres, con su modesta saya negra y prendida de la cabeza la puntiaguda *caputxa* típica de la provincia tarraconense. A la derecha de la madrina, que se da cierto aire de importancia, sin sospechar que su nombre pasará á la historia continuada en un documento muy curioso, camina una matrona zafia, sustentando un niño recién nacido, envuelto en humildes pañales. Llegada la comitiva á la solitaria iglesia, un vicario cumple *de oficio* las prescripciones del ritual; el monaguillo tiende la mano en que el padrino deposita una moneda de cobre, y el bautizo regresa á la casa paterna, medio insultado por los desarrapados pilluelos que le escoltan, lamentándose de que los confites que se les arrojan son escasos y de la peor calidad posible. Llegan á su destino parientes y convidados, y mientras se dispone el clásico chocolate y la horchata doméstica con que se festeja la solemnidad del día, la matrona despoja de los engorrosos trebejos al bebé, lo deposita en brazos de la madrina, ésta hace otro tanto en los del padrino y el padrino hace entrega de él á su madre que, llorando de alegría, besa al hijo de sus entrañas y exclama con justificable orgullo:

-¡Gracias, Dios mío! ¡Qué hermoso es! ¡Bendito sea!

Hermoso, sí, hermoso de la belleza varonil que caracterizó siempre al eximio artista; hermoso de esa belleza típica en que se revela el genio y que se impone más por la energía de la expresión que por la regularidad de las líneas; hermoso de la belleza vigorosa de los querubines de Murillo, concebidos á propósito para rodear el trono de nubes de la Reina Inmaculada...

Y el niño fué en su tiempo bendito de Dios: Él humedeció su frente con el hálito de la suprema inteligencia, y detrás de esa frente surgieron visiones de luz fascinadora y un mundo de ideales sujeto á la tierra por la fuerza del talento. ¡Quién sabe!... Quizás su tierna madre, en uno de esos momentos en que la que acaba de dar á luz un hijo, tiene algún punto de semejanza con el Creador, penetró en el porvenir y entrevió á su Mariano en la plenitud de su gloria. ¡Cuánta dicha para esa mujer; cuánta dicha, si Dios la evitó la aparición terrible de un ataúd que, á los 36 años, había de enterrar tanta vida, tanta hermosura y tanta fama!...

En medio de esas visiones debió terminar el modesto refrigerio; los ajenos á la casa tomarían sin duda el camino de la suya; padre y abuelo se dedicarían poco después á las rudas tareas de su oficio, y el mundo *continuó rodando por el piélago inmenso del vacío*, sin que á nadie se le ocurriera sospechar que había tenido lugar *un acontecimiento!*

Treinta y seis años más tarde, al anochecer del día 21 de noviembre de 1874, circuló por la *Ciudad Eterna* una noticia tristísima; Mariano Fortuny acababa de exhalar el último aliento... ¿Era que, realmente, el aire intoxicado del Tíber había causado una nueva víctima? Así dijo la ciencia, pero ¿qué entiende ella de las otras causas, de los otros tóxicos que pueden dar la muerte á los hombres de gran genio y aun de mayor corazón?

Pocos días después tenía lugar la inhumación de sus restos, que un distinguido biógrafo de Fortuny, D. Salvador Sampere y Miquel, describe en los siguientes términos:

«Su entierro fué muy conmovedor, fué un entierro como jamás se viera otro igual. Sus compañeros de profesión



CAMPESINA ITALIANA, *copia de una acuarela*



IMITADORES DE FORTUNY, *dibujo de J. Llovera*

cuantos artistas se hallaban en tan tristes momentos en Roma, pintores, escultores, arquitectos, músicos, que constantemente velaron el cadáver del gran artista español, se disputaron á porfía el honor de llevar sobre sus hombros el cuerpo inanimado del ilustre pintor gloria de España y de Cataluña; y no sólo se porfiaba por llevar sus restos, sino que la pesada caja de plomo en que debía encerrarse la de madera, donde yacía el malogrado artista, era objeto del mismo interés. Así en confuso tropel, cuatrocientos ó quinientos artistas rodeaban los llorados restos de su compañero, abriendo la marcha un negro crespón llevado á guisa de bandera rematada por una paleta y mazo de pinceles; sin músicas, sin aparato de ninguna clase. Bastaba saber que el muerto era Fortuny para que Roma entera, que había acudido afanosa á su casa cuando su breve enfermedad, para saber de su curso, llorase á su vista tan grande desgracia. Sin embargo, además de los artistas, asistieron á la fúnebre ceremonia lo más notable en ciencias y artes de la capital de Italia; los banqueros, los millonarios, que tanto distinguían á Fortuny, asistieron casi en corporación; también se notaba entre la comitiva á los diputados Odoscalchi y Massari. El número de señoras era grandísimo y el cementerio de *Campo Varano* estaba cuajado de gente, sobresaliendo las más bellas damas romanas.

»Cuando la comitiva dejó al lado de la abierta fosa el ataud, sintióse como un sollozo general. Restablecido el silencio, usó de la palabra el distinguido paisajista Vertunni en nombre de los artistas italianos; luego hablaron Casals, Vallés, D'Epinay, Ramako y Fernández, y por último Venturi, quien recordó ante el cadáver de aquel joven, el del joven pintor romano Fracassini, arrebatado también á la vida en la flor de la edad, haciendo constar que á uno y otro Roma, con la ayuda de los artistas extranjeros, había hecho unos funerales muy dignos de su fama.

»Acto seguido se abrió su ataud, que llenaron de flores las damas romanas, colocándose dentro, además de la última obra del natural que había hecho en España y que representaba una calle de Granada, y el bosquejo que en Roma había hecho á la pluma, estando en cama y próximo á su último día, de la máscara de Beethoven, un pergamino suscrito por ciento cuarenta y nueve artistas amigos de Fortuny, siendo de ellos ciento veintiuno españoles: entre ellos lo suscribió el que á la sazón era ministro de España, Sr. Rancés. En este pergamino se decía en italiano y español lo siguiente:

«En 24 de noviembre de 1874, al entregar á la tierra el cuerpo de Fortuny, sus amigos y admiradores rinden este último homenaje al genio de la pintura moderna.»

»Terminó tan sublime acto el pintor español Álvarez, quien dió las gracias á la concurrencia por los honores que había tributado á su compatriota; regalando en seguida al Círculo Artístico Internacional, en nombre de sus compañeros, la corona que con el lazo de los colores de España se había colocado sobre su ataúd, en prueba de reconocimiento.

»Pero antes de bajar el cuerpo á la tumba, del cobertor que lo cubría se hicieron centenares de pedazos que como sagradas reliquias, se repartían los presentes.

»Tan pronto la última paletada de tierra cayó sobre la fosa, se levantó obre la misma una inmensa pirámide de flores.»

Ya lo hemos visto: Fortuny fué bautizado como se bautiza á los pobres y fué enterrado como se entierra á los genios, que es más que decir como se entierra á los príncipes. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que consagra el presente número á su memoria, publica la vista de la casa en que nació, de la pila en que recibió el bautismo y del sepulcro que en Roma guarda sus restos.

Este sepulcro no tiene más inscripción que el nombre de Fortuny.

Basta y sobra....

Si nosotros nos viéramos obligados á escribir un epitafio para esa tumba, nos limitaríamos á pedir que se escul



VILLA RIGANTI, último estudio y casa donde murió Fortuny, copia de una pintura de D. Tomás Moragas



RECUERDO A MARIANO FORTUNY, dibujo de D. Baixeras, grabado por Sadurní.



MASCARILLA DE FORTUNY, *dibujo á la pluma de A. Fabrés*, propiedad de la Excma. Diputación provincial de Barcelona

pieran las siguientes palabras que el célebre Teófilo Gauthier dedicó á nuestro artista:

Todas las hadas de la pintura asistieron á su bautizo y le hicieron cada una su don. Tan solo el hada del mal estuvo ausente.

PALACIO DEL PAPA GIULIO

TALLER LUEGO DE FORTUNY

Fuera de la Puerta del Popolo, camino del célebre puente Molle, por el que Constantino, vencedor de Majencio, volvía de Saxa-Rubra á Roma, trayendo el estandarte de la Cruz, triunfante por primera vez en lucha armada, se admira un hermoso palacio, de lo más puro del Renacimiento romano, adornado con un inmenso balcón, compuesto de bellas columnas.

En el chaflán, cortado sobre el ángulo del palacio con el vicalo del arco-oscuro, se ve una fuente desgastada por los siglos y por los malos tratos.

La tiara que soporta el noble escudo, de puro borrosa, más bien parece turbante de genízaro, y de las figuras heráldicas que allí había, poco ó nada se distingue: campean, sólo, al través de los tiempos, y aun se disciernen, las colosales facciones del mascarón que entre sus gruesos labios deja correr el chorro de agua fresca y pura que alimenta el pilón. En él beben y refrescan con delicia sus fauces los caballos y asnos del sin número de originales y extraños carromatos que frecuentan aquel camino; unos cargados de hermosas hortalizas, cereales y caldos; otros de míseros harapos de trapero; lo que entra y lo que sale de Roma; lo que sustenta y lo que sobra.

Los que fueron espléndidos jardines de la villa Papal, es hoy especie de casillero de ajedrez, formado por los cuadros de una huerta esmaltada con todos los tonos del verde, desde el amarillento finísimo de la lechuga, hasta el violáceo del repollo y el plateado del cardo.

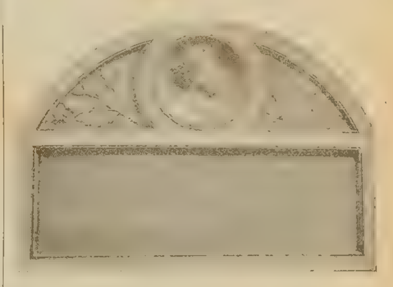
Alguno que otro oscuro ciprés, salvado del general naufragio, destaca vigorosamente su seria silueta sobre aquel mar de verduras; es un noble entre muchos plebeyos que desde las cúspides de su inutilidad, mira orgulloso crecer en torno suyo tantas vidas necesarias.

La gran puerta vetusta, medio desvencijada, da acceso á un portalón, especie de mercado, atestado de carros y caballerías, donde grupos de hombres, poco vestidos, cargan grandes haces de hortalizas, discuten y bromean; mientras charlan mujeres y juegan niños, ladran los perros y triscan las cabras en amable artístico desorden.

El que fué gran salón del piso bajo es un establo; pero aun se divisan en sus altas bóvedas los restos de preciosas grafitas y mosaicos grotescos que un tiempo le decoraban magníficamente.

Una escalera formada por dos anchas rampas, por la que más de cuatro veces subí galopando á caballo, conducen al único piso del palacio y en toda su extensión se observan, tirados por el suelo, montones de cosas híbridas, aperos de labranza, jaeces de desecho, tinajas averiadas y también bustos desnarigados, torsos como el de Damiens después del descuartizamiento, fragmentos de caballetes y otros trastos propios de estudio.

Al fin de la escalera del lado derecho hay una gran puerta; sobre sus hojas carcomidas se leen algunos nombres; unos claramente escritos con gruesos caracteres; otros medio borrados y confusos; el todo es un album artístico de gran valor: son las firmas de los que habitaron



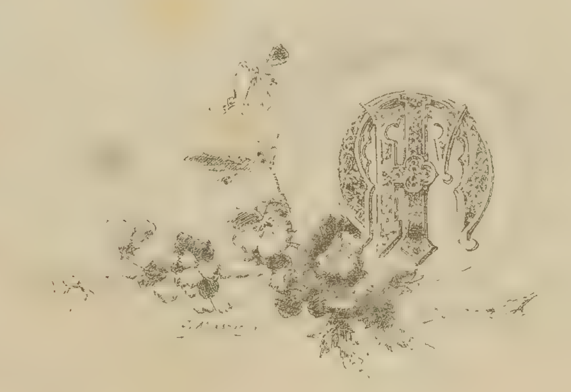
[illegible] CONSERVA [illegible] CORAZÓN DE FORTUNY, escultura del Sr. Roig

aquel palacio, magüer residencia papal, hace años albergue del ingenio español en sus formas más bellas; estudio que fué, del inolvidable Fortuny, Simonetti, Moragas, Amado, Tapiró, Agrassot, Domingo, Peiró, Giménez Aranda: estudio, ahora, de Sorolla, Recio y Sucillo.

El viejo palacio que se derrumba, no puede quejarse de su suerte. En sus mocedades fué lujosa corte; en días de revuelta baluarte de patriotas, y cuando cesó el tiroteo y se disipó el humo de la pólvora y huyeron de él las armas como antes el fausto de los cardenales y las magnificencias de los papas, en sus desmanteladas estancias vino á anidar el arte, alegrando con sus cantos y risotadas, con el son de sus guitarras y bandurrias españolas, el vetusto caserón; calentando con su juventud potente y despierta inteligencia, al yerto anciano; engrandeciéndole con sus creaciones y designándole un puesto importante en nuestra historia artística moderna, como cuna que fué del arte nuevo, de la luz verdad y de la suprema elegancia de Fortuny.

Por eso al hablar de él me complazco en describirle: que los que aquí vimos pintar, hace 25 años, la BATALLA DE TETUÁN, cuando Mariano Fortuny casi un niño, rompía con todas las añejas preocupaciones de escuela y se lanzaba á un género de pintura toda luz y belleza, no podemos pisar estos umbrales de Papa Giulio sin emoción, y con respeto dedicamos un recuerdo á la cara memoria de aquel sutil ingenio, alma de innovador, muerto antes, mucho antes, de pronunciar su última palabra en el arte.

L. LLANOS



BARCELONA. IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VII ←BARCELONA 9 DE ENERO DE 1888→ NÚM. 315

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EN LA CUENTA FALTA ALGO... copia del cuadro pintado por Bruck Lajos

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EN LA CUENTA FALTA ALGO...
copia del cuadro pintado por Bruck Lajos

Este lienzo es un verdadero modelo de expresión. Cualquiera que sea la forma revestida por una obra de arte, de ella puede decirse que es acertada cuando no necesita explicación para dar idea de su asunto ú objeto. Pues esto, precisamente, ocurre en nuestro cuadro. Es indudable que esa muchacha ha verificado alguna compra por encargo de su abuela; es indudable, asimismo, que la cuenta de caja no resulta todo lo exacta que requiere la lealtad del encargado de gastos; y es muy posible, ya que no sea igualmente indudable, que la conciencia de la rapaza la acusa de alguna pequeña *irregularidad* realizada en provecho del confitero.

Que esto representa el lienzo, es visto; que lo representa de una manera fiel y neta, tampoco admite duda. La cabeza de esa anciana y la de esa niña son verdaderos estudios que honran la inteligencia y penetración del autor. Son dos figuras de las cuales cabe decir con toda propiedad: *Están que hablan.*

RETRATO DE REMBRANT
agua-fuerte por el mismo célebre pintor

Pablo Rembrant es uno de los más célebres maestros de la escuela holandesa, con la particularidad de que, como grabador, es uno de los más insignes artistas que se conocen. Sus aguas-fuertes quizás no tengan rival hasta el presente. Nació en Leyde (1606) y murió en Amsterdam (1674).

Quizás no resplandezcan sus obras por la corrección de su dibujo; pero en cambio son notabilísimas por su color, hasta el punto de que haya sido comparado con los más insignes profesores de la escuela italiana. Y sin embargo, ninguno de éstos, ni tampoco los holandeses, se distinguen, como Rembrant, por la gran cantidad de *material* aplicado á la tela, hasta tal punto que se le haya echado en cara el exceso de *pasta* empleado en sus obras. Esta circunstancia, hija de la factura especial de nuestro artista, impide apreciar sus bellezas cuando la obra es contemplada muy de cerca. Rembrant decía, contestando este cargo: Yo soy pintor, y no tintorero.

Estaba tan convencido de que su manera de ejecutar necesitaba condiciones especiales de contemplación, que siempre se opuso á que sus cuadros fuesen examinados á boca de jarro, como se dice.

– Los cuadros, — decía, son hechos para vistos, no para olidos. El olor del aceite es mal sano.

Algo de esto pensaba Velázquez. El principal mérito de un pintor es apreciar anticipadamente los efectos que en la *visión precisa* han de obrar la distancia, altura, luz y demás circunstancias concurrentes en el emplazamiento definitivo de un cuadro.

ENTRE AMIGOS, cuadro de Jericke

El autor de este cuadro puede alabarse de haber sabido poetizar un asunto vulgarísimo. La perra ha parido varios cachorros, y tres hermosos niños contemplan estupefactos la prole canina. Hasta aquí, repetimos, nada más vulgar que este asunto.

Pero atengámonos al resultado obtenido por el artista y casi nos dan tentaciones de decir que en la actitud, en la expresión de esa perra, son de ver nobles destellos de maternidad. Al mismo tiempo, la natural curiosidad de esos niños parece templada por cierto respeto que les inspira la misma debilidad de los cachorros. Nadie puede dudar de que esa perra está segura de las pacíficas intenciones de sus visitas; no tan sólo no las teme, sino que parece agradecerlas.

La composicion es agradable; irreprochable la naturalidad: la figura del muchacho, especialmente, *vale más oro que pesa.*

BODAS DE ORO (siglo XV), cuadro de S. Sánchez Barbudo

Cincuenta años de matrimonio no los alcanzan, ciertamente, todos los casados. El matrimonio que es, ó debiera ser, en su esencia, la unión de dos cuerpos en un cuerpo, de dos almas en un alma, resulta en la práctica un duelo á muerte entre los contrayentes. Luchar durante medio siglo sin que resulte golpe alguno mortal, supone ó gran igualdad de fuerzas entre los tiradores ó que la protección de Dios ha preservado bondadosamente una de esas existencias. No es de extrañar, por lo tanto, que aquellos pocos marido y mujer que han prolongado su unión durante cincuenta años, hayan querido en todos tiempos celebrar ese acontecimiento con doble fiesta, es decir, con fiesta civil y religiosa, fiesta de familia y fiesta de acción de gracias al Todopoderoso que tal beneficio les ha dispensado.

El cuadro que publicamos da una perfecta idea de las *Bodas de oro* de un magnate italiano, bajo el punto de vista religioso. Se trata, sin duda, de un príncipe; pero sea príncipe ó vasallo quien conmemore tal acontecimiento, es indudable que con mucha dificultad pueden reverdecer con mayor motivo las flores y las oraciones de la familia.

LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS
cuadro de J. Schrader

Este asunto ha inspirado á los más célebres pintores; y es que difícilmente puede encontrarse otro que comparársele pueda en los efectos á que se presta. A un lado la familia humilde, cuya joven madre ha debido acogerse á las ruinas de un establo para dar á luz al hijo de sus entrañas; y al otro lado tres magnates, tres príncipes de Oriente, con sus venerables semblantes, con sus riquísimas vestiduras, resplandecientes de ciencia y majestad; rindiendo pleito homenaje á un niño á quien el calor de dos irracionales ha mitigado el frío del cual sus padres no pueden resguardarle. El todo envuelto en tinieblas, disipadas apenas por el fulgor de estrella misteriosa y la aureola divina que irradia en torno del Hijo de María.

Como asunto, nada más sublime; pero ¡cuántas dificultades para su debida interpretacion!... Porque ese hijo es nada menos que Dios hecho hombre; porque esa mujer ama como una madre y siente como una virgen; porque ese anciano es y no es el padre del augusto recién nacido; porque esos magos, esos *hombres sabios*, como los titula el autor del cuadro, representan el poder político de un mundo desconocido, prosternado á los pies de un tierno infante que viene á fundar otro mundo, ó sea otra sociedad, completamente distinta de la sociedad antigua... ¡Misterio de misterios, sobre el cual se asienta la nueva humanidad, y en cuya representación el artista ha de luchar precisamente con lo real como forma y lo divino como esencia!..

Dadas tan supremas dificultades, cuya solución casi no pertenece al arte, hemos de confesar que Schrader se ha aproximado mucho á lo real y á lo ideal del asunto que trata.

LA JUVENTUD DE NUESTROS ABUELOS
cuadros de Osvaldo Pelunk y E. Blume, de Munich

Los ancianos han sido jóvenes. Esto no pasa de ser una perogrullada; y con serlo, no falta quien se resista á creerlo. Cuando un viejo habla de su juventud, causa entre los jóvenes que le escuchan el efecto de un embaucador ó cuando menos de un soñador que nunca ha podido ser miembro del mundo brillante. Lo cual prueba que nuestros hijos se resisten, cual nos resistimos nosotros en su día, á la idea de que su tez fresca y rosada han de surcarla las arrugas; de que su talle esbelto y arrogante ha de inclinarse sobre la madre tierra, como si ésta fuera un avaro que reclama un préstamo; de que sus trajes á la última moda hayan de convertirse en pingajo de máscara ú ostentarse á lo sumo, en un museo de antigüedades.

Y sin embargo, nada más inevitable: las figuras respetables y serias de nuestros octogenarios fueron un día las de esos jóvenes hermosos que representan los cuadros que publicamos, y sus trajes, que hoy nos parecen soberanamente ridículos, parecieron en su tiempo el *non plus* de la elegancia y lo inmejorable del buen gusto.

¿A quién hay que dar la razón en esa diversidad de opiniones? A todos y á ninguno. Los artistas que han pintado esos cuadros han resuelto el problema hasta donde su resolución es posible: sus lienzos nos demuestran que en todos tiempos y bajo todas las vestimentas, donde hay juventud, hermosura y un sentimiento á expresar, hay un asunto propio del arte y un medio para dar pruebas ostensibles del valer de un artista. Para el arte, el pasado y el presente convergen en un punto común al tiempo, cuyo punto se llama *lo bello.*

SUPLEMENTO ARTISTICO

BOSQUEJOS DE LAS ORILLAS DEL CONGO

UNA VIÑA ROMANA

A LUIS MARIANO DE LARRA

Roma, 2 de junio de 1887

¿Te acuerdas de aquella tarde divina que te llevé á *mi viña*, según decíais vosotros? Te había pintado sus bellezas con tan vivísimos colores... y sin embargo bien ví que *mi viña* te sorprendió.

¿Te acuerdas, cuando tú y los amigos llenabais, sin pudor, vuestros bolsillos de fragmentos de antigüedades venerables, que no se lo pensarían al verse así cambiar de dueño, expeditivamente, por *mor* de que «lo que hay en España es de los españoles,» ¡y estabais en Italia! ¿Te ríes todavía de la cara que los tres pusisteis cuando yo os dije que aquel tipo de labriego empolvado y mugriento, que filosóficamente presenciaba el despojo, era el propio cosechero, el mismísimo dueño de la finca y todos sus enseres curiosos?

Creo que sí; pero de cierto, mejor te acuerdas aún de la expresión mezcla de malicia, guasa y grandeza con que os contestó, al cantar vosotros la palinodia, vaciando bolsillos y pidiéndole precio por los chismes... Os dijo: Eso no es nada. Eso no vale nada, caballeros. – ¡Y vosotros que os creísteis tener que regatear *á fondo*, como en cualquier almacén elegante del Corso ó de la Chiaja!...

¡La verdad... os apabulló!

Pues bien, para que aquel apabullo no te duela, voy á contarte quién era aquel pobre campesino. Cuando lo sepas, el placer de haber conocido personalmente á semejante tipo, será superior á toda consideración.

En recuerdo de aquella tarde y de tantos días de sol que juntos vivimos entre estas ruinas, te dedico estos apuntes.

El que da lo que tiene, hace todo lo que puede.

Tuyo,

Luis de Llanos

AL SOL

Eramos dos, – mi buen compañero Enrique y yo, – y errábamos á la ventura husmeando motivos pictóricos.

Fumando y filosofando, después de almorzar en la terracita de mi casa, al ver cruzar, á buen paso, por las alturas del cenit, blancos copos de nubes transparentes, camino de la Sabina, como un solo hombre exclamamos entusiasmados: – Al campo, al campo; hoy tenemos celaje; la puesta del Sol será magnífica; vamos á trabajar.

En un tres por dos quedaron nuestras paletas que daba gloria verlas, esmaltadas de brillantes colores. Una cordillera de blanco ocupaba el centro y á derecha y á izquierda, en confusos grupos, se extendía toda la *gamma* de puntos luminosos, como una guirnalda de flores, pasando suavemente de claros á oscuros, de amarillos pálidos al oro, al naranjado, á los rojos, á las lacas, á las púrpuras; de los tonos medios y simpáticos de las tierras á los verdes tiernos de la lechuga, á los verdes fríos, á los metálicos, á los azules, á los negros, á las oscuras sombras.

Aquellas paletas pintaban solas y un práctico al verlas ya sabía el tipo de nota que de allí podía salir.

Un coche nos dejó en los alrededores de las Termas de Caracalla y por aquellos caminitos formados de tapias bajas de huertas y jardines, coronadas de rica vegetación de hiedras, hierbas y amapolas, – rojas, temblorosas, divinas, – destacadas sobre los intensos verdes del laurel y la adelfa que superaban el muro, y que las majestuosas copas de los pinos de abanico y las encinas dominaban, caminábamos Enrique y yo lentamente.

Ambos buscábamos un pretexto para pintar aquel cielo divino que, rápidamente, cambiaba de forma y de color; para reproducir aquella atmósfera tibia de avanzada primavera, impregnada de efluvios de vida, rebosando robustez, hermosa como una potente virgen romana, sonriente como una página de Aristófanes.

A cada instante nos parábamos absortos frente á un roto del muro de la tapia que dejaba entrever, tras una enredadera de rosas te, un cacho de campo verde, un grupo de árboles, un ciprés arrimado al muro de una ruina...

Era precioso de color, admirable... pero *no componía.* Adelante.

En la esquina de una calleja un grupo de muchachos jugaba al sol, al lado de varios hombres y mujeres sesteando bajo los verdes pámpanos de un sombrajo. ¡Qué efecto de luz! ¡Qué riqueza de tonos!

Aquel niño, casi desnudo, con las guedejas amarillentas como el lino, tembloroso sobre sus piernecitas blandas; sujetando con manos de muñeca al enorme perrazo, que gruñe al vernos llegar... ¡noble animal! – con instinto de madre cariñosa, - que figura ceder á la fuerza de un pobre ser más débil que un suspiro... ¡qué encanto!... pero tampoco servía.

Queríamos pintar la luz, el cielo; no queríamos se nos escapase un celaje raro en los azules diáfanos tiempos que corren.

Diez veces nos decidimos y otras tantas cambiamos de parecer. Unas faltaba el primer término... otras la línea no era simpática. – Si halláramos agua, exclamó Enrique, ¡qué efectazo resultaría con esta luz! – y como sedientos, en busca del agua por aquellos caminos empolvados y silenciosos seguimos sin rumbo fijo, á la casualidad, mientras el sol comenzaba á picar de lo lindo y las correas de los bártulos á incrustársenos en los hombros. No, no sabéis los que no sois pintores, los que no habéis caminado leguas y leguas con la caja al hombro, como cazador infortunado, la mezcla extraña de entusiasmo y desesperación que se siente en estos días sublimes de grandes espectáculos de la naturaleza, cuando el ambiente es tan rico de colores y perfumes y tan profundamente poético que el más mínimo detalle resulta un prodigio, y sin embargo, no bastante á justificar un cuadro. Y como el tiempo vuela, y la luz se va y los efectos aquellos pueden no volver á presentarse nunca, buscamos, buscamos ansiosos el asunto real, el pretexto que nos ayude á sorprender entero aquel sitio, aquella hora, que reuna en una sola resultante artística todas las emociones que el alma siente, de que separadamente gozan los sentidos, que embriagan y que sólo en raros momentos de inspiración el genio alcanza á reproducir.

Cuando el sol baja y traspone la línea del horizonte, las masas se presentan determinadas, se concretan las líneas, desaparecen los detalles y el asunto aparece, con mucha frecuencia acaso donde menos se espera; el gran encanto del color de estas horas y del amanecer impresionan, además, tan fuertemente, que en esos cortos momentos de crepúsculo la obra es relativamente fácil y el resultado de suyo conmovedor.

Mas cuando la hora, como en la tarde que describo, es de luz vivísima; cuando el resultado total es la suma de infinitos detalles y finezas; cuando es nota perceptible la tela de araña que brilla al sol, la mariposa que vuela, el vapor que exhala la tierra, pronto se comprende que el tiempo material faltará mucho antes de haber fijado en la tela una ínfima parte de aquellos divinos efectos. Y entonces dan ganas de arrojar la paleta, romper los pinceles y de llorar como un chiquillo antojado de un cuarto de la luna.

Mucha pena es la pena de perder fuertes sumas á la Bolsa ó á la ruleta, – que viene á ser lo mismo, - sobre todo si lo que se pierde es el pan de cada día, el reposo, ó la libertad; pero en ningún caso duele más el alma, ni amarga más la conciencia que al reconocerse uno impotente para producir una obra de arte que siente vivir... latir dentro de las propias entrañas, como un hijo querido.

. . . .

¡Y aun hay ciegos que se duelen de la falta de un ideal moderno!

Ahí lo tenéis. Es eso. Es la naturaleza

¿Dónde hallar otro más grande, más bello, más puro que la naturaleza misma, siempre joven, libro inmenso, único infalible, fuente inagotable de poesía que inspiró á los griegos, que hizo grandes á todos sus amantes, que dió vida y calor al mundo, siempre que el mundo le pidió consejo?

II

LA VIÑA

En la hoja de una vetusta puerta cubierta de enmohecidos clavos, de esas suntuosísimas creadas por el renacimiento romano, había un portillo abierto, todo lo más, de un metro de altura. Cuando nuestras curiosas miradas penetraron por él, una idéntica exclamación salió de nuestros labios:

– *¡Eureka! ¡Eureka!*

Había parecido el ansiado motivo... es más, los motivos, porque allí dentro había muchos, bellísimos y de todos los géneros.

Entramos.

Estábamos en una viña.

De ambos lados de la calle central, guiada por cañas, á las que el sol arrancaba tonos claros finísimos, retoñaban los pámpanos de la vid, se enroscaban formando caprichosos muros de follaje, aquí y allí interrumpidos por grupos de adelfas, por el intenso aterciopelado oscuro del ciprés, por los chinescos, improbables ramajes del albaricoque y del albérchigo, apenas reverdecidos.

En el fondo se alzaba carcomido muro de antigua ruina, todo revestido de parietarias, de rosas multicolores, que, con arte infinito, allí habían colgado sus festones y que destacaban por claro sobre los tonos rojizos y calientes del cemento imperial.

Era un pórtico. Las ruinas de un trozo del inmenso pórtico de las termas de Caracalla; y cada uno de los vanos de los arcos era un cuadro interesante, rico de luz y de color, rebosando originalidad y frescura.

El que frente á nosotros estaba, mal cerrado con fragmentos de viejas vidrieras, tablas rotas y palos, era una especie de museo. De un lado y de otro, hacinados en artística confusión, había sarcófagos romanos, fragmentos de arquitectura, arquitrabes, ánforas, estatuas sin cabeza, cabezas sin narices, manos sin dedos. Por las paredes colgaban platos etruscos, haces de hierbas medicinales, telas incoloras, harapos y bellezas.

El fondo se perdía en las tinieblas, pero tinieblas calentadas por los reflejos rojizos del sol sobre aquel abigarrado conjunto y allá en el fondo se divisaban así como grandes tinajas que se perdían en la oscuridad.

Otro vano, cuyo arco ocultaban casi por completo las hiedras, descendía en vez de estar al nivel del suelo. Se veía una escalera rápida bajar, tortuosa, hacia las profundidades de la tierra. A la entrada, en un sarcófago de terra cotta procedente de las catacumbas, puesto de costado, había en correcta formación hasta una docena de calaveras... acaso de mártires, acaso de bandidos.

Allí la humedad reverdecía el muro cubriéndole de larvosidades de precioso color, donde crecían esas hierbas finísimas que aquí llaman melena de Venus.

Parecía la boca del Infierno del lado de las nieves eternas.

Y más acá y más allá cada vano era un cuadro distinto; ya un museo, ya un establo; contrastando violentamente en todos las tinieblas de los fondos, con las flores al sol, los tonos tostados de lo vetusto con los verdes tiernos de la primavera.

Las hierbecillas naciendo entre los fragmentos del pasado... las rosas trepadoras echando sus ramas sobre las frentes y los hombros de vestales medio destrozadas, coronando Bacos, aun sonrientes, después de tantos siglos de vivir en las entrañas de la tierra menospreciados y escarnecidos!

Un sentimiento de profunda melancolía y de piedad invadió mi alma al ver aquellos restos hermosos de otros tiempos; mezclado lo bizantino con lo griego y lo romano... el principio y el fin de la vida de un mundo... acaso el más grande, de cierto el más suntuoso, yacía en polvo á mis pies. Junto al cadáver del dios clásico el arma que le mató; la pobre lamparita de barro con el *Pax Christi;* la lápida, escrita, al parecer, por la temblorosa mano de un niño, allá en las catacumbas, sobre la que se veía malamente rayada una palma de martirio, se apoyaba sobre fragmentos de ricos mármoles de Oriente: aquellos que revistieron esas termas inmensas, esos palacios de poderosos de la tierra, de los señores del mundo, que habían de acabar á manos de la idea que guiaba el tembloroso hierro que desdibujó la palma...

¡Cuánta grandeza por el suelo! ¿Qué queda ya de estas dos grandes ideas que sucesivamente dominaron el mundo? ¡Qué fué de la omnipotencia romana! ¡Qué de las santas doctrinas que misteriosamente crecieron debajo de este suelo que piso!

¡Oh Roma! tú sola eres grande... tú sola revelas más con los fragmentos que encierra esta pobre viña, que los montes de fríos volúmenes que atestan las bibliotecas!



[illegible]

III

EL SALTARELLO

Los enérgicos compases del saltarello romano, arrancados violentamente de un acordeón por rudas manos campesinas, y la pandereta zurrada en son de tambor en carga á la bayoneta, vinieron á distraerme de mis meditaciones y á revelarme otro cuadro que á mi derecha tenía y que un fragmento, colosal, de ruina me ocultaba.

Una de las naves, la mayor de la arcada, se hallaba convertida en *Spaccio di vino con cucina* – el «*seda* de comer» en nuestra tierra.

En largas y estrechas mesas, rodeadas de bancos, sobre los ex-blancos manteles se veían platos y fuentes, ensaladeras, vasos, *fiascos* y botellas de cristal blanco aun medio llenas de vinillo rojo, transparente como refresco y claro amarillito como limas.

La luz del sol entrando á chorros por los arcos y al través del sombrajo de la parra, manchaba caprichosamente de vivísimos claros el grupo de *ciociaros* y *ciociaras*, vestidos de tonos brillantes, blancos, rosas, azules, naranjados, que en original grupo rodeaban las mesas, unos sentados, otros por tierra, quién cómodamente arrellanado sobre los manteles mismos, quién en postura de brindis escocés, mientras á pocos pasos en pleno sol un zagal y una zagala bailaban, como poseídos, el enérgico y agitado saltarello.

Y era de ver la prisa que la pareja se daba en su ruda faena...

¡Qué cadenciosas piruetas! ¡qué animados movimientos!

Tan pronto cerca, como lejos, precipitándose como saetas el uno sobre el otro aun á trueque de toparse, no bien sus manos se tocaban, no sé qué descarga eléctrica les lanzaba de nuevo hacia atrás.

Y unas veces de frente, y otras de espalda, ora girando á torno, como rápido remolino, ya botando de costado como carneros en pelea, no se daban un punto de reposo, ni el copioso sudor que bañaba sus frentes parecía importarles un bledo. Y mientras tanto, el acordeón precipitaba sus compases, y la pandereta sus redobles, y el vér-



ENTRE AMIGOS, cuadro de Jericke



BODAS DE ORO (siglo XV), cuadro de S. Sánchez Barbudo



1. (*a*) N'Guma-Ba-Yansi (*b*) Natural de [illegible] [illegible] (*c*) Tipo de Mabunga. 2. Mujer de Ba[illegible] 4. [illegible] 5. Vista [illegible] desde Isang[illegible] 6. [illegible] en [illegible] 7. N'G[illegible] 8. Mujer del Congo inferior. 9. Casa de [illegible] 10. El árbol Baobab.

BOSQUEJOS EN LAS C



1[illegible]. M[illegible] Ba[illegible] de la localidad de N'[illegible]la. 2 M[illegible] Ba[illegible] desde Kibangwan[illegible] a 1[illegible] pies de altura. 1[illegible]. Cascada[illegible] N[illegible] Manyanga. 14 Puerto de N'Kaba. 1[illegible]. Vista [illegible]. 1[illegible]. Vista [illegible] Congo [illegible] Manyanga. 17 Frente a Usandi. [illegible]. Vasos, [illegible], cucharas, etc., en el Alto Congo.

ORILLAS DEL CONGO



LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS, cuadro de J. Schrader.

tigo se apoderaba de los bailadores y del público que reía, gritaba y palmoteaba entusiasmado del donaire de los chicos y de sus actitudes de faunos y de bacantes clásicas.

Y cuando una pareja caía jadeante sobre el banco y con delantales y sombreros se abanicaban *radicalmente*, otra pareja saltaba alegre á la arena y el baile continuaba con creciente ardor. El sol, entretanto, seguía haciendo de las suyas. Ya se había retirado el sombrajo y corrídose sobre el muro; ya iluminaba en pleno un trozo de pared recién blanqueada, sobre el que se destacaba por oscuro parte del grupo de campesinos.

Ya no sabíamos qué efecto resultaba más bello, si aquel de entonces ó el que poco antes admiraramos extasiados... y es que cuando Dios se mete á compositor y á colorista... señores, hay que quitarse el sombrero... no cabe más allá.

IV

PERFIL DEL HÉROE

En el rincón más oscuro, apoyado en la mesa con las piernas cruzadas y la pipa en la boca, un viejísimo sombrero de paja echado sobre los ojos y un brazo en cabestrillo, había un hombre como de 50 años, con la barba gris, larga é inculta, el aspecto descuidado y la actitud indiferente.

Sus facciones, quemadas del sol, su figura angulosa, la torva mirada de sus ojazos negros, profundos y observadores, recordaban el aquí popular tipo del *búttero*, mixto de pastor y bandolero, que pasa su vida solitario en medio de la misteriosa campiña romana guardando toros y caballos salvajes, y, acaso, desbalijando pasajeros; galopando día y noche por aquellas llanuras, sobre escuálido fementido potro, cuya piel recuerda las que, por largos años, sirvieron de forro á baul castellano; con el lanzón en ristre, el sombrero puntiagudo en la cabeza y lo mejor del traje hecho de cueros y hebillas... como en la época feudal... como en la época romana... como poco después de Adán debió ser moda.



JUVENTUD DE NUESTROS ABUELOS, cuadro de Osvaldo Pelunk, de Muni

Este extraño ser no teme las miasmas emponzoñadas de la fiebre, antes bien, éstas parecen constituir su mayor encanto; entre ellas vive, en un montón de hoja seca, al pie de un acueducto, entre las fétidas junqueras hace su lecho; es libre como el árabe del desierto, y como éste reservado y misterioso... y cuando las inglesas y los ingleses, tudescos y otros bárbaros del Norte lo hallan á su paso... al anochecer... surgiendo como aparición del fondo de una ladera, dibujando en el cielo su enérgica, ascética *silueta* y desapareciendo muy luego... al galope de su escuálido jaco, sienten miedo en el corazón... vienen á sus mientes mil historias tremendas de Borgias y de Bernardotes.

El *búttero* y la corneja son los genios siniestros de esos desiertos campos, de esas grandiosas ruinas, y aquel hombre de la viña, como el búttero que me recordaba siniestro también, lo mismo podía ser un pobre de solemnidad que un filósofo, lo mismo un bandido que un príncipe disfrazado... acaso todo junto.

En su mirada se leía claramente la indiferencia, acaso el fastidio, pero en manera alguna el apocamiento ó la clorosis moral

Nos dijeron que era el dueño de la viña. No volvía de mi asombro... todo, menos ésto, me hubiera figurado. ¡Propietario aquel tipo inteligente de hombre libre! ¡Cosechero y tabernero, como cualquier palurdo, aquella especie de águila prisionera!... Imposible.

Nos fuimos á la mesa donde estaba á beber un litro del vinillo clarete, y con mucha cortesía le pedimos permiso para visitar la viña y pintar en ella.

– Bueno, nos contestó con indiferencia, – pintad cuanto queráis, – y siguió fumando su pipa sin parecer interesarse lo más mínimo en nuestra conversación. Cuando le preguntábamos algo, ó nos contestaba con monosílabos ó no contestaba. Sin embargo, cuando Enrique paladeando el vino dijo con la mayor flema, y como si estuviese muy convencido: – No es malo este vinillo, – se sonrió maliciosamente y dijo á su vez:

– Pues qué, ¿queríais que no le echase agua para que estos imbéciles, que se achispan en un tres por dos, me armaran cada día unas Vísperas Sicilianas? – Luego se marchó para cortar motivo de conversación y nosotros finalmente nos entregamos al trabajo con el entusiasmo más ferviente. Enrique no pudo resistir al capricho de pintar uno de aquellos interiores prodigiosos; y yo me dediqué á un trozo de viña fresco, florido, lleno de fragmentos de arte con cipreses en el fondo y entre ellos asomada la torrecilla original de una iglesia bizantina.

Las sombras eran violetas; los claros de la tierra rosados. Los pámpanos parecían milagrosos. En la *gamma* riquísima de colores que brillaban en mi paleta de paisajista, no había notas bastante claras, ni bastante transparentes para pintarlos. Todo era luz rota, vibraciones luminosas, fantasías de colores. Aquello era pintar música y aromas.

Y mientras tanto seguía la otra música – la del baile – alegre como la risa de un niño, y el ambiente era tibio y el celaje divino.

En tales condiciones el trabajo no podía menos de dar resultados.

¡Qué tarde para un artista!... ¡qué encanto el de sentirse vivir en medio de tanta fresca juventud, sin más pensamientos que el de reproducir aquella naturaleza elegantísima, viviendo del segundo presente, de actualidad, como el pájaro en la rama... sin ayer, sin mañana... sin luego siquiera... con el mundo limitado por el horizonte visible... aspirando por todos los poros del cuerpo y del alma la belleza del sitio, la belleza de la hora presente...

De vez en cuando el *padrone* se acercaba á nosotros y seguía con interés por largo rato, con inteligente mirada, el trabajo de nuestros pinceles. Parecía como si fuera á decir algo, pero no decía nada.

Cuando nos vió recoger los bártulos y disponernos á partir, nos dijo:

– Pueden, si gustan, ver mi casa de Polión. – Y añadió con cierta amargura: – Lo que queda de la casa de Polión, después del desastre.

Por el caminito que nos indicó tomamos. Al pie del alto muro de las Termas que corresponde á Oriente, en el fondo de una profunda cortadura como de 30 metros, vimos en efecto las ruinas de una hermosa casa romana, con su pórtico de columnas, pedestales sin estatuas, sus Hermés y frescos romanos medio ocultos por la zarza y la hiedra; el todo sumergido en agua, juncos y mimbreras.

Cantaban las ranas.

Aquellos eran sus dominios.

Allí estuvimos largo rato observando. Del fondo de la sima se elevaba una atmósfera de humedad, febril, fría y melancólica. De repente tuve como una revelación.

Yo conocía aquella casa. La había visto otra vez, en otros tiempos, pero de muy distinta manera. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Poco á poco acudió á mi imaginación la memoria de los hechos... me remonté 20 ó 25 años atrás... recordé una tarde de mayo; profusión de damas elegantes y caballeros... trenes lujosos... una música militar, los acordes de una marcha real extranjera... una emperatriz... un rey... princesas... caballerizos... guardias... cardenales; un jardín, unas excavaciones... un caballero que hacía los honores de la villa... Un caballero alto, moreno, de mirada de águila... sí, no había duda... era el mismo; era el mismo tipo de *búttero* medio caballero, medio brigante... el cosechero de la viña... el propietario que no tenía trazas de propietario... ¡el desgraciado silencioso manco!

Mi curiosidad, ya muy excitada, se excitó aún más con estos recuerdos que velozmente iba comunicando á Enrique.

Volvimos á buscar el *padrone*.

Estaba sentado sobre un fuste roto.

A su lado sobre un trozo de mármol había un montón de calderilla, la calderilla de los *ciociaros* que se retiraban cantando alegremente.

La masa oscura del antiguo pórtico de color de bronce se destacaba vigorosamente sobre un cielo de apoteosis en rojos, oro y violeta.

Las líneas de la viña se borraban rápidamente. En cambio los cipreses parecían crecer con las tinieblas.

La viña tenía entonces aspecto de cementerio; las aras de tumbas.

Las ramas de las rosas del muro, destacadas sobre el cielo, parecían restos con encaje negro.

– Caballero, le dije, – ¿con que es V.? ¡y yo que no le había conocido!

– ¡Cómo conocerme! ¡hace ya tantos años que soy labriego!

Y luego, leyendo en nuestras fisonomías una profunda curiosidad, nos indicó con un gesto de gran señor los fragmentos de antigüedades que rodaban por el suelo y añadió:

Eso es todo lo que me resta. Mis sueños de oro quedaron pulverizados como esos mármoles.

. . . .

He aquí la historia que con frase breve y concisa y sabor de amargo humorismo, nos contó aquel hombre.

LUIS DE LLANOS

(Continuará)

MARINO FALIERI

NOVELA HISTÓRICA

I

La civilización moderna, que, por medio de sus prodigiosos inventos, ha puesto en contacto los pueblos y hecho común la vida social, va borrando las fisonomías locales de tal modo que apenas se distinguen las nacionalidades. Hoy, por ejemplo, puede viajar un español por toda Europa adaptándose perfectamente al modo de ser de los países que visita, á lo menos en las relaciones de la vida pública.

Pero allá cuando Venecia era una gran república, y república nobilísima, aristocrática, con su rey y todo, bien que el rey de Venecia no se llamara más que dux, ningún pueblo se parecía á otro, y Venecia, sobre todo, ostentaba con orgullo una fisonomía especialísima.

Sus costumbres privadas, sus trajes, sus juegos y regocijos públicos tenían un sello de originalidad pintoresco y bello, que en vano se hubiera buscado en las fiestas de los demás países; pero su carnaval, con su movimiento, con su ruido, con su júbilo, con su fausto, con todos sus excesos de sabor completamente pagano, era la primera fiesta del mundo católico, y todavía resuenan los ecos de su fama en las sinuosidades de los pasados tiempos.

De todos los puntos de Europa iban hombres de pro á visitar en sus tres días y medio de bodas á la reina del Adriático, que los recibía á todos con los brazos abiertos, sin distinción de edad ni estado, que si unos eran viejos como los cardenales de la Santa Iglesia Romana, otros eran jóvenes como los príncipes de Austria y los duques grandes y pequeños de Italia, Alemania y Francia.

«Hay, – dice Julio Janín, – una desgraciada ciudad llamada Venecia, que después de haber adquirido un nombre glorioso por medio de sus armas, ha venido á crearse de caída en caída un nombre célebre con su carnaval. En otro tiempo acudían de todas partes de Europa al carnaval de Venecia. Aquello era una locura, una licencia, un júbilo desenfrenado, una prostitución universal: duelos á espada, cortesanos de todas partes y de todos colores...

»La ciudad en aquel tiempo no tenía más comercio que vender pomadas, esencias y encajes. Los más nobles herederos de los magistrados de la República de oro, no tenían más ocupación que el juego, el galanteo y la orgía. Era, en verdad, un lastimoso espectáculo el de toda una ciudad entregada á la prostitución.»

El moralista habla de la Venecia decadente, y en todas las decadencias hay este fondo de corrupción tapado con flores más ó menos mustias; no habla de la ciudad joven, del pueblo valeroso, de la república pujante y floreciente.

En esta primera edad las costumbres eran, si no rígidas ni acaso correctas como en el imperio de Austria, conformes á lo menos con la virilidad de un pueblo emprendedor y valiente y con la seriedad de su alta magistratura, que necesariamente había de dar el tono á aquella sociedad.

Sólo se permitía entonces cierta licencia de tres días y medio de carnaval, incluyendo su invasión ó incursión en el miércoles de ceniza. Mas, por ventura, ¿no se extendía esta licencia hasta el domingo de *pignata* en la misma Roma, con ser la residencia del Papa?

El carnaval fué siempre una especie de paganismo cristiano, sancionado por el tiempo, y aunque prediquen contra él frailes descalzos, no hay ciudad cristiana ni menos católica, apostólica y romana, donde no se celebre el carnaval, siquiera con una mascarada, siguiendo una tradición inmemorial.

Pero el carnaval de Venecia fué en sus buenos tiempos el arquetipo del género, por decirlo así, si no por su antigüedad, por su belleza, por su alegría, por su embriaguez de amor... y de Chipre también, dicho sea en honor de la verdad.

A esta época de las buenas costumbres de Venecia se refiere nuestra historia; historia que comienza en una broma de carnaval, en una comedia y acaba en una tragedia; ó más claro, aunque quitemos el interés de la sorpresa á la catástrofe, historia que empieza en un baile y acaba en un cadalso.



LA [illegible] DE NUESTROS ABUELOS, cuadro de Eduardo Blume, de Munich

II

El dux de Venecia daba, según costumbre, el primer baile de carnaval en su palacio de los Santos Apóstoles.

Para hacer dignamente los honores de la casa, honrándose á sí mismo y á toda la dorada aristocracia de la república, reunida aquella noche en sus magníficos salones, vestía el anciano dux su traje de ceremonia, que era de púrpura, de brocado y armiño, y el *cuerno*, como se llamaba por su forma una especie de tocado ó gorro medio frigio, resplandeciente de pedrería.

Y, cosa al parecer extraña, una matrona, que no era su esposa, y fuera ya de combate por su edad como el octogenario dux, la esposa del presidente de los Diez, hacía con él los honores, formando una pareja tan respetable como igual.

Pero no era sino una broma de carnaval. La esposa del dux, joven de diez y siete años, no quería descubrir su hermosa cara sin haber dado y recibido antes alguna broma entre tantos y tan decidores galanes, ansiosos también de darla y recibirla; y confiando su papel á la anciana, con anuencia de su esposo, conservó su antifaz para divertirse un rato libremente como una de tantas máscaras.

Conseguido su inocente objeto, hizo el dux una señal, y Agustina Loredano, como se llamaba su joven y bella esposa, se quitó el antifaz.

El respetable presidente de los Diez le dió entonces el brazo, y acompañándola cerca del dux, hicieron cambio de parejas.

El dux con su esposa dió un paseo por el salón principal, y todas las máscaras fueron descubriéndose, saludándolos á su paso hasta que volvieron á su lugar de preferencia.

La orquesta anunció luego una nueva danza, y no bien la hubo anunciado, cuando un mozalbete enteco y feo, disfrazado de diablo, se acercó apresuradamente á la hermosa Agustina solicitándola para bailar.

La duquesa, que como recién llegada á Venecia, no lo conocía ni de trato ni aun de cara, lo miró de arriba abajo, y no creyendo aceptable la pareja de un mozo tan feo de suyo, y luego vestido de diablo, se creyó dispensada de grandes cumplimientos, y, aunque sonriendo, le contestó concisamente:

– No puede ser.

– ¿Por qué? – se atrevió á preguntar el resuelto joven.

– Porque ha de romper el baile con el señor presidente de los Diez, – se anticipó á contestar el dux.

– ¡Ah! Como la había visto bailar con otros cubierta...

– Pero ya está descubierta.

– Es decir... que no puede ser.

– Como no os ceda su derecho el señor presidente...

– Voy á solicitarlo.

Y el diablo fué y volvió muy luego con el presidente.

– Señor dux, – dijo éste, – tengo el honor de presentaros á Paolo Farini, hijo de un Cuarenta, amigo de los dos.

– ¡Ah! Muy bien recibido, – contestó el dux inclinándose ante el joven, que sonreía con diabólica expresión.

Y añadió el presidente de los Diez, dirigiéndose á Agustina:

– Hermosa duquesa, si me permitís que ceda mi derecho á...

Agustina no le dejó concluir.

– ¡Oh! sería un desaire que no os perdonaría, – dijo sonriendo siempre.

– Entonces, – dijo el presidente, dirigiéndose á Paolo, – no puedo hacerte el favor que con tanto empeño has solicitado de mí: antes que contigo, quiero estar en gracia con la duquesa.

– Otra vez será, – dijo el dux.

– Pues no os comprometáis para la danza siguiente, – replicó el porfiado diablo, – porque volveré á solicitar la misma honra con mayor empeño.

– En hora buena, – contestó Agustina resignándose.

Paolo se inclinó profundamente y se retiró.

Al entrar en un salón de descanso, un grupo de jóvenes, que desde la puerta habían estado en observación, se echaron á reir á carcajadas.

– No hay que reirse, carísimos, – dijo Farini.

– Es verdad, – contestó uno de los otros; – hay que llorar más bien sobre tus ruinas.

– Ni que llorar tampoco.

– Has perdido la apuesta.

– La apuesta está en pie.

– Hemos presenciado el desaire.

– Nada de eso, carísimos: tenía la hermosa un compromiso anterior y superior, un compromiso de mera etiqueta, y me ha reservado para segundo turno. Y ahora que la he visto de cerca, apuesto doble contra sencillo. Bailaré con ella y... haré la conquista.

– Mucha seguridad es.

– Tengo muy buen ojo.

– Y ¿qué has visto para tal y tanta confianza?

– Todo cuanto hay que ver, que se reduce á un solo dato.

– Sepamos, – dijeron los otros rodeándolo.

– No es posible, carísimos, – repuso el diablo, – no es posible que una mujer tan joven como hermosa, tan her-

mosa como ardiente, con tales estrellas por ojos, se resigne al amor de su tatarabuelo; porque teniendo el dux ochenta años, y ella quince ó diez y seis ó diez y siete á lo más, bien pudiera ser tataranieta de su augusto esposo.

Una carcajada unánime celebró el chiste del casquivano galán.

– ¿Vamos á restar algo de esa suma de años? – dijo otro de ellos, que tenía también su aire picaresco.

– ¡Bah! – exclamó Paolo con desdén: año más ó menos, no es una resta que haga variar el cálculo. Puedes con mi beneplácito restar hasta veinte años, siempre queda un bisabuelo. No es un rival; es un... carcamal.

Otra carcajada unánime suplió los aplausos que pedía este otro chiste.

– Oyeme, – repuso el otro, – óyeme, que con tan buen ojo te ha escapado un dato interesante.

– ¿Qué tienes que decir de esa doncella?

– No es doncella.

– Viuda.

– Ni viuda.

– Ya sabemos que es la esposa del dux.

– Tampoco.

– Entonces ¿qué diablo es?

– Voy á explicarme empezando por tus mismas palabras. ¿Crees que una mujer tan joven como hermosa, tan hermosa como ardiente, con tales estrellas por ojos, se resigna al amor de su tatarabuelo?

– Ya he dicho yo que no.

– Y esa es la verdad.

– Verdad matemática.

– Y ¿crees que teniendo en casa un sobrino del dux, muy buen mozo por cierto, es la joven duquesa esposa de su tatarabuelo?

El diablo se llamó al interior, mientras cundía la hilaridad por el grupo, aumentado ya con otros amigos, celebrando todos la sutil intención del maldiciente.

– Yo tenía entendido que era hermano suyo, – dijo uno de los recién llegados.

– No, – contestó el que tenía la palabra; – es primo... quiero decir sobrino, sobrino del duque... como que ella es Loredano y él Falieri como su tío.

– Estás muy enterado de esas relaciones de familia.

– Como que me hallaba en Roma, de donde es la Agustina, cuando se casó con el hoy dux y entonces embajador de nuestra república en la corte pontificia. Pues bien, una de las alhajas que el anciano Marino Falieri aportó á su matrimonio fué... su sobrino Fernando, mozo muy gentil de su persona, mejorando los presentes.

– En buen hora, – dijo Paolo rehaciéndose. – Sea de ello lo que quiera, no desisto de mi empeño.

– Luego hemos de restar siquiera un cuarto de siglo del tatarabuelo.

– Todo eso quiere decir que ahora tengo en frente de mí un marido y un amante. Mejor; así será el triunfo más glorioso. Queda la apuesta en pie. Señores, quedáis todos convidados á una gira en la isla de *Chioggia* el miércoles de ceniza. Pagará el que pierda.

Muy luego preludió la orquesta otra danza.

Paolo Farini se apresuró á ofrecer el brazo á la duquesa, que aceptó con triste sonrisa de resignación.

Hay presentimientos.

Agustina sentía antipatías invencibles hacia aquel enemigo de su dicha, muy bien vestido de diablo.

Y rompió la orquesta y luego el baile.

A favor del ruido de la música, de los pasos y paseos de la danza, de las bromas y risas, el diablo se despachó á su gusto.

Agustina, seria ya, quiso tenerlo á raya, cuando no bastó la indiferencia ni el desdén, y le ordenó respetarla.

El temerario galán insistió en sus pretensiones.

Aprovechando entonces la duquesa el paso de un desconocido:

– Caballero, – le dijo, – tened la bondad de acompañarme á mi sitio; me siento indispuesta.

El caballero le dió el brazo y la acompañó á su sitio, quedando Paolo corrido de un desaire tan público y manifiesto.

III

Un momento después se hallaba Paolo Farini con todos sus amigos en la sala del refresco procurando ahogar en Chipre su despecho.

Se reconocía vencido, derrotado, y quería reparar sus fuerzas, acaso para volver á la carga.

Y apuró una copa y otra y otra copa, no sin brindar por el amor, que era uno de sus númenes, aunque tan mal parado le dejara poco antes.

Reparadas sus fuerzas, que era lo primero, quiso también consolarse, y buscó su consuelo en las mujeres, que era no salir de su círculo vicioso. Y dentro de este círculo, que era su terreno, echábales con sin igual desenfado requiebros, flores, dulces...

Los chistes se sucedían unos á otros, ya alegres, ya patéticos, aplaudidos siempre con ruidosas palmadas y celebrados con no menos ruidosas carcajadas.

De pronto se acalló el ruido.

Cecilio Navarro

(Continuará)



Fig. 1. – Vaca adulta de dos cabezas, exhibida en los Estados Unidos



Fig. 2. – Ternero de dos cabezas, nacido en Bunangues, distrito de Ambert (Puy-de-Dome)

LOS TERNEROS DE DOS CABEZAS

Dos monstruos dobles autositarios

Gracias á numerosos estudios, los anatómicos han demostrado el hecho capital de que las organizaciones anómalas y monstruosas son tan regulares como las normales, aunque la estructura esté basada en planos diferentes. Esta regularidad ha permitido á Etienne y á Geoffroy Saint-Hilaire establecer una clasificación natural de las anomalías y de las monstruosidades, fundando una ciencia cuyo origen es eminentemente francés: la teratología.

Todos los monstruos conocidos, los más de los cuales se produjeron en animales domésticos, se relacionan con cierto número de tipos perfectamente definidos ó definibles, y así es que cada monstruo que la naturaleza ofrece á nuestros estudios halla al punto su lugar en uno de los numerosos géneros de la clasificación teratológica. En el caso de que el monstruo que se examine presente nuevas particularidades, las cuales exijan para él la creación de un género especial, este último vendrá á intercalarse naturalmente entre dos tipos ya conocidos y descritos.

Si nuestros conocimientos actuales sobre la organización de las anomalías y de los monstruos unitarios y dobles son relativamente extensos, en cambio reina bastante oscuridad aún sobre las causas de su formación; pero como la ciencia contemporánea tiende á probar cada vez más que los fenómenos de la vida se deben únicamente á fuerzas físico-químicas, hay motivos para esperar que el estudio de estas fuerzas nos revelará las causas de la forma ción de las anomalías y de las monstruosidades.

Por otra parte, el doctor Camilo Dareste ha podido producir artificialmente cierto número de monstruos unitarios, creando así la teratogenia experimental; y si la producción artificial de los monstruos dobles es todavía imposible hoy, estamos, sin embargo, en el camino que puede conducir á su realización. Para facilitar estas investigaciones importa dar á conocer, á medida que se presentan, los casos teratológicos que ofrecen cierto interés, y tal es el objeto del presente artículo.

La figura 2 representa un ternero perteneciente al orden de los monstruos dobles autositarios, á la familia de los Sisómidos y al género *Psodyme*. Este animal nació el 11 de abril de 1887 en Bunangues, distrito de Ambert (Puy-de-Dome), y murió al venir al mundo. Los dos individuos componentes eran normales en toda la parte anterior del monstruo, tanto exteriormente como en el interior, según lo demostró la autopsia; pero los dos pulmones del lado izquierdo estaban más desarrollados que los del derecho. La unión aparente comenzaba desde el ombligo común, y el cordón umbilical era único. No había más que una cavidad abdominal, que contenía á cada lado un estómago é intestinos normales hasta el pequeño colón transverso, donde había una dilatación anómala semejante, á primera vista, á una enorme vesícula biliar. A partir de este punto no se veía más que un solo intestino que terminaba en un ano único. Halláronse dos hígados normales, pero cuyas vesículas biliares estaban casi atrofiadas; dos bazos, de los cuales el derecho presentaba más desarrollo; solamente dos riñones, situados en el lado externo de cada columna vertebral, el izquierdo normal, y el derecho en parte atrofiado; una sola vejiga y un canal uretral único. Las dos columnas vertebrales, muy marcadas hasta su extremidad, terminábase cada cual por una cola. Al nivel de las cuatro últimas vértebras lumbares había adhesión de dos sacros, que parecían no formar sino uno, pero que después de un detenido examen resultaron estar unidos únicamente por un fuerte ligamento cartilaginoso; las apófisis transversas de estas cuatro vértebras no existían.

Cada uno de los individuos componentes de ese monstruo presentaba manchas blancas semejantes en la frente y en los cuatro miembros anteriores.

La *Psodimia* es un género de monstruosidad bastante raro, observado algunas veces en el hombre, en el ternero y en los escuálos. Los individuos que presentan este tipo teratológico mueren casi siempre al venir al mundo, ó muy poco tiempo después de nacer; pero conócese un *Psodimo* humano del sexo femenino, nacido en Lorena en 1722, que un mes después de ver la luz disfrutaba aún de muy buena salud y no murió hasta el tercero. Los dos individuos componentes dormían, movíanse y mamaban tan pronto juntos como separadamente.

La *Psodimia* ofrece mucho interés, no sólo bajo el punto de vista fisiológico y teratológico sino también por lo que hace á la sicología; pero desgraciadamente, sólo se puede hacer en esos monstruos muy rara vez el curioso estudio de las manifestaciones síquicas, atendida su poca viabilidad.

La vaca adulta que representamos (fig. 1) es un monstruo doble autositario, perteneciente á la familia de los Monosómidos y al género *Iniodime;* esta vaca de dos cabezas pertenece á la compañía de un circo, que la ha expuesto en América. Según se ve en la figura, solamente la parte cefálica es monstruosa, componiéndose de dos cabezas unidas en las regiones occipitales y parieto-temporales, lo cual ha producido forzosamente la desaparición de las dos orejas del lado interno. La cabeza de la izquierda es la única que funciona, pero cuando trabaja la boca de la de la derecha emite saliva. Sus ojos, en número de cuatro, eran todos normales antes de cierto accidente que ocasionó la pérdida de uno. En medio de la frente de la cabeza de la derecha hay una depresión bien marcada, que corresponde sin duda á otra análoga del cerebro. Tal vez la autopsia de este monstruo permitirá descubrir en otras partes del cuerpo señales de la duplicidad, que en el exterior sólo se ha manifestado en la parte cefálica (1).

La *Iniodimia* es bastante rara, pero se ha reconocido ya en el hombre, en el gato, en el ciervo, el carnero, el buey y el pollo, en una serpiente y en tortugas. Por lo regular los iniodimos mueren en el momento de nacer, ó poco después de ver la luz del día; pero hay casos, como el ejemplo precedente, en que los individuos afectados de este género de monstruosidad alcanzan su completo desarrollo y pueden vivir también tan largo tiempo como los individuos normales.

Enrique Gadeau de Kerville

(1) Los datos y la figura referentes á esta vaca monstruosa se han tomado en parte del *Scientific American* del 29 mayo de 1887.

Barcelona. Imp. de Montaner y Simón



AÑO VII ←BARCELONA 16 DE ENERO DE 1888→ NÚM. 316

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

¡TIERRA!

Estatua de Cristóbal Colón, destinada al monumento que se levanta en Barcelona, obra de R. Atché

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡TIERRA!

Estatua de Cristóbal Colón destinada al monumento que se levanta en Barcelona, obra de R. Atché

Todos los monumentos modernos rematan, por lo general, con la estatua del personaje en cuyo honor se levantan. Esta solución es naturalísima: si un hombre merece un monumento, nada más consiguiente como que ese hombre ocupe el lugar más alto de esa construcción. Todo lo que así no sea, podrá ser muy elegante, podrá ser hasta filosofado; pero los pueblos entienden poco de filosofía; un monumento no ha de ser un enigma ó adivinanza; y lo más sensato, dígase lo que se quiera, es ir á buscar en el coronamiento de un edificio la explicación de lo que el edificio sea. ¿Remata en una cruz? Pues es un monumento dedicado á Cristo. El remate es, con justa razón, la clave del pensamiento que la construcción entraña. El autor del monumento que Barcelona dedica al ilustre Cristóbal Colón ha estado en lo natural y en lo justo proyectando que la estatua del gran genovés remate la grandiosa obra.

Abierto concurso para la estatua de Colón, ganólo en buena lid nuestro compatriota Atché, y de su obra pueden juzgar los favorecedores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por el grabado que encabeza el presente número. El descubridor del Nuevo Mundo está representado en el momento supremo de su vida, cuando después de la *noche terrible*, condenado á muerte por sus desconfiados compañeros, la aparición del continente americano hace caer á la ignorancia bajo los pies de la ciencia. - ¡Tierra! – exclamó Colón en aquel instante histórico que importaba una revolución en el mundo científico y mercantil; y debió exclamarlo aun más que con la alegría del que salva su existencia, con el orgullo del que ve cumplida una profecía. El artista, por lo tanto, ha encontrado lo que pudiéramos llamar momento histórico del héroe.

Respecto de la ejecución, la abona ante el público sensato el fallo de un jurado competente, fallo que confirmará, sin duda, el examen de la reproducción que publicamos. A los que no puedan, empero, apreciar las condiciones que ha de reunir una estatua de más de siete metros, para ser expuesta á sesenta de altura, les suplicaremos que reserven su fallo hasta tanto que puedan apreciarla en su debido sitio. Unicamente entonces podrá estimarse lo que vale la estatua del Sr. Atché: si alguno se la critica en el taller, conteste lo que Rembrandt á sus criticones:

– Mi estatua ha sido hecha para *vista*, no para *olida*

EL CONGRESO DE LA MODA cuadro de A. Mandlidt

En España llamaríamos á este cuadro, no congreso, sino consejo, ó consejillo, pues en consejo ó consejillo de ministros se tratan las cuestiones más graves de la política palpitante. Tal es, precisamente la ocupación de esas tres damas, llamadas á decidir nada menos que sobre la buena ó mala elección de una tela para vestido.

El autor ha tratado el asunto con toda la importancia que su argumento requiere, y de ello ha resultado un lienzo agradable y expresivo, que parece copiado directamente del natural. Es posible que la resolución tomada en ese congreso no altere el equilibrio europeo.

BARCELONA MONUMENTAL

Es achaque de la humanidad dar escasa importancia á las personas y á las cosas con las cuales estamos familiarizados desde la niñez. De fijo que ni César ni Napoleón fueron nunca grandes hombres para sus nodrizas, si las tuvieron. Las exterioridades de que se rodea comunmente la majestad sorprenden con su esplendor á los provincianos; de ningún modo á los hijos de la corte, que están habituados á ellas. De la misma manera, las construcciones monumentales ó meramente notables nos impresionan en el extranjero, al paso que desapercibimos otras no menos importantes ó no menos bellas en la ciudad de nuestra habitual residencia.

De aquí resulta, aplicando el hecho á nuestra amada Barcelona, que el extranjero y el forastero sepan más de nuestra población que nosotros mismos, ó que no demos á lo que nos rodea la importancia que á lo mismo, quizás en peores condiciones, damos cuando ejercemos de *touristes* más ó menos pretenciosos. No es Barcelona una ciudad morisca como Granada, ni monumental como Viena, ni vasta como Londres, ni típica como Venecia, ni vistosa y galana como la capital de Francia. Pero esto no impide que, aun aparte sus buenas condiciones climatológicas y sus mejores condiciones topográficas, tenga mucho y bueno de que ufanarse, ora hagamos de *cicerones* á través de la ciudad antigua, ora llevemos nuestros pasos á las nuevas calles del ensanche, que podrán competir con las primeras de Europa.

Como buenos hijos de la ciudad de los Condes y aun como artistas nos hacemos un deber de popularizar y extender la reproducción de nuestros monumentos y edificios públicos: ellos darán una idea de lo que Barcelona vale á los muchos que la desconocen; ella nos convencerá de lo bueno que, contiene á los que de puro enterados, apenas le hacemos caso.

EL PARQUE DE BARCELONA

Quien viniera á Barcelona al cabo de veinte años de no haber estado en ella, buscaría en vano aquella célebre ciudadela construída á tenor de los principios de Vauban, con que plugo á Don Felipe V tener dominada la que él llamó ciudad rebelde. La fortaleza no existe; restan de ella algunos cuarteles, llamados á convertirse en museos: donde se levantaban baluartes erizados de cañones, son de ver al presente montículos coronados de arbustos, ó mansas aguas que se deslizan murmurando apenas; donde ayer hubo un calabozo se encuentra hoy un *parterre* ó una cesta colosal repleta de flores; donde multitud de infelices prisioneros exhalaron sentidas quejas ó rezaron las preces de la agonía, hoy cantan alegremente los pájaros, volando de rama en rama con la libertad del ave, tantas veces, ¡ay! envidiada por las víctimas que desde la sombría *Torre* salieron para el lugar del suplicio por la Puerta del Socorro ó por el Rastrillo de la Explanada. El Parque de Barcelona es el ejemplo más fehaciente de las diferencias que separan lo pasado de lo presente, el día de ayer del día de hoy.

Esta transformación parece cosa de magia; pero lo cierto es que el encantamiento fué debido, en mucha parte, á un hombre de carne y hueso, de carne é hierro dijéramos mejor, al general Prim, que de manera tan liberal quiso demostrar el amor que profesaba á Barcelona. Esta le ha correspondido erigiéndole un monumento á la entrada del Parque, que en rigor debiera llevar el nombre del héroe legendario de los Castillejos.

En este agradable sitio y en sus vastos anexos ha dado cita nuestra ciudad á las artes é industrias universales para que exhiban sus fuerzas en la noble contienda del certamen. *A tal señor, tal honor*, dice un refrán francés; y héte á Barcelona reclamando para su Parque la fama que Viena conquistó para su *Prater*.

Nosotros, que contribuiremos con todas nuestras fuerzas al mejor éxito de la próxima *Exposición Universal*, sin discutir fuera de tiempo su mayor ó menor oportunidad, creemos agradable é interesante á un tiempo dar á conocer los detalles del *Circo* en que ha de luchar el genio del progreso sobre el terreno en que imperaba no há mucho el ángel malo de la fuerza.

EL PASTOR, cuadro de Franz de Leubach

Todos nuestros lectores conocen sin duda la anécdota de los dos poetas, que á la vista de un arrapiezo, tranquilamente dormido sobre una piedra, escribieron, el uno: – O la cabeza es de bronce, ó la piedra es de lana. Cuyo pensamiento completó el otro poeta, añadiendo: ¿Qué más bronce que no tener años once, ni qué más lana que no pensar en mañana?

Pues he aquí *el pastor* de Leubach. No se puede dormir más á rienda suelta, ni cabe envidiar sueño más profundo y tranquilo.

¡Quién fuera pastor!... si todos los pastores durmieran realmente este sueño.

EN LA PUERTA DEL HERRERO cuadro de H. Jochmuk

Análogo asunto ha inspirado á diversos artistas. ¿Tiene algo de particular para ello? No se nos alcanza. Cierto que permite agradable contraste en las figuras y que el aficionado á pintar caballos encuentra un modo natural de hacerlos figurar en el lienzo. Quizás sea esta una razón, como también puede serlo que el autor se sienta inclinado á la Escuela holandesa, que sobresalió en esta clase de composición.

De todos modos, el cuadro que publicamos es notable por la buena disposición y feliz dibujo de los personajes. El autor ha dado visible importancia á los caballos, sin duda por su destreza en pintarlos.

UNA VIÑA ROMANA

(Conclusión)

V

BAJO DE UNA MALA CAPA...

Era pobre, porque en Roma hace 50 años todos eran pobres menos los primogénitos, y él no era primogénito. No estudió carrera porque sólo había una posible: la Iglesia... y él no tenía vocación.

No se casó con una rica heredera de pozos de petróleo en América porque no la halló á mano, y además su carácter aventurero le llevaba por otro camino.

Aprendió sin estudiar, por buen sentido, por instinto, leyendo poetas antiguos y visitando ruinas.

Durante muchos años no debió hacer nada bueno. Era gastador y calavera y no tenía dinero. Además amaba con frenesí la libertad. Por esto se le cerraron muchas puertas.

. . . .

Un día necesitó dinero. Cazar ó jugar no es carrera para un caballero que tiene novia y quiere casarse.

Entonces se dedicó á pensar y encontró una idea: la de explotar un terreno extrayendo antigüedades, que por entonces se pagaban á peso de oro. Pero ¿dónde hallar el terreno y dinero para los gastos?

El terreno por fin pareció, después de un serio estudio de cálculo de probabilidades complicadísimo.

El dinero también

¿Dónde?

Vayan Vdes. á saberlo.

Las obras comenzaron.

A los 20 metros aparecieron mosaicos romanos.

De una zanja salió una vestal sonriente. De otro agujero un emperador de la decadencia de fisonomía fosca y brutal, como si temiera, al ver la luz, hallarse de nuevo frente á frente de los pretorianos que le partieron el corazón á puñaladas.

La vestal se fué al museo; el emperador, vestido del más raro jaspe oriental, marchó de incógnito á Rusia.

Con aquellos fondos la excavación comenzó á tomar carácter.

El caballero tiró el azadón, que de hilo de Ariadna le sirviera para llegar á la fortuna, y llamó hábiles operarios.

Un mes después había aparecido la casa de Polión completa, con su impluvium y su pórtico, su tablinum y su triclinum preciosamente pintados; con sus suelos de mosaicos admirables, y más acá y más allá profusión de estatuas, bajo relieves, bloques de pórfido, malaquita, lapislázuli, armas y sarcófagos.

Un suelo que se hundió reveló la existencia de nuevas catacumbas llenas también de preciosidades del arte incipiente de los cristianos primitivos, de reliquias, de cosas sagradas.

El asunto se hizo público.

Las puertas de la villa se abrieron primero á los anticuarios, luego al Papa y los prelados; después al público. Los reyes y emperadores que pasaban por Roma se apresuraban á visitar la excavación, por entonces de las más famosas.

El oro se amontonaba en las arcas del caballero. La familia de la novia comenzaba á encontrarle excelentes prendas para marido.

Sobre su pecho llovieron condecoraciones de todos los países, y sobre su cabeza diplomas de todas las sociedades sabias.

Al empezar á ser rico, comenzó á hacerse célebre y la gente cayó en la cuenta que tenía talento.

Todo le sonreía; el mundo era suyo; pronto sería feliz, marqués y millonario, cuando... cuando una mañana le avisaron que no se podía continuar una excavación porque había aparecido un manantial. Se suspendió aquella y se continuó en otra parte; pero á los 20 metros el agua reapareció.

Entretanto, poco á poco, la casa de Polión se anegaba. Ya había un pie de agua sobre el mosaico del suelo.

Era fin de verano... el mes de agosto. La fiebre se declaró entre los operarios. Sólo el caballero sostenido por su indomable energía quedó en pie, y trabajando furiosamente, hasta mediados de setiembre, que le atacó la perniciosa dolencia. Cuando un mes después volvió á la villa, aquello era un desastre.

Las excavaciones estaban con metro y medio de agua; los estucos se caían á toda prisa; los juncos y los lirios de agua, las zarzas y las hiedras invadían á paso de carga aquellos sus futuros dominios.

Se hizo venir una máquina de vapor de gran potencia para extraer el agua. Pero según salía por un lado, entraba por otro.

Todo lo que la ciencia aconseja se hizo infructuosamente. Se abrieron zanjas y más zanjas, se buscó el medio de expulsar á aquel incómodo huésped, pero el agua siempre creciendo.

Un invierno rudo y muy húmedo acabó la obra de destrucción...

Los dineros se gastaron en esfuerzos supremos para deshacer el capricho de la naturaleza.

Un día se acabaron los recursos... aquel mismo, cuando el caballero llegó desesperado á casa de su novia, halló la puerta cerrada. Insistió en entrar, y los criados le insultaron.

Aquello había concluído al compás de sus esperanzas de fortuna.

La pobreza entró en la villa con su obligado cortejo de desazones.

La hierba y los matorrales invadieron los cuadros del jardín, como antes el agua el fondo de las excavaciones.

Luego vino la miseria, la miseria pequeña, absorbente, cínica, horrible del pan de cada día, y la lucha comenzó de nuevo.

De nuevo el caballero asió del azadón; no ya para sorprender al pasado sus secretos y arrancarle sus joyas, que yacían dormidas en el oscuro seno de la tierra; no ya como varita mágica, que cuanto tocaba se trocaba en oro... á aquella tierra ya sólo se le pedía un poco de jugo para la viña nueva, un poco de alimento para engañar el hambre. No era la lucha grande por la ambición, era la mísera lucha por la existencia.

Y así pasaron días amargos, días de soledad y de tristeza. No es fácil, cuando se ha vivido con la frente en las nubes, como el águila real, aceptar de repente, con paciencia, la vida del pobre gusano de la tierra.

– Poco á poco, – concluyó el caballero, – perdí las preocupaciones, que son, en la pobreza, la miseria de las miserias, y desde entonces casi soy feliz. ¡Se necesita tan poco para vivir y sustentarse cuando se desayuna uno con un *me ne frego* y se cena con otro *me ne frego!*

Nada me importa; nada me preocupa: trabajo cuando quiero, es decir, rara vez; pienso mucho, leo algo y entre estas ruinas tengo mi nido al lado del nido de las cornejas. Pasan los días sin dolor, las noches sin insomnio, y esta calderilla que dejan los borrachos es más de lo que necesito para vivir desahogadamente. ¿Qué me falta, pues, á mí?

– ¿Y la novia aquella de su juventud? – pregunté yo á quemarropa.

– Una bruta como las más de las mujeres. Ha engordado y tiene patilla negra. Su marido es desgraciado... con mi carácter, esa mujer me lleva á la horca. Empezó por creer que yo era un imbécil, so pretexto que la naturaleza me venció en lucha titánica, y ¡ella se deja vencer por sus mezquinos vicios!

El caballero cesó de hablar, encendió su pipa y siguió con nosotros, caminando lentamente hacia el portillo de salida.

Nosotros guardábamos silencio; no queríamos romper el encanto de aquellas amargas revelaciones con una pregunta tonta de estilo diplomático, es decir, fuera de lugar.

Cuando pasamos el portillo y nos hallamos en medio del camino, en el fondo, entre la espesura de los árboles, se distinguían las destrozadas torres y galerías del Septizomio, teñidas de tonos purpúreos como el espléndido cielo que tenían detrás, la línea oscura de cipreses que hoy ocupan el solar de la que fué Domus Augusta, fragmentos del acueducto de Claudio, y á la izquierda la colosal ruina de las Termas.

– Pues os equivocáis, – nos dijo de repente el caballero, adivinando lo que por mis mientes pasaba, con ese instinto de agudeza latino, que es la quinta esencia de la lógica. – Os equivocáis, repito.

Yo no odio la naturaleza, ni siquiera el elemento cruel que aguó todos mis planes; es más para mí la naturaleza, es la vida, el libro universal que todo lo sabe, la ciencia divina de la poesía, que todo lo embellece. En ella vivo y ella vive entera en mi alma ocupando el lugar de los afectos que acabaron, de la fe que no tengo, de las ambiciones y vanidades que tanto espacio abarcan dentro de otros hombres. Si un día me aniquiló, hizo bien, que si me quitó vulgares realidades que muchos tienen, me dió



EL CONGRESO DE LA MODA, cuadro de A. Mandlidt

en cambio, abriéndome los ojos á la luz, esta filosofía indestructible y eterna que tienen pocos.

Mirad, ¿veis esas torres? Pues son las torres de los palacios de los Césares. Al pie de esos cipreses alzó el primer emperador su lujosa morada; Tiberio, Calígula levantaron en torno soberbios pórticos, magníficos salones; Nerón, en su egoísmo salvaje, derribó cuanto encontró á su paso para que ese palacio, su *Domus Aurea*, llegase al Esquilino y al Viminal y ocupase más de 18 millas; Domiciano construyó otro suntuosísimo; ese monte Palatino reunía ya en sí solo más bellezas que juntas existían en todos los palacios del orbe, cuando los emperadores africanos, en aquella época ya decadente en la que el arte cedía terreno al tamaño, alzaron ese colosal Septizomio, la Palestra y los nuevos enormes palacios que tenéis delante.

Pues bien, ¿qué queda de tanta positiva y maciza magnificencia? Ruinas destrozadas, polvo impalpable para el vulgo; para mí, para los iniciados, que vivimos hacia dentro, un universo de recuerdos y de poesía arrebatadora... la revelación...

Esos mismos acueductos que los bárbaros rompieron, cuyas aguas perdidas dan á estos contornos la siniestra melancolía del país de la fiebre; que invadieron mis dominios, que agostaron en flor mis esperanzas y me arruinaron, son caros á mi alma, son los testigos vivos de mis recuerdos de los muertos.

¡Estaba escrito!

Soy romano y pago por los crímenes que mis mayores cometieron muchos siglos después de cometidos; pago las proscripciones del triunvirato; pago la vergüenza de mi pueblo cruel, sin dignidad, que aceptó tiranos, los ríos de sangre del Coloseo, los 6,000 esclavos que á lo largo de esta vía Appia crucificó Craso...

¡Y sin embargo, Roma era grande!

No leáis quejas en mis palabras; no hay quejas, sólo hay melancolía y concentración, es mil veces más bella aquí, entre los recuerdos de tantas pasadas grandezas, hojeando de continuo el inmenso libro de la filosofía, escrito en esos muros y en este suelo, que la de ningún potentado del universo, allá en lejanas ciudades bárbaras, entre líneas rectas y libros mayores.

¡Adiós, adiós, amigos! ¡Sólo Roma es grande!

VI

LA NOCHE

Ya era noche.

La luna alzaba su pálida faz por detrás de las Termas.

El camino, solitario y tranquilo.

En silencio marchábamos Enrique y yo, aspirando aquella atmósfera embalsamada de naturaleza dormida.

Pasamos por un bosque; luego bajo un arco de triunfo.

Una masa oscura, enorme y poderosa, nos cerraba el paso.

Era el Coloseo.

Entramos en él, ¡qué magnificencia!

¡Oh, sí, razón tenía el caballero!

¡Sólo Roma es grande! Vale más la vida entre estos cadáveres de ruinas, que todos los placeres del agitado mundo.

LUIS DE LLANOS

LA HIJA DEL REY DE CÁDIZ

LEYENDA ARÁBIGO ESPAÑOLA

Entre las deleitables leyendas con que esmaltar suelen los escritores arábigos sus memorias y relaciones acerca de las cosas de España, hay una que, transcrita por el ilustre biógrafo Abén-Jalicán en la *Vida de Muza Ben-Noseir* y por Yacub en su artículo topográfico sobre Cádiz, muestra un colorido local tan notorio, que no cabe colocarla entre las invenciones egipcias atribuídas á Al-Guaquidi, antes parece recogida de tradiciones novelescas nacidas en nuestro suelo, cual espontáneo fruto de la imaginación de los antiguos españoles. En el cambio de producciones intelectuales entre el Oriente y el Occidente, donde se muestra el eco de la historia del Baymecida y de Harón Arraxid en la romancesca leyenda de Bernardo del Carpio, y las leyendas de los Reyes de Hira en el libro de *I Reali di Francia*, ha tocado más de una vez á España y á la docta Grecia el ofrecer el motivo de concepciones novelescas árabes, según se muestra en las sabrosas tradiciones de los mozárabes españolenses, conservadas por Edrisi y en la relación extraordinaria de las maravillas de la capital de los Atlantes descritas bajo la autoridad de Solón por el discípulo de Sócrates, alteradas después por los sarracenos en la peregrina conseja de la ciudad de Latón: descubriéndose por ventura el abolengo de la leyenda de Argantonio y de los novelistas helenos de la época de Alejandro en la que vertida del arábigo al castellano, según las relaciones árabes mencionadas arriba, presentamos á nuestros lectores. Su texto es como sigue:

En la isla llamada Cádiz, situada á la banda occidental de la península de España, hubo un rey griego que tenía una hija de extraordinaria hermosura. La fama de belleza tan insigne llegó á los oídos de todos los reyes de España. Eran éstos, á la sazón, muchos, cada cual reinaba en una población, ó, á lo sumo, en dos inmediatas, pero todos se trataban entre sí como iguales. Pidieron en matrimonio los reyes de España la hija del príncipe gaditano, pero éste, que temía dar motivo de resentimiento á los demás si se la otorgaba á alguno, permaneció suspenso muchos días. Al fin determinóse á llamar á su hija, dispuesto á consultarla sobre el asunto. En el pueblo de que se habla era natural la sabiduría en todas las personas, así hombres como mujeres. No sin razón se ha dicho que la sabiduría al descender al hombre se ha establecido, según los diferentes pueblos, en distintos miembros y órganos del cuerpo humano. Situóse en los griegos en la masa cerebral, entre los chinos en las manos, por lo que toca á los árabes en la lengua. Pues presentada la doncella delante de su padre, le habló el rey de esta suerte: – Me hallo, hija, en grave perplejidad. – ¿Qué causa la promueve? – preguntó ella. – Has de saber, infanta, que todos los reyes de España me han pedido tu mano y no sé qué hacer para dar gusto á uno sin incurrir en el desagrado de los otros. – Si lo dejáis á mi cuidado, – repuso la princesa, – creo poder libraros de sus quejas é importunidades. – ¿Qué pretendes? – interrogó el monarca. – Yo misma propondré condiciones, mediante las cuales debo casarme con aquel que las cumpla, y los que no viniesen en esto, no tendrán motivo para quejarse.

– Quisiera saber la estipulación que es de tu gusto. – Una principalmente: deseo que mi esposo, al par que rey,



BARCELONA MONUMENTAL

Palacio de la Excma. Diputación. – Monumento á D. Antonio Lopez. – Aduana. – Teatro Principal. – Santa María del Mar. – Catedral, *puerta de la Piedad*. – Casas Consistoriales. – Casa Lonja. – Monumento á Galcerán Marquet – Gran teatro del Liceo. – Banco de Barcelona.



VISTAS DEL PARQUE DE BARCELONA, DONDE SE CELEBRARÁ LA EXPOSICION UNIVERSAL

Entrada al parque por el Salón de San Juan. – La Cascada. – Museo Martorell. - La Vaquería. – Monumento levantado á D. Juan Prim, Marqués de los Castillejos. – Vista del lago. – Entrada al parque por la avenida del comercio. – Monumento á Buenaventura Carlos Aribau. – Entrada á la gruta. – La cascada, vista tomada desde la plazoleta.

sea un sabio. – Con efecto, escribió el rey á todos aquellos pretendientes reales, informándoles de que, dada cuenta á su hija de sus respectivas pretensiones se había encerrado en el pensamiento de no desposarse con ningún rey, á menos de que fuese también un sabio. Los que no aspiraban al dictado de tales, apenas leyeron la contestación, no se ocuparon más en el asunto; pero dos de aquellos príncipes replicaron que ellos se preciaban de sabidores. Cuando recibió el rey sus mensajes dijo á su hija: – Infanta, nos hallamos en el mismo estado que antes: hay dos reyes sabidores, y si escojo á uno por yerno, fuerza será el menospreciar al otro. – Respondió la princesa: – Pediré á cada cual de ellos una cosa distinta y prometeré desposarme con el que me proporcione el objeto de mis deseos en espacio más breve. – ¿Qué pretendes pedirles, hija mía? En la isla donde habitamos se echan de menos molinos de los que giran por el impulso del agua. Propondré á uno de los reyes, que por mi amor los labre en ella, movidos por corrientes de frescas aguas traídas de las montañas del continente. Al otro le encargaré que labre un talismán, capaz de proteger esta isla contra las invasiones de los berberiscos.

Nada tuvo que objetar el padre á los propósitos de su hija, limitándose, en consecuencia, á dar noticia á los dos pretendientes, de lo que la infanta proponía. Ambos aceptaron el partido y cada cual de ellos, escogiendo el objeto que le pareció más de su gusto, puso manos á la obra. El de los molinos eligió grandes sillares de piedra y juntándolos los unos á los otros los dispuso de forma que arrojados en el mar sobresaliesen por encima de su superficie en el espacio que separa aquella isla del Continente. El lugar donde comenzó esto se conoce hoy con el nombre de arrecife de Ceuta. Rellenaba el alarife real, según su mejor entender, los espacios que quedaban entre las peñas, hasta que unió al continente africano la isla española, de que hablamos. Restos de estas construcciones se ven hoy día en el Estrecho, aunque suelen decir algunos españoles que tales reliquias son vestigios de un puente que mandó labrar Alejandro, para poder pasar de Ceuta á la isla: Dios sabe lo cierto. Cuando el sabio real concluyó de disponer las piedras en la forma apetecida, dirigió por ellas una corriente de agua, que tomó de un elevado depósito en las montañas de Ceuta, hasta desembocar en un canal construído en la isla española, donde labró molinos á las orillas del dicho canal. – Por lo que toca al soberano, que emprendió la labor del talismán, vióse retrasado en su obra quizá por aguardar alguna observación de las estrellas, que le indicase el momento oportuno para comenzarla. Fatigóse, no obstante, por cumplir su empeño, y construyó un edificio cuadrado de mármol blanco, sobre base de arena cerca de la orilla del mar, y para asegurar su solidez, procuró que su basamento se levantase mucho sobre la superficie de la tierra. Cuando juzgó que tenía el pedestal la altura suficiente, eligió cobre puro y de excelente calidad y, verificando la aleación oportuna, formó la estatua de un berberí. Tenía el personaje representado larga barba, cubría su cabeza pelo crespo y trenzado; bajo uno de los brazos tenía recogida una manera de capa ó alquicel, gallarda y sólidamente modelada, cuyos extremos parecían asidos por la izquierda mano. El calzado de sus pies era una especie de sandalias. Colocó se la estatua en la cúspide del pedestal que se había labrado, el cual era, en aquel punto estrecho y apenas bastaba á sostener los pies de la escultura. Levantábase dicho basamento á una altura de sesenta ó setenta pies, procediendo en disminución su ancho, hasta no tener más de un codo en la parte más alta. Tenía la estatua en la mano derecha una llave en actitud de señalar el mar Océano, y de decir: «No es lícito pasar más allá.»

Tuvo aquel talismán tal influencia que, desde que se puso allí, el mar opuesto jamás está en calma, y es de creer que si un berberisco navegase hacia el sitio donde se halla le caería la llave de la mano. En rigor, era indudable que el soberano que labró los molinos, había tenido ventaja en la empresa, pero lo disimuló cuidadosamente, so pretexto de completar ciertos adornos, para impedir que el otro inutilizase la parte comenzada de la suya, puesta la mira en poseer, al fin, el talismán y la princesa. En la mañana del día en que supo estaría terminado el talismán, dejó correr el agua, de forma que llegase á la isla y pusiera en movimiento los molinos. El autor del talismán, se hallaba en la parte más alta de la estatua, ocupado en pulirla y acicalarla el rostro, que era dorado. Cuando supo que el otro había concluído antes que él, sintióse presa de un desmayo, y cayó muerto desde la cúspide de la obra que afanosamente había labrado.

Francisco Fernández y González



EL PASTOR, cuadro de Franz de Lenbach

MARINO FALIERI

POR DON CECILIO NAVARRO

(continuación)

El grupo de alegres jóvenes que acompañaban á Paolo compuso su actitud, y el mismo diablo que iba á proferir otro chiste, hubo de quedarse con la boca abierta.

El anciano Marino Falieri, el marido de Agustina Loredano, el severo é imponente dux con su luenga barba blanca y su rozagante púrpura, se acercaba majestuosamente al grupo, seguido de magistrados y pajes.

A cierta distancia se detuvo, guardó una pausa de silencio, y dirigiéndose luego á Paolo, le hizo esta pregunta:

– ¿Es cierto, Paolo Farini, que no tenéis á las damas el respeto que merecen de por sí y por estar en mi casa?

Desconcertado el joven, porque no estada preparado para esta sorpresa, y porque estaba algo aturdido con el Chipre en que pretendía ahogar el amargo recuerdo de su derrota, no acertó á contestar una palabra en su disculpa.

Verdad es también que le hubiera sido muy difícil disculparse, porque había faltado á muchas damas, y no sabía si el dux defendía la causa de todas por defender disimuladamente la causa de su esposa, que era la más ofendida.

– Veo, – añadió el dux, que reconocéis vuestra falta y estáis avergonzado de ella. Me alegro para ser indulgente. No os castigaré ya, como me proponía, antes bien me encargaré yo mismo de disculparos con las agraviadas; pero retiraos, que no os vendrá mal tomar el aire fresco.

Más corrido y avergonzado ahora que antes, el pobre diablo no se atrevió á dar un paso y permaneció allí quieto.

El dux entonces hizo un ademán imperioso y dos pajes lo cogieron de los brazos y lo acompañaron hasta la puerta del palacio.

Ya había amanecido, cuando Paolo Farini se encontró en la calle y pudo ver á la bella luz del sol naciente todo lo ridículo de su posición.

Terpsícore, que era la musa más suelta y corriente en aquellos días, no había soplado á Paolo aquella infausta noche.

Y tan corrido estaba él y tan avergonzado que hubo de ponerse el antifaz, no ya porque no lo conocieran, estando como estaba desierta la calle, sino por tapar algo, que no era materialmente la cara.

– ¿Qué hago? – se preguntó en alta voz como si hablara con otro. ¿Me iré á dormir y olvidar á Agustina?... No, que ha de amarme todavía á pesar de todo. ¿Matar al viejo Falieri? ¡Bah! No es un rival digno de mí con todo su cuerno de dux. Mataré á su sobrino... Pero no precipitemos los sucesos, que ellos vendrán por sus pasos contados. ¡Oh! ya quitaré estorbos de en medio. Entretanto, he de hacer algo que sea sonado, que contrapese los desaires y agravios recibidos, para que cuando los narradores y narradoras de la crónica escandalosa refieran lo uno, refeaían también lo otro y dejen mi honor en su punto. Es una cuenta de cargo y data, que siendo iguales se destruyen mutuamente.

Después de este monólogo, quedó un rato pensativo á caza de alguna diablura.

Los pajes, que lo expulsaban, habían desaparecido ya. De la servidumbre de escalera abajo no se veía más que un hombre en el vestíbulo, y éste, después de una noche de insomnio, no estaba ya muy despierto, según su actitud, pues permanecía sentado, inmóvil, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Paolo volvió á entrar resueltamente en el palacio de los Santos Apóstoles, sin que nadie se opusiera á su paso.

Huyendo de los salones del baile, cuyas últimas palpitaciones aun se oían, divagó un rato por los corredores, á caza siempre de su idea, cuando sin saber cómo se encontró en la sala del Consejo, en el salón del trono, por decirlo así.

– ¡Ah! – exclamó entonces dándose una palmada en los cuernos ¡Ya está aquí la idea!

Y dejando caer el rabo que lo llevaba enroscado al brazo, sacóse un puñal del seno, se acercó al sitial del dux, como si digéramos al trono del monarca, y con temeraria y diabólica osadía grabó en él los siguientes versos, tan malos de forma, como de intención:

Marino Falieri
Dalla bella mugier,
Altri la piglia,
Lu la mantien

Después de haber dado esta especie de satisfacción á sus enojos, sin alcanzar sus consecuencias ó acaso despreciándolas, se retiró furtiva y secretamente, aunque no tanto que dejara de verlo alguien al salir... salir y entrar y escribir con el puñal.

IV

El escándalo que produjo tan audaz é injurioso desacato, regocijó al principio al diablo, autor de la incisiva, maligna y temeraria facecia, el cual creía vengados con ella los agravios del dux; pero después hubo de arrepentirse de su ligereza.

Todos los ojos se volvieron hacia él, en cuanto empezó á cundir tan escandalosa noticia, enlazando los desaires y enojos de la víspera con esta especie de desagravio. Y no faltaron lenguas, la del conserje, por ejemplo, que dieran testimonio del acto declarándolo si no autor de los versos, á lo menos grabador de ellos en el sitial de su Alteza.

La indignación del supremo magistrado hubo de rayar en lo heroico al ver ajada así la honra de su esposa, y puesto en ridículo su nombre allí mismo, donde debía ser más inviolable y respetado, en el salón del trono, en el trono mismo pudiéramos decir.

Viéndolo tan indignado, pidióle venia su sobrino para volver por el honor de la familia puesto en lenguas, prometiéndole cortar con su espada la del vil difamador.

Marino Falieri se lo prohibió con su doble autoridad de tío y de dux.

– No es honor mío, – le dijo con voz sorda, aunque enérgica, – cometer el desagravio de mi esposa, á una persona extraña, aunque ésta seas tú: el honor de la propia mujer debe defenderlo el marido. Yo defenderé el de la mía y quedará mejor librado, como quiera que tú no cortarías más que la lengua del vil difamador, y yo he de cortarle la cabeza.

Ved si tenía alientos el viejo militar.

De buena gana se hubiera quitado de encima medio siglo, aun renunciando al cuerno ducal, que era como una real corona, á trueque de verse en aptitud de justar cuerpo á cuerpo y mano á mano con el joven Paolo Farini; mas no siéndole dado volver á sus años juveniles ni siquiera á sus provectos, cuando con un puñado de hombres entraba el primero al Capo d'Istria, y con otro puñado batía y derrotaba al rey de Hungría y sus ochenta mil soldados, hubo de resignarse á la necesidad de poner su causa en el peso de la justicia y llevó su razón al tribunal.

El tribunal juzgó al acusado y lo sentenció á dos meses de prisión en la cárcel pública, y á un año de destierro luego fuera de la república, á pesar de las influencias que puso en juego Andrea Farini, padre de Paolo y uno de los Cuarenta.

Con todo eso, no habiéndole cortado la cabeza como el dux quería y aun esperaba del tribunal, lejos de quedar satisfecho, todavía quedó más indignado, no ya sólo contra el culpable, sino también contra todos sus jueces, á


EN MARCHA PARA LA CAZA

quienes arguyó de flacos y prevaricadores.

Esto le dió ocasión y motivo para pensar en los vicios, no ya de los hombres, sino de los poderes públicos, de la república entera, porque no habiendo aspirado nunca á la alta magistratura que ejercía por elección libérrima, tampoco había estudiado aquel organismo político, á lo menos con el interés que ahora.

Y en efecto, era muy viciosa organización de aquella república, especialmente mirada desde la silla ducal, como quiera que el dux no era sino una sombra del soberano, una especie de rey constitucional que reina y no gobierna, ó un soberano vestido de púrpura, eso sí, pero sometido al consejo de los *Tres*, y al consejo de los *Diez*, y al consejo de los *Cuarenta*, que eran los que verdaderamente ejercían la soberanía.

A un hombre del temple y hábitos autoritarios del general Falieri no podía ser grata esta división de poderes que amenguaban su autoridad, y hubiera él querido reunirlos todos y recogerlos como un manojo de rayos en su mano derecha.

¡Entonces sí que hubieran girado bien las ruedas de aquella máquina! ¡Entonces sí que hubiera quedado bien lavado el honor de su esposa, y honrada y fulgurante la majestad de su alta investidura!

Pero ¿cómo acometer la gran empresa de la reorganización de la república, cuyos vicios sentía, pero cuyo remedio no alcanzaba?

Marino Falieri, que tenía un gran corazón, no tenía una gran cabeza; era un soldado, no un político.

Como soldado, bien se le alcanzaba que era lo primero echar abajo todo aquello; pero ¿cómo dar este golpe de Estado si como dux no disponía siquiera de la fuerza pública?

Y á vueltas con sus ideas devanábase los sesos para orillar dificultades y abrir camino á sus anhelos, cuando ello mismo se le vino á las manos.

V

Un operario del arsenal, llamado Israelo Bertuccio, hombre de inteligencia inculta, pero grande, espontánea, intuitiva, y de animoso corazón, había sido maltratado por un soberbio caballero de la familia Barbari, cuyo nombre, bárbaro y todo, estaba inscrito entre los de la primera nobleza en el famoso libro de oro de la aristocrática república.

Bertuccio, que se reconocía débil, aunque no de ánimo ni de puños, para vencer al aristócrata en los tribunales, no quiso andarse por las ramas, y desde luego llevó en alzada su causa á la magistratura suprema, presentándose ensangrentado todavía al dux en persona.

- Pido, señor, justicia, - le dijo, - después de haberle referido el hecho.

- No puedo hacértela, - contestó Marino Falieri dando un golpe con la crispada mano en el brazo de silla. ¿Cómo he de hacerte á tí justicia, - añadió con despecho, - si no puedo obtenerla para mí mismo?

(Continuará)

EL GAMO DE PELUCA

NARRACIÓN CINEGÉTICA ILUSTRADA

- ¡Movimiento, mucho movimiento! El movimiento es la vida.

- Pero ¡hombre de Dios! no parece sino que todos os habéis conjurado contra mí. Ayer el doctor me decía estas mismas palabras y para infundirme miedo, sin duda, añadía la amenaza de la inminencia de un ataque apoplético si desobedecía sus preceptos.

- No he visto al doctor, pero opino como él. En primer lugar, bebes demasiado y el vino que consumes no es de los más flojos.

- ¡Cuatro miserables botellas de Marcobrunner al día! No hay habitante del Rhin que estando dotado de mi robustez, no beba doble cantidad.

- Todo lo que quieras, pero presiento una catástrofe si no mudas de género de vida, si no apelas al paseo para devolver á tus miembros la elasticidad perdida.

- ¡Pasear! ¿Y cuándo? ¿Tengo por ventura tiempo?

Lo tienes si destinas al ejercicio dos horas de las seis que dedicas á la lectura de papelotes...

- Todo buen ciudadano tiene el deber de estar al corriente de los sucesos políticos que puedan afectar á su patria. Además, pasear sin objeto alguno, por el simple placer de pasear, maldita la gracia que tiene.

- Busca un objeto. La caza por ejemplo...

- ¡La caza! ¡Bonita cosa para el que, como yo, no distingue un conejo de una liebre!

- Yo te adiestraré.

. . . .

Pocos días después de esta conversación, salían de caza, á los primeros albores de una mañana de julio, el consejero municipal y rentista Biedermann y su amigo el coronel retirado Grinwald, seguidos de Lord, magnífico perdiguero adiestrado por fuerza, y que, en punto á caza, más amigo que de levantarla en el campo, era de comerla tranquilamente en el plato.

Por consejo del coronel, púsose de parada el respetable Biedermann en un ameno soto cuya profundidad no era bastante para templar los ardores de un sol canicular. Poco avezado á los placeres cinegéticos, hubo de renunciar á la incómoda silla de caza, prefiriendo echarse sobre el mullido césped. Pero ni aun así logró la tranquilidad que ansiaba, pues mientras una verdadera plaga de mosquitos hacía brotar sangre de sus rubicundas mejillas, un numeroso enjambre de hormigas hacía presa en sus robustas piernas. De suerte que entre las picaduras de los unos y las mordeduras de las otras, obligáronle á saltar de su asiento y exclamar, no sin razón de sobra: «La caza podrá servirme de maldita de Dios la cosa, pero las sangrías que estos benditos animalitos me aplican no tardarán en acabar con mi complexión sanguínea.»

En estas y otras reflexiones parecidas estaba sumido el buen consejero, á quien el canto de mil pajarillos y la brisa que empezaba á soplar, iban reconciliando con la caza, cuando divisó á no mucha distancia una pieza magnífica que no podía clasificar con exactitud porque el


EL REGIDOR EN ACECHO

ramaje se la ocultaba en parte. De pronto, el animal, levantando la cabeza, apareció tal cual era á los ojos del cazador, quien no pudo menos de exclamar con acento despechado, en que se revelaba su desencanto: - ¡Un macho cabrío!

Pero su compañero el coronel, que á poca distancia de allí había sentado sus reales, divisó la pieza y más experto que el consejero, reconoció que tenía delante un magnífico venado, un gamo de peluca, especie rarísima que el coronel había visto pocas veces. Cansado de esperar que su amigo disparara sobre el animal y temiendo que el cansancio hubiera pesado sobre sus párpados, decidióse á obrar por su propia cuenta y á no desperdiciar la ocasión que se le presentaba de añadir una página gloriosa á sus anales cinegéticos. A este fin púsose en movimiento, tratando de cortar el terreno al venado, y cuando se apercibía á hacer fuego sobre él, observó que en la misma dirección en que apuntaba estaba el consejero haciéndole señas con las manos, como si quisiera indicarle que se detuviese. ¿Qué hacer? Perplejo estaba tratando de adivinar qué podrían significar las señas que continuaba haciéndole su compañero, cuando el venado, olfateando el peligro que le amenazaba, echó á correr precisamente hacia donde estaba Biedermann, seguido por Lord, que con sobra de gritos imaginaba suplir su falta de destreza. Desesperado apretaba con mano convulsa su escopeta el coronel, á quien el miedo de hacer blanco en su amigo le impedía disparar, cuando sonó un tiro y los alegres aullidos del perro anunciaron el triunfo de los cazadores: la pieza yacía exánime.


RESULTADO DEL [illegible]

Precipitadamente corrió el coronel hacia donde estaba su compañero, y se lo encontró tendido en el suelo, dando al aire lamentos é imprecaciones.

- ¡Vaya una diversión! comido por las hormigas, picado por los mosquitos y atropellado por este macho cabrío, que el infierno confunda. Si esto es divertirse...

- ¡Qué macho cabrío ni qué ocho cuartos! ¿Te atreves á insultar de esta manera á un gamo de peluca, á un ejemplar rarísimo y precioso? ¿Sabes tú lo qué es un gamo de peluca?

- ¿Quieres añadir todavía á mis dolores el escarnio? - dijo arrebatado por la ira el consejero municipal, mientras con la mano señalaba su cabeza calva, cuya peluca había arrancado el venado en su precipitada fuga.

El coronel, después de apaciguarle explicándole lo que era un gamo de peluca, corrió en busca del venado y depositándolo á los pies de su matador, exclamó:

- ¡Magnífico tiro! ¡Admirable! Y esto que debiste disparar precipitadamente.

Hice lo que pude, - contestó Biedermann, con aire de suficiencia.

Digamos de paso que el tiro había salido casualmente al desprenderse el fusil de las manos inexpertas de su dueño cuando fué arrollado por el venado.

¿Pero no decías que tomaste el venado por un macho cabrío? ¿cómo, pues, disparaste?

- A medida que se fué acercando me convencí de mi error, yví realmente lo que valía.

- Pero, vamos á ver: ¿por qué me hacías señas de que me estuviera quieto cuando apuntaba al animal?

- ¿Yo? si ni siquiera te veía; lo que hacía era espantarme los mosquitos, que me estaban comiendo.

Cuando volvían á la aldea, de regreso de tan afortunada caza, la luna asomaba en el cielo y saludaba á su compañera en la cabeza del honorable consejero. El gamo de peluca había arrebatado al regidor la suya. Una ardilla, en tanto, preparaba con ella un blando nido á sus pequeñuelos.

De la revista *El Cinegético*



EN LA PUERTA DEL HERRERO, cuadro de H. Jochmuk

NOTICIAS VARIAS

América del Sur

BRASIL. – Un diario de Desterro, provincia de Santa Catalina, anuncia que M. Achilles Savine acaba de fundar una sociedad con dos millones de francos á fin de colonizar con emigrantes italianos tierras de dominio público que hay en el valle de Arangua, en la parte meridional de la provincia.

El presidente de la República Argentina ha firmado el decreto cediendo á los indios de Patagonia una superficie de ocho leguas cuadradas, con objeto de colonización.

Estos terrenos están situados al Sur del Río Negro; y se prohibe á los indios enajenar su propiedad antes de un plazo de veinte años.

Se les suministrará el material agrícola necesario, más el grano para la sementera, y se procurará por todos los medios hacer de ellos cultivadores pacíficos, laboriosos y útiles.

Van á continuarse los trabajos, momentáneamente suspendidos, del camino que ha de atravesar el Chaco. El trozo construído parte de Barranqueras y recorre 351 kilómetros á través de los bosques del Chaco, donde ha sido menester abrir paso con el hacha.

Sólo faltan 60 kilómetros para que la provincia de Santiago del Estero quede unida al Chaco por una vía militar.

CHILE. – Los chilenos no saben si deben estar satisfechos ó descontentos con la apertura de la gran línea del Pacífico por en medio de los Andes.

Un diario de Santiago enumera las ventajas que ha de reportar Chile de esta nueva línea: facilidades de comunicación con Europa, mayor inmigración, etc.

Pero enumera también los inconvenientes: favorecerá la emigración á que es tan propenso aquel pueblo de genio aventurero; se expatriarán los buenos operarios; no puede asegurarse si los inmigrantes que vayan al país podrán reemplazarlos ni en número ni en aptitud.

En todo caso, Chile perderá cierto número de habitantes, y entre los que vayan á sustituirlos perderá seguramente, sino en aptitud, en patriotismo.

Tales son las reflexiones de los periódicos que se publican allende los Andes.

LA CIENCIA PRACTICA

EL GRANO DE UVA EN EL VINO DE CHAMPAGNE. – La figura 1 indica el modo de realizar una curiosa prueba. Cuando se hecha un grano de uva fresco ó seco en el fondo de una copa llena de Champagne, se ve cómo las burbujas de gas se adhieren á él; el grano de uva sube á la superficie del líquido donde las burbujas revientan, y entonces se hunde para volver á subir; esto consiste en que las burbujas de aire hacen subir y bajar el grano desempeñando el papel de globos minúsculos que se elevan en el seno del líquido.

APARATO FUMÍVORO-VENTILADOR. – Sabido es que una de las propiedades, por desgracia demasiado común, de muchas de nuestras chimeneas de las habitaciones particulares consiste en «tirar mal,» como vulgarmente se dice, debiéndose á ello que la estancia se llene de humo. El inconveniente se produce sobre todo en los pisos superiores, donde el cañón tiene poca altura: entonces basta generalmente que un fuerte rayo de sol caiga á plomo sobre el orificio de salida, que un viento borrascoso sople á intervalos, ó que caiga una lluvia violenta para que el cañón se obstruya. El humo refluye con frecuencia al interior, haciendo inhabitable el local que se quería caldear, y en este caso el único recurso consiste en abrir puertas y ventanas para crear una corriente de aire artificial, á fin de restablecer una aspiración conveniente. Ya se comprenderá que este remedio sencillo y primitivo se recomienda poco, porque lleva consigo muchos inconvenientes peores que el mal que se trata de combatir.

Se han propuesto muchos medios para evitar estos enojos; contra la lluvia y el sol se tienen los casquetes fijos, contra el defecto de altura de los cañones, los aspiradores de hélice más ó menos complicados; contra las borrascas, las veletas movibles de cubierta, que se orientan según el viento; pero ninguno de estos aparatos es del todo suficiente por sí solo, aunque tenga cualidades que se han de reconocer como útiles forzosamente. A M. Becker se debe la invención del aparato que vamos á describir.

Se compone de un sombrerete movible de veleta ordinaria, provisto en su cara posterior de un ajuste cónico entrante por el cual el viento penetra bajo la forma de surtidor en el interior de aquél, de lo cual resulta una aspiración en el tubo de chimenea, tanto más enérgica cuanto mayor es la velocidad del viento. La cabida aumenta en todos los casos en el momento mismo en que ésto se pudiese necesitar si algunos torbellinos accidentales tendieran á hacer refluir el humo en las habitaciones, como podría suceder algunas veces con un casquete movible común.

El modo de acción, bien fácil de reconocer, es exactamente análogo al de un aparato en el que los líquidos se sustituyeran por gases en movimiento. Añadiremos que el principio de la aspiración producida así por el viento se aplica á cierto número de aparatos meteorológicos registradores, sobre todo en el notable anemómetro Bourdon. Es muy satisfactorio, lo cual nos hace creer que su aplicación se justifica aquí perfectamente, debiendo dar buenos resultados: así lo demuestran las pruebas practicadas hace algunos meses.

Nada se ha de añadir en particular respecto á la construcción propiamente dicha, que la figura representa muy bien. El casquete movible gira en punta sobre un eje vertical, contra el que le dirigen tres puntos de apoyo. Los frotamientos se reducen así al mínimum, lo cual es una buena condición para que el aparato funcione bien.

Observaremos especialmente, al terminar esta reseña, que el aparato es muy aplicable sin modificaciones á la ventilación de las cloacas ú otros sitios de donde se escapen gases de naturaleza infecta ó peligrosa. Cierto que no es susceptible de producir más que una ventilación intermitente, «según que el viento sople,» pero siempre será esto mejor que no ventilar nada.

Creemos que se ha hecho un adelanto para la higiene de nuestras habitaciones, porque ese aparato constituye un ventilador muy sencillo, del todo automático, y en realidad muy económico.



Fig. 1. – El grano de uva en el vino de Champagne

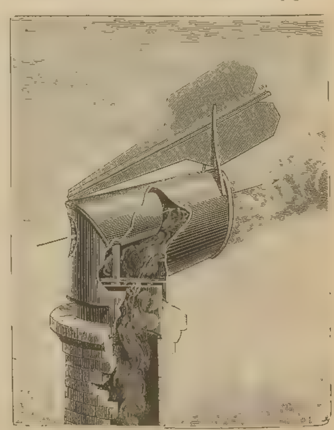


Fig. 2. – Aparato fumívoro ventilador de M. Becker. Aplicación del principio del inyector Giffard al tiro de las chimeneas

BARCELONA. IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VII ↔ BARCELONA 23 DE ENERO DE 1888 ↔ NÚM. 317

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ANGULEMA. - Monumento erigido á la memoria de los charenteses muertos por la patria, esculpido por Raul Verlet

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ANGULEMA
monumento conmemorativo de Raoul Verlet

Los hijos de la patria á la patria se deben; pero no es menos cierto que la patria se debe igualmente á sus hijos. Para esto la llamamos madre

Cuando en guerra con el extranjero, Francia demandó, no há muchos años, el concurso de los franceses, ninguno de éstos se hizo sordo al llamamiento del honor. No pudieron darle la victoria; pero le dieron su sangre. Es cuanto puede exigirse al mejor de los patriotas.

A su vez, Francia paga el tributo póstumo á los héroes, más ó menos conocidos, de sus desventuras, y los departamentos erigen mausoleos que los recuerden á la posteridad, no siempre bastante dotada de memoria. Con tan plausible, aunque doloroso objeto, la Charente ha erigido en Angulema, su capital, un mausoleo en cuyo frente se destaca la estatua que reproducimos en este número.

Con dificultad cabe alegoría más expresiva. La ciudad de Angulema recuerda la catástrofe con tristeza, se sienta fatigada al pie del monumento conmemorativo; pero conserva entera la espada que únicamente la muerte hizo desprender de la mano de sus defensores. En esta actitud recuerda el pasado y aguarda el porvenir, como el ángel de los sepulcros que está seguro de que, más ó menos tarde, ha de resonar en sus oídos la trompeta que conmoverá á los muertos en su sepulcro. La estatua de Verlet está á la altura del dolor y de la esperanza de Francia.

LAS FLORES ANIMADAS, dibujo de M. Deville

Este caprichoso grupo representa una de las escenas del acto segundo del *Parsifal*, composición del tan discutido maestro Wagner, a que el público llama ópera y su autor tituló *festival religioso*. Cuando se estrenó en Beyrouth, fué motivo de una verdadera peregrinación al singular teatro debido á la munificencia del rey Luis de Baviera, gran apasionado de Wagner, quizás porque sus dramas líricos estaban basados en extrañas leyendas alemanas, que tanto contribuyeron á perturbar la razón de aquel monarca.

Parsifal viene á ser una especie de hombre en estado de pureza, cuya incorruptibilidad redime los pecados del rey del Graal. Para impedir su triunfo, apela un famoso encantador al genio de la lujuria, consiguiendo atraer al protagonista á un jardín de flores animadas, que vanamente intentan quebrantar la virtud del joven. Esta escena de seducción es la representada en nuestro dibujo.

El *festival religioso* de Wagner justifica plenamente este título. Su música es mejor para oída en el templo que en el teatro. A pesar de lo cual entusiasmó á los compatriotas del autor. Con sobrada razón nos decía un espectador francés, terminado el espectáculo: – ¡Diablo de alemanes! lo mismo les tiene oir una opera que ir á misa...

NOTICIAS POLITICAS
cuadro de Vicente St. Lerche

Este cuadro es doblemente apreciable, pues á la naturalidad y expresión de sus figuras, reune la circunstancia de darnos una idea exacta de una cervecería alemana á principios del siglo actual. El asunto es á propósito para un cuadro de género.

Se ha recibido una *gaceta* y como aquellos tiempos no eran los nuestros en que sabemos día por día y hasta hora por hora si ha estornudado el czar de Rusia ó si le aprieta el reuma al emperador de la China, la concurrencia del establecimiento, incluso el dueño, tiene puesta toda su atención en las noticias de que se da lectura. Probablemente versan sobre las empresas napoleonicas, y ello dará lugar en seguida á una luminosa discusión en que de una parte el elemento laico discutirá muy serio si Bonaparte es ó no es el verdadero Antecristo, y de otra parte un inválido de las guerras de Federico *el grande* demostrará que otra fuera la suerte de Europa á no haber él dejado una pierna en el campo de batalla de Chotzemitz.

Si típicos son los personajes, no le va en zaga el lugar de la escena; y por cierto que visitando al presente una cervecería de cualquiera población subalterna de Alemania, se viene en conocimiento de que podrán haber pasado los tiempos de Napoleón y de Federico; lo que no ha pasado es el aspecto de la cervecería. Esta y la posada española parecen estar exentas de envejecer, suponiendo que alguna vez hayan sido jóvenes: al igual que don Quijote reconocería hoy por hoy el aposento donde acuchilló los pellejos de vino, Juan de Leyda podría creerse en la estancia donde sirvió books á sus parroquianos antes de convertirse en el *rey profeta*.

EL OTOÑO DEL ALMA, dibujo de Carlos Hoff

Esta sentida composición ha sido inspirada por una poesía de Senthold. El otoño notable del cuadro no es tanto la estación que empieza á deshojar los árboles, como el aspecto de esa prematura viuda que recorre solitaria el parque testigo de su dicha conyugal. Hela ahí solitaria, conduciendo al hermoso perro que tantas veces acarició su esposo y que parece preguntarla por el ausente.

La naturaleza del paisaje y el corazón de esa mujer tienen analogía perfecta. El ánimo de la viuda decae como decae la frondosidad de los árboles; su corazón empieza á sentir el frío de las ilusiones desvanecidas. También hay un otoño para el alma amante y este otoño es bien triste. Identificada nuestra viuda con la naturaleza que la rodea, su imaginación vuela al lugar de los sepulcros y repitiendo las palabras del poeta que ha inspirado el dibujo, suplica á las hojas que caigan blandamente, muy blandamente, á fin de que no estropeen la tumba en que yace enterrada su esperanza.

MUCHACHA LEYENDO, cuadro de Hugo Konig

Un cuadro puede ser interesante por su asunto, como puede serlo por su factura. Cuando reune ambas circunstancias, la obra de arte adquiere un valor inmenso. Konig no ha pretendido, en este lienzo, pintar *un asunto*, sino una figura y ha conseguido gran triunfo si, á fuerza de ejecución, se ha fijado el público y la prensa en un trabajo que á ser menos perfecto, hubiera pasado totalmente desapercibido.

La joven lectora es, á un tiempo, modelo de belleza y ejemplo de modestia. Su atención está perfectamente concentrada en el libro que tiene en manos; pero á buen seguro que sus páginas no mancharán los virginales pensamientos de la niña candorosa. La figura está perfectamente dibujada, descansa con singular naturalidad, la conciencia perfecta de lo que viene leyendo se transparenta en su semblante, sin alterar en lo más mínimo la pureza infantil de sus facciones, y unos admirables efectos de luz, en nada rebuscados, parecen como el fulgor de la inocencia que envuelve á los ángeles.

Conseguir tanto poniendo tan poco al parecer, solamente es dable á los artistas que sienten lo que pintan y tienen el talento necesario para trasladar al lienzo lo que sienten y hacerlo sentir á los demas. El triunfo, en tales casos, es de la factura, que bien puede decirse vale [illegible]

UN CONCIERTO DE FAMILIA
cuadro de F. Bertier

A la vista de este lienzo se nos ocurre decir que su autor ha pretendido probarnos que es posible la existencia de la tan negada felicidad terrena. Riqueza, buen gusto, juventud, belleza, cariño, unión, amor al arte, cuanto hace agradable la vida, concurre en esa familia. Si cupieran en el paraíso lámparas de petróleo, divanes con muelles, alfombras de Persia, pianos de cola y vestidos con más cola que los pianos, diríamos que Bertier se ha propuesto pintar un rincón, no el menos agradable, de ese paraíso.

Nuestra sociedad elegante es poco aficionada á esas escenas de familia: el sol de España es demasiado espléndido para que las jóvenes casadas y las niñas casaderas se resignen á emplear el tiempo en conciertos sin auditorio. Y sin embargo, la experiencia nos demuestra á cada paso que con sol ó sin sol, los placeres más dulces, más incontrovertibles, más permanentes, son los que cada prójimo se proporciona con los elementos de su familia, reunidos al blando calor del hogar doméstico. Bertier ha trabajado en este sentido. Bien podemos decir: Dios se lo pague.

¡SANGRE!... cuadro de F. Dvorak

Recomendamos muy especialmente á nuestros favorecedores este precioso trabajo, seguros de que, cuanto más se fijen en él, mayor ha de ser su satisfacción. Un hermoso *bebé*, jugando en el campo, se ha clavado una pequeña espina y en su mano aparecen unas pequeñas gotas de sangre. A su vista se trastorna todo su ser, cual si la vida fuera á escaparse por tan insignificante herida. Ese niño es el instinto de conservación en su manifestación más espontánea. Sus hermanitas acuden en su auxilio y, con admirable impulso, verifican la primera cura, la única necesaria, que consiste en restablecer, á fuerza de caricias, la moral del enfermo.

Es difícil, es casi imposible, llevar más allá el naturalismo en forma tan artística y simpática. Dvorak ha pintado un estudio de expresión hasta el ultimo límite y parece como que haya querido ocultar todas las dificultades vencidas en su trabajo, empleándolo en un asunto que atraiga, más por la simpatía, que por los ocultos escollos en que se hubiera estrellado un artista de menos talento.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA FUNDACIÓN DE HERMANNSTADT
cuadro de Jorge Sleibtren

Pertenece marcadamente este cuadro al género histórico y es indudable que su autor ha demostrado, al par que condiciones de concepción grandiosa, su erudición en aquellos conocimientos especiales, sin cuyo auxilio no pueden tratarse del modo debido asuntos de tamaña importancia. Su principal objetivo parece haber sido el doble carácter de la ocupación de aquel suelo; pues mientras una parte, la más numerosa de los inmigrantes, demuestra que todo lo fía al poder de sus armas, y en este sentido los caudillos hunden sus espadas en la tierra, como signo de su toma de posesion en nombre del más fuerte; otra parte se ha asurtido de instrumentos de labranza y construcción, significando que los nuevos dueños se proponen radicar en el país y explotar sus naturales riquezas.

En medio de sus investigaciones históricas, y aun más por causa de ellas, el autor de este cuadro se habrá visto muy comprometido para resolver la verdadera época y el verdadero pueblo á quien se debe la fundación de Hermannstadt. Nosotros nos permitimos creer que el artista se ha remontado á los tiempos del rey de Hungría, Esteban I, y que el caudillo de la hueste es Herman, otro de los asistentes á las bodas del monarca, y presunto fundador, en los comienzos del siglo XI, de la ciudad que aun conserva su nombre. A pesar de lo cual, también pudiera ser que el cuadro de Sleibtren se fundara en el hecho de que el rey Geyra II, allá por el año 1143, llamó a gran número de familias alemanas, principalmente de Franconia, Westfalia y Turingia, á fin de que poblaran los desiertos orientales de Hungría y fuesen en aquella región, antemural de las invasiones bárbaras. Cualquiera de esos dos orígenes puede aplicarse al asunto de nuestro lienzo, sin perjudicar las condiciones eruditas de su autor.

Réstanos solamente añadir que la ciudad de Hermannstadt es actualmente una población de más de 20,000 almas, en el ducado de Transilvania (Austria Hungría) y que es considerada como la capital del pueblo sajón en aquel imperio.

MARINO FALIERI

POR DON CECILIO NAVARRO

(Continuación)

– Y sin embargo, – repuso el operario, – depende de la voluntad de vuestra señoría poner en orden todo esto, porque en verdad está bien desordenado, dicho sea sin agravio... ó con agravio de tantos zánganos, que se comen la miel de vuestra colmena.

El dux abrió tamaños ojos, porque después de ochenta años de mundo, conoció que tenía delante un hombre de provecho.

Sin embargo, aunque estaban de acuerdo en el fondo, no le aprobó la franqueza; pero tampoco se la desaprobó, limitándose á sondearlo.

– Muchas veces, – dijo, – no se puede hacer todo lo que se quiere.

– Porque no se quiere bien, – contestó rudamente Bertuccio.

– ¡Me gusta este hombre! – dijo para sí el dux.

Luego añadió para el otro:

– Bien quiero yo hacerte justicia y no puedo.

– Porque vuestra señoría permite una usurpación de soberanía á Consejos que son ó deben ser dependientes de la autoridad suprema.

– ¡Me gusta este hombre! – volvió á decir para sí el dux. – Con un puñado de hombres como éste podría tomar á Venecia como en otro tiempo á Capo d'Istria.

Después le preguntó:

– Según eso, la soberanía suprema reside...

– Reside en el pueblo.

– ¡En el pueblo! – exclamó el dux frunciendo las cejas.

– En el pueblo, – repitió Bertuccio, – y por mandato suyo en el magistrado de su libre elección, llámese rey ó dux.

Falieri no pudo ya contenerse y le tendió la mano amistosamente.

– Y vamos á ver, – le dijo luego, – ¿qué harías tú, si en las actuales circunstancias fueras dux de Venecia?

– ¡Oh! – exclamó Bertuccio crispándose como si entrara ya en liza. ¡Si yo fuera dux de Venecia!...

– ¿Qué harías pues?

– Señor, hay mucho que decir sobre esto; pero sé muy bien lo que haría.

– ¿Te has ocupado tú en cosas tan graves?

– Mucho, y hasta tengo formado un plan que daría el resultado apetecido.

Marino Falieri se levantó, cerró la puerta de la estancia y volviendo á su asiento hizo sentarse en frente y cerca de él al oscuro revolucionario.

– Habla con toda franqueza, – le dijo: – tienes mi palabra de honor en prenda de seguridad y de secreto.

Israelo desenvolvió su plan, le habló de los hombres del pueblo con quienes podía contar, amigos suyos todos, y todos alentados y resueltos y mal hallados en lo actual, especialmente el arquitecto, que estando más descontento que todos, podía allegar con su influencia sola casi todas las clases populares.

El dux aceptó el plan y autorizó á Bertuccio para preparar el movimiento, tanteando secretamente los medios con que creía contar y dándole cita para otra entrevista bajo el pretexto de pedirle justicia contra el mismo caballero Barbari.

Bertuccio no se había hecho ilusiones: vió á Calendario y á otros hombres de empuje y de prestigio en el pueblo, y ninguno de ellos defraudó sus esperanzas: todos se comprometieron ofreciendo concurrir al movimiento con todas las fuerzas que pudieran arrastrar.

Con esta buena nueva y el pretexto de su agravio, volvió Israelo á ver al dux en otra sesión secreta y de común acuerdo tomaron las resoluciones siguientes:

1.ª Que desde aquel día 1.° de mayo, Marino Falieri representaba la soberanía absoluta de Venecia, cuyas órdenes secretas, hasta constituir públicamente el poder, debían ejecutar los jefes de grupos populares, declarados ya beneméritos de la patria.

2.ª Que el 15 del mismo mes se iniciara el movimiento dando el golpe de fuerza á la hora que se señalara oportunamente.

3.ª Que á la hora señalada debían los jefes de grupo ocupar todos los distritos de la ciudad con su gente armada rápida y simultáneamente.

4.ª Que el grupo más inmediato al palacio ducal simularía un tumulto para dar pretexto al dux para mandar tocar las campanas de San Marcos, lo que sería la señal del golpe decisivo.

5.ª Que á esta señal, todos los grupos se abocaran á la plaza de San Marcos por las calles más directas y con la mayor presteza.

6.ª Que cuando los miembros de los consejos acudieran á la plaza de San Marcos á informarse de la alarma que anunciaban las campanas, los grupos del pueblo debían caer sobre ellos, sin dejar uno á vida.

Como se ve, no tenía desperdicio este programa.

VI

Estaban ya en vísperas del pavoroso día 15, vísperas sicilianas, pudiéramos decir.

El 13 faltaba algún detalle; el 14 no faltaba ya nada. Sabíase ya con qué fuerza contaba cada grupo, las que sumaban todos ellos, el distrito urbano que había de ocupar cada uno, cuál de ellos debía simular el tumulto, servicio en que todos mostraron igual celo, porque todos querían simular esta función, la hora fatal de las once de la mañana para el golpe de mano y hasta el color de las armas de los conjurados. Verdad es que no había mucha variedad de colores y se podían conservar fácilmente en la memoria... las armas eran todas blancas.

En esta ansiedad por una parte y en la confianza por otra de que Venecia estaba tranquila, almorzaron, comieron y aun cenaron muy reposadamente los Tres, los Diez y hasta los Cuarenta.

Y sin embargo, estaban como quien dice en capilla, pues dicho se está que sólo faltaban ya algunas horas para la ejecución del plan, que era la ejecución de todos ellos.

Pero hasta morir nadie puede decir que está muerto, pues en capilla y hasta en las gradas del cadalso hay siempre esperanzas de perdón, ó á lo menos de que se rompa la cuerda.

Un marinero ú operario del arsenal llamado Bertramo formaba grupo á las órdenes de Bertuccio, y aunque éste ni ninguno de los demás jefes del movimiento habían revelado todo el plan á la gente del bronce, á la fuerza bruta digámoslo así, reservándose por precaución la clave del secreto, la gente del bronce, sino toda, los más avisados de ella habían comprendido lo bastante para poder desbaratarlo todo, sólo con la delación de lo poco que sabían.

Pero hay que hacer justicia á la lealtad de estos hombres, perdidos bajo la última capa del pueblo, pues salvo uno, uno solo, todos los demás fueron mudos.

Pero uno bastó, y este fué el referido Bertramo. No fué

tampoco su intención perjudicar á los conspiradores, ni menos salvar ni favorecer el orden de cosas establecido en la república, sino simplemente evitar la muerte de un valedor suyo, el patricio Nicolo Lioni, miembro de un alto consejo.

Impulsado por su misma gratitud, fué el operario á casa de su protector, bien cerrada ya la noche, y llamándolo aparte, le dijo únicamente al oído:

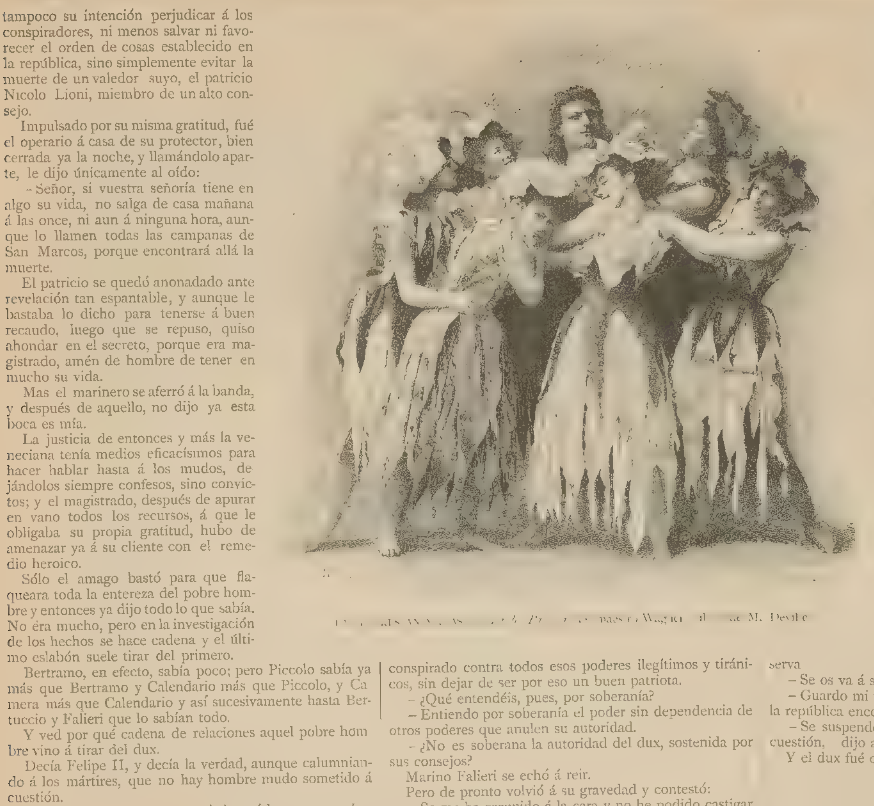
– Señor, si vuestra señoría tiene en algo su vida, no salga de casa mañana á las once, ni aun á ninguna hora, aunque lo llamen todas las campanas de San Marcos, porque encontrará allá la muerte.

El patricio se quedó anonadado ante revelación tan espantable, y aunque le bastaba lo dicho para tenerse á buen recaudo, luego que se repuso, quiso ahondar en el secreto, porque era magistrado, amén de hombre de tener en mucho su vida.

Mas el marinero se aferró á la banda, y después de aquello, no dijo ya esta boca es mía.

La justicia de entonces y más la veneciana tenía medios eficacísimos para hacer hablar hasta á los mudos, dejándolos siempre confesos, sino convictos; y el magistrado, después de apurar en vano todos los recursos, á que le obligaba su propia gratitud, hubo de amenazar ya á su cliente con el remedio heroico.

Sólo el amago bastó para que flaqueara toda la entereza del pobre hombre y entonces ya dijo todo lo que sabía. No era mucho, pero en la investigación de los hechos se hace cadena y el último eslabón suele tirar del primero.



[illegible] Wagner [illegible] M. Devile

Bertramo, en efecto, sabía poco; pero Piccolo sabía ya más que Bertramo y Calendario más que Piccolo, y Camera más que Calendario y así sucesivamente hasta Bertuccio y Falieri que lo sabían todo.

Y ved por qué cadena de relaciones aquel pobre hombre vino á tirar del dux.

Decía Felipe II, y decía la verdad, aunque calumniando á los mártires, que no hay hombre mudo sometido á cuestión.

Los conspiradores no son mártires, ó lo son, *secundum quid*.

Y todos aquellos, menos el primero y el último sometidos á la dicha *cuestión*, que no era cuestión de palabras, sino técnicamente de tormento, todos se delataron mutuamente para perdición común.

El consejo de los *Tres*, el de los *Diez* y el de los *Cuarenta*, todos los consejos se constituyeron en un solo tribunal, en secreto y en sesión permanente, y en virtud de tan preciosas revelaciones, sin juzgar ni sentenciar jurídicamente, sino decretando de palabra y sin más jurisprudencia ni ley que la arbitraria *salus populi*, amanecieron colgados todos los jefes del grupo, y preso é incomunicado el Serenísimo dux Marino Falieri, supremo jefe del Estado.

Las once del día 15 dieron en el reloj de San Marcos, y nadie vino á la plaza, antes bien salieron de ella más que á paso los pocos curiosos que por allí divagaban.

Los grupos estaban decapitados.

Pero no del todo, puesto que cada grupo venía á ser un dragón de muchas cabezas y no se le había cortado más que una, la superior, siendo preciso para la salud de la república cortar igualmente las inferiores.

El tribunal extraordinario siguió decretando, es decir, ahorcando ó cortando cabezas, y cortó hasta muy cerca de *quinientas*. Por humanidad, sin meternos en política, por humanidad y amor al prójimo, hubiera sido mejor que triunfaran. Los hombres de ley mataron quinientos hombres, mientras ellos, sin ley ni Roque, no querían matar sino 3+10+40 = 53.

Pero todavía quedaba la cabeza más dura de cortar.

¡Qué trabajo tan inútil! Con unos cuantos meses de prisión se hubiera caído ella sola: tenía ya ochenta años.

VII

Conjurado ya el peligro y asegurada la salud de la república con tan eficaces medios, pudo ya el tribunal tomarse más tiempo para juzgar al dux sin precipitar el juicio, y se tomó dos días.

El 15 por la noche fué conducido Marino Falieri ante el Tribunal de los Diez, reforzado con veinte de los principales patricios de la república, y sufrió su interrogatorio, sin perder su presencia de ánimo.

– Se os acusa, – dijo el presidente, – de haber conspirado contra la patria, intentando destruir las instituciones, que son las más firmes bases de su gran república.

– Es falso lo primero, cierto lo segundo, – contestó tranquilamente el dux.

– El tribunal os requiere y manda que seais más explícito.

– Quiero decir que, no siendo la patria el consejo de los Tres, ni el consejo de los Diez, ni el consejo de los Cuarenta ni ninguna otra institución usurpadora de la soberanía, he podido conspirar, como efectivamente he conspirado contra todos esos poderes ilegítimos y tiránicos, sin dejar de ser por eso un buen patriota.

– ¿Qué entendéis, pues, por soberanía?

– Entiendo por soberanía el poder sin dependencia de otros poderes que anulen su autoridad.

– ¿No es soberana la autoridad del dux, sostenida por sus consejos?

Marino Falieri se echó á reir.

Pero de pronto volvió á su gravedad y contestó:

– Se me ha escupido á la cara y no he podido castigar al delincuente.

– Los tribunales son los encargados de hacer justicia.

– Pero el poder soberano no puede castigar á los tribunales que dejan de hacerla.

– Se os requiere y manda que guardéis el respeto debido á la justicia.

– Siempre hago yo todo lo que debo; cuando no lo hago ahora, es que no debo nada á vuestra justicia.

– Se os requiere por segunda vez.

– Pues se os ruega que no me hagáis preguntados capciosos ó impertinentes.

– ¿A qué proyecto obedecía la conjuración dirigida por vuestra Señoría?

– A destruir todo lo existente para reorganizarlo sobre bases de gobierno que garantizaran mejor la justicia, el derecho de todos, grandes y pequeños.

– ¿Es cierto que habíais decretado la muerte de todos los miembros de los altos consejos del Estado?

– Cierto.

– ¿Con qué medios contabais para ese gran crimen?

– Para ese acto de justicia contaba con todo el pueblo.

– ¿Es cierto que habíais organizado militarmente sus fuerzas, para dar el golpe de mano á las once del día de hoy, á la señal de las campanas de San Marcos?

– Muy cierto.

– Nombrad á los cabezas del motín, encargados por vuestra Señoría de mover las masas del pueblo.

El viejo soldado se echó á reir otra vez de la manera más desdeñosa, y guardó silencio apretando los labios, como para que no se le escapara una palabra ni media.

Y pasó una buena pausa.

El presidente del tribunal insistió luego diciendo:

– En nombre de la justicia os requiero y mando que contestéis.

– En nombre del honor, no contesto.

Y el anciano cerró la boca y los ojos, como para echarse á dormir.

Y pasó otra pausa de silencio.

– En nombre de la justicia, os requiero por segunda vez.

El silencio continuó.

– Contestad.

– A las indignidades no se contesta, cuando no se puede sacar la espada.

– ¡Indignidades!

– Sí, – repuso el anciano impertérrito acallando los murmullos de sus jueces. – Es una indignidad, cuando menos, suponerme á mí capaz de hacer delaciones.

– Todo hombre de conciencia está obligado á ilustrar con sus declaraciones á los tribunales de justicia para inquirir la verdad.

– Si la conciencia puede en algún caso ser contraria al honor, – replicó el anciano general con firmeza, – perdóneme la conciencia; me quedo con el honor.

– Pero el honor...

– El honor me veda faltar á mi juramento, y aunque se hundieran el cielo y la tierra no faltaría á mi juramento.

– No os han sido tan leales vuestros cómplices, puesto que, sometidos á cuestión de tormento, os han delatado todos.

– No es esa una razón para que yo los delate á ellos, mayormente cuando no han sido los pobres desleales, sino simplemente flacos. Y tengo para mí, que sometidos vosotros á la misma cuestión ni mantendríais la fe de Jesucristo. No todos tienen el valor heroico de los mártires. Después de todo, en la inquisición de la verdad y en el loable celo de castigar los delitos, no debe el tribunal buscar los instrumentos, acaso inconscientes de lo que hacen, sino al autor del hecho que obra á ciencia y á conciencia; y el autor de este movimiento, fracasado por desgracia, el verdadero, el único responsable de todo esto, no es Pedro, ni Pablo, sino Marino Falieri. ¿Puedo yo hacer más que entregarme á vuestra justicia, convicto y confeso del hecho que perseguís?

– No basta, – replicó el presidente; – interesa mucho á la seguridad del Estado y sosiego de la república que no le quede una cabeza á la odiosa hidra de la rebelión; y en este interés supremo el tribunal os requiere y aun os conmina con todo el poder de su autoridad, á que nombréis á todos vuestros cómplices.

– No tiene poder, ni autoridad, ni coacción ningún tribunal humano ni diabólico para hacerme salir de mi reserva

– Se os va á someter á cuestión de tormento.

– Guardo mi reserva y mi honor, – dijo el soberano de la república encogiéndose de hombros con desdén.

– Se suspende el acto para continuarlo después de la cuestión, – dijo á su vez el presidente.

Y el dux fué conducido á su prisión.

(Continuará)

ESTADO ULTRA-GASEOSO

I

Crookes obtiene la materia ponderable en un estado tan rarefacto y casi etéreo, que los gases, respecto de él, son como los líquidos respecto de los gases que comunmente conocemos.

Por medio de la bomba hidrargiro-pneumática de Sprengel (aplicación ingeniosa *á contrario sensu* de los insufladores de las forjas catalanas) llega Crookes á una rarefacción tan increíble, que las obtenidas comunmente con las mejores máquinas antiguas de émbolo sólido, deben mirarse como condensaciones aun muy considerables en que las moléculas gaseosas están sometidas todavía á presiones elevadísimas.

Si en tubos ó ampollas de vidrio se hace el vacío Esprengueliano, la tensión interna desciende hasta no ser más que una millonésima de atmósfera (!); y, entonces, se verifican en los tubos fenómenos que confirman sorprendentemente las ideas admitidas acerca de la pequeñez de las moléculas y de la prodigiosa energía de sus movimientos: ideas primeramente presentidas por Bernouilli.

En efecto, si un volumen de un gas cualquiera contiene un grandísimo número de partículas materiales, dotadas de movimientos rapidísimos en toda clase de sentidos, las recíprocas é inevitables colisiones de esos corpúsculos serán tan frecuentes, que podrán contarse por millones en cada segundo, y la trayectoria libre de cada molécula entre choque y choque habrá de ser excesivamente diminuta.

Pero, si la rarefacción se exagera hasta un extremo considerable, se reducirá asombrosamente el número de moléculas restantes en el recipiente, y las probabilidades de sus mutuos choques disminuirán en grado sumo; de donde resultará que la trayectoria libre de cada molécula será, por consiguiente, muy larga, y rectilínea. Como ha dicho el mismo Crookes, en un recipiente lleno de abejas, éstas no podrán apenas moverse; pero, si en el vaso quedan pocas, ya podrán volar aceleradamente y golpear con gran violencia las paredes que las retienen encerradas.

En una ampolla ovoide se ha llevado el vacío á una millonésima de atmósfera. Si en su interior se había antes colocado una cruz de Malta como eléctrodo positivo, paralela al disco O, electrodo negativo de un poderoso carrete de inducción, este disco hará rebotar con velocidad enorme y rectilíneamente las escasas moléculas gaseosas que hacia él se dirijan; pero, en su retroceso



NOTICIAS POLITICAS, cuadro de Vicente St. Lerche, grabado por R. Bong



LA FUNDACIÓN DE HERMA

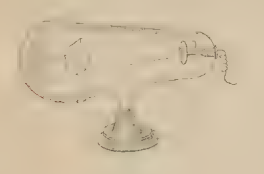


ANNSTADT, CUADRO DE JORGE BLEIBTREU



EL OTOÑO DEL ALMA, dibujo de Carlos Hoff

quedarán detenidas las que encuentren con la cruz, mientras que las demás, contorneándola, irán á bombardear el vidrio del ovoide, y, con su impacto vigoroso, producirán sobre el vidrio una sorprendente luminosidad, á modo de fosforescencia, dentro de la cual aparecerá como



sombra otra cruz de Malta de un tamaño algo mayor según corresponde al contorneo de rayos rectilíneos.

Casi todos los tubos de Crookes están construídos con vidrio blando alemán, y la luminosidad es siempre de un vivo verde-amarilloso, cualquiera que sea el gas en ellos tan altamente rarefacto: lo cual prueba que la fosforescencia se debe al bombardeo de las moléculas contra el vidrio, rechazadas por el electrodo negativo del carrete de inducción, sin depender, por tanto, de la naturaleza individual propia de cada gas, que, como es sabido, se revela en los tubos de Geissler por una coloración peculiar y característica, propia de cada sustancia y exclusiva de las demás. Con cristal inglés la fosforescencia del bombardeo resulta de color azul, y con cristal de uranio la fosforescencia aparece de un verde-oscuro, muy distinto del vivo verde-amarilloso *(bright applegreen colour)*, correspondiente al blando vidrio alemán.

Si en el ovoide se hubiese colocado de canto el plano de la cruz, ó sea perpendicularmente al plano del disco que constituye el electrodo negativo, sólo se habría notado una fosforescencia general, producida por los impactos moleculares contra el total del vidrio, pero no la aparente sombra de cruz, por no ofrecer el canto obstrucción sensible á las trayectorias de las moléculas despedidas por el electrodo negativo.

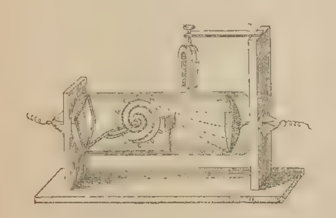
Sea ahora un casquete electrodo negativo: colóquese en el foco una hoja de platino; y el tremendo y conver-



gente bombardeo, contra un solo punto de la hoja, efectuado por las moléculas proyectadas desde el casquete, produce un calor tan increíblemente intenso, que el refractario metal se pone incandescente, y hasta se funde, quedando en el acto el aparato inutilizado, á no suspenderse con celeridad suma el funcionamiento del carrete de inducción. Crookes se complace en inutilizar el aparato, fundiendo el platino ante los sorprendidos espectadores, cuando hace en público este experimento sorprendente.

Los imanes tienen poder para desviar las trayectorias rectilíneas de las moléculas en los tubos de Crookes.

Sea un tubo cilíndrico. En él se halla montada delicadamente una ligerísima rueda de paletas. La rueda es de mica y las paletas son de aluminio.



El electrodo negativo es un casquete, cuyo foco se halla próximamente hacia el eje de la rueda: entre ésta y el casquete hay una pequeña pantalla. Cuando funciona el carrete de inducción, la rueda no se mueve, porque la pantalla interpuesta como una plancha de blindaje, defiende la rueda del convergente bombardeo molecular

Pero, si se acerca un imán, según marca la figura, entonces el enjambre de los proyectiles se precipita sobre las paletas superiores, y las pone en movimiento, como un salto de agua pondría una rueda hidráulica de cajones. Otra posición de los polos del imán puede invertir, é invierte, el flujo molecular, arrojándolo sobre las paletas inferiores, y haciendo girar la rueda en sentido inverso, como un río á una rueda Poncelet. Para hacer patentes los cambios de sentido de la rotación de la rueda, hay en la mica pintadas las espirales que se ven en la figura.

La gravedad, según sabemos, convierte en parabólica la trayectoria rectilínea de un proyectil. El imán, pues, de un modo análogo, convierte también en curvas las trayectorias rectilíneas de las escasas moléculas que, como *residuo*, quedan todavía en los tubos maravillosos de Crookes, donde el físico juega (así puede asegurarse) con el infinitamente pequeño de la materia ponderable.

Al decir *residuo*, no se crea que el número de moléculas remanentes en las ampollas deja de contarse por millones.

II

La física molecular del vacío Esprengueliano:

1.° muestra en la viva fosforescencia verde-amarillosa del vidrio blando alemán, el bombardeo contra el mismo vidrio de las moléculas que, todavía en número grandísimo, quedan como potente residuo dentro de los tubos;

2.° patentiza la súbita detención de esas moléculas en la definida proyección de espacios no iluminados, que aparecen á la vista como sombras y que no son, en realidad, otra cosa que lugares libres de impactos contra el vidrio:

3.° la concentración convergente de esos impactos se evidencia en increíble calor;

y 4.° el desvío magnético, acaso parabólico (?) de las trayectorias rectilíneas, así como la acción mecánica de las moléculas repelidas por el polo negativo de un carrete de inducción, se impone necesariamente al entendimiento en los cambios de sentido producidos á voluntad en convenientes aparatos giratorios.

La experimentación en manos de Crookes ha dado razón á Bernouilli.

Reducido, pues, por succión pneumática el número de las moléculas existentes en un espacio cerrado, tienen que aparecer y aparecen nuevas propiedades de los gases, toda vez que en las comunes y conocidas influye mucho la frecuencia de las colisiones moleculares y consiguiente pequeñez de sus trayectorias libres. Pero, aminorado el número de choques, y ampliada correspondientemente la longitud de las trayectorias, no es verdaderamente de maravillar que el estado ultra gaseoso presente propiedades tan distintas del estado común gaseoso que diariamente se ofrece á nuestra vulgar observación. Ya el P. Secchi había predicho que la actividad molecular se haría más eficaz á medida que aumentase el estado de aislamiento y que las masas redujesen su densidad

Estos experimentos dan inmensa probabilidad á la existencia aislada é individual de diminutas moléculas dotadas de enérgicos movimientos rectilíneos, y hacen presumir que muy en breve ha de poder medirse directamente su masa y su velocidad.

Prescindiendo del éter, la materia ponderable no parece, pues, continua. No suponiéndola así; y admitiendo que esté compuesta de partículas sutilísimas dotadas de energía prodigiosa, se explican, no solamente los hechos de antiguo conocidos, sino también los que nuevamente va descubriendo y patentizando la sutil experimentación de los físicos modernos.

Toda generalización debe someterse constantemente á la prueba de lo que, cuando se promulgó, estaba aún encubierto ó enmascarado, ó bien ni aun sospechado siquiera; y, si, cuando estos fenómenos se descubren, cabe dentro de la antigua generalización lo mismo que lo viejo lo nuevamente descubierto y experimentado, entonces la veterana generalización asciende triunfante al puesto de honor de teoría, digna de gran estimación por el grandioso peso de su probabilidad.

Este cuarto estado ultra-gaseoso, tan diferente en sus efectos del gaseoso común, como éste del estado líquido, confirma, pues, de un modo sorprendente por la vía experimental, lo que muchos ilustres pensadores habían supuesto, partiendo de hechos en modo ninguno tan fehacientes, pero que ahora adquieren mayor respetabilidad.

Clausius suponía que las velocidades de traslación con que se mueven las moléculas gaseosas era enorme, y diferente para diferentes gases. Según sus cálculos, las del aire se trasladan con una velocidad media de 485 metros por segundo, y las del hidrógeno con la de 1844; (la velocidad de un tren es de 15"; la de los últimos proyectiles de Armstrong de 634: de Krupp, 651).

Calcúlase que el libre trayecto de una de estas moléculas en el estado común gaseoso, es como unas 5 000 veces el diámetro de la molécula misma, y que el número de colisiones de una molécula de oxígeno con sus compañeras debe ser de 7 646 000 000 por segundo. Si, pues, el tamaño de una molécula se estima en una cienmilésima de milímetro, su libre trayecto deberá ser de una veinte mil ava parte de milímetro. Las ondas luminosas del amarillo, de media milésima de milímetro, resultan, por tanto, diez veces más grandes que el tránsito libre de las partículas de los gases.

Siempre, siempre, estamos entre dos infinitos: el infinitamente grande de los espacios celestes, y el infinitamente pequeño de los diámetros y distancias moleculares.

Daniel Bernouilli, como antes se ha apuntado, fué el primero que no sólo produjo la idea de que los gases están formados de partículas materiales libres en el espacio, y animadas de rapidísimos movimientos rectilíneos de traslación, sino que consideró la tensión de los fluidos elásticos como la compleja resultante del choque de esos corpúsculos contra las paredes de los vasos que los contienen. Tal es el origen de la teoría cinética de los gases, resucitada en 1824 por Herapath y luego sostenida por Joule y Krönig, y, al fin, desarrollada, principalmente por Clausius y Clerk Maxwell.

La ley de Mariotte, en la moderna teoría cinética, es naturalmente un simple corolario: en un cilindro la presión contra el émbolo es la suma de los choques que de las moléculas recibe: si el espacio se reduce á la mitad, recibirá el émbolo en el mismo tiempo doble número de golpes, y así sucesivamente en progresión geométrica.

E. Benot

LA ANGUILA Y EL CERDO

Narración histórica

POR DON ANTONIO DE TRUEBA

INTROITO

I

Desde la santa casa de Loyola escribía hace más de veinte años á un amigo suyo y mío, refiriéndose á mí, un jesuíta eminente en virtud y letras:

«Le quiero, entre otras razones, por el propio y hermoso carácter que da siempre á los curas» (1).

Es verdad que siempre he gustado de dar este carácter á los curas como Dios manda. En cuanto á los curas como manda el diablo, si es que los hay, me abstengo de darles carácter alguno, porque no me creo con autoridad para ello.

Cuando paso por cerca de alguna aldea donde sé que hay algún cura como Dios manda, ni á tiros me hacen seguir adelante sin detenerme á visitarle.

Esto me sucede muy particularmente cuando paso cerca de Mendicueta, cuyo señor cura D. Santiago de Rétola, sobre ser como Dios manda en todo lo tocante á su ministerio, no me deja nunca proseguir mi camino sin añadir á sus obsequios de otro género alguna historia popular de las que, recontadas á mi modo, voy amontonando en libro sobre libro hasta el punto de llegar ya á una docena de tomos la colección de estas historias.

Un hermoso día de la última primavera, pasando al pie del collado donde se alza Mendicueta, aunque me había propuesto no detenerme hasta el fin de mi viaje, que era más allá, no pude resistir la tentación de subir á saludar al señor cura, cuya casita blanqueaba medio escondida entre frutales cerca de la iglesia.

Cuando me acercaba al fin de la cuesta, el buen señor cura me vió desde su huerto donde merodeaba entre cuarteles de fresa que empezaba á colorear y perfumar, y corriendo hacia la tapia que daba sobre el camino, exclamó con la cara de Pascua florida que le es habitual:

– Ya no cabe duda de que estamos en tiempo de las guindas y las cerezas, porque viene á picotearlas un buen pájaro.

Sobre si el buen pájaro era yo ó era él, discutimos un poco hasta mi llegada al huerto, y una vez en éste, nos sentamos en un banco rústico á la sombra de un cerezo á donde los verdaderos pájaros comenzaban á acudir y hablamos largo rato de las muchas cosas que siempre tenemos que decirnos los que no tenemos nada que ocultarnos.

– ¿Hace mucho – me preguntó el señor cura – que no ha ido V. por Gurdiaga?

Por allá estuve hace pocas semanas.

– ¿Vive todavía el toradillo (2)?

– ¿Quién, el sacristán? Vaya si vive y bebe! ¡Buen sacristán está aquel!

– ¡Bueno, bueno de veras! – asintió el señor cura retozándole la risa en el corazón y los labios, lo que me hizo sospechar que alguna historia cuyo protagonista era algún sacristán le rebosaba en la memoria.

– Ya sabe V., señor don Santiago, que si me gustan mucho las guindas y las cerezas, no me gustan menos los cuentos de V. Si me prometiese V. uno de su cosecha, yo le anticiparía otro de la mía, histórico, reciente y con protagonista conocido de V.

– ¿Conocido mío?

Sí, señor; como que lo es el sacristán de Gurdiaga.

El señor cura se sintió nuevamente tentado á la risa y se apresuró á aceptar mi proposición.

II

LA ANGUILA

– Yo no sé, señor don Santiago, cuál sería la vida de

(1) Esto escribía el docto y piadoso P. Ramón García, autor de los *Cánticos de la Virgen*, al ilustre patricio vizcaíno D. José Miguel de Arrieta-Mescárua, autor de la Vida del mártir elorriano Fr. Valentín de Berrio-ochoa, obispo del Tonkín.

(2) El jorobadillo.

los particulares (1) de Gurdiaga cuando V. ejercía allí la cura de almas, pero supongo que no se diferenciaría mucho de la de los de ahora: atender á su familia y negocios y divertirse honestamente cuando se ofrece ocasión de ello.

– En efecto, esa era también en mi tiempo la vida de los particulares de Gurdiaga, entre cuyos solaces ocupaba lugar preferente tal cual merienda organizada con pretexto más ó menos justificado.

– Como ahora sucede allí y es natural que suceda en todos los pueblos pequeños donde faltan las diversiones que abundan en los grandes y no están al alcance del corazón y la inteligencia de la generalidad de las gentes las de otro orden que tanto gustan á V.

– Y á V.

– Es verdad que á los dos nos gustan, y si no fuera así no me hubiera dicho más de una vez su buena ama de V.: «Jesús, V. se parece al señor cura, que cuando coge un libro ó se va al huerto á oir cómo cantan los pájaros ó á ver cómo el sol sale ó se pone ó cómo florecen los frutales y se abren las rosas y los claveles, ó cómo madura la fruta, ni siquiera se acuerda de que el que no come tiene pena de la vida.»

Tiene razón la pobre Magdalena al decir eso de V. y de mí, pero volvamos á los particulares de Gurdiaga.

Ya recordará V. que en los robledales de Amézaga hoy una tejera donde en la temporada de vera no trabajan tejeros asturianos que la abandonan al llegar el invierno.

– Pues no lo he de recordar si nuestro paseo de la tarde era la visita á los tejeros, cuyo capataz Francisco hacía nuestras delicias con las salidas que tenía para todas nuestras preguntas y objeciones. – Francisco, ¿cuánto cuestan en Asturias esas monteras? – Cuestan cinco reales. – Baratas son, hombre. – Haylas también que cuestan siete. – También son baratas. – Es que allí como en todas partes la fábrica de monteras está más adelantada que la de cabezas. – Francisco, ¿por qué usan Vds. para adobar la olla sebo en lugar de manteca? – El sebo es el mejor alimento del hombre. – ¿Por qué? – Porque sólo le falta la mudanza de una letra para ser cebo. ¿Por qué no ciernen Vds. la harina de borona con que hacen las tortas? – Porque lo que queda en el cedazo no da fuerza al brazo. ¿Se tiene en Asturias por noble el oficio de tejero? – Por el más noble de todos. ¿Y por qué? Porque es oficio de tejas y sólo Dios está de tejas arriba.

– Todavía, como V. verá más adelante, se recuerda en Gurdiaga á Francisco el tejero, no tanto por él como por un perro que tenía.

– Lo del perro del tejero es también curioso, pero lo callo por no seguir usurpando á V. sus atribuciones de narrador.

– No hay manjar en el mundo que guste tanto al toradillo de Gurdiaga como las anguilas de agua dulce y quizá suceda esto por ser la privación causa de apetito.

Como V. sabe, el riachuelo de Gurdiaga cría pocas y pequeñas anguilas, pero aun así el sacristán dedicaba á su pesca casi todo el tiempo que le dejaba libre la iglesia, sin haber conseguido convertir en realidad su sueño dorado de toda la vida, que era tener á su disposición una gran cazuela de anguilas bien aderezadas con que ponerse, según su expresión, hasta pescar anguilas con el dedo.

Al llegar yo aquí, el señor cura, volviendo á retozarle la risa en el cuerpo, me interrumpió diciendo que si no recordaba mal, el sacristán de Gurdiaga nada tenía de judío ni mahometano á juzgar por lo que compartía su afición á las anguilas con su afición al pernil y demás porquerías del de la vista baja.

Confirmé su opinión y continué mi relato.

– Unos muchachos que jugaban una mañana en la tejera de Amézaga á donde no habían venido tejeros hacía dos ó tres años, volvieron á la aldea muy asustados diciendo que habían visto nadar una enorme culebra en el pozo de la tejera.

Los particulares sospechando que fuese anguila y no culebra la que los muchachos habían visto, pues se conservaba aún en Gurdiaga el recuerdo de haberse pescado allí una muy grande, en vez de dirigir aquella tarde el paseo á otro punto le dirigieron á Amézaga y registrando el pozo se encontraron con que en efecto la tenida por culebra era una hermosa anguila cuyo peso no bajaba de tres á cuatro libras.

Llenos de alegría con la seguridad de que iban á tener una gran merienda en casa de Agustina la tabernera, que es cocinera excelente, determinaron proceder la mañana inmediata á la pesca de la anguila, y como el toradillo era tan diestro pescador de anguilas como matador de cerdos, cabritos y corderos, le hablaron aquella noche para que la mañana siguiente fuese con ellos sin decirle á dónde, provisto de un caldero con que vaciar un pozo y de un buen trinchante con que sujetar una anguila de tres á cuatro libras.

El toradillo creyó que se divertían con él alargándole los dientes con hablarle de anguilas de tres á cuatro libras cuando la mayor que él había pescado en toda su vida no había llegado á una libra.

Cuando la mañana siguiente vió que tomaban para Amézaga, se hubiera dado de testaradas, á pesar de su genio apacible y apocado, por no haber caído en cuenta antes que los particulares de que allí se pudieran criar anguilas ni haber recordado lo que se contaba en la aldea de una muy grande pescada allí.

Llegados á orillas del pozo, que era la concavidad hecha por los tejeros para la extracción de arcilla, el toradillo dió un grito de alegría y admiración viendo en el agua, entonces reposada y clara, la hermosa anguila que se apresuraba á esconderse entre el barro arcilloso del fondo.

Remangóse los pantalones, se santiguó, entró en el pozo, vació la mayor parte de éste con el caldero, y cuando vió á la anguila agitarse buscando en vano dónde esconderse, empuñó el trinchante y se le clavó, faltando poco para que los esfuerzos de la anguila rompiesen el instrumento que sólo lograron torcer.

Al fin el sacristán se apoderó de la anguila que levantó en alto para que todos la vieran y se regocijaran con la vista de tan hermosa pieza.

Llevándola el torado tendida sobre su joroba y causando la admiración y la envidia de la aldea, tornaron á ésta y se dirigieron á la taberna, donde los particulares despidieron al sacristán dándole una buena propina que á pesar de ser buena y besarla como el que recibe una limosna, recibió con tristeza, porque había llegado á concebir la esperanza de hartarse de anguila por primera vez de su vida.

Aquella tarde se fueron reuniendo los particulares en un cuarto especial que en la taberna hay destinado á ellos, mostrando todos en la cara la alegría que les causaba el

(1) Particulares llamamos por aquí á los vecinos más ó menos acomodados y bien educados que no subsisten exclusivamente del trabajo corporal.



MUCHACHA LEYENDO, cuadro de Hugo König



UN CONCIERTO DE FAMILIA, cuadro de F. Bertier



¡SANGRE!... cuadro de F. Dvorak, según fotografía de F. Kaufstangl de Munich

perfume que iba de la cocina donde hacía *bor bor* la enorme cazuela en que grandes y blancos trozos de anguila condimentados con el primor que todos reconocen á Agustina la tabernera en materia culinaria, estaban ya diciendo «comedme con acompañamiento de buen pan tierno y buen vino riojano.»

Dicho se está que desde luego la anguila y lo relacionado con ella fueron el tema de la conversación.

Hablóse del pozo en que la anguila se había criado; tras el recuerdo del pozo vino el de Francisco el tejero y tras el recuerdo de Francisco vino el de lo que se contaba en la aldea de otra anguila criada y cogida en el mismo pozo.

Lo que se contaba en la aldea era lo siguiente:

Francisco el tejero tenía un perro que carecía de toda participación así en el consumo de las tortas de harina de borona sin cerner como en el de la olla de habas añejas adobadas con sebo y gorgojos que constituían todo el alimento de los tejeros.

Uno de estos, que según Francisco era hijo de un andaluz que había ido á Asturias á ver si echaba más barriga con habas añejas y tortas de borona que con gazpacho, contaba que Francisco, por tener la vista cansada y carecer de gafas, leía al trasluz del perro las cartas que recibía de su mujer. ¡De tal modo se trasparentaba el perro de Francisco!

– Francisco, preguntaban los particulares al capataz de los tejeros, ¿por qué no dan Vds. de comer á ese pobre perro?

Y Francisco, que tenía sus resabios de erudito, contestaba:

– Porque Galeno dice que la dieta para el perro y la hartura para su dueño.

Un día los tejeros descubrieron y pescaron en un pozo viejo de la tejera una anguila que pesaba una porción de libras, y habiéndola destripado y colgado para atracarse de anguila al día siguiente que era domingo, el día siguiente se encontraron con que la anguila había desaparecido y el perro estaba muerto no lejos de donde la habían dejado colgada.

Sospechóse que el perro había comido la anguila y teniendo ésta algo ó mucho de culebra, se había envenenado con ella, y con el fin de salir de dudas abrieron el estómago al perro y en efecto encontraron en él la anguila sin digerir. Hubo entre los tejeros diversidad de pareceres, opinando los más que el perro había muerto envenenado por ser lo que había comido culebra y no anguila, y los menos, entre ellos Francisco, que el perro había muerto de indigestión.

(Continuará)

FISICA SIN APARATOS

Demostración experimental de la ley de la reflexión de la luz. – A pesar del título de este artículo, sólo vamos á tratar aquí de un aparato, pequeño y fácil de construir.

Este aparato tiene por objeto comprobar la ley de la reflexión, según la cual el ángulo de incidencia iguala al de reflexión.

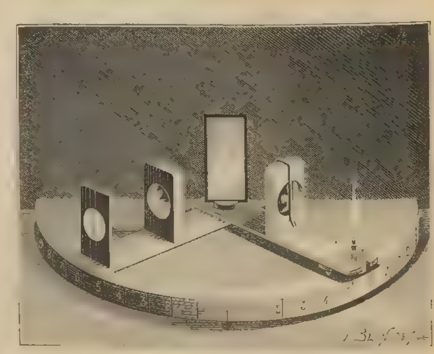
Se recorta un disco de madera circular y se quita de él una porción de manera que conserve una parte un poco más grande que el semicírculo. En su centro se practica un agujero de 20 á 25 milímetros de diámetro y se fija allí un cilindro de madera de la misma dimensión, de manera que sobresalga unos 25 milímetros; y después se retira exactamente la mitad de la parte que sobresale, dejando sólo un semicilindro sobre el nivel del disco. Esta pieza de madera se mantiene entonces en su sitio con ayuda de un poco de cola y de un tornillo, cuidando de que su plano diametral sea todo lo paralelo posible con el borde derecho de la plancheta. Entonces se fija provisionalmente un pedazo de espejo recortado contra la parte plana del semicilindro de madera, y se tiende á plomo un hilo por delante del mismo, desviándole á lo largo del círculo hasta que oculte en aquél su propia imagen. Se cuidará de marcar el cero, y á partir, determinado así, se traza una serie de divisiones iguales á cada lado, numerándolas desde el cero común.

Luego se cortan dos reglas de dibujo de la longitud conveniente, practicando en su extremidad un agujero de 20 á 25 milímetros de diámetro, destinado á recibir el eje sobre el cual se fija el espejo. En la extremidad de una de las reglas se adapta un cabo de bujía, y en una de la otra una lámina vertical con una abertura circular, en la cual se adhiere una hoja de papel blanco.

En cada una de estas reglas se pone además un pedazo de madera que debe tener un agujero circular, delante del cual se coloca un lente convexo de foco corto. La posición exacta de estos lentes sobre las reglas se determina por experiencia y por tanteo, y los porta-lentes no se fijan en su sitio hasta haber obtenido en la plancha de la regla de la izquierda una imagen clara de una extremidad del resorte tendido sobre el lente de la derecha, en el lado de la bujía.

Con esto se completa el aparato. Para practicar el experimento retírase una de las reglas y colócase su eje frente á una división trazada en el círculo; desvíase la otra regla hasta que su eje llegue á quedar frente al número correspondiente, al otro lado del cero; y reconócese entonces que la sombra del hilo tendido sobre el lente de la derecha viene á proyectarse en el centro de la lámina de papel después de reflejarse en el espejo, con lo cual se demuestra la exactitud de la ley. El espejo debe tener 3 ó 4 centímetros de anchura por 5 ó 6 de elevación, y se mantiene en su sitio verticalmente por medio de una tira de cautchuc; el plano posterior del espejo, sobre el cual está el azogue, debe coincidir con el diámetro del círculo perpendicular al diámetro que pasa por el cero, para que el experimento demuestre exactamente la ley.

El pequeño aparato de Mr. Geo. Hopkins permitiría también repetir fácilmente el experimento clásico de los *espejos planos inclinados*, sustituyendo los dos porta lentes con dos de aquellos, que se colocan en el eje de cada una de las reglas. Sabido es que en este caso los espejos dan tres imágenes si el ángulo que forman es recto, cinco si es de 60°, siete, si es de 45°, etc.



Demostración experimental de la ley de la reflexión de la luz

Tomado del periódico: *La Nature*

Barcelona. Imp. de Montaner y Simón



AÑO VII — ↔BARCELONA 30 DE ENERO DE 1888↔ — NUM. 318

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADIOS, cuadro de Federico Andreotti

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ADIOS, cuadro de Federico Andreotti

Andreotti no es, precisamente, un especialista, pero tiene una especialidad, la de emplear su talento en la reproducción de escenas de la vida íntima de los últimos tres siglos. Según pinta las costumbres de ese tiempo, parece que ha vivido trescientos años. Tan familiares le son los tipos, los trajes, los muebles, las armas, cuanto durante ese largo período de tiempo, ha tenido relación con la existencia familiar. Sus cuadros pueden hacer fe en arqueología; á sus personajes no les falta el menor detalle; el pasado está presente á sus ojos, con tal de que ese pasado no alcance más allá del siglo décimosexto.

El lienzo que hoy reproducimos es una escena del tiempo de Napoleón I, y sin ser muy lince en la materia, se echa de ver que el apuesto lancero y la hermosa joven huelen á próximo himeneo, como era de moda decir en aquel tiempo. Tampoco sería muy difícil adivinar que entre los personajes del cuadro existe parentesco de antemano: se trata, seguramente, de estrechar unos lazos que ya unían á los futuros esposos. No de otra manera se explica esa alegría sin rebozo de que dan muestra los interlocutores, impropia, especialmente, de una niña que acaba de prometerse á persona que no es de su intimidad. En una palabra, todo quedará en casa, con gran satisfacción de los interesados.

EN LAS TERMOPILAS
cuadro de D. Juan José Zapater

Hace poco más de un año, el 15 de noviembre de 1886, publicamos un dibujo (Un moro tocando la guzla) con el cual dábamos á conocer á nuestros lectores un joven artista valenciano, que comenzaba brillantemente su carrera. Aquel joven, diestro por manera igual en el manejo del pincel y del lápiz, tuvo alientos para emprender y concluir un cuadro de grandes dimensiones y de composición difícil, con el propósito de llevarlo á la Exposición de Madrid. Era su primer obra pictórica, casi su primer ensayo; no había hecho antes más que estudios de alumno. Para asunto escogió el conocido pasaje de la defensa de las Termópilas por Leónidas y sus trescientos espartanos, contra el innumerable ejército de Jerjes.

Estos temas clásicos, tan del gusto de nuestros abuelos, parecen hoy anticuados y es difícil darles interés. Pero el joven Zapater pintó su lienzo con tales bríos, puso tanto fuego, tanto movimiento, tanta alma en las figuras de aquellos guerreros griegos, que su obra, lejos de pecar de amanerada, convencional y académica, resultó enérgica y vigorosa.

Fué el cuadro á Madrid, y á pesar de abundar tanto en la Exposición las grandes páginas históricas y los asuntos trágicos, el de nuestro principiante llamó la atención, y el jurado lo premió con diploma de medalla tercera.

Es un honrosísimo debuto (como se dice en la escena) del artista valenciano, á quien felicitamos, no tanto por lo que ahora ha logrado, sino por lo que hace esperar ese primer lauro.

BUENOS DIAS, cuadro de F. Dvorak

Esta composición tiene algo de alegoría. Su autor la ha titulado: ¡Bien venido, año nuevo! – Pero como asunto alegórico adolece, al igual que la mayoría de los de su clase, de falta de claridad. Descartemos, pues, de la obra lo que de alegórico tiene, y atengámonos á lo que se ve desde luego. Siempre resultará un trabajo gracioso, simpático y correcto.

EL CARNAVAL EN ROMA
cuadro de José Benlliure

Nuestros lectores conocen al autor de este cuadro. Es un español, un valenciano, que se ha *romanizado* por completo. No ha de extrañarnos: casi puede decirse que tal era su destino. Cuando, apenas salido de la niñez, retrataba marineros y labradores de su tierra, á razón de cinco pesetas el ejemplar; cuando fué á la corte de España con mucho más lastre de imaginación que de bolsillo; un príncipe de la casa de Saboya, entonces rey de esa nación, sacó de la oscuridad á Benlliure y le deparó el porvenir, de que hoy goza opíparamente. Más tarde fué á Roma, en son de peregrino del arte; y en este momento su taller contiene maravillas de todo género, unas sacadas de su paleta, otras adquiridas con los productos que esta paleta le ha proporcionado. ¡Cosas del mundo!... El rey de España abdicó su corona; el artista labró la suya. Indudablemente el laurel es una materia más permanente que el oro.

Benlliure pinta, con preferencia, escenas de su patria adoptiva, y el cuadro que de él publicamos en este número demuestra hasta qué punto las conoce y tiene facultades para reproducirlas. Por una de esas anomalías que no se explican, pero que existen, la ciudad del catolicismo viene siendo tradicionalmente el punto de reunión de los amantes del carnaval desenfrenado. Entre las costumbres más corrientes durante esos días de aturdimiento y locura general, figura la *batalla de flores*, á la cual romanos y extranjeros se entregan con delicia, con pasión, con verdadero furor. Niza ha empezado á imitar este espectáculo; en Barcelona se inició hace algunos años. Al presente, nuestros pollos prefieren regalar flores galantemente, á arrojarlas convertidas en proyectiles. La innovación no es desacertada.

El cuadro de Benlliure es tan notable como todos los suyos. Algún Aristarco hizo presente que las obras del artista valenciano *ocupaban poco lienzo*. Aun cuando nuestro compatriota no puede abrigar la idea de que los cuadros se midan como las sábanas, ha contestado á sus envidiosos, una vez por todas, pintando la *Visión del Coloseo*.

DESDE LA GIESBACH, dibujo de J. M. Marqués

La excursión á la cascada de la Giesbach figura en el itinerario de todos los *touristes* suizos. Y por cierto que bien lo merece. No hay pluma que describa la impresión que causa aquella inmensa mole de agua, desprendiéndose desde un elevado monte y formando en su caída siete saltos que hacen otras tantas cataratas. Y, cuando llegada la noche, se ilumina esa cascada con bengalas de distintos colores y en medio del pavoroso silencio de millares de extranjeros, aparece la formidable mole de agua, sobre el fondo verde oscuro de la montaña, unas veces como una incomparable avalancha de nieve, otras como la ardiente lava de un volcán gigantesco; el ánimo se siente apocado y el hombre se considera muy pequeño ante aquella manifestación del poder de Dios.

Nuestro amigo Marqués ha visitado ese sitio y por ahora no lo ha reproducido. Ha hecho bien: hay espectáculos que el artista los siente; pero que no son para trasladados al lienzo por quien los ha presenciado; porque entre la realidad y el arte hay un abismo que el entusiasmo no colma. Con buen criterio, nuestro artista ha vuelto la espalda á la cascada y en esta postura ha contemplado la base de la famosa montaña y el lago de Brienz; bellísimo panorama que ha copiado con fruición, por más que en casos tales, haya una inmensa distancia entre lo vivo y lo pintado.

LA HORA DEL CAFE. - LECCION DE MUSICA
relieves de J. v. Kramer

Las artes suntuarias dejarían de ser una manifestación del arte, si permanecieran estacionadas. En ellas, como en todo, el tiempo introduce variedades de forma, ora esa variedad surja del pensamiento del artista, ora del gusto, más ó menos exquisito de aquel para quien el artista trabaja. Así, por ejemplo, en arte decorativo, se ha pasado sucesivamente de la pintura al relieve, del relieve al tapiz, del tapiz á la tela, de la tela al temple, del temple al papel; y de esta suerte, unas veces inventando, otras veces volviendo al pasado, cada época ha tenido un sello, hasta llegar á la época presente en que todo renace y el éxito depende no tanto de la esencia de la cosa, como de su esmerada factura.

La prueba la tenemos en los trabajos de la escultura en relieve, relegados durante siglos á la decoración de ciertos monumentos y hoy por hoy introducidos por distinguidos artistas en la decoración de viviendas particulares. Kramer es uno de esos escultores que tal innovación secundan y por cierto que, con pocos adalides de esa fuerza, el triunfo del relieve no es dudoso. Sus obras pueden calificarse de verdaderos cuadros de piedra. Véanse, sino, los dos trabajos que publicamos en el presente número, y convengamos en que el pincel no puede dar de sí una composición más natural, correcta y expresiva.

CARRERAS DE JINRIKSHAS

En Colombo (Ceilán) comienzan á ser muy populares unos vehículos sumamente comunes en Japón, llamados en el país *jinrikshas;* son en extremo ligeros á causa de su escaso volumen, sólo tienen cabida para una persona y van tirados por hombres, como los carretones de manos. A veces se celebran carreras, como las de caballos entre nosotros, en las cuales se disputa también el premio de la ligereza. Represéntase en nuestro grabado la última que hubo en Colombo, organizada por los socios del Club Gymkhana, y en la cual se cruzaron considerables apuestas.

LA ANGUILA Y EL CERDO

POR ANTONIO DE TRUEBA

(Continuación)

La primera de estas opiniones fué la que prevaleció en la aldea á donde, como es de suponer, llegó la noticia de lo ocurrido en la tejera.

Nadie se acordaba ya en Gurdiaga de esta ocurrencia, cuando uno de los particulares reunidos en la taberna la recordó y la sacó á colación.

Discutióse si se expondrían ó no á una catástrofe comiendo el contenido de la cazuela que en la cocina hacía *bor-bor* y enviaba deliciosas tufaradas al saloncillo de los particulares, y al fin todos estos convinieron en que la prudencia aconsejaba algún ensayo previo para averiguar si había ó no peligro en comer la anguila.

Hubo quien propuso dar ésta á probar al perro del sacristán que como el del tejero podía servir de gafas, pero se desechó este parecer porque uno de los particulares recordó haber oído decir al cirujano de la aldea, una vez que se disputaba sobre si el perro del tejero había muerto ó no envenenado, que las culebras eran para los perros completamente *inicuas*.

– Inocuas ó sea inofensivas querrás decir, – le interrumpió otro particular que estudiando para albéitar, había ahorcado los libros.

Hallándose todos perplejos sobre lo que habían de hacer para averiguar si la anguila era ó no culebra, otro de los circunstantes, después de disertar un poco sobre sus sentimientos humanitarios en que dijo iba tan lejos como el que más, propuso tímidamente que se hiciera la prueba con el sacristán y apoyó su proposición en las siguientes, principales y poderosas razones: primera, que el sacristán era de naturaleza tan desdichada, que le haría Dios un gran favor con llevársele; segunda, que siendo el sacristán un bendito de Dios, si muriese envenenado iría derecho al cielo; tercera, que siendo el sacristán aficionadísimo á las anguilas, no se haría de rogar para aceptar y echarse al cuerpo el trozo de anguila que se le ofreciese; y cuarta, que era muy justo que el sacristán probase la anguila, puesto que tanto había trabajado para pescarla.

La proposición fué aceptada por unanimidad, pareciendo á todos que no tenían vuelta de hoja las razones en que se fundaba, y haciendo venir á la tabernera, le dijeron que enviase al sacristán un platito de anguila con el pan y vino correspondientes, porque justo era que el pobre toradillo probase antes que todos la anguila que tanto le había costado pescar.

La chica que Agustina envió con el obsequio á casa del toradillo, volvió diciendo que éste quedaba devorándole.

Había pasado ya largo rato desde que se envió el obsequio al toradillo, y como no hubiese noticia de que á éste le hubiese hecho daño, ya á nadie quedaba duda de que la anguila era anguila y no culebra, y se dió orden á Agustina para que sirviera la apetitosa merienda.

Pero cate V. que en aquel instante llega el sacristán gritando que se moría de retortijones de tripas y ansias de vomitar, porque la anguila sin duda era culebra y no anguila y se había envenenado comiendo de ella.

Aterrados los particulares con la idea del peligro que habían corrido de morir envenenados y dando gracias á Dios por haberse salvado como por milagro, porque, lo que ellos decían: «si el sacristán con haber comido sólo un poquillo de anguila está en peligro de muerte, ¿qué no nos hubiera sucedido á nosotros comiendo hasta pescar anguila con el dedo?»; aterrorizados, repito, los particulares, huyeron de la taberna y se dispersaron casi sin más tiempo que el preciso para encargar á Agustina que diera algo al pobre toradillo á ver si se conseguía salvarle, y tirara por la ventana la condenada anguila que por lo visto era culebra y muy culebra.

Agustina quiso dar al toradillo una taza de agua de manzanilla, pero el toradillo la rechazó prefiriendo cualquier otra cosa, por ejemplo unas magras y una jarrilla de buen vino, que en efecto le dió Agustina y le sentaron tan perfectamente que con ello se le fueron quitando los retortijones de tripas y el ansia de vomitar.

– ¡Qué condenada anguila! – exclamó la tabernera cuando vió al toradillo fuera de peligro. – Si comes de ella hasta pescar anguila con el dedo como pensaban comer los particulares, vas á contarlo al otro mundo.

Y así diciendo, tomó la enorme cazuela para tirar su contenido por la ventana, pero el toradillo la detuvo diciéndole:

– No, no lo tire V., que mi pobre perro se hartará con ello siquiera una vez en la vida sin peligro alguno, porque según dice el cirujano, las culebras son *inicuas* para los perros.

En efecto, así que anocheció, el sacristán cargó con la enorme cazuela de culebra y se fué con ella á su casa, llevándose al mismo tiempo un pan tierno y un jarro de buen vino en que empleó la propina que le habían dado aquella mañana los particulares; y aquella noche, mientras los particulares seguían dando gracias á Dios por haberlos librado milagrosamente de morir envenenados, el sacristán comía anguila, digo culebra, hasta pescarla con el dedo.

Y como en las aldeas todo se sabe, también en Gurdiaga se supo al fin y al cabo que era anguila y muy anguila y no culebra la pescada en la tejera de Amézaga por el sacristán por encargo de los particulares y desde entonces no hay particular que no diga al ver al toradillo:

– Me dan tentaciones de hacerte una joroba más, pero por pillo te dejo sólo con la que tienes.

Y el sacristán al oir esto se sonríe socarronamente diciendo para sí: – La verdad es que yo he comido anguila hasta pescarla con el dedo y vosotros no habéis conseguido tal dicha.

III

EL CERDO

No digo que contada por otro la pillada del sacristán de Gurdiaga no sea para hacer desternillar de risa al que la oiga, pero sí que contada por mí no es para eso. A pesar de esto, el Sr. D. Santiago la rió de tal modo que no pude menos de sospechar que sabía alguna otra pillada del sacristán y recordándola reía más por lo que le andaba por dentro que por lo que le andaba por fuera.

– Con que, señor cura, – le dije – yo ya he cumplido, mal ó bien, lo ofrecido y ahora le toca á V. imitarme.

– Es verdad y siento no ser como V. narrador de oficio.

– ¿De oficio? Me recuerda V. á un músico ambulante que apenas ganaba un cuarto porque siempre estaba con una misma tocata aunque sabía varias. Preguntéle por qué hacía aquello y me respondió: Porque esta tocata llega al corazón y la prefiero á las que sólo llegan al bolsillo que son las preferidas de los músicos de oficio. Con que vamos, Sr. D. Santiago, con la narración de V.

– Vamos, pues, con ella. En otra ocasión le conté á V. *El modo de descasarse* y ahora le voy á contar el modo de obtener la absolución del hurto sin la restitución de lo hurtado.

Acababa yo de ser ordenado de misa y el señor obispo me envió al curato de... una aldea que llamaremos Atabeitia por llamarle algo, pues ya sabe V. lo de que se dice el pecado, pero no el pecador.

El curato daba poco de sí y me ví en la necesidad de arreglar mi casa y modo de vivir con mucha modestia y economía, coadyuvando á ello con mucho celo y desinterés esta misma Magdalena, pobre viuda joven y sin familia que mi buena madre me recomendó ó más bien me impuso para llavera ó ama de gobierno.

Por de contado compramos un cerdito que se fuera criando hasta el tiempo de la matanza que no estaba lejano.

El sacristán de Atabeitia era lo que se llama un bendito de Dios que confesaba y comulgaba lo menos una vez al mes y era tan escrupuloso en asuntos de conciencia, que á veces hasta me incomodaba por lo excesivamente pacato.

Como ni la llavera ni yo estábamos en las interioridades de la feligresía y al sacristán naturalmente le sucedía todo lo contrario, el sacristán era el consejero á quien consultábamos en cuantas dudas y dificultades se nos ofrecían en el trato con los feligreses.

Llegó la época de la matanza de los cerdos y empezaron los vecinos á enviarnos la consabida morcilla acompañada de una tajada de hígado envuelta en un pedazo de *barasilla* ó redaño, de modo que ningún vecino mataba cerdo sin que nos hiciese aquel regalo.

Magdalena y yo empezamos á vernos en un conflicto porque decíamos: Señor, todos los vecinos nos mandan morcilla, los vecinos que matan cerdo son más de cincuenta, naturalmente contraemos el deber de corresponder

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



EN LAS TERMÓPILAS, cuadro de D. Juan José Zapater (premiado con medalla de tercera clase)

al regalo con otro igual cuando nosotros matemos, el cerdo que tenemos es gordo y hermoso, sí, pero chiquito y aunque fuera grande y repartiésemos todas las morcillas que de él saliesen, no alcanzaría ni con mucho á corresponder con los vecinos que nos van enviando morcilla. Señor, ¿cómo vamos á salir de este atolladero?

La pobre de la llavera y yo andábamos tristes y cavilosos viéndonos en este conflicto. El bendito del sacristán que nos había tomado mucha ley, se desvivía por servirnos y complacernos, lo conoció y un día me dijo:

– Señor cura, me parece que anda V. triste y caviloso y hasta me parece que lo anda también la señora llavera. Si yo puedo servir y consolar á Vds. en algo, no tengan reparo en mandarme, que aunque soy tan pobre que ni siquiera tengo el gran consuelo de las casas que es matar un cerdo por Navidad, á riqueza de corazón nadie me gana y por servir y consolar á Vds. aunque sea me tiraría de cabeza desde la torre de la iglesia.

– Gracias, Domingo...

- Hombre, – interrumpí al señor cura, – Domingo como el sacristán de Gurdiaga. ¡Qué casualidad!

– Sí, por casualidad se llamaba también Domingo el sacristán de Atabeitia, – asintió el señor don Santiago poniéndose un poco colorado, y continuó su narración.

– Gracias, Domingo, por su buena voluntad que ya sabemos no puede ser mejor. No se ha equivocado V. al adivinar que Magdalena y yo tenemos un gran disgusto, que es el de no saber cómo salir del compromiso en que nos pone el enviarnos morcilla todo vecino que mata cerdo.

– ¡Y le matan todos los vecinos menos yo! – exclamó el sacristán con dolor.

– Pues ese es el caso y no damos con el medio de corresponder á la fineza de los vecinos.

– Señor cura, yo encuentro un medio muy bueno por más que parezca muy malo, para salir Vds. del compromiso.

– ¿Y cuál es, amigo Domingo? – pregunté lleno de esperanza. El sacristán se acercó á mí y bajando la voz me respondió:

– Mire V., señor cura: una noche, de modo que no lo oiga ni entienda nadie, matan Vds. el cerdito y al día siguiente dicen que se le han robado.

– ¡Calle V. por Dios, hombre, y no diga disparates como ese! – exclamé casi con indignación.

– Señor cura, este medio de salir Vds. del compromiso en que se ven es el único que yo encuentro y sólo es malo en la apariencia.

– Sí, saldrá V. con el refrán de que una mentira bien compuesta, mucho vale y poco cuesta.

– Pues ya se ve que salgo, señor cura, y en esta ocasión el refrán es un evangelio chiquito. En primer lugar la mentira de que les han robado á Vds. el cerdito no debe ser ni siquiera pecado venial porque con ella no se ofende ni se expone á ser perseguida á persona alguna.

– Eso verdad es, pero...

– Y en segundo lugar con ella se salva el decoro del párroco que quedaría desprestigiado con no corresponder á la fineza de sus feligreses.

– También es verdad esto, pero de todos modos...

De todos modos, señor cura, no se deberá á Vds., que se deberá á la necesidad mentira tan inocente. Nada, nada, decídanse Vds., señor cura, y una de estas frías y lluviosas noches, cuando no haya en la aldea quien no esté en lo caliente ni pase un alma por la carretera, matamos y arreglamos el cerdico sin que lo oiga ni sospeche nadie.

Yo puse fin á esta consulta sin decidirme á seguir el consejo del sacristán hasta ver si encontraba otro medio que me repugnara menos de salir del apuro en que me veía. Ya sabía yo que el más eficaz era matar dos cerdos en lugar de uno, pero pensar en eso era pensar en lo imposible, porque ni aun me quedaba el recurso de acudir á mi pobre madre que había sacrificado todos sus pocos medios al deseo de tener un hijo sacerdote que cuando Dios se la llevase ofreciese sufragios por su salvación.

Cuando dije á la sencilla y buena Magdalena lo que el sacristán me aconsejaba se horrorizó, pero al fin enterada de las razones en que lo fundaba el sacristán y teniendo en cuenta lo honrado y piadoso que éste era y lo que se desvivía por nuestro bien, convino conmigo en que debíamos aceptarlo si no había otro remedio.

Viendo al fin que no le había, nos pusimos de acuerdo con el sacristán hasta ensayándonos en el modo de divulgar que nos habían robado el cerdo.

La noche era oscura, fría y lluviosa como pocas, de modo que apenas anocheció no andaba un alma por la calle ni pasaba nadie por la carretera que mediaba entre la casa cural y la iglesia y la casa del sacristán que estaba en frente.

– ¡Qué casualidad, – exclamé interrumpiendo al señor cura, – como sucede en Gurdiaga!

El señor cura no se dió por entendido de esta observación, aunque me pareció que se ponía un poco colorado, y continuó:

– El sacristán era muy diestro en la matanza de cerdos. Así fué que echando un cordel corredizo al hocico del nuestro, no le dejó dar el menor gruñido, y una vez muerto, chamuscado y destripado el animalito, colgamos entre los tres la canal en el portalillo de una puerta que daba al huerto.

Sacando entonces el reloj advertí al sacristán que era hora de tocar á ánimas, y mientras él echaba á correr al campanario después de contemplar un momento con delicia la mantecosa y sonrosada canal del cerdito y advertirle nosotros que volviera pronto á cenar, pues componiéndose la cena de una buena fritada de asadura, pronto estaría aviada, subimos á la habitación llevando Magdalena á la cabeza en un balde la asadura y las tripas del cerdito y colgado de la mano el caldero con la sangre.

Casi vibraba aun la campana de la iglesia, cuando ocurriendo á la llavera bajar al portalillo á buscar un cuchillo que se había dejado allí, volvió á subir inmediatamente llorando y gritando:

– ¡Ay pobres de nosotros, señor cura, que nos han robado el cerdo!

– Bien, mujer, muy bien lo hace V.! – exclamé soltando la risa y aplaudiendo.

- Pero, señor amo, si es verdad que nos le han robado.

– Bueno, mujer, bueno, pero eso á quien lo ha de decir V. así es á los vecinos mañana y no á mí ahora.

– Pero, señor amo, por Dios, si el robo del cerdo es cierto y no fingido, y si V. no lo cree baje á verlo.

De tal modo me decía esto Magdalena que al fin hube de creerla y bajando con ella al portalillo, nos encontramos con que sólo pendía del techo la mitad del cordel que había sido cortado.

El sacristán que nos dijo había oído desde enfrente el alboroto de la llavera, llegó en aquel instante.

– ¡Ay, Domingo, – nos apresuramos á decirle, – que nos han robado el cerdo!

El sacristán á su vez soltó una carcajada acompañada de un aplauso por lo bien que habíamos aprovechado el ensayo de cómo habíamos de decir el día siguiente á los vecinos que nos habían robado el cerdo, y para convencerle de que no era fingido y sí verdadero lo que le decíamos, necesitamos bajar con él al portalillo y hacerle ver que allí no quedaba más que la mitad del cordel de que había pendido la canal del cerdo.

(Continuará)

MARINO FALIERI

(Conclusión)

VIII

El día 16 Marino Falieri no pudo comparecer ante el tribunal: estaba quebrantado por la cuestión.

Pero el tribunal compareció ante él, no en pleno, sino en representación, con que fueron investidos cinco miembros adjuntos á su presidente.

Marino Falieri fué un héroe: en el potro del tormento guardó la misma reserva, guardó completo silencio, pues



BUENOS DIAS, cuadro de F. Dvorak



EL CARNAVAL EN ROMA.—«Batalla de las flores» cuadro de José Benlliure

ni siquiera profirió una queja, ni exhaló un suspiro, ni hizo tampoco un movimiento, ni un gesto que expresara dolor ni sufrimiento.

Grave, sereno, majestuoso, imponente, elevado sobre aquel grupo de jueces y verdugos, parecía un conquistador á caballo recibiendo el homenaje de un pueblo esclavo y envilecido.

Después de requerirlo en vano muchas veces para que hiciera la delación de sus cómplices, el presidente y los demás jueces guardaron silencio también sintiendo frío interior, miedo, angustia, desmayo.

Luego, sintiendo vergüenza también, fuéronse uno á uno deslizando hasta que quedó solo el reo con los verdugos.

– ¿Qué hacemos? – dijo uno de estos á media voz.

Los demás se encogieron de hombros.

Pero los dos que le daban al manubrio de la rueda, sin esperar resolución, deshicieron las vueltas de tortura, y los otros recibieron en sus brazos á la ilustre víctima

Marino Falieri sólo pidió un favor á sus jueces: dos: agua, que no le dieron, en la sed abrasadora del tormento, y el consuelo de despedirse de su familia, gracia que habían solicitado por otra parte su esposa y su sobrino.

Los jueces no le otorgaron tampoco esta otra gracia.

Ni tenían tiempo para ocuparse en estas menudencias jueces tan ocupados en quebrantar huesos y cortar cabezas. ¡Quedábanle aún tantas á la hidra de la rebelión bajo la porfiada reserva del dux!...

Pero si este creyó prolongar su vida á favor de su reserva, sufrió una gran decepción. Aquella misma tarde le fué notificada la sentencia que lo condenaba á morir degollado á las once del día siguiente en la meseta ó rellano superior de la escalera del palacio de los Santos Apóstoles, donde por estatutos de alta ceremonia recibía su investidura el dux electo.

IX

A las once y un minuto del día siguiente, 17 de mayo de 1353, el presidente del Consejo de los Diez, pálido, tembloroso, descompuesto, salía del balcón principal del palacio, y con voz alterada anunciaba al populacho reunido en la *Piazzetta*, la ejecución del dux Marino Falieri con esta fórmula:

E statta fatta giustizia al traditore della Patria.

Al mismo tiempo mostraba el verdugo *urbi et orbi* la ensangrentada cabeza del ilustre anciano agarrada de los blancos cabellos.

Su cuerpo fué entregado á la familia, que le dió piadosa sepultura con este epitafio latino:

Hic jacet D. Marinus Falieri, dux.

No se le permitió más, y todavía el Consejo de los Diez mandó borrar la última palabra, pero hizo grabar en el salón del Supremo, y en el sitio que, según estatutos, debía ocupar el retrato de este dux, siguiendo la serie de sus predecesores, todas estas palabras:

Hic est locus Marini Falieri, decapitati pro criminibus.

Pero no todo fué rigor en esta gran jornada, pues hubo también sus gracias y recompensas.

En efecto, al delator Bertramo se le confirió el honor del patriciado para sí y sus descendientes y fué inscrito su vulgar nombre en el libro de oro de la aristocrática república. Él, zafio marinero, hubiera preferido los bienes del difunto dux; sino que á estos bienes, que no eran escasos, tenía mejor derecho el fisco y el fisco los heredó legalmente.

X

La hermosa y joven viuda Agustina Loredano, que con la rapidez del relámpago subió á la mayor altura, con la misma rapidez cayó en el mayor desamparo; y pobre, infamada y sola, buscó asilo en un claustro, en la religión, donde hay siempre bálsamo para las heridas del alma y consuelo para todos los infortunios.

¿Y el sobrino del dux?

Marino Falieri, con acertada previsión lo había enviado fuera de Venecia en vísperas de los acontecimientos para que no se comprometiera en ellos. Fernando volvió á la ciudad al saber el fracaso de la conspiración; pero como no resultara complicado en ella por delación ni indicio ninguno, no quiso matarlo el tribunal; generosidad inútil, porque estaba escrito que había de matarlo otro muy en breve. Tenía una cuenta pendiente con el mismo diablo, y en semejante lucha, dicho se está que no podía salir triunfante el hombre por más enojo que tuviera.

También tenía razón para tanto enojo: entre otras muchas causas, el mismo diablo había difamado á la esposa de su tío, haciendo así imposible toda clase de relaciones del sobrino con su bella y joven tía, para no justificar la maledicencia en que figuraba su nombre.

Con que, desesperado y solo él también, no dejó para luego liquidación tan urgente; y sin perder momento, así que Paolo Farini pasó sus dos meses de prisión, y cumpliendo la segunda parte de su condena, salió desterrado para Verona, fué el joven Falieri á hacerle una visita.

Farini lo recibió con la mayor cortesía; salieron luego como dos amigos á pasear al campo y después...

Después volvió solo el mismo Farini.

¿Y Falieri?

Claro es que se quedó en el campo.

A lo menos no se supo más de él.

Se lo llevaría el diablo sin duda.

Ya sabemos que en esta historia el diablo es Paolo Farini.

XI

Pero á cada uno le llega su San Martín, como vulgarmente se dice, y Paolo Farini tenía encima un mar de sangre y lágrimas para no ahogarse.

Habiendo cambiado tanto las cosas en Venecia desde la muerte del dux Marino Falieri, no podía ya temer la vigilancia de la justicia el hijo de un Cuarenta, por más que respetando al parecer su sentencia, seguía cumpliendo su destierro en Verona.

Pero con sobrada frecuencia quebrantaba el destierro para ir á la ciudad de las lagunas, su patria, á ver á su familia en secreto y á dar un paseo en góndola al amoroso brillo de la luna en compañía de alguna *traviata*.

No pudiendo exhibirse en los saraos de la ciudad ni en otras reuniones públicas por prohibición de su padre, se iba mar adentro en brazos de su amada para pasar la noche, eligiendo siempre la más cómoda y segura góndola.

Era una de estas bellas noches.

Farini entró primero en la góndola y recibió luego en brazos á una hermosa mujer.

– ¿A dónde, señor? – preguntó el gondolero, que era un gallardo mozo, vestido con el pintoresco traje de su oficio, pero con una cinta negra y flotante al cuello y otra en el sombrero.

– A divagar, – contestó Paolo, – á divagar hasta que avisemos.

– Lejos, lejos, – añadió la hermosa.

– Entiendo, – dijo el gondolero sonriendo picarescamente.

– ¡Ah! – exclamó ahora Farini reconociéndolo. ¿Eres tú, Giuseppe?

– El mismo, señorito; Giuseppe Giotto para serviros.

– ¿Por quién llevas luto?

– ¿Por quién? Pues... por nadie: por mis dos hermanos, por tres primos y por quinientos amigos compañeros ó conocidos.

– Lejos, lejos, – repitió con impaciencia la damisela, atrayendo á Paolo y corriendo las cortinillas de la góndola.

Solo ya afuera el gondolero comenzó á remar con tal violencia que en breve se halló la góndola lejos, lejos.

Después cedió el marinero en sus ímpetus, no fatigado, sino pensativo, preocupado; y la góndola se deslizaba mansamente meciendo en sus impuros delirios á los dos amantes.

– Pero ella es inocente, – dijo para sí Giuseppe, como luchando con algún escrúpulo de conciencia en la venganza que meditaba... – ¿Qué importa? – añadió luego resueltamente: – no fueron ellos tan escrupulosos.

Y alzando al cielo los ojos, añadió con voz sorda:

– ¡Almas de los quinientos! ¡Giuseppe Giotto os venga! . ¡Monstruos de la mar! recibid en mi nombre esta carnada!...

Y esto diciendo, hizo un rápido y violento juego de remos y echó á pique la góndola lejos, muy lejos de tierra, ganando él la orilla á nado.

CECILIO NAVARRO



DESDE EL GIESBACH dibujo de J. M. Marqués

EL HELIO

I

Que en las conversaciones de salón se oiga á personas de chispa poner irónicamente en duda la realidad de las inducciones científicas más fundadas, no debe causar extrañeza ninguna á cuantos saben que el burlarse de aquellas ideas no generalizadas aún, ni impuestas todavía por la notoriedad de su evidencia y de su autoridad, es una de las maneras más modestas que existen de decir: ¿seré yo superior cuando me burlo de los sabios?

Pero, si semejante desahogo de ignorante vanidad y de propia suficiencia puede pasar en círculos y tertulias, parece indisculpable en producciones destinadas á ver la luz, por más que tales burlas hallen sólo cabida en publicaciones satíricas; pues en ningún código literario se dispone todavía que la sátira se abstenga religiosamente de saber.

La constitución del sol, para los filósofos de las apariencias, es asunto de ironía al parecer segura y sólida; porque ¡cuánto y qué bien no habrán debido chamuscarse los físicos sapientes á quienes consta que en el sol hay hierro y nikel, y magnesio y aluminio... metales todos que sé que se encuentran en este triste valle de las lágrimas!

Item más: ¡hidrógeno! ¡El hidrógeno que es invisible! Pero ¡sobre todo! ¡han llegado los sabios á presumir que hay en la abrasada atmósfera del sol un metal que no existe en la tierra!

¡El HELIO! ¡Saber es!

El mentir de las estrellas
es un seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas.

Pero es el caso que la famosa redondilla de Quevedo no es aplicable á la época actual, porque la ciencia ha sabido dirigirse á las estrellas mismas para preguntarles el secreto de su estructura y composición, con medios tan

potentes y seguros que las estrellas no han podido negarse á responder. Para saber de qué están formados los soles, no hay más que mirarlos; pues nadie existe tan corto de vista que no pueda distinguirlos usando de adecuados anteojos.

II

¿Quién no ha visto alguna vez en tarde lluviosa, cuando las nubes del ocaso dejan pasar la luz del sol, proyectarse un glorioso arco-iris pintado sobre nubarrón negrísimo opuesto al poniente luminar? Siete semicírculos de colores concéntricos forman el iris: rojo el externo y más alto: sigue hacia el interior otro de color de naranja: luego otro más bajo de color amarillo; el semicírculo central es verde; á éste sigue uno azul oscuro; bajo éste aparece el penúltimo azul claro, y el más interior, el último, el más cercano al suelo, es del color de la violeta. ¿Quién no ha visto al amanecer esos mismos siete encantados colores en las gotas del rocío? ¿Quién en las noches de fiestas y recepciones no los ha admirado en los diamantes de las diosas del gran mundo?



LA HORA DEL CAFÉ, relieve de J. v. Kramer

La luz del sol no es simple: todo rayo de luz blanca está compuesto de esos siete colores, los cuales aparecen siempre que la luz atraviesa cuerpos transparentes de caras no paralelas: en una palabra, siempre que hay refracción y dispersión.

Todo rayo de luz, cuando pasa oblicuamente de un medio diáfano á otro, cambia de dirección; y un ejemplo casero al alcance de cualquiera lo puede evidenciar: póngase una moneda en el fondo de una taza, y váyase retirando gradualmente el observador hasta colocarse un poco más allá de la posición en que ya el borde impida ver la moneda: permanezca inmóvil en esa posición, y, si se llena de agua la taza, volverá á ver la moneda aunque directamente no podía distinguirla.

Este desvío se denomina refracción.

Otro experimento. Como adorno de candelabros, arañas y candeleros se ven hoy con frecuencia prismas colgantes, triangulares y de cristal: hágase que un rayo de luz solar penetre por un pequeño orificio practicado en un cartón: colóquese horizontalmente ante este rayo un prisma de cristal con una de las caras cuadradas hacia arriba y un canto hacia abajo, y al punto aparecerá descompuesta la luz en los siete colores

violeta, índigo, azul,
verde, amarillo, naranjado y rojo.

Esta descomposición en siete colores de la luz blanca del sol se llama DISPERSIÓN. Y se denomina ESPECTRO SOLAR (de *spectrum, imagen, fantasma)* la apariencia de los siete colores sobre una pared ó una pantalla blanca cualquiera. El color que menos se aparta de la dirección del rayo solar es el rojo, y el que más se desvía es el violeta; por lo cual se dice que el orden ascendente de desvío ó *refrangibilidad es*

rojo, naranjado, amarillo,
verde, azul, índigo, violeta.

Ahora bien: el tránsito de un color á otro se hace por gradación de tintas tan insensible, que no se puede determinar dónde concluye uno y empieza otro. Pero, por fortuna, el espectro está lleno de rayas oscuras, perpendiculares á su longitud; muchas perceptibles á la simple vista cuando el cristal del prisma es de gran pureza; y todas observables con buenos microscopios. Por medio de aparatos especiales se han contado más de tres mil.

Estas rayas son siempre las mismas en *número* y *posición* para la misma luz; pero difieren ya cuando la CLASE de la luz varía. Así la luz de algunas estrellas presenta otras rayas que la luz del sol. Por otra parte, las rayas (fijas en cada caso) no son iguales entre sí ni en grueso, ni en agrupación.

Y he aquí cómo, utilizando esta diferencia de gruesos y esta diversidad de grupos, puede dividirse en partes el largo del espectro, y designarse con seguridad el sitio de él que se quiera, diciendo la raya ó el grupo en que se encuentra, ó junto al cual se halla ó entre los que se observe situado.

Frauenhofer, para distinguir de algún modo las rayas, designó con las primeras letras del alfabeto ocho de las más perceptibles. A, B, C están en el rojo: D entre el rojo y el naranja; E entre el amarillo y el verde; F en el verde azulado; G entre el azul y el índigo; y en el extremo violeta se ve la H. Modernamente, y aplicando poderosísimos medios de amplificación, se ha visto que muchas de las rayas que al principio parecen simples son grupos de líneas extraordinariamente próximas entre sí. Por ejemplo la que parece raya D es realmente un grupo de 14 líneas elementales.

III

Una nueva observación, y la ciencia hubo de enriquecerse con sorprendentes datos.

Los vapores metálicos, calentados hasta hacerse luminosos, no producen espectros continuos. Solamente emiten rayas brillantes.

Estas rayas brillantes son ESPECÍFICAS.

Cada metal, cada sustancia, produce las suyas, jamás iguales á las de ningún otro metal, ni de ninguna otra sustancia. Si, pues, reducimos á vapor luminoso un cuerpo, y hacemos pasar por un prisma un rayo de su luz, no hay más que inspeccionar las rayas brillantes de su espectro para poder con toda seguridad decir: «tal cuerpo es el que da esas líneas; ése y no otro.»

El potasio da dos líneas de color, una en la región roja del espectro solar y otra en la violeta. El sodio da una doble línea amarilla. El estroncio presenta 6 líneas rojas, una naranjada, otra azul, etc.

Hay metales muy volátiles como el potasio, para obtener cuyos vapores basta el calor de una simple lámpara de alcohol. Otros, como el sodio, exigen ya mayor temperatura, que regularmente se obtiene por medio del gas del alumbrado. Otros, en fin, como el hierro, necesitan de las más altas temperaturas, y para volatilizarlos hay que recurrir á la chispa eléctrica. El espectro del hierro consiste en 70 líneas luminosas, que en potentísimos amplificadores han llegado hasta 450.



LECCIÓN DE MÚSICA, relieve de J. v. Kramer

IV

Otra propiedad importantísima. Los vapores incandescentes no dejan pasar la luz que ellos emiten: la absorben.

Por consiguiente, si delante del espectro de un cuerpo sólido, luminoso, se coloca el espectro de un vapor metálico, las rayas brillantes del vapor en ignición absorberán la luz de su color, y aparecerán como rayas negras del espectro del cuerpo sólido.

Esta propiedad es de consecuencias trascendentes. He aquí porqué.

El espectro del sol contiene rayas negras en los sitios precisamente donde aparecerían, á no haber absorción, las líneas brillantes de color de los espectros de muchos metales terrestres: luego en la atmósfera solar existen también, en estado de vapor, esos mismos metales que parecían patrimonio exclusivo de nuestro planeta. La coincidencia de las líneas blancas con las rayas negras es PERFECTÍSIMA y se ha comprobado de mil modos y con aparatos de precisión maravillosa. Las rayas C en el rojo y la F en el verde azulado son producidas en el sol por el hidrógeno: la D en el amarillo por el sodio: la E en el verde y la G en el índigo por el hierro: la H en el violeta por el calcio, etc.

No es precisamente necesario que el vapor se halle en estado incandescente para que absorba la luz del color que emite. Si se hace el vacío en un tubo de cristal, y luego se le llena de vapor de sodio, el tubo aparecerá límpido y diáfano á la luz ordinaria; pero resultará enteramente opaco, si queremos mirar á través de él la amarilla luz del sodio.

Observados los espectros de las estrellas fijas se ha encontrado que contienen las rayas absorbentes de muchas de nuestras sustancias terrestres. Así, en las estrellas Aldebarán y Sirio se ve que hay sodio, magnesio, hierro é hidrógeno... En la estrella Alpha Lyræ (ó sea Vega, que será nuestra estrella polar dentro de cien siglos) existen también sodio, magnesio y hierro. Con solo mirarlas se advierte que las estrellas no son del mismo color: Sirio es blanco: Alpha Hérculis es de color de naranja: Aldebarán rojo: Alpha Lyræ es azulada, etc.

En el espectro de Sirio las rayas negras absorbentes se ven distribuídas con cierta regularidad: la luz, por tanto, aparece blanca. En el espectro de Alpha Hérculis las rayas negras se apiñan en el rojo, el verde y el azul, mientras que hay pocas rayas absorbentes en el naranja y el amarillo: de donde resulta que la estrella nos aparezca de color de naranja.

V

Otra importantísima inducción.

Los fenómenos de la luz son *en la realidad y fuera de nosotros* pulsaciones del éter, como los sonidos son vibraciones del aire. El *do* de las orquestas es fuera de nuestro oído 522 vibraciones por segundo: el *re* 567 ¼; el *mi* 652 ½, el *fa* 696, etc.

Pues, análogamente, el color rojo es, *fuera de nuestros ojos*, 497 billones de pulsaciones del éter por segundo; el naranjado 528, el amarillo 559, el verde 601, el azul 648, el índigo 686 y el violeta 728 billones por segundo.

Se ve, pues, que mientras mayor es el número de pulsaciones etéreas por segundo, más se dirige el color hacia el violeta; y, *vice versa*, cuando disminuyen, tienden hacia el rojo.

Ahora bien: si una estrella se acerca hacia nosotros, el número de vibraciones que hará sentir por segundo á nuestra vista será mayor que si el luminar se estuviera enteramente quieto, y el color rojo puro tenderá á parecernos amarillo. Por el contrario, si la estrella se aleja de la tierra, el número de vibraciones etéreas recibidas por segundo en nuestra retina, será menor, y su consecuencia será una depresión de cada color, ó sea hacia el rojo.

Cuidadosísimas observaciones de la raya F correspondiente en el espectro de Sirio, demostraron que esta raya estaba más cerca del rojo que la misma línea del hidrógeno aparece en nuestro planeta. Luego la estrella Sirio se aleja de nosotros; y, hechos los correspondientes cálculos, su marcha es de 20 millas por segundo. Rigel se aleja también á razón de 15, y Alpha Orionis á razón de 29. Por el contrario, Arcturo se nos acerca con una velocidad de 55 millas y Pólux con la de 49, igualmente por segundo.

VI

Estas inducciones han sido brillantemente confirmadas por el descubrimiento de cuerpos antes desconocidos de los químicos.

Si las líneas brillantes de los espectros son realmente



CARRERAS DE JINRIKSHAS EN COLOMBO (Ceilán)

específicas de cada cuerpo; si se han estudiado todas las sustancias conocidas, y si se han sacado mapas exactísimos de sus líneas de color características, es de todo rigor deducir que, si alguna vez se observa un espectro no catalogado, ese espectro corresponde á un cuerpo nuevo, no estudiado todavía.

Y en efecto, de esta inducción ha resultado el descubrimiento de varios metales antes ignorados: el cesio, el rubidio, el talio, etc., cuyas líneas brillantes no coinciden con las de ninguno de los cuerpos antes observados.

Este medio de análisis químico se ha denominado *espectral;* y es de sensibilidad y delicadeza tan extraordinarias que excede á toda imaginación. En los puertos de mar no puede hacerse ningún análisis espectral sin que aparezca en el *espectroscopio* (aparato ideado para esta clase de análisis) la brillante línea D correspondiente al sodio; la cual procede de las partículas infinitamente pequeñas de sal *(cloruro de sodio)* que flotan invisibles, aun para los más perfectos microscopios, en la atmósfera de todos los puntos situados á orillas de los mares, y aun muchas leguas más adentro.

VII

Dados estos antecedentes, ya no será el helio objeto de ironía.

La mayor parte de las erupciones solares presentan las rayas características del hidrógeno; y, con ellas, aparece otra enigmática raya que, al principio, se creyó perteneciente al grupo del sodio; pero que, más refrangible que todas ellas, fué al fin reconocida como raya independiente y *sui generis*. Se la denomina D_3. Esta raya D_3, existente también en los espectros de varias estrellas, no se había visto antes en ningún espectro terrestre; ni, sujeta últimamente á minuciosísimas mediciones comparativas, coincide con las rayas de ningún cuerpo conocido. De aquí la importantísima inducción de que la enigmática raya corresponda á un elemento abundantísimo en la cromoesfera del sol y en otros cuerpos estelares, pero no existente en nuestro planeta.

Este cuerpo es el helio.

De otras observaciones se deduce que, si el helio existe, goza de dos propiedades notabilísimas;

su espectro está representado por una sola línea;

y su vapor carece de poder absorbente.

El poder de absorción disminuye, según Tyndall, con la complejidad de la estructura molecular; y, siendo esto así, el peso atómico del helio, en virtud de altas consideraciones químicas, debe ser, según Crookes, inferior al del hidrógeno, que es 1.

De donde esta trascendentalísima cuestión de la más alta filosofía natural:

¿Son todos los cuerpos existentes en la tierra (inclusos los llamados cuerpos simples ó elementos) estructuras compuestas, formadas por el helio, sustancia aquí desconocida? ¿Y tiene que ser aquí imposible, porque, para aparecer en libre independencia, necesita tremendas temperaturas, existentes sólo en nuestro sol y en los demás soles remotísimos que pueblan los profundos espacios siderales?

E. Benot

FÍSICA SIN APARATOS

La densidad de los líquidos. – Tómense dos copas grandes de cristal del mismo tamaño; llénese de vino la primera (fig. 1, núm. 1), y de agua la otra (núm. 2), cubriendo esta última con una hoja de papel. Será fácil invertirla sobre la primera, como lo indica el núm. 3, y hecho esto retírese suavemente la hoja de papel con una mano, conservándola bien horizontal, mientras que con la otra se mantienen unidas las dos copas. Apenas se haya separado de los bordes en la distancia de dos ó tres centímetros, el papel se arrollará ligeramente en forma de una S tumbada, formando una canal descendente y otra ascendente, por las cuales se escaparán los líquidos: el agua bajará; y el vino, más ligero, subirá (núm. 4). Los dos líquidos no se mezclarán, pudiendo observarse esto durante algunos minutos, hasta que todo el contenido del vaso inferior haya ocupado el lugar del contenido del superior.

Un torniquete curioso. – El experimento representado en nuestra figura 2 es muy sencillo de practicar.

Un tapón de corcho en el que se fija una aguja con la punta hacia arriba, y un pedazo de papel común, del que se usa para cartas, es todo cuanto se requiere. De este papel se corta una tira de seis ó siete centímetros de longitud por uno de ancho; después de doblarle en cuatro partes para determinar su centro, despliéguese, se levantan ligeramente dos ángulos opuestos sobre una de las diagonales del cuadrado, y en esta disposición se pone en equilibrio en la punta de la aguja. Cuando esta última haya adquirido una inmovilidad completa se acercará lentamente una mano, ó más bien, se rodeará con las dos, cuidando de no tocarla, y en el mismo instante el sistema comenzará á girar, siendo á veces la celeridad de la rotación muy considerable. Algunas personas no dejan de atribuir este hecho al magnetismo animal; pero la explicación es muy sencilla físicamente: el efecto se produce tan solo por el aire que se calienta al contacto de las manos, y que de consiguiente se eleva y hace girar el papel, obrando sobre las puntas levantadas, que se presentan oblicuamente á su dirección.

La forma que acabamos de indicar es la más sencilla para el torniquete; pero se puede variar de diversos modos. Así, por ejemplo, será igual recortar un ligero disco, sobre el que se dibujan y pintan de diferentes colores curvas que van del centro á la circunferencia; luego se da con las tijeras un corte, siguiendo las extremidades de dos diámetros; é inclinando ligeramente los sectores así obtenidos, fórmase un hélice que se pone en movimiento con mucha facilidad. Las curvas pintadas producen entonces bonitos efectos.

Ciertas personas ejercen sobre el torniquete más acción que otras, á causa de tener más calórico en las manos.

Con este aparato se pueden adivinar los caracteres ó los temperamentos, así como el charlatán de nuestras ferias pretende hacerlo con sus hervidores de Franklin.

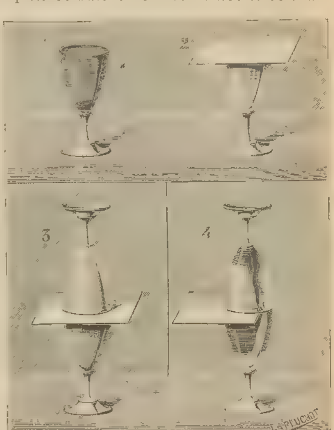


Fig. 1. – Experiencia sobre la densidad de los líquidos

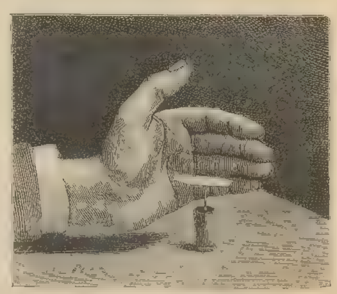


Fig. 2. – Un torniquete curioso

Sólo se trata de encontrar personas bastante crédulas, poco observadoras y que no sepan leer en la naturaleza.

(Tomado del periódico: *La Nature*)

Barcelona. Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO VII — BARCELONA 6 DE FEBRERO DE 1888 — NÚM. 319

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA CALLE DE POMPEYA, cuadro de Luis Bazzani

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UNA CALLE DE POMPEYA
cuadro de Luis Bazzani

Pompeya y Herculano se llamaban en la antigüedad dos poblaciones cuyo recuerdo evoca el de una catástrofe común. ¿En qué consiste que sean muchos menos los que se acuerdan de Herculano que los que se acuerdan de Pompeya? Muy sencillo: aunque la desgracia de una y otra ciudad fué debida á la erupción del Vesubio, Herculano, inundada por la ardiente lava del volcán, fué destruída por completo; al paso que Pompeya, cubierta simplemente por una lluvia de ceniza, conservó la mayor parte de sus construcciones y hasta se supone que fueron pocas, relativamente, las víctimas personales del desastre. La memoria de Herculano se ha perdido porque se han perdido los objetos que podían alimentarla; y, por el contrario, la de Pompeya ha reverdecido porque la casualidad, las investigaciones de los historiadores, los datos de los arqueólogos y el trabajo de los artistas han permitido que de entre las petrificadas cenizas surgiera la ciudad antigua, causando el efecto de un resucitado que, al cabo de dos mil años de muerto, se levantara de su tumba. He aquí la explicación del olvido de Herculano y de la fama de Pompeya.

Esta última vuelve á existir; y tanto que Bazzani ha podido reproducir una de sus calles, dándonos perfecta idea de sus construcciones y de su vialidad. Las palabras esculpidas ó pintadas en los muros de los edificios son, en unos casos invocaciones y en otros casos nombres de las personas que los habitan; los dibujos que decoran algunos peristilos expresan la industria ó comercio que en el interior se ejerce; las piedras grandes y casi circulares que resaltan en el arroyo, deben cerrar silos ó lagares, en forma que aun hoy conservan algunos pueblos agrícolas; en una palabra, Pompeya existe hasta tal punto que, visitándola detenidamente, puede ahorrarse cualquier artista un curso de arquitectura clásica.

LA MADONA Y EL BAMBINO
fragmento de un cuadro de Gabriel Max

Nuestros lectores conocen al autor de este lienzo, cuyo asunto ha sido tan repetido y tan magistralmente tratado, que ya algunos críticos lamentan que los artistas contemporáneos se permitan reproducirlo. Y no carecen de razón, hasta cierto punto, los que así opinan, si se tiene en cuenta que el arte contemporáneo no se inspira ya en el misticismo de la religión cristiana con aquella fe que trascendía en las obras de Fra Angélico. A esto se deba quizás que el cuadro de Max no excite fibra alguna del sentimiento religioso y que lo mismo pueda representar á la Virgen María y al niño Jesús que á una madre vulgar y á un niño agraciado. El autor ha querido ser original y ha resultado sencillamente mundano.

LA BENDICION DE LAS LAGUNAS
cuadro de Enrique Serra

Hace ya siglos, cuando la República de Venecia compartía con España el dominio de los mares, llegado el mes de mayo tenía lugar en la reina del Adriático una ceremonia imponente. El Dux, envuelto en su manto de tisú de oro y de armiños, precedido por los senadores vestidos con holgados trajes del color de la escarlata, acompañado de la nobleza más vistosa del mundo y custodiado por los soldados vencedores del turco y del griego, se embarcaba á bordo del Bucentauro, un palacio flotante, un buque construído de maderas preciosas, con camarotes colgados de damascos, que tenía incrustaciones de metales preciosos y era movido por remos de marfil y coral, manejados por marineros vestidos de sedas preciosas. El Bucentauro se alejaba de la playa, despedido por los acordes de las músicas y el estruendo de la artillería, y una vez fuera de las lagunas, el primer magistrado de la República arrojaba al Adriático su anillo de oro, alegoría que significaba los desposorios de Venecia con el mar y la toma de posesión de aquel elemento que constituía su fuerza y su riqueza.

La actual Venecia, cementerio de sí misma, ya no tiene Dux, ni Bucentauro, ni Gran Consejo, ni poder, ni comercio; de aquellos célebres desposorios solamente queda un recuerdo, todos los años reproducido con motivo de una fiesta religiosa á que se da el nombre de bendición de las lagunas. Esta escena es la reproducida por Enrique Serra, y á su simple vista se echa de ver la analogía de este cuadro con el de *Las Hijas de María*, del mismo autor, que hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN, y del cual es como complemento el que insertamos en el presente número, cuya mejor condición es la brillantez de color, imposible de trasladar al grabado. La poética comitiva se ha embarcado en la plaza de San Marcos, no precisamente en el suntuoso Bucentauro, pero sí en una preciosa góndola adornada con relieves de oro y guirnaldas de flores. No van á bordo el Dux y el Senado, ni las músicas y la pólvora llenan el aire; pero un anciano sacerdote custodia el símbolo de la Redención y las frescas voces de las vírgenes entonan alabanzas al Señor y ruegan por la antigua reina de los mares. A la esplendente manifestación del poder ha sustituído la poesía de las manifestaciones populares del catolicismo. Serra las ha interpretado con sentimiento artístico, y su cuadro ha sido apreciado debidamente y adquirido á buen precio por el Lord alcalde de Braadford.

TORRE DEL GRECO. GOLFO DE NÁPOLES
cuadro de F. Unterberger

Por su situación topográfica, por sus construcciones típicas, por el traje pintoresco de sus habitantes, por el aspecto de las montañas en cuya falda se extiende y entre las cuales el terrible Vesubio amenaza destruirla nuevamente, por lo mansas de las aguas en que se baña y por el color espléndido en que la envuelve el sol napolitano, Torre del Greco es población que ha de llamar precisamente la atención del artista. Unterberger ha sacado partido de ella para pintar un bonito lienzo.

La ciudad es rica, pero sus moradores quieren aparentar pobreza: cualquiera, según esta tendencia, les supondría judíos. La mitad de ellos se dedican á la pesca del coral; la otra mitad á labrarlo. Ni en calidad ni en mano de obra pueden sus productos competir con los napolitanos; pero en cambio cualquiera muchacha puede adornarse con un aderezo de coral de Torre de Greco por una pequeña cantidad de liras. El Vesubio, que es terrible vecino, la recuerda de cuando en cuando la caducidad de lo terreno; pero sus hijos, acostumbrados á este peligro, no se retraen de danzar la tarantela á la siniestra luz de la inextinguida llama.

LA PLAZA DE LETRAN
en el acto de la bendición papal

Cuando se ha reproducido tantas veces el acto de la bendición *urbi et orbi* dada por el Sumo Pontífice desde el célebre balcón de San Pedro, no deja de ser curioso, y es mucho menos conocido, el propio acto realizado en la basílica romana de San Juan de Letran, que tiene lugar el día de la Ascensión. Cuantos han presenciado esta ceremonia convienen en que nada la iguala ni deja más permanente impresión. Millares de devotos y de curiosos, procedentes de todos los pueblos, se agitan junto al soberbio templo, produciendo el conjunto más chillón y abigarrado. Oraciones, votos, requiebros y todo linaje de impertinencias y rumores pueblan el aire; pero en cuanto el Papa aparece desde lo alto de la silla gestatoria y levanta la mano que bendice en nombre de Dios, se suspende, digámoslo así, la vida del mundo y el espíritu más fuerte se inclina ante el anciano venerable que arrebató los rayos de la mano de Jove y recibió de las de San Pedro las llaves que abren la puerta del Paraíso.

UN EMBARCADERO EN VENECIA
cuadro de J. Villegas

El tiempo destruye los más formidables poderes y los más sólidos monumentos; pero no puede destruir la poesía que se ha encarnado en algunas poblaciones privilegiadas hasta ser esencial en ellas, como esencial es el aroma en las flores y la luz en los astros. Dos civilizaciones distintas contribuyeron al embellecimiento de Venecia; la naturaleza la ha hecho única, y Dios, que la ha privado de su antigua pujanza, la ha conservado aquel sol especial que la da un color inimitado, comparable tan sólo al de la oriental Granada. Cien veces y mil el arte ha reproducido á Venecia, y otras ciento y otras mil volverá á hacerlo, ó sea mientras el artista obedezca á la ley de las impresiones.

En esa población característica el forastero corre de sorpresa en sorpresa; porque no es este ó aquel sitio, no es este ó aquel palacio, no es esta ó aquella iglesia lo que es digno de admirarse en ella; son todas y cada una de sus partes; su conjunto, sus detalles; sus puentes como puentes, sus templos como templos, sus jardines como jardines, su todo como un museo singular surgido por encantamiento de entre las aguas de sus canales. Véase, sino, nuestro grabado. ¿Hay algo más caprichoso, más suntuoso, más original, más risueño que ese pedazo del Gran Canal, en donde hay palacios para todos los príncipes de la tierra y flores para todas las mujeres? ¡Venecia! Quien te ha visto una vez, no te olvida.... Y sin embargo, pierdes, languideces, mueres.... Vives estrechamente de los extranjeros que te visitan; tus hijos te han abandonado... ¡Ingratos! Eres como la cortesana envejecida, que arroja solitaria el postrer suspiro, recordando con indecible melancolía las pasadas grandezas.

ESTATUA DEL GENERAL EARLE

En la guerra del Sudán encontró prematura muerte el intrépido caudillo, cuando daba ejemplo de bravura á sus subordinados. La ciudad de Liverpool, patria del malogrado general, ha erigido un monumento á su memoria, y en lo alto de ese monumento es de ver la estatua que reproducimos, notable principalmente por su actitud decidida y natural. Su autor, Mr. Brich, puede estar satisfecho de su obra. Cuantos la contemplan quedarán convencidos de que el general Earle murió ante el enemigo como mueren los soldados que cumplen con su deber.

Conferencia entre Ja-Ja y el cónsul inglés en Opobo
LAS CANOAS DESPUÉS DE LA CONFERENCIA

No há muchos años Ja-Ja era un esclavo; no há muchos meses Ja-Ja era rey de Opobo. Gracias á la influencia inglesa subió á la cumbre; pero en la cumbre se desvaneció. Quiso monopolizar el tráfico en sus estados, sin calcular que la Gran Bretaña se aviene á hacer reyes, pero no á hacer comerciantes. Ja-Ja llegó hasta condenar á muerte á cuantos vecinos de su reino circulasen mercancías por él. Inglaterra quiso sacarle de su error; pero Ja-Ja no dejó convencerse y hubo necesidad de hacerle comparecer ante una especie de tribunal á pretexto de citarle para una conferencia. El envanecido negro no conocía á sus enemigos, y al cabo de algunas horas de inútil discusión, las canoas de Opobo regresaban á tierra, mientras su monarca, prisionero de los ingleses, emprendía el camino de Santa Elena. Allí es fácil que se entere de la muerte de Napoleón I. A tener noticia de ella, es probable que no hubiese tenido la candidez de meter la cabeza en la boca del lobo. ¡Inconvenientes de reinar sin aprender historia!.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL SECRETO DESCUBIERTO, cuadro de N. Gyfis

Los secretos de las mujeres son como las esencias de las flores: por muy bien guardados que parezcan, trascienden. Este chasco le ha ocurrido á la doncella que ocupa el centro del cuadro de Gyfis, sorprendida por una adivinación inesperada. Ella, tan reservada, tan celosa de su opinión, tan inmaculada en concepto de sus convecinos, se encuentra convertida, por gracia de un as de copas ó de otro naipe cualquiera, en una muchacha como todas las demás, coqueta y casquivana y blanda de corazón, como el vulgo de las de su sexo y edad. Afortunadamente, el pecado debe ser venial, pues ni la actitud de la heroína, ni la de sus compañeras, expresa cosa que á escándalo huela.

El asunto no puede estar mejor tratado. El templo de la sibila dista mucho de ser templo; el trípode no existe; la escena tiene lugar en una semi-bodega, santuario apropiado para tal clase de creyentes. El personaje que echa las cartas toma la cosa por su lado cómico ó chistoso, y los espectadores, al reirse descaradamente de su amiga, maldito si creen en la intervención del diablo. El todo del cuadro es una sátira fina, que constituye un modelo de expresión.

MUERTE INFAUSTA
de algunos músicos españoles.

Es refrán corriente en nuestro suelo, que *Quien canta, sus males espanta*. Ya hizo observar en su tiempo Cervantes que, en frase de la gente del bronce, «quien canta una vez, llora toda la vida.» Nosotros vamos á probar ahora que, «tal hay que, cantando ó tocando, muere prematuramente, hablando de tejas abajo, á impulso de causas más ó menos funestas.» Asunto triste, se nos dirá. - Sin duda - contestaremos, - pero no menos verdadero. Y como quiera que la vida no es, desde la cuna al sepulcro, otra cosa que un tejido de prosperidades y adversidades; y como, por otra parte, nos hemos estado divirtiendo y solazando á todo nuestro sabor quién en Biarritz, quién en La Coruña, quién en San Sebastián, quién en los Puertos de Andalucía, durante el verano que acaba de pasar, justo es que, ya que se acerca el tiempo invernal, tiempo de suyo triste, y, á mayor abundamiento, cuando el próximo mes de noviembre está dedicado por la Iglesia á la conmemoración de los fieles difuntos, justo es, repetimos, que evoquemos el recuerdo de algunos seres que pagaron anticipadamente el ineludible tributo á la Parca fatal, ya en el seno de la Música, bien por causa de ella, y debido á sucesos más ó menos trágicos. Y al dar comienzo á este nuestro borrón, lo hacemos sacando á plaza á un artista catalán, no porque sea anterior, en orden de fecha, á todos los sucesos de esta índole que nos proponemos narrar ahora, sino por lo raro y tal vez único, así en su especie como en las circunstancias que lo acompañaron.

Amanece, pues, el día 21 de junio de 1853, día consagrado por la Iglesia para solemnizar la fiesta del protector de la juventud, San Luis Gonzaga. Luis, y por apellido Vall-Llovera, se llamaba el profesor que á la sazón desempeñaba el cargo de organista en la parroquia de Santa María del Mar de Barcelona. Nacido en Esparraguera, estudió Música á fines del pasado siglo y principios del presente en el Colegio de Montserrat; opúsose años después al magisterio de San Juan de las Abadesas, y, ya sacerdote, obtuvo, igualmente en público certamen, la plaza susodicha de Santa María del Mar en el año de 1824, la que desempeñó por espacio de veintinueve años. ¿Quién había de decir que la Historia de la Música Española registraría un día en sus anales el suceso, tal vez único en su género, de morir un sujeto hallándose tocando el órgano en la celebración de la misa mayor, y precisamente en el día de su santo?... Pues éste, y no otro, fué el fin que tuvo la vida del benemérito profesor á quien esta sentida página acabamos de dedicar.

—

Corría el año de 1834, año cuya memoria jamás se borrará de la del pueblo español, tanto por ser el en que hizo su segunda visita á nuestro suelo el fatal huésped del Ganges llamado el *Cólera*, cuanto porque no parece sino que la *cólera* del Averno se desbordó sobre este desgraciado país con motivo de las revueltas político-religiosas que en él hubieron de suscitarse. Echemos un velo sobre sucesos tan trágicos, así por no consentirlo la estrechez de los límites que á nuestra disposición tenemos, cuanto por no ser del caso, y fijemos nuestra consideración en dos tan solamente, que, en menguada hora, se verifican el 17 de julio, muriendo vilmente asesinados á manos de las turbas frenéticas los padres Fr. Bonifacio Lizazu y Fr. Mariano del Arco, hábiles organistas, respectivamente primero y segundo, del convento de San Francisco el Grande de Madrid, al mismo tiempo que otros sicarios teñían el puñal homicida en la sangre del inocente joven Fr. Victoriano Margariños, afamado cantor del convento de Mercenarios calzados sito en la misma villa y corte española.

—

A la ruindad de las opiniones políticas encarnizadas hubo de deber igualmente su trágico fin un discípulo del aragonés Cuéllar y Altarriba, tan liberal exaltado como su maestro, y paisano suyo.

Autor dicho Cuéllar del *Himno de Espartero*, sufrió varias persecuciones en Zaragoza, su patria, de cuya catedral de la Seo era maestro de capilla, y el año de 1823 tuvo que refugiarse en Madrid, acompañado de su caro discípulo, cuyo nombre no lo ponemos aquí por no haber llegado á nuestra noticia. Sea como quiera, lo cierto es que un día, cuando más candente se hallaba en Madrid el furor de los realistas, acometió á nuestro cantor (pues lo era de la Seo) la imprudencia de salir gritando por las calles: «¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución!» entonan-

do al propio tiempo una tras otra las varias estrofas de que se compone el susodicho himno puesto en música por su maestro, mereciendo en pena de semejante crimen el ser ahorcado á los pocos días.

En el propio año, y por causas análogas, sacrificó otra víctima la revolución popular de la Coruña en la persona del presbítero don Antonio Ordóñez, tiple que era de la Real Capilla desde el año de 1815.

El año de 1867 fué fatal para la profesión música, pues creó dos víctimas de repente en la persona de D. Emilio Egea y en la de don Mariano Berga y Valart.

Con efecto, organista aquél de la hoy suprimida colegiata de Lorca, había pasado á Murcia con el objeto de dar unos cuantos conciertos de piano en el teatro de aquella capital; y cuando se preparaba en la noche del domingo 28 de julio á ser la delicia del ilustrado cuanto escogido auditorio que deseaba por momentos su aparición en la escena, hé aquí que acomete repentinamente al joven virtuoso un terrible vómito de sangre, el cual le privó de la existencia en el espacio de pocos minutos.

Poco más de tres meses eran transcurridos desde que se verificó tan dolorosa catástrofe, cuando hubo de realizarse otra (10 de noviembre) en la persona de D. Mariano Berga y Valart, parecida á la anterior, sino ya en los accidentes dramáticos que acompañaron á aquélla, por lo menos en sus funestos resultados.

Paseábase dicho señor por la plaza de Palacio de Barcelona, y de pronto cayó redondo al suelo arrebatado instantáneamente á la vida, siendo su muerte harto sentida de cuantos lo conocieron y trataron, así por sus vastos conocimientos en el arte que profesaba, cuanto por las muchas bellas prendas personales y sociales de que se hallaba adornado. Berga había desempeñado con general aplauso el magisterio de Capilla en la parroquia de Mataró hasta el año de 1823, en que las revueltas políticas le obligaron á fugarse á América, de donde regresó años después cargado de laureles y de moneda.

—

A un suceso de distinta índole había debido veinticuatro años antes su funesta muerte (14 de agosto de 1843) el presbítero y célebre tenor de la Real Capilla de Palacio D. Juan Tárrega, de cuya portentosa voz y excelente escuela se deshacen en elogios las personas que lo conocieron y trataron, así como los papeles periódicos de su tiempo. Pues bien, según pública voz y fama, parece ser que estando en la cama y mientras la criada había salido á la compra una mañana, entróse dolosamente en su cuarto el tristemente célebre bandido conocido por *Candelas*, y habiéndolo sorprendido y sustraídole cierta cantidad respetable de dinero, quedó tan impresionado del acto, que al cabo hubo de morir de sus resultas.

—

De carácter más villano y alevoso fué el hecho siguiente, ocurrido á principios del siglo XVII, como debido al sexto de los pecados capitales, según el orden con que la Iglesia los enumera, y tercero en cuanto á su sucesión cronológica, ó séase respecto de su aparición en el trágico escenario del mundo. Ya se comprende que aludimos á la envidia.



LA MADONA Y EL BAMBINO, fragmento de un cuadro de Gabriel Max

Ahora bien, D. Juan Roselló, aficionado distinguido que nació en Pancorvo, provincia de Burgos, año de 1580, llegó á tocar primorosamente la flauta, el violín y algún instrumento más sin haber estudiado por principios la teoría del arte musical. Sorprendidos unos cuantos extranjeros, que se hallaban de paso en la villa natal de nuestro joven, al contemplar el notable despejo y habilidad poco común que en éste resplandecían, se lo llevaron, previo consentimiento de sus padres, á Marsella, en el año de 1600, con objeto de que emprendiera allí su educación artística. Si no mienten las crónicas, dícese que, al año de hacer sus estudios en dicha ciudad, compuso una ópera española, la cual, cantada privadamente por algunos aficionados, gustó sobremanera á los pocos concurrentes al acto, no tardando en trascender al dominio del público los más cumplidos elogios. Pero éstos hubieron de mortificar en grado sumo el amor propio de los rivales de Roselló, quienes se propusieron perderlo para siempre, como así lo consiguieron invitándolo á un banquete en que le tenían preparado un terrible veneno á cuya activa eficacia no tardó en sucumbir, cuando aun se hallaba en la primavera de su vida.

—

Genio malogrado, cuanto poco conocido aun entre sus paisanos, fué Juan Crisóstomo de Arriaga. Nació en Bilbao, año de 1808, y mostró desde su infancia las más felices disposiciones para la Música, hasta el punto de que, sin haber estudiado Armonía, compuso una ópera española, cuyo título es: *Los Esclavos felices*, la que se cantó en su país natal con general aplauso en el teatro que existió en la calle de la Ronda y fué devorado por un incendio casual.

A la tierna edad de trece años trasladóse á París con el objeto de dedicarse de un modo formal al estudio de su arte predilecto, y en el Conservatorio de aquella capital tuvo por maestro de violín á Baillot, y de Armonía á Fetis. Tan rápidos fueron los adelantos que hizo en este difícil cuanto complicado ramo del arte musical, que á los tres meses de estudio, según confesión propia é ingenua de este su maestro, vencía las mayores dificultades armónicas, y al cabo de dos años no había cuestión, propia del Contrapunto y de la Fuga, que se resistiera á su pronta y satisfactoria resolución. Baste citar, como comprobante de nuestro aserto acerca de este último particular, que habiendo escrito una fuga á ocho voces sobre las últimas palabras del Credo, *et vitam venturi sæculi, amen*



LA BENDICION DE LAS LAGUNAS, cuadro de Enrique Serra



TORRE DEL GRECO GOLFO DE NÁPOLES, cuadro de F. Unterberger



EL SECRETO DESCU



BIERTO, CUADRO DE N. GYLIS



LA PLAZA DE LETRAN en el acto de la bendición papal



UN EMBARCADERO EN VENECIA, cuadro de J. Villegas

Cherubini, tan buen juez en la materia, se quedó estupefacto, no vacilando en calificarla de obra magistral. Lo mucho bueno y concienzudo que compuso en distintas esferas del arte, y el excesivo abuso con que se consagró por completo al estudio, fué causa de irse resintiendo insensiblemente los cimientos de un grandioso edificio aun no acabado de levantar; así es que, corroído por una languidez sorda cuanto intensa, sucumbió tan notable genio en febrero del año de 1826, cuando apenas contaba diez y ocho de edad, pudiendo aplicársele, en cierto modo, lo que la Sagrada Escritura dice del varón justo que muere en la primavera de su existencia, á saber: que, «en los pocos años que vivió, hizo lo que otros en vida longeva (1).»

. . . .

A no dudarlo, grande enemigo es del hombre el estudio excesivo, y más que excesiva, abusivamente asiduo ó que no se permite punto de reposo, pues, quien en cuerpo y alma se entrega ciegamente á él, atenta en último resultado contra su propia existencia, viniendo á suicidarse, ya en su razón, ya, literalmente, en su materia; pero, digamos para concluir, que tampoco cabe linaje de duda en que no es menos formidable enemigo del artista la conducta voltaria del público para con él, como nos lo evidenciará el hecho siguiente, última brochada que damos al presente tosco bosquejo.

Mariano Castañedo era un pobre cesante de Gobernación, que á fuerza de trabajos, molestias y recomendaciones había conseguido un sueldo de dos pesetas diarias en una casa de comercio de Córdoba, pocos años há. Con sueldo tan mezquino tenía que pagar forzosamente una buhardilla, sita, por más señas, en la calle de San Rafael, mantener á su esposa paralítica y á su sexagenaria madre, y vestir, ya que no con lujo, al menos con decencia. En medio de su desventura se hallaba dotado de una resignación ejemplar á toda prueba, y pasaba la mitad de la noche ocupado en copiar escritos á un abogado que le pagaba á medio real por cada pliego.

Un domingo se propuso celebrar el principal de la casa en que se hallaba empleado nuestro Mariano la festividad de su cumpleaños con una gira campestre, á la que fué invitado el pobre dependiente. Figuraba también entre los convidados cierto antiguo empresario de teatros, lince como suele serlo la gente de su calaña. Oir cantar de sobremesa á Castañedo con aquella voz vibrante de que Dios lo había dotado, y patética en grado sumo, cual eco de la vida azarosa que arrastraba, fué más que suficiente para que el empresario se echara sus cuentas entre pecho y espalda, diciendo para su capote: «Este es el hombre que me conviene;» y, dicho y hecho, sin encomendarse á Dios ni á Santa María, apenas amaneció el día siguiente fué en busca de nuestro protagonista, proponiéndole una contrata de diez pesetas diarias para que se comprometiese á cantar zarzuelas en su teatro.

Pocos meses después aplaudía frenéticamente el público de Málaga al antiguo cesante de Gobernación que era su delicia ahora en las tablas, como distinguido tenor que formaba parte de una selecta compañía de zarzuela. Pasó así algún tiempo, no mucho, y ora por lo excesivo del trabajo, ora por lo quebrantado de su naturaleza, ya por la suerte impía que se complace en burlarse de algunos míseros mortales, lo cierto es que Castañedo empezó á enfermar del pecho.

Un día el pueblo de Córdoba había de juzgar á aquel que en otro tiempo se cobijó en su seno como dependiente de un establecimiento comercial, y entonces se presentaba á su faz como aplaudido tenor, en cuyas sienes había colocado la fama una corona de flores que empezaba ya á querer marchitarse. Correrse el telón después de haber presenciado el público la pieza con la mayor frialdad, y comenzar una nube de silbidos, todo fué uno. Intérnase despavorido, desesperado y frenético en su aposento, y un dolor agudo que sintió en su pecho y una gota de sangre que asomó á sus labios, fueron el precursor de su prematura muerte.

En efecto, pocas horas después, y en la morada de una humilde casa de huéspedes, dos mujeres, casi ciega la una y de todo punto impedida la otra, pedían al Ser Supremo tuviese en su eterno descanso el alma de aquel verdadero rigor de las desdichas. Mariano Castañedo acababa de morir de la peor de las muertes que experimentar pueda un artista: ¡había muerto, herido en su amor propio, víctima de los caprichos y veleidades de un pueblo por demás imprudente!

José María Sbarbi

Bilbao, agosto de 1887

(1) *Consummatus in brevi, explevit tempora multa.* (Libro de *La Sabiduría*, cap. IV, v. 13.)

LA ANGUILA Y EL CERDO

Narración histórica

(Conclusión)

El sacristán, á pesar de lo pacífico y bendito de genio que era, se puso hecho un basilisco contra la audacia del ladrón ó los ladrones, y hasta nos incomodó un poco diciendo que si alguno se hubiese acercado á la casa él debía haberle sentido desde enfrente é insinuando su sospecha de que la llavera y yo ó queríamos divertirnos ensayando en él nuestra habilidad para fingir ó desconfiábamos de su fidelidad y discreción.

El caso fué que todos los vecinos compadecieron al pobre señor cura por el robo de que había sido víctima y tanto la justicia como la guardia civil del pueblo, por más esfuerzos que hicieron, no consiguieron ni siquiera descubrir rastro del ladrón ó los ladrones que habían tenido la audacia y la habilidad de robar un cerdo vivo de la misma cuadra donde se le encerraba de noche.

Llegada la inmediata cuaresma, fueron los vecinos cumpliendo con la Iglesia, y no pudo menos de extrañarme que el sacristán no lo hubiese hecho aún, tanto más cuanto no había confesado y comulgado hacía algún tiempo á pesar de su costumbre de hacerlo cuando menos una vez al mes.

Bah, – me dije, – el buen Domingo habrá tomado alguna berza ó algún puñado de navitos de mi huerto al pasar por él, y como es tan bendito le parecerá que no le voy á dar la absolución cuando me lo confiese.

Al fin, cuando apenas quedaba vecino alguno sin el cumplimiento pascual, fué el sacristán á confesarse y cuando le hice la pregunta de costumbre de si le quedaba algo por confesar, se echó poco menos que á llorar y me dijo que le quedaba un pecado de hurto, tan grave que por él no se había atrevido á acercarse al confesonario en mucho tiempo.

Roguéle que se tranquilizara y le recordé que los pecados de hurto, ya fuese éste de intereses materiales ó ya de intereses morales, podían ser absueltos por el sacerdote mediante la confesión, el arrepentimiento y la promesa de restitución.

Ay, señor cura, – exclamó cada vez más afligido, – la restitución es para mí imposible, y sin ella estoy seguro de que no me perdonará el perjudicado.

No dude V. de que le perdonará.

– Si V., señor cura, se hallase en su caso no me perdonaría sin la restitución por muy arrepentido que me viese.

– Si me hallase en su caso, le perdonaría á V. de todo corazón, y en prueba de ello le doy á V. mi palabra de sacerdote de que le absolveré si el perjudicado fuese yo y V. me lo confesase y la restitución le fuese á V. imposible y estuviese V. arrepentido del hurto.

Al oir esto, el sacristán experimentó grande y repentino consuelo y ya no me quedaba duda de que el pecado que tanto exageraba aquel bendito de Dios consistía en haber tomado de mi huerto al pasar por él saliendo de noche de mi casa, algún puñado de hortaliza.

– Vamos, hijo, – añadí, – déjese ya de cortedad y descargue el peso de su conciencia en el seno del confesor, que tiene el deber de ser misericordioso con los pecadores, y la facultad de absolver los pecados. ¿Qué es lo que le falta á V. de confesar?

– Pues nada, señor cura, lo del cerdico de usted.

Al oir esto no pude menos de dar en mi asiento un salto de sorpresa, pues ni siquiera nos había pasado por el pensamiento ni á Magdalena ni á mí que el sacristán tuviera arte ni parte en el hurto de nuestro mantecoso y sonrosado cerdito, como que Magdalena decía:

– Señor amo, á nosotros ni siquiera nos ha quedado como al otro el consuelo de decir:

No sé qué te diga, Antón,
las barbas tienes untadas
y á mí me falta un lechón.

Momentos después el pecador se alejaba del confesonario, sin duda muy contento con haber encontrado modo de obtener la absolución del hurto sin restituir lo hurtado.

IV

EPÍLOGO

Como el señor cura de Mendicueta al terminar la historia del sacristán de Atabeitia soltose franca y alegremente la carcajada que le retozaba en el cuerpo hasta cuando contaba yo la historia del sacristán de Gurdiaga, no pude menos de preguntarle por qué, él que nunca reía de lo triste, se sentía tan tentado á reir al tratarse de historias tan tristes como las de aquellos dos sacristanes, me contestó, conteniendo con dificultad la risa que volvía á tentarle:

– Porque recuerdo que desde que el sacristán de Atabeitia cumplió con la Iglesia, se me metía en la cabeza cada vez que le veía que le relucían las barbas y lo que es más singular, pues no dudará V. de lo inviolable que es para mí como para todo sacerdote el secreto de confesión, es que la buena Magdalena, económica con exceso, cuando me veía compadecer la pobreza del sacristán y deseoso de aliviarla en algo, me decía:

– Ande V., señor amo, que más le relucen las barbas que á usted.

Preguntóme el señor don Santiago si pensaba contar á mi modo al público tras la historia de la anguila la del cerdo, y como le contestase afirmativamente, me dijo:

– Por Dios, sea V. indulgente tanto con el sacristán de Gurdiaga como con el de Atabeitia.

– Sí, – le contesté, – porque en el mundo, cual más, cual menos, ¡todos somos buenos sacristanes!

ANTONIO DE TRUEBA



ESTATUA DEL GENERAL EARLE, EN LIVERPOOL, esculpida por el escultor C. B. Birch

LAS ENERGÍAS NATURALES EN SU ORIGEN

Cuando se estudian atentamente los fenómenos del mundo inorgánico; cuando se descomponen los más complejos reduciéndolos á elementos simples ó primitivos; cuando de este modo se llega á lo profundo de los hechos y á lo irreducible de las cosas y de las fuerzas, nos encontramos con dos conceptos, que cierran casi por completo el paso á ulteriores análisis: á saber, la *atracción* y la *repulsión*.

Es algo parecido á lo que sucede al someter las melodías y armonías musicales al análisis acústico; ó al dispersar la luz blanca por un prisma de cristal y obtener extendido en cinta de colores el rayo luminoso.

Todo *canto* es un conjunto de notas enlazadas según ciertas leyes.

Toda *luz* es la complicación de rayos simples superpuestos y unidos por los principios inmutables de la mecánica.

Todo fenómeno del mundo inorgánico es la resultante de atracciones y repulsiones: tales son las dos últimas notas de otras profundas y admirables armonías.

Pero la inteligencia humana es soberbia y ambiciosa, y no se detiene ni siquiera ante esta barrera, al parecer infranqueable: quiero decir que pretende explicar la *atracción* y la *repulsión* por medio de hipótesis ingeniosas, acaso profundas, dignas de consideración en todo caso, pero que hasta el día no pasan de ser ante-proyectos de un plan definitivo, sin la base sólida é insustituible de la experiencia. Testigos de lo dicho son las teorías de los átomos etéreos que en todas direcciones se supone que cruzan el espacio y la teoría de los anillos del insigne físico alemán.

Detengámonos, pues, en estas dos ideas fundamentales: la *atracción* y la *repulsión*. Ideas cuyo imperio se extiende no sólo al mundo de la materia sino á las regiones del sentimiento, llegando hasta el fondo de los hechos sociales, como factores constantes de cuanto existe.

A veces la materia atrae á la materia, ó se mueve como si la atracción existiese.

Otras veces, y en otro orden de fenómenos, las masas se rechazan unas á otras, ó la apariencia es la misma, que si se rechazasen.

Los astros en sus seculares movimientos, los cuerpos que se precipitan hacia el centro de la tierra, son fenómenos que se explican ó pueden explicarse, suponiendo que la materia ponderable atrae á la materia. Pero ¿la atracción existe ó es una apariencia? he aquí un gran problema en el que andan divididos los sabios.

Los cuerpos elásticos se rechazan en el choque, las electricidades del mismo nombre se rechazan también, y tantos ejemplos pudieran citarse de repulsión, como ejemplos se citan de fuerzas atractivas. Y la misma pregunta de antes puede repetirse aquí: ¿las fuerzas repulsivas son una realidad ó una ilusión?

Ahora bien, la ciencia necesita algo en que apoyarse, como la imaginación necesita dar forma á todo lo abstracto, contorno á toda idea y un substratum á todo fenómeno. Por eso las teorías modernas afirman la *materia ponderable* para explicar la atracción, y el *éter* para tener algo sustancial en que apoyar las fuerzas repulsivas á manera de sostén accesible á la medida y al cálculo.

La *materia* y el *éter* constituyen lo que pudiéramos llamar el *postulado sustancial* de la ciencia moderna. ¿Existen fuerzas atractivas entre los elementos materiales? ¿Atraen los soles á los planetas, los planetas á los satélites, las masas planetarias á los cuerpos que sobre ellos se mueven, la molécula á la molécula, el átomo de carbono al átomo de oxígeno, ó es todo ello una apariencia engañosa?

¿Existe el éter como base sustancial de toda repulsión? ¿Rechaza el átomo de éter á otro átomo del mismo; y la vibración de la luz, y el calor radiante, y la causa de toda combinación química residen en la materia etérea? ¿O es también dicha sustancia una creación de nuestras facultades imaginativas?

Poco importa: la materia ponderable y el éter son la base necesaria de todas las teorías modernas, dan unidad á los más opuestos fenómenos y reducen á problemas de Mecánica y á cálculos matemáticos los hechos más distantes y al parecer más opuestos. He aquí lo que no comprenden ciertos escritores, que combaten con fáciles y manoseados argumentos la tendencia de las más elevadas y fecundas teorías de la Física-matemática.

Aun dado caso que no existiese ni la *atracción* ni el *éter*, ¿perderían ambos conceptos su trascendental importancia como *simbolismos* supremos de la ciencia?

¿Pues no es, en primer término, un admirable simbolismo, todo lo que pensamos, y el artificio de las ciencias todas no lo es también? Y ¿no es el simbolismo científico el primer paso para penetrar en la realidad? ¿Y sin el simbolismo matemático pueden dar un solo paso las ciencias exactas? ¿Y en qué orden de ideas ó de hechos podemos gloriarnos de haber penetrado hasta lo más hondo de las esencias y de los seres?

Admitamos, pues, la *atracción* y el *éter* ó como realidad ó como medio poderosísimo para la construcción de la ciencia, y no rechacemos por un espíritu estrecho y estéril de exactitud imposible y de evidencia aun más imposible, los grandes medios que la ciencia moderna nos ofrece.

Admitiendo, pues, la atracción y el éter, veamos en qué consistía y cómo ha ido transformándose la *energía* del universo desde las primitivas nebulosas á los sistemas planetarios: desde de la difusión absoluta preñada de infinitas energías latentes hasta la concentración final de todas las afinidades químicas.

En el origen de los mundos, al menos en lo que para nosotros fué su origen, la materia hallábase en estado infinito de expansión: todos los cuerpos hallábanse asimismo descompuestos en sus elementos simples, todos los átomos vagaban dispersos: y, ¿quién sabe? tal vez estos mismos cuerpos simples que hoy llamamos oxígeno, hidrógeno, carbono, ázoe, hierro y sus análogos andarían reducidos á elementos más elementales, si es permitida la repetición de una misma palabra para expresar órdenes sucesivos de pequeñez y divisibilidad.

En aquella nebulosa primitiva, en aquel caos de todas las cosas que habían de ser y de todos los seres futuros, existían sin embargo en estado potencial, como posibilidades del porvenir, todas las fuerzas atractivas, todas las repulsiones, todos los fenómenos y todos los seres de los modernos sistemas planetarios.

La gota de agua, que ahora mismo se precipita en las cataratas del Niágara, hallaríase en el seno de la inmensa masa, en aquella remota hora de los tiempos reducida á inmenso estado de expansión: la lágrima que rueda en el instante en que escribo estas líneas por la mejilla de algún ser humano, deshecha en elementos vagaría indiferente por los repliegos de la nebulosa: la acción heroica, la acción infame, mártires y verdugos, la onda amarga que moja los labios del náufrago, la espuma del vino que se derramó en la orgía romana, la masa ardorosa del ejército invasor, toda la carne del popular revuelto, cuanto ha sido, cuanto es, cuanto será; esplendores del cielo, bosques y mares de la tierra, dolores y placeres, miserias y grandezas, todo andaría por gigantescos giros en la neblina infinita suspendida en el espacio.

Una inteligencia suprema podría unir idealmente átomos y átomos y constituir en el seno del caos la profética imagen de todo suceso futuro grande ó pequeño, sublime ó mezquino: vería siluetas de soles, arcos irisados en telones de menuda lluvia, montañas con capacetes de hielo, coronas de reyes, andrajos de mendigos, el fósforo en el cerebro, el hierro en la sangre: ¿qué ser no estaría allí dibujado, qué catástrofe no podría leerse con letras de oxígeno, carbono, hidrógeno y ázoe esparcidas fantásticamente en millones y millones de kilómetros á través del inagotable espacio?

Por el pronto todas las fuerzas inorgánicas estaban allí expresadas por estos tres elementos: un átomo, una distancia, y otro átomo después: no más: tal es la fórmula inicial de todas las energías actuales y de todas las que hasta el momento presente se han consumido.

Pero esto merece más amplia explicación.

INCIDENTES DE LA DESTITUCIÓN DE JA-JA, REY DE OPOBO, COSTA OCCIDENTAL DE ÁFRICA



Conferencia entre Ja-Ja y el Cónsul inglés en Opobo



Canoa remontando el río después de la Conferencia: Ja-Ja prisionero á bordo del *Goshawk*



Caleta en el río Opobo, donde se situaron las canoas, con un bote vigilante

Imaginemos un peso, un kilogramo por ejemplo apoyado sobre el suelo: lo cual es como decir que estas dos masas, la *tierra* y el *peso* en cuestión se hallan en contacto y en equilibrio.

Pero separemos el peso de su asiento, es decir, alejemos la masa de un kilogramo, de la masa terrestre: elevemos aquel peso á lo alto de una torre de 40 metros y suspendámoslo al punto más elevado: con esto habremos sido los dioses creadores de un pequeño mundo, los forjadores de una mezquina y tosca nebulosa. Porque la tierra abajo, y arriba el peso, y entre ambos 40 metros de distancia vertical, y solicitados ambos cuerpos por la fuerza atractiva de un kilogramo; todo esto, decimos, no es otra cosa que un sistema potencial, una energía latente, un trabajo disponible. Suéltese el peso y sobre la tierra se precipitará, obedeciendo á la atracción mutua de ambas masas.

No de otra suerte en la primitiva nebulosa se hallaban todos los átomos de los futuros mundos y de los futuros seres. Dos á dos y á distancia: como la tierra y el peso de nuestro ejemplo. Dos á dos y atrayéndose: como el peso y la tierra se atraían. De suerte que si en la primitiva nebulosa combinásemos dos á dos todos los átomos; si multiplicásemos las masas de cada par; y si dividiésemos cada producto por la relación inversa del cuadrado de su distancia, sumando todos estos números tendríamos la fuerza generadora de la energía total.

El trabajo disponible sería la *energía potencial* de los futuros mundos.

La fuerza viva, resultado de las velocidades actuales, sería á su vez la *energía actual* de cada instante.

Dejad que los átomos sigan, que se precipiten, que se combinen y tendréis los soles con su luz: los mundos con sus fuegos: las reacciones químicas en inmensa escala: atmósferas que se forman: aires y lluvias: torrentes y ríos: el mundo inorgánico que se prepara á recibir la vida.

¿A recibir la vida ó á que la vida brote de su seno?

¿Es que la vida se infunde por una potencia misteriosa en el mundo inorgánico ya preparado?

¿O es que brota lo que era latente, como aparece la fuerza, cuando la distancia entre los átomos varía?

He aquí el inmenso problema contra el cual, desesperados, pugnan teólogos, filósofos y sabios.

José Echegaray

LOS CUADRANTES SOLARES

Teoría de los cuadrantes solares. – Cortemos con el pensamiento la esfera que habitamos, para tomar una porción en el plano de su ecuador, y dejemos su eje ideal, que será nuestro *gnomon*.

Desde el pie de este eje á la circunferencia de nuestro disco terrestre tiremos veinticuatro radios iguales entre sí, y en cada uno de ellos se inscribirá una de las horas del día.

No habiéndose alterado en nada la orientación natural de esta faja de tierra, efectuará su doble movimiento de rotación y traslación sobre la eclíptica. El observador que se hallara situado fuera de ella tendría ante los ojos el cuadrante solar equinoccial, su principio y su teoría.

Por espacio de seis meses, la superficie trazada sería la única iluminada; durante otros seis, la hora se leería, pero en sentido inverso, en la superficie opuesta.

Reduzcamos ahora mentalmente ese objeto tal como se ve en la figura 1, y llevémosle sobre nuestro globo, reconstituído como por milagro.

Si queremos hacer buen uso de este cuadrante, coloquémosle en la misma posición que tenía de por sí cuando se trazó, es decir que en cada punto de la tierra donde nos encontremos se halle de manera que su línea de mediodía esté paralela al meridiano de ese punto, con su plano paralelo al ecuador. En tales condiciones, su estilo, perpendicular á su superficie, se hallará naturalmente paralelo al eje del mundo, y su extremidad elevada se dirigirá hacia la estrella polar.

Observemos, de paso, que no marcará antes de las seis de la mañana, ni después de las seis de la tarde, y que en las épocas de los equinoccios el sol, hallándose en el ecuador, no iluminará más que su reborde.

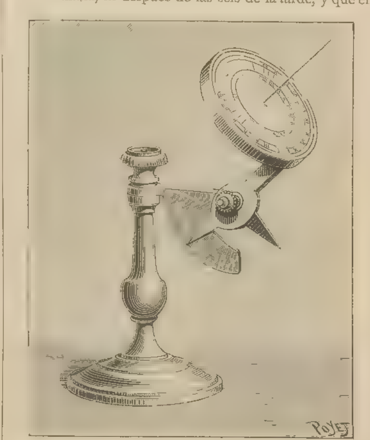


Fig. 1. – Cuadrante solar universal

Este cuadrante, del que todos los demás no son sino proyecciones, puede servir en todos los países, y su construcción es muy sencilla; pero su orientación no está al alcance de todos. Se han ideado varios sistemas para facilitar su uso con la mayor comodidad, y entre ellos debe citarse el presentado por Mr. Rimbaud (fig. 1), cuyo interesante invento merece una explicación.

Reloj solar universal. Este instrumento (fig. 2) nos parece ser la realización más feliz de la teoría que acabamos de exponer.

En efecto, nuestro planeta mismo es el reloj que regula las costumbres civiles. Supongámosle transparente, dejémosle su eje, y veremos la sombra de este último dirigirse á la pared opuesta al sol, recorriendo su ecuador en veinticuatro horas, á razón de 15 grados cada una.

Sus ligeras variaciones respecto á nuestros instrumentos de relojería se compensan en el términmo de su revolución sobre su órbita; y por otra parte se dan tablas que permiten establecer cada día la ecuación de los minutos de horas. Tenemos, pues, una imagen fiel de la tierra en lo que nos representa la figura 2. Orientada de una vez para siempre, como nuestro planeta, por un sistema tan sencillo como racional, llevada por sí misma en su rotación y su traslación, recibe, como ella, el rayo central del sol en los mismos puntos relativos.

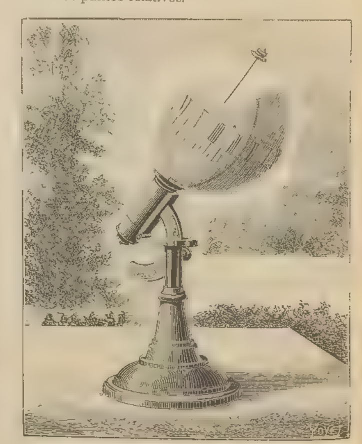


Fig. 2. – Reloj solar universal

Sus ventajas sobre el cuadrante equinoccial consisten en que marca la hora mientras que el sol está en el horizonte, aun durante los equinoccios, pudiendo servir también de útil adorno en un jardín.

Tomado del periódico: *La Nature.*

Barcelona. Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 13 DE FEBRERO DE 1888 — NÚM. 320

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL SALVAMENTO, escultura de Udolfo Brutt

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL SALVAMENTO, escultura de Udolfo Brutt

Tiene este hermoso grupo cuantas condiciones debe reunir una obra de arte, asunto interesante, dibujo correcto y ejecución vigorosa. El autor habrá dado la preferencia á ese tema, porque, aparte el interés que encierra, le ofrecía ocasión de presentar dos figuras, de las cuales la una fuese el verdadero contraste de la otra. Hay en esa mujer belleza, debilidad y muerte; hay en ese hombre tosca vulgaridad, fuerza y vida. El bombero tiene la conciencia de la preciosa carga que lleva en brazos; mas esta carga no fatiga en lo más mínimo sus miembros hercúleos, demasiado hercúleos tal vez. En cambio, la joven se encuentra perfectamente desvanecida; su cuerpo no tiene la rigidez del cadáver, pero sí el abandono completo del ser que carece de voluntad y de movimiento. La única prenda que de su traje se conserva se ha pegado á su cuerpo al contacto del agua de la manguera, circunstancia revelada por medio de un estudio minucioso y hábil. Este grupo se encuentra en Berlin y su autor es uno de los artistas alemanes más considerados en su patria.

UN SUSTO, cuadro de M. Lebling

Tranquilamente pacía el manso rebaño, entregado al *dolce far niente* de la criatura feliz, que, según ilustre poeta, lo es el ser *ni envidioso ni envidiado;* el buen apetito de las reses, apetito corriente en todo aquel que no sufre contratiempo propio, ni tiene el mal gusto de preocuparse del contratiempo ajeno; las tiernas madres contemplaban con fruición los juegos de sus recentales y todo tenía lugar en el mejor de los mundos posible para nuestros pacíficos carneros; cuando ¡oh asombro! cae del cielo, ó tal parece... ¿qué?... Esto quisieran saber las consternadas reses; pero vayan Vds. á explicarla, que la causa de su pánico es un objeto inofensivo, una cometa, un pedazo de papel que un minuto antes gobernaba la mano de un niño... La ignorancia es madre de muchas falsas alarmas como ésta, y dicho sea en defensa de nuestros cuadrúpedos, algunos bípedos se asustan frecuentemente sin mayor motivo.

El autor ha demostrado haber hecho un verdadero estudio de esa especie animal, que no desmiente en el cuadro la reputación de tímida que merece á los naturalistas.

LA GIOCONDA, cuadro de Leonardo de Vinci

Las obras maestras del arte son como las estrellas de primera magnitud, llaman la atención aun entre las millonadas de sus compañeras del mundo sideral. Así cuantos visitan el Museo del Louvre, tan rico en lienzos de los más afamados maestros, se sienten atraídos por la pintura que representa nuestro grabado. ¿Cómo ha de extrañarse este poderoso efecto cuando se trata de una obra de Leonardo de Vinci?

Aparte el interés que inspira ese cuadro en el mero hecho de ser de quien es, se lo ha dado igualmente la crítica queriendo descubrir la incógnita del original. Porque á primera vista dirá cualquiera que nos hallamos en presencia de un retrato; en cual caso es cosa realmente singular que se ignore quién sea una mujer que aparte su indudable belleza, mereció ser retratada nada menos que por Leonardo de Vinci. Ello es, empero, que á vuelta de muchas conjeturas, se ha sabido que nada se sabe; porque á nada conduce haberse averiguado que el gran maestro tardó cuatro años en hacer este trabajo y que en ese cuerpo, donde todo es superior, las manos son notoriamente superiores, las manos son un modelo de manos. Pero como lo realmente bueno lo es por sí mismo, respetemos el secreto del eminente pintor y gocemos contemplando su obra.

EL INCENDIARIO, cuadro de T. Matthei

Se ha cometido un crimen: una mano infame, infame y cobarde, ha prendido fuego en una casa. Allí donde moraba la paz en la modestia, reina la desolación y la pobreza. El daño es irreparable; pero el delito no quedará impune. Su autor ha caído en poder de la justicia y las gentes honradas le persiguen con su anatema.

En el primer término del cuadro aparecen las víctimas del miserable, una anciana anonadada por la catástrofe, una niña asustada que solicita en vano las caricias de su abuela, una criatura de pecho que duerme tranquila en su cuna, bien ajena á la idea de que se ha quedado sin hogar, los despojos salvados del incendio y tres muchachas jóvenes que no pueden contener su odio y su satisfacción á un tiempo á la vista del causante de su desgracia. Es un lienzo de impresión que la causa indudablemente, sin que el grabado pueda reproducir una de sus mejores condiciones, ó sea el diverso tono de luz según que domina la noche, la nieve ó la llama.

LA ORQUESTA AMBULANTE cuadro de Barbudo

Esta figura trasciende á modelo; mas no puede negarse que la elección es feliz y la ejecución recomendable. Todos hemos oído esa orquesta de un solo profesor, y todos, al oirla, hubiéramos deseado tener á mano aquellos pedazos de cera con que Ulises tapó sus oídos para no dejarse influir por el canto de las sirenas. En nuestro cuadro no se trata de sirenas ciertamente, sino de un buscavidas que á fuerza de bombo y platillos, saca al día para lo más preciso. Respetemos el sistema y deploremos que el buen hombre obtenga apenas algunos céntimos, cuando otros, no más beneméritos que él, se enriquecen tocando los mismos instrumentos.

LA LECCIÓN DE CLAVICORDIO cuadro de G. Igler

Todas las manifestaciones del arte se prestan á la revelación del genio; pero es indudable que cuanto más acentuados son los tipos, cuanto más dramáticas son las escenas, cuanto más relieve tienen por sí mismas las situaciones, otro tanto el artista encuentra más trillado el camino de la sensación que se propone causar en el público. Así, por ejemplo, la interpretación siquiera regular de un drama de Echegaray, puede resultar un triunfo para un artista que diste mucho de ser una notabilidad; al paso que solamente una verdadera eminencia de la escena entusiasmará al público representando: *El Sí de las niñas.* En el primer caso, el creador del tipo, el autor del asunto, ha dado casi hecho el trabajo á su intérprete; en el segundo caso el actor ha tenido que animar una estatua que al público le parecerá de hielo si se la deja abandonada á sí misma.

Pues esto mismo ocurre en pintura. Supongamos que á un artista, aun de regular talento, se le da como asunto de un cuadro la escena que representa nuestro grabado, escena sin ningún interés, vulgar en sí misma, cuyos personajes no tienen pasiones, ni sostienen luchas, ni expresan ninguno de aquellos sentimientos que se transmiten fácilmente al espectador. Resultado, una obra insípida, una impresión nula. Y, sin embargo, véase, examínese detenidamente el cuadro de Igler, y el más profano quedará asombrado. No es posible llevar más allá la verdad, ni dotar de mayor expresión á las figuras, ni obtener más vida, ni merecer un aplauso más legítimo.

M. FERNANDO DE LESSEPS Y SU FAMILIA

A juzgar por el grupo que nuestro grabado representa, Mr. de Lesseps es uno de los más venturosos padres de familia de Europa. En este grupo, sin embargo, no figuran todas las ramas vivas del tronco, pues además de los hijos de la primera mujer, de los que el mayor, Carlos Lesseps, es el brazo derecho del padre, cuéntanse otros dos niños menores aún que el que la señora Lesseps tiene en brazos: el uno, de cuatro años, se llama Santiago, y la otra, de dos, Gisela. Los nombres de los hijos que forman el grupo son: Matías, de 17 años; Ismaél, de 16; Fernando, de 15; Consuelo y Beltrán, de 12; Elena, de 11; Solange, de 10; Pablo, de 7, y Roberto de 5. Mr. Lesseps enviudo de su primera mujer á los 68 años, y en 1869, precisamente después de la apertura del Canal de Suez, casó con la señorita Elena Autard de Bragard, joven criolla de notable hermosura, que desde entonces ha sido la constante compañera de su esposo en sus viajes á Egipto ó á la América central, á donde va muy á menudo para inspeccionar los trabajos de su última colosal empresa, el Canal de Panamá.

BOCETOS MARÍTIMOS

LA MÁQUINA

Estoy casi seguro de que ninguno de mis lectores ha visitado el infierno y creo más todavía; creo que ninguno irá – al oficial, se entiende, y por castigo – porque entre la bondad natural que les supongo y la penitencia que se imponen leyendo estos artículos míos es indudable que llegarán al final de su natación por este valle de lágrimas completamente limpios de culpas y pecados si por azar hubieren cometido alguno, que todo pudiera ser.

Tampoco yo he visto el infierno; no lo he visto, pero he leído un poema precioso titulado Satán y la Divina Comedia con las admirables noticias que del infierno y sus habitantes nos dan Carducci y Alighieri; además he leído otros escritos sobre el mismo tema y he oído hablar del *infierno de los celos* y he oído ruidos y visto resplandores que personas respetables calificaron de *infernales;* con todos estos datos y el natural deseo que tiene uno de redondear sus conocimientos, formábame yo una idea completamente subjetiva de ese «lugar de tinieblas eternas, situado debajo de la tierra,» que decía San Agustín, y llegué, en efecto, á figurármelo bastante parecido, creo yo, á lo que debe ser, porque sólo de pensarlo me horrorizaba á mí mismo, como al conde don Gil le daba envidia la mujer que había elegido para esposa, y, seamos francos, si el infierno no sirve para asustar á las gentes, yo no sé qué otro fin pudo proponerse el particular que lo inventó.

Era mucho más complicado el que yo contemplaba cuando cerrando los ojos retrovertía toda mi atención á lo más hondo de mi mente, era mucho más complicado, repito, y terrorífico, que esos retablos que se ven pintados encima de los cepillos donde se depositan en las iglesias los perros chicos destinados á realizar el nobilísimo y meritorio acto de «sacar ánimas;» demasiado comprendo yo que no es envidiable ni descansada la situación de un ánima rodeada de llamas hasta la cintura, y hasta más arriba á veces, cruzadas las manos en actitud de implorar y los cabellos sueltos y bastante largos para suplir solícitos, cubriendo desnudeces, la ausencia total de ropas; ya se ve que es terrible y me dan mucha lástima esas pobres ánimas de carne y hueso, pues aunque es verdad que en algunos retablos grandes las llamas parecían mejor sorbetes de fresa por su rigidez, por el color y hasta por el respeto con que trataban á los cabellos de las ánimas, bien se dejaba adivinar que no eran sorbetes, sino llamas y muy llamas, en la expresión acongojada de los rostros anímicos y en que los hurtaban de su contacto, lo que no hubieran hecho de cierto aquellos desaforados ex-pecadores si de sorbetes se tratase. Pues mucho más horrendo que ese cuadro y que otro alguno era el que yo en mi imaginación, caldeada por sermones y por las lecturas dichas, veía representando el infierno. Juzguen Vds. mismos, háganme el favor:

En primer lugar la selva intrincada y oscura del poeta, llena de trasgos y vestiglos; los primeros causando ruidos y estruendos pavorosos por entre la espesura inextricable que formaban las copas confundidas de los árboles negros tirando á rojos; los vestiglos retorciéndose por el suelo, negro rojizo también, y confundiéndose en repugnante mimetismo con los troncos nudosos: nada de sombras de Virgilio ni de Ovidio, ninguna buena sombra, en una palabra, que se comprometiera á servir de *cicerone*... En lo más *selvaggio* un calor sofocante y un olor sulfuroso más sofocante aún: uno y otro salían de un agujero hondo y oscuro abierto en el suelo y rodeado de un letrero que decía así, escrito en el brocal: «No se permite fumar» – (empezaban los tormentos.) – «Nadie pase sin dejar al portero todas las esperanzas que traiga en el bolsillo.» El tal portero era un señor con cara de perro de hortelano que estaba echado sobre un montón de esperanzas de varias clases, todas estropeadas y marchitas, y de puntas de cigarro; sin duda las que, cumpliendo las órdenes del rótulo, iban arrojando los condenados. Asomaba uno la cabeza por aquel antro, bajaba por una escalera muy rara, entre de caracol y de serpenton, y lo que veía ¡vive Dios! que hacíale estremecer: hornos, rugientes calderas rebosando pez y plomo derretidos, más instrumentos de tortura que hay en la Torre de Londres, pero en activo servicio los de aquí: una nube de ánimas con las caras tiznadas sufriendo lo que no es decible y dando muchas voces que no se oían casi gracias al estrépito de palas, picos, azadones, tenazas, cadenas y otros hierros manejados por diablos de las más espantables cataduras, con cada rabo y cada par de orejas que metían miedo. A mí, al llegar á este punto era tal el que me entraba que nunca pude pasar adelante ni aun con la imaginación.

No faltará quien piense que todo lo que antecede está escrito á humo de pajas y sin venir á cuento y quien tal haga pensará como un bellaco, pues todo lo que he dicho de este último infierno, y mucho más, pudiera aplicarse á las máquinas de los buques, que es de lo que trato ahora, que se parecen mucho en la realidad, aunque me esté mal el decirlo, al infierno imaginario que acabo de describir rápidamente. La primera vez que yo me carga tanto yo y prometo la enmienda – visité *de cuerpo presente* una de ellas, creí que no salía de allí: me prohibieron fumar en el sollado, creí ver el letrero «lasciate ogni speranza voi ch' entrate» y el otro de «per me si va nella città dolente,» tales eran el calor, las voces y los ruidos que allá abajo se notaban; salí, sin embargo, sano y salvo y con ganas de volver para enterarme mejor á pesar de que era evidente la semejanza de aquello con un infierno. Desde entonces, siempre que me hablan de éste, me sonrío y digo con la sombra de Virgilio: «non ragioniam di lor, ma guarda e passa.»

Y pasemos á la máquina que vamos á suponer es la de un buque grande y en marcha: las bromas ó pesadas ó no darlas. Lo primero que se ve es grandioso: son partes que sirven para distribuir y utilizar la fuerza del vapor producido en las calderas y consisten en pistones enormes que entran y salen en gruesos tubos de metal como si fuesen lanzaderas de un telar monstruoso en el que se tejieran telas con columnas de hierro en vez de hilos; en volantes formidables que se mueven en rítmico y rápido movimiento como si fueran los de un reloj gigantesco que en lugar de segundos marcara siglos en sus oscilaciones, y sobre esto, constituyendo el hálito del hercúleo mecanismo, un resoplido acompasado y sonoroso como el eco en las cavernas, que obliga al hombre mísero á gritar con todas sus fuerzas si quiere que su voz domine la respiración tranquila y ordenada de aquel monstruo que vive para servirle. Más abajo, en lo hondo, hállanse los órganos nobles de la fiera; esto ya es más grave: allí están los hornos que en un mar de llamas consumen montañas de carbón, allí las calderas en las que hierve un océano; por allí está el calor que abrasa; de allí salen el humo que va á oscurecer el sol brotando en tupidos copos por las chimeneas y el vapor que hace estremecer el buque é impulsa á las hélices en sus revoluciones poderosas; allí funcionan, en una palabra, el estómago, los pulmones y el corazón de ese tremendo cetáceo que se llama *acorazado de 1.ª clase;* su cerebro va metido en el cráneo de un hombre: en el de su comandante.

Pero como que resultaría materia de muy difícil digestión esta si nos lanzáramos á detallar empezando, en un sentido, por las calderas, cámaras de agua, de vapor y para la combustión, hornos, conductos de humos, cajas de fuego y de humos, tubos de las calderas, etc., hasta llegar á las chimeneas y salir por ellas al espacio con el humo y el vapor; lo mismo que si la emprendiéramos en otro sentido con la serie infinita de válvulas, manómetros, reguladores, cilindros, prensa-estopas, distribuidores, émbolos, ejes de trasmisión, etc., hasta llegar al túnel de la hélice y salir por su bocina al agua convertidos en espuma por el movimiento. Como todo esto, detallado, había de resultar muy indigesto prefiero *no meneallo* ni meterme en más honduras, ya se trate de máquinas simples, de tronco, de barra invertida ó de cilindros oscilantes, ya sean compuestas, de triple ó de cuádruple expansión, con dos ó más cilindros paralelos, superpuestos ó concéntricos, ni que se trate de las Belleville que desarrollan una presión de 10 kilogramos por centímetro cuadrado. ¡Qué mareo! eh? ¡Y qué presión! ¡Uff!

Hablemos de cosas menos pesadas, moralmente al menos, pues como pesar también pesan las paletas, las hélices y demás chirimbolos que constituyen el aparato propulsor de un buque. El tránsito de las ruedas á la hélice produjo en la marina una trasformación mucho más profunda que la sustitución de las velas por el vapor como medio de locomoción: mientras que este cambio fué muy despacio y gradualmente, el primero fué rapidísimo y bien puede asegurarse que hasta mediados de este siglo, con la hélice, no entró la navegación de vapor en el período de extraordinario desarrollo en que la vemos hoy. Unos cuantos numeritos dirán más que cualquier discurso. En 1882, según las estadísticas oficiales más autorizadas, había 5,565 buques de vapor en el mundo; hoy, según los mismos documentos, navegan 9,963, de los cuales pertenecen á España 342 y 6,487 á Inglaterra; lo cual quiere decir que entre las quince principales flotas mercantes del mundo España figura en 6.° lugar é Inglaterra en 1.° por inmensa mayoría: así están esos ingleses tan orgullosos; hoy, con tanta marina, son los amos del mundo!

Pues entre la máquina y el aparato propulsor andan los buques que da gusto verlos sin temor á que falte ó esca-



UN SUSTO, cuadro de M. Lebling

sce el viento ni á que se *rife* ó rasgue una vela: funcionando bien la máquina, siempre toca el premio gordo en la rifa del andar: puede, en cambio, reventar una caldera ó zafarse una válvula, etc., pero se procura que no suceda y la verdad es qué esos accidentes ocurren menos veces de las que pudiera creerse dada la fuerza tremebunda que se desarrolla y emplea en las máquinas marinas de vapor: baste saber que hay torpederos cuyas hélices dan más de 438 vueltas por minuto, recorriendo los émbolos, en las idas y venidas por dentro del cilindro, más de 89 leguas en el mismo brevísimo período.

La revolución que la máquina ha llevado á los buques se traduce, principalmente, en dos progresos notabilísimos: el aumento del tamaño y el de la velocidad de los mismos.

Así se da el caso, asombroso si se le compara con los que ocurrían hace muy pocos años, de existir buques mercantes de 7 mil y más toneladas de desplazamiento – mayor que cualquiera de nuestros actuales acorazados – andando 16 millas por hora, ó sean 30 kilómetros ó más de 5 leguas, y aun continúan apretando los tornillos en Inglaterra para conseguir vapores que verifiquen la travesía de Liverpul á Nueva York – 3050 millas – en siete días, de jueves á jueves.

La máquina más poderosa en que se piensa hoy por hoy la están construyendo los italianos para su acorazado *Sardegna* que será el mayor existente: su máquina desarrollará 22,800 caballos de fuerza. El buque grande más rápido que navega hoy es el *Lahn*, construído en Inglaterra para una casa alemana, que hace cerca de 19 millas constantes por hora con una máquina de 9500 caballos de fuerza, pero en Inglaterra mismo se activa la construcción de otros dos que llevarán máquinas de 18,000 caballos indicados cada uno y que se espera anden algo más que el *Lahn*.

El mayor buque mercante español y de máquina más poderosa pertenece á la Compañía Trasatlántica que lo recibió hace pocos días de Dumbarton (Escocia) donde lo han construído. Se llama *Buenos Aires*, su objeto principal será el trasporte de emigrantes á Sud América, desplaza sobre 9000 toneladas, su máquina de cuádruple expansión desarrolla 6 mil caballos nominales de fuerza y en las pruebas dió un andar de 16 millas próximamente.

Y lo notable, es decir, lo más notable de todo esto, es que existen hombres que bajan á ese infierno, que manejan las palancas y demás aparatos que sirven para utilizar aquel volcan en actividad y que allí viven en verano y en invierno, en la calma y en la tempestad, de la manera que todos pueden figurarse aunque pocos podrían resistirla. Uno de los más ilustres é ilustrados marinos ingleses, capitán de navío, lord Beresford, que es el representante allí de la marina moderna y de los marinos jóvenes, decía el año pasado ante el Parlamento de la nación que tiene la primera marina militar del mundo:

«En estos tiempos de máquinas de vapor un comandante está á merced de maquinistas que consientan en bajar á los hornos sean cualesquiera el lugar y las circunstancias de la navegación. Mi reconocimiento hacia esos hombres es tan grande que en cierta ocasión mandé que formaran los de mi buque en una banda, formé en la otra á la marinería é hice á esta tributar tres salvas de aplausos en honor de los primeros.»

Cuando un hombre del temple de Beresford hizo eso, bien se puede asegurar que tiene sus lances manejar la fiera de que he hablado, que por bien domesticada que esté puede en un momento engullirse al domador, ó sea el maquinista, y al público, constituído por el resto de la tripulación.

FEDERICO MONTALDO

EL NIÁGARA

TRADICIÓN

I

Las selvas del Nuevo Mundo no habían sido aún holladas por la planta de los europeos.

La piocha del minero no resonaba todavía en el corazón de los cerros, ni el pico ni el hacha abrían caminos y carreteras, destruyendo la exuberante vegetación y las galas vírgenes de sus bosques.

La vista se recreaba en las enhiestas rocas seculares, en los centenarios árboles, en las bóvedas de follaje, y el sicomoro y las encinas, los laureles rosa y las flores más extrañas, las tupidas y caprichosas guirnaldas ricas de lozanía y aromas y la abundancia de sabrosos frutos, formaban un todo caprichoso y encantador; un paraíso que ningún pincel podría reproducir.

El arrobamiento del espíritu, ese éxtasis delicado y divino no se apodera de nuestro ser sino ante la majestad y la esplendidez de la naturaleza.

Interrumpía la soledad majestuosa de aquellas ignoradas regiones el canto de miles extraños pajarillos, cuyos colores se destacaban entre las frescas y verdes hojas de los árboles, sobre el nevado capullo del algodonero y en las tupidas redes de variadas plantas.

El sol esparcía sus postreros rayos y bañaba con su pálido fulgor un *wigwham* situado á orillas del lago Ontario.

Cuatro pies derechos sostenían el techo de la cabaña, formada con ramas de castaño cubiertas por cortezas de álamo, unidas unas á otras con prolijo cuidado y resistentes á la lluvia y al sol, por medio de una especie de betún ó pez resinosa: la puerta era de la misma clase que el todo y estaba colocada en un marco, al pie del cual y en ambos lados de la entrada, prestaban sombra dos corpulentos árboles.

En el centro del wigwham ardía el fuego y despedía el humo por una abertura practicada en el techo.

El sitio era agreste y pintoresco, fertilizado por mansas corrientes y pródigo en moreras y nogales, en bálsamo blanco y algodón que los pacíficos indígenas explotaban para las necesidades de la vida.

La comarca estaba poblada por los *iroguas* ó *iroqueses*.

Hoy la humanidad se agita en esos mismos lugares en el torbellino de la civilización, y la locomotora y el telégrafo, al darles vida y movimiento, los ha despojado de su misterio y poesía.

II

En el *wigwham*, que en la orilla del lago se veía, habitaba Moyamea, la india más hermosa del valle, la arrogante prometida del gran jefe.

Su madre la llamaba Rayo de sol y su padre Astro de la noche.

Sus ojos eran negros y brillantes: su tez oscura y suave como el raso, y sus labios rojos, como la flor del granado.

La madeja de sus largos cabellos la cubría cual si fuera tupido velo, y sus correctas formas, su talle delgado y flexible como el junco ó cual caña mecida por la brisa, realzaban las gracias de la virgen india.

III

En el décimocuarto sol de la luna de las ardillas (1) sería esposa de un *Sachem*.

En vano un joven indio había presentado á Moyamea el palo de alerce encendido, solicitando de la hermosa un soplo de su aliento en señal de compromiso.

La ley la obligaba á unirse con el anciano Sachem.

– El Gran Espíritu lo manda, – decía la madre.

– El Gran Espíritu lo ha querido, – añadía el padre.

(1) El mes de junio.



LA GIOCONDA, cuadro de Leonardo de Vinci



EL INCENDIARIO, cuadro de T. Matthei

Y llegó la víspera del gran día y la doncella sintió desgarrarse su corazón: no amaba al que pronto debía ser su dueño, pero la mujer india se sometía á la voluntad paterna, porque se consideraba en alto grado inferior al hombre y sobre todo si una pluma de águila blanca y negra le atravesaba los agujeros de las orejas, en lo cual se reconocía á un jefe.

– Sólo Ockimaw (Dios) podría salvarme; ¿y cómo ha de ser tan injusto que condene á unir la luz con las tinieblas, el fuego con la nieve, el invierno con la primavera, la vida con la muerte? Sin duda Agan-Matchée-Manipu (el mal espíritu) me persigue y es mi enemigo... Ockimaw, perdóname: no tengo valor para habitar el wigwham del Sachem: moriré antes que sentir el calor de la lumbre de su hogar ó buscar el sueño sobre su piel de oso.

A la media noche, una canoa se deslizaba rápidamente impulsada por las ondas del San Lorenzo, dirigiéndose hacia las cataratas del Niágara.

IV

El dios protector de los campos y de las cosechas habitaba en una caverna que cubrían las aguas con su plateado manto: desde su albergue vió llegar á Moyamea: la muerte era segura: el torbellino aguardaba á su víctima cuando el benéfico genio, tendiendo sus anchas alas, la envolvió y la condujo á su ignorado asilo.

Pasaron varias lunas: la virgen india languidecía y se apagaba como si Ockimaw quisiera llevarla á mundo mejor.

Su corazón ansioso de amor, no olvidaba á Keysinoeta, el joven apasionado de sus gracias y que había pedido un soplo de su aliento sobre el tizón de alerce encendido.

Además, una enfermedad extraña diezmaba su tribu.

Quería salvarla porque su genio protector le había dicho, que una serpiente emponzoñaba el agua de los arroyos y que su muerte era la salvación.

– Devuélveme á mis campos y salvaré á los míos, – exclamó con acento suplicante.

El dios de las aguas la transportó en sus alas.

Heno, el genio protector de los campos, amaba á la joven india y protegía á su tribu, y sensible á sus ruegos pidió á Ockimaw que enviase el rayo para anonadar á la serpiente y la tormenta rugió sobre los cerros y el rayo anonadó al reptil.

En las convulsiones de la agonía se arrastró hasta el Niágara, cayó en él y sus ondas le llevaron como sangriento trofeo hasta el borde de la catarata chocando contra una de esas moles de granito, asombro del viajero.

El agua saltó á colosal altura: y el arrecife formado por la serpiente, cedió extendiéndose su cuerpo y formando lo imponente catarata de la Herradura.

La virgen india, considerada por los suyos como un genio superior, pudo corresponder á Keysinoeta y tres veces sopló con su aliento el encendido palo de alerce como señal de tomar por esposo al joven *irogua*.

V

En ese caos, en esa extensión vertiginosa, entre esos bancos de arena y granito, sumergidos en las aguas en donde brama, lucha, salta, se subleva contra su impotencia, forma corrientes de nívea espuma, se convierte en perlas y en iris de mágica luz, el Niágara oculta debajo de sus cataratas, sin rival en el universo, al dios de las aguas.

El ha visto sucederse las generaciones; desaparecer los bosques y los valles; convertirse en ruinas los *wigwhams* de los iroqueses y transformarse en polvo el cuerpo de la virgen india.

De vez en cuando resuena en su misterioso albergue un grito de desesperación, el choque de un barquichuelo contra las rocas: voces de angustia y de agonía: el golpe de un cuerpo que es arrastrado por las cataratas ó por el furioso impulso de *Las Rápidas*, pero el dios impasible como los siglos, no ha vuelto á extender sus alas para arrancar su presa á la deslumbradora inmensidad, á la maravillosa tumba coronada con riquísima pedrería, con nevado aljofar.

VI

Hoy el Niágara es una maravilla universal. Sus tapices son mármol y alabastro: su manto es de ténues gasas y dorados reflejos: su falda es de sutilísimo encaje, con perlas y topacios.

La mano del hombre ha querido embellecerla, pero la ha quitado algo de su grandiosidad agreste y salvaje: la civilización la ha despojado de su rústica corteza.

Es una india con los atavíos del siglo XIX. Un gigante, encadenado con argollas de oro.

Es la personificación del mundo primitivo avasallado por el mundo moderno.

La Baronesa de Wilson

EL VAIVEN DE LA CUNA

I

Acerca del caballero Souza y de sus brillantes extravagancias sólo diré que no he podido comprenderlas, si bien aquél y éstas dejaron en mi ánimo el plácido y triste encanto que infunde lo sentimental y misterioso, y además el más terrible recuerdo de mi dolorosa existencia... La palidez de su rostro huesoso, su cabellera gris ensortijada y su voz melancólica le daban el aspecto de un artista mordido por los celos ó despechado por la falta de pronta y popular notoriedad.



LA ORQUESTA AMBULANTE, cuadro de Barbudo

No fueron pequeñas la risa y la extrañeza que me produjo verle en uno de los días de su mayor exaltación nerviosa, inquieto, confidencial y trágico al decirme:

– Ando en busca de un hijo para mi mujer. He aquí la receta indispensable. Y se fué sin dar más explicaciones.

Comprendí que se trataba de que el matrimonio Souza, que carecía de hijos segun mis noticias, adoptase caritativamente á algún desventurado huerfanito.

Jamás hubiera llegado á creer que pudieran resultar ciertos los soñados dramas del caballero. Nos había divertido siempre sobremanera á todos sus amigos cuando sentía el deseo de hablarnos confidencialmente; para tales casos componía sin duda alguna multitud de fabulosas aventuras é historias romancescas que él mismo creía, embriagándose con la mentira de su propia cosecha.

Multitud de amoríos románticos con su prólogo de escalas y de citas peligrosas y su epílogo de duelos; narraciones de viajes y episodios de guerra sobrecargados de maravillosos detalles, llenaban su imaginación que se hallaba siempre encendida como el ara vestal y humeando sueños y delirios; difícil le hubiera sido separar la realidad de los acontecimientos de los ideologismos con que la complicaba aquel hombre atormentado unas veces por negros fantasmas ó tétricos peligros, ilusionado otras por el espectáculo de extensos espacios azules en que brillaban los fulgores de la aurora.

El caballero Souza perseguía siempre, valiéndose del cálculo de las probabilidades, la verosimilitud de lo extraordinario; todos sabíamos por su propia confesión que el asunto que le había hecho vivir en Lisboa era un capricho de su mujer y todos, sin darnos cuenta del fundamento de nuestros juicios, creíamos que el caballero no era ni mucho menos feliz en su matrimonio; lo cual según nos aseguraba no era cierto.

Cierta mañana se hallaba el caballero á la puerta de mí «Agencia de industrias» cuando acertó á pasar por la calle d'Ouro una mozuela mendiga y Souza me llamó y me dijo acariciando nerviosamente con su mano su espesa barba y sin apartar sus ojos de la muchacha:

– ¿Tendrá unos quince años, no es esto? es agraciada..... ¿no le parece á V. así?

Entonces aun se permitía á los mendigos recorrer las calles siempre que no importunasen á los transeuntes y podían llamar la pública atención tocando algun instrumento musical ó entonando alguna cantinela: iba por lo tanto la muchacha golpeando una gran pandereta andaluza orlada de cintas y sonajas, vestía unas sayas raídas y una camiseta sucia, tenía el rostro morenucho y unos ojos pedigüeños y tristes en los que relampagueaba á veces la viva travesura de los pocos años.

– *A menina doida* (LOCA), *a menina doida!* gritaban tras de la rapaza los chicuelos de la calle, *os garotinhos da rua*. La niña se paró repiqueteando en su pandereta mirando á las gentes que pasaban por la calle y á las que se hallaban asomadas en las ventanas, acudía aquí y allá á recibir las limosnas con esa repentina, fugaz y expresiva gesticulación de los mendigos semejante al rápido gozo y aduladora gratitud de los perros al atrapar el mendrugo que les da un desconocido: luego, distraída, suspendió el toca toca de la pandereta y dando con la punta del pie á una piedrecilla del suelo fué jugando con ella un largo trecho, pegóse después á la línea de brillantes escaparates de la acera y anduvo mirándolos con el encanto con que las niñas de su edad contemplan las joyas y los objetos preciosos y así errante y vagabunda salió de la sombría calle y llegó á bañarse en el sol y á perderse en el animoso bullicio de la gran plaza de D. Pedro.

Cuando el caballero la vió desaparecer penetró en mi despacho y allí dió orden á un dependiente para que alcanzase á la mendiga y la hiciera entrar por la puerta del almacén de mi agencia, puerta que daba á una de las calles transversales; al poco tiempo asistíamos á un extraño interrogatorio; el caballero hablaba á la desarrapada muchacha cual hubiera podido hablarla un inspector de policía. Supimos que era de Alentejo, no tenía padres, mendigaba para alimentar á su abuelo, hacía poco tiempo que se hallaba en Lisboa, y bajo aquella afectada angustia que mantenía en la expresión del rostro sin duda por haber hecho de esto un oficio, podía descubrirse la alegría libre y audaciosa del gorrión que en las ciudades salta de los aleros al arroyo.

Cuando el caballero la habló de apartarla de aquella su azarosa existencia de mendiga, mostró á su pesar cierto enojo salvaje en su moreno rostro; luego quedó pensativa; se trataba de hacerla una señorita, había que meditar un poco antes de resolverse á aceptar ó rechazar la proposición; por fin la aceptó poniendo por condición que había de proteger á su abuelo

El caballero muy contento llevóse consigo á la mendiga, dejándonos á todos en la firme creencia de que su juicio no se hallaba en buen estado y de que tal vez la locura entraba en todo aquello mejor aún que la caridad.

II

¡Tres meses pasados sin ver al caballero! Esto nos tenía á todos inquietos: por fin una mañana le vimos llegar empujando violentamente la puerta-mampara del despacho; apareció ante nosotros de un modo que hubimos de figurarnos que alguien persiguiéndole le había hecho refugiarse entre nosotros; estaba lívido, con los cabellos en desorden, convulso, la voz trémula, el vestido desaliñado y destocada la cabeza.

Vengo enfermo, vengo atacado de una violenta excitación! – me dijo suplicándome que me quedara en el despacho solo con él y que dijese al criado que no recibía ya á nadie.

Así lo hice; durante más de un cuarto de hora el caballero permaneció silencioso; solamente alguna que otra vez lanzaba ruidosos suspiros ó profería acentuadas interjecciones, pero al fin se decidió á hablar, tomó un acento dulce y en la pausada voz del que se dispone á narrar un cuento me dijo:

José Zahonero

(Continuará)

LAS ENERGIAS NATURALES EN SU TERMINO

Dijimos en otro artículo, que en las primitivas nebulosas las energías naturales se presentaban bajo dos formas distintas. Ya bajo *forma actual*, es decir como energías realizadas, potencias *en acto*, si se nos permite tomar prestado á la Escolástica uno de sus términos favoritos: en suma *fuerza viva* de todos los átomos. Ya bajo *forma potencial*, ó dicho de otro modo, como energías no realizadas todavía, trabajos en *potencia*, para continuar con el tecnicismo escolástico, fuerzas variables con las distancias y que multiplicadas por los caminos recorridos irán realizando trabajos, que sólo eran posibles y que serán reales gracias al movimiento.

Unas y otras energías representaban el depósito de fuerza, que al transformarse, había de crear los mundos con todos sus portentos y maravillas. No hay trabajo, ni esfuerzo, ni acción posterior que no estuviese allí bajo una de las dos formas indicadas: ó era la velocidad que engendra la *fuerza viva*, es decir la mitad del producto de la

masa por el cuadrado de la velocidad; ó era la fuerza multiplicada por el camino recorrido, trabajo que va derramando en la realidad la *energía latente* del sistema.

¿La masa incandescente del sol se agita? pues allí estaba, en aquella nebulosa, esa agitación gigantesca.

¿El planeta vuela sobre su órbita? pues en la nebulosa estaba bajo otra forma su majestuoso movimiento de traslación.

¿La luz del sol viene á despertar la vida en las corolas de las flores, ó en las verdes hojas de la fronda? pues esa vibración luminosa del éter en la nebulosa estaba ó bajo forma de fuerza viva ó como energía potencial.

¿El viento impulsa las nubes, hincha las olas del mar y barre los continentes? pues en el caos primitivo se hallaban esa fuerza y ese impulso.

No hay potencia ni energía, desde la gigantesca á la mínima; desde el fuego de todo un mundo inflamado hasta el batir de las alas de un insecto; desde la cordillera que sube perezosamente en uno y otro siglo del fondo del océano á la región de las nieves, hasta la vibración de un átomo de fósforo en las celdillas de la sustancia gris; que no sea una parte de la energía total que como fuerza viva ó como trabajo latente existieran en la masa cósmica primitiva.

Aquella estupenda nebulosa era como un inmenso depósito de fuerza: como un resorte infinito tendido por soberano brazo; como un reloj de los tiempos sin fin, con la pesa en el punto más alto y empezando á marcar siglos en la esfera de los cielos. Abandonada á sí y á sus leyes esta maravillosa maquinaria, empezaron á caer los átomos sobre los átomos, á diferenciarse los sistemas, á ordenarse los movimientos y en último análisis á saciarse las afinidades.

Comprendamos bien lo que esto último quiere decir, que es importantísimo, y más que importante, trascendental y definitivo: tanto que en esta frase, *saciarse las afinidades*, está escrita según ciertos autores la *muerte de los mundos* y el término y equilibrio final de las energías. Comencemos por un ejemplo. Mientras los átomos de oxígeno y carbono están separados y á distancia, representan y contienen una energía latente, un trabajo disponible; como representa un trabajo utilizable el peso suspendido en lo alto de una torre. Cayendo el peso sobre la tierra engendrará una potencia, como cayendo el oxígeno sobre el carbono y el carbono sobre el oxígeno engendrarán un trabajo, que utilizará el hogar de la locomotora para arrastrar un tren, ó el buque de vapor para cortar olas y atropellar vientos, ó las mil y mil máquinas industriales para las mil labores de la industria, ó en esfera más modesta y más íntima, la chimenea doméstica para desarrollar calor.

Pero una vez satisfecha la afinidad ó la atracción química de ambos elementos, unidos ambos y formando, ya óxido de carbono, ya ácido carbónico, la energía potencial ha desaparecido: la combinación es impotente: es algo muerto como muere la energía física: es ceniza inerte en el orden mecánico. Separados, eran un trabajo disponible y utilizable: unidos, son los residuos de un pasado, una cosa que fué, un ansia satisfecha. Ni más ni menos que el peso del ejemplo, tantas veces repetido, al llegar al suelo no representa ni el trabajo ni la energía que representaba en la altura.

Sin distancia y desnivel la vida mecánica es imposible para los elementos químicos que se atraen, para los pesos que descienden, para las cataratas que se precipitan, para los ríos que corren, como para el calor que cae de mayores á menores temperaturas. La nivelación universal es la muerte: es la muerte de la uniformidad, como la diferenciación en distancias, alturas, desniveles, potenciales eléctricas y temperaturas diversas es condición fecunda de movimiento, vida, renovación y trabajo. Hemos dicho, que al precipitarse y unirse el oxígeno y el carbono, la energía potencial, que representaban, ha desaparecido y en rigor hemos dicho mal. Ha desaparecido bajo forma de trabajo potencial; pero como la energía es indestructible, en alguna parte y velada con ciertas transformaciones deberá hallarse. Y en efecto el choque del oxígeno y el carbono ha engendrado calor, que no otra cosa es la teoría de la combustión.

Pero aquí llega la parte sombría del problema, porque aquí y en este punto resuenan las voces fatídicas de muchos sabios anunciando la muerte de los mundos y señalando en pronóstico implacable la enfermedad crónica y sin remedio de que han de morir los seres y las cosas; lo mismo el último infusorio que el rey de la creación, el sol del espacio como la más humilde lamparilla; planetas, luceros, nebulosas, cuanto brotó del caos, cuanto hoy vive, no sólo con vida orgánica, sino con esa otra vida del mundo inorgánico de que goza cuanto es, digan lo que quieran los antiguos métodos y las clasificaciones clásicas.

¿Y cuál es esta enfermedad tremenda, ante la cual todas las plagas asiáticas son mezquinos ensayos de la muerte? Ya lo hemos dicho: el hartazgo, y perdónesenos la palabra, de todas las afinidades.

Mientras dos cuerpos químicos, simples ó compuestos, tengan afinidad, y procuren combinarse y uno hacia otro se precipiten, habrá una energía disponible, y habrá vida inorgánica y energía disponible también; pero cuando todas las afinidades estén satisfechas; todo lo que pueda combinarse, combinado; los mundos serán *cenizas inertes*, como dicen que lo es ya ó poco menos, nuestro satélite.

Aquí, sin embargo, se presenta una duda: la energía potencial ha desaparecido, pero bajo otra forma existe: acabamos de decirlo. En parte es calórico, es decir aumento de vibración: en parte, desnivel eléctrico. Pero el calórico es movimiento, y el movimiento lleva consigo *fuerza viva*, productos de masas por cuadrados de velocidades, y la *energía actual* es tan energía como la energía potencial: ¿por qué suponer una muerte sin resurrección, donde existe toda la energía primitiva?

A esta objeción que es fundada, contestan los apóstoles del futuro nihilismo, con voz más fatídica que nunca y con una lógica tan severa como triste, en los siguientes términos:

Cierto es, que la *energía* es indestructible, que si pudiéramos medir toda la *energía primitiva*, aquella que animaba las nebulosas que fueron orígenes de nuestros mundos, y toda la *energía de hoy*, así como la que contengan los sistemas estelares en su equilibrio final, los tres números serían idénticos; de suerte que no hay energía perdida. Pero en cambio, cuando el término de la evolución cósmica llegue, tampoco habrá energía que pueda utilizarse, porque estará repartida por igual, y esta uniformidad absoluta y este equilibrio del cosmos, son precisamente la enfermedad prevista y la muerte anunciada.

Saciadas todas las afinidades, y aglomeradas todas las masas, las energías potenciales son imposibles: ni puede caer el astro sobre el astro, ni el átomo sobre el átomo: todos los cuerpos celestes formarán un bloque inmenso: los movimientos de traslación y los movimientos químicos son imposibles: en todo caso el inconmensurable pedrusco será el único que se mueva por el espacio en inacabable línea recta; ¡allá va el cadáver de piedra, sin encontrar fosa en que caer, por todos los ámbitos del vacío! Por otra parte el calor, al esparcirse por la masa, habrá llegado también á un perfecto estado de equilibrio de temperaturas y será una energía actual, pero estéril por falta de desnivel térmico.

Y toda la energía primitiva de aquel fecundo y sublime caos, uniformada, disciplinada, con triste y fatal nivelación, se hallará convertida en una de estas dos cosas: el peñón inconmensurable que marcha: sus partes que vibran. Movimiento uniforme también, igualdad de muerte, y siempre lo mismo.

A esta concepción un tanto, ó un mucho, fantástica, tal como acabamos de exponerla, dan forma matemática algunos sabios y entre ellos el insigne Clausius con la teoría de la *entropía* y de los ciclos *no reversibles*.

Sin embargo, digamos, para no exagerar las cosas y para no apesadumbrar antes de tiempo á nuestros lectores, que este fin de los mundos por triste anemia de fuerzas atractivas ó repulsivas, y por implacable comunismo térmico, no es la última palabra de la ciencia, ni está al abrigo de formidables objeciones.

El exponerlas supone, no uno, sino muchos artículos: el profundizarlas supone, no trabajos como el presente, hechos á la ligera con el mero objeto de propagar las grandes lucubraciones de la ciencia, con sus admirables afirmaciones, sus inmensos problemas, y sus dudas sublimes, sino un volumen por lo menos: y el resolverlas, sólo es dado al genio, si es que pueda haber genio humano que las resuelva.

JOSÉ ECHEGARAY



LA LECCIÓN DE CLAVICORDIO, cuadro de G. Igler

EL ALUMBRADO ELECTRICO DE LOS BUQUES

LA TRAVESÍA NOCTURNA DEL CANAL DE SUEZ

El alumbrado eléctrico de los buques de vapor se generaliza cada vez más, pudiendo asegurarse que no se construye ya hoy un solo paquebot ó buque de guerra en el cual no se instale el alumbrado eléctrico en todas sus partes.

Esta aplicación ha exigido naturalmente un material apropiado en particular. Por lo pronto ha sido necesario disminuir la celeridad de las máquinas dinamo-eléctricas de modo que se pueda hacerlas funcionar *directamente* por un motor de vapor. Las primeras máquinas daban de 400 á 500 vueltas por minuto, y gobernábanse por medio de una transmisión por cuerdas, correas, ó fricción. La velocidad de las máquinas actuales no es más que de 300, y hasta de 200 vueltas por minuto, por lo cual se gobiernan directamente, simplificándose así mucho la instalación y economizando el espacio, ventaja muy importante en un buque de vapor, que tan medido tiene aquél. Las máquinas son de cuatro ó seis polos y suelen dar de 65 á 70 volts y una intensidad variable, según la importancia del buque y de su alumbrado. La elección de este útil potencial no es arbitraria, pues ofrece la posibilidad de poder alimentar según se quiera, con la misma máquina, lámparas de arco ó incandescentes, y hasta obtener un alumbrado mixto. Por otra parte, como la máquina está colocada hacia el centro del buque y la canalización no se extiende, en su máximum, á más de unos sesenta metros por cada lado, dicho potencial es suficiente para asegurar una buena distribución, sin recurrir á conductores de sección exagerada.

En muchos buques la instalación admite dos máquinas



M. FERNANDO DE LESSEPS Y SU FAMILIA

dinamo-eléctricas y dos motores, absolutamente distintos en previsión de toda eventualidad, teniendo cada una de las primeras fuerza suficiente para el alumbrado *completo*. Se ha aprovechado esta doble instalación en los buques que atraviesan el canal de Suez, para que puedan franquear el canal de noche, lo cual aumenta el tráfico, reduciendo desde treinta y seis á diez y ocho horas la travesía de aquel.

Las figuras 1 y 2 indican la disposición adoptada por la *Compañía Peninsular y Oriental:* redúcese á una especie de jaula suspendida en la proa del buque á 2ᵐ50 sobre el nivel del agua, y en la cual hay una lámpara de arco, regulada con la mano en el centro de un proyector Mangin, cuya luz, proyectándose á 1200 metros por delante, desarrolla una superficie luminosa sobre la cual se destacan con claridad los fuegos de dirección apuntados por el piloto. Esta lámpara de arco se alimenta con la segunda máquina de reserva, que no se emplea para el alumbrado interior.

Como no todos los buques están provistos aún de alumbrado eléctrico, bien sea por rutina, ó por falta de espacio para esta transformación, se han creado *instalaciones volantes*, las cuales permiten que se aprovechen de las ventajas de una travesía rápida del canal todos los buques de vapor. Con este fin se ha dispuesto un material particular, y citaremos como ejemplo el construído por los señores Sautter y Lemonnier.

Este material está comprendido en tres fardos, de los cuales el de más peso no llega á 2000 kilogramos, siendo el volumen total de siete metros cúbicos; los tres, máquinas, cables y jaula del proyector, están dispuestos para cargarse y descargarse con la mayor facilidad en uno de los puertos de entrada y de salida del canal.

En uno de los fardos se halla toda la parte mecánica: es una caja rectangular de hierro que contiene un motor Brotherood directamente montado sobre una máquina dinamo eléctrica.

La segunda caja contiene, arrollados en dos tambores, los cables flexibles que deben constituir el circuito exterior, así como las resistencias de compensación necesarias para que funcionen las lámparas montadas en derivación sobre los conductores principales.

Por último, el tercer fardo encierra una especie de garita de madera, sólidamente construída, que se ha de suspender en la parte anterior del buque; lleva el proyector con su lámpara y detrás un asiento para el vigilante encargado de regular el avance de los carbones y dirigir la proyección luminosa. Esta garita, de dos metros de altura por uno de base, está arrimada á la proa del buque. La máquina-dinamo da normalmente, á 410 vueltas por minuto, de 45 á 48 amperes bajo 70 volts. El fanal de cabecera del mástil está formado por una lámpara Gramme automática, con linterna exterior y suspensión de resortes, capaz de iluminar un campo circular de 200 á 300 metros de diámetro. El juego de conmutadores montados sobre la caja de resistencias permite encender á voluntad, á la orden del piloto, bien sea la lámpara de proa con 45 amperes, ó ya ésta y el fanal de cabecera de mástil, que en este caso gastan cada cual 24 amperes; también se puede encender sólo el segundo con su corriente normal de 24 amperes.



Fig. 1. – Un buque cruzando de noche el canal de Suez, con proyector de luz eléctrica á proa

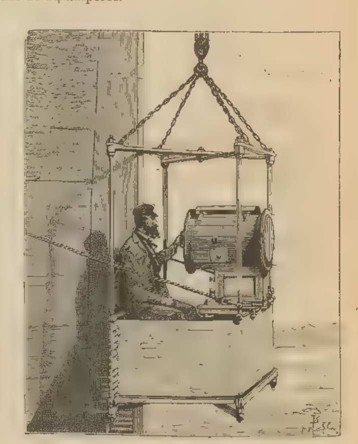


Fig. 2. – Jaula del proyector eléctrico

Estas instalaciones volantes, que familiarizan al personal de las compañías marítimas con la luz eléctrica, contribuirán sin duda alguna á la transformación del alumbrado de los buques que aun no tienen la electricidad á bordo en estado permanente.

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 20 DE FEBRERO DE 1888 — NÚM. 321

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y DOÑA MARIA CRISTINA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

S.S. M.M. EL REY DON ALFONSO XIII Y DOÑA MARÍA CRISTINA

El 17 de mayo de 1886 nacio un rey en el palacio de Oriente.

¡Nació un rey!... He aquí un hecho raras veces acontecido. Es común que nazcan hijos de reyes y es natural que el varón primogénito de esos reyes sea rey andando el tiempo. Mas por de pronto no pasa de ser infante ó príncipe heredero, y es caso verdaderamente extraordinario que un recién nacido sea monarca desde su venida al mundo. Este concurrio desde el primer día de su existencia en don Alfonso XIII de España, cuyo retrato publicamos en el presente número formando grupo con su ilustre madre la reina gobernadora. La mirada de uno y de otra parecen sondear el porvenir; don Alfonso con la risueña esperanza del niño, doña María Cristina con la tristeza de la temprana viuda. ¿Qué reserva el tiempo á la augusta madre y al augusto hijo?... Las virtudes de aquélla fortifican hoy por hoy el trono de éste. ¡Ojalá la gloria del huérfano corra parejas con la felicidad de la nación española y la grandeza del rey sea síntesis de la grandeza del pueblo!

EL BURGOMAESTRE PANERAS Y SU ESPOSA EN TRAJE DE ANTONIO CLEOPATRA cuadro de Rembrandt

Que el autor de este cuadro es un maestro de universal nombradía, nadie lo discute. Que Rembrandt pintaba delicadamente y grababa aún mejor que pintaba, nadie lo pone en duda tampoco. Que el cuadro del burgomaestre y su esposa contiene dos retratos pintados con la delicadeza y frescura que caracterizan á su autor, nadie que lo examine podrá negarlo.

Pero que el bueno de Rembrandt creyese inocentemente que esos dos personajes tenían la menor reminiscencia de los célebres Marco Antonio y Cleopatra, no prueba sino que el célebre pintor holandés tenía tan gran caudal de genio como escasez de conocimientos auxiliares de la pintura. De él se dice que nunca quiso estudiar el arte clásico en las grandes obras de la antigüedad. Así lo creemos: si hubiera tenido siquiera rudimentos de lo que eran un general romano y una reina de Egipto, jamás se le hubiera ocurrido la peregrina idea de decirnos que esos felices esposos pudieran recordarnos al famoso triunviro y á la no menos famosa víctima del áspid. ¡Tan cierto es que el hombre de mayor talento natural puede caer en ridículo cuando no se toma la molestia de aprender lo que no sabe!...

CUIDANDO Á SU HERMANITO cuadro de G. King

Los ingleses son especiales para pintar niños. Verdad es que los niños ingleses, blancos, sonrosados, respirando salud, invitan á la reproducción. Esto, unido á que pocos pueblos hacen vida de familia como el pueblo inglés, nos explica por qué sus artistas tienen pocos competidores en este ramo. El cuadro de King es verdaderamente un cuadro inglés.

MUERTE DE JULIO CÉSAR cuadro de P. Rochegrosse

Era imposible que Julio César, vencedor del mundo, hubiera reunido en su persona el poder de un dictador y los honores de un dios sin haberse creado un número de enemigos, y de enemigos poderosos. Algunos de éstos, como Cicerón y como Bruto, antiguos y verdaderos republicanos, conspiraron en la falsa creencia de que muerto el tirano sería imposible la tiranía; otros, como Cassio y los más, entraron en la conspiracion para vengar lo que ellos llamaron agravios personales.

En esto, se dispuso Cesar para hacer la guerra á los Parthos, con cuya ocasión algunos de los imprudentes amigos del *emperador*, ganosos de ceñirle una corona real, cundieron la voz de estar escrito en los libros sibilíticos que los Parthos únicamente por un rey podían ser vencidos. Harto convencidos de que el pueblo romano no toleraría un octavo rey de Roma, es decir, un sucesor de Tarquino *el Soberbio*, idearon que César continuara titulándose dictador en Roma é Italia, sin perjuicio de ser rey en las restantes provincias y territorios; proyecto que debía discutirse en el Senado, compuesto principalmente de hechuras del grande hombre.

Era el día 15 de marzo del año 44 antes de J.C. La conspiración no se había tramado tan sigilosamente que algunos amigos de César no le advirtieran el peligro que corría. Calpurnia, su esposa, le había instado para que no fuera al Senado, pues los augurios le eran contrarios; aun durante el camino recibió varios avisos por escrito denunciándole el complot infame; pero el dictador, embriagado por las aclamaciones de la multitud, entregó á sus secretarios las cartas, sin leerlas siquiera. Así llegó César al Senado.

Una vez en él, los conjurados, en ademán de agasajarle, le rodearon y aislaron de sus partidarios, y en cuanto Metelo Cimber le tiró del manto, que era la señal convenida para consumar el crimen, arrojáronse sobre él, puñal en mano, Casca el primero, y le acribillaron á cuchilladas. Trató César de resistir valerosamente á sus asesinos, hasta que viendo levantada sobre él la espada de Bruto, á quien profesaba tan singular cariño que algunos suponen si era algo más que amigo suyo, renunció á la inútil lucha, envolvio la cabeza en el manto, y lanzó el último suspiro á los pies de la estatua de Pompeyo, su amigo primero, su rival después, más tarde su víctima y finalmente su héroe.

Tal es el hecho pintado por Rochegrosse, de tal manera, que causa profunda impresión. El asunto está tratado históricamente y con cierto realismo que perjudica quizás sus condiciones estéticas. El artista no ha sabido dar á ninguno de los personajes la más mínima expresión de grandeza: ni uno de ellos revela la menor idea de patria, de libertad, de ese fuego sacro que trasforma la manera de sentir y de obrar de los individuos y hace que se cometan los crímenes como se realizarían las más nobles hazañas. En el cuadro de Rochegrosse no acertamos á ver sino una masa de asesinos cebándose en su víctima. Quizás esto sea lo cierto, pero en tal caso, y sin discutir las relevantes cualidades de la composición, casi la hubiéramos preferido un poco más falsa.

EN EL PATIO DEL ARSENAL

¡Una nación ha triunfado de otra!... Repican las campanas, truena la voz de los cañones, cuélganse balcones y ventanas, pueblan el aire bélicos sones; expónense las banderas ganadas al enemigo, los instrumentos de muerte de vencidos y vencedores, aquéllos como trofeo, éstos como amigos tutelares; en las iglesias se entonan al Señor himnos religiosos y en las calles himnos patrióticos; todo es fiesta, alegría, entusiasmo... ¡en la superficie!

En el fondo... El fondo es fango impuro. Cuidado, mucho cuidado con removerlo, porque llenaría á todo un pueblo de miasmas mefíticos.

Esta es la expresión que nos causa nuestro grabado. Un niño mete la cabeza en la boca del lobo... Ahí está ese inválido con pierna de palo que os dirá si el lobo muerde ó no muerde. Pero, ¡Señor! cuando no se pasa año sin que una ú otra nación erijan un monumento á la paz y al progreso en esas *Exposiciones* famosas de la humana industria, ¿es posible que aun se exhiban cañones á cuál más poderosos y que se confieran premios al que invente la manera de hacer más víctimas en menos tiempo?... Quizás digamos un desatino, pero á nuestro entender en los certámenes de la paz no debiera permitirse la exhibición de los instrumentos de la guerra. Se nos dirá que el cañón es un mal del cual no puede prescindirse; enhorabuena. Tampoco podemos prescindir del cadalso, y sin embargo hacemos lo posible para que las gentes honradas no se familiaricen con su vista.

COMPAÑERO DE JUEGO estatua en bronce de Federico Cadow

Pureza de contorno, estudio del detalle, actitud espontánea, cabeza expresiva, he aquí los rasgos característicos de esta hermosa obra de arte.

¿EN QUÉ PARARÁ? cuadro de Cayetano Chierici

No se dirá del autor de esta composición que haya sacrificado lo cierto á lo bello: todo lo contrario. Y sin embargo, la escena resulta simpática, porque siempre lo es un asunto que viene á representar la defensa del débil contra el fuerte. Los cuatro rapaces que se han posesionado de ese establo toman bajo su amparo á unos desvalidos polluelos, protegiéndoles contra la rapacidad de dos felinos que se habían relamido de gozo pensando en la hecatombe próxima. Lo malo es que esos precoces Lohengrins ó Quijotes de los pájaros, abusan algo de su superioridad y manchan su generoso propósito con las muecas y provocaciones dirigidas á sus impotentes rivales. No nos cabe duda de que saldrán con bien de su empeño; pero falta saber hasta qué punto los protegidos tendrán que estar agradecidos á sus protectores. Esos mismos niños que defienden á los pájaros contra los gatos, ¿serán mañana los verdugos de esas mismas avecillas?...

Este cuadro nos hace pensar en la protección que ciertas grandes potencias dispensan á ciertas potencias débiles, no por amor á éstas, sino para impedir que un tercero las explote por su exclusiva cuenta.

¡Atrévete, guapo! – parecen decir esos chiquillos; lo cual no impedirá que mañana desplumen vivos á sus defendidos, ó por lo menos que una vez más creciditos, hagan con ellos una sabrosa fritura.

Mas como el autor del cuadro no debe penetrar en esas honduras, bien puede elogiarse la verdad con que ha reproducido una escena trivial y la habilidad con que ha sido naturalista sin hacerse chocarrero ó repulsivo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

¡VENCIDO! Ciervos en la selva americana (dibujo de A. Richter)

El autor de este dibujo nos da exacta idea de un drama trágico de las selvas vírgenes que si no es absolutamente histórico, podría muy bien serlo.

Un ciervo, rodeado por sus hembras, es vilmente atacado por un envidioso de su harén. (Según parece, entre los ciervos las costumbres están casi tan perdidas como entre los hombres.) El combate es tan breve como funesto para el agredido: el esposo sucumbe, lo cual sucede muy á menudo y es poco lisonjero para la clase. Pero cuando el vencedor lanza al aire sus gritos de triunfo, cae herido por la bala de un cazador y la tierra se empapa de la sangre de entrambos animales.

En resumen, un drama de Echegaray entre cornúpetos.

BOCETOS MARITIMOS

LA COMIDA DE LA GENTE

Aquel dignísimo magistrado más conocido por su interés en introducir buenos manjares en los estómagos que por echar criminales á presidio; mejor por sus «meditaciones sobre gastronomía trascendental» que por sus reflexiones sobre la hermeneútica forense y antes por sus recetas culinarias que por sus fórmulas de derecho; aquel Brillat-Savarín autor, nunca tan bien como se debe ponderado, de ese código que se llama «Fisiología del gusto,» el más profundo entre los libros frívolos, que tendrá siempre más admiradores que las Pandectas y que el Fuero Juzgo; aquel señor decía, entre otras cosas que no me interesa repetir ahora, «dime lo que comes y te diré lo que eres» estampándolo como un axioma al frente de su libro á la manera que el «dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí» figura en la portada de ciertas obras de matemáticas más ó menos sublimes.

Y, sin embargo, ese aforismo dista mucho de ser un axioma; tal hay que come á lo príncipe y por príncipe de la sangre se le tomaría en efecto, ateniéndose sólo á esa regla para clasificarle, y no es en puridad más que un parásito sin pizca de verguenza; tal otro, por su comida, sería calificado de pelafustán y quizá bajo su mala capa se ocultara un rey *en exil* y no faltaría inglés, si se le buscaba bien, que aumentara la confusión comiendo como pan bendito nuestro nacional cocido, así como existen españoles que no comen á gusto si en la minuta se desliza algún nombre en castellano – Xeres llaman esos al néctar jerezano – y si no hay algún *pudding*, *plum* ó *rice* ú otro, ó *cakes* y las *boiled potatoes*, indispensables donde coman los ingleses. Pero como quiera que aplicado al marinero, que es la *gente* en los buques de guerra, resulta exactísimo el aforismo, pues se sabe lo que come y, con escasas variantes, se sabe también cuándo y cómo, por eso lo he citado y por eso me he permitido el lujo de comentarlo un poco: para darle la razón en esto al egregio autor ya que tan malparados quedan sus preceptos en otros detalles de las comidas de á bordo.

En los buques de guerra quien come mejor es el marinero, tanto porque su rancho es muy superior en cantidad, calidad y condimento al bodrio que sirve de ordinario alimento al pueblo español, que comiéndolo afirma su justa fama de frugal y sobrio, cuanto porque su confección, digámoslo así, está sujeta á reglas fijas y esto libra á quien ha de comerlo de un cocinero de inventiva capaz de imaginar ciertos prodigios culinarios pero impotente, por desgracia, para crear al propio tiempo paladares y estómagos capaces de resistir sus triacas magnas de cocina.

Por eso me he reído ya y me reiré otra vez, aprovechando, de los que sostienen que en los barcos, como dicen ellos, se come muy bien. Se paga siempre bastante para comer bien, me consta, pero no se consigue más que cuando hay convidados, ó cuando se tiene mucho apetito ó cuando da la casualidad de tropezar con un buen cocinero, cuya última hipótesis no es frecuente en realizarse, puesto que el tal artista ha de ser elegido entre los marineros del buque, que puede estar muy bien tripulado sin que haya á bordo ningún Fornos ni siquiera un tío Lucas, el de las judías estofadas.

No hablo del caso posible en que se contrata un cocinero particular ó un mayordomo que se encarga de preparar el alimento: esto es extraordinario, pero aun con ellos, á los ocho días de mar, la mesa de los jefes y la de los oficiales parecen las de un bodegón fantástico ó de magia natural. La metamorfosis del huevo se lleva allí al colmo: la sicosis de la conserva pasando desde el salmón en aceite hasta la lengua ahumada; la transfiguración maravillosa del *jambón de mer*, vulgarmente llamado bacalao, en legumbre, en entrada y hasta en sopa y plato de repostería; el sucesivo avatar de la sardina que se presenta primero en aristocrático baño y *sans arêtes* para acabar su evolución bajo la forma humilde de la humildísima corista de un barril; la invasión *lenta pero continua* de la patata vulgar asada, frita, cocida, en pasta, en tirabuzones y así sucesivamente hasta el infinito..... Todo esto ocurre y sobre todo eso, pasable al fin y al cabo, la realidad cruel de servir en cierta ocasión, como plato fuerte de un almuerzo, higos secos ¡rebozados con huevo y fritos!

Sólo el marinero continúa impertérrito comiendo su apetitoso y suculento rancho, con tocino siempre y con carne si se mata á bordo, bebiendo su buen vino catalán y tan gordo él y tan contento.

Los trabajos de la marinería son muy rudos y todavía en nuestra marina militar la mayor parte de ellos se ejecuta á fuerza de brazos y de pulmones; si así como hay un aparato, el podómetro, que indica los pasos que da en un tiempo determinado la persona que lo lleva encima, hubiera un dinamómetro que pudiera medir los esfuerzos musculares que al cabo del día ha desarrollado un marinero se asustaria cualquiera al ver la suma; baldear, remar en los botes, dar ó quitar velas, todos los ejercicios exigen fuerza y resistencia grandes en los encargados de efectuarlos y así es natural que éstos coman bien ya que es una verdad como un templo, aunque sea mala comparación, que «tripas llevan pies.»

A todos los caballeros y aun señoras particulares que han visto un buque á la hora de comer la gente les ha sorprendido el espectáculo y la cosa no es para menos como reconocerá cualquiera que de buena voluntad quiera leer la descripción que en bosquejo voy á intentar seguidamente tomando el asunto en un buque grande y en puerto.

La amplia y despejada batería, inundada de luz y de aire puro, aparece llena de mesitas simétricamente colgadas á una y otra bandas en toda su longitud ocupando los huecos que entre sí dejan libres los cañones; en los bancos que rodean las mesas se sientan los marineros correspondientes y un cabo, el del rancho aquel, que preside la mesa y les sirve á todos en sus respectivos puestos, platos y vasos, el pan, la demás comida y el vino tomándolos de una especie de baldes; – los llamados gavetas, que tiene al lado y él ha ido á llenar á la cocina y á la despensa. Todos descubiertos y en sus sitios marcados comen y hablan los marineros, con orden y compostura superiores á lo que buenamente pudiera esperarse, mientras que, descubiertos también, se pasean de popa á proa un oficial de guardia y algunos contramaestres y sargentos, más para cumplir el precepto de la Ordenanza, que así lo dispone, que por ser hoy necesaria su presencia, pues es muy raro que tengan que intervenir en nada. Así trascurre el tiempo de la comida hasta que suena el toque de «levantar mesas» y lo que llama la atención durante ella no es sólo el orden reinante y la compostura inalterable, que los he citado ya, sino que sorprende también ver á cada marinero con su plato, su vaso y su cubierto propios, aunque éste sea sencillísimo; es decir, que choca la desaparición completa de aquella fórmula, tan expresiva como poco limpia, de «cucharada y paso atrás» tan en uso entre las fuerzas terrestres.

Resulta una función con su poquito de solemnidad y todo, la comida de la gente.

Está muy recomendado que se respeten las horas de las comidas y que durante ellas no se distraiga á la gente en otras atenciones y así sucede hasta el punto de que jefes y oficiales demoran muchas veces su ida á tierra para que no coja fuera la hora de la comida á la gente que ha de esquifar el bote.

En el desayuno todo es animación y ruido: suele to-

marse sobre cubierta y lo constituyen un par de galletas, un trozo de tocino y café caliente: algunos rompen las galletas golpeando con ellas un palo ó cualquier esquina del buque por más que el método marinesco consista en abrazar la galleta con los dedos de la mano derecha y darle un golpe en el centro contra el codo izquierdo presentado en la actitud más ofensiva posible; esto es lo clásico, pero como la música y como la cirugía clásicas, como todo lo clásico, no se halla al alcance de cualquiera; á lo mejor, da cada dolor en el brazo que sufre el choque.....! En la comida, en cambio, y en la cena no hay más movimiento que el de los tres ó cuatro testigos que pasean y el natural en los comensales ni más ruido que el rumor de las conversaciones.

Para anunciar la comida sí que hay alboroto y grande: el centinela pica las doce en la campana de á bordo y al mismo tiempo suenan las cornetas y los pitos de los contramaestres. Por eso decía, al escuchar tan estrepitoso anuncio, un marinero (que debía ser excéptico y descontentadizo si los hay) dirigiéndose á su mesa en la batería:

– ¡¡Vaya unos fríjoles cacareados!!

FEDERICO MONTALDO



EL BURGOMAESTRE PANERAS Y SU ESPOSA EN TRAJE DE ANTONIO Y CLEOPATRA, cuadro de Rembrandt

EL VAIVÉN DE LA CUNA

(Conclusión)

– Me casé hace seis años, con una rica señorita (al decir esto colocó su bastón horizontalmente sobre los curvos brazos de la butaca apoyando él su pecho como en un balconcillo). ¡Rica, bastante rica... pero en fin, no fué éste el mayor encanto para mí! si bien yo estaba más pobre que las ratas; mi mujer era hermosa, es hermosa... figuraos una criolla brasileña hija de una bahiense y de un portugués! ¡realmente la criolla de Río Janeiro son las mujeres más bellas del mundo; pero esto no es del caso (añadió tornando á su expresión melancólica). Debió asombrarme que una tan linda y rica muchacha me fuese otorgada... Pero cuando uno se casa no es capaz de sentir asombro por nada.

El bastón sirvióle entonces para hacer molinetes, golpear el pavimento y dar á los ademanes mayor energía, y con tal nervioso jugueteo fué explicando todos los pormenores de su casamiento: repentinamente se puso en pie y dirigiéndose á la anaquelería de muestras de mi despacho alcanzó una botella de Madeira y dos copas de cata, como tenía por costumbre hacerlo otras veces; llenó las dos copas, bebió una y tornó á sentarse en la butaca; de igual modo brusco dejó la narración comenzada y empezó á desarrollar una singularísima teoría sobre la curación de la locura; yo estaba acostumbrado á aquella incoherencia habitual en el caballero.

Tenía como medio seguro para curar todo delirio ese recurso que emplean en los teatros y en las novelas; un medio escénico ó novelesco por el cual se reproducen los episodios ó la situación que se dieron cuando el enfermo hubo de perder el juicio; así una mujer loca por haber perdido á su esposo, al cual todo el mundo creyó muerto, si éste aparece y se presenta, la enferma vuelve á la razón y así queda dispuesto el mejor de los epílogos.

Obran á nuestro pesar, según el caballero, energías misteriosas en el alma por las cuales ésta queda esclavizada á una emoción, estática y detenida en un momento dado y por más que el tiempo no detenga su curso, ella como la princesa durmiente del bosque aguarda encantada una redención.

– Mi mujer, – dijo el caballero, – está loca, estaba loca cuando hube de casarme con ella; tardé en advertirlo porque su delirio se producía de tarde en tarde... Imaginaos cuánto sufriría cuando por explicarme la glacial indiferencia y el rechazo feroz con que acogía mis amantes solicitaciones hube de vigilarla y la hallé en su cuarto, donde no me era dado penetrar, vestida de blanco con el cabello tendido y meciendo continuamente al compás de canción monótona y dulce una cuna vacía!

Aquella manía de mi mujer se hizo para mí por demás extraña, me producía un enternecimiento y un temor inexplicables, realmente llegó á parecerme que en aquella cuna dormía un niño, un precioso niño... el hijo deseado. Tuvo algunos períodos de lucidez durante los cuales llegó á mostrarse conmigo resignada y dócil: tal vez si en este tiempo el cielo nos hubiera dado un hijo... ¡Ah, mi mujer le deseaba, esta era su locura, la más sublime, la más misteriosa, la difusa pero latente aspiración que toda mujer lleva al tálamo nupcial... Un hijo... le ven en el fondo azul del espacio, en las brillantes nubes de rosa y oro sonreir agitando sus cabellos, alegres los ojos, tendiendo hacia ellas sus bracitos; esas lágrimas que sin saber por qué asoman á humedecer los párpados cuando ellas oyen una nota cromática vibrar en las cuerdas de un instrumento, esa tierna sonrisa que se dibuja en sus labios al contemplar el polluelo que implume aun va á calentarse bajo las alas de su madre, la compasión que sienten por todo, los entusiasmos que las animan, la alegría ó la tristeza cuanto parece y cuanto brilla en su corazón... nace al encanto de ese hijo no llegado que ya las ama y las sonríe.

El caballero tuvo que engolfarse después en serias investigaciones de las cuales salió al cabo, bebiéndose una copa más. Estaba menos pálido y hablaba con mayor entusiasmo.

– Sospeché, llegué á sospechar, tuve celos y al fin eran fundados: tras los celos y su confirmación, no sin cierto rubor confesaré que me sentí generoso y dispuesto á olvidarlo todo.

– ¿Olvidar qué? – me atreví á preguntarle.

Mi mujer había tenido un hijo antes de cansarse; la ley en Portugal manda que sean desnunciadas las mujeres solteras de las cuales se sospeche que puedan haber faltado á la virtud... el padre de mi mujer condujo á ésta á España y allí le fué arrebatado bárbaramente su hijo... He aquí el origen de su locura... Guardad por Dios este horrible secreto... y explicaos ahora por qué causa busco un niño de la edad á que correspondería hoy si viviera el hijo de mi mujer... siempre creí que esto podría devolverle la razón... No opinan así los médicos, pero yo creo que los males del alma sólo pueden curarse con medios que correspondan á la naturaleza espiritual del alma... Ello es que hube de regocijarme al hallar á esa muchachuela, ¿qué perdía con prohijar á esa desdichada? Pues bien, todo es inútil; la historia que hube de preparar y conté á mi mujer aprovechando uno de sus momentos de lucidez, la escena que dispuse para presentarle como hijo suyo á la mendiga no me ha ofrecido otro resultado que el exacerbar más á la enferma... la noche pasada ha sido terrible... me ha perseguido frenética mi mujer, ha intentado arrojarse sobre la niña... hasta que por último rendida de la brega ha quedado á merced de un sueño letárgico... ¡Oh huí, huí... para decíroslo todo... al fin tendré que someterme á los médicos y condenarla á una casa de salud separándome para siempre de su lado.

III

Aseguro que entré en el gabinete lleno de impaciente y vulgar curiosidad, alcé el tapiz esperando ver á la pobre loca poseído del mismo terror supersticioso y excitado por el mismo deseo de contemplar lo extraordinario que suele emocionar el ánimo de las gentes del pueblo al visitar un manicomio. Iba á cumplir un encargo del caballero.

La media hoja del balcón correspondiente al lado derecho estaba cerrada, la otra abierta; se veían en la estancia tres grandes baúles-mundos que contenían sin duda todo el equipaje de una mujer elegante; grandes cortinas de cretona oscura se abrían á uno y otro lado de las ventanas que daban á la fachada principal de la casa; el balcón caía á una callejuela estrecha como las de Toledo; sin saber por qué hube de acordarme entonces de mi hijo al cual hacía tres años había hecho embarcarse con destino á la oficina de un corresponsal mío de Inglaterra; quise libertarle de sus propios extravíos.

El caballero me había suplicado que intentase hablar á la enferma; fiaba en que la intervención de un desconocido pudiera impresionarla; yo temblaba; siempre había ejercido un saludable influjo en toda clase de personas; pero entonces no tenía gran confianza en mí; debería hacerme pasar por el protector de la mendiga asegurando á Amelia que ésta, la muchacha, era realmente hija suya.

Amelia estaba de espaldas á la puerta, ví su figura delgada y erguida, sus negros cabellos extravagantemente peinados, sus brazos flacos, su blanco vestido fantástico; no llegó á notar mi presencia en un principio, pasaron algunos segundos durante los cuales sentí mi ánimo vacilante, me dominaba el miedo, esperaba ver repentinamente alzarse á aquella mujer y arrojarse á mí fiera y descompuesta lanzando sus horribles gritos de loca y clavando sus uñas en mi robusto cuello.

En aquella habitación no había podido penetrar nadie, la desdichada enferma se imaginaba que iban á arrebatarle el niño imaginario que creía ella dormido en la cuna. Descubrí á la mendiga medio oculta tras un espeso tapiz: su timidez y su confianza suscitó en mi memoria el recuerdo de aquel perrillo que vivió muchos años en la jaula de la leona del jardín de plantas.

Amelia seguía moviendo, sin cansarse, la cuna y cantando un fado de los marineros de Setubal, un arrullo de las pescadoras que mecen la cuna de su hijo en tanto que la mar y los vientos trastean la barca donde el padre tiene ante sí la amenaza de la muerte. Cronométrico vaivén ante dos destinos desconocidos.

No sé por qué, lo repito, me conmovía aquella delirante mujer; me explicaba ya la razón por la cual había rechazado la supuesta hija que su marido había fingido hallar; ella quería su niña ó su niño perdido, la propia criaturita que le habían arrebatado de sus brazos; me engañé, no lo deseaba, creía porseerlo, vivía en esta dulce ilusión, contemplaba un pequeñuelo en aquella cuna, un hijo para todos menos para ella invisible... y eternamente á ser posible, había de estar meciendo su dulce sueño.

A los golpes acompasados de aquella cuna se perdían todos los demás ruidos de la vida. Sé muy bien que no vivimos en tiempos de atraso... este delirio reflejaba la más sublime aspiración de la mujer.

¡Dios mío! ella se volvió, suspendió su canto y fijó en mí la penetrante mirada de sus grandes y rasgados ojos; sentí un inmenso calofrío, me parecería verme sorprendido por un peligro, semejante á esos que nos producen los terribles espasmos de los sueños tétricos... dejóme sin ánimo ni para hablar ni para dar un paso; hubiera huído lanzando alaridos de espanto; aquellos ojos tranquilos y lucientes, eran para mí terribles... y dulces.

No sabemos qué sabio ha dicho que siendo el cerebro humano la condensación de todo el árbol zoológico se inician en él brusca é inesperadamente los feroces instintos de las bestias: aquellos ojos eran los de la recelosa y ciega maternidad de una fiera en su cubil guardando á sus cachorros...

Tenía el invencible poderío de la naturaleza, la energía maternal.

No me moví; quedéme extático, y tal vez la pobre enferma me confundiese con lo inanimado, con los objetos y los muebles del cuarto... Volvió su cabeza, tornó á su canto acompañando el incesante vaivén de la cuna.

Aquellos golpes acompasados me aturdían, diríase que



CUIDANDO Á SU HERMANITO, cuadro de G. King



¡VENCIDO! CIERVOS EN LA SELVA



AMERICANA, DIBUJO DE ALBERTO RICHTER



MUERTE DE JULIO CÉSAR, cuadro de P. Rochegrosse



EN EL PATIO DEL ARSENAL

despertaban en mí una especie de remordimiento... sí, hacía diez y ocho años, y lo había olvidado, pero entonces se reprodujo en mi memoria, yo conduje en la diligencia de España y oculté en una inclusa borrando toda huella un recién nacido... aquella mujer podría tener entonces unos treinta y cinco años...

La cuna seguía golpeando acompasadamente en el suelo; un sudor copioso y frío inundaba mi cuerpo; entonces advertí una cosa terrible: frente por frente al balcón, en la casa vecina, brillaban algunas velas encendidas alrededor de un pequeño ataúd en el cual había un niño coronado de flores, vestido de blanco, muerto, rígido, amarillento... la enferma tenía ante sí aquel cuadro, pero no lo veía... Su niño estaba en la cuna; veríale ella con sonrosado color en la cara y percibiría sus dulces sonrisas...

Era ella, la hija de Marqués, mi principal... sus ojos, su risa, mero lujo de su triste faz... Aquella terrible cuna no cesaba en su golpeteo, el vaivén era incesante, eran golpes horribles en mi corazón; sentía que me ahogaba... la madre reía, fijaba en mí sus terribles ojos, y no hallaban descanso mis oídos: aquel tic-tac insoportable dió conmigo en tierra; toda la sangre congestionó mi masa encefálica...

Una aguda lanceta abrió mis venas y pude vivir. A los seis meses partía para Méjico: pero aun cuando á las altas horas de la noche me agita algún insomnio creo oir el compás de la cuna en vaivén terrible, no acabando jamás de medir todo lo enorme de mi criminal y servil complicidad.

José Zahonero

EL BOBO DE LA FERIA

I

– Anda, anda, deja ya la rueca por esta noche, y amáñame algo para la fiambrera que mañana muy temprano marcho para Mansilla.

- Pero, hombre, ¿á qué vas?

– Ya te lo he dicho, mujer, á la feria, á ver si vendo la burra, ó la cambio.

– ¿Quién te ha de dar nada por ella? ¿No ves que es más vieja que la sarna en Asturias?... y luego con aquella oreja colgando, y tuerta de un ojo, y del otro tampoco ve apenas.

– Pues así y todo la he de vender, si Dios quiere, ó la he de cambiar por otra mejor. ¿No has oído decir que en cada feria hay un bobo? Pues malo será que yo no dé con él y le enjergue la burra nuestra y me traiga la suya ó sus cuartos.

– ¡Sí! por fuerza vas á ir tú á dar con el bobo, en caso de que le haya, que no siempre le habrá por más que lo digan.

– No; de que le hay no te quede duda: los refranes no mienten. El caso es buscarle ó acertar á dar con él, pero para eso tengo todo el día por mío.

– Sí, todo el día... Todo el día podías estar sembrando, ahora que está buen tiempo... sabes que marchándote tú, el criado tampoco hace labor de preste...

– Deja, mujer, que más días hay en el año.

– Y todos son necesarios para mantener á estos hijos queridos, sin guardar más fiestas que las que Dios y la Santa Madre Iglesia nos han puesto.

– Bueno, bueno: déjame de retóricas y prepara la fiambrera, no seas boba. Mira que, si no, me iré á comer un guisadillo picante á uno de aquellos tabernáculos que ponen en la plaza estos días, y te sale más cara la cuenta. No se puede menos de vender ó cambiar ese pobre animal que ya no sirve...

– Para nosotros sirve bastante... Para llevar el pan á la siembra y volver después á llevaros la comida...

– Tú misma acabas de decir que es vieja y que no ve. El mejor día tropieza y...

– Tú sí que vas á tropezar con otra peor; pero, en fin, que te haremos... siempre te has de salir con la tuya.

- Siempre no; pero lo que es ahora, si he de decirte la verdad, no estoy dispuesto á perder la feria por nada del mundo.

– Pues Dios quiera que bien te pinte...

Así hablaban Juan y Vicenta, marido y mujer, en Javares, el 10 de noviembre por la noche, víspera de San Martín, que es el primer día de los tres que dura la feria de Mansilla de las Mulas.

Vicenta, convencida de lo inútil de sus retóricas como decía su marido, dejó la rueca y se puso á hacer una tortilla con magras para la fiambrera, mientras Juan, al agradable ruido de la sartén, se durmió en el escaño. Cuando Vicenta concluyó con todo esmero la operación, despertó cariñosamente á su marido, diciéndole:

– Ya lo tiene saquí todo preparado: mira, en esta alforja va la tortilla, y el pan, y en esta otra un poco de vino en la cestella. ¿Para qué has de dar cuartos á las figoneras teniéndolo en casa?

– Claro; si es lo que yo te decía, mujer...

Y los dos se fueron á acostar muy unánimes y conformes.

Al día siguiente al rayar el sol iba Juan Pastrana, meneando las piernas en la burra, camino de Mansilla.

Junto á la ermita que hay á la salida del lugar se encontró con un convecino del otro barrio, Melchor García, con quien había quedado apalabrado el día antes y los dos siguieron en amor y compaña.

Pasaron por Riego del Monte, el pueblo de las dos mentiras, porque ni tiene monte ni riego, y allí se les unieron otros dos amigos que también iban á la feria. Todos se prometían hacer en ella tratos ventajosos.

– ¿Vas á vender la burra, ó á cambiarla? – le dijo uno de los de Riego á Juan.

– ¿Yo? á lo que primero me salga: lo mismo me da á cuestas que al hombro.

– ¿Sabéis lo que os digo? – añadió Melchor dirigiéndose á todos sus compañeros, – que no os metáis á tratar con los gitanos.

– ¿Por qué? – le replicó su convecino.

Porque yo siempre he visto que todo el que se enreda con ellos sale maldiciendo su fortuna: ó le espulgan ó le engañan, ó...

– Porque todos los que se han enredado con ellos habrán sido unos simples, lo demás, los gitanos son hombres como nosotros, y en cuanto á eso de engañar en los cambios... donde las dan las toman. Figúrate tú que no vean la nube que la está saliendo á la mi burra en el ojo izquierdo y la tomen por tuerta siendo casi ciega, verás si les engaño yo á ellos también.

– No te arrimes á ellos, Juan, que has de salir cardado.

– Eso, sí ó no, como Cristo nos enseña.

En estas y otras, se hallaban ya al pie de los cubos de la muralla y dos minutos después dentro de la villa de Mansilla de las Mulas, que este apellido lleva por las muchas y buenas que allí se ponen.

Aunque también se ponen zarrias de todo género, como la burra de Juan y otras peores.

Lo primero que hicieron Juan y sus amigos fué almorzar, porque aunque habían echado la parva al salir de casa, en dos leguas de camino siempre se hacen ganas de tomar un bocado. A más de que, aun cuando no tuvieran muchas, en algo habían de emplear el tiempo.

Cuando concluyeron de almorzar ya los gitanos habían puesto á una orilla de la carretera de Adanero á Oviedo en correcta formación su mercancía.

Es maravillosa la educación que los gitanos logran dar á los burros. Les ponen en apretada fila contra una pared; y allí están sin moverse. Cuando quieren sacar uno para poder exhibirle mejor, le tiran de la cola, y el animal se deja arrastrar hacia fuera.

Le montan, le pasean y le alaban para embaucar al infeliz que va á tratar en él, y si al fin no se llega á hacer trato, le dan cuatro palos y se vuelve á la fila.

Muy entretenido es presenciar en una feria los tratos de los gitanos, de esa familia rapaz de halcones, como los ha llamado Zorrilla; pero es al mismo tiempo desagradable y triste ver cómo engañan y despluman á los incautos labradores, á ciencia y paciencia de las autoridades.

Viven los gitanos del robo y del pillaje. Zorrilla lo ha dicho igualmente, en la preciosa descripción que hizo de ellos el comenzar sus *Cuentos de un loco*, de donde recuerdo'entre otras esta octavilla:

> Por doquiera que el olvido
> Buena ocasión les ofrece,
> Lo olvidado desparece,
> Lo perdido halla señor;
> Y al punto, tal metamórfosis
> Sufre el objeto adquirido,
> Que ya no es reconocido
> Por su antiguo posesor.

Cuando el olvido no les ofrece buenas ocasiones, á parte de los hurtos, y los robos, su ocupación favorita es hacer en las ferias, más que ventas, cambios, exigiendo siempre dinero encima.

«Más vale mal cambio que buena venta» dicen ellos, porque de este modo les queda el dinero que les dan encima poco ó mucho, y les queda la res buena ó mala para seguir tratando. Que á ellos poco les importa que sea mala ó buena; el caso es que sirva para hacer otro cambio aunque sea por otra peor, sacando arriba otros cuantos duros.

– Er año *pazao*, – decía una vez una gitana á otra, yendo precisamente para la feria de San Martín, – *noz* pintó á *nuzotro ezta* feria *mu* bien: *zacamo cerca* de *sien duroz* y *noz quearon* las *mizmaz beztias*.

Este es el ideal del gitano, hacer dinero sin disminuir la piara...

El pobre Juan que no había leído á Zorrilla, ni había querido hacer caso de los sanos consejos que le daba Melchor por el camino, apenas acabó de almorzar se fué hacia los gitanos, como va el pajarillo hacia la culebra.

–*¿Quiuzté cambiá* la *bucha*, amiguito? –le dijo el primero que le vió.

–No hay inconveniente, –contestó Juan, echándoselas de hombre capeado; –dándome otra mejor y dinero encima...

–*Eza* palabrita *ez mía compare*. ¿Qué dinero le van á *uzté á dá*, ni *ensima* ni embajo por ese animalito *ansiano*, tuerto de un ojo y con una nube en el otro?... Lo de darle á *uzté* otra mejor ezo zí corre de mi cuenta... tengo yo aquí *pa uzté* una bucha de *estampa* y de *rezplandó* que va *uzté* á *vé*. –¡Gallarda! ¡fuera! –gritó el gitano tirando del rabo á una burra enorme que obedeció y salió de la fila.

Un muchacho como de doce años montó en seguida en ella y salió por la carretera á trote largo, mientras el gitano principal decía á Juan, que ya no apartaba los ojos de la burra:

–¿Ve uzté amiguito? ¡*zi ezo ez groria!*... ¡*ezo ez un animá*, y no eza *probesita mizeria* que trae *uzté* ahí!...

Veinte minutos después iba ya Juan á reunirse con sus compañeros montado en la burra grande del gitano por la que había dado la suya y tres duros.

Satisfecho en gran manera de su cambio, y deseoso como iba de contar su triunfo, al llegar á los caños de Gracia le salió al encuentro un gitanín de cinco ó seis años, medio desnudo, sin más ropa que una camisa sucia y unos trapos negros de pana que habían tenido forma de pantalones: el chiquillo comenzó á decirle medio cantando:

–¡Ajá! ¡*ezo quería* yo! ¡*eza* bucha no vale *ná!* ¡*eztá* la *probesita amuermá* y *ze* va á morí!... *tooz estoz díaz* la daba mi *pade* agua con harina, y *hasta azí, azí* (el niño hacía aquí movimientos maxilares remedando una deglución dificultosa) porque no *pué pazá*...

–¿Oyes esto? –le dijo Juan á Melchor que acababa de reunírsele.

–No hagas caso: lo dice para que vuelvas á cambiar otra vez.

–¡Quiá hombre! ¿Este niño había de tener malicia? No; yo no llevo esta burra: vuelvo á ver si la cambio.

–Habrá que dejarte, –le dijo Melchor con tristeza.

Volvió Juan á enredarse con los gitanos, y tras de otro rato de charla, dejando la burra que le acababan de dar y otros dos duros, salió dueño de un borriquillo de menos talla, pero al parecer mucho más listo.

–¡Ajá! *ezo* quería yo! –volvió á canturrearle el rapacín gitano en el mismo sitio ¡qué maja era la bucha!... ¡*ese* buche no vale *ná!*...

Pero esta vez ya Juan no escuchó la voz de aquella sirena andrajosa. Ató el burro con los de sus compañeros, comió con ellos cuando fué hora, y con ellos á media tarde echó á andar para casa.

Al sentido de las otras caballerías y por el antiguo *Camino ancho* de Mansilla á Valencia, que era llano como la palma de la mano, el burro de Juan llegó á Javares á buen paso sin dar un tropezón siquiera.

Con lo cual excusado es decir que Juan llegó á casa más hueco que un azucarillo.

–¡Vicenta! Vicenta! –gritaba apeándose á la puerta del corral, –abre y verás si he ganado con ir á la feria. ¡Mira –continuó cuando su mujer abrió la puerta, –mira qué burro más hermoso traigo!

–No parece malo, –dijo Vicenta, –pero también te habrá costado buen dinero.

–No tanto como vale, ni con mucho. Sólo por cien reales, porque la nuestra burra nada valía. Ya ves... –al decir esto Juan muy lleno de satisfacción arreó al pollinejo que marchó de frente. Y como no estaba del todo frente á la puerta, llegó á dar con la cabeza en la tapia.

–¡Jesús! ¡Si estará ciego! –dijo alarmada Vicenta.

–Calla, mujer, no seas tonta, –replicó su marido, –¿qué ha de estar ciego, si ha venido como una exhalación todo el camino?

–¿Pues cómo no ha visto la puerta?

–Es que habrá querido ir á rascarse. Ya verás como ve de sobra.

Y diciendo esto, Juan, que había cogido el burro de cabestro hasta meterle dentro del corral, le soltó y le echó por delante, con tan mala fortuna, que el animal, en lugar de encaminarse á la cuadra que estaba padiente fué-se á dar contra uno de los postes que sostenían el corredor un fuerte testarazo.

–¿Todavía dirás que no es ciego? –exclamó Vicenta, –¡Dios mío! ¿Por qué habrás traído esto para casa?

–Es que se ha distraído, decía Juan, mientras su mujer sacaba un puñado de cebada en un cribo, y con cuidado de no agitarlo para que no rugiera, se lo ponía al burro delante de los ojos.

El burro no hizo por comer.

–¿También ahora se distrae? –dijo Vicenta.

–Puede que no tenga hambre, –replicó Juan tímidamente, –como quien se va convenciendo del chasco, pero sin querer dar su brazo á torcer todavía.



[illegible] CIEGO, estatua [illegible]

Entonces Vicenta meneó el cribo haciendo sonar la cebada, y el burro estiró el cuello instantáneamente y se puso á comer con tal ansia que parecía que iba á tragarse cribo y todo.

–¿Qué dices ahora? –exclamó la mujer de Juan, no con el aire de triunfo del que acierta, sino con el tono doliente de quien quisiera más haberse equivocado –¿qué dices ahora?

–No sé mujer, no sé qué diga... parece cosa del enemigo... pero si efectivamente es ciego, no tengo más remedio que volver á la feria mañana.

ANTONIO DE VALBUENA

(Continuará)

FÁTIMA LA ASTRONOMA

ó el muezín de la Almudena

POR DON FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

En la olvidada edad, en que Madrid estaba en poder de los muslimes, contenía la actual Corte de España en breve aunque fortificado recinto, no escasa población de cristianos, de judíos y de sectarios de Mahoma, según cuadraba á su condición de cabeza ó capital, que lo era sin duda, respecto de crecido número de caseríos y aldeas, que poblaban la entonces frondosa vega del Manzanares. Cerca de arroyos afluentes á este modesto río, alzábanse Húmera, Carabanchel, Leganés y Villaverde, y en su propia margen izquierda avanzando hacia la desembocadura en el Jarama que terminaba la vega por Vacía-Madrid, la villa de Perales que se llamó también de su nombre. Había aumentado grandemente la importancia del baluarte de la vega del Manzanares, desde la invasión de los sarracenos, estimado el antiguo Castillo de Miaco, cual posición estratégica en la defensa de Toledo y lugar fortificado sobre manera, propio para reprimir los ataques de los cristianos, que solían amenazar el poderío de los califas cordobeses, adelantándose desde Salamanca y Burgos hasta Ávila y Segovia, de donde pasaban á interceptar las comunicaciones entre los alarbes de Aragón y Andalucía, no sin correrse á las veces hasta saltear la frontera baja del país mahometano por Guadalajara y Alcalá. Hermoseaban ya el interior de Madrid jardines, alamedas, construcciones de admirable fábrica, termas y alcázares y no insignificante número de iglesias, sinagogas y mezquitas, descollando sobre los edificios religiosos y aventajando á todos los madrileños en magnificencia la mezquita mayor, llamada Aljama, que entre los moros vale tanto como *catedral* (1). Asentada en la parte más elevada del recinto murado y en el mismo cuartel ó barrio del alcázar preferido por los magnates sarracenos, era conocido aquel templo con el nombre de Aljama de la Almudena, esto es, de la ciudadela ó *alcazaba*. No tenía igual la aljama de Madrid en *almedinas* y lugares en muchas leguas á la redonda, prefiriéndola no pocos agarenos á las de Toledo y Calatrava y haciendo notorio mérito de su antigüedad por ser tradición muy recibida que fué el arquitecto autor de su traza, y quien mandó echar sus cimientos, aquel insigne caudillo, alarife y gran alfaquí Az-zamh Az-zanéni, que labró las de Zaragoza y Calatayud. Ocupaba sitio el templo mahometano de la Almudena, á poca distancia del actual emplazamiento de la iglesia nombrada de la Encarnación: formaban sus dependencias una serie de edificios y cercas de extensión considerable donde al lado del hospital abundantemente provisto y bajo el régimen de médicos insignes y del hospicio, albergue decoroso para peregrinos y extranjeros, lucía la madrisa ó escuela general de estudios con su biblioteca, jardín botánico y observatorio astronómico. Constituía, no obstante, su parte más granada la verdadera mezquita, templo precedido de vasto patio rectangular con arcadas al rededor y albercas para las abluciones, siendo su interior de fábrica maravillosa, donde el techo, sostenido por esbeltas columnas de mármol, mostraba artesonado de madera de cedro con vistoso alicatado, y las paredes labores de gallarda lacería con ajaracas y atauriques, que ponían de resalto las cenefas de gracioso almozarabe.

Pero lo que atribuía mayor celebridad á la aljama era sin disputa la belleza y buena disposición de su alto minarete, en que alzándose la azotea sobre una ancha torre cuadrada de cinco pisos muy elevados, levantábase del centro otra torre más pequeña de tres cuerpos coronada por una cúpula cuadrángula.

Al declinar el siglo X de la Era Cristiana (IV de la hégira) la aljama de Madrid era reputadísima merced á los sabios que dispensaban la enseñanza en sus escuelas, entre los cuales lograban renombre insignes gramáticos, astrónomos, teólogos y jurisconsultos. Subió de punto su fama y crédito científico al explicar en ella Moslema Ben Ahmed el-Mageriti (el Madrileño), quien después de haber cultivado la Química en su patria (2), cursó Música, Filosofía y Astronomía en el Irac-Arabi bajo la dirección de Aben Rifaat, Presidente de la Academia ó Asociación de Filósofos intitulada de los Hermanos de la Pureza, cuya celebrada Enciclopedia fué el primero en traer á la Península (3) donde abrió cátedras de Música, de Astronomía, de Observación y de Matemáticas.

Aspiraba Moslema, como su maestro Aben-Rifaat, á ejercer una verdadera renovación en las mismas imprimiendo á sus enseñanzas cierto carácter que, con ser presentado como antiguo y de nueva restauración, era en el fondo originalísimo. Y puesto que fueran atacados violentamente desde el principio su método y doctrina, logró, con todo, formar insignes discípulos y que se recibieran bien, hasta por los alfaquíes devotos, sus innovaciones en la música vocal las cuales tiraban especialmente á desterrar del canto sagrado ciertas aplicaciones profanas.

Entre los numerosos alumnos, que recibieron la enseñanza de Moslema, granjeó señaladamente el cariño del profesor un joven moreno, de ojos negros, mediana estatura y aspecto melancólico, el cual había frecuentado con asiduidad sus lecciones. Llamábase Zeid Al-Lajmí y era natural de la aldea de Santa Olalla en la cora de Toledo. Huérfano desde temprana edad, había hallado acogida en el colegio perteneciente á la fundación piadosa de la aljama madrileña, donde se consagró con febril ansiedad al conocimiento de las ciencias, siendo una maravilla de ingenio y disposición para todo orden de estudios y singularmente para el cultivo de la poesía, de la gramática y de la música vocal, é instrumental. Contaba sólo veinte años, cuando la muerte de Suleimán Ben-Mahfot, almuedano, muezín ó sacristán mayor de la mezquita aljama de la Almudena le brindó con una posición remunerada suficientemente, para que pudiese vivir con holgura, obteniéndola en propiedad por el voto unánime de alfaquíes y patronos, atenta la excelencia de su voz y canto, aunque no sin la recomendación y buenos oficios de Moslema.

Madrugaba Zeid el día 2 de Rabi segundo del año 384 de los mahometanos (15 de mayo de 994) ganoso de dar principio á las funciones de su cargo. Mucho tiempo antes de que comenzase á rayar la alborada, corría el nuevo muezín las cortinas del agimez de su aposento, situado en las casas anejas á la mezquita, y, después de vestirse cuidadosamente á la luz de una bujía atravesaba el trozo de calle, que le separaba de la puerta de la torre. Llegado á ella subió con ligero paso las veinte empinadas rampas que le separaban de la primera azotea, en cuyo recinto se instaló para aguardar el momento de llamar á los creyentes á la azala ú oración del alba, denominada de *Alasbeh* (4). Sentado en una esterilla colocada en un rincón de la azotea y con la mirada puesta en el Oriente dejaba vagar

(1) Al-Edrisi menciona en su Geografía la mezquita catedral que tuvo Madrid, en tiempo de los muslimes. Véase á Dozy y Goeje *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, p. 229.

(2) Guárdase en la Biblioteca Escurialense (Cód. 947) juntamente con una obra del mencionado Almageriti sobre Astrología y Medicina Hermética un tratado de Alquimia escrito por él en 348 de la hégira (959 de J.C.) antes de su viaje á Oriente.

(3) Consérvanse ejemplares de algunas partes de este libro en la Biblioteca del Escorial (Cód. 928) y en la imperial de Viena.

(4) Esta *azala* que es la primera de la cinco canónicas ú obligatorias para todos los días ha de rezarse. Según rito, al vagar la aurora ó cuando el sol se halla diez y ocho grados bajo el horizonte por la parte de Oriente. Los devotos y la generalidad de los muslimes que no tienen impedimento para ella rezan antes de ella y de su convocatoria la llamada de *Alfejer*.



¿EN QUÉ PARARÁ? cuadro de Cayetano Chierici

libremente sus pensamientos cuando vino á sacarle de su meditación el acento de una voz dulcísima, como no había herido jamás sus oídos, modulando á poca distancia de la torre suave canto que acompañaba el sonido de bien templado laúd.

Dirigió Zeid sus miradas desde la plataforma del minarete, buscando en vano en las azoteas de las casas que rodeaban la mezquita la persona que cantaba y pulsaba el laúd con tanta maestría, hasta que cesó el canto de repente sintiéndose un rumor cercano como de personas, que recitaban las invocaciones del *Fejer*.

Rezóla á su vez el almuedano, mas al concluir las postraciones de la segunda *arrikaa* (adoración) puesto ya en pie, según demanda el rito, sintió que un rayo crepuscular hería sus ojos, contemplando á la confusa luz en el terrado de una casa vecina, entre otros utensilios difíciles de distinguir, un laúd colocado sobre una almudara ó mesa pequeña. Gozoso del descubrimiento inclinóse sobre la *acitara* de la plataforma y entonó con voz excelente y modulada á maravilla, la convocatoria de *Masbeh*, sin multiplicar por falta de estudio el efecto desagradable de los ecos, sin decaer la gallarda entonación desde *Al-lah Acbar* (1) hasta la li-la-i-la (2).

Luego que terminó Zeid la plegaria de su llamamiento, comenzó á examinar prolijamente la casa y azotea donde había visto el laúd. Era aquélla un edificio de paredes altísimas, situado á un tiro de flecha de la mezquita, coligiéndose su buena disposición y capacidad por la azotea y terrado que la cubría. En él había puesto su observatorio un astrónomo según se dejaba entender por una meridiana trazada con mucho arte, un horizonte artificial, tubos para contemplar los astros durante el día, cuartos de círculo y astrolabios.

En la azotea no se advertía, sin embargo, que hubiese gente, habiendo desaparecido quien tocaba el laúd que, á juicio del muezín, según el timbre y delicadeza de la voz, debía ser una mujer joven. Sin que Zaid acertase á explicarse la causa, la curiosidad despertada en él por la desconocida cantora, no le dejó sosegar aquel día. Siguió llamando sucesivamente á los creyentes á las horas señaladas, para que rezasen las otras cuatro plegarias prescritas, hasta cerrar la noche con la última vislumbre del crepúsculo vespertino; hallando siempre desierto el terrado objeto de sus investigaciones. A la mañana siguiente se apresuró á acudir muy temprano á la torre, donde se le ofreció en la azotea de la cantora un espectáculo sobremanera interesante

(Continuará)

(1) Vale tanto esta expresión como *Dios grandísimo* ó *poderosísimo*, palabras con que encabeza el muezín su llamamiento á la oración.

(2) Término de las frases de la convocatoria. Encierra las palabras de la profesión de fe musulmana. – No hay Dios sino Dios que se abrevian en la pronunciación vulgar bajo esta forma ó la de Li-l-lah li-l-lah.

RECREOS CIENTIFICOS

El editor Masson acaba de publicar la quinta edición de un libro que ha merecido del público una acogida excepcional, y que, premiado por la Academia francesa, se ha traducido á los principales idiomas de Europa, habiéndose vendido más de 20,000 ejemplares de la edición francesa. Estimulado por semejante éxito de parte de los amigos de la ciencia, el autor ha perfeccionado sin cesar su obra; la nueva edición ha quedado del todo refundida, y la *Física sin aparatos* constituye un conjunto bastante completo. De los muchos grabados nuevos que se han añadido damos aquí dos con el texto que los explica.



Fig. 1. – Fuerza centrífuga. El bastón-honda

La figura 1 demuestra el modo de hacer una honda con un bastón y una patata: con la punta del primero se pincha la segunda, de modo que ésta se adhiera, fijándose con suficiente solidez, y hecho esto se hace girar el bastón á la manera de una honda, deteniéndole bruscamente en el momento de una rotación rápida, cuando su extremidad se dirige hacia arriba. De este modo se consigue arrojar la patata á considerable altura.

La figura 2 representa el clásico saca-piedras de los escolares: sabido es que este objeto se compone de una rodaja de cuero humedecido, en cuyo centro se sujeta una cuerdecita. Esta rodaja, aplicada sobre una piedra del suelo, se oprime bajo el pie, y cuando se tira de la cuerda forma como una ventosa, tan fuerte, que cuesta trabajo separarla del cuerpo á que se adhiere, el cual puede levantar si no está bastante encajado en el suelo.



Fig. 2. – Presión atmosférica. El saca-piedras

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VII — BARCELONA 27 DE FEBRERO DE 1888 — NÚM. 322

EL ANDAMIAJE DEL MONUMENTO Á COLÓN, proyectado y ejecutado por el arquitecto D. Juan Torras

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL ANDAMIAJE DEL MONUMENTO Á COLÓN proyectado y ejecutado por el arquitecto J. Torras

¿Resistirá?... - He aquí la pregunta que se hacían todos los barceloneses á tiempo precisamente que las circunstancias imponían su dimisión al presidente de la República francesa.

Y nosotros decimos con íntima satisfacción: - ¡Ha resistido! - con lo cual queda demostrado que en la preocupación de los barceloneses para nada entraba la suerte que la política deparase á M. Julio Grevy.

Lo que dividía la opinión pública en la ciudad condal era si el andamiaje construído para elevar las grandes moles destinadas al monumento Colón resistiría ó no el peso de que iba á ser cargado. Por nuestra parte, lo decimos con plena sinceridad, jamás se nos ocurrió dudar del éxito. Y no porque hubiéramos repasado los cálculos del problema ni tengamos en esta materia competencia alguna; sino porque conocemos hace muchos años al autor del proyecto y estábamos persuadidos de que el arquitecto D. Juan Torras no podía equivocar un cálculo matemático. Lo que nosotros sabíamos entonces lo sabe ahora el público todo: la modestia innata del ilustrado profesor de nuestra Escuela podrá haberse sentido mortificada por su mismo triunfo; en cambio, la fama que hoy le rodea es un timbre más para su patria.

Aparte la pericia demostrada por el hombre técnico, el Sr. Torras ha dado una prueba de que no es imposible conciliar la ciencia exacta y la elegancia de formas: el andamiaje en cuestión es un portento de esbeltez, una maravilla de simplicidad, una obra destinada á un objeto de pura fuerza y que, á pesar de este objeto, recrea la vista porque tiene indudables condiciones de belleza. La frase unánime de cuantos contemplan esa atrevida construcción es: - ¡Lástima que esté destinada á desaparecer!...

Ello, empero, desaparecerá; y es por esto, principalmente, que La Ilustración Artística quiere contribuir á fijar en la memoria de cuantos contemplen nuestro dibujo la idea de una obra que honra al arte y á la industria de Barcelona en la personalidad de su ilustre autor.

LOS EMIGRANTES, cuadro de A. P. Dawant

Este asunto ha inspirado recientemente á varios artistas, sin duda porque la emigración toma en algunos pueblos un carácter verdaderamente amenazador. No acertamos á explicarnos con qué derecho pretende Europa marchar al frente de la civilización mientras tolera impasible que cientos de millares de sus hijos abandonen el suelo patrio por negarles un pedazo de pan humedecido con el sudor del trabajo. Los periódicos denuncian el hecho, los estadistas lo lamentan, las almas compasivas lo lloran; pero el daño va en aumento y Europa se despuebla en provecho de América.

El cuadro de Dawant da una idea exacta de la emigración, y por lo mismo que es exacta, es triste en su conjunto y triste en cada uno de sus grupos. Entre las muchas figuras que entran en la composición, ni una sola respira la menor alegría: su nota dominante es la miseria, no la miseria disgustante que convierte la necesidad en pretexto de holganza, sino la miseria honrada, que ha agotado sus fuerzas en una lucha desigual y pide á la tierra extranjera el pan que le niega la patria. Es un lienzo que conmueve á cuantos le contemplan: desgraciadamente los males de la sociedad no se curan en las galerías y museos; harto hacen los artistas que llaman hacia ellos la atención de los indiferentes.

UNA VIRGEN DE MURILLO

Hay lienzos en los cuales podría suprimirse el nombre del autor. Los de Murillo son inconfundibles. Unicamente el gran maestro sevillano ha sabido pintar esas Vírgenes, que al parecer no pueden existir sino dentro de la aureola que las rodea. Sentada en trono de nubes la que hoy reproducimos, más que ellas resulta ser ligera y vaporosa; y sin embargo, su cuerpo descansa de manera natural: es que como vulgarmente se dice y en nuestro caso resulta exacto, esa Virgen se encuentra en su elemento. Su mística belleza no es de este mundo; sus formas carecen de materia, sus manos sostienen sin oprimir, contemplando su rostro se concibe el éxtasis. Este cuadro es la más valiosa joya del museo del Haya.

Spahis sorprendidos por una tempestad

cuadro de H. Lang

Los africanos de Argelia son jinetes por naturaleza y batalladores por temperamento. Los franceses, que pudieron convencerse de ello cuando la conquista de aquella región, idearon sacar partido de los indígenas uniéndolos á su causa, y á este efecto agregaron á cada escuadrón de cazadores de Africa un número indeterminado de soldados africanos, á los cuales se denominó cazadores-spahis. La experiencia confirmó las ventajas esperadas de este auxilio, hasta el punto de que en 1834 se decretó la formación de escuadrones de caballería compuestos exclusivamente de indígenas, si bien mandados por jefes, oficiales y sargentos franceses. Los spahis, á quienes se ha dejado vestir el traje del país, jamás han desmentido su valor ni su lealtad.

El destacamento pintado por M. Lang da exacta idea de esos soldados, tan impasibles en los días de tempestad como en los días de batalla. Sombríos, taciturnos, silenciosos, corren el peligro con la calma del que obedece á su destino. Unicamente la presencia del enemigo produce en ellos una explosión de salvaje energía. Empeñan el combate, no para defender su existencia, sino para acabar con la del contrario. Terminado el empeño vuelven á su estoicismo. Vencidos ó vencedores, la gloria es de Alá. ¡*Estaba escrito!*

COGIDOS DE LA MANO, cuadro de Amberg

Cambian los trajes, pero no cambian los corazones. Ciertamente las prendas vestidas por nuestros dos jóvenes han pasado de moda, lo que no pasará nunca es el amor. Esta pasión reviste también sus formas; pudiera decirse que tiene también sus modas: la de Otelo y Desdémona es exagerada, la de Julieta y Romeo poco cómoda; la de Estela y Nemorino es un traje de bebé impropio de enamorados. El amor tiene anacronismos, es indudable; pero tiene cosas comunes á todos los tiempos. Así, por ejemplo, el apretón de manos que se dan los amantes del cuadro de Amberg nunca será anacrónico, antes bien constituirá la suprema dicha de los que aman desde lo íntimo del alma. Quizás alguno tache de frío un amor que con tan poco se satisface. Peor para quien tal suponga: el que llame amor á la unión de las fieras del desierto, es incapaz de comprender la poesía, la felicidad, el amor puro que respiran los personajes de nuestro grabado.

SALA CON ESCALINATA Y MIRADOR en casa del Dr. Hirth

El arte aplicado á la decoración doméstica no ha sido debidamente estudiado. Esto puede ser debido á que no todas las gentes que pueden gastar un caudal en decorar su casa han comprendido las excelencias del arte. Lo rico, lo suntuoso predomina generalmente sobre lo artístico; ó bien si, por fortuna, se posee una verdadera obra de arte, se la exhibe de tal suerte á la contemplación de nuestras visitas, que la misma singularidad de su exposición perjudica á su efecto. Los objetos artísticos y valiosos son como las niñas bonitas y como los hombres de talento; no necesitan reclamos.

El doctor Hirth, que posee especiales conocimientos en arte decorativo doméstico, ha escrito á este propósito una interesante obra titulada: *La habitación alemana*, demostrando cuán en lo cierto estaban los genios del primer renacimiento sosteniendo que el buen efecto es fruto de la combinación armónica de varios objetos que contribuyen al colorido y á la impresión de un conjunto. Y como el doctor Hirth tiene fortuna bastante para demostrar prácticamente la verdad de sus teorías artísticas, ha decorado su casa según ellas y ha obtenido el más completo éxito. Véase sino el grabado que representa uno de los salones de su morada, en donde los muebles más suntuosos y al par más diversos constituyen un todo armónico, dentro del cual nada disputa la preferencia.

El opulento doctor deplora que en Alemania se dé poca importancia á este ramo del arte. Es de suponer que no sea simplemente en su país donde se observe esta falta, efecto sin duda de que allí como aquí, por regla general, el que puede no sabe y el que sabe no puede.

MONUMENTO Á COLON

(Conducción de la base de la columna)

Los progresos de nuestra industria son nuestros timbres de gloria. Al darles la debida importancia, La Ilustración Artística cumple con satisfacción un deber patriótico. Así hoy representamos el acto de ser trasladado á su destino el zócalo de la columna del monumento á Colón, uno de los bloques de mayor peso, si no el que más, fundidos en Europa. Es una obra que honra los talleres de los Sres. Wolghemuth y C.ª, con la cual hemos demostrado no sólo lo que podemos hacer, sino lo que podríamos industrialmente si el Estado protegiera los elementos con que contamos. Ello, empero, vendrá un día en que nuestros gobernantes abrirán los ojos á la luz de la verdad: aquel día se nos hará justicia y la nación española caminará decididamente por la senda del progreso industrial, que hoy recorre de una manera penosa, cual si fuera la triste senda de un Calvario.

FÁTIMA LA ASTRONOMA

(Conclusión)

En tanto que un anciano de blanca barba dirigía el astrolabio al cielo, una figura delicada que no podía ser sino de mujer, alta, esbelta, de grandes y hermosos ojos, de tez pálida y nacarada con largas trenzas de cabello negro, inclinábase sobre una mesa, y á la luz de brillante lámpara de metal, comenzaba á apuntar las observaciones, que le indicaba el astrónomo. Tras un rato de trabajo, en que repetidas veces puso el anciano un astrolabio redondo en manos de la joven, para que comprobase y confirmase por sí misma algunas de las averiguaciones hechas, se dispuso á abandonar el recinto, no sin revisar antes los apuntes escritos por aquella á la viva luz de la lámpara, la cual permitió al almuedano distinguir y reconocer sus facciones. Desde aquel instante, no pudo dudar Zeid de que el observador de los astros era su maestro Moslema, dándose á entender al propio tiempo que la joven que le ayudaba y cuyo canto había producido en él impresión profunda era su hija de nombre ilustre ya por sus escritos, que corrían en las aulas de Astronomía con el título de *Correcciones de Fátima*. Todavía permaneció la joven durante algún tiempo en la azotea, arreglando los utensilios de las observaciones, después de lo cual, se acercó á la mesa, donde estaba el laúd; mas habiendo alzado súbitamente la vista, como echase de ver que era objeto de las miradas del muezin desapareció por la escalera, que daba acceso al terrado. Al fin de la tarde del mismo día, después de anunciar y rezar la oración de *Al-axa*, en el momento en que la noche cubría ya con sus sombras la tierra volvió Zeid á dirigir la vista á la azotea del sabio, donde creyó ver la figura de Fátima que parecía conversar con una niña ó joven de poca estatura, la cual significaba con sus ademanes preguntarla y responderla desde el terrado de una casa más baja, materialmente cubierto en su mayor parte por frondosas macetas de flores. A la mañana se repitió ante el espectador del minarete, en los términos que el día anterior; pero Fátima se retiró antes que su padre. Estimulado el muezin por el deseo de que la joven supiera que la amaba y ganoso de llamar la atención sobre sí, previnose de arco y de una saeta, sin punta, á cuyo cabo ató un papel, y aprovechando una tarde en que se aseguró de que nadie le miraba, disparó con certero tiro la flecha al terrado, no sin certificarse antes de que éste á la sazón se hallaba desierto. El papel escrito de su mano con excelente caligrafía contenía unos versos, que decían de esta manera:

Entre la vida y la muerte
Oscila mi pensamiento,
Que vivo sólo al mirarte,
Y por mirarte me muero.

Muy despacio se encaminaba Zeid á la mañana siguiente al lugar á que le llamaba el cumplimiento de sus deberes, temiendo que rudo desengaño pusiese término á sus esperanzas, cuando al subir por las rampas de la torre le sorprendió agradablemente el sonido de un laúd que no dudó en atribuir á su amada. No se había engañado, la bella mora repetía con admirable expresión los versos compuestos por el almuedano. Este, no pudiendo contener su gozo, se asomó radiante de júbilo á la parte más avanzada del minarete y trocadas por señas, mutuas zalemas y expresivos ademanes de cariño se persuadió de que Fátima le correspondía. Duraron algunos meses aquellas amorosas relaciones sostenidas con indecible decoro y honestidad por ambos amantes á tan desusada altura, sin que pasase día en que el muezin dejase de enviar sendas flecha con mensajes poéticos ni rehuyese la respuesta el bien tocado laúd de Fátima, cuando un accidente inesperado vino á turbar la dicha grande que disfrutaban y la mayor que se prometían tan firmes enamorados.

En 28 de setiembre de 994 llegaba á Madrid el celebrado Almanzor, Muhammad Ben-Abi-Amer, antiguo valido de la sultana de Córdoba, honrado ya entonces con el título de Rey por la autoridad imperatoria del califa Hixem II. Agradábase no poco el antiguo hacendista y jurisconsulto de la corte de Alhacam el Grande de la estancia en dicho lugar fortificado, recordando sin duda que su reputación de caudillo tenía por fecha el día en que reunido en su almedina con Galib, general de la Frontera Baja, resolvió probar la suerte de las armas, rindiendo y arrebatando del poder de los castellanos la fortaleza del Molar. Ahora le era su residencia todavía más agradable, porque acababan de conquistar á San Esteban de Gormaz y á Clunia abatiendo la altivez del conde Garci-Fernández. Grandes fiestas se hicieron en aquella sazón en la Almudena con motivo de tan señaladas victorias, acudiendo á su recinto los moradores de la vega sin faltar ordinario acompañamiento de poetas, ministriles é historiadores oficiosos.

Los alfaquíes particularmente aprovechaban la ocasión de aumentar sus riquezas, representando el grande interés que se tomaba Dios por todos los negocios del Islam. Entre los teólogos que brillaban á la sazón en la aljama madrileña tenía aventajada estimación de docto y concepto de grandes virtudes uno de los más antiguos profesores de su madrisa que ejercía las funciones de imam. Hombre, por lo común, asequible y bondadoso, tenía sin embargo el defecto de estimar muy seriamente su consideración de oráculo, con lo cual se deja comprender que no sobrellevaría sin disgusto la reputación de que gozaba Moslema y que acogería con secreta complacencia los dictados de incrédulo, innovador y heresiarca con que algunos designaban al filósofo.

Era este en su calidad de discípulo de los Hermanos de la Pureza, ferviente motazelita, especie de puritano del Islam é incrédulo respecto de tradiciones poco fundadas, influyendo su ejemplo en sus numerosos discípulos que no se distinguían ciertamente por exagerada ortodoxia. Abultó sinceramente el daño que podía resultar de semejante influencia á los ojos de Ahmed la antipatía que sentía hacia Moslema y movido é instado por los clamores de algunos devotos se resolvió á acusarle ante Almanzor de difundir ideas perniciosas. En consecuencia ordenó Ben-Abi-Amer que se le presentase Moslema y de acuerdo con lo aconsejado por Ahmed dispuso que le acompañase á Córdoba para que explicase su conducta ante el consistorio del Muftí, dado que para evitar el escándalo entre los profesores de la aljama previno el prudente caudillo que de público se dijese que llevaba á Moslema á la capital del Califazgo con el propósito de honrarle. No se ocultó al sabio el objeto del viaje, pero deseando que no se fulminasen contra su querida hija los cargos con que le perseguían, la dejó encargada á una parienta suya, prohibiéndole expresamente que subiese al observatorio para quitar todo pretexto á los alfaquíes de propalar que cultivaba ciencias sospechosas á la ortodoxia musulmana.

Frontera á la casa en que vivían Moslema y su hija tenía la suya un alfageme ó cirujano muslim, conocido por su avaricia así como por sus extravagancias. Moraba con él una hija suya muy preciada de hermosa, la cual por motivo de vecindad era amiga de la hija del astrónomo. Chica de cuerpo, morena sonrosada y de ojos vivos, no carecía de cierto atractivo vulgar de que presumía con exceso. Aparte de esto era agradable de trato, de condición alegre y pasaba largas horas en la azotea cuidando sus tiestos. Más de una vez la había visto el muezin conversar con su amada, y Xemsia, que tal era el nombre de la hija del alfageme, advirtiendo la constancia con que Zeid dirigía sus miradas hacia aquel lado, no receló un instante que solicitase su atención otra que ella.

Durante la ausencia del sabio mostrábase aun más escudriñadora la mirada del muezin, inquieto por carecer de la vista de Fátima. No ignoraba Zeid que Moslema hubiera ido á Córdoba, dado que juzgase como los demás motivo de honra el viaje, pero le sorprendía no poco que Fátima hubiese desaparecido de la azotea, asaltándole la duda de que hubiera acompañado á su padre. Mientras su espíritu flotaba en un piélago de ansiedades, la presen-



LOS EMIGRANTES, cuadro de A. P. Dawant

cia de Xemsia en la azotea le sugirió un día la idea de que ella podría darle noticias del paradero de Fátima. Con tal propósito le dirigió saludos y zalemas esperando que le respondería, pero la mora ruborizada bajó precipitadamente de la azotea no descansando hasta encontrar á su padre á quien refirió la pretensión amorosa que á su juicio expresaban las señas hechas por el muezin. El alfageme que gustaba de burlas aconsejó á su hija que le significase asimismo por señas que viniese á hablarla por la puerta y le facilitaría la entrada. Llegaba presuroso Zeid á la casa de Xemsia y alargaba la mano al llamador de la puerta cuando se apareció en aquel sitio el alfageme y le preguntó severamente qué quería. El almuedano después de alguna vacilación pretextó un dolor de muelas, confirmándolo socarronamente el cirujano, quien fingiendo encontrarle una dañada, le hizo entrar en la habitación que le servía de oficina, donde se la sacó con mucho dolor exigiéndole crecidos honorarios.

Reprodújose la escena varias veces en el espacio de algunos días, en términos que Zeid vió desguarnecer sus encías sucesivamente de sus finísimos dientes molares. La burla hecha al muezin por el alfageme circuló en breve en Madrid llegando hasta los oídos de Fátima á cuyas criadas la refirieron las esclavas de Xemsia, no sin añadir entre sarcasmos que todo lo había sufrido con gusto por el amor de su señora. Entretanto Moslema después de haber defendido su conducta ante los teólogos cordobeses, volvía absuelto y justificado. Fátima podía subir á la azotea y lo verificó, no movida tanto en su concepto por el amor que había tenido á Zeid como por comprobar con sus ojos aquello que se contaba. En el momento en que la astrónoma miró á la torre donde se hallaba el muezin, advirtió que éste mantenía con Xemsia interesante conversación por señas. Parecióle que la hija del alfageme le invitaba á que bajase y como Zeid le mostrase tristemente el lugar donde se albergaron sus muelas, Xemsia prorrumpió en estrepitosa carcajada.

No había sido Fátima el único espectador del impío desenfado de Xemsia: presenciábalo al propio tiempo el presuntuoso imam Ahmed, quien sabedor de las historias que se referían del almuedano quiso enterarse por sí para castigar su descompostura. Al disponerse á echarle en cara lo que estimaba culpables distracciones cayeron involuntariamente sus miradas sobre la hija de Moslema, la cual contemplaba á su vez al muezin con una expresión indefinible en que parecían alternar la ira con el desprecio. Prendado el faquí del buen parecer de la doncella formó instantánea resolución de poseerla á todo trance, creyendo que le brindaba oportuna ocasión la conveniencia de dar un testimonio de amistad al filósofo, si recelaba que él había sido la causa de la persecución sufrida.

Pocas horas después recibía Moslema la inesperada visita del anciano teólogo. Aunque fuera grande su extrañeza por la demanda que formuló relativa á la mano de su hija, el sabio que temía al faquí no se atrevió á rehusarla desde luego, dado que le hiciera presente en términos de cortesía que su hija tenía poca inclinación al matrimonio. Con todo, se ofreció á aconsejarla y á vencer cualquier escrúpulo de la joven que no pareciese resolución incontrastable. Con extrañeza supo el discípulo de Aben-Rifaat que su hija accedía gustosa al casamiento.

En vano envió Zeid numerosas flechas con mensajes á la azotea de Fátima refiriendo la historia de su menoscabo dentario como producido por el deseo de lograr noticias de ella; la rencorosa Fátima los leyó sin convencerse, expresando su semblante cuando le veía en la azotea más burla que lástima. Celebrada la boda del faquí con extraordinarios regocijos atacó al desgraciado Zeid una enfermedad de extenuación que le puso en pocos meses á las puertas de la muerte. Consolábase el amante infortunado con poner en música canciones dedicadas á Fátima, las cuales repetían grandes y menores en las zambras y en las calles de la población.

Una de ellas decía de esta suerte:

Si pasas junto á la losa
Donde estuviere enterrado,
Llámame con tu cariño,
Verás que muerto te amo.

No tardó en llegar á noticia de Ahmed que era Fátima á quien se dirigían los versos, pues Zeid en su locura no se tomaba la molestia de ocultarlo. Movido de furiosos celos tomó la venganza inútil de despojarle del cargo de muezin. Pocos días después los tolbas de la Almudena acompañaban el ataúd de Zeid á la macbora ó cementerio situado en el campo del Moro, donde dieron tierra al cadáver en una torba ó sepultura modesta, poniendo una lápida de canto perpendicular al suelo en que estaban escritos algunos versos compuestos por el difunto para que le sirviesen de epitafio. Su historia, de que se mostró incrédula siempre la esposa de Ahmed, obtuvo mucha notoriedad después de su muerte, refiriéndola hasta los muchachos que se entretenían en hacer resonar la copla citada á los oídos de Ahmed al salir de la mezquita. La misma Fátima parecía frecuentemente meditabunda delante de su esposo, quien ansiando concluir con la creciente superstición que propalaba la muchedumbre de que Zeid resucitaría cuando su amada se acercase á su sepulcro, codició la cruel satisfacción de que tuviese la memoria póstuma de falaz obligando á Fátima á que fuese á la macbora y que colocada al lado de su sepultura delante de numeroso concurso le llamase tres veces cariñosamente por su nombre. La bella astrónoma, para quien la muerte de Zeid había puesto fin á todo resentimiento, gritó dos veces «Zeid» entre lágrimas y sollozos, sin que nada indicase que se cumplía el vaticinio del finado. Al pronunciar lo la última sonó un grito agudo que dejó suspensos á los circunstantes, mostrándose en los aires una paloma blanca, medio muerta, que herida al parecer por las garras de un gavilán fué á dar revoloteando en el pecho de Fátima, la cual cayó al suelo para no levantarse hasta el día de la resurrección. Con esto alentados los ánimos supersticiosos, no faltó quien creyera, que el alma de Zeid había buscado albergue en el cuerpo de la paloma, proponiendo que el ave y la amada del muezin reposasen en la sepultura de este. Opúsose el faquí á tamaña profanación; pero Moslema, que tenía ya el presentimiento de que su hija no era dichosa, decidió ausentarse de Magerit (Madrid), donde no quería ver más al que consideraba como autor de todas sus desgracias. Establecido luego en Córdoba publicó más adelante un *Tratado de Astrolabio* que ha llegado hasta nosotros (1), corrigió las tablas de Juarezmi y de Albatenio, y el compendio que de ellas compuso para uso de los cordobeses no cesó de tener aceptación, hasta que Azarcall publicó su Almemonia dedicada al Augusto de los Reyes de Toledo. Murió el año 1007 de la Era cristiana. Sus discípulos honraron su memoria, y le llevaron en hombros á la última morada. Fué el mas insigne astrónomo de su época y el más antiguo conocido en los anales madrileños.

FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

EL BOBO DE LA FERIA

II

Juan y Vicenta tuvieron aquella noche un poco de espellique.

Las últimas palabras de Juan habían causado en su amada consorte un efecto desastroso.

Eso de que al día siguiente hubiera de volver su mari-

(1) Custodiase en la Biblioteca del Escorial (Cód. núm. 792).



UNA VIRGEN DE MURILLO



SPAHIS SORPRENDIDOS POR UNA TEMPESTAD, cuadro de H. Lang

do á la feria á dejar por allá otros cuantos duros, la desazonaba todavía más que la ceguera absoluta del animalucho que Juan acababa de atar al pesebre.

La pobre Vicenta no había oído en su vida lo de que nunca fueron buenas las segundas partes; pero lo adivinaba.

Y lo que ella decía...

– ¡Tanto trabajo como cuesta ganarlo, y has de ir mañana á tirar otros cinco duros como los que tiraste hoy sin ningún lucimiento!

– La verdad es que hoy no me pintó muy bien, – le contestaba su marido; – pero Dios mejora sus horas...

– El que has de mejorar eres tú. ¿Ves como yo tenía razón? ¿No era mejor que te hubieras quedado en casa como yo te decía?

– Sí, sí, mejor era; pero ya... ¡qué le hemos de hacer!...

– No ir mañana; porque estoy segura de que vas á hacer algún otro cambalache que te cueste tanto como el de hoy, y vas á traer otra caballería peor que la que has traído.

– No, lo que es peor, no cabe.

– También decías anoche que no cabía peor que la nuestra burra, y mira si cupo.

– Verdad es; pero por lo mismo no puedo menos de volver mañana á la feria. Bien lo conoces. ¿Para qué queremos ese animal en casa ciego del todo?

– Para lo que queríamos la burra, que su servicio hacía; y por último si no sirve ni aun para llevar la comida á la arada, le quitas el pellejo para cribos.

– ¡Qué cosas tienes!...

– Así como así el cribo cerrado de la linaza está ya todo roto; y además nos hace falta una zaranda abierta para los garbanzos; que no me gusta á mí andar buscando las cosas por las eras de los otros...

– Mujer, no digas disparates. Porque te hagan falta cribos ó zarandas, ¿habíamos de matar un pollino tan listo y tan guapo? San Antonio le guarde...

– ¿Pues no acabas de decir que para qué le queremos, y que no sirve?

– Bien, mujer: para nosotros no sirve, porque no ve; pero vuelvo á la feria y me le vuelven á cambiar los gitanos, porque á ellos les sirve lo mismo que si viera.

– Sí; para engañar á otro tonto como tú.

– Pues claro: lo mismo que me le dieron hoy á mí se le darán mañana á otro que se descuide.

– Por eso no debes de ir porque contribuyes al engaño.

– No, eso no; yo se le vuelvo á cambiar á ellos que me le han dado; después allá... su alma en su palma, ó *sibi embuten*, como dice el señor cura.

– Lo que ellos se van á embutir es nuestro dinero, embutiéndote á tí en cambio alguna otra plepa.

– ¡Cualquier día me vuelven á engañar á mí!... La verdad es que hoy ni siquiera se me ocurrió mirarle los ojos al burro. ¿Ibas tú á sospechar que fuera ciego un animal que corre y no tropieza? De los escarmentados nacen los avisados.

– Pues el mejor aviso es que no vuelvas...

Y así por este estilo continuó la disputa gran parte de la noche, no llegando á pelotera grave y formal porque Juan y Vicenta eran ambos muy buenos cristianos y se querían mucho.

Por eso Vicenta, que aun era un tanto mejor que su marido, acabó por ceder; y recordando aquello que la había dicho el señor cura cuando se casaron: «Vos, esposa, obedeced á vuestro marido,» le preparó la alforja como el día anterior, para que al siguiente por la mañana volviera á Mansilla.

Juan madrugó mucho á buscar compañía por el lugar, y cuando la tuvo se volvió á su casa, aparejó el pollino, le sacó de cabestro fuera del corral, montó en él, y, despidiéndose de su mujer con un «hasta la tarde, si Dios quiere,» partió detrás del tío Andrés Bermejo, caballero en una interminable burra garañona al sentido de la cual iba el ciego tan listo.

– ¡Dios te dé mejor suerte que ayer! – dijo Vicenta cuando Juan empezaba á alejarse á la calle arriba, y añadió dirigiéndose al compañero: – Tenga cuidado, tío Andrés, tenga cuidado con ese.

Apenas salieron de poblado quiso el tío Andrés empezar á cumplir el encargo de Vicenta, y pareciéndole que la mejor manera de cumplirle era apartar á Juan de los gitanos, comenzó á persuadirle que no se volviera á acordar de ellos.

– Sesenta y tres años tengo, – le decía procurando convencerle, – más de cuarenta llevo viniendo á la feria casi seguidos, y todavía no he visto á uno que, en trato con los gitanos, haya salido ganancioso. No seas inocente; no te arrimes á ellos ni en broma: mira que siempre se quedan con carne en las uñas.

– No descreo lo que V. me dice, – le contestaba Juan, – pero el caso es que por esta vez no tengo más remedio que volver allá.

– ¿Por qué?

– Porque ¿á dónde voy, si no, con este animal? ¿Se le he de meter á alguno de la tierra? ¡Dios me libre! Aun cuando diera la casualidad de que no le vieran el defecto, se me haría cargo de conciencia. Yo se le volveré al que me le dió y...

– ¿Crees que te le va á recibir?

– Me dará otro por él... dando algo encima...

– Pues con lo que has de dar encima compra otro si puedes, y sino, mira, te paseas todo el santo día, ves la feria á gusto, y á la tarde te vuelves con el dinero y el pollino para casa. Apuradamente el pollino anda bien, y no sé qué mejor servicio te ha de hacer otro.

Aun no había acabado el tío Andrés de decir que andaba bien el burro, cuando éste, que iba pegado á su compañera, muy á la orilla del camino por evitar una laguna, tropezó en el mojón de una heredad y dió de hocicos, saliendo Juan por las orejas y yendo á parar al medio del charco.

– ¿Qué le parece á V. el servicio que me hace el animalico? – dijo Juan al tío Andrés sacudiéndose el agua.

– En verdad que este no ha sido muy bueno, que digamos; pero ya te hará otros mejores, pues ni todos los días se ha de caer, ni hay caballería que tenga asegurado el no tropezar, por buena que sea.

– ¡Qué poco ha tropezado la suya!

– También tropieza algunas veces... y, en fin, yo por tu bien te lo digo; si no me quieres hacer caso, callaré la boca.

Pero no calló el tío Andrés, aunque lo dijo. ¿Qué había de callar? Además de habérselo encargado Vicenta, era él de suyo un carrafuñas, muy amigo de sermonear á todos; así es que el sermón que iba echando á Juan no concluyó hasta que se apearon dentro de los muros de la villa.

Y pocos sermones habría echado el tío Andrés más perdidos, aunque todos lo fueran bastante; porque Juan, en cuanto dejó las alforjas y entró en la feria se fué hacia los gitanos derecho.



COGIDOS DE LA MANO, cuadro de Amberg

– ¿*Aónde* va er *paizanito* con *eze* bicho *siego*? – le dijo el gitano del día antes.

– Porque V. me le dió ayer así, – le contestó Juan como enfadado.

– ¡Ah! ¿yo ze le dí á uzté?... Tanto *ez* verdá... pero no es siego, no crea uzté; ve poco, ezo zí, y á la tardesita ze le acorta la vizta mucho, pero siego no é: ¿ve V. como ze *efiende er* animalito?

– Y al decir esto le pasaba la mano por junto al ojo haciéndosele cerrar porque le tocaba en las pestañas. – *De toaz maneraz*, – continuó el gitano muy amistoso, – *si uzté* eztá apenao con er buche, yo me queo con él otra ves, y no hay *ná perdío. Nuzotroz* zomoz azin; *la honraé* ez lo primero... ¡Pué no faltaba *máz*, amiguito, *zino* que *ze* fuera *uzté* dezcontento der hijo de mi mae que esté en la *grorial*... Ahí tiene uzté *toaz miz bez tiaz:* ezcoja uzté la que máz le guzte, y zi quie uzté *yevarse coza* buena *é verdá*, ya *sabe uzté*, con un poquito é prata ze iguala... Ezcoja uzté ahí: no *premita* Dios que ni uzté ni *naide* diga en *jamá* de *lo jamaze* que le engañó ningún gitano... *anque* no zea máz que por el honor de la familia, que gana la vida *z*irviendo á loz amigoz como uzté...

Asombrado estaba Juan de aquella amabilidad y de aquellas protestas, y casi se creía en el deber de pedir perdón al gitano por los malos juicios que había hecho de él, y por no haber defendido á la clase contra las aseveraciones calumniosas de Vicenta y del tío Andrés Bermejo, que sin duda hablaban mal de los gitanos sin haber tratado con ellos nunca.

Bajo el chaparrón de finezas y excusas y gazmoñerías y alabanzas del hijo de *Undivel*, comenzó Juan muy tranquilo y muy satisfecho á examinar la gitanil hacienda, recorriendo varias veces la fila en ambas direcciones, deteniéndose á ratos, ora detrás de un burro mohino muy bien empelado, ora al par de una pollina rucia, alta y espabilada, no sin que se le fueran los ojos á cada instante tras de un macho burreño pequeñito pero muy redondo, que no estaba en la formación, sino que, con un gitanete sobre el lomo, trotaba sin cesar de un lado á otro por la carretera.

– Tamién ez mío, y de uzté, zi le guzta á uzté máz, – dijo el gitano á Juan, conociendo sus aficiones.

– ¿Y cuánto vale? – preguntó el jabariego.

– Er buche de uzté y una *onsita* de oro... Pero eso es *tóo grasia*... ¡Tiene una sabiduría pa andá er mulito!...

A Juan no le parecía caro el macho en diez y seis duros; parecíanle estos sin embargo demasiado dinero para lo que él podía gastar, y no se atrevía á ofrecer, temiendo que se diera el gitano por ofendido, si le ofrecía una morondanga.

Pero el gitano le instaba y le apremiaba para que ofreciera, aunque no fuera más que un *abrazo*, con lo cual fuese animando Juan poco á poco y llegó á ofrecer cuatro duros tímidamente, pidiendo al gitano mil perdones, diciéndole que bien conocía que el exceso del macho sobre el pollino era mayor, pero que él no podía dar más, y sólo ofrecía así por complacerle, ya que se había empeñado en que ofreciera.

A pesar de todas estas cortesías, la primera determinación del gitano fué escandalizarse y enfadarse mucho, maldiciendo el día en que había nacido, asegurando que se necesitaba la *pasiensia* de Jó *pa* tratar con *lo labraore* que *dispresian* las criaturas que cria el Señor tan hermosas como *aquer* mulito, y preguntando á Juan con mucho énfasis si creía que le traía *robao*, *pa* dejarse *ofresé* aquella miseria, et cetera et cetera.

Juan siguió dándole mil excusas y diciéndole que perdonara, sin alargarse más por eso; y cuando el gitano se convenció de que no subía, con no escasas protestas de que la bestia valía mucho más y de que no la derrotaría así si no fuera por la necesidad de hacer algún cuarto para dar pan á los churumbelillos, le echó el buen provecho.

Antonio de Valbuena

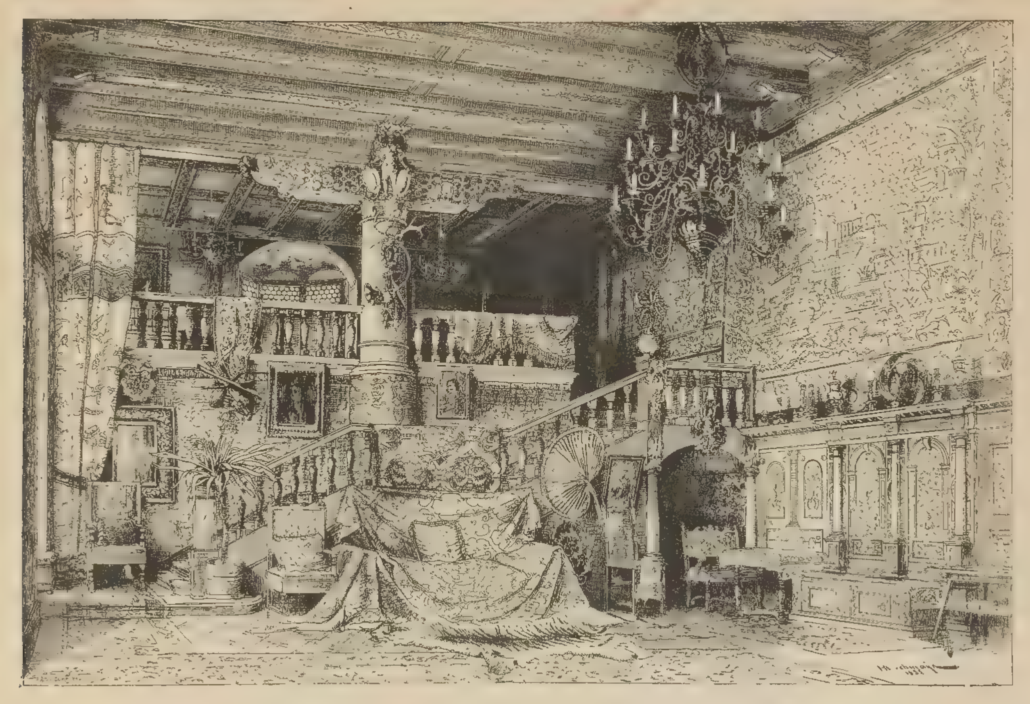
(Concluirá)

AMPARO

EPISODIO DE LA VIDA REAL

I

En la risueña y galana Montevideo, en esa reina de las orillas del Plata, vivía en el año de 1840 un banquero español que, á juzgar por su crédito y por el fausto que en



SALA CON ESCALINATA Y MIRADOR EN CASA DEL DOCTOR HIRTH

su casa desplegaba, debía poseer cuantiosa fortuna, y tal era la opinión general.

Viudo hacía algunos años y sin otro amor ni más ambición que el porvenir de su hi ja única aglomeraba en su casa de la calle de Paysandú, muebles y objetos ricos para el día en que Amparo comprometiera el corazón y la mano.

La esposa de Yáñez había sido uruguaya y su hija, graciosa y gallarda como la generalidad de las orientales, mostraba á la par el atractivo seductor de las hijas de Andalucía, país de su padre.

Entre los admiradores de su belleza, el más asiduo, el más apasionado, era Alfonso Rivas, joven médico que al concluir sus estudios se encontraba rico de inteligencia, pero pobre de oro.

El banquero adivinó el amor de Rivas y lo autorizó, comprendiendo que era correspondido.

– ¡Qué importa si no es rico! pensó; mi hija llevará para los dos y la veré dichosa.

Los dos enamorados se entregaron á sus ensueños de ventura, y vieron crecer su pasión sin nubes ni tormentas.

Las revoluciones han sido y son frecuentes en el Uruguay: la ambición de mando promueve continuos trastornos, que dan por resultado la paralización del comercio y las terribles crisis financieras.

A raíz de una de esas tempestades políticas, advirtió Amparo notable cambio en el carácter de su padre y las huellas en su semblante de un profundo pesar.

Alarmada é inquieta le preguntó la causa, pero el banquero, esforzándose por sonreir, disipó sus temores, procurando, delante de su hija, aparentar alegría y tranquilidad.

Sin embargo, Amparo no estaba satisfecha y observaba cuidadosamente para descubrir lo que tan preocupado tenía á su padre.

Una noche se daba un gran baile en la presidencia, llenándose los salones con hermosas y elegantes mujeres, entre las cuales descollaba la hija del banquero.

Estaba muy hermosa y como siempre animada y bulliciosa.

Sin embargo, Rivas, acostumbrado á leer en aquel semblante como en un libro, advirtió extraña inquietud.

– ¿Qué tienes esta noche? – la preguntó: – estás triste, Amparo de mi alma.

– No; – contestó vacilando.

– Un corazón amante como el mío, no puede equivocarse; sufres y yo ignoro la causa.

– Pues bien: hoy más que nunca, he visto á mi padre febril, impaciente y hasta menos cariñoso.

– ¿No ha venido?

– No: esto aumenta mi inquietud: encargó á la esposa de su amigo Antúnez que me acompañara y siento oprimido el corazón.

II

Al retirarse del baile, más temprano que de costumbre, no quiso interrumpir al banquero: veía luz en su escritorio; sin duda trabajaba.

Pero fijó su atención al oir dos voces y al escuchar su nombre: se detuvo delante de la puerta.

– ¡Oh! que jamás lo sepa; que muera yo, antes que desgarrar su corazón.

– Pero la ruina y la deshonra llaman á la puerta, y Amparo podría salvar á usted.

El que así hablaba, era el cajero; la joven conoció la voz.

– ¿A costa de su felicidad? Jamás.

– Está V. arruinado: esta última crisis ha sido y es fatal: la quiebra de los bancos nos deja sin recursos ni elementos para hacer frente á los compromisos.

– Calle V. esa terrible verdad.

– Pero puede V. salvarse: el banquero francés Duverdy le ofrece á V. fondos para evitar la quiebra, y sólo exige...

– Que Amparo sea su esposa: lo sé. ¿Vender á mi hija? nunca: ¿destruir sus ilusiones y su dicha? primero la muerte!

– Reflexione V.: está V. ofuscado.

– No; aun puedo evitar la deshonra.

– ¿Cómo?

– Con el suicidio, – contestó friamente el banquero y como si se tratara de una cosa resuelta.

Amparo se estremeció.

– Eso es una locura y falta de grandeza de alma para resistir la adversidad.

– Escuche V., López: ya no sirvo de nada en el mundo, y muerto yo, tendrán mis acreedores compasión de la pobre huérfana y Rivas se casará con ella.

– Lo que V. dice es imposible: su muerte de V. nada remedia y es preciso ver...

– Rivas, – continuó el banquero como siguiendo un pensamiento fijo, – no es rico, pero la pondrá al abrigo de la miseria: prefiero esa solución á imponerla un sacrificio tan grande.

Amparo, pálida y conmovida pero resuelta, entró en la habitación.

El banquero exclamó:

– ¿Tú aquí? ¿habías vuelto del baile?

– Padre mío, una casualidad me da la llave del secreto: ahora comprendo la tristeza de usted.

– ¿Qué dices?

– Que estoy dispuesta á entregar mi mano, en cambio de la salvación de usted.

– No; tú ignoras...

– Nada; he escuchado y lo sé todo.

– Esa abnegación es imposible é inútil: no la acepto.

– Su vida de V. es antes que mi felicidad.

El cajero dirigió una mirada de admiración á la joven.

– Mañana puede V. decir á Duverdy, que fije el día de nuestro enlace.

– Rivas morirá de dolor.

La joven sintió como una puñalada en el corazón, pero no vaciló y abrazando al banquero añadió:

– No temas, querido padre: es tan generoso que aprobará: en vez de esposo será mi hermano.

III

Amparo escribió á Rivas, evitando verle: delante de su amado, temía flaquease su valor para llevar á cabo el sacrificio.

«La fatalidad nos separa: tienes corazón grande y sabrás comprender que imprescindible deber me señala otro camino muy distinto del que pensaba seguir.

»Te amo, te amo siempre, pero ya no podré llamarme tuya: no me juzgues desfavorablemente cuando sepas que dentro de ocho días seré de otro; es decir, tomaré otro nombre; pero te suplico que no aumentes mi desesperación y esperes algún tiempo, para conocer si te amaba

»AMPARO.»

Duverdy era uno de esos caracteres fríos y egoístas, que piensan obtener todo con el oro, y no había dudado que el banquero aceptase su proposición y la joven prefiriera á la miseria casarse sin amor.

Era hermosa y él la amaba como un objeto de lujo.

Sin vacilar, aceptó cuantas condiciones le impuso la hija del banquero.

Los acreedores fueron satisfechos; el nombre de su padre salvado de toda mancha y el dote que su rico pretendiente la señalaba, depositado en debida forma, á nombre de Yáñez, para que con él pudiera continuar sus interrumpidos negocios comerciales.

El matrimonio entonces, se llevó á efecto.

La novia resplandeciente de joyas, pero pálida como el velo de desposada, se unió á Duverdy.

Al salir de la iglesia, vió á Rivas, apoyado en un altar: estaba tan pálido como ella, pero la saludó con una mirada de suprema piedad: sabía que no podía ser suya, pero no ignoraba la causa y la veneraba admirándola.

IV

La boda se celebró con un gran baile y en la noche de aquel mismo día los salones del banquero francés estaban ocupados por numerosa concurrencia.

Suaves armonías convidaban á las alegres parejas.

Amparo buscó con la vista á su padre, y llamándole á su lado, dijo:

– Por si acaso no veo á V. más tarde, abráceme y deme su bendición.

Yáñez la miró sorprendido, pero recordando que la novia debía retirarse, la estrechó contra su corazón diciendo:

– Dios te bendiga, hija querida, y premie tu noble sacrificio.

Una sonrisa extraña vagó por los labios de la joven y lentamente se dirigió á la cámara nupcial.

– Necesita descansar, – dijo al banquero.

Pero cuando más tarde penetró Duverdy en el dormitorio, lanzó un grito de desesperación.



MONUMENTO A COLON.–Conducción de la base de la columna

Vestida aún con su traje de baile, blanca como el mármol, yacía sobre el lujoso lecho.

Estaba muerta.

Un veneno activo, había sido el epílogo de su triste historia.

Una carta colocada sobre la mesa decía:

«El perjurio era imposible: mi corazón no podía ni engañar al hombre que había salvado á mi padre, ni olvidar al que era dueño de mi ser: en el sepulcro he buscado la solución y la felicidad: mi vida, por la de mi padre.»

\

En el cementerio de Montevideo, en risueña tumba, engalanada con flores y simbólicas coronas blancas, se lee un nombre: «Amparo.»

A corta distancia existe otro sepulcro más modesto: dos corazones de mármol están esculpidos sobre la losa y en sencillos caracteres hay grabado: Alfonso Rivas.

El joven no había tardado en seguir á su amada: sus corazones no podían existir el uno sin el otro.

El amor es también inmortal.

En aquellas dos tumbas van á depositarse constantemente, ofrendas de cariño y de admiración.

La Baronesa de Wilson

REPTIL CURIOSO

El lagarto cornudo. – El Museo de historia natural de París posee hoy día en su colección zoológica un curioso reptil procedente de Santo Domingo, designado por Lacepede con el nombre de *Lagarto cornudo*.

M. Wagler ha creído conveniente después comprender esta especie en el género *Metopoceros*.

Este reptil es, en suma, un saurio de la familia de los Iguánidos, que se distingue de los Iguanas propiamente dichos por tener los dientes semejantes á los de los Ciclurus, y por las dos líneas de pelos que presenta en la parte superior de las extremidades posteriores. La única especie conocida es el Metapocero cornudo *(Metapoceros cornuta)*, notable por tener la frente sobrepuesta de un grueso tubérculo en forma de cuerno.

Este lagarto recuerda mucho por su forma aquellos enormes reptiles fósiles Donosaurios conocidos con el nombre de *Iguanodón*, cuyas osamentas se descubrieron en los terrenos cretáceos, y recientemente, en particular,,en Bernissart (Bélgica).

El lagarto cornudo mide unos 70 centímetros de longitud; tiene el cuerpo pesado y fornido, de color negro pardusco, y la línea del dorso está guarnecida de espinas ligeramente encorvadas hacia atrás, desde la parte posterior de la cabeza hasta el nacimiento de la cola, donde hay un pequeño espacio sin espinas, las cuales se continúan después en cierta porción de aquélla. La cola no es cilíndrica como la de nuestros lagartos: está comprimida lateralmente y tiene músculos poderosos, que permiten al reptil enroscarla bruscamente y con violencia de derecha á izquierda, para defenderse cuando se le quiere tocar.

Las patas son robustas y se desvían del cuerpo en los lados.

Detrás de la cabeza, el dorso presenta una especie de joroba, y en aquella se hallan las particularidades más notables. Sobrepuesta en su parte anterior de un cuerno dérmico, en la posterior es ancha y arqueada á cada lado; y debajo de la mandíbula inferior se ve un repliegue de la piel, que presenta á izquierda y derecha unas bolsas enormes, las cuales comunican al reptil, visto de frente, el más curioso aspecto, según se puede juzgar por el grabado.



El lagarto cornudo que existe vivo en el departamento de los reptiles del Museo de Historia natural de París

Las colecciones del Museo poseen pocos ejemplares de este saurio; es la primera vez que llega un individuo vivo al establecimiento, y por lo tanto no se conocen sus costumbres.

Sin embargo, desde que se halla en el jardín de plantas se ha podido reconocer que anda con lentitud y que ejecuta ciertos movimientos verticales con la cabeza; cuando alguien se aproxima á él, diríase que procura tomar un aspecto maligno y amenazador. Se le dan como alimento hojas de lechuga y un poco de carne; pero tiene muy poco apetito.

El lagarto cornudo es muy afine de los Ciclurus, de los Anolis y de los Amblirincus.

Estos últimos fueron estudiados por el célebre Darwin en el archipiélago de Galápagos, y es probable que sus costumbres se asemejen á las de los Metapoceros. Conócense dos especies, la una acuática *(Amblyrhynchus cristatus)* y la otra terrestre *(Amblyrhynchus Demarlii)*. Al hablar de esta última, Darwin dice que «esos animales comen durante el día y apenas se alejan de sus madrigueras, y que si se les espanta corren de una manera muy cómica. No pueden moverse con mucha ligereza, como no bajen por una pendiente, lo cual se debe sin duda á la posición lateral de sus patas; no son tímidos: cuando miran á una persona atentamente, levantan la cola, enderézanse sobre sus extremidades anteriores, agitan de continuo la cabeza verticalmente, y procuran presentar un aspecto amenazador. Sin embargo, en el fondo no son malignos, y si se golpea con el pie bajan la cola en seguida, alejándose con toda la rapidez posible.»

Darwin ha observado que los lagartos pequeños que comen moscas comunican á su cabeza exactamente el mismo movimiento de arriba abajo cuando ven alguna cosa que les llama la atención.

Esta misma especie forma sus guaridas á flor de tierra; de modo que cuando se anda por un sitio habitado por metapoceros, es fácil hundirse continuamente. Socavan con las patas de un solo lado del cuerpo, y cuando estas se cansan se sirven de las del otro para continuar su trabajo, repitiendo el cambio sucesivamente.

Como se podrá reconocer, los Amblirincus, que son Iguánidos, así como el lagarto cornudo, tienen semejanzas bajo el punto de vista de sus costumbres. Todos los que quieran ir á ver la colección de reptiles del Museo encontrarán en ella el lagarto de Santo Domingo.

Tomado del periódico: *La Nature*.

Imp. de Montaner y Simón



AÑO VII — BARCELONA 5 DE MARZO DE 1888 — NÚM. 323

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA REINA MARIA DE HUNGRIA Y SU MADRE ANTE LA TUMBA DE LUIS EL GRANDE, cuadro de A. Liezenmayer

NUESTROS GRABADOS

LA REINA MARÍA DE HUNGRÍA Y SU MADRE ante la tumba de Luis el Grande

Cuadro de A. de Liezenmayer

Recuerda este lienzo una de las épocas más azarosas de la historia de Hungría y una de las escenas más dramáticas de esta historia. Cuando, en el año 1382, ocurrió la muerte de Luis el Grande, que había unido las coronas de Hungría y de Polonia, los Estados húngaros, reunidos en Stuhluweissenburg, proclamaron reina y juraron fidelidad á la joven María, hija del difunto monarca, bajo la tutela de su madre, la reina viuda Isabel. Pero los nobles de Hungría, ganosos de combatir y mal avenidos con el gobierno de una mujer, tramaron toda suerte de intrigas y conspiraciones, favorecidas por la pérdida de Polonia, que pasó á poder del príncipe Yagelón de Lithuania, esposo de Eduvigis, hija de la reina regente. Con este y otros pretextos los conspiradores arrojaron la máscara y dirigiéndose sin pérdida de tiempo á Nápoles ofrecieron la corona de Hungría á Carlos Durazzo, de la casa de Anjou. Dirigióse éste al país cuya soberanía le era brindada y captándose gran número de partidarios, no sólo fué aclamado rey, sino que cuando entró en la ciudad donde había de tener efecto su coronación, llevó consigo á la princesa destronada y á su madre la regente, bien así como los antiguos conquistadores hacían preceder sus carros de triunfo por los soberanos vencidos. La coronación de Durazzo tuvo lugar el día 31 de diciembre de 1385, en la misma ciudad donde había sido aclamada María.

El autor de este cuadro ha dado forma bella al instante solemne de la coronación del usurpador. La idea de colocar á las desdichadas reinas junto al sepulcro de su padre y esposo, es de efecto seguro. La actitud apenada de María y el severo continente de Isabel, revelan cumplidamente el estado de su ánimo. Diremos, simplemente, para completar la narración histórica, que al cabo de poco tiempo el príncipe de Anjou fué á su vez destronado y herido mortalmente por los partidarios de la hija de Luis el Grande, la cual casó más tarde con Segismundo, su anterior prometido, futuro emperador de Alemania.

La familia de Boabdil abandonando la Alhambra

Cuadro de D. Manuel Gómez Moreno

El señor Gómez Moreno fué á Roma pensionado por la Diputación provincial de Granada, y rindiendo el debido tributo de gratitud á la ciudad que baña el Genil, tuvo la feliz ocurrencia de escoger para asunto de su primer envío uno de los hechos más notables de la granadina historia.

El día 2 de enero de 1492, mientras los Reyes Católicos se preparaban para entrar triunfalmente en la que un día antes era corte de Boabdil, la familia de éste abandonaba la querida Alhambra y emprendía el camino del destierro. Todo había terminado para la raza muslímica en España; las aguas del Genil habían borrado las manchas impresas junto al Guadalete.

Según el señor Moreno, la familia del último rey moro de Granada se compone casi exclusivamente de mujeres. Esta suposición está bien fundada; los varones, con Boabdil al frente, habían salido al encuentro de los vencedores y entregado las llaves de la ciudad santa, que no debieron abandonar sino después de muertos. Todo es desolación en el alcázar; todos revelan en su semblante ó en su actitud el dolor del desterrado ó la estúpida resignación del fatalista: únicamente la reina madre se muestra entera; su expresión es altiva, su paso seguro, su temple enérgico. En su mente bullen ya las palabras que dentro de poco dirigirá á su hijo: «Llora como un niño, ya que no supiste defenderte como un hombre.»

Este lienzo, cuyas proporciones permiten que las numerosas figuras del primer término de la composición sean de tamaño natural, revela que el señor Moreno se sentía desde el primer año de su pensión (1880) con aliento bastante para acometer un empeño de honra artística. No puede quejarse del éxito; sus primeras armas le ponían en el caso de hombrearse con algunos maestros. La figura menos feliz del cuadro quizás sea la de la sultana. Sin duda ahí estaba el peligro y harto hizo el artista novel sorteándolo sin que la obra se estrellara en ese formidable escollo.

LA PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN cuadro de Rembrandt

Antes de ahora nos hemos ocupado del ilustre autor de este cuadro, que es una de las joyas del museo de el Haya. Esta ciudad fué la primera en comprender el genio del hijo de un molinero, destinado á carrera literaria por su padre y arrastrado por vocación al culto del arte. A el Haya llevó el pintor novel su primer cuadro, encontrando quien le pagase por él cien florines, que decidieron del porvenir del insigne artista. A el Haya, pues, correspondía la obra en que Rembrandt demostró, más que en otra alguna, la fuerza de su talento.

Aparte la distribución, agrupación y carácter de los personajes, que á pesar de ser muchos se mueven desahogadamente en la escena, la impresión general, la tónica del color, no puede ser más acertada. Reina en el interior de ese templo cierta oscuridad misteriosa, permitiendo que un rayo de luz sobrenatural, pero en nada forzado, haga resaltar el precioso grupo de los protagonistas. Nadie, á la vista de este lienzo, puede dudar del sitio en que tiene lugar la escena, ni tampoco de la solemnidad que reviste. Allí está Rembrandt con toda la firmeza de su ejecución, con toda la magia de su colorido.

Y sin embargo, una vez más hemos de decirlo, ahí está al propio tiempo el pintor que no posee ninguno de los conocimientos auxiliares del arte, porque ni ese edificio es un templo judío, ni esos trajes son de época, ni esas figuras tienen rastro alguno de orientalismo. La sana crítica, que condena con razón sobrada á esas Venus del siglo XVII que salían á las tablas con tontillos y á esos Martes que parecían recién llegados de Flandes, ha de lamentar no menos unos anacronismos que son tanto más indisculpables cuando los comete un artista de talento verdaderamente privilegiado.

ANSIEDAD, cuadro de Baixeras

Se ha desencadenado la tempestad. El mar, ese monstruo dominado por el hombre, parece recobrar la conciencia de su fuerza y se subleva como un pueblo que sacude el yugo de su insoportable tirano. ¡Ay de quien, en tales momentos, se encuentra al alcance del monstruo!...

Las lanchas pescadoras no han tomado tierra: sus tripulantes desafiaron un peligro que estaban acostumbrados á vencer, sin tener en cuenta que en el orden de los elementos, como en el orden social, no es común que haya cataclismos, pero al fin y al cabo es evidente que los hay. ¡Qué horas tan terribles las del marino á cuyos pies se abre un abismo y sobre cuya cabeza se extiende un cielo de color plomizo, que debe ser el color de la indiferencia!... Pero más terribles, si cabe, son las horas de la familia cuyo jefe se halla expuesto á esos peligros. Despreciando la lluvia y el viento, formando un solo grupo, cual si de una suma de debilidades quisiera obtenerse una cantidad de fuerza cualquiera, se adelanta hasta la punta más saliente de la costa, desde la cual un viejo lobo marino escudriña el horizonte con el catalejo. Nada se descubre; olas imponentes se estrellan en la orilla... Cuando se disuelvan las montañas de espuma, ¿aparecerá en la playa el cadáver del padre, del esposo suspirado? El mar se venga de una manera horrible: sumerge en su seno á un hombre y luego arroja el inanimado cuerpo á los pies de la viuda y del huérfano, como si se enorgulleciera de su obra.

Una de estas escenas, frecuentes en los pueblos pescadores, uno de estos momentos de angustia en que se contempla al mar con terror y al cielo con desconfianza, ha pintado Baixeras, con la verdad, justa observación y firmeza con que trata los asuntos marineros, valiéndole merecida reputación en la especialidad que domina.

LOS TIEMPOS PERRUNOS dibujos de Gualtero J. Allén

No se trata de una fábula, sino de una sátira. Allén ha dicho para sí: - Pues hay quien supone que el hombre es una bestia degenerada, no veo inconveniente en *ennoblecer* la especie, devolviéndola sus primitivas condiciones.

Una vez formulado el problema en estos términos, el artista podía escoger, para su restauración, entre el mono y el perro; el mono, *nuestro noble predecesor*, y el perro, nuestro leal compañero. La elección de Allén ha recaído en este último, sin duda porque siendo la humanidad una especie degenerada, la era mucho más ventajoso un abolengo menos reciente. Y hétenos en presencia de nuestros antepasados, que se apoderan de nuestros trajes y adoptan nuestras costumbres. Es una verdadera *rehabilitación*, que nos une á los perros con lazos de la más pura gratitud.

Los dibujos de Allén no pueden ser más expresivos. Ahora sólo falta quien quiera reconocer en esos perros á algún individuo de su familia. Por nuestra parte, aun haciendo á la raza canina todo el favor que merecen sus virtudes, nos declaramos en el terreno de la más franca oposición y, aun á trueque de pasar por *parricidas*, solicitamos el oportuno reparto de la acostumbrada estricnina.

SUPLEMENTO ARTISTICO

Lancha de una dama árabe de alto rango

Cuadro de F. M. Bredt

El paisaje es soberbio, el agua mansa, el sol radiante, lujosa la embarcación, hermosa la dama; si esta composición no es una alegoría de la felicidad, casi hemos de negar que la felicidad existe. Y sin embargo, el autor se ha propuesto todo lo contrario y á fuerza de talento ha conseguido su objeto. Este cuadro es representación exacta de la nostalgia de una mujer, á la cual han dicho: - Gasta, ríe, goza, pero no tengas alma.

Y ahí es de verla, en la proa de esa lancha, indiferente á cuanto la rodea, acariciando quizás una idea funesta. ¿Qué la importan sus galas, qué la importa su propia belleza, si estas galas no tienen un mundo donde ostentarse, si esta belleza no puede inspirar amor ni pagarlo en esperanzas? Esa mujer vive entre estatuas de piedra: las esclavas que la sirven tienen por consigna leer en su mirada, escudriñar en su pensamiento, en una palabra, son los espías colocados junto á ella por un dueño ridículamente celoso y ferozmente cruel. Si la han permitido salir de su prisión dorada es á condición de que ninguna otra lancha circulará por esas aguas; si la consienten que lleve descubierto el rostro es porque quien en su rostro fije la mirada está condenado á muerte. Tal es la condición de la gran dama árabe, que Bredt ha traducido admirablemente en este lienzo. Cinco personajes están representados en él, y de los cinco, cuatro son esclavos. Apesar de lo cual hay una sola víctima, la dama, la *señora*.

EL BOBO DE LA FERIA

III

Quedóse Juan Pastrana como quien ve visiones, al encontrarse dueño de tan excelente cabalgadura por tan poco dinero; pasó el aparejo del burro al macho, dióle al gitano su ochentina, y, después de recibir los parabienes de algunos feriantes que acudieron á ver el milagro, montó y salió al trote por la carretera dirigiéndose hacia donde tenía las alforjas, á reunirse allí con el tío Andrés Bermejo y otros convecinos.

- ¡Hombre! ¿qué es eso? - exclamaron dos ó tres á un tiempo, viéndole llegar tan bien montado.

- ¿Qué ha de ser? - les contestó Juan muy sobre sí. - ¡Pues... esto!

Y atando la nueva adquisición á la rueda de un carro, contó á los presentes toda su aventura, y repitió luego á cada uno de los demás amigos, según iban llegando para comer, la relación minuciosa de lo sucedido, escuchando de todos alabanzas del macho y de su buena suerte.

- Pero, hombre, - le decía el tío Andrés, al cual no le cabía del todo en la cabeza que el gitano se hubiera dejado engañar, ni menos que á sabiendas fuera tan generoso, - ¿no tendrá algún alifafe oculto?

- No, señor, no; ya le ha visto el albéitar de Cabreros, que no es rana, y el tío Pablo de Villavidel, que también entiende bastante, y no le han hallado ni tanto como esto (y señalaba lo negro de una uña); lo que sí me han dicho que es ya cerrado...

- De mollera lo serás tú si crees que puede haber quien dé por ochenta reales y un burro ciego, un macho sano, y nuevo por añadidura...

- No, señor, nuevo no: está cerrado; dicen que tendrá catorce ó quince años, pero que puede servir otros tantos todavía.

- Yo lo creo. Si no tuviera otro defecto más que la edad, te podías dar con un canto en los dientes.

- Pues no parece que tenga otro.

Claro es que mientras estuvieron comiendo sus tortillas y estripando sus botos los de Javares, no hablaron de otra cosa que del cambio de Juan y de la fortuna loca que había tenido, siempre que el macho no resultara con alguna mácula incurable.

Sobre este punto concreto unos se inclinaban á creer en la posibilidad de que el macho saliera útil, otros se inclinaban á dudarlo; mas el tío Andrés Bermejo siempre fué de opinión de que el burreño había de resultar al cabo una zarria inservible.

No podía menos siendo tan barato... y siendo un gitano el que le había vendido.

Pero Juan, que casi no comió de alegría, escuchaba las reflexiones pesimistas del tío Andrés con cierta compasión, pues para él era ya indiscutible que el macho era una alhaja.

- Vamos allá, que las tardes ahora duran poco, - dijo levantándose el tío Andrés, á la hora y media de haberse sentado; y todos se pusieron en movimiento.

Juan, á quien el deseo de lucir el macho entrando en el lugar antes de oscurecer, prestaba desusada viveza, montó en seguida; pero al echar á andar se encontró con que el animal cojeaba de un pie hasta el extremo de no posarle.

- Se le habrá amortecido, - dijo un vecino de los inclinados á pensar bien.

- O le habrá dado cambrio, - añadió otro.

A Juan no se le cocían ya buenas berzas; pero el macho fué poco á poco posando la pata y cojeando cada vez menos, hasta que á medio camino le cesó la cojera del todo.

Con lo cual respiró su amo y se volvió á quedar tan satisfecho, observando que el mulito andaba grandemente.

Llegados al pueblo los de la feria, cundió entre los vecinos la noticia del buen cambio de Juan Pastrana, y no pocos acudieron en persona á enterarse del caso.

El afortunado aprendiz de chalán les refería á todos, loco de contento, los lances de la jornada, sin omitir ni aun el detalle de la cojera que había experimentado el macho al salir de Mansilla.

- ¿Conque al salir de allá cojeaba? - preguntóle el tío Blas Corbillos, como quien trata de aclarar una sospecha.

- Sí, señor; mucho, - contestó Juan; - pero en cuanto dió en andar se le fué quitando.

- Y cuando te le dieron ¿no cojeaba?

- No, señor.

- ¿Estaba con los otros en la fila?

- No señor; le andaba paseando muy de prisa un muchacho por la carretera.

- ¿Y luego tú le tuviste parado?

- Sí, señor; le até junto á las otras caballerías de acá.

- Y al salir cojeaba mucho... pues no me digas más. Lo que va á tener éste es una cojera en frío. A la mañana no se mueve.

No le hizo á Juan buen cuerpo la profecía del tío Blas; pero quiso disimularlo para no asustar más á su mujer, que harto lo estaba ella, y al otro día se levantó muy de mañana á ver el mulo y á tratar de llevarle al agua..

Mas ¡ay! la profecía del tío Blas se había cumplido al pie de la letra: el animalejo efectivamente no se podía mover, no posaba el pie ni poco ni mucho.

El disgusto de Juan fué tremendo; ¿qué le diría su mujer cuando se enterara? y lo malo era que tenía razón de sobra para reñirle. Había empezado por no hacer caso de sus consejos el primer día, y le había pintado muy mal; había seguido no haciéndola caso, é iba de mal en peor. ¿Quién había de escuchar á Vicenta?... ¡Si haciéndole andar un ratillo dejara el macho de cojear como por la tarde!... Quiso Juan poner por obra este pensamiento, pero en hacer salir al macho desde la cuadra hasta la puerta de la calle, atravesando el corral, tardó un cuarto de hora. Era un desconsuelo. Y luego, apenas apareció el macho cojeando en la calle se extendió la mala noticia por el lugar con la velocidad, no del rayo, sino de cualquier otra mala noticia, y comenzó á reunirse gente.

- ¿No te lo decía yo, - arguía contra Juan el tío Andrés, que no te enredaras con los gitanos?

- ¿Qué te dije ayer tarde? - le apostrofaba el tío Blas con aire de triunfo... - Pues eso no se cura nunca... De modo que no tienes más remedio que volver á marchar con él para la feria, hoy que es el último día, á ver si en el baratillo le cambias. Te costará trabajo llevarle hasta allá, pero ten paciencia. Le arrimas buenos palos por el camino para hacerle trotar y entrar en calor, á ver si cuando llegues ya no cojea. Pero allá tampoco le dejes parar un momento, porque en cuanto se enfríe vuelve á las andadas.

Al ruido de los comentarios de la vecindad reunida junto á su casa, había salido ya Vicenta al postigo con un niño en el brazo á medio empañar y una niña desnuda, un poco mayor, agarrada á la saya.

Y era de ver la cara que puso al infeliz no ya al ver el macho descuajaringado, sino al ver á su marido resuelto á seguir el dictamen del tío Blas y marchar por tercera vez á la feria.

Pero Juan estaba resuelto de verdad, y cerrando los oídos á las reconvenciones de su mujer, antes de media hora echaba á andar con el macho en tres pies camino de Mansilla.

La primera de las dos leguas le costó tres horas; pero la segunda la andubo en hora y media; y según le había predicho el tío Blas, al llegar al ferial ya el macho no cojeaba.



LA FAMILIA DE BOABDIL ABANDONANDO LA ALHAMBRA, cuadro de D. Manuel Gómez Moreno

Llegó á eso de las doce, púsose de nuevo á tratar con los gitanos, que le fueron mostrando un centenar de borricos entre malos y peores, y, este quiero, este no quiero, eligió una burra de bastante buena presencia, por la que trocó el macho sin dar más que dos duros encima.

Fuese á juntar como otros días con los demás del pueblo que habían llegado á la feria más temprano, y con ellos, después de haber tomado un bocadillo, emprendió á media tarde la vuelta para casa, montado en su pollina, que iba siempre la delantera.

—¡Qué bien anda esa burra, Juan! – decía una vecina. – ¡Y va delante como si supiera el camino!

– ¿Quién dice que no le sabrá? – añadía otro. – Acaso será de Valencia, ó de Fresno, ó de cualquiera de estos otros pueblos de abajo... Como los gitanos lo corren todo...

– Al fin y al cabo has tenido suerte, – le decía otro de los compañeros de feria. – Ese me parece que ha sido el mejor trato de los tres días.

– Creo que sí, – contestaba Juan; – es una burra muy lista y muy maja, y anda que lo quema.

Antes de que se acabara de poner el sol llegaban al lugar, y se apeaba Juan á la puerta de su casa muy ufano llamando á su mujer y diciéndola:

– ¡Mira! ¡mira! Ya puedes dar por bien empleados los tres días de feria. No digas que hoy no traigo cosa de gusto... Y no me ha costado más que el macho cojo y cuarenta reales.

– ¡Jesús! ¡Esa es la nuestra burra! – exclamó Vicenta en cuanto se asomó á la puerta.

– ¡Qué cosas tienes, mujer! – la dijo Juan echándola una mirada compasiva, como si hubiera dicho un gran disparate.

– La nuestra es, – insistió Vicenta, – la que llevaste el primer día...

– ¡No seas loca, mujer, no seas loca! La burra nuestra que no podía con las vedijas y era parda... y ésta que es casi negra y tan fina de pelo...

– Porque la habrán esquilado; pero de ser la nuestra no se escapa.

– ¿Y la oreja rota? – replicaba Juan con aire vencedor, – ¿y el ojo tuerto? ¿y la nube del otro?

– Mira, – insistía Vicenta, – que á mí no me vengas con coplas, que esta burra es la nuestra todos los días. ¡Buchina! ¡buchina! – añadió enseñando á la burra un rebojo de pan, que el animal se acercó á comer confiadamente.

– ¿Lo ves, hombre?

– ¿Crees tú que no hay más burras que sepan comer pan que la tuya?

– Sí las habrá pero ésta es la nuestra .. Ahí viene el tío Andrés. ¿Verdá V., tío Andrés, que ésta es la nuestra burra?

– Parecer sí lo parece, – dijo el recién llegado; – pero la vuestra tenía una oreja caída, y ésta las tiene tan listas las dos...

– Eso digo yo, – repuso Juan envalentonado; – pero esta es más terca y más tonta que como se la ponga una cosa en la cabeza, no se la apea nadie. ¡Pues no había de ser esta burra la nuestra!... Vamos...

– Y lo es. Déjala ir á la cuadra, á que se va derecha á su pesebre.

Juan dejó la burra en libertad, no sin un poquito de miedo de que Vicenta tuviera razón; y, en efecto, la burra se fué sin vacilar derecha al pesebre que había dejado dos días antes.

Realmente era la misma que Juan llevó á la feria el primer día. Los gitanos le habían vuelto á dar su misma burra sin que la conociera. La habían esquilado, en la oreja rota le habían puesto un alambre, en el ojo tuerto una lente de cristal oscuro, que la misma burra sujetaba apretando los párpados al sentir la molestia, y la nube del otro ojo se la habían teñido con humo de aceite de linaza.

– ¡Ah, Juan! – le decía Vicenta á su marido al ver que después de tres días de ir y venir á la feria y de hacer y deshacer cambios, había dejado por allá once duros para venir á quedarse con su misma burra. – ¡Ah, Juan! Tú decías que siempre hay un bobo en cada feria, y tú has sido el de ésta.

ANTONIO DE VALBUENA

LA MEJOR PALABRA

GUARDA É TACE
(Máxima florentina)

La mejor palabra, á lo que nos enseña el adagio, es la que está por decir: *el silencio es oro*, afirmaba un sabio, que debió de padecer bajo el poder de oradores parlamentarios ó académicos, y aun hay quien ha dicho, en versos bastante malos, que el camino de la sabiduría es *ver, oir y callar*.

Tal debía de ser la opinión de Manolito de Olmedo, uno de nuestros más distinguidos *gomosos (passez le mot)*, que vistiendo el frac de elegante é inimitable corte, ostentando amplia y blanquísima pechera, cubierta apenas en su extremidad inferior por el cruce del chaleco de un botón solo, luciendo en la ya mencionada pechera, blanquísima y brillante, obra maestra de la planchadora que prodiga el añil, un botón de oro, tamaño como un plato de postre, que venía á coincidir con el esternón, y haciendo sonar, con cierta aristocrática negligencia, dos cadenitas delgadísimas, que partiendo del bolsillo del chaleco iban á sumergirse en los correspondientes del pantalón, penetró en la sala de billar del casino á poco más de las diez y media de la noche.

La entrada de Manolito de Olmedo llamó la atención de los cuatro socios que jugaban unas carambolas y de los que, tomando tranquilamente cerveza ó café, presenciaban la partida.

– Hombre, – dijo uno: – tú por aquí á estas horas, ¿cómo tan pronto?

– Cállate, – contestó con enojo Manolito, – si nos han cambiado la función en el Real. Iba yo muy decidido á oir á Gayarre, y me encuentro con que va á cantar otro: no sé quién, ni me importa: no siendo Gayarre, todos los tenores son para mí insufribles.

– ¿Y cómo está el teatro?

– Como siempre, deslumbrador. En este primer turno, la sala del Real es la antesala del cielo, y me quedo corto.

– ¿A quién has visto allí?

– A todo Madrid: es decir, todo el Madrid elegante. Allí estaban las de... – y al llegar á este punto, Manolito de Olmedo enmudeció de repente: detúvose un momento y después, como quien adopta una resolución, concluyó la frase interrumpida diciendo: – En fin, ya lo he dicho, todo Madrid, – lo cual, evidentemente, no era lo que él se había propuesto decir.

– Pero, chico, – le dijo uno que había escuchado con gran atención á Manolito; – pero chico, díme al menos qué tal estaba el *mujerío:* qué muchachas habían, á qué jamonas has saludado.

– No he saludado á nadie, no he visto á nadie, no sé que hubiese nadie.

Todos los concurrentes soltaron la carcajada al escuchar estas razones; pero Manolito, sin hacer más caso de las carcajadas que el que había hecho de las preguntas, tomó asiento cerca de un velador y pidió á un camarero que le sirviese una copa de ron, y encendiendo una magnífica breva, dijo, como si consigo mismo hablase, pero contestando indudablemente á las risas de sus consocios: *Santo silencio profeso.*

Y no volvió á despegar los labios. Los jugadores, convencidos al cabo de la inutilidad de sus esfuerzos, tornaron á sus carambolas; tornaron los mirones á sus asientos y *volvió todo á su primer estado*, como dijo casi, traduciéndolo bastante mal de un poeta francés, un poeta español. Alguien hubo, no obstante, que no se quiso dar tan fácilmente por vencido; bien porque su curiosidad fuese ma-



LA PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN, cuadro de Rembrandt



LANCHA DE UNA DAMA ÁRABE



DE ALTO RANGO, CUADRO DE F. M. BREDT



¡ANSIEDAD! cuadro de Baixeras, grabado por Sadurní



LOS INTELIGENTES

EN EL TEATRO

yor que la de los otros, bien porque tuviese más poderosos motivos para insistir, un joven de la misma edad que Manolito se acercó á la mesa en que éste saboreaba alternativamente el ron de Jamaica y el tabaco habano; hizo que le sirviesen otra copa, encendió otra breva y dió comienzo á sus investigaciones en la forma siguiente:

– Amigo Manuel, tú sabes perfectamente que no soy curioso. Que hayas visto y hayas saludado en el teatro Real á todas las mujeres de Madrid, la mía inclusive, me importa un comino: pero te confieso que me ha llamado la atención tu silencio repentino; tú ibas á decir algo, esto para mí es indiscutible. De pronto, alguna razón, que á mí no se me alcanza, te obligó á variar de propósito. Lo que pensabas decir, lo repito, me importa muy poco; pero los motivos que has tenido para callar, te lo declaro, han excitado mi interés. Sabes que tengo mis puntos y ribetes de novelista, y he creído adivinar algo de novela en ese cambio brusco de pareceres, en el que los demás amigos sólo han visto un capricho de espíritu impresionable. Díme si me equivoco.

Hombre, te diré, – contestó reposadamente Manolito, que había escuchado sin mover sus labios el discurso de su compañero, – te diré: equivocarte, no te equivocas del todo: algo hay de novela, mejor dicho, de historia, y de historia triste en el asunto; pero desde luego te aseguro que la historia, aunque triste, como he dicho, tiene muy poco de interesante.

– Así y todo, yo te agradecería que me la refirieses; te confesaré mi debilidad, aunque alardeo de no ser muy curioso, tengo ese flaco, lo mismo que mi mujer.

– Vaya, pues no he de haceros pasar mal rato ni quiero prolongar más tu martirio: allá va la explicación de lo sucedido. Hoy, como siempre, dejándome arrastrar por mi genio alegre y ligero, habría yo citado una por una á todas las mujeres á quien en el teatro Real he visto; pero de pronto surgió en mi ánimo el recuerdo de una noche, de memoria muy triste, en que esa misma ligereza mía, sin yo quererlo, por supuesto, – originó gravísimos disgustos, y aun pudo ser causa de desgracias muy grandes, y resolví callar y callé.

– ¿Y tendrías algún inconveniente en referirme esa historia de desdichas?

– Absolutamente ninguno. ¿Te acuerdas de Perico Luna?

Mucho.

– Pues bien; una noche, pronto hará de esto cuatro años, me lo encontré de manos á boca cuando yo entraba en este salón mismo. Las mismas, mismísimas preguntas que hoy me habéis dirigido, me fueron dirigidas por él. ¿Cómo tan temprano? ¿Qué tal estaba el teatro? ¿A quién has visto allí? – ¿Qué mujeres había?

– Yo contesté á todas, y concluí diciendo á Perico Luna: «Y he visto también á tu mujer. – ¿Dices que has visto á mi mujer? – preguntó sorprendido. – Sí, – dije yo, – eso digo.

– Vamos, querrás decir que has creído verla.

No, no: quiero decir que la he visto.

– Pero, ¿en el teatro Real?

– En el teatro Real. Fila 2.ª, núm. 4.

Perico Luna no insistió: se limitó á encogerse de hombros y dijo con la mayor naturalidad: – Pues creía yo que no había ido esta noche. – Y poco después desapareció.

Yo no dí importancia alguna al incidente, tomé café, bebí una copa y fumé mi cigarro. Fuí á casa y dormí con la mayor tranquilidad: calcula tú cuál sería mi sorpresa y cuán desagradable cuando me enteré al otro día de que Perico Luna tenía un lance pendiente con un coronel de ingenieros, y cuando supe que yo, aunque inocentemente, había sido causa por mi charla infantil de aquel disgusto. Según supe después, porque estas cosas siempre se saben después, Perico Luna, – que era terriblemente celoso, – había querido llevar á su mujer, de quien estaba enamorado como un idiota, al teatro Real: ella, bien porque realmente se sintiera indispuesta, bien porque no tuviese ganas de vestirse, pretextó un fuerte dolor de cabeza y se negó á aceptar el convite de su marido, á quien aseguró que se acostaría muy temprano. No necesito decirte si en un Otelo con frac, que esto era, y presumo que seguirá siendo Perico Luna, produciría efecto la noticia que yo le disparé á quema ropa, de que su mujer estaba en el teatro. Procuró disimular su cólera, y sin detenerse un momento, ni cambiar de traje, que no estaba su ánimo para esos miramientos, se fué á la carrera desde el casino al Real, entró en la platea y con la velocidad del rayo se dirigió á la fila cuarta: allí vió en efecto á su mujer, más hermosa que nunca, y, lo que es peor, departiendo alegremente y aun permitiéndose ciertas bromas y algunas coqueterías con un buen mozo que tenía aspecto de militar. Ver esto Perico Luna, y perder el juicio y ponerse ciego, fué todo uno: lanzóse á la butaca que ocupaba su mujer, dió un empellón descomedido y brutal al buen mozo, y cogiendo violentamente á su mujer por el brazo, gritó con voz de trueno: «Señora, ¿cómo está V. aquí, sin mi licencia? Vamos á casa ahora mismo.» Un grito de angustia, al cual siguió otro grito de asombro, dado el primero por la señora y el segundo por Perico Luna, pusieron en conmoción á todo el teatro. La señora fué acometida de un desmayo; y Perico Luna estuvo á punto de desmayarse también, cuando advirtió que había incurrido, lo mismo que incurrí yo, en un error: aquella señora no era su mujer, si bien era tan parecida á ella que era necesario hablarla y oirla para salir de la equivocación.

Perico Luna, confuso, aturdido, no supo qué hacer, ni cómo excusar aquel atropello propio de un loco. Pretendió dar explicaciones y pedir perdón; pero ni fueron oídas las unas ni el otro fué concedido. Cansado al cabo de hablar y de manotear sin hacerse entender acabó por arrojar la tarjeta al buen mozo que resultó después ser coronel de ingenieros, y se fué á su casa, donde halló á su mujer durmiendo tranquilamente.

Por más que los amigos hicieron, por más que intentaron atenuar la gravedad del hecho, fundándose en el evidente y extraño parecido de las dos señoras, no fué posible excusar el lance. Perico Luna sacó de él una herida en el brazo que le tuvo dos meses en cama.

Como ves, la cosa fué grave y aun pudo serlo más; sobre todo, si conforme yo me equivoqué, no me hubiera equivocado. ¿Quién me mandaba á mí decir á Perico Luna si había visto ó no había visto á su mujer?

¿A qué conducía darle esta noticia?

Desde entonces, cuando en algún sitio encuentro á una mujer casada, sin su marido, no la veo; y si la encuentro con su marido... no la veo tampoco. Desengáñate, amigo mío, tiene razón el vulgo: «la mejor palabra es la que está por decir,» y para vivir en este valle de lágrimas sin grandes remordimientos de conciencia, conviene ser *ciego*, *sordo* y sobre todo *mudo*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

UN MUCHACHO POETA

Que es como quien dice:

Un muchacho que para nada sirve.

Claro es que no aludo á los poetas de veras, porque son pocos y muy dignos de estimación.

Me refiero á esa pléyade, ó, mejor dicho, á esos pelotones de chicos de bien, pero vagos de suyo, que sienten los primeros dolores poéticos en sus verdes años y que así llegan á la portería del Parnaso como cualquier respetable profesor en obra prima.

Es un vicio natural y propio de nuestro carácter meridional.

Así podemos enorgullecernos los españoles con el recuerdo de tantos y tan ilustres poetas, en todos los siglos y particularmente en el siglo de oro, como denominan algunos autores al siglo XVII, y que, según don Francisco de Quevedo, no era sino de cuerno.

De la edad de oro
gozaron aquéllos:
pasó la de plata
pasó la de hierro,
y para nosotros
vino la de cuerno.

Los españoles hemos vivido siempre en verso.

Solemnidades políticas: coplas ad hoc.

Catástrofes públicas: coplas de hoc.

Dichas y desdichas han encontrado constantemente un coplero que las cante, aunque sea malamente.

Donde menos se teme aparece un chico que versifica en los ratos perdidos, pero completamente perdidos.

Se casa el principal de un establecimiento de ultramarinos.

Pues raro será el principal que no se vea sorprendido con un epitalamio, y Vds. perdonen, original de alguno de sus dependientes, que se revela como poeta.

Le nace un chico á cualquier jefe de negociado, por ejemplo.

En su oficina, entre sus subordinados oficialmente, no falta un auxiliar sexto de la clase de vigésimos que improvise una oda á la medida del recién nacido.

Hay más.

Muere una persona, y un cuarto de hora después del fallecimiento, al tiempo mismo que penetra en la casa mortuoria algún dependiente de empresa fúnebre, para ofrecer sus servicios á la familia del difunto, llega á manos de ésta una carta, no siempre limpia, en sobre con orla

negra: y en la carta, manuscrita casi en geroglífico, una elegía ó herejía dedicada al difunto.

En verdad sea dicho, la elegía es contra el difunto y contra la familia.

En la composición, escrita en libertad, sin temor de torcer las líneas ni de ofender á la lengua castellana, se dice, en la última estrofa:

«Que el dolor que el poeta experimenta le dificulta la ortografía, la sintaxis y la escritura.»

Ha ocurrido alguna vez que el vate fúnebre equivocara las circulares; porque un mismo modelo sirve para todos los muertos adultos, y con variantes en el género, para todas las difuntas, y hay otro modelo para niños y otro para niñas.

Así es que, por descuido, muy justificable en los poetas de ultratumba, y aun más justificable si se tiene en cuenta la mala alimentación, por entregar al criado en una casa donde ha fallecido una persona á la edad de ochenta años una elegía modelo número 1 supongamos, le han entregado otra modelo número 3.

Cuando un pariente del difunto, que había sido un hombre importante y muerto de viejo, abrió la poesía memorial del buho ó buhonero literario, leyó:

> «Ha muerto malogrado, cuando apenas
> abiertos á la luz sus tiernos ojos
> empezaba á vivir. Angel sin penas
> sin conocer al mundo.... »

En poco estuvo que no bajara el fúnebre y angelical poeta rodando por la *tierna* escalera.

El de la poesía es vicio incorregible.

Dicen Vds. á un niño:

– Estate quietecito, y no te toques la nariz.

Y el niño suele corregirse, por lo menos, del vicio de rascarse la nariz.

Pero dicen Vds. á un joven que se siente poeta:

– Deja esa pluma y no escribas disparates.

Y no se corrige en la vida.

Ha oído asegurar que los poetas de veras se franquean todas las puertas, llegan á los primeros puestos públicos, lo mismo que don Quijote había leído de los caballeros andantes.

Y se dicen:

– ¡Arriba, pelele!

Digo:

¡Arriba, poeta! y no hay quien les obligue á apearse de sí mismos.

Y sucede que los verdaderos poetas apenas pueden vivir con lo que cobran.

Con que imaginen Vds. lo que ocurrirá á los vates de aluvión.

Cuando menos lo sospecha se encuentra un vecino pacífico ó no pacífico, y sin conocer al autor, con un tomo de poesías de don N. N.

Y aun suelen salir á luz bien impresos y en buen papel y todo.

En los títulos hay exceso de capricho, generalmente.

Parecen algunos de ellos anuncios de baile público ó de sociedad dramática.

«Retortijones del corazón.»

«Quejas, gritos, ahullidos y carcajadas extridentes.»

En otro género, filosófico:

«La razón del génesis.»

«Materia, fósforo... (y coro de ambos sexos.)»

Bien mirado ¿cómo han de quejarse los que sufran dolores morales sino en verso?

Suena tan bien un vate, digo, una poetisa... no, una poesía, en que cante ó llore un chico inspirado ó siquiera á medio inspirar, vamos, á medio pupilo, en casa de las Musas:

> Herido voy en el alma
> y no lo conoce nadie
> y es que la agresora ha sido
> una mano con su guante.
> Y yo, muriéndome solo,
> canto para recrearme
> en ver salir mis dolores
> por la puerta de la calle.

Hay quien se duele en quintillas y quien se duele en romance ó en cualquier otro metro, porque ó es poeta un hombre ó no es poeta.

Solicitar una credencial en verso es llevar ganada la partida.

Declararse á una muchacha en verso, equivale á rendir el corazón de la muchacha.

Y aun escribir en verso á un acreedor, ó llenar la hoja de empadronamiento, es ventajoso para todos.

El joven que va para poeta no es un joven que «no va á ninguna», como dicen las chulas.

Adonde no va es á clase, porque sabe hasta en latín, relativo, que *poeta nascitur orator fit* y lo traduce y todo, diciendo: «el poeta nace y el orador se hace.»

De donde resulta que como ha nacido poeta y no quiere hacerse orador ni nada más que ropa en algunas ocasiones, se contenta con lo que ignora y no quiere saber más.

Pedirle que trabaje y que procure ganarse el pan con el sudor de su rostro como las personas, es pedir peras al olmo.

> Para no trabajar quiso el destino
> que naciera poeta y no pollino.

Y esto que dice lo practica: es decir: no trabaja y vive, á las veces, aunque con vilipendio.

Pero aquí de lo que opina don José Zorrilla de don Pedro, *el Cruel*:

> Osado y antojadizo
> mató, atropelló cruel;
> mas por Dios que no fué él,
> fué su tiempo quien lo hizo.

¿Qué culpa tiene un hombre por meterse á poeta sin serlo?

Está en la atmósfera la poético-manía.

Los españoles nos hemos criado en verso, hemos crecido poetizando, y morimos sin dejar de soñar.

«Somos poetas por naturaleza», según opiniones de varios autores.

Somos poetas, pero de esos de los *Retortijones del corazón*.

Esto es: poetas malos.

EDUARDO DE PALACIO

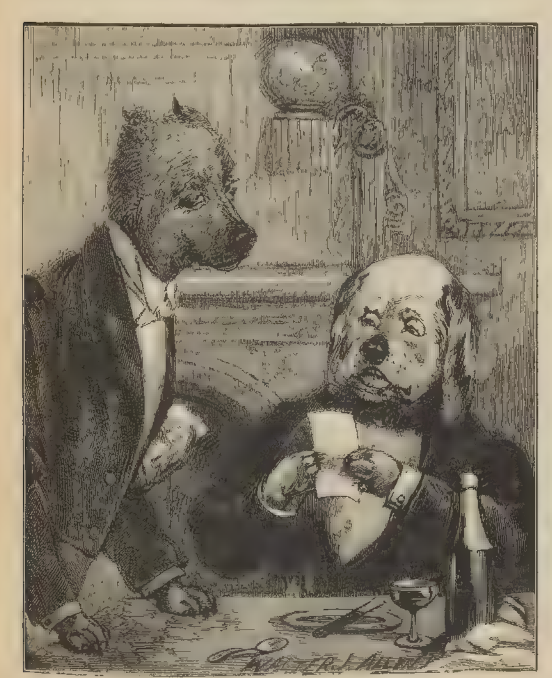
LOS INVENTORES Y LOS CIEGOS

Antes que Valentín Hauy, algunos filántropos habían imaginado diversos medios para facilitar la educación de los ciegos y ponerlos en relación con los que están dotados de vista; mas por ingeniosas que fuesen sus tentativas aisladas, faltábales la cohesión necesaria para constituir un conjunto fecundo, y por lo mismo debían perderse con sus autores. En el siglo XVI, Lucas de Zaragoza tuvo la idea de trazar en madera los caracteres del alfabeto en hueco; Moreau, de París, imaginó en 1640 los primeros caracteres movibles en relieve; pero este inventor, como otros muchos, no fué secundado en sus trabajos; el ciego inglés Saunderson construyó las primeras tablas de cálculo; y en cuanto á los libros impresos por una joven ciega, la señorita de Salignac, muerta en 1763, no conocemos detalle alguno sobre sus medios de ejecución. La oscuridad que reina respecto á los ensayos hechos en épocas muy próximas á la nuestra indícanos que no pudieron generalizarse, ya porque los métodos se reconocieran como poco prácticos, ó bien porque no hubiera entonces vulgarizadores enérgicos y perseverantes, como lo fueron los dos inventores, uno de ellos ciego, á quien debemos los métodos propagados hoy en todo el mundo: estos dos inventores fueron Valentín Haüy y Luis Braille.

Valentín Haüy, nacido en 1745, á quien llamaron la atención los resultados obtenidos con los sordo mudos por el abate l'Epée, resolvió dotar también á los ciegos de medios propios para desarrollar su inteligencia, facilitando su instrucción. Inspirado por su genio, entrevió todo el partido que se podía sacar del tacto, desarrollado tan maravillosamente por la naturaleza en aquellos á quienes ha privado del sentido de la vista; y después de fabricar caracteres movibles en relieve que representaban las letras del alfabeto, encargóse de la educación de un mendigo ciego, el joven Lessuer. Gracias á los rápidos progresos obtenidos, el nombre del inventor llegó á ser muy pronto célebre y esta tentativa fué el origen de la fundación del Instituto de jóvenes ciegos en París.

Luis Braille, hijo de un artesano como Haüy, vino á completar la obra de su antecesor y todos sus trabajos se distinguen por ese carácter de sencillez observado en los inventos debidos á los ciegos. Nacido en 1809 en Coupvray, Braille perdió la vista á la edad de tres años á consecuencia de una herida; en 1819 ingresó en el Instituto de ciegos y habiéndose distinguido allí, primero como discípulo y después como profesor, publicó en 1829 su admirable *Anagliptografía*, método de lectura y escritura por puntos de relieve, que es una obra maestra de sencillez práctica. Igualmente propio para los manuscritos y el impreso, este método se aplica á la ortografía, á la estenografía, á las matemáticas y á la música; empleado desde 1849 en la impresión de los libros, hoy está casi universalmente adoptado; y con razón escribió un ciego al hablar de él: «Lo que Gutemberg fué para los que están dotados de vista, Braille lo ha sido para nosotros.»

Sin embargo, como los signos en relieve de Braille exigían un espacio considerable, los inventores buscaron métodos estenográficos para abreviar la escritura: los dos



LA CUENTA



EL PRETENDIENTE

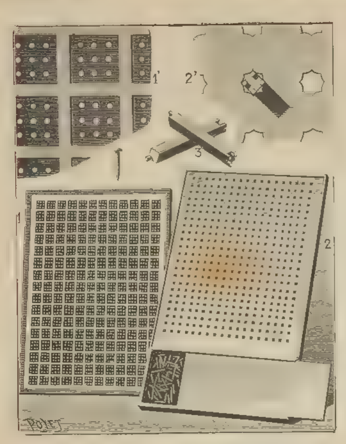


Fig. 1. – Aparatos para calcular, para uso de los ciegos: 1 Tabla Ballú. 1'. Detalle de los cuadrados alfiler. – 2. Tableta Oury. – 2'. Detalle de los octógonos. - 3. Clavijas encarnadas

principales adoptados en Francia son, el sistema imaginado por Mr. Ballú, y el debido á Mr. Sizeranne, sistema ortográfico que, como el anterior, toma sus signos del alfabeto Braille.

Los caracteres escritos ó impresos en relieve se leen con la extremidad interna del índice de la mano derecha ó de la izquierda, debiéndose tener ambas abiertas sobre la página; y admira la rapidez con que algunos ciegos, después de aprender el sistema Braille, recorren las líneas trazadas según ese método tan práctico.

Hace un siglo ensayáronse muchos sistemas para poner á los ciegos en comunicación con los que tienen vista; pero los más consistían en hacerles trazar con un lápiz los caracteres del alfabeto ordinario, sirviéndose de reglas con aberturas. En Inglaterra la tableta Moon, compuesta de hojitas de madera pegadas en un pedazo de tela, permite escribir en línea recta á lo largo del borde de una de aquéllas, doblándose unas sobre otras al fin de cada línea. La escritura con lápiz se estudió igualmente por Guldberg en Dinamarca, por Galimberti en Italia y por Bourgougnón en Francia. Más tarde, Duphau construyó su *trastangible* por medio de estrechas láminas de cartón equidistantes, adheridas en un pedazo del mismo material pero muy grueso; pero todos esos sistemas no permitían al ciego comprobar lo que había escrito. Lo que debía buscarse era una escritura en relieve, fácil de leer para los que, dotados de vista, desconocían el sistema de Braille, y que el dedo del ciego pudiese trazar y leer con facilidad.

El sistema existe hoy: es la estilografía, ideada por el conde de Beaufort. Nada más sencillo que el aparato llamado estilógrafo, debido al inventor, tanto que cualquiera, sea ciego ó no, puede construirle por sí mismo. Cúbrase una hoja de cartón de un pedazo de paño grueso, y después de tender sobre ella una serie de alambres ó de cuerdas paralelas y horizontales, separadas por espacios de cuatros milímetros por lo menos, colóquese sobre esta tableta una hoja de papel; después, con ayuda de un punzón, se trazarán, volviéndolas, las letras del alfabeto ordinario, redondeando los ángulos y prescindiendo de los enlaces. El relieve de las cuerdas permite hacer letras de igual altura; y así se trazarán, después de un breve aprendizaje, líneas de letras en hueco, que el ciego podrá leer en relieve, volviendo el papel. Si hay dificultad en invertir los signos de la escritura, escríbanse las letras en hueco, y el ciego, familiarizado con el sistema Braille, las leerá fácilmente en relieve y á la inversa. Los ciegos han acogido muy favorablemente este sencillo invento; y la estilografía, practicada hace ya tiempo en el Instituto de París, ha producido muy buenos resultados, pues algunos meses bastan á los discípulos para escribir correctamente.

Aunque le Braille esté casi universalmente adoptado, en el extranjero se emplean otros sistemas, de los cuales el más importante es el inventado por Moon en Inglaterra en 1847. Los ingleses tienen también la letra romana ordinaria, el *Glascoiv*, imaginado por Alston en 1857, el *Edimburgo triangular*, inventado por Gall en 1827, y otros que sería ocioso citar aquí.

Debemos hacer especial mención de los ensayos practicados por Hassenfratz en 1783 y por Chalant en 1820, para facilitar á los ciegos el medio de escribir con tintas muy espesas que produzcan en el papel un relieve después de secarse. Con esta tinta es preciso retocar dos veces los mismos caracteres, y puede prestar servicio á los que están dotados de vista para escribir á los ciegos; pero á estos últimos no les reporta ventaja alguna, porque deben tocar la primera letra antes de secarse, y de consiguiente hacer borrones que impiden leer con claridad.

A M. Mattei, profesor de matemáticas en el instituto nacional, se deben los ensayos hechos en 1883 sobre el cálculo, y en particular el cálculo escrito, los cuales han demostrado la ventaja del segundo sobre el que se efectúa por medio de aparatos especiales; pero creemos curioso dar á conocer algunos de estos últimos.

En primer lugar figura la *Tabla de Ballú* (fig. 1), compuesta de una placa dividida por líneas metálicas salientes en un gran número de cuadritos ó casillas perforadas por nueve agujeros dispuestos de tres en tres, y numeradas de 1 á 9. En uno ú en otro de estos agujeros se puede introducir un alfiler cuya cabeza redondeada sobresale en la placa y figura las cifras de 1 á 9, según el número del agujero ocupado por el alfiler. A pesar de la sencillez de este sistema, necesítase una larga práctica para llegar á leer rápidamente los números así formados.

La tabla inglesa de Taylor tiene la placa de metal provista de agujeros en forma de octógono regular estrellado, en el que pueden ajustarse pequeñas cuñas prismáticas, terminadas en cada cual de sus extremidades por una saliente en bisel, una lisa y otra denticulada. Como la cuña se puede disponer de 16 maneras diferentes en cada agujero, es posible figurar las 10 cifras del sistema decimal (y los principales signos algebraicos; pero el ajuste de las cuñas obliga al ciego á tantear mucho, por lo cual este aparato es inferior al precedente.

La tabla de Oury, imaginada muy recientemente, es mucho más sencilla. Utilizándose de las diversas posiciones que una cuña cuadrangular puede ocupar en el agujero octogonal de la tabla Taylor y también de la circunstancia de que las cifras Braille se pueden reducir á cuatro tipos, el inventor emplea dos especies de cuñas de corte cuadrado de madera ó de metal, que llevan en sus extremidades, unas las cifras 2 y 4 (cambiando su orientación conviértense en 3, 5, 9 y 6, 8 y 0) y las otras los números 1 y 7. El inventor espera reducir su combinación á una sola especie de cuña, en cuyo caso el ciego no necesitaría elegir. Según se ve en la figura, la tabla de Oury forma cuerpo con una caja de tapa corrediza que contiene las cuñas en dos compartimientos distintos.

Para los ciegos se han inventado muchas máquinas de escribir, y las más de ellas tienen por objeto no sólo facilitarles la escritura del sistema Braille sino también la del alfabeto ordinario.

M. Reurdon fué el primero que ideó un aparato de este género; pero hoy día tenemos otro más sencillo, inventado por M. Mauler, cerrajero mecánico. Esta máquina (fig. 3) tiene por órgano esencial un platillo (fig. 2) horizontal, guarnecido en su borde circular de una serie de plaquitas, provista cada cual de uno de los signos del alfabeto Braille y el carácter correspondiente del nuestro; y ambos sistemas están dispuestos en dos coronas concéntricas. El platillo que gira al rededor de un eje vertical, se puede fijar momentáneamente por medio de una espiga de resorte que penetra en una de las escotaduras de que está guarnecida en su circunferencia, y cada plaquita corresponde exactamente con una de aquéllas. Un bastidor que oscila al rededor de un eje horizontal sostiene los dos rodillos en que el papel se arrolla, y el bastidor se mueve por medio de una palanca que el individuo tiene en la mano izquierda; en aquélla se desliza un pequeño tapón movible guarnecido de cauchuc, y un tornillo de presión sirve para fijarle en el aplomo de la corona exterior (signos Braille), ó en el de la interior (alfabeto vulgar). Cuando el ciego tiene ante sí la letra apetecida, y la espiga de resorte, penetrando en la escotadura correspondiente, ha fijado por un momento el platillo, baja aquél la palanca, lo cual pone en contacto el papel con el citado platillo; además de esto, estando el papel oprimido por el cauchuc del tapón, sufre un verdadero estampado, y así se ve que de un solo golpe de aquél el escritor imprime en relieve todos los puntos del signo Braille que deseaba trazar. No entraremos en el detalle de otras disposiciones accesorias, muy ingeniosas, que permiten desviar el bastidor lateralmente; pero justo es hacer mención del punto capital del invento, que es el siguiente:

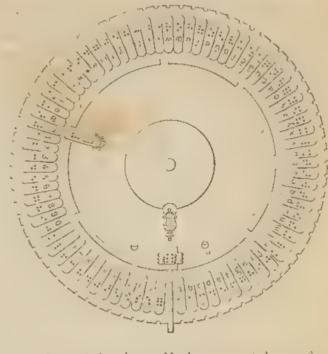

Fig. 2. Disco de la máquina Mauler representada en la fig. 3.


Fig. 3. – Ciego escribiendo con la máquina Mauler.

Cuando el ciego imprime el alfabeto ordinario, con ayuda del aparato Mauler, traza en relieve y no en color, y por lo tanto puede comprobar lo que ha escrito (cosa imposible con la escritura de color), rectificando también cualquiera equivocación cometida. Así, por ejemplo, si ha escrito la O en vez de la L, sus dedos advierten la falta; entonces hace volver el papel de modo que la letra O esté bajo el tapón, mientras que trae la L del platillo, y de un solo golpe de aquél la letra inexacta queda aplastada y sustituída muy claramente por la que se desea.

Terminaremos este rápido estudio anunciando á nuestros lectores la existencia en París de un curioso museo especial para los ciegos, que contiene, entre muchos objetos propios para el trabajo profesional, dos curiosos sistemas de agujas (fig. 4), las cuales puede el ciego enhebrar fácilmente.

En la figura se representan además algunos juegos, por ejemplo, damas, ajedrez, asalto, etc.

El museo de que hablamos, propio de Valentín Hauy, prestará los mayores servicios á todos los que se dedican á enseñar á los ciegos y á los que se cuidan de proporcionar á esos infelices medios para que recobren el lugar á que tienen derecho en la sociedad.

Tomado del periódico: *La Nature.*

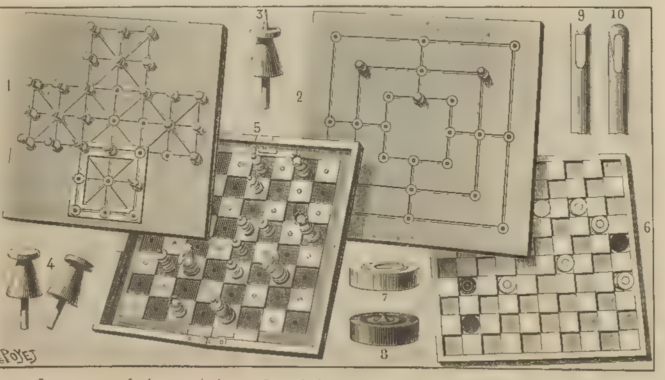


Fig. 4. – Juegos para uso de ciegos: 1. Asalto. – 2. Juego de Co-Bang. – 3 y 4. Peones. – 5. Ajedrez. – 6. Damas. – 7 y 8. Damas negra y blanca. – 9 y 10. Agujas para ciegos (muy agrandadas).

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VII — BARCELONA 12 DE MARZO DE 1888 — NÚM. 324

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL INVIERNO, dibujo de A. Rejchan

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL INVIERNO, dibujo de S. Rejchan

La representación de las Estaciones ha sido *anima vili* ó primera materia para la alegoría. Apenas hay comedor, salón de café ó biombo á que no hayan contribuído las cuatro matronas que representan las grandes divisiones del año. Las condiciones alegóricas son casi invariablemente las mismas: flores en primavera, espigas en verano y uvas en otoño; el invierno es el único que ha dividido las opiniones artísticas, pues mientras unos le representan por medio de una encapuchada refocilándose al amor de la lumbre, otros han adoptado la forma de un viejo de luenga barba abrazado al pino de los Alpes.

Difícil es, por lo tanto, simbolizar las Estaciones con alguna novedad, pero es indudable que si Rejchan no ha ideado cosa alguna completamente original para dar idea del invierno, ha producido algo verdaderamente poético y cuyo significado no necesita grandes aclaraciones, cualidad recomendabilísima cuando de alegorías se trata. No faltan en ese dibujo el árbol clásico de los países fríos, ni las nevadas peñas, con las cuales se confunde la vestidura de la ninfa, ni los pajarracos simbólicos, ni los efectos del viento glacial, ni cosa alguna de las empleadas hasta ahora para dar idea de la estación fría. Después de todo, el artista no podía prescindir de la naturaleza haciendo un Invierno para su uso particular. Pero es indudable que con elementos conocidos ha llegado á un concepto nuevo, poético, simpático, que dice mucho en elogio del autor.

LA META, grupo en bronce de Alfredo Boncher.

Esta preciosa escultura que acaba de emplazarse en los jardines del Luxemburgo (París) se recomienda por todos conceptos. Tres jóvenes se disputan el premio de la carrera: los tres se encuentran al término de ella y hacen el postrer esfuerzo para alcanzar la meta. Aunque las tres figuras tienen una misma actitud, cosa natural pues los tres personajes practican idéntico ejercicio y se hallan animados de una misma idea, sin embargo, el autor ha tenido el talento suficiente para dar á cada uno de ellos expresión distinta. Así el primero, mientras con una mano toca al término deseado, con la otra parece proclamar ya su triunfo y detener la inútil carrera de sus competidores. El personaje que más cerca se encuentra del vencedor no puede menos de cerrar los puños con despecho al considerar la pequeña ventaja que éste le ha llevado; al paso que el luchador tercero, si bien tiende la diestra con desesperado esfuerzo, cierra instintivamente la izquierda, convencido del vencimiento. La ejecución de este grupo demuestra cuántas dificultades puede superar el talento de un artista.

TIPOS GRANADINOS, cuadros de I. Marín

(Reproducción directa por medio de la fotografía).

Propios y extraños han considerado siempre á Granada como el país más pintoresco de España. Su hermoso cielo, su situación topográfica, sus numerosos y variados monumentos y sobre todo su limpia y clara luz, son condiciones propias para inspirar al pintor paisajista. Efecto de esto es que la mayoría de los que en dicha ciudad se dedican á la pintura son grandes coloristas y se distinguen mucho en el paisaje, dejando en olvido el importante estudio de la figura, fuente principalísima, hoy más que nunca, del arte y de la inspiración. A llenar este vacío y subsanar este defecto tendió en parte la creación del *Centro Artístico de Granada,* sociedad que fundada tan sólo para el estudio de la pintura ha extendido poderosamente sus fines y medios de acción, siendo hoy el elemento principal de cultura artística con que cuenta aquella capital.

Como prueba del benéfico influjo que el *Centro Artístico* ejerce en las artes, citaremos los notables conciertos que organiza, las interesantes excursiones artístico-arqueológicas que lleva á cabo y las brillantes exposiciones celebradas, en las cuales han dado á conocer los jóvenes pintores granadinos los grandes adelantos conseguidos merced al estudio de la figura, que realizan en la Clase de Modelo vivo establecida por la mencionada sociedad.

Uno de los más aventajados de estos pintores es sin duda el joven autor de los cuadros cuyos grabados publica hoy LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Representan tipos de la provincia de Granada: una florista de los cármenes famosos del Dauro, una campesina de las Alpujarras, una pescadora de las costas motrileñas, una habitante del poético Albaicín, y una alegre compradora de los pintorescos mercados granadinos.

Distínguense estos cuadros por su brillante color y revelan á un artista de mucho porvenir. Han sido adquiridos por una opulenta dama de Granada y decoran en la actualidad el rico salón-comedor de su suntuoso palacio.

GOLPE TERRIBLE, cuadro de R. J. Gordon

Lienzo que causa verdadera sensación, ejecutado con sobriedad de medios y á través del cual se descubre todo un drama en el porvenir. ¿De qué clase es el golpe terrible que anonada á esa mujer y tiene como entontecido á ese hombre? La actitud del último permite suponer que la miseria ha penetrado resueltamente en ese hogar, destruyendo las ilusiones del joven matrimonio. ¿Es la desgracia ó el vicio la causa del terrible golpe? Lo ignoramos, pero el semblante del marido parece el de un culpable: ese hombre no tiene fuerza moral, es impotente para conjurar su desdicha, su conciencia le acusa de que no es ajeno á ella, y sin embargo, baja la cabeza con la forzada resignación del oriental ó con el apocamiento del reo que oye leer su justa condena.

Su esposa oculta el rostro en el seno de su compañero, pero aun así hay en su figura tal fuerza de expresión que el espectador se forma idea exacta de aquél y ve correr su llanto. No cabe negar que el autor de este cuadro ha sabido interpretar una escena de dolor agudo, de muda desesperación.

– ¿DICE V. QUE SÍ? – cuadro de Pío Ricci.

La caza es muchas veces un ejercicio distraído y otras veces un simple pretexto. El cazador de Ricci parece apuntar á un blanco en que puede darse sin necesidad de escopeta. ¿Sucumbirá la pieza? Deplorable sería, pero es muy de temer. Cuando la caza se pone voluntariamente al alcance del arcabuz, es que está predestinada á morir. El artista ha dado la debida expresión á la obra: á la vista de ella cabría titular el cuadro: Una honra en capilla.

EL MONUMENTO DE WATERLOO dibujo del conde J. de Lalaing

Este bien ideado sepulcro ha de erigirse en breve (cerca de Bruselas) y contendrá los restos de once oficiales y varios soldados ingleses muertos en la capital belga á consecuencia de heridas recibidas en la gran batalla que á principios de este siglo transformó la manera de ser política de toda Europa.

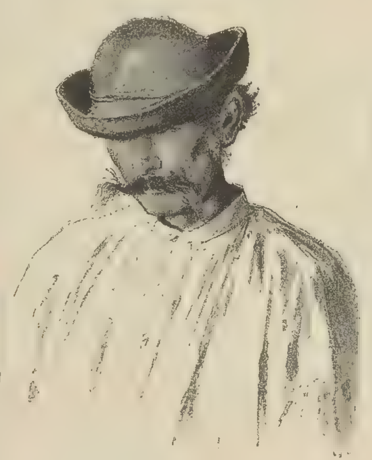
En el dibujo, elegante, bien pensado y severo, es de ver á Inglaterra velando el sueño eterno de sus hijos muertos por su causa en extraña tierra: tres leones tendidos en diversa actitud parecen custodiar la sepultura. La obra se construirá por suscrición nacional.

UN TREN DE MADERA FLOTANTE.

No hay como los norte-americanos para idear modos de ahorrar tiempo y gastos. Si para los ingleses el tiempo es moneda, para los yankees es moneda de oro. Hace pocos meses convino á un tratante en maderas importar de Nueva Escocia la friolera de 27,000 troncos de árboles corpulentos. Para ello eran necesarios por lo menos seis viajes de una gran goleta de cuatro mástiles. Mucho era para la paciencia de un norte-americano. Entonces se le ocurrió hacer un solo haz con los veintisiete mil troncos, sujetos con cadenas, botar al mar la gigantesca almadía y llevarla á remolque de un vapor. La mole de madera tenía la forma de una inmensa cuba de ciento setenta metros de longitud y veinte de diámetro en su parte más ancha.

El *Miranda,* vapor de mil quinientas toneladas, fué destinado al arrastre de la inmensa mole, y sin duda el cálculo hubiera producido los resultados que se esperaban á no haber sobrevenido tan deshecho temporal que el remolcador se fué á pique por completo y los veintisiete mil troncos, completamente disgregados, fueron dispersados por la superficie del mar, siendo recogidos algunos de ellos á ciento treinta y cinco millas del lugar del siniestro.

Este desenlace ¿curará al autor de tan atrevida empresa? Lo dudamos: en ese país del invento, una contrariedad no trae consigo un desengaño, antes bien constituye un estímulo. Estamos persuadidos de que la segunda almadía constará de doble número de troncos.



ESTUDIO, de Alejandro Wagner

LOS ESPECIALISTAS

Ha hecho muy bien la Academia Española en dar cabida en la última edición de su Diccionario á la voz ESPECIALISTA; lo que sea justo debe ser confesado, aplaudido, y aun defendido. Creemos, pues, que ha llegado ya para la sociedad la época de que existan necesaria é imprescindiblemente verdaderos *especialistas* en todos y cada uno de los ramos del saber humano.

Pero, á todo esto, ¿qué quiere decir *especialista?...* Copiemos y oigamos.

«ESPECIALISTA: adj. Dícese del que con especialidad cultiva un ramo de determinado arte ó ciencia, y sobresale en él.»

Estamos conforme con la definición académica que acabamos de transcribir, aunque se nos ofrecen dos leves reparos: 1.°, que nosotros hubiéramos antepuesto la *ciencia* al *arte,* por ser aquélla más noble que éste; 2.°, que hubiéramos añadido la circunstancia de *U. m. c. s.* (esto es, *úsase más como sustantivo),* dado que, efectivamente, lo más común es emplear dicha voz bajo tal aspecto. Pero, en último resultado, todo ello no pasa de ser *peccata minuta,* ó séase *escrúpulos de monja.*

¡Ah! (se me olvidaba:) podíase haber hecho constar también, que la palabra *especialista* representa de un modo concreto al «médico que se dedica principalmente, si no ya de una manera exclusiva, á la curación de ciertos males, como los oftálmicos, los cutáneos, los urinarios, los ocultos, etc.;» enfermedades éstas últimas (dicho sea entre paréntesis) que, aun cuando llamadas *ocultas,* saltan bien á la cara del espectador.

– *¡Tilin! tilin!!!!!*

(Momentos de pausa.)

– *Tilin! tilin! tilin!!!!!*

– ¿Quién?

– ¡Cartero!

Eslo efectivamente el del Interior. Abro, y leo:

«Sr. D. José María Sbarbi.

«Muy Sr. mío: Aunque no tengo el gusto de conocer á V. personalmente, y sí sólo por sus escritos, me tomo la libertad de dirigirle la presente, con el fin de llamarle la atención sobre la palabra *especialista* que por vez primera acaba de insertar la Academia Española en las columnas de su Diccionario. – Dicha Corporación hace recaer la calificación de semejante voz solamente sobre *artes* y *ciencias:* ¿por qué no, también, sobre *letras?* – Dejo á la mayor etc. de V. la resolución del caso.

Es suyo» etc.

Quede consignado que el vocablo *especialista* se extiende en su significado á la región de las *letras,* y... ¡adelante! ¡Y Dios quiera que no nos vuelvan á interrumpir, á ver si podemos acabar este dichoso artículo!

. . . .

Es indudable que las ciencias, las letras y las artes han tomado tan alto vuelo y adquirido desarrollo tal en nuestro siglo, que se hace de todo punto indispensable el ir dividiendo en secciones especiales el estudio privativo de cada una de ellas. Más generalizadores nuestros antepasados, divertían la mente á objetos mil, pasando como sobre ascuas por encima de cada uno de ellos; más concreto el espíritu de la generación actual, reflexiona y medita detenidamente sobre los mismos, descartando de sí todo cuanto distraerlo pudiera de su ensimismamiento y reconcentración: de aquí la necesidad imperiosa del *especialismo* moderno, ó sea el «sistema de *especializar.*»

(Nota. – Aquí no llama el cartero; pero me avisa la conciencia que emplee estos dos términos de *especialismo* y *especializar,* los cuales, como tantos miles de otros, brillan por su ausencia en el Diccionario oficial.»

Cualquier cosa daría yo, aunque fuera una desazón (por dar algo), á trueque de vivir dentro de dos ó tres siglos, para poder ser testigo presencial de los adelantos hechos en los diversos ramos del saber humano, así como de las mutaciones ocurridas en la sociedad.

Si este mi artículo merece llegar hasta esas futuras generaciones, paréceme estar oyéndolas decir: «Vosotros os reísteis en el siglo XIX de los siglos antepasados, pero ahora nos toca á nosotros burlarnos del vuestro.» Y, en efecto, vaya V. á saber, ni siquiera á presumir, el cambio que habrán tomado entonces las instituciones de todo género, así como el rumbo que pueda haber adoptado la ciencia: nuevos descubrimientos habrán usurpado el puesto de descubrimientos que pasan por nuevos hoy para nosotros; y quién sabe si lo que hoy se estima felonía, será reputado entonces por virtud, y, no así como quiera, sino por virtud heroica y ejemplar. Lo cierto es que, puestos en parangón nuestros tiempos con los que pasaron, mucho hay que olvidar de lo que aprendimos en la escuela, y aun en las universidades, al tenor de lo que rezaban los textos por que aprendimos y las lecciones que oímos de boca de nuestros maestros; y si no, dígasenos por vida nuestra: ¿qué queda de aquello de: *El quinto, pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios?...* ¿Qué queda del capítulo de *Usura,* y qué del de *Simonía,* de la ciencia teológica?...

Pero ahora caigo en que es una desgracia tener algo fogosa la imaginación, con cuyo motivo me he apartado insensible cuanto involuntariamente de mi asunto primordial. ¡Ah, si pudiéramos vivir sin imaginación... y sin nervios, cuán felices seríamos! Volvamos, pues, á nuestro objeto.

Existiendo de hecho hoy el *especialismo* en fárfara, y desarrollado y elevado á su último término en las generaciones venideras, me lo represento yo, acá en mis adentros, poco más ó menos de la manera siguiente. Pongamos por caso, invadiendo ahora el terreno de la *Bibliofilia.*

Todo el mundo sabe (y, al decir esto, pretendo dar á entender los que no lo ignoran), todo el mundo sabe, repito, que el descubrimiento de la Imprenta data de mediados del siglo XV. Con anterioridad á esa fecha, pocas eran las personas que poseían libros en su casa, á excepción de las comunidades religiosas de hombres, y de tal cual aristócrata, y, para eso, en número harto reducido, supuesto ser manuscritos los libros, escasear los buenos pendolistas, y alcanzar subido precio las copias por éstos sacadas, ya en vitela, ya en papel, y á veces adornadas de ricas miniaturas. Apareció el genio de Guttenberg; agitáronse las prensas; y hoy por hoy es tanto lo que sudan éstas para dar de sí, mejor diría arrojar, millones de pliegos por hora, que, al paso que vamos, el tener un particular una biblioteca de 30 ó 40.000 volúmenes en su casa, será reputado dentro de dos ó tres siglos por una nonada, ó como si dijéramos, poseer hoy en día 500 ó 1.000 obras. Pero, ¿dónde habrá dinero, en lo general, para sufragar tamaños gastos, máxime si los caseros siguen siendo enemigos natos de los inquilinos, así como los libreros verdugos crueles de los bibliófilos?... Nada; lo dicho: cada cual tendrá que adquirir los libros propios de su *especialidad,* y, así y todo, déle gracias á Dios por haber nacido en el siglo XXI y no en el L, porque entonces, pensando piadosamente, de pretender coleccionar todas las obras publicadas acerca de la facultad que profesa, ni tendrá dinero con que poder adquirirlas, ni casa en que poder albergarlas. Si hay quien al leer esto me calificase de exagerado, lo cito y emplazo para dicho siglo L, y entonces nos veremos las caras.



LA META, grupo en bronce de Alfredo Boncher, emplazado en los jardines del Luxemburgo

......¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Y he aquí cómo sin sentir se me entra de rondón por las puertas materia más que suficiente para seguir enjaretando este artículo, la cual es de suyo tan vasta é importante, que bien merecía ser tratada en un libro exprofeso: refiérome al periodismo.

Pese á quien pese, y mi conciencia antes que todo, la verdad es que nada más contrario al *especialismo*, que el periodismo. El periodista, por regla general, tiene que hablar de todo un día sí y otro también; pero, para hablar de todo, se necesita saber de todo: *hic, opus; hic, labor;* de ahí tantas inexactitudes históricas y de todo género, tantas citas falsas, tantas impropiedades de lenguaje, etc., etc., etc. Contestaránme, tal vez, algunos individuos del gremio, aunque no del claustro, con el fin de pretender darme á entender que pido imposibles, por aquello de que *de hombres es errar*, si ya no es que me sacan á colación el tan manoseado como mal interpretado verso latino que dice:

Homo sum, et nil humani a me alienum puto;

á lo cual replicaré...

Pero, á todo esto, paréceme estar oyendo decir á más de un lector: —¿qué tiene que ver cuanto acaba V. de ensartar ahora con lo que iba diciendo antes, mayormente cuando consigna, por añadidura, que el asunto se le viene á las manos sin sentir, ó como si dijéramos, que ni de perlas?...

—¿Que, qué es lo que tiene que ver?... ¡Friolera! Allá lo veredes.

Tiene que ver, que la omnisciencia (*ironía* se llama esta figura) de la casi generalidad de los periodistas, al citar el verso arriba inserto, y origen del cauce por donde se ha escapado ahora este artículo, suelen hacerlo de mala manera, con detrimento de la buena fama de su autor Lupercio Leonardo de Argensola; tiene que ver, que echándola de latinos, sin conocer quizás el *Musa, musæ*, más que de nombre, le espetan á V. un *hoc opus, hic labor*, que lo baldan, supuesto no tratarse en el caso presente del llamado adjetivo demostrativo *hic, hæc, hoc* (este, esta, esto), sino del apellidado adverbio de lugar *hic* (aquí); tiene que ver, que lo que se propuso Terencio significar con el verso últimamente inserto, no es que, como hombre, le estaban anejas todas las flaquezas propias de la humanidad, sino que, á fuer de tal, no podía ver con indiferencia todo cuanto con la especie humana se relacionase; tiene que ver... pero ¿adónde vamos á parar?... Me haría interminable. Mire V., mi señor D. Aristarco, si tiene que ver.

Sí; previo el estudio exclusivo y peculiar de cada ramo, cada *especialista* en él tomaría por su cuenta con pleno conocimiento de causa la defensa del asunto propio de su competencia, con lo que se ahorraría el público inteligente de lamentar diariamente en la prensa tantos desbarros de todo linaje, y el no inteligente, de que lo comulgaran con ruedas de molino; se escribiría menos, pero se escribiría más; bien organizada la prensa periodística, ganarían todos, y ganaría todo: allí, las empresas, los redactores, y los lectores; y aquí, la historia, el lenguaje, el sentido común, y, tal vez, la moral.

Por eso, más de cuatro veces me he preguntado, pensando á mis solas: ¿Sería conveniente crear una carrera intitulada del *Periodismo?*... con menos motivo se han creado otras. Quizás esto que hoy pueda parecer una utopía, una paradoja, un delirio, llegue á ser con el tiempo una realidad.

Ya se deja entender que el estudio, considerado en absoluto, no entraña espíritu de aislamiento ó carácter de independencia, sino que, todo lo contrario, es de suyo complicado, así como nadie que haya cursado Psicología puede ignorar que no consiste el saber más en poseer mayor número de ideas aisladas, sino en la conexión ó enlace de éstas entre sí. De lo acabado de exponer cae como por su peso el que el *especialismo*, tan lejos de excluir ó alejar de sí el conocimiento de otras facultades, se las asocia y llama en su ayuda, como auxiliares más ó menos útiles para su perfecto desenvolvimiento. Porque, ello es tan claro como el agua: ¿á quién podrá ocultársele que no se puede ser buen retratista, desconociendo los elementos de la Anatomía; ni buen músico especulativo, sin haber saludado siquiera la Acústica; ni buen labrador, hallándose completamente ayuno de ciertos fenómenos propios de la Meteorología? Y sin embargo, la Anatomía, la Acústica y la Meteorología son ciencias que difieren esencialmente de la Pintura, de la Música y de la Agricultura, respectivamente consideradas. Pues bien; de todo lo hasta aquí dicho, obtenemos en lógica consecuencia la necesidad imprescindible de los sujetos *especialistas* en todos los ramos del saber humano, una vez que tan gran desarrollo van adquiriendo éstos de día en día; nó por hacer de cada *especialista* un individuo exclusivista, ajeno por completo á los demás conocimientos del espíritu humano, sino para que sobresalga y descuelle en un determinado ramo de la ciencia, por causa de haberse dedicado á él con preferencia á todos los demás, consagrándole sus desvelos, arrancándole hasta donde sea posible sus secretos, y meditando profundamente día y noche en su naturaleza. Con cultivadores de esta índole es como podrá llegarse alguna vez á obtener el desarrollo de todos y cada uno de los ramos constitutivos del saber humano, y su acertada aplicación á cuantos casos puedan surgir; desaparecerá el empirismo por completo; sucederá la luz á las tinieblas; y se eclipsará la fase ridícula de aquel proverbio griego que dice: *Dios nos libre de hombre que no conoce más que un libro*, por cuanto siendo ese hombre custodio de los siete sellos que lo cierran, á él debe consultársele de preferencia, como á único que puede iniciarnos en los misterios que contiene; y sólo quedará reservado el refrán castellano *No saber leer más que un misal*, para aquellos pobres de espíritu que, no viendo más allá de la nariz, podrán ser, á lo sumo, *especialistas*... sin especies, cuando no *especieros* ó vendedores de especias.

JOSÉ MARÍA SBARBI

EL CARNAVAL ESPAÑOL

EN EL SIGLO XVII

Regocijado tiempo era también para nuestros mayores el de *Antruejo* ó *Carnestolendas*, y si bien los disfraces, aunque en uso, no se emplearon tanto como después han servido, para embromar á los que no los llevaban, poníanse en juego otras *bromas*, si tal podían llamarse, que todavía subsisten en algunos pueblos de nuestra España, y aun de allende los mares en países que pertenecieron á la corona de Castilla.

Pero como la Cuaresma, con sus cuarenta ayunos, llamaba austera á las puertas de los cristianos, dábanse estos prisa á prevenirse y pertrecharse de antemano con gaudeamus y atracones, que fuesen como un desquite anticipado de los ayunos y abstinencias, que ya se les entraban por las puertas.

Así dijo Quiñones en uno de sus entremeses, por boca del mes de Febrero, á quien el Carnaval parece que prefiere para sus travesuras:

Yo, que soy Febrero loco,
Agoto bolsas y juicios,
Pidiendo en Carnestolendas,
Roscón, quesadilla y vino.

Pero si el vino representaba durante los tres días de *Antruejo* importantísimo papel, el agua reinaba también por todas partes y era el temor y sobresalto de los que discurrían por las calles, pues las casas se convertían, por sus ventanas y balcones, en baterías desde donde se disparaba sin intermisión el susodicho líquido con jarros y hasta con cubos, no faltando quien se sirviese de cierto utensilio, que entonces solían llamar *melecina* y después se ha conocido con el nombre de jeringa.

Pero como también el tiempo daba alguna más licencia á requiebros y galanteos, aprovechábanlo á su sabor los enamorados, que á trueque de tener un coloquio con la dama de sus pensamientos, no reparaban en rociada más



TIPOS GRANADINOS, cuadros pintados por I. Marín, (reproducción directa por medio de la fotografía)



¡GOLPE TERRIBLE! cuadro de R. J. Gordón

ó menos, sobre todo, según de dónde venía, pues como dijo el poeta antes citado, veíase en Carnestolendas

el agua convertida en galanteo

y enfervorizado y enardecido el corazón bajo los ojos de alguna linda dama, creíase el Amadís bañado en agua de rosas:

Pues hay galán que remojar se deja
Embobado á los hierros de una reja,
Y el que, para mirar un sol divino,
Águila viene, vuelve palomino.

Arrojaban algunos, puñados de salvado, y quienes disparaban no sólo otras armas arrojadizas de más solidez, como eran los confites, sino también cada naranjazo que cantaba el credo, y según el mismo autor era

Todo grita, porrazos,
Mazas, tizne, salvado y naranjazos;

pues daban asimismo en la treta de manchar la cara con tizne de las sartenes, y colgar *mazas* al descuidado transeunte, aporreándole también con vejigas hinchadas, y arrojándole á las veces estopas encendidas.

Por eso dijo Calderón en otro entremés, que tituló *Las Carnestolendas*, que andaban con temor en aquellos días

Las *estopas* de verse chamuscadas,
Las *vejigas* de estar aporreadas,
La *sartén*, si su tizne á alguno pringa,
El agua que la sorba la *jeringa*,
El *salvado* de andar siempre pisado
Siendo á un tiempo salvado y condenado.

Pero si tales entretenimientos, algún tanto crudos, eran propios del vulgo de las gentes, las damas y los caballeros usaban formas galantes y cultas.

Los *huevos de olor* ó de *azahar* estaban muy en uso, en aquel tiempo en que tanta afición había por las esencias y aromas.

Preparábanse para aquellos días centenares de huevos hueros, si bien rellenos de aguas olorosas y para darles aun más valía se doraban y plateaban las cáscaras.

Y este obsequio, porque tal se juzgaba que damas y señores se arrojasen con empeño estos proyectiles, no costaba nada barato.

.... veinte huevos *azareños*
Le cuestan veinte reales á sus dueños.

Así lo consignó Calderón, y en verdad era precio subido para tales tiempos, y año hubo en que se gastaron algunos miles de ducados para proporcionar á los cortesanos tales huevos de olor.

Tirso de Molina en su comedia *Quien calla otorga* supone una fiesta de Carnestolendas en el Piamonte, donde las damas de cierta Marquesa se solazan arrojando á los galanes pellas de nieve. Uno de los servidores de aquella, que habla con el español don Rodrigo y el gracioso Chinchilla, su criado, dice:

¿Qué hacéis, don Rodrigo, aquí,
Cuando están todas las damas
De la Marquesa en el parque,
Por balcones y ventanas
Tirando á los gentil-hombres
De Aurora, pellas que abrasan
De amores, con ser de nieve?
. . . .
Tiran pelotas nevadas,
Esmeriles de hermosuras
Que las libertades matan.
Huevos hay de *azahar* también.

GRACIOSO

¿Qué más azar ni desgracia
Que tirar pellas de nieve,
Que han de resolverse en agua;
Si hubiera pellas de vino
Yo las sorbiera de chanza.

(Act. I, esc. XIV.)

Otra de las bromas usadas era colgar con disimulo de los vestidos á los que pasaban tal cual trapo viejo ó cosa semejante, á lo que se llamaba *mazas*, y esto hacía decir á uno de los personajes del citado entremés de Calderón:

¡Yo con *maza*! ¿soy mona? ¡á mí mamola!
¿Tan despegado soy que me echáis cola?
¡A mí cola! – ¿He perdido alguna cátedra?
¿Soy escabeche, que vendido á solas,
Por un cuartillo más es todo colas?

Hasta los animales eran víctimas de las fiestas carnavalescas, colgándose también á los perros mazas en el rabo, que consistían en objetos que causasen ruido al ser arrastrados.

Así decía un interlocutor á otro en el entremés nombrado de Benavente:

Ahí te dejas, por olvido ó yerro,
Tanta persecución de todo perro,
Que maza y manta cruel corre fortuna,

porque además solían mantear á los desdichados canes. Estos tormentos los apunta asimismo Vicente Espinel, en su *Escudero Marcos de Obregón*, en que dice: «Que acabándose (en Carnestolendas) la grita de *jeringas* y *naranjazos* y el martirio perruno causado de las *mazas*, de quien sin saber porqué huyen hasta reventar, dí conmigo en un tabernáculo de la gula.» *(Rel. I, des. V.)*

Porque eso sí, como antes he apuntado, los manjares y golosinas de toda clase abundaban en aquellos días, dando al traste con la templanza, y como para desafiar á *Doña Cuaresma*, como la llama el Arcipreste de Hita.

Por eso el repetido Benavente decía:

Llámole al tiempo yo en Carnestolendas
Mar de comidas, golfo de meriendas,
General avenida de roscones,
Sanguinolento estrago de morcillas,
Plaga de quesadillas,
Convalecencia en que mujeres y hombres
Tantas ganas sacamos
Que hasta las herraduras nos tragamos.
Campo formado, en que pelea la Gula,
Ya asada, ya cocida, ya hambre,
Y en fin, un ¡cierra España! de la hambre
A donde los alegres tragantones,
Sin poder la Templanza resistillo,
Pasan tantas gallinas á cuchillo,
Sin perdonar mujeres, niños, viejos,
Que son pavos, perdices y conejos.

En las mismas ideas abunda el entremés de Calderón, ya mencionado, y confirma el estrago de comestibles que n Carnestolendas se hacía diciendo:

¡Oh loco tiempo de Carnestolendas,
Diluvio universal de las meriendas,
Feria de quesadillas y roscones,
Vida breve de pavos y capones,
Y hojaldres, que al doctor le dan ganancia
Con masa cruda y con manteca rancia!
Pues ¿qué es ver derretidos los mancebos
Gastar su dinerillo en *tirar huevos*?

Pero no sólo el pueblo se divertía en tales pasatiempos, sino que el mismo rey don Felipe IV y sus cortesanos, tan ganosos de placeres, solían solemnizar los días de Carnaval con fiestas de todo género, y se hacían comedias y fiestas literarias en el palacio del Buen Retiro, corridas de toros, y mascaradas vistosísimas.

Entre otras funciones llamaron mucho la atención las que hizo el Rey celebrar el año 1636, y el domingo por la tarde entraron en la gran plaza del Retiro, donde estaban los embajadores de las potencias, los consejos y multitud de pueblo, tres carros vistosamente engalanados.

Uno de ellos representaba una de las embarcaciones entonces usadas, que se denominaban *galeras*, y según refiere un manuscrito existente en la Biblioteca Nacional, dentro iban «las carnestolendas, tan celebradas en España, *de Barcelona*, con sus danzas y músicas, que de intento á este propósito las trujeron de allá.»

Fácilmente se comprende el gasto que entonces ocasionaría presentar en Madrid aquellas comparsas, llevadas nada menos que de la capital de Cataluña con los escasos y malos medios de transporte que existían, y se alcanza también el gran renombre que las *carnestolendas barcelonesas* tendrían á la sazón, cuando se pasó por todo para llevarlas á servir de regocijo al Rey y á sus cortesanos y los embajadores extranjeros.

El segundo carro figuraba la *América* y lo llenaban gentes que representaban las diversas regiones de aquellos apartados países, con sus trajes, armas y demás, que las hacían vistosísimas, acompañando al carro máscaras de á pie y á caballo, con músicas.

El tercer carro llevaba también diversidad de máscaras y danzas, y refiere el ya dicho papel «que se divirtieron mucho los Reyes y esta gran corte» *(Legajo H. 69. B. N.)* También llevaron otras cuadrillas y músicas de Lisboa.

Vemos, pues, que en el siglo XVII el Carnaval estaba en gran auge y que todas las clases sociales, desde las populares hasta las más elevadas y el mismo Rey contribuían á celebrar aquellos festejos con gran rumbo y desembolsos.

Y no sólo Madrid y Barcelona tenían fama de esto, sino según doña María de Zayas, en su novela *La esclava de su amante*, en Zaragoza eran también celebérrimas aquellas funciones, tanto «que se diee por ponderarlo más, *Carnestolendas de Zaragoza*.»

No desesperemos pues de que tras varios altos y bajos el Carnaval y sus locuras vuelvan con todo su aparato, y hoy mismo si han decaído los famosos de París y Roma, aun se celebra con inusitado esplendor el de Niza, cuyo prolijo relato nos han traído los diarios de aquella fastuosa ciudad.

Julio Monreal

LO QUE YO NO ENTENDÍA

(EPISODIO DEL AÑO 10)

I

Indudablemente Águeda valía cien veces más que yo. Mi espíritu apocado y con sus ribetes de egoísta no me dejaba participar del patriótico entusiasmo que se había apoderado de la nación entera; mientras ella, cada vez que oía referir un triunfo ó un descalabro de nuestras armas, de tal modo se sentía inflamada por la alegría ó por la indignación, que no parecía sino que á sus ojos negros se asomaba todo el entusiasmo de que estaba poseído aquel pueblo que luchaba hasta la desesperación contra las huestes del Capitán del siglo.

Sus reticencias unas veces, y el calor con que tomaba las cosas de la guerra otras, haciéndome sentir así como chispazos del contagio común, impelíanme á dejar mi apacible hogar y me determinaban á incorporarme á las guerrillas. Pero, con rubor lo confieso, aquel ardor bélico pasaba bien pronto, y comparando las dulzuras de que disfrutaba con las penalidades á que iba á exponerme, no podía menos de decirme para mis adentros: «bien se está San Pedro en Roma» y todo mi conato se cifraba en buscar pretextos para demorar el momento de mi partida.

En estas y las otras el cuerpo de ejército anglo-hispano-portugués que operaba en la comarca tuvo que replegarse hacia el interior de Castilla, las guerrillas fueron impotentes para contener el empuje del enemigo y como Miralejos (que este era el pueblo en que yo vivía) no contaba en su interior con otra defensa que la de unos cuantos viejos y no escaso número de mujeres y chiquillos, cayó en poder de los franceses sin lucha. El único ruido que hizo nuestro vencimiento fué que en la misma plaza en que tantos y tan calurosos vítores se habían dado al *deseado* Fernando, se oyeron unos cuantos perezosos vivas á José I.

II

Por lo demás, el pueblo poco ó nada había cambiado de aspecto. Los vencedores no podían regocijarse mucho de triunfo tan fácil y los vencidos eran tan débiles y estaban tan mermados, que toda la hostilidad que se permitían era mostrar los rostros más acedos que de costumbre y redoblar las preces en la iglesia, dedicándolas con la intención al triunfo de nuestras armas.

Unicamente yo, lejos de participar del descontento general, pensando en que aquel incidente hacía punto menos que imposible mi partida, sentíame de tal modo embargado por el gozo que trabajo me costaba disimularlo. Mi ventura hubiera sido completa si un detalle, por demás extraño, no hubiera venido á amargar aquella culpable alegría. En Águeda se había operado un cambio tan radical que no dejaba de inspirarme vagas y dolorosas inquietudes.

Ella, que hasta allí todo era patriotismo y exaltación, á la presencia del destacamento que había ocupado militarmente el pueblo parecía haber trocado en simpatía el odio que antes le inspiraran los franceses, y con tanta asiduidad los atendía y agasajaba que la mayoría de sus convecinos comenzaban á motejarla con la nota de afrancesada.

Esto, que en nada la hubiera hecho desmerecer á mis ojos, puesto que á mí tanto me daban las águilas de nuestros enemigos como los casacones rojos de nuestros aliados los ingleses y los altos morriones de nuestros amigos los portugueses, entróseme por desgracia en el alma complicado con otro sentimiento que nada tenía que ver con el amor patrio. Lo que yo sentía eran celos, y celos tanto más horribles cuanto que, si no la realidad misma, las apariencias por lo menos ponían tan de manifiesto la traición de Águeda que, ciego hubiera sido necesario nacer para no dar en la sospecha.

El caso era que con el antedicho destacamento había venido al pueblo un cierto oficial francés de bastante agraciado rostro y de no mal talle, y que el tal, que chapurraba con regular soltura el castellano, parecía haber simpatizado de tal manera con Águeda, que á pesar de no estar alojado en su casa, la visitaba con más asiduidad de la que mi reposo y las conveniencias exigían.

La muchacha, sin dejar de seguir mostrándome su cariño, aficionábase en tales términos á la conversación del gabacho que cuando, por cualquier motivo, se improvisaba una fiesta en la sala grande del consejo, en la plaza ó en su misma corraliza, lejos de imitar la entereza de las demás mozas que se encerraban á piedra y lodo en sus casas, ella corría al jolgorio y se hartaba de bailotear con el presuntuoso oficialillo.

A mí me llevaban los diablos con estas cosas, pero como á mi natural confiado le ha costado siempre gran trabajo pensar el mal, por más que no perdiera ocasión de espiarla, no acababa de convencerme de su falsía. Necesario fué que ella se empeñara en arrancar la venda de mis ojos para que viera con toda claridad la situación.

III

Una tarde, en que el olorcillo de una suculenta merienda nos había llevado á las márgenes del arroyo, que bordeado de zarzamoras y parras silvestres, constituyen el único oasis entre las peladas lomas que circuyen á Miralejos, Águeda, á pesar de mi presencia, había estado como nunca expresiva con el francés. Mi tristeza era tanta, que á veces una lágrima humedecía mis párpados; pero ella no dió en toda la tarde otra señal de notar el estado de mi ánimo que una mirada entre melancólica y compasiva que sus grandes ojos clavaban de cuando en cuando en los míos.

Sin embargo, no fué esto todo. Cuando las primeras sombras de la noche nos anunciaron la hora de regresar al pueblo, el oficial se acercó á Águeda y murmuró algunas palabras á su oído. Ella, sin reparar en que yo estaba tan cerca que por necesidad tenía que oirla, le respondió:

– Esta noche, después de las diez, en el huerto de mi casa. La puerta estará entornada.

– No faltaré, – contestó él y en seguida se separaron.

Excuso decir que un rayo que hubiera caído á mis pies no me hubiera producido mayor efecto. Lo que más daño me hizo fué que la mirada de Águeda, llena de conmiseración como nunca, buscó en seguida mi rostro, que debía tener la palidez de un cadáver.

IV

Jamás me hubiera creído capaz de tanta entereza de carácter, y sin embargo la tuve. Aunque con trabajo, di-

simulé mi dolor y me aferré á la idea de llevar á cabo la resolución que, como chispa que brota del pedernal, había surgido al choque de mi desdicha. Lo único que no podía dominar era la impaciencia con que esperaba la hora de aquella cita que á mí se me antojaba como negra sima en que iban á hundirse las ilusiones todas de mi vida.

Por fin el anhelado instante llegó. Las diez acababan de dar cuando el oficial se acercó á la puerta del huerto. Mi primer impulso fué arrojarme á cortarle el paso, pero también entonces me dominé. No sólo le dejé pasar, sino que aguardé largo espacio como temiendo que la cita se malograra.

Al cabo juzgué llegado el momento y, costeando la cerca, me dirigí á un punto en que un pequeño derruimiento me permitía escalar la tapia. La luna brillaba con una limpidez extraordinaria; pero me importaba tan poco ser visto que, sólo me curé de ocultarme entre la sombra de los arbustos cuando estuve dentro del huerto.

Entonces los ví, los ví tan clara y distintamente, tan cerca el uno del otro que la indignación me prestó las fuerzas que el dolor estaba á punto de agotar. Un velo de sangre anubló mis ojos, mis dedos crispados se aferraron al afilado cuchillo de que me había provisto y de un salto me puse en frente de mi rival.

De lo que pasó después no he podido acordarme nunca. Creo que al verme, aquel vencedor de cien combates palideció. Jamás he sospechado que fuera cobardía. Indudablemente era que estaba más acostumbrado á robar coronas por cuenta ajena que á seducir mujeres por la propia. Si hubo lucha, tampoco lo sé; creo que su espada me azotó el rostro; lo único que con claridad recuerdo es, que á los pocos segundos en mis manos había sangre, á mis pies un cadáver.

Lo extraño es que Águeda, en vez de mostrar el espanto y la pena que yo esperaba encontrar en su rostro, me sonreía como orgullosa de mi acción. Aquella sonrisa apartó el arma homicida de su seno.

Ella aprovechando mi estupor se colgó á mi cuello murmurando:

– Te esperaba. Ahora ya es tiempo de que cumplas con tu deber. La muerte te aguarda aquí dentro; la causa de la nación te reserva un puesto en las guerrillas. En la cuadra está el caballo de mi padre que yo misma he ensillado para tí. En él he puesto armas y municiones. Antes de que nadie sospeche lo que acabas de hacer es preciso que estés lejos del pueblo.

Desde las primeras palabras comprendí todo el heroísmo de su acción. Mis ojos se volvieron instintivamente al que había creído mi rival, y no pude menos de sentir lástima. Más que por muerto, le compadecía por no haber podido lograr el amor de aquella mujer.

Un cuarto de hora más tarde un brioso caballo me conducía por el polvoroso camino que debía llevarme al sitio en que, según todas las probabilidades, se encontraban las más próximas partidas.



¿DICE V. QUE SÍ? – Cuadro de Pío Ricci.

V

Seis días después de haberme *empecinado*, como entonces se decía, la fuerza á que me tocó en suerte incorporarme, tras de una tan desigual como denodada lucha desalojaba á los franceses de Miralejos. Al entrar en mi pueblo natal el espectáculo que se ofreció á mis ojos fué espantoso. La casa en que había visto morir á mis padres, y que encerraba toda mi fortuna, había sido asolada por los invasores. Aquellos bárbaros habían tenido la crueldad de fusilar á Águeda, el sueño de mi vida, la tierna compañera que estaba llamada á endulzar los azarosos días de mi existencia.

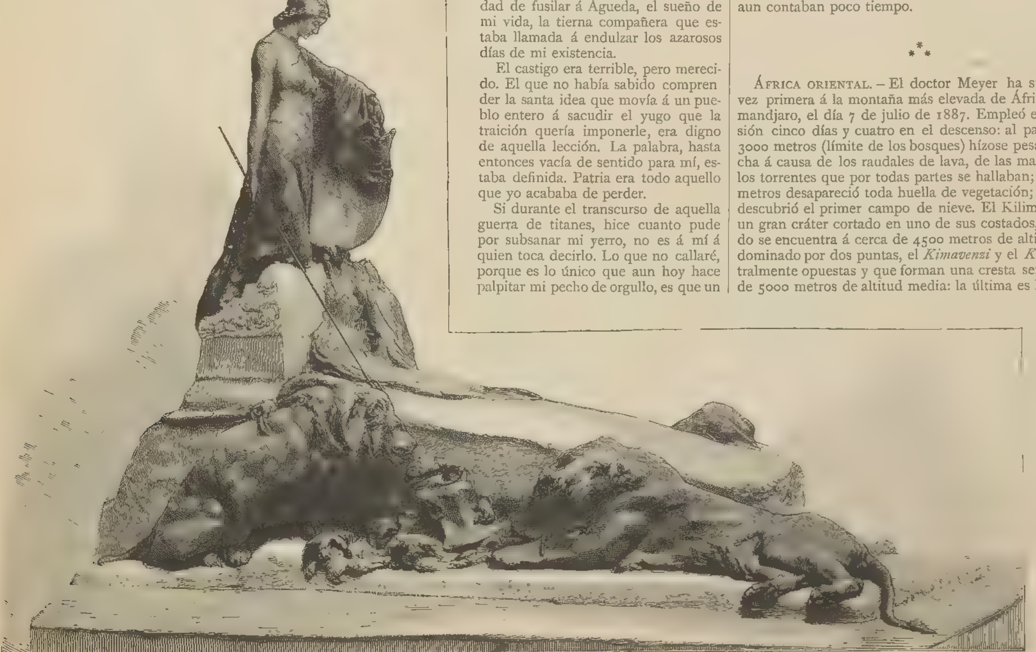
El castigo era terrible, pero merecido. El que no había sabido comprender la santa idea que movía á un pueblo entero á sacudir el yugo que la traición quería imponerle, era digno de aquella lección. La palabra, hasta entonces vacía de sentido para mí, estaba definida. Patria era todo aquello que yo acababa de perder.

Si durante el transcurso de aquella guerra de titanes, hice cuanto pude por subsanar mi yerro, no es á mí á quien toca decirlo. Lo que no callaré, porque es lo único que aun hoy hace palpitar mi pecho de orgullo, es que un día, día en que nos habíamos pasado diez y seis horas peleando como leones, un hombre tosco y rudo se acercó á mí y estrechando la mía entre sus manos velludas y callosas, me dijo con la concisión propia de un espartano:

– ¡Estoy satisfecho!

Aquel hombre era Juan Martín, *el Empecinado*.

ÁNGEL R. CHAVES



PROYECTO DE UN MONUMENTO Á LA MEMORIA DE LOS INGLESES MUERTOS EN LA BATALLA DE WATERLOO *(Nuevo cementerio de Bruselas)*

NOTICIAS VARIAS

EL VENENO PULMONAR

Mr Brown-Sequard ha descrito varios experimentos que le han demostrado la existencia de una sustancia sumamente tóxica en el aire espirado. Después de recoger el líquido producido por la condensación de los vapores que salen de los pulmones, sirviéndose de un serpentín convenientemente enfriado, administró este líquido á varios conejos, tan pronto en inyección intravenosa como hipodérmica; y los resultados han sido muy concluyentes, sobre todo si se recuerda que M. Boucheron ha demostrado que un conejo resiste sin perturbaciones la inyección del agua pura en su sangre hasta la enorme cantidad de 90 gramos por kilogramo de su peso. Han sido suficientes 10 gramos por kilogramo de líquido de condensación pulmonar para producir rápidamente la muerte, después de síntomas muy caracterizados, como la hemorragia pulmonar, el enfisema del pulmón, dilatado de un modo extraordinario, etc. Con una dosis mucho menor, los desórdenes son ya muy graves. La inyección sub-cutánea es muy funesta: administrados así sólo 20 centigramos de líquido tóxico, se ha producido en siete horas la muerte de un conejo que pesaba 1 800 gramos.

***

ANIMALES SORDO MUDOS. – El hecho siguiente ha demostrado de un modo que no deja lugar á duda la existencia de animales sordo-mudos. Un labrador había criado hasta la edad de doce años una vaca que había comprado cuando contaba aún pocas semanas. No respondía cuando se la llamaba, ni atendía al ruido que á su lado se hacía: cuando se encontraba sola en el establo y llegaba la hora del pienso, que los individuos de su especie acostumbran pedir con prolongados mugidos, hacía iguales gestos que éstos, estiraba la cabeza y el cuello y abría la boca; pero no se la oía mugido alguno, sino á lo más un sonido gutural de corta duración. En cambio, tenía muy desarrollada la vista y no se descubría nada que fuera anormal en sus orejas ni en su laringe. Hubiera sido de gran interés haber observado si este caso se transmitía por la herencia; pero no se pudo averiguar por haberse matado los ocho terneros que tuvo, cuando aun contaban poco tiempo.

***

ÁFRICA ORIENTAL. – El doctor Meyer ha subido por vez primera á la montaña más elevada de África, el Kilimandjaro, el día 7 de julio de 1887. Empleó en la ascensión cinco días y cuatro en el descenso: al pasar de los 3000 metros (límite de los bosques) hízose pesada la marcha á causa de los raudales de lava, de las malezas y de los torrentes que por todas partes se hallaban; á los 4000 metros desapareció toda huella de vegetación; á los 4300 descubrió el primer campo de nieve. El Kilimandjaro es un gran cráter cortado en uno de sus costados, cuyo fondo se encuentra á cerca de 4500 metros de altitud, y está dominado por dos puntas, el *Kimavenzi* y el *Kivo*, diametralmente opuestas y que forman una cresta semicircular, de 5000 metros de altitud media: la última es la más ele-

vada (6050 metros, según Meyer; 5705, según el *Anuario de la Oficina de Longitudes*), y tiene la forma de una cúpula cubierta de un glaciar. Meyer llegó á la cumbre, pero no á la muralla superior, de hielo, escarpada y de 40 metros de elevación, por haberse quedado atrás sus compañeros, cansados por la fatiga y el frío.

***

LOS TÚNELES EN LOS FERROCARRILES INGLESES. – El *Ingeniero de ferrocarriles*, revista inglesa, da la lista de todos los túneles ingleses mayores de 1000 yardas (914 metros). El número de aquellos asciende á 37; siendo el más largo el del Severn, que mide 7664 yardas (7005 metros), y el más corto el de Rotherfield, que sólo tiene 1020 yardas (932 metros).



Tren gigantesco de madera construído en Nueva Escocia. Preparativos para lanzarle al mar.

LA TORRE DE EIFFEL

Desde que publicamos nuestro último artículo sobre esta inmensa obra, los trabajos han proseguido con una regularidad, prontitud y precisión admirables. Según las previsiones de M. Eiffel, la parte resistente del primer piso se terminó á principios de este año, sin que ningún accidente fuese á perturbar la ejecución de esa empresa, única en la historia de las construcciones metalúrgicas. Semejante precisión tiene su razón de ser, y no se trata de una feliz casualidad: todo sale bien porque todo se ha estudiado, calculado y previsto acertadamente.

M. Eiffel nos ha hecho el honor de mostrarnos últimamente sus talleres de estudio de la torre de trescientos metros, así como su fábrica metalúrgica Levallois Perret; y ahora procuraremos presentar á nuestros lectores el resumen de lo que hemos visto y admirado en nuestra interesante visita.

La forma geométrica de la torre de 300 metros no se ha determinado sólo bajo el punto de vista del aspecto, como generalmente se cree, sino teniendo en cuenta consideraciones matemáticas que dependen de las condiciones de la intensidad del viento.

La torre tiene una forma tal que si se estudia la acción de las diversas corrientes aéreas que en ella pueden ejercer su acción, desde los vientos ligeros y medianos, hasta los huracanes cuya presión es de 400 kilogramos por metro cuadrado, la resultante de las presiones producidas en cada punto pasa por el centro de gravedad de cada una de las secciones. La forma de la torre se amolda en cierto modo por el viento mismo.

No se podría imaginar cuántos trabajos han exigido los dibujos de construcción. Habiéndose determinado y dividido el conjunto del edificio en 27 tableros, cada uno de estos ha dado lugar á una serie separada, que forma la base de toda una colección de dibujos geométricos calculados con ayuda de tablas de logaritmos.

No es posible entrar en detalles técnicos de ese inmenso trabajo; contentémonos con decir que el número de piezas metálicas distintas que entran en la construcción de la torre asciende á 12 000 exigiendo cada una su dibujo especial, en el que se determinan matemáticamente los más minuciosos detalles.

Los planos de la torre de Eiffel comprenden 300 dibujos de ingeniero para el estudio de los 27 tableros, y 2 500 hojas de dibujo de taller, cada una de las cuales mide un metro de ancho y 0^{m} 80 de altura. Para estos dibujos se ha necesitado el concurso de cuarenta artistas y calculadores, que trabajaron sin cesar durante dos años: este personal se halla instalado en Levallois-Perret, en numerosas salas sucesivas que adquieren la importancia de una gran administración.

Las piezas ensambladas de la torre de 300 metros no comprenden menos de 7 000 000 de agujeros, practicados en el palastro de hierro con útiles especiales. Siendo de 0^{m}010, por término medio, el espesor, dichos agujeros, puestos en línea uno junto á otro, formarían un tubo de 70 kilómetros de longitud. El número de pernos empleados en la construcción asciende á 2 500 000.

Cada pieza que entra en la construcción de la torre queda trazada, cortada y perforada en la fábrica de Levallois-Perret; cuando llega al Campo de Marte ya tiene su destino, y se fija desde luego en la construcción.

Conocidos estos detalles preliminares, haremos mención de un órgano mecánico de los más curiosos, una prensa hidráulica que permite levantar los pies de la torre; pero antes de describirla debemos dar algunas breves explicaciones.

El edificio se apoya en el suelo por medio de cuatro pies ó montantes de sección cuadrada, constituído cada cual por cuatro riostras que forman las aristas del mismo, y que se enlazan entre sí por barras. Estas riostras son cajones muy sólidos con una sección cuadrada de 0^{m}80 de lado, y cuyas paredes de palastro están reforzadas por piezas angulares. Las riostras sirven para repartir el peso de la construcción en esos cimientos; y como se cuentan 16, 4 por pie, y atendido que la torre pesará unos 8 000 000 de kilogramos cuando quede terminada, vemos que el peso sostenido por cada riostra será de 500 000 kilogramos; pero con la expresa condición de que la presión se reparta igualmente en cada uno de ellos, pues de lo contrario, uno llegaría á sostener más que los otros, lo cual podría llegar á ser peligroso.

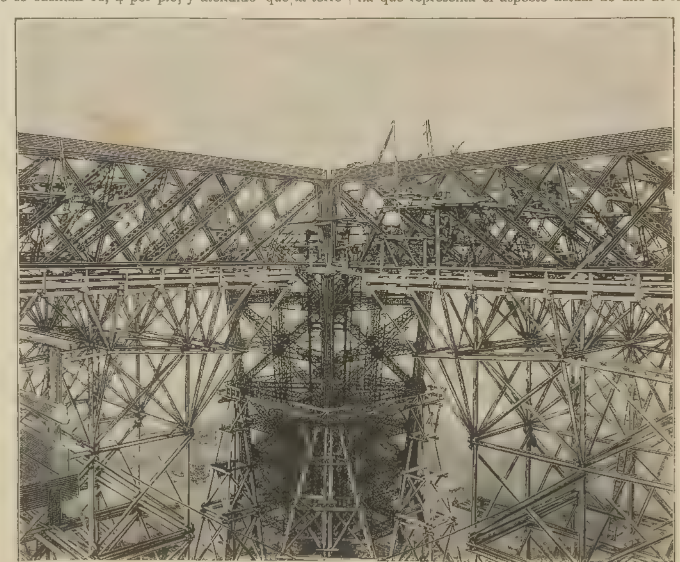
Para obtener esta repartición tan igual importa esencialmente que todas las riostras estén montadas con la misma exactitud y que se sostengan de la misma manera en sus cimientos; es preciso, sirviéndonos de una comparación familiar, que la torre esté como una mesa que tuviera los cuatro pies bien sentados.

Al efecto se halla construída de manera que permita una regulación perfecta de sus riostras, provistos en su extremidad inferior de una pieza de acero en forma de casquete, que penetra en el interior del calce de fundación, apoyándose por sus bordes en el contorno del mismo; entre dichos bordes y el calce se interponen las piezas de hierro destinadas á regular la posición exacta de la riostra.

Para efectuar esta operación se introduce en el interior del calce, por la abertura cuadrada que hay en una de sus paredes, una prensa hidráulica de gran potencia, cuyo pistón, al elevarse, viene á empujar el fondo del casquete de acero, y por lo mismo levanta la riostra, lo cual permite aumentar ó disminuir el número de las piezas de regulación.

La prensa hidráulica se compone de un pistón de 0^{m}430 de diámetro que se mueve en un cilindro de 95 milímetros de espesor, correspondiente á un diámetro exterior de 0^{m}620. Pistón y cilindro son de hierro forjado; el agua penetra en el fondo de este último por un tubo de 6 milímetros de diámetro, y es comprimida por una bomba impelente que varios hombres hacen funcionar con ayuda de una palanca. El peso normal que esa prensa hidráulica puede levantar es de 800 000 kilogramos, y cada una ha sido probada antes de salir de los talleres de construcción, pertenecientes á los señores Vollot, Badois y C.ª, sometiéndola á una presión de 600 atmósferas, que corresponde á un peso de 800 000 kilogramos, poco más ó menos.

Terminaremos esta reseña reproduciendo una fotografía que representa el aspecto actual de uno de los montantes de la torre, visto por la parte superior del opuesto: figúrase rodeada del bosque de maderamen que habiendo servido para colocar las piezas, no tardará en desaparecer.



Estado de los trabajos de la Torre Eiffel en enero de 1888. Aspecto de un montante de la Torre en su parte superior

Lo más difícil está hecho ya, y la obra de Mr. Eiffer seguirá su curso regular.

GASTON TISSANDIER.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VII — BARCELONA 19 DE MARZO DE 1888 — NÚM. 325

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL BENJAMIN, cuadro de Jorge Meyer

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL BENJAMIN, cuadro de Jorge Meyer

Es indudable que para reproducir acertadamente una pasión, un afecto, un sentimiento cualquiera, es necesario identificarse con él previamente. El carácter del artista ha de influir notoriamente en sus obras, y el cuadro de Meyer que publicamos puede considerarse como síntesis del temperamento de su autor. La familia y el taller han sido los únicos objetivos de nuestro artista; feliz al lado de su esposa y de sus hijos, estos seres han embellecido su existencia y él los ha embellecido en sus lienzos. Quien tiene la inmensa suerte de ser dichoso y sentirse tal, es muy difícil que tenga el mal corazón de causar á los demás impresiones desagradables. Por esto los asuntos de los cuadros de Meyer tratan siempre escenas tranquilas, dulces goces del hogar doméstico, plácidas ocurrencias de una vida que embellece el amor de familia. En esta clase de composiciones hay muy pocos artistas que le igualen. A ellas ciñe casi exclusivamente su repertorio, después de haber consagrado la primera parte de su carrera á pintar asuntos bíblicos, en los cuales se distinguió notablemente. Meyer es uno de los profesores más justamente reputados de la escuela de Berlín. Los amadores norte-americanos, que poseen singulares condiciones para comprender la poesía sencilla, pero no menos sublime, de esta clase de cuadros, han hecho la fortuna de nuestro artista. Un lienzo de Meyer es una letra de miles de dollárs pagadera á la vista en todas las grandes ciudades de los Estados Unidos.

LA NAVIDAD EN LA SOCIEDAD ANTIGUA, dibujo de Davidson Knowles

La sublime máxima: amaos unos á otros como hermanos, no la pronunció Jesús con referencia á tal ó cual época del año. El amor al prójimo es un precepto cristiano de todos los días y de todos los momentos. Ello, empero, no quita que la práctica de las virtudes evangélicas se haya relegado por algunos con preferencia á ciertas épocas ó festividades clásicas, la de Navidad por ejemplo.

En tan solemne día las distancias sociales parecen estrecharse y los verdaderos creyentes, por mucha que sea su jerarquía social, no pueden olvidar que el Hijo del Hombre vino al mundo en las más humildes condiciones. Ante esta consideración desaparecen transitoriamente las clases, y las tiernas hijas del pobre campesino son admitidas en los salones, donde las agasaja el mancebo que nunca, hasta este día, hubo reparado en ellas.

Tal es la bella costumbre reproducida con simpática ejecución en el grabado que publicamos.

LA DEFENSA DE LUGO, cuadro de M. Brocos

La antiquísima ciudad de Lugo ha sido en todas épocas grandemente castigada por la guerra. En el siglo V empiezan sus quebrantos, que no terminan hasta nuestros tiempos. En uno de los muchos asedios que sufrió, bien con ánimo de engañar á los sitiadores haciéndoles creer que tenían sobra de víveres, bien para demostrar hasta qué punto pensaban sus moradores extremar la resistencia, arrojaron al enemigo gran cantidad de vituallas desde lo alto del muro. De este hecho ha tomado pie el Sr. Brocos para el cuadro que publicamos y que figuró decorosamente en la última Exposición nacional de Bellas Artes.

Siempre es de aplaudir que los artistas midan sus fuerzas en el género histórico, y en este concepto no podemos participar poco ni mucho de la opinión de aquellos que aconsejan renunciar á su cultivo por las muchísimas dificultades que ofrece. El Sr. Brocos ha demostrado que podía vencer buena parte de ellas, y aun cuando más que el sitio de Lugo ha pintado uno de sus episodios, no pueden negarse á su obra condiciones de impresión que la hacen recomendable.

CAMPESINA NAPOLITANA, dibujo de E. Balbono

El valer y aun la idiosincrasia de un hombre de arte ó de un hombre de letras se revelan como el fuego. La más pequeña rendija es bastante para dar paso al humo, y donde el humo existe, existe el calor, existe el fuego. Un sencillo *pensamiento* escrito en un *album*, un diminuto cantar puesto en labios de un hijo del pueblo, un agudo epigrama inserto en la hoja literaria de un periódico, determinan á un autor. De la misma manera un dibujo apuntado en la cartera de un artista, revela á un genio.

Ahora bien, el apunte que de Balbono publicamos versa sobre un tipo centenares de veces repetido: la campesina napolitana es el modelo más prodigado, ya no entre los maestros del arte, sino entre los más vulgares aspirantes al título de pintores. Y, sin embargo, ¿en qué consiste que, á pesar de la escasez de recursos empleados, raras copias de ese original producen el efecto del dibujo de Balbono? Muy sencillo: consiste en que el artista ha sorprendido la verdad y la ha reproducido sin violencia alguna; consiste en que, sin cuidarse afectadamente del natural, ha producido una bella nota de naturalismo; consiste en que esa mujer vive, respira, observa; consiste en que es un modelo que no trasciende al modelo; en una palabra, consiste en que por la pequeña rendija de un apunte, se escapa el humo de un genio.

SUPLEMENTO ARTISTICO

MADONA, cuadro de Jorge Papperitz

No es el misticismo en nuestros días la fuente casi única de la inspiración artística. La generalización del gusto estético y la distribución más racional de los bienes de fortuna, han abierto nuevos horizontes á la pintura. Ello, empero, los asuntos religiosos continuarán siendo tratados y á ellos se dedicarán con cariño, aparte los necios que lo invaden todo para profanar cuanto tocan, los artistas de verdadero aliento capaces de elevarse á la altura de un asunto lleno de dificultades.

No puede negarse que Papperitz posee ese aliento, como tampoco se ocultará á las personas entendidas en la materia que antes de ejecutar la *Madona* que publicamos, ha hecho especiales estudios de ejemplares clásicos. Esa *Virgen* tiende á Rafael y aun más tiende al gran maestro ese niño Jesús, en el cual se trasluce algo y aun mucho del Jesús de la célebre *Madona de la Silla*. Pero si de un lienzo que representa á la Madre divina y al divino Hijo, decimos que nos recuerda las obras maestras del inmortal pintor de Urbino, ¿no hacemos el mayor elogio que es dable hacer de un cuadro? Decir de un astro que en él resplandece visiblemente siquiera un átomo de la luz del sol, es dar importancia no poca á ese astro en la inmensidad del mundo sideral.

CERVANTES MILITAR, MARINO Y DIPLOMÁTICO (1)

I.

.....Ante todo importa saber qué clase de hombre era Cervantes como militar, quiero decir, qué cualidades tenía en dicho concepto. El sitio què ocupó en la batalla de Lepanto revela que su capitán le reconocía serenidad, ímpetu vertiginoso y firmeza incontrastable; y el premio que al día siguiente le dió D. Juan de Austria demuestra que en los terribles abordajes que los esquifes de la *Capitana de Alejandría*, dieron por los flancos á la *Marquesa*, Cervantes se portó como un entendido y heroico jefe de pelotón. Los que conozcan la figura del joven que muchos años después colocó Pacheco en el cuadro de Sevilla, verán sin duda cuánto corresponde la cara á aquellas cualidades de serenidad, ímpetu y firmeza que nosotros deducimos de los sucesos mencionados. Pero todavía existe otro dato no menos digno de aprecio, como es el retrato militar que Cervantes hizo de sí mismo en *El Gallardo Español*, comedia donde se representa con todos aquellos rasgos, en la figura de D. Fernando de Saavedra.

Era, pues, Miguel en la guerra un soldado arrojado, astuto, observador y disciplinado; pero el sentimiento caballeresco, que aun corría entre los militares de aquella época, le llevaba á romper cautelosamente la disciplina, siempre que se veía comprometido en un caso de pundonor. «De mi zelo ya se sabe, dice en dicha obra, que suelo acudir á lo que es honra.» Si falta el comentario se hallará en este drama, donde se le ve de día obedecer al gobernador de Orán, que le prohibe salir á batirse con el moro que le provoca; preparar á escondidas su salida por la noche, y verificarla del modo más arrojado, temerario é indisciplinado.

En esta misma obra hay un rasgo de Saavedra, ó sea de Cervantes, que no sólo confirma las grandes dotes militares que he dicho, sino que nos da idea del extremo sorprendente á que llevaba la serenidad en el peligro, y de la prodigiosa astucia de que estaba provisto. Los ojos, algo entornados y burlones de las figuras que Pacheco y Jáuregui nos han dejado de él, revelan cuánta razón tenían los que, según aquel drama, le llamaban *discípulo de Ulises*. Sorprendido en *El Gallardo Español* por un escuadrón de jinetes mahometanos, que le cogen solo, ve imposible toda lucha contingente con ellos, comprende que únicamente la astucia le puede salvar, se domina con la rapidez del rayo, y adelantándose hacia el escuadrón con el rostro tranquilo, la sonrisa en los labios, y la alegría en la vista, los saluda del modo más afable, les dice que ha desertado de Orán para guerrear con ellos, les da un nombre supuesto, y los engaña completamente. El rasgo es magistral, porque aunque no hubiese sucedido al pie de la letra, Cervantes se había observado bastante para saber que era capaz de hacerlo, y que tenía antecedentes conocidos de sus generales y camaradas para justificarlo. Si alguno lo duda, repase el prólogo de la primera parte del *Quijote*, donde un amigo le dice: «Sois discreto, sois prudente, y siempre os he visto romper y atropellar por las dificultades que habéis encontrado.»

Parece también que fué gran tirador de arcabuz, pues en aquel drama los moros atribuyen á sus mortíferos disparos muchas de sus hazañas personales. Sin embargo, el terrible ímpetu y golpe de vista con que defiende el aduar asaltado, y después los fosos de Orán, demuestran que el arma blanca era un verdadero rayo. Así lo confirma también el sitio que le hizo ocupar en Lepanto su experimentado y heroico capitán; y D. Luis Vargas Manrique parece ratificarlo en aquellos versos de la *Galatea* donde dice: «Marte os dió el fuerte vigor que el brazo os mueve.»

Cervantes era por lo tanto un soldado cumplido, un soldado indomable, un soldado altanero y arrojadísimo, que fuera de los casos especiales del pundonor caballeresco, medía su conducta según los obstáculos, doblegándose sin romperse, ni dejar un solo momento de buscar la pérdida del adversario cuando era imposible sobreponer la violencia del ataque á la fuerza de la resistencia, ó vice-versa; y apartándose tan sólo de esta regla para seguir la contraria, si no había otra alternativa, ni recurso. Así lo demuestran los hechos y noticias autobiográficas.

Sin embargo, es indudable que tratándose de un hombre de tanto mérito, estos datos de su conducta personal distan mucho de darnos idea de lo que valía y sabía como militar, y que para alcanzarla, es necesario completar esa especie de retrato físico con su retrato moral, ó si se quiere de otro modo, que añadamos á aquel bosquejo de lo que hacía, un bosquejo de lo que pensaba en las mismas materias. El concepto que nuestro héroe tenía de la guerra y del arte militar era amplio y detallado, y no lo debía tan sólo á la práctica y observación, sino también al estudio y á las grandes lecturas de autores militares, antiguos y modernos de que los precediera y acompañara. Aquellos de nuestros lectores que sean peritos en la materia, y que hasta ahora hayan dudado de nuestras afirmaciones sobre los profundos estudios militares del joven, van ahora á convencerse de que nada establecemos en esta historia que no tenga firmísimo apoyo.

Cervantes había visto al soldado en el campamento y la guarnición, y en la batalla y la marcha; y no sólo le había examinado de pies á cabeza con toda la atención de que era capaz, haciéndose cargo de los caracteres, de las diferencias sociales, de los temperamentos, debilidades y excesos, sino que remontando con la lectura á los siglos pasados, había buscado por decirlo así la filosofía de estas variedades, ó sea la relación en que estaban con la vida y el objeto de los ejércitos, y la influencia que debían, ó podían llegar á tener en el resultado de las operaciones. Según se verá en los numerosos extractos que luego daré, nuestro hombre atribuía grande importancia en el arte militar á lo que podemos llamar naturaleza del soldado; con lo cual no hizo más que anticiparse á nuestro siglo donde se estudia este punto del modo más minucioso. En efecto, aunque no haya escrito ninguna monografía sobre lo que constituye un buen soldado, los vacíos que resultan de esto, no me impiden afirmar que pocos tratadistas ha habido que conociesen tan bien el asunto, y lo describiesen con tanta elevación de miras, y con más conocimiento práctico de todas sus dificultades.

Cervantes empezaba arrancando del pecho del soldado aquello que más le perjudica, y que más fácilmente puede arruinar á los ejércitos: el miedo. «Sepa el soldado, decía, que más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga.» Y atacándole hasta el miedo de las heridas, añadía: «Las heridas que el soldado muestra en el rostro y los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra y á desear la justa alabanza.» Lo cual completaba enseñando su mano izquierda y diciendo: «Si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en Lepanto con este detrimento, que sano ahora de mis heridas sin asistir á aquella facción. *(Quijote.)*» Así es que recomendaba á todo soldado que una vez se hallase en el peligro de una batalla, no vacilase en ser heroico, porque era el más seguro medio de salvar la piel. «El que en el palenque puesto, decía, teme á su contrario, yerra; y el que animoso cierra con él, está dispuesto para la victoria. *(Rufián dichoso.)*» Añadía también sobre este mismo asunto: «A los lances forzosos no hay sino oponerlos buen pecho. *(Laberinto de amor.)*» Pero opinaba al mismo tiempo que no debía abusarse del valor, sino dirigirlo. «¿Pensáis, exclamaba, que sólo aterra la muralla, el ariete de férrea punta, y que sólo ganan las batallas la multitud y buen armamento de los ejércitos?... El esfuerzo regido con cordura allana al suelo las más altas sierras, al paso que la ciega ferocidad del guerrero embravecido, vuelve áspero lo más fácil de vencer. Es locura pelear con un soldado furioso hasta el desatino. En este caso vale más encerrarlo, quitándole con el aislamiento la ocasión de alimentar su furia, y arrancándole las mismas raíces del brío. *(Numancia.)*»

No era el temor del riesgo lo que le movía á opinar así; movíale la misma filosofía del arte de la guerra, pues no cesaba de recomendar la valentía á los militares, como la virtud más necesaria y admirable de la profesión. «El que es buen soldado, les decía, pone su buena suerte en la valentía del ánimo. *(Numan.)*» Lo cual recalcaba con esta sentencia: «Donde se halla el deseo de la fama, se estiman en nada las murallas y trincheras, saltando los combatientes á campo raso... El cobarde, añadía, está desnudo, aunque se vista de acero. *(Gallar. Esp.)*» Por este equilibrio de opiniones se ve que Cervantes entendía señalar á la prudencia y astucia del combatiente límites determinados, y casos escogidos, á fin de que no se confundiesen con el miedo. En efecto ponía mucho cuidado en acentuarlo bien, estableciendo que valía más perder por temerario que por pusilánime, según dice en el *Quijote*.

También nos interesa el tino con que juzgaba á dos tipos muy comunes que había encontrado en los ejércitos: el de los supersticiosos que creen en vaticinios sobre su suerte en los combates, y el de los que quieren que todo lo militar sea austero, espartano y empedernido. Cervantes los detestaba á ambos, diciendo del primero: «El que anda tras los agüeros no será buen militar, pues el verdadero horóscopo del soldado es su brazo, y la verdadera influencia de las estrellas, su valor. *(Numancia.)*» Y sobre el segundo tipo alegaba: «El amor del soldado enamorado, lejos de sacarle de quicio, le inculca más seso y madurez, por ser conocido que el amor á nadie hizo cobarde. Bien es verdad, añadía, que en las porfías amorosas no ha de buscarse la razón; pero dígase lo que quiera, el amor no va contra ella, aunque de ella se desvíe. *(Id.)*» Sin embargo, tenía buen cuidado de establecer una diferencia entre el soldado enamorado y el relajado, licencioso, ó siquiera relamido. «Advertid, decía, que mejor le está al soldado oler á pólvora que á algalia. *(Quij.)*» «El que busca en la guerra, proseguía, los primores de la galantería, no podrá sufrir el peso de la más ligera coraza. En blandas camas y entre juego y vino se halla mal el trabajoso Marte. *(Numan.)*» No menos detestaba á los soldados crueles. «Nunca dice bien la crueldad con la valentía, exclamaba. *(Española inglesa.)*» Esta sentencia,

(1) El interés con que fueron leídos el año pasado los artículos sobre la primera educación de Cervantes nos ha movido á publicar ahora estotros relativos á circunstancias no menos importantes de la vida de nuestro primer escritor. También este trabajo forma parte de la obra inédita *Historia de Cervantes*, que nuestro colaborador tiene escrita. Pero así como en aquel extracto anterior nos vimos obligados á suprimir muchas pruebas á causa de la extensión que daban á los artículos, esta vez podemos dar á luz todo el trabajo íntegro. – N. de la R.

tan humanitaria como filosófica, contrastaba entonces extraordinariamente con las matanzas que se hacían en los campos de batalla, exterminando muchas veces á los vencidos que no ofrecían esperanzas de rescate, degollando á los heridos, y haciendo sufrir al paisanaje todas las barbaridades imaginables. Cervantes protestaba contra ello gritando que la crueldad es indigna del hombre valeroso.

Aunque muchas de sus obras se hallan salpicadas de pensamientos militares, ninguna nos permite conocer mejor su doctrina que la *Numancia*, y es lástima que se hayan perdido su *Batalla Naval* y la *Jerusalén*, que debían completarla. Nuestro héroe tenía en el mayor desprecio á los soldados fanfarrones. «El vano blasonar, decía, no es permitido al guerrero valeroso, honrado y fuerte. *(Numan.)*» Y á fin de que la misma sentencia abrazara á los pendencieros y duelistas, añadía: «El valor ha de mostrarse en los campos de batalla. *(Id.)*» En este particular sorprende que, como teórico, se levantase contra los lances singulares de un campo de batalla entre dos personas de los ejércitos que luchaban: costumbre bárbara y engorrosa de la edad media, que aun no había logrado extirparse del ejército, y que él mismo seguía por rutina insuperable. Pero sobre este punto mucho es que protestase contra su mismo defecto y el de otros, y que enseñase en sus discursos la buena doctrina. «En la guerra, exclamaba, es ley casi principal, anexa á toda razón, dejar los lances particulares por la causa general. El soldado dependiente de un general, no es suyo, sino del que lo manda. *(Gallardo Español* y *Numancia.)*»

Sin embargo, no se hacía ilusiones sobre la fortuna del soldado, ni sobre la guerra, pintando la vida de aquél como infelicísima, bien que gloriosa y útil, y hablando de la guerra como de un conflicto horrendo que ofrecía poca carrera á los hombres. «El soldado, decía, es el pobre entre todos los pobres, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca; ó á lo que merodea con notable peligro de su vida y conciencia. A veces anda tan desnudo, que un coleto acuchillado le sirve de uniforme y camisa, y ha de repararse de las inclemencias del invierno con el aliento de su propia boca, que como sale de su propio cuerpo, es tan frío como la atmósfera. Bien es verdad que llegada la noche podrá restaurarse durmiendo en el suelo, donde no hay cuidado que se le encojan las sábanas. *(Quijote.)*» Luego, para que la pintura fuese más eficaz, añadía: «Cuando el soldado está de centinela en alguna plaza sitiada, siente de repente que los enemigos minan la muralla bajo sus pies, y aunque se halla expuesto á hundirse en los abismos, ó á volar por las nubes, no puede huir, ni moverse de aquel sitio. Peor le sucede todavía cuando combate por mar, pues al hallarse con su galera enclavada con otra, ha de echarse dentro de ésta pasando los dos pies de tabla del espolón, entre las olas que están esperando un descuido de sus pies, y los cañones contrarios que le disparan á quemarropa. Pensar pues, terminaba diciendo, que el soldado puede llegar á la fortuna, casi es pensar en lo imposible, por ser infinitamente muchísimos menos los premiados, que los muertos. Es necesario salir bien de uno y otro reencuentro, y de una y otra batalla para medrar en algo; cuyo milagro se ve raras veces. *(Quij.)*» Empero creía que los hombres debían ser soldados, debían arrostrar todos aquellos trabajos, debían concurrir á aquellos y otros peligros, porque sobre el miserable egoísmo, sobre los cálculos de bajas comodidades, sobre el anhelo de opulenta prosperidad, había algo superior: había la libertad de la propia conciencia, había la libertad de la propia nación, había la existencia del propio hogar doméstico; y que quien lo defendía, se cubría de gloria, aunque muriese desastrosamente en un campo de batalla, ó miserablemente en un muladar. «Los hombres, exclamaba, tienen el deber de servir con las armas á su rey en la guerra justa, á la patria cuando está en peligro, y sobre todo á la fe católica, cuando lo necesita. *(Id.)*» Pero al mismo tiempo daba buenas instrucciones para sobrellevar las fatigas morales y físicas de la profesión. «El que vaya á la guerra, decía, aparte su imaginación de los sucesos adversos; que el peor de todos es la muerte; y como ésta sea breve, el mejor de todos es morir. Preguntáronle á Julio César cuál era la mejor muerte; y respondió que la impensada; y aunque respondió como pagano, dijo bien para ahorrarse del sentimiento humano; que aunque nos maten en la primera refriega, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra. *(Id.)*» Finalmente, discurriendo sobre algunas eventualidades de la vida militar, decía también: «Si la vejez coge al militar en este honroso ejercicio, aunque sea pobre, lleno de heridas, estropeado y cojo, no le cogerá sin honra, y tal, que no podrá menoscabarla la miseria. *(Id.)*» Para comprender todo el peso de esta conclusión, es necesario acordarse de la grande importancia que tenía el honor en aquellos siglos.

Haciéndose cargo de la división que producía en los ejércitos contemporáneos la recluta que se practicaba, ó sea la mezcla de soldados pobres y plebeyos, de soldados nobles, y de soldados riquísimos con nobleza ó sin ella, pronunciaba esta sentencia digna de recordarse perpetuamente: «No cae en la mengua el soldado que confiesa ser pobre. El hábito no hace al monje; y tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra como un colegial con un manteo hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios. *(Guarda cuidadosa.)*» Así se comprende que amase, adorase, idolatrase la profesión; y que orgulloso de sus resultados generales, no se cansase de recordar á la nobleza de su tiempo el deber que tenía de seguirla y la gloria que daba. «El ejercicio de las armas, decía, aunque cuadra bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre... Si la guerra, añadía hablando á nobles y plebeyos, es una madrastra de los cobardes, es madre de los valientes; y los premios que por ella se alcanzan pueden llamarse ultramundanos. *(Quij.)*» Este concepto le movía á ser muy indulgente con los defectillos de los veteranos, particularmente con las exageradas pretensiones galantes que solían tener; y así decía con una afable sonrisa irónica: «Es propio de todo soldado que sólo en los años ha envejecido, y que por haber dejado su tercio, no tiene un cuarto, imaginar que con su reputación de valor es capaz de conquistar á una reina, por esquiva que sea. *(Guarda cuidadosa.)*»

Aunque esta coleccioncita de ideas revela ya en Cervantes á un militar de mucha competencia, dista considerablemente de revelarnos toda su ciencia, porque es necesario pasar del importante capítulo del soldado al importantísimo del general, y del papel de la obediencia al del mando para vislumbrar lo que sabía, y lo que hubiera llegado á ser si realizado su plan de obtener el mando de una compañía, ó de un batallón, como diríamos hoy, hubiese tenido la suerte de no morir al principio de su carrera superior. Dotado de la acción más denodada, de los estudios que hemos visto, de los conocimientos que diremos, y de un talento militar genial, fuera sin la menor duda uno de los generales más ilustres de aquella época, como fué uno de sus más portentosos escritores. Cuando salió de Italia estaba preparado para subir á los puestos más elevados del ejército español; y poca práctica superior hubiera necesitado para escalarlos quien dominaba tan magistralmente la teoría.

Ya se tratase de organización, ya de disciplina, y de estrategia y táctica, ya del modo de preparar las operaciones, dejaba caer de sus labios una serie de pensamientos que no podían demostrar mejor sus grandes estudios en la materia, y el tino con que resolvía los más arduos problemas. Hablando de organización, decía: «No hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios á los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece. *(Persiles.)*» He aquí una teoría que han confirmado los triunfos del ejército alemán contemporáneo, haciéndola aceptar por toda Europa. Cervantes enseñaba tres siglos atrás lo que ahora se comienza á creer y practicar. En materia de disciplina era también claro y terminante. Al soldado ya sabemos lo que le decía sobre ella, y ahora veremos cómo hablaba á los jefes. «Es necesario, decía, regir con duro freno á los ejércitos; porque si reducís un ejército á militar concierto, veréis que por pequeño que sea, reluce como claro sol, y alcanza la victoria. *(Numan.)*» Pero eso no le quitaba de la memoria la insuficiencia de aquella rígida disciplina cuando se dejan subsistir las injusticias y los compadrazgos. «La fuerza del ejército se acorta, exclamaba, cuando va sin el amparo de la justicia, aunque el ejército conste de mil brillantes tercios y de innumerables escuadrones. En la guerra es necesario para vencer al enemigo enmendar ante todo al amigo. *(Id.)*» No era, pues, disciplina tan sólo lo que Cervantes enseñaba para organizar bien á un ejército, sino también extirpación del favoritismo militar, pues sin esto no veía medio de dar cohesión á las tropas.

Luego en seguida, ocupándose del general, creía que, aunque el valor debía ser una de sus grandes cualidades, no bastaba, y que por sí solo hasta podía costar una catástrofe. «Es común opinión, decía, que no se habían de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña á los turcos; y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia; porque si en la Goleta y el fuerte apenas había siete mil soldados, ¿cómo podía tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir contra tantos como eran los enemigos? *(Quij.)*»

LUIS CARRERAS

(Continuará)

CUENTO DE ULTRATUMBA

I

Conocí que iba á morir y sentí una alegría inmensa; el mundo no había producido para mí más que adelfas, la flor de la amargura.

Cesaron los dolores, cerré los ojos y gocé pensando en que ya era llegada la hora del no ser.

Una lluvia de lágrimas cayó sobre mi rostro, abrí los ojos; mi pobre madre no se resignaba á separarse de mí para siempre.

– «Madre, – dije, – es preciso, no llores por mí. El placer no es más que la ausencia del dolor. Voy á dejar de sufrir; al fin conoceré el placer.

– Hijo mío, tú eres sangre de mi sangre y alma de mi alma; yo no quiero, yo no quiero que mueras así. Hay un Dios.

La estreché entre mis brazos, y mientras ella sollozaba besando mi boca calenturienta y mis apagados ojos, yo sonreía por su fe y su credulidad inocente.

Después un suave y dulce deliquio se apoderó de mí; pasé de la vida á la muerte sin sacudidas violentas.

No sé cuánto tiempo transcurrió, y como quien despierta de un profundo letargo, renací á la vida de la inteligencia. Al principio todo fué para mí confuso. Era y existía sin ser yo; sin ser aquel hombre que había sido. Pensaba sin cerebro, veía sin ojos y sentía nueva y extraña vida.

Recordé mi perdido cuerpo; fuí dándome cuenta de mi nuevo estado y de repente apareció ante mí la estancia en la cual había dejado de existir.

Sobre aquel lecho en donde tantas veces había soñado con un porvenir de amor y gloria, yacía mi cadáver.

¡Cuán repulsivo y ridículo me encontré!

Aquella boca, cuna de tantos besos de amor mentido, hallábase horrorosamente contraída y con un gesto de ironía y asco.

Los labios un tiempo rojos, amoratados y casi negros.

Los ojos entreabiertos semejaban los de un besugo cocido.

Para evitar que colgase la mandíbula inferior, habíanme anudado un pañuelo negro como si me dolieran las muelas.

Reconocí el traje con que me habían vestido; con aquella misma levita negra asistí no ha mucho tiempo á un baile de máscaras.

Las manos que sostuvieron la copa de champagne estrechaban un crucifijo.

Dióme risa verme. ¡Qué feo me encontré!

Aquel no era mi cuerpo; aquello era una levita y un pantalón rellenos de paja colocados en un ataúd y alumbrados por cuatro cirios.

No me pareció el espectáculo nada triste, sino soberanamente ridículo y repugnante.

¡Honrar así aquella podredumbre! Vuelva el polvo al polvo. Vaya al muladar la corrompida materia.

Sólo mi madre velaba junto á mi cadáver, ahuyentaba á las moscas que se paraban en mi cara como si pudieran molestarme.

Lloraba sin cesar y de vez en cuando besaba la frente que había sido mía.

¡Yo no supe amarte como debía!

¡Pobre madre!

II

A impulsos de no sé qué fuerza, me ví alejado de aquel lugar.

Me encontré en el espacio; lejos, muy lejos, veía la tierra. Mi vista alcanzaba á inmensas distancias de leguas. Por todas partes, mundos y mundos hasta el infinito.

Sin la ayuda del Diablo cojuelo veía todo cuanto pasaba en el interior de las casas del planeta que habité.

¡Cuántas miserias descubrí! ¡Cuánta villanía! ¡Cuánta infamia! ¡Qué contrastes tan horribles!

Junto á la risa, el llanto; la virtud defendiéndose en el arroyo, arrojada al fango; el vicio revolcándose entre sedas.

Quedé atónito ante aquel espectáculo.

Volví á sentir agudísimo dolor humano; ví á la mujer por quien había olvidado á mi madre en brazos de otro hombre á quien prodigaba ardientes caricias.

Los celos y la rabia me hicieron pensar en mi situación. ¿Qué iba á ser de mí? ¿Iría á encarnarme á otro mundo? ¿Estaría condenado á vagar eternamente por las llanuras del éter?

¡Cuán desgraciado me ví! Durante toda mi vida profesé teorías que creí ciertas como la luz del sol. Había negado la existencia del alma y veíame convertido en espíritu. ¿Existiría también el Dios negado por mí?

Pronto salí de dudas. Un espíritu semejante al mío apareció á mi lado; sin emitir sonido alguno se comunicó conmigo; penetraba en mí y sus pensamientos llegaban hasta los míos sin necesidad de signo alguno exterior.

– ¿Dudas? – me dijo.

– De todo, – repuse. – ¿Quién eres?

– El ángel á quien encargó Dios que te dirigiera en la tierra.

– ¡Dios! ¡Existe Dios y ángeles encargados de la guarda! ¡Existe algo que no es materia y fuerza! ¡Una inteligencia absoluta é infinita! ¡Un dispensador de bienes y de males que caprichosamente me arrojó al mundo á padecer y llorar! ¿El Dios de las venganzas?

– No. El de las supremas bondades.

– Que llevó su crueldad hasta el extremo de crearme tan imperfecto que no supe conocer la verdad absoluta. ¡Falso! ¡Imposible! Me engañas ó te engañas. La naturaleza entera será Dios; todo Dios; pero un Creador Supremo, un solo Dios superior, inteligente, que premia ..

– Y castiga, – interrumpió el ángel. – Pronto te convencerás; arrepiéntete y cree, aun es tiempo.

– ¡Arrepentirme! ¿de qué? Llévame á su presencia, sólo así te creeré.

– Piénsalo bien, la fe puede salvarte.

– Vamos.

III

Caminábamos con más velocidad que la luz; subíamos, subíamos siempre.

Atravesamos la vía láctea y después millones de millones de leguas.

Los mundos quedaban allá abajo.

– Mira, – dijo el ángel, – ¿dudas ahora?

Ví á Dios.

– Creo, – repuse, – es verdad; pero no debía serlo.

La voz de Dios resonó en mí, haciéndome temblar.



LA NAVIDAD EN LA SOCIEDAD ANTIGUA, dibujo de Davidson Knowles





MADONA, CUADRO DE JORGE PAPPERITZ



LA DEFENSA DE LUGO, cuadro de Modesto Brocos (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887)



Y dijo Dios:
– Conóceme y ámame: Yo te perdono.
No he pecado.
– Me negaste, – tronó el Omnipotente.
– ¡Y cómo no, si me diste inteligencia capaz de negarte y no de comprenderte! Hiciérasme igual á Tí y al conocerme te conociera y adorándote me adorara.
Y dijo Dios: – El espíritu de Luzbel está contigo.
– De Luzbel, sí, de lo único grande que hiciste, puesto que se rebeló contra Tí. Igual á Tí ó nada, dije; con Luzbel quiero ir.
Y repuso Jehová: – Ni de él eres digno. Estarás entre el cielo y el infierno y padecerás la envidia. Envidia al que goza. Envidia también al que llora.
Y desapareció Dios y quedé solo.
Sentí las horribles torturas de la envidia. Sufrí por no gozar. Sufrí por no padecer.
Las almas que venían de los mundos, pasaban por mi lado y ni me compadecían; ninguna me miró siquiera.
Quería llorar, que también las almas lloran, y no podía. Los envidiosos no lloran.
Sufría siempre y sin esperanza, sin darme idea del tiempo de mis dolores.
Estaba en la eternidad, y allá no se tiene noción del tiempo.
Ví pasar almas de castos sacerdotes y de monjas, que caían en los reinos de Luzbel. Habían pecado con el pensamiento, más que algunas rameras con su cuerpo.
Ví pasar por las puertas de la mansión de Dios á muchas Magdalenas, perdonadas porque habían amado mucho.
El alma de un ladrón fué recibida con cantos de alegría.
Había sufrido persecuciones de la justicia. Había robado para dar de comer á su madre hambrienta.
¡Bienaventurado seas! cantaban los ángeles.
Yo maldecía de Dios; el arrepentimiento huía de mí.
Hubiera querido llegar al trono del Altísimo, sentarme en él, ser omnipotente, ordenar que los mundos chocasen entre sí, destruir el universo y volver al reino de la nada.

. . . .

IV

Pasó junto á mí un alma que hízome estremecer.
Aquella alma me miró, haciendo nacer en mí un pensamiento dulce.
Llegó junto á Dios gritando: – ¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?
Era mi madre.
Ven á mí, – dijo Dios. – Tú me conociste y amaste.
– ¡Mi hijo! repetía mi madre.
Me negó, – dijo Dios.
– Pero no negó á su madre. ¿Dónde está? ¿dónde está?
Y replicó Dios: – Sufriendo su castigo.
– Perdónale, y sufra yo por él.
– No.
– Entonces, también yo te niego. La gloria sin él, no la quiero. Yo reniego de tí. Tú no eres el Dios bondadoso á quien yo adoré, puesto que me separas del hijo de mis entrañas.
Y dijo Dios: Así creé yo á las madres.
Y resonó por los espacios la voz de Jehová diciendo:
– ¡Por la madre, perdono al hijo!

RICARDO REVENGA

HISTORIA DE LOS SALONES

«Cada cosa en su tiempo...» dice con razón el refrán. Tras la primavera con sus flores viene el verano con sus rosas; en pos de éste osténtase el otoño con sus racimos y cierra el año el invierno con sus salones. ¡El salón! No hay idioma que no tenga consagrada su palabra á lo que hoy constituye una necesidad social, pero todos los pueblos han de reconocerse humildemente plagiarios del francés en punto á salones en el sentido moderno de la palabra.

En los salones propiamente dichos, priva con exclusivo imperio el tono francés: hay quien ha dicho de ellos que son la copa de Champagne en que espumea la sociedad francesa más refinada; el emperador Maximiliano I ha definido á los franceses del siguiente modo: «cantan más alto de lo que el papel marca, leen lo que no está escrito y hablan y dicen lo que distan mucho de sentir.» ¡Líbrenos Dios de aceptar incondicionalmente este juicio! Conste solamente que así pensaba «el último caballero» respecto de «la nación más hidalga.»

Los salones parisienses del tiempo de los enciclopedistas formaron época en los fastos de la civilización y fueron considerados por toda Europa como escuela de ilustración y de buen gusto: *bureaux d'esprit* se les llamaba y á fe que título más adecuado no podía darse á aquellas brillantes reuniones á las que van unidos nombres tan egregios como los de Montesquieu, Bolingbroke, Holbay, Helvetius, Diderot, Voltaire y tantos otros asistentes á los salones de las Tencin, Geoffrin, du Deffand y l'Espinasse á hacer verdadero derroche de gracia y de talento.

Pero *tempora mutantur et nos mutamur in illis.* ¡Cuán cambiado se halla actualmente todo esto! Los salones, antes privilegio exclusivo de altas clases sociales, están hoy al alcance de todos: la aldea más humilde pretende ser un pequeño París y no hay quien no se crea obligado á «tener el honor» de concurrir á los salones de los demás y á «honrarse» recibiendo á los demás en los suyos. ¡Pobres salones! ¿Quién se divierte en ellos? ¿El dueño de la casa que, al cerrar la puerta tras el último de los convidados, exclama: gracias á Dios que se acabó? ¿Los convidados que apenas pueden ocultar los bostezos de fastidio con las usuales frases de cumplido? Nadie puede equivocarse respecto del juicio ajeno que pueda formarse sobre este punto, porque el que hoy invita, mañana es invitado y viceversa.

El salón ha perdido ya el carácter que debió ser en todos tiempos su ideal, es decir, la vida de familia extendida á un pequeño círculo de amigos. Hoy con razón se ha dicho que el que recibe no conoce á la mitad de sus invitados y que la otra mitad no le conoce á él. ¡Qué importa! Todo el que ha sabido hacerse un nombre recibe su invitación y con ella el derecho de ser colaborador anónimo de ese cien pies en donde las anécdotas picantes, las murmuraciones, la crónica escandalosa, las noticias políticas, las de *sport*, etc., etc., aparecen revueltamente confundidas en forma, ora de aforismos, ora de diálogos, ya en tono sentencioso, ya en forma de *bon mot.* ¡Y no hablemos de los salones en que se hace música! Para mi mayor enemigo no quisiera el tormento de oir *ejecutar* en el piano á las soñadoras con Chopin, á las falsificadas discípulas de Litz, á las sacerdotisas wagnerianas de similor. ¿Qué monstruo será este que vomita la música de los salones? ¿Quién puede soportar el ruido estrepitoso é infernal de muchas pretendidas artistas?

Por fortuna ya no inspiran interés los salones en donde se rinde exclusivamente culto á la música y á la poesía. El salón de hoy es para todo y aun para todos, y el hombre moderno, aceptándolo como un mal necesario, sostiene en él una verdadera lucha por la existencia: la variedad, sin embargo, en nada ha disminuído el aburrimiento.

Y si de los salones de medio pelo nos trasladamos á los grandes salones, ¿qué veremos? Subamos una de estas marmóreas escaleras cubiertas de ricos tapices y adornadas con profusión de flores y plantas las más variadas: apenas llegados al vestíbulo cuyas paredes desaparecen debajo de colosales espejos, mil manos os arrebatarán vuestros abrigos que irán á perderse en aquel *mare magnum* impropiamente llamado *guardarropía.* ¡Ya hemos entrado! Centenares de luces envían sus rayos á aquel torrente de carne humana en donde entre apreturas y pisotones se estrujan las más elegantes *toilettes*, los más resplandecientes uniformes, las más preciadas condecoraciones, arrastradas por la corriente hasta la habitación en que los señores de la casa hacen los honores de la *ídem.* ¡Ya hemos cumplido como personas de buen tono y de educación esmerada, ya hemos dicho la frase galante que no ha sido escuchada, ya hemos sido honrados con el afectuoso saludo nada estimado por lo mismo que á todos se prodiga! Recorramos los salones.

¿Quién es aquel ente cuyas impertinentes miradas se posan al través de los cristales de sus espejuelos sobre la multitud que le rodea, fijándose en los menores detalles de los trajes y poco menos que contando las piedras preciosas de las joyas? ¿Por qué las mujeres le abruman y se lo disputan los hombres? ¡Ah, ya! Es el famoso cronista de salones X. que mañana pondrá en *su* periódico un artículo en que saldrá á relucir aquello de: «Los espaciosos, artísticos, ricos, etc., salones de los señores de A.»... «la alta banca representada por B. C. D.»... «la aristocracia personificada en los duques de E. F., marqueses de





G. H., condes de I. J.» etc., etc., «las magníficas, vaporosas, ideales toilettes de las señoras de K. L. M...... y de las señoritas de N. O. P.» y así sucesivamente hasta agotar el alfabeto. Con esto y con deshacerse en elogios de la esplendidez del *buffet* y con ensalzar hasta las nubes la galantería y exquisito gusto de los señores de la casa, que tan gratas han hecho las horas allí pasadas, habrá cumplido con su misión sagrada.

¡El *buffet!* He aquí el elemento indispensable, primordial de los salones. La sociedad moderna le debe la creación de un tipo especialísimo, el de salteador de *buffet*. ¿Hemos de describirle? Lo creemos ocioso. ¿Quién no le conoce? Y ¿qué diremos del merodeador, de la hiena de *buffet*, del rezagado que procura escoger de entre lo que queda lo que más se acomoda á sus gustos? miradlo: acaba de perder diez pesetas en una mesa de juego y se propone indemnizarse tragando sin compasión lo que su estómago es capaz de resistir y mucho más.

¿Descenderemos á más detalles? ¿Para qué hablar del bienaventurado padre que sumido en profundo sueño deja á su hija abandonada á un cortejo que si se lleva la mano al corazón, no lleva el corazón en la mano? ¿A qué de los jugadores empedernidos para quienes todos los salones se compendian en el del tapete verde? ¿Para qué mentar el bullicioso *cotillón*, en donde pierden su formalidad hasta los mismos que el mundo califica de hombres graves? ¿Para qué sacar á cuento al desengañado y hastiado gomoso que en el fumadero envía al cielo espirales de humo no tan densas como los humos de que tiene llena la cabeza?

¡Basta ya! ¡Salgamos de una vez de este infierno! cosa más fácil de decir que de realizar: toda la presteza desplegada para despojarle á uno de sus *prendas* se convierte en tardanza al devolvérselas. He aquí el abrigo. ¡Pobrecito! con otra campaña como ésta entrará en la categoría de los jubilados forzosos. ¡El coche! Sí, sabe Dios dónde pára: esperemos turno. ¡Y hace un frío! Hélo aquí, por fin. ¡Loado sea Dios que llegó á casa! Milagro será que una pulmonía no corone dignamente la fiesta de la apertura de los salones!

Tomado de *El Universum*



EL COCHE

¡Pobre Mercedes!

Espigadilla y vivaracha cuando yo la conocí en Cádiz, —me decía su antiguo novio Agustín de Viana contándome esta historia, —no te diré que fuera una belleza, pero era una mujer muy agradable, y tenía, aparte de sus naturales gracias, la gracia de los diez y ocho años.

Que cómo fué para conocernos en Cádiz, dirás tú... ella de Aragón y yo de Zamora; pues ahí verás: parece cosa del demonio.

Fuí yo á Cádiz acompañando á mi hermana Leonor que quiso ir á esperar á su marido, teniente coronel de ingenieros que volvía de Puerto Rico después de cinco años de ausencia. Llegó mi cuñado endeble y decaído con el mareo y todas las molestias del viaje, que en los vapores de López no son escasas, y como, á pesar de hallarnos en el rigor del invierno, reinaba allí un tiempo verdaderamente primaveral, nos decidimos á quedarnos una temporada.

Y allí había ido ella también, con su padre y su hermano, en busca de clima templado para este último que estaba medio tísico ya, y que murió al año siguiente, sólo cuatro después que su madre la señora condesa del Molino.

La primera tarde que la ví en paseo me llamó la atención, porque tenía cierta palidez aristocrática y alguna otra cosa que no acertaría yo á describir, pero, en fin, algo que la denunciaba como no andaluza.

Quise saber quién era, mas no pude, porque no tuve á quién preguntar; no conocía á nadie....

Por la noche la volví á ver en el teatro, y... lo mismo. Digo, lo mismo no, porque yo tenía ya mucha más curiosidad de saber quién era que por la tarde. Había advertido ella que yo la miraba, y me miraba también con curiosidad sin duda parecida á la mía.

Para la tarde siguiente ya había hecho yo conocimiento con un capitán de artillería amigo de mi cuñado, que había estado á verle en la fonda. Entrar el capitán en el paseo, notar yo que había saludado á Mercedes y correr á pararle todo fué uno.

—¿Quién es esa joven delgadita que acaba V. de saludar? —le pregunté.

—Mercedes Medina, —me contestó; —una señorita de Aragón que ha venido aquí á pasar el invierno con su padre, que es ese señor que la acompaña, y con un hermano enfermo. ¿Le gusta á V.?

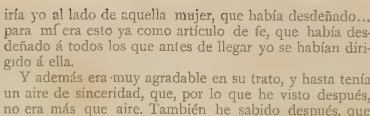
—Pchs... No me parece mal.

—Es guapilla, pero creo debe tener poco fuste. Ya verá V.: si la mira V. un poco, si conoce que tiene V. interés por ella, en seguida preguntará si es V. rico y cuánto tiene. A mí me llamó la atención un poco cuando vino, y en cuanto me hice presentar á ella la faltó tiempo para preguntar si era rico, y se lo preguntó á la misma persona que me había presentado; con lo cual excuso decir á usted que no me he vuelto á acordar de ella. Y lo mismo ha hecho ya después con otros varios: apenas cree que uno tiene intenciones de obsequiarla, ya está preguntando, no por sus cualidades morales, sino por sus riquezas. Se conoce que la niña está ya pensando en ser condesa, porque su hermano, que actualmente es el conde del Molino, se está muriendo, y quiere llevar el título con lujo... Ella misma dicen que ha dicho que no se resigna á no andar en coche...

—¿Crees tú que estas noticias del capitán —continuaba diciéndome Agustín, me retrajeron ni me entibiaron lo más mínimo? Al contrario; me metieron más en deseo de hablar á Mercedes y de tratarla. Me figuré que el capitán hablaba por despecho, porque ella no le habría querido hacer caso: se apoderó de mí una mezcla de curiosidad, de amor y de orgullo que del todo me quitaba el sosiego, y á los ocho días, en la tertulia del gobernador militar, me presentaban á ella y á su padre.



Desde entonces comencé á acompañarla todas las tardes en el paseo y á subir á saludarla al palco en el teatro todas las noches. El buque de mi vanidad marchaba viento en popa. Puedes figurarte lo hueco que iría yo al lado de aquella mujer, que había desdeñado... para mí era esto ya como artículo de fe, que había desdeñado á todos los que antes de llegar yo se habían dirigido á ella.



Y además era muy agradable en su trato, y hasta tenía un aire de sinceridad, que, por lo que he visto después, no era más que aire. También he sabido después, que preguntó de mí, como de los demás, si era rico, pero la persona á quien preguntó, otro amigo de mi cuñado, la dijo que sí, que era hijo de un riquísimo propietario de Zamora, y á esto debí mi provisional triunfo.

Tan loco iba estando por ella que cuando mis hermanos trataron de abandonar á Cádiz, repuesto ya mi cuñado completamente, conociendo mi hermana cuánto me contrariaba la partida me dijo, como por decir algo, seguramente sin ánimo de que aceptara: «Si tú te quieres quedar...» y en el acto la cogí por la palabra y dije: «Sí, me quedo: ya no os hago falta, me quedo unos días...»

Al principio de la cuaresma, que era á la vez el principio del mes de marzo, se me despidieron una noche ella y su padre para Madrid, y naturalmente yo me vine también á Madrid en el mismo tren que ellos. Al despedirnos en la estación de Atocha, su padre me ofreció su casa en la calle de la Flor Alta, número 5 duplicado.

—Que le veamos á V. por allí, Viana; no nos olvide usted, —añadió Mercedes con una amabilidad encantadora.

Y es claro: no fuí aquella tarde, porque me pareció demasiado pronto, pero fuí al día siguiente á ver cómo les había dejado el viaje.

Don Severo Medina, á pesar de su aspecto de brigadier, es hombre muy amable y para mí lo fué siempre sobre manera, como que á los tres días me pagó la visita.

Su hija no creerías lo franca y cariñosa que estuvo conmigo; sólo te diré que rodando la conversación halló manera de dejar caer estas palabras: «Sí, esta mañana á eso de las once y media cuando salíamos de San Martín, á donde solemos ir todos los días á Misa de once...»

Al día siguiente fuí yo también á Misa á San Martín, pues me pareció que para eso me lo había dicho; salí cuando ellos, les dí agua bendita y los acompañé á dar una vuelta por las calles, todo lo cual quedó erigido en costumbre diaria. Si vieras... ¡Me iba yo dando un tono al lado de Mercedes!

Así las cosas, ya ves que no podían ir mejor, ¿eh? así las cosas, estuve algo enfermo unos días, no pude ir á Misa, y la primera tarde que salí de casa emprendí el camino para la suya á dar cuenta de mi persona. ¡Figúrate cuál sería mi asombro al ver á Mercedes hablando desde el balcón con un militar! ¿Sabes quién era? le debes conocer... un comandante de infantería que se llama Remigio Soria, ayudante del general Anchete...

Dudé si llegar á la casa y subir, ó volverme; pero me decidí por esto último.

Al día siguiente ya fuí á Misa, y al salir lo primero que ví fué al comandante arrimado á la botica de Porta-Cœli. Se conoce que le había dado ella la noticia como á mí, pero como yo salía con ella de la iglesia y me puse inmediatamente á su lado, el comandante no se acercó.

Entablé conversación con Mercedes, y como la insinuara tímidamente mi observación de la víspera, me dijo muy formal que no hiciera caso, que era un amigo antiguo que había venido de Zaragoza y viéndola de casualidad en el balcón se había parado á saludarla y á darla noticias de unas amigas.

Hablaba con un acento de sinceridad que al pronto la creí; pero después... la curiosidad me llevó hacia la calle de la Flor á la misma hora que la tarde antes á observar, y observé lo mismo, el mismo coloquio en pleno día y en plena calle. Me disgusté mucho, me encerré en casa y estuve quince días retraído.

A los quince días recibí la invitación para un baile en casa de los condes del Haya. Como suponía que había de ir Mercedes, mi primera intención fué no ir. Era lo que debía hacer y estaba decidido á hacerlo. Mas por otra parte tenía tanta curiosidad de verla... yo lo llamo pudorosamente curiosidad, tú puedes llamarlo como gustes... tenía tanta curiosidad de verla... estaría tan mona... ¿Y á mí qué me importaba ya?... El caso era que también... dejar de ir sólo por ella... ¿No podía ir y no hacerla caso?... Pues claro; es lo mejor, me dije por último: voy y me pongo á jugar al tresillo con los señores mayores, me levanto alguna vez cuando me toque dar, observo friamente la escena y vuelvo á sentarme. Decidido...

No se cumplió el programa más que en la primera parte, en lo de ir: lo demás todo salió al revés.

Al entrar en el salón, lo primero que ví fué á Mercedes sentada al lado de la señora de la casa; así es que el primer saludo después del de ésta tuvo que ser el suyo, que comenzó ella soltándome esta granizada de preguntas:

—¿Qué es de V.? ¿por dónde anda V.? ¿dónde se mete V.?... —Y sin darme tiempo de contestárselas continuó diciendo: —Supongo que seguirá V. en su grave costumbre de no bailar más que rigodones como en Cádiz... yo tampoco pienso bailar esta noche wals, porque estos días he estado delicada; pero algún rigodón ya bailaré...

—Si V. quiere hacerme el obsequio de bailar uno conmigo... —me creí obligado á decirla.

—Con mucho gusto, —me contestó. —¿Quiere V. el primero?

—Bien, el primero, muchísimas gracias, —la dije. Y seguí saludando á las señoras y luego á los amigos que tenía en la sala.

Poco después el piano hizo señal de comenzar un rigodón, y me fuí á buscar á Mercedes, un tanto emocionado, pero firmemente decidido á no pedirla explicaciones

de nada, á no hablar una palabra de nuestro antiguo amor, á charlar sin sustancia del tiempo, de música ó de cualquier cosa; en fin, á estar con ella lo más indiferente del mundo.

¿Crees que llevé á cabo mi propósito?... No le pude llevar, porque ella misma empezó á hablarme del caso y á acusarme de veleidoso, como todos los hombres; esto lo decía con mucha gracia, asegurando que me alejaba porque así lo creería conveniente, que lo del comandante Soria no podía ser más que una disculpa, puesto que no había nada, nunca había habido nada, pero entonces menos; y añadía para dar fuerza á sus argumentos: – Ya ve V. cómo no ha venido esta noche, ni vendrá probablemente... y aunque viniera... ya vería usted...

El caso es que la fuí creyendo, que ya la había creído del todo y estaba yo en mis glorias, cuando al terminar la penúltima figura del rigodón, me acuerdo bien, hacía yo el solo, estaba de espaldas á la puerta del salón, y en el espejo de enfrente ví al comandante que entraba sonriendo. Miré á Mercedes y me pareció que se había sonreído también. Todo cambió en mi alma: la satisfacción se tornó disgusto: se acabó el rigodón, Mercedes se me colgó del brazo, la dejé donde ella me indicó que la dejara, y me fuí hacia las mesas del tresillo jurando en mi interior no volver á acordarme de ella.

Ya supondrás que rompí el juramento, pero lo que no te habrás atrevido á suponer es que le rompí aquella misma noche... Y eso que después de lo que te he dicho la ví bailar un rigodón con Soria y tener con él conversación muy tirada y reirse mucho. Pues á pesar de eso... ¿Qué quieres? Me estuve viendo jugar al tresillo y viendo desde allí desfilar la gente. Hacía cuenta de marcharme el último, con la última tanda de viejos que no tenían señoras á quien acompañar. Pero Mercedes entró en el gabinete aquel á despedirse de su tío el marqués de Tapia, y al despedirse de mí me dijo, volviendo á retirar la mano después de haber hecho ademán de dármela:

– ¡Ah! V. se vendrá con nosotros.

¿Qué había yo de hacer? Me despedí de los tresillistas y salí con ella y con su padre como un doctrino. Me cogió el brazo al bajar la escalera, me dijo que parecía que estaba serio, y como yo la indicara tímidamente el motivo, me llamó inocente y creo que tonto, me dijo que parecía un niño, y que una mujer no tiene más remedio que estar amable con todo el mundo, y que ya veía cómo Soria no había esperado, y, en fin, acabó por convencerme.

Tres meses después se marchó á Aragón, citándome para el mes de agosto en San Sebastián.

Tardó en llegar el mes de agosto, á lo menos á mí se me figuró que tardaba, pero llegó al fin, y llegué yo una tarde al oscurecer á la capital de Guipúzcoa. En cuanto comí me fuí al *boulevard* seguro de que por allí la encontraría, y la encontré en efecto. Recibióme con un grito de júbilo. – ¡Ay, Viana! Papá, mira Viana. – Paseé y estuve sentado á su lado. Cuando quisieron marcharse del paseo los acompañé hasta su casa, que el padre me ofreció muy amistoso.

A la tarde siguiente fuí á visitarlos y ¿qué dirás que ví al llegar á la esquina de la calle? Pues ví á Mercedes hablando desde el balcón con un caballero que estaba en el balcón de al lado. Después supe que era un marino que la hacía el amor y había alquilado exprofeso la casa contigua. Estuve un rato en observación y el coloquio seguía muy animado. A otra tarde volví y se estaba repitiendo la escena, y á la mañana siguiente dejé la ciudad aburridísimo.

¡Acabáramos! dirás tú. Pues no acabamos todavía. Pasaron tres años, en los cuales la conocí á Mercedes cuatro novios, ninguno de ellos bastante rico. La ví en el invierno siguiente acompañada del marino, por la Castellana. En la primavera volvió á privar una temporada el comandante Soria y muchas tardes la ví sentada entre él y su padre en las sillas del Prado. Al otoño siguiente y todo el invierno estuvo en relaciones con un diputado asturiano, aquel Tamargo, que estuvo en puerta para Director general de Impuestos. Sucedió á éste un abogado de Covarrubias, excelente muchacho pasante de Sánchez de Embite, y á quien éste dejó el bufete cuando llegó á ministro.

Después... casi me da vergüenza contártelo. ¿Querrás creer que después de todas estas veleidades todavía fuí su novio?

La encontré una tarde en el Retiro. Yo pensaba hacerme el distraído y no mirarla, pero al pasar me dijo con tono muy cariñoso: – «Adiós, Viana,» – y después que pasé se volvió á mirarme...

Y el caso es que entonces llegó á ir la cosa bien: estuvo más de medio año muy formal sin darme ni un disgusto.

Pero quiso mi mala estrella que viniera por ahí echándoselas de millonario un manchego, de Miguelturra, un tal Damián Pérez, sobrino de Braulio Pérez el opulento comprador de bienes eclesiásticos, nada más que sobrino. El se dió por hijo y se hizo presentar á Mercedes en la tertulia de las de Herrero, haciéndose preceder de una gran fama de riqueza. – Figúrate, – le decían á Mercedes las de la casa la noche que se le anunciaron, – figúrate si será rico, cuando á su padre de apodo le llaman *Onzas* y á él *Oncitas*.

Estos apodos y la cifra concreta de veinte mil duros en que se fijó en la tertulia la renta de Pérez deslumbraron á Mercedes por completo, de modo que comenzó á estar seria conmigo y concluyó por no hacerme caso.

Creía haber encontrado el coche y á los cinco meses se casaba con aquel zanguango.

– Que luego no resultaría rico, – le interrumpí.

– Claro que no. Los veinte mil duros se redujeron á diez mil reales, y eso para cuando se mueran sus padres que son unos labradores modestos y muy jóvenes todavía. Poco y entre zarzas.

– De suerte que el coche.....

– Va la infeliz en el de San Francisco; y todavía no es eso lo más malo. ¡Pobre Mercedes! Por ahí la suelo encontrar sola, y me da lástima. Además de no tener coche, puede decirse que no tiene marido tampoco, porque el de Miguelturra es un perdido que no la hace caso.

ANTONIO DE VALBUENA


CAMPESINA NAPOLITANA, dibujo de E. Balbono

NOTICIAS VARIAS

LOS LIBROS EN FRANCIA. – Según documentos que tenemos á la vista, el estado de las bibliotecas de la nación vecina en el año 1818, era el siguiente:

El número de volúmenes que en ellas se guardaban sólo era de cuatro millones, distribuídos como á continuación se expresa: París, 6 ó 700000; Aix, 72 000; Angulema, 10 000; Ajaccio, 13 000; Angérs, 22 200; Amiéns, 40 000; Albi, 10 000; Agen, 10 000; Arras, 33 000; Aviñón, 26 000; Besanzón, 53 000; Blois, 17 000; Boulogne, 16 000; Burdeos, 100 000; Chartres, 24 000; Cahors, 10 000; Chaumont, 24 000; Carpentras, 18 000; Dijón, 36 000; Grenoble, 42 000; La Rochela, 16 000; Laón, 12 000; Lyón, 106 000; Marsella, 30 000; Moulíns, 18 000; Mezières, 21 000; Metz, 31 000; Meaux, 11 000; Nantes, 22 000; Nancy, 22 000; Niort, 13 000; Orleáns, 25 000; Perigueux, 10 000; Pau, 14 000; Perpiñán, 12 000; Poitiers, 13 000; Rennes, 14 000; Reims, 24 000; Rouen, 23 000; Saintes, 24 000; Soissons, 17 000; Saint Brienne, 23 000; Estrasburgo, 30 000; Troyes, 60 000, y Tours, 30 000.

El número de volúmenes que cuentan en el día las bibliotecas de París excede de 2 200 000, y se ha calculado que la longitud total de los anaqueles en que se hallan colocados los libros es de 34 kilómetros.

En Asunción, provincia de Quebec (Canadá – América del Norte), se ha celebrado poco há una fiesta que no tiene precedente alguno en la historia.

Habiendo invitado el párroco de dicha población á sus feligreses que hubieran llegado al quincuagésimo año de casamiento para que se reunieran todos con el fin de celebrar con más solemnidad el aniversario de sus bodas, vióse llegar á la parroquia en cierto día lluvioso veinte parejas de ancianos, con el rostro radiante de júbilo, rodeados de un gran número de hijos, nietos, parientes y amigos con objeto de renovar al pie de los altares los juramentos que se habían hecho mucho tiempo atrás.

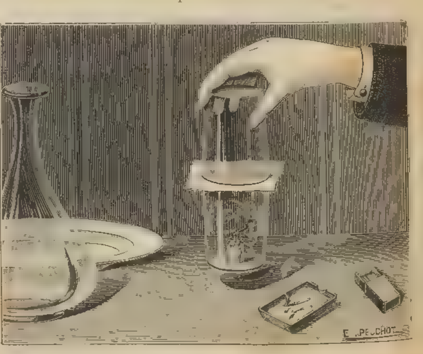
Entre los que figuraron en tan solemne como peregrino acto son dignos de mención Antonio Lajoie, de 91 años y antiguo militar, que llevaba 70 años de casamiento con Mariana Jansonne, de 87 años, á los que regaló el Ayuntamiento una medalla de plata.

(Del París Canadá).

FISICA SIN APARATOS

LOS HEMISFERIOS DE MAGDEBURGO

Se toman dos vasos de cristal de un mismo tamaño, cuidando de que se adhieran uno contra otro al poner sus bordes en contacto. Después se enciende un cabo de bujía en el fondo del vaso que se apoya en la mesa, cubriéndolo con un pedazo de papel algo grueso, empapado en agua, y luego se coloca la mano encima del segundo vaso, como lo indica el grabado. La adherencia entre los dos vasos separados solamente por el papel debe ser completa. El cabo de bujía se apaga, pero antes la llama ha dilatado el aire contenido en el vaso inferior, produciendo su rarefacción. La presión atmosférica exterior mantiene los dos vasos unidos entre sí, como en el experimento clásico de los hemisferios de Magdeburgo. Se puede voltear el vaso inferior sin que el superior se despegue. A veces el papel se rompe, pero el experimento produce buen resultado si se practica convenientemente.


Experimento de los hemisferios de Magdeburgo hecho con dos vasos

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 26 DE MARZO DE 1888 — NÚM. 326

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡ECCE HOMO! cuadro de Guido Reni

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡ECCE HOMO! cuadro de Guido Reni

Pilatos sería el más infame de los magistrados, si no fuese el más miserable de los aduladores. Está perfectamente convencido de la inocencia de Jesús, y sin embargo, ordena que sea azotado y devuelto al pretorio, donde unos sacerdotes fanáticos y una chusma estúpida disputan su víctima á la elástica conciencia del gobernador romano. Olvidando éste que la vista de la sangre enfurece á las fieras lejos de aplacarlas, muestra al pueblo á Jesús, pronunciando aquella célebre frase:

– *¡Ecce Homo!*

Y aparece, realmente, el hombre, tan desfigurado, tan maltratado, tan martirizado, que su vida se encuentra concentrada exclusivamente en la expresión de sus ojos, dulce, sublime, divina, en medio del tormento.

Jesús en el balcón del pretorio, después de la flagelación, es quizás el asunto ó figura más veces tratada (maltratada dijéramos quizás mejor) por pretendidos artistas. Entre los pocos que han estado á la altura de su empeño, Guido Reni se lleva quizás la palma. El Museo de Londres posee el cuadro original cuya reproducción publicamos al frente del presente número. Es una maravilla de sentimiento y de ejecución que se impone aun á los más profanos en el arte.

Guido Reni nació en Bolonia el año 1575 y siendo aún muy joven fué admitido en el taller de los célebres hermanos Carraggio, con quienes compitió ventajosamente al cabo de poco tiempo. Hostilizado por la envidia de sus primeros maestros y ganoso de admirar las grandes obras acumuladas en Roma, partió para la ciudad eterna, en donde la protección que le dispensó el caballero Josepino puso en evidencia su talento, hasta tal punto que se le confió la ejecución de obras que habían sido encargadas al eminente Miguel Angel Caravaggio. A tal extremo llegó su reputación, que el papa Paulo V gustaba de asistir á su taller, y para poder verle trabajar á sus anchas le autorizó para que estuviera cubierto en su presencia. Habiéndole hecho observar algunos cortesanos cuán inusitada era semejante honra, contestó el artista:

– Pues si el Papa no me la hubiera dispensado, por mi parte habría pretextado cualquier dolencia y me hubiera cubierto, mal de su grado, no por respeto á mí sino por respeto al arte.

Era en este punto tan extremado, que jamás quiso hacer el retrato de monarca alguno ni trabajar en palacios, para no tener que descubrirse, en detrimento de su dignidad artística. Murió á los 67 años de edad, habiendo decaído notoriamente sus facultades desde que, en mal hora, se dejó dominar por el vicio del juego.

NON EST HIC, dibujo de A. Ziek

Aun cuando los cuatro Evangelistas describen el acto en que los ángeles del sepulcro dan cuenta á las Santas Mujeres de la Resurrección del Señor, el autor del dibujo que publicamos no lo ha ajustado estrictamente á ninguno de los relatos bíblicos. Al que más parece aproximarse es al texto de San Lucas, que dice:

«Y el primer día de la semana fueron muy de mañana al sepulcro, llevando los aromas que habían preparado.

»Y hallaron la losa revuelta del sepulcro.

»Y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.

»Y aconteció que estando consternadas por esto, he aquí dos varones que se pararon junto á ellas con vestiduras resplandecientes.

»Y como estuviesen medrosas y bajasen el rostro á tierra, les dijeron: – ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

»No está aquí, mas ha resucitado: acordaos de lo que os habló estando aún en Galilea.»

LA LEYENDA DEL PITIROJO dibujo de Giacomelli

Cuenta la tradición que en el instante en que el Redentor de la humanidad pronunció desde lo alto del sangriento madero el sublime *Lamma Sabacthani*, de todos abandonado, por todos escarnecido; cuando la voz de la justicia divina fué transmitida por el trueno á cuantos habían puesto sus manos infames y sacrílegas en el sacratísimo cuerpo del *Varón justo;* cuando ni la Madre ni el discípulo amado podían prestar auxilio alguno al mártir del Calvario y hasta los ángeles tenían orden de adorarle sin socorrerle; un humilde pajarito tendió el vuelo desde una rama no lejana de la cruz y fué á posarse en la frente del moribundo. La sangre de éste tiñó las plumas del ave compasiva, y desde entonces el collarín encarnado del pitirojo recuerda á la humanidad su criminal indiferencia en el día del tremendo holocausto.

En esta poética tradición se ha inspirado Giacomelli, y ninguno como él podía darla forma de manera superior. Héctor Giacomelli es quizás el artista que mejor siente la naturaleza: para él nada existe tan risueño, tan agradable, tan embelesador como la contemplación de los pájaros. Una enfermedad grave le obligó á dejar París cuando aun era muy joven, y desde entonces lleva en el campo una existencia que no han podido hacerle modificar todas las tentaciones que la metrópoli francesa encierra para los artistas de primer orden. A fuerza de estudiar á los pájaros ha conseguido hacerles expresar afectos y hasta pasiones. Su silueta de hombre y de artista está formada por estas palabras suyas:

«Allí, en el campo, es donde he sentido nacer mi afición á los pájaros, á los insectos, afición que nunca ha decrecido en mí, antes bien la siento aumentar todos los días. No conozco nada igual á un jardín frondoso, tapizado de verde césped, bañado por el sol y alegrado con el canto de las aves. ¡Cuán feliz me siento en tales casos!... Muchos son los que piensan como yo aunque no lo dicen, y esto explica el favor con que han sido acogidos mis dibujos, que no son sino impresiones que he sentido. Yo me limito á transmitir estas impresiones á los que no tienen la dicha de vivir en el campo.»

JUDAS VENDIENDO A SU MAESTRO, cuadro de H. Prell

La muerte del Justo estaba decretada: los prevaricadores del tribunal, los mercaderes del templo, los embaucadores de la conciencia y monopolizadores de la fuerza, se habían estremecido de miedo y de coraje cuando se enteraron de la doctrina de Jesús. Era indispensable perderle, y pusieron vil precio á la traición de uno de sus discípulos. Treinta dineros de plata acallaron los escrúpulos de Judas, un puñado de metal compró la sangre del Hombre.

Prell ha dado forma á la escena en que se consumó el nefando trato, y ante su obra hay que reconocer la mano de un gran maestro. El lugar de la acción, afueras de Jerusalén, es por su soledad y aridez, digno punto de reunión de tan horribles criminales: la luna alumbra fatídicamente las tres figuras que componen el cuadro, cada una de las cuales es un modelo de relajación, sin perjuicio de que la de Judas eclipse, como debe ser, la de sus seductores. Examínese su fisonomía, su actitud, su vestidura, y resulta un portento de codicia sórdida y de sentimientos más sórdidos aún. Judas es el verdadero deicida, porque premedita su crimen y se le alcanza todo su horror. No obedece ni á un sentimiento de venganza, ni al irresistible deseo de reparar un ultraje que no ha recibido. Regatea, es verdad, con sus cómplices; pero no regatea el delito, sino su precio; comete una traición que es el mayor de los crímenes, y la comete por dinero, que es la mayor de las bajezas. Es muy difícil reproducir con mayor verdad de lo que lo ha hecho Prell á un miserable de tal calaña.



MARÍA Y MAGDALENA, dibujo de B. v. Neher

La muerte del emperador Guillermo de Alemania

De algunos días á esta parte la atención del mundo se ha fijado preferentemente en Berlín. Aunque LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no se ocupa por punto general de sucesos de actualidad, nos parece oportuno prescindir de esta costumbre en gracia de un acontecimiento cuya trascendencia aun no puede apreciarse debidamente. Nuestro grabado representa á:

GUILLERMO I, rey de Prusia y primer emperador de la nueva Alemania, proclamado en Versalles (1870) á consecuencia de la famosa guerra franco-prusiana. Nació en 22 de marzo de 1797, empezó su carrera militar en tiempo de Napoleón I; casó en 11 de junio de 1829 con la princesa Augusta, hija del Gran Duque de Sajonia Weimar, y ha fallecido á las 9 y media de la mañana del día 3 de los corrientes. Le sucede en el trono su hijo primogénito:

FEDERICO, nacido el 18 de octubre de 1831; casado en 25 de enero de 1858 con Victoria Luisa, hija de la actual reina de Inglaterra. El nuevo emperador orló sus sienes, en otro tiempo, con los laureles de Sadowa y de Sedán. Es un gran estratégico en toda la extensión de la palabra, á pesar de lo cual se le supone partidario de la paz y hasta de ciertas ideas modernas que amenazan romper algunas tradiciones muy arraigadas en la corte de Prusia. Su advenimiento tiene algo de portentoso: la muerte, que le amenazaba de una manera inminente hace pocos días, ha retrocedido ante el nuevo emperador, cual si Dios suspendiera las leyes naturales para darle lugar al cumplimiento de un destino providencial. El peligro que ha corrido y corre aún; la resignación y entereza con que soporta una enfermedad horrible y los primeros actos de su reinado, le han hecho simpático hasta á los enemigos naturales de su pueblo. Si Dios le llama á sí, como aun es muy temible, le sucederá en el imperio su hijo:

GUILLERMO, nacido el 27 de enero de 1859, casado en 27 de febrero de 1881 con la princesa Victoria, hija del Duque de Schleswig Holstein, á quien se supone identificado con el partido militar de Alemania.

También publicamos en el presente número un grabado que representa la apacible muerte del emperador Guillermo y la mascarilla del cadáver, por la cual se echa de ver que el anciano monarca conservó hasta sus últimos momentos la respetable y simpática fisonomía que tan popular se ha hecho durante los últimos años. Dícese que sus postreras palabras fueron:

– ¡Pobre Alemania!...

Los moribundos son profetas muchas veces.

CERVANTES MILITAR, MARINO Y DIPLOMÁTICO

POR DON LUIS CARRERAS

(Continuación)

Para Cervantes la audacia y el valor de un general debían ir acompañados de otra cualidad más descollante: el talento. «Mandar ejércitos, exclamaba, no es oficio de ganapán – como si dijéramos: de *chafarote*. *(Quij.)*» Lo cual apoyaba en seguida con las siguientes palabras: «Si el esfuerzo y cordura que todo lo barrunta y previene no se hallan en quien manda, la abundancia de gente y municiones aprovechará bien poco. *(Numan.)*» Y añadía: «Tened entendido que la fuerza es vencida del arte. *(Quij.)*»

Entrando en la teoría de las operaciones, enseñaba que el éxito de una campaña depende bastante de la rapidez de la acción. «La pereza, decía, cría fortuna baja, y la diligencia funda los imperios y las monarquías. *(Numan.)*» Pero esa diligencia no debía ser ciega, sino dirigida por el talento y el espionaje. «Descubrir el falso, ó el cierto designio del enemigo, enseñaba, siempre es de provecho. *(Id.)*» Si se le replicaba que de este modo se exponía á que el adversario le engañase, él lo desvanecía replicando: «La experiencia ha enseñado que jamás la falsedad vino cubriendo tan completamente á la verdad, que no se mostrase algún pequeño indicio de esta, alguna puerta por donde investigar lo que de un modo positivo hubiese. *(Id.)*» Por esto alegaba otro luminoso principio: «Oir al enemigo es cosa que no sólo no daña, sino que siempre aprovecha. *(Id.)*» Añadiendo como corolario de todas estas ideas: «La falsa confianza trae consigo mil engaños. *(Id.)*» Y por si la conclusión no fuese bastante clara, decía también: «No hay disculpa para el descuido que en la guerra se comete, por pequeño que parezca; que pierde mucho quien yerra, aunque sea en poco. *(Gallardo Esp.)*» Pero eso sí, quería que tomadas las precauciones, nada, ni lo más fútil, se despreciara. «Si la ligera ocasión ofreciese uno de sus cabellos, cójase en seguida, exclamaba. *(Id.)*» Lo cual reforzaba añadiendo: «En todas las cosas la diligencia es madre de la buena ventura, particularmente en la guerra, donde la celeridad y presteza previenen los discursos del enemigo, alcanzando la victoria, antes que el adversario se ponga en defensa. *(Quij.)*» Sin embargo reconocía que á veces una casualidad malogra los mejor combinados planes. «Las cosas que han de suceder forzosamente, decía, no hay prevención ni diligencia humana que las prevenga. *(Zeloso Extremeño.)*»

En efecto á pesar de toda la importancia que concedía al talento del general y á la disciplina del soldado, confesaba que se necesitaba de la suerte. «Las cosas de la guerra, enseñaba, están sujetas á continua mudanza; y por esto el retirarse no es huir, ni el esperar cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza de vencer. Sabio es guardarse hoy para mañana en vez de aventurarlo todo en un día. *(Quij.)*» ¿Por qué hacía esta limitación? Ahora lo veremos. «En las cosas que se consideran mucho, exclamaba, siempre se hallan muchas dificultades; de modo que en los hechos valerosos que se acometen se ha de dejar alguna parte á la razón y muchas á la ventura; pues las hazañas del temerario más se atribuyen á la buena fortuna *(casualidad)*, que á su ánimo. *(Id.)*» Sin embargo lo más singular y bello en Cervantes no era tan sólo esto, sino también la altísima concepción que se había formado del arte de la guerra, elevando á principio fijo y descollante una idea que contenía toda una revolución militar; una idea que practicara ya Gonzalo de Córdoba, y que no supo practicar como él ninguno de sus discípulos y sucesores. Nuestro autor la emitía en pocas palabras, estableciendo que todo general tenía el deber de triunfar con el menor derramamiento posible de sangre y más bien por medio de maniobras que de batallas. «Se ha de tener en mayor cuenta, decía, la victoria que nos cuesta menos pérdidas. Cuando el triunfo se alcanza con la sangre del amigo, mengua el gusto que habíamos de alcanzar. ¿Qué gloria puede haber más levantada en las cosas de la guerra que vencer al enemigo *sin desenvainar la espada*? *(Numan.)*» Empero como el hombre, por mucho que domine á su época, no llega nunca á deshacerse de todas las preocupaciones de ella, Cervantes detestaba el uso de las armas de fuego, que era lo único que había permitido formar este grandioso concepto estratégico. «Bien hayan, exclamaba, aquellos dichosos tiempos que carecieron de la espantable furia de aquellos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención. *(Quij.)*» ¿Quién le dijera á Cervantes que sin las armas de fuego, que permitían maniobrar los ejércitos á gran distancia uno de otro, la estrategia era poco menos que elemental, y que lo más importante del arte militar quedaba encerrado en las batallas brutales?

Imposible parecerá que un hombre de tantos estudios militares no tuviese opiniones propias acerca del ejército español; y en efecto las tenía, pues aunque se hayan perdido dos de sus dramas militares, en uno de los cuales, *Batalla naval*, podía ser muy explícito, con todo aun se conserva alguna idea que, no por ser general, es menos apreciabilísima. Extraño fuera en verdad que quien seguía la carrera con tanta elevacion de miras, no hubiese tratado de conocer los puntos flacos y fuertes de las tropas que deseaba mandar. No le desagradaba la composición de ellas, pues si no constaban tan sólo de soldados instruídos en letras y ciencias, y de individuos de la nobleza, contenían bastante número para que unidos á los veteranos y á los jóvenes plebeyos, formasen una tropa de cualidades excepcionales. Pero examinando los institutos, la satisfacción de Cervantes era menos absoluta, porque de una parte tenía una alta idea de la infantería española, y por otra no estaba contento de la caballería. «Está en duda entre los que siguen la guerra, decía, cuál es *(en general)* la mejor, la caballería, ó la infantería; y hase averiguado que la infantería española lleva la gala á todas las naciones. *(Vizcaino fingido.)*» Reconózcase que esto no era ningún elogio de nuestros escuadrones.

Sin embargo hallaba otra cosa todavía más defectuosa en el ejército español; y era el inmenso tren de bagajes, mujeres y criados que lo acompañaban, dificultando muchísimo sus movimientos. No ignoraba Cervantes los inconvenientes que esto tenía, ni los vicios que engendraba, y de aquí que lo reprobase enérgicamente. «En los campamentos militares, decía, no puede admitirse á las meretrices, porque afeminan á los soldados. El militar ha de



NON EST HIC, dibujo de A. Ziek

había observado con la mayor atención; que había recogido y analizado uno á uno todos sus fenómenos capitales, y que los había juntado y equilibrado hasta formarse un concepto claro y positivo, del cual resultaban los principios eternos del arte militar. Verdad es que sus inmensas lecturas, los estudios que hiciera en la niñez y su feliz memoria debieron ayudarlo; pues sin estos auxilios imposible le fuera en tan breves años como estuvo en Italia adquirir la grande y profunda doctrina que aquellos extractos suponen. Los estudios y lecturas militares de la niñez le prepararon para entrar en el ejército, la guerra le dotó para las concepciones teóricas, y las lecturas y meditaciones de que la acompañaba, sobre todo las lecturas, le hacían penetrar hasta el fondo de la experiencia, elevándole luego hasta lo más alto de la doctrina. Por esto solía decir: «Las lecciones de los libros muchas veces hacen más experiencia de las cosas que la que tienen los mismos que las han visto, á causa que el que lee con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin atención no repara en nada *(Persil.)*»

Pero los conocimientos militares de Cervantes no se reducían á esto, sino que se extendían á dos ramos más de una técnica científica tan necesaria, que los que aun no están convencidos de los estudios matemáticos

dormir en camas de fagina puestas en el suelo. Bien sé que ha de ser difícil conseguirlo, pero si no se hace acarreará catástrofes y guerras interminables. *(Numan.)*» La historia prueba que no se equivocó.

II.

Cabe así decir con toda seguridad que Cervantes no sólo había hecho la guerra con lucimiento, sino que la

y cosmográficos que hizo en la niñez, tendrán ahora que capitular: nos referimos á lo que sabía en ingeniería militar y en táctica naval.

La pérdida de su drama la *Jerusalén*, que de seguro versaba sobre el sitio de esta ciudad por la primera Cruzada, nos priva quizá de muchos recursos importantes; pero como todavía se halla mucho en el *Quijote*, el *Gallardo Español* y la *Numancia*, podremos reconstruir hasta cierto punto lo que sabía como ingeniero de guerra. No tenía Cervantes en materia de fortificación ideas nuevas ni diferentes de su época; porque la capacidad de la artillería era todavía demasiado escasa para vislumbrarse la reforma de Vauban. Pero conocía las leyes geométicas que las fortificaciones de aquel tiempo debían seguir para corresponder cada obra en magnitud, altura y colocación á las demás de la plaza. Haciendo hablar en el *Gallardo Español* al ingeniero Fratín, que examina el estado de Orán, le pone en la boca este lenguaje: «Hase de alzar, señor, esta cortina – á peso de aquel cubo (1) que responde – á éste que descubre la marina. – De la silla (2) esta parte no se esconde; – mas ¿qué aprovecha si no está en defensa – ni Almarza (3) á nuestro intento corresponde?» Pocas veces ha hecho nadie en menos palabras la crítica de una plaza de guerra defectuosísimamente preparada; y ligereza se necesitaría después de leerla para decir que quien la hizo no conocía bien la materia. «Orán, decía Cervantes, no se hallará en estado de defenderse bien sino cuando la cortina A tenga una altura equilibrada con el cubo B, pues éste cruza sus fuegos con el C que arrasa á la playa. La silla D se da bien la mano con el torreón E; pero sin resultado, porque ni está bien fortificado, ni Almarza se cruza con ellos. *(Gallardo Español).*»

En punto á sitios creía que el sitiado debía defenderse ofensiva ó defensivamente, según las circunstancias, como lo indica al juzgar la defensa de la Goleta, que ya hemos citado. Su concepción debía ser muy semejante á la ofensiva-defensiva de algunos sitios modernos, por ejemplo la de Génova por Massena; lo cual nada tiene de extraño, pues del mismo modo había defendido Gonzalo de Córdoba las líneas de Barleta: cosa bien conocida de Cervantes. Nuestro héroe sabía que en los sitios, toda plaza que llega á estar reducida á la estricta defensa, no tiene casi salvación, si otros no hacen levantar el sitio. «¿Cómo es posible, exclamaba, dejar de perderse fuerza, que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? *(Quij.)*» Otro principio suyo era que toda guarnición de plaza cercada, debía tener más confianza en su propio valor, que en las murallas que estaba encargada de defender. «Donde se halla el deseo de la fama, decía, se estiman en nada murallas y trincheras saltando los combatientes á campo raso. *(Gallard. Esp.)*» Y hablando de las malas fortificaciones de Orán, y de los peligros de un cerco inminente, exclamaba: «La pérdida es inevitable, si la inmensa valentía de los defensores no suple lo que falta á las cortinas y murallas *(Id.)*»

El cuadro que en la misma nos traza del ataque de esta ciudad, aclara lo que de ambiguo tiene aquel pensamiento, el cual nos deja en la duda de si convida á la guarnición á pelear dentro ó fuera de la plaza. Esta vez la defensa se hace dentro, á causa de la desproporción entre los defensores y los sitiadores; viéndose así otra vez confirmado que Cervantes hacía depender el sistema ofensivo-defensivo de circunstancias que lo hicieran posible y razonable.

(1) Torreón cuadrado ó redondo.
(2) Fortificación elevada y cubierta.
(3) Un punto destacado de las fortificaciones.



LA LEYENDA DEL PITIROJO, composición de M. Giacomelli



JUDAS VENDIENDO A SU MAESTRO, cuadro de H. Prell

En esto mismo se fundaba para rechazar las acusaciones de aquellos militares que aseguraban haberse perdido la *Goleta* por no haber salido á campo raso los defensores. «Si en la plaza y en el fuerte, exclamaba, apenas había 7,000 soldados, ¿cómo podía tan corto número, aunque más esforzado fuera, salir á la campaña, y dejar guarnición en los fuertes, siendo tantos los enemigos? *(Quij.)*» Lo mismo vemos en la *Numancia*, cuando terminados los trabajos de circunvalación que el sitiador ha trazado, los numantinos se proponen asaltarlos, pues no cesa de hacerles objetar una y otra vez: «¿Qué sacaréis de vuestro desesperado esfuerzo sino morir tontamente antes que hayáis llegado al foso?»

La acción de la *Numancia* es digna de ser estudiada por un ingeniero militar, porque sin conocer á fondo el arte de atacar y defender las plazas fuertes, le fuera imposible á Cervantes escribirla; y de ahí que tanto las operaciones de los romanos como los designios de los numantinos sean acertadísimos. Así es que nosotros, extractando de aquella acción los principios de ingeniería militar que la han inspirado, acabaremos de poner en claro lo que Cervantes sabía en la materia. «Toda ciudad, decía, dotada de heroicos defensores, que á favor del terreno salgan al encuentro del sitiador y lo acometan, ha de ser considerada inexpugnable, por débiles que sean sus fortificaciones. Presentado así el problema, no tiene un general sitiador otra solución que reunir un ejército tan numeroso, que haga imposible aquella ofensiva de la guarnición, y cercarla bien y estrechamente, á fin de poner sus líneas al abrigo de ataques parciales que las rompan, y de consumir á los sitiados en la impotencia, la inercia y el hambre. *(Numan.)*»



MUERTE DEL EMPERADOR GUILLERMO

Esta misma proposición la invertía del siguiente modo respecto á una plaza de guerra: «Los defensores han de impedir ante todo que el enemigo abra trincheras; porque si las abriese, quedarán encerrados; perderán toda la libertad de sus movimientos, y no podrán salvarse, si no les llega un auxilio eficaz *(Id.)*» Y añadía redondeándolo: «Perdióse la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable; y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían; sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheras en aquella desierta arena; y así los turcos con muchos sacos de arena levantaron las suyas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la plaza, y tirándoles á caballero, ninguno de ésta podía parar, ni asistir á la defensa. *(Quij.)*» Volviendo á los principios practicados en la *Numancia*, Cervantes decía asimismo: «Todo general que sitie una plaza inexpugnable, que pueda ser socorrida, no sólo debe cercarla con líneas de circunvalación, ó sea con trincheras que miren á la plaza; sino también con líneas de contravalación, es decir, con trincheras que miren al campo; y si un río pasare por en medio de la ciudad, es necesario interceptarlo arriba y abajo con sólidas obras de defensa que permitan cortar é impedir el paso á los de dentro y á los de fuera. ¿Por dónde han de atacar entonces los auxiliares, ni cómo ha de secundarles la guarnición, si los sitiadores tan inatacables son por el lado de la ciudad como por el reverso?» Un conocimiento tan minucioso y exacto tenía Cervantes de todo esto, que añadía: «Sin embargo, la escalada de las líneas del sitiador, que no es posible á un ejército, lo será siempre á media docena ó menos de héroes, porque siendo pocos, sorprenderán fácilmente al enemigo. *(Id.)*» Todavía hoy se piensa del mismo modo.

Los estudios matemáticos de la niñez y adolescencia y la casualidad de servir después en la marina dieron ocasión á que Cervantes también estudiase el arte naval, según ya hemos dicho; y que llegase á conocerlo de tal modo, que le convertía en un excelente oficial de marina. Era muy común entonces á unos mismos militares la táctica de mar y tierra; y quien, como nuestro héroe, quería ser un militar cumplido, no podía menos de cultivar la teoría de un género que requiere tantos estudios especiales. La pérdida de la *Batalla naval* nos ha privado, sin duda, de una multitud de datos sobre los conocimientos marítimos de Cervantes; con todo hay bastantes noticias en las obras que conocemos para formar concepto de que en el mar no era menos entendido que en la táctica terrestre.

Anticipóseme sobre este punto, sino al estudio, á la publicación del resultado, el académico de la Historia y capitán de la marina de guerra D. Cesáreo Fernández Duro, quien publicó en el tomo VIII de la *Revista de España* una monografía que concurría á mis conclusiones mismas, aunque de un modo tan poco evidenciado, que mi amigo D. Luis Vidart, cervantista y coronel de artillería, pudo combatirla, más bien por no haber quedado convencido, que por disponer de razones. El defecto orgánico de aquel trabajo está en tres puntos capitales: la insuficiencia de datos, el equivocado y chabacano concepto que los cervantistas tienen de Cervantes, y el aislamiento de las opiniones del monografista; pues si el grande hombre era un ignorante, como dicen los Valeras, si no había recibido ninguna educación científica en la infancia, como aseguran todos los cervantistas, si había sido durante sus campañas un pobre diablo de soldadote, como refieren sin discrepar los biógrafos, y como hombre era un apocado, capaz de morirse de hambre en medio de la abundancia, según todo el mundo cree, ¿qué había de saber él de arte naval ni de nada parecido? Así vino á discurrir D. Luis Vidart; y como el Sr. Fernández Duro estaba conforme con todas las premisas, la cuestión quedó paralizada y olvidada, como lo han quedado las de parecida índole que han tenido por objeto asegurar que Cervantes era teólogo, médico, viticultor y hasta cocinero. Era verdaderamente chocante que un hombre que no sabía nada resultase un día que sabía el arte de navegar. Pero una vez publicada mi historia, y conocida la primera educación de Cervantes, habrá de cambiarse de rumbo, porque no sólo sabía mucho, sino que estaba al corriente de la táctica naval. Verá el Sr. Fernández Duro como D. Luis Vidart esta vez se calla, á pesar de lo malparada que quedará su tesis.

Que Cervantes conocía aquel arte no sólo nos lo dice la *Galatea*, la *Española inglesa*, la *Historia del cautivo*, *Pérsiles* y otras obras, sino que lo pregona también la propiedad, frescura y familiaridad con que lo aplica á la versificación lírica, donde se sirve de las maniobras navales para expresar una idea religiosa. D. Cesáreo Fernández Duro no cayó en eso, y su contrincante tampoco. Pero ambos podrán enterarse ahora de esta valiosa prueba. Hela aquí:

Con las obras y la fe
Hoy para el cielo se embarca
En mejor jarciada barca
Que la que libró á Noé.
Y para hacer tal pasaje
Ha muchos años que ha hecho
Con sano y cristiano pecho
Cristiano matalotaje.
Porque en el mar de este mundo
Es plático marinero.
Y así mirando el aguja
Divina, cual se requiere,
Si el demonio á orza diere,
El dará al instante á puja.
Y llevando este concierto
Con las ondas deste mar
A la fin vendrá á parar
A seguro y dulce puerto,
Donde sin áncoras ya
Estará la nave en calma
Con la eternidad del alma
Que nunca se acabará.

Estos ingeniosos versos, dedicados á la entrada del poeta Padilla en un convento por los años de 1583, no demuestran, ni podrán demostrar que Cervantes fuese capaz de ser piloto ó capitán de buque; pero bastan ya á evidenciar que conocía el arte naval. Sin embargo, mucho más presumía de sí en dicha materia el hombre que solía decir aplomadamente: «Mejor gobernará el timón de una nave el que ha sido marinero, que el que sale de las escuelas de su tierra para ser piloto. *(Persil.)* «El Sr. Fernández Duro copia esta preciosa sentencia, pero se olvida de la importante coronación que Cervantes le daba: «La experiencia, añadía, es en todas las cosas la mejor maestra de las artes *(Id.)*» Jamás dijera esto á no ser capaz de ponerse al timón de una nave, pues era demasiado reflexivo para cometer grandes ligerezas. Además, aunque no hubiese estudiado en la adolescencia el arte del piloto, estudió algunas de las materias que le son indispensables; y así llegó á unir la ciencia y la práctica, que son las cualidades que exigía de los buenos pilotos. Vése todo esto palpablemente en el naufragio del buque de Timbrio, descrito en la *Galatea*, porque contando el autor las peripecias de la tempestad que asalta á la nave, maneja el timón de un modo tan atinado, que es imposible que ningún marino de carrera le niegue la competencia.

(Continuará)

¡¡PARRICIDA!!

Si prevaleciese, que no prevalecerá, la manera de decir que algunos publicistas emplean, así como ellos nos hablan frecuentemente de *dobles asesinatos* y aun de *triples crímenes*, cuando pretenden narrar los incidentes de tres crímenes ó de dos asesinatos, podría denominar yo *múltiple parricidio* á la relación que, en las menos palabras que me sea posible, voy á escribir y que, para mí tengo, que ha de ser del agrado del lector curioso: cosa que celebraré infinito y que cuando no le sirviese de esparcimiento, podrá ser para él de provechosa enseñanza.

Pero como yo no creo, ni he podido creer nunca, aunque algunas veces me lo he propuesto, que el que tiene dos duros tenga un doble duro, ni que el que posee dos casas tenga una doble casa, paréceme muy mal que se llame doble crimen á lo que en realidad son dos crímenes distintos y no he de titular parricidio múltiple, á lo que son varios parricidios.

Y basta de preámbulos y vamos al caso.

No digo que va de cuento; porque no se trata de un cuento sino de una historia en la cual fuí á modo de personaje episódico, hace ya algunos años: acababa de llegar á Madrid cuando conocí al parricida. El cual era, en medio de todo, un buen sujeto, inofensivo, escaso de recursos y que no tenía, por lo que luego ví, más oficio, ni otra ocupación lucrativa que matar á los individuos de su familia...

Pero no anticipemos los sucesos.

Yo inocente en paz vivía...

quiero decir que tenía dinero y no conocía más que de oídas á los ingleses.

¡Qué tiempos aquellos!

Mucho han cambiado, desde entonces, los tiempos y yo.

Acabábamos de almorzar en los Cisnes y después de saborear el aromático Moka, ó lo que fuese, encendí un exquisito Partegas y me *eché á la calle* alegre como unas castañuelas y satisfecho como fraile después de refectorio: pocos pasos había dado por la anchurosa calle de Alcalá, cuando se destacó de un grupo en el cual yo no había fijado la atención y vino flechado hacia mí un sujeto de bastante buena apariencia y tendiéndome afectuosamente la mano dió comienzo al diálogo que puedo reproducir textualmente porque ni se ha borrado, ni es fácil que se borre nunca de mi memoria.

– Hola, camarada, ¿usted por aquí?

– Sí: parece que he venido en efecto.

– ¿Cuándo ha llegado V., hombre?

– Pues hombre, hace unos cuatro días.

– No sabía nada.

– Lo creo: hay muchísimas personas que no se han enterado.

– Ja, ja. Usted siempre el mismo.

– Siempre; no tengo idea de que me haya cambiado. Pero, ¿á quién tengo el gusto de hablar?

Pues qué, ¿no se acuerda V. ya de mí? No lo extraño: estoy muy variado. (Al llegar aquí mi interlocutor in-

ció un tono casi patético.) Las desgracias alteran mucho á los hombres. Pues nos conocimos y nos tratamos mucho en casa de D. Pedro.

Yo conocía entonces y conozco hoy á muchos Pedros: ¿quién no conoce, por lo poco, á media docena de Pedros? No me atreví á manifestar más dudas, temeroso de cometer alguna torpeza, tanto más imperdonable cuanta más consideración debía merecerme quien acaso había sido efectivamente amigo mío, bien que yo no lo reconociese, y acababa de invocar en favor suyo los respetables derechos de la desgracia. Callé pues como quien casi casi asiente y esto fué bastante para que mi *amigo* continuase: «¡Qué buenos ratos pasamos en aquella casa! D. Pedro siempre tan complaciente, siempre tan amable, materia dispuesta siempre para todo; ¿quién había de decirlo entonces que moriría tan pronto?

– ¿Murió?

– Sí; qué, ¿V. no lo sabía?

– ¿Qué había yo de saber?

– Pues sí, murió, y de una manera muy desastrosa: ¡oh! si él viviese no me vería yo en el terrible trance en que me encuentro. (Aquí el tono de mi amigo llegó á ser plañidero.) Mi pobre mujer (el narrador se enjugó una lágrima, ó cosa así), dió á luz anteayer, y como la pobre venía ya muy quebrantada por los sinsabores y los disgustos que sobre nosotros han llovido, aquella naturaleza trabajada ya desde hacía tres años, no pudo sobrellevar las angustias del parto y murió, dejándome con tres niños, el mayor de dos años y medio. De estos tres niños, el uno murió aquel mismo día, otro está muriéndose, y el tercero morirá también de inanición porque carezco de todo y no veo modo de darle alimento.

Al llegar á este punto el amigo de D. Pedro no se enjugaba ya las lágrimas que corrían hilo á hilo por los surcos que prematuras arrugas habían formado en sus mejillas.

El relato me conmovió profundamente; aquel pobre viudo me inspiraba interés vivísimo y compasión indecible sus cuitas.

El comprendió sin duda mi enternecimiento y lo agradeció porque estrechándome la mano muy expresivamente, me dijo, con voz que los sollozos ahogaban: – ¡Gracias, mil gracias, amigo mío! Yo no sé si V. podrá aliviar mi desdicha; pero me basta ver que la compadece para sentir vivo y eterno reconocimiento hacia V. Loco, desesperado, sin saber qué hacer, ni á dónde ir, he salido de casa donde dejo tres niños: muerto el uno, moribundo el otro, y el tercero sin esperanza de pan, ni de abrigo, y por primera vez en mi vida tiendo la mano en solicitud de una limosna: lo que por mí no haría, no vacilo en hacerlo por mi hijo, por el hijo de aquella santa mártir que anteayer lanzó en mis brazos el último suspiro.

Calló al decir esto, y esperó.

El cuadro me había afectado profundamente, casi me remordía la conciencia de haber gastado en mi almuerzo algunas pesetas cuando tales miserias existían: llevé la mano al bolsillo donde tenía apenas un billete de cincuenta pesetas y tres duros (un triple duro, que diría el otro) y casi avergonzándome de lo pobre de mi dádiva, deslicé delicadamente el billete en la mano con que el pobre padre tenía estrechada la mía.

Al contacto de aquel billete, un relámpago pasó por los ojos del amigo, lanzó al papel una mirada rapidísima; después apretó convulsivamente mi mano, la sacudió con gran energía y sólo me dijo: ¡Oh! ¡gracias! no olvidaré nunca lo que V. acaba de hacer por mis hijos: – y se alejó rápidamente, no sin llevarse las manos á los ojos.

La triste relación fué para mí mal remate de almuerzo; entristecióme el recuerdo doloroso de aquella situación amarguísima y aquella impresión duró en mi espíritu bastante tiempo.

Pasaron tres meses y casi, casi había olvidado ya al pobre padre de su *triple hijo*, cuando cierta noche al salir del teatro Español topé nuevamente con él. Miróme atentamente y se vino á saludarme. – ¿Qué tal va? – le pregunté deseoso de recibir noticias de los pobres angelitos. – Mal, muy mal, – me contestó él: – mi pobre mujer dió á luz hace tres días, y me ha dejado tres hijos... etc., etc., y me relató la misma historia, con muy escasa diferencia de pormenores.

La relación, como fácilmente se comprenderá, me conmovió entonces mucho menos que la primera vez: socorrí, sin embargo, al pobre hombre con algunas pesetas.

No habían transcurrido dos meses, cuando me lo volví á encontrar en la esquina del Suizo: saludóme afectuosamente y después de enterarse con mucho interés de mi salud, me dijo: «Pues yo, amigo mío, estoy en una situación desesperada. Mi pobre mujer, dió á luz hace tres días y ayer murió dejándome tres hijos...»

– De los cuales el uno ha muerto, el otro está moribundo y el otro no tiene qué comer, – dije yo interrumpiéndole. – Sé la historia y la deploro. En seis meses, su señora de V. ha tenido tres partos, lo cual es extraordinario, y se ha muerto tres veces, lo cual es más extraordinario todavía; y lleva V. asesinados ya seis hijos, delito más que sobrado para que den á V. garrote.

– La verdad es, – dijo él, sin ruborizarse ni mostrarse cortado, – la verdad es que el oficio anda mal: no hay quien dé una peseta ni á su padre y es preciso, para sacar algo, apelar á los grandes recursos. ¿Puede V. darme dos pesetas? – Tome V., – le dije, – y míreme V. bien para que sepa que, de hoy en adelante, conmigo no hay necesidad de los grandes recursos: basta con los pequeños.

Por ahí, por esas calles, suelo ver ahora al parricida muy á menudo, y siempre al verle surge en mi memoria el recuerdo del malísimo rato que me dió cuando yo salía tan alborozado y satisfecho de los Cisnes.

Ya le he perdonado *el sablazo;* pero lo que es la historia, no se la perdonaré nunca.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

MASCARILLA del EMPERADOR GUILLERMO, hecha por el profesor R. Begas

10 marzo 1888



LOS GUARDIAS DE CORPS EN BERLIN JURANDO AL NUEVO EMPERADOR. – Dibujo de R. Knœtel



FEDERICO III
Emperador de Alemania

EMPERADOR GUILLERMO
† el día 3 de marzo de 1888

PRINCIPE GUILLERMO
Heredero del imperio alemán

NOTICIAS VARIAS

Senegal. – Dicen de San Luís que el 2 de febrero último se terminó la línea telegráfica de Niagassola á Segniri, nueva estación sobre el Niger, recién creada por el coronel Gallieni, habiendo durado dos meses su construcción.

El Estado independiente del Congo. – Ha perdido últimamente dos de sus más intrépidos ingenieros. El 24 de febrero se recibió en Bruselas la noticia de la muerte del capitán Lievin Vandevelde y del teniente C. Warlemont: el primero, que estaba en camino para ir á ayudar á Tippo-Tip á restablecer el orden en Stanley Falls, sucumbió en Leopoldville del 2 al 3 de febrero, de una fiebre biliosa hematúrica; y el segundo en Roma, del 10 al 13 del mismo mes, á consecuencia de una congestión.

Expedición Stanley. – Al *Observer* de Londres le consta que se han recibido en el *Foreign Office* noticias de Emin Bajá, que alcanzan al 15 de setiembre. Stanley, que había esperado llegar á Wadelai á fines de agosto, no había aparecido aún en la época del último correo. Emin Bajá esperaba á Stanley por todo el mes de noviembre. Por los mensajeros que le había enviado á recibirlo, le aconsejaba que tomara el camino de Mombassa, que consideraba él más seguro y mejor.

M. de Brazza no cree que haya muerto Stanley, antes bien parece inclinado á esperar que aparezca de repente el audaz explorador por donde menos se piense. Otra nueva autoridad viene en apoyo de esta conjetura: el explorador austriaco Oscar Lenz que cruzó el continente africano el año próximo pasado, ha dirigido á la *Gaceta Universal* de Viena una carta, en que éxpresa la convicción de que Stanley no ha sido víctima de ninguna catástrofe, creyendo que pronto se recibirán noticias suyas, atribuyendo el retardo de la expedición á dificultades de los abastecimientos. Si Stanley y sus compañeros hubieran sido asesinados, es racional admitir que algunos de los hombres de Zanzíbar que formaban su escolta, hubieran logrado escaparse y acaso hubieran llegado ya á la costa oriental. Es lo más probable que por esta parte se reciban las primeras noticias.

África Central. – Los viajeros austriacos, el conde Tekeli y M. Hahnel, que están actualmente en el África ecuatorial, han formado una caravana, compuesta de 400 individuos armados, con la cual se proponen atravesar el país de Masai, pasar luego á Kenia y penetrar tierra adentro hasta el lago Sambura.

California. – Se anuncia de San Francisco, con fecha 2 de febrero, que se ha abierto, en fin, el gran canal de riego de Merced, destinado á llevar el agua desde el pie de las Sierras á San Joaquín. La extensión de las tierras que ha de beneficiar no es nada menos que un millón de hectáreas. Los trabajos han durado cinco años.

La telegrafía de un discurso parlamentario. – El discurso que el príncipe de Bismarck ha pronunciado días atrás en el Parlamento alemán comprendía 10,997 palabras, y de él se dió cuenta á los periódicos de Alemania y de toda Europa por medio de 1218 telegramas que formaban un total de 194,296 palabras. Desde Berlín se hizo la transmisión á 326 puntos distintos, habiendo sido necesario el concurso de 235 empleados y de 222 aparatos, 60 del sistema de Hughes, 155 de Morse y 7 de Estienne. El telegrama más extenso transmitido á los periódicos extranjeros ha sido el del *Times*, del que tomamos los datos anteriores.

—

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 2 DE ABRIL DE 1888 — NÚM. 327

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL BABIECA, copia directa de un cuadro pintado por Juan Luna y Novicio

SUMARIO

LA EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

¡Excelsior!...

–¡Vive Dios que pudo ser!... – Tal dice el príncipe Segismundo en *La vida es sueño* cuando ha dado evidente prueba de que nada resiste á su indómito aliento, y esto ha dicho la ciudad de Barcelona á cuantos sostenían que en su recinto no era dable celebrar una Exposición Universal. Mientras se trató la cuestión de conveniencia pudieron andar divididos los pareceres; cuando ha estado empeñada la honra de la ciudad, Barcelona se ha fundido en un solo pensamiento y en una sola acción.

La Exposición Universal es un hecho y el hecho reviste las proporciones del mayor de los acontecimientos. ¿Quién ha realizado esta maravilla? La han realizado los barceloneses. Citar nombres propios es empequeñecer la cosa: la ha realizado Barcelona, Cataluña, España, esta nación que en cuestiones de dignidad suprime de su idioma la palabra imposible. Lo que se ha concebido en seis meses demuestra el talento de los autores; lo que se ha ejecutado en este período de tiempo evidencia las fuerzas vivas del país. Se ha trabajado más que con actividad, con delirio, con vértigo; y cual si los hombres dispusieran del *¡Fiat!* bíblico, han dicho – ¡Surja una Exposición! – y la Exposición ha surgido. Una vez por todas ¡loor á las autoridades, loor á los artistas, loor á los colaboradores, loor al pueblo, á la provincia, á la nación, donde el genio y la voluntad producen tales milagros!

Vamos, pues, á presenciar el mayor y más significativo espectáculo de los tiempos modernos. Cuantos, en la imposibilidad de negar al siglo diez y nueve sus conquistas, acúsanle de que solamente al sensualismo y al materialismo rinde culto, han de inclinar la cabeza ante esa manifestación, esa glorificación del trabajo, esa apoteosis del sudor con que el hombre gana el pan de cada día, esa protesta del mundo productor sintetizada por la inscripción escrita en el frontis del palacio de la última Exposición de París:

¡Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!

Durante unos cuantos meses Barcelona albergará al trabajo universal y para ello ha levantado albergue digno de tal huésped. Los pueblos productores se dan cita en este valle de Josafat de los vivos, y á él acuden magnates, príncipes, reyes; porque las personalidades más soberanas han acabado por reconocer que la fuerza, la grandeza, la gloria de los pueblos consiste en los productos de su arte y de su industria. De Dios abajo todos somos pequeños al penetrar en el templo del trabajo: en su interior no hay grande sino el genio de los pocos y el sudor de los muchos.

Un certamen de esta naturaleza es, además, un gran paso andado en la senda de la universalidad de civilización. Los pueblos que exhiben en comun sus productos tienen todos qué aprender como tienen qué enseñar: la infiltración de la savia de los unos en la parte débil del organismo de los otros, da por resultado un equilibrio de fuerzas y un paralelismo de progreso en la perfección de la industria y del arte. Así se fomentan pacíficamente las relaciones entre pueblos situados á inmensas distancias entre sí; y siendo cosa sabida que donde existen tratos y cambio, á la corta ó á la larga, la civilización superior se impone á la inferior, al final ha de resultar la hermandad de intereses y de afectos entre naciones y aun entre razas que hoy viven profundamente divididas por la sola razón de no reconocerse.

En víspera de inaugurar la fiesta de la paz y del amor de los pueblos, á punto de celebrar la comunión de los productores universales congregados bajo un mismo techo hospitalario, es indispensable que, como en los antiguos tiempos, acudamos al simbólico banquete limpios de toda idea mezquina ó indigna del acto que va á tener lugar. ¡Singular coincidencia! Nuestra Exposición es bendecida el día preciso en que la Iglesia recuerda aquella sublime ceremonia en que las gentes de arriba y las de abajo, los soberbios y los humildes, despojados aquéllos de su arrogancia y éstos de su envidia celebraban en común el banquete de la fraternidad. Imitemos nosotros á los antiguos acudiendo á la Pascua del trabajo sin diferencias, sin prevenciones, sin temores de ninguna clase. Depongamos nuestras miserias á la entrada del vasto recinto que encerrará tantas maravillas, dispuestos á admirar lo admirable y á perdonar lo deficiente.

No olvidemos que los forasteros, los extranjeros que vengan á Barcelona son nuestros huéspedes y merecen, por ser tales, las mayores consideraciones. Es muy posible que nos visiten infinitas familias que no conocen á España y que por nosotros juzgarán del resto de la nación. Y pues representamos á un pueblo hidalgo y cortés por excelencia, mostrémonos á la altura de nuestras tradiciones y de nuestros deberes. Estemos prevenidos, sobre todo, contra ciertas sorpresas que dan lugar frecuentemente á manifestaciones estúpidas y groseras. Dice muy poco en favor de la cultura de un pueblo, el hecho de contemplar cual si fuese animal raro al que como nosotros no viste ó como nosotros no habla. Fijarse en tales pequeñeces es hacerse pequeño: al invitar á todos los pueblos del mundo hemos de comprender que cada nación viste su traje con el mismo orgullo que nosotros el nuestro y está apegada á sus costumbres que hemos de respetar por lo mismo que tanto cariño á las nuestras profesamos. Bien venidos sean, pues, cuantos nos honren y ¡ojalá cuando regresen á sus hogares solamente gratos recuerdos lleven de la hospitalidad barcelonesa!...

Para que el éxito corresponda á los afanes y á los deseos generales, la prensa periódica puede contribuir con mayor eficacia que otro elemento alguno. Ella dispone en nuestros días de aquellas cien trompetas de la fama que pregonan por el mundo los triunfos en buena lid alcanzados. Los periódicos ilustrados, principalmente, son los llamados á dar idea de los edificios, de los artefactos, de las escenas que tengan lugar durante este gran festival del progreso. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no dejará de cumplir la humilde parte que le corresponde: ha tomado las medidas convenientes y procurará dar á sus numerosos favorecedores la más completa idea de este acontecimiento. En la ciudad, en los jardines del Parque, en los palacios de la Exposición, allí se encontrarán nuestros colaboradores literarios y artísticos dispuestos á estudiar el concurso para emitir acerca de él la opinión más imparcial y razonada, y reproducir cuantos objetos puedan dar mejor idea de los adelantos en artes y en industria realizados.

¡Qué gloria para Barcelona, para Cataluña, para España, si la Exposición Universal contribuye á aleccionar á los propios á la vista de los productos ajenos y á rectificar el concepto que de nuestro país se tiene en los países extranjeros!... Si así sucede, daremos por bien empleados los sacrificios que sucesivamente nos imponga esta épica aventura, y diremos con toda el alma:

–¡Gracias á los que crearon el peligro y tuvieron el genio, la perseverancia y la buena suerte necesarias para volverlo en provecho de la amada patria!

M. A.

NUESTROS GRABADOS

EL BABIECA, cuadro de Juan Luna Novicio

Desde que el insigne autor del *Spoliarium* dió á conocer sus primeras obras, echóse de ver en ellas la valentía, el desenfado, digámoslo así, con que trasladaba los colores desde la paleta al lienzo. Por intuición, por convicción ó por estudio, el joven Luna se inclinaba manifiestamente á la escuela de Velázquez, circunstancia que pudieron comprobar cuantos examinaron su retrato del general Legaspi, expuesto en el mismo *Salón* en que conocimos el *Spoliarium*.

El cuadro que hoy publicamos comprueba aquella observación. *El Babieca* es una verdadera inspiración del gran maestro; estamos por decir que hasta raya en imitación; pues algo y aun mucho recuerda de los famosos lienzos del Museo del Prado. Esto sea dicho, no en detrimento, sino en elogio del Sr. Luna: quien pinta de tal suerte que sus trabajos traen siquiera á la memoria los del insigne D. Diego Velázquez de Silva, bien puede vanagloriarse de andarle cerca á lo sublime del arte.

EL ÚNICO AMIGO, cuadro de C. Lajch

El autor de este lienzo se ha propuesto sin duda causar penosa impresión en quien lo contempla y lo ha conseguido por completo. El asunto es triste y la ejecución de una verdad aterradora. Anciano, ciego y sumido en la mayor miseria, ese hombre desgraciado sólo debía gratitud al perro ruin que guiaba sus vacilantes pasos. Ese feo animal era el complemento indispensable de su persona; gracias á su instinto y á su fidelidad, podía descender de la buhardilla, recorrer las calles, hacer oir su violín, cuyos sonidos desgarradores son el gemido único que la autoridad permite al ciego para implorar la caridad pública. Y ese compañero, ese único amigo, ese protector tan débil como necesario del viejo lisiado y pobre, se halla á punto de exhalar su último aliento!... ¡Oh! la muerte de un perro sucio y feo es un hecho bien poco notable para que de él se ocupen ni aun las almas más sensibles. Unicamente á un artista pudiera ocurrírsele dar importancia á un cadáver que dentro de poco será arrojado á un muladar... Y sin embargo, ante la fiel reproducción de ese hecho que se repite todos los días, ¡quién tiene el pecho bastante duro para no compadecer al desdichado que pierde á su último amigo!...

LECCION DE MINUET, cuadro de L. Schmutsler, grabado por M. Weber

No hay asunto vulgar que no pueda ser magistralmente tratado por un artista de talento. El asunto del cuadro que publicamos ha sido reproducido muchas veces; pero no recordamos ejecución de él tan acabada como la obtenida por Schmutsler. Es un modelo de gracia, un portento de frescura, una maravilla de naturalidad. La vista se complace examinando cada uno de esos personajes é insiguiendo la dirección de la mirada de esas damas, se fija complacida, deleitada, en esa hermosa niña que se ejercita en la danza aristocrática por excelencia. ¿Es posible dar más bella y elegante forma, más elegante y natural ademán á una criatura moral y físicamente perfecta?... ¡Cuánto candor en su rostro; cuánta inocencia en su mirada! ¡Cuán bien se concibe la fruición con que la contemplan esas damas! Esa cabeza más que de mujer, parece de un ángel. Si existiera realmente, sus padres deberían estar temiendo de continuo que la naciesen alas y volara al cielo...

FEDERICO EL GRANDE DE PRUSIA visitando á los primeros cultivadores de patatas

Cuadro de R. Warthmuller

El cultivo de las patatas fué importado de América por los españoles, que las sembraron por primera vez en Galicia allá por el año 1530. Ese tubérculo, del cual como de ningún otro ha obtenido la humanidad inmensos beneficios, ese producto que ha librado de la muerte por hambre á naciones enteras, ese pan de los pobres que tan largamente compensa el escaso trabajo que demanda, fué, durante muchos años, contrariado, despreciado, principalmente por aquellos cuya miseria estaba destinado á aliviar. La ignorancia le negaba sus mejores propiedades; la preocupación le imputaba el desarrollo de graves enfermedades, de la lepra entre otras.

Fué necesario que los hombres más respetables, que los soberanos más poderosos, emprendiesen la defensa de tan interesante producto de la tierra, para que la patata fuese cultivada peco á poco y como merecía. Uno de esos soberanos fué el gran Federico de Prusia, que empleó toda clase de medios, incluso su favor personal, para fomentar la plantación de la odiada patata. En nuestro cuadro es de ver al monarca enciclopedista visitando á sus cultivadores, enterándose de los frutos obtenidos, animándoles con su presencia, adiestrándoles con sus consejos y estimulando á los recalcitrantes con la honra dispensada á los razonables.

La composición es correcta y agradable; tiene color local y los personajes expresan sus impresiones de manera natural y sobria.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UN CUARTELILLO DE POLICIA EN LONDRES

En distintas ocasiones hemos hecho notar la tendencia que tienen los artistas ingleses á la reproducción de niños y las condiciones especiales que en ellos concurren para este género de cuadros. El dibujo que hoy publicamos es otra prueba de nuestra observación, prueba que se presta á un estudio de fisonomías é impresiones infantiles. A la vista de esta composición, el menos conocedor dirá:

Esos niños extraviados y recogidos en un cuartelillo de policía, no pueden ser sino ingleses; esa escena no puede tener lugar sino en Londres.

CERVANTES MILITAR, MARINO Y DIPLOMÁTICO

POR DON LUIS CARRERAS

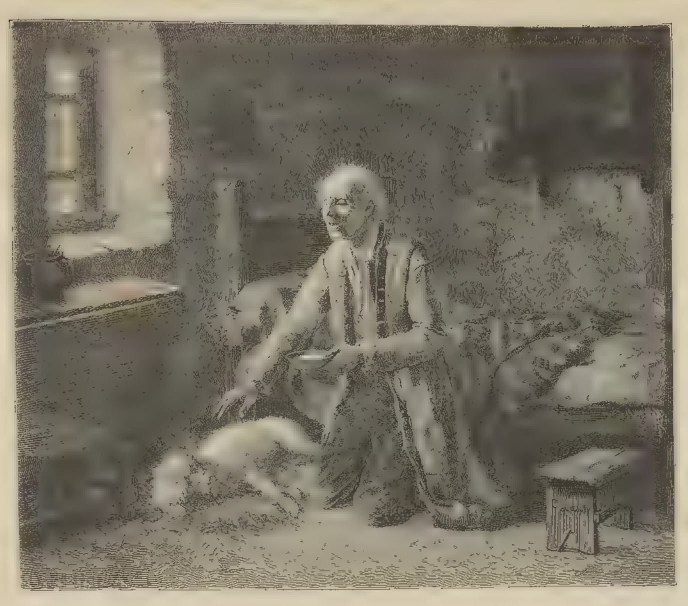
(Continuación)

Resumiendo el Sr. Fernández Duro los conocimientos de nuestro héroe en el arte de navegar, dice que son tan completos y adelantados como podía esperarse del estado de la ciencia y de la experiencia de los navegantes profesionales; los cuales en su mayor parte distaban mucho de saber lo que Cervantes, porque aunque hubiesen cursado en las escuelas, adolecían de una ignorancia que la misma práctica apenas llegaba á corregir. «Cervantes había estudiado y conocía, dice, cómo se averigua la latitud de un lugar, y por qué es igual á la altura del polo; sabía el uso y manejo de los instrumentos náuticos; la razón de los eclipses; el hecho de que el sol no sale, ni se pone, aunque lo parece; la causa del día y noche continuados en Noruega, y se burlaba de embaucadores como Ferrer Maldonado, y visionarios como Loyola y Fontseca, que atraídos por el cebo de las recompensas, pretendían haber encontrado el *punto fijo*, es decir, haber resuelto el problema de las longitudes en la mar. En una palabra, era astrónomo y geógrafo. La situación de las galeotas turcas que roban á Leonisa en el *Amante liberal*, encerradas en la isla Pantalarea bajo una tempestad, y las maniobras que ejecutan con desesperado esfuerzo para montar una punta á barlovento, la pérdida de una de ellas en la playa brava, mientras la otra consigue su objeto, y toma abrigo al redoso de la tierra, todo eso está pintado como sólo puede hacerlo un consumado hombre de mar. Sin embargo, Cervantes siempre deja conocer que fué más diestro en el aparejo latino que con el cuadro *(propio del Atlántico)*, cosa natural habiendo hecho su aprendizaje en galeras *(ó sea en el Mediterráneo)*. Habla de carices, como si conociera la *Navegación* de Macarte, escrita un siglo después; y como quien conoce bien el auxilio de la luz para los marinos, la encarece varias veces en los temporales. Combates relata con frecuencia, ya de corsarios, ya de navíos de alto bordo, ya de galeotas, galeras y bergantines, con todos los recursos y astucias que en estas peleas suelen usarse, que revelan su maestría en el asunto. La excitación, el interés, los varios incidentes de una caza, están retratados en la que da el Cuatralvo de las galeras de Barcelona en el *Quijote*. Hasta en la pesca que es uno de los ramos de la marina, se muestra inteligente, citando gran número de utensilios de pescar, y no menor número de ríos donde hay pesca buena ó mala. Por fin, Cervantes tenía conocimieuto de los vientos variables del Mediterráneo, de los generales, ó alisios del Océano, de las condiciones de las islas Terceras y Bermudas, en este; y de las de Pantalarea, Lampadosa, Malta, Chipre, Córcega y Cerdeña en el Mediterráneo.»

Tal es el resumen de la monografía de D. Cesáreo Fernández Duro; quien si después de reunir sus estudios en el trozo copiado, hubiese tenido la prudencia de demostrar siquiera una parte de lo que decía, no le atacara D. Luis Vidart dejando dudosa la cuestión. ¿Pero cómo había de convencer á nadie el académico, si preguntándose él mismo dónde y cuándo pudo adquirir Cervantes todos estos conocimientos, balbuceaba y venía á tartamudear que en Italia? Mas si Cervantes no hubiese aprendido en Madrid el Algebra, la Geometría, la Geografía y Cosmografía, es evidente que fuera incapaz de aprender durante sus campañas el arte de navegar y de hacer la guerra marítima; pues en la misma escuela aprendió la guerra terrestre, sin perjuicio de ampliar sus conocimientos filosóficos y literarios; y en cuatro años que sus campañas duraron, no habría tiempo de hacerlo todo, junto con el servicio militar, si en la adolescencia no hubiese recibido una brillantísima educación. He aquí confirmada una vez más la que

nosotros atribuímos en el primer libro á Cervantes, rompiendo con la absurda y estúpida leyenda moderna de que á 21 años salió de Madrid, sabiendo apenas *Musa, musæ*. Cervantes era entonces un pozo de ciencia para su edad, y un joven de una reflexión, no sólo descollante, sino precoz, segun ya lo demostramos.

Todo lo que dice el Sr. Fernández Duro queda evidenciado leyendo las obras de Cervantes, siendo necesaria mucha ignorancia, ó una terquedad supina, para creer y decir que acertó por casualidad, ó que antes de escribirlo tomó apuntes de un marino, pues en el mismo modo de narrar que el autor usa se conoce que no necesitaba de este auxilio. Sus descripciones hasta parecen más bien hechas para gente práctica del mar, que para profanos, segun la supresión de detalles secundarios que en ellas hay, como suponiendo que no por eso dejarán de comprenderse perfectamente. Pero es necesario demostrar la tesis, como hemos demostrado la referente al arte militar de tierra; y ya que no lo hizo nuestro antecesor, que era competente, lo intentaremos nosotros, haciéndolo del único modo posible, es decir, convirtiendo en doctrina la acción de los principios generales, combates y naufragios que en aquellas obras se hallan.



EL ÚNICO AMIGO, cuadro de C. Lajch

«Lo primero, decía Cervantes, que ha de hacer todo capitán de un buque de guerra al hacerse á la mar en aguas frecuentadas por enemigos, es desembarazar la cubierta de todo lo que dificulte el paso, limpiarla bien, recoger y distribuir todas las armas ofensivas y defensivas, dando á cada uno la que mejor le esté, requerir los bastimentos, y calcular para cuántos días serán bastante poco más ó menos. En seguida mande izar las velas, y darlas al viento, si éste sopla de la parte de tierra; ponga centinelas en las gavias, y comience á navegar. *(Persil*, lib. II, cap. XIII y XIV).» También decía: «Varias señales indicarán á un capitán de buque, al salir del puerto, si tendrá el tiempo serenidad firme y duradera; tales son: ponerse el sol claro y limpio, no descubrirse cerca ni lejos celaje alguno, herir las olas la playa plácida y sosegadamente, y salir las aves á esparcirse en el mar. *(Persil.*, lib. I, capítulo XIV.)»

Cervantes daba grande importancia á todo lo relativo á temporales, porque como entonces no se navegaba más que á vela y á remo, ó á vela sola, y muchas veces en buques pesados y excesivamente cargados, un temporal era una verdadera calamidad. Por eso exclamaba siempre que se acordaba de ellos: «Miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas hasta con las mayores que en la tierra se ofrecen. *(Id.*, lib. I, cap. XIV.) A veces, añadía, cambia el viento, enmaráñanse las nubes, cierra la noche oscura y tenebrosa; y los truenos, dando por mensajeros á los relámpagos, tras quienes siguen, comienzan á turbar á los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comienza la borrasca con tanta furia, que no puede ser prevenida de la ciencia y arte. A pesar de que no por esto deje nadie de acudir á su oficio, y hacer la faena que ven ser necesaria, si no para excusar la muerte, para dilatar la vida, el buque unas veces toca al cielo con las manos, levantándose sobre las mismas nubes, y otras veces barre con la gavia las mismas arenas del mar profundo. Si la tormenta crece deshechamente, agotará la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán y la esperanza de remedio en todos. Entonces ya no se oirán voces que manden ésto ó aquéllo, sino gritos de plegarias, y votos que á los cielos se envían, llegando á tanto la miseria y estrechez, que unos se olvidan de los otros, por amigos y parientes que sean. Todo es confusión, todo gritos, todo suspiros y todo plegarias. No hay allí reloj de arena que distinga las horas, ni aguja que señale el viento, ni buen tino que discierna el lugar en que se está. Desmaya el capitán, abandónanse los marineros, ríndense las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llama al silencio, que ocupa las voces de los más de los míseros que se quejaban. Entonces el mar insolente atrévese á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun á visitar las más altas gavias, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio, besarán las arenas de su profundidad. Finalmente al parecer el día, si se puede llamar día el que no trae consigo claridad alguna, la nave se está queda y se estanca, sin moverse á parte alguna; que es uno de los mayores peligros, fuera el de anegarse, que le puede suceder á un bajel, pues si sobreviene un huracán furioso queda perdido, á menos de un grande y maravilloso milagro. *(Per.*, lib. II, cap. I). Pero á pesar de todo esto y de muchas otras cosas, proseguía Cervantes sonriendo, la mejor tierra para los marineros es las tablas embreadas de sus buques; y mejor les huele la pez, la brea y resina de ellos, que á las demás gentes las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. *(Id.*, lib. II, cap. VIII.)» ¡Y pensar, amigo lector, que D. Juan Valera, al que escribió esto, le llamó en plena Academia *borrico, de ingenio*, sin que los demás académicos protestaran! ¿Cómo se las compondría el sabio D. Juan Valera, para saber por dónde había de comenzar, si hubiese á su vez de escribirlo?...

Aunque el grande hombre no se propuso tampoco dejar escrita ninguna monografía de sus conocimientos marítimos, sino aprovecharlos tan sólo para sus obras, pueden sacarse de ellas cierto número de ejemplos que los revelan del modo más evidente. «Cuando en el Mediterráneo, decía, un buque va siguiendo el derrotero de levante á poniente, saliendo por ejemplo de Gaeta; si le asalta una tempestad, y el viento llega á romperle el árbol de trinquete, y á abrirle la vela de mesana de arriba abajo, es necesario que el capitán ordene inmediatamente amainar á toda prisa las demás velas, lo cual no podrá hacerse sin muchas dificultades, si es que llega á hacerse. En el caso de que la tempestad fuese del maestral, le será imposible volver al puerto, á menos de un milagro; y si el viento es muy violento, lo mejor que el capitán puede hacer, es poner la vela al árbol mayor, amollando en popa, y dejándose llevar adonde el viento quisiera. Mientras dure el maestral, la galera andará á merced del mar, sin poderse meter en ninguna ensenada, por más que lo desee y procure; y correrá todas las contingencias de perderse embistiendo en alguna playa. Pero si el maestral se cambia en un mediodía bien reforzado que toque en la cuarta de jaloque, el buque podrá regresar facilísima y ligeramente al mismo puerto de donde salió, y esperar mejor tiempo. *(Galatea*, lib. V).»

Decía también: «Supongamos que un buque sale de la isla de Pantalarea para Trípoli, y que en alta mar es embestido por una súbita borrasca de mediodía que le ataca por la proa. Entonces el capitán debe virar, dándole la popa, y todo lo más ver si puede despuntar la isla para abrigarse al norte de ella. Pero si el viento le batiere con toda furia, el buque estará en peligro inminente de ser arrebatado y perderse en la misma isla. Mas supongamos que llega á abrigarse en alguna ensenada del Norte de ella, y que el mar también se embravece aquí; lo prudente será entonces poner el trinquete al árbol, y hacer un poco de vela, dirigir la proa al mar con la popa al viento, igualar los remos en la crujía, dejando descansar á los remeros, y cuidar mucho del timón, á fin de que el buque corra libremente por el mar. Así tendrá probabilidades de salvarse. *(Amante liberal.)*» Cervantes no se cansaba de ponderar el capítulo de los temporales del Mediterráneo, á fin de que los capitanes y pilotos de corta experiencia supiesen que no eran bromas. «Borrascas ha habido, decía, que en el golfo de León han arrebatado al buque hasta Córcega, y de aquí lo han tirado de un empuje á Tolón. *(Licenciado Vidriera.)*»

«Todo buque de cristianos que huya de Argel, decía asimismo, tome el derrotero de las Baleares, el cual, si por una parte tiene el inconveniente de ser frecuentado por buques mahometanos, como es corto, resulta siempre el menos peligroso. Empero si le asalta un viento de tramontana y el mar se pone picado, vire y tome el camino de Orán, que es plaza nuestra; pues al fin y al cabo, aunque resulta peligroso á causa del comercio de cabotaje de los argelinos, tiene recursos para el buque fugitivo. Procure éste apartarse todo lo posible de la costa; y si el mar también se alterase, deje este camino y ponga la proa hacia España, por dificultoso y expuesto que sea. Mas si á pocas millas el mar volviese á cambiar, soplando un viento largo, vuélvase á la idea anterior, ícense las velas, pónganse todos al remo, y corran á Orán. Puede ser que á poco de comenzada esta maniobra, el viento vuelva á cambiar, y el mar se tranquilice: entonces vuelta á dirigirse á España, buscando la costa andaluza. *(Historia del Cautivo.)*»

Aunque la pérdida de la *Batalla Naval* nos prive sin duda de una amplia idea de los principios de guerra naval que Cervantes poseía, algo nos será posible reducir á síntesis, que nos lo indicará. «Si una galera, decía, llevando viento en popa, y navegando en aguas frecuentadas por buques amigos, ó estando cerca de costas cristianas, se hallare con una escuadra enemiga, que la circundare, puede defenderse con probabilidades de éxito, concentrando la defensa en popa y proa, sin demasiado perjuicio de babor y estribor. Cargue las velas todo lo más posible, haga fuerza desesperada de remos, y éntrese con toda furia, disparando su artillería y arcabucería de proa y popa sobre el círculo enemigo, y escapando con la misma velocidad, si logra romperlo. En caso de ser el viento de proa, vire, dando la popa, y haga la misma operación en diferente sentido. Si una calma persistente le impidiese moverse, puede aventurar la defensa, tanto por la esperanza de que sobrevenga el viento, como por la contingencia de que pase cerca un buque amigo, y acuda en su auxilio. *(Galat.*, lib. V.)»

«Pero supongamos, añadía, que un buque ligerísimo por su estructura y remaje, se halla perseguido por tres galeras en una costa enemiga: si alguna de ellas también es ligera, le será muy difícil escapar; tan difícil, que toda resistencia á mano armada ha de ser insensata, pues puede costarle la muerte de toda la tripulación. Veamos lo que en un caso parecido convendrá hacer á cada parte. El buque cazado ha de huir á toda prisa, aprovechando todas las facilidades del estado del mar, y todos los recursos náuticos de que está provisto. En cambio las galeras han de dividirse, lanzándose dos en alta mar, para tomar las vueltas del fugitivo, y la ligera debe costear á fin de estrecharlo, abordarlo directamente y aprehenderlo, ó echarlo á pique. Pero si éste se viere en tal peligro, aproveche su agilidad y tamaño, para resbalar por debajo de la palamenta de su perseguidor, haciendo fuerza de vela y remo á fin de dejarlo bien atrás antes que pueda virar. La galera por su parte debe virar en seguida que el propio empuje lo permita, echarse en persecución del fugitivo, y echarle encima la palamenta, para que no vuelva á escapársele por debajo. *(Quij.*, part. II, cap. LXIV.)»

«En el arte militar naval, decía también, es una buena operación, si dos buques ligeros se encuentran con dos galeras á las cuales hayan de combatir, engañarlas, esperando; y cuando ellas les entren, y se hallen á tiro, concentrar todos los fuegos de la artillería en una, á ver si desde luego la ponen fuera de combate. Si lo alcanzan, como la otra correrá á auxiliar á la tripulación de la primera, deben aprovecharlo para cogerla en aquella angustia, estrechándola á toda prisa, é impidiendo que rodee y se valga de sus remos. Entonces la vencerán asimismo y quedarán dueños de dos buques, que les eran bien superiores. *(Española inglesa.)*» ¿Y si la táctica no les salía bien á los buques ligeros? Cervantes no presenta esta hipótesis; pero tenía bastante experiencia para saber, que utilizando su velocidad superior, podían huir.

Aunque lo dicho hasta aquí habrá dejado fuera de duda la competencia de Cervantes, repetimos que la pérdida de la *Batalla Naval* nos impide verosímilmente conocerla tan amplia como debía ser. Podemos sin embargo añadir, que el grande hombre, abrazando lo más culminante de los problemas que entonces la guerra marítima presentara, había comparado atenta y analíticamente las dos grandes marinas que se disputaban el imperio de los mares, la mahometana y la española confederada, hallando en la primera tal superioridad especial, que debía tener por muy contingente el triunfo de la segunda. La campaña de Navarino le había evidentemente causado un efecto contundentísimo, enseñándole del modo más práctico, que las naves españolas confederadas eran incapaces de verificar las sabias maniobras que entonces cubrieron de gloria á Uluch-Alí.

En efecto, hay unos datos que tampoco halló la inteligencia del Sr. Fernández Duro, ó que éste no atinó en apreciar; los cuales nos revelan implícitamente que Cervantes abarcaba bien las más elevadas cuestiones de la estrategia naval; pues en el *Trato de Argel* pone en boca de un corsario y de un mercader argelinos las siguientes observaciones luminosas: «Los cristianos tienen á honra



LECCION DE MINUET, cuadro de Leopoldo Schmutsler, grabado por M. Weber



NIÑOS EXTRAVIADOS RECOGIDOS EN U



N CUARTELILLO DE POLICÍA EN LONDRES



FEDERICO EL GRANDE DE PRUSIA VISITANDO Á LOS PRIMEROS CULTIVADORES DE PATATAS, copia del notable cuadro de R. Warthmuller

no echar nunca mano á los remos, aunque se hallen en un caso que requiera impulsar extraordinariamente á las naves de guerra, ya se trate de perseguir, ya de fugarse, ó de maniobrar. Nosotros, los mahometanos, hacemos lo contrario; de modo que conviene rogar al cielo para nuestro bien que conserve muchos años á los cristianos aquella terquedad y punto de honor.» ¡Qué crítica tan acerba y acertada de nuestra inferioridad! Pero Cervantes no señalaba estos solos defectos, sino otros no menos graves. «Las galeras españolas, decía, no están organizadas para las guerras del Mediterráneo, pues les faltan brazos para remar, y remos para darles más ligereza, y en cambio navegan con demasiada carga. *(Trato de Arg.)*»

Según reconocerán todos los de la facultad, estas dos observaciones son de primer orden, y nos inician en el secreto del fracaso de muchas expediciones navales, como por ejemplo en la que más adelante había de tener lugar contra Inglaterra, y en la causa de las victoriosas audacias de Drake sobre los españoles en el canal de la Mancha y hasta en la misma Cádiz. ¿Quién sabe si Cervantes, al ver maniobrar á Uluch-Alí en la campaña de Navarino, pensó que con este almirante al frente quizá el turco no perdiera la batalla de Lepanto?

Sea como fuere, Cervantes se sobreponía elevada y despreocupadamente á las aberraciones de la nobleza cristiana de su tiempo, echando en cara á los nobles que por su culpa muchas veces los buques no podían trabajar, y enseñándoles el ejemplo de los nobles mahometanos, quienes aunque tan nobles como ellos, cogían los remos así que era necesario. Para él, en la guerra lo importante no era sólo combatir, sino también correr y maniobrar, y quizá había observado en Matapán que si los nobles hubiesen consentido en relevar á los cansados remeros, se hubiera cogido al almirante mahometano. Esta preocupación, unida á la pesada estructura de las naves españolas, le parecía un obstáculo invencible para la supremacía de la marina de guerra española.

Así, pues, se deduce de todo lo dicho que Cervantes tenía en el arte de navegar y de la guerra marítima conocimientos tan completos como en la terrestre, y que toda refutación de ello es imposible.

(Continuará)



CARTÓN DEL CUADRO MURAL «LAS BODAS DE CANÁ,» estudio de Eduardo de Gebhardt



EDUARDO DE GEBHARDT

autor de los cuadros destinados á adornar las paredes *murales* de la sala colegial del antiguo convento cisterciense de Loccum en Hannover.

EDUARDO DE GEBHARDT

y sus cuadros del convento de Loccum.

El antiguo convento cisterciense de Loccum, que se alza en medio de una selva de Hannover, merecerá muy pronto, por sus pinturas, llamar la atención de los artistas. La historia de este convento es en extremo singular: cuando la Reforma, sus monjes abrazaron secretamente las doctrinas luteranas, escapando gracias á ello á la secularización, y acabó por convertirse en seminario protestante, de donde han salido verdaderas lumbreras del púlpito y de la cátedra.

No podía encontrar Eduardo de Gebhardt, el pintor cristiano-positivo por excelencia, campo mejor que el de este convento para trazar algunos de esos lienzos en que nadie ha logrado aventajarle y en los cuales aparecen impregnados de sentimiento germánico los asuntos bíblicos, que otros autores han tratado desde un punto de vista simplemente decorativo, ó como Menzel y Munkaczy, bajo un aspecto genuinamente histórico. Gebhardt, á quien no satisfacían las formas de nuestros días, hubo de acudir á los grandes maestros flamencos, cuyo estudio le permitió resucitar el estilo verdaderamente alemán que la guerra de Treinta años había interrumpido y sometido á extranjera influencia. Memling, Roger de Weide, Van Eyck, Durero y Holbein: tales fueron los maestros en cuyas obras se inspiró y á quienes nadie como él ha sentido; no limitando á ellos sus estudios, antes bien acudiendo á las fuentes de los incomparables italianos antiguos y especialmente al inmortal Fiesole.

El convento de Loccum, desde el punto de vista arquitectónico, parece hecho *ex profeso* para el modo de sentir y de pintar de Gebhardt: pertenece á la época de transición del estilo románico al primitivo gótico, cuya hermosa sencillez tan bien armonizaba con la manera de ser de los cistercienses. El espacio destinado á contener los lienzos de aquel artista es un salón románico, antiguamente de forma prolongada, cuyas paredes están divididas por los arcos de la bóveda en dos partes iguales cada una, de modo que, prescindiendo de la decoración del lienzo en que se abren las ventanas, quedan seis trozos de pared y seis arcos que han de contener otras tantas pinturas. Aprobados por el ministro, desde hace mucho tiempo, los bocetos, el artista está trabajando, en su taller de Dusseldorf, en los cartones y cabezas de estudio para los cuadros.

Gebhardt no es de los que buscan la verdad en la belleza, sino la belleza en la verdad, así es que sus figuras carecen de todo atractivo estético profano; y sin embargo el que las contempla llega á olvidar las fealdades y anacronismos de algunas de ellas y se siente dominado por la fuerza de la idea que reflejan, única cosa de que Gebhardt se preocupa.

El primero de los seis lienzos de este pintor destinados á Loccum representa el Sermón de la Montaña, y en él es de ver á Jesús en una colina poblada de bosques genuinamente alemana, explicando quién es y qué es su Padre á una multitud que le rodea y en cuyos ojos se adivina la atención y recogimiento con que escucha sus palabras. La figura del Redentor no puede ser más humana, pero también difícilmente puede darse mayor naturalidad que la suya; las demás figuras del cuadro interesan tanto más en cuanto son retratos de nuestros días, de nuestra sociedad, carne de nuestra carne, alma del alma nuestra. Y no se extrañará de que tal efecto produzcan el que sepa que todas las personas de la intimidad del artista han servido de modelos para sus obras.

El segundo cuadro, que completa al anterior, á cuyo lado ha de figurar, representa á San Juan Bautista conduciendo á los ascetas al sitio donde está predicando el Maestro: en los rostros de unos y otros vemos reflejadas estas palabras bíblicas: «¿Eres tú el que ha de venir ó hemos de esperar á otro?» Sobre los dos arcos del lienzo de pared á que corresponden estos dos cuadros, van otros dos representando uno á Josué y Caleb trayendo el racimo de la tierra prometida, y otro Moisés enseñando al pueblo la serpiente de bronce.

El tercer cuadro reproduce la escena de Jesús arrojando del templo á los mercaderes; el cuarto representa las bodas de Caná. Este es el más importante desde el punto de vista artístico: en el semblante del Salvador refléjase cierta angustia, cual si su vida hubiese de ser simplemente un valle de lágrimas y como si en él todo placer, aun el más inocente, fuese un pecado. Los rostros de los convidados reflejan de una manera admirable la alegría que la presencia de Jesús les causa y los de los novios expresan la gratitud con que aprecian el honor y el cariño que Cristo les dispensa con su visita; hasta resultar ociosas las palabras que en lo alto del cuadro aparecen escritas: «Yo y mi casa queremos servir á Nuestro Señor,» pues mejor que las letras dicen esto mismo los semblantes de todos los personajes. Por lo que toca á la expulsión de los mercaderes del templo, aun cuando la figura del Salvador aparece en actitud quizás algo impropia de su majestad, es preciso convenir en que, prestándose el asunto á la fantasía del artista, Gebhardt ha resuelto el problema de una manera admirable y ha hecho de cada una de las muchas figuras una creación en la cual se retratan la codicia, el estupor, la ira ó el miedo en todos sus matices.

En los arcos correspondientes á estos cuadros han de figurar la adoración del becerro de oro y el ángel exterminador conteniendo su saña delante de las puertas de los justos, marcadas con sangre de los sacrificios.

Gebhardt, que en el cuadro de las bodas de Caná ha huido de la vulgaridad de trasladar al lienzo la escena del milagro, hace lo propio en el cuadro quinto, que representa la curación del paralítico. En éste aparece en primer término no la cura del cuerpo enfermo, sino la de las enfermedades del alma: «Tus pecados te son perdonados.» El artista ha creído que, sin necesidad de pintar el milagro material, todo buen cristiano, como él, ha de sentirlo mirando el cuadro.

En el sexto y último lienzo está representada la escena de la mujer adúltera; la figura del Salvador refleja, no tolerancia para con el adulterio, sino la bondad ante un sincero arrepentimiento y la importancia de los encargados de administrar justicia. En los dos arcos correspondientes estarán representados: el Buen Pastor sacando de las zarzas á la oveja descarriada, y la parábola del jardinero que pregunta al dueño de la viña si ha de cavar y abonar nuevamente la tierra en que crece la higuera infructífera.

La particularidad de estos cuadros consiste en que sus figuras y accesorios aparecen vestidas y reproducidos



LA NOVIA DE LA BODA DE CANÁ
boceto de Eduardo Gebhardt

como en la Edad media alemana, lo cual se explica por lo que al principio de estos apuntes hemos dicho sobre las tendencias y los sentimientos artísticos de Gebhardt, que indudablemente contribuirán á resucitar el antiguo arte pictórico religioso germánico.

¿ES LA TIERRA UN PERFECTO CRONÓMETRO?

Medimos el tiempo por las rotaciones diurnas de nuestro globo. Un día sidereo es el período de la rotación de la tierra alrededor de su eje, medido por el intervalo entre dos tránsitos sucesivos de una misma estrella por un mismo meridiano.

Esta duración es de gran regularidad, y eminentemente adecuada para el cómputo del tiempo con referencia al término-medio de nuestra vida; pero, ¿lo es también cuando se trata de las edades del mundo? En una palabra, ¿es ABSOLUTA esa regularidad?

Varios astrónomos han pensado que, independientemente de toda observación *ad hoc*, puede desde luego suponerse que la tierra no debe medir perfectamente el tiempo. Newcomb no cree que el planeta pueda mirarse como un cronómetro, porque la nutación de la luna, la precesión de los equinoccios, el cambio del centro de gravedad de nuestro planeta por causa de la incesante erosión que en las montañas producen las lluvias, los acarreos de los ríos, la fusión de los hielos polares, y la desigual contracción de la corteza terrestre, son permanentes causas de irregularidad, cuyo efecto ha de hacerse sentir con el transcurso de los tiempos.



CARTÓN DEL CUADRO MURAL «CRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA,» estudio de Eduardo de Gebhardt



CRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA

estudios de Eduardo de Gebhardt para el cuadro de este título

Las lluvias, según Croll, disminuyen la altura de todas las montañas á razón de un pie cada 6 000 años; la cuenca del Ganges ha experimentado ese descenso en 23 siglos, porque en las regiones ecuatoriales las lluvias son más intensas y frecuentes que en el resto del planeta. Lo que llamamos tierra firme es realmente el tipo de la instabilidad; pues la costra terrestre se mueve constantemente y se pliega y deforma sin cesar: unas partes se deprimen y otras se alzan: y cuando una se hunde en el Océano, el mar deposita en ella enorme cantidad de sedimentos: todo irregularmente; por lo cual también irregularmente, siempre está cambiando el centro de gravedad de nuestro globo.

Pero ¿estas presunciones se apoyan en algo más que conjeturas?

El 19 de marzo del año 721 antes de Jesucristo fué visible en Babilonia un eclipse de luna, que comenzó una hora después de la salida de nuestro satélite; dato que no puede conciliarse con las modernas teorías, sino suponiendo que la tierra ha perdido más de una tres millonésima parte de su velocidad rotatoria; ó, en otros términos, suponiendo que nuestro globo, como cronómetro, anda ahora más despacio que entonces; de modo que, al cabo de un siglo, resultaría la rotación atrasada 22 segundos respecto de un reloj que fuese una perfección de regularidad.

Por otra parte, los astrónomos tienen observado que los movimientos de la luna están sujetos á una ligera aceleración, apenas perceptible en el transcurso de un siglo. Halley fué quien primero, descubrió esta aceleración secular, igual á 11″ en longitud, computando al efecto varios eclipses observados por los antiguos astrónomos caldeos. Laplace trató de explicar, y creyó haber explicado, satisfactoriamente este fenómeno; pero Adams en 1853, advirtió que era necesario aplicar una muy importante corrección á los cálculos de Laplace; y, aplicada, sólo se logró dar cuenta de la mitad de dicha aceleración. Entonces Delamay, en 1866, sugirió la idea de que el fenómeno quedaría completamente explicado suponiendo un retardo en la rotación terrestre.

Pero quedaba aún una cosa importantísima: asignar la causa de la retardación. ¿Cuál podía ser el agente poderoso que fuese haciendo más lenta la rotación de la tierra, es decir, alargando el día sidereo?

Delamay asignó la causa á la acción de las mareas oceánicas; pero Ferrel, del Instituto geográfico de los Estados Unidos, reivindicó para sí la prioridad de esta asignación, citando al efecto documentos impresos un año antes de que Delamay leyese en la Academia de Ciencias de París su estudio sobre la aceleración secular del movimiento orbital de la luna, que, no pudiendo ser totalmente explicado por el cambio secular de la excentricidad de la órbita terrestre, necesitaba, para reconciliar la teoría con la observación, la acción de otra causa retardatriz, al fin encontrada en las mareas ó á ellas atribuída.

La luna, en virtud de su fuerza de atracción, llama poderosamente hacia sí las aguas de los mares situadas en el hemisferio terrestre más cercano á nuestro satélite: las del hemisferio opuesto no son atraídas con tanto poder; de donde resulta, muy en general, que haya al mismo tiempo dos mareas altas en la línea que pasa por el centro de ambos astros, y dos mareas bajas en el diámetro terrestre perpendicular á esa línea.

Los vientos, la figura de las costas, los impedimentos submarinos, pero principalmente las atracciones del sol, unas veces en el mismo sentido que las de la luna, y otras no, así como otras varias causas, de menor entidad, hacen que las mareas experimenten muchas modificaciones. Sitios hay en que son muy poco sensibles; en otros no se observa más que una sola marea cada 24 horas, en otros la pleamar se verifica siempre á la misma hora, etc. Pero, en general, se observan constantemente dos mareas opuestas en el diámetro terrestre que, prolongado, pasa por el centro de la luna.

Esta doble intumescencia de los océanos, POR SER INDEPENDIENTE de la rotación terrestre, puesto que se origina en las atracciones de la luna y del sol, tiene necesariamente que hacer el oficio de un freno poderoso, constituído de dos mitades de agua, dentro de las cuales gira la tierra, siendo el amordazamiento efecto de la gravedad. Y, como ningún freno funciona sin retardar, desgastar, raer ó desintegrar la superficie á que amordaza, de aquí que las mareas tiendan á disminuir, y disminuyan, la rotación terrestre, y que el erosivo poder de las aguas ecuatoriales haya de ser colosal, como efectivamente se le supone desde antiguo.

Pero ¿no podrá suceder que la tierra no retarde su velocidad rotatoria, sino que realmente la luna acelere su velocidad orbital?

No es muy fácil contestar á esta clase de cuestiones.

Cada año encuentra la Tierra en su marcha orbital 400 000 000 de aerolitos, como un mínimo nada exagera



LA EXPULSIÓN DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO, cartón preparado por Eduardo de Gebhardt

do. Cálculos fundados sobre su aparente magnitud suele darles un diámetro de 24 á 36 metros; y, suponiéndoles – lo que sería evidentemente mucho suponer – una densidad igual á la del hidrógeno (sustancia la más ligera que aquí conocemos), la Tierra durante los últimos 100 millones de años, se habría asimilado una masa de origen cósmico igual á $\frac{1}{12\,134}$ de su mole. La enorme cantidad de materia cósmica que este no exagerado cálculo supone, existente en los espacios por donde viaja nuestro sistema solar, implicaría resistencia bastante á cambiar la órbita terrestre desde un óvalo exagerado á su curva elíptica actual. Y, en efecto, de observaciones á distantes períodos se ha inferido que la excentricidad de la órbita terrestre se halla sujeta á una lenta pero constante disminución.

Esta materia uranolítica parece de copiosísima abundancia; porque, no solamente acude al llamamiento de la tierra desde 600 á 700 puntos diferentes del espacio, sino que, además de los de órbitas cerradas ó elípticas, existen meteoros cuyas trayectorias son parabólicas é hiperbólicas, lo que supondría constantes inmigraciones de uranolitos procedentes de remotísimas regiones, situadas en las profundidades sidéreas; uranolitos que, por el sentido inmediato del tacto, nos hacen conocer la distante materia de los espacios celestes, con la que, sin ellos como dice Humboldt, sólo estaríamos en comunicación por la óptica, el cálculo y el raciocinio, además de la misteriosa fuerza de la gravitación universal.



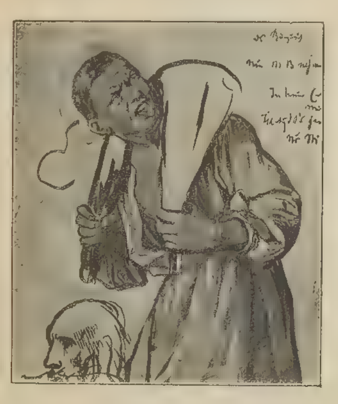
EL SERMÓN DE LA MONTAÑA, estudio de Eduardo de Gebhardt para el cuadro de este título

La historia recuerda muchos anormales oscurecimientos del sol, algunas veces tan considerables que las estrellas eran visibles en medio del día durante períodos de semanas, meses y aun años. Humboldt explica el fenómeno por la interposición de nubes cósmicas de apiñados uranolitos entre nosotros y el Sol.

Ahora bien: Doolittle estima que la tierra, lejos de haber nacido con su masa actual, la ha más que doblado desde que comenzó su carrera. Y estima, además, que cae en el planeta mayor número de aerolitos á vanguardia que á retaguardia de la marcha orbital, y es, por tanto, presumible que el encuentro de estos cuerpos sea origen de resistencia bastante para acortar los radios orbitales y acelerar las velocidades de traslación.

Pero, por otra parte, engrosada con los uranolitos la masa de los planetas y de sus lunas, debe acrecentarse su mutua fuerza de atracción.

Y, por insignificante que pueda concebirse el efecto de la lluvia anual de las estrellas fugaces, preciso es conceder que, siendo real y perenne, como lo es esa caída, al-



UN ESTUDIO DE DETALLE PARA EL CUADRO DE LA EXPULSIÓN DE LOS MERCADERES, de Eduardo Gebhardt

guna disminución asignable del radio vector de las lunas, y algún aumento de su velocidad habrá de concebirse como admisible en suficiente número de siglos.

Vemos, pues, que hay argumentos para suponer que la tierra retarda su rotación, y para suponer que la luna acelera su marcha, y que ambos argumentos se fundan en hechos incuestionables.

El rozamiento de la marea con el fondo de los mares, es causa por sí sola suficiente para la retardación de la rotación terrestre, y la aceleración secular del movimiento orbital de la luna, podía ser una apariencia negativa correspondiente á la retardación positiva de nuestra rotación planetaria; y, puesto que la acción y la reacción son iguales y contrarias, la pérdida de la rotación terrestre por la acción de la luna debe dar por resultado á su vez un retardo real en la revolución de nuestro satélite.

La acción retardatriz de la tierra sobre la rotación de la luna al rededor de su eje, es á la de la luna sobre la rotación terrestre, como los cuadrados de las masas, y por consiguiente como 1 á más de 6 000.

Suponiendo, pues, una primitiva fluidez en la luna du-



CRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA
estudio de Eduardo de Gebhardt para el cuadro de este título

rante largo espacio de tiempo, nuestra atracción planetaria produciría enormísimas mareas en nuestro satélite, las cuales poco á poco irían disminuyendo la velocidad rotatoria lunar, hasta que el período de la rotación llegara á coincidir con el de la revolución, como actualmente sucede. De este modo la acción de todos los planetas sobre sus satélites debe haber hecho que los períodos de rotación de estos sean iguales á los de revolución, hasta presentar cada luna á su planeta la misma cara siempre.

Por otra parte, el efecto de las mareas, retardando la acción terrestre, se halla contrariado por la contracción, efecto del enfriamiento, que acorta el radio medio del planeta, segun Fourier, 7 milímetros por siglo.

Y en cuanto á las ofuscaciones del sol, no puede dudarse de su existencia histórica, si bien cabe discusión acerca de su origen.

Plutarco y Dion Cassio refieren que el sol estuvo más pálido que de costumbre durante un año, cuando la muerte de Julio César (44 antes de Jesucristo). Una oscuridad de dos horas precedió al terremoto de Nicomedia (22 de agosto de 358). Dos años después en todas las provincias orientales del imperio romano hubo «caligo á primo auroræ exortu usque ad meridiem».

Cuando Alarico apareció ante Roma, la oscuridad era tal, que se veían las estrellas durante el día. Se mencionan largos períodos de palidez del sol en 536, 567 y 626. En 934 el sol perdió su ordinaria luz durante muchos meses. En 29 de agosto de 1091 el sol estuvo oscurecido 3 horas: *Fuit eclipsis solis 11 kal. octob. fere tres horas: sol circa meridiem dire nigrescebat.* El 12 de febrero de 1106 el sol se ennegreció y se vieron muchos meteoros, y el 5 de febrero anterior se vió una estrella desde la 3.ª á la 9.ª hora del día, que distaba del sol sólo pie y medio (quizá el cometa observado en China bajo el signo Piscis) (?) En 1206 hubo completa oscuridad durante 6 horas. En 1547, de abril 23 á 25, segun dice Keplero con referencia á Gemma, el sol apareció como de sangre, y las estrellas fueron visibles á medio día.

Ninguna, pues, de estas ofuscaciones del sol, pudo ser efecto de un eclipse.

Pero, ¿no es lícito dudar acerca de la hipótesis que las atribuye á la interposición entre el sol y la tierra de nubes de aerolitos? ¿No pudo la luz haberse oscurecido en algún caso por erupciones de materias telúricas en finísimo estado de división, lanzadas por los volcanes á las regiones superiores de la atmósfera?

No aparece, pues, que exista aún caudal suficiente de observación para deducciones rigorosas; pero de cualquier manera puede establecerse que la tierra no es un cronómetro perfecto.

Y, si la industria humana aprovechase las mareas como fuerza motriz á orillas de todos los océanos, su acción retardatriz aumentaría de un modo considerable, y quizá los pueblos del interior de los continentes pleitearían con los de los litorales oceánicos para decidir si era ó no justo que se alargase la duración de nuestros días sidéreos.

E. BENOT.

NOTICIAS VARIAS

LA ESCLAVITUD EN EL BRASIL. – Según el estado hecho por el señor Vieva Sonto, estadístico brasileño, y modificado al tenor de las publicaciones oficiales de reciente fecha de aquel país, puede repartirse del modo siguiente la población esclava del Brasil:

Provincias del Sur: Río Janeiro y la capital, 221.000 esclavos; San Paulo, 121.000; Río-Grande-do-Sul, 19.000; Santa Catharina, 7.000; Parana, 6.000; total, 374.000.

Provincias del centro: Minas-Geraes, 223 000; Bahía, 104 000; Espíritu-Santo, 14 000; Goyaz, 5 000; Matto-Grosso, 3 000; total, 349 000.

Provincias del Norte: Pernambuco, 64 000; Maranhao, 43 000; Alagoa, 20 000; Sergipe, 18 000; Para, 14 000; Parahyba, 13 000; Piauhy, 12 000; Río-Grande do Norte, 6 000; total 190 000.

Total general, 913 000 esclavos.

Puede calcularse que, en el Brasil, el elemento esclavo relativamente al elemento libre, está en la proporción de 1 á 14.

LA LENGUA MÁS EXTENDIDA. – Kirchoff, profesor de Halle (Prusia), ha publicado un curioso trabajo estadístico acerca de las lenguas más extendidas en la superficie terrestre. De los datos que en él se encuentran reunidos, resulta que el chino es hablado por 400 millones de bocas; el indostán y el inglés, por 100 millones, cada idioma; el ruso, por 70 millones; el alemán, por más de 57 millones, y el español, por más de 47 millones, correspondiendo á Francia el séptimo lugar.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 9 DE ABRIL DE 1888 — NÚM. 328

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

VISTAS DE LA EXPOSICION UNIVERSAL

(De fotografías obtenidas por los Sres. Audouard y C.ª)

Publicamos en el presente número diferentes vistas de varios edificios construídos con motivo de nuestra Exposición. Como se observa desde luego, esos edificios, si bien muy adelantados, no han llegado aún á su terminación. Difícil es, por lo tanto, formarse de ellos una cabal idea en su actual estado. Esto nos mueve á aplazar su descripción para cuando hayan recibido la última mano. Entonces tendremos ocasión de reproducirlos y los datos que sobre ellos suministremos podrán ser debidamente apreciados y comprobados. Esto no obsta á que hoy publiquemos los que se refieren al Gran Hotel Internacional terminado ya, y del cual publicamos á continuación una sucinta reseña.

GRAN HOTEL INTERNACIONAL

El Gran Hotel Internacional, una de las obras que más han llamado la atención entre las que se han construído con motivo de la Exposición Universal, ocupa una superficie de 150 metros de largo por 35 de fondo, ó sea una área de 5,250 metros cuadrados, en los terrenos ganados al mar, en lo que es hoy paseo de Colón.

Dióse comienzo á las obras el día 5 de diciembre del año pasado, es decir, hace exactamente cuatro meses, empleándose 6 albañiles y 36 peones, para formar la cerca y demás obras preparatorias, según un croquis de la planta, pues se formaban aún los planos, por haberse variado el proyecto primitivo.

El 8 del mismo mes de diciembre, se empezó el piso de hormigón sobre que descansa el edificio y los cimientos sobre los cuales el 26 se comenzó á levantar paredes. Los trabajos de albañilería duraron hasta el 12 de febrero en que hubo la comida de los operarios con motivo de construirse ya la cubierta. Por término medio estuvieron ocupadas en la obra 1,000 personas, aunque hubo días en que se contaron 2,000

El 22 de febrero empezaron las obras de decorado exterior y el 10 de marzo las de pintura en esgrafiado de los 1,000 plafones que hay en las cuatro fachadas.

Consta el edificio de cinco pisos, y en el cuerpo central y en las cuatro torres de seis, á saber: bajos, altillos, primer piso, principal y segundo piso.

Hay en los bajos un gran vestíbulo cerrado con rejas de hierro. Tiene este vestíbulo cuatro entradas, dos centrales para la gente de á pie y dos laterales, una para la entrada y otra para la salida de los coches. A uno y otro lado del vestíbulo hay una peluquería, un despacho de paraguas, guantes, camisería, etc., un estanco, un puesto de florista y un gabinete de limpiabotas. Este vestíbulo comunica con un pórtico que da la vuelta al gran patio central cubierto con cristales, y debajo de este pórtico se halla el despacho del director, el correo, el teléfono, una librería y puesto de venta de periódicos, un despacho de localidades de los teatros, circos, etc., la administración y un local para carga y descarga de equipajes, que se suben y bajan de los pisos superiores por medio de ascensores.

Las habitaciones de la planta baja están destinadas á familias. Cada una se compone de una sala dormitorio espaciosa, un gabinete tocador, un cuarto para baules ó para criados y excusado.

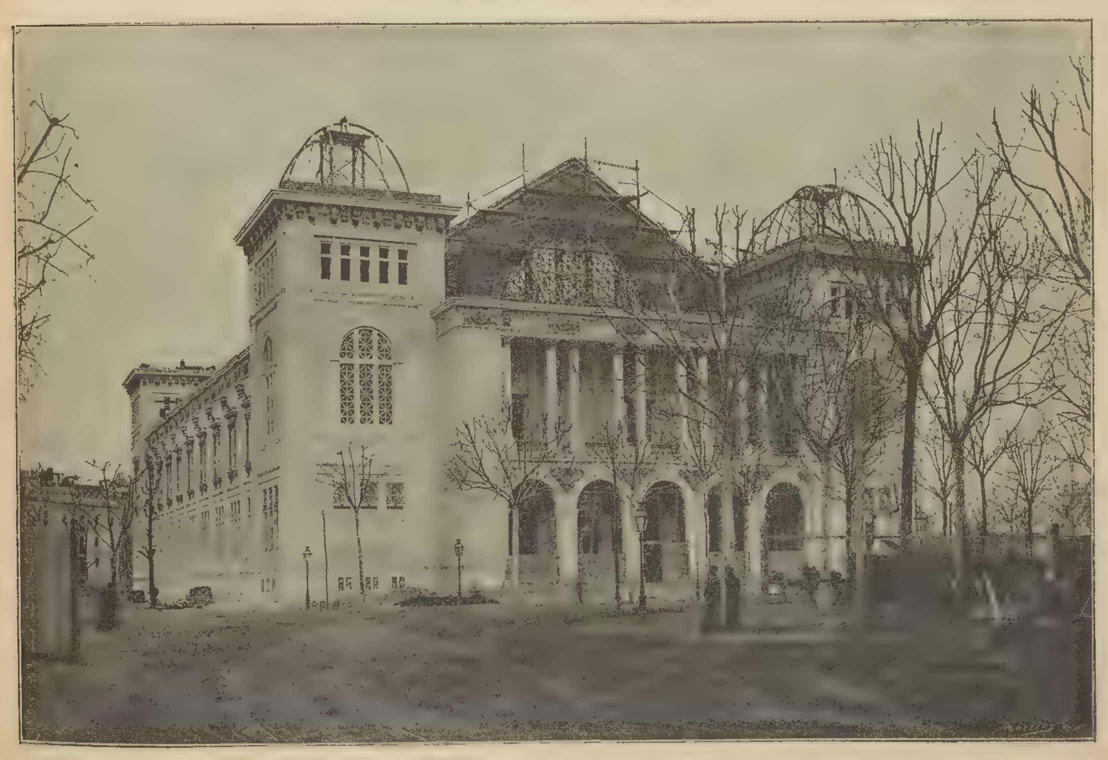
Al extremo de la parte de Atarazanas hay: el gran comedor para la mesa redonda, capaz para 250 cubiertos, la sala-restaurant, capaz para 100 personas, y dos comedores para familias.

En el altillo se halla la gran cocina económica construída por el señor Cañameras, de esta capital, de cinco metros de largo, con *grilladoras* inventadas por dicho señor, en una de las cuales se pueden hacer 400 bifteks. Hay nevera para carne y pescado, guarda manjares, heladores, dos monta platos para servir á los comedores de los pisos superiores, montado todo según los últimos adelantos, y todas las demás dependencias necesarias, como repostería y depósitos de vajilla y cristalería, servicio general de mesa y, por fin, las habitaciones para los empleados principales.

El primer piso tiene los mismos salones de restaurant y comedor de mesa redonda que el piso bajo. Las habitaciones son de dos y de una cama, y se comunican de cinco en cinco. Hay algunas habitaciones especiales. Las que dan al patio de honor en el cuerpo central y las de las cuatro torres se componen de antecámara, un saloncito, salón, tres dormitorios, excusado, cuarto de baño y aposento para los criados. Estas habitaciones se repiten en todos los pisos, en los cuales hay la misma distribución, excepto los comedores, de que carecen el principal y el segundo piso.

En cada una de las crujías laterales se han construído corredores que cogen toda la longitud; tienen 3 metros de ancho y están corta-

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA



PALACIO DE BELLAS ARTES, proyecto del arquitecto D. Augusto Font

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos.)

dos por lucernarios de 5'10 metros de lado, con claraboyas. En todos los pisos hay retretes, urinarios, cuartos de baño y escaleras de servicio interior.

Al patio de honor lo circunda una galería volada en el piso principal y cubierta en los demás pisos. De casi el centro de dicho patio arranca la escalera de honor. Llega hasta el último piso, y á fin de evitar la monotonía cambia de estructura en cada piso. Dicha escalera se desarrolla sobre el paso destinado á los carruajes.

La fachada principal tiene un cuerpo central de 26 metros de ancho y 24 de altura. Las torres cuadradas ó cuerpos extremos rematan en cúpula y miden nueve metros de largo cada una. Las dos alas de edificio ó crujías laterales, con dos cuerpos salientes, miden 50 metros cada una.

Corre todas las fachadas al nivel del piso principal una barandilla de hierro formando varios dibujos, limitando aquélla una galería de 2 metros de vuelo. Tiene dicha barandilla cerca de medio kilómetro de longitud; no es continua por cuanto la corta en el cuerpo central una barandilla de piedra labrada.

El decorado es de motivos heráldicos. En los esgrafiados de los plafones se han pintado figuras de todas las naciones y principales comarcas del globo. El autor del proyecto del edificio ha querido darle un aspecto señorial que recuerde las construcciones de la Edad media.

Hay en todo el edificio 2,800 puertas, ventanas y balcones.

Delante de la fachada principal se están formando jardincitos.

Hay repartidos en los distintos puntos del Gran Hotel 200 relojes; en el patio central se ha colocado uno con campanas.

La iluminación es mixta. Hay lámparas de luz eléctrica de arco voltaico y lámparas incandescentes.

Para el servicio médico continuo habrá varios facultativos.

El proyecto y dirección facultativa de este edificio honra á su autor, el inteligente arquitecto don Luis Domenech y Montaner, á quien ha auxiliado como subdirector don Buenaventura Pollés y Vivó. Los destajistas de albañilería han sido los señores D. José Miró, don José Torres y D. José Feliu.

La Sociedad de material de ferrocarriles y construcciones ha llevado á efecto la parte de carpintería y la Herrería de San José ha elaborado los hierros de armar, excepto las armaduras del patio de honor, que han sido hechas en los talleres del arquitecto don Juan Torras.

Las obras de cerrajería se han repartido entre varios talleres de esta capital. La parte de decorado ha corrido á cargo de la casa Basegoda y la de pintura esgrafiada á la italiana y el estuco de las fachadas al de los señores Saumell y Vilaró, quienes han ejecutado su trabajo según los bocetos hechos por los artistas señores Riquer, Baixeras y Llimona.

Casi todas las habitaciones tienen ya su mobiliario, contándose un total de unas 800 camas. Estas, lo propio que los armarios con espejo, lavabos, mesas, sillones, sillería, etc., y los cortinajes han corrido á cargo de los ebanistas señores Pradell y Canals La luz eléctrica la proporciona la Sociedad española de Electricidad. Las vajillas y servicios de porcelana han salido de la fábrica que los señores Florensa hermanos tienen en Hostafranchs.

En la construcción del edificio se han empleado 3 millones de ladrillos, 500 toneladas de hierro para la construcción, sin contar con la cerrajería, y 80,000 quintales de cemento; habiendo habido día en que se colocaron 3,600 quintales de cemento y 4,000 metros cúbicos de arena. Se han pagado 60,000 jornales de todas clases, contando 7,000 de carros, 6,500 de carpintería y 8,000 de pintores, decoradores, vidrieros, lampistas, etc.

LA TERTULIA DE DIDEROT
cuadro de Meissonier

Cuando un lienzo lleva al pie la firma de Meissonier, no hay porqué discutir sus condiciones artísticas. Así el cuadro que hoy publicamos tendría en absoluto el mérito de una bella obra de género, si no le dieran aun mayor importancia el asunto que representa y los personajes que en él figuran.

En el gabinete de estudio de Diderot (1712-1784) se hallan reunidos los más famosos autores de la *Enciclopedia*, el trabajo literario que más directamente haya influído en las evoluciones de la humanidad. Dionisio Diderot, hijo de un humilde artesano, recibió su instrucción literaria de los jesuítas de Francia; mas resultó tan poco parecido á sus maestros que, adoptando las doctrinas del célebre Spinossa, si no se proclamó ateo, ni mucho menos, popularizó cierto panteísmo, completamente opuesto á la doctrina católica y á todas las creencias reveladas. Para Diderot la demostración de Dios existía únicamente en el movimiento universal, y dominado por la idea de que, en su opinión, era puro fanatismo la doctrina positiva de todas las iglesias, se propuso batirla en brecha divulgando ó mejor extendiendo las conquistas de la ciencia que trató de oponer á las doctrinas religiosas. De aquí surgió la famosa *Enciclopedia* del siglo XVIII, obra colosal acometida con la cooperación principal de D'Alembert, que se sintió fatigado á mitad del camino.

Colaboraron en esta obra los más eminentes escritores ó *filósofos* de la época, y el cuadro de Meissonier da idea de una de las tertulias frecuentes en casa de Diderot, donde eran leídos, discutidos y sancionados los artículos destinados á la *Enciclopedia*. Los personajes reproducidos en el lienzo, aparte Diderot, son Daubenton, Rousseau, Tonne, Marmontel, D'Alembert, Lemonnier y Leblond, la flor y nata del enciclopedismo. En esas tertulias se formó propiamente la nube que descargó sobre Europa, al poco tiempo, la famosa revolución de 1789.

EL BOBO DE CORIA,
copia del cuadro de Velázquez, grabado por Baude

Los inteligentes que visitan el Museo de Pinturas de Madrid saben de sobra que éste posee las más preciadas obras del no igualado don Diego Velázquez. De todas ellas tendrán idea, pero su mayor empeño es examinar el famoso *Bobo de Coria*, en cuyo lienzo, más tal vez que en ningún otro, son de admirar las sublimes condiciones del egregio artista. No es difícil de comprender esta preferencia, puesto que el *Bobo* de Velázquez es de una fuerza de ejecución tal que parece desprenderse de la tela y reirse estúpidamente de sus admiradores. Es el colmo de la naturalidad, prodigio del colorido, obra bajo todos conceptos maestra y que, precisamente por no conocerse á punto fijo su origen, es la más fehaciente demostración de que el genio, á la altura del de Velázquez, puede animar las piedras hasta el punto de hacerlas interesantes.

LA EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

EN EL PARQUE

Cuando el dueño de una casa invita huéspedes para que le honren con su visita, viene obligado principalmente á tenerles hospedaje dispuesto á la altura de su categoría. Barcelona ha dado cita en su recinto al Trabajo Universal, y á huésped de tal importancia corresponde alojamiento de especialísimo orden. Todos los pueblos que se han permitido el lujo de celebrar una Exposición de esta naturaleza, lo han comprendido de tal suerte y entre ellos se ha establecido noble competencia en las construcciones destinadas á contener los productos más acabados del arte y de la industria. *El Palacio de cristal* que Londres dedicó á la Exposición de 1851 fué considerado maravilla de construcción; pero fué superado por *el Palacio de la Industria* que París levantó para el certamen de 1855. El éxito creciente de esta clase de manifestaciones dió lugar á sucesivos portentos del arte arquitectónico, y por lo tanto, el primer compromiso de Barcelona, metida en el empeño, era que el recinto, la parte material en que aquél había de desenvolverse, no acusase mezquindad de concepción ó deficiencia de medios.

Llevamos nuestra franqueza hasta el punto de reconocer que por un momento llegamos á temer que en este importante particular no pudiera nuestra ciudad querida satisfacer las exigencias legítimas de los expositores y la crítica de los mal acostumbrados visitantes. Y sin embargo, con igual franqueza y con mayor placer consignamos que nuestros temores se han desvanecido. El campo de la Exposición barcelonesa y los edificios levantados en él sostendrán, sin ridículo cuando menos, las comparaciones que con otros análogos quieran establecerse y tendrán sobre sus precedentes del extranjero la superioridad de la rapidez con que han sido concebidos y ejecutados.

Y no se diga si alguna de las obras son más ó menos sólidas, y si tienen más de aparatosas que de resistentes. El autor del proyecto general y director de la ejecución en conjunto sabe de sobra que esa clase de construcciones destinadas, las más de ellas, á ser demolidas una vez cumplido el objeto para que se idearon, han de reunir principalmente las circunstancias de grandiosidad y elegancia de líneas; porque sería ocioso y á más de ocioso supérfluo, que se las dotase de aquella consistencia propia de los edificios que se proyectan para ser transmitidos á los siglos venideros.

Sin embargo, con buen criterio, los encargados de dar forma á las necesidades técnicas de la Exposición, aprovecharon esta ocasión excepcional para dotar á Barcelona de edificios de que carecía con detrimento de su justificada importancia; y de aquí la oportuna división en construcciones permanentes y en construcciones destinadas al derribo, aplicando á unas y otras aquellos principios y reglas de que no se ha prescindido en ninguna otra Exposición universal. Con no menos conocimiento de causa se ha empleado en la distribución del perímetro general el sistema que la experiencia ha demostrado ser preferible de no levantar un solo edificio (llamémosle palacio), para contener las manifestaciones todas del progreso humano; antes bien repartiendo estas manifestaciones en edificios especiales, según clasificación razonada, en donde sean expuestas las obras de arte y de industria que la producción nacional y la extranjera exhiban en el gran certamen. Cuantos han visitado las Exposiciones universales hasta ahora celebradas pueden corroborar las ventajas de seguir este sistema, que facilita considerablemente el estudio del trabajo humano en sus diversos grupos racionales, y evita la confusión y mareo consiguientes al hacinamiento de productos heterogéneos dentro de un mismo recinto. La Exposición de Barcelona cuenta, pues, con un inmenso Palacio de la Industria, propiamente tal, y con suntuosos y especiales alojamientos para las Bellas Artes, las ciencias, la agricultura, la marina, las artes mecánicas y todos los ramos de la especulación y actividad humana.

Ha desaparecido, por lo tanto, el temor de que nuestra ciudad figurase en mal lugar por el recinto y locales de la Exposición. Su aspecto general, desde el Arco triunfal de entrada hasta el puente monumental que comunica los jardines del Parque con la tranquila playa del Mediterráneo, es grandioso, variado y por todos conceptos bello. A esto contribuye no poco la circunstancia de haberse emplazado el núcleo de la Exposición en los jardines del Parque, cuyo agradable aspecto y esmerado cultivo aprecian más los extranjeros que los barceloneses, quizás por estar los últimos más habituados á ello. Gracias á este bien calculado emplazamiento los visitantes de la Exposición podrán esparcirse por grandes y agradables paseos, siendo de esperar que tan ameno sitio se convierta durante algunos meses en punto de reunión de propios y extraños, llenando de animación un Parque, menos apreciado por los barceloneses de lo que realmente vale. Verdad es que, gracias á la Exposición, se le dotará de alumbrado, cuya carencia hasta ahora demostraba que según nuestro Ayuntamiento, el Parque únicamente era grato de sol á sol, siendo así que, dadas las condiciones de nuestro clima, las delicias de este sitio aumentan durante la noche. Y pues hoy se ha caído en cuenta de ello, permítasenos manifestar que en nuestro concepto la iluminación eléctrica hubiera sido preferible á la del gas, no sólo por la mayor intensidad de luz, sino también porque su mismo color blanquecino daría á los jardines la poética entonación de una noche de luna.

Una vez más nos complacemos en consignar que los trabajos realizados en el recinto de la Exposición son dignos de su objeto; pero aparte sus condiciones técnicas y artísticas, lo que llamará seguramente la atención del extranjero observador, lo que evidenciará las fuerzas positivas de nuestra ciudad, es la rapidez con que han sido llevados á cabo, de lo cual no hay otro ejemplo en ninguno de los certámenes precedentes. A quien le dijeran que hace seis meses la mayor parte de esos edificios ni siquiera tenían forma en proyecto, supondrá, y supondrá con razón, que un pueblo de tal vitalidad tiene derecho á dar cita en su recinto á todos los pueblos trabajadores del mundo.

Y téngase en cuenta, en comprobación de esto que decimos, que simultáneamente con los trabajos realizados en el Parque, se verificaban en la ciudad obras de mucha importancia, encaminadas á procurar al forastero las mayores comodidades posibles y á que se forme de la policía urbana un concepto digno de nuestra administración. Quizás hubiera sido preferible que estas mejoras se realizaran sin necesidad del poderoso estímulo de la Exposición; pero al fin y al cabo dignas son de aplauso, cualquiera que haya sido la causa que las ha determinado. Entre esas mejoras es de conceder el primer sitio á la Gran Fonda Internacional, una de las primeras del mundo por su capacidad y tal vez sin rival por su emplazamiento entre el mar y uno de los paseos más pintorescos de ciudad alguna. Nos reservamos dar una idea de los edificios, varios y todos ellos dignos de especial descripción, cuando estén completamente terminados.

Pavimentados de calles y paseos que ha muchos años debían ser renovados, lo han sido en pocas semanas; cuarteles construídos á prueba de bomba y á prueba de apóstrofes, han sido derribados unos y otros convertidos en museos; la electricidad ha ganado en un día buena parte de la batalla que hace años venía riñendo con el gas; la plaza de Cataluña si no es plaza es algo que producirá vistoso efecto; la prolongación de la Rambla da cierta idea de lo que será con el tiempo esta vía competidora del Paseo de Gracia; éste ha sido dotado de un aumento de iluminación que casi raya en prodigalidad; en los jardines públicos se echa de ver como nunca la inteligente y coqueta dirección del Sr. Oliva; las fachadas de muchas casas y los aparadores de muchas tiendas se remozan como las solteras mal avenidas con serlo; y las Casas Consistoriales se convierten con gran prisa y mayor gasto, tal vez con mejor deseo que buen sentido, en mansión para la familia real, que se asocia decididamente al empeño nacional contraído por Barcelona.

Esto nos ha traído la Exposición hasta ahora: algo más nos traerá de hoy en adelante.

M. A.

CERVANTES MILITAR, MARINO Y DIPLOMÁTICO

(Conclusión)

III

Además Cervantes realzaba todavía este mérito con lo que hoy llamaríamos conocimientos diplomáticos: cualidad muy apreciada en aquel tiempo de tanta política exterior. Tenía nuestro héroe clara conciencia de que el papel de España en Europa venía designado por la misma fatalidad de la Historia, y que si hoy era el azote del mundo, y particularmente de Italia, la culpa era de Italia y de otras naciones que la habían tiranizado, hasta que se irguió y vengó. «España fué muy desgraciada, solía decir; porque no contentos los extranjeros con abrir sus entrañas para arrancarle los tesoros que la tierra guardaba en ellas, hicieron mucho más; y los reinos de España fueron presa tiranizada de Griegos, Fenicios y Romanos. Sea que Dios así lo quisiese, sea que las faltas de la nación lo causasen, el caso es que en la antigüedad los españoles siempre fueron esclavos de los extranjeros; y todo el valor de Numancia no bastó á librarles del poder romano. Pero día vino en que Roma, á pesar de ser señora del mundo, recibió la ley de los Godos; luego después un Atila se encargó todavía de humillarla más; y por fin la misma España ha tomado parte en este concierto de venganzas y desquites por medio de monarcas como Fernando el Católico, Cárlos V y Felipe II, siendo notable sobre todo que esa Roma, que vino á destruirnos, tuvo que pasar por la vergüenza de que un ejército español abriese en ella brecha y la tomase por asalto. España, regenerada de su esclavitud por los Godos, es la heredera de estos; por cuyo motivo tiene el rango de primera nación del mundo, siendo sus invencibles ejércitos el terror y la envidia de las gentes. Así lo requería la ley de la Historia *(Numancia)*».

Aunque Cervantes se equivocase, como todos sus contemporáneos, y como la misma Academia de la Historia, al atribuir á los godos españoles el papel que dice, no cabe negar que la idea que se formara de la filosofía de nuestra historia daba á sus principios de derecho internacional una base que los robustecía mucho; y gran caudillo prometía ser de nuestros ejércitos europeos quien consideraba la misión de éstos como decretada por Dios en virtud de antiguos y trágicos sucesos. En efecto, creía el joven que España debía continuar campando en Italia por su respeto; creía que debía seguir poseyendo á Flandes para influir en el centro de Europa, y por consiguiente estaba firmemente convencido de que los españoles debían derramar como antes su sangre para conservar estas posiciones. Así la idea de guardarlas como herencia de los monarcas españoles pasaba á la segunda categoría; y no porque la estimase en poco, sino porque la tenía por una simple fórmula de que Dios se valiera para realizar los designios de venganza, desquite y resarcimiento que formara respecto á España, al urdir la trama de la antigua y de la nueva historia. Es curioso ver como nuestro autor,



LA TERTULIA DE DIDEROT, cuadro de Meissonier

más de un siglo antes de Bossuet, concebía la filosofía de la historia, como el prelado de Meaux. Verdad es que San Agustín se les había anticipado á ambos en la *Civitate Dei*.

No sólo Cervantes había estudiado á fondo y conocía bien, según dijimos en otra parte, las instituciones y flaquezas de los pueblos mahometanos, y las de los pueblos italianos, de cuya fidelidad no estaba nada convencido, sino que se distinguía en gran manera por el alto criterio diplomático con que juzgaba á los adversarios de España, ó á las gentes que debían inspirar á ésta poca confianza de amigos; pues siempre que se le ocurrió pintarlos, discernía imperturbablemente sus cualidades y las hacía resaltar; lo cual practicó hasta en sus libros, á pesar de que al escribirlos, no tenía necesidad de guardar tantas consideraciones. En el mismo momento en que se ocupa de Uluch-Alí, vencedor de la Goleta, á pesar de la carnicería que el almirante turco hizo de los españoles, matando á muchos camaradas y amigos del escritor, Cervantes lo elogia sin rebozo. «Fué tanto su valor *(mérito)*, dice, que sin subir por los torpes medios que los más privados del Gran Turco, vino á ser dey de Argel, y después á ser general de la mar, que es el tercer cargo que hay en Turquía. Era calabrés *(italiano)* de nación, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á los cautivos *(Quij.)*.» Así hablaba de él, sin acordarse de que era renegado: circunstancia que no podía ser más agravante para un católico tan convencido: bien es verdad que lo agravante no solía alterar la serenidad de su juicio.

Ya he dicho, en confirmación de lo mismo, que á pesar de tener idea exacta del estado bárbaro de Turquía, reconocía en la Puerta una política sagaz. Cervantes no ignoraba que dirigían la diplomacia, las armas y administración turcas una multitud de renegados griegos é italianos, entre los cuales muchos hombres distinguidísimos, y que esto compensaba la imbecilidad natural del turco. Aunque en sus libros guarda respecto á los sentimientos de Italia cierta reserva sospechosa; no cabe dudar de su perspicacia y tacto, al ver la prudencia con que se abstiene de comentar, ó siquiera de calificar en el *Quijote* las paces de Venecia con Turquía, después de Lepanto; por más onerosas y bajas que fueron para aquélla, y por mucho que contrariaron la política mediterránea que seguía D. Juan de Austria. Es también notable que hablando en una de sus novelitas de la organización de la misma república, la elogie como un verdadero modelo, sin dejarse influir por antiguos rencores. Sin embargo, lo que hallo más digno de atención respecto á su reserva diplomática es que á pesar de consignar en el *Pérsiles* que *Lucca era la única ciudad de Italia, donde los españoles eran bien recibidos*, – lo cual supone que no se hacía ilusiones, - habla siempre de los italianos con el mayor elogio, pintando á la alta clase como leales y bizarros caballeros, á las señoras como damas discretísimas, á los letrados como sabios y talentosos, y á la plebe como gente buena y sencilla.

Estos elogios, que Cervantes prodigó, no sólo en sus novelas, sino tambien en sus comedias, contrastan vivísimamente con aquella expresión sobre Lucca, la cual, leída como se debe, no significa otra cosa que lo que Cervantes sabía del modo más cumplido, lo que con menos perfección sabían los demás españoles, lo que los mismos italianos no se escondían de decir en sus libros, y lo que la historia se encargó de demostrar: que España era odiada en Italia del modo más profundo y con toda razón Pero Cervantes poseía hasta el más alto grado el talento natural del diplomático; pues si escribiendo sabía disimular tanto, á pesar de no irle nada en ello, calcúlese hasta qué punto lo desplegara en una negociación. Ahora bien, los generales de aquel tiempo, y los mismos diplomáticos civiles solían apreciar infinitamente á los hombres que además de ser excelentes militares poseían estotras dotes, porque la guerra andaba continuamente tan unida con la intriga para deshacer las alianzas ajenas y formar las propias, que había incesante necesidad de servirse de oficiales y jefes capaces de negociaciones difíciles.

A pesar de que Cervantes amaba tanto la profesión militar, le enaltece mucho que sus talentos diplomáticos, junto con sus buenos sentimientos, le permitiesen ver la guerra tal como es, ó sea una de las tragedias más calamitosas del mundo. «¡Oh, lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, decía, pensando en la caída de la desolada Chipre! Si como carecéis de sentido, lo tuviérades, ahora pudierais lamentar vuestras desgracias. Bien tendrán que llorar los que en estas contemplaciones entren, porque los que vieron habrá algunos años esta nombrada y rica isla en su tranquilidad y sosiego, gozando sus moradores de todo aquello que la felicidad humana puede conceder á los hombres, y ahora los ve ó contempla desterrados de ella, ó en ella cautivos, ó miserables; ¿cómo podrá dejar de no dolerse de su calamidad y desventura? *(Amante liberal)*.» Comprendiendo asimismo como diplomático el daño que á los reyes hacían las tropelías de los ejércitos en los pueblos amigos, lo deploraba y disculpaba hábilmente. «Infelicidad del buen príncipe es, decía, ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, á causa de que los unos son verdugos de los otros sin culpa del señor, pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las más cosas de la guerra tienen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia.»

Así es que opinaba que los gobiernos debían siempre agotar todos los recursos de la diplomacia antes de apelar á las armas. «No es bien, exclamaba, que lo que puede remediarse con la industria *(negociación)*, se remedie con la espada *(Española inglesa)*:» principio trascendentalísimo, que ha dado lugar á la formación de la escuela diplomática moderna. Pero como Cervantes sabía todas las dificultades que aquella doctrina hallaba en su tiempo, había estudiado el derecho de la guerra. Partiendo, pues, del principio de que el Estado, ya se llamase monarquía, ya república, tenía un origen divino; creía que éste debía buscar la sanción justa de sus actos en la *Biblia* interpretada por el catolicismo. La misma idea tenían todos los estadistas cristianos de la época; sólo que los protestantes, según ya sabemos, no admitían las interpretaciones bíblicas de Roma. En aquellas teorías se fundaba pues Cervantes para juzgar de lo legítimo de una guerra, y para establecer el fin que semejante conflicto debía siempre tener. «El objeto de las armas, opinaba, es la paz: joya y prenda, sin las cuales, ni en la tierra, ni en el cielo, puede haber bien alguno. El que hace, pues, la guerra por causas que no sean justas, ni razonables, carece de todo juicioso discurso. Hacer la guerra para tomar venganza injusta (que justa no puede haber ninguna) va derechamente contra la religión que profesamos. Los varones prudentes y los países bien gobernados, por cinco cosas han de desnudar la espada y hacer la guerra: la primera por defender la fe católica; la segunda por defender su propia vida; la tercera por su honra, familia y hacienda; la cuarta por los derechos justos del rey, y la quinta por la patria. *(Quij.)*» Se habrá observado que la lista no

MUSEO DE PINTURAS DE MADRID

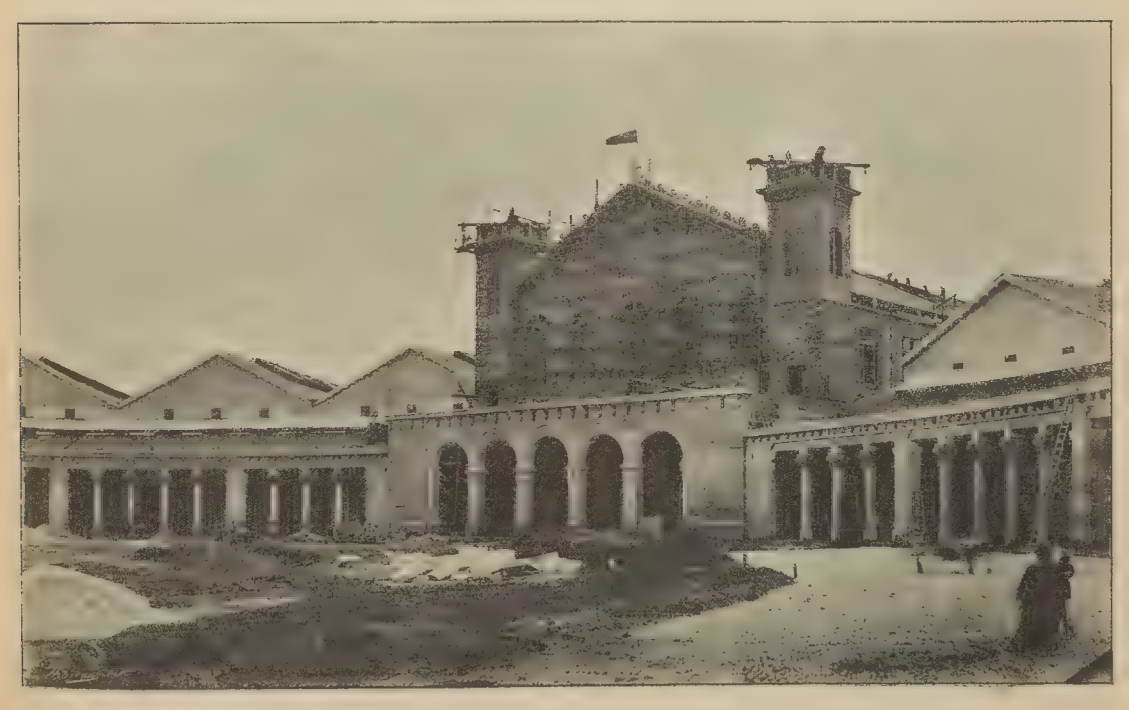


EL BOBO DE CORIA, copia del cuadro de Velázquez, grabado por Baude

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



GRAN HOTEL INTERNACIONAL, construído en 53 días con motivo de la Exposición
(De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)



FACHADA DE LA GRAN NAVE CENTRAL EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA
en donde se instalan los objetos remitidos por la Real casa y el Gobierno

es corta; pero si se mira bien, se notará que algunos de aquellos motivos aun sirven para justificar gran número de conflictos del mismo género: cosa que no podrá menos de llamar la atención de muchas personas que hayan aceptado la teoría sin desconfianza.

Sin embargo, creo que Cervantes hablaba de buena fe, á pesar de su diplomacia; y que por *justicia* entendía designar todo lo que entonces parecía justo. Mas como su espíritu era tan práctico, no dejaba de reconocer que á veces, en ciertas ocasiones y cuestiones, el derecho no servía de nada, siendo hasta ridículo alegarlo. Así es que decía: «Donde hay fuerza de hecho, se pierde cualquier derecho. *(Guarda cuidadosa).*» He aquí sentada axiomáticamente la teoría moderna de los *hechos consumados;* lo cual nos demuestra, que aunque Cervantes fuese un gran filósofo moral, también era un hombre de acción y un diplomático de su tiempo.

Bastante difícil sería desembrollar lo que entendía por *derechos justos* del rey, porque en toda contienda no había parte que no creyese poseerlos; pero no será tan difícil rastrear cuáles, entre las guerras de su tiempo, le parecieron injustas y justas. En las primeras me parece que puso á las de Flandes, ó siquiera las tuvo por irracionales; y en las segundas colocó á las que se hicieron á Turquía. Pocos cervantistas son capaces de reconocer la primera opinión, por más que sea la única que podía honrar á Cervantes; en cambio la segunda les parecerá á todos exacta; deduciéndose uno y otro parecer de los sentimientos religiosos del joven.

Este punto nos obliga á tocar otra vez sus ideas sobre la política exterior de España. Cervantes, á pesar de todas las desilusiones que le produjo la paz de Venecia con Turquía, la mala conducta de Felipe II con D. Juan, la catástrofe de Túnez y la Goleta, y la paralización de todas las operaciones del Mediterráneo en beneficio de la guerra contra los Flamencos protestantes, seguía abrazado á la doctrina de que España debía dar la preferencia á la posesión del Mediterráneo, á consecuencia de lo cual modificaba sus demás deseos, subordinándolos á aquel interés. El no cesaba, ni en el resto de su vida cesó de hablar de este asunto y de su importancia, señalando de continuo la ciudad de Argel como la posición capital que debía ocuparse. «Argel es la gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, exclamaba; puerto universal de corsarios, y amparo y refugio de ladrones, que desde su pequeño puerto salen con sus bajeles á inquietar el mundo, pues se atreven á pasar el estrecho de Gibraltar, y á acometer y robar las apartadas islas, que por estar rodeadas del inmenso mar Océano, piensan estar seguras de los bajeles turcos *(Pérsiles).*»

En la misma conducta prudente y conciliante que seguía con los italianos debía influir mucho la convicción de que se necesitaba de ellos para llevar á cabo aquel programa. Cervantes creía urgente ocupar del litoral africano aquellos puntos estratégicos que debían abrigarlo contra los mahometanos; y como las causas de esta urgencia no cesarían mientras los turcos dispusiesen de una marina y de puertos de guerra en Africa, estaba convencido de que un día ú otro los Estados, á pesar de su ceguera, se verían obligados á hacerlo, y que cuando llegase este caso España no podría menos de buscar el concurso de Italia.

Los libros y comedias de Cervantes contienen datos que revelan la paciencia y amplitud con que había estudiado aquella política, á fin de facilitar su desempeño. Aseguraba él que los cristianos hasta podrían servirse de los mismos moros para realizarla más pronto y mejor, beneficiando el odio existente entre turcos y árabes, las guerras frecuentes que los primeros se veían obligados á sostener con otros estados mahometanos, y las profundas divisiones y conflictos que á cada paso surgían entre los mismos moros del litoral mediterráneo. Describiendo en la *Gran Sultana* un consejo de ministros turco, presidido por el Sultán, pone en boca del primer ministro estas palabras: «A lo que yo descubro y veo, tus deseos no pueden ser mayores de sosegar las armas de Oriente, mientras Persia no alce la frente. ¡Triste historia es lo que pasa! La Persia nos perjudica de tal modo, *que es lo mismo que Flandes para España!*»

El que medite bien estas palabras descubrirá fácilmente la intención que tienen, y sobre todo la importancia que Cervantes les daba al destacar la frase *triste historia es lo que pasa.* En otras producciones suyas se hallan más indicios de lo mismo. Al mismo tiempo que aquellas palabras confirman indirectamente sus profundas convicciones acerca de la política mediterránea, nos ayudan directamente á entrever lo que de verdad pensaba de las guerras de Flandes, puesto que las califica de otra triste historia para España, como si dijésemos de una verdadera calamidad nacional; y si se recuerda la falta que habían hecho en las campañas de Lepanto y Navarino, y en las dos de Túnez los tercios enviados poco antes de Italia á Holanda, y la suspensión de las operaciones contra el Turco para desencadenarlas contra los Flamencos, se hallará muy justificado cuanto hasta ahora le he atribuído en otras partes de esta historia. Cervantes opinaba que no habiendo necesidad, como no la había, de oprimir y provocar á Holanda, el gobierno debía concentrar todos sus esfuerzos en arrojar á los turcos del mediodía del Mediterráneo – que era lo más urgente para el bien de Italia y España, y para el buen desempeño de la política internacional de su patria en el Centro de Europa.

Esta opinión tiene más trascendencia de lo que á simple vista parece, pues lamentar las guerras contra Holanda equivalía á reprobar las matanzas que las produjeron; y aunque de eso no tengamos declaraciones directas, que Cervantes no podía hacer por escrito, existen indicios merecedores de tomarse en cuenta. Al hablar el *Cautivo* en el *Quijote* de su expedición á Flandes con el duque de Alba, no sólo no pronuncia una palabra en desdoro de los holandeses, no sólo respecto á las acusaciones que Felipe II les hacía, guarda una reserva, elocuente en un hombre que tomó parte en los crímenes provocadores de aquel caudillo, sino que mienta la ejecución de los condes de Egmon y Horns, sin la más ligera nota contra ellos, á pesar de haberse justificado los dos asesinatos jurídicos con la excusa de que los condes eran traidores. Si añadimos estas observaciones á las palabras de la *Gran Sultana,* me parece que habrá bastante luz, porque el silencio de Cervantes era á veces tan significativo como su propia palabra.

Para pensar de aquel modo era también necesario que fuese partidario de las libertades de los Flamencos y de la tolerancia religiosa: cuestión más delicada, más oscura, aunque susceptible de resultado. Lo que opinaba de Cataluña nos ha demostrado ya que le gustaban los países y los hombres libres; y si creía necesario que España corriese bien con Holanda – ó *que ésta no fuese una triste historia para aquélla* – señal que creía también necesario que se respetase las instituciones de los holandeses. En cuanto á la libertad de cultos, es claro, es evidente que la rechazaba para España, como lo indica el elogio que hace de los inquisidores españoles, llamándolos *centinelas de nuestra fe;* pero no le repugnaba en países dependientes de España, donde se hallase establecida. En otra parte de esta historia hemos ya consignado que durante aquellos años había perdido las preocupaciones que sacara de Madrid y Roma contra los protestantes, al verlos mezclados con los españoles en nuestros ejércitos; y que hasta debía parecerle chocante y monstruoso que se persiguiese en Flandes lo que se toleraba y pagaba en Italia. Es imposible que quien perdió sus preocupaciones religiosas hasta con respecto á los mahometanos, á pesar de odiarlos tan to políticamente, las hubiese conservado respecto á gente, á quien odiaba y debía odiar mucho menos, y con la cual vivía en la comunidad de los ejércitos, puesto que al fin eran cristianos como él, siquiera de diferente cariz. Además ningún insulto les dirigió nunca en sus obras.

En el mismo *Quijote* nos indica mucho más; y es que ni se espantaba de la misma libertad de cultos. «Llegué á Alemania, hace decir al morisco Ricote, y allá me *pareció que se podía vivir con más libertad,* porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive *con libertad de conciencia.*» Si ahora se recuerda que ese Ricote es sincero católico, y que aprueba cerradamente la expulsión de los moriscos, por justa, merecida y prudente, se discernirá cómo pensaba Cervantes á 28 años sobre la persecución religiosa de Flandes, cuando en la vejez, lleno de escrúpulos católicos, hablaba con tanta serenidad é indiferencia del libre culto de Alemania.

Las mismas citas, que en otras partes de esta historia tengo hechas de dos comedias donde se reduce á llamar á los protestantes *hombres de vanos errores é indómitos luteranos,* corroboran mi opinión; y si se me alega que en el *Trato de Argel* reprobó la rebeldía de los holandeses, tratándola de acto vergonzosísimo que impidió á Felipe II enviar una escuadra contra Argel, contestaré que no lo hallo contradictorio, pues si reprobaba el levantamiento, tambien reprobaba lo que lo motivó; sólo que para expresar lo primero tenía absoluta libertad, al paso que en lo segundo debía reducirse á meras indicaciones y reticencias. A pesar de todo, lo indicó visiblemente en las citas hechas; por cuyo motivo debe juzgarse de sus opiniones verdaderas en este asunto, no por un solo dato, ni por un solo juicio, sino por el cúmulo de todos; los cuales, opuestos unos á otros, nos dan la luz que necesitamos. Ahora bien, de este cúmulo resulta que si su monarquismo acendrado y católico le impedía aprobar la sublevación de Flandes, y si el anhelo con que deseaba la libertad del Mediterráneo le movió alguna vez á echar á los protestantes un dicharacho violento, como en los versos á la muerte de Felipe II, descubiertos por mi distinguido amigo don José María Asensio, su inteligencia de diplomático y su corazón generoso le movieron también á reprobar primero lo que antes se hizo contra los sublevados, y á reconocer después que había acarreado á España una verdadera calamidad nacional.

Esto era Cervantes como militar, como oficial de marina y como diplomático.

Luis Carreras.

¡VIVA LA CATALINETTA!

I

– ¡Paco, querido Paco del alma!

– ¡Carísimo Ramiro!

– ¡Tú por aquí!

– No, todavía sigo por allí, ¿no lo ves?

– ¿Empezaron las bromas?

– Bien, dispensa pregunta tan española, y antes de continuar, subamos. Estoy aquí en el hotel de París; dentro de pocas horas continuaré mi viaje á Italia, y para que me digas qué ha sido de tí, quiero que comamos juntos, y mientras comemos, me contarás tus aventuras durante los seis años que hace que no nos hemos visto.

– Aceptado el convite; pero con una condición.

– ¿Cuál?

– Que hemos de comer donde quieras, menos en ese maldito hotel.

– Como gustes, pero creo que en ningún otro nos servirán mejor.

– No digas eso por Dios; en ese endiablado hotel tienen la mala costumbre de presentar la cuenta inmediatamente después de comer, lo cual corta la digestión, y además, he tenido algún disgusto con ese italiano. Está demasiado bien educado; todos los días viene á mi casa ó al cuartel á exigirme le pague una miseria; dos ó tres mil reales que consumió una pobre muchacha de la que me declaré protector.

– ¿Alguna virtud trasnochada?

– No, no lo creas, una muchacha, que de las tres condiciones que ha de reunir toda mujer, tenía dos, era buena y bonita, pero no barata, y sino dígalo por mí ese italiano, cuya nacionalidad he cambiado, convirtiéndole en *inglés.*

– Veo que á pesar de tu edad y tu posición, no has cambiado.

– Ni cambiaré jamás; los ingleses nos arrebataron á Gibraltar, y yo, español de pura sangre, quiero vengarme y se lo estoy arrebatando poco á poco; pero chico, no puedo con ellos, me agobian.

– Siempre el mismo.

– «Naturalmente:» lo que entra con el Capillo...

– Ya sacas á relucir un trozo de comedia ó drama, pues te contestaré con el mismo.

– «En lo que toca al bolsillo, es malo ser consecuente.» Pero dejémonos de charlas, guía al restaurant que quieras y allí hablaremos hasta las nueve, hora en que sale el tren.

– Pues bien, vayamos al restaurant americano, la dueña me seduce, es una barbiana que me tiene *chiflé.*

– Buen francés.

– De la *camame,* de la *camame* puro.

II

– Ya es hora, lector mío, de que te describa á estos dos personajes, y aprovecharé para ello el tiempo que emplean en llegar al restaurant á donde les seguiremos, y por su conversación que hemos de escuchar, formarás completa idea de sus caracteres.

Paco Rovira, hijo de un conde arruinado, es alto, moreno, de ojos vivos, de barba negra y muy presumido, siendo como vulgarmente se dice un buen mozo. Por consideración á su padre le hicieron alférez de gracia, pues él en su vida estudió en más libro que en el de las cuarenta hojas, y en el corazón de la mujer, lo cual no es poco estudiar. De carácter alegre y decidor, no es lo que generalmente se llama un mal corazón, pero sí uno de esos hombres que no le tienen, y cuya ligereza causa con frecuencia irreparables males, cuyas consecuencias no se pára á meditar, pues para él el mundo es un sainete.

Arrojado y valiente, ha llegado á ser á los treinta años teniente coronel de caballería, y tiene el pecho lleno de cruces, que ha ganado en la guerra civil última y en la campaña de Cuba.

Ramiro, es de estatura regular, pálido, de fisonomía simpática, de ojos muy grandes y algo tristes. Es médico, con sus ribetes de filósofo y pensador. De gran talento y muy estudioso, ha conquistado una envidiable posición y un nombre conocido ya en Europa, á pesar de sus pocos años, pues no cuenta más que veintiocho.

Pero dejémonos de descripciones más detalladas; hemos llegado ya al restaurant americano, y como antes he dicho, escuchando la conversación de nuestros amigos les conocerás mejor que si te los describiese.

III

– Pepe.

– Señor...

– Supongo, Ramiro, que dejarás que disponga la comida, y que tu estado financiero te permitirá que pida á mi gusto y cuanto desee.

– Pide cuanto quieras.

– Pues mira, Pepe. En primer lugar procede, cuatro ó cinco docenas de ostras de Marennes y una botellita de Sauterne, no comprendo las ostras sin Sauterne; después... vaya, quiero ser económico, no quiero abusar de tí; nos sirves un cubierto de tres ó cuatro duros, ¿eh? anda, date prisa. ¡Ah! espera. ¿Qué vino te gusta más, Saint-Julien, Chatteau Margaux ó Chatteau Laffite? dí, generoso anfitrion.

– El que tú quieras.

– Pues mira: trae Chateau Laffite. Ya verás, Ramirito, qué opípara comida; pero no va á ser muy alegre por lo mucho que siento que te vayas esta noche y no poder devolverte el convite; por más que, aunque no te marcharas, tampoco podría, pues ya ves, estamos á cinco del mes, y los que vivimos de un mezquino sueldo, á esa fecha ya no tenemos dinero.

– Pero hombre, á cinco, ¿y ya no tienes dinero? ¿qué haces de tu paga de teniente coronel?

– No lo sé; es decir, sí lo sé; la ruleta del casino es un abismo sin fondo. ¡Oh! pero ahora he descubierto una combinación, con la cual me voy á hacer rico. Figúrate que juego veinticinco tantos de á peseta ó de á duro, á pares; diez á una docena...

– No te molestes porque...

– ¡Ah! sí, se me olvidaba, que eres un ignorante, no sabes jugar á nada; pero en fin, no importa, una combinación segura. Hace cuatro días me puse á jugar, y dí el

primer golpe, y el segundo, y al tercero á tierra, y...

«Tierra vieron al rayar el día.»

– Me haces reir con tus citas, y sobre todo con tus combinaciones, que dan con tu dinero en *tierra*.

– Te diré, te diré; eso fué por mi mala suerte, pero te aseguro que ganaré, vaya si ganaré, si es fijo, si es tan cierto

«Como que hace dos horas
estaba muerto.»

– ¿Quieres hablar con formalidad, lo cual vale tanto como decirte que calles, hablador sempiterno?

– ¿Ya das también tú en la manía de llamarme hablador? es la manía de todos. Mis compañeros de última hora en el casino han dado en lo mismo, y estoy convencido de que no tienen razón. Si se lo llamaran á un alférez de mi regimiento. Ese sí que es hablador, ¡es mi mayor enemigo! En fin, podía decirte de él:

«Sirve en mi cuerpo un alférez
que es hablador furibundo,
y se llama D. Facundo
Valentín Pérez y Pérez.
No hay poder hablar con él.»

– Basta, por María Santísima, de versos; ya me has citado de *El nudo gordiano*, de *La Marcela*, y qué sé yo qué más. Díme, ¿cómo tienes esa memoria?

– Ya sabes mi afición al teatro; recordarás que cuando tenía diez y ocho años me escapé de mi casa y me fuí contratado con unos pobres cómicos que iban haciendo comedias por los pueblos. ¡Qué gran temporada aquella!

Es una desgracia la mía; á todo tengo afición: á las mujeres en primer lugar; al juego, al vino, al teatro, y á la caza. ¡Oh! ésta es una gran diversión.

– Pero hombre, si tú no has sido nunca cazador, estás poco ágil.

– ¿Y qué tiene que ver eso? yo no soy cazador de escopeta, cazador pedestre; soy cazador de verdad, me gusta correr liebres; si vieras qué perro tengo... un galgo, por el cual me ofrecen cien onzas!.

– ¿Te tiro de la levita, Paco?

– No; no tires, lo puedo probar.

– Bien, no te incomodes; y sobre todo, no me hables de caza, sabes que no me gusta.

– Y díme, Ramiro, aun no me has hablado de tí; ¿á qué vas á Italia?

– Voy á un hospital de Nápoles á estudiar un sistema que ha descubierto el director para curar la tisis. Sabes que es mi manía; quisiera librar á la humanidad de esa terrible enfermedad. Cuántos infelices, cuántos...

– ¡Ay, ay! te vas á poner á llorar y á meditar, no estoy dispuesto á escucharte. Aborrezco los asuntos tristes. Mira, apura esta copa, yo beberé esta otra y aunque he bebido muchas,

«Mientes si piensas que al asirla dude
Medroso el corazón, débil la mano...»

– ¿De dónde son esos versos?

– De *Sancho García*, por cierto que me acordaré toda mi vida de la última vez que ví ese drama en Barcelona. Conocí aquella noche en el Teatro Principal á Remedios, una rubia, chico, ¡qué rubia! preciosa, monísima de veras, pero qué genio, insufrible, celosa como un turco y exigente como un acreedor; si no hubiera sido por ese defecto, aun continuarían mis relaciones con ella, pero acabó por hastiarme; pasaba su vida llorando y doliéndose, porque decía que yo la había villanamente seducido y deshonrado. ¡Has visto estupidez semejante! Y yo hubiera pasado por todo, pero se mezcló su madre en el asunto y vino á buscarme y á quejarse porque la niña se escapó de su casa conmigo. Y yo la escuché con paciencia, y devolviéndole la hija la recomendé que en lo sucesivo la vigilase. Según tengo entendido, al presente ya hay quien haya reparado lo que dieron en llamar mi falta. La celosa Remedios es ahora mujer de un *honrado* comerciante catalán. Pobre hombre, pasará su vida vigilando á su mujer, cuando la vigilancia la necesitaba ella antes de casarse.

– Y díme, Paco, ¿no te remuerde la conciencia por eso? Es posible que tomes cosas tan serias y de tanta importancia, así tan á la ligera?

– ¡Empiezas tus sermones!

Tú siempre tan mojigato,
Que te colgaba el retrato,
Si no fueses mi pariente.

Y te llamo pariente, porque hoy haces la *primada* de convidarme á comer. Y si no quieres que riñamos, hazme el favor de no reprenderme ni hablarme de moral; creo que el hombre más moral es el que más se divierte; la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Y hablando de otra cosa, ¿sabes que ahora pienso marcharme á Filipinas? he visto América y quiero ver á Oceanía. Europa, el viejo continente me disgusta; aquí no sabemos vivir. ¡Qué país Cuba, chico, qué negritas! y sobre todo ¡qué mulatas! Y eso que allí no me he divertido mucho, porque he pasado los cuatro años que allí he vivido, en la *manigua*, persiguiendo aquellos condenados insurrectos. Mira, iba yo un día mandando mi guerrilla cuando...

– Signore...

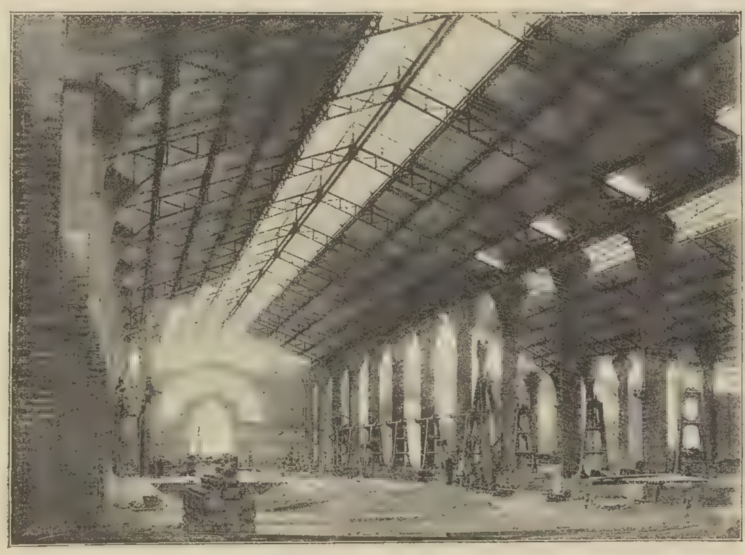
– Tienes mucha suerte, Ramirillo, han venido á interrumpirme, si no, ya tenías manigua para rato; me ha dado la manía de hablar siempre de Cuba; no te digo más, sino que mis compañeros me llaman el guágiro...

– Signore...

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



LA HADA DE LA SALA DE MAQUINARIA



GALERÍA EN LA SALA DE MAQUINARIA CON FUERZA MOTRIZ
(De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

– ¿Otra vez? ¡Ah! ¿eres tú, Catalinetta? Mira, entra; quiero que te conozca este amigo. – Vas á conocer á una napolitana de diez y siete años que aunque algo sucia y abandonada es preciosa. Hace ya algún tiempo que la persigo; pero chico, es una virtud, una Artemisa; mas

«Las torres que desprecio
al aire fueron,
á su gran pesadumbre se
rindieron.»

– Díme, Catalinetta; pero tú no debes llamarte así; ¿cómo te llaman?

– Rossina, signore

– ¿Rossina? Bravo, como el Barbero de Sevilla. Tú no tendrás un tutor que se llame Don Bartolo, y yo no podré proporcionártelo; pero en cambio me comprometo á ser tu Lindoro, por otro nombre Almaviva.

– Deja esta pobre muchacha. Rossina, toma estas dos pesetas y vete.

– No, no; antes de marcharte es preciso que bebas esta copa de Champagne y que bailes un poco. Verás qué gracia tiene.

– Hombre, tal vez no haya comido esta pobre niña durante todo el día y quieres que beba Champagne.

– Pues precisamente porque no ha comido, quiero que beba; esto la alegrará.

Rossina era una de esas pobres muchachas á quienes la miseria arroja de su país y que como las golondrinas, vienen á España al llegar la primavera. Era algo más alta que baja, ojos grandes y azules, esbelta, delicada, macilenta pero lindísima; pálida de color, tristeza en los ojos, sonrisillas melancólicas en sus rosados labios é inocencias de niña en todo el rostro angelical. Vestía un trajecillo de vivos colores remendado por tantas partes que parecia tablero de ajedrez; cubría su diminuta cabeza graciosa toca adornada con cintas; colgado al cuello llevaba un acordeón, del cual sacaba unas cuantas notas ratoneras con las cuales acompañaba esa monótona canturria de las italianas, interrumpida por los gritos de: ¡Viva la Catalinetta! ¡Chunga la Vicentina! al mismo tiempo que bailaba de un modo incomprensible para una gitana nacida al pié de las Alpujarras.

Paco hacía algun tiempo que requería de amores á la abandonada italianita.

Rossina habíase enamorado de la varonil hermosura de Paco.

Aquella noche, el perfidia, el engaño, las falsedades, el amor y el Champagne desvanecieron para siempre las inocencias del rostro antes candoroso de la infeliz Rossina.

Ramiro no pudo salvarla.

IV

Ha transcurrido un año. Nos hallamos en Nápoles, y si me sigues, lector complaciente, por las calles de Z, iremos á parar al hospital de la ciudad en donde encontraremos á un antiguo amigo. Ramiro está hablando con el célebre doctor D'Arnesano.

Escuchemos.

– No tengo esperanza de salvarla; ¡pobre niña! El alumbramiento se acerca y la calentura que produce la tisis la debilita de tal modo, que no podrá resistirle.

– Quisiera verla, doctor.

– Entremos en la sala.

– ¿Qué tal, Rossina? No contesta, está dormida.

– No señor; no duermo, soñaba que estaba en España.

– Pues mira, aquí hay un español.

– Sí; un español que cree conocerte. ¿No estabas hace un año en M....?

–Sí; también yo le reconozco. Vd. es un amigo de Paco.

–¿De Paco Rovira? Comí con él el día que te conocí.

–Pues cuando vuelva usted á España, decidle que he muerto y que le perdono.

–¡Que le perdonas! ¿Pues en qué te ofendió?

Rossina no pudo contestar; un fuerte dolor la desvaneció y sólo pudo lanzar un agudo quejido.

–Llegó el parto –dijo el doctor. –El delirio se apodera de Rossina.

–¡Paco, Paco del alma, te amo! ¿Por qué me abandonaste? ¡Mi hijo! ¡Tu hijo! ¡Qué horror! ¿Me propones que vaya á esa casa? ¿Qué te he hecho...? Adiós, no te veré más. Sí, sí; quiero verte.... ¡Paco! ¡Paco! No vayas con esas mujeres... Mátame... Estás malo; estás borracho... ¡Ay, ay! ¿por qué me pegas?...

. . . .

–Todo lo adivino, doctor; ese Paco es un infame. ¡Pobre niña!

Ramiro y el doctor lloraban. Rossina dió á luz un niño muerto. Pidió que le entregaran á su hijo y como no se lo llevaron se abrazó á una almohada á la que prodigaba amantes palabras y caricias y mecía entonando una triste canción.

¡Hijo mío! Tú te llamas Paco. ¡Cuán contenta estoy! tengo algo suyo, quiero bailar y cantar.

Trató de incorporarse; Ramiro la sujetó. Ella en su delirio siguió cantando hasta que quedó muerta en los brazos de Ramiro. Las últimas palabras que pronunció fueron: «¡Viva la Catalinetta!»

RICARDO REVENGA



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



UMBRÁCULO DESTINADO Á EXPOSICIÓN DE PLANTAS ESPECIALES EN EL RECINTO DE LA EXPOSICIÓN
(De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

NOTICIAS VARIAS

AMÉRICA CENTRAL. – Cuarenta ingenieros, geómetras y dibujantes han partido de Nueva York para Greytown con el objeto de fijar definitivamente el trazado del canal del Nicaragua.

Tendrá el canal siete esclusas, cuyos extremos serán los puertos de Brito en el Pacífico y de Greytown en el mar de los Caribes (Atlántico).

La travesía de un Océano á otro exigirá treinta horas.

El gasto total de la construcción será de 341.250,000 francos, incluso el 30 por 100 para imprevistos.

Una publicación oficial reparte la población de Colombia de la manera siguiente:

DEPARTAMENTOS.	POBLACIÓN.
Boyaca.	483,874
Cauca.	435,690
Santander.	423,427
Cundinamarca.	409,602
Antioquía.	365,974
Bolivar.	300,000
Tolima.	230,821
Panamá.	220,600
Magdalena.	82,255
Total.	2.955,243

Las fortificaciones de Cartagena de las Indias, Estado de Bolivar, nos costaron á los españoles la enorme suma de 1,180.000,000 de reales.

MÉJICO. – El senado de Méjico acaba de aprobar el proyecto de ley presentado por el gobierno para la naturalización de los extranjeros.

En el término de ocho meses, los extranjeros que tengan hijos nacidos en el país ó que en él se hayan hecho propietarios deben declarar si quieren conservar ó no su nacionalidad.

A falta de declaración, y en virtud de esta nueva ley, serán considerados como tales mejicanos.

Estas medidas tienden sin duda á influir contra la anexión del Norte de Méjico á los Estados Unidos, á consecuencia de la aglomeración de los inmigrantes anglófonos; pero no son á propósito para favorecer la inmigración europea.

CAMBIOS DE NIVEL EN LA COSTA MERIDIONAL DE INGLATERRA. – El periódico inglés *Cielo y tierra* ha dado provechosas explicaciones acerca de los movimientos de la costa de Inglaterra. De tiempo atrás, dice, venía fijándose la atención sobre los desniveles ocurridos en la costa meridional de la Gran Bretaña; pero los movimientos han sido tan complicados, por desgracia, que no se había adelantado un paso en su explicación, pues no había satisfecho la que se daba fundándolos en la variación del nivel del mar. La opinión que M. Gardner ha dado en los últimos números del *Geological Magazine* sostiene que toda la costa se halla en movimiento. En muchos parajes se han encontrado bosques sumergidos á 20 metros bajo el nivel del mar; en Pentuan se han descubierto huesos humanos á 12 metros más abajo que la altura de las aguas en pleamar; en Carnon todavía á mayor profundidad, á cerca de 20 metros, y la isla Wight no se ha separado del suelo inglés sino después de la era cristiana. Pero donde se descubre principalmente este movimiento es en la costa de Cornuailles, en la que el mar ha ganado terreno á la tierra firme. En otros lugares, como, por ejemplo, en Poole, la ciudad se halla edificada en un sitio en que las aguas se encontraban hace setenta años á mayor profundidad; por el contrario, en cuarenta años, de 1785 á 1825, el mar ha invadido las dunas próximas á Poole en una extensión de más de 900 metros. El condado de Kent parece que se va elevando; el de Sussex se levanta por un lado y se hunde por otro, y los condados más occidentales se hunden también.

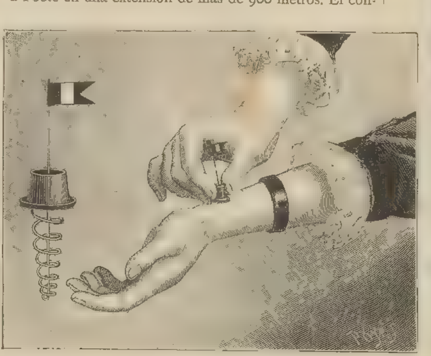


Fig. 1. – Esfigmógrafo de alambre

LA CIENCIA PRÁCTICA

ESFIGMÓGRAFOS ECONÓMICOS. – Para hacer ostensibles á nuestra vista los latidos del pulso ó del corazón se hace uso de aparatos llamados esfigmógrafos, que suelen ser marcadores, como el del doctor Marcy: son aparatos muy delicados y de crecido precio. Pero hemos visto en varias exposiciones un aparato de pequeñas dimensiones, cuyo precio es sumamente módico (25 cénts.), el cual da indicaciones suficientes en la mayoría de los casos. Está formado por un delgado alambre de latón replegado en espiral, dejando recta una parte de su longitud, que lleva á su extremo un banderín; la última espira está soldada á una especie de sombrerete ó cortadillo de metal (fig. 1).

Para servirse de este aparato basta apoyarlo, como indica nuestro grabado, en la arteria cuyos latidos quieran verse, y la parte recta del alambre que sostiene el banderín oscilará al momento de una manera sensible. La amplitud y frecuencia de las oscilaciones varían necesariamente con las personas sometidas al experimento.

Si se tratara de hacer ver las oscilaciones á un numeroso público, bastaría para ampliarlas bastante dar mayor longitud al alambre rectilíneo, condición que generalmente suele ser difícil de conciliar en la práctica.

Pero M. A. Good indica una solución muy ingeniosa, que consiste en sustituir la varita material con un rayo luminoso que venga á trazar en la pared ó en el techo de un aposento oscuro los movimientos del pulso (fig. 2). Este rayo luminoso, pasando por un orificio de las puertas ó ventanas, ó proviniendo de otra manera artificial dispuesta para el caso, viene á herir un espejito, fijo á la muñeca del brazo con una cinta de gutapercha, y siguiendo las leyes de la reflexión va á formar una imagen en el techo. En virtud de los imperceptibles movimientos que el pulso imprime al espejo, pueden seguirse las oscilaciones del rayo reflejado, como las de una varita rígida, y se ve desviarse la imagen del techo con más ó menos rapidez, según la frecuencia del pulso de la persona que se presta al experimento.

En los hospitales suele emplearse un medio análogo para hacer visibles las pulsaciones, pegando una ligera tira ó cinta de papel á la arteria que haya de estudiarse.



Fig. 2 – Esfigmógrafo de espejo

Con el aparato que representa la fig. 1, y que es enteramente metálico, es fácil hacer sensibles los movimientos de la arteria al oído de una ó muchas personas. Basta para ello soldar ó ligar un alambre de cobre al sombrerete de la espiral y luego adherir este alambre á uno de los polos de un elemento Leclanché; el otro polo de este elemento se une por medio de otro alambre á una vírgula de latón fija con un brazalete de gutapercha al brazo del paciente en una posición determinada, para que á cada oscilación la varita que sostiene el banderín venga á tocar en ella. Interponiendo un teléfono en el circuito así formado, se oye un golpe seco en el instrumento á cada pulsación.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 16 DE ABRIL DE 1888 — NÚM. 329

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

La bendición de las obras en el Palacio de la Industria

El domingo 1.º de abril tuvo lugar esta ceremonia, á la cual el Prelado de la Diócesis, de concierto con el Ayuntamiento, revistió de la solemnidad que la Iglesia imprime á tales actos. El obispo, asistido del Cabildo Catedral, revestido de pontifical riquísimo y sus asistentes de relucientes capas pluviales, bendijo á la una de la tarde los trabajos ejecutados y rogó á Dios por la prosperidad de la Exposición barcelonesa. Asistieron al acto las autoridades, cónsules extranjeros, vocales de la Junta con el Sr. Comisario regio al frente, corporaciones, representantes de la prensa y los demás invitados oficiales de costumbre en esta clase de ceremonias.

A pesar de todo, el acto tuvo poca resonancia, quizás porque el mismo atraso de las obras bendecidas hace que el público no se ocupe todavía con grande interés de lo que sucede en el interior de unos edificios que contendrán toda una Exposición Universal dentro de pocos meses; pero que hoy por hoy no pasan de ser una obra en curso de ejecución.

LOS PERIQUITOS, cuadro de María Laur

Conozco esos hermosos pájaros, los he tenido años enteros en mi compañía, me he solazado contemplando sus hermosos colores verde, negro y blanco, y he sido testigo de las caricias que se prodigan, dignas del nombre de *inseparables* con que son conocidos, por más que la experiencia me ha demostrado no ser exacto. A los periquitos puede aplicarse, como á los hombres, lo de: *A muertos y á idos...*

La autora los tiene bien estudiados: este cuadro pudiera estar firmado por Giacomelli.

Pescadores sorprendidos por la tormenta en el lago de Chiem.—Cuadro de José Wopfner

¡Cuán poético es el lago de Chiem, el mar bávaro como se le llama en el país, y cuán pintorescamente lame los enhiestos Alpes!

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



LA BENDICION DE LAS OBRAS EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos.)

Lo cual no quita que algunas veces la tempestad agite sus románticas aguas y que el encantador idilio termine en tragedia. La abundante y sabrosa pesca que de él se retira proporciona el alimento necesario á los habitantes de sus orillas é islas, y todo sería apacible junto al lago de Chiem sin las pesadas bromas que hemos dicho permitirse con los pescadores. Los de nuestro grabado, sin embargo, no parecen dar gran importancia al temporal, según la tranquilidad de la valiente remera de á bordo. Quizás los ojos de esa muchacha sean más peligrosos que los efectos de las olas; hay corazones mucho menos resistentes que la más frágil barquilla.

UN SER FELIZ, cuadro de Schlabitz

¿Quién dijo que la felicidad consiste en la riqueza? He ahí, en nuestro grabado, un tipo que desmiente esta falsa opinión.

Sin más patrimonio que la tranquilidad de su conciencia, sin otros bienes que el forraje penosamente recogido y hacinado en pesada cesta, olvidado del ayer, tranquilo respecto de hoy y sin preocuparse del mañana, calzado con gruesos zuecos, pobremente vestido y sin duda no muy opíparamente alimentado, risueño el semblante y metidas las manos en los bolsillos como quien está seguro que no ha de caérsele de ellos ninguna moneda de cinco duros; parece nuestro joven burlarse de las grandes preocupaciones de la humanidad y decir para sus adentros: – El mundo es mío... ¡Quién más feliz que yo!

Y así es la pura verdad. ¡Cuántos Cresos estarán privados de ver reproducidos en los tallados espejos venecianos de sus salones, el contento, la satisfacción, la felicidad que á ese hijo del bosque le será dado contemplar con solo inclinarse sobre el límpido arroyo, en cuyas frescas aguas apagará su sed!...

A la vista de ese lienzo, dice el más sibarita: – ¿Será verdad que el hombre verdaderamente dichoso no tiene camisa?...

Un almuerzo de familia en el Harém del Cairo, cuadro de Bridgman

Pocos asuntos han dado lugar á tan fantásticas descripciones como el asunto del harém oriental. Poetas y pintores han querido rasgar el velo que oculta á los curiosos los secretos de ese pretendido palacio de la voluptuosidad, que en definitiva resulta ser, á lo que parece, un centro de discordias mujeriles y de intrigas palaciegas. La legión de eunucos feroces que velan á la puerta de esos lugares se interpone entre la realidad del serrallo y las miradas de los curiosos; pero estos no quieren darse por vencidos y de aquí la reproduccion hasta lo infinito de escenas que probablemente sólo han tenido lugar en la mente del artista.

El que acomete, como Bridgman, la pintura de una de esas escenas, basa su obra en datos y cálculos de simple probabilidad y no es poco conseguir si los antecedentes adquiridos dan lugar á un cuadro en que la verdad sea igualmente probable. Esto es lo presumible en la obra que reproducimos y que representa un almuerzo de familia en el harém del Cairo. La composición es agradable y en sus detalles revela que el autor está bien enterado de las costumbres que pinta. La incómoda mesa y los no menos incómodos asientos que parecen dispuestos para una familia de liliputienses, el pedazo de pan y el cántaro de agua correspondientes á cada comensal, el aventador con que la sierva espanta á los mosquitos, tan abundantes en esas regiones, la esclava que sirve, el eunuco que espía y guarda; todo demuestra que el artista, á falta *de ver* lo que ha pintado, ha procurado enterarse de ello concienzudamente.

Las comidas orientales son más que sobrias entre las clases inferiores; pero las gentes ricas se hacen servir muchos platos sin orden ni concierto. Las mujeres del Serrallo, por lo mismo que nada tienen que hacer, son bastante dadas á la gula, y á esto y á la falta de ejercicio se debe la obesidad que desde jóvenes las caracteriza y que en esos países es tenida como el complemento de la belleza.

EL CIRCO TAURINO, dibujo de R. J. Contell

El espectáculo nacional ha dado mucho que hacer á dibujantes y pintores, y no hay que decir, por tanto, cuánto malo y cuánto bueno se ha producido en esta clase de asuntos. Los extranjeros, que nos califican de bárbaros porque lidiamos toros, lo cual no impide que soliciten con empeño los más caros tabloncillos de la contrabarrera, son los primeros adquisidores de esos cuadros. En el de Contell las figuras de los lidiadores están bien trazadas individualmente, pero en su conjunto adolecen de cierta igualdad monótona, hija principalmente de *la suerte* que tiene lugar en el redondel. En los tendidos ha empleado el artista manchas de colores vivos y variados con habilidad suma, pues ha conseguido dar una idea de la abigarrada multitud que los puebla y del movimiento que reina en estos espectáculos.

EL MAYOR ELECTRO-IMÁN DEL MUNDO

En la Escuela de aplicacion de Willett's Point, cerca de Nueva-York, se ha hecho un curioso experimento de electro magnetismo bajo la dirección del mayor del cuerpo de ingenieros, comandante de la escuela W. R. King.

Hace algunos meses, un oficial del ejército americano, que tenía á su disposición dos cañones viejos, tuvo la idea de liar á cada uno de ellos un rollo de alambre telegráfico, y unir las recámaras por medio de ruedas inservibles, realizando así á poca costa uu fenómeno electro magnético como no se habia visto hasta ahora. Cada cañon pesaba 23,000 kilogramos y se le arrollaron seis kilogramos de alambre conductor: la corriente le fué suministrada por una dinamo de 35 caballos, que sirve ordinariamente para el alumbrado eléctrico.

La fuerza de atraccion de este aparato medida en el dinamómetro no es menor de 9,000 kilógramos: tiene suspendida una fila de cuatro balas de 150 kilogramos cada una y si se acerca una caja llena de clavos, son estos atraídos á la distancia de algunos pasos y van como granizo á adherirse á los proyectiles

Se ha observado tambien que el fluido magnético era repulsivo dentro del cañon, de manera que un fragmento de hierro dulce colocado en el ánima, es proyectado primero hacia fuera y luego vuelve á adherirse á las paredes de la boca.

La afición de los americanos á todo lo grande se ha probado otra vez más en este esperimento verdaderamente colosal.

SAN FRANCISCO DE ASSIS
estatua de Francisco Morales González
Profesor de la Escuela de Bellas Artes de Granada

Para apreciar en todo lo que vale esta preciosa obra escultórica, para estimar debidamente la feliz reproducción de ese tipo sublime de la humildad, la pobreza y el amor á la patria, es necesario tener en cuenta la historia del célebre fundador de los *Minoristas*, á quienes sus contemporáneos calificaron de amantes y paladines de los pobres.

Francisco Bernardone, natural de Assis, aldea italiana próxima á Perusa, tuvo una juventud muy borrascosa, tan borrascosa que en edad temprana dió con él en la cárcel, donde pudo filosofar á sus anchas sobre la caducidad de las cosas terrenas. Ocurría esto á principios del siglo XIII: el joven disoluto salió de la prisión completamente transformado. Sus amigos de aventuras no acertaban á explicarse el cambio de Francisco.

– Oye, – le dijo uno de ellos, – ¿será que piensas en casarte?

– Mucho que sí, – contestó el futuro santo, – y la esposa que he escogido es de tal naturaleza que no existe otra más noble, más rica, ni más hermosa.

La esposa escogida por Francisco era la pobreza. El célebre Giotto ha inmortalizado en un fresco las bodas místicas de Francisco.

Desde aquel punto empezó para el joven una vida tan extremadamente distinta de la anterior, que ni él mismo comprendía los impulsos de su ánimo, hasta que tropezó con aquel precepto evangélico que dice: «No contenga vuestra bolsa oro, ni plata, ni moneda de ninguna clase, ni os proveais de saco, ni de vestiduras, ni de zapatos, ni de baston siquiera.»

Insiguiendo esta máxima, vistió su cuerpo con la grosera túnica gris de los labradores de los Apeninos, ciñósela con una áspera cuerda, calzó unas toscas sandalias y sin apoyarse siquiera en un cayado, emprendió su peregrinación por Italia, predicando la buena nueva y obteniendo en todas partes tan ópimos frutos que, hoy por hoy, se le considera por algunos como el precursor de la idea político social que, andando el tiempo, ha reconstituído la unidad italiana sobre los escombros de la Italia feudal.

Todo esto ha debido tener presente el profesor Morales en la interpretación de su San Francisco. Reune éste cuantas condiciones son de exigir: su demacrado rostro no está aún exento de la antigua belleza; su actitud fervorosa expresa perfectamente las sensaciones de su alma que se espacia por nuevos y más vastos horizontes; en su mirada, absorbida por la cruz, el misticismo del creyente no ha destruído por completo el fuego del patriota.

La estatua del Sr. González es digna de su reputación, muy legítimamente adquirida.

PALACIO DE HIELO EN SAN PETERSBURGO

Era en el año 1740 cuando M. A. Golitzin, bufón de la corte imperial rusa, tuvo la natural, pero en él tristísima ocurrencia, de unirse en matrimonio con Kalmuka Awdotja Bushaninow. La gente palatina se desternilló de risa considerando que un bufón se proponía hacer lo que un hombre, y la emperatriz Ana Ywanovna, interpretando los sentimientos de sus cortesanos, ordenó que se construyera con toda prisa y á toda costa un palacio de hielo para morada nupcial de la famosa pareja. Disposición tan inhumana tuvo cumplimiento, y los novios hubieron de pasar la noche de bodas en aquella helada mansión, cuyos centinelas habían recibido la bárbara consigna de impedir á todo trance la salida de Golitzin y de su esposa, que en vano imploraron piedad á unos soldados, cuyo corazón era de igual materia que las paredes del palacio de hielo.

Los planos y dibujos de esa rara construcción han sido recientemente descubiertos por el arquitecto de Moscou Alejandrow, y ateniéndose á ellos se ha construído, durante el último invierno, el palacio cuyo aspecto y detalles reproduce nuestro grabado, sin que, en el edificio ni en sus accesorios, haya entrado otro material que el hielo, inclusas estatuas, cañones, muebles, en una palabra, el continente y el contenido. Los testigos de vista aseguran que no cabe decoración tan espléndida y fantástica como la de ese palacio, alumbrado por luces de bengala y poderosos focos de electricidad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

TÍTERES EN EL CONVENTO, cuadro de E. Blaas

El autor de este lienzo, hijo de un profesor vienés, es el pintor predilecto de la aristocracia y de las damas venecianas. Su cuadro de los títeres está perfectamente concebido y ejecutado, siendo su alcance artístico superior á lo superficial del asunto. Las representaciones de esos primitivos *fantoches* revisten siempre la misma forma; su argumento es inalterable: Polichinella es un pícaro redomado que maltrata á su mujer y á sus hijos, rompe la cabeza á su suegra y da de palos al juez y á los alguaciles; hasta que viene la muerte, da cuenta de él y el diablo se encarga de cambiarle de domicilio.

Este asunto, sin dejar de tener aquella moralidad que inspiró la primitiva leyenda de D. Juan Tenorio, produce distintas sensaciones entre las educandas del convento, desde la risa, la sorpresa y el espanto en las menores, hasta el más absoluto fastidio en las casaderas. Esta difícil gradación de impresiones la ha obtenido Blaas por completo, y su obra, expuesta en la *Mostra nazionale* de Venecia, mereció á su autor el unánime aplauso del público y los mayores elogios de la crítica.

EL HOMBRE DE ESTADO (1)

POR DON EMILIO CASTELAR

He ahí uno de los tipos, que más en el mundo cambian y que toman aspectos más varios de las circustancias y demás medios ambientes, en que nacen y crecen. Un filósofo puede aparecer como ideal abstracción, fuera casi del tiempo y del espacio, sin atención á lo que ocurre á su alrededor; entregado, como sacerdote de lo infinito y de lo eterno, á la contemplación mística del puro é incondicionado pensamiento. Pero el político nace para cumplir sus ideas ó las ideas de otro, realizándolas en breve período de tiempo y conteniéndolas dentro de las estrechas fronteras de un limitado espacio. Por consiguiente, su ministerio nace de necesidades circunstanciales y va derecho á la realidad impura y concreta, como necesitado de apreciar, más que los ideales purísimos, lo eventual y transitorio.

Con solo mirar el mundo y la vida, encontráis en ella tipos correspondientes á la oposición natural entre los estadistas y los filósofos: teoría los unos y práctica y realidad los otros. Por regla general, todo matemático sobresaliente en cálculos abstractos no aplica estos cálculos á la realidad y no resulta en la vida ni un gran mecánico ni un excelente ingeniero. El hombre mayor en las ciencias físico-matemáticas, el que supo deducir de la caída de una manzana verdades tan profundas como exactas, el que dió el binomio y averiguó la gravedad universal, Newton, cuyo entendimiento no tropezaba con ningún misterio en la inmensidad de los espacios, tropezaba, nervioso y tímido, amedrentándose y retrocediendo, con cualquier objeto en la realidad concreta de la vida. Yo he visto muchos médicos sabedores de las más altas teorías, que han estudiado el organismo nuestro y los humores por el organismo derramados, hasta el extremo de convertir la fisiología, con los milagros de su observación prolija, en una ciencia cuasi exacta; yo los he visto desconocer por completo, ante una enfermedad á veces ligera, el remedio y aun el diagnóstico por los médicos más romancistas conocidos y apreciados, en virtud de una larga é instructiva experiencia. El hombre de estado, pues, se parece al médico práctico que conoce las enfermedades sociales por los experimentos diarios y no por los estudios científicos.

¿Quiere decir esto que deban despreciar y desconocer los estadistas las teorías puras y las ciencias abstractas? De ninguna suerte. Casualmente, si hay profesión que pida universalidad de conocimientos y riqueza de ideas, es la profesión de dirigir los pueblos y de organizar los estados. Quien personifica y encabeza una sociedad en cierto período de tiempo, ha de conocer en su conjunto las necesidades sociales; y para conocerlas, ha de estudiarlas en las más opuestas y á veces más contradictorias ciencias. La sociedad, abreviado universo, tiene algo de la riqueza infinita y de la variedad múltiple que tiene le naturaleza. Elevándoos un poco á las alturas, descubriréis junto á las cúpulas que parecen oraciones condensadas, las chimeneas despidiendo el humo de la hulla que significa y representa el trabajo moderno; junto al cuartel donde las armas resuenan y los caballos de combate relinchan, las dehesas donde abre á la vida los surcos de la tierra el arado y muge uncido á la yunta el buey, mientras la paloma doméstica desciende al bebedero y canta en los corrales el gallo madrugador; junto á las obras de arte, creaciones ideales de la divina inspiración que acerca lo invisible al mundo y puebla de rosas místicas y de ángeles increados las tristes asperezas de nuestra vida, las cotizaciones, los valores, los cambios, la bolsa llena de afanados agentes, el bufete de los cálculos, el mostrador de las ventas, el mercado de las transacciones; junto á la universidad que despide y exhala ideas, y la sapientísima academia que parece un senado de patricios espirituales ¡ay! la ignorancia del pobre pueblo, la zahurda del gitano maldito, la taberna de la embriaguez embrutecedora, los antros donde se olvida la conciencia y se aprende el crimen: contradicciones, que obligan al estadista con perentoria obligación á conocer desde los ideales del arte hasta los trabajos de la industria; desde los movimientos de los espíritus hasta los movimientos de los intereses; desde las escuelas, donde las nuevas inteligencias amanecen, hasta los presidios donde los criminales se pudren; desde las plegarias de la religión hasta los afanes de la bolsa; cuyos conocimientos, necesarios y saludables, respondiendo á nuestra doble naturaleza, ó no han de tener valor, ó han de participar de la idealidad y de la realidad para servir así á la ciencia pura como á la impura vida, en la precisión de atender á las inmanentes aspiraciones y á los fines transitorios de una sociedad y de una época.

Nada cambia tanto como el estadista. Los filósofos de los tiempos pasados se parecen á los filósofos de los tiempos presentes, como una gota de agua á otra gota de agua. Hombres de reflexión y estudio, dados á escribir y hablar, necesitan para sus meditaciones de cierta reclusión monástica, y para su apostolado y propaganda necesitan de sus discípulos, que forman el organismo conocido con el nombre de escuela, es decir, el cuerpo de la filosofía. Los dos tipos de la idea inmanente y de la idea trascendente, que Rafael trazó con su creadora mano en las estancias vaticanas, responden á una con sus sendos aspectos, varios y contradictorios; sacerdotal, como el idealismo, uno, y joven y robusto, como el naturalismo, otro, al concepto fundamental de los dos sistemas, el de la inmanencia y el de la trascendencia, que todavía se disputan, á guisa de contradicción irreductible, la autoridad y el dominio sobre los eternos senos del humano espíritu. Pero ¡cómo cambian los hombres de estado! Comparad á los primeros de la historia con los últimos, comparad á Moisés con Bismarck; y advertiréis la diferencia; mientras apenas advertiréis diferencia ninguna, si comparáis á Kant con Platón. Sacó Moisés á los israelitas del cautiverio de Egipto y sacó Bismarck á los alemanes del cautiverio de Austria; fundó aquél con un pueblo nuevo una nueva sociedad civil, y fundó éste con un pueblo viejo una nueva sociedad política. Dado el tiempo de una y otra obra, se da la razón de la diferencia esencial entre ambos extraordinarios estadistas. Todo en Moisés leyenda y religión, todo en Bismarck política y cálculo. El jefe de los hijos de Israel nace, como todos los redentores de pueblos, en la esclavitud y en la desgracia; su pobre madre lo confía, desesperada por haber parido un esclavo, al río de los misterios, en cuyas orillas, lejos de topar con las fauces del voraz cocodrilo, que se lo traguen y devoren, topa con el corazón de misericordiosas mujeres que lo salvan y lo educan. Desde tal hora todo es sobrenatural y milagroso en la vida legendaria de aquel hombre. Los mares se abren para dar paso enjuto á Israel y se cierran para sumergir á los perseguidores de Israel; las nubes del cielo se convierten por la noche oscura y callada en columnas de fuego y las piedras y las arenas del estéril desierto en pedazos de pan; las zarzas del Oreb arden, las cimas del Sinaí relampaguean y truenan, las áridas peñas fluyen, los ángeles celestiales bajan, la voz divina retumba: que todo eso y mucho más es necesario para fundar una sociedad en la infancia del género humano y de los comienzos y albores de la humana historia. Cambia por completo, la misma obra y el obrero mismo en nuestro siglo. Aunque Bismarck tiene algo de la leyenda militar por el casco puntiagudo que ciñe su cabeza, y algo de la leyenda religiosa por la Biblia protestante que lleva bajo su brazo, no le creáis capaz de apelar al milagro, ni de creer que, á la vuelta de cualquier encrucijada tocará abismos dispuestos á tragarse de un bostezo á sus enemigos, ni zarzas ardientes iluminadas para revelarle un código cualquiera. La idea positiva y de antemano calculada es todo su numen; la fuerza de un ejército disciplinado y numeroso, toda su confianza; la naturaleza

(1) Pertenece este artículo á la obra publicada por el editor D. Juan Pons, que se titula: *Los españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos.*



LOS PERIQUITOS, cuadro de María Laur

implacable produciendo y devorando seres sin descanso, toda su escuela y su gran maestra: la indiferencia por los medios conducentes al triunfo toda su moral; la razón práctica toda su política; la experiencia todo su criterio; el fusil aguja todo su milagro; y su Dios un férreo emperador, caballero en cabalgadura, que sin tener gran cosa de apocalíptica, podría en humana sangre bañarse y romper con sus herraduras que han destrozado tantos cráneos, múltiples y vividores mundos.

A cada edad del planeta corresponde un hombre de estado diverso. No podría dominar las sociedades asiáticas quien careciese de comunicacion directa y manifiesta con el cielo. Todos los gobernadores y regidores de pueblos primitivos son hijos ó parientes ó privados ó ministros de los antiguos dioses. El indio, identificado con la naturaleza, entrégase al español, porque confunde, sin poderlo remediar, en su ignorancia, el jinete con el caballo y los cree un monstruo mitológico; la previsión de los eclipses con la profecía religiosa y las cree un divino privilegio; los tiros del arcabuz con los rayos del cielo y los cree un elemento celeste y una fuerza de la naturaleza en manos de hombres mayores que sus dioses.

En cuanto salís del Oriente y entráis en Occidente, la naturaleza de los hombres de estado cambia, como cambian la misma naturaleza material y el eterno tiempo. En el Asia Menor, los estadistas son ya reyes más que sacerdotes, como los dioses, á su vez, hombres más que fuerzas del universo. Y cuando los mares se tranquilizan y serenan, los golfos y ensenadas se abren como senos amigos y amantes brazos; las islas surgen coronadas de florestas como las nereidas coronadas de nácares; los dioses toman, bajo el cincel de los escultores, la forma humana perfecta; los juegos olímpicos llenos de cítaras y de odas, suceden á los sacrificios humanos llenos de sangre; entre largos intercolumnios, á la puerta en los templos armoniosos, sobre la cincelada tribuna de las asambleas republicanas, el hombre de estado aparece como un artista y como un héroe, que se ha sentado en las escuelas de Sócrates, que ha esgrimido una espada digna de fulgurar en Platea, que ha hablado con la elocuencia propia de la divina Agora, y que domina, con su cabeza cubierta del casco áureo, envidiado de Minerva por haberlo esculpido Fidias, á los enemigos en los campos de laureles, y á los oradores en las competencias de Atenas.

Cuando una clase domina en cualquier estado, el don de la política se refugia en ella, y los hombres más aptos para dirigir los públicos negocios á ella pertenecen. Así en la Roma de la república parlamentaria y aristocrática el hombre de estado, por regla general, está entre los senadores y los patricios. Escipión africano, que venció la prepotencia cartaginesa, no solamente por su táctica militar, sino también por su arte político; Fabio Máximo, en quien se compadecían y aunaban por igual valor y prudencia; Catón el viejo, que representaba la libertad privilegiada y tradicional, pertenecen todos al aristocrático patriciado, glorioso depositario de la tradicional ciencia política y del sentido verdaderamente romano. Luego, en el gran conflicto entre patricios, caballeros y plebeyos, es decir, entre la aristocracia, la clase media y el pueblo; todos los diversos partidos tuvieron grandes hombres, así en las armas como en las letras, pero no tuvieron grandes y preclaros estadistas. Ni los Gracos, tan semejantes á los tribunos atenienses; ni Mario, tan célebre por su valor como los primeros capitanes de los mejores tiempos; ni Sila, en su omnipotente dictadura; ni Cicerón, el orador extraordinario con su milagrosa palabra, lograron fundar el predominio de la clase por ellos defendida y representada sobre las demás clases sociales. Roto el equilibrio antiguo, irreconciliables los partidos que antes aparecían émulos y rivales, no adversarios y enemigos; el don de la política pasó á los conspiradores, empeñados en tramoyar terribles conjuraciones contra los comicios del pueblo y las asambleas del patriciado, para fundar una dictadura permanente con el triste y nefasto nombre de imperio.

Así la política romana se refugia en dos hombres extraordinarios, en César que funda y en Augusto que organiza la autoridad imperial. En el primero, junto á un genio militar de primer orden, brilla un genio político de primer orden también. La firmeza en los propósitos, la seguridad en los fines, el atrevimiento en las empresas, el disimulo cauteloso, la doblez hipócrita, la celeridad en los momentos supremos, la previsión de las contingencias futuras hacían de César el primero entre los generales del mundo. Tras de César vino Augusto, el taimado y protervo engañador. En él se personificaron todos los errores y todos los vicios conocidos en el mundo con el nombre de razón de estado. La mentira fué su Dios y el disimulo su carácter. Por este sentimiento de sí mismo, al morirse, á la hora de su agonía postrera, convocó en torno de su lecho á sus cortesanos y viéndose pálido y demacrado, se compuso el rostro y se arregló los cabellos al espejo, como una cortesana, con artera sonrisa. Hipócrita, doble, astuto, falso, mentiroso, reveló á la posteridad y á la historia el juicio definitivo sobre sí mismo, que le pesaba en la conciencia. Republicano de nombre, dictador de veras; con todas las apariencias de la libertad en su gobierno y todas las fuerzas del despotismo en su persona; falsificando el tribunado, el consulado, la censura en una falsificacion gigantesca, para que Roma pasara de la república á la tiranía sin advertir su paso; la vida de Augusto fué una prolongada comedia. Así lo confesó públicamente, y así concluyó pidiendo, á guisa de consumado actor, el consabido aplauso á su profunda habilidad en la representación de aquella farsa. Como tiene Roma tal duración y permanencia en la vida y en las instituciones modernas, así como á la dictadura imperial le trasmitió la denominación de cesarista y á las personas reales, á su vez, la denominación de augustas, ¡oh! trasmitió la mentira, el dolo, el engaño, la falsía, la traición, el perjurio de Augusto como cualidades propias del hombre poseído por la dura é implacable divinidad antropófaga, que se llama la razón de estado.



[illegible] LA TORMENTA EN EL LAGO DE CHIEM, cuadro de José Wopfner

Los hombres de tal temple han cambiado mucho porque han recibido el color, con que se presentan á la historia, de las múltiples y supremas circunstancias que los han rodeado. Unos han tomado la estatura colosal, que tienen hoy en el humano juicio, de una grande idea, como los Antoninos, por ejemplo, los cuales pueden considerarse como el estoicismo coronado; otros, grandes por sí, llenos de pensamientos y de afectos generosos, como Juliano el Apóstata, han obtenido una inmerecida reprobación por haber opuesto su grandeza personal, como un dique á la impetuosa y benéfica corriente del progreso; pero todos han tomado la mayor parte de su grandeza personal del medio en que han vivido. ¡Cuántos grandes generales, pensadores ilustres, consumados políticos, hombres de ánimo valeroso, con muchas cualidades para personificar la razón de estado, como Septimio Severo, por ejemplo, se han tristemente hundido en el concepto de la posteridad por no haber contrastado la decadencia irremediable de su tiempo!



UN SER FELIZ, cuadro de Schlabitz

En el seno de las sociedades primitivas, el hombre de estado es un revelador ó un profeta. La teocracia personificará eternamente las sociedades recién nacidas con la imaginación muy despierta y la razón en germen. Así que las sociedades crecen, el sacerdocio pierde su poder político; y la autoridad civil se funda y establece. Tal sucede hasta en los pueblos más religiosos. Aquella tribu de Judá, verdadera teocracia en sus orígenes, cuando llega, por virtud de su desarrollo, á una relativa madurez, separa los reyes de los profetas, y constituye una monarquía hasta cierto punto civil y laica. En cumplimiento de tan excelsa ley dominan los papas y los obispos en los períodos bárbaro y feudal de la moderna historia. Y esto explica sencillamente la influencia de los pontífices romanos sobre las tribus germánicas; el poder de los prelados católicos sobre los visigodos españoles; el pacto entre la Iglesia y Carlo-Magno, sobre cuyas bases, por tanto tiempo, descansa toda Europa; el genio avasallador de un Gregorio VII y de un Inocencio III, genio, cuyo esplendor desaparece y no vuelve, cuando los estados monárquicos surgen, las nacionalidades políticas nacen, los jurisconsultos predominan sobre los canonistas y los reyes sobre los señores, comenzando, así nueva edad en los tiempos históricos y nuevas fases en el espíritu humano.

Sucede con los estadistas lo mismo que sucede con los oradores, escasean mucho en la historia. Entre tantos poetas y tantos filósofos perfectos en sus respectivas profesiones, como tiene Grecia, no cuenta nombre alguno de orador que poner junto al excelso nombre de su inmortal Demóstenes. Entre tantos jurisconsultos insignes y tantos primeros poetas, como tiene la colosal Roma, en la tribuna de los Rostros sólo se alza una estatua ca-



UN ALMUERZO DE FAMILIA EN EL HARÉM DEL CAIRO, cuadro de Bridgman



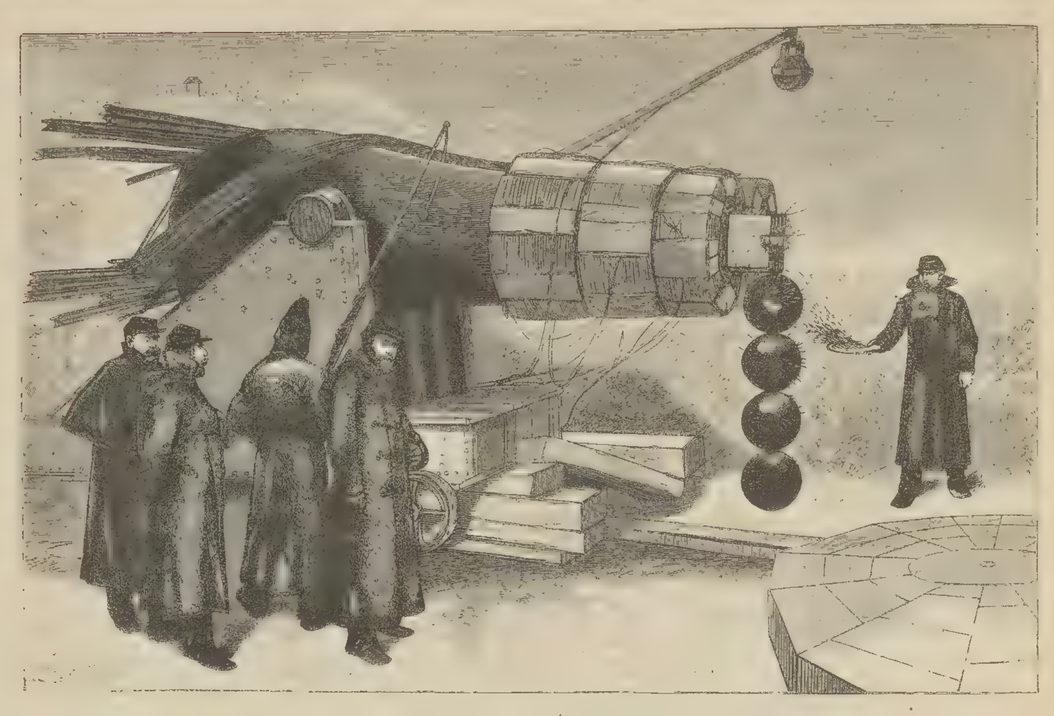
LOS TÍTERES EN EL CON



VENTO, cuadro de Eugenio de Blaas



EL CIRCO TAURINO. - SUERTE DE VARA, dibujo de R. J. Contell, reproducido fotográficamente



EL MAYOR ELECTRO-IMÁN DEL MUNDO,
experimento realizado en Villet's Point (Estados Unidos) copia de una fotografía

paz de coronarse con perdurables laureles, la estatua de Cicerón. Francia sólo tiene dos oradores que levantar á la grande altura de los oradores antiguos: en el siglo décimoséptimo, Bossuet; y en el siglo décimooctavo, Mirabeau. Una de las mayores y más preciadas riquezas morales de la Gran Bretaña se encierra en el número de sus oradores extraordinarios que apenas llegan á seis; y una de las esperanzas, que infunde á todos sus admiradores nuestra España, brota de la elocuencia incomparable que resuena en su magnífica tribuna. Presenta la historia mayor número de grandiosos estadistas que de grandiosos oradores, por una razón muy sencilla, porque los estadistas responden á necesidades más permanentes y apremiantes del humano linaje. Así la política moderna se ha forjado por una serie de hombres extraordinarios, á quienes el espíritu de su tiempo se les subiera por completo á la mente, concentrándose en ella como se concentra la etérea luz en los soles. Así que acaban los pontífices políticos, empiezan los reyes políticos también. Estos, en el período teocrático y feudal, no habían hecho más que servir á los papas y pelear con los nobles. A mediados del siglo décimotercio, la monarquía se despide ostentosamente de la teocracia por medio de sus reyes santificados y beatos: San Fernando, San Luis, don Jaime el Conquistador, que ha hecho mayor número de milagros aun que los santos mismos. Pero, al finalizar el siglo décimotercio, é iniciarse, por el movimiento natural de los tiempos al movimiento natural de las ideas paralelo, el siglo decimocuarto, los reyes tienen que defender sus respectivas nacionalidades recién fundadas, y para defenderlas tienen que combatir la vieja tutela de la antigua teocracia. Por tal razón á los reyes predilectos de Roma suceden los reyes enemigos de Roma, en cambio brusco, que no se podría comprender, si de antemano y por anticipación, ¡ah! no se supiese que las ideas preceden á los hechos y á los hombres de estado los hombres de pensamiento. La gran protesta, que contra la unidad espiritual de Roma se inicia en el siglo duodécimo por la voz tonante de Abelardo, no llega, en verdad, á las instituciones, hasta fines del siglo décimotercio, y comienzos del décimocuarto, en que Pedro el Magno de Aragón recoge allá en Sicilia el guante de Coradino para con él abofetear al pontificado; y Felipe el Hermoso de Francia disuelve las órdenes monásticas más batalladoras, y más adictas á la persona del papa; y Sancho el Bravo de Castilla se burla de las excomuniones pontificias como cualquier impío de nuestra edad racionalista.

Coinciden, pues, los hombres de estado en las naciones que tienen el mismo desarrollo en la historia universal y que consiguen igual poder en la civilización moderna. Una reacción feudal sucede á los esfuerzos de los grandes reyes que intentaron fundar la unidad de las naciones en la unidad de los estados; y esta reacción la combaten los reyes revolucionarios, Pedro de Portugal, Pedro de Castilla, Pedro de Aragón. Y cuando la revolución monárquica supera y vence á la reacción feudal, da el reloj de los tiempos la hora suprema del establecimiento y organización de las grandes monarquías. Y por la sobra de malas artes y falta completa de escrúpulos; por la ausencia de toda fidelidad á la palabra empeñada y al juramento prestado; por la doblez finísima y la crueldad refinada; por el empleo de todos los medios, aun los más reprobables, para conseguir todos los fines deseados; por la implacable ambición, por la crueldad refinadísima, identifícanse los fundadores de la monarquía moderna, Fernando V de Castilla, Luis XI de Francia, Enrique VIII de Inglaterra, Maximiliano de Austria, Juan el Terrible de Rusia, como si fueran facetas varias de un mismo y solo espíritu.

EMILIO CASTELAR

(Continuará)

SEMBLANZAS LITERARIAS CONTEMPORANEAS

ANTONIO DE TRUEBA (1)

A pesar del medio siglo, bien pasado, que lleva sobre sus hombros el popular cantor de las tradiciones y costumbres vascas, se produce y conduce como un joven de veinte abriles. Aun se retira á dormir hacia la media noche; aun tiene alientos para subir á pie á las más altas montañas de Vizcaya; aun le place asistir como comensal á los banquetes de inauguraciones industriales ó de las alegres festivales de los pueblos.

El que quisiera verle en Bilbao cuando el cielo está límpido y trasparente, se afanaría en vano buscándole en los bulliciosos cafés ni en las sociedades de recreo, por donde pasa como sobre ascuas para saborear todo lo más una taza de cargado *moka*, en cuyo fondo busca frecuentemente la musa de su inspiración. Por los tortuosos caminos vecinales; por los verdes campos de Deusto, de Begoña ó de Abando, es por donde se le puede percibir, allá á lo lejos, solo casi siempre, con su medio puro en la boca, atravesando á paso largo y tendido, las encrucijadas de los caminos, los puentes rústicos ó las verdes heredades que circundan los caseríos, cuya apacible tranquilidad bucólica ha sabido aprovechar con tan buen éxito en sus sencillas descripciones populares.

Trueba gusta del campo y de las flores, y á semejanza de Atila, que rehusaba entrar en Roma por no ahogarse en la gran ciudad, acecha con ahinco los escasos momentos en que la atmósfera de *nimbus* que cubre á Bilbao la mayor parte del año deja pasar los vivificadores rayos de Febo, para lanzarse á respirar al campo libre, donde nació, y donde su cerebro funciona con más lucidez en el seno de la virgen naturaléza, impregnada de oxígeno, de claridad y de armonías.

Don Antonio siente más de lo que expresa y por esto mismo no es orador, según se puede apreciar al cuarto de hora de tratarle y según él mismo no deja de hacer notar con toda ingenuidad.

Como decía Renán de la imaginación de Víctor Hugo, pudiera repetir parodiando al profeta bíblico: «*a--a--a, Señor, no sé ha--blar.*»

Pero sabe escribir, con estilo ameno, claro y sentimental, semejando á un apacible arroyo deslizándose entre pulidos guijos y verdosos juncos, con esa «difícil facilidad» que aconsejaban nuestros buenos retóricos, y que siendo tantos los que la intentan son tan pocos los que la consiguen.

Algunos pesimistas han criticado esta forma popular y sencilla, calificándola de pueril; pero si como dice un crítico moderno, la primera cualidad de los buenos cuentos es que agraden igualmente á los niños y á los adultos, bien puede decirse que las narraciones de Trueba participan de este doble carácter y por consiguiente que su aspecto sencillo no es obstáculo para su fondo intencionado y trascendental, de mérito universalmente reconocido.

Don Antonio de Trueba lleva escritas cerca de treinta obras, entre novelas, cuentos, poesías, folletos históricos, etc., algunas de las cuales fueron traducidas á todos los idiomas cultos de Europa. Entre las novelas sobresalen *El Cid campeador* y *Las hijas del Cid*, impregnadas del carácter y sabor de la época á que hacen referencia, y *El gabán y la chaqueta*, que se ha hecho muy popular y que siendo tan realista como las obras de Zola, no ofende en nada á la más escrupulosa moral. Son conocidos de todos, *Capítulo de un libro*, *Cuentos populares*, *El libro de las montañas*, *El libro de los cantares*, etc., y puede asegurarse que no hay en España señorita medianamente educada, ni estudiante de derecho ó de filosofía y letras, que no conozca siquiera dos ó tres obras de tan popular autor. No es aventurado suponer, que si las mujeres tuviesen voto en España, Trueba y Campoamor - otro poeta de damas – saldrían siempre diputados *por acumulacion.*

El año 1867, con motivo de la Exposición universal de París, habiendo pedido datos sobre la organización social de Vizcaya el Sr. Conde de Moriana, con el fin de darlos á conocer al jurado correspondiente, don Antonio de Trueba fué encargado por el Señorío de Vizcaya de redactar una luminosa memoria sobre el particular, que ampliamente discutida en la *Sociedad de economía social* de París, fué publicada más tarde (1870) por acuerdo de la Diputación general, coronando de gloria en el extranjero á su distinguido autor.

Trueba es además de Cronista y Archivero de Vizcaya, individuo correspondiente de la Academia de la Historia, corresponsal de la de Ciencias de Lisboa y Presidente

(1) Este bosquejo obtuvo el primer premio, palma de oro, en el certamen internacional celebrado por *l'Académie Mont-Real* de Toulouse.

honorario de la importante Sociedad vascongada en Montevideo *Lauracbat*.

El título de miembro de una Academia de Ciencias, no deja de extrañarle á él mismo, que nunca se ocupó en medir triángulos, ni sabría decir cuántos satélites tiene Urano ó Neptuno; pero á pesar de todo don Antonio sabe más de lo que parece en ciertas materias. Yo me quedé admirado cierto día en que empezó á explicarme con gran claridad y conocimiento de causa, los medios de analizar la potabilidad de las aguas, sobre lo cual tiene datos curiosísimos conociendo á ciencia cierta y por experiencia propia, la calidad de todas las corrientes fluviales, manantiales y fuentes de Bilbao, sus alrededores y aun de otros pueblos lejanos. Hace varios años, estando en Zaragoza, se le ocurrió analizar el agua del Ebro y como dijese delante de algunos palurdos;

- Esta es una agua pésima que no sirve para beber ni para cocer legumbres.

La gente inculta se alborotó y á punto estuvo que le arrancasen una costilla, por aquel escarnio cruel del *río sagrado* para los aragonesesr. - Sabido es que la *Pilarica* y el Ebro, son las primordiales divinidades de Aragón, salvo para las personas ilustradas y de buen sentido.

Trueba es más respetado fuera de su país que en la misma Vizcaya donde vive y donde nació. Baste decir que habiendo colocado en un Centro directivo á cierto modesto empleado hace más de 10 años, á pesar de las turbulencias políticas que se sucedieron, subida y caída de ministerios y gobiernos, el tal funcionario sigue en su puesto, merced á la palabra *Trueba* que figura en el libro de personal en la casilla de recomendaciones. Este dato que en otro país resultaría baladí, es en España digno de parar la atención dada la fragilidad administrativa que sigue el compás de la marcha política.

Verdad es que Trueba no se mezcla en esta última, y esta es sin duda la principal razón de que se le respete. Sus aficiones son monárquicas y aun pudiéramos añadir Isabelinas; pero no se entromete jamás en las luchas ni rencillas de la política activa.

Es católico viejo por tradición y por sentimiento - por más que se le haya acusado de *neo-católico*. - En esta tormentosa época de los sistemas filosóficos y sociales, cuando el positivismo inglés y francés de Spencer, Darwin, Bernard y Renán, va invadiéndolo todo, desde la religión hasta las bellas artes, Trueba se refugia y escuda bajo la venda de la fe; no quiere oir ni disputar sobre los problemas trascendentales y mientras contempla á la generación nueva que le rodea, marchar á posar su planta en el terreno del escepticismo ó de la impiedad, él resistiendo impávido los embates del huracán, lanza á la publicidad su *profesión de fe* basada en las doctrinas de sus mayores, dentro de las cuales ha vivido feliz y piensa morir tranquilo.

En la aldea de su nacimiento - Montellano de Galdames - próxima á la provincia de Santander, aunque territorio de Vizcaya no se habla el vascuence desde hace más de un siglo, así es que la primera dificultad que tuvo para desarrollar sus aficiones históricas y tradicionales de Vizcaya, fué el ignorar la lengua matriz de su querida Euscaria. En poco tiempo venció este poderoso obstáculo y hoy puede considerarse como una de las autoridades, en materia de etimologías éuscaras.

Casi sin darse cuenta de ello - como él refiere - aprendió también á leer y traducir el francés, italiano, portugués, y en general todos los idiomas de origen latino. Y esto resulta tanto más meritorio, cuanto que la mayor parte de las horas del día las dedicaba forzosamente á trabajos de índole más material que le proporcionaba el cotidiano sustento para sí y para sus progenitores. Por eso es frecuente oirle repetir con franca sinceridad:

- Yo no he tenido tiempo para estudiar ni dinero para comprar libros; lo poco que sé, lo debo á mil sacrificios de mi juventud.

Como todos los grandes hombres tienen sus excentricidades según vengo creyendo desde hace tiempo, Trueba que además de ser un hombre *grande*, es también una celebridad literaria, tiene á su vez algunas dignas de parar la atención. Por evitar sin duda los tropiezos con transeuntes ó importunos que le detengan, prefiere ir casi siempre por el medio de la vía pública en lugar de servirse de las aceras. Verdad es que esto no podría hacerlo en Madrid y demás poblaciones donde el paso de carruajes es frecuente; pero es lo cierto que en Bilbao no hay temor á ese peligro remoto de un atropello y él se aprovecha de esta deficiencia de locomoción á su favor. Clama contra los toros porque no le agrada el espectáculo de la sangre, y en cambio trata de demostrar la inocencia de la *nicotina* por la sencilla razón de que le gusta el cigarro.



SAN FRANCISCO DE ASSIS, estatua de F. Morales González, *profesor de la Escuela de Bellas Artes de Granada*

Otro dato curioso que pudiera pasar también por excentricidad. No tiene en su casa sus propias obras, hasta el punto de no serle fácil recordar cuántas y cuáles lleva publicadas, llegando al extremo de verse en la precisión de comprar en las librerías algún ejemplar de sus populares cuentos, para cumplir con el compromiso de regalarlo á tál ó cuál persona que le había puesto en aquel duro trance, sin poder sospechar que un autor literario no fuese archivero de sus propias producciones, y mucho más, cuanto que se trata de un cronista y archivero provincial, que debe tener condiciones adaptadas para la conservación y clasificación de libros.

Las veleidosas imposiciones de la moda no entran en él, que sigue el precepto práctico popularizado por Góngora:

«Ande yo caliente»
y ríase la gente.

Todavía usa grandes zapatones ó botas de campana de tres suelas, de esas que según el dicho vulgar *cantan* hasta caerse de viejas, así es que los vecinos conocen fácilmente en las avanzadas horas de la noche, cuando entra don Antonio en su habitación ó gabinete, de un modo análogo que se conocía á D. Pedro I (el Cruel) por el ruido de sus choquezuelas en las oscuras calles de Sevilla.

En la actualidad, Trueba vive feliz, en compañía de su hija única, esperando tranquilo á que la Parça *Atropos* se acuerde de cortar el hilo de su existencia, hilo que á juzgar por la fortaleza que demuestra debió ser confeccionado con blanca lana por el *huso* maestro de Lachesis en las profundidades del Tártaro.

Después que muera - como sucede siempre en España - es cuando diremos que se ha perdido una gloria patria.

OCTAVIO LOÍS

FANTASÍAS CONTEMPORÁNEAS

Cuando oigo hablar en son de mofa de las costumbres, usos y vestidos de nuestros abuelos, admiro la inocencia de los parlantes.

En literatura y en artes se ha iniciado hace algún tiempo la monomanía de resucitar hombres y cosas de los siglos pasados.

Pero nó documentos históricos importantes para el estudio y esclarecimiento de páginas oscuras ó mal interpretadas; nó para desvanecer errores en asuntos trascendentales en ciencias, letras ó artes.

Solamente para describir trajes y costumbres groseras de ayer.

Trabajo inapreciable para los sastres, modistas y *modistos*, que ya los hay, según parece.

Viendo y leyendo algunos de esos trabajos forzados, que consisten en desempolvar libros y legajos, y en verterlos del castellano correcto al castellano contemporáneo, pienso en los juicios que mereceremos á la posteridad, aun cuando no sea más que examinados en la especialidad de trajes y costumbres.

No falta quien supone que hemos llegado á tal extremo en el progreso, que no hay más allá, ni puede haberle.

Como dicen los defensores en crudo, es decir, en ignorante, de la lengua castellana:

- Tiene la ventaja de que se habla como se escribe.

Y tan verdad es esto, que no habrá francés, ni alemán, ni inglés, ni chino que lo nieguen.

Lo que podrán añadir es que en todos los idiomas sucede otro tanto.

Por lo menos, confieso mi ignorancia declarando que no conozco lengua en la que se escriba por adorno media docena de consonantes inútiles, por palabra.

Negando que los extranjeros sepan escribir, me preguntaba un chico filólogo tartamudo, que vomita palabras gota á gota:

- ¿Por qué no hablan claro los protestantes?

- ¿Cómo los protestantes? le interrogué.

Los ingleses, - rectificó.

- Hombre, con perdón de V., hablan claro en inglés.

Pues de nuestros vestidos y de nuestras costumbres opinan algunos que han de servir para enseñanza de nuestros descendientes, hasta los siglos más remotos.

Y, examinándonos despacio, no les falta razón.

El vestido del hombre de cierta clase no puede ser más cómodo.

Diario: pantalón ceñido y de manga corta como traje de baile para señoras: cazadora ceñida y cortita, para mostrar al país parte de la fisonomía de la época; *botillos* puntiagudos y sin tacones; parece que llevamos los pies en cucuruchos para ofrecérselos á la novia.

Del sombrero de copa no hay para qué hablar.

Es el desván de la casa.

Considerándole así, llevaban en su fondo pañuelo de hierbas, caja con rapé, algunos papeles y otras frioleras los primeros señores que usaron el sombrero de copa alta.

Traje de media gala: levita, pantalón negro y sombrero de copa.

La levita, prenda que en los siglos futuros ha de servir de asunto para sinnúmero de caricaturas.

Con levita negra y pantalón negro y sombrero de copa, todos parecemos empleados en alguna empresa fúnebre.

Traje de gala: frac y sombrero de acordeón.

Las generaciones venideras meditarán concienzudamente el problema del frac: ¿es una levita mutilada, ó una chaqueta que se ha echado cola?

Visto por el frente, el caballero no se sabe si lleva chaqueta ó frac, si es un personaje vitalicio ó un camarero, por más que la mayoría tiene más de esto que de lo otro.

Asir por los faldones del frac á un sujeto, es como tomar un pájaro por la cola.

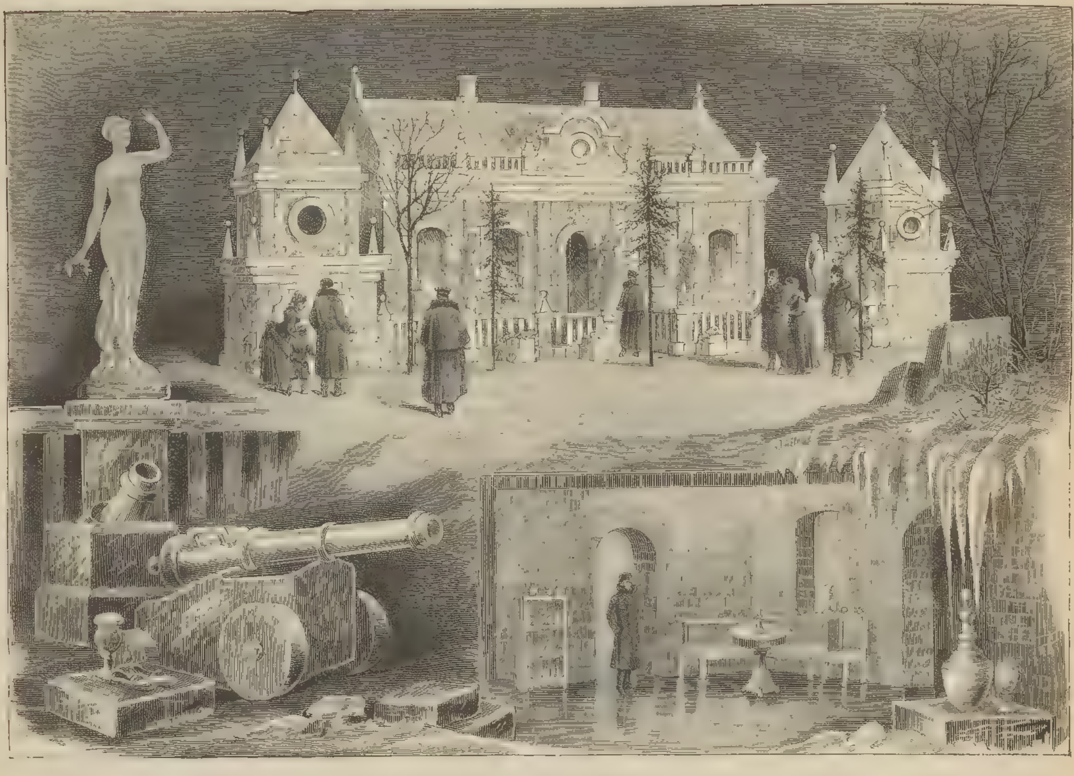
Pudiera enmendarse el refrán antiguo, diciendo:

«Al buey por el asta y al caballero por el frac.»

Un pelotón de ciudadanos con frac es un montón de pájaros fritos.

¿Y el clak?

Cuentan que en París un embajador chino que nunca había estado en Europa, asistió á un baile en las Tullerías; y como viera que algunos caballeros plegaban el sombrero al entrar, preguntó al intérprete que le acompañaba:



EL PALACIO DE HIELO DEL AQUARIUM DE SAN PETERSBURGO, copia del de 1740

¿Esos son los músicos que van á tocar?

Las señoras cuidan más de sus vestidos.

Es verdad que usan fundas en lugar de faldas, y hombros insurrectos, como charreteras de veterano, y sombreros con almenas y pájaros de tamaño natural y hors d'œuvres.

Pero como ellas siempre están hermosas (las que lo son, por lo menos) lo mismo da que se vistan bien que se vistan mal.

Los trajes populares son más pintorescos.

Una chula con su bata ceñida, su mantón y su pañuelo en la cabeza, parece una alcuza estrenada ó nueva, según esté la bata.

Pero hay alcuzas muy apreciables.

El traje de chulo es el modelo de la elegancia.

Esos pantalones tan ceñidos que solamente puede hacerlos tapicero; como que están rematados y aun se diría que claveteados en las piernas mismas.

Esas chaquetillas que no permiten al usufructuario los movimientos de que goza con libertad cualquiera persona.

Esos sombreros todos alas, esas capitas como del tamaño de las que ponen á los niños recién nacidos, para llevarlos á cristianar.

El conjunto de todas esas prendas constituye una figura que ha de dar qué reir á los siglos futuros.

¿Y esas gorritas francesas con mojicón?

¿Y los ensayos de gorro frígido con pantalla ó con visera?

La verdad es que para los caricaturistas del porvenir dejamos un arsenal precioso de mamarrachos.

Respecto á costumbres no estamos peor.

En cuanto viene á España algún extranjero, y particularmente á Madrid, le enseñamos el cante flamenco y le sacamos ó le echamos á torear, si gusta.

Aquellas supersticiones antiguas desaparecen gradualmente.

En lo único que cree la muchedumbre, alguna vez, es en apóstoles de chaquetón, en oradores de cualquier clase y en matadores de toros.

Pero, como me aseguraba mi portero, que es jubilado de guardia de seguridad y recreo:

– Hoy hemos ganado mucha autonomía.

– Nos sentamos en la calle, en estación calurosa, ó, mejor dicho: se sientan, y nos cosemos á *puñalás*.

Pero por lo demás...

¡Buena diferencia va de los tiempos de Pepe Hillo y Pepe Botella á los de Guerrita!

Eduardo de Palacio

RECREACIONES CIENTIFICAS

LA PERINOLA DE INDUCCIÓN (DE M. G. MANET)

Las corrientes de inducción desarrolladas en las masas metálicas en movimiento, en campos magnéticos, se han evidenciado perfectamente por las pruebas clásicas practicadas con el disco de Foucault: se hizo uso de ellas para el amortiguamiento de los aparatos de medir y para otros experimentos científicos.

El disco de Foucault, no obstante, es bastante costoso y complicado, y por eso creemos útil indicar á nuestros lectores un aparato incomparablemente más sencillo, que es el representado aquí. Este aparato nos demuestra de una manera agradable la existencia de esas corrientes de inducción, que se manifiestan por repulsiones mecánicas, paradoxales á primera vista, pero de una explicación relativamente fácil.

Este pequeño objeto construído por M. G. Manet, fabricante de aparatos eléctricos de demostración, se compone de un disco de hoja de hierro montado en un eje y que se hace girar con rapidez por medio de un bramante, como se practica con la clásica perinola. Durante el reposo, el disco de hierro es *atraído* por un imán en forma de herradura, que se presenta en un punto cualquiera de la superficie; pero cuando el disco gira rápidamente, si se acerca un polo *cualquiera* del imán, ó los dos á la vez, junto á la superficie, prodúcese al punto una *repulsión*, y la perinola se inclina al instante, conservando la misma posición mientras que la celeridad es suficiente. Cuando esta última no alcanza cierto valor, que depende del espesor del disco, del imán, de su distancia, de su posición etc., la repulsión cesa, y entonces el disco es atraído y se une con el imán, recobrando así las propiedades magnéticas del hierro dulce. La explicación de este fenómeno es de las más sencillas: cuando se acerca el imán al disco en movimiento, este último girando con gran rapidez en el campo magnético producido por el imán, es centro de corrientes de inducción, tanto más intensas cuanto mayor es la velocidad rotatoria. Aquí se ejerce, pues, una acción mecánica entre el disco, asiento de las corrientes inducidas por la rotación, y el imán, origen del campo magnético. El equilibrio del disco no puede producirse á cada instante, á no ser que la atracción magnética sea precisamente igual á la repulsión que resulta del imán sobre las corrientes inducidas en el disco; y como esta repulsión prepondera mientras que aquél tenga bastante celeridad, nada más natural que este hecho paradoxal al parecer, de un *disco de hierro dulce rechazado por un imán*. Cuando la rapidez deja de ser suficiente, la atracción predomina de nuevo y el disco es atraído otra vez. Si se presenta el imán no ya sobre una de las caras de aquél, sino por el borde, y en su plano mismo, las acciones de repulsión no se producen y obsérvase entonces una atracción, como si el disco estuviera en reposo.

Este experimento confirma la explicación anterior, porque en este caso las corrientes de inducción no pueden producirse, puesto que el disco se mueve en el plano mismo de las líneas de fuerza del campo formado por el imán.

Se puede afirmar *a priori* que la repulsión sería aún más enérgica si se sustituyera el disco de hierro con uno de cobre; pero la experiencia no sería entonces tan curiosa, porque la aparente paradoja dejaría de existir.

Como quiera que sea, el pequeño disco de inducción imaginado por M. Manet constituye un pequeño aparato demostrativo tan sencillo como elegante, que tiene su lugar señalado en todas las colecciones de enseñanza elemental.



Perinola de inducción de M. G. Manet. Movimiento de repulsión ejercido por el imán en un disco de hierro en rotación

Tomado del periódico: *La Nature*.

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 23 DE ABRIL DE 1888 — NÚM. 330

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

GRAN CAFE RESTAURANT EN EL PARQUE

PROYECTADO POR DON LUIS DOMENECH Y MONTANER

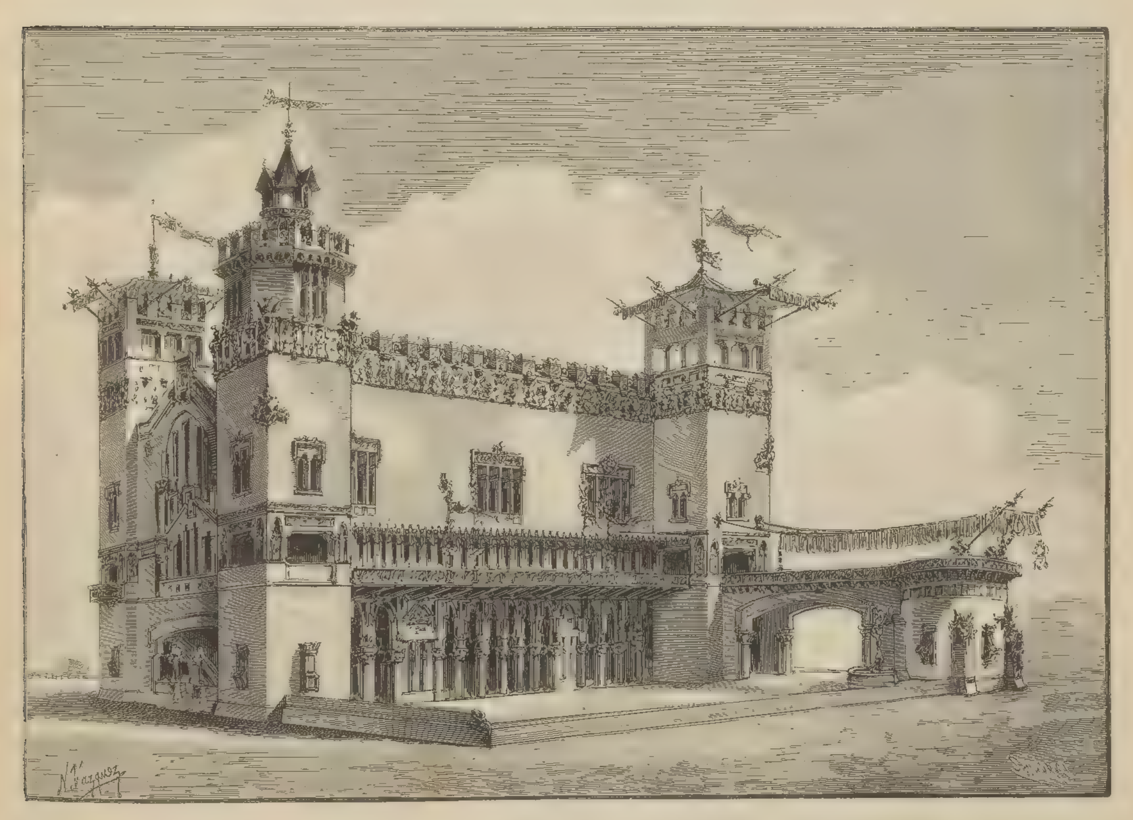
De cuantos edificios se han construído con motivo del gran certamen internacional, ninguno ha sido tan discutido como el destinado á café-restaurant, sito junto á la entrada norte de los jardines del Parque; proyectado y dirigido por el arquitecto D. Luis Domenech y Montaner. En nuestra opinión, para juzgar sinceramente y con entera imparcialidad esa obra, hay que considerarla en doble concepto, ó sea, tal como la obra es en sí y tal como se la concibe según el objeto á que está destinada.

Bajo el primero de estos puntos de vista no puede negarse que esta construcción tiene carácter propio y bellezas de conjunto y de detalle dignas del mayor encomio. Su ilustrado autor, empapado de ese orden arquitectónico que caracteriza las construcciones de la plena Edad media, ha dado una muestra de sus conocimientos nada comunes, merced á los cuales poseeremos un bello ejemplar de un género que tiene hermosas condiciones de arte. Todo en él es correcto, todo armónico; vanamente se buscaría una discrepancia que acuse el más pequeño anacronismo. Su interior corresponde perfectamente al objeto á que se le destina, por la acertada distribución de sus departamentos, cuya capacidad, luz, ventilación y hasta, digámoslo así, alegría, son las indispensables en un lugar de solaz para el cuerpo y esparcimiento del ánimo.

Pero, seamos francos, estas condiciones propias de tal sitio, no las revela el exterior de esa construcción: no puede reprochársela falta de carácter, ni de armonía, ni tampoco de austera belleza; pero á nuestro ver, el ilustrado autor se ha preocupado más del edificio en absoluto que de su destino y de la idea que un público, menos artista sin duda, tiene formada de un sitio esencialmente de recreo. Del todo resulta cierto antagonismo entre la forma y el objeto, entre el continente y el contenido; á menos que el autor no haya querido dar una intencionada sorpresa á los que se aventuren á traspasar el umbral de su castillo.

De todos modos, la obra del Sr. Domenech es un timbre para este artista. Tal vez, andando el tiempo, se la dé un destino muy distinto de aquel para el cual ha sido proyectada. Hay quien dice á la vista de tan característica fábrica: – ¡Qué hermoso edificio para un Museo Arqueológico!... Y bien, supongamos que algún día se destine á este objeto lo que se proyectó café-restaurant. ¿No será uno mismo el edificio?... Juzguémosle, pues, tal como es en sí y convengamos en que, gracias al proyecto del Sr. Domenech y Montaner, cuenta Barcelona con un nuevo monumento que honra al arte y que excitará poderosamente la atención de nuestros visitantes.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



GRAN CAFÉ RESTAURANT EN EL PARQUE, proyectado por el arquitecto D. Luis Domenech y Montaner

VANIDAD Y POBREZA, cuadro de M. Spitzer

La pintura no es un arte esencialmente moralista; pero esto no impide que el pintor se permita dar lecciones de moral en muchas y oportunas ocasiones. Aun prescindiendo de la caricatura, cuya influencia es poderosa en determinadas circunstancias, y circunscribiéndonos á la pintura seria, no faltan artistas que, como Spitzer, se propongan corregir un defecto por medio de un cuadro.

En el que hoy reproducimos se pone en evidencia una de las debilidades más comunes en nuestros días, la debilidad de aparentar una posición muy distante de la realmente gozada. Para ello ha pintado con singular talento á los individuos de una familia que habitan una confortable casa, que visten con elegancia y lujo, que se dan apariencias de grandes señores y que no obstante, á punto de dirigirse á un baile, cenan más que frugalmente unas pocas patatas sin aliño ni acompañamiento de ningún género. ¡Pobre *ambigú* cuando se abran para esa familia las puertas del comedor de la casa ajena!...

Spitzer está en lo cierto: la vanidad es uno de los virus del cuerpo social. Atacándola, poniéndola en ridículo de manera delicada, se pueden combinar un excelente cuadro y una más excelente lección moral.

MARGARITA, dibujo de J. M. Marqués

Cuando un escritor dotado de verdadero genio crea uno de esos tipos que pasan á la posteridad como si hubieran existido realmente, ocurre casi siempre que el arte se apodera de esa creación para darla forma plástica. Esto que ha ocurrido con Julieta y con Desdémona y con Ofelia, no podía dejar de ocurrir con Margarita; y el resultado consiguiente es que, cuando un artista coincide con el concepto general que se ha formado del personaje, se establece cierto convencionalismo que acaba por el retrato obligado de un ser que nunca ha existido, pero al cual se reviste de forma unánimemente consentida.

Margarita, la amante de Fausto, no podía escapar á la ley general: siempre que de ella se trata resulta ser una joven de formas delicadas, tez blanca, ojos azules, cabello rubio y trenzado, aspecto melancólico, con vestidura del color de la inocencia y por todo adorno un limosnero de piel, colgado de una correa con hebillas de acero. Es de suponer que de tal suerte la comprendió Goethe; pero cuando así no fuera, así la ha representado la tradición y así ha figurado en el teatro millares de veces, gracias á la deliciosa partitura de Carlos Gounod.

Resulta, por lo tanto, que la Margarita de Marqués es el tipo de siempre, sin que esto diga ni en pro ni en contra de su autor. No creemos que artista alguno pueda aspirar á una reputación dedicándose á esta clase de obras. Harto consigue si cuando se le encarga una Margarita, como le ha sucedido á Marqués, se sale del paso sin detrimento del ideal.



CABEZA DE ESTUDIO, de Carlos Banzers

EL HOMBRE DE ESTADO

POR DON EMILIO CASTELAR

(Conclusión)

Y luego, cuando las monarquías absolutas se han fundado, asemejanse todos los reyes, que llevan el poder supremo á su expresion última, Felipe II de España, Isabel I de Inglaterra, Luis XIV de Francia, Sixto V de Roma, como en demostracion de que á la unidad del espíritu europeo ha de corresponder la unidad también de la política europea. Las ideas de su tiempo dominan aun á los hombres que se creen más dominadores. Todo estadista, que coopera con su genio á una obra natural de la sociedad, prevalece; y todo estadista que contraría ó contrasta la corriente social, se frustra y se malogra.

Para testimoniar esta verdad, poned los ojos en dos hombres de Estado, pertenecientes á los siglos últimos; y en dos hombres de Estado, pertenecientes á nuestro mismo siglo: en Mazarino y Alberoni, en Meternich y Cavour. Italiano Mazarino é italiano Alberoni; favorito el uno de Mariana de Austria, que reinaba sobre la niñez de Luis XIV y favorito el otro de Isabel de Farnesio, que reinaba sobre la decrepitud de Felipe V; ambos á dos astutos, ambos á dos sapientísimos en política y en diplomacia, sólo en fortuna se diferencian, favorable la del ministro francés y adversa la del ministro español, á pesar de alzarse contra el uno todas las pasiones de la Fronda y de someterse al otro la ciega obediencia granjeada para el poder supremo por nuestro letal absolutismo. Mazarino, con el parlamento por juez, los municipios en la rebelde Fronda, las provincias y estados en guerra, París sobre barricadas y en armas, los Condés en enemistad, el heredero de la corona en conjuraciones, los grandes en desasosiego irreconciliable, los pequeños en revolución permanente; bajo un cielo lleno de sombras, sobre una tierra estremecida de sacudimientos, entre los fragmentos del trono destrozado por la discordia y las guerras de clase atizadas por los últimos espectros del soterrado feudalismo, somete lo mismo á París que á Burdeos insurrectas, debela en rápidas victorias la Borgoña y la Turena, el Languedoc y la Normandía, dejando fundada la unidad de Francia, y muriendo, á pesar de las cóleras suscitadas por su vida, en serena y honradísima muerte. Alberoni concibe los proyectos más vastos y siente las ambiciones más desapoderadas; el demonio de la reacción europea, que dormía con Felipe II en la granítica tumba del Escorial, se apodera del corazón y del ánimo de este primer ministro, que arrebata Sicilia á los reyes de Saboya, Cerdeña á los emperadores de Austria; que extiende la espada del emperador Carlos V á un mismo tiempo sobre Italia y sobre Alemania; que conspira, como si las olas no hubieran deshecho la armada invencible, contra las libertades y la prepotencia de Inglaterra; que pacta con el Gran Turco, importándole poco, si llega hasta las puertas de Viena y deshace la obra de nuestro infante don Fernando; que suscita contra la casa de Orange, reinante por virtud del protestantismo, la sombra teocrática de los ultramontanos Estuardos; que arroja el chacal coronado del norte, Carlos XII de Suecia, sobre una parte de los enemigos de sus planes; que paraliza la energía y acción de los autócratas de Rusia por temor á sus veleidades históricas; que busca en los recónditos senos de París, por la increíble conjuración de Cellamare, las pavesas de las ligas y las Frondas á ver si abrasan la regencia de los Orleanes; y con todos estos grandes proyectos y todos estos innumerables recursos, concluye, al fin y al cabo, en una desgracia y en una vergüenza irreparables, por haber suscitado la reacción universal y opuéstose al curso progresivo de los tiempos.

É igual enseñanza encierra el ejemplo de Meternich y de Cavour. Hace treinta años el uno estaba en el cenit de la fortuna y el otro en los ocasos de la más triste adversidad. Restaurado el sacro imperio romano en Alemania, triunfante la reacción cesarista en París, devuelto al papa su feudo secular, sometida la rebelde Hungría por los odios implacables de los croatas y de los rusos, vencido Carlos Alberto en aquella Novara tan triste como Queronea ó Villalar, fusilada Milán, sumergido el cadáver de Venecia en sus lagunas, montando el feroz Nicolás la guardia en las puertas del infame palacio de los Austrias, parecía que la política de Meternich se apoderaba del mundo y restablecía la Santa Alianza de los déspotas contra los pueblos, con tanta más fortuna cuanto que tenía por único enemigo aquellos diputados del parlamento de Saboya, reunidos, como una bandada de águilas heridas, en las cimas de los Alpes, á las cuales no había llegado, como iluminadas por un eterno día, el diluvio de sombras llovido sobre todos los progresos y todas las libertades por el nefasto espectro de la reacción universal. Y sin embargo, el año cincuenta y nueve sobreviene; y la obra de Meternich se hunde, á pesar de su soberbia; y la obra de Cavour se corona con la diadema de la unidad de Italia y con el advenimiento de una revolución progresiva en toda Europa.

El verdadero estadista debe servir al espíritu de su tiempo y servirlo por buenos medios. Una tradición nefasta, conocida con el siniestro nombre de maquiavelismo, ha infundido la engañosa idea, que atribuye á la política una irremediable inmoralidad, como si la razón y la justicia no fueran aquí, en el mundo social, fuerzas tan poderosas como los grandes agentes electro-químicos en el mundo material. El político de Florencia creyó la razón de estado una fatalidad tan grande como las fatalidades múltiples reinantes sobre la naturaleza; y así como á la religión y á la ciencia sustituyó una especie de astrología mágica y de quiromancia gigantesca, sustituyó al derecho la implacable divinidad de un estado, que sólo se curaba de la victoria y no de la razón y de la justicia. Él quiso enseñar á los grandes á ser tiranos, á los pequeños á ser rebeldes, á los conspiradores á ser taimados, á los cortesanos á ser falsos, á los estadistas á ser violentos, y les dijo que no se curasen de ningún derecho con tal que consiguiesen fausto éxito, porque sólo tiene coronas la fama y aplausos la humanidad para los triunfos de la fuerza. Este hombre no se desengañó, ni al ver como el tipo de todas las ambiciones, César Borgia, se había hundido en oscuro calabozo, así que le faltara la sombra de su padre, Alejandro VI, el cual dominaba la tierra, no por el número de sus ejércitos ni por la extensión de sus estados, sino por la entrega de las conciencias á la virtud sobrenatural de una idea. Y él mismo que renegó de todos los vencidos, y volvió las espaldas á todas las derrotas, y lisonjeó todas las fortunas, y redujo la sociedad á una inmensa batalla donde los partidos se devoran unos á otros en carnicería sin término y sin fin, como la lucha de las especies; después de haber enseñado á todo el mundo á vencer y á dominar, sólo sabe servir y ser criado sumiso de los últimos tiranos de su patria.

No, la razón de estado no puede ser como una de las fuerzas ciegas del universo, las cuales no se curan de los seres, á quienes destruyen y devoran. No, el estadista no puede asemejarse á esos animales feroces, sin más fin que conservar su ser á costa de los seres ajenos, dispuestos sólo al ataque y á la defensa; frente á los débiles audaz, y medroso frente á los fuertes; sin más necesidades que la satisfacción del hambre voraz por la cual conserva su individuo y del amor físico por el cual conserva su especie; siervo del instinto; entregado, bajo la fatalidad general del universo, á la fatalidad particular de su propia organización. Ese concepto del estadista pudo encarnarse allá, en las monarquías débiles, al punto y hora de vencer en abierta guerra material á los señores feudales, y en abierta guerra moral á los pontífices romanos. Los cánones del dolo, del perjurio, del asesinato, aplicados á una sociedad fundada en la servidumbre de los más y concluída y rematada por el derecho de uno solo, en verdad, no puede aplicarse á sociedades libres, donde prevalece por completo, sobre todas las otras categorías, la categoría del bien y de la justicia. Así como no tiene hoy aplicación aquel antiguo manual del cortesano, que prolijamente adiestraba en el arte de doblar la rodilla y el espinazo á los poderosos, no tiene razón de ser, á su vez, el bárbaro catecismo de la crueldad y de la mentira. Aun las pasiones denominadas políticas, aquellas en las cuales entran como factores la emulación personal y la envidia traidora, tienen que purificarse y engrandecerse mucho, si han de servir al impulso y al progreso de las sociedades modernas. A la competencia egoísta entre los individuos, al amor desordenado de sí mismo, á la demente ambición hay que sustituir, en siglo tan calumniado como el nuestro, pasiones más nobles, la pasión por el bien de todos, para que resulte así el engrandecimiento primero de la patria y la mejora y perfección después de la humanidad. Los antiguos mismos, en cuanto veían cualquier desgraciado, víctima de las mundanas ambiciones, confiábanlo á los sacerdotes de Esculapio, los cuales cogíanlo por su cuenta y lo trasladaban presurosos á las ruinas de las montañas por los titanes sobrepuestas en su afán de tocar al cielo, á fin de que los desvariados aprendiesen por aquellas grietas oscuras y por aquellas rocas destrozadas, en cuántos abismos se precipitan y cuántas catástrofes traen los cegados por la pasión egoísta de su propio engrandecimiento.

Ya sabemos que la voluntad se mueve por el cerebro y se agranda por la pasión; ya sabemos que las pasiones humanas representan en nuestra especie lo mismo que representan los instintos animales en especies inferiores; ya sabemos que mientras un bruto cualquiera se apropia solamente las materias indispensables á su habitación y las sustancias indispensables á su alimento, el hombre siente no sólo inclinaciones incontrastables á la propiedad, sino también á que la propiedad se trasmita y eternice como su espíritu y su nombre, allá en sus remotos descendientes; y por lo mismo que sabemos todo esto, sabemos también cómo las ambiciones humanas tienen muchos y muy varios factores; no sólo aquel, tan sustancial, del deseo de dominio y superioridad sobre los demás hombres, sino también aquel que consiste, á su vez, en tendencias irremediables á granjearse la estimación general de sus contemporáneos y á conseguir un renombre imperecedero en la posteridad. Pero ningún estadista de altura podrá desconocer que, si la ambición hace circular en sus venas con más fuerza la sangre y circular en su cerebro con más celeridad las ideas, debe usar esta fuerza superior á la fuerza del resto de los mortales, no en el recreo de un pasajero goce, sino en la consecución de grandes bienes para sus semejantes y en el cumplimiento de luminosas ideas para su sociedad y para su tiempo: que si las conquistas de uno solo asombran, solamente los progresos morales que á todos importan, que á todos aprovechan, que á todos educan, mejorando la especie humana en su desarrollo y poniendo la divina justicia en las instituciones, encuentran ecos ó más ecos de resonante gloria, que se perpetúa en todos los anales y se trasmite á todas las generaciones.

El estadista siente su vocación y revela sus aptitudes, como todos los llamados á grandes obras humanas, desde los albores primeros de su inteligencia y desde los impulsos primeros de su voluntad. El gran conflicto entre las ideas retrógradas y las ideas progresivas, propio de nuestro siglo de transición, ha engendrado en verdad, dos clases de estadistas, bien diversas y contrarias; la clase de los estadistas conservadores y la clase de los estadistas revolucionarios. La primera, encargada por la Providencia de guardar la sociedad, tal como se la encuentra, mejorándola, si acaso muy paulatinamente, posee las facultades necesarias al fin para que ha sido creada: la mesura en su temperamento, la prudencia en su proceder, la parquedad en sus ideas, la experiencia de lo real en su sentido, el respeto á la tradición en sus supersticiones, el culto á la estabilidad en sus afectos, la inercia en sus propósitos, el don de gobierno en su voluntad, todo lo indispensable al ministerio de conservación en las sociedades humanas, inclinadas de suyo, por causa de su complicadísima complexión y del imperio de las costumbres, á la inmovilidad y al reposo. La otra clase de estadistas, los estadistas revolucionarios, necesitan algo del filósofo en sus ideales, del profeta en sus presentimientos, del héroe

en su audacia, del legislador en sus programas, del tribuno en su palabra, del sacerdote en su fe, del mártir en su abnegación, del poeta en sus inspiraciones, del redentor en sus combates, para corresponder al ministerio, que le ha confiado la Providencia, de impulsar hacia adelante la muerte sociedad.

Con frecuencia sucede que los encargados, por ministerio providencial, de reformar las sociedades humanas, resultan luego encargados, á su vez, de conservar, en virtud de las reformas cumplidas, los nuevos organismos necesarios al suelo recién formado por las erupciones de la revolución. Y en verdad, no conozco facultades más contradictorias y opuestas que las pedidas por el doble ministerio de conservación y de reforma en las sociedades humanas. El profeta, que ha previsto con su mirada telescópica los sucesos recién dibujados en las lejanas perspectivas de un apartado porvenir, tiene por necesidad que bajar de las cimas vertiginosas donde agitaba sus alas; que divertir la constante atención de los cielos etéreos y luminosos donde resplandecían sus ideales; que acallar la elocuencia magnífica, brotada de sus labios, á cuyas inflexiones caía sobre las conciencias fecunda lluvia de ideas; que reducir las teorías escritas en los infinitos espacios de su mente á los moldes angostos de una realidad tan triste y tan oscura como todas las realidades sociales, cuando se las compara con los abstractos arquetipos de la ciencia; y en esta increíble transformación, pedida por la naturaleza misma de las cosas é irremediable, cualesquiera que sean el estado social histórico y los progresos traídos por el innovador y por el apóstol, resulta éste sin remedio, en una contradicción aparente, que le pierde á los ojos vulgares de una generación cegada por las nubes del combate diario, pero que le salva y le inmortaliza en el sereno juicio de la posteridad.

EMILIO CASTELAR

PREOCUPACIONES GENERALIZADAS

¿HA EXISTIDO ALGUNA VEZ SOBRE LA TIERRA LA RAZA DE LOS GIGANTES?

Si la antigüedad de las opiniones fuese sólida garantía de su veracidad; si los hechos que nos refiere la historia no estuvieran sujetos á ciertas restricciones que sirven para depurarlos, es indudable que una de las verdades que podrían ser consideradas como inconcusas sería la de que la raza de los gigantes ha existido realmente sobre la tierra. ¿Cuándo nació esta creencia? Imposible es decirlo, pero atendida su antigüedad remota, bien puede afirmarse que surgió en la mente del hombre mucho antes de que éste pensara en transmitir á la posteridad por medio de anales regulares sus recuerdos de pasados tiempos. La tradición de todos los pueblos está llena de estas historias de gigantes, y apenas habrá quien no se haya dormido en la niñez con la imaginación excitada por estos cuentos en los qué desempeñan el papel de protagonistas hombres de corpulencia gigantesca. Tan generalizada encontramos la tradición de los gigantes que no parece sino que toda la humanidad ha bebido en una fuente única y ha conservado el mismo fondo en las narraciones y consejas variando únicamente la forma según las condiciones de tiempo y de lugar.

¿Quién no recuerda el terror que en su infancia le produjeron las hazañas de los ogros que se comían vivos á los niños y pasaban de una sola zancada las más elevadas montañas y los más caudalosos ríos? Pero la tradición no se contenta con estas fábulas recreativas que ora presentan á Gargantúa colgando del cuello de su mula, cual si fueran dos campanillas, las campanas de su pueblo, ora describen á los gigantes de Gulliver teniendo que apelar al auxilio de sus lentes para distinguir á los hombres: la tradición traspasa estos límites y prospera en el terreno de la literatura seria y entonces nos describe la lucha de los Titanes, de estos seres que amontonaban montañas para escalar los cielos, contra los dioses, y atribuye á los movimientos y á los resoplidos de uno de ellos enterrado por Júpiter, los temblores de tierra y las erupciones de los volcanes. Avanzan los tiempos y á los Titanes suceden los Cíclopes, de qué tan á menudo nos hablan los griegos, y los Lestrigones que Homero ha legado á la posteridad en su inmortal Odisea. Si de las tradiciones de los países meridionales pasamos á las de los pueblos del Norte, encontramos también perpetuado el recuerdo de gigantes enemigos de los dioses y por estos relegados á las más remotas extremidades de la tierra: la mitología escandinava en nada desmerece de la de los griegos en punto á la tradición de los gigantes, que asimismo ha pasado al Oriente. Los siameses pretenden que los hombres de los primitivos tiempos eran de estatura gigantesca; los rabinos han echado el resto al fijar la estatura de Adán, que algunos suponen ser de centenares de pies, y han dado libre vuelo á su imaginación al hablar de la de los patriarcas; y los mahometanos han admitido también como verdades ciertas y positivas esas narraciones fabulosas.

Los que, imbuídos desde su niñez en estas fábulas, no hagan un estudio atento para sustraerse á tales patrañas, no podrán menos que creerlas, al ver que sus preocupaciones hallan apoyo en las tradiciones de todos los pueblos y de todas las edades de la historia. Esta cuestión de la existencia de los gigantes que hoy podemos considerar completamente resuelta, no lo estaba tanto durante el pasado siglo, pues había personas ilustradas que en ello creían, hasta el punto de que un académico llamado Henrión publicó en 1718 un concienzudo trabajo en el qué, partiendo de la base del decrecimiento continuo de la estatura de nuestra raza, señalaba con exactitud, al parecer matemática, las variaciones de la talla humana desde la creación del mundo. De sus cálculos resultaba que Adán tuvo 123 pies nueve pulgadas, Noé 103, Abraham 27, Moisés 13, Hércules 10, etc. Aceptando este sistema, resultaría probada la existencia de gigantes en la antigüedad, pero en cambio ¡á qué punto llegaríamos si admitiéramos este procedimiento fundado en base tan completamente falsa!

Para destruir esta preocupación, que aun cuenta con no pocos adeptos, preciso nos es demostrar, ante todo, que no existe prueba alguna de que hayan existido gigantes sobre la tierra y luego examinar cuáles son los ejemplos que de estaturas extraordinarias pueden citarse según testimonios fehacientes. Para ello nos apoyaremos principalmente en el *Tratado de Teratología* de Mr. Isidoro Geoffroy Saint Hilaire.

Al estudiar los autores de la antigüedad, llama desde luego nuestra atención el hecho de que ninguno de ellos vió gigante alguno ni supo que en su tiempo existieran, limitándose únicamente á decir que los hubo en las primitivas edades y que su recuerdo les había sido transmitido por la tradición. Pero si á las tradiciones poéticas fuéramos á atenernos, tendríamos que aceptar como verdades todas las fábulas contenidas en las mitologías de los griegos, de los orientales y de los pueblos del Norte, cosa que, aunque quisiéramos no podríamos admitir, pues si bien todas concuerdan en lo fundamental, en los detalles hay tal discrepancia que nos sería imposible dar crédito á las unas sin tener que negar forzosamente las otras. En suma, estas tradiciones reunen todos los caracteres de la fábula, pero ninguna tiene los que constituyen la historia.

Cuanto llevamos dicho, sin embargo, no es una prueba decisiva, pues las pruebas que no son bastantes para demostrar que una cosa sea cierta difieren en muchos casos, como en el presente, de las que se necesitarían para probar la falsedad de la misma. Cierto que respecto de la existencia de los gigantes no tenemos más que tradiciones fabulosas, pero esto no demostraría de un modo terminante que tal clase de seres no hubiera existido. Por esto es preciso acudir á un argumento más directo y concluyente.

Si tales gigantes han realmente existido, no es posible que hayan desaparecido por completo de la superficie de la tierra y sus huesos deben por consiguiente yacer sepultados en los países que un tiempo habitaron; de modo que, así como en los sepulcros antiguos que diariamente se descubren encontramos esqueletos de antigüedad remota, sería natural que encontráramos restos de gigantes. Pues bien, tales restos no han podido ser encontrados á pesar de haberse hecho excavaciones en todos los países del mundo y á todas profundidades. Podrá objetársenos que siendo los gigantes mucho más antiguos que los restos de seres humanos puestos al descubierto por las excavaciones, nada tiene de particular que sus esqueletos hayan sido consumidos por la acción de los siglos y por las revoluciones de la tierra; pero á esto contestaremos que la geología nos enseña restos de animales más delicados y más antiguos que los que á estos gigantes corresponderían y que se han conservado perfectamente dentro de las entrañas de la tierra, desde las primeras edades del mundo hasta nuestros días. En cuanto á lo de las revoluciones terrestres, no es de suponer que hubiesen hecho desaparecer toda huella de la raza de los gigantes y respetado restos de pequeños animales, más antiguos que estos, que cada nueva excavación ofrece al estudio de los geólogos. No existiendo los efectos necesarios, queda perfectamente probado que no existió la causa, de suerte que puede considerarse legítima la conclusión de que entre la inmensa variedad de seres que han poblado la naturaleza no se ha contado nunca la pretendida raza de los gigantes.

En apoyo de la preocupación que combatimos han venido, al parecer, algunas veces ciertos descubrimientos de huesos que han querido durante mucho tiempo, atribuirse á tales gigantes, pero este argumento ha perdido toda su fuerza desde que la ciencia ha demostrado de una manera irrebatible que dichos huesos pertenecían á ciertas especies de animales perfectamente definidos. Los restos que en el siglo décimoséptimo se atribuyeron á Teutobochus, y á juzgar por los cuales este caudillo de los cimbrios vencidos por Mario debía haber medido treinta pies de altura, por lo menos, resultaron ser el fósil de un elefante descubierto en el Delfinado. Analicemos todos los hechos análogos que la ciencia registra y siempre encontraremos desvanecidas por las verdades científicas las infundadas hipótesis de los visionarios. Cuando se ha visto que la supuesta columna vertebral de Anteo ó de Polifemo se ha convertido en la espina dorsal de una ballena; que tal pretendido gigante ha resultado ser un mastodonte, un rinoceronte ó un hipopótamo; y que lo que se creyó pecho de un coloso era simplemente una concha de tortuga, entonces el prestigio de la antigua preocupación ha quedado por completo destruído, por haber demostrado la anatomía comparada que los pretendidos esqueletos de gigantes eran tan sólo restos de animales más ó menos análogos á los que en la actualidad existen.

¿Quiere esto decir que la estatura humana sea invariablemente la misma y que no haya habido hombres de proporciones extraordinarias? En manera alguna: hay testimonios positivos que no permiten dudar de la verdad de tal fenómeno. Autores dignos de absoluto crédito dan fe de ello: Plinio nos habla de un árabe llamado Gabbara que medía nueve pies y nueve pulgadas romanas (ocho pies doce pulgadas de nuestros tiempos) y de otros dos gigantes que vivieron en tiempo de Augusto y cuya talla era de más de nueve pies. El Libro de los Reyes dice que el gigante Goliath medía seis codos y un palmo, cuya estatura tenía también un gigante que, según dice del Río, paseaba en el siglo décimosexto por las calles de Rouen. Puede, pues, sin dificultad alguna creerse que la talla del hombre es capaz de alcanzar un máximum de nueve pies: en cuanto á hombres de ocho pies y ocho pies y medio de estatura han existido varios y de ellos encontramos distintos ejemplos en los anales de la ciencia. Ocho pies y medio medía un individuo de la guardia de Federico I de Prusia, é igual talla tenía una joven cuyo esqueleto fué examinado por Uffenbach.

Si se admite la calificación de gigantes aplicada á los hombres de ocho á nueve pies de estatura, será innegable que tales gigantes han existido, pero siempre resultarán ser excepciones aisladas que se presentan muy de tarde en tarde y no en un pueblo determinado y que nunca llegan á constituir una familia. Puede muy bien suceder y sucede que todos los hijos de una misma madre alcancen una estatura gigantesca, pero los hijos de estos entran ya en las condiciones normales: las propiedades de la madre que ha engendrado seres de tan elevada talla no se transmiten á estos, quienes las más de las veces mueren sin sucesión.

El aspecto de estos hombres gigantes hace que muchos, dejándose llevar por falsas apariencias, formen un juicio equivocado acerca de sus condiciones físicas y les crean seres temibles cuando en realidad son débiles y pusilánimes y solo sirven las más de las veces para espantar á aquellos á quienes una estatura extraordinaria atemoriza. Así se explica que una simple pedrada derribara á Goliath y que en la corte de Viena, en donde antiguamente se habían reunido para solaz de los cortesanos enanos y gigantes, los primeros se sobrepusieran á los segundos molestándolos, provocándolos y viniendo á menudo á las manos con ellos. Los gigantes más que seres favorecidos por la naturaleza con cierta superioridad física, son hombres débiles cuyo desarrollo lento no se ha detenido en el tiempo oportuno para determinar una organización sólida.

Además de estas razones que acabamos de exponer para probar que la especie humana no ha degenerado en punto á estatura desde los más remotos tiempos, hay otra muy curiosa que resulta de las comparaciones hechas entre los animales salvajes y los de la misma clase que de tiempo inmemorial se han convertido en domésticos: la identidad de talla de unos y de otros demuestra que esta diferencia de vida sostenida durante muchos siglos no tiene casi influencia ninguna en el tamaño de los seres. Esta observación, hecha por Mr. Isidoro Geoffroy, constituye una prueba importante, razón por la cual terminaremos este artículo citando un párrafo de dicho autor. «Si se tiene en cuenta, dice, que los cambios en el hombre producidos por la civilización son análogos á los que la domesticidad produce en los animales; si se añade á esto que el hombre ha tenido necesariamente la voluntad constante y casi siempre poder suficiente á fin de procurarse, en el estado de civilización, una alimentación mejor y mayor defensa contra las intemperies de las estaciones, en una palabra que ha querido y podido ponerse en condiciones más favorables que las de la vida salvaje; si se observa que el hecho general que acabo de hacer notar respecto de los animales domésticos (la paridad de su talla con la de los salvajes) ha sido comprobado en un gran número de especies, parecidas unas por su organización al hombre, otras más apartadas de este y otras por fin pertenecientes á una clase muy diferente, como la de las aves; si de esto se deduce, como debe hacerse, que este hecho obedece á causas muy generales y de un orden elevado; y si no se quiere hacer en favor del hombre una excepción poco verosímil, por lo mismo que sería única, preciso será aceptar la consecuencia siguiente confirmada por cuantas noticias poseemos acerca de los pueblos salvajes, á saber: que la talla de los hombres civilizados de nuestros días apenas difiere no sólo de la de los hombres civilizados de los antiguos tiempos, sino de la de los que viven todavía en estado salvaje, alejados de toda civilización. – Varios viajeros, entre ellos Peron, han demostrado que los pueblos salvajes, lejos de ser más fuertes que los civilizados, son, por lo común, más débiles, de suerte que el hombre, al civilizarse, nada ha perdido de su fuerza. Demostrando que también ha de haber conservado su estatura primitiva, aduzco un argumento, que no deja de tener algún valor, contra esta filosofía más ingeniosa que exacta del llamado *estado natural* como verdadero estado de perfección física, al cual debe procurar el hombre aproximarse. No, el hombre no ha degenerado al civilizarse; no se ha vuelto débil al hacerse inteligente; no ha perdido nada de su fuerza real ni de su grandeza primitiva al perfeccionarlas por medio de la habilidad y de la industria. No es, pues, volviendo sobre el camino recorrido como avanzará más rápidamente hacia el fin á qué han tendido sus esfuerzos, algunas veces inconscientemente, hacia la perfección física, moral é intelectual del género humano.» – T. P. A.



VANIDAD Y POBREZA, cuadro de M. Spitzer



MARGARITA, dibujo de J. M. Marqués, grabado por Sadurní



LA REINA VICTORIA

LONDRES

No es nuestro ánimo, ni el espacio de que disponemos ni la índole de esta ILUSTRACIÓN nos permiten hacer una descripción de las curiosidades y joyas artísticas que la grandiosa capital del Reino Unido encierra: nos limitaremos, pues, á hacer una somera reseña de las reproducidas en nuestros grabados.

«Aguja de Cleopatra» se ha llamado al obelisco que en 1819 el virrey Mahomet Alí regaló á los ingleses, y preciso es hacer constar la impropiedad de tal denominación, por cuanto el monolito de Thothmes III que se alza junto á la corriente del Támesis no es sino un hermano gemelo, algo más pequeño, de la «Aguja» propiamente dicha que existe en el Parque Central de Nueva-York. La traslación de aquella mole de granito desde Alejandría á Londres se verificó gracias á un donativo de 10,000 libras esterlinas que hizo para este objeto el doctor Erasmo Wilson, habiendo corrido durante la travesía grandes peligros que expusieron esta preciosidad arqueológica á ser sepultada en el fondo de los mares. Asentada sobre un zócalo de 5 metros y medio de alto tiene 21 metros de altura: junto á su base, que forma un cuadrilátero de 2 metros por lado, hay dos esfinges de bronce negro que contrastan con el color rojo de la piedra de aquélla.

En Whitehall son de ver la mayor parte de los edificios públicos de Londres, como el Almirantazgo, los ministerios de Estado, del Interior, de Hacienda, de las Indias, de las Colonias y de la Guerra: en este último llaman la atención dos centinelas montados que con el dedo en el gatillo de la carabina, permanecen inmóviles desde las 10 de la mañana hasta las 4 de la tarde en las garitas emplazadas entre las alas laterales del edificio. El campanario que vemos en el fondo del grabado es el del Parlamento: mide 97 metros de altura.

En el sitio antes ocupado por el Montague House álzase hoy el Museo Británico: las colecciones en el mismo contenidas se deben al odio de un padre hacia su hijo. En 1753 falleció sir Hans Sloane desheredando á su hijo porque se había casado á disgusto suyo y disponiendo que se empleara en obras de beneficencia el producto de la venta de todos sus bienes, entre los cuales figuraban preciosas colecciones que fueron adquiridas por el Estado por 2 millones de reales. Estas colecciones y las bibliotecas de Harley y de Cotton, también compradas por el Estado, fueron depositadas en Montague House, á donde fué llevada también la magnífica biblioteca de Jorge III, regalada por Jorge IV en 1801. Las sucesivas adquisiciones acabaron por hacer necesario un local más espacioso, á cuyo efecto se comenzó á construir en 1823 el actual edificio que quedó terminado en 1852. Poco después hubo de pensarse en construir una especie de hijuela, pues á pesar de sus grandes proporciones no podía el Mueso Británico contener cuanto iba adquiriendo: en 1877 se levantó en Sud-Kensington un Museo sucursal, quedando, entre otras cosas, en el primero las antigüedades asirias, egipcias, griegas, romanas, las monedas, los sellos, los manuscritos curiosos, y sobre todo los llamados Elgin-Marbles, los frisos del Parthenon debidos á Fidias y arrebatados y llevados á Inglaterra por lord Elgin en 1801 á 1803; acto de vandalismo que hizo exclamar al philheleno lord Byron: *Quod non fecerunt Gothi, fecerunt Scoti.* Pero lo más notable de este Museo es indudablemente la Biblioteca, que contiene 1.300 000 volúmenes y que cada año se enrique ce con 4,000 aproximadamente. El catálogo de obras llena la friolera de 2,000 tomos.



ESTACIÓN DE ÓMNIBUS

Para unir la City con la Oxford-street, antes separadas por un abismo de 10 metros de profundidad, el valle de Holborn, construyóse el viaducto de este nombre, obra de hierro de 430 metros de largo por 25 de ancho, levantándose además un puente sobre la Farringdon-street, que es el reproducido en nuestro grabado: el viaducto propiamente dicho no se ve en éste á causa de los edificios sobre el mismo construídos. Al lado de una de las torres que terminan el puente, se descubre un vasto edificio de sombrío aspecto: es la gran prisión de Newgate tal como fué reedificada después de haber sido destruída cuando los desórdenes promovidos por lord Jorge Gordon en 1780.

Salmon-lane es una calle del extremo oriental de Londres, centro de la población marítima, en otro tiempo floreciente y hoy miserable. Antiguamente y gracias á haberse tomado por precepto legal lo que era simple adagio popular, todos los que resultaban haber nacido en alta mar habían de ser auxiliados – si eran indigentes – exclusivamente con los fondos parroquiales de este distrito.

Nada puede dar una idea del inmenso movimiento de Londres, como el número de los vehículos que transitan por sus calles. La vialidad rodada haría imposible la circulación de los peatones en los centros principales de la babilónica metrópoli, si los polizontes no hicieran detener, cada cuatro ó cinco minutos, los caballos de toda suerte de carruajes, dando un breve espacio de tiempo para que la gente de á pie crucen de una á otra acera sin grave peligro de ser atropellados. Uno de nuestros grabados representa una estación de ómnibus: el público se ha apoderado de ellos antes de emprender la marcha. Al llegar á su destino han cambiado cuatro veces la totalidad de sus pasajeros. En ciertas capitales puede decirse que hay hormigueo de personas; en Londres lo hay de coches. Esto se debe, no sólo á su población, la mayor de Europa, sino á la práctica de aquel aforismo inglés: *el tiempo es oro.*



CIEGO

(Tomado del *Universum*)



VIADUCTO DE HOLBORN Y FARRINGDON STREET

EL DESQUITE

En una sala, que, – sin agraviarla, – podríamos denominar salita; pero á la que sus dueños han bautizado con el pomposo título de *Salón de lectura* del *hotel Cristina*, ó sea casa de huéspedes de la marina en Fuenterrabía, encontráronse no hace mucho tiempo, dos íntimos amigos, Daniel y Pepe, con ocasión de encaminarse uno y otro en opuestas direcciones, el uno hacia la mesa de los periódicos, el otro hacia la puerta de la habitación: ambos iban en traje de viaje y llevaban sus respectivas maletas. Ni la cara de Daniel ni la de Pepe expresaban gran satisfacción y puede asegurarse que las miradas que mutuamente se lanzaron al chocarse, más fueron de hostilidad y de agravio que de benevolencia; pero cuando al levantar la vista se hubieron conocido, cambió completamente la expresión triste y contrariada de sus rostros para ser sustituída con la del más franco regocijo y se entabló el diálogo que á continuación reproduzco:



BLACKFRIARS BRIDGE

– ¡Pepe!

– ¡Daniel!

– ¿Qué es eso? ¿Te vas ya?

– ¿Llegas ahora? – Yo, en efecto, regreso á Madrid. Mañana se me concluye la licencia.

– Pues yo torno desde Biarritz: ayer se me acabó el dinero.

– Siempre tan de broma.

– Mucho: si yo soy muy bromista.

– No puedes imaginar lo que este encuentro me regocija. Siempre lo hubiera tenido por afortunado; pero hoy más que nunca.

– ¡Coincidencia extraña! Estaba yo pensando lo mismo. Llegas como llovido del cielo.

– Pues me alegro.

– Y yo.

– Bueno, pues empieza. ¿En qué puedo servirte?

– No; principia tú.

– A tí te toca; estás en tu casa.

– No; te corresponde á tí; eres forastero. Tú tienes más edad.

– Eso es discutible. Acabemos.

– No deseo otra cosa. ¿Te bates?

– No.

¿Te casas?

– No; por ahora.

– Pues si no te he de servir de padrino en uno de esos amargos trances, ya sé lo que necesitas; dinero. Exactamente lo mismo que yo. ¿He adivinado?

AMOLADOR

– Del todo. Pero tú...

– Yo, sí, amigo mío, Daniel el opulento, Daniel el dineroso, el sobrino y hasta presunto yerno de la propietaria más rica de toda Extremadura, me encuentro sin un real... y lo que es más triste todavía, necesitando dos mil... ¡Maldito Biarritz! y ¡remaldito casino!

– ¡Bah! ¿Y qué son para tí dos mil reales?

– Nada, hijo, quinientas pesetas. Las necesito y no las tengo.

– Corriente; pero cuando quieras salir de tus apuros basta que se lo cuentes...

– ¿A mi tía?

– Eso es.

– Es verdad: puedo contárselo y en último caso se lo contaré y aun para eso he regresado á España. Mi tía me sacará del apuro: sobre eso no tengo duda alguna; pero en seguida mi boda con su hija se la lleva la trampa.

– ¿Por esa pequeñez?

– No es pequeñez, hombre. ¿Qué ha de ser pequeñez? A cualquier cosa llamáis pequeñez vosotros.

– Pero al cabo, hombre, dos mil reales no son...

– Pero es que no se trata de dos mil reales, sino de tres mil duros.

– ¡Caracoles! ¿Pues no decías?...

– Decía, y lo repito, que necesitaba dos mil reales. Mil que perdí anoche bajo mi palabra. Ya tú lo sabes, – las deudas del juego no son como las otras que no se pagan nunca, las del juego son deudas de honra y es necesario pagarlas pronto. Para eso necesito mil reales. Otros mil para hacer saltar la banca del casino.

– Ya.

– Pues esa es la cosa. Mi tía... ¿tú no la conoces?

– No.

– Es una bendita señora; muy buena, demasiado buena. Ya te presentaré á ella y á mi novia un día de estos... Pues como te digo, mi tía me entregó hace dos semanas tres mil duros á fin de que pagase yo en París un encargo suyo. Salí, en hora menguada, de mi tierra; me detuve unos días en Biarritz, ¡nunca me hubiera detenido! fuí al casino, ¡nunca hubiera ido! y no quisiera acordarme... Todo quedó allí, el dinero del sobrino, los tres mil duros de la tía y cincuenta en que dejé empeñada mi palabra: no me dieron más por ella... Aquello fué un Waterloo. Por supuesto, por torpeza mía todo. Era día catorce, dos veces siete, debí jugar á los pares y lo hice al revés Luego... para que se vea lo que es la suerte... luego saqué un pleno.

– ¡Ah! vamos: si sacaste un pleno, menos mal.

– Jugaba de memoria.

– Ya.

– Sí; pero vamos, ¿qué es lo que te digo? Si yo hubiera estudiado mejor mi juego... ¡Oh! lo que es ahora estoy seguro del éxito. Llevaré mil reales y el dinero de media Europa – porque en aquel casino se juntan los valores de media Europa – es mío.

– ¿Y á todo esto tu tía?

– Mi tía me cree en París.

– ¿Y no extrañará que no escribas?

– Si escribo y telegrafío con regularidad. Telegrafié mi llegada y continúo telegrafiando y escribiendo alternativamente.

– Pues, ¿cómo?

– ¿No te acuerdas de nuestro pobre Carlos?

– Mucho.

– Pues á ese remití unas cuantas cartas escalonadas por fechas, como los pagarés, y varias minutas de telegrama con encargo de que vaya soltándolos poco á poco hasta que se le acaben, ó yo le avise.

– No está mal ideado.

– ¿Comprendes ahora porqué es difícil que yo le cuente á mi tía lo que me pasa? Solamente en caso muy extremo y á falta absoluta de otro recurso acudiría á ella.. aun en ese caso sería necesario pensarlo mucho. Novias como mi prima no se encuentran á dos tirones.

– ¿Y qué propósito tienes?

– ¿Lo sé yo por ventura? Pensaré... y ya veremos; pero soy egoísta. Me distraigo hablando de mis penas y olvido las tuyas.

– Las mías, en honor de la verdad, no son tan graves: ni muchísimo menos. Amo, soy correspondido: es decir, parece que lo soy. Ella es una muchacha hermosa, buena y rica. El bello ideal de un amante. Mi licencia podría prorrogarse; pero el dinero no da más de sí. Y luego se atreverá á decir la física que la elasticidad es propiedad general de los cuerpos: ¡mentirosa! Si yo tuviera mil reales siquiera, mil nada más, podría permanecer aquí aun dos semanas: con dos semanas me bastaba y aun me sobraba para dar cima feliz á una aventura tan felizmente comenzada.



AGUJA DE CLEOPATRA. – EMBARCADERO VICTORIA

– Resumen: tú necesitas mil reales; yo necesito dos mil; total: ciento cincuenta pesos. Pues, chico, es necesario buscarlos.

– Es necesario encontrarlos.

– *Quære et invenies.*

– No me hables en griego.

– ¡Ah! ignorante. Esto no es griego; es latín y significa: *Busca y hallarás.* Palabras santas que no fueron dichas seguramente para el casino de Biarritz. Pero no divaguemos: la necesidad es urgente, y más que de palabras, necesitamos de obras.

Discurriendo mucho halló Daniel, el sobrino de su tía, la manera de adquirir los tres mil reales que entre él y su amigo necesitaban. Los medios de que se valió, ni son fáciles de explicar ni hacen ahora al caso; para mi cuento basta decir que los halló, no sin trabajo y con algún compromiso, y que después de entregar á su amigo Pepe los cincuenta duros que éste necesitaba, se despidió de él y volvió á Biarritz muy decidido á quedarse allá con todos los fondos de la banca y más que hubiera.

En los pocos minutos que para realizar el empréstito de los tres mil reales invirtió Daniel, supo Pepe que su novia y la prima de Daniel eran una misma persona: esto es, que Daniel era su rival, y que al propio tiempo era su protector. Se guardó muy bien de decir á su amigo lo primero y le manifestó lo agradecido que quedaba por lo segundo.

No hay para qué decir, pues hay rasgos que caracteri-



PARTE ORIENTAL DE LONDRES (STEYNEY SALMON LANE)

zan á un individuo, que Pepe supo aprovechar la ausencia de Daniel para suplantarle en el corazón de la prima y para enajenarle el cariño y la consideración de la tía, y tal maña se dió y tales cosas contó de Daniel, cosas cuya verdad se confirmó desgraciadamente, que al siguiente día Pepe estaba admitido á la intimidad de la familia como novio oficial de la prima de Daniel; el cual entre tanto regresaba de Biarritz, más triste y más cariacontecido que nunca lo estuvo.

Llegó á Fuenterrabía, penetró en la fonda, buscó á su amigo Pepe y se apresuró á decirle: «¡Ea! aquí me tienes otra vez. No podré consolarme nunca de no haber hecho saltar la banca del casino. ¡Ah! pero sí que volveré con más capital y entonces... La verdad es que mil reales son tan poco dinero! ¿Qué? si no hay para principiar. Yo tuve solamente para concluir. Hice como César: llegué, ví, y... perdí los cincuenta duros. Nada, si fué cosa de un solo momento. Un escamoteo prodigioso que hubiera envidiado el difunto Hermann. Aquí están los mil reales, pasa; *tic, tac*; ya no están aquí los mil reales. Es verdaderamente asombroso cómo se va el dinero en esas mesas. En fin, cuando me case volveré y nos veremos... Hombre, y á propósito, ¿te queda por casualidad algo de los mil reales que te presté ayer? Quiero telegrafiar á París para que Carlos suspenda el envío de telegramas y de cartas: después necesito vivir por ahora en cualquier parte un par de días, para presentarme á mi tía como recién llegado de París y darle, como pueda, el sablazo *H*.

– Sí, hombre: aquí lo tengo todavía casi todo: puedo darte la mitad.

– Pero tú, ¿no necesitabas permanecer aquí dos semanas?

– Ahora sólo necesito un par de días: entre ayer y hoy mi asunto amoroso ha ido viento en popa, y dentro de dos meses me casaré con Carolina.

– ¿Eh? ¿Cómo has dicho? Carolina...

– Sí, Carolina: esa es la novia de que te hablaba ayer.

– Y su madre se llama...

– Doña Juana.

– ¡Desdichado! Si esa doña Juana es mi tía y Carolina es mi futura... Y yo... yo mismo te he facilitado los medios de desbancarme... ¡Amigo desleal!

– Pero, chico, eso habría sido bueno para sabido: yo lo ignoraba; como lo ignorabas tú...

– Corriente; pero no creas que me doy por vencido... Lucharemos.

– La lucha es imposible, querido Daniel. Te lo digo porque te quiero de veras y porque estoy agradecido al inmenso favor que, sin saberlo tú, me has hecho. Tu tía está enterada de todo.

– ¿Cómo?

– Pues como que se lo he contado yo.

– Pero, hombre, tú quieres que te mate.

– Nada de eso: yo para divertir á mi futura suegra con la relación de un rasgo ingenioso y de una aventura que tiene gracia, no sabiendo que se trataba de su sobrino, la conté *c* por *b* lo que tú me contastes...

Pues te has portado como un caballero.

– ¡Bah! querido Daniel; no me guardes rencor por eso. Apetecíamos un mismo premio y hemos jugado; no tengo yo la culpa de que hayas perdido la partida.

– Es verdad, la he perdido y muy en tonto que es lo que siento; pero no me doy por vencido; aun puedo casarme con mi tía y desheredaros á tí y á Carolina... Yo te haré comprender que toda partida que se pierde tiene su desquite.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



WHITEHALL

NOTICIAS VARIAS

HOSPICIOS DE ANIMALES Y REFUGIOS DE PÁJAROS EN LAS INDIAS. – Los indostanos permanecen todavía fieles á todas las reglas de su antigua religión, que informa una mitología más considerable que la de los antiguos romanos, y esta pluralidad de dioses les lleva fatalmente á grandes y numerosas supersticiones, siendo, entre otras, la metempsícosis la más extendida y generalizada. Un indo cree á pie juntillas que las almas de sus padres y deudos vienen á residir en el cuerpo del buey que le ayuda en sus trabajos rurales ó en el de la bella cotorra que anida en su techo; para protegerlo más de cerca.

La secta india de los jaínes es la que practica más religiosamente esta creencia, y por lo mismo la que más respeto tiene á los animales. El jaín no se atreve á matar ningún animal y lleva tan lejos este respeto que antes de sentarse tiene buen cuidado de examinar bien el sitio para no aplastar ni el más diminuto insecto. Llevando más lejos aun tan extraña superstición, un jaín verdaderamente devoto lleva siempre la boca cerrada, si no es ocasión de hablar, para no cometer por descuido el pecado de tragarse algún mosquito.



MUSEO BRITÁNICO

La secta de los jaínes, siempre fiel á esta creencia, ha fundado en Bombay un hospicio ó refugio para toda clase de animales, establecimiento por demás curioso que ocupa en el cuartel indígena de la ciudad un espacio considerable: es el *Pinjrapool*, á cuyo cargo está una administración completa para el cuidado y asistencia de los animales que lo habitan.

Se entra desde luego en vastísimo patio rodeado de cobertizos, que encuadran un gran jardín con sus quincunces ó tresbolillos de árboles, sus cuadros de floridas plantas y sus alfombras de hierba. Más de 300 reses de ganado vacuno ocupan los cobertizos recibiendo esmerada y solícita asistencia de parte de numerosos empleados indios, tanto más celosos cuanto que no tienen más que este cuidado. No hay para qué decir que todos estos animales son inválidos del trabajo, de puro viejos ó estropeados. En otra parte del jardín están los volátiles, las aves domésticas, que no bajarán de 500 entre gallinas y ánades. Algunas grullas y garzas, sueltas, pero amansadas por su larga permanencia en el hospicio, se acercan á los curiosos con la mayor familiaridad, como á dar las gracias por la visita; y encima de los tinglados arrullan y revolotean innumerables palomas. Más lejos, de las ramas de los árboles, cuelgan grandes jaulas donde viven, si no á sus anchas, sin que nada les falte para pasar la vejez, innumerables papagayos y otras aves vistosas y alegres... cuando Dios quería.

Los monos y hasta los puerco-espines tienen también lugar en el refugio: cuanto más los fieles perros, los nobles caballos, inválidos ya y retirados del servicio, pero siempre amigos del hombre. Todos, por especies, tienen sus departamentos y asistentes especiales. Pero cuando sobre su invalidez tienen alguna enfermedad, entonces pasan á la enfermería, barracón bien cerrado con esteras y alfombrado de paja, en donde los visitan diariamente veterinarios ó curanderos retribuídos por el establecimiento.

En otras ciudades de la India, como en Jeypore, capital de Jajpoutana, la protección á los animales llega hasta lo inverosímil. Hay á las puertas de la ciudad un amplio estanque, donde se conservan y aun cuidan con cierta solicitud hasta 300 cocodrilos. Son animales sagrados, y á pesar de las frecuentes protestas del gobierno inglés, el *radjah*, que no mata una pulga por temor de matar el alma de alguno de sus mayores, quiere que vivan los cocodrilos. Verdad es que suelen devorar á los niños poco avisados ó temerarios que se ponen al alcance de tan feroces bestias; pero los niños no son animales, vasos misteriosos de la transmigración de las almas, y el vaso cocodrilo es siete veces sagrado entre los bárbaros.

(Tomada del periódico: *La Nature*)

***

UN PUEBLO DE CASTORES.—Los pueblos de castores van haciéndose tan raros en Europa que no dejará de ser interesante recordar el de Amlid, situado á alguna distancia de Cristiansund (Noruega). En él pueden verse reunidos hasta una docena de estos animales divirtiéndose en el agua bulliciosamente. Sus chozas – íbamos á decir sus estacadas (palafitas) escribe el redactor de la *Revue d'anthropologie* de quien tomamos estas noticias – están construídas junto á la orilla y tienen dos habitaciones, una encima del agua y otra debajo. Las paredes son de gruesos troncos y los techos de ramaje y barro. Los castores han derribado todos los chopos de las cercanías y empiezan á hacer lo mismo con los álamos blancos, cortando transversalmente árboles de más de 42 centímetros de grueso, cuyas ramas transportan hasta la misma orilla del agua por verdaderos caminos ó senderos desembarazados de todo obstáculo. Tienen siempre centinelas apostados para dar la señal de alarma al primer asomo de peligro, en cuyo caso abandonan apresuradamente sus cabañas y se refugian en el agua.

(Tomado del periódico: *La Nature*.)

***

MONEDA AFRICANA. – Ha sido puesta en circulación la moneda del Estado independiente del Congo.

Las piezas llevan en el anverso el busto de Leopoldo II con esta inscripción: *Leopold II, R. D. Belges, souv. de l'Etat indép. du Congo.* En el reverso figuran las armas de Bélgica y el escudo del Congo, con la divisa: *Trabajo y progreso.* Constan también su valor y la cifra del año de la emisión.

La divisa ó leyenda se reproduce en el exergo.

Las piezas, á pesar de lo que se había dicho en contrario, no son aguje-readas.

Esta moneda no tiene curso legal en Bélgica.

(Tomada de la *Gaceta geográfica*)

CONGO FRANCÉS. – Uno de los agentes del Congo francés, M. Crampel, ha formado el proyecto de llegar, siguiendo el curso del Ogooué, hasta Lastourville, donde organizará sus convoyes, sus conductores y su escolta; de allí atravesará la línea divisoria de las aguas del Congo y del Ogooué, pasará por Leketi, sobre el Alima, y después se remontará en dirección Norte hasta el cuarto paralelo, siguiendo mientras sea posible el segundo ó tercer grado del Meridiano al Este de París. En toda esta región no ha penetrado todavía ningún blanco.

Los primeros institutores enviados al Gabón por el comité de las misiones protestantes de París salieron de Lisboa el 6 de febrero á bordo del paquebote *Angola*. Para reunirse con ellos partieron el 15 de marzo dos ayudantes, que se han embarcado ya en Amberes.

(Tomada de la *Gaceta geográfica*)

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII ←BARCELONA 30 DE ABRIL DE 1888→ NÚM. 331

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



ARCO DE TRIUNFO CONSTRUIDO Á LA ENTRADA DE LA AVENIDA PRINCIPAL
proyecto del arquitecto Sr. Vilaseca

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Los primeros dientes*, por don Antonio de Valbuena. – *El tambo de Chugulpogio*, por la Baronesa de Wilson. – *Juanito Calores*, por don Fermín Martín Suárez. – *La extinción de los conejos en Australia y en la Nueva Zelanda*, tomado de *La Nature*. – *Noticias varias.*

Grabados. – *Arco de Triunfo construído á la entrada de la avenida principal*, proyecto del arquitecto Sr. Vilaseca. – *La chispa eléctrica*, grupo escultórico de Reinhold Begas. – *La resurrección de la hija de Jairo*, cuadro de H. Rauchinger. – *Un día de frío*, cuadro de Baixeras. – *Abrid en nombre del rey!* copia directa de un cuadro de J. Aranda. – *Telón del teatro de la ciudad de Carlsbad*, pintado por Francisco Matsch. – *El descanso del Mediodía*, cuadro de Alejandro Wagner. – *Los conejos en Australia.* – *Conejos muertos por el microbio del cólera de las gallinas.* – *Suplemento Artístico: Un perdón en Bretaña*, cuadro de Dagnan-Bouveret.

NUESTROS GRABADOS

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

ARCO DE TRIUNFO
construído á la entrada de la avenida principal

Proyecto del arquitecto Sr. Vilaseca

Acertado fué el acuerdo de levantar un Arco de triunfo en el comienzo de la avenida que da entrada principal á nuestra Exposición; pues cuando tantos monumentos de ese género se han erigido á los héroes del exterminio y de la guerra, justo es que se honre á los héroes de la producción y de la paz, más humildes que aquéllos, pero no menos dignos de esa distinción. Por debajo de ese Arco debiera desfilar triunfalmente la cohorte de los célebres inventores, de los grandes y pequeños fabricantes, de los protectores del arte y de la industria, de los soldados oscuros del trabajo, algo más dignos de esta honra que los pretorianos de los antiguos y de los modernos tiempos.

A la bondad del pensamiento correspondía sin duda una obra verdaderamente monumental, y su traza fué confiada al arquitecto señor Vilaseca que proyectó y está ultimando la que reproduce nuestro grabado. Él nos da una idea de que al monumento no le falta grandeza, de que sus líneas generales no carecen de elegancia. La falta de tiempo con que ha tenido que proyectarse y ejecutarse la obra y quizás el límite económico impuesto á su autor, han dado por resultado una sobriedad de detalles que no permite distraer la vista de una mole que ha de defenderse por sí sola. A pesar de lo cual, la impresión del Arco de triunfo del Sr. Vilaseca es agradable y revela que el autor ha pretendido, no sin éxito, armonizar los grandes ejemplos de la antigüedad clásica, con ciertas ideas propias del arte español.

LA CHISPA ELÉCTRICA
grupo escultórico de Reinhold Begas

Un rayo parece haber desgarrado el árbol. Una mujer, aterrada por la chispa eléctrica, cae desplomada en brazos de un hombre situado al pie del plátano. El grupo es elegante, y si bien hay que rebuscar algo lo de la chispa, esto no prueba sino que el escultor, privado de los recursos del color y de la luz, lucha con grandes dificultades cuando quiere dar forma á un asunto poco manifiesto.

LA RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO
cuadro de H. Rauchinger

El asunto ha sido tratado por diversos artistas. Nada tiene de particular la coincidencia, puesto que el pintor, como el dramaturgo, anda siempre á caza de argumentos interesantes, y muy pocos lo son hasta el punto del milagro obrado por Jesús con la hija de Jairo. El mérito de Rauchinger no está, pues, en la inventiva, sino en la ejecución, que es realmente feliz.

No sería cosa fácil elegir entre las principales figuras del cuadro que, si en conjunto dan por resultado una combinación bien entendida; detalladamente reunen condiciones de verdad y expresión sumamente notables. La dulce serenidad de Jesús, su púdica y suave manera de iniciar la incorporación de la resucitada; el asombro de Jairo, la fe de su esposa en la intercesión del Hombre de Nazareth, el justificado terror del niño que se encuentra á la cabecera del lecho mortuorio, la impasibilidad del discípulo acostumbrado á presenciar toda suerte de maravillas obradas por el divino Maestro, la curiosidad y sorpresa de los amigos de Jairo en segundo término colocados; efectos son enteramente propios del hecho y del lugar de la escena, no debidos á la casualidad, sino al concepto claro del asunto del cuadro. Argumentos de esta índole, personajes de tan excepcional importancia, no pueden ser tratados sino con la seriedad y conciencia artística que posee Rauchinger.

UN DIA FRIO, cuadro de Baixeras

Baixeras, cuyos rápidos progresos en el arte hemos tenido ocasión de dar á conocer á nuestros favorecedores, ha llegado ya á lo que llegan escasos artistas, á tener estilo propio. Este estilo se distingue por la sobriedad, merced á la cual resalta su profundidad de estudio de manera que en éste venga á concentrarse toda la atención del espectador. No es que descuide la escena, ni mucho menos, pero la importancia que la concede este artista es la indispensable para dar mayor realce ó carácter á las figuras.

Sabemos ya que Baixeras siente especial predilección por la gente de mar, y esto hace que tal vez reproduzca en diversos cuadros un mismo personaje; pero esto no prueba sino la justificada pretension de haber encontrado un tipo que responda al concepto que tiene formado del lobo marino. Nuestra reproducción de *Un día frío* (grabado de admirable manera por el Sr. Sadurní) revela al propio tiempo los adelantos del Sr. Baixeras como dibujante, que si concibe con exactitud, ejecuta con seguridad.

¡ABRID EN NOMBRE DEL REY!
cuadro de J. Aranda

La escena tiene lugar en España, probablemente en un pueblo de Andalucía y probablemente también durante la época de las persecuciones de 1823.

El autor habrá querido recordar aquellos duros tiempos en que fué crimen, y crimen de lesa majestad, haber pensado y sostenido que la nación podía pasarse del absolutismo de Fernando VII. Una abigarrada *justicia*, compuesta de elementos heterogéneos, se detiene á la puerta de un *liberalote*, á la cual llama un corchete en nombre del rey, que nunca pudo S. M. estar tan menguadamente representado. La puerta no se abre y la *justicia* se impacienta. Milagro será que la casa no sea tomada por asalto como fortaleza enemiga y que el drama empezado en la calle no termine en presidio ó sitio más horrible aún.

El autor de este cuadro ha estudiado perfectamente el asunto y su época. No ha querido ciertamente hacer la caricatura de la ley; todo lo contrario. Mas esa ley, cuyos representantes fían el éxito de un auto de captura no al prestigio de una institución, sino á la fuerza improvisada de unos cuantos fanáticos vitoreadores de las cadenas, es una ley que inspira al artista poca confianza y menos simpatía. El despotismo ignorante, llámese terror rojo ó terror blanco, merecerá siempre una lección severa. Aranda se la ha dado de manera delica la y su cuadro, delicioso como obra de género, no deja de contener una enseñanza que los pueblos debieran tener siempre presente.

Telón del teatro de la ciudad de Carlsbad,

pintado por Francisco Matsch

El telón de boca de un palco escénico no se presta á grandes originalidades, pues, ó bien se reduce á un cortinón inmenso, cuya perfecta ejecución ofrece más dificultades de las que á primera vista parecen, ó una especie de convención artística ha hecho obligatoria en el colosal lienzo una alegoría mitológica más ó menos bien ideada. A este último medio ha acudido Matsch: el asunto de su telón es la muy gastada apoteosis de las musas y del amor; pero al realizar este vulgarizado tema ha demostrado poseer un gran sentimiento de lo bello, una fantasía prodigiosa y una fuerza de ejecución de primer orden. Con estas condiciones nada comunes ha producido una combinación nueva, ya que no un tema nuevo, y ha completado el hermoso efecto de su obra, encerrándola en un marco tan rico como hábilmente compuesto. El trabajo de Matsch es algo más que un telón, es un cuadro, y un cuadro de indisputable mérito. Y en ello ha obrado cuerdamente, pues raro ha de ser que se ofrezca á un pintor, como al ejecutar un telón de boca, ocasión para una obra que reuna tantas probabilidades de ser juzgada por mayor número de espectadores y por mayor número de veces.

EL DESCANSO DEL MEDIODIA
cuadro de Alejandro Wagner

Grupo de caballos en pelo muy bien estudiado. El autor supone que esos nobles animales han corrido valientemente durante algunas horas á través de la interminable estepa y que sus conductores les han concedido un descanso que tienen harto bien ganado. Los nobles animales, rendidos de fatiga y por efecto de su admirable instinto, forman un grupo original, merced al cual aprovechan respectivamente las escasas fuerzas de resistencia que les quedan. Si, en realidad, los caballos rusos se agrupan y auxilian como supone Wagner, hay que reconocer en ellos algo que acredita de científico su material instinto.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO
UN PERDÓN EN BRETAÑA,
cuadro de Dagnan-Bouveret (grabado por Baude)

Llámase *Perdón* en Bretaña de Francia la ceremonia ó práctica religiosa que en España llamamos romería y peregrinación. Los bretones, cuyo fervor católico se evidenció cuando la primera República, continúan tan apegados á su fe religiosa como en los famosos tiempos de la Vendée. No hay que ponderar, por lo tanto, hasta qué punto es notable el fervor, el recogimiento, el entusiasmo con que Bretaña celebra sus *Perdones*. Recordamos, cuando tuvo lugar la muerte del conde de Chambord, Enrique V para la inmensa mayoría de los bretones, la peregrinación que estos hicieron, en número de muchos miles, al célebre santuario de Lourdes. Nunca se había presentado á nuestra vista espectáculo más imponente: sus cantos religiosos tenían algo provocador como los cantos patrióticos; su interminable procesion en torno del admirable santuario recordaba la de los cruzados beligerantes en torno de la Jerusalén bendita.

El autor del cuadro que publicamos ha hecho un estudio perfecto de esos tipos verdaderamente genéricos que sólo en los *Perdones* de Bretaña son de ver en toda su pureza. Obsérvese á esos hombres, principalmente, y se echará de ver con cuánta facilidad el romero pudiera convertirse en soldado.

Los *Perdones* de Bretaña, aparte su valor religioso, han inspirado dos obras maestras: un lienzo de Dagnan y una ópera de Meyerbeer.

LOS PRIMEROS DIENTES

Tan... tarán... tan, marido,
ya tiene un diente el niño.
Tan... tarán... tan, mujer,
y otro le quier nacer.
(Popular)

Llovía un poco.

Muy poco: no era más que esa lluvia menuda, tibia y pegajosa que desespera á los vendimiadores en las primeras mañanas de octubre.

Pero como yo no iba á salir á vendimiar, por esa parte la lluvia no me daba cuidado.

Ni por la otra. ¿Qué cuidado me daba á mí que lloviera? Sobre todo... sí, sobre todo llovía, como sucede siempre que llueve, sobre justos y pecadores, y no hagan ustedes caso de aquel otro *sobre todo* que es un galicismo.

Quería decir que no me daba cuidado la lluvia en general, y mucho menos esa lluvia casi imperceptible que solemos llamar cala-académicos... ¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Dice V. que se llama cala bobos?... Perdone V., discretísima lectora: eso era antes.

Repetiré, si ustedes quieren, que llovía, y no diré que me tenía sin cuidado la lluvia porque no se debe decir así; pero diré que no me importaba que lloviera.

A más de que probablemente iba á parar muy pronto: acababa de amanecer, y por aquel refrán que dice: «agua de mañana y consejo de tarde, luego se esparde...»

¿Que por qué me había levantado tan temprano?... ¡Ah! sí... Pues, porque no había dormido bien. Había extrañado la cama de la fonda, que era bastante mala... ¿Eh?... sí, la cama ó la fonda, la que Vds. quieran; las dos, si Vds. no se oponen, y creo que no dejarían de serlo aun cuando Vds. se opusieran.

Digo que no había podido dormir, y por eso, en cuanto amaneció Dios, me tiré de la cama, me vestí y me asomé al balcón del poniente.

Entonces me enteré de que llovía.

La casita blanca, que forma ángulo recto con la fonda, tenía todas las ventanas cerradas.

¡Velay! – dije yo, ó por lo menos lo debí decir, – los moradores de esa casa duermen todavía como unos benditos.

Tendí la vista al frente. Los romeros del huerto estaban casi todos cubiertos de pañales, que habían pasado la noche á la intemperie.

Por las señas, en la casita blanca había un niño. La rolla había tendido allí los pañales á secar, y no habían secado, porque llovía, pero se habían lavado completamente. Habría que secarlos en el azufrador uno á uno, si acaso el sol, que estaba ya para salir, no se resolvía á rasgar los nublados y parar la lluvia.

Que sí se resolvería, de seguro. Si fuera en Bilbao ó en San Juan de Luz, puede ser que no; pero en mi país suele ser el sol muy buena persona.

¿No lo dije? A los diez minutos comenzó el astro rey á hacer asomadillas por entre las nubes, y á los veinte ya había escampado.

A los treinta, ó cosa así, pedí el chocolate, y á los noventa, vinieron á decirme que ya estaba. Lo tomé y me volví á salir al balcón.

Se quedaba un día muy hermoso. Los árboles iban dejando caer poco á poco las gotas de la pasada lluvia... y las hojas; y hasta algún pájaro rezagado de esos que no se marchan al Mediodía ó se tardan en marchar, hubo de cantarle cuatro ringorrangos al padre *sol*, al fecundador de la madre *natura*, como diría el peor de nuestros poetas clásicos.

O cualquiera de ellos, porque todos son peores.

En esto... Vamos, en aquello, se sintió chillar una falleba en la casita blanca; un momento después se abrió el balconcillo que daba á la escalera de piedra que bajaba al jardín; en seguida salió á posarse sobre el hierro mojado del balaustre una mano robusta y varonil pegada á una muñeca fuerte y velluda, y casi al mismo tiempo, una voz tan varonil como la mano y tan fuerte como la muñeca pronunció estas palabras: ¡Calla! ¡y ha llovido!...

«¡Calla! yo conozco esa voz,» iba yo á decir; pero no lo dije, porque inmediatamente después de la voz salió al balcón un hombre y lo que tuve que decir fué: «¡Calla! ¡Si es Fernando!»

Este Fernando era un amigo mío, teniente de artillería, muy valiente y muy buen muchacho; pero en particular, muy valiente.

Como que no era más que teniente sencillo y estaba ya casado.

– ¡Fernando! – le iba yo á gritar; pero me detuve, porque detrás de él salía una joven muy bien parecida llevando en los brazos un niño de pecho.

¡Justo! su mujer, – dije para mí; – su mujer..., y el autor del milagro de los pañales... y de otro milagro que un momento después exhibía cara al sol en otro de los balcones del jardín la criada; es á saber: un jergonín de cuna con una redonda mojadura en el medio.

Fernando y su mujer bajaron por la escalerita de piedra, y él se metió en seguida por una de las veredas del huerto comenzando á sacudir los romeros y los rosales.

– ¡Quita, hombre, que te vas á poner perdido de agua. – le gritó su mujer que se había quedado en el escalón bajero.

– No; ya voy con cuidado, – la respondió cariñosamente; – voy á ver si se ha caído anoche el membrillo grande que había en aquella esquina; porque sería una lástima que se pudriera.

– ¡Qué feliz debe ser este muchacho! – filosofaba yo tristemente, - y todos le teníamos por loco hace dos años, cuando se casaba... tiene una mujer guapa..., porque no se puede negar que es una morena muy guapa... ¡Cuidado que tiene unos ojos!... Y además, y esto es lo principal, será buena, de seguro... Después, tiene ya un niño que comenzará pronto á decir gracias y á entretenerle... Vive aquí en esta casita hecho un príncipe: probablemente habrá dormido mucho más á gusto que yo; se ha levantado, ha bajado al huerto con su mujer y su hijo... En este momento no se cambiaría seguramente por el emperador viejo de Alemania después de la rendición de París, ni por el nuevo después de la muerte del viejo... De aquí á un rato se volverá á meter en casa, se dormirá el niño, porque los niños así, pequeños, creo que duermen mucho; su mujer se pondrá á coser ó á bordar, y él se sentará á su lado á leer la ordenanza... ó *La Correspondencia*, cualquier cosa, porque, al lado de una mujer así, cualquier lectura, aunque sea la de una novela de Polo y Peirolón, debe ser amena... No hay más remedio que casarse...

Al llegar yo á esta resolución sublime, el niño había dejado de mamar, como si quisiera celebrarla. Su madre irguiéndole entonces con gracia sobre el brazo izquierdo, comenzó á hacerle fiestas para hacerle reir, y, cuando lo consiguió y le vió los dientes, exclamó fuera de sí de gozo, corriendo hacia donde estaba su marido:

– ¡Ay! ¡mira, Fernando, mira qué hermosura!...

– No vengas, Aurora; allá voy yo, - le decía él, volviéndose hacia la casa apresuradamente; – no vengas, que está el piso muy húmedo.

Pero ella ni oía estas palabras, ni reparaba en la humedad del suelo, ni se detuvo hasta encontrarse con su marido y mostrarle el niño, oprimiéndole suavemente el labio inferior con los dos preciosos dedos de santiguarse, y repitiendo loca de alegría: – ¡Mira, mira qué hermosos!... ¡Los dos los tiene fuera ya... los dos... mira, mira!... Y uno y otro empezaron á comerse el chiquitín á besos.

La escena me conmovía demasiado... Yo soy así... Quise llorar, pero me daba vergüenza, por si me veía alguno, y no se me ocurrió otro medio de resistir, que empezar á llamar: - ¡Fernando! ¡Fernando!

Fernando levantó la cabeza, miró hacia los balcones de la fonda, y dijo sorprendido:

- ¡Chico! ¿Tú por estas tierras? ¿Qué haces?

- Ya ves... Ahora alegrarme de verte, y de verte tan contento y tan bien acompañado.

Su mujer alzó entonces los ojos, como recogiendo la alusión personal; la hice una respetuosa inclinación de cabeza, y me pagó con otra acompañada de una suave y casi imperceptible sonrisa.

- ¿Cuándo has venido? - siguió preguntándome Fernando.

- Anoche.

- Vendrás de la montaña é irás hacia la corte, por supuesto... ¿Quieres bajar? No tienes más que dar la vuelta... O si no subiré yo en seguida.

- Como tú quieras.

- Bueno, pues, allá voy... Tenemos que echar un párrafo muy largo...

Cinco minutos después estaba ya Fernando en mi cuarto de la fonda. Charlamos muchísimo, y me contó toda su vida de casado con verdadero lujo de pormenores.

- Sí, hombre, es verdad, - me decía á poco confirmando mis impresiones; - te confieso que soy feliz... relativamente. Mi mujer es muy buena, ¿sabes? muy buena... ya la conocerás... hoy vas á comer con nosotros... es una santa. Por este lado no puedo menos de estar muy satisfecho, y por otra parte, no me falta, gracias á Dios, lo necesario para vivir así, con modestia, y á gusto; de suerte que creo que soy todo lo feliz que se puede ser en el matrimonio. Pero también se sufre; no creas que todo es vida y dulzura, como decimos en la Salve. Hoy precisamente estamos muy contentos; hoy es un día de alegría en casa, porque le han salido los primeros dientes al niño. Pero para llegar á esto, ¡si vieras la semana que hemos pasado!... Estuvo muy malo unos cuantos días, y luego, Aurora, en cuanto veía que no quería mamar toda se asustaba... Primero creímos que tenía la difteria. Vino el médico y nos asustó más, es decir, asustó á mi mujer: porque, como los médicos son así medio insensibles, Aurora le preguntó si sería la difteria, y la dijo friamente que podría ser; le volvió á preguntar si en caso de que fuera difteria, se moriría el niño, y la contestó que probablemente, porque de esa edad se salvaban muy pocos. Ya ves tú; decirla eso á una madre... Para él, nuestro hijo no era más que uno de tantos niños como habrá visitado en su vida, un *caso* como ellos dicen; pero para su madre... y para su padre... Hemos ofrecido hacer una novena á la Virgen del Camino y un día de estos la vamos á empezar... No puedes figurarte lo afligida que estaba Aurora el día que el médico la dijo que era posible que el niño se muriera... Y, ya ves tú; no dijo ningún disparate, porque como posible... «Hay que llamar á otro médico, - me decía, - porque el tal Acero es un tonto; parece que no le importa nada que se muera el niño. ¡Dios mío! ¡Virgen santísima! se habrá de morir este ángel...» En fin, chico, créete que he pasado unos días de prueba... Hoy en cambio somos muy felices: cuando nos has visto ahí abajo; cuando Aurora fué á decirme que ya le habían salido los dientes al niño y se los estábamos mirando, no me hubiera cambiado por ningún rey ni por ningún emperador del mundo. Ni ahora tampoco... lo que es eso...

Cerca de dos horas hacía que Fernando y yo estábamos hablando, sin que se nos acabara la materia, cuando llamaron á la puerta del cuarto y entró el camarero diciendo: - «Señorito, tiene V. una visita en la sala.»

Miré á Fernando, me miró él á mí, y el camarero que esperaba órdenes añadió: - Ha dicho que era de confianza: quería pasar aquí, pero yo le dije que estaba V. con otro caballero.

- Que pase aquí, que pase, - dijimos Fernando y yo casi á un tiempo.

- ¡Ah! ¡si es Rafael! - añadía Fernando un momento después, cuando el camarero volvió á abrir la puerta; y entró un joven rubio y simpático que me abrazó cariñosamente diciendo:

- Por una casualidad supe que habías llegado anoche, y como á lo mejor sueles pasar como un relámpago, sin acordarte de los amigos, he venido á verte.

- Y te lo agradezco mucho. ¿Cómo está Carmen? le dije yo.

- Ahora está regular, pero ha estado muy malucha todo el verano. Que te diga este; hemos tenido que ir á las Caldas.

Fernando y Rafael se habían saludado como se saludan dos amigos que se han visto la víspera.

- Mira, - le decía el primero al segundo después que habíamos hablado un rato, - este va á comer hoy con nosotros; ven tú también: estamos de fiesta...

- ¡Para fiestas estoy yo! - replicó Rafael sonriéndose.

- Sí, hombre, - insistió Fernando, - mandamos recado á tu casa si no quieres volver: estamos de fiesta por los primeros dientes.

- Precisamente por eso mismo estoy yo de un humor de mil demonios.

- ¿Cómo? - le dije yo, - ¿tienes algún niño malo?

- Ni malo ni bueno, por desgracia, - me contestó Rafael. - Tuve uno, se me murió y no he vuelto á tener más.



LA CHISPA ELÉCTRICA, grupo escultórico de Reinhold Begas

- Entonces no comprendo cómo dices que estás de mal humor, por los primeros dientes.

- Pues es muy sencillo. Porque esta mañana, por primera vez, me ha enseñado los dientes mi suegra.

- ¡Siempre has de ser así!

ANTONIO DE VALBUENA

EL TAMBO DE CHUGUIPOGIO

I

Acampaba yo al pie del Chimborazo, esa nevada y gigantesca mole que ha visto sucederse las generaciones y guarda en su profundo seno, las páginas y misterios de la primitiva historia del Ecuador.

Habíamos llegado cuando el crepúsculo extendía su incierta claridad sobre la árida falda del coloso, apareciendo su blanca cima cual inmensa plateada corona, que ciñe la frente del soberano de aquellas soledades.

La magnificencia del espectáculo me sobrecogió de admiración y apenas bajé del caballo, corrí hasta la cima de una colina para contemplar á mi sabor y durante largo rato, la maravilla de la creación.

En humilde posada, que tiene por nombre el *Tambo de Chuguipogio*, debíamos pasar la noche y esperar la primera luz del alba para evitar los vientos que en el *arenal* arrastran á veces al jinete y al caballo, que á su rudo impulso quieren oponerse.

Aquella soledad tiene encanto indefinible; encierra recuerdos de maravillosa atracción; presenta perspectivas que jamás se borran de la mente.

Por todas partes se ven los Andes, en toda su imponente majestad; caprichosos nevados de nítida blancura; volcanes que despiden humo y fuego; cerros en donde duermen generaciones y generaciones en ignoradas *tolas* (1).

Tradiciones de tesoros escondidos y buscados en vano por la codicia.

Humildes *tambos*, en donde los indios sueñan con su perdida libertad.

Al pie del Chimborazo, ante aquel majestuoso cuadro escuchando los bramidos del *Sangay* (volcán en actividad) parecióme mi ser tan pequeño é insignificante cual el átomo menos visible en la creación.

¿Qué es la criatura humana, al compararse con la grandiosa obra del Ser supremo? una hormiga. ¿Qué es la gloria por la que tanto se afana una gran parte de la humanidad? humo y vano empeño, al ponerla en parangón con esas maravillas que siglos y siglos y eternamente, se levantan colosales, mirando desdeñosamente al hombre, *al pigmeo* que apenas puede alcanzarlas con su vista.

Existen excepciones: el escalar la escarpada y difícil subida, el posar la atrevida planta hasta nivelarse con el titán, es identificarse con su majestuosa inmortalidad y eso sólo pueden lograrlo genios como Bolívar ó Stumbalat.

II

Sumida estaba en estas reflexiones, cuando un grito desgarrador de agonía llegó á mis oídos.

Rápidamente bajé de la colina y me reuní con el comandante Montenegro y otros compañeros de viaje que, alarmados á su vez, se dirigían al tambo de donde había salido el agudo grito.

Triste fué el espectáculo que á nuestra vista se presentó.

Tendida en el centro de la extensa pieza que en Chuguipogio sirve de sala general para los caminantes, estaba una mujer joven y bella, de pura raza india, bañada en la sangre que de ancha herida salía: á su lado veíamos el cuchillo homicida.

Había llegado aquella tarde acompañada por un hombre de mediana edad y también de raza indígena, pero el cual sin duda había huido para escapar al castigo de su crimen.

La víctima respiraba aún. Con precauciones infinitas fué levantada del suelo y colocada en una de las tarimas que, gracias á los colchones y mantas que cada viajero hace conducir en una mula, se transforman en camas.

Uno de los soldados de la escolta que nos acompañaba, salió á escape para la población más próxima á dar parte y á traer un médico, aun cuando todos creyéramos sería inútil, pues la infeliz mujer estaba con el estertor de la agonía.

Tristemente preocupados y silenciosos, después de haber vendado la herida con pañuelos y tiras de una sábana, procuramos reanimar á la moribunda por medio de una bebida espirituosa que no sin trabajo logramos hacerle tomar.

De repente se agitó haciendo un esfuerzo para incorporarse y sus rasgados ojos negros, medio velados por las sombra de la muerte, se fijaron en nosotros.

Todos nos agrupamos en torno de la mísera criatura. Yo me encontraba al alcance de su mano; esta buscó la mía y la estrechó convulsivamente balbuceando algunas palabras que no comprendí.

Su mirada vagó por la estancia deteniéndose con expresión de espanto en la puerta. Volví la cabeza y de pie, inmóvil, contemplé al asesino.

Era él: no podía dudar: los ojos de su víctima clavados en los suyos le denunciaban.

El semblante de aquel hombre no expresaba crueldad ni audacia; tampoco el temor del culpable. La amargura, el desaliento, profunda tristeza y desesperación, eran los sentimientos reflejados en su mirada y en su rostro.

III

Lentamente, como atraído por aquellos ojos negros ya apagados y turbios, se adelantó sin al parecer fijarse en los que rodeábamos la cama y arrodillándose, tomó una mano que inútilmente y ya sin fuerza le rechazaba y exclamó con acento de inmenso dolor:

- ¡Rosario, Rosario, perdóname, estaba loco!

La moribunda clavó en el indígena una mirada indefinible: había en ella amor, piedad y terror, y soltando mi mano que aun oprimía con la suya, cayó desplomada lanzando un gemido.

- ¡Rosario! no, no puede ser que mueras sin perdonarme; - y levantándose rápidamente rodeó con sus brazos la cabeza de la pobre joven.

Pero esta no hizo ningún movimiento; sus ojos vidriosos y sin luz estaban inmóviles, fijos.

Había muerto.

En aquel instante el ruido de caballos llamó nuestra atención y poco despues vimos entrar cuatro hombres. Eran el médico de Mocha, el jefe político y dos empleados subalternos.

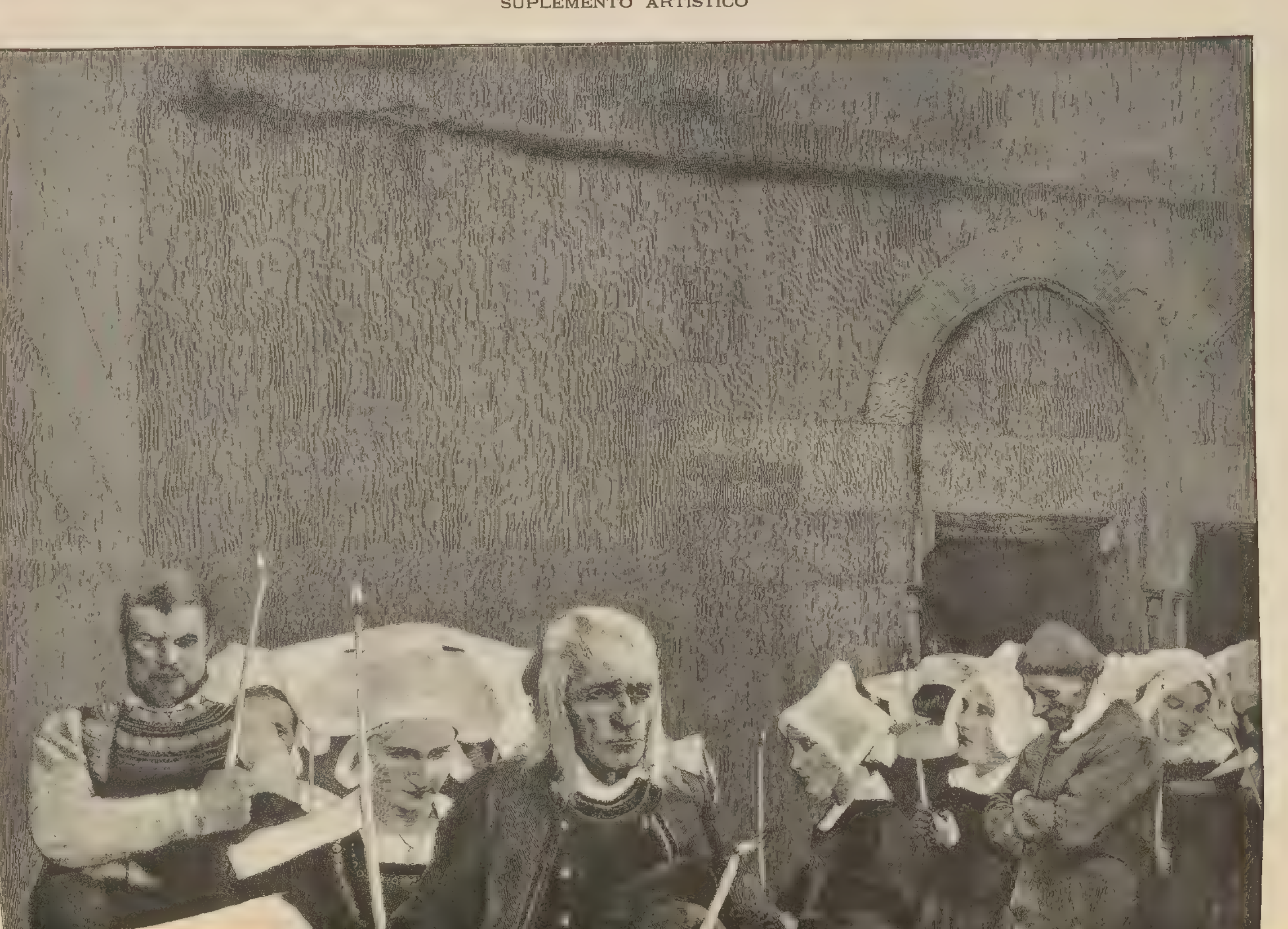
Nuestras miradas buscaron al asesino: no pensaba en huir.

Había caído anonadado y permanecía con una mano

(1) Tumbas.



LA RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO, cuadro de H. Rauchinger





UN PERDON (ROMERIA) EN BRETAÑA, cuadro de Dagnan Bouveret, grabado de Baude.



UN DÍA FRÍO, cuadro de Baixeras, grabado por Sadurní



¡ABRID EN NOMBRE DEL REY! copia directa de un cuadro de J. Aranda

de la muerta entre las suyas, la cabeza medio oculta entre el borde de la cama é indiferente á cuanto pasaba en torno suyo.

Al acercarse el médico y sin saber aun quién era le dijo:

– Levántese, buen hombre, necesito reconocer á esta joven; pero está muerta... – añadió fijándose en el semblante.

– Vea, señor, vea; tal vez no sea verdad: no, no es posible que haya muerto sin perdonarme. – Y tímido y humilde se retiró hacia la cabecera y con la ansiedad en los ojos esperó el fallo facultativo.

Este no tardó en manifestarse.

La herida había sido de mano maestra y la muerte era un hecho.

Al cerciorarse, al encontrarse frente á frente con la realidad el asesino se puso pálido como un cadáver y cayó sollozando al lado de la tarima donde yacía Rosario.

– ¿Quién es este hombre? – preguntó entonces el jefe político.

Todos guardábamos silencio: ante aquel dolor nos repugnaba acusarlo como autor del crimen.

Pero él levantó la cabeza. Indudablemente comprendía nuestra actitud y había oído la pregunta.

– Me llamo Bautista Pérez, – dijo con voz apagada, – y yo... yo he dado muerte á esta joven que era mi mujer.

El jefe político lanzó una exclamacion de sorpresa y con una mirada ordenó á sus subalternos guardasen la puerta.

Bautista comprendió y con dolorosa resignación, pero con firmeza, añadió:

– No trato de escaparme, señor: confieso mi crimen al que fuí arrastrado por los celos.

¿Era Rosario culpable? ¿era inocente? No lo sé. Desde hacía algún tiempo sufría como un condenado. Vivíamos en Ambato y creyendo separarla del hombre que pienso era mi rival, determiné trasladarme á Guaranda.

Lloró, señor, suplicó: ella no quería salir de allí... La obligué y en el camino creció mi cólera porque al llegar á Mocha creí ver al maldito que la enamoraba y que Rosario, más humilde y resignada, quería engañarme para huir con él.

IV

Bautista calló y durante un momento fijó sus brillantes ojos en la muerta con expresión apasionada y al propio tiempo rencorosa.

– ¿Y después? – preguntó el jefe político interesado como todos los que allí estábamos, por aquel drama íntimo.

– Después de Mocha al tambo, ciego, loco, la amenacé con buscar al infame y matarlo; confieso que entonces no había tenido pensamiento de asesinarla.

Pero sus lágrimas y su desesperación acabaron con mi juicio; temía por él, lloraba por él; quería á otro y á mí me odiaba, ¿ó era el temor que mi semblante amenazador le producía? esa es ahora mi duda y mi tormento.

Al llegar aquí, al bajar del caballo no quiso entrar, intentó correr hacia donde se encontraban los pasajeros, al pié del Chimborazo; después comprendí su intención de pedir socorro á los que cuidaban á los caballos en el extremo del corral.

Entonces no sé lo que pasó por mí... A la fuerza la hice entrar en esta pieza, se resistió y gritó; casi al propio tiempo mi cuchillo... ¡ah, qué desgraciado soy! y la quería tanto, tanto... Rosario, he podido matarte, perdón, perdón!

El infeliz Bautista se cubrió el rostro con ambas manos y sus sollozos acusaban el pesar más intenso.

El jefe político nos llamó á un extremo de aquella lúgubre pieza y le referimos cuanto habíamos presenciado.

A corta distancia de la cama estaba aún en el suelo el cuchillo del homicida.

De repente Bautista se abalanzó, lo tomó, y con la rapidez del relámpago, se hirió profundamente en el corazon y cayó diciendo:

– Perdón, Rosario! voy á buscarte.

Todos corrimos: el infortunado indio vivió sólo algunos minutos y su trágico fin hizo inútil todo procedimiento.

Las formalidades se llenaron, y ya muy entrado el día, continuamos nuestro viaje.

Rosario, culpable ó nó, duerme el sueño eterno al lado de Bautista: la tumba guarda su secreto.

LA BARONESA DE WILSON

JUANITO CALORES

CUENTO

I

El ilustrado médico de Pradilla de Abajo daba vueltas en su honestísimo lecho sin poder conciliar el sueño.

Sin duda el desvelo de don Homobono Saez de Zaldibarbeitia debía obedecer á una causa grave dado su carácter apacible, su límpida conciencia, su excelente régimen higiénico y como efecto de éste su buena salud.

Por aquel tiempo los reflejos de la tea revolucionaria alumbraban al antes pacífico vecindario de Pradilla de Abajo y aun á su anejo del Ochavillo. El doctor, variando continuamente de posiciones, recordaba conjunto y detalles de la borrascosa sesión de aquella noche.

La vacilante luz del velón de tres mecheros, el bostezar de algún concejal arrellanado en el clásico banco *regidero*, el resonar de las rústicas almadreñas sobre el entarimado de la habitación, tan pronto santuario de la ley municipal como salón de *baile de artesanos*, no desaparecían ni un instante de la mente del doctor.

Recordaba sin perder detalle la entrada de los socios disidentes del *Casino de Labradores*, hartos de arañar las mesas del *Círculo* con las fichas del dominó y de apuntar á la diestra los amarracos á *la vera* de un jarro de vino y entre el ruido de las bolas, que más saltaban que rodaban sobre el accidentado tapetillo de color de prado invernizo un tanto adicto al tablero que en mejores tiempos construyó Laorga. Sobre todos los que en el municipio penetraron después de varias cortesías, no de saludo y acatamiento, sino para desligarse del pegajoso lodo, no olvidaba el doctor á Juanito Calores, el más concienzudo medidor de vinos y más intransigente socialista de la comarca.

Las últimas palabras de su discurso resonaban todavía en los oídos de don Homobono, y á cualquier lado que se rebullese, las encontraba y las percibía tan roncas como fueron pronunciadas, y tan envueltas en vapores alcohólicos como penetraron entre las ondas sonoras y olorosas de la sala de Juntas.

«Todos *semos* iguales. *Naide* está sobre *naide*. Y si desnudos vinimos á esta vida, y desnudos ha de dejar la muerte á grandes y á chicos, es que Dios quiere que no *haiga diferiencias*.»

Dios lo quiere, – pensaba don Homobono. – Es verdad que Dios lo quiere. A lo menos así se deduce de la generalidad de los sucesos. La lluvia y la nieve cuando azotan á Pradilla caen sobre todos los tejados con igualdad perfecta y mojan las losas de todas las calles y gotean con la misma fuerza sobre el pardo sombrero del gañán más pobre que sobre la cepilladísima *castora* que distingue de entre sus administrados al señor Alcalde el día de Nuestra Señora de la Tarima, Santa Patrona de este pueblo.

Las leyes físicas se dan en todo el globo con igualdad perfecta y los mismos efectos hace al ácido prúsico en un habitante de la Moldavia como en un morador del pico de Teide. Todo obedece al previsto movimiento de un péndulo isocrono; en todo pues rige la suprema igualdad.

Una cosa contraria, sin embargo, la aserción del medidor de vinos. Las enfermedades á que son campo abierto los mortales, se encuentran con diversos temperamentos y tropiezan á la cabecera de los dolientes con medios más ó menos prácticos. En unos casos siguen su obra de destrucción; en otros retroceden.

La lluvia y la nieve mojan los sombreros de los que no tienen paraguas y los pies de los que no llevan zapatos; accidentes todos creados por el hombre y que no estando al alcance de los medios económicos de la universalidad contrarían la ley igualitaria.

Si esta ha de imperar como Dios quiere, si sus consecuencias han de imponerse, sobran los zapatos, los paraguas y hasta los médicos.

La inteligencia del bueno del doctor luchó largo tiempo con la idea de estar de más en este mundo, haber perdido trece años en oponerse á una ley natural y quedar en el mismo caso que un par de chanclos ó un paraguas de algodón.

Desde entonces se propuso dejar obrar á la naturaleza de sus pacientes y para no ser responsable de obstáculos terapéuticos puestos á la ley de la igualdad se decidió á ser médico expectante.

En estos y otros más profundos pensamientos y no menos gallardas deducciones se hallaba el doctor ensimismado, cuando su humilde habitación se iluminó por igual, un murmullo acompasado y monótono molestó sus oídos y midiendo el paso á toda conciencia llegóse á los pies de la cama una joven ataviada lo más grotescamente que la imaginación puede concebir.

Llevaba sobre la pelada cabeza un triángulo isósceles, de cuyo ángulo superior pendía una balanza puesta en el fiel. La cara se dibujaba en una perfecta identidad de líneas é hipotéticamente dividida en dos trozos izquierdo y derecho presentaba una jamás interrumpida simetría de hoyuelos y tintas que presidía al nacimiento de un amelocotonado vello, con tal exactitud repartido, que ni la balanza de precisión hubiese denunciado, á ser posible el experimento, la menor inclinación de la acusadora aguja.

Ceñía, ó por mejor decir ocultaba el cuerpo de la joven, una túnica blanca abrochada en cada uno de los hombros con tal cuidado, que los paños se plegaban y desplegaban en las mismas alturas y en iguales profundidades arrojando siempre los mismos reflejos é idéntica sombra.

Apoyábase aquella fantástica aparición en dos extensas rayas paralelas puestas como límite á una nubecilla bordeada en curvas iguales, ni más ni menos que un festón hecho á máquina.

– La igualdad, – dijo la joven con monótono ritmo, – ha sido solicitada en todas partes y especialmente en este pueblo. Heme aquí. No juzgues que te concedo la preferencia de la primera visita, porque esto reñiría con mi modo de ser. A todas partes he llegado como tú pensabas que llegaban el agua y la nieve, repartiendo por igual mis dones. Desde ahora presido pues los destinos de Pradilla de Abajo.

Don Homobono sudaba la gota gorda envuelto entre las sábanas procurando cerrar los ojos. Debió conseguirlo porque se durmió.

II

Don Homobono formaba al día siguiente parte de un agrupado círculo de lectores que devoraba el contenido de un bando pegado junto á la puerta del Pósito y que decía así:

«Don Juan Calores de la Exaltación, Alcalde popular de esta villa, á todos los que la presente vieren ó conocieren; sabed. Que en uso de las atribuciones que me concedieron vuestros sufragios he dispuesto lo siguiente:

»Artículo primero. Queda decretada la igualdad.

»Artículo adicional. Un minucioso Reglamento prevendrá la manera de llevar á ejecución este Decreto.»

El médico no había sido engañado por la visitante de la noche anterior. Don Homobono subió precipitadamente los escalones de la Alcaldía.

Juanito Calores le esperaba.

– Ciudadano, – le dijo, – todos somos iguales. Esto pedía anoche y esto ha venido. Pero como todo necesita reglamentarse y como siendo todos lo mismo al mismo tiempo, el pueblo no podría *susistir*, he dispuesto *clasesficar* los vecinos de esta villa en la siguiente forma.

Aquí el Alcalde explicó á don Homobono, que los pobres y los ricos cambiarían de situación por turno é igualmente permutarían de profesiones todos los avecindados, teniendo así todos ocasión de gozar y sufrir por el mismo espacio de tiempo, hasta tal extremo que don Homobono estaba obligado á ser enfermo todo el tiempo que había sido médico, aun cuando por conmiseración no se le obligaba á ser visitado por los mismos que fueron sus clientes. El atribulado médico pidió que se hiciese un corte de cuentas, aduciendo que agua pasada no muele molino, y que por lo tanto la vida nueva debía empezar desde el momento en que la igualdad se había dignado acudir á los prolongados llamamientos de sus convecinos.

El doctor se enteró de que desde entonces y por cuatro días le tocaba ser alguacil del Ayuntamiento y sucesivamente herrador, cura párroco, pobre de pedir limosna, y guarda jurado, y que detrás de estas y hasta que se muriese, desempeñaría cuantos cargos, oficios y ocupaciones eran de necesidad para la vida de Pradilla de Abajo.

Tocóle pues en suerte y como trabajo de urgencia, repartir y cobrar las papeletas del impuesto, si bien antes había de distribuir las duplicadas cédulas de riqueza con objeto de que manifestando cada uno lo que tuviese, pudiera organizarse un reparto exactamente igual.

Llegóse el novel alguacil para proceder con todo orden á la casa más próxima al Municipio que era la de don Frutos Redaño, rematante de carnes, labrador de cuatro pares y padre de la pradillense más hermosa ó que á lo menos así lo había parecido siempre á don Homobono.

Hallábase don Frutos con las llaves de la panera en mano, esperando en la puerta de la calle á los renteros á quienes juzgaba ya en la villa surtiéndose en el mercado de las necesarias provisiones.

– Bien me ha parecido eso de la igualdad, – dijo, – y falta hacía que el Ayuntamiento hiciese algo bueno. En seguida que acabe de *encerrar* me llegaré *en ca* Calores y algo le diré *al respecto* de las haciendas del Marqués, que hora es de que disfrutemos todos por igual de ellas.

– A casa de su apoderado iba ahora á que me diese un inventario circunstanciado, pero antes quise pasarme por lo mismo á la de V., que alguacil soy aunque no lo parezca, por tocarme hoy hacer este oficio.

– Bien haya, – exclamó don Frutos, – aquel que nació en un pesebre y dijo aquello del camello y la aguja, que bien conocía las miserias de los pobres, pero ¡maldito sea el que su ley altere! Y digo esto porque si declaro lo mío y me lo toman, he de quedarme sin ello, y si el Marqués dice la verdad y me entregan algo, como los pobres son tantos, valdrá más lo que perda que lo que reciba.

– Esa no es cuenta, – repuso don Homobono, – porque la igualdad está en que todos hemos de tener lo mismo.

– Claro que sí, – contestó don Frutos, – pero bien entendido que lo que uno adquirió por su trabajo no ha de alimentar la holgazanería de los otros, y bien se sabe que si alguna dote tiene mi chica, bastantes soles me he pasado y grandes esfuerzos me costó defender las espigas de la cizaña, dar salida á las aguas regaderas y ocultar al viento la miés recogida, amén de los cuartos que cuando la enfermedad del ganado dí al herrador y los peones que pagué cuando la langosta, y esto lo digo, don Homobono, no por jactancia sino porque si yo heredé *uno ú dos ú medio*, el aumentar mi hacienda ha sido cansancio de mi cuerpo y sudor de mi rostro. Si la igualdad es quitarme todo esto que puse y lo que de ello nació, ¡mal haya la igualdad y el que pensó en ella! Deje V. pues la papeleta del impuesto que yo la pagaré perro sobre perro, pero en cuanto á decir lo que yo tengo que lo averigüen y si lo averiguan y lo quieren, que vengan por ello, que á Dios gracias preparada tengo la escopeta y allá veremos.

Dijo y echó á andar por la calle adelante.

Don Homobono se llegó á casa del tío Angustias cuya cédula de riqueza tendría poco que escribir.

– ¡Hola, don Homobono! – le dijo el rústico, – tal es la dicha en esta casa como es grande la honra que hoy recibe viniendo V. á ella, y siéntese V., que aunque sea alguacil por turno de la suerte, yo sé distinguir lo que hay de persona á persona y á Dios gracias que todos somos iguales. Sé á lo que V. viene, pero tenga en cuenta que soy un pobre y por un cerdillo más ó menos que á mí vaya en mucho, no será tanto lo que entre todos pierda cada vecino de Pradilla. Lo digo porque creo que V. no dirá nada de la marrana en cría que ahora tengo en casa. Y ande V. con ojo con los de este pueblo que no son de ley y cada uno ocultará lo que pueda, porque no tienen *concencia* ni temor de Dios. Y dígale V. al Alcalde que me avise de lo que me toca y yo iré á recogerlo, que hora era de que todos fuésemos iguales.



TELÓN DEL TEATRO DE LA CIUDAD DE KARLSBAD, pintado por Francisco Matsch

Estas ó parecidas escenas se repitieron en las demás casas. Don Homobono se retiró á la suya con un fuerte dolor de cabeza y en desvelos, sudores y fatigas empezó la noche.

III

A las doce de ella don Homobono pareció agravarse.

El que por riguroso turno debía ejercer la medicina, y que era un labrador de poca hacienda, se levantó de su cama al quinto golpeteo en la puerta y de mal talante se fué en busca de los laureles de su *debut* científico.

– ¡Caracoles y con las horas de ponerse un hombre enfermo! Bien me estaba yo en mi cama desde que se acostaron las gallinas deseoso de no dejarla hasta rayar el día y no trasnochando y andando desvelado por las calles. A bien que por cuatro días de médico no quiero decir nada al señor Alcalde, pero juro á Dios que si en ellos tengo que levantarme todas las noches á estas horas, cojo otra vez mi arado y vuelvo á las faenas en que me crié. Pensaba yo que esto de ser médico era cosa únicamente de tomar el pulso, mirar la lengua y el vaso de noche, que ya esto último es de por sí bastante asqueroso, pero si este hombre se muere válgame el cielo por la pena que yo voy á tener y el aquel de no haber acertado y el recelo de la familia, y eso que no me apena perder la reputación que jamás tuve, de curandero. – Haciéndose estas reflexiones llegó el reciente Galeno á la casa de don Homobono.

Todo, como suele decirse, andaba en ella manga por hombro. Los criados que le habían asistido de continuo antes de que la igualdad triunfase en Pradilla de Abajo, siguiendo la condición de sus convecinos habían cambiado de ocupaciones. Pedro, el favorito de don Homobono, desempeñaba por cuatro días el Juzgado municipal y más satisfecho con ello que con barrer habitaciones, esperaba cambiar otra vez de oficio buscando el gusto en la variedad y el placer en la inconstancia.

La naturaleza de don Homobono triunfó de todo y vino la convalecencia.

Pasándola se hallaba, cuando cierta mañana, entraron en su gabinete las tres mejores mozas del pueblo contando á la consabida hija de don Frutos.

– El diablo ha entrado en Pradilla, – dijeron á una voz las invasoras. – Pues hemos echado *buen pelo* con la venida de la forastera. ¡Mira la tal, y qué tonos y qué fantasías las suyas! La culpa tiene el tontazo de Juanito Calores que á las primeras de cambio la pidió en matrimonio.

Don Homobono preguntó quién era la audaz forastera, y no sin esfuerzo y convertir en diálogo lo que se inició como coro, pudo coordinar señas y señas y deducir que la novia del Alcalde era ni más ni menos que la bendita Igualdad que se le apareció en sueños en la noche de marras.

Enteróse el doctor de que Juanito Calores viendo pelona á su prometida había mandado en un enérgico bando que todas las mujeres de Pradilla se cortasen el pelo, con lo cual se cumplía la ley de la igualdad en cuyo nombre empuñó la vara de la justicia después de aquel célebre discurso.

El bando agitó más que las conciencias las cabelleras femeninas y no hubo en Pradilla mujer que no gritase, piedra que no saliese de su sitio, ni cencerro que no se arrancase á las colleras, para dar la gran *bronca* á la futura Alcaldesa.

La revolución se hizo. El día señalado para la boda, los sublevados (que ya lo eran todos los vecinos del pueblo) esperaron á la puerta de casa la forastera la salida de la amante pareja, teniendo decidido afrentar á la novia con el insultante apodo de *la pelona*.

No quiso la novia merecerlo, pues cuando las circunstantes que se hallaban en las últimas filas se alzaron sobre las puntas de los pies para verla mejor, la distinguieron adornada con una hermosa cabellera y una gruesa trenza de pelo negro que la llegaba más abajo de la cintura.

El médico se acercó cortésmente á la forastera y Juanito Calores que la llevaba del brazo le dijo:

– Mire V., don Homobono. Yo siempre tan amigo de la igualdad. Por eso quería que todas las mujeres del pueblo se cortasen el pelo, pero esta ha preferido para igualarse á ellas comprarse un añadido.

– Pues aplíquese V. el cuento, señor Alcalde, – repuso don Homobono; – la igualdad no se funda en la nivelación absoluta. No es menester, como dijo Garnier Pagés, quitar los faldones á los fraques, sino añadir faldones á las chaquetas.

FERMÍN MARTÍN SUÁREZ.

LA EXTINCION DE LOS CONEJOS
en Australia y en la Nueva-Zelanda

M. Pasteur ha dirigido á los comisarios generales de las posesiones de la Australia y de la Nueva-Zelanda la siguiente comunicación.

París, 5 de enero de 1888.

«*La Revue des Deux Modes* ha publicado, en su número del 15 de agosto de 1887, un artículo de M. C. de Varigny del cual copio los siguientes párrafos:

«Enriquecidos repentinamente por la guerra de Secesión de los Estados-Unidos, que hizo subir el precio de las lanas disminuyendo la producción americana, los colonos de Australia se encontraron de pronto en posesión de ganancias considerables.

»Imitadores celosos de las costumbres inglesas, se aficionaron á la caza y fundaron en Austialia y en la Nueva-Zelanda sociedades de aclimatación para importar de Europa liebres y conejos. Una verdadera pasión, una especie de delirio se apoderó de la colonia: todo gran propietario no tuvo más que una idea, poseer un coto reservado. El sol y el clima convenían maravillosamente á los conejos, que en Inglaterra tienen de cuatro á seis crías al año, de tres á cuatro pequeños cada una, y que en Australia llegaron hasta diez, de ocho á diez individuos cada una.

»En vano se intenta aislarlos en sus terrenos por medio de enrejados, pues se escapan saltando por encima, con gran disgusto de los propietarios, que redoblan sus esfuerzos y cuidados para disminuir su número. De tal suerte lo han conseguido, que esta plaga asola en la actualidad la Nueva Zelanda y la Australia. Las huertas son devastadas; los terrenos que produjeron, hace ya algunos años, 150 fanegas de cebada y de 75 á 80 de trigo por hectárea, han tenido que ser abandonados en algunas comarcas por haberse hecho imposible todo cultivo.

»M. Crawford cita el caso de un gran propietario que después de haber gastado 40,000 libras esterlinas (un millón de pesetas) para librarse de esta plaga de nuevo género, se vió obligado á renunciar á su intento sin alcanzar resultado. Cálculos bastante exactos hacen ascender el número de estos animales á algunas centenas de millar, y cada año su tamaño aumenta con su número. De voracidad extraordinaria, se comen la hierba hasta la raíz y convierten inmensos pastos, que podrían alimentar de 25 á 30 carneros por hectárea, en terreno yermo y miserable. Los viñedos han sido destruídos, y todos los medios empleados hasta aquí para exterminar estos animales no han dado ningún resultado apreciable. Se les caza, se les



EL DESCANSO DEL MEDIODÍA, cuadro de Alejandro Wagner

mata, se les envenena, y, sin embargo, hormiguean por todas partes.

»Dice M. Williamson, que en una excursión que hizo con un delegado del gobierno, pudieron reconocer que la hierba había desaparecido por completo en toda la comarca. Innumerables bandas de enormes conejos pululaban por el país, apartándose apenas para dejar paso á su carruaje. El suelo, lleno de madrigueras, no les permitía avanzar sino con mucha precaución (véase la fig. 1).

«Por todas partes, – dice, – »nos rodean los conejos: en el »camino y en la llanura; aquí sal»tan en tropel, allá se persiguen »sobre la arena; junto á la en»trada de sus madrigueras se les »ve tendidos á centenares. Arro»jados de un sitio, se refugian en »otro, y se multiplican con tal »rapidez que sólo un cataclismo »de la naturaleza podrá acabar »con semejante plaga.»

«Estas noticias han sido confirmadas posteriormente por un edicto del gobierno general de la Nueva Gales del Sur, publicado en *Le Temps* el 9 de noviembre y el 2 de diciembre del pasado año, en el cual se ofrece un premio de 625,000 pesetas (25,000 libras esterlinas) á la persona que dé á conocer y demuestre la eficacia de un método ó procedimiento destinado á exterminar á los conejos, advirtiendo que éste deberá ser, según dictamen facultativo, inofensivo para los caballos, carneros, camellos, cabras, cerdos y perros, no entrando en su composición materias que puedan serles nocivas.»

Algunos días antes de la publicación en *Le Temps* de este anuncio oficial, M. Pasteur había recibido, por un colono de la Nueva Zelanda, extensas noticias de los estragos causados también en esta isla por los conejos, lo que le decidió á remitir en 27 de noviembre á dicho diario una carta que publicó el día 29 y de la cual copiamos los siguientes párrafos:



Fig. 1. – Los conejos en Australia. – El carruaje de M. Williamson atravesando por entre una banda de conejos.



Fig. 2. – Conejos muertos por el microbio del *cólera de las gallinas*. Experimento de la señora viuda Pommery, en Champaña (Segun fotografía de M. Trompette, de Reims).

«De tal suerte se siente impotente el gobierno de la Nueva Gales del Sur para luchar contra esa plaga de nuevo género, la multiplicación de los conejos, que ofrece una recompensa de 625,000 pesetas al que descubra un procedimiento eficaz para exterminarlos. Numerosas regiones de la Nueva Zelanda, no menos asoladas que la Australia, han sido abandonadas por los colonos, que renuncian á la cría de los rebaños por la imposibilidad de alimentarlos. Cada invierno se matan los conejos á millones, sin que esta carnicería parezca disminuir su número. ¿Me permite V. hacer llegar hasta esos lejanos países, por medio de *Le Temps*, algunas ideas cuya aplicación podría tener, tal vez, regular éxito?

»Hasta el presente se han empleado, para la extinción de esta plaga, sustancias minerales, particularmente las combinaciones fosfóricas. Al recurrir á tales medios, ¿no se ha seguido un camino equivocado? Para destruir seres que se propagan según las leyes de una asombrosa progresión constante, ¿qué eficacia tienen los venenos minerales? Estos matan en el acto, allí en donde se les toma; pero, en verdad, para obrar en innumerables seres vivientes, ¿no sería preferible, permítaseme la expresión, un veneno dotado como ellos de vida y, como ellos, capaz de multiplicarse con sorprendente fecundidad?

»Creo, pues, que lo que se desea para llevar la muerte á las madrigueras de la Nueva-Zelanda podría hallarse en el ensayo de comunicar á los conejos una enfermedad susceptible de convertirse en epidémica.

»Una existe que se conoce con el nombre de *cólera de las gallinas* y que ha sido objeto de continuados estudios en mi laboratorio. Esta enfermedad es igualmente propia de los conejos. Así, pues, entre las experiencias que he practicado, se encuentra ésta: he reunido en un espacio limitado cierto número de gallinas, y, dándoles una alimentación contagiada por el microbio productor del *cólera de las gallinas*, éstas no tardan en morir. Los corrales son á veces asolados por verdaderas epidemias de este mal, cuya propagación se debe, sin ninguna duda, á los excrementos de las primeras gallinas enfermas que inficionan el suelo y los alimentos.

»Calculo, pues, que lo mismo sucedería en los conejos, y que al volver á sus madrigueras para morir allí, comunicarían la enfermedad á otros, que la propagarían también á su vez. Pero, ¿cómo lograr que los primeros conejos ingieran en su cuerpo el germen destructor? Nada más fácil.

»En torno de la madriguera colocaría una cerca provisional, abarcando un espacio determinado, al cual los conejos vendrían á buscar su alimentación. Repetidas experiencias nos han demostrado que es fácil conservar en estado de perfecta pureza, y en tan gran escala como pueda desearse, el microbio del *cólera de las gallinas* en los caldos de cualquiera clase de viandas. Con estos líquidos llenos de microbios se rociará el alimento de los conejos, que luego irán á morir por uno y otro lado y propagarán la epidemia por todas partes.

»Puedo añadir que el parásito de esta enfermedad es inofensivo para los animales de las granjas, exceptuando, como ya se ha dicho, las gallinas, pero éstas no tienen necesidad absoluta de vivir en el campo.

»No dudo, ni por un momento, que en los países devastados por esta plaga se encontrarán personas dispuestas á poner en práctica el método que propongo, método muy sencillo y que, en todo caso, vale la pena de probarse.»

Después de la publicación de esta carta M. Pasteur practicó varias experiencias en los conejos, las cuales han venido á demostrar, conforme presumía, que el *cólera de las gallinas*, que se propaga con suma facilidad entre estos roedores, ocasiona siempre su muerte con pasmosa celeridad. Verificadas también estas experiencias en los perros, cerdos, cabras, carneros, ratas, caballos y asnos, ninguno de estos animales llegó siquiera á enfermar.

El microbio de esta enfermedad muere bastante pronto al contacto con el aire; por el contrario, su conservación es fácil durante largos años si se le preserva de él cuidadosamente. Los caldos de cualquiera clase de carnes sirven de igual modo para su cultivo, por lo cual sería el más económico el que se obtuviera con el de la misma carne de conejo.

En vez de cercas provisionales en torno de las madrigueras para lograr que los conejos se alimenten con las sustancias de antemano inficionadas, podría alcanzarse mayor y más rápido resultado haciendo segar la hierba en rededor de aquéllas y colocarla luego con los rastrillos, después de rociada con el líquido del cultivo, en parajes á propósito para que la coman al encontrarla á su paso. Haciéndolo de este modo se obtuvo el resultado más completo en una experiencia practicada en Reims por M. Pasteur.

La señora viuda Pommery, de esta ciudad, propietaria de la casa de vinos de Champaña que lleva su nombre, escribió á M. Pasteur, habiéndose enterado de su carta publicada en *Le Temps*, ofreciéndole una ocasión favorable para experimentar su método en un prado de su pertenencia y de capacidad de ocho hectáreas situado encima mismo de sus bodegas, el cual estaba de tal manera infestado por los conejos que habían minado el suelo por completo y constituían un peligro para sus intereses del que necesitaba librarse.

M. Pasteur mandó en seguida á dicha ciudad á uno de los practicantes de su laboratorio llevando consigo una cantidad de cultivo reciente del microbio productor del *cólera de las gallinas*, con el cual rociando los alimentos que de ordinario acostumbraban á consumir aquellos roedores se obtuvo un resultado sorprendente, pues en el corto espacio de tres días fué exterminada aquella plaga. Buen número de conejos muertos se encontraron sobre el terreno (véase la fig. 2), permitiendo suponer que debió ser mucho mayor el de los que murieron en las madrigueras.

El método recomendado por M. Pasteur va á ser muy pronto experimentado en Australia, en donde dará seguramente los resultados previstos por nuestro ilustre compatriota.

(De *La Nature*.)

NOTICIAS VARIAS

EL GUAYACO ARTIFICIAL. – A la *madera endurecida*, que adquiere un hermoso pulimentado y ha sido aplicada á la fabricación de buen número de artículos, particularmente tinteros artísticos y medallones, que tanta aceptación han alcanzado, puede agregarse la de *guayaco artificial*, que se acaba de inventar.

M. Stockhardt, de Leipzig, ha obtenido privilegio exclusivo para la explotación de un procedimiento que permite dar á toda clase de maderas las propiedades del verdadero guayaco, cuyo valor aumenta cada día. El modo de obtener este resultado es sumamente sencillo, pues consiste en someterlas á las dos operaciones siguientes: impregnarlas bien de aceite y comprimirlas después por medio de una prensa de gran potencia, cuya acción aumentará considerablemente su densidad.

(Tomada del periódico: *La Nature*)

***

LABORATORIO ELÉCTRICO DE VIENA. – Va á construirse muy pronto en Viena un laboratorio de electricidad con el objeto de proceder á operaciones de medidas para el público, como los ensayos de fuerza y producto de los dinamos, la potencia luminosa y el valor de las lámparas de arco y de incandescencia, las medidas electro-químicas, la calibración de los instrumentos de medida, el funcionamiento de las pilas primarias y secundarias, etc.

He aquí la tarifa adoptada para estas diferentes operaciones: Ensayo de un dinmo, de 30 á 100 francos, según las dimensiones de la máquina; ensayo de una lámpara de arco, de 30 á 40 francos; ensayo de una lámpara de incandescencia, de 20 á 30 francos; calibración de los aparatos de medida, de 6 francos 25 á 40. Los productos del establecimiento se repartirán entre el Museo tecnológico y el personal del laboratorio.

(Tomada del periódico: *La Nature*)

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 7 DE MAYO DE 1888 — NÚM. 332

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PARIS, SALON DE 1888

Las grandes capitales pueden permitirse grandes lujos por lo mismo que en ellas residen y acuden á ellas las personas que reunen á nobles aficiones y á conocimientos especiales los medios necesarios para adquirir aquellas obras del arte que la generalidad de los mortales admiran platónicamente, es decir, sin esperanzas de poseerlas. Uno de esos lujos, el más agradable y tal vez el más trascendental de ellos, es el que en París se llama *Salón* y nosotros llamamos Exposición de Bellas Artes. Bajo los auspicios del Gobierno que concede merecida, aunque insuficiente importancia á esas manifestaciones del genio, se abre todos los años el concurso de dibujo, pinturas y esculturas, visitado por una sociedad distinguida de aficionados y especuladores que adquieren esas obras á buen precio. El *Salón* viene á ser el termómetro del arte en Francia y aun en Europa, puesto que, con sano criterio se admiten en él trabajos de procedencia extranjera en una proporción bastante hidalga.

El día primero del mes corriente se ha inaugurado el *Salón* de 1888, y aun cuando falta tiempo para poderlo apreciar debidamente, la primera impresión ha revelado mayor número de cuadros que en los años precedentes, pero no mayor número de obras maestras. A juzgar por esta clase de exhibiciones podríamos sospechar que el arte, si no ha retrocedido, se ha paralizado en su progreso; sin embargo, también es posible que esta deducción fuese determinada por la demasiada frecuencia con que se verifican esos certámenes. Un año de intervalo es un plazo relativamente breve para que puedan apreciarse adelantos visibles en la marcha de los astros que de tarde en tarde aparecen. Por lo que toca á los maestros consumados, quizás algo inficionados por el virus del siglo, exponen en el *Salón* ó cuadros de encargo ó lienzos vendibles, tendiendo más al fomento de su caja (algunos por fortuna la tienen) que á aumentar una reputación legítimamente adquirida. Es lo que sucede en todos los certámenes: una

PARÍS.—SALÓN DE 1888



¡AL TROTE! cuadro de Roll, grabado por Baude

vez los grandes genios han penetrado en el Olimpo, procuran posesionarse de un sitio cómodo en la mesa de los dioses, desde el cual contemplan casi desdeñosamente á la tierra. No les dirigimos un cargo: el artista es un hombre superior... en arte; pero en las restantes condiciones de la vida calcula como el vulgo de los mortales, porque está sujeto á las mismas necesidades y debilidades de estos. En este concepto, indudablemente cierto, un *Salón* es un mercado donde lo más interesante es exponer artículos de fácil salida.

Por su parte, los gobiernos que en teoría defienden la grande utilidad de proteger el arte, siendo así que gastan más en las pruebas de un cañón que en el fomento del mejor museo, no andan generalmente tan holgados de medios, que puedan destinar á premios y adquisiciones sumas importantes para exigir algo extraordinario á hombres igualmente extraordinarios. La experiencia demuestra que el artista especulador (que también los hay de esta clase) disputa las consignaciones del Estado aprovechando las circunstancias de lugar y tiempo y pidiendo al entusiasmo que despiertan ciertos asuntos el favor que debiera reservarse al mérito absoluto.

De este conjunto de circunstancias, cuya razón de ser y cuya manera de alejarlas no hemos de discutir en este momento, proviene que sean realmente contadas las obras de grande aliento que se destacan en las Exposiciones ordinarias de bellas artes. En cambio se demuestra por tales medios hasta qué punto el arte se propaga· los pintores abundan y la mayoría de los cuadros son apreciables. En ellos se estudia de notable manera la luz del sol que nace y la luz del sol que declina; el agua en estado manso y el agua en estado bravo; el cielo transparente de España y de Italia y el cielo nebuloso de las orillas del Támesis y del Sena: Venecia y Granada no tienen calle, puente, templo ni ruina que no hayan sido una y otra vez reproducidos con un esmero recomendable; los taciturnos lobos marinos, los soldados alegres y licenciosos de otros días, las odaliscas (las odaliscas sobre todo) han sido trasladadas al lienzo con mucha perfección por gran número de artistas. Pero en cambio, y por regla general, se atiende más á la impresión que al asunto, á la forma que al fondo; la naturaleza resulta más observada que el hombre, las costumbres más estudiadas que las pasiones: el artista tiende el vuelo á flor de tierra y raras, muy raras veces lo eleva á las regiones del águila.

Se nos preguntará, en vista de nuestras frases, ¿qué opinamos respecto á Exposiciones, á *Salones* de Bellas Artes? Pues opinamos que deben celebrarse, aunque tal vez menos á menudo de lo que se celebran; que deben ser hasta espléndidamente favorecidas por los gobiernos; que merecen ser visitadas, que deben serlo á todo evento; pero que el visitante no presuma ni menos pretenda que un *Salón* sea un Museo; el *Salón* es propiamente el Bazar del arte, el Museo es su templo; en el *Salón* se puede entrar hasta por curiosidad, en el Museo se debe entrar con respeto.

Por todo ello, La Ilustración Artistica desea que sus favorecedores tengan idea del actual *Salón* de París y al efecto empieza en el presente número la publicacion de los cuadros que más han llamado hasta ahora la atención pública. Ellos comprueban lo que llevamos dicho: los artistas vuelan por lo común á flor de tierra y á flor de agua.

San Juan Nepomuceno socorriendo á los pobres

Cuadro de M. Dite

El protagonista de este cuadro, llamado Juan por su nombre de pila y conocido por Nepomuceno de Nepomounck, población de su nacimiento, nació en 1330 y murió, ó mejor dicho fué martirizado en 1383. Fué canónigo de Praga, de cuya ciudad es patrón, y se distinguió por su amor á los pobres, de quienes era el mejor protector y amigo Dite le representa á tiempo de salir de la iglesia, repartiendo su escaso peculio al anciano, á la viuda y al huérfano. Por su virtud y ciencia eligióle confesor suyo la emperatriz Juana, cuyos secretos quiso poseer el emperador Wenceslao exigiendo del sacerdote la violación del secreto sacramental. Juan se resistió dignamente y el cumplimiento de un deber sagrado le costó la vida: el emperador le hizo ahogar en el Moldau.

El pintor Dite que inició sus estudios en Praga, conoce de sobra esa historia y ella le ha inspirado el cuadro que publicamos. Si con él ha querido rendir un merecido homenaje al santo, quizás hubiera sido preferible la escena culminante de su vida, la lucha con el emperador que le valió la palma del martirio. El asunto era realmente para tentar á un artista de gran aliento. Dite ha pintado un cuadro poco original como composición; pero sus figuras tienen vida: la del niño enfermo es un modelo de verdad.

LA DAFNEFORIA, cuadro de Sir F. Leighton

Este lienzo ha sido expuesto últimamente en la Academia de Pintura de Londres, de cuyo importantísimo centro artístico el autor es presidente; título bastante para apreciar el concepto que merece á sus compatriotas.

La Dafneforia, como si dijéramos *Fiesta á Dafne*, se celebraba en Tebas cada nueve años, organizada por un joven de una de las principales familias, cuyos padres debían vivir al tiempo de celebrarse la procesión ó comitiva que se dirigía al templo de Apolo Gelasio. Ramas de laurel eran ostentadas en esta fiesta, recordando sin duda la metamorfosis de Dafne que, perseguida por Apolo, con miras poco dignas de un dios, invocó en su ayuda á los soberanos del Olimpo, que la convirtieron en laurel. Apolo corrido pero no desesperado ni mucho menos, tomó el chasco con calma é hizo del árbol á que había trasmigrado su amante el símbolo de la inmortalidad.

Leighton ha pintado la procesión tebana no sólo como artista de primera fuerza en dibujo y composición, sino como arqueólogo consumado que lleva hechos muy serios estudios de la antigüedad clásica. El gran número de figuras que hay en el cuadro no le embarazan en lo más mínimo, y al par que las agrupa con arte, dota á cada una de ellas de los accesorios que sólo tiene presentes el artista cuando domina el asunto que trata. Quizás se nos diga que esas *minuciosidades* son propias de un inglés; á lo cual contestaremos que algo pagarían algunos artistas célebres por ser *ingleses* del calibre del autor de la Dafneforia.

Persònal de una embajada de caciques y mocetones en Chile

Agradecemos á D. Rafael Jover el envío de esta perfecta fotografía, que deja formar cabal concepto de unos tipos poco conocidos y cada día más interesantes para el historiador, el geógrafo y el naturealista. La embajada de caciques y mocetones que reproducimos, fué destinada á parlamentar con las autoridades de la frontera de Chile, desde cuyo punto se nos ha remitido la fotografía.

UN NUEVO TORPEDERO

Los torpederos parecen estar hoy á la orden del dia. Uno de los más notables que se han construído recientemente por iniciativa del Almirantazgo Británico es el que lleva por nombre *Rattlesnake*, de 450 toneladas y 2,700 caballos de fuerza. Parece imposible que en un buque tan pequeño pueda hallar colocación todo el material necesario, como máquinas, carbón, etc.; pero gracias á la admirable distribución de los compartimientos, se ha conseguido acomodarlo todo perfectamente.

Nuestros dos grabados representan, uno de ellos el acto de cargar un tubo del torpedero en la cubierta superior; y el otro, la manera de colocarlo en el momento en que se debe disparar.

El *Rattlesnake*, todo de acero, tiene muy reducidas dimensiones; mide 200 pies de longitud entre perpendiculares; 23 en su mayor anchura; 10 de calado, por término medio, y 16 de profundidad. Ochenta toneladas de carbón, que es su complemento, le bastan para recorrer con su mayor velocidad 1,500 millas, y podría franquear 2,500 con la misma cantidad de combustible á razón de 15 nudos por hora.

«LA TIERRA» DE ZOLA

¿Os habéis formado alguna vez la imagen del desierto, esa inmensa sábana de arena quemada por los rayos del sol de los trópicos, sin una mata de hierba que alegre la vista, sin un soplo de aire que refresque la asfixiante atmósfera, sin un accidente de terreno que rompa la monotonía del paisaje, con olas de arena á la izquierda, olas de arena á la derecha, olas de arena detrás y olas de arena delante, emanaciones que queman de abajo arriba y rayos que abrasan de arriba abajo? ¿Os habéis representado la horrible ansiedad del viajero, sofocado por el calor y por la sed, fustigando furioso su rápida cabalgadura sin otro anhelo que el de descubrir un oasis donde descansar? Pues no otra cosa es *La Tierra*. Imaginaos una inmensa cloaca tan grande como el desierto, despidiendo los más nauseabundos olores y en la que se agitan en espantosa confusión multitud de seres humanos cubriéndose de las más repugnantes suciedades, aquí matándose unos á otros, allá vomitando blasfemias, en este lado revolviéndose en la crápula y en el otro encenagándose en el más repulsivo egoísmo y tendréis una idea aproximada de la última creación de Zola; el lector que se aventura á recorrer las páginas del libro avanza cada vez con más precipitado paso oprimido el corazón y sublevada la conciencia, ansioso de encontrar en aquel inmenso lodazal y entre aquellas repugnantes figuras un oasis de limpieza y de honradez don de poder descansar la vista y calmar la irritación del ánimo; pero las páginas siguen y siguen y los pliegos se suceden unos á otros y se llega jadeante al fin, nublados los ojos y con el corazón en un puño, llena la mente de los crímenes más nefandos, con la náusea del asco en el estómago y con el horror de ser hombre en el alma, sin haber tropezado en aquel tenebroso viaje con una sola figura que pudiera reconciliarnos con la humanidad.

La reacción, sin embargo, no tarda en producirse y un grito de indignada protesta brota espontánea del fondo de nuestra conciencia. ¡No! Esa humanidad que aparece como fotografiada en *La Tierra*, no es la humanidad verdadera, sino la creación de un cerebro enfermo ó extraviado, agriado por los reveses de la suerte, ó dotado de unos sentidos especiales, hechos sólo para ver el crimen, para oler la podredumbre, para gustar lo amargo, para oir maldades y para palpar escorias y excrementos ¡No! La humanidad no es buena seguramente; pero al lado del egoísmo se encuentra la abnegación, junto á la lujuria se halla la castidad; en frente del avaro suele tropezarse con el hombre generoso y desprendido, y en todas partes sobre la abominada realidad del vicio se alza la consoladora y bendecida realidad de la virtud.

El autor de *L'Assommoir* y de *Nana* nos tenía ya acostumbrados en cierto modo á esa exhibición aparatosa é insultante del crimen, y ciertamente que el que leyera *La Tierra* no lo hacía con la esperanza de encontrar en ella imágenes risueñas, ni escenas plácidas é inocentes, ni dulces emociones. Es mal harto antiguo en todos los jefes de escuela el exagerar los principios en que se asienta su reputación: y así en la esfera religiosa vemos á Cerulario en Oriente y á Lutero en Occidente agrandar cada vez más las diferencias que les separan de la Iglesia católica hasta convertirlas en verdadero abismo, del que salen el cisma griego y la reforma protestante; así en la esfera literaria vemos á los Góngoras y acentuar poco á poco los hinchados conceptos, revesadas imágenes y dislocadas transposiciones de los frutos de su ingenio hasta producir el intrincado laberinto de *Las Soledades*, modelo del género; así en la esfera de las artes plásticas contemplamos á un Churriguera encariñándose cada vez más con las líneas quebradas y retorcidas y con los adornos abultados y multiplicados, prodigando unas y otros sin medida á las columnas y á los arquitrabes, á los frontones y á los entrepaños, á los paramentos y á los huecos hasta producir el enrevesado estilo churrigueresco; así en la esfera de la filosofía vemos á Augusto Comte fundar la escuela positivista, y de día en día más apasionado por sus concepciones, descender de escalón en escalón hasta crear el ridículo culto de que se proclamó pontífice máximo; así en la esfera de las ciencias naturales seguimos paso á paso la escuela de la evolución y la vemos remontarse de consecuencia en consecuencia ó de inducción en inducción, hasta sostener que todo lo existente procede, por vía evolutiva, de un germen primitivo y único; así en la esfera económica, quebrantados teórica y prácticamente los principios del derecho de propiedad, vemos sostener á Proudhon la máxima de que «la propiedad es un robo;» así en la esfera política, destrozados por Richelieu los poderes tradicionales, nobiliario y popular de la Edad media, pudo Luis XIV, al contemplarse sin rivales, creerse la personificación de su reino pronunciando la famosa frase, credo del absolutismo: «El Estado soy yo.»

Emilio Zola, jefe de escuela, no podía eximirse de esta ley; el éxito creciente de sus obras, arrebatadas por el público apenas publicadas, y traducidas en seguida á todas las lenguas, tenía que empujarle en el camino emprendido; las contradicciones con que lucha toda nueva escuela, no podían menos de contribuir á que afirmase cada vez más sus principios ó su *manera*, empeñándole en dar mayor relieve y bulto á todo cuanto constituye la especialidad de su género; así procedieron los clasicistas, así los románticos, y así tienen que proceder los realistas y naturalistas; y del mismo modo que aquellos cayeron en descrédito, los unos por su servilismo y los otros por su libertad, caerán estos también, rodando de peldaño en peldaño por la escala de sus exageraciones hasta enajenarse las simpatías del público.

El rápido descenso por la pendiente del naturalismo del autor de los *Rougon-Macquart* descubierto en *L'Assommoir* y acentuado en *Nana*, *Germinal* y *El vientre de París*, es en *La Tierra* carrera vertiginosa, que le lleva en derechura el abismo; así se comprende que mientras sus anteriores producciones han circulado sin seria oposición por todas partes, *La Tierra* haya tropezado con terminante prohibición en Inglaterra, en Alemania y en Rusia. El que conozca *Nana* se preguntará sin duda: ¿qué nuevas suciedades pueden revelarse en *La Tierra* que justifiquen ó expliquen esa prohibición? Es menester leer *La Tierra* para comprenderlo; *Nana* al lado de *La Tierra* es un idilio inocente; el autor de *L'Assommoir* dista del autor de *La Tierra* tanto como una bellota dista de una encina; siempre es Emilio Zola; pero allí está en germen y aquí se muestra en todo su desarrollo; es la fuerza misteriosa de la incubación, favorecida por el calor de un público que arrebata de las librerías ediciones de 111,000 ejemplares, como la de *Germinal*, ó de 150,000 como la de *Nana*, con escándalo de las almas timoratas, aunque sin sorpresa de los espíritus ilustrados, la que produce ese efecto; pero por lo mismo que tan maduro se muestra el fruto del realismo en *La Tierra*, tan maduro que la corrupción apunta por varios sitios y penetra por alguno hasta el mismo hueso, todo hace esperar que no tardará en acabarse de corromper, apestando con su olor y alejando para siempre al público, á ese público, siempre el mismo, al que en tiempo de Lope había que hablar en necio para darle gusto, como hoy es preciso hablarle en sucio; pero que entonces se hartó de necedades como no tardará en hartarse de porquerías.

En *Nana* la heroína es una mujer perdida que contagia con sus vicios á cuantos la rodean; por eso el lector aunque lamente la elección de asunto y censure ciertas crudezas, se explica después de todo, que el libro no dé otra cosa de sí que escenas de crápula y de liviandad, escándalos, torpezas y crímenes, séquito obligado y atmósfera adecuada para la vida de una mujer como *Nana*. Pero en *La Tierra* cuya acción se desenvuelve en el pueblecillo de Rognes y cuyos personajes son sencillos labradores, había en cierto modo derecho para esperar otra cosa; no porque entre la gente del campo no pueda haber hombres depravados, sino porque el medio ambiente que en los pueblos se respira no es el más á propósito para que el vicio en sus diversas formas se ostente dominador y triunfante, ó por decir mejor, dueño absoluto de todas las familias y señor de todas las conciencias.

Es difícil, por lo resbaladizo del asunto y lo vergonzoso de las escenas, dar una idea aproximada del argumento de *La Tierra* y del desarrollo de su acción, tejido repugnante de infamias y torpezas, expuestas sin consideraciones con la frialdad del anatómico en un lenguaje crudo, sin perífrasis no atenuaciones. Los personajes de *La Tierra*, gente del campo en su mayoría, en quienes se pretende que veamos, no individualidades aisladas, sino representantes caracterizados de la clase á que pertenecen, son de tal pasta todos ellos que harían renegar de la vida de aldea, al más entusiasta de sus tranquilos goces. *Fouau*, el jefe de la familia protagonista de la novela, es un egoísta, lo mismo que *Rosa* su mujer; su hijo mayor, apodado con un nombre *(Jesucristo)* que en tal personaje es una blasfemia, es un borracho y un ladrón; *Buteau*, su hermano, es un ladrón y un asesino; el señor *Charles* y su mujer son los amos de una mancebía de Chartres retirados en Rognes después de explotar aquel *negocio*, dejándolo en manos de su hija Estrella; *Hourdequind* es un adúltero; *Leugaigne* es un estanquero que se muestra orgulloso con su hija Susana enriquecida con el comercio de su honra; *Juan*, uno de los tipos menos repugnantes de *La Tierra*, es un licenciado de ejército que engaña á su amo Hourdequin robándole las caricias de su querida y que no vacila en violar á una desgraciada joven; *Cañón* es un merodeador y un anarquista; *Macqueron* es un vanidoso; *Trou* un asesino y un incendiario; *Becú* un borracho capaz de faltar á todos sus deberes por una copa de aguardiente; *Lequeu* un hipócrita; *Hilario* un imbécil incestuoso que quiere violar á su abuela; y hasta el *P. Godard*, párroco de Baroches le-Doyen, un grosero; tal es la... seductora galería de hombres que Zola nos presenta en su obra como tipos de los habitantes del campo.

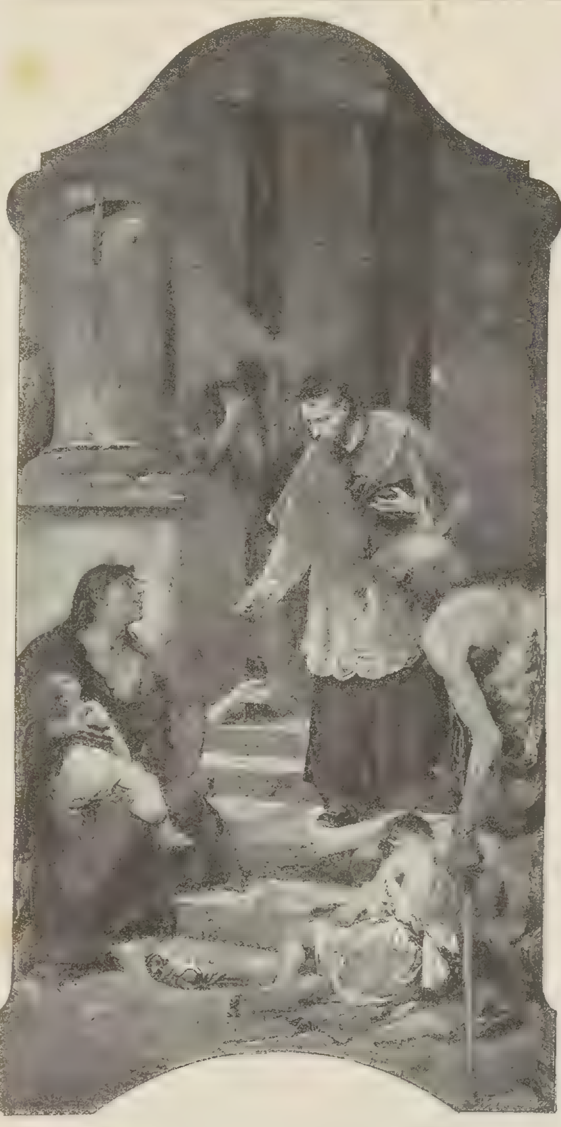
Las mujeres son dignas en todo de tales varones; *la Grande* es una vieja sin entrañas que deja morir á su hijo y á su nieta, que mata á su nieto de un hachazo y que da con la puerta en las narices á su hermano Fouau, cuando en una noche horrible le pide hospitalidad por compasión: *Elisa* es una joven que conoce de soltera los dolores de la maternidad, que ayuda á matar á su tío, suegro y tutor para heredarle, sujeta á su hermana para que su marido la viole y después de violada la asesina; la *Trouille* es una desvergonzada que anda siempre acechando la ocasión de proporcionarse goces sensuales y que vive del robo y del merodeo; *Francisca*, el tipo menos antipático de la obra, es una desgraciada que sólo resiste á la tentación de la lujuria por orgullo; *Estrella* y *Elodia* son dos jóvenes educadas en colegio que no vacilan en tomar á su cargo la gerencia de una casa de prostitución; *Fanny* es una hija que

ve á su padre desfallecido y hambriento y por rencor no le ofrece un asilo en su casa; *Santiaguilla* es una perdida que llega á dominar á su amo con sus marrullerías y que le engaña á cada paso con todos los mozos que entran y salen en la granja; *Flora* y la *Becú* unas adúlteras; *Susana* una prostituta; *Palmira* una incestuosa que se entrega sin protesta á su hermano; *Berta* una hipócrita que mina su salud y sus fuerzas con goces solitarios y hasta la *Lapin*, figura secundaria de paso, es una vieja infame que enseña horribles fórmulas para hacer abortar á solteras y casadas.

¿Pueden reunirse en un solo cuadro figuras más repugnantes y odiosas? Siempre han existido, existen y existirán mujeres infames que comercian con su honra, ó que se entregan al primer advenedizo por placer; hombres avaros, ladrones, asesinos, incestuosos é incendiarios. Pero ¿es real, existe en alguna parte una agrupación de seres humanos constituyendo todo un pueblo en el que sólo se encuentren tan repulsivos tipos? Y si ese pueblo no existe ¿dónde está el pretendido realismo de la escuela que reconoce á Zola por jefe?

¡El realismo! Jamás he podido comprender porqué se llama realismo la exposición del vicio, del mal y de la fealdad. ¡Pues qué! ¿Por ventura no son una realidad también la virtud, el bien y la belleza? ¿Es que sólo puede aspirar al título de fotógrafo de la naturaleza el que retrata á una asquerosa vieja, jorobada, tuerta, mugrienta y coja en una postura indecente, mientras se niega el mismo título al que retrata á una encantadora joven elegantemente vestida, con la flor de la inocencia en la frente y la dulzura de la modestia en los ojos? Si se niega la realidad de la belleza y de la virtud pura, calificando los tipos que las representan de imaginarios ¿no son por lo menos igualmente imaginarios esos otros tipos en que sólo se descubre la fealdad y el vicio? Realidad por realidad, prefiero siempre la realidad de la hermosura de una perfumada flor, á la realidad asquerosa de un montón de suciedades; la realidad de Leónidas muriendo con sus trescientos espartanos en defensa de la patria, á la realidad de Efialtés descubriendo al enemigo el desfiladero por donde sorprender á sus conciudadanos. Imaginación por imaginación prefiero también en todo caso la figura ideal de la Cimodocea de Chateaubriand á la figura ideal del monstruo de la epístola de Horacio: la dulcísima evocación del Angel de la Guarda á la evocación horrible de una inmunda bruja.

El mal y sus derivaciones se nos presenta siempre en esta vida unido al bien, como el bien se nos ofrece del mismo modo unido al mal; el que pretenda pintarnos el mal solo dándonos su pintura como la imagen de la vida real, se equivoca tanto como el que sólo nos describiera el bien, sosteniendo que en la vida no se halla otra cosa. El fotógrafo que instala su máquina ante las primorosas esculturas de una fachada gótica, recoge en su placa fotográfica aquellos primores, pero recoge también las descalabraduras de los santos de piedra, los negros manchones dejados por la humedad, y las incorrecciones todas del dibujo ó del cincelado del artista; esa es la realidad y no otra cosa: el mal junto al bien, la fealdad junto á la belleza: por eso al fotógrafo se le puede llamar copista de la realidad.



SAN JUAN NEPOMUCENO SOCORRIENDO Á LOS POBRES cuadro de M. Dite

Pero ¿es Zola un fotógrafo de la realidad, como se pretende? ¿Es *La Tierra* una fotografía de vida de aldea? La conciencia protesta indignada contra semejante suposición; no existe aldea ninguna, en ninguna parte del globo, en que vivan tan sólo esos monstruosos campesinos; sería preciso ir á una colonia penitenciaria, á Fernando Póo ó á la Nueva-Caledonia para encontrar tal montón de escorias humanas y ni aun allí se las encontraría tan descarnadas que no pudieran sacarse de ellas, sometiéndolas de nuevo al crisol, algunas partículas de sentimientos generosos y laudables.

En todos los tiempos y en todos los países ha producido la literatura obras en que la libertad del lenguaje y del asunto han campeado sin temor, obteniendo la más favorable acogida del público y llegando por los méritos de su lenguaje á ocupar brillante puesto entre los libros clásicos; la *Biblia* nos ofrece multitud de pasajes cuya crudeza y desnudez nada dejan que desear á los cultivadores del género; Aristófanes en Grecia como Plauto en Roma, nos presentan en sus comedias las escenas más libres sin andarse con rodeos; el *Decamerón* de Bocaccio en Italia, como la *Celestina* y las obras del Arcipreste de Hita en España, ó las poesías de los Trovadores en Provenza ó los cantos de los Minnesingern en Alemania ó el *Pantagruel* de Rabelais en Francia, no se andan tampoco en cumplimientos para presentarnos al desnudo los vicios de la sociedad de su tiempo. ¿Tienen algo de común con Zola todos estos autores, y podemos considerar sus obras como los precedentes de *La Tierra*, estableciendo su filiación más ó menos directa é inmediata? De ninguna manera: entre Aristófanes, Bocaccio, Cota, Rabelais y Zola no existe otro parentesco ni otra semejanza que el de ser todos ellos insignes cultivadores del lenguaje; pero mientras aquellos persiguen un fin moral ó se proponen regocijar el ánimo con alegres caricaturas ó con amenas críticas de la vida, ó con pinturas en que campea la libertad de expresiones que el tiempo autorizaba sin que nadie entonces se ofendiera, Zola narra por narrar y una vez comenzada la urdimbre de sus obras la prosigue sin descanso, caminando sin detenerse por entre tanto lodazal como si, nuevo Judío errante, se hallara condenado á una perpetua peregrinación por medio de un mundo repleto de basuras.

Jamás he podido comprender cuál es la misión de una literatura que no tenga por fin, como todo arte, la expresión de la belleza en sus varias manifestaciones. Los cuentos de Hoffman, de Grimm, de Perrault, de Andersen, vigorizan la imaginación enriqueciendo el material de sus representaciones; las novelas de Julio Verne y de Maine-Reid difunden la ciencia deleitando; las de Alejandro Dumas y Ponsón du Terrail amenizan las horas de ocio interesando poderosamente al lector con sus dramáticas narraciones, despertando y fortaleciendo en él los sentimientos del corazón; todas responden á algún fin más ó menos laudable y generoso. Pero las novelas de Zola ¿qué vacío llenan y á qué fin obedecen? ¿A perfeccionar el corazón? No, sino á corromperlo. ¿A regocijar el ánimo? No, sino á entristecerlo. ¿A hacer más llevaderas las miserias de la vida? No, sino á hacerlas insoportables. ¿A cultivar la inteligencia? No, sino á embrutecerla. ¿A fortalecer la voluntad? No, sino á aniquilarla. ¿A dulcificar las pasiones? No, sino á sublevarlas y aguijonearlas. ¿A despertar los buenos sentimientos? No, sino á deprimirlos y ahogarlos. Si los personajes de *La Tierra* fuesen una realidad, si la aldea de Rognes fuera el tipo de todas las aldeas, sería preciso renegar de la condición humana en que hemos nacido y pedir al cielo que nos convirtiera en bestias porque las bestias serían mucho más humanas que los hombres.

Pero no pidamos á Zola lo que no puede ni quiere darnos; si le hablamos de belleza, ó de instrucción ó de virtud, tiene derecho á encogerse de hombros y decirnos: «¿Es que os he prometido por ventura algún sermón? Yo soy un fotógrafo que con mi máquina al hombro, la instalo allí donde me parece y recojo las placas sin cuidarme de otra cosa que de la exactitud de las reproducciones: cuando tengo reunido suficiente número de ellas formo un album y lo entregó al público; ahí termina mi misión.» Pues bien, aceptada la discusión en ese terreno, yo niego en primer término que ese modo de fotografiar constituya un arte, y niego después la exactitud de la fotografía y la imparcialidad del fotógrafo, y sostengo por último que todas esas pretendidas placas fotográficas, por lo inexacto de la reproducción y lo repugnante de lo reproducido, deben arrojarse al muladar que se obstinan en representar y que sólo revela el depravado gusto del supuesto fotógrafo.

He dicho algo de los personajes que figuran en *La Tierra;* pero para probar hasta qué punto son exactas mis afirmaciones necesito, aunque la pluma se resista á ello, mostrar el género de escenas que Zola nos obliga á presenciar, dignas naturalmente de los escogidos actores que en ellas figuran. La novela comienza por un acto en que toman parte un toro, una vaca y una niña, é inaugurando el catálogo de suciedades con tan estupenda ocurrencia, Zola nos regala en variados cromos, matizados sin escrúpulo, un incesto, dos adulterios, siete tentativas de violación seguidas de la consumación de un adulterio incestuoso, doce estupros, cuatro asesinatos, multitud de robos, nueve escándalos, tres borracheras y dos incendios; para completar sin duda tan lucida galería de cuadros asistimos también al parto de una mujer y al de una vaca, á la borrachera vomitona en un borrico, á dos escenas de las cantadas con épica trompa en *Los Perfumes de Barcelona* y á catorce variadas explosiones de ventosidades que á Zola le deben haber parecido del mejor gusto y sumamente graciosas por el empeño que muestra en agotar el género, coronándolas con una famosa apuesta en que figuran dos hombres subidos en una mesa de taberna con los pantalones caídos apagando velas ante numeroso y asombrado concurso que reía á mandíbula batiente á cada nueva detonación. Todo esto por supuesto se halla amenizado con los más minuciosos y crudos pormenores y narrado con una impasibilidad y una frialdad que da quince y raya al método histórico adoptado por Thiers al describir las atrocidades de Nantes, ó los degüellos de la Conserjería ó el suplicio de los desgraciados compañeros de Vergniaud en la revolución francesa.

Y vuelvo á mi tesis; ¿puede llamarse arte á ese modo de fotografiar? Si el arte tiene por norte la belleza, seguramente en *La Tierra* habrá todo lo que se quiera menos arte. ¿Es exacta esa fotografía de la vida, sucesión de crímenes, canalladas y torpezas? Apelo al testimonio de todos mis lectores, seguro de que no habrá nadie que no esté convencido de la falsedad de semejante concepto. Repito lo que antes dije: la humanidad no es buena seguramente; pero al lado del egoísmo, se encuentra la abnegación; junto á la lujuria se halla la castidad; en frente del avaro suele tropezarse con el hombre generoso y desprendido y en todas partes sobre la abominada realidad del vicio se alza la consoladora y bendecida realidad de la virtud.

Arranquemos pues á Zola y á su escuela el inmerecido título de realismo, con que han bautizado sus concepciones. ¡Cuánto más realismo hay en la novela *¡Hijo mío!* del italiano Farina ó en *El sabor de la Tierruca* del español Pereda, que en *La Tierra* de Zola! Concibo que se llamen realistas á pesar de sus cómicas exageraciones las novelas de Paul de Kock en que se suceden los tipos que hacen reir á los tipos que hacen llorar, los cuadros de depravación á los cuadros de heroísmo, los gritos salvajes de

PARIS.—SALÓN DE 1888



REGRESO DE LOS SEGADORES Á FRENEUSE (SENA INFERIOR), cuadro de M. Minet, grabado por Baude

PARÍS.—SALÓN DE 1888



Á ÚLTIMOS DEL VERANO (tabla decorativa destinada á la nueva Sorbona) de M. Rafael Collin, grabado por Baude



[illegible], cuadro de S. [illegible] Leighton

la pasión á los gritos severos de la conciencia, que así es la vida y no de otro modo; pero llamar realistas las novelas de Zola!... ¡Llamar realistas unas escenas vistas á través de lentes engañosos que ocultan todo lo bueno para sólo dejar ver todo lo malo, reflejadas en una imaginación dotada sólo de colores sombríos, y trazadas por una mano por la que corre la sangre helada de un temperamento pesimista y de una idiosincrasia misantrópica! ¡Qué aberración! Sólo podría aceptarse esa denominación haciendo la distinción de la realidad en sus dos fases: la realidad del bien y la realidad del mal, y entonces podríamos dejar á Zola el triste privilegio de ser el pintor de todas las perversiones y de todas las porquerías; pero en ese caso para evitar equívocos, valdría más sustituir el nombre de la llamada escuela realista cambiándolo por el de escuela *zolesca;* así al menos no inferiríamos agravio alguno á la verdadera realidad y todos sabríamos á qué atenernos.

FERNANDO ARAUJO

DOS SIGLOS Y DOS EMBAJADAS

Poco ha que, con motivo del jubileo sacerdotal de León XIII, enviaba España un embajador extraordinario al Vaticano, en obsequio al Pontífice, y una de las fiestas que con motivo de aquella solemnidad se celebraron, fué la canonización de algunos santos, entre los que se contaba el beato Pedro Clavé, hijo del antiguo principado catalán.

Los periódicos romanos describieron aquella función religiosa, y tomándolo de aquéllos, pudo la prensa española dar noticia de los festejos.

No deja de tener cierta analogía con este suceso otro acaecido en el siglo XVII, en que también el rey de España envió á la ciudad eterna un embajador extraordinario, como especial obsequio al papa entonces reinante, y asimismo para asistir á la canonización, no menos que de cinco santos españoles, muy señalados todos ellos en los anales de la Iglesia.

Ni los progresos de la imprenta, ni los de las públicas comunicaciones eran en aquel siglo como en el presente, y si tenemos hoy noticia bastante puntual, débese á relaciones particulares, que los archivos y las bibliotecas han conservado, bajo el polvo que los tiempos han acumulado sobre los viejos manuscritos.

A estos acudiremos hoy al reseñar la embajada española de que hemos hecho mención, para entretenimiento de los que en la lectura de estas antiguallas encuentran solaz.

Un año iba á cumplirse desde que Felipe IV se había sentado en el trono de Castilla, por muerte de su padre, acontecida el día 31 de marzo de 1621, y deseando el joven monarca cumplir con las prácticas de consideración á la Sede Apostólica que sus predecesores habían generalmente manifestado, resolvió enviar á Roma una embajada extraordinaria, á prestar obediencia á la Santidad de Gregorio XV, que había subido á la silla de San Pedro, casi al propio tiempo que Felipe al solio de San Fernando (1).

Aunque por entonces era el duque de Alburquerque nuestro embajador ordinario en Roma, el conde de Olivares persuadió al Rey á enviar un embajador extraordinario para tan alto fin, porque entraba en los suyos particulares conferir esta elevada distinción á uno de sus parciales.

Con laboriosa insistencia había ido el nuevo favorito alejando de los empleos palaciegos á cuantos los habían disfrutado en tiempo del difunto rey, distribuyéndolos entre sus hechuras.

(1) Gregorio XV fué elegido papa el 9 de febrero de 1621. Breve fué su pontificado, pues falleció el 8 de julio de 1623.

Una de estas era el conde de Monterey, su cuñado, esposo de doña Leonor de Guzmán, su hermana.

Ya había logrado que el Rey le confiriese la grandeza de España, distinción que, como aun no se había prodigado, era muy estimada.

Bien sabía esto por propia experiencia Olivares, que artificiosamente la pretendió largo tiempo para sí, engendrándose tal vez su odio implacable contra D. Rodrigo Calderón en las dificultades que éste le suscitó siempre para ello, cuando él era el poderoso y D. Gaspar simplemente gentil-hombre del príncipe D. Felipe.

Fué objeto de la murmuración la grandeza de Monterey, á quien no se juzgaba digno de ella, y por eso el conde de Villamediana, que le zahirió por tal caso repetidamente en sus sátiras, decía en el estrambote de un soneto, en el que por cierto no salían tampoco muy bien librados otros grandes de abolengo:

Que entre *grandeza* tanta
Le hallé como escarpín entre una manta (2)

Pero Olivares no se detenía ante las censuras y él, que había dado también la llave de gentil-hombre á su otro cuñado el marqués del Carpio y á D. Luis de Haro, hijo de éste, invistió con el cargo de embajador extraordinario á su predilecto Monterey.

Este, que era fastuoso de suyo y sabía que representaba al que se tenía por el mayor monarca de su tiempo, salió para Roma con grande séquito de servidores y con una recámara de extraordinario lujo y riqueza.

Con este aparato desembarcó en Civitavecchia el día 10 de marzo de 1622, y en aquella ciudad, noticiosos de su llegada, estaban aguardándole el embajador ordinario duque de Alburquerque, el cardenal Borja, el condestable de Nápoles, el príncipe de Palestina, el duque de la Richa, el marqués de Tarsis, el abad Gaetano y otros caballeros

También salió con tal objeto el cardenal español Trejo, pero tuvo que regresar enfermo á Roma antes que llegase Monterey, á quien después de todo tal vez no mirase con grande afecto, por ser el cardenal sobrino del desdichado marqués de Sieteiglesias, en quien pocos meses antes ejerciera tan implacable castigo el de Olivares, á pesar de los empeños del cardenal, á quien desabridamente se hizo tornar á la ciudad del Tíber, cuando á toda prisa se dirigía á Madrid.

En Civitavecchia halló Monterey espléndido hospedaje, que el Papa le tenía apercibido en uno de sus palacios, donde fué agasajado por extremo por el mayordomo y criados de Su Santidad.

No se detuvo el embajador más que el tiempo preciso para comer y aquella tarde misma partió para Roma, pues quería asistir á la gran solemnidad preparada para el día 12, que era la canonización antes indicada de los cinco santos españoles, que lo eran San Isidro, San Ignacio de Loyola, San Francisco Xavier, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri.

Durmió aquella noche en una casa, frente á la marina, llamada de Santa Severa, de donde salió á la mañana temprano, llegando á comer á la famosa granja, conocida con el nombre de Polidoro, que distaba sólo ocho millas de Roma.

Allí salieron á recibirle á cosa de las cuatro de la tarde, con carrozas de seis caballos, muchos señores romanos, que serían al todo más de ochenta, entre los que estaban el hermano del Pontífice, un *nepote* suyo, seglar, y varios cardenales.

Apeóse en Roma en el palacio de Alburquerque en el Corso, donde le tenían preparado un suntuoso alojamiento, con tapicerías de seda y oro.

Aquella tarde misma le visitaron otros muchos señores y cardenales y luego que se hizo de noche fueron Alburquerque y Monterey al Vaticano á besar el pie al Papa, pasando después al aposento del cardenal Ludovisi, también *nepote* ó sobrino de aquél, volviendo *incontinenti* la visita al hermano del Pontífice.

(2) Bib. Nac. ms. M. 200.

El siguiente día, sábado, dedicáronlo ambos embajadores á asistir á las ceremonias de la canonización, que fueron espléndidas, por el grande empeño que la corte de España había mostrado en que aquellos bienaventurados pasasen al catálogo de los santos.

Todo esto fué parte para que se designase el martes 15 de marzo para celebrar la solemne entrada en Roma del conde de Monterey, la cual se hizo según costumbre desde la *Villa* del papa Julio, suntuosísima estación pontificia, así llamada porque fué construída por Julio III, de la fastuosa y artista familia de los Médicis.

Lenguas se hacen las memorias de aquel tiempo de la ostentación y riqueza que el español desplegó con este motivo y de ella se dará aquí una muestra siquiera sea breve, para formar idea de las costumbres de aquel tiempo.

Desde luego todos los señores españoles que de la embajada formaban parte, principiando por Monterey, dieron librea nueva y rica á sus criados, y sabido es que entonces el mayor número de estos demostraba la calidad de la persona.

El embajador Monterey vistió su servidumbre de paño de Segovia, de color oscuro, cuajado de caracolillo de oro, sobre pestañas de raso negro, con el jubón de raso plateado de la misma guarnición, toquillas bordadas de oro y grandes penachos negros y dorados.

Él lucía un magnífico traje de color leonado, bordado riquísimamente en oro, ostentando joyas de incalculable valor.

El marqués de Frómista salió de verde, negro y oro y sus criados lucían librea de paño azul, con pasamanos llamados de Santa Isabel.

Don Juan de Eraso vestía de negro, verde y plata y dió á sus criados librea de paño verdoso, con alamares negros.

Galán iba D. Pedro de Haro con vestido grana y oro, seguido de sus criados con trajes de color ceniciento, guarnecidos de azul y naranjado, mientras D. Sancho de Fonseca ostentaba vestido de color noguerado y oro, siendo la librea de sus criados de gorgorán azul, que era una tela de cordoncillo de seda, que hizo guarnecer de pasamanería de plata.

Don Martín de Aragón iba de cabellado oro y negro y la librea de su servidumbre de paño verdoso, con botones de seda y oro, y D. Diego de Oca llevaba un traje leonado y oro y la librea la dió de paño celeste con alamares negros.

Sobre tan lucidos trajes mostraban á porfía todos los señores las más ricas joyas y así salieron á la una de la tarde de la *Villa* del papa Julio, habiéndolo hecho á tal hora por haber estado el Pontífice con su guardia y los caballeros romanos que debían acompañarle, en la función religiosa que á San Ignacio, canonizado el día ante-



[illegible]



PERSONAL DE UNA EMBAJADA DE CACIQUES Y MOCETONES DESTINADA Á PARLAMENTAR CON LAS AUTORIDADES MILITARES DE LA FRONTERA DE CHILE, *(copia de una fotografía)*

rior, había dedicado aquella mañana la Compañía de Jesús.

Al magnífico séquito ya descrito, aumentado con veinte gentiles-hombres del conde de Monterey, ricamente engalanados de seda y oro, hizo aquél que precediesen dos correos con trajes húngaros, ostentando al pecho escudos con las armas del Rey de España y pendientes de ellas las del Conde, como todos á caballo, con espadas, espuelas y estribos dorados.

Caminaban detrás dos trompetas con sayos vaqueros, largueados (listados) con pasamanos de oro y alamares de lo mismo y luego todos los que desempeñaban oficios inferiores, en dos hileras, seguidos de ochenta acémilas, que del diestro llevaban acemileros, vestidos de paño guarnecido de oro, con los escudos del Conde á los pechos.

Las acémilas llevaban reposteros de felpa carmesí bordados de oro, con cordones, garrotes y guardas de plata.

Seguía la guardia del Papa, á la que acompañaban los criados de los señores españoles y los pajes del embajador, en cuerpo, en caballos con cojines y maletas conforme á sus libreas, espuelas y estribos dorados.

Acompañaron la comitiva las mulas de los cardenales y luego los caballeros romanos, que pasarían de quinientos, así que el tránsito de tan brillante cabalgata duró hasta la noche.

El de Monterey iba en medio, llevando á los lados al hermano del Papa y al duque de Alburquerque, yendo así hasta la ciudad, donde les esperaban muchos cardenales y toda la servidumbre del Pontífice, con el Mayordomo mayor, que desde allí ocupó la derecha del embajador, poniéndose á la izquierda el patriarca de Antioquía.

En esta forma atravesaron el Corso, desde la punta del Pópolo, y al extremo se hallaba el palacio del duque de Alburquerque, pasando por entre la multitud, ávida de contemplar el fausto desplegado por los españoles.

El jueves por la mañana fué el día señalado para entregar al Soberano Pontífice las letras del Rey, haciéndole sumisión en la iglesia de San Pedro.

Ocioso es decir que para tan solemne ceremonia engalanáronse todos con más primor, si cabe, que el día de la entrada y que los señores dieron á sus criados libreas diferentes, señalándose la que sacaron los del conde de Monterey, que era de terciopelo negro liso, cuajado de aspas de guarniciones de seda negra, con botones de oro de martillo, con cadenas y cintillos, jubones bordados y ferreruelos de gorgorán.

Como no había cumplido el año de la muerte de Felipe III, el embajador y los demás señores vestían de terciopelo negro, aunque ya con cierta gala, llevando Monterey la capa de ámbar y gran cantidad de diamantes y perlas, así como el marqués de Frómista, Eraso y los demás caballeros.

Trece gentiles-hombres, muy lucidos en sus trajes, servían de cortejo al duque de Alburquerque y al hermano y *nepote* seglar del Papa.

Llegados que fueron al Vaticano, esperó el embajador en un salón al efecto destinado, para que el Pontífice saliese al en que suele recibir á los embajadores, y una vez que así lo hizo, pasó á su presencia.

Estaba Su Santidad Gregorio XV sentado y de pontifical, con una capa de coro de raso carmesí, bordada de oro, puesta la tiara, que era de brocado.

Entró Monterey acompañado de Alburquerque, subió cinco gradas del solio, besó el pie del Papa y puso en sus manos la carta de S. M. C., hecho lo cual retiráronse á un tabladillo dispuesto en medio del salón.

Tomó la carta el secretario de Breves, leyéndola en alta voz, y cuando terminó, dijo el Conde, desde donde estaba, un discurso en castellano, contestándole en latín el secretario del Papa. Volvió el Conde á besarle la sandalia en presencia de los cardenales y tras él hicieron igual acatamiento los caballeros todos de su comitiva, y á medida que pasaban, el Conde manifestaba á Su Santidad el nombre de cada uno de ellos.

Luego que le hubieron besado el pie todos, hasta la servidumbre del embajador, retiróse el Papa á una habitación, llevando la cola de su vestidura Monterey y Alburquerque. Allí se quitó la capa y quedó en otro hábito, que también tenía larga falda, que prosiguieron llevando los mismos, hasta el dormitorio de Su Santidad, que estaba en el piso superior.

Retiróse aquél por espacio de un cuarto de hora, al cabo del cual salió, vestido con una túnica blanca, á modo de las albas de decir misa, dirigiéndose al aposento destinado á comedor.

Diéronle aguamanos antes de sentarse á la mesa y acto continuo sentáronse también los embajadores junto á otra, que estaba retirada unos siete pies de la del Pontífice, y donde había al efecto un banco de respaldo, de terciopelo.

Permanecieron descubiertos, hasta que el Papa les hizo señal de que se cubriesen, que fué al empezar la comida.

Cada vez que el Papa bebía, poníanse en pie los embajadores y se descubrían, y todos los demás concurrentes hincaban en tierra una rodilla.

Como agasajo especial envióles varios platos á su mesa, en algunos de los cuales estaban las iniciales del duque y del conde, con exquisita galantería.

A los embajadores sirvió la copa D. Sancho de Fonseca. Durante la comida leía un monseñor una epístola de San Jerónimo, y otros ratos, en una estancia inmediata, cantaba un coro acompañado por el órgano.

En acabando la comida dieron nuevamente aguamanos á Su Santidad, sirviéndole la toalla Monterey, despejando luego el salón todos los concurrentes, quedando solos el Papa y los dos embajadores, que aproximando su banco le tuvieron un rato de conversación de sobremesa, hasta que el Papa se retiró á su habitación.

Entonces aprovechó el Conde la ocasión para pasar á la cámara del cardenal Ludovisi, y después de visitarle salió del palacio con gran acompañamiento de carrozas, á continuar las visitas á los demás cardenales, dando principio por monseñor Sauli, que era el decano del Sacro Colegio.

Duraron las visitas lo que restaba de tarde, regresando luego el embajador á su palacio, dejando profunda impresión en los curiosos romanos la aparatosa ostentación del representante extraordinario de Felipe IV el *Grande*, como después le hizo llamar la adulación del conde-duque de Olivares.

Hoy podemos comparar uno y otro tiempo y una y otra embajada extraordinaria.

JULIO MONREAL

LOS PILLUELOS DE SEVILLA (1)

Desde que Miguel de Cervantes Saavedra escribió su famosa novela *Rinconete y Cortadillo*, verídico cuadro de costumbres truhanescas, que pinta á las mil maravillas las graves ocupaciones de los muchachos callejeros, el pilluelo de Sevilla adquirió cierta personalidad indisputable en el Baratillo y en el Barranco, y pudo señalarse con el dedo.

Los chicos esportilleros que se ocupaban en llevar en sus cestas y costales el producto de la compra de los aficionados á la azulada sardina, al robusto sábalo y á la rechoncha patata, que solían ofrecerse y se ofrecen aún al consumidor en los indicados sitios y en ciertas solemnidades, son los mismos que hoy se dedican á otras industrias más fáciles y llevaderas, y usan, como aquellos, la gorrilla terciada, la camisa sucia, los piés descalzos y las uñas largas.

¿Ha habido progreso en sentido moral en estos pequeños desheredados de la falange social, y lo que no han perdido en gracia y desenvoltura lo han ganado en honradez, instrucción y sanas costumbres?

Estudiémoslos y podremos darnos alguna respuesta.

El pilluelo de hoy, procede como el del siglo XVII; no tiene casa ni hogar; esquiva toda ocupación metódica y continuada; sirve muchas veces de instrumento á las asociaciones tenebrosas que se dedican al robo ó á la estafa y suele trabajar por su cuenta en la Feria y en el Barranco con el consabido costal y la histórica espuerta. Competidores de los hijos de Galicia en las cargas de menor calibre, se empujan en la estación ó en las paradas de simones, solicitando llevar la maleta ó el saco de noche del viajero, y suelen de vez en cuando escabullirse, como el famoso cortador de antiparras de Cervantes, para mermar el saco del prójimo detrás de una esquina ó dar un avance á las provisiones de boca.

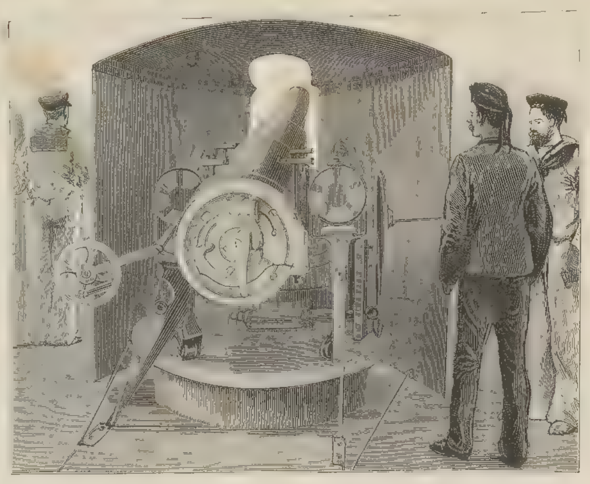
De la misma manera que su antecesor del siglo pasa-

(1) Pertenece este artículo á la obra publicada por el editor D. Juan Pons, que se titula: *Los españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos.*

do ofrecía fuego al transeunte en su enorme torcidón encendido, ó penetraba en la botillería á presentar el ramo de *miramelindos* á la currutaca y al currutaco, ofrece hoy las cerillas del *Globo* ó presenta sus *bouquets* de camelias á nuestros pollos vestidos á la inglesa; aquéllos no conocieron á sus padres; éstos no recuerdan más caricias ni más rostros maternales que los de las hermanas de la Caridad ó los de las aristocráticas devotas de San Vicente de Paul.

Los grandes adelantos de la época apenas han influído en su aspecto ni en las inclinaciones de su ministerio truhanesco.

Si antes jugaban á cara ó á cruz en las gradas de la Catedral, en los escalones del Baratillo ó en los asientos adosados al muro plateresco de las Casas Consistoriales; si se deslizaban bajo los portales donde aun se refugia el tipo ya antidiluviano del covachuelista, hoy siguen los mismos juegos con las piezas de cinco céntimos en la plaza Nueva ó en el Duque; se han trocado las estampitas de don Crispín por los cromos alemanes y los astrosos naipes de Rinconete por las barajas sobrantes de Olea, que compran por cuatro cuartos en los casinos y en las casas de azar, á donde suelen conducir *caballos blancos* ó *habaneros*, como antes conducian *novatos* ó *indianos*.



NUEVO TORPEDERO. – COLOCACIÓN DEL TUBO PARA HACER EL DISPARO

Dicho sea en honor del progreso: los pilluelos del tiempo de Cervantes, ni aun los de la época de Costillares vendieron jamás billetes de lotería ni sobres de cartas para los soldados; estas industrias modernas pertenecen de derecho á los pilluelos de nuestro siglo, y no es nuestro ánimo deprimirlos ni menoscabarlos. La venta de los billetes de lotería tiene para ellos un notable aliciente. El ingenio puede revelarse con facilidad y la propina que representa la venta de un décimo, depende de un trabajo especialísimo en el que entra por mucho el arte de Lavater y de Gall unidos en una pieza. El chico vendedor de billetes tiene que estudiar el carácter del comprador, adivinar cuáles son las combinaciones numéricas que le son simpáticas, saber hasta qué punto debe rogar, retirarse ó dejar como abandonado el billete; escudriñar, en fin, si le son propicias las imaginaciones del que ataca ó si el estado de su ánimo le permite soñar en el premio gordo, que él cuida de mostrarle en lontananza. Una pieza de perro grande, si el billete es de lotería nacional, ó un perro chico, si el décimo pertenece al asilo del Pardo, son el premio de cada estudio fisonómico ó frenológico felizmente practicado.

Unicamente en este punto hallamos un rayo de moralidad que puede proyectarse sobre esas cabezas juveniles y picarescas. El pilluelo bajo este último aspecto no es más que un comerciante que compra á algunas horas de fecha y que tiene que pagar su mercancía al lotero, reservándose el tanto por ciento del cambio. Por una caprichosa combinación social, el juego, que suele ser veneno de inmoralidad para el pilluelo en todas sus otras manifestaciones, viene á darle aquí motivo de regeneración y lección provechosa. Cuando no devuelve religiosamente el dinero de los billetes vendidos, flaquea su crédito comercial y no encuentra quien le abra nueva cuenta.

En el mismo caso se halla el revendedor de billetes de espectáculos, industria que les es asimismo peculiar y que se verifica en condiciones muy semejantes.

El principal escollo de estas ocupaciones subsiste á pesar de todo, si se atiende á que el hábito de *vaguear* no se quebranta con este comercio *sui géneris* y por todo extremo peligroso. Los comerciantes de billetes no trabajan y ganan poco: el vicio los persigue en su mismo mercado, y cuando les sorprende la juventud con su cortejo de pasiones, tienen el peor de los sibaritismos: el sibaritismo de la miseria.

Entonces se borran de nuevo las escasas diferencias que enlazan al pilluelo del presente y del pasado y entran unos y otros en el triste concierto de la culpa. Rateros, esportilleros y revendedores se confunden en ese tipo genérico conocido con el expresivo nombre de *granuja*, que escamotea con la misma facilidad un racimo de uvas, que un pañuelo perfumado; que lo mismo hace provisión de cigarros, que de moneda falsa y terrones de azúcar.

Aquí podemos seguir el paralelo sin que encontremos la menor diferencia. El granuja del siglo XVII se levanta con el sol y duerme bajo del portal ó en el porche de la iglesia; el de nuestro siglo tiene tan sólo una tendencia más, desea que el sitio en que ha de pernoctar pueda llamarse suyo, á la manera de aquel elefante de madera de que nos habla Víctor Hugo al describir las costumbres del pilluelo Gavroche.

En Sevilla hay diversos ejemplos que demuestran esta tendencia, basada inconscientemente en algún aforismo de Proudhon. Los muchachos vagabundos de Sevilla han hallado un extraño albergue en lo más céntrico de la capital: el tablado levantado para la música en la Plaza Nueva.

Desclavando ingeniosamente una tabla de sus costados y aprovechándose de aquella especie de foro teatral, se deslizan como gatos por la abertura practicable y toman tranquilamente la horizontal durante la noche en aquel cuartel de invierno. Los diálogos que suelen entablarse entre los huéspedes suelen ser entretenidos é interesantes. Aquella es su casa, la han tomado por derecho propio, de igual manera que Colón, Cortés y Pizarro tomaron posesión de las inmensas sabanas del nuevo mundo. Con el mismo derecho y por los mismos trámites tomó tambien plaza en unas colosales tinajas vacías de la calle de Varflora otra mesnada de granujillas, que habitan bajo sus cúpulas de barro, semejantes á las de un hermoso palacio encantado de sabandijas.

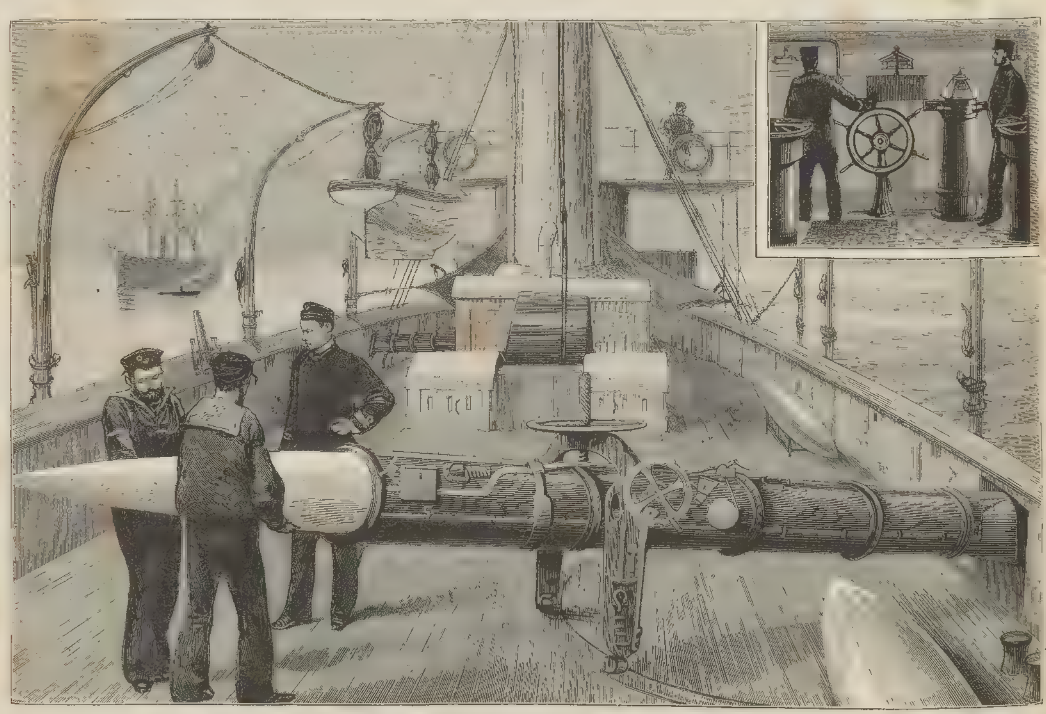
Cuando lleguen á la edad de la razón, ó mejor dicho, de las pasiones, tendrán acaso palacios más cómodos y ventilados.

El Pópulo ó el Saladero.

Ellos se tienen la culpa... ¿Por qué nacieron sin madre?...

BENITO MÁS Y PRAT

UN NUEVO TORPEDERO



ACTO DE CARGAR UN TUBO DEL TORPEDERO EN LA CUBIERTA SUPERIOR

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VII — BARCELONA 14 DE MAYO DE 1888 — NUM. 333

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SIN CASA NI HOGAR, dibujo de A. Fabrés, grabado por Sadurní

SUMARIO

Texto. – *Nuestros Grabados.* – *Exposición universal de Barcelona*, la Colonia española de Roma, por Luis de Llanes – *Oficinas públicas*, por Ricardo de la Vega. – *El museo de Boulaq. La primera nube*, por La Baronesa de Wilson. – Noticias varias.

Grabados: *Sin casa ni hogar*, cuadro de A. Fabrés. - *Regreso del pescador*, cuadro de R. Falkenberg. – *Safo*, cuadro de W. Kray. – *Encuentro de Napoleón III y del príncipe de Bismark, después de la batalla de Sedán*, cuadro de E. Hunten. – *Excavaciones en Roma*, cuadro de Pablo Kovalewsky. – *Suplemento artístico*: *Teodora*, cuadro de José De Sanctis, grabado de F. G. Cantagalli.

NUESTROS GRABADOS

SIN CASA NI HOGAR, cuadro de A. Fabrés

Nuestro distinguido paisano posee una de las más difíciles condiciones del arte: producir sentimiento sin rebuscamiento de composición. Su *Ladrón*, su *Calumniada*, tipos son que llevan en sí mismos toda una historia. Las figuras que Fabrés pinta son inconfundibles; podríamos decir que posee género propio, y uno de los caracteres de ese género es la sobriedad: el efecto lo conquista en buena lid, á fuerza de ejecución.

Estas circunstancias han revelado una vez más en la obra que reproducimos, imagen del dolor silencioso, del desamparo que aniquila el cuerpo y envenena el alma, de ese estado de sopor en que el desgraciado se deja arrastrar sin resistencia por la ola de la desgracia. Fabrés, que ha cosechado abundantes laureles en su patria, los ha obtenido últimamente en el extranjero, en uno de esos certámenes en que el número y calidad de los competidores avaloran los premios que en ellos se obtienen. No nos sorprende: el mérito de Fabrés será mucho más apreciado allí donde el arte, el verdadero arte, sea juzgado con mayor inteligencia y menos apasionamiento.

REGRESO DEL PESCADOR, cuadro de R. Falkenberg

Asunto cien veces tratado y que se tratará otras tantas y más, porque siempre será simpático y nunca faltarán tipos nuevos que reproducir en actitud más ó menos distinta, según el artista sorprenda á la interesante pareja. La reunión del pescador y de su esposa reviste condiciones especiales, originadas por la índole de una profesión siempre peligrosa. Son muchísimos los matrimonios que viven separados durante la mayor parte de las horas del día y que se reunen sin emoción de ninguna clase. Esto consiste, no en la indiferencia de los consortes, sino en la persuasión que la mujer abriga de que á su marido no ha de sobrevenirle desgracia alguna por efecto de la ocupación que le aleja de su lado. Con la mujer del marino sucede todo lo contrario: al despedirse de él, su bien amado se entrega á un enemigo cruel y traicionero contra el cual lucha desventajosamente. Las horas de ausencia son horas de mortal inquietud para la amante esposa; por esto al regreso del marido son más expresivos, más vehementes los transportes de alegría en aquélla.

El mérito de un cuadro que verse sobre este manoseado asunto estará, por lo tanto, en razón directa de la expresión de felicidad casi inesperada que caracterice á sus personajes. Así lo ha comprendido el autor del lienzo que reproducimos, y sobre haberlo comprendido ha tenido la habilidad de ejecutarlo. De aquí resulta una grata impresión causada por un asunto tratado hasta la saciedad.

SAFO, cuadro de W. Kray

Safo es con respecto á las mujeres poetisas lo que Homero es á los varones poetas; un tipo casi mítico, una figura más ó menos real, á la cual se han ido atribuyendo obras y aventuras. ¿Ha existido Safo realmente? ¿Son varias las Safos que han existido? ¿Qué se sabe positivamente de ella? He aquí las preguntas que hace mucho tiempo vienen formulándose y á las cuales no se ha podido contestar hasta el presente de una manera precisa. ¿Qué más diremos?... Ni siquiera se ha podido llegar á un concierto de opiniones respecto de las condiciones físicas de Safo, á quien unos juzgan portento de hermosura y otros harto poco agraciada por la naturaleza.

En medio de tantas dudas y aun contradicciones, el arte y la poesía, que siempre tienden á lo bello, han optado por una Safo ideal y dado pábulo á la leyenda de sus desgraciados amores con el ingrato Faón, que la condujeron á la famosa roca de Leucade, desde la cual se precipitó al mar, bien condenada á muerte por ultraje á los dioses, bien porque la tradición suponía que en el fondo de aquellas aguas encontraban los enamorados la perdida paz del alma.

El pintor Kray, primero discípulo de Schirmer, profesor de la Academia de Berlín, y posteriormente de Stilke, el artista de los grandes asuntos históricos, es un especialista en cabezas hermosas, y buscando tipos para satisfacer su inclinación, nada tiene de particular le sedujera el de la poetisa griega, que reprodujo de una manera convencional, pero verdaderamente inspirada. A la elección de personaje pudo también haber contribuído la singular opinión sostenida por el autor de que las mujeres hermosas lo son mucho más cuando se destacan sobre un fondo de mar, que es su preferido siempre que se le presenta ocasión para ello.

Encuentro de Napoleón III y del príncipe de Bismarck, después de la batalla de Sedán

Cuadro de E. Hunten

Pocas majestades terrenas se han hundido de manera tan lastimosa como la majestad del último emperador de los franceses. Por si la historia no lo recuerda bastante, los artistas alemanes se han encargado de perpetuarlo en sus cuadros. El asunto del que hoy publicamos ha sido tratado por distintos pintores: la Ilustración Artística ha reproducido varios de estos lienzos. En todos ellos resalta la humillación de Napoleón III. Sedán fué el Waterlóo del segundo imperio. Algunos historiadores afirman que el vencido por Wellington buscó la muerte inútilmente en el campo de batalla: un grande artista lo pintó en este trance. De Napoleón III no hay historiador ni artista que supongan otro tanto.

EXCAVACIONES EN ROMA cuadro de Pablo Kowalewsky

Sin que este asunto sea esencialmente pictórico, el autor lo ha utilizado como un estudio del natural que no carece de mérito. En él no prepondera el paisaje, ni domina la figura: ambos elementos se hallan bien combinados y el conjunto tiene tanta verdad que á primera vista pudiera confundírsele con una fotografía instantánea. No así examinando el cuadro original: los recuerdos de Roma, como los de Granada, tienen algo característico cuando han sido tratados por un pincel diestro y ese algo es la luz especial que ilumina los paisajes donde cursan el Tíber ó el Genil. Cuando no pueden apreciarse los efectos del color es muy difícil comprender el agro romano ó la vega granadina.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

TEODORA, cuadro de José De Sanctis

Mientras el dramaturgo Victoriano Sardou se ocupaba en París de dar la última mano á su *Teodora*, un joven pintor de historia terminaba en Nápoles un cuadro cuya protagonista era el mismo personaje de la escena francesa. Esto prueba que la famosa emperatriz de Oriente es un tipo de tanto relieve que puede ser llevado con éxito así al teatro como al museo. Sardou y De Sanctis acertaron ambos en su trabajo, coincidiendo entrambos en su concepto de Teodora.

Justiniano era un grande emperador, muy dado á la filosofía y al derecho, que le debe recuerdo y gratitud eternos. Mas por aquella razón de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, la chismografía histórica se ha encargado de hacernos saber que ese sabio legislador se ocupaba más de ordenar lo ajeno que de poner orden en sus asuntos domésticos. Insiguiendo esta regla de conducta, la emperatriz debió pensar que, como su esposo se pasaba de ella para dedicarse á los demás, ella podía dedicarse á los demás pasándose de su esposo. Y una vez en este orden de ideas, calculen mis lectores lo que ocurriría en aquel bendito matrimonio.

Algunos biógrafos dicen de Teodora que fué la Mesalina del siglo sexto; últimamente ha dicho un periodista que la esposa de Justiniano era una especie de *cocotte* irascible y cruel. Ello es que, al parecer, la tal señora no tenía por donde la cogiera el diablo sin tiznarse.

De Sanctis, después de haber estudiado profundamente el tipo, ha pintado acertadamente á Teodora en un momento de somnolencia, uno de esos instantes de ocio nervioso en que la imaginación de la mujer sensual divaga en busca de nuevos goces. La escena se supone en un vasto salón del palacio de Bizancio, en un caluroso día de verano. La emperatriz dormita, tiende indolentemente el brazo, y no quiere renunciar al sueño, en cuyos intervalos una reducida orquesta hace llegar á sus oídos apacibles melodías. Rodéala el característico lujo de la época, más suntuoso que artístico, y dos camareras vigilan sus movimientos, prontas á satisfacer el menor deseo de su señora, que no tolera negligencia de ninguna especie.

La composición está en lo cierto, tanto como lo cierto de entonces nos es ahora conocido. El tipo de la protagonista recuerda el del célebre mosaico de Ravenna, y esto prueba que el artista ha procurado depurar en buenos crisoles los detalles de un cuadro destinado á producir sensación, como la producen todos los asuntos históricos tratados con el debido talento.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

LA COLONIA ESPAÑOLA DE ROMA

I

Por una reunión de circunstancias que, rara vez se ven juntas, resulta que la Exposición Universal de Barcelona se realiza precisamente en los momentos más fatales para los artistas de esta Colonia Española en Roma; y como no es bien que el público inmenso que concurre á ese gran acontecimiento – el primero realmente importante del género en España – piense mal de esta animosa pléyade de artistas, es mi deber exponer las causas que motivan su retraimiento casi absoluto y la carencia del gran número de obras nuevas é importantes que en otras condiciones acudieran seguramente.

Ahora hace un año la Colonia, presa del entusiasmo, de la fiebre de producir, no se daba un punto de reposo. Desde antes del día hasta después de puesto el sol en los estudios se trabajaba con ardor, nerviosamente; una falange de artistas nuevos, soñando glorias, se disputaban los laureles de la Exposición de Bellas Artes de Madrid y quemaban, como quien dice, hasta su último cartucho.

Con sus propias obras, muchos de ellos, salieron para España; se fueron á Madrid, llenos de esperanzas halagüeñas, á continuar acabando sus obras, á retocarlas, á sostenerlas ante el jurado y ante la opinión... á criarse canas prematuras; á que la zozobra en forma de arrugas imprimiera su duro sello sobre sus rostros, muchos de ellos imberbes.

Luego vino la hecatombe de la que vale más no hablar. De resultas de la liza traidora donde se hiere por la espalda y merced á las sombras del secreto, los pobres artistas, así los gananciosos como los perdularios, lo mismo los que alcanzaron laureles exagerados que los injustamente deprimidos, aun no han vuelto de su estupor; aun siguen sus estudios desiertos como los anchos campos de Castilla y las inmensas llanuras de la Mancha, casi desiertos de Africa. En estos estudios hace pocos meses testigos de luchas heroicas, de atrevimientos peligrosos, confidentes de risueñas esperanzas de gloria y de fortuna, aun se observa el gran vacío que dejó la última obra al partir, dolorosa de ver como el puesto que deja desierto en la mesa el hijo querido que muere en lejanas playas por conquistar un nombre glorioso.

Un sentimiento mezcla de filosófica conformidad y pesadumbre, de escéptico descreimiento y vanidad ajada, imprime á esos estudios y á sus dueños no sé qué aspecto de tedio y tristeza mal disimulada bajo sus agudos epigramas y lúgubres chanzonetas.

En tal estado los espíritus, cuando aun duelen los magullados huesos de resultas de la última caída, ¿cómo producir grandes obras? ¿cómo hallar, ni dónde grandes conceptos, siendo el arte de casta de armiño que la más tenue mancha en su blanquísima piel aniquila ó mata?

A falta de inspiración de momento y mientras la movible veleta artística gira y la casualidad la apunta hacia nuevos flamantes horizontes, que con mayor ardor enciendan y arrastren su fantasía, se lanzan los artistas al cuadro de comercio, cuando no á nuevos tanteos, por caminos desconocidos, en busca de una originalidad que se halla siempre en el natural sorprendido, y jamás en el natural violentado y menos en la manera.

La mala racha pasará, pasará como pasaron todas las anteriores, pero no en el transcurso de pocos meses... y por este motivo en la Exposición Universal de Barcelona habrá pocos cuadros, y pocas obras de arte nuevas, pensadas y ejecutadas expresamente para el citado certamen.

Concurren á más otras causas. La Exposición de Viena y la de Munich han arramblado con lo poco que quedaba, y hoy cuando los artistas ven trocarse en hecho real lo que juzgaban utopia, la próxima apertura de ese concurso en condiciones verdaderamente fabulosas, por el poco tiempo de que se ha dispuesto para realizar tamaña obra, rabian y se desesperan de no haber tenido suficiente valor para volver al trabajo la noche misma de la última terrible batalla. Pero ya es tarde.

Si en vez de verificarse la apertura en mayo se verificase en octubre, desde luego aseguro que pasaran de 30 las grandes obras nuevas que enviara esta Colonia, mucho más digna de lástima, que de suponerla indiferente á la gloria que en Barcelona puede conquistarse.

* * *

Pero si, por las circunstancias mencionadas, son pocas las obras nuevas que de aquí van, hay que convenir en que son importantísimas.

Barrau y Echena, Mariano Benlliure y Agustín Querol, y posteriormente Moratilla, Villodas y Serra envían muestras brillantes, cada cual en su estilo, de la vitalidad é importancia de esta Colonia.

* * *

Del cuadro de Barrau ya me he ocupado en este periódico y en *La Publicidad*, y además ya está juzgado por ese ilustrado público que ha sabido hallar en la tela del joven catalán lo que en ella hay verdaderamente admirable; la expresión de dos sentimientos rayanos en lo sublime: el valor indomable de los vencidos y el respeto profundo en los vencedores, fundido en una totalidad melancólicamente heroica, que eleva el alma y suspende el espíritu.

* * *

El cuadro de Echena tiene una historia muy chusca.

Hace tres años exponía Echena en Madrid su gran cuadro «Cristo en el Calvario» que fué premiado y gustó mucho.

No conviniéndole el precio que por él le ofreciera el Gobierno, dispuso del cuadro y lo vendió á una sociedad inglesa que tiene en Escocia exposiciones de pago, muy bien dispuestas por cierto.

El cuadro gustó y el autor fué llamado á Escocia para retocar no sé qué detalles y para que presentara boceto de un *pendant*.

Nuestro español, que por más señas es ibero y de Fuenterrabía y hombre muy dispuesto y animoso, inmediatamente pintó el boceto, que como era de suponer agradó y fué aceptado con entusiasmo. Se habló de precio, de tiempo para la ejecución, etc. etc., y ya estaba abrochando Echena las correas de su maleta para volverse á Roma cuando se le presentó en el hotel el director de la Compañía.

– Su cuadro de V. nos gusta mucho, ya lo sabe V., – le dijo, – y estamos conformes en cantidad y en todo; sólo me falta hacer á V. una observación insignificante. En el cuadro «La mujer adúltera» suprima V. la figura de la mujer y cámbiele el título.

Echena creía estar viendo visiones. – Sí, – continuó el inglés; – porque sea V. franco; si una niña viene á la exposición y ve á esa mujer y pregunta á su mamá: «¿Qué es mujer adúltera?» ¿qué contestación se le puede dar que no ofenda á nuestro rígido pudor inglés?

. . . .

Echena rompió el trato y pintó el cuadro que ahora envía á la Exposición de Barcelona.

Es muy grande é interesantísimo.

Representa el momento en el que el Señor tiende sus manos protectoras sobre la cabeza de la culpable y con actitud de una nobleza y de una grandiosidad divina increpa á los judíos que en ancho círculo le rodean; parecen salir de sus labios aquellas profundas palabras:

- El que esté limpio de culpa que arroje la primera piedra.

El cuadro conmueve por su grandiosidad. Todos callan. Los airados brazos que se alzaban para herir se bajan lentamente. El razonamiento del Señor desarma á la muchedumbre. Los doctores buscan y no encuentran una razón más poderosa que la razón de Jesucristo.

Este ocupa el centro de la composición y está cubierto con larga túnica blanca. La mujer adúltera arrodillada á sus pies en actitud del más profundo terror, parece herida de un rayo; es muy bella, como es natural, y está me-

dio desnuda y con el manto desgarrado en la lucha.

De un lado están los sacerdotes á cuyo grupo se dirige principalmente Cristo; lo demás de la grandiosa sala, escalinatas y balcones lo ocupa el pueblo judío paralizado por la palabra del Salvador.

Los trajes son auténticos, así como la arquitectura, y hasta el último detalle es resultado de profundo estudio. El Cristo no tiene aureola, se destaca por sí mismo, por la grandiosidad profunda de su expresión, y la suprema distinción de su actitud.

El cuadro de Echena será un éxito más para su autor.

LUIS DE LLANES

OFICINAS PUBLICAS

Lector benévolo: te compadezco si tienes que rodar alguna vez por las oficinas del Estado.

Yo soy funcionario público, y sin embargo, no dejo de conocer que los interesados necesitan la paciencia de Job mientras se tramitan y resuelven ciertos expedientes.

Unas veces tienen la culpa los empleados, sin distinción de categorías: porque si hay, por ejemplo, un auxiliar que tarda quince días en hacer un simple extracto, también hay director ó ministro que cuando ve delante de sí un haz de expedientes puesto á la firma, dice: *Mañana firmaré*, y el *mañana* suele convertirse en los *quince días* que empleó el auxiliar en hacer el extracto, sin contar los seis ú ocho que á su vez se tomó el jefe del negociado para redactar la nota correspondiente.

Otras veces (las más) la tardanza en resolverse un asunto consiste en la multitud de ruedas inútiles de que se compone la vetusta máquina llamada *administración pública*.

Yo sé de un labrador que fué una vez á las oficinas de hacienda de la provincia á efectuar el pago de una tierra de *bienes nacionales*, que importaba *treinta reales*. Vino á Madrid desde su pueblo (Pinto) á las 7 de la mañana, y regresó bien entrada la noche. Pues ¿qué hizo todo el día? – ¿Qué hizo? Recorrer todas las habitaciones de la antigua *casa del platero*, con grave riesgo de su vida; porque aquella casa estaba denunciada y se venía abajo por momentos; y rodar de *ceca en meca*, es decir, de *mesa en mesa*, y luego ir al banco hipotecario, que estaba muy cerquita; así, como unos tres ó cuatro kilómetros que será la distancia entre la plaza de la Armería y el que fué palacio de Salamanca. Y luego volver á las oficinas, y después volver al banco hipotecario, y por último á la *caja*. No á la *caja* para llevarle á enterrar, sino á la *caja* de la administración donde el bueno del labriego entregó de una vez los *treinta reales* de la famosa tierra de *bienes nacionales*.

Ahora, lector, vas á saborear el diálogo que yo tuve el placer de oir entre un empleado de la misma dependencia, y una chula pobre, que llevaba un niño de pecho en los brazos

Te lo pondré aquí en forma de escena de sainete, y á la verdad que si hubiera podido representarse en un teatro, habría sido muy del agrado del público.

CHULA. Buenos dias. ¿Es aquí lo de la sal?

EMPLEADO. ¿Lo de la sal?

CHULA. Vamos, que si es aquí donde se deja lo de la sal, y la paciencia, todo junto.

EMPLEADO. La sal la puede V. dejar aquí y en todas partes; porque debe V. de tener mucha.

CHULA. ¡Vaya, está V. de *sorna*! Ya se conoce que no tiene V. otra cosa que hacer.

EMPLEADO. Pues sí, mi prenda. Aquí es donde se paga el impuesto de la sal.

CHULA. Y diga V.: ¿por qué las *presonas* que no tienen *puesto de sal* han de pagar esa contribución?

EMPLEADO. No, hija mía: sino es un puesto de sal lo que se paga aquí: es el *impuesto* de la sal: ¿entiende V.? *¡El impuesto...!*

CHULA. Pues tampoco es eso; porque lo que ustedes quieren es que después de pagar al tuno del casero, paguemos aquí otro tanto.

EMPLEADO. Precisamente.

CHULA. ¡Pues precisamente eso es lo que á mí no me da la gana...! ¡vea V.!

EMPLEADO. En eso puede V. hacer de su capa un sayo.

CHULA. ¿Capa, eh? ¡Si yo gastara capa sería hombre; y entonces le había de dar más bofetadas al gobierno...!

EMPLEADO. Y la llevarían á V. á la cárcel.

CHULA. Y me mantendrían de balde. ¡Ay hijo de tu padre, lo que tiras hoy...! *(Poniéndose bien el niño al pecho, y tapándole con el mantón)* – ¡Entre tú y estos señores me vais á dejar *escuchimizada...!*

EMPLEADO. ¿Es de V. ese niño?

CHULA. Y tres que se me han muerto.

EMPLEADO. Pero ¿le quedan á V. más?

CHULA. No señor, me quedan menos. Tenía cuatro, se me han muerto tres, ajuste V. la cuenta. Con que vamos á ver: yo vengo aquí á poner en claro lo de la sal.

EMPLEADO. ¿Cuánto paga V. de alquiler por la habitación?

CHULA. Seis *galgos* todos los días, que si pudiera soltárselos al casero...!

EMPLEADO. Pues entonces es una equivocación. A usted no le corresponde el impuesto.

CHULA. Pues entonces ¿á qué va todos los días á mi casa un señor, y dale con el *apremio*, y vuelta con el *apremio*. «¡Mire V. que tengo que *apremiarla...!* ¡Que la voy á *apremiar* á V...! ¡Que voy á volver con el *apremio!*» *¡Aprémieme* V., hombre, *aprémieme* V., á ver si reviento de una vez...!

EMPLEADO. Bueno: ya enmendaremos esa falta. ¿Cómo se llama usted?

CHULA. Isidora Tinajas.

EMPLEADO. ¿Y dónde vive V.?

CHULA. Barrio de las Injurias, calle principal, número 2, piso quinto, corredor interior, cuarto número setenta y ocho.

EMPLEADO. ¡Atiza! ¡Piso quinto! ¿Hay ascensor?

CHULA. No señor; hay entresuelo.

EMPLEADO. Pues entonces es piso sexto. ¿Y cuántos golpes hay que dar para que le oigan á uno desde esas alturas?

CHULA. Pues es muy sencillo. Tres y repique: repique y tres: cuatro sueltos: tres patadas: dos aullidos y un pistoletazo.

EMPLEADO. ¡Y la trompeta del juicio final...!

CHULA. Y así y todo, muchas veces no se oye.

EMPLEADO. Pues nada: déjelo V. á mi cargo que yo lo arreglaré.

CHULA. Mire V.: aquí traigo la cédula de vecindad... Pero, ¿dónde está esta maldita cédula *(registrándose los bolsillos)*, que la pagué hace tres meses y me la han llevado esta mañana?

EMPLEADO. No hace falta la cédula: yo veré el padrón. Es preciso saber lo que ha puesto V. en la casilla de alquiler de la habitación.

CHULA. ¿Hace falta saber eso?

EMPLEADO. Sí, señora.

CHULA. Pues yo se lo diré á V. En la *casilla* como V. la llama, y con razón, porque es muy pequeña, he puesto una cómoda, cuatro sillas, la cama de matrimonio y el fregadero.

EMPLEADO. ¡No es eso, mujer de Dios, no es eso!

CHULA. ¿Pues qué es?

EMPLEADO. Nada; vaya V. con Dios. Ya he dicho que todo se arreglará.

CHULA. Pues muchas gracias, *cabayero*; y crea usted que si V. me lo arregla, yo sabré corresponder con V. en mis cortas facultades.

EMPLEADO. ¡Otra! – Ya he dicho que vaya V. con Dios.

CHULA. Bueno; pues que V. lo pase bien. Soy pobre, pero agradecida....

EMPLEADO. ¡Dale...!

CHULA. Y el que da lo que tiene no está obligado á más. Con que, nada; que V. lo pase bien. Y haga V. el favor, ¿eh...?

EMPLEADO. ¡Sí, mujer, sí...!

CHULA. ¡Que yo haré otra cosa por V. el día de mañana...!

EMPLEADO. ¡Oh, qué pesadez!

CHULA. Vaya, no quiero ser más *cansina*. Abur *cabayero*.

EMPLEADO. ¡Vaya V. bendita de Dios...!

. . . .

¿Qué te ha parecido, lector? Pues como este te podría citar muchos casos en que los empleados se desesperan con el público, y el público con los empleados.

¡Dichoso aquel que vive tranquilo lejos de la *burocracia* moderna!

RICARDO DE LA VEGA.



REGRESO DEL PESCADOR, cuadro de R. Falkenberg



SAFFO, cuadro de W. Kray



TEODORA, CUADRO DE JOSÉ DE S



NCIS, GRABADO DE F. G. CANTAGALLI



ENCUENTRO DE NAPOLEON III Y DEL PRINCIPE DE BISMARCK, DESPUÉS DE LA BATALLA DE SEDÁN,
copia fotográfica del cuadro pintado por E. Hunten



EXCAVACIONES EN ROMA, cuadro de Pablo Kowalewsky


ANTEPATIO Y ENTRADA DEL MUSEO DE BOULAQ

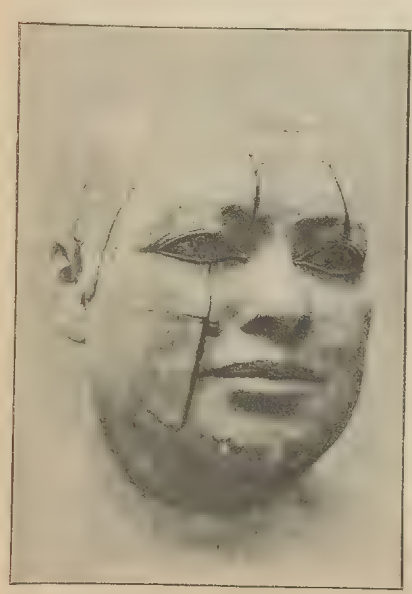
EL MUSEO DE BOULAQ

Siempre que se habla del Museo de Boulaq, aunque sólo sea casualmente, rara vez se deja de hacer algún merecido elogio de su fundador, Mariette, pues gracias á su energía, á su entusiasmo y perseverancia para vencer los obstáculos que se oponen á toda empresa en Egipto, el estudiante halla siempre á mano una colección de objetos artísticos y documentos del mayor interés, sobre todo tratándose de inscripciones en la piedra. Como la importancia de estas últimas es principalmente histórica, no nos ocuparemos de ellas en este artículo, limitándonos á dar á conocer las obras de arte ó más bien las más curiosas.

Al examinar una colección del antiguo arte egipcio, tal vez convenga fijarse en el período que abraza, recordando también la duración de otras épocas artísticas. Podemos decir que el arte griego apenas floreció seis siglos; la pintura y escultura italianas, escasamente cuatro; y la pintura holandesa, sólo dos, con corta diferencia; mientras que la actividad artística de Egipto duró cuarenta siglos. Ahora bien, dado el notable instinto conservador de la raza, y el hecho de que en ese período se perpetuaron las mismas ideas religiosas generales, ó formas ritualísticas, aunque hay razones para suponer que ciertas doctrinas se modificaron mucho ó se trasformaron del todo en el curso de los siglos, es imposible que, con los cambios de gobierno y las alternativas de la prosperidad nacional, el arte se mantuviese al mismo nivel. Hubo épocas en que prevaleció un estilo artificial y pomposo, cuando los *grandes monarcas faraónicos* derrocharon el oro en gigantescos templos, llenándolos de enormes estatuas que representaban sus personalidades, tiempos de riqueza desordenada y de corrupción política, y por lo tanto de esterilidad en el arte, como por ejemplo en el último período del reinado de Ramsés II y en tiempo de sus inmediatos sucesores. No se ha de discutir sobre las cualidades del dibujo y la ejecución, buena ó mala, de las obras de tales períodos, ni tampoco respecto á la excelencia de otras, cuando la inventiva era más espontánea; lo que importa es descubrir las épocas de progreso y decadencia. Para conseguirlo es indispensable clasificar los objetos contenidos en nuestros museos por el orden cronológico, y hasta que esto se haga, los instruídos *egiptólogos* que desempeñan el cargo de directores no pueden esperar que sus departamentos llamen la atención que tan justamente merecen. Esta falta de clasificación, ó más bien una clasificación falsa, y el descuido en hacer claras descripciones, contribuyen por mucho á que las secciones egipcias de nuestros museos sean tan enojosas é inútiles para el público en general.

La egiptología es un estudio de toda la vida; pero mucho sabemos acerca de las maravillosas obras modeladas por los antiguos artistas de aquel país, tan notables por el gusto caprichoso y la imaginativa que revelan, bien se hallen trazadas en el granito de Asooan ó esculpidas en un pedazo de lapislázuli; y pocas líneas bastarían para despertar el interés artístico.

Hay en el museo de Boulaq algunos objetos tan notables por lo bien representados, que desde luego llaman la atención del visitante: Sheykh el Beled (véase la figura) es un ejemplo de esa vívida imitación de la naturaleza; es la cabeza de una estatua que no reproducimos por entero porque las piernas son de restauración moderna. Aunque la figura impresiona á primera vista por la perfecta naturalidad con que se representa, en los más de los visitantes aumentaría el interés si supieran que pertenece al más primitivo período que se recuerda de la historia egipcia, es decir cerca de 4000 años antes de Jesucristo, ó hablando más correctamente que data de la cuarta dinastía, y se encontró en Saqqarah. La estatua, de unos cuatro pies de altura, es de madera, y se cubrió con una capa de yeso pintado para imitar las carnes naturales; los ojos se componen de cuarzo y cristal, ribeteados de bronce; la especie de parche que se ve en la mejilla derecha es una antigua restauración, y las líneas de la frente sobre las cejas son grietas de la madera. El nombre de la figura proviene del hecho de que el rostro ofrece una notable semejanza con el del hombre que en aquel tiempo era jeque del pueblo de Saqqarah, donde hace pocos años se descubrió la estatua. La semejanza fué reconocida por los *felahs*, que la dieron el nombre que ha conservado. No es fácil equivocar la personalidad del original, que sin duda era hombre de origen plebeyo; su redonda cabeza y formas robustas indican fuerza de carácter, pero el rostro tiene cierta expresión bonachona muy singular. La estatua de Sheykh-el Beled forma parte de un grupo de cuatro, una de las cuales representa á la reina Amenerites, y la otra al rey Khefren, de la cuarta dinastía, en cuyo tiempo se construyó la segunda pirámide de Gizeh.


CABEZA DE LA ESTATUA DEL SHEYKH EL BELED

Bajo al punto de vista artístico, tal vez los principales tesoros de Boulaq consisten en las estatuas del antiguo imperio, que tanto escasean en las colecciones de Europa. La del rey Khefren, de tamaño natural, es una magnífica muestra de la representación realística, admirable por su verdad anatómica, y perfecta por el trabajo, dada la dureza del material en que se trabajó.

La estatua fué descubierta en el templo de la Esfinge, cuyas enormes moles de granito eran el receptáculo más propio para una escultura tan imperecedera. Y de otras muchas obras podríamos hablar, unas medianas, y otras de notable belleza; pero todas revelan que se tendía á un solo objeto, á la fiel representación de la forma natural.

No sólo en las simples figuras han dado prueba de su consumada habilidad los escultores egipcios de las primeras dinastías; las composiciones en bajo relieve son igualmente obras maestras, y están concebidas con una vivacidad y un espíritu de observación sólo conocido en las mejores épocas del arte. Los tipos y formas se representan con la mayor propiedad; algunas de las figuras, sin más traje que un simple paño al rededor de las caderas, parecen copiadas de las que vemos hoy en el Egipto Superior. Cuantos artistas visiten el museo de Boulaq no podrán menos de admirar el buen gusto y naturalidad con que se han agrupado las figuras, y la armoniosa disposición de las líneas. Estos relieves recuerdan algunos de los más finos de los quattro-cento de Florencia, y en varios hay tanta energía y animación como en los bronces de Pollaiuolo, pero sin la falta de verdad anatómica observada en estos. Preciso es confesar que todos esos trabajos revelan un alto grado de civilización, y también de prosperidad. Lo que parece increíble es que un arte de tal excelencia se pudiera preducir bajo el despotismo, ó en una época en que no predominaba, ni aun entre los más opulentos, el lujo extraordinario ó la corrupción.

En todo arte primitivo, la influencia religiosa es tal vez la que más contribuye á determinar su forma y expresión, y la más importante doctrina de la religión del antiguo Egipto era la creencia en la inmortalidad, ó más bien la creencia de que la persona iba á vivir en el país de Osiris después de su muerte. Para llegar á esta región de los bienaventurados, conservando cada cual su individualidad, era necesario practicar numerosos ritos y ceremonias, siendo indispensable que la tumba contuviera efigies del difunto pintadas ó esculpidas; mientras éstas se conservasen, juzgábase asegurada la existencia, y por lo tanto, cuanto más se multiplicaban, mayores se creían las probabilidades de inmortalidad. A esto se debe haber encontrado en Egipto tantas riquezas y tesoros; á esto se debe la maravillosa individualidad de las estatuas del antiguo imperio. Al escribir estas líneas recuerdo una tumba de Tebas perteneciente á la décima octava dinastía que tuve la suerte de visitar á los pocos días de abierta, y en la cual todas las pinturas estaban tan frescas y brillantes como cuando se hicieron.

Los ejemplos del arte pictórico del antiguo imperio no son numerosos en el museo de Boulaq; pero hay algunos que se pueden considerar como verdaderas obras maestras en cuanto á la representación de animales; así las formas como los colores y los más minuciosos detalles, causan verdadera admiración, tanto más cuanto que aun vemos en cualquier pueblo del Nilo las especies descendientes de las aves figuradas: un período de seis mil años no parece haber cambiado en lo más mínimo sus caracteres.


ESTATUA DE ISIS EN BASALTO VERDE

Una de las cosas que excitan el más extraordinario interés en el museo de Boulaq es el arca que contiene las joyas descubiertas; los objetos coleccionados allí comprenden todas las variedades de adornos; hay en particular armas y espejos, montados en oro y piedras preciosas, y es de advertir que las de más valor se hallaron con la momia de la reina Aah-hotep, esposa de Kamos, rey de la décima séptima dinastía. Esta momia fué descubierta por los naturales en las arenas de Dra-habou-'l-neggah en 1860; las joyas se hallaron en los pliegues del sudario: era costumbre depositarlas en el sepulcro de la persona á quien se daba sepultura. Entre los objetos que se hallaron, uno de los más notables era el collar de la reina (véase la figura), compuesto de 3564 piezas; era de un dibujo especial, según las prescripciones del «Libro de los Difuntos.»

Otro objeto de los más curiosos es un esquife de oro (véase la figura) colocado en un carrito de madera con ruedas de bronce; la tripulación se compone del capitán, el piloto y doce remeros: las dos primeras figuras son de



ATAUD PARA UNA MOMIA

oro, y las de los marineros de plata; y en el centro hay otra que representa una deidad ú objeto simbólico: los antiguos egipcios creían que parte del camino que conducía al país de Osiris se debía recorrer por agua.

Entre las cabezas coleccionadas en el museo de Boulaq distínguese particularmente la de una mujer joven (véase la figura), que según Mr. Mariette representa la de Taía esposa de Amenhotep III, de la décima octava dinastía; fué descubierta en Karnak en 1873, en una cámara situada detrás del obelisco de Hatasoo, y su belleza es verdaderamente notable, reconociéndose á primera vista la belleza oriental; aun hoy día pueden verse en el país otras del mismo tipo.

La estatua de Isis, de tres pies de altura, se distingue por su esmerada ejecución; está hecha en basalto verde del más superior, y puede considerarse como una muestra perfecta del arte de un período más reciente, es decir de la trigésima dinastía. Isis está coronada con el disco de la luna entre los cuernos de Hathor, y tiene en la diestra el signo de la vida. Entre estos trabajos y la era de Sheykh se extiende un período que abarca unos 3500 años, durante los cuales viéronse grandes épocas que pasaron después, y muchas de las cuales se podrían ilustrar más ó menos con los ejemplos del museo de Boulaq.

Nos ha parecido oportuno reproducir aquí dos grabados que representan los ataúdes donde se colocaban las momias durante ciertos actos solemnes antes de encerrarlos en los sarcófagos (véanse las figuras), pues creemos que no se encuentra ningún objeto análogo en los museos de Europa. El primero de estos ataúdes es de Akhmim, y corresponde al período greco-romano; el segundo es de Gournah, en Tebas, y corresponde á la décima tercera dinastía. Tienen toda la superficie pintada, siendo los colores generalmente pálidos y claros.



MODELO DE UN BARCO CON RUEDAS DE LA TUMBA DE LA REINA AAH-HOTEP

Parece evidente que las figuras que constituyen el adorno del primero de estos ataúdes son altamente simbólicas; Isis y Nephthyr están arrodilladas llorando á la cabeza y á los pies; las figuras sentadas que sostienen la cubierta representan las diosas de la Verdad; en las extremidades hay globos con alas, y un buitre con las coronas del Egipto Superior é Inferior.

El espacio no nos permite dar á conocer aquí otra infinidad de objetos tan notables como curiosos, trabajados en marfil y bronce, así como muchas muestras del arte cerámico, y las figuras de porcelana, llamadas amuletos, cristales y otras muchas muestras de la industria, debidas á los artistas del antiguo Egipto; pero no podemos dejar de reproducir aquí un grabado que representa una cuchara (véase la figura), el objeto más extraño y original que puede concebirse: figura una joven que está en un bote entre plantas acuáticas, recogiendo las flores del loto y de papiro; la gracia del dibujo es inimitable y la ejecución revela una habilidad que admira, no pudiéndose menos de reconocer que había de ser un verdadero artista el que ejecutó este trabajo.

Si el arreglo y clasificación de los objetos contenidos en el museo de Boulaq dejan mucho que desear, lo mismo podemos decir de las más de las salas egipcias en los museos de Europa; pero en el que es objeto del presente artículo se hallarán en cambio objetos dignos de estudio, que no pueden verse en otra parte.

(Tomado de *The Art Journal.*)

LA PRIMERA NUBE

I

En una risueña mañana del mes de julio, en la cual la perfumada brisa, como señora absoluta, penetraba por los entreabiertos balcones de una elegante casa situada en la avenida Juárez de la alegre ciudad de México, encontrábase una joven como de diez y seis años, sentada delante de un velador en lujoso gabinete, contemplando un retrato con apasionada mirada.

Sus ojos expresaban amor vehemente, y sonreía con esa expresión que ilumina el rostro de la mujer cuando se cree amada.

No siempre la aspiración es una realidad.

Con frecuencia el ideal noble, generoso y leal que en la imaginación acariciábamos y al que rendimos apasionado culto, se convierte en un ser vulgar, mezquino, pequeño, que nos despoja de toda ilusión, dejando al pobre corazón desierto y lleno de tristeza y de pesar, por el error en que había incurrido.

Pero Amalia soñaba; todo se le aparecía de color de rosa, como siempre sucede en la primavera de la vida.

Aquel retrato era el de su prometido, Manuel de Castroflorido.

Parecía joven y apuesto; sin ser muy alto, representaba distinguida presencia.

Su cabeza era hermosa, y á juzgar por la fotografía, eran negros sus ojos y cabellos.

Amalia, en nada desmerecía; alta, esbelta, morena pálida, ojos negros, rasgados, expresivos, y en los cuales existía el fuego de la pasión.

Algunos estuches, abiertos unos y cerrados otros, podían hacer pensar que la boda estaba próxima, y que eran los regalos del novio los que Amalia acababa de examinar.

– Las nueve, – dijo una voz fresca y juvenil.

– ¡Josefina! – exclamó Amalia abrazando á una hermosa criatura rubia como las espigas y blanca como el armiño, que penetraba en el gabinete.

– No es extraño; el dia que me casé, las horas pasaron como un relámpago. Pobre Juan, ¡es tan bueno!

– Sí; y algunas veces, no sé cómo tiene paciencia.

– ¿Por qué? ¿Será tal vez por mis exigencias? Hija mía, á los hombres hay que atarlos corto desde el primer día, porque si no... ¡Dios nos libre! Llega el momento de que ni con botas de siete leguas se les puede alcanzar... Manolito se casa muy enamorado, pero á pesar de estar preso en esos ojos, no te descuides, porque el mejor día se descarrila como los trenes, y para volverse á encarrilar....



ATAUD PARA UNA MOMIA

– Eres demasiado original, y aunque poco entiendo de mundo, me parece que si una cuerda está demasiado tirante, salta...

– Guíate por mí; pero ¿y mamá?

– Vistiéndose

– Y tú con esa calma; ya sabes que á las diez es la ceremonia. Vamos, hoy tienes que obedecerme como á hermana mayor.

Amalia sonrió, y abrazando de nuevo á Josefina, pasó con ésta al tocador, en donde esperaba una doncella.

Hora y media después, la joven se había convertido en señora de Castroflorido, y por un capricho singular, al salir de la iglesia, subieron los recién casados á los carruajes, así como los convidados, se dirigieron á una preciosa quinta, y allí celebraron la aurora de su ventura.

Durante seis meses, su cielo de felicidad no se empañó por un instante.

De regreso á la capital, Amalia no se ocupó ni aun de los cuidados de la casa; su buena madre continuaba desempeñándolos, cual si la joven no hubiera cambiado de nombre ni de posición.

Manuel la adoraba: los caprichos de su esposa eran leyes para él.

Cariñoso, amante, dotado de un carácter agradable, complaciente y apasionado, logró inspirar un amor inmenso á la encantadora joven; la dominaba, y con una mirada ó una palabra de Manuel, se creía más feliz que una reina.

Y decimos esto, porque vulgarmente suele decirse, no porque sea exacto, pues si la felicidad es un mito, más difícil de encontrarla es aún para los que llevan el peso de una corona.

Amalia, pues, era tan dichosa, que no creía hubiera nada tan dulce, tan delicioso, ni tan encantador, como el amor de su marido.

El tenía veinticinco años; ella diez y siete.

Ambos vivían alegres, satisfechos, contentos, y como por otra parte nada tenían que pedir á la suerte, pues les había colmado de cuantiosos dones, su vida no podía ser más venturosa.

Aunque muy joven, Amalia estudiaba el carácter de su marido, principal talento de la mujer.

Además, había confianza mutua y consideración.

Gustaba Manuel de distracciones, y á ellas concurría con su esposa, porque solía decir, que si bien el aislamiento es agradable para los enamorados, tampoco deben encerrarse con su amor, porque más tarde suele venir el hastío; y creemos no le faltaba razón.

Todos los abusos abren la puerta al cansancio.

[illegible]

Josefina desaprobaba el sistema de su hermana.

¿Por qué consentía en que Manuel no le diera cuenta exacta del empleo de su tiempo?

¿Por qué si la dejaba en un baile ó un teatro, no averiguaba si era verdad que había ido al casino ó á casa de sus amigos?

– Querida, – contestaba Amalia, – la confianza de mi marido es mi mayor felicidad; ¿crees que estoy celosa cuando en una tertulia se dedica por un instante á una mujer hermosa? Ella, creyéndole soltero, pone en juego su coquetería, y cuando piensa haberle conquistado, oye decir: «Dispénseme V., señora, mi mujer me espera;» entonces le amo doblemente, y me enorgullezco pensando que el que otras desean, es únicamente mío.

– Pues mi Juan se librará muy bien de acercarse á otra mujer, en donde yo esté: quien quita la ocasión, quita el peligro.

Pasó algún tiempo; las ausencias de Manuel durante el día eran más frecuentes, y apenas le veía Amalia sino en las horas de comer.

Pero siempre estaba cariñoso, enamorado; asuntos urgentes lo detenían fuera de su casa.

Dos ó tres veces encontró Josefina sola á su hermana.

II

– Manuel pasa el día fuera, – la dijo: – jamás lo encuentro cuando vengo.

– Sí: parece que está muy ocupado; pero siempre á la hora de comer, llega con algún obsequio; ayer me regaló esta sortija.

Y la joven mostró en su dedo un precioso anillo.

– Sí, bonito es: un cupido, lindos esmaltes.

– Con frecuencia, sabiendo mi delirio por las plantas, me encuentro con una maceta de mérito, con un perfumado ramo, ó con flores á propósito para que pueda lucirlas en el teatro. Siempre está pensando en mí... ¡Me quiere tanto! Cierto que no hace sino pagarme, porque es mi idolatría.

– Sin embargo, cuando los maridos están más obsequiosos, es cuando se debe desconfiar de ellos: esto de abandonarte todo el día...

– Manuel es incapaz de engañarme...

– Hermana mía, eres muy inocente.

– Tiene muchos amigos....

– Y entre ellos alguno casado ó con hermanas solteras.

Amalia lanzó una carcajada.

– Josefina, siempre dudas de todo. Yo no sé cómo Juan no se aburre: te quiere, y por eso hasta hoy no encuentra fastidioso tu dominio; te aseguro que no tengo celos, ni pienso mal de mi marido.

– Bien, ya verás; cree cuanto te dice y te arrepentirás!

- No creo tenga secretos para mí, como yo no los tengo para él, – contestó Amalia seria y disgustada.

– ¿Y le dices que cuando él no está, viene tu primo Augusto y pasa largas horas á tu lado?

– Pues ya lo creo: ¿por qué había de ocultarle nada?

¿Y no está celoso?

– ¿De qué?

– Hija mía, no hay amor sin celos.

- Pero cuando no existe motivo...

– Es la mejor prueba de que está distraído; no ve que tu primo está loco por tí.

– ¡Qué dices, Josefina!

La verdad: ¿pues no lo veo con los ojos fijos en tí, y pareciéndole minutos las horas que aquí pasa?...

– Tal vez tengas razón.

– ¿Quién lo duda? Por eso viene cuando Manuel no está, pero como á él le convendrá que estés distraída, finge no advertirlo: observa y verás.

Cuando se quedó sola Amalia estaba triste y pensativa.

Por primera vez le parecía el tiempo desde su matrimonio, pesado y fastidioso.

Reflexionó en que su marido salía más que anteriormente.

Recordó haberle visto en aquellos días, impaciente y de mal humor.

La hora de paseo había pasado, y Manuel no llegó como de costumbre á buscarla para salir.

Cuando se presentó en la casa, Amalia lo recibió fría y recelosa.

– ¿No has paseado hoy? – la preguntó abrazándola.

– No: me vestí, pero viendo que no llegabas, volví á mi traje de casa.

– Lo siento: estuve muy ocupado y me fué imposible venir á buscarte.

Amalia vió en el semblante de su marido reflejada la turbación.

– ¿Con alguno de tus amigos?

– Sí; es decir, no: hemos ido Carlos y yo á casa de otro y...

– ¿Había señoras?

– ¿Eres adivinadora? ¿Dices la buena ventura? – exclamó Manuel riéndose y levantando á su mujer en sus brazos.

¿Por qué?

– Muy sencillo: nos hemos ocupado de una criatura preciosa.

– Si yo no lo hubiera sabido, nada te diría.

- ¿Estás enfadada conmigo? ¿Estás indispuesta? Te encuentro pálida y grave; ¿qué sucede?

– Nada, vamos á comer.

Amalia apenas probó la sopa; las lágrimas nublaban sus ojos.

– Pero ¿qué tienes, alma mía? – la dijo Manuel.

– No puedo decírtelo.

– ¿Secretos, mi corazón? ¿Secretos para mí? ¿Te he ofendido en algo? Estoy dispuesto á recibir mi castigo.... ¿Te han dicho algo? No hagas caso: algún cuentecillo: ¿quién ha venido? Vamos, vida mía, cuéntamelo todo...

– Nadie ha venido: sólo Josefina.

– ¿Y qué te dijo esa loquilla?

- Nada.

– ¿Y por qué me niegas que ha venido Augusto?

La joven se ruborizó.

– Temí que te molestaras con él.

– ¿Por qué? ¿No es casi tu hermano? ¿No es tu compañero de infancia? No acostumbras tener secretos para mí – repuso Manuel con gravedad, – pero si alguno tienes, guárdalo.

La comida fué triste y silenciosa.

Amalia, pretextando un fuerte dolor de cabeza, se negó á ir al teatro.

Los celos comenzaban á roer su corazón.

La duda la atormentaba.

Su marido, disgustado también, salió solo y volvió bastante tarde.

¿Por qué Amalia no había sido franca como siempre?

Sin embargo, solícito por su salud, entró en su dormitorio y la encontró turbada é indiferente.

¿Qué misterio era aquel?

No encontrando solución alguna, llegó hasta sospechar de su mujer, pero rechazó aquella idea, avergonzándose de ella.

Mas, ¿cuál era la causa del desvío de su esposa? ¿No la encontraba siempre alegre, cariñosa, dulce y expansiva? ¿Habría fingido hasta entonces? ¿Se habría equivocado? ¿Sería otro su carácter?

Combatido por distintas impresiones, apenas durmió y al día siguiente, si bien menos severa, vió que estaba Amalia, no más alegre que el día anterior.

La amabilidad atrae: la acritud rechaza.

¡Cuántos matrimonios podrían haber evitado consecuencias funestas si cada cual hubiese comprendido que una palabra ó una sonrisa decidía del porvenir y de la ventura!

Una explicación franca y sencilla, corta males sin cuento.

La reserva los crea y les presta dimensiones colosales.



CABEZA DE LA REINA TAIA (?)



COLLAR DE LA REINA

III

Dos días pasaron sin que Manuel consiguera ver risueño y satisfecho el rostro de su mujer.

En cambio, Augusto se sorprendió al encontrarla muy expansiva y amable.

Quería despertar celos en su marido.

Josefina se lo había aconsejado

Manuel no pudo ocultar el disgusto que le causaba, viéndola acompañada, en el paseo y en el teatro, por el que pensaba que era su galanteador.

Por dignidad calló, y ni dió ni pidió explicación alguna.

Amalia sufría, porque amaba á Manuel con toda su alma.

Un día volvió á casa más temprano de lo que acostumbraba.

Encontró á Josefina conversando con Amalia.

– ¿Quieres que vayamos á paseo? – dijo. – Vamos, vístete: Josefina, empéñate también: mientras tanto, avisaré á Juan y á Julia: comeremos en el campo.

– ¿Qué buena hierba has pisado hoy? – le dijo Josefina.

– Celebramos una boda.

– ¿Una boda?

– Sí; por eso iremos al Tívoli.

– ¿Quién se casa?

– ¿No lo sabéis? quería daros esa sorpresa, y como además es día de júbilo para mí, de un tiro mato dos pájaros.

– Pero ¿de qué se trata?

– Augusto se casa.

Y Manuel miró á su mujer al pronunciar estas palabras.

Amalia se ruborizó.

– Figúrate – continuó Manuel – que hace tiempo amaba á una joven y por cierto muy bonita; los padres se opusieron: alegaban que Augusto es demasiado joven y algo calavera: ayer se descubrió á mí, y me pidió que como único pariente me presentara á vencer tan injusta oposición.

– ¿Y qué sucedió?

– Como Cesar, alma mía, *llegué, ví y vencí*; ya ves, con mi respetabilidad de hombre casado, les aseguré que Augusto, como joven, había tenido sus extravíos, pero de buen género, que en nada perjudican para el porvenir; añadí que amaba á Pilar con todo su corazón, y que estaba seguro era capaz de hacerla feliz.

– ¿Y le concedieron la mano de la niña? – preguntó Amalia con cariñoso acento.

– Sí: la boda se hará dentro de quince días, y en albricias, comemos hoy todos juntos.

– ¿Y la futura es bella y simpática? – dijo Josefina.

Sí: tendréis una encantadora hermana y amiga: hablando de su dicha y de la mía, hemos pasado dos horas Augusto y yo; él me refería que con frecuencia venía á ver á Amalia, para hablarle de sus amores, y que jamás pudo atreverse.

– ¿Por qué? – exclamó Amalia.

- ¡Pues, quién sabe!... Por mucha confianza que tenga contigo, no le parecía bien.... temía que te burlaras de él ó no le dieras importancia...

– Sí, y tal vez hubiera sido así.

– Desde su casa fuí á la de un amigo y éste me dió buena noticia de que un dinero, que por deferencia á mi banquero, había empleado en una empresa, tenía ganancia considerable: que los fondos se han triplicado: este asunto me había tenido estos días alejado de tí, corazón mio: pero ¿me lo perdonas?

– ¡Con toda mi alma! – exclamó Amalia arrojándose al cuello de su marido.

– Por tí deseaba que saliera bien; me propuse comprarte la quinta que tanto te gustó en San Angel, y ya puedes contar con ella.

– ¿Y he podido dudar de tí? ¿De tí, que tanto me amas? ¡Soy una ingrata!

– ¿Dudar de mí?

– Sí, sí; las horas que pasabas fuera, tu preocupación, tu reserva, me hicieron sospechar que amabas á otra mujer.

– ¿Y por eso estabas triste y seria é indiferente?

– Sí, sí; me arrepiento; no me perdono á mí misma.

IV

Josefina estaba avergonzada. Comprendía cuán injusta había sido, y se acusaba de haber causado un disgusto á su hermana.

– Pues, querida mía, – dijo Manuel acariciando á su esposa, – procura no juzgar por apariencias, ni creer en quimeras que, exageradas, podrían dar por resultado la pérdida de la paz doméstica.

Eres feliz, ¿no es cierto?

– ¡Oh! sí, inmensamente feliz.

– Amalia mía, no anheles más: los lazos que se forman con la dulzura y el amor, se consolidan con la indulgencia y con la confianza Vamos, vístete: el coche nos espera. Que no vuelva yo nunca á ver en tu hermoso semblante los sombríos tintes de la duda. La dicha, alma de mi alma, está pendiente de un cabello.

– Esto fué una nube pasajera, y te juro que ahora el sol de nuestro cielo será más bello y radiante.

– Pero á veces las nubes se aglomeran, y dan por resultado ruda tempestad, con la cual se pierde cuanto se había sembrado; ten mucho cuidado de que nunca esas nubecillas puedan ocasionar tormenta.

Y contentos y gozosos, recobraron la tranquilidad perdida, confiando en sí propios para alejar las nubes del cielo conyugal.

Cuando se casó Augusto, Amalia dijo á Pilar:

– Una nube de verano, pudo ser causa del primer choque en mi hogar. Procura evitar esa primera nube, porque aun cuando el estrago sea pequeño, á veces puede ser muy difícil repararlo.

La Baronesa de Wilson

NOTICIAS VARIAS

Canadá. Según el *Deutsche Colonialzeitung*, la población de la Provincia Manitoba ha aumentado de 62,260 (1881) á 108,640 (1887); en este número hay 28,000 presbiterianos, 23,206 anglicanos, 18,648 metodistas, 4,651 católicos y 9,112 meunonitas.

Bajo el punto de vista de la raza puede repartirse así: 37,560 ingleses (11,476 en 1881); 27,539 escoceses (16,032 en 1881); 21,283 irlandeses (7,886 en 1881); 11,190 franceses (9,684 en 1881); 11,082 alemanes (8,631 en 1881); y holandeses, suecos, etc.

En 1886 había en Manitoba, 16,351 propietarios terratenientes y 1,170 arrendatarios ó colonos, mientras en 1881 sólo había 8,742 y 302 respectivamente.

(De la *Revista francesa.*)

***

El número de 43,829 extranjeros residentes en Alsacia Lorena, según el censo de 1.° de diciembre de 1885, se descompone en las siguientes nacionalidades: 20,314 franceses, 9,797 suizos, 7,847 luxemburgueses, 1,821 italianos, 1,425 belgas, 1,323 austriacos y húngaros, 47? rusos, 164 ingleses, 145 holandeses, 60 españoles y portugueses, 26 suecos y noruegos, 21 daneses, 19 lichtensteineses, 7 turcos, 4 rumanos, 374 americanos, 3 africanos, 6 asiáticos y 1 australiano.

(Del *Almanaque de Gotha.*)

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón.

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 21 DE MAYO DE 1888 — NUM. 334

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LAS CEREZAS, celebrado cuadro de Reynols existente en el Museo del Louvre

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Exposición Universal de Barcelona.* – *Nota preliminar.* – *La llegada de S. M.*, por J. Yxart. – *Autos sacramentales.* – *Apuntar alto*, por A. Sánchez Pérez. – *Noticias varias.* – *Física sin aparatos.*

Grabados. – *Las cerezas*, cuadro de Reynols, existente en el Museo del Louvre. – *El templo de Jerusalén en tiempo de Jesucristo.* – *En la estepa*, cuadro de J. Brandt. – *En casa de la nodriza*, cuadro de A. Sani. – *Sueños de amor*, acuarela de Villegas, grabada por Sadurní. – *Metempsícosis* – *El emperador Federico de Alemania en su gabinete de estudio.* – *Experimento de la resistencia del aire.*

NUESTROS GRABADOS

LAS CEREZAS, cuadro de Reynols, existente en el Museo del Louvre

El título de este cuadro atribuye á las cerezas una importancia que no merecen. Falta saber si el autor es aficionado á ellas, en cual caso comprenderíamos el tributo artístico prestado á una fruta más bonita que sabrosa. Pero como el que contemple este cuadro puede relegar las cerezas al humilde sitio que en rigor les corresponde, fijémonos solamente en la hermosa criatura que va á comérselas, modelo de candor infantil y de inocente vivacidad. Es muy probable que este cuadro sea un retrato; no por esto vale menos: aparte su parecido, que no podemos comprobar, siempre resultará un trabajo estimable en un género más difícil de lo que parece y que cultivaron con empeño eminencias tan respetables como Velázquez y el Ticiano.

El templo de Jerusalén en tiempo de Jesucristo

Antes de que se cumpliera aquella terrible predicción que hizo el Redentor del mundo á la vista de la antigua Jerusalén, alzábase en el monte Moriah el famoso templo de Salomón que, al cabo de tantos siglos, es aún citado como el más soberbio, rico y elegante monumento que los hombres han construído en honra y gloria de Dios. Los Libros Santos describen extensamente esa maravilla: los capítulos III y IV de los Paralipómenos dan de ella minuciosos detalles, que demuestran hasta qué punto cumplió el rey sabio lo que el Señor no permitió cumplir á su padre el rey guerrero.

Varios han sido los eruditos y arquitectos que, con presencia de antiguas y más ó menos exactas descripciones, han dado forma ó proyecto de tal al famoso templo salomónico. Josefo en la antigüedad y Mr. de Saulcy modernamente son tal vez los que se han aproximado en mayor grado á la verdad histórica. La reproducción (llamémosla así) que publicamos en el presente número, ideada por P. Odilo Wolff en su obra publicada en 1887, si no puede conceptuarse, ni mucho menos, copia de un original, ayuda á formar idea de lo que podía ser tan magnífica obra; y á juzgar por ella, debiéramos deducir que los portentos de Salomón hubieron de emplearse en la parte interior del templo con preferencia al exterior, que no por esto deja de ser elegante y grandioso. Esto concordaría con el texto sagrado, que da cuenta de las enormes cantidades de oro, metales preciosos, ricas maderas de construcción, bordados y demás elementos riquísimos empleados en el interior del templo.

Tantas maravillas acumuladas no impidieron el cumplimiento de las profecías. Jeremías lloró sobre las ruinas de Jerusalén y de su templo, y los vasos sagrados que acumuló la magnificencia y piedad de Salomón figuraron en el triunfal cortejo de aquel bárbaro que tomó á su cargo la destrucción de la ciudad deicida.

EN LA ESTEPA, cuadro de J. Brandt

El caballo es el animal preferido de los pintores: pocos son los artistas que hacen estudios de irracionales con la conciencia y paciencia de los pintores de caballos. Velázquez tiene cuadros en que el caballo llama tanto y más poderosamente la atención que el mismo jinete, y esto que algunas veces el jinete es algún general famoso, un valido omnipotente y hasta un soberano.

Para los aficionados á la reproducción de tales brutos nada se presta tanto como los asuntos de batallas ó las escenas de la estepa. En ésta puede decirse que la importancia del hombre es inferior á la del caballo. Brandt ha querido pintar una cuadriga lanzada á escape, y para explicar lo vertiginoso de su carrera, parece que en lontananza se descubren algunos enemigos causantes de la fuga. Produce este cuadro ilusión completa; á esos caballos se les ve correr; ese vehículo es arrastrado realmente por una fuerza impulsiva que vence todas las dificultades. Esos brutos tienen inteligencia: cualquiera diría que se han hecho cargo del peligro que corren sus amos.

EN CASA DE LA NODRIZA, cuadro de A. Sani

La composición ó asunto de este cuadro no explicaría su título si tuviéramos que atenernos á nuestras costumbres. En Alemania, donde la música está muy generalizada, precisamente porque el sol lo está mucho menos, se concibe que los padres de la nodriza regalen los oídos de su antigua nieta temporal con los acordes del instrumento que un día contribuyó no poco á que conciliara el sueño. Esto explica el afán y la satisfacción con que el anciano obtiene de su contrabajo unas notas que deben ser poco gratas por sí solas, pero que indudablemente evocarán dulces recuerdos en el ánimo de la tierna pupila. En la casa de nuestras habituales amas de cría no es costumbre tocar el contrabajo, por más que algunas veces, muchas, se toque el violón.

El cuadro de Sain es de impresión agradable: hay asuntos que basta sentirlos para que un artista produzca, al ejecutarlos, el afecto tierno que se les ha inspirado.

SUEÑOS DE AMOR, acuarela de Villegas grabada por Sadurní

Villegas es actualmente uno de los artistas españoles más considerados y con legítimos títulos colocado entre los más distinguidos cultivadores de la pintura. Seguro de la firmeza de su ejecución, domina la acuarela de una manera admirable; y ejemplo de ello bien señalado por cierto es el original de la obra que reproducimos en el presente número.

Representa un *sueño de amor* verdaderamente oriental: en Europa no se concibe el verdadero amor sino poetizado, segregándolo de los groseros afectos de la materia, idealizando á la mujer amada como Dante idealizó á Beatriz, como el mal comprendido Hidalgo manchego idealizó á Dulcinea. No es ese el amor del *sueño* de Villegas: nuestro insigne paisano conoce el Oriente, sus ideas, sus costumbres y sabe de sobra que en ese pueblo hasta el cielo es una creación sensual. Y á tenor de esas costumbres y de esas creencias ha pintado de mano maestra á ese joven indolente, de actitud hasta grosera, que dirige á su compañera una mirada en que la expresión del cariño se halla amortiguada por la insolencia del señor.

Sí; de esta suerte se ama en Oriente; en ese desdichado país, donde el egoísmo de un sexo ha imposibilitado hasta ahora la redención de la mujer.

METEMPSICOSIS

Los ingleses tienen singular afición á los caballos y á los perros, que tienen estudiados á la perfección. Los perros les han servido muchas veces para criticar á los hombres: la caricatura ha tenido algo de la fábula; el animal ha sido un instrumento moralizador. En esta clase de dibujos no hay quien supere á los ingleses.

EL EMPERADOR FEDERICO DE ALEMANIA en su gabinete de estudio

Si es posible que la muerte, á punto de obtener una resonante victoria, retroceda ante la voluntad de un hombre, puede decirse que este caso se ha realizado en el actual emperador de Alemania. Apenas se concibe que cuando de su existencia se restaban públicamente los pocos minutos que la cabían, empuñe vigorosamente el cetro, y aquejado de horribles dolores, amenazado de expirar á cada hora, á cada minuto, privado hasta del recurso del habla, gobierne y destruya las intrigas palaciegas que la ambición más desnaturalizada fundó en su muerte. Las difíciles circunstancias que atraviesa y la resignación con que soporta las pruebas bien duras por que está pasando, le han hecho sobremanera simpático y el público sigue con vivo interés, hasta en sus menores detalles, las escenas en que figura ese soberano vencedor de la muerte. Por esto creemos placerá á nuestros lectores el grabado que representa á Federico de Alemania en su improvisado gabinete de estudio: postrado en el lecho, sujetado por Dios, que no por los hombres, conserva la dulce calma de su semblante y aumenta el caudal de sus conocimientos. ¡Ojalá el triunfo de su naturaleza sea completo!.. ¿Quién sabe lo que Europa, el mundo entero, puede esperar de un monarca que está experimentando tan de cerca cuán efímeras son las majestades?..

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

NOTA PRELIMINAR. – LA LLEGADA DE S. M.

Lo hemos dicho antes de ahora. Hasta hoy trabajaron para la Exposición el arquitecto y el contratista, el artista y el artesano; pero llega el momento en que le toca el turno en la empresa común al literato, al periodista, al orador. Erigido el edificio, el expositor con su artefacto, el espectador con su presencia comunican un alma, la vida, el carácter á la obra inerte, y esta alma impalpable, esta vida latente, este carácter que no precisa ninguna línea, ninguna forma plástica, mas no por eso menos innegable, son ya del dominio de aquel arte inmaterial que condensa con la palabra todo oculto pensamiento.

La tarea es vasta, digna del esfuerzo de todos, propia del talento de los mejores. Pero así como para levantar el edificio, no por insignificante y nimia ha sido menos necesaria la cooperación del último obrero, á esta nueva construcción intelectual que estudia, resume y describe el internacional certamen, bien puede allegar sus breves notas y ligeros apuntes el más modesto escritor. Nosotros nos contamos en este número; en el de los oscuros peones que con su comentario, con su observación personal, con su nota tomada al vuelo, como piedrezuela imperceptible, acuden á coadyuvar al monumento literario que perpetúe el recuerdo de nuestra Exposición.

Tiene ésta para el pensador múltiples, infinitos aspectos, como todo certamen universal de la actividad humana. Unos verán en él las revelaciones de la ciencia; otros una serie de productos; el economista y el estadista, una cifra. Nuestras particulares aficiones nada de eso descubrirán. Nuestro cargo nos obligará á volver la mirada hacia otro aspecto de la Exposición. No concurre sólo á ella la materia elaborada para nuestra utilidad: la industria, sino también la transformada para nuestro encanto: el arte. He aquí nuestro objetivo. Tiene la industria, como la ciencia, sus palacios: no dirige á ellos el camino que debemos recorrer. Tiene el arte el suyo: en él trazaremos nuestros apuntes. De todos los caracteres que impriman á la Exposición tantas actividades, nosotros intentaremos descubrir y analizar el que le imprima el arte.

Pero no será éste nuestro único objeto. Para el aficionado, para el idólatra de la belleza, no se halla ésta únicamente en la estatua sobre su pedestal, en la pintura dentro de su marco. Hay en toda Exposición, junto á la belleza artística, la belleza natural, junto á la estatua y el cuadro, el grupo animado y vivo que los contempla, y junto al palacio de las Artes, ese otro escenario de la vida pintoresca de la multitud que acude al salón de conciertos, que cruza paseando los jardines, que restaura sus fuerzas alrededor de las mesas del café... El espectador trae á estos sitios un elemento dramático tan digno de observación como el elemento artístico; tan vario y múltiple en sus pequeños episodios como las infinitas combinaciones de los matizados cristales de un caleidoscopio. También esos episodios figurarán en nuestros apuntes.

Pero bastará fijarnos en la multitud que acude á una Exposición, que la anima, que la convierte en teatro de una serie de escenas de costumbres, bastará que intentemos trazar, como el dibujante, la instantánea silueta de los diversos grupos, para que sin sentirlo y sin quererlo se ensanche nuestro radio de acción. Una ciudad acampa junto á los palacios del certamen; de esta ciudad procederán los actores de aquellas escenas, ó éstas, siendo ajenas á ellos, han de influir sobre ellos. En ambos casos, junto al mundo de la Exposición, tendremos otro mundo: el de la capital que la ha erigido. Y puestos á estudiar costumbres, nuestra pluma unirá sin querer ambos factores, y nuestra crónica será la de la Exposición, y la de Barcelona durante la Exposición. Así irán nuestros pasos de aquélla á ésta sin que apenas lo advirtamos, pues no hemos de ser tan metódicos que saquemos precisamente el lápiz junto á la misma taquilla, ni tan singularmente impresionables que el espectáculo exterior no influya para nosotros en el celebrado á la otra parte de la valla, que sólo separa en realidad dos habitaciones de una misma casa.

* * *

Sin ir más lejos, nuestro primer apunte – porque sólo apuntes al vuelo han de ser estos breves artículos, y sólo así escritos semanalmente, pueden tener, caso de que lo logren, la precisión de la noticia coetánea, y el calor latente de la impresión sentida – sin ir más lejos, nuestro primer apunte no se refiere á la Exposición, aunque vaya relacionado con ella.

No ha estado aún allí el espectador, porque en realidad apenas hubo aún otro espectáculo que el que vería quien acudiese al teatro antes de encenderse las luces y de correrse el telón para empezar luego: esto es, el que ofrecen los operarios colocando las decoraciones, y los concurrentes al proscenio, paseándose importunos entre ellas á riesgo de que se desplomen sobre su cabeza. Tanto dentro de los edificios, como fuera de ellos, y en las mismas calles de nuestra ciudad, sólo hemos visto hasta ahora el vertiginoso é incesante rebullicio de un ejército de obreros aplicados en su tarea, la tarea portentosa y colosal, que sorprende eternamente como nueva, la obra del hombre, sér apenas visible, alzando el arco á vertiginosa altura, reduciendo á polvo y escombros el ingente murallón, ó trocando en jardín animado y sonriente el área solitaria y pedregosa.

Al espectador, nuestro espectador, nuestro objetivo, le hemos visto en la semana que acaba de transcurrir absorto en un solo pensamiento: el anuncio de la llegada de la Reina Regente; entretenido en una sola escena: los preparativos oficiales; y agitando el pañuelo, movido luego por el entusiasmo, ó por la cortesía, ó por la deferencia cariñosa que infunde la soberana de España.

Desde su balcón vió desfilar nuestro hombre ese mundo oficial, brillante y vistoso, que, con diversos trajes pintorescos (únicos que conservan aún la llamativa variedad de los colores, el centelleo de los metales, y el airoso movimiento de las plumas), pasa y cruza y vuelve á pasar, sin poner los pies en el suelo, en charoladas carrozas tiradas por caballos con gualdrapas que festonea el oro y ondulantes penachos. A ese mundo oficial, á su parte más conocida por repetidas ceremonias, se agregaba ahora, para mayor atractivo de la curiosidad, la ostentación del superior jerárquico, del palaciego, del personaje político cuya fisonomía cotejamos con el conocido retrato. Y, para mayor pompa, mayor número de fuerzas militares realzaba el cuadro con toques brillantes, y matices intensos, y relumbrantes destellos de luz en cascos y espadas y corazas.

Deslizóse la teatral comitiva como visión resplandeciente, al galopar belicoso del escuadrón, á la chispeante rotación de la bruñida rueda; pero entre tanta gala y tantos vislumbres y colorines, sólo un grupo ostentaba la elegante sencillez de la verdadera grandeza: el de la Reina, con el Rey y las Infantas; entre tantos representantes de la ley y la autoridad, con sus incontrastables armas y sus temidas insignias, sólo imponía, sólo atraía la autoridad que acompaña á una madre rodeada de sus hijos.

J. Yxart.

AUTOS SACRAMENTALES (1)

Género dramático peculiar de la literatura española, y singularísimo y extraño entre todas las del mundo. No es posible tratar hoy de él con el tono de intolerante menosprecio con que hablaron de los *autos* nuestros críticos de la escuela galo-clásica del siglo pasado. Vano hubiera sido pretender que el fervor y entusiasmo casi religioso que estas composiciones despertaban en los católicos oyentes del tiempo de los Felipes, hallasen eco en almas siervas del pobre y rastrero materialismo de la centuria que nos precedió. Tampoco era de presumir que un género tan nacional y característico de una época, de una raza y de un estado social á ningún otro semejante, llegase á entusiasmar á críticos de otras naciones, ni siquiera á ser bien comprendido por ellos. Todas estas razones han influído grandemente en contra de la popularidad de los autos en España misma, cuanto más en las naciones extranjeras. Los mismos alemanes, que más justicia han hecho al teatro nacional, comenzando por las brillantes y un tanto oratorias consideraciones de Guillermo Schlegel, y siguiendo por el detenido análisis del barón Schack y de Valentín Schmidt, se han limitado por lo común á la parte profana del teatro de Calderón, y si algo han dicho en cuanto á la parte sagrada, es sólo con relación á los *dramas de santos ó comedias devotas*, es decir, aquellas en que intervienen afectos y caracteres humanos. Pero en cuanto á la parte propiamente teológica de las obras del poeta, puede decirse que la han dejado virgen é intacta.

Entre nosotros, se han hecho, aunque pocos, notables estudios acerca de esta parte de las obras de Calderón, debiendo citarse en primer término, como trozo elocuentísimo, á la vez que bien pensado bien sentido, el discurso preliminar que antepuso D. Eduardo González Pedroso á su colección de *autos sacramentales* no solamente de Calderón sino de todos sus antecesores, contemporáneos y discípulos desde principios del siglo XVI hasta fines del XVII.

A este y á otro brillante estudio del Sr. Canalejas (leído en sesión pública de la Academia Española) está reducido lo que hasta ahora se ha dicho de los *autos sacramentales*. Los trabajos extranjeros son en este punto

(1) Artículo tomado del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, publicado por esta casa editorial.



EL TEMPLO DE JERUSALEN EN TIEMPO DE JESUCRISTO

Copia de un grabado de la monografía de P. Odilo Wolff «*El Templo de Jerusalén y sus dimensiones.*»

mancos ó nulos, y aun los críticos que han mirado con más amor el teatro de Calderón, han tenido para los *Autos* censuras tan acerbas como las que fulmina el mismo Ticknor, en otras cosas tan calderoniano.

Ante todo, es preciso saber lo que fueron los *Autos*, cuál fué su razón de ser histórica, y cuál su razón de ser artística, ya que no puede concebirse que un teatro teológico y didáctico como lo fué aquél por su espíritu y hasta por sus formas, un teatro pobre y ayuno de todo lo que en cualquier teatro del mundo puede halagar y atraer la atención, desprovisto de casi todos los medios artísticos propios de la dramática, llegara sin embargo á conmover y á interesar, no ya á los teólogos, sino aun á la ruda é indocta plebe, como no lo alcanzó nunca el drama profano. La popularidad de los *Autos* fué superior, con mucho, á la de los más trágicos dramas y á la de las más deliciosas comedias de enredo. Algo de esto debe atribuirse, sin duda alguna, á las circunstancias solemnes en que los autos se representaban, al atavío escénico, á la mayor ostentación del arte histriónico, á todos los pormenores de exhibición con que los autos se ejecutaban; pero ni aun con esos accesorios sería hoy empresa posible llevar á un público á que oyera y contemplara, no ya con aplauso, sino con paciencia, ni siquiera por brevísimo espacio, una representación en que fueran personajes la Fe, la Esperanza, el Aire, la Tierra, el Agua, el Fuego y otros de la misma laya, y en que dieran asunto al diálogo la Encarnación, la Trinidad, y la presencia sacramental en la Eucaristía. En este sentido puede afirmarse que el drama estrictamente teológico (no el drama religioso con accidentes y estructura de drama profano), no existe ni ha existido en el teatro moderno de ninguna otra nación, fuera de España.

Desde luego surge una grave cuestión preliminar y fundamento de todas, es á saber, si lo sobrenatural y lo invisible y con mayor razón aún, las abstracciones, las personificaciones morales, las ideas puras, los atributos divinos, las pasiones, virtudes y vicios, caben en el arte. Para nosotros es indudable que en una concepción amplia y severa del arte, tal como la que hoy debemos tener, libres de exclusivismos de escuelas, el arte no puede limitarse á lo humano, ni mucho menos á lo plástico y figurativo. Si el arte es el resplandor de la idea en la forma, en el arte ha de caber no solamente la belleza sensible, sino la belleza intelectual y la belleza moral. Es claro que los conceptos intelectuales, las ideas puras, no tienen entrada en el arte, sino cuando se revisten de forma estética y dejan la suya propia abstracta y filosófica, rompiendo las cadenas del proceso dialéctico; pero desde el momento en que llegan á vestirse de forma sensible y á cubrir de carne sus huesos, pueden ser materia propia y digna de ciertas esferas del arte. Pero ¿caben en la dramática? Por nuestra parte casi nos atreveríamos á contestar que nó. El teatro, tal como todas las escuelas le han entendido, vive de pasiones, de afectos y caracteres humanos: no es más que la vida humana en espectáculo. Hacer un drama con personajes simbólicos ó abstractos es un verdadero *tour de force*, perdonable sólo á fuerza de ingenio y á título de excepción y singularidad. Lo sobrenatural cabe perfectamente como ideal, y fuente de inspiración, y como término de los anhelos del alma, en la poesía lírica: cabe en la poesía didáctica (suponiendo que tal poesía exista), pero en el arte dramático, á nuestro entender, no cabe. Y decimos esto con cierto temor, porque verdaderamente nos lo inspiran las sublimes creaciones que con ese fondo y con esos datos acertaron á producir nuestros poetas del siglo XVII. El drama sacramental fué producto genuino de su tiempo, y á no haber existido, nos hubiera privado, no solamente de tesoros de poesía lírica, sino también de inestimables (aunque accidentales) bellezas dramáticas en ciertos pormenores y escenas, y sobre todo, de altísimas concepciones intelectuales y filosóficas, mucho más altas que la forma que pretende encerrarlas, aunque sólo el propósito de darles forma dramática, sea ya indicio de la vigorosísima fantasía de los autores.

El *auto sacramental* puede definirse *representación dramática en un acto, la cual tiene por tema el misterio de la Eucaristía.*

Esta, á lo menos, es la ley constante en los autos de Calderón y sus discípulos, pero en cuanto á los autos del siglo XVI, no siempre reunen estas condiciones; antes es muy frecuente que no tengan de *sacramentales* más que el haber sido representados en el día del *Corpus*.

El primer auto, el más antiguo del cual sepamos positivamente haberse destinado á una fiesta eucarística, no contiene más fábula dramática que la vulgar leyenda de haber partido San Martín su capa con un pobre. No se atina qué relación directa ó indirecta puede tener esto con el misterio de la Eucaristía. Sólo en tiempo de Calderón adquiere este género independencia absoluta, y toma caracteres y formas propias.

Claro es que estas representaciones no pudieron ser más antiguas que la institución misma de la fiesta del Corpus, que en alguna iglesia particular se celebraba antes del siglo XIII, pero que á toda la cristiandad no fué extendida sino por el pontífice Urbano IV en 1263, dando ocasión al maravilloso oficio que compuso Sto. Tomás para aquella fiesta. En España la introdujo muy luego Berenguer de Palaciolo, que murió en 1314.

Muy desde el principio, en España, á todas las solemnidades propiamente religiosas, á todas las ceremonias litúrgicas que acompañaban á esta fiesta, verdaderamente de alegría, se añadieron ciertos gérmenes de representaciones dramáticas, si bien éstos no llegaron á fructificar durante la Edad media. A lo menos en Castilla hubieron de ser casi desconocidas las representaciones sacramentales, puesto que no tenemos la menor noticia de ellas anterior á los últimos años del siglo XV y primeros del XVI. Hay, además, un dato para creer que no existían y es que Alfonso X, en sus *Partidas*, al hablar de las representaciones que *los clérigos podían facer* enumera las de la *Natividad de N. S. J.*, la *Resurrección*, etc., etc., y de ninguna manera alude á las representaciones eucarísticas.

Es más: los cánones de varios concilios del siglo XV, dirigidos á atajar los abusos que ya comenzaban á introducirse en las representaciones escénicas dentro de los templos, no mencionan la fiesta del *Corpus* entre las demás de que hablan.

No así en Aragón y Cataluña. Tenemos noticias de que la fiesta del *Corpus* se solemnizaba en la catedral de Gerona con representaciones dramáticas, aunque no parece que tenían relación, á lo menos directa é inmediata, con el misterio de la Eucaristía. Entre ellas se mencionan *El sacrificio de Abraham*, *La venta de José*, *Las tres Marías*, etc.

A principios del siglo XVI encontramos ya en Portugal el texto de una representación sacramental (en el sentido de haberse verificado en el día del *Corpus*), y es el *auto de San Martín*, de Gil Vicente, compuesto en lengua castellana.

En todo el siglo XVI continuaron los autos: unos (y son los más) anónimos, como muchos de los que se contienen en el famoso *códice de autos viejos* de la Biblioteca Nacional; otros de autores conocidos, por lo general muy oscuros, v. g. el tundidor de Segovia Juan de Pedraza, que compuso para una de estas fiestas una especie de *Danza de la Muerte*.

El más célebre de todos los poetas de autos sacramentales en este primer período, es Juan de Timoneda, famoso librero de Valencia, amigo y editor de Lope de Rueda.

Timoneda, que en sus comedias no hizo más que seguir las huellas de los italianos y arreglar sus obras á nuestra escena, logró mayor originalidad en sus *autos*, aunque también es preciso confesar que no pocas veces entró á saco por las obras anónimas de poetas más modestos ó más desconocidos de los primeros años de aquel siglo. Conforme el tiempo adelantaba, iban pareciendo los primitivos autos demasiado secos y pobres, y se trató de darles más movimiento, interés y animación dramática. En Timoneda, la acción es un poco más in-



EN LA ESTEPA, cuadro de J. Brandt

teresante y el diálogo más vivo que en los autos anónimos. En Lope de Vega abundan más los elementos líricos y también los incidentes análogos á los del drama profano; y lo mismo que se dice de Lope de Vega, puede aplicarse á sus discípulos el Maestro Valdivielso y Tirso de Molina. Valdivielso puede ser llamado *el poeta del cielo*, ya que sólo dedicó su pluma á composiciones sagradas, así en lo dramático como en lo épico y lírico. Pero Calderón es quien definitivamente logra llevar este género á su cabal perfección y apogeo, emancipándole, así de las tradiciones del teatro profano, como de la servidumbre de las comedias devotas y *de santos*.

Las representaciones sagradas, que durante la Edad media se verificaron constantemente en el templo y por actores clérigos, salieron en el siglo XVI á la plaza pública, cayendo, lo mismo que todas las demás formas escénicas, en manos de histriones ó farsantes pagados para este fin.

Tan católico en la esencia permaneció nuestro teatro antes como después de esta transformación. Todos los *autos sacramentales* están animados por un enérgico espíritu de oposición á la Reforma, en el tema de la presencia sacramental, negada por Carlostadio y otros herejes del Norte. Pero también es cierto que la verdadera reforma de las costumbres y de la disciplina, iniciada muy pronto en España, y extendida á toda la cristiandad por el concilio de Trento y por varios pontífices, desterró del templo ciertas expansiones de la devoción, antes lícitas, y ya ocasionadas y peligrosas, y fué causa de que las representaciones sagradas, que ya no se veían con los ojos de otras edades, saliesen del recinto del templo en el que hasta entonces se habían albergado.



EN CASA DE LA NODRIZA, cuadro de A. Sani

Los autos sacramentales fueron ejecutados ante muy heterogéneo auditorio, desde aquellos vislumbres ó gérmenes de compañías llamados *bululú y ñaque* (como las describe Agustín de Rojas que en su *Viaje entretenido*) que por lugarejos oscurísimos representaban *La oveja perdida* y otros autos de Juan de Timoneda, de tan sencilla estructura que no requerían más que tres ó cuatro personajes, hasta la ostentosa *mise en scène* de los autos de Calderón, ejecutados en el siglo XVII en la plaza Mayor, ante los consejos, ante el rey y ante todo el pueblo de Madrid congregado.

Parece que los autos sacramentales nunca fueron representados sino á la luz del día. Es más: no se los concibe aprisionados en las condiciones materiales de un teatro moderno. Requieren la luz y el aire libre, y una escena tan ideal y fantástica, como fantástico é ideal es el drama místico. Es el auto representación de lo sobrenatural y de lo intangible, de la alegoría y del misterio, y vano empeño sería encerrar las abstracciones bajo techo, encadenarlas entre bastidores y cortinas, ó alumbrarlas con la tibia luz de las candilejas.

Entre los olvidados autos sacramentales anteriores á Lope, pueden encontrarse rasgos de tal sencillez y tan honda ternura, como difícilmente se hallan en el drama profano del mismo tiempo. Puede servir de ejemplo el olvidado *Auto de las Donas*, de autor anónimo (imitado luego por Timoneda en otro auto suyo más complicado que se titula *Los Desposorios de Cristo*), especialmente aquella escena en que Lázaro va presentando á la Virgen María los instrumentos de la Pasión de su Hijo. En medio de la ausencia de todo artificio, hay en este pasaje un acento de verdad humana, que quizás conmueve más que toda la pompa lírica que de-



SUEÑOS DE AMOR, acuarela de Villegas, grabada por Sadurní

rramó luego Calderón en sus autos, donde, si es más complicada la traza, y más peregrino el saber teológico, y mayor la armonía rítmica, suele sobre ponerse á todo el elemento intelectual, ahogando la expresión natural y sentida.

Prescindiendo de tan rudos principios, tomemos el *auto tipo* tal como en Calderón aparece, puesto que en los anteriores el tema eucarístico anda muy mezclado con elementos extraños y reminiscencias de otros géneros dramáticos, y de los posteriores puede decirse que no son más que degeneración ó secuela del sistema calderoniano.

Todos estos autos, sin excepción alguna, tienen por único tema el misterio de la Eucaristía; pero no hay un solo ejemplo de que haya sido presentado el acto de la institución del Sacramento en su forma *directa* que pudiéramos llamar *histórica*. El mismo fervor religioso de los poetas lo impidió, y fué preciso tratar el asunto de soslayo, salvando esta manera de pie forzado.

Unas veces, no en Calderón, sino en los orígenes del teatro Eucarístico, la dificultad se resolvió por medio de largos diálogos en que dos ó más personajes discurrían sobre la institución del Santísimo Sacramento. Claro es que estas disertaciones ó pláticas piadosas no tenían condiciones escénicas de ninguna suerte, y sólo podían resultar tolerables por su brevedad y la belleza de su estilo. Así es que muy pronto cayeron en desuso.

Otras, buscando algo que se pareciese más á drama, pusieron en escena la vida de aquellos Santos y Santas más conocidos por su devoción al Santísimo Sacramento del altar. Pero tales autos, como sucede con los del *Santo rey don Fernando* de Calderón, llegaron á convertirse en comedias devotas, que sólo se diferenciaban de las restantes en tener un solo acto en vez de tres y en el lugar y ocasión en que se representaban, y sabido es que las condiciones de la comedia de santos diferían muy poco de las del drama profano.

Abandonados estos caminos (el último se intentó sólo por excepción), no había otro remedio que acudir á la forma alegórica y esta alegoría se presentó por lo menos de siete maneras distintas. Unas veces sirvieron para este fin las historias del Antiguo Testamento, en que todo es anuncio, vislumbre, figura y sombra de la Ley Nueva. Así *La zarza de Moisés*, *La Cena de Baltasar*, *La Primer Flor del Carmelo*, *El Vellocino de Gedeón*, y otros muchos autos en que no sólo se aprovechó el sentido que la Iglesia da al Testamento Antiguo donde todo, además de su sentido natural é histórico, tiene otro sentido más alto y es prefiguración de la Ley Nueva, sino que más ó menos violentamente y por su propia autoridad, en todo vieron nuestros poetas un símbolo del misterio Eucarístico, hasta el punto de haber doble y triple alegoría en muchos de estos autos.

Segundo modo de representación sacramental y también de los más naturales y legítimos, fueron las parábolas del Evangelio. Sirva de ejemplo, entre otros muchos, el auto de *La Viña del Señor*.

Pero no se detuvieron aquí los poetas, porque constreñidos á hacer todos los años un auto sacramental, y á veces dos, con la condición de que fuesen siempre nuevos, por lo menos los que se destinaban á la villa de Madrid, habían de agotarse las formas, los medios y las condiciones dramáticas útiles para aquel forzoso tema. Multiplicáronse, pues, los recursos alegóricos, y hubo autos en que ni por incidencia intervienen figuras humanas, siendo todo el diálogo entre ideas puras, personificaciones de las virtudes y de los vicios, de las ciencias ó de los elementos, de los atributos de Dios, ó de los sentidos y de las potencias del alma, etc., etc. En otros autos se entró á saco por la historia profana, trayendo á cuento lo que parece más lejano de toda relación con el misterio de la Eucaristía. En este concepto hay autos que frisan ya con lo ridículo, y cuyo simbolismo no puede ser más torpe y desmañado. Pedroso cita uno en que Carlo-Magno se lanza á conquistar la Tierra Santa, donde Galalón le vende por treinta dineros y Carlo-Magno muere crucificado.

Mucho más común, aunque hoy nos parezca irreverente, era el auto sacramental fundado en la Mitología. A primera vista apenas se comprende que en siglo tan católico como el XVII pudieran aplaudirse representaciones tales como *El divino Orfeo*, *El Sacro Parnaso*, etc., y que los dioses del gentilismo clásico apareciesen en un teatro cristiano como símbolo, representación ó figura nada menos que de Cristo ó de los divinos atributos. Sin embargo, así aconteció, y no tanto por capricho de autores y espectadores, cuanto por la alta idea simbólica que presidía á todas estas formas tan disímiles del fondo. Para Calderón y para su público, la Mitología no era más que un resto lejano de la tradición antigua, en el cual habían quedado desfiguradas y oscurecidas por la ignorancia del entendimiento y la flaqueza de la voluntad, altísimas verdades relativas al origen y destino del hombre. Calderón pone frecuentemente en presencia la sinagoga y el gentilismo, haciéndoles pronunciar concordes oráculos y mostrar la semejanza de sus tradiciones.

Hay, pues, en Calderón un simbolismo potente que abraza la ley antigua, las parábolas de la nueva, la historia humana y las fábulas de la gentilidad.

Pero aun no pára en esto el auto sacramental: quedan una porción de obras que solamente pueden compararse con los llamados *Sermones de circunstancias* (deleite de los predicadores gerundianos). En tales dramas, dirigidos á empeñar la atención del vulgo con alusiones á cosas baladíes y del momento, todo el símbolo y la alegoría consisten en un certamen poético, en un litigio, en la pintura de una casa de locos, de un hospital ó de un mesón, en una información de limpieza de sangre, en una cacería de Felipe IV, etc., etc.

Otros autos son parodia de las comedias que estaban en boga en aquel tiempo. El mismo Calderón, por ejemplo, repitió el argumento y hasta el título de su *Vida es sueño*, en otro auto que lleva el mismo título, y que es por cierto de los más notables. Del mismo modo pueden citarse *La Serrana de Plasencia*, de Tirso, y otros autos que son verdaderas parodias de las comedias más aplaudidas, tomando no sólo el título y versos enteros, sino hasta el pensamiento total aunque trovándole á lo divino.

Las riquezas poéticas del Antiguo y Nuevo Testamentos están derramados á manos llenas en la parte lírica de los autos. A cada paso se tropieza con bellas imitaciones de los Salmos y del *Cantar de los Cantares*. Hay por ejemplo, un bellísimo auto de Lope, *El Auto de los Cantares*, donde grandísima parte del Epitalamio de Salomón está traducido casi á la letra. Auto hay de Calderón, en que está traducido el principio del Evangelio de San Juan.

Aparte de todos estos elementos líricos, tomados de la Escritura ó de la Liturgia (puesto que también abundan en los autos las paráfrasis y traducciones de himnos) hállanse en los autos, lo mismo que en todos los cancioneros y romanceros sagrados del tiempo, continuas reminiscencias de la poesía profana, romances viejos glosados á lo divino, villancicos, *chanzonetas*, *ensaladillas* y juegos en que, con provecho de la infantil devoción de los espectadores, se traían á su memoria aquellas canciones que más presentes debían tener, convirtiéndose así en materia sagrada lo que fué profanísimo en sus principios.

Grande debía ser la cultura del pueblo que tales dramas comprendía; no sólo por la abundancia de nociones teológicas y filosóficas que allí se contienen, sino por la manera, á veces seca, siempre didáctica, con que están expuestas, sobre todo en ciertos diálogos de Calderón, desprovistos de todo color poético, al cual sustituye el procedimiento silogístico, árido y desnudo, sin que se cuide siquiera el poeta de cubrir las formas externas del razonamiento. Y esto se continúa á veces durante largas escenas, siendo evidente que el pueblo tomaba interés en esta gimnasia y seguía con profunda atención el vuelo del entendimiento discursivo.

Aparte de esta cultura teológico-filosófica, los autos, para ser comprendidos por la multitud, exigían que ésta tuviese más que mediana noticia del Antiguo y Nuevo Testamentos, de la historia profana, especialmente de la de España, y que tuviera asimismo agudeza y prontitud de ingenio grandes para romper en ocasiones el velo de tres ó cuatro alegorías seguidas, sin perderse en los giros tortuosos y laberínticos de la analogía y de la metáfora. Son pocos los autos que se acercan á la unidad de plan propio de la dramática. Con mucha frecuencia se mezclan, no solamente figuras reales y seres abstractos, sino personajes de muy distinta raza, de siglos muy lejanos entre sí, y de tan extraña y revesada significación que es menester que ellos mismos se descubran y declaren quién son, en larguísimas relaciones.

De todo esto resulta un conjunto no poco abigarrado y confuso, pero que no carece de grandeza; y esta grandeza estriba principalmente en dos cosas. Ante todo, en la esplendidez, arrogancia y pompa lírica de muchos trozos. Calderón tenía grandes condiciones de poeta lírico, aunque directamente no cultivase este género. En ninguna parte se mostró tan poeta como en sus autos. Parece que reservaba las más ricas galas de su fantasía para derramarlas en loor del Santísimo Sacramento.

La segunda excelencia de los autos consiste en su simbolismo amplio y potente, que ve el reflejo de Dios en todo lo creado y enlaza por extraño modo el mundo real y el mundo de la idea, lo visible y lo increado, el cielo y la tierra, la naturaleza y el espíritu, cuanto alienta y vive en la mente y en la historia, para que todo venga á rendir tributo á los pies de Jesús Sacramentado, y á dar testimonio de la bondad inagotable del Dios-Hombre, cuyo cuerpo y cuya sangre en presencia real adora la tierra, multiplicados como fértil grano en aras infinitas. Ni es cosa rara hallar en los autos profunda doctrina sobre las relaciones de Dios con la naturaleza, del cuerpo con el espíritu, de los sentidos con las potencias del alma. Todo esto, á la verdad, de una manera algo incoherente, sacrificando muchísimas veces la forma á la idea abstracta y pura, y tal que no cabe en el arte; y otras veces, por el contrario, anegando la idea en un mar de insulsa y barroca palabrería. Por lo mismo que Calderón es muy lírico en sus autos, suele incurrir allí en los mayores desvaríos de la lírica culterana, si bien la vegetación parásita del estilo no le sirve, como á otros, para encubrir la vacuidad de pensamiento.

El admirable soneto que pronuncia David en *La Primera Flor del Carmelo* al ver por primera vez á Abigail: las octavas en versos agudos puestas en boca de la Muerte en el auto de *La Cena de Baltasar*, tan henchidas de un poderoso aliento lírico: aquella rápida, concentrada y briosa enumeración de los grandes castigos y de las grandes justicias de la vieja ley: aquella feliz elección de epítetos magníficos y pintorescos, v. gr. *la caliente púrpura de Amón*, y *las torpes hijas de Moab*, muestran hasta qué punto era poeta lírico Calderón, y cuánto le dañó la circunstancia de haber nacido después que *el Príncipe de la Luz* (así llamaron á Góngora sus propios adversarios) se había convertido en *ángel de las tinieblas*.

¡Lástima que estos y otros felicísimos rasgos líricos de Calderón sufran injusto olvido por hallarse sepultados en la inmensa balumba de sus autos sacramentales que apenas nadie lee! Tienen (es cierto) toda la frialdad inseparable del arte alegórico. Adolecen de la yerta monotonía que comunican siempre al arte las generalizaciones y las abstracciones. Este amor desordenado á los conceptos puramente intelectuales, dependía del influjo preponderante que aun conservaba la Filosofía escolástica, á pesar de los rudos golpes que le habían asestado primero los nominalistas, y después nuestro Gómez Pereira, sosteniendo que no se habían de multiplicar los entes sin necesidad, y que la figura, v. gr., no era distinta de la cosa figurada. Pero el nominalismo vegetaba oscuramente en pocas escuelas: sólo el realismo más ó menos templado es el que predomina é influye en el arte, y en este concepto desastrosamente. ¿Quién hará personajes dramáticos al *Placer* y al *Pesar*, al *Amor Propio* y al *Entendimiento Agente*?

Puede decirse que este género murió con Calderón. Sus amigos y sus discípulos, Moreto, Bances Candamo y Zamora, no trajeron ningún elemento nuevo al drama sacramental. A duras penas acertaron á conservar los que Calderón había dejado. Algunos, como Moreto, quizá se acercaron en demasía al drama profano.

Además, el género cayó muy pronto, como no podía menos de caer, en monotonía extraordinaria. Por su índole misma, los argumentos se agotaron rápidamente, y ya á principios del siglo XVIII, en vez de componerse autos originales, sólo se representaban los de Calderón. Así llegaron los autos hasta el año de 1763, fecha de la prohibición decretada por los ministros de Carlos III, si bien en ciudades retiradas y de corto vecindario continuaron algún tiempo más.

Marcelino Menéndez Pelayo

APUNTAR ALTO

Cuando se apunta muy alto, suele errarse el tiro.

Esto le ha sucedido casi siempre á mi compañero y amigo Manolo. Franco, muchacho excelente y uno de los hombres más honrados que he conocido; pero que llega á ser insufrible á fuerza de buscar explicaciones complicadas y casi laberínticas á los sucesos más sencillos y de más fácil explicación. Para Manolo todo es misterioso; aun lo que es claro para cualquiera. Y no vayan Vds. á figurarse que es necio ó mentecato, se equivocarían de medio á medio si tal pensaran; discurre bien, piensa con rectitud, y es naturalmente despejado y de clarísimo ingenio; pero esa pícara manía de buscarle á cuanto sucede causas remotas y hondos cimientos le hace parecer idiota en muchos casos. Y no es esto lo peor, con ser esto bastante malo; lo peor es que más de una vez le ha ocasionado graves disgustos, muchos sinsabores y en algún caso verdaderas desgracias.

– ¿No has observado, – me dijo una tarde en que paseábamos juntos, – no has observado cómo nos miran estas gentes?

– No me he fijado, – le respondí, – es muy posible que sean aprensiones tuyas.

– No son aprensiones mías, – replicó; – cualquiera que te oyese pensaría que era yo algún escapado de un manicomio. Si tú vas distraído, no es culpa mía; pára la atención un poco y te convencerás de la exactitud de lo que digo.

Más por complacerle que por juzgar razonable su capricho hice lo que me decía y adquirí muy pronto el convencimiento de que efectivamente los transeuntes nos miraban con bastante curiosidad y hasta con extrañeza.

– Tienes razón, – dije á Manolo, al cabo de un rato. – Estamos siendo, no sé por qué, objeto de curiosidad.

– Ya te lo decía, – me respondió muy satisfecho de su triunfo; y se dió á discurrir para explicar la causa de aquel efecto lanzándose por los espacios imaginarios. El ó yo debíamos tener mucho parecido con algún conspirador famoso ó con cualquier terrible malhechor: acaso los que tan fijamente nos miraban eran agentes de policía que de un momento á otro se apoderarían de nosotros. Si ya no era que fuesen conspiradores también que esperaban nuestra señal para dar el grito.

– Pero, hombre, – le decía yo, – ¿quieres dejarme en paz? ¿Cómo han de ser agentes de policía todas estas personas y todos estos caballeros que nos miran; ni qué conspiración ni qué ocho cuartos puede haber aquí en medio de un paseo tan concurrido? ¿No parece natural que esté mucho más próxima y sea más prosaica la razón de esto?

– Pues tú dirás: veamos ¿cuál puede ser?

– Que tú ó yo, ó los dos, llevemos algo extravagante.

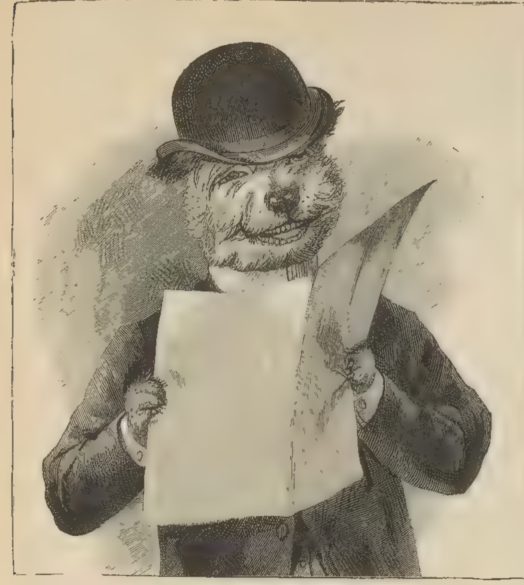
Y diciendo y haciendo le detuve y comencé á pasarle revista desde el sombrero hasta el calzado.

Nada hallé en él que en mi concepto justificara lo que ocurría.

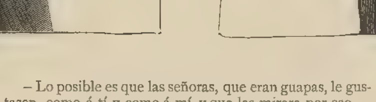
– Indudablemente, – le dije, – soy yo el héroe de la fiesta: haz el favor de mirarme bien. Desciende, por un instante, de las elevadas regiones de la novela, pon tus ojos en este mísero mortal que no es el protagonista de ningún drama y mira si lleva ó deja de llevar alguna cosa.

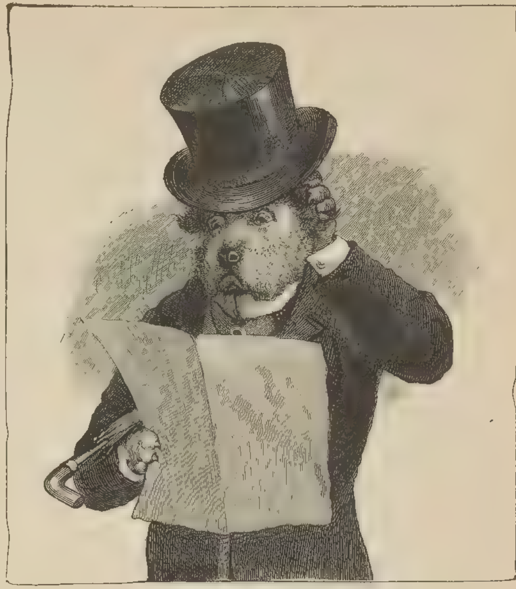
No sin trabajo conseguí de Manolo que se prestase á tan vulgar investigación, de la cual resultó que yo iba muy puesto de tiros largos, hecho un figurín, pero sin corbata.

Aquel descubrimiento fué para Manolo un desencanto; faltó poco para que me pegase. – ¿Quién había de pensar que fueses tan distraído? – me gritó: – y ¿cómo creer, – prosiguió no menos indignado con los curiosos, – que una niñería de ese género llamase la atención de todos estos badulaques?



¡Qué ganga!





¡Maldita baja!

Salíamos una noche del café de Fornos y de pronto un caballero que salía delante de nosotros, dió media vuelta y penetró de nuevo en el café.

– ¿Por qué vuelve ese hombre al café? – me preguntó Manolo.

– Pues, hombre, ¿qué sé yo? Irá á buscar algo.

– No: ese hombre va á promover un escándalo. Mientras tomábamos chocolate le he observado y no hacía más que mirar á unas señoras que estaban enfrente con dos caballeros. Es posible que éstos...

– Lo posible es que las señoras, que eran guapas, le gustasen, como á tí y como á mí, y que las mirara por eso.

– Entremos y te convencerás.

Entramos efectivamente y hallamos á nuestro hombre que departía tranquilamente con el camarero y le explicaba que distraído se había marchado sin pagar, á lo cual respondía el camarero: «Es igual, señorito; por eso no debía V. haber vuelto: ya sabemos aquí distinguir de colores y de parroquianos.»

Pues con todo eso el bueno de Manolo insistía en decir que el hombre aquel había tornado á entrar en el café con el propósito de provocar un lance con los caballeros que acompañaban á las señoras de la mesa de enfrente; pero que después le había intimidado la mirada de uno de ellos y había dado otra dirección al asunto.

Aun fué más grave lo que nos ocurrió en otra ocasión: íbamos por la calle de Sevilla hacia la carrera de San Jerónimo cuando vimos cruzar á nuestro lado á Perico Sánchez, íntimo y cariñoso amigo de ambos, quien nos saludó



Oidos de mercader



Á la altura de la alta banca

muy friamente y se dirigió á un coche de plaza donde se instaló en seguida, sin dar orden alguna al cochero. Este volvió la cabeza hacia el interior de la berlina, sin duda para preguntar adónde quería ser conducido nuestro amigo.

– ¿Qué le pasa á Perico? – me preguntó Manolo.

– No lo sé.

– Iba pálido y desencajado.

– Sí, me ha parecido efectivamente que tenía mal color.

– Y luego eso de no saludarnos casi, él que siempre que nos ve se detiene un rato con nosotros: á Perico le pasa algo.

– Puede que esté algo malo.

– No: lo que hay es que va á suicidarse.

– Pero, chico, ¿estás en tu juicio?

– En mi cabal juicio. Ese muchacho debe de haber tenido algún disgusto en bolsa y va á pegarse un tiro en el coche; es necesario evitarlo.

Y sin hacer caso de mis ruegos ni de mis advertencias se lanzó en pos del carruaje que apenas había empezado á moverse gracias á los pesados preliminares que el cochero creyó necesario realizar antes de sacudir al escuálido jamelgo un cariñoso fustazo.

– ¡Eh! ¡eh! cochero, pare V., pare V. – gritaba mi amigo



EL EMPERADOR FEDERICO DE ALEMANIA EN SU GABINETE DE ESTUDIO

que alcanzó sin gran dificultad el vehículo, y sin más ni más abrió la portezuela y se precipitó en el interior de la berlina en el mismo punto en que llegaba yo, que había corrido detrás de Manolo como Manolo había corrido detrás del carruaje.

Perico nos miraba sorprendido y nosotros le mirábamos á él con curiosidad; curiosidad justificada, porque en aquel momento estaba con una de sus botinas en la mano.

– ¿Qué vas á hacer, hombre? – le dijo Manolo apenas estuvo á su lado: – piensa en tu mujer, piensa en tus hijos, á quienes dejas sin amparo; acuérdate de tus padres, á quienes vas á dar la muerte.

– Pero, muchacho, ¿qué estás diciendo? – gritó Perico sin poder contener la risa; y mirando hacia mí, añadió: – Vaya, por lo que veo acabáis de almorzar algo fuerte; bien podríais haber pensado en mí.

– No disimules, – siguió diciendo Manolo, – ¿qué pensabas hacer? ¿por qué has entrado pálido y desencajado en este coche?

– Lo que pensaba hacer ya lo he hecho: sacarme esta maldita botina que he estrenado hoy y que me estaba dando un tormento de que no podéis formar idea; ¿estaba pálido y desencajado? lo comprendo; como que me daba sudor y angustia de muerte; por eso me he metido en este coche para volver á mi casa y cambiar de calzado. Pues ¿qué te habías figurado?

– Este – dije – creía que pensabas pegarte un tiro.

– Hombre, todavía no; – contestó riéndose de muy buena gana. – Pero si alguna vez lo hago, no me meteré en un coche para hacerlo.

No acabaría nunca la relación si hubiese de contar las aventuras parecidas á estas en que Manolo ha quedado en ridículo por ese afán de *apuntar alto*.

Baste decir como final de fiesta y coronamiento de sus desventuras, que casado con una mujer de quien estaba perdidamente enamorado y que también le quería mucho, se encuentra hoy separado de su esposa: una rubia hechicera; hermosa como un ángel y buena como una santa (después de ser santa, por supuesto). Sus cavilaciones, su empeño en dar colorido novelesco y sabor dramático á los hechos más vulgares; su predisposición á remontarse á la esfera de lo ideal y á no creer en lo que es natural y sencillo, hacen que Manolo viva constantemente fuera de la realidad, que sea celoso, desconfiado, de una suspicacia humillante para la esposa digna y honrada, insufrible en fin para los propios y objeto de burla para los extraños.

Díganme Vds. ahora si no es una desgracia *apuntar alto*.

A. Sánchez Pérez

NOTICIAS VARIAS

Un canal entre dos lagos. – El proyecto que se había ya propuesto de abrir, á través de la parte superior de la península del Michigán (Estados Unidos), un canal destinado á unir el lago Superior y el lago Michigán, se ha puesto otra vez en estudio. Este canal tendrá por punto de partida la gran bahía de Naquet en el primero de dichos lagos y terminará en *South Bay*, bahía meridional del segundo. Por medio de este canal se ahorrarán muchos centenares de millas de navegación, y sobre todo el peligroso paso del estrecho de Mackinac y el *Sault Sainte Marie*.

Se calculan los gastos de esta empresa en 5 millones de dollars ó sean 25 millones de pesetas, y suscribirán los fondos capitalistas de Nueva-York y de Minneapolis (Minnesota).

Rapidez de propagación de los terremotos. – Uno de los últimos números del *American Journal of science*, inserta un interesante artículo del profesor Newcomb y de M. Dutton sobre la rapidez de propagación del famoso terremoto de Charleston (Carolina), acontecido en 1886. Los autores toman como elementos de su determinación las horas marcadas por los péndulos que se pararon á causa del sacudimiento y el resultado obtenido es de 5,184 metros por segundo, con un error de 80 metros más ó menos. (Del periódico: *La Nature*)

Los lagos suizos. – En la última reunión de la sociedad vaudesa de Ciencias naturales, ha comunicado M. Forel una serie de investigaciones en cuya virtud ha determinado las coloraciones ordinarias de las aguas de los lagos de Suiza, como también las diferencias y causas de estas coloraciones.

M. Forel ha hecho constar: que normalmente el lago de Lemán ó de Ginebra tiene un matiz azul ligeramente verdoso, más sombrío en invierno y más blanquizco en verano; que este mismo lago está sembrado de pintas exiguas de agua verdosa, cuando las aguas sucias de otro afluente, más calientes que el agua del lago, se han extendido á la superficie; que las aguas de los lagos de Constanza, de Zurich, de Zug y de los Cuatro cantones tienen un verde poco más ó menos semejante; que el agua del lago de Morat (Friburgo) es de un verde oscuro, y la del lago Bret, cerca de Chexbres, de un pardo verdoso; en fin, que el agua del lago azul de Lucel, en el vallejo de Arola, cuya limpieza es notable, tiene el mismo matiz azul que la del lago Lemán.

M. Forel ha hecho sus observaciones en agua profunda, en un rayo vertical y á cubierto de toda reflexión del cielo y de las nubes. En resumen, M. Forel es de opinión de que como la filtración elimina las materias sólidas en suspensión, el diferente color de las aguas de los lagos que acabamos de mencionar proviene de las materias en disolución.

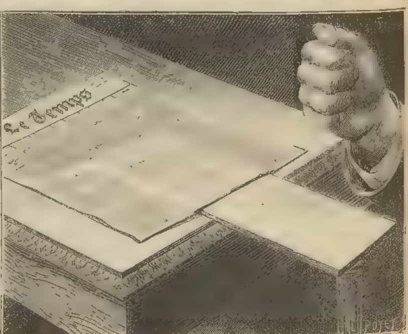
(De la *Revista francesa*.)

Océano glacial. – En una de las últimas sesiones de la Sociedad de Geografía de París, M. C. Rabot ha señalado el descubrimiento hecho por el capitán noruego, E. H. Joannesen, de una isla al Este del Spitzberg. Este descubrimiento confirma la existencia de un archipiélago que ligue el archipiélago á la tierra Francisco José.

FISICA SIN APARATOS.

Experimento de la compresión del aire. – Tómese una laminita de 5 á 6 milímetros de espesor, 20 centímetros de latitud y 60 de longitud. Póngase esta lámina saliente al borde de una mesa y es evidente que el menor movimiento la hará caer. Pero sobre esta lámina así colocada, extiéndase una gran hoja de papel, un periódico de gran tamaño; dése ahora un vigoroso golpe sobre la parte saliente de ella, y se verá con sorpresa que la lámina resiste al choque absolutamente como si estuviera clavada y fija de una manera inmutable. Si se golpea con fuerza, se hará uno daño en la mano, se romperá acaso la lámina, que volará en astillas sin levantar el simple y ligero papel que la sostiene.

La brusca compresión del aire, cuyo efecto se ejercita en una superficie considerable, basta para explicar el fenómeno.



EXPERIMENTO DE LA RESISTENCIA DEL AIRE

Hay que añadir que para que el experimento tenga éxito es preciso aplicar de manera conveniente el papel á la lámina y á la mesa, haciendo desaparecer en lo posible todos los pliegues que pueda ofrecer, á fin de desalojar el aire interpuesto.

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón.

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 28 DE MAYO DE 1888 — NUM. 335



¿Á CUAL DE LOS DOS? cuadro de Federico Andreotti

SUMARIO

Texto. - *Nuestros grabados.* - *Exposición universal de Barcelona*, por don J. Yxart. - *La esmeralda*, por don José Rodríguez Mourelo. - *Un corazón de oro*, por la Baronesa de Wilson. - *Un castillo de naipes*, por don Antonio de Valbuena.

Grabados. - *¿A cuál de los dos?* cuadro de Federico Andreotti. - *La mestiza*, cuadro de Juan Luna Novicio. - *Stella matutina*, cuadro de Domingo Morelli. - *Leñadores húngaros*, cuadro de A. Schreyer. - *El pintor Viladomat*, obra escultórica de Tasso. - *El cronista Desclot*, obra de M. Fuxá. - *El arquitecto Fabre*, obra de P. Carbonell. - *Casanova, el último conceller en Cap*, obra de R. Nobas. - *Suplemento artístico: Las Bodas de Caná*, cuadro de P. Caliari (el Veronés).

NUESTROS GRABADOS

¿A CUAL DE LOS DOS? cuadro de F. Andreotti

Andreotti cultiva con aplauso un género mucho menos fácil de lo que cree el vulgo del arte. Ese género es en la pintura lo que es la comedia en la literatura dramática; una manifestación del genio cuyo éxito es tanto más debido al mérito de la ejecución, en cuanto no puede prometérselo ni de la grandiosidad del asunto, ni de los recursos extraordinarios á que se presta un cuadro hecho con la intención de impresionar al público. El pintor italiano se permite hacer excursiones á los tiempos pasados; no empero tan pasados que no puedan comprobarse los más mínimos detalles de sus cuadros, trajes, muebles, estancias, hasta la expresión propia de los personajes que pinta con relación á su estado y á la época que reproduce; es decir que sus escenas de familia raras veces se remontan á más allá del siglo décimo-octavo.

¿A cuál de los dos? es un asunto poco socorrido de por sí y que únicamente puede tratarse cuando se está seguro de hacerlo con toda la intención que requiere, sopena de pasar completamente desapercibido del público. No sucede así con el cuadro de Andreotti: sus tres personajes son modelo de expresión: la ridícula declaración del viejo, la declaración algo petulante del joven y la ingenua indecisión de la niña corresponden á tres distintos sentimientos, á tres diferentes estados del alma, perfectamente interpretados por el autor.

LA MESTIZA, cuadro de Juan Luna Novicio.

Luna se ha propuesto demostrar que todos los géneros pictóricos le son igualmente conocidos, por no decir igualmente fáciles. Del *Spoliarium* á la *Mestiza* hay una distancia inmensa bajo el punto de vista de la composición; como ejecución ninguna distancia. Siempre es de ver la misma seguridad en la traza, el mismo vigor de colorido, la misma cantidad de impresión. La *Mestiza* es más que un estudio; es un rapto de inspiración consagrada á un recuerdo indeleble; algo que puede haber exaltado la mente del artista, haciéndole dar hermosa forma no á una visión como las de Murillo, sino á una mujer como la de Rafael. El autor, que es filipino, quizás ha sintetizado un tipo de su patria; tampoco lo extrañaríamos: en tal caso las mestizas filipinas deben estar agradecidas á Luna. No siempre encontrarán quien las pinte tan seductoras.

Este cuadro mereció diploma de honor en la Exposición filipina de Madrid.

STELLA MATUTINA, cuadro de Domingo Morelli

Morelli es conceptuado actualmente no sólo uno de los primeros pintores italianos, sino el jefe de una escuela que si hasta el presente tiene pocos discípulos, es porque sus condiciones no pueden adaptarse á las vulgaridades del arte, ni aun siquiera á las medianías. Consiste esa escuela ó género propio en conciliar la verdad con el idealismo, hacer lo más poético sin salirse de lo más cierto. Nuestros favorecedores conocen distintas obras que de este insigne artista hemos publicado; por ellas y por la bellísima que hoy reproducimos comprobarán la exactitud del juicio que Morelli nos merece.

La salutación á la Virgen apellidándola *Stella Matutina* (estrella de la mañana) es una de las más bellas y delicadas de las muchas delicadas y bellas que contiene la Letanía. No se concibe visión más simpática, más dulce, de mayor atractivo que ese lucero misterioso del alba, del cual no puede decirse si es la despedida de la noche ó el saludo del día; lucero que todos los tristes, todos los desheredados de la felicidad contemplan con una melancolía que, á pesar de todo, aleja de la desesperación. Dominado por tan poética idea, Morelli ha representado á la Virgen, flotando en el espacio con el divino Hijo en brazos, en un momento de placer indefinible, de supremo éxtasis maternal. Es una verdadera visión celeste, digna del talento del famoso pintor napolitano.

LEÑADORES HÚNGAROS, cuadro de Schreyer

En esta composición todo respira fatiga, cansancio: la labor debe haber sido muy ruda; la jornada ha sido jornada de prueba.

Pesada es la carreta; pesada es la carga: el camino poco practicable. Los caballos están rendidos; detiénense junto al arroyo y en él saciarán la sed que les devora. La noche se viene encima y el lugar del descanso está lejos todavía: las sombras empiezan á invadir el bosque y el paisaje va adquiriendo una entonación melancólica.

No es, ciertamente, el autor de este lienzo uno de esos paisajistas que copian un pedazo de tierra con la fría exactitud de una máquina fotográfica: para esto no se es artista; el pintor que merece este título anima al calor de su genio lo que de otro modo carecería de vida y de calor; puede copiar á la naturaleza; está en su derecho ó tal vez cumple con su deber; pero la copia ha de resultar animada, el artista ha de imprimir calor al lienzo; porque sobre la faz de la tierra todo vive y esa vida es la que debe comunicarse el paisaje, como lo ha hecho Schreyer en el cuadro que reproducimos.

El pintor Viladomat. - El cronista Desclot. - El arquitecto Fabre. El conceller Casanova

Estatuas fundidas en bronce para decorar el Salón de San Juan, ingreso principal á la Exposición.

No es reciente ni debido á la celebración de nuestro universal certamen el acuerdo de decorar el Salón de San Juan con estatuas de esclarecidos varones catalanes. Hace ya mucho tiempo se pensó en tributar ese merecido homenaje á las ilustraciones de la historia catalana, y con amplio criterio se escogieron los personajes que debían obtener las primicias de tal honra. Un conde soberano, un bravo almirante, un conceller mártir, un cronista clásico, un arquitecto ilustre y un pintor inspirado, demuestran á propios y extraños que la generación presente no es ingrata ni olvidadiza. Las estatuas de esos grandes hombres han sido fundidas en bronce: el bronce es duradero; más duraderas serán sus glorias.

En el presente número reproducimos cuatro de esas estatuas, debidas Viladomat á Tasso, Desclot á Fuxá, Fabre á Carbonell y Casanova á Nobas. Los cuatro escultores, paisanos nuestros, han ejecutado á conciencia sus trabajos que, con motivo de la Exposición, han sido colocados en sus respectivos pedestales quizás antes de lo que, sin esa fausta circunstancia, lo hubiesen sido. De esto más somos deudores al acontecimiento que ha atraído sobre nuestra ciudad la atención del mundo civilizado.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LAS BODAS DE CANÁ
cuadro de P. Caliari (el Veronés)

Pablo Caliari, apellidado el Veronés por haber nacido en Verona, floreció en el siglo XVI y es conceptuado uno de los más ilustres maestros de la escuela italiana. Escultor y pintor á un tiempo, como Miguel, fué discípulo, por lo que toca al modelado, de su pariente Gabriel Caliari, y en cuanto á pintura de Antonio Badilla. Nació en 1528 y murió á los sesenta años de edad. Es pintor fecundísimo y la inmensa mayoría de sus cuadros reproducen asuntos del Antiguo ó Nuevo Testamento.

El que hoy publicamos es de ver ó mejor de admirar en el Museo de Dresde; conceptúase una de las más acabadas obras de su autor y ciertamente puede sostener comparación con los mejores lienzos de la época, que los produjo aun no igualados. Sus condiciones son las comunes á la escuela y á la época: buen dibujo, buen color, estudio detenido de todas y cada una de las figuras y... la falta de siempre, el desconocimiento más completo de las ciencias auxiliares de la pintura.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

LA INAUGURACIÓN

Sin ponderación gacetillesca, sin que suene á ditirambo de un género que odiamos literaria y moralmente, bien podemos decirlo: Barcelona, en la semana trascurrida, fué teatro y espectador á la vez de un acontecimiento grandioso, ó mejor, de una serie de acontecimientos, que no volverán á ver los nacidos. Podremos, quizás, presenciar la repetición aislada de alguno de ellos, con mayor pompa ó con mayor entusiasmo; nos traerá el progreso, tal vez, antes que muramos, algún suceso único de mayor grandeza, ¡quién sabe!... pero tal conjunto de elementos poderosos de vida, tal multitud de diversas gentes, tan múltiples colores, y tal clamoreo propio para la exaltación, no volverán á presentarse reunidos en Barcelona, por espacio de muchos años. La corte de España y los altos dignatarios de algunas cortes extranjeras; las mayores escuadras del Océano, y los corresponsales de los mejores periódicos del mundo, el exposicionista ó el turista de todas las naciones civilizadas y el forastero modesto de nuestros lugares; la brillante comparsería de arriba, chorreando oro y cruces, y luciendo sus trenes, y la negra y anónima multitud de abajo desbordada á torrentes; el personaje político cuya audiencia y cuyas palabras se trasmiten y comentan por telégrafo, y el curioso que circula embobado, mareado, aturdido; quien observa, y quien siente; quien comenta con la pluma la trascendencia del hecho, y quien apunta de pie la pasajera noticia: todos se dieron cita aquí, todos se han conglomerado por un instante en nuestra capital.

Las fiestas, y recepciones y ceremonias se sucedieron sin interrupción. ¡A qué contarlas, á qué describirlas! Aquel mundo oficial, simple representante al cabo de las fuerzas vitales de un país, pero representante vistoso y con su uniforme llamativo, ha confundido, ha barajado sus diversos factores en distintos sitios y con ocasiones distintas para saludarse y obsequiarse mutuamente conforme á la etiqueta, hoy en un te, mañana en una función de gala. Y nosotros los representados, los que nos sentamos en los varios escalones de la pirámide, hemos corrido de un lado para otro atentos á la ceremonia, ó deslumbrados ó divertidos.

Momentos hubo en que esas grandes manifestaciones de la vida social han revestido singular grandeza, y en que esos cuadros de una inmensa multitud que se divierte, se han presentado á nuestros ojos de un modo tan pintoresco, pero tan complejo, que no hay forma de pintarlos con el pincel, ni de analizarlos y describirlos con la pluma.

A la caída de la tarde, cuando el último hálito de luz tiñe nuestro cielo primaveral de matices suavísimos y se espesan las sombras entre las copas de los árboles, la Rambla, la gran arteria de Barcelona, presentaba un espectáculo que sólo de lejos podía compararse, - y no se tome á mala parte la comparación, pues la usamos para evocar rápidamente una imagen aproximada, - podía compararse, digo, al golpe de vista de un día de *rua* por aquellos años lejanos en que el carnaval alcanzó gran animación, pero con mayor gentío, con más variedad en los grupos, y con más vivo esplendor. Por encima de la apiñadísima concurrencia, flotaban jinetes de todas armas y penachos, en diversas direcciones; *landós* y *victorias* en que iban los más encumbrados personajes; el *mallcoack*, levantando en alto el grupo de muchachas con trajes claros y alegres y los velos revoloteando al aire viniendo de las carreras, y el desvencijado coche tradicional con el repiqueteo de las campanillas viniendo de los toros; el tran-vía que se arrastra y silba sin adelantar un paso, atestado de viajeros colgando en racimos, y el pelotón de coraceros, cuyas espadas relumbran en la sombra, precediendo como una exhalación el coche de la Reina... Un vocerío ensordecedor, compuesto de todos los ruidos imaginables, de todos los sonidos inarticulados del hombre, la aclamación, la interjección, el grito, se alza de todo, esfumado por las sordas vibraciones que exhala la multitud como el mar.

En este cuadro, la Reina ocupaba el sitio del protagonista: lo dice el observador, no el escritor político, porque no lo hemos sido nunca. Su paso atraía á la multitud curiosa, y su singular sencillez la simpatía, pues aunque esta sencillez es ya de rigor y costumbre naturalísima entre los monarcas reinantes, todavía no se ha borrado del todo en la imaginación popular el recuerdo de un fausto tradicional y rancio que cubre la persona del monarca con manto de armiño y corona de pedrerías, ó le finge por lo menos con desusado lujo. En presencia de una señora sin tales arreos, la multitud que, en otras épocas, se hubiera apasionado á causa de ellos, sintió esta vez el atractivo de la carencia de ellos, como si acortaran la humillante distancia que la separa del trono; y bastó que se añadiese á esta impresión primera una muestra explícita de confianza y seguridad por parte de la reina para que se trocase la simpatía en entusiasmo. Un momento hubo en que este se manifestó sincero, espontáneo y simpático, como todo lo espontáneo y sincero. Los cortesanos contarán las aclamaciones en las solemnidades oficiales, y los periodistas seguirán entreteniéndose en ese pugilato por la verdad que no aparece nunca en ninguna parte tratándose de acontecimientos políticos... (y de otros acontecimientos también), pero es el caso que para el observador y el artista la tarde en que la Reina fué sorprendida en su paseo por Miramar sin séquito ni aparato, fué realmente objeto de una de esas ovaciones cariñosas é improvisadas á que se entrega nuestro obrero y nuestro burgués con tanto más ardor cuanto que proceden de cierto infantil y comprensible orgullo. Porque hay sí, un orgullo singular de pueblo honradote y culto, en corresponder á la confianza con la hidalguía, y á la ausencia de empaque de un rey, que es al propio tiempo huésped, con el cariño y la solicitud de un pueblo, que se precia de galante hospedador. El hecho es que un concurso de gentes de todas clases, y algunas bien humildes, festejaron y acompañaron á la Reina por una bajada cogiéndose á las ruedas solícitos por enfrenar el carruaje. ¡Unico caso en que una multitud llevó en andas á un rey sin abdicar su dignidad, ya que el rey es una dama, el obsequio, una galantería, y la confianza, mutua, y como solaz y descanso de la aparatosa etiqueta, que no sólo á los que están abajo repugna y hastía. He visto negado el hecho por algún periodista, sin duda receloso de que significara un entusiasmo contrario á su causa, y sin embargo, nada más cierto, más corriente, y más conforme con el carácter de nuestro pueblo, que blasona de hacer gala de ruda obsequiosidad por oponer un contraste á su reserva en las ceremonias ostentosas. Y realmente, de todas ellas, incluso la brillante recepción en palacio, donde la aristocracia española, ya sin ninguna influencia social, se contenta con pasar por delante de un trono, y convierte en envidiable honor el deber risible de inútiles genuflexiones, de todas las ceremonias, digo, la única pintoresca y entretenida fué aquella, porque al menos revela y dice algo acerca del carácter de nuestra gente.

Digo la única, porque no entran en la cuenta por inusitadamente grandiosas, ni la visita á los buques, ni la apertura de la Exposición. La presencia de las mayores escuadras del mundo reunidas en nuestro puerto, el acto de saludar á S. M. en su visita, las repetidas y nutridas salvas en las repetidas solemnidades, fueron la gran apoteosis en un drama de gran espectáculo, el incomparable, el grandioso concertante en una ópera. Como en el fondo de todos los cuadros de la ciudad el horizonte y el mar, así también sobre todo ruido, el estampido de los cañonazos; así por encima de todo comentario, la significación é importancia desusada de la presencia de las naciones extranjeras rindiendo homenaje á la nación con el espectáculo verdaderamente sublime de su poder marítimo; así por encima de todas las fiestas y solemnidades, el panorama literalmente indescriptible del puerto de Barcelona, alumbrado por un sol espléndido que doraba la superficie de las aguas, atestado de buques de alto porte empavesados, y con la numerosa tripulación en las vergas, henchido de una multitud inmensa que llenaba millares de lanchas, ó se asomaba á los muelles, coronaba la vecina montaña, hormigueaba en todas partes. Inmenso el cielo, grande el espacio que abarcaba la vista, espléndida la luz, todo se empequeñecía: el marinero en las vergas, el espectador en su azotea, la lancha bogando por los costados del buque, ese mismo buque, en fin, con proyectar la sombra de un monte en torno suyo; todo se empequeñecía menos el disparo del cañón, llamarada apenas perceptible, bocanada de humo que se arrastra un instante con indolencia sobre el haz del agua, pero estampido atronador que repercute en la concavidad del cielo como si fuera tan grande como él. Decididamente ese estampido es la única voz digna de aclamar la fiesta de todo un pueblo. Sonando una y otra vez por todos los ámbitos de Barcelona, agrandaba con cierta impresión fantástica y poemática la menor solemnidad.

¡Majestuoso preludio á la apertura de la Exposición. Se celebró la ceremonia y no fué cabalmente ella lo más interesante: una de tantas por el gran concurso de personajes uniformados y de gente etiquetera, con los consabidos discursos que apenas se oyen, y la fórmula de rigor, concisa y llana, el hecho, no la solemnidad, conmovía hondamente. La primera Exposición universal que se ha celebrado en España, considerada un imposible, era una verdad positiva; el esfuerzo, hasta ahora no apreciado en toda su trascendencia, el esfuerzo que ha realizado Barcelona, se ofrecía como un triunfo. Barcelona tomó á su

cargo el pensamiento, Barcelona levantó rápidamente tantos edificios, Barcelona llevó á cabo en circunstancias bien críticas un proyecto, si extraordinario siempre, doblemente extraordinario por la brevedad del tiempo. No pudimos menos de pensar cuánta energía, cuántas aptitudes, qué temperamento, y qué sucesiva serie de fuerzas y condiciones acumuladas representaba la obra, y por un instante la positiva y singular valía del pueblo barcelonés apareció á nuestros ojos en toda su grandeza. Bien puede permitirse este pueblo unas horas de inmodestia. Si aquel conjunto de gentes le ha prestado unos días de pasajero esplendor, también es cierto que en sus principales vías, en los edificios levantados, en su puerto, la ciudad ha contado con escenario digno de sus huéspedes; si la Exposición, como universal, es obra de todos, el hospedaje es obra de Barcelona, y á la altura de tan grande empresa común. Y sea cual fuere el resultado de ésta, la capital habrá dado la medida de lo que puede la inteligencia y la actividad de su pueblo, preparado larga y silenciosamente para la vida moderna, y esta medida debiera inspirarle, no el orgullo necio que ciega y esteriliza, sino la convicción varonil de su valer, que templa y enardece, para decidirse á aumentarlo y defenderlo en todas ocasiones.

J. YXART



LA MESTIZA, cuadro de Juan Luna, (diploma de honor en la Exposición filipina de Madrid)

LA ESMERALDA

Refieren viejas crónicas cómo uno de los más valiosos hallazgos que tuvieron los árabes al invadir España y apoderarse del magnífico tesoro de los Reyes godos, fué una mesa de inmenso precio. Describenla formada de una sola esmeralda, rodeada de tres hileras de magníficas perlas y sostenida por trescientos sesenta pies de oro. Nadie sabe dónde fué á parar tan maravillosa alhaja; pero no cabe duda que en la antigüedad ha sido la esmeralda tenida en mucho y las de gran tamaño, verdaderas ó imitadas con arte prodigioso, iban unidas á las más peregrinas historias y leyendas. Su rareza les daba inapreciable valor y aun siendo, en no pocas ocasiones, vidrios teñidos de verde, el primor del trabajo, el costo y la dificultad de las operaciones, abandonadas por semejante causa en tiempo de Griegos y Romanos, hacían tener en gran estima aquellos objetos de lujo, delicadamente labrados, que poseían los Reyes poderosos y las Iglesias más ricas, y á los cuales, sobre todo perteneciendo á las últimas, daban las tradiciones y la piedad origen casi celeste, ya atribuyendoles virtudes, ya encajando su historia en alguna leyenda mística.

Atestigua semejante hecho el *Santo Catino* que enseñan en la sacristía de la Catedral de Génova. Es un gran plato verde transparente, de magnífico color, tenido por esmeralda hasta 1809, que se probó ser antiquísimo vidrio, teñido con perfección suma y quizá designio de imitar la piedra preciosa. Semejante alhaja procede de Palestina y fué cogida en Cesaréa, en 1101, por los cruzados. Su leyenda es parecida á la del famoso San Graal, á la de aquel cáliz verde, hecho de una esmeralda caída de la corona de Luzbel, cuando fué arrojado del cielo, en cuyo cáliz instituyó Jesucristo el Sacramento de la Eucaristía y luego en él recogió José de Arimatea la sangre del Salvador en el Calvario. Del plato de Génova, dícese fué regalo de la Reina de Saba en su visita á Salomón y que en él comió Jesucristo, con sus discípulos, el cordero de la última Cena, enlazando, de esta manera, su leyenda, con las leyendas de aquellos hermosos poemas de los caballeros de la Tabla Redonda.

Cuando el Imperio Romano, de una en otra decadencia, termina comenzando la Edad media, aparecen piedras preciosas de gran tamaño ó imitaciones suyas de infinito valor, que el Imperio heredara de los Griegos ó trajera de sus más apartadas conquistas. Las grandes esmeraldas, ó piedras que se les parecían mucho, viéronse entonces y acerca de ellas forjáronse peregrinas y fantásticas historias. Y es de notar, así en los grandes como en los pequeños objetos, el afán de producir este hermosísimo color verde del *agua marina*, algo como intentos de reproducirla y sintetizarla, cosa no lograda sino en estos últimos tiempos, y de ahí la variedad de las tinturas ver dosas, el empleo de las verdaderas esmeraldas y el uso de piedras coloreadas artificialmente de verde, transparentes y vítreas, que á ellas se parecían. Cuando quieren buscarse las razones de tales preferencias, es menester hacer la historia de la esmeralda, inquiriendo la manera como la consideraban alquimistas y artífices y así poderse dar cuenta de su importancia en todos tiempos. Tal es el objeto del presente artículo, aun cuando de antemano prometo no descender á pormenores y buscar, en la historia de la esmeralda, ciertas enseñanzas.

Desde las obscuras y confusas ideas acerca de la naturaleza de la esmeralda, hasta su magnífica síntesis realizada por Ebelmen y desde los primeros intentos de teñir de verde las piedras y los vidrios, conocer los componentes de las esmeraldas, si acaso no fuese cuerpo simple, y llegar á analizarla, hasta el análisis perfecto, que ha permitido clasificarla como silicato doble de alúmina y glucina, con óxido de hierro, hay, en verdad, un mundo de trabajo, relacionado, ya de antiguo, con los problemas teóricos y experimentales de mayor trascendencia é interés científico, cosa nada extraña tratándose de la piedra preciosa más estimada, después del diamante y el zafiro; de un cuerpo que presenta la naturaleza, no muy frecuente, cristalizado en magníficos prismas exagonales, brillantes, hialinos y de hermoso color verde, duro, resistente, infusible y fijo, por los medios conocidos de los antiguos, que sólo se funde al soplete, á elevadísima temperatura; de un cuerpo, cuya belleza no puede confundirlo con los cuarzos verdes del Pirineo y que, de tiempo remoto, encontrárase en Salzburgo, en la India y en Siberia y más tarde en el Perú, de donde procede el grupo de esmeraldas sin tallar del Museo de Historia Natural de Madrid, raro y valioso ejemplar, que puede competir con aquellas maravillosas esmeraldas que adornaban antiquísimas alhajas, semejantes á la fabulosa del tesoro de los Reyes godos de España ó á las encontradas en estatuas y sarcófagos descubiertos en Egipto, donde empiezan, al decir de muy respetables autoridades en la materia, el estudio científico y los intentos de síntesis de la esmeralda. Y no hubiera sido pequeño el asombro de alquimistas y lapidarios si hubiesen sabido cómo esta piedra preciosa, cuyo mejor ejemplar conocido es el que ostenta la tiara del Papa, es hermana gemela del *berilo*, variedad más común, abundante en la provincia de Pontevedra, también cristalizando en prismas exagonales, opacos, de color blanco verdoso ó amarillento, pocas veces transparentes y del color del agua del mar, debiendo citarse el famoso berilo de la corona de Inglaterra, tasado en dos millones y medio de pesetas, como una rareza; pues lo general es ser opacas y nada susceptibles de pulimento y talla, las piedras de que se trata.

Escasas y no bien determinadas eran, hasta hace poco, las fuentes de conocimiento respecto de los orígenes y antecedentes de los actuales métodos y doctrinas de la Química, cuyo abolengo, viniendo de muy lejos, radica en las teorías, recetas y visiones de la más genuina Astrología, cuando no en las sublimes artes de los famosos herméticos. Y es que no se daba á la Alquimia la menor importancia; sus adeptos y discípulos eran condenados sin piedad; los principios de aquella suerte de Filosofía natural se condenaban despiadadamente; despreciábanse los hechos, juzgándolos de ligero, aunque encerrasen los fundamentos de buena parte de los métodos metalúrgicos; confundiendo el simbolismo con la realidad, concedíase importancia excesiva á la forma externa de las cosas; y por no librarse aquella ciencia de invectivas y sátiras, el más gracioso, profundo y satírico de nuestros poetas españoles llega á desterrar á los alquimistas del mismo infierno, donde todo lo entorpecían y estorbaban. Fué necesario que un espíritu moderno, libre de preocupaciones, que un químico eminente inquiriese, con buena voluntad, los orígenes de la Alquimia, desentrañando las verdades de ella entre la complicación de los símbolos extraños, fijase los hechos conocidos y analizara las teorías y los procedimientos, verdaderamente científicos, ocultos por las oscuridades y nieblas del lenguaje laberíntico y enigmático. Fué preciso que el insigne Berthelot, registrando archivos, sacase á luz los manuscritos alquimistas de las Bibliotecas de París, Leyden y San Marcos de Venecia, juzgase, en pleno siglo XIX y con el sentido de la crítica moderna, aquellos documentos de los primeros siglos de la Era, donde se revelan las ideas de los experimentadores griegos y las tradiciones científicas de egipcios y caldeos, sus procedimientos mágicos, métodos de transmutar metales, intentos de síntesis químicas y aspiraciones de imitar y sorprender la secreta y magnífica obra de la Naturaleza.

Tan admirable como este erudito y paciente trabajo es, sin duda alguna, el contraste entre las primitivas ideas formuladas por los alquimistas, tratando de descifrar enigmas y convertir metales en oro y vidrios coloreados en piedras preciosas, y las ideas y conceptos de la Química mecánica, enunciadas y concebidas por la alta inteligencia del insigne profesor del Colegio de Francia, cuyo trabajo, comenzado en los orígenes de la Alquimia, continúase ahora en el análisis y traducción de los alquimistas griegos. En él ocupa la esmeralda lugar preferente ya que, conocida desde antigüedad remota, perseguíase su síntesis, con no igualado afán, y procuraron imitarla sin conseguirlo, aun cuando en sus intentos descubrieron procedimientos admirables y sutiles medios para teñir de verde esmaltes, vidrios y piedras, logrando fabricar joyas tan valiosas como el Santo Catino de Génova. El método no debía ser muy sencillo á lo que parece, si había de practicarse con la perfección requerida, ni tampoco barato cuando no lo emplearon ni los refinados griegos, ni los ostentosos romanos. Demuéstrase semejante hecho estudiando el índice del legajo, manuscrito número 2,327 de la Biblioteca Nacional de París, cuyo documento XVII, folios 147 á 155, trata de lo siguiente: *Coloración (mediante fusión) de las piedras*, esmeraldas, jacintos, conforme al libro del Santuario. Continúan los procedimientos de fabricar vidrios coloreados, citando antiguos autores egipcios, el libro Sofea de Egipto y la química de Moisés y el XLIX, en la página 290, el cual, tratando principalmente de la muy estimada y muy célebre fusión del oro, explica la manera de ser y formarse la esmeralda, conforme á los principios experimentales del arte.

Dentro de las doctrinas de la Alquimia más sublime, lindando ya con las trascendentales cuestiones de la unidad de las materias, primer dogma de toda ciencia natural antigua y moderna, era la esmeralda considerada á modo de símbolo, cuando no tenida por elemento ó cuerpo simple. Había para ello razones potísimas, fundadas en la fijeza y resistencia al fuego de la esmeralda, cuyo cuyo color verde era inalterable y podía imitarse, poniendo el mayor cuidado y agotando los más sutiles procedimientos; en la forma cristalina constante, delicada obra de las acciones de la Naturaleza y en presentarse pura, sin necesidad de emplear ni el fuego, ni disolventes, ni azogue, para aislarla. Llamáronla *mafek* y fué colocada al lado del oro y de la plata, junto con el zafiro ó *chesbet*; por eso, dícese en los libros antiguos que los cuatro Profetas en Dendera llevan cada uno su incensario: el primero de oro y plata, de *chesbet* (azul) el segundo, de *mafek* (verde) el tercero y de *then* (amarillo) el cuarto, y hace observar Berthelot que, desde los comienzos de su ciencia, los alquimistas aseguraban no ser la esmeralda ni metal, ni de naturaleza metálica, designando las palabras mafek y chesbet muchos minerales verdes y azules, distintos de la esmeralda y el zafiro que les servían de tipo, y puede asegurarse, al propio tiempo, que sabían distinguir las sustancias naturales de las producidas en sus secretas y complicadas operaciones.

Semejante hecho explica otros no desprovistos de interés. Ante todo, he de aducir una prueba respecto de la consideración de la esmeralda y es que, en sentido de varios alquimistas, comunicaba su color al agua y entonces curaba algunas enfermedades de los ojos; confundiendo, de esta suerte, la esmeralda con alguna sal básica de cobre. Parecida á la piedra preciosa de que se trata, hallaban los primeros químicos la malaquita é incluyéronla en el mafek natural; mas al encontrarle aplicaciones para soldar el oro, hicieron nueva división, nombrando á la malaquita falsa esmeralda natural, comprendiendo en la verdadera, además de la especie mineralógica de nuestros días, el berilo, el granito verde y el jaspe del mismo color, sustancias inalterables y muy fijas y resistentes. El



STELLA MATUTINA, cuadro de Domingo Morelli



LAS BODAS DE CANÁ, CUADRO DE



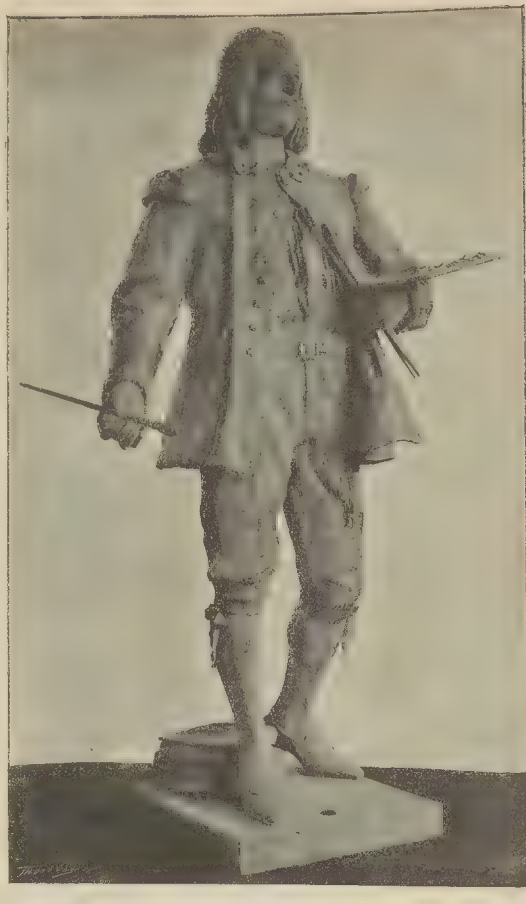
…ALLO VERONESE, EXISTENTE EN EL MUSEO DE DRESDE



LEÑADORES HUNGAROS, cuadro de A. Schreyer

nombre de esmeralda artificial fué aplicado á esmaltes y vidrios verdes y aun á vidriados, cuya base era el cobre, y precisamente una de las cosas en las cuales se muestra más rica la Alquimia, es en métodos para teñir toda suerte de piedras y fabricar esmeraldas; en todo tiempo abundan las recetas, de cuya eficacia puede juzgarse en presencia de los magníficos objetos de vidrio verde, tenidos durante largo tiempo por verdaderas esmeraldas, tan perfecto era el trabajo y tanta la hermosura del color.

También dentro de las tendencias de la Alquimia hállase explicado este afán de fabricar esmeraldas de gran tamaño, aun sin atender al lucro y ganancia, que debieran obtenerse vendiendo una de las piedras preciosas más codiciadas. Basta recordar como era operación precisa é indispensable, si habían de realizarse las anheladas transmutaciones de unos cuerpos en otros y de todos en el oro, primera materia, teñir las sustancias, bien empleando azufre, en el caso de haber llegado al mercurio, bien diversas materias á fin de llegar á este mismo mercurio. Además, no siendo sustancia metálica la esmeralda, aunque sí muy próxima y afín de los metales, convenía sintetizarla, ó cuando menos, aumentar la intensidad de su color, dotándola de brillo y facultad de emitir luz, ya que no de otros caracteres. En punto á ello siempre fué unida, para el caso de las operaciones en cuya virtud debía fosforescer, al jacinto y al famosísimo y renombrado carbunclo. Una receta de María cita Berthelot referente al caso y dice así: «si quieres teñir de verde, mezcla herrumbre de cobre con bilis de tortuga, y para ser más hermoso que sea de tortuga de la India. Pon en la mezcla los objetos y la tintura será de primera calidad. Si no tiene bilis de tortuga, emplea pulmón marino azul (medura) y harás tintura más bella. Cuando se desenvuelve completamente, los objetos emiten luz.» Parecidas á esta fórmula, diéronse muchas, todas fundadas en la propiedad atribuída á las sustancias verdes, sobre todo á las de origen orgánico, de teñir de verde con la herrumbre de cobre, si se practicaban á derechas las múltiples y complicadas operaciones que el caso requería. Aconsejaban hacer perder á la bilis de los animales su parte acuosa, secarla á la sombra, mezclarla con la herrumbre de cobre y el talco, cociéndolo todo según las reglas del arte. A su vez, las piedras se preparaban tiñéndolas con agua divina, que era un sulfuro alcalino; calentábanse después y, aun calientes, se sumergían en el tinte preparado, siguiendo el precepto de los Hebreos.



EL PINTOR VILADOMAT, obra escultórica de Tasso

De todo el cúmulo de métodos inventados por los alquimistas, de las exageraciones de su fantasía y de sus extrañas interpretaciones acerca de hechos y fenómenos que hoy nos parecen sencillísimos, quedó algo muy notable respecto de la esmeralda. Cierto que no pudieron analizarla, ni supieron nunca que fuera doble silicato de alumina y glucina, con óxido de hierro; ni apreciaron su dureza, ni fueron capaces de determinar su forma cristalina de prisma exagonal; pero supieron tallarla y tenerla como piedra preciosa y buscarla y destinarla á sus más valiosas obras de arte y, aun equivocándose al considerar esmeralda la malaquita, cuando la sometieron á sus procedimientos, lograron reducirla y descubrieron la soldadura del oro y, al propio tiempo, equivocándose también al decir que la esmeralda se disolvía en el agua, hicieron conocer las propiedades de los colirios. Persiguieron sin cesar, durante muchas generaciones de alquimistas, la síntesis de la esmeralda y nunca la lograron, es cierto; pero llegaron á ser tan hábiles en las tinturas verdes de los vidrios, que, aun hoy, es menester ser muy perspicaz para distinguirlos de las esmeraldas verdaderas. Y en otro orden de ideas, aparte de la suerte de industria de los vidrios verdes y de los magníficos esmaltes del propio color, cuyo precio es subido, el estudio de la esmeralda que hicieron los alquimistas, contribuyó á afirmar sus doctrinas acerca de la unidad de la materia, principio admirable, esclarecido por la ciencia moderna, siendo uno de sus magníficos fundamentos; todo lo cual hace ver de qué extraña manera es eficaz el método, aun aplicado á investigar lo no descifrable ni comprensible en determinado momento.

En el contingente experimental de la síntesis mineralógica, regístrase la de la esmeralda, que de esta manera han venido á realizarse los sueños y cumplirse las esperanzas de los buenos alquimistas. No es fácil el experimento y sólo el gran químico Ebelmen consiguió realizarlo en 1848 y eso sacrificando esmeraldas naturales, de cuyo polvo y borato sódico, á elevadísima temperatura y añadiendo óxido de hierro ó cromo, pudieron obtenerse cristales exagonales, de hermoso color verde, iguales á los que la naturaleza ha formado.

Tal es, ligeramente esbozada, la historia de la esmeralda, cuyos antecedentes en la Alquimia, antes ignorados, conócense hace poco tiempo. Ellos demuestran la antigüedad de semejante piedra preciosa y nos ponen en camino de hallar el origen del empleo de otros minerales, como el zafiro y el rubí, cuyo empleo en joyas y adornos viene de larguísima fecha.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

UN CORAZON DE ORO

EPISODIO DE LA GUERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS

I

La guerra del Norte con el Sur, en los Estados Unidos de América, fué una de esas contiendas colosales, asombro del universo, por el número de combatientes y por los sacrificios hechos por una y otra parte, para alcanzar el triunfo.

La contienda fué sangrienta, y tanto los Estados esclavistas como los del Norte rivalizaron en patriotismo y valor, alzándose los últimos como un solo hombre para empuñar las armas y pelear sin descanso, desde que fué disparado el primer cañonazo, á las cuatro y media de la mañana del día 12 de abril de 1861.

Las baterías del fuerte Moultrie, mandadas por el general Beauregard, fueron las que disparando contra el fuerte Súmter iniciaron la prolongada lucha, en la cual se contaron por miles las batallas y en donde vencedores y vencidos sufrieron pérdidas considerables.

Un millón de hombres encarnizados y decididos, medían sus fuerzas y preocupaban la atención universal.

En el segundo año de esta guerra de exterminio se dieron más de dos mil combates y acciones, siendo de las más sangrientas la del ataque del fuerte Donelson que rindió el general Ulises S. Grant, tomando 14,000 prisioneros, 3,000 caballos, 65 piezas de artillería, 20,000 armamentos y considerable número de pertrechos de guerra.

Entre los jefes prisioneros que más se habían distinguido por su valor temerario y su incansable actividad, se contaba un comandante joven y de marcial figura.

Gravemente herido y sin conciencia del término de la batalla, fué recogido y enviado con otros compañeros á uno de los hospitales militares.

Allí, entre la vida y la muerte, permaneció algunos días debilitado por la pérdida de sangre y casi siempre con fiebre y delirio.

Una tarde, su imaginación, más despejada que de costumbre, trabajaba por evocar sus recuerdos y darse exacta cuenta de los acontecimientos, cuando sintió cerca de sí el roce de un vestido de seda.

– ¿Ya está fuera de peligro? – preguntó una voz dulcísima.

– Sí, señora: el médico asegura que pronto podrá ser enviado á Washington á *Armory Hospital*, para que concluya su curación y trasladarlo después al viejo Capitolio.

El bizarro militar abrió los ojos y vió delante de sí una esbelta y encantadora criatura, rubia como las espigas, blanca y sonrosada, fresca y joven como la primera ilusión: sus expresivos ojos azules se fijaban con ternura é interés en el demacrado semblante del herido.

Quiso hablar, pero una mano, suave como el raso y pequeña cual de una niña, se posó sobre sus labios, diciendo:

– No hable V., el médico lo prohibe; está V. muy débil, pero próximo á entrar en convalecencia.

El joven comandante oprimió con sus labios la preciosa mano y con la mirada manifestó su gratitud.

– Van á mandar á V. á Washington...

El enfermo hizo un movimiento de pesar y trató de incorporarse, pero lanzó un grito.

Sus heridas le producían aún dolor agudo y cayó desfallecido.

– ¿Lo ve V.? – exclamó la joven: – tranquilícese V. y no cometa imprudencias para no alarmar á las personas que se interesan por usted. Hasta la vista.

Y la hechicera visión desapareció, dejando al herido enajenado y sorprendido.

Al día siguiente fué trasladado á Washington, encontrando á su llegada que en *Armory Hospital* le habían preparado cama especial y le prodigaban mayores cuidados que á sus compañeros.

Pensó en la aparición de Alejandría y sintió como un bálsamo, como un rayo de felicidad infinita que inundaba su ser.

Su convalecencia empezaba. Sus heridas tenían buen aspecto y la completa cicatrización no podía tardar.

Varias veces había vuelto á ver á la hermosa desconocida. El interés se había trocado en la más viva pasión y el guerrero correspondió con la suya.

La rubia hija del Norte estaba decidida á compartir la buena ó mala suerte del aguerrido caudillo, á pesar de una circunstancia que era contraria á sus amores y que los hacía casi imposibles.

Hija de uno de los generales del ejército federal, no ignoraba que el autor de sus días no permitiría jamás su unión con uno de los jefes más temibles del rebelde bando, del cual deseaba el completo exterminio.

II

Completamente repuesto el prisionero, anhelaba volar al lado de sus compañeros y participar con ellos de los peligros y de la mala suerte que perseguía á los esclavistas.

Pensó en la fuga; pero ¿y Susana? ¿cómo abandonarla, cómo separarse de ella? La amaba con tal exceso, que hacía vacilar su resolución y aumentaba su tristeza é inquietud.

Por algunas palabras comprendió la joven el sufrimiento de aquel ser tan amado.

– ¿Desearías partir, quisieras exponer de nuevo tu vida? – le preguntó con ternura.

– Sí, es cierto; pero tu cariño es para mí tan sagrado, que jamás te haría sufrir el dolor de la separación.

– Tu sacrificio exige el mío; partirás y no sufriré por tu ausencia.

- ¿Cómo?

– Marcharé contigo.

¿Tú? ¿me darás esa sublime prueba de tu abnegación?

– Sí; mi padre aborrece á los esclavistas y nunca consentirá en que sea tuya, pero tú eres mi familia, mi todo: dentro de dos días serás libre.

Efectivamente, el oro abrió las puertas y los dos enamorados huyeron.

Las más activas pesquisas, las sumas ofrecidas por su captura no lograron ningún resultado, y permaneciendo ocultos de día, viajaban de noche en dos briosos caballos y alejándose de los puntos en que acampaban los enemigos.

Contaban dos noches de marcha cuando en la tercera se detuvo bruscamente el caballo del comandante.

Un hombre le sujetaba por las riendas.

Era un negro, alto, robusto, de facciones puramente africanas y en quien la hija del general reconoció á uno de los criados de su padre.

Existe inveterada y honda preocupación contra esa ra-

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA




EL CRONISTA DESCLOT, obra escultórica de M. Fuxá



EL ARQUITECTO FABRE, obra escultórica de P. Carbonell

Estatuas fundidas en bronce para decorar el Salón de San Juan, ingreso principal á la Exposición

za que no tiene otro crimen que el color de su piel debido á una especie de tejido mucoso compuesto de vesículas en extremo pequeñas, las que contienen un licor oscuro que circula por debajo del cutis, según afirma Malpighi.

Injustos y severos son con esa raza los que de cerca no han podido juzgarla.

Negros trasportados á Europa y educados con esmero han sido notables por su inteligencia.

El embajador Basset, el senador Hiram Revels, son en los Estados Unidos brillante muestra de lo expresado, y el negro Abraham Petrowich tenía capacidad asombrosa para las matemáticas.

Este último fué comprado en Constantinopla, y obsequiado al czar Pedro I, obtuvo brillante educación y se distinguió en las armas, mandando la flota rusa en el Mar Negro y llegando al alto puesto de general en jefe en 1759.

Pero basta de digresión y continuemos nuestro relato.

– Al fin encuentro á V., caballero, – dijo el negro; – excelente hallazgo para mi amo y para mí.

– Ignoro por quién me tomas, – contestó el comandante confiado en su disfraz; – te equivocas sin duda; déjame continuar mi camino.

– Sé quién es V. y afirmo que á pesar de su traje de hombre y del negro color de los cabellos, vuestro acompañante es miss Susana.

– Pues bien, ¿para qué fingir? me conoces, pero ¿en dónde has podido verme?

– Cuando condujeron á V. al hospital, pregunté y me dijeron el nombre.

– ¿Qué beneficio podrás tener con mi captura? mis soldados me esperan y además no podrías prenderme tú solo.

– Lo intentaré: cerca de aquí hay una avanzada: á una señal mía ó un silbido, acudirán en mi auxilio.

– Si es por la suma ofrecida, toma una joya que vale mucho más, – y al decir esto se quitó una riquísima sortija de brillantes.

El negro la tomó y, examinándola, dijo:

– Hermosa es, pero permita V. le haga una pregunta.

– ¿Cuál?

– He oído hablar mucho de su valor de V. y de sus virtudes; ¿entre éstas existe la de no despreciar á mi raza?

– Dios la creó igual á la de los blancos: Dios la dió alma, corazón, generosidad y abnegación y cubriéndola con piel de azabache quiso probar el orgullo, la falta de caridad y las preocupaciones de la raza blanca.

– Tal vez me engaña V., pero prefiero creer en su buena fe: los brillantes de esta sortija son muy puros y el pobre negro no posee nada sino su salario y debe obedecer á su amo: sin embargo, dejo á V. en libertad respetando su valor y virtud. A miss Susana, como siempre ha sido buena conmigo, la deseo feliz porvenir; para mí me queda el recuerdo de las generosas palabras del comandante Wálker.

Y el noble negro puso la sortija en manos del fugitivo.

– Acéptala como recuerdo nuestro, – exclamó miss Susana; – tienes una alma elevada y digna.

– No; al aceptarla creería venderme: no tomándola, mi satisfacción es más pura.

Y desapareció entre los árboles, sin atender al llamamiento del comandante y de su amada.

Dos días después estaban en salvo.

III

La guerra continuó dos años más; el ejército federal obtuvo repetidas victorias y los del Sur, encerrados en un gran radio de fortificaciones de Richemond, vieron desmoronarse la confederación y quedar vencida por completo.

El comandante Wálker se encontraba con el general Lee cuando éste se rindió al valiente y afortunado Grant, en Appomattox Court House, y desde entonces se retiró á la Nueva Orleáns, consagrándose á la vida doméstica y á la felicidad de su esposa, la heroica joven, que por doquiera lo había acompañado.

Cuando murió el general, padre de Susana, ésta escribió al generoso negro Polk para que fuera á vivir en su casa como un amigo, y á su llegada, el comandante le estrechó en sus brazos con fraternal cariño, diciéndole:

– Eres nuestro hermano y nuestro salvador: á tí debemos nuestra dicha, ven á participar de ella.

LA BARONESA DE WILSON

UN CASTILLO DE NAIPES

Pues señor, bien... ¡Gracias á Dios que veo la luz de este día tan deseado!... Ya estamos á diez y nueve de abril... Santa Inés... Y debe estar un día muy hermoso... como casi todos los años... Basta que sean los días de ella..., que estará mucho más hermosa que el día, de seguro...

Ya cantan los canarios en el comedor; debe ser muy tarde... ¡Huy! más de las nueve y media... Voy á llamar al criado para que lleve las flores... ¡Cómo la voy á sorprender! No sabe que estoy en Madrid, seguramente no lo sabe... Como hace año y medio que falto de la corte.

Tiraré del cordón de la campanilla... Bueno; ya ha sonado. Ahora vendrá Alejo, y... ¡Adelante!... Entre V., entre.

– ¿Ha llamado el señorito?

– Sí; yo he llamado.

– ¿Quiere el señorito chocolate?

– No, hombre, no quiero chocolate (cualquiera se atreve á tomar chocolate en una fonda); quiero te con leche. Pero encárgaselo á la cocinera que tú tienes que ir á un recado.

– Adonde el señorito mande.

– Bueno, mira, Alejo, vas á ir al puesto de flores de Ramona la Valenciana. ¿Sabes? *Ramona la Valenciana*... En los derribos de la calle de Sevilla... Una de aquellas casetas de madera... Fíjate bien... tiene un rótulo de letras grandes que dice *Ramona la Valenciana*...

Allí tendrán ya hecho un ramillete de flores muy hermoso y muy grande... Tú vas allí con una tarjeta mía... ¡Ah! coge la tarjeta; mira, en el bolsillo interior de esa levita estará el tarjetero... No, en el del frac, que anoche me puse el frac... ¿Está ahí?... Sí... coges una tarjeta y un billete de cinco duros, te vas al puesto de flores de Ramona la Valenciana, preguntas por el ramillete que yo encargué ayer tarde, que será el mejor que haya allí, te le dan, le pagas, y le llevas con la tarjeta á la calle del Oso, número...

– ¿A casa de la señora condesa?

– ¡Justo! A casa de la señora condesa: á donde llevabas los dulces hace dos años.

– Está bien, señorito.

– Adiós, Alejo... Que está bien dice; pues claro que está bien... Como que casi no puede estar mejor. Dentro de un cuarto de hora poco más llegará Alejo con el ramo de flores, llamará, saldrá María, la doncella, cogerá el ramo y se le irá á enseñar corriendo á la señorita... que dirá toda sorprendida y poniéndose colorada: «¡Calla! ¡Ha venido Gonzalo!... ¡Y le ha faltado tiempo para felicitarme los días con este precioso ramillete!... ¡Qué bueno es Gonzalo, y qué fino, y qué amable... y qué talento tiene! ¡Cómo ha cuidado que la primera felicitación que yo recibiese hoy fuera la suya!...»

Todo esto lo dirá dando vueltas al ramo y acariciándole y pasándole la mano con mucha monería. Después cogerá una gardenia y la pondrá en el pecho para no separarse por entero del recuerdo mío y seguirá peinándose... y pensando en mí, naturalmente... ¡Estará más hermosa!...

La verdad es que me había de levantar, pero tengo pereza... Es tan dulce estarse así, sin hacer nada, cuando es uno feliz... como lo soy yo ahora. Porque ¡cuidado que soy feliz de veras!... Y lo seré mucho más todavía... Sí, Gonzalito, sí... Te digo que vas á ser el hombre más feliz del mundo... Esa mujer vale un Potosí... Esa mujer es un ángel... Esa mujer no tiene precio...

Cuando concluya de peinarse, más primorosamente que otros días, como que hoy se peina para mí, irá á misa con su madre á San Cayetano... si es que no ha ido ya á comulgar por la mañana... que sí habrá ido, porque ¡es más buena!... Pero aunque así sea, volverá seguramente á misa de doce... y creerá que me va á ver allí... No, no me verás, alma mía... Está muy lejos.

A media tarde, viendo que no he ido por allá todavía, dirá Inés á su madre: «Mamá, podías mandar una tarjeta á Gonzalo convidándole á comer, porque, si no, es posible que no venga á darme los días hasta la noche, y, francamente...» Este francamente y estos puntos suspensivos quieren decir: yo no quiero tardar tanto en ver á Gonzalo, yo deseo verle cuanto antes... ¡Bendita seas, Inés, bendita seas!...

No, y como la condesa me convide á comer, acepto el convite y voy volando. ¡Vaya si voy! Lo contrario fuera una grosería. A mas de que no he de desperdiciar una ocasión así de comer con Inés... y sentarme á su lado... Y como esté muy amable conmigo, que sí lo estará, hoy mismo me declaro formalmente.

Ella no me dirá hoy que sí, de plano; pero me lo dejará entender con algún rodeo, yo insistiré dentro de unos días, y al cabo me dirá que sí... de seguro... Es una muchacha muy formal, y si no me quisiera no me lo hubiera dado á entender tantas veces con los ojos, este verano hará dos años.

Después concertaremos la manera de vernos á menudo... Me dirá que va por las mañanas con su madre al Retiro, porque se lo ha recomendado el médico... Yo iré también y las encontraré de *casualidad* por allí hacia la Casa del Pobre y las acompañaré y tomaremos en el *Lactante-Club* leche con bollos, y cuando su madre se entretenga en mirar la cría de los cisnes, hablaremos largo y tendido de nuestros proyectos de felicidad futura, que será completísima.

También la veré en el Circo de Price los martes por la noche, y entraré un rato á sentarme junto á ella en el palco, y se me quejará con encantadora sencillez de que la quiero poco, porque voy pocas veces á su casa, cuando su mamá no desea otra cosa, y además porque me ha visto mirar á Luisa y saludar con demasiado cariño á Teresa... Pero yo la tranquilizaré, y quedaremos tan enamorados y tan conformes.

Al verano me iré detrás de ellas á San Juan de Luz, y la veré todos los días en la playa, y haremos una expedición á Lourdes y muchas á Bayona, y así intimando cada vez más, en el viaje de vuelta me autorizará para pedirla. La pediré... y como estaremos ya entrando en el invierno, se concertará la boda para la primavera... de suerte que á otro año por ahora, si no estamos casados ya, estaremos para casarnos...

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



CASANOVA, ÚLTIMO CONCELLER EN CAP, obra escultórica de R. Nobas

¡Qué día aquel... el día de la boda!... Y después ¡qué dicha la mía y qué felicidad tan grande!... Casado con Inés... el sueño hermoso de toda mi vida... ¡Me querrá tanto!... Pasaremos la primavera en Italia, el verano en Alemania, el otoño en Francia, y volveremos á Madrid poco después de la apertura del teatro Real, donde tendremos abono... como en el Español y en la Comedia... Todo esto contando con que á Inés la gusten estas cosas, que lo que es por mí... á mí me basta con estar cerca de ella: yo no quiero ni querré nada más que á ella.

Viviremos en la Ronda de Recoletos, que es un sitio muy elegante... digo, si quiere Inés, que sí querrá, porque no querrá más que lo que yo quiera... Mi amigo Pepe Centeno, que tiene desocupados los dos principales de su casa de la calle del Arenal, me ofrecerá uno; pero no me pesca. La calle del Arenal es insufrible... con tanto ruido de coches y carros... Hoy lo céntrico es de mal tono.

Al verano siguiente ya tendremos un niño... ¡más mono! Se llamará Gonzalo, como yo: eso sí; lo que es como sea niño, que lo será, el primero se ha de llamar como su padre. Le llevaremos á paseo con nosotros: iremos á paseo Inés y yo y llevaremos á la niñera con el niño: nos bajaremos del coche á la entrada del Retiro junto á la puerta de Alcalá y subiremos á pie por la fuente de Galápagos, llevando también el niño delante en brazos de la rolla, y todos los que le vean dirán por lo bajo: «¡Qué niño más hermoso!» ¡y nos mirarán con una envidia!...

Le iremos á retratar en casa de Napoleón, el gran fotógrafo, la especialidad en retratar niños, y, es claro, saldrá admirablemente, y Napoleón pondrá un ejemplar abajo en el muestrario de la puerta, donde estará tan mono sonriéndose ¡hijo de mi alma! y haciendo que se paren á mirarle todos los que pasen por la calle del Príncipe.

– «¿De quién será este niño tan guapo?» – preguntará Isabel á su marido, muerta de pesadumbre. – «No sé,» – la contestará él aparentando indiferencia; y seguirán mirándole. Pero en esto llegará Paco que ya conocerá al niño y les dirá:

– «¿Estáis mirando á Gonzalito?»

– ¡Ah! ¿tú conoces este niño? ¿De quién es? – ¡Toma! Pues de Gonzalo Quintana, del conde de Rueda. – ¡Qué hermoso! Claro, como la condesa es tan hermosa... (porque Inés hay que reconocer que es muy hermosa), y el conde... (la verdad es que yo tampoco soy feo). – ¡Dios se le conserve! – dirá por fin Isabel ahogando un suspiro, porque como ella no tiene hijos, la pobre...

Dos años después tendremos otro que se llamará Luis, como su abuelo, y no será rubio como Inés, sino moreno como yo, pero también será muy guapo. Después tendremos una niña que regularmente se llamará Dolores. Yo más quisiera ponerla Inés como su madre, á la que se parecerá muchísimo, pero su abuela se empeñará en que se ha de llamar como ella, y dirá que no la quitemos ese gusto, y que ya Dios nos dará más y las podremos poner como nos dé la gana... y no habrá remedio más que transigir con mi suegra..., que casi no se la puede llamar suegra porque es tan amable... También en esto voy á tener mucha suegra... digo mucha suerte... ¡Qué loco estoy de alegría!... Ya casi no sé lo que digo... Y la cosa no es para menos.

Tras de esta niña, que será enteramente un encanto, con los ojos azules como el cielo de Aranjuez, y el pelito rubio como las palmas de Orihuela y las espigas de Paredes de Nava, tendremos alternativamente un niño y una niña y otro niño... todos tan hermosos...

¡Ah! pero sobre todo la niña primera... Será una criatura preciosa. Cuando llegue á los dos reales, es decir á los diez y siete años, se la podrá ver... Por supuesto que tendrá los novios así, como los dedos de la mano; pero yo me decidiré... es decir, ella se decidirá, con la aprobación de sus padres, porque será una niña muy obediente... se decidirá por el primogénito de mi amigo el marqués de Siete-Cruces, el niño que bautizamos el otro día, que tendrá unos seis años más que ella... edad proporcionada... Y serán muy felices... Pero me parece que esto es adelantar demasiado el discurso.

Todavía los niños no van al colegio, aunque irán pronto, eso sí, muy pronto;... lo que es los dos mayores, Gonzalo y Luis... Pero en fin ni á ellos ni á Lolina todavía no es hora de pensar en casarlos...

Por de pronto se van desarrollando muy bien, y nunca están enfermos... Especialmente el segundo, Luis, es tan robusto... Verdad es que para eso tenemos cuidado de llevarlos por las mañanas al Retiro en cuanto entra el buen tiempo: allí corren ellos y enredan á sus anchuras.

Vamos con ellos Inés y yo, porque no se les puede dejar solos, y nosotros somos unos padres modelo... Llevamos dos criadas para tener en brazos los dos más pequeños, y otra para ir al cuidado de los tres mayores.

Y á veces no basta, porque se van cada uno por su lado y... Ahora, por ejemplo, si atiende á la niña que quiere echar pan á los patos, para lo cual se pone medio á caballo sobre el antepecho de hierro del estanque grande y es posible que dé la vuelta, no puede atender á los otros, que ¡son más traviesos!... principalmente el segundo...

Pero ¿qué diablos está haciendo aquel chico?... ¡Pues no se está subiendo á un árbol!... Y se va á caer, y se va á romper algún brazo... ¡Luis!... ¡Luis!... ¡No te subas!... Se cae de seguro... voy corriendo...

– Señorito...

– Déjame, Alejo, déjame por Dios... Se va á caer...

– Aquí traigo las flores, porque en casa de la señora Condesa no había nadie más que dos criados. Ella creo que se ha ido hace quince días á vivir á un convento. La señorita se casó hace dos meses y está, con su marido, viajando por Italia.

– ¡Ay! *(prolongado)*... Pues entonces no me importa que se caiga el niño...

ANTONIO DE VALBUENA

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN.



Año VII — BARCELONA 4 DE JUNIO DE 1888 — Núm. 336

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SIDIA, cuadro de Eugenio de Blaas

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

SIDIA, cuadro de Eugenio de Blaas

El autor se ha propuesto pintar un tipo inocente y candoroso, uno de esos tipos que no abundan y duran poco. Esa joven se encuentra en el alba de la vida: al alba sucede la mañana, y á ésta, la hora del calor que asfixia y seca los más puros manantiales. Esto es la naturaleza y esto es la vida de la mujer: mientras las pasiones no se despiertan fogosas y dominantes, la delicada azucena no pierde su blancura y delicada fragancia; mas apenas la flor adquiere las primeras formas de la flaca humanidad, el encanto desaparece y la realidad, la triste realidad sustituye á los ensueños del ángel que hasta entonces floto entre la tierra y el cielo.

Blaas ha pintado á la criatura en ese estado feliz en que la niña toca al límite de la mujer, ó si se quiere mejor en que la mujer no se ha desprendido aun del cendal de la niña.

BACANTE Y JARRÓN ARTÍSTICO
ejecutados por P. Stotz.

Este elegante grupo de bronce tiene una altura de ochenta centímetros. Se caracteriza principalmente por la graciosa actitud de la mujer, el vigor de los contornos y el aspecto humillado del animal. Los pliegues del ropaje revelan el más cuidadoso estudio, así como también toda la figura que constituye un hermoso grupo por su mérito artístico indisputable, como lo han reconocido todos los inteligentes en esta clase de trabajos.

La obra ha sido ejecutada por M. Paul Stotz, de Stuttgart, que fué estudiante en el Instituto Politécnico, y que ahora se distingue en particular como dibujante y artífice.

La otra obra maestra, del mismo autor, es una magnífica copa de mármol de color oscuro con molduras y ricos adornos. El dibujo es del todo nuevo y revela el mejor gusto artístico, las figuras aladas sirven de asas, y los festones de frutas son admirables por la concepción y delicada ejecución.

Esta obra maestra mide unos ochenta centímetros de altura por cuarenta de ancho, y su conjunto es precioso; fué expuesto y vendido en 4000 pesetas.

PESCADORES NAPOLITANOS,
apunte del natural, por E. Dalbono

Suelen decir los artistas napolitanos que la mayor dificultad con que tropiezan es la de reproducir en el lienzo los puntos de vista de su soberbia bahía con sus vívidos colores naturales. Esto es en gran parte cierto, y por lo tanto merece mayor aplauso el talento del pintor Dalbono, que no siendo napolitano, sino hijo del Norte de Italia, ha sabido arrancar á la naturaleza aquel difícil colorido para estamparlo en sus lienzos.

Habiéndose trasladado de Roma á Nápoles con motivo del mal estado de salud de su esposa, se ha dedicado á estudiar todos aquellos tipos meridionales, y abarcando en su provechoso estudio todas las fases de la atmósfera y de la vida napolitana, ha representado en sus cuadros los tipos más bellos, así como los más repugnantes de aquella extraña población, marinos viejos, atezados pescadores, mujeres hermosas, morenas, blancas y rubias, ó feas y de curtido rostro, escenas populares, en una palabra, cuanto ha cautivado su atención en aquel rincón meridional de Italia.

Dalbono sostiene hoy con Morelli levantada la bandera de la escuela napolitana, y en sus cuadros todo es luz, claridad, transparencia, vida.

EL NIÑO MIMADO, cuadro de Antonio Rotta

Asunto bien sencillo, pero tratado con la habilidad necesaria para obtener un lienzo realmente notable. Ese hermoso niño es huérfano de madre, pero Dios permite que cuando un ángel se traslada al cielo otro ángel descienda á la tierra, para que los niños no carezcan de protección. La falta de la madre la suple bien ó mal la abuela, que es madre dos veces, como se dice vulgarmente. Y si con ser madre una sola vez basta, por lo general, para que el cariño prive sobre la prudencia, ¿qué sucederá cuando la abuela tiene que sustituir á la madre? Sucederá que si el niño debió resultar mimado como á uno, resulte mimado como a dos. La anciana es débil; todos sus afectos se hallan concentrados en un sólo ser, y este ser funda su despotismo en otra debilidad, debilidad doble, la de sus pocos años y la de su orfandad. Por esto la abuelita previene todos sus deseos, sale al encuentro de todos sus caprichos, y cuando la gallina pone un huevo, que es el manjar más exquisito que puede encontrarse en la cabaña, la buena anciana, á quien convendría no poco este requisito, se apresura á cedérselo al nietecito mimado.

Tal es la escena, mejor dicho, tal es el afecto purísimo á que el pintor Antonio Rotta ha dado forma en una composición modelo de naturalidad y de sentimiento.

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DEL JUBILEO DE VIENA

Á LA VEJEZ VIRUELAS, cuadro de F. Simón

CARRERAS DE CABALLOS EN FRENDEMAN, cuadro de W. Gausse

ROBLES EN EL CAMINO REAL, cuadro de L. Willroider

MAÑANA DE ESTÍO EN NORUEGA, cuadro de Smith-Hald Frithjeff

La Exposición del Jubileo en Viena es la gran manifestación anual del progreso que hacen las Bellas Artes en Austria Hungría. Nuestros lectores han tenido ocasiones sobradas de admirar las obras de esos pintores, que han elevado el arte á envidiable altura. La escuela vienesa tiene grandes profesores de que envanecerse, con la particularidad de que rindan al extranjerismo mucho menos culto que los artistas de otros países. Para ellos la patria es fuente de inspiraciones sublimes: no es de extrañar por lo tanto que en sus lienzos transpire un sentimiento propio y que sus composiciones tengan verdadero carácter. Los cuadros que hoy publicamos, tres de ellos en particular, comprueban lo que venimos diciendo.

El lienzo de Gausse es, además, admirable por sus detalles y animación, que dan perfecta idea de la fiesta hípica, y el de Simon una verdadera sátira contra los viejos verdes que ponen en ridículo unas canas que de otro modo serían venerables. El cuadro de Willroider ha sido considerado uno de los mejores de la Exposición y el de Frithjeff, pintor noruego, es admirable de luz y de sentimiento [illegible]

¡SOCORRO!... cuadro de A. Morlon

Horas de suprema angustia, agonía horrible la de aquellos náufragos que agarrados á los despojos del buque con las fuerzas de la desesperación, lanzan en vano gritos de ¡socorro! que el huracán hace inútiles y que apenas resuenan en el oído del infeliz que los profiere. Muchas veces las almas sensibles se han estremecido pensando en el enterrado en vida: la estrechez de su encierro se nos aparece como el mayor tormento añadido al tormento de la muerte. ¿Es menos cruel la situación del náufrago que tiende la vista, por el contrario, á la inmensidad y la inmensidad toda se le aparece como una tumba que le está aguardando por instantes? Cierto que en el caso del náufrago existe la lucha; pero ¡qué lucha! la del hombre con el mar, la del pigmeo con el gigante, menos aún, la del átomo con el vendaval que recorre el mundo en algunos minutos.

Morlon ha estado felicísimo en dar forma á la desesperación de sus náufragos: no se les puede contemplar sin comprender su estado, casi casi sin participar de él. Es un cuadro de verdad desgarradora que quita al más osado las ganas de embarcarse.

HOMBRE AL AGUA, cuadro de C. Aguette

El marino se envanece con razón de haber dominado el Océano; pero este esclavo no se resigna humilde al vencimiento. Harto á menudo, por desgracia, vuelve sus iras contra su dueño y entonces no siempre la inteligencia resulta vencedora de la fuerza. Las olas se arrojan en tal caso sobre la embarcación como la fiera que se lanza contra el pacífico viandante, y se retiran llevándose una presa. Entonces resuena á bordo el grito alarmante de ¡hombre al agua! y empieza una lucha desigual entre la tripulación y su enemigo, para arrancar á éste una víctima que tiene harto segura. Tal es la escena descrita en el grabado que publicamos.

Un hombre ha desaparecido realmente entre las olas, pero el ojo experto de sus compañeros descubre el sitio donde se debate contra la muerte inminente. Uno de los marineros lanza en esa dirección el cable salvavidas, mientras el otro imprime al remo vigoroso esfuerzo á fin de aproximar la barca al sitio de la catástrofe. La situación está perfectamente descrita en este cuadro lleno de movimiento y vida.

PALACIO DE FRIEDRICHKRON (Potsdam)

Construyó Federico el Grande esta suntuosa morada en sitio á propósito para hacer de ella una muy agradable residencia de verano. Los sucesores de aquel famoso monarca han embellecido esta mansión, habiendo contribuído á ello notablemente la construcción de un delicioso parque al rededor del edificio, debido al último emperador.

El interior del palacio no cede en esplendidez y buen gusto al concepto que deja formar su parte externa. Domina en él un estilo barroco, pero tan elegante y bien combinado que á la vuelta de ciento veinticinco años resulta ser de la moda que priva actualmente en el mundo elegante. Lo más notable en este palacio, donde nada puede tacharse de vulgar, es el salón central, vulgarmente llamado *de las conchas*, cuyas paredes y columnas se hallan incrustadas con estalactitas, conchas, corales, cristales, amatistas, topacios y otras piedras preciosas.

Los soberanos de nuestros tiempos son menos magníficos: el siglo XIX no puede envanecerse gran cosa por las residencias reales que durante él se han construído; pero en cambio ha cubierto la tierra de rails, ha tendido en el espacio infinidad de hilos eléctricos, ha perforado montañas, ha abierto istmos, ha construído fábricas, ha levantado hospicios, ha celebrado Exposiciones universales, en una palabra, ha dado participación á toda la humanidad en las grandes conquistas del progreso.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

IMPRESIONES

Nuestro camino hemos dicho – conduce al Salón de Bellas Artes; pero el lector permitirá que retarde la llegada divagando por los alrededores. No cesó aún la extraordinaria animación en nuestra ciudad para que le volvamos cuanto antes la espalda, limitándonos á breve espacio; no se puso todavía punto á la serie de fiestas con que se solemniza la inauguración; la curiosidad nos fuerza á no parar, á no detenernos en sitio fijo.

Realmente, Barcelona está hermosa, y presenta para el forastero, en sus principales vías, perspectivas y panoramas de una gran capital. Como este forastero ignora ó no visita nuestros inmundos callejones, la impresión es encantadora; y como nosotros, sus acompañantes, los olvidamos también, felizmente obligados á enseñarle lo mejor, participamos de ella sin reparos. Momentos hubo en estos últimos días en que algunas calles y plazas, algún fragmento, visto de paso, desde un carruaje, nos causaron el efecto de un lugar desconocido y bellísimo. Tómese al pie de la letra esta observación. Seguramente coincidirá con la de algún lector. La iluminación extraordinaria en ciertos puntos; nuevos focos de luz eléctrica en otros; un gran concurso de gente dan inesperados y maravillosos aspectos al más conocido trozo de una calle, que quizás hemos recorrido cotidianamente con la mayor indiferencia.

En las excursiones á que nos obliga hoy la cortesía, es seguro que habrá visto á nueva luz algo que no había fijado su atención, ó visitado por primera vez algo que no conocía. Hay toda una enseñanza para los ojos, y también para el entendimiento, en esos paseos del que obsequia y hospeda con su obsequiado y su huésped. Por de pronto, le habrá ocurrido, si es vecino, desear con toda su alma que todo apareciera á la vista de su acompañado, revestido de la mayor hermosura posible, y que se hundieran por escotillón algunos edificios que se interponian á su paso. Habrá ansiado también no chocar violentamente con ninguna de esas deformidades de nuestro carácter ó de nuestros organismos públicos, que si combatimos ó deploramos entre nosotros, nos duelen y nos avergüenzan doblemente ante los extraños. ¡Qué felicidad no dar con insolente cochero, ladrón encumbrado, déspota incivil de todos los tiempos y países, que tiene por cetro un látigo, y por ejecutor de sus arbitrariedades, la propia caballería azuzada contra el transeunte! ¡Qué feliz acaso hallar en la tienda, detrás del mostrador, á un dependiente amable sin pesadez, ni ceñudo ni confianzudo, bien convencido de que vendiendo no hace un favor, sino lo que debe, como el comprador sea discreto! ¡Oh dicha!... Ni conserje que diga amostazado: «hoy no se entra,» como si fuera el dueño del archivo ó del museo; ni oficina pública sucia, lejana y ruinosa, donde todo son tablillas con órdenes, y avisos y reglamentos manuscritos en que campean más sellos y firmas que palabras; ni polvo en las calles, ni pordioseros llagados; ni meticulosos servidores del público, que ponen reparos á la menor petición, ni tranvías incómodos, ni... El lector que, acompañando á un forastero, no tropieza con alguna de esas miserias, es el más afortunado mortal de la tierra.

Pero en fin, no quería precisamente hablar hoy de esos contratiempos y de esos tropezones del camino. Este, en el sentido material de la frase, cuando ancho, despejado y llano, está hermoso y desconocido, aunque tenga también sus adefesios, tanto más lamentables cuanto que inesperadamente nos tapan de pronto la boca en el punto de nuestra mayor admiración.

Sales con tu amigo, lector, del Hotel internacional en el paseo de Colón; dejas aquel vestíbulo anchuroso, flamante, de aspecto realmente moderno, y singularmente animado, donde, entre el ir y venir de empleados y faquines, has visto pasar algún personaje, que siempre resulta muy sencillo, muy agradable, y hasta vulgar en su porte, ó alguna extranjera, de las que al corriente de los menores perfiles, visten con esa distinción y ese *negligé* inimitable que es toda una educación; donde, en suma, has respirado cierto perfume extraño que te recuerda tus viajes, y el particular encanto de la vida nómada entre personas de mundo... Sales de allí, repito; ya estamos en el paseo. Con sus palmeras enanas, y sus faroles eléctricos que dejan tamañitos los antiguos de gas, se extiende paralelo al mar y al muelle, animado por su tráfico, con el gran hotel á un lado, y el bosque intrincado de mástiles y chimeneas de vapor; y á otro, vasta línea de casas, nuevas, limpias, prosaicas unas, ennegrecidas por la intemperie y el tiempo otras, con alguna que otra ventana del Renacimiento, y los históricos porches chatos y sombríos de la antigua plaza de San Sebastián: restos de la ciudad vieja, de una arquitectura propia, pintoresca, movida, donde se hallan incrustados nuestro carácter y nuestra vida municipal decadente, en faz de la vía contemporánea, rectilínea como el derecho igualitario, y anchurosa como el espíritu cosmopolita. A un extremo del paseo, un macizo de verdura: las copas de los árboles del que es su prolongación, sobre las cuales se destaca la estatua de López; á otro extremo, el monumento á Colón, el aéreo y sorprendente andamio de hierro próximo á desaparecer; más allá otro manchón negruzco, viejos cuarteles; y en el fondo, la montaña, Monjuich recortado sobre el cielo, y trayendo siempre á la memoria la gráfica comparación de Querol: «inmensa prora que navega hacia Oriente.» El horizonte que circuye el cuadro, está henchido de aire, de luz; tiene esa transparencia sutil, esa infinita lontananza que nos denuncia el mar, aun antes de que podamos verle.

Al pie del monumento á Colón, junto á la escalera-embarcadero de la antigua Puerta de la Paz, la marina pintada sobre el infinito muro del cielo, cambia de color, de tonos y de asunto á cada instante. Por el día, las aguas de un azul intenso recuerdan las pinturas de la bahía de Nápoles; á la caída de la tarde, la melancólica suavidad de los matices, el chapoteo de la onda sollozante, alguna que otra luz serpenteando á lo lejos en la tersa superficie del agua comunican una impresión tan idealmente poética que nadie se atrevería á describirla en estos tiempos por cursi; y sin embargo, el cuadro ideal, veneciano, románticamente misterioso, lo tenemos delante, tan real y tan vivo como la mejor realidad naturalista. Basta no empeñarse en convertir la barcaza en elegante góndola, ni al rudo marinero en tenorino de ópera con birrete y manga perdida... En estos últimos días, el embarcadero presentaba á hora avanzada de la noche un cuadro bellísimo. Se apiñaban al pie de la escalera, como una multitud que se agolpa y estruja, sinnúmero de lanchas de todas formas y algunas con maquinilla de vapor, aguardando la salida del teatro de la oficialidad de las diversas escuadras. ¡Masa confusa flotando sobre la negra onda, de color de tinta, salpicada, como por miríadas de chispas, por los farolillos balanceándose! Ordenanzas y remeros charlaban en grupos; unos en la escalera, otros en las lanchas. Corrían sobre el agua reflejos serpenteantes; encima de la línea del mar, á lo lejos, la sarta de luces de los muelles...

Y al volverse, otra hilera de faroles, y otra vía, grande, reluciente, animada: la Rambla con sus diversos aspectos, en sus distintas divisiones, rompiendo una y otra vez la recta monótona como los bulevares, y con su vía central densamente sombreada y sus claros sin árboles donde la avenida de la multitud se espacia y derrama como en un remanso. Los arcos, que ya debieran desaparecer,

pertenecen al número de aquellos adefesios cuya presencia deploramos. Levantados con la precipitación que han requerido todas las obras, nada dirán á quien observe, nada le dirán de nuestro innegable adelanto en las artes decorativas, cuando, por hallarse á la vista de todos, tanto estaban obligados á decir... ¡Pasemos!

¡La Plaza de Cataluña!... Tampoco aquí hay más que desorden y abigarrada aglomeración de barracones de feria, pintoresca, si lo abigarrado puede serlo, y aun agradable y divertida para los ojos, si en lugar de estar enclavada entre dos grandes panoramas, el de la vieja ciudad y el de su Ensanche, pudiera trasladarse á las afueras con aquel estruendo infernal de bombos y organillos y aquel museo de cartelones populares en que el color vocea á grito pelado con igual fuerza que el dueño.

La invasora pandilla de saltimbanquis se va extendiendo hoy hasta la entrada del Paseo de Gracia, y clava sus pintarrajados tablones á la sombra de algún otro barracón colosal, algún *panorama* de batalla, ó frente al arco-restaurant ó lo que sea, otro adefesio, que no pudieron derribar los periódicos para vergüenza nuestra. ¡Ellos que disponen de la vida de los ministerios! Lastima ver en tal sitio aquel gran armatoste de cartón, dominando otras grandes vías: el Paseo de Gracia, la Ronda de San Pedro, vastas y bellas.

Cuando al final de ésta, damos en el Paseo de San Juan, no hemos cesado de admirar á uno y otro lado grandes perspectivas, edificios construídos suntuosamente, jardines y encrucijadas anchurosas: todo propio de una gran ciudad, á la que falta sólo mejor urbanización, pero que está llamando á la actividad y á la vida modernas.

En el Paseo de San Juan, la vista se extiende de nuevo hasta dar con la montaña que circuye á Barcelona, por un extremo, y hasta la línea del mar, por otro. La gran portada de la Exposición divide la vastísima calle; por debajo de su arco se divisan ya las arboledas del parque en el último término del Salón, y más allá, el monumento á Prim, y una de las torres del Palacio de la Industria. El golpe de vista es grandioso; la balaustrada que circuye el salón y adornan monumentales jarrones; las estatuas en bronce recientemente colocadas; los altos mástiles de hierro; la mole del arco, con sus alto-relieves bañados por la luz cruda del sol que anima y destaca las figuras: todo es panorámico y digno de una Exposición Universal.

Aquí termina nuestra primera excursión.

J. YXART



PESCADORES NAPOLITANOS, apunte del natural por E. Dalbono



JARRÓN ARTÍSTICO, ejecutado por P. Stotz

MARIANO BENLLIURE
y
AGUSTIN QUEROL

Agustín Querol y Mariano Benlliure, premiados ambos con la primera medalla en la última Exposición de Madrid, igualmente jóvenes, de grandes facultades, amigos, compañeros, produciendo en idéntico ambiente y dentro del mismo realismo moderno, son, no obstante, los opuestos polos en las luchas de la vida; sus historias dos fantasías de la casualidad; y sabido es que cuando se mete á novelista nadie la sobrepuja: la historia del *Niño de la Bola* – Mariano Benlliure – y la del *Rigor de las desdichas* – Agustín Querol.

Si uno la suerte le empuja con tan desusado atrevimiento y constancia que en ventajas incalculables se le truecan hasta los inconvenientes, y en trampolines las dificultades; al otro se nos figura ver en él una de las víctimas de la Inquisición y su historia nos recuerda aquella tremenda frase de un amigo nuestro:

«Cuando yo era niño, mi padre me pegaba para que me dejara poner sus ropas viejas mal arregladas, y luego los chicos de la calle me pegaban porque me las había dejado poner.»

Benlliure germinó artista en el seno de una familia de artistas. Aun era un niño y ya sus obras se exponían y se admiraban como la creación de un genio inconsciente que se revelaba antes de conocer siquiera los rudimentos técnicos de su arte. ¿Dónde estudió? ¿cuándo estudió? Son problemas que él mismo no puede resolver. Vió el natural desde que nació, y se puso á producir desde que sus manos pudieron sostener un palillo de modelar.

Alegre y decidor, indiferente sin preocuparse de lo que hacía, jugando, salían de sus manos acabadas obras de ingenio y mientras su gran preocupación era la elección de un sastre ó el éxito de un baile en el Círculo Artístico, ideado y dirigido por él, á ratos perdidos en su estudio, lleno de amigos, ó en el de cualquier alegre compañero, lleno de endechas y guitarreo, inventaba y modelaba bajo-relieves como el célebre de la bacanal ó el de las luchas del Circo Máximo; bustos como el parlante de Domingo Marqués, el de Villegas, el de Gayarre ó estatuas vivas, rebosando expresión y malicia como la premiada en Madrid del monago que se quema los dedos y titula: *¡¡Accidenti!!*

Y mientras se ajustaba como el más perfilado sietemesino á las prescripciones de la moda, y montaba á caballo, y bailaba y hacía el amor, y reía, y engordaba, su fama crecía, los encargos llovían sobre él y la fortuna, de suyo extraña en sus preferencias, se enamoraba de Mariano y le empujaba de un lado al ideal, de otro á los dineros.

Por no querer hacer bustos y preferir divertirse, dió en pedir precios fabulosos y el público en pagárseles; á más, como el público es tan extraño en procederes como la fortuna misma, dió en mimar al artista de moda y aceptó como leyes todos sus caprichos.

Forzado de esta manera agradable, Mariano debió afilarse las uñas y se las afiló, y sus bronces resultaron tan buenos como bronces florentinos de la mejor época, y ya dejaron de ser fabulosos los precios que se hacía pagar.

Y aquí viene como de molde la historia de una partida de duquesas. Una altamente distinguida adquirió la primera estatua de Benlliure. Otra, aun más interesante, le encargó un busto y se lo pagó á precio de oro y zahumado. Otra, bellísima y muy joven por más señas, le pidió el busto de un niño y resultó una especie de vaciado del príncipe Don Baldasar de Velázquez... y aquí salta el primer contratiempo. El marido de la Duquesa encuentra caro el busto y le pone reparos:

1.° Que se hallaba con la novedad de que... ¡horror! ¡el busto estaba hueco!

2.° Que durante los últimos meses el niño había engordado algo y era preciso que le llenase algo más los carrillos... ¡á un busto de bronce!... ¡Dios de las batallas!... ¡qué ataque... de risa para el pobre artista!

La contestación de Mariano fué tan divertida... que de resultas otras duquesas de Madrid encargan obras al buen Mariano que para mayor amargura se casa por aquellos días con una chica preciosa que le adoraba y que también era de casta de duques y duquesas, por variar.

Hace algunos meses concluyó Mariano la estatua «Al aqua» para la última de las duquesas de que en este artículo se trata; resultó una joya... la misma que el público de Madrid aplaudió en la última exposición. Por no sé qué dimes y diretes con administradores y demás gente de casa de la Duquesa, hay dificultades en la admisión de la estatua... y la encuentran cara. Mariano en vez de apurarse se entusiasma. No pensaba presentar su grupo y la casualidad hace que ya el grupo en Madrid le convenga presentarle. Le presenta, enamora al público, obtiene un triunfo y la obra rechazada, pujada por muchas duquesas, ha llegado hasta... y aquí una cifra atroz... con lo cual la Duquesa encargante se tomará una rabieta feroz por verse privada de la preciosidad de nuestro artista á la moda y le encargará otra de doble importancia.

Y ahora, díganme Vds. ¿es esto ir viento en popa? ¿es ó no es verdaderamente Mariano el Niño de la Bola?

Pues véase el reverso de la medalla, cuatro palabras sobre el buen Agustín Querol ó el rigor de las desdichas.

Nace en una panadería, y desde sus primeros años el amor al arte de la escultura se manifiesta en el chico y modelando con pan, que era la materia que más á mano tenía, hace célebre el horno de su padre por las originales formas que dá á los panecillos.

Un día son bichos, perros, gatos, caballos, fieras; otro gallinas, pavos reales, patos; cuando repican gordo son retratos de la gente conocida de Tortosa, el patrón ó la patrona en días de fiestas, cacerías, corridas de toros... panecillos burlescos, roscas enredadoras, *monas* – que dicen en Cataluña – decoradas maravillosamente, monas críticas, monas políticas.

Por revelación divina y facultades increíbles (á la Pascal) discurre y encuentra los medios de vaciar del natural, procedimientos fáciles cuando se aprenden en el taller de un escultor, pero dificilísimos discurridos por un chico de pocos años sin remota idea de semejante oficio. Querol comienza por vaciar manos y pies, luego brazos, torsos y figuras completas de los operarios de la fábrica, y en una de estas pruebas al vaciar una cabeza se le caen al paciente las cañas que se le colocan en la boca para sufrir esta operación y por milagro divino no se asfixió en el acto, pero le faltó poco.

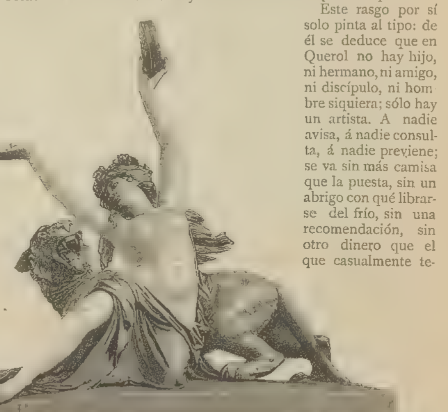
Estas fechorías y otras semejantes le valieron, por su desenfrenado amor al arte – como al Señor – grandes azotes, persecuciones y malos tratos.

Huído, finalmente, de su casa, sin recursos, ni probabilidades de hallarlos, llega á pie á Barcelona y llama á la puerta del estudio de Vallmitjana que en aquella criatura descubre muy luego la hilaza de un grande artista... y le acoge generoso...

Pero el medio ambiente catalán, con ser el más favorable á las artes escultóricas de España, no bastaba á la naturaleza de alto temple artístico de Querol que veía más allá, que aspiraba á otra manera de ser, á ideales más puros, y que desde que vislumbrara en fotografías y reproducciones Grecia y Roma, soñaba con las olímpicas creaciones de la antigüedad, con su soberbia robustez y poderosa grandiosidad. Ganar dinero, aun mucho dinero, haciendo figuritas graciosas, le parecía pasatiempo de aficionados, una mala verguenza para la tensión de su alma y la fuerza creadora de su genio.

Un día cae en sus manos un periódico, y por él se entera que en Madrid se verificaba oposición para una plaza de pensionado en Roma y sin otra novedad llena de su querida tierra de greda de Barcelona un saco, se la echa al hombro y sin más bagaje ni preparación corre al camino de hierro y monta en un tren que va á partir.

Este rasgo por sí solo pinta al tipo: de él se deduce que en Querol no hay hijo, ni hermano, ni amigo, ni discípulo, ni hombre siquiera; sólo hay un artista. A nadie avisa, á nadie consulta, á nadie previene; se va sin más camisa que la puesta, sin un abrigo con qué librarse del frío, sin una recomendación, sin otro dinero que el que casualmente te-



BACANTE, ejecutada por P. Stotz.



EL NIÑO MIMADO, cuadro de Antonio Rotta

EXPOSICION ARTISTICA DE VIENA



CARRERAS DE CABALLOS EN FREUDENAU, cuadro de W. Gausse



REBAÑOS EN EL CAMINO REAL, cuadro de J. Willroider



[illegible], cuadro de L. [illegible]



MAÑANA DE ESTÍO EN NORUEGA, cuadro de Smith-Hald Frithjeff



¡SOCORRO!..., cuadro de A. Morlon.

nía en los bolsillos. Pero no es esto todo: en este viaje osa cosas tan desmedidas y procede con un candor tan exuberante que vence los imposibles y se impone. Ya en tren relee su periódico, calcula la hora de llegada del tren á Madrid y la hora en que se cierra la admisión de los opositores y se encuentra ¡oh dolor! con que el tren llega á la hora misma que se cierran las puertas de la Academia de San Fernando... que por falta de media hora llega tarde y en humo se truecan sus sueños de oro. Consulta á sus compañeros de viaje con el candor propio del artista que vive fuera del mundo; aquellos hombres sesudos, acostumbrados á viajar, le responden todos la misma tristísima palabra:

– Imposible. Llegará V. tarde! – ¿Tarde yo? – exclama Querol; – ahora lo veran Vds. – Y sin oir consejo de nadie se corre por el estribo hasta la máquina y dice al maquinista:

– Toma. Estas son cuatro pesetas. Si llegas á Madrid media hora antes, te daré otras cuatro pesetas. Te daría más si más tuviese... pero mira, nada me queda.

Los viajeros rieron á mandíbula batiente de la salida de aquel loco, celebraron su inocencia y se divirtieron grandemente con él durante todo el trayecto. No obstante, 20 minutos antes de la hora fijada en la guía oficial el tren estaba en Madrid. Querol reventaba el caballo de un simón y se arrojaba como una catapulta contra la puerta de la Academia de San Fernando en el momento mismo que la estaban cerrando.

Hay protestas, disputas y cuestiones, pero Querol y su saco de tierra se hacen lugar, entran, y del saco sale tan soberbia estatua que anula todas las recomendaciones en contra y se impone á los académicos como antes se había impuesto al maquinista... menos las cuatro pesetas.

Una vez en Roma un tipo así tenía que sufrir mucho en una Real Academia española hinchada de procedimientos oficiales, de farsas y de preocupaciones, y en efecto mucho sufrió y sólo él que tiene epidermis de elefante en todo lo que no sea tocarle á su arte, pudo aguantar tres años de mezquina guerra de alfilerazos, de continua lucha de oficios, informes, notas y otros papeluchos que si en un ministerio huelgan las tres cuartas partes de las veces, en una academia de artes liberales hacen igual efecto que un sombrero de copa sobre la olímpica frente del Apolo del Belvedere ó un par de pistolas y un sable de sargento al cinto de un Nuestro Señor Jesucristo clavado en la cruz.

Directores y Embajadores, Ministros y Subsecretarios, Departamentos y Legaciones han tenido que meterse con él, robarle miserablemente las tres cuartas partes de su tiempo, echarle prolijos discursos sobre «el principio de autoridad en las artes» y otras zarandajas muy buenas y muy santas cuando se milita en las filas de la Guardia Real ó de la Guardia Civil, pero puras cataplasmas cuando se aplican á un artista de genio que sólo quiere estudiar y aprender y dejarse de embolismos sociales y de preeminencias administrativas que maldito lo que tienen que importar.

Entre oposiciones de unos, zancadillas de otros, trampas, gazaperas y toda suerte de aperos cazadores de todos, se ha pasado esta pobre criatura tres años como tres siglos á juzgar por las penas sufridas; pero su espíritu de artista en vez de decaer y empobrecerse en la mezquina lucha se aisla, crece, se enriquece, y sus obras gustan y se imponen, y eso que llegan hechas añicos á Madrid, y cada envío le cuesta un viaje para recomponerlas.

Finalmente en la última exposición su grupo «La Tradición» obtuvo muy justamente la primera medalla contra viento y marea y ya parecía que con esto se calmarían los ánimos y cesaría la tempestad de elementos contra él, cuando de nuevo arrecian los ataques. Un día se le anula la encomienda que ha ganado en buena lid en virtud de una exigencia de un personaje; otro se le atribuye la paternidad de una obra mala que se presenta en el concurso para un monumento á doña María Cristina de Borbón, de infausta memoria, y con tan plausible motivo críticos, poco enterados, apalean sin piedad al pobre Querol.

No obstante, el incansable artista sigue produciendo con sin igual ahinco y en estos momentos está acabando, para la Exposición de Barcelona, un grupo colosal que representa «El suicidio de Sagunto» espléndida muestra de su alma grande y de su mucho saber. Yace por tierra una madre abrazada al yerto cadáver de su hijo, bebiendo en sus labios el último suspiro á tiempo que se clava el puñal. Otras figuras desesperadas, lanzando imprecaciones, se apartan de la última muralla que se derrumba á impulsos de las catapultas romanas y corren á buscar la muerte en las llamas del incendio que abrasa la ciudad.

Este notable grupo es uno de los cuatro que ocupan los cuatro ángulos de un monumento colosal cuyo proyecto presenta y que titula gráficamente «El general No importa»; los otros tres representan: el 2 de mayo y Gerona y Zaragoza, y sobre la cruz de murallones rotos, que sirven de fondo á estas cuatro tremendas páginas del heroísmo español pasa á escape un caballo alado y sobre él, caballero, un mancebo de tremenda energía con el yelmo abollado y un fragmento de espada rota en la diestra. Cabalga como un guerrero de Fidias, grita, blasfema, cae sobre el enemigo y lo aniquila, más por la fuerza de su indomable valor que por las fuerzas de sus deshechas huestes. Es el general *No importa*, aquel que aterrorizaba á Napoleón I; es la locura del heroísmo; es España que muere, pero no se rinde ni soporta cadenas.

La sola exposición de este atrevido asunto ya da una idea aproximada de la naturaleza de fuego de Querol, de su potencia creadora, del raudo vuelo de su fantasía. Sólo resta añadir que sus figuras no son estatuas sino seres humanos que viven, que conmueven, que expresan con salvaje energía sus sentimientos de exaltado patriotismo é inquebrantable valor.

El conjunto resulta pensado, movido y sentido; la forma selecta, pura y sencilla, como esculpían los griegos y la imitaban los romanos.

Después de muchos siglos de oscuridad y de tinieblas ¡loado sea Dios! España tiene escultura y escultores. Tiempo era ya de que nuestra patria encontrase quien cantara en mármoles y bronces sus grandezas.

* * *

Mariano Benlliure entretanto no le va en zaga. Además del precioso grupo «Al agua» presentado en la última exposición y cuya graciosa historia contaba más arriba, presenta también una estatua colosal del gran Rivera llamado el *Spagnoletto* y le da tal expresión de fiereza é ingenio y funde en tan perfecto armónico conjunto ese tipo curioso de grande artista y bandolero, de pintor y caballero de aventuras, que el jurado le acuerda una primera medalla, y Valencia, patria de Rivera y de Benlliure, funde en Roma la estatua, y la coloca en la plaza pública y bautiza con el glorioso nombre de nuestro joven escultor una de las nuevas calles de la ciudad.

Pero tampoco esto basta á Belliure. Presenta boceto para el ya citado monumento de María Cristina y vence á todos sus contrincantes, á la par que moldea estatuítas, jarrones, bustos parlantes como el del insigne Villegas y Gayarre, grupos como «El pudor y el amor» y emprende la obra magna del monumento al Marqués de Campo. Sobre ancha base con cuatro escalinatas se alza robusto pedestal coronado por la estatua del héroe envuelto en rico gabán de pieles y con la espaciosa calva desnuda.

Parece ser que al ver el boceto dijo uno de nuestros más importantes hombres públicos del partido conservador·

– Ponerle algo en esa cabeza: horror me da pensar en los catarros que á lo largo de los siglos se le preparan.

Los cuatro ángulos de la base están ocupados por cuatro colosos, representando al Comercio, la Agricultura, las Ciencias y las Artes; robustas estatuas que recuerdan aquellas mal supuestas de Fidias y Praxiteles que adornan la famosa fuente de la plaza del Quirinal; apoyada en el pedestal, en el centro de la composición, se admira á la Caridad, en forma de hermana de la caridad rodeada de tres niños á los que enseña á leer. Este grupo está destinado á la Exposición de Barcelona y es de los más hermosos y acabados que haya producido la escultura moderna. Precisa verle para comprender toda la verdad, todo el encanto de estas cuatro figuras, agrupadas inimitablemente, características, puras y al mismo tiempo llenas de malicia y gracia.

La monjita, con su rostro de simpáticas grandiosas líneas, tiene sobre sus rodillas el cartón y con la mano va señalando las letras; del lado izquierdo un niñito como de cuatro años, con cabecita de ángel, vuelve sus ojos hacia la monja, pero con actitud descuidada, jugando al propio tiempo con el rosario de la hermana; se lo ha envuelto al cuello, y las medallas y la cruz descansan sobre su bracito carnoso y delicado. Juega con los pies; entrelaza las piernas... está sorprendido el niño en medio de su movimiento continuo... parece que se siga moviendo; no es estatua, no; es un ser fresco y sonrosado cuya sangre late casi con tanta precipitación como la de la garza real. – Del lado derecho dos muchachos deletrean; uno pequeñito y otro como de siete años. – Ambos pronuncian fuerte y sobre todo el pequeño es un colmo de atención... pone sus cinco sentidos en aprender, mientras el mayor más bien parece repetir una lección que ya sabe.

La especialidad de este sencillo grupo está en su absoluto realismo dentro de las más bellas formas de la naturaleza... el realismo bello, característico; en sus grandes líneas clásico, en sus menores detalles, vivo, animado, parlante como todos los tipos que produce el delicado cincel de Benlliure... todo tiene casta; las carnes. las telas, las piedras, parece que el bronce en unos sitios sea blando como los miembros de un niño, en otros duro como pedernal; las telas parece que cambiarán el partido de arrugas con sólo tocarlas con la punta de un dedo.

Es de cierto un gran éxito para Benlliure y una de las más preciadas joyas de la Exposición de Barcelona.

LUIS DE LLANOS



HOMBRE AL AGUA, cuadro de C. Aguete.

PREOCUPACIONES GENERALIZADAS

acciones deletéreas atribuídas á la luz de la luna

La Providencia ha colocado en el firmamento la luna cerca de la tierra para que ejerza sobre ésta una influencia saludable; y sin embargo, ¡con qué injusticia se la trata! ¡cuántas veces se le adjudica un papel completamente extraño á su naturaleza! Y lo peor del caso es que dicho papel siempre resulta en su descrédito, gracias á atribuirle daños de que no es responsable poco ni mucho y dando por resultado que la preocupación la maldiga cuando los hombres debieran colmarla de bendiciones. ¿De qué proviene esto? sencillamente de suponer que la luna es causa del mal, cuando en realidad sólo aparece como testigo de él. Es de noche; sobreviene un daño cualquiera causado por un autor misterioso que no deja tras de sí huella alguna; ¿qué sucede entonces? que en vez de confesar nuestra ignorancia y nuestra impotencia, acudimos al lugar del delito y se lo achacamos á la luna que, ajena á todo lo ocurrido brilla en el firmamento, la acusamos y la condenamos sin que nadie tome su defensa. Y sin embargo, al obrar así cometemos una grave injusticia que á los astrónomos toca combatir y que procuraremos destruir apoyados en las opiniones de los sabios que, considerando harto mezquino campo de estudio nuestro pobre planeta, han penetrado en la inmensidad celeste y arrancado de los astros secretos que el vulgo no acierta á explicarse, ni considera, lo cual es todavía peor, dignos de crédito.

Comenzaremos por la *luna roja:* dase este nombre á la luna que, comenzando en abril llega á su plenilunio á fines de este mes ó á principios de mayo, y á la cual se llama así porque se le atribuye la funesta propiedad de volver rojas, es decir, de helar las flores y los primeros retoños expuestos á la influencia de sus rayos. Los que tal sostienen parten de un hecho cierto y positivo, pero confunden de un modo lamentable las causas. En efecto, durante esta época del año comienzan á desarrollarse las diferentes partes de los vegetales y se encuentran, por lo mismo, en un estado verdaderamente delicado. Esto, unido á que la temperatura de la atmósfera no excede de 6 ó 7 grados á la del deshielo, hace que aquellas plantas se hielen con frecuencia durante la noche, cuando el cielo está despejado y reciben directamente la luz de la luna. Pues bien, dicen los detractores de ésta; si el hecho es cierto y si además está demostrado que cualquier intercepción de la luz lunar, sea por las nubes, sea por medio de esteras de paja, evita que las plantas se hielen, á pesar de ser la temperatura la misma que durante las noches en que se produjo la helada; es evidente que los rayos de la luna son la causa única del mal que deploramos. Y entonces se eleva un clamoreo unánime contra esta luna roja que mata tantas flores y retoños.

Si la luna se limita á enviarnos su luz, si está perfectamente demostrado por los termómetros más sensibles que los rayos lunares, aun concentrados en aquellos lentes que puestos al sol llegan á fundir metales, no tienen acción frigorífica ninguna, ¿á qué acusar á la luna del delito que se la imputa? ¿cómo afirmar que hiela los objetos sometidos á sus rayos simplemente lumínicos?

Pero contestan aquéllos: «si no es la luna, entonces ¿quién tiene la culpa de este hecho perfectamente comprobado?» Poco á poco, señores míos, así planteada la cuestión, el proceso se complica extraordinariamente y es preciso para resolverlo acudir á la alta física, que es lo que brevemente vamos á hacer. Ante todo, es preciso consignar que la temperatura de las regiones celestes es de 50 á 60 grados bajo cero, de modo que ésta sería la que reinaría en la cima de una montaña no expuesta á los rayos solares que, elevándose por encima de nuestra atmósfera, alcanzara las regiones del vacío. La atmósfera, pues, vista desde lo alto, viene á ser simplemente una envoltura que cubre la tierra y que impide, durante la noche, que ésta llegue á aquella baja temperatura. Pero, al propio tiempo, según demuestran varios experimentos hechos con el termómetro, hay ciertos cuerpos, malos conductores del calórico, como el algodón, la lana y las hojas, que pueden, por su simple exposición á la radiación de aquella bóveda fría, alcanzar una temperatura de 6 ó 7 grados más baja que la envoltura, de suerte que si la temperatura de las noches de abril y de principios de mayo es tan sólo de 5 ó 6 grados sobre cero, la de los objetos en cuestión podrá, por los efectos de la radiación recíproca, descender hasta 1 ó 2 grados bajo cero, y de aquí que si estos objetos son susceptibles de helarse, se les encontrará helados por la mañana, aun cuando la helada no haya sido general.

Pero supongamos que entre el hielo y estos objetos se interpone un aislador cualquiera, sean las nubes, sea otro objeto; entonces desaparecerá la libre radiación hacia el espacio sideral, causa única del enfriamiento, y será sustituída por la radiación hacia las nubes ó hacia el cobertor de las plantas, cuya temperatura es siempre muy superior á la de 60 grados bajo cero. En este caso, la temperatura de los objetos no será 6 ó 7 grados más baja que la de la atmósfera y la helada dejará de producirse.

Resulta, pues, que los objetos se hielan cuando el cielo está sereno y no se hielan cuando está nublado, y como en el primer caso los rayos de la luna tocan directamente los objetos y en el segundo no, podrá decirse, sin temor alguno, que la helada se produce cuando la luna envía sus rayos á las plantas y que éstas no se hielan cuando el contacto con dichos rayos no existe. Pero en ningún caso podrá afirmarse que el fenómeno esté determinado por la acción de dichos rayos, pues éstos son testigos pero no son autores de aquél. El papel de la luna se reduce, pues, á iluminar los daños producidos durante la noche por las heladas primaverales, pero no existe razón alguna para atribuírselos. Y la verdad de este aserto puede demostrarse plenamente con un experimento bien sencillo: expónganse las plantas á la radiación del espacio sideral, preservándolas por un medio cualquiera de la radiación de la luna y se verá que sus retoños se hielan lo mismo que los expuestos á una y á otra. Los que se creen víctimas de la fabulosa luna roja pueden dirigir al vacío del espacio sideral las recriminaciones que lanzan contra la blanca divinidad de la noche, contra esta diosa ajena á la maldad y á la inconstancia, que lejos de perjudicar á sus hermanas Pomona y Flora, vive unida á ellas con la más estrecha armonía.

Exponer un objeto cualquiera á un cielo sereno es exponerlo á la humedad; la carne bajo la acción de la humedad se avería, luego la humedad es la causa de este desperfecto y no la luz de la luna: y con esto relevamos á este satélite de otro cargo poderoso que algunos le dirigen.

Y no se limitan á esto los detractores del astro de la noche: pasando de los objetos inanimados al hombre,



PALACIO DE FRIEDRICHKRON (Potsdam)

dicen que el cutis expuesto á la luz de la luna toma un color moreno, como se ha observado entre los marineros y los soldados, en quienes este efecto se ha dejado á veces sentir después de una sola noche de vivaquear al raso, y añaden que este efecto aparece con más intensidad que cuando procede de los rayos solares. Pero nuevamente hemos de repetir que este fenómeno debe atribuirse más que á la acción de los inofensivos rayos lunares á la del frío y del sereno, como afirma un dicho popular, más justo que la preocupación ordinaria, según el cual el sol y el sereno vuelven morena á la gente.

Vamos á terminar indicando sucintamente algunos efectos atribuídos especialmente á la luna durante su primer curso, cuya falsedad ha sido demostrada por experimentos incontestables.

Durante algún tiempo se ha creído, y en algunos puntos se cree todavía, que la leña cortada en la primera mitad de la luna es de peor calidad y se conserva menos que la cortada en la segunda; y á tal grado de autoridad había llegado esta preocupación, que ciertas ordenanzas forestales previenen que las cortas no se verifiquen hasta después del plenilunio. Duhamel du Monceau, uno de los más célebres agrónomos que honran á Francia, quiso ver si las observaciones positivas confirmaban esta preocupación común entre sus contemporáneos, y habiendo examinado al efecto muestras de madera de diferentes árboles de la misma edad y criados en el mismo terreno, pudo convencerse de que iguales condiciones ofrecían las de los que habían sido cortados durante la primera mitad de la luna que las de los que lo habían sido durante la segunda, con la particularidad de que la única ligera diferencia que pudo comprobarse era favorable á los árboles cortados durante el primer período, es decir, todo lo contrario de lo sostenido por la preocupación. Esto no obstante, si es cierto, como ha hecho observar Mr. Arago, que las lluvias son más abundantes durante la luna menguante que durante la luna creciente, puede resultar hasta cierto punto conveniente la corta de árboles después del plenilunio, porque estando la tierra menos húmeda, la leña estará menos cargada de savia y será, por ende, menos porosa. De suerte que, para resolver en definitiva la cuestión, sería preciso hacer mayor número de experimentos que los realizados por Duhamel: de este modo podríamos llegar á un resultado dependiente, no de la luz de la luna, sino de la proporción relativa de la lluvia durante los dos períodos lunares.

De la misma manera que á la luna se le han imputado daños de los que en manera alguna se la puede hacer responsable, hánsele atribuído acciones beneficiosas en punto á plantaciones, siembra y poda de plantas y árboles; pues no han faltado agricultores que han creído obtener frutos precoces y flores doblemente bellas verificando aquellas operaciones en determinados períodos lunares. Así, por ejemplo, se ha abrigado la creencia de que para obtener árboles y flores que retoñen con gran vigor, era preciso plantarlos ó sembrarlos y podarlos durante la luna creciente. Sin embargo, multitud de experimentos hechos por el citado Duhamel y por La Quintinie han demostrado que ninguna diferencia existe tocante al crecimiento de los vegetales, entre los que han sido plantados conforme á estos aforismos de la agricultura y los que lo han sido contrariamente á los mismos. Mr. Augusto de Saint-Hilaire refiere que en el Brasil suelen sembrarse durante la primera mitad de la luna los vegetales de raíces alimenticias y durante la segunda los de semillas alimenticias, como el arroz, el maíz, etc. Los antiguos todavía procedían con mayor escrupulosidad, pues al decir de Plinio, sembraban las habas en el plenilunio y las lentejas en el novilunio, y á este propósito dice Mr. Arago: «¿No se necesita una fe muy viva para creer, *sin prueba alguna*, que á ochenta mil leguas de distancia la luna, en una de sus posiciones, ejerza benéfica influencia sobre las habas y en una posición opuesta sean las lentejas las favorecidas por ella?»

En distintas comarcas existe la creencia, tomada de Plinio, de que los huevos deben ser empollados durante la luna nueva, cosa no del todo destituída de fundamento, según observaciones hechas por Mr. Girou de Buzareingue. Pero también en este punto se ha atribuído á la acción de la luna lo que es simple efecto de un hecho sencillo y natural, cual es que de esta manera el período de desarrollo del pollo coincide con los días en que la luna aparece sobre el horizonte, y sabido es que las cluecas se separan más de sus crías en las noches claras y que cuando están demasiado quietas el exceso de calor hace fallar la empolladura.

Los antiguos creían, y aun se cree indudablemente en algunos puntos, que los huesos de los animales tienen más ó menos meollo, según que la matanza de los mismos se haya verificado en tal ó cual fase de la luna. Rohault ha demostrado con experimentos hechos durante muchos años cuán destituída de fundamento se halla esta preocupación. Otros experimentos verificados por este mismo sabio han destruído la especie, sustentada por Lucilio y Aulo Gelio, de que los cangrejos, las ostras y en general todos los mariscos, tienen más carne durante el primer período de la luna que durante el segundo.

Muchas más preocupaciones de este género existen y existirían eternamente, á pesar de todas las razones que en contra de ellas se adujeren, si algunas personas competentes no dieran á conocer los resultados de experimentos obtenidos en todas las condiciones necesarias para probar su incontestabilidad.

Por falta de medios hábiles, ya que los médicos no han logrado todavía reunir un número de observaciones suficiente para resolver en absoluto, nos vemos obligados á no ocuparnos de la preocupación que atribuye á la luna cierta influencia sobre las enfermedades. Baste decir que entre los sabios que han profesado esta creencia, se cuentan, en la antigüedad, Hipócrates y Galeno, estos dos genios clásicos, y en los modernos tiempos, eminencias como Herard, Hoffmann, Sauvage y otros. Cierto que simples nombres, por respetables que sean, nada demuestran cuando no van acompañados de pruebas plenas, pero en el caso presente, tratándose de una materia no demostrada todavía, su enunciación puede servir para que los modernos sostenedores de esta opinión no se crean sin predecesores valiosos en ella. Y aquí cabe aplicar perfectamente aquellas palabras de Arago, que la justicia nos obliga á consignar al final de estos apuntes:

«Tratar *a priori* de absurdo, dice, un hecho cualquiera, acusa falta de prudencia en quien así proceda.»

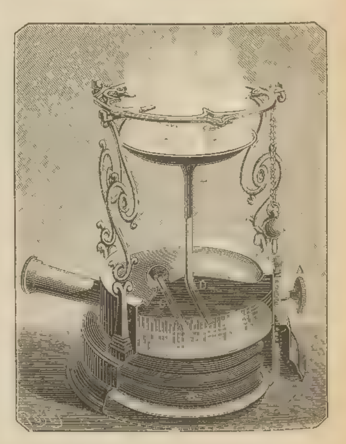
T. P. A.

LA CIENCIA PRÁCTICA

El aparato que daremos á conocer ahora constituye un calentador de gran potencia calorífica que puede ser muy útil en las casas para obtener muy pronto agua caliente ó guisar en muy poco tiempo alguna cosa cuando no se tiene fogón disponible. El alcohol que este aparato contiene se quema sin mecha, y así como un hornillo de gas puede producir un calor débil, moderado ó intenso.

Según lo indica la figura que se acompaña, el aparato se compone de un quemador, E, situado en la parte superior; en la central hay un depósito de alcohol, C, y en la inferior un recipiente de aire, B, de caucho. Debajo de este recipiente hállase un platillo metálico que sube ó baja con una cremallera cuando se hace girar el botón A; si se vuelve de izquierda á derecha el platillo inferior asciende hasta que llega á oprimir el recipiente de aire contra el fondo del depósito de alcohol. La presión interior que resulta se transmite por el tubo C al aire del depósito, y por lo tanto al mismo alcohol, que entonces atraviesa el tubo central D y sube al quemador en mayor ó menor abundancia: entonces basta inflamarlo.

Se gradúa la llama dando vuelta al botón A, en uno ú



Nueva estufa para alcohol

otro sentido, de modo que haga llegar más ó menos líquido al quemador.

Para apagar la llama basta hacer girar el botón de derecha á izquierda: el platillo inferior baja; el alcohol vuelve á descender al depósito y prodúcese la extinción.

El aparato está provisto de un soporte que permite colocar fácilmente las vasijas con las sustancias que se han de calentar.

Barcelona. - Imp. de Montaner y Simón



AÑO VII — BARCELONA 11 DE JUNIO DE 1888 — NÚM. 337

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA FLORISTA GRANADINA, dibujo de A. Fabrés, grabado por Sadurní

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA FLORISTA GRANADINA, de A. Fabrés

Una de las condiciones más salientes de Fabrés es la verdad de los tipos que con mano maestra reproduce. Hay pintores y aun pintores de cierta valía, que se encariñan con un personaje, el cual, como en las colecciones de figuras de cera, lo mismo aprovecha para San Antonio Abad que para San Antonio de Padua: cuestión de peluca y barbas. Otra muy distinta es la conciencia artística de Fabrés: su predilección reconocida por los tipos se funda en el conocimiento que de ellos tiene y en la seguridad de que ha de interpretarlos tan fielmente como los tiene estudiados. Buena prueba de ello es la *florista* que publicamos en el presente número.

Flores se venden en todas partes; Barcelona tiene un verdadero mercado de ellas; Valencia es un jardín espléndido; Madrid no las produce, pero comercia abundantemente en *bouquets*. Y sin embargo, la *florista* de Fabrés puede asegurarse, á simple primera vista, que no ha nacido junto al Llobregat, ni junto al Turia, ni junto al Manzanares. Su tipo es de la gitana *culta*, personaje exclusivo de Andalucía, que también produce lo que pudiéramos llamar gitana *natural* ó silvestre; las flores que vende han sido cogidas á buen seguro en las vertientes de la Alhambra; en una palabra es un tipo inconfundible. Si á esto se une la finura de ejecución propia de las obras todas de Fabrés, convengamos de buen grado en que nuestro insigne paisano es una de las más justificadas glorias artísticas de nuestra patria.

MADONNA, cuadro de Emilio Pirchan

Este lienzo trae á la memoria las antiguas tablas en que los artistas de los primeros tiempos del renacimiento del arte consignaban los resultados de sus místicas visiones. Sin embargo, observando detenidamente la obra de Pirchan se echa de ver en la figura de la Virgen y de su Hijo cierta impresión, más humana, si se quiere, que la de los artistas de la plena Edad media, pero más filosofada, sin que sea menos sentida. Pirchan cree que María y Jesús deben expresar algo más de lo que expresan en las viejas tablas, una mujer dotada del semblante de una niña ingenua y un niño rebosando hermosura y vida. La Madonna que publicamos es realmente bella, como bello es el Jesús del cuadro; pero una y otro tienen la belleza severa, la expresión reflexiva que corresponde al Hijo que viene al mundo para redimir, y á la Madre destinada á llorar las faltas de los pecadores. Nuestro siglo podrá no ser místico, pero en él los buenos autores tratan los asuntos religiosos con un respeto y una verdad que tal vez los hacen superiores á los lienzos debidos á la simple fe.

EL PRIMER INFORME

Así titula el anónimo autor de este bonito dibujo el asunto que en él ha tratado, y en efecto, debe ser el primer que la protagonista pronuncie en el día, puesto que todavía recibe en la cama, y recién despierta. Esto no impide que de su infantil imaginación hayan desaparecido las sombras con que el sueño la velaba, á juzgar por el énfasis con que dirige su matinal peroración á sus inmóviles visitas.

De la ejecución de este dibujo sólo podemos decir que su autor debe ser padre y que ha retratado con tanta espontaneidad como indudable acierto á alguna hija suya en el momento en que dirigía un discurso á sus muñecas.

AL REGRESO DEL MERCADO
cuadro de Koppay

Entre las gentes del campo la necesidad anticipa los efectos de la edad, ó sea hay que ganarse la vida muy temprano. El padre necesita cultivar la escasa hacienda; la madre tiene no poco que hacer si cuida la casa y el corral, dispone la no muy suculenta comida y ayuda al esposo en su ruda faena. Una mujer del campo hacendosa puede decirse que participa de uno y otro sexo. Y como para ninguno como para el pobre el tiempo es dinero, ni el marido ni la mujer pueden abandonar el trabajo para llevar al mercado las aves que crían para recreo del paladar ajeno, en lo cual imitan á las abejas del poeta latino. Desempeña la hija mayor el cargo de confianza de vendedora de aves de corral, y por si esto no fuese bastante y cual si no pesara harto sobre sus espaldas la carga de dos bien cebados pollos, tiene que cargar con su hermanito, á quien no puede dejarse abandonado en la desierta vivienda. Pero la niña es fuerte y lista, desempeña su comisión con la prudencia y tino de una mujer experta y con cierta vanidad ostenta las dos monedas de plata precio del pollo vendido. Esa muchacha será con el tiempo buena esposa y excelente madre.

Con estos sencillos elementos ha producido Coppay un cuadro delicioso, que ha sido muy admirado en el último jubileo internacional de Viena.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

La inauguración oficial en el Palacio de Bellas Artes

Dibujo de J. Luis Pellicer

El día 20 de mayo último tuvo lugar en Barcelona la ceremonia de inaugurar oficialmente el gran Certamen internacional que se está celebrando en los jardines del Parque. El vasto salón del Palacio de Bellas Artes reunió aquel día selecta y espléndida sociedad de personas reales, embajadores, ministros, altos dignatarios palatinos, jefes de ejércitos de mar y tierra, dignidades de la Iglesia y de la Magistratura, eminencias del saber y del arte y un inmenso concurso de elegantes damas y apuestos caballeros, formando un conjunto grandioso, brillante y á todas luces bellísimo. Presidían la nunca vista fiesta la inocencia y la virtud, representada aquélla por un monarca de dos años, ésta por una ilustre Regente que, haciéndose superior á las naturales debilidades de sexo y edad, aun no se ha despojado de las negras ropas de la viudez.

La ceremonia oficial fué breve: siempre que tienen lugar acontecimientos de esta naturaleza, se siente mucho y conviene perorar escasamente. Así lo comprendieron el Sr. Alcalde de Barcelona y el Sr. Comisario regio de la Exposición, encargados de llevar la voz en aquel acto. Cuando el cortejo oficial se trasladó del palacio de Bellas Artes al de la Industria, la vista de millares de concurrentes tenía tantos objetos en qué fijarse, que de seguro nadie acierta á explicar lo que vió en aquel momento.

El dibujo que hoy publicamos da una idea de ese acto, que reviste excepcional importancia y se la da, muy merecida, á la magna empresa de la Exposición Universal de Barcelona, primera celebrada en España.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

MÁS INAUGURACIONES

A la inauguración de la Exposición universal, han sucedido otras y otras, todas interesantes. Gran alarde de actividad, continuas promesas de nuevo porvenir para Barcelona, siguen al supremo esfuerzo realizado en tan breve plazo.

En realidad, si algunos de los diferentes proyectos se llevasen á cabo con el mismo anhelo que el de la Exposición, y venciendo con igual fortuna insuperables obstáculos, breves días del 88, figurarían en los anales de la capital con más derecho y en lugar más alto que años enteros de lenta y penosa transformación. Pero no cabe esperar tanto, ni está en lo posible. No cabe esperar que se erijan con igual prontitud ni la nueva cárcel, ni el hospital clínico, de los cuales se puso la primera piedra, ni es humanamente factible que empiece desde luego la reforma por haberse dado el primer golpe de piqueta que abre una de sus principales calles.

¡Momento bien interesante el de aquella ceremonia! Gran necesidad había de una cárcel moderna, y nunca se ha sabido, aunque se ha intentado decir, lo que es la vieja, que daría materia para volúmenes enteros como verdadero mundo ignorado y á nada hasta ahora parecido. Pero con todo esto, este mundo tiene su órbita limitada. También es gran progreso, imprescindible, atender á la creación de un nuevo hospital, é interesantísimo su estudio, ¡quién lo duda! Pero requiere igualmente la tarea singularísimos conocimientos. El más interesante por más extenso es el plan de Reforma, y muy tentador para el escritor de costumbres y el artista, cuanto á él se refiera. Porque no es necesaria muy vivaz ni muy fecunda imaginación para sentirla excitada desde luego con sólo ver hoy desconchadas ya algunas paredes de la antigua plaza de San Sebastián en los comienzos del derribo. ¿Qué va á desaparecer? Una población entera, la vieja Barcelona, el hogar de innumerables generaciones, que nacieron, gozaron, sufrieron y murieron, sin ver acaso otro horizonte que la negra línea de aquellos tejados, que adorna alguna gárgola fantástica, ni otra luz que el reflejo amarillento del sol lamiendo la alta azotea con sus macetas de flores, dejando abajo el callejón en húmeda penumbra. En aquel montón informe de casas, en el laberinto de las calles tortuosas, en las paredes mugrientas, están incrustados recuerdos y afectos, tradiciones y costumbres de siglos, toda la historia humilde, cotidiana, casera, que no figura en los libros, pero que tal vez sea la verdadera historia de un pueblo, la clave precisa de acontecimientos pomposos, la levadura pegajosa é ingrata á la vista, pero levadura, al fin, de todas las heroicidades y vicisitudes de los barceloneses. Todo esto es lo que se va á derribar porque debe derribarse, y no me entretengo en llorarlo. Lo que sí lamento, lo que en realidad anhelaría de todo corazón, es que antes de desaparecer para siempre gran parte del casco antiguo, acudiéramos á sacar copia de él para conservar gráfico recuerdo de lo característico y de lo bello que contiene y que quizás desconocemos aún. Hoy queda todavía tiempo bastante para formar un album completo y un inventario minucioso; mañana nos será imposible, y surgirá sólo en nuestra imaginación una borrosa figura que se extinguirá antes que nosotros.

Un distinguido artista, muy ilustrado además, concibió un pensamiento análogo, que ha de realizar en parte y bien; pero no basta el lápiz por acertado que esté: es forzoso el comentario de toda índole, como no basta el retrato, y hay que acompañarle con la biografía. París que ha experimentado tan grandes y notables reformas hasta el punto de que la desconocería completamente su vecindario del año 50, conserva, no obstante, de todo su pasado, tan gran copia de documentos, grabados, mapas, etc., y todos tan precisos y hasta nimios, que puede reconstruir cuando se le antoje, edificios vastísimos y complejos de todas sus épocas, aun de aquellas como la Revolución y el Terror, en que la agitación natural de los ánimos hacía suponer que nadie se entretenía en pacientes anotaciones entre la polvareda de rápidos y turbulentos derribos. De la negra y laberíntica Cité quedan los más pintorescos detalles en artículos y dibujos; de siglos remotos, planos y noticias que siguen paso á paso las mayores transformaciones ocurridas. De esta Barcelona, condenada á morir, ¿cuántos croquis quedarán? Algunos señalaríamos, y claro que ignoramos otros, pero éstos y aquéllos serán bien pronto como las memorias desatadas que siguen á la muerte de un padre ó de un hermano. Mientras vivió, la misma familiaridad cotidiana nos impedía conceder importancia alguna á su figura; una vez desaparecido, nos quedan sólo en la memoria rasgos aislados que la representan mal; á la segunda generación, aquella sombra borrosa se ha convertido en un nombre, que no despierta la menor idea Así sucederá con esta Barcelona que ha de irse en polvo, cuando todo lo que hoy subsiste todavía tendrá tan grande interés en el recuerdo, teñido de melancólicos colores, y tan grande importancia para la historia, cada día más empeñada en buscar el enigma de lo pasado en la reconstitución de toda la realidad. Porque indudablemente, la realidad la explica más que la reflexión; porque detalles de la vida doméstica, ó de la configuración de los edificios, dicen más, mucho más para comprender ciertos hechos, que las conjeturadas evoluciones del espíritu humano... Pero fuerza es hacer punto ya que la materia es inagotable. Conste sólo que sería completar la obra volvernos hoy á trazar la silueta de lo pasado en el mismo instante que se inaugura lo porvenir. Sin ir más lejos, dentro de pocos días quedará abierta una brecha en el porche característico de los Encantes, á cuya sombra por tantos y tantos años se exhibieron y vendieron esos otros muertos respetables y queridos: los libros viejos y curiosos, alma del ayer. ¿Quién no ha dejado allí algún recuerdo de su vida estudiantil ó de sus aficiones más íntimas?

Volvamos á lo presente, que es otra inauguración, porque ya he dicho que todo han sido inauguraciones estos días. No hablo ya del monumento á Güell de la Rambla de Cataluña, sino del mayor que existe hasta ahora en Barcelona: el monumento á Colón. Seis años después de haberse colocado la primera piedra, está hoy terminado, pero no le vemos todavía bien en todo su conjunto. ¡Nueva espera!... En realidad, parece que la definitiva apoteosis del gran navegante, en Barcelona, sea algo así como su pretendida canonización, que requiere largos trámites, y una serie inacabable de pruebas. Y sin embargo, nadie ha merecido tanto, ni en España, ni en el mundo, que sus hijos se apresuraran á ensalzarle como el hombre que dió á conocer á la humanidad toda su casa:... «su cárcel» dijo Heine, en un momento de mal humor.

Pero ¿y la Exposición?... ¡Qué!... ¿no estamos hablando de ella, puesto que apuntamos lo que trajo consigo? Pero en fin, ya es hora de visitarla.

J. Yxart

ELECTRO-OPTICA

Dentro de la especulación científica, en el orden de las ciencias naturales, es la unidad de la energía y su persistencia, á través de cuantas modificaciones experimente, un principio fundamental, adquirido, á la vez, mediante experimentos y raciocinio, gracias á las fecundas consecuencias del método aplicado y á las maravillas del cálculo matemático puesto al servicio de las ciencias físicas. En el momento presente, esta unidad de la energía se impone al investigador, según de tiempo atrás se ha impuesto la unidad de la materia, y queda el problema de la convertibilidad de sus formas, hasta reducirlas á una sola, ó lo que es lo mismo, falta resolver, en el terreno del experimento y la medida, las relaciones numéricas de las fuerzas no sólo apreciándolas todas mediante su equivalente mecánico, sino convirtiendo y relacionando, unas con otras, sus unidades de medida. Un ejemplo sencillo pondrá en claro la idea enunciada.

Sábese de qué suerte el calor produce trabajo y éste, á su vez, puede convertirse en calor, habiendo siempre, entre ambos términos, cierta relación fija, á la cual se denomina equivalente mecánico del calor ó equivalente térmico del trabajo, y de aquí puede deducirse el origen dinámico de las acciones caloríficas; de manera parecida enlázanse la luz y el sonido, mediante la forma ondulatoria seguida al propagarse; y la misma electricidad, con ser la menos conocida de las fuerzas físicas, por convertirse en luz y calor, entra, á su vez, en la categoría de las modificaciones de movimiento. Admítese, pues, la existencia de una sola energía, como la existencia de una sola especie de materia, constante en cantidad, distinguiéndose sólo en la diversidad de formas que el movimiento afecta. Y la Física moderna, con sus hechos admirables y sus magníficas aplicaciones, resuélvese en esa unidad de la fuerza, tendiendo á fundirse en la Mecánica, rigiéndose por las leyes generales de todo movimiento. El hecho de ver convertido el calor en trabajo, los fenómenos de transporte y los dinámicos debidos á la electricidad, dan á la doctrina sólidos fundamentos; mas no fueron bastante á reducir el número de los antes llamados agentes físicos y admitíanse el calor, la luz y la electricidad, como tres formas separadas y si se quiere fundamentales de la energía, las tres productoras de fenómenos distintos, sin enlaces tan íntimos que permitieran simplificar y reducir tales manifestaciones en idénticas leyes y en los mismos principios. Regístrase, no obstante, en la ciencia generosa tentativa hecha para resolver el problema, cuya tentativa dió origen á los experimentos de Faraday, á los estudios de Verdet, á los principios de Kündt y Röntgen, á las observaciones de Kerr y Becquerel, á las teorías sublimes de Maxwell y á la doctrina completa de Clausius, sostenida y expuesta con admirable talento. Todos estos trabajos, fundados en las acciones mutuas de los imanes y la luz polarizada, tienden á demostrar que la luz y la electricidad son la misma cosa, reduciendo las formas primordiales del movimiento á dos solamente, y así se establecen los princi-

pios de la nueva ciencia, las bases de la electro-óptica.

Primero de entrar en cierto género de pormenores, referentes á hechos complicados, cuya importancia científica decide la supremacía de unas teorías sobre otras, he de citar dos acciones características de la luz sobre la electricidad, por ser ambas fundamento y origen de dos aparatos ingeniosísimos: el fotófono y el radiófono. Según en el micrófono modifica la corriente eléctrica aquella combinación de carbones, así, en el fotófono de Bell, la luz, actuando sobre una lámina de selenio, modifica su conductibilidad eléctrica; es decir, el movimiento vibratorio luminoso puede cambiar el modo de propagarse la electricidad y también las radiaciones luminosas intermitentes son capaces de alterar las condiciones de la corriente, haciéndola servir de trasmisora del sonido, como acontece en la Radiofonía. Ambos fenómenos se descubrieron, es cierto, bastante después de ciertos trabajos de electro-óptica; pero no lo es menos que en ellos vese claramente un hecho no percibido tan pronto, cuando se trata de imanes actuando sobre la luz polarizada; me refiero á las relaciones positivas y experimentales de la luz y la electricidad, y concretándome al caso del selenio puedo asegurar que constituyen excelente medio de caracterizar semejante cuerpo. Se le reconoce poniéndole en comunicación con un galvanómetro y una pila: sólo se mueve la aguja, indicando alternativas de conductibilidad, cuando sobre la placa de selenio incide intermitente rayo de luz, y es de tal manera sensible este cuerpo, que basta depositarlo pulverizado, en corta cantidad, entre las mallas de una tela de hilo de platino y vense los cambios de la aguja del galvanómetro, ocasionados por la luz.

Sin apelar á otros hechos, bastaría el expuesto para afirmar que existen relaciones importantes entre la luz y la electricidad. Hoy los trabajos de Clausius, verdadero modelo de estudio y análisis, y las interesantes memorias del sabio Hirn, colocan la cuestión y el problema de la electro óptica en términos que permiten afirmar la existencia de dos solas formas de la energía, como fundamento y origen de los fenómenos físicos. Estas dos formas de la energía son el calor y la electricidad, acaso reductibles á la primera, no sólo á causa de ser la más constante y general, sino porque en cierto desequilibrio térmico y en diferencias de capacidades caloríficas, quieren encontrar algunos el origen de aquella caída de potencial, que produce los fenómenos eléctricos, llegando el citado Clausius, en una obra reciente, hasta formular las leyes dinámicas de semejantes hechos. Así, pues, las tendencias respecto de las interpretaciones de la electricidad, consisten, no sólo en hacerla entrar en la categoría de los movimientos que la mecánica considera, sino en explicar, mediante ella, la producción y las leyes de la luz, al punto de haber podido establecer el gran físico Maxwell, que siendo luz y electricidad dos géneros de vibraciones, propagadas por el mismo medio, la luz es conmoción ó movimiento electro-magnético, doctrina demostrada mediante cálculo y experimentos, que es base de la electro-óptica.

A fin de entender el hecho fundamental de ella, es menester atender un momento á las relaciones generales de la luz y la electricidad. Consideramos la primera originada por vibraciones transversales; fórmanla ondas suavísimas, de espesores infinitamente pequeños, en número y longitud variables para cada color, transmitidas con rapidez inmensa. Y suponemos la electricidad también movimiento vibratorio; pero movimiento que se traslada y corre en el conductor, á la manera del agua. La corriente eléctrica viene á ser algo parecido al movimiento del Océano: es comparable á la marea la vibración general, y las olas, trasladándose sin cesar, parécense á la onda que circula. Al igual de la propiedad reconocida en el selenio, deben notarse los caracteres de los cuerpos opacos y transparentes respecto de la corriente eléctrica. Adviértase de qué manera son conductoras las sustancias opacas y aislan aquellas que dejan pasar la luz, y ejemplo de ello se encuentra en los metales y en el vidrio, y no puede alegarse el hecho de la propagación de la electricidad en los líquidos, puesto que en ellos reviste condiciones muy distintas. En los fenómenos de inducción han encontrado los partidarios de la nueva teoría firmísimo apoyo. Poco satisfacían las explicaciones del hecho, y positivo sabíase tan sólo que una corriente eléctrica ó un imán pueden desarrollar, en carretes dispuestos para el objeto, otra corriente eléctrica llamada inducida, y Maxwell ha demostrado, en muchos casos, que esta inducción prodúcese mediante deformaciones y desequilibrios, transmitidos en forma de onda, cual si se tratase de la luz. De otra parte, el modo de propagarse es idéntico, ya que en ambos casos las vibraciones son perpendiculares á la dirección de los dos movimientos y de aquí viene afirmar la existencia de un solo movimiento vibratorio, á la vez, luminoso y electro-magnético, el cual acaso podrá determinarse con extraordinaria precisión cuando se haya medido la velocidad en los fenómenos eléctricos y entónces se verían las levísimas diferencias de las ondas, según produjeran luz ó electricidad.

Pero hay todavía otros fenómenos, principal apoyo de la nueva doctrina, en los cuales vense mejor los estrechos lazos que unen las acciones luminosas y eléctricas. Me refiero á la influencia de los imanes sobre la luz polarizada, influencia estudiada ya por Faraday: un ejemplo, tomado de las Memorias de este ilustre sabio, explicará el hecho de que se trata. Consistiendo la luz natural en vibraciones siempre situadas en un plano perpendicular á la dirección del rayo luminoso, podemos suponer que este se propaga en el sentido del eje de una rueda y las vibraciones que lo componen estarán en el plano de la rueda, ejecutándose en el sentido de todos sus radios; ahora bien, hay casos en los cuales la luz, reflejada bajo cierto ángulo, ó sobre algunas sustancias especiales, ó después de haber atravesado determinados cuerpos transparentes, sólo se propaga en dirección de uno de los radios de la rueda y el opuesto: entonces dícese que la luz está polarizada y llámase plano de polarización á aquel en el que se ejecutan todas las vibraciones, cuyo plano puede girar si gira el medio que ha polarizado la luz y si, por el contrario, gira el eje de la rueda del ejemplo, aunque la luz continúa polarizada, cambia de plano, pues éste también gira. Cuando la luz está polarizada, los cuerpos que así la modifican tienen la propiedad de no poder volver á reflejarla ni á refractarla, y esto da medio para reconocer un rayo luminoso de tan extraño modo alterado: basta mirarlo á través de un cristal, que lo polariza en un plano fijo, y moverlo hasta que la luz se extinga.

Dados los antecedentes, he aquí el experimento de Faraday: entre los polos de un electro-imán colocó un prisma de *vidrio pesado* y en la dirección de estos polos hizo que lo atravesara un rayo de luz polarizada, observando que el plano de polarización había girado. Supóngase que el rayo luminoso polarizado lo estaba, á la entrada, en un plano horizontal; á la salida del vidrio, este plano hallábase inclinado sobre el horizonte, y cambiando la corriente eléctrica, el sentido de la rotación también cambiaba. Semejante fenómeno, que fué observado con muchos cuerpos transparentes, es, en realidad, el fundamento de la electro-óptica: pues se trata de verdaderas acciones de las corrientes sobre la luz, estudiadas experimentalmente por el mismo Faraday primero, y después por muchos sabios, hasta llegar á las doctrinas de Maxwell y á las modernísimas de Clausius. Nos hallamos ya en el caso de un movimiento vibratorio particular, cuyas leyes son bien conocidas, modificado hondamente mediante las corrientes eléctricas y el hecho, en cuanto á su importancia y trascendencia, es quizá tan notable como el fenómeno en cuya virtud pudo el famoso Ampere establecer, de una vez para siempre, la identidad del magnetismo y de los fenómenos eléctricos, ya que ellos lo originan.

Si bien constituye una verdad científica fundamental, admitir, que todos los fenómenos naturales pueden referirse al principio de la fuerza única, considerándolos meras modalidades de movimiento, de donde se deduce su transformación mutua, no es menos cierto que cada uno tiene sus caracteres individuales, dependientes de la forma especial de la energía á la cual débense, y aun el mismo fenómeno, cuando es producido de diversos modos, reviste accidentes variados, como si quisiera en ellos indicarse su variado origen, aunque el hecho en sí permanece idéntico. Acontece esto en el observado por Faraday, respecto de la influencia de la corriente eléctrica sobre la luz polarizada, y es que entonces la rotación del plano es doble.

No es lugar éste para entrar en pormenores sobre el fenómeno, ni momento oportuno de dar cuenta de la famosa Memoria de Faraday á propósito del asunto: basta saber que la luz se magnetiza y que las líneas de fuerza magnética pueden iluminarse. Los experimentos de Faraday fueron el comienzo de trabajos notabilísimos de la mayor delicadeza y, entre ellos, he de citar sólo los principales. El gran físico Emilio Verdet estudió, el primero, la rotación magnética de la luz, desde el punto de vista de las medidas, empleando poderosos electro-imanes y habiendo llegado hasta enunciar la ley que lleva su nombre, en estos términos: dados un color y un medio, la rotación del plano de polarización, entre dos puntos cualquiera de la trayectoria del rayo, es proporcional al potencial magnético en estos dos puntos. Casi al mismo tiempo, Becquerel estudiaba los efectos del calor de la luz en el fenómeno, y concluía de sus experimentos, que las rotaciones varían en razón inversa del cuadrado de la longitud de la onda luminosa, principio, si no exacto en el rigor de la palabra, muy aproximado y cierto. Tratóse luego de las acciones del magnetismo terrestre sobre la luz polarizada, asunto y problema de tan alto interés científico que acaso de resolverlo dependa explicarse satisfactoriamente el fenómeno de la luz por las corrientes eléctricas; Kündt y Röntgen hicieron sus experimentos en gases y vapores, alcanzando maravillosos efectos, que confirmaron las primeras ideas de Faraday, y Kerr consagróse á señalar los enlaces y relaciones de la electricidad estática y la luz polarizada, dando soluciones concretas en una parte de la Física que sólo el espíritu analítico del eminente Mascart pudo poner en claro en su incomparable obra.

Todo esto ha constituído el pormenor y el detalle: eran hechos aislados, á pesar de la constante de Verdet bien determinada, y fué menester que viniese Maxwell y apurando los recursos del análisis superior, como en otro tiempo lo hiciera Cauchy respecto de muchos fenómenos de la luz, diera unidad á lo disperso, trabajase para poner en claro lo dudoso y elevando á categoría de leyes los resultados de los experimentos, llegase á generalizar el principio de Faraday. Así se ha constituído la electro óptica. De sus métodos y resultados aprovechóse el insigne profesor Clausius, en la obra reciente, que titula: «Manipulaciones mecánicas de la electricidad» y en el discurso pronunciado al posesionarse del cargo de rector en la universidad de Federico Guillermo.

El ilustre autor de la teoría cinética de los gases, ha prestado á la ciencia otro eminente servicio ocupándose en las relaciones de unas formas de la energía con otras. Trátase de un linaje de fenómenos, de ordinario mal interpretados, pero en los cuales han pretendido ver algunos la conversión positiva y real de los diferentes agentes físicos. Clausius rechaza, en cierto modo, la idea de las transformaciones del calor en electricidad; mas lleva al contingente de los estudios emprendidos todo el poder de su alta inteligencia, afirmando, con nuevos datos, los principios de la electro-óptica, estudiada ahora después de las corrientes magneto-eléctricas. Y sólo he de hacer notar cómo en ello se llevan ventajas, porque resultan bien

MADONNA, cuadro de Emilio Pirchan



EL PRIMER INFORME



ASPECTO DEL SALON DEL PALACIO DE BELLAS ARTES EN EL MOMENTO DE PRONUNCIAR SU ES

(DIBUJO Á LA PLUM



CURSO ANTE LA REINA EL ALCALDE DE LA CIUDAD DON FRANCISCO DE PAULA RÍUS Y TAULET

DON J. LUIS PELLICER)



AL REGRESO DEL MERCADO, cuadro de Koppay



Fig. 1. PATIO DE LA CASA CONOCIDA CON EL NOMBRE DE «CASA DE KAIT BEY»

explicados los fenómenos de la inducción, atribuyéndolos á deformaciones y conmociones, propagadas en la misma forma ondulatoria de la luz.

De cuanto he dicho, intentando resumir en pocas líneas los elementos de la ciencia nueva, resulta que los tres agentes físicos admitidos, en el sentido de tres especies particulares del movimiento de la energía única, quedan reducidos á las formas del calor y la electricidad, y aun ésta, en no lejano tiempo, se fundirá en el calor, que es la más constante, la que mejor se mide y la más próxima de las acciones esencialmente mecánicas. Al menos por semejantes caminos va la Física de nuestro tiempo, con sus formados y admirables descubrimientos, y si pudiera demostrarse que el desequilibrio térmico ocasiona caída de potencial y electricidad, entonces nos hallaríamos en el caso de Faraday después de su primer experimento. Quizá en las acciones químicas provocadas por la corriente eléctrica, en los fenómenos llamados de electrolisis, pueda hallarse medio de resolver un problema arduo, es cierto, mas en el cual no faltan datos experimentales y sólo se han menester relaciones fijas y leyes que señalen límites, que todavía no se vislumbran y sólo aparecen en el horizonte á modo de los débiles resplandores que señalan en el cielo los comienzos de la aurora de un nuevo día.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

LA ROMERÍA DE TEJARES

FOTOGRABADOS AL MINUTO

– ¡A real, caballeros! ¡á real, á real! ¿Quién por un real no va á Tejares en coche?

– ¿Qué hacemos, chica?

– ¡Tó! *Pus dir.* ¿No ves cómo va la Colasa? Nosotras no hemos de ser menos.

– ¡Arriba! ¡arriba! ¡A real! ¡á real! ¡Vaya unas pantorrillas que tienes, chica!

– ¡Mejor *pa mí!* Si te taparas los ojos no las verías.

– ¡Yo taparlos! Si tú no las enseñaras...

– Enseño lo que tengo y *sanseacabó*. ¡Como que *pa* tí no han de ser!... ¡Límpiate que estás de huevo!

– ¡A real, á real! ¡Que me voy!... ¡que me voy...! ¡Arriá, arriá!...

—

– ¿Sabes que ya me voy cansando?

– La *verdá* es que tiene gracia ir cargaos así con la merienda hasta Tejares *pa* llegar *reventaos*.

– Pues, ¿y luego la *gueltа*? Eso sí que es lo peor...

—

– ¡Señorita, señorita!... ¡Las avellanas! ¡Lléveme V. las avellanas! ¡Son las mejores y las más baratas! ¡Vamos! ¡No me deje usté mal! ¡Pruébelas usté! ¡Saben á gloria! ¡No tengo ni una siquiera *pocha!*

– Pues mire usté esta: es la primera que cojo y sale vana.

– Una *causalidá*, señorita; no haga usté caso, son las mejores.

– Pues aquí tiene usté la segunda, que está pocha también...

– ¿Pocha, señorita? no *pue* ser.

– ¡Mírela usté!

Una *causalidá*, señorita; si *paece* mentira... ¡No se vaya usté *asin!* No coja usté avellanas á esas otras tías, porque son muy malas... ¡Las mías son las mejores!

—

– ¡La merenguera ha venido, la merengueráaa!... Merengues y rosquillas á cuar... tó... ¡Mantecadas y mantecaos...! ¡Buenos bizcochos de canela recientitos los trai... go!

¡Obreas durces!... ¡Obreas durces!...

– ¡Eh, merenguera!... ¡Merengueráaa!... ¡Venga *paquí!*

– ¡El barquillero!... ¡El barquillero!

– ¡Una limosna, señorito, por *amor* de Dios!...

– Dios te ampare, hombre, no tengo suelto... (ni *agarrao* tampoco).

– ¡Helao limón!... ¡Helao limón!...

– ¡Vean ustedes, señores, esta pobre criatura desamparada! ¡Una limosna, señores! ¡Por la Virgen de la Salud!

– ¡A perra grande! ¡A perra grande! ¡Se rifa! ¡Un elegante pañuelo de *Manuela!*... ¿Quién quiere otra?

– ¡Aquí tienen ustedes, señores, la historia del hombre *casao* á quien le regalaron siete cosas, todas ellas preñadas!...

– ¡A cuarto la tirada! ¡A cuarto y siempre sale!

– ¡Por tres pesetas, diez y seis mil pesetas! ¡El último! ¡El último! ¡El de la suerte! ¡Lo toma V., señorito?

– ¡Jesus, qué apreturas!

– ¡Hija, esto es un mareo!

– ¡Usté sí que me está mareando á mí con esos ojos!

—

– ¡Que te se caen, hija! Pero ¿no tienes ojos?

– ¡Adiós, mis avellanas! Toditas al suelo. ¿Qué hacemos, pues, con este barullo?

– ¡To! Dejarlas cuando menos después de habernos *costao* siete *realazos:* ya *bues* recogerlas.

– ¡Ay mamá!

– ¡Vamos! ¡lista! ¡lista!

– ¿La ayudo á usté, señorita?

– ¡No señor! ¡Muchas gracias! No *necesitamos* de *naide!* tiene mi hija muy buenas manitas *pa* hacerlo sola.

– ¡Vaya un *esperpento* de futura suegra!

—

– ¡Calla! ¡allí vienen las de Pérez! ¡Vaya un compromiso!

– ¡Dí que sí! Pero se fastidian, hacemos como que no las vemos.

– ¡Eso es! Si *quien* merendar, que traigan merienda como lo hacemos los demás ¡Pues no faltaba otra cosa!

– *Pacá* vienen.

– Hacernos los distraídos.

– ¡Buenas tardes, señores! ¿Con que de merienda, eh? Eso nos gusta, ¡viva el buen humor!

– ¡Hola, Pérez! Vaya, pues arrellánense por ahí y acompáñennos ustedes.

– ¡Oh, muchas gracias!

– No hay gracias que valgan; prueben ustedes un trocito de esta tortilla; está muy buena.

– ¡No podemos! ¡No podemos! ¡Hemos *merendao* ya! ¡Vaya, que aproveche!

– ¡Muchas gracias! ¡Se empeñan ustedes!... ¡Que ustedes sigan bien!

—

– Te digo, mujer, que si no *hubiá* sido porque en seguida *vinon* los guardias, yo los *hubiá desaparao*.

– ¡Te digo que no! Porque no me gusta á mí que te metas en líos.

– Si era *pa* meter paz, mujer.

– Pues más que fuera *pa* lo que fuera; ¡allá ellos!

– No, pues á mí no me lo quitas de la cabeza, yo...

– ¡Tú!... ¿Qué ibas á hacer tú? *¡Na!* Buen caso iban á hacer de tí; como si les hablara un perro.

– ¡Felipa, que me atufo!

– ¡Pues si me estás cargando, hombre!

¡Felipa, *miá* que te casco!

– ¡Cascar es! Tomarás cascar nueces.

– ¿Sí? Pues ¡toma!

– ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡infame! ¡indino! ¡Con tu mujer te atreverás tú! ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—

– Pero ¿ves qué cosas, hombre? ¿Quién había de creer que hubieran de venir por aquí las de D. Facundo?

– ¿Y qué? ¡que vengan!

– ¡Nada! ¡para tí nada! porque eres como Dios te ha

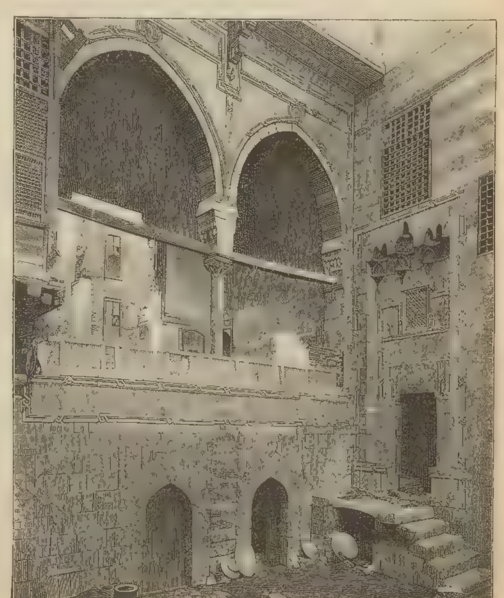


Fig. 2. – MAKAD Y PARTE DEL PATIO DE UNA CASA QUE PERTENECIÓ EN OTRO TIEMPO Á UN INDIVIDUO DE LA FAMILIA DE KALAOUN



Fig. 3.—HABITACIÓN SUPERIOR DE LA CASA REPRESENTADA EN LA FIG. 2.

hecho. Pero no me hace maldita la gracia que nos vean aquí, tirados en el suelo, comiendo bonito. Buen sofocón vamos á llevar.

—¡Bah, bah, bah!... Ande yo caliente... y ríase la gente.

—

—¡Ay, Dios mío! Pero ¿y no podremos salir de aquí?... Pero ¿qué es lo que ha sucedido? ¡Aquí, en medio del río *ná* menos!...

—¡Nada, señora, no tenga V. miedo! Es que el bote ha encallado.

—¡Encallado!... ¡Jesús! estamos encalladas, sin remedio, hija.

—¡Ay, mamá!

—¡Para qué nos habremos metido aquí! Virgen de la Salud... ¡Encalladas!... Y á mi edad... ¡Jesús! ¡Jesús!...

—

—¿Se me ve, Juana?

—¡Que te se ha de ver, mujer! Con el polisón no se nota nada.

—Pero ¿y si nos registran?

—No tengas *cuidao!* ¿Quién ha de creer que llevamos carne de contrabando?

—Pues mira, pregúntaselo á ese perro que no hace más que olfatearnos. ¡Demonio de perro!

—Pues dí que sí, que nos va á descubrir con tanto seguirnos y olernos.

Espanta á ese perro, Lucas.

—¡Chucho! ¡Largo allá! Ya se marchó.

—Ahora ya podemos entrar tranquilas.

FERNANDO ARAUJO

(Salamanca)

CASAS ANTIGUAS DEL CAIRO

Bien sabido es que en estos últimos años se han verificado cambios notables en el aspecto exterior del Cairo. Tan insaciable ha sido el deseo de modernizar la ciudad á la europea, y tan desmedido el afán con que se procedió desde un principio á la demolición de los monumentos arquitectónicos, que el Cairo de hoy día sólo es ya en cierto modo un recuerdo del pasado. Con ayuda de las pinturas, de los grabados y descripciones, aun podría el arqueólogo reconstituirle; mas para el viajero, la ciudad que todavía en nuestro siglo, era la más marcadamente oriental, la que ostentaba mejor su arquitectura de la civilización mahometana en sus más graciosos y fascinadores aspectos, ha dejado de existir. De su gracia y belleza apenas quedan vestigios, y en el que las ha visto desaparecer esto produce tan desfavorable impresión, como la que se experimenta al ver á los naturales vistiendo un traje híbrido, por su ridículo afán de asemejarse un poco á los europeos en cuanto á sus modas.

Con frecuencia se ha dicho que la antigua arquitectura de las casas del Cairo era monótona y carecía de interés, por la falta de ornamentación en las fachadas principales, pues sólo las puertas tienen adorno. No podemos con venir en esto, pues basta visitar algunas calles retiradas, prescindiendo de los monumentos públicos y de las tiendas, para ver conjuntos muy característicos, notables efectos de luz y sombra, debidos á la diferente altura de las casas, cornisas admirablemente esculpidas, ventanas con sus preciosos marcos labrados, y sobre todo puertas con sus preciosos adornos, ofreciendo el conjunto un carácter pintoresco que el viajero no está acostumbrado á ver. Tal vez la impresión de monotonía se haya producido por la soledad y el silencio que siempre reina en las estrechas calles donde no hay mercado ni bazar alguno; pero si es así, debemos confesar que muchos quisieran esa monotonía en las nuestras.

Se ha descrito tantas veces el plano general de las casas del Cairo, que sin duda le conocen ya los más de nuestros lectores. Se recordará que la puerta de la calle comunica con un pasadizo de ángulos agudos, para impedir que los transeuntes vean el patio cuando la entrada está abierta; que las ventanas de las habitaciones principales dan al patio y no á la calle; y que á menudo se encuentra un saloncito retirado con asientos y divanes, llamado *tuck tabvoosh;* también hay uno adornado con dos ó tres arcos, el *makad;* otro que se destina para recibir á los visitantes, ó sea la *mundara;* una parte de la casa contiene el *harem;* y en el resto hállanse las habitaciones de los criados: las cocinas están casi siempre en los sótanos. El patio es el centro de la vida de la casa, y cuando los visitantes no son hombres, las mujeres circulan allí libremente. El jefe de la casa ocupa el *makad* con su familia para recibir las visitas; y he aquí porqué el arquitecto concentra aquí todos los elementos del decorado.



Fig. 5.—PATIO DE UNA CASA DE KASABET RACHWAN

Los grabados que ilustran el presente artículo son copia de unas fotografías hechas hace dos años para el autor, quien, al ver que la demolición de los antiguos edificios progresaba rápidamente, buscó las más vetustas casas que conservaban atractivos arquitectónicos, para dar después una idea de sus bellezas.

Las ilustraciones 1 y 2 representan porciones de la fachada Sur de los patios de dos casas: la primera es conocida con el nombre de «Casa de Kait Bey,» ocupada ahora por varias familias pobres; su conjunto está en general muy deteriorado y las celosías han desaparecido en su mayor parte; la construcción que se ve sobre la línea del techo llámase *malkaf;* se compone de tablas y tiene por objeto recibir las brisas del Norte para hacerlas llegar á una habitación situada debajo.

La figura 2 representa una pequeña casa que perteneció á un individuo de la familia del sultán Kalaoun: hállase ahora en estado ruinoso, habiéndose derrumbado ya la ventana del *makad,* que da á una estrecha calle; también se ha caído una parte de la pared, viéndose por lo tanto las casas de enfrente á través de la abertura. El patio está casi cubierto ahora con un montón de basuras donde se suelen encontrar algunos carneros y una cabra, única propiedad sin duda del que habita aquel sitio. En algunas de las habitaciones superiores se han formado en el suelo grandes boquetes; y se necesitaría la agilidad de un gimnasta para subir por las escaleras.

El grabado núm. 3 representa uno de los salones de la misma casa: las paredes que en otro tiempo estaban enriquecidas con sus pinturas no son ahora más que una capa de cal, y de las preciosas obras del escultor apenas quedan algunas muestras, pero todavía se ven varios tableros de mosaico admirables por su dibujo á pesar del estado ruinoso en que se encuentran. En un lado se ve una especie de ventana, y más abajo una puertecilla que se oculta en la sombra, que por un pasadizo conduce al *harem.*

Muy sensible es que apenas queden muestras del precioso decorado de la época en que más se distinguieron los artistas. Ahora sólo podemos formar idea por algunos trabajos escultóricos, y grupos de mosaicos conservados en un museo de Inglaterra. Del decorado interior de las casas sólo se encontrarían en el Cairo algunos ejemplos que datan del último siglo, y si bien han perdido algunas de sus cualidades del primitivo período, aun conservan mucho de su carácter general.



Fig. 4.—PATIO DE LA CASA DEL JEQUE DE SADAT

La ilustración del grabado núm. 4 representa el patio de una casa del siglo XVIII, más bien de fines del XVII; pertenece al Jeque de Sadat, quien la conserva en su primitivo estado y es por lo mismo digna de verse.

La casa que figura en el grabado núm. 5, se halla, por el contrario, muy ruinosa, y casi se cae á pedazos; de modo que sólo aquellos que conocen las antiguas casas podrían formar idea de su primitivo aspecto.

El grabado núm. 6, representa otra casa muy notable por su original aspecto y su curiosísima fachada, en que se ve la puerta con sus característicos adornos. Nada podemos decir de su interior, porque apenas se conserva algo que merezca especial mención; pero el exterior basta para dar una clara idea de la arquitectura del Cairo en la buena época.

(Del *Art Journal*)

MOVIMIENTOS ESPONTÁNEOS

DE CIERTOS CUERPOS EN LA SUPERFICIE DE ALGUNOS LÍQUIDOS

El alcanfor, diversas sustancias sólidas odoríferas, y los cuerpos porosos empapados en líquidos volátiles, efectúan en la superficie del agua movimientos singulares de rotación y traslación que han preocupado mucho al mundo sabio en la primera mitad del siglo. Se atribuyeron tan pronto á la electricidad como á simples fenómenos mecánicos de retroceso, producidos por el desprendimiento de

los vapores ó de partes fluidas que, emanadas del cuerpo, iban á chocar con el aire ó el agua; mas no se ha dado ninguna solución definitiva, ni explicación clara y satisfactoria de estos fenómenos.

Dutrochet, el ilustre autor del descubrimiento de la endósmosis, después de hacer muchos estudios por desgracia plagados de graves errores al principio (1841), aunque apoyados al fin en experimentos muy valiosos, sólo halló para explicar dichos movimientos la existencia hipotética de una fuerza desconocida que se presentaba en la superficie de separacion de dos líquidos cualesquiera, y á la cual llamó *epipólica*. Esta noción de una nueva fuerza no fué admitida; y por otra parte nada se indicó para reemplazarla; de modo que para explicar los movimientos del alcanfor, volvióse á suponer un efecto de retroceso análogo al de un cohete. Sin embargo se podía encontrar realmente algo mejor, pues bien se adivina una desproporción considerable entre esa causa de movimiento y el movimiento mismo.

Dutrochet acertó al pensar que debía haber en la superficie de los líquidos una fuerza especial, pues hoy se ha reconocido, en efecto, que esta fuerza es asiento de otra, á la cual se ha dado el nombre de *tensión superficial*. Como es preciso conocerla para comprender lo que vamos á decir, trataremos de dar una noción clara y sencilla á la vez.

Consideremos una burbuja de jabón abandonada en la extremidad de un tubo que ha servido para inflarla; vemos disminuir su volumen rápidamente, y anularse del todo; en la abertura el aire es expelido como por una presión interior y produce un soplo muy apreciable. En física se ha demostrado que la fuerza que produce esta presión en el aire sólo reside en las caras libres de la burbuja, sean internas ó externas: estas caras obran cada cual como una membrana elástica tendida que mantendría el aire bajo presión.

Podríamos demostrar que la superficie libre y *plana* de un líquido cualquiera es asiento de una fuerza que obra exactamente como si la masa líquida terminase en una membrana muy tenue elástica y tendida. Se ha reconocido que á esta fuerza se deben los fenómenos de la capilaridad, y tal vez otros muchos menos conocidos; y hasta diremos para terminar estas breves nociones que esa *tensión superficial* de los líquidos no es probablemente más que un caso particular de la atracción que se ejerce entre todos los cuerpos.



Fig. 6. – FACHADA PRINCIPAL DE UNA CASA ANTIGUA

Sabemos, pues, que existe constantemente en la superficie de todos los líquidos una fuerza á veces poderosa en sus efectos; pero es muy notable que su intensidad cambie con la naturaleza del líquido considerado. Fácil es reconocerlo así sumergiendo un mismo tubo capilar en diversos líquidos, pues se verá cómo suben á niveles muy distintos. Hasta bastaría extender una pequeña cantidad de un líquido cualquiera sobre el agua para cambiar su tensión superficial.

Guiado por estas nociones teóricas he tratado de construir el pequeño juguete (fig. 1) científico que el grabado representa: es una barquita que se ha recortado con las tijeras en una delgada hoja de estaño; puesta sobre el agua, flota fácilmente; y habiendo yo vertido una gota de alcohol en la proa, de modo que tocase el agua, observé al punto que la barquita se deslizaba bruscamente. A primera vista parece que se produce una repulsión súbita y poderosa al efectuarse el contacto del alcohol con el agua; mas para considerar bien los hechos, se han de tener muy en cuenta las tensiones y las tracciones que sufre el esquife rodeado por todas partes de una superficie líquida. En la proa y en los lados, esta superficie es de agua pura, y por lo tanto tiene una fuerte tensión; en la proa está cubierta de alcohol, y esta capa misma, muy delgada, disminuye aquélla notablemente; de modo que, solicitada por dos efectos contrarios y desiguales, la barquilla cede al más poderoso, y es arrastrada sin cesar hacia la superficie libre del agua.

No ha de invocarse, pues, la existencia de una *fuerza de repulsión* de naturaleza desconocida, porque sabemos que existe una *fuerza de atracción*, que *no puede menos de producir efecto:* la diferencia entre una atracción fuerte, la del agua, y una débil, la del alcohol. El hecho es general en absoluto: el éter, el cloroformo, las esencias y los *aceites* producen un movimiento más ó menos rápido de la barquilla. La mayor parte de los líquidos podrían servir teóricamente á causa de la fuerte tensión que hay en la superficie del agua.

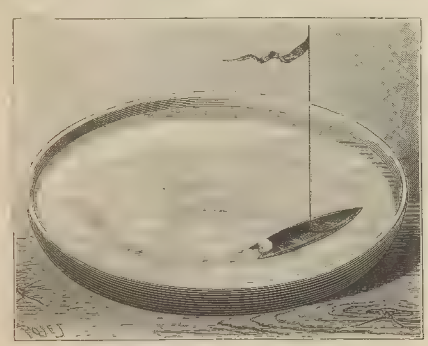


Fig. 1. Barco de estaño que circula en el agua con ayuda de un pedazo de alcanfor.

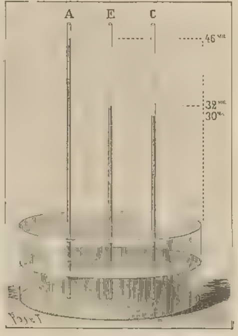


Fig. 2. – Niveles á que el agua sube en un tubo capilar lleno de aire, A, de vapores de éter, E, ó de vapores de alcanfor, C.

Habrá quién crea que semejantes efectos no se producen sino con una capa bastante considerable del líquido sobre el agua; pero sería sumamente fácil demostrar que basta una muy tenue para obtenerlos en gran escala: los vapores mismos no lo hacen ver, pues basta aspirar en diversos frascos el aire cargado de aquellos en un tubo capilar; que se sumerge después en el agua, para ver el nivel de esta última completamente cambiado (fig. 2).

Notemos aquí que el efecto se produce perfectamente con vapores de alcanfor, y por lo tanto se comprenderá que este cuerpo debe poner el barco en movimiento como los líquidos citados antes. La prueba que yo practiqué para reconocer el hecho excedió á mis esperanzas, pues no sólo se mueve la barquilla sino que su marcha es rápida y regular durante horas enteras.

Para observarlo mejor, basta poner en el esquife una larga paja ó una varilla de vidrio á guisa de mástil, sujetándola con un poco de lacre y poniendo en la extremidad una banderola (fig. 1.)

Por las experiencias practicadas, los movimientos del alcanfor y de otros cuerpos en la superficie del agua se explica sin ninguna dificultad: siempre resultan ser efecto de una diferencia de tensiones superficiales desiguales. Lo mismo se observa con el mercurio, sobre el cual, según se sabe, el alcanfor puede también moverse como en el agua. Yo he realizado siempre la experiencia aspirando simplemente el mercurio ordinario, sin destilar ni purificar, por medio de una pipeta, y vertiéndolo en una vasija colocada en un plato; para el mejor éxito se pasa una ó dos veces una lámina de cristal sobre el mercurio á fin de *espumar* en cierto modo la superficie; después se espolvorea con algunos granos de alcanfor; y formando como una niebla con el aliento, obsérvanse una infinidad de renacuajos de larga cola, de agilidad suma, indicado cada cual por una mancha. Este experimento es de los más curiosos y de los más fáciles de realizar.

Conocida la causa de los movimientos del alcanfor, ignorábamos aún porque cesan aquellos; pero últimamente se ha demostrado que siempre sucede así cuando hay una película grasosa en la superficie del agua.

Parece muy natural que el movimiento cese cuando disminuye la tensión superficial; y un sencillo experimento basta para demostrarlo. Póngase sobre un agua de superficie bien pura un anillo formado con un hilo flexible encerado. Es irregular en su contorno, pero será suficiente una gota de aceite colocada en su interior para que se extienda de improviso en forma de un círculo más ó menos perfecto, sin que el aceite salga de aquél; pero depositada en el exterior, la gota produce el efecto inverso, contrayendo el anillo en repliegues tan compactos como lo permite la flexibilidad del hilo.

Otro factor se ha de tener en cuenta, y es la *viscosidad*, sumamente considerable. Para separar las dos causas que paralizan los movimientos, viscosidad y disminución de la tensión superficial, he imaginado enlazar por un puente rígido dos barquillas idénticas, colocada la una sobre una capa aceitosa y la otra en una superficie pura; en esta última se pone un anillo flotante de alambre ó latón encerado, y sobre él se colocan las dos barquillas; en la proa de la exterior se adapta un pedazo de alcanfor, y el conjunto comienza entonces á moverse. Hecho esto, se vierte una gota de aceite en el círculo interno, y obsérvase que el movimiento *continúa* sin disminuir apenas; pero desde entonces se nota que el anillo es arrastrado. Resulta de aquí que la viscosidad del aceite no basta para explicar la cesación de los movimientos del alcanfor; de modo que el cambio de tensión superficial es el único factor importante.

Vemos que la teoría de una reacción, producida esta vez en el líquido ó en el aire, queda muy pobre de argumentos; pero aun hay más: coloco sobre el agua, aceitada ó no, un flotador en forma de cristal de reloj, y pongo la barquilla en su borde; el movimiento continúa, aunque necesariamente disminuye un poco; y si se pone sobre el flotador un frasco ó un objeto cualquiera, el peso total se eleva á 50, á 100 gramos, ó á un kilogramo, y el movimiento subsiste siempre. Aunque se detenga, el objeto vuelve á continuar su marcha rápidamente (fig. 4).

Del conjunto de las experiencias practicadas, creo poder deducir en conclusión con seguridad, que la causa de los misteriosos movimientos del alcanfor sobre el agua y el mercurio está definitivamente reconocida y se considera muy naturalmente como el efecto de una fuerza que se puede medir.

(De la *Nature*)



Fig. 3. – Movimientos del alcanfor en granos finos en la superficie del mercurio

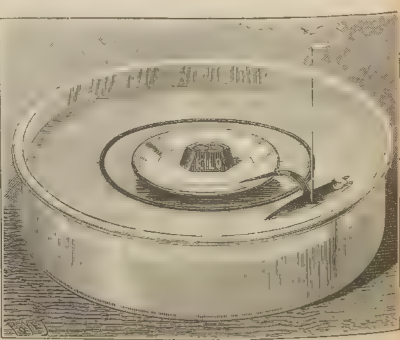


Fig. 4. – Barco de estaño que hace girar en el agua un flotador cargado

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VII — BARCELONA 18 DE JUNIO DE 1888 — NÚM. 338

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BARCELONA ARTÍSTICA

MONUMENTO Á DON JUAN GUELL Y FERRER, proyecto de D. J. Martorell.—Estatua del escultor Sr. Nobas

(Emplazado en el cruce de la calle de las Cortes con la Rambla de Cataluña)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL MONUMENTO Á DON JUAN GUELL

Proyecto del arquitecto Sr. Martorell. - Estatua del escultor señor Nobas

El día 31 de mayo último se inauguró el monumento que los amantes de la industria nacional han elevado á la honrada memoria de don Juan Güell y Ferrer. Proyectólo el distinguido arquitecto don Juan Martorell y Montélls y si no acusa una suntuosidad y grandeza notables, que hubieran sido contraproducentes quizás en este caso, es correcto y de buen ver, habiendo sido con justicia encomiado por los inteligentes y por el público.

Hállase emplazado en el sitio más notable del ensanche de Barcelona, el cruce de la Gran-Vía ó calle de las Cortes con la Rambla nueva denominada de Cataluña. Sobre una escalinata de tres gradas álzase el basamento de configuración cuadrangular, algo ochavado en los ángulos, encima del cual y separadas por elegantes columnas son de ver cuatro matronas sentadas, símbolo respectivamente de la Industria, la Agricultura, el Comercio y las Artes. Remata este segundo cuerpo en cuatro monstruos alados que sustentan el pedestal de la estatua, obra notable del escultor señor Nobas. Inscripciones distribuídas en distintos puntos del monumento recuerdan que el señor Güell y Ferrer estuvo dotado de las cuatro virtudes cardinales; negras lápidas contienen la dedicatoria al insigne patricio y la época de la inauguración, y en sitios más altos hay algunas fechas interesantes de la vida de aquél, en caracteres algo pequeños para ser cómodamente leídos.

Revistióse de merecida solemnidad el acto de descubrir la estatua pronunciando discursos el Sr. Alcalde de Barcelona y el Sr. Presidente del Consejo de Ministros que presidió la ceremonia. De este último se aguardaba alguna declaración proteccionista; pero el Sr. Sagasta, que no ha dado grandes pruebas de pertenecer á esta escuela económica, sorteó el compromiso con su reconocida habilidad.

Al pie del monumento se depositaron varias coronas. Ahí están todavía; el sol las ha secado por completo. Mucha es la fuerza del sol; no lo es, empero, bastante para secar igualmente la gratitud del pueblo hacia el ciudadano honrado que consagró á la defensa de la industria nacional, teórica y prácticamente sus capitales, su experiencia y su reposo.

MAL ENTRETENIDOS, cuadro de J. Ferrer

No es la playa escuela de buenas costumbres, ni tampoco de primeras letras, antes bien es centro muchas veces de gente viciosa y casino de mal entretenidos. En tales casos, una manta raída suple el significativo tapete verde y una baraja mugrienta es el medio ó instrumento de relación entre personajes de heterogéneas condiciones unidas transitoriamente por el común deseo de un lucro nada honesto. El autor de este cuadro ha reproducido con verdad una escena vulgar y el ánimo se apena contemplando el sórdido interés con que esos cuatro hombres se entregan á su diversión favorita. ¿Cómo terminará ese empeño?... Casi puede asegurarse que ante un tribunal de justicia.

CABALGATA EN LA PLAYA cuadro de Juan Verhas

Ninguna persona de buen tono puede prescindir, durante el verano, de vegetar cabe las orillas del Mediterráneo ó del Cantábrico. Las montañas van decayendo. ¡Pueden lucirse tan pocos trajes en las neveras que dominan la Joungfran y el Monte Blanco!

Ya tenemos á nuestros expedicionarios en Biarritz ó en Trouville... No basta; es preciso ser excursionista. Aquí entra el burro en funciones. Un burro, y aunque sea una burra, adquiere en casos tales una importancia oriental. Porque han de saber Vds. que en Oriente se tiene en mucha estima á los asnos. Verdad es que en Europa empiezan á hacer bastante papel. Vaya sin decir aquello de: - Estos son otros López.

El pintor Verhas ha querido rendir un merecido tributo á esos útiles animales cuya única *borricalidad* es su excesiva modestia. Pintar caballos no lo han desdeñado ni Velázquez ni Horacio Vernet. Pero ¡el burro!... Del burro ningún artista había hecho el menor caso hasta el presente. Y esto que, entre muchos individuos de la especie, la burra de Balaam se prestaba para asunto de un buen lienzo y alguna mayor consideración merecía el pacífico animal con que Jesucristo hizo su triunfal entrada en Jerusalén...

Por fin, Verhas ha tratado á los burros con cariño; su cuadro demuestra haberlos estudiado tan filosóficamente como el primer dibujante inglés estudia al vencedor en el Derby. Con ello, ¿ha perdido algo el arte? Todo lo contrario: antes bien ha ganado un cuadro bellísimo en el cual la más prosaica verdad trasciende á grata poesía.

A LA PUERTA DEL MESON, cuadro de Otón Seig

A simple vista se comprende que el autor de este cuadro ha querido imitar las composiciones de Teniérs. Sin embargo, cuando tan presuntuosos propósitos tiene un artista, no basta querer sencillamente, es indispensable reunir condiciones que excusen la pretensión. Estas condiciones ha demostrado Seig poseerlas en sumo grado, tan sumo que cualquiera podría suponer debido al típico pincel del célebre maestro holandés el cuadro que publicamos en este número. La vieja danzante, su joven pareja y los bebedores que conversan junto al tonel, no pueden estar más en carácter. Pocas veces un maestro ha tenido tan buenos imitadores como Seig lo ha sido del ilustre artista á quien ha tomado por modelo.

DIABLO DE MUCHACHO... cuadro de A. Botta.

Hay en este mundo personas que son una verdadera Providencia para los fabricantes de objetos frágiles; personas reñidas con la porcelana y el cristal manufacturados; personas que rompen las copas con sólo llevarlas de la mesa á la boca; personas que toman en sus manos un plato ó botella, y la botella y el plato se les caen al suelo como si éste fuera de imán y de acero aquellas prendas. Es una propiedad triste, una especie de sino fatal, que pesa singularmente sobre los niños y que vale á éstos correcciones eficaces que nada corrigen.

Algunas veces, empero, la torpeza y travesura de un muchacho es pecado que lleva consigo la penitencia; el frasco roto se venga de su destructor introduciendo en las carnes de éste un pequeño casco, causante de agudos dolores. En casos tales el llanto de la criatura denuncia su delito; llegan apresuradas su abuela y su hermana y se practica la primera cura con acompañamiento de caricias y de reprimendas que el herido ahoga con sus gritos desaforados. Tal es la escena representada en este cuadro, escena que habrán presenciado distintas veces nuestros lectores y por ende podrán dar fe de la fidelidad con que ha sido trasladada al lienzo.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SEGUNDO PASEO

Terminamos el primero al pie del arco ó portada de la Exposición; soberbia mole, á la cual sobran únicamente los remates, y falta sólo buena parte de su decorado, del mejor gusto. Tal cual es, sin embargo, con sus líneas grandiosas y sus magníficos alto relieves, corresponde á la idea de grandeza que ha de producir desde luego en el ánimo el edificio de entrada á una Exposición universal. A su lado se achican y empequeñecen las cuatro estatuas en bronce sobre la balaustrada que cierra el paso. Por debajo del arco se agranda y extiende, en hermosa perspectiva la sección primera en que puede dividirse el área de la Exposición, y se prolongan en fugaces tangentes á la vista las líneas paralelas del Salón de San Juan, hasta la verja del Parque, y las bandas de verduras del jardín hasta la estatua ecuestre de Prim: diminuta mancha de tinta en el punto en que van á juntarse para los engañados ojos. Este primer panorama es grandioso y bello: tiene la simplicidad de la recta, monótona al cabo, pero grata en corto trecho, el atractivo de los copudos árboles y las masas de verdura que rompen en último término la monotonía, y el hechizo mayor é incomparable que entona todo cuadro al aire libre: la bóveda del cielo, un cielo transparente y luminoso, dando saliente vigor á las masas de edificios, á los jarrones y esculturas con las reverberaciones del sol, ó esfumando los fondos con las tintas desmayadas del crepúsculo. Sólo falta á las tres grandes vías del Salón paralelamente dispuestas, mejor y más propio afirmado, para que recuerden el panorama de una gran capital desplegándose anchurosas precedidas del gigantesco arco, y los altos mástiles de esbelto dibujo. Sin esta condición, con la polvorienta y terrosa faja que se desarrolla á la vista, manchada por las desiguales sombras de los árboles en hilera, la mayor perspectiva de nuestra ciudad se empobrece é impresiona de un modo desagradable: ¡el cielo arriba, satinado y espléndido, el bronce esculpido, la rica decoración á la altura de los ojos, y... el polvo en los pies! No causaría un efecto más raro un caballero de frac, reluciente pantalón... y alpargatas.

Los dos grandes edificios de ambos lados de la vía, en este primer trecho, producen grata impresión por sus dimensiones, sus líneas generales y su decorado, pero con ser, principalmente el Palacio de Bellas Artes, de bella arquitectura, si se toma por bello lo correcto, no sorprenden por su originalidad, no hieren la imaginación con aquel movimiento de líneas, con aquel encanto de lo característico y verdaderamente original y osado, que ansiamos siempre en la arquitectura. Grandioso aquel, detiene los pasos del visitante; elegante en su decoración exterior, le fuerza á acercarse complacido, pero no pasa de aquí. Inferior á muchos otros edificios del mismo estilo, los recuerda á todos; está pidiendo su reproducción en grabado, donde sus detalles y sus proporciones severas agradan al lector casero y curioso, aunque se diga que ha visto en otras partes una y otra vez construcciones análogas. Bien sé que no es posible lucir siempre el don de la originalidad, ni oportuno en muchos casos en que el arquitecto ha de sujetarse forzosamente á condiciones preestablecidas; la arquitectura, además, como todas las artes, tiene sus dechados de belleza que consagró la costumbre, y de los cuales sólo le es dado prescindir al verdadero genio. ¡Es, sin embargo, tan seductor aspirar á lo nuevo! ¡sería tan gran placer para nosotros hallar en los monumentos de la ciudad un sello característico y propio, como en todas las manifestaciones de nuestra vida, que el profano puede permitirse siquiera graduar su aplauso, y sin negarlo á la imitación, dolerse de que sea tal! Esas grandes líneas amplias y severas, esos pórticos y columnatas sujetas á euritmia y prolongando sus sombras paralelas como soldados en formación, esas ventanas rectangulares, será mal gusto nuestro, nos dejan fríos; no sugieren la idea de la inspiración espontánea y viva, del arte sentido y embelesador que crea nuevas formas, que se complace en su propia obra, se penetra de los oficios á que va destinada, y la embellece, como quien dice á la ventura, al calor de la concepción, soñando con el hechizo de su perspectiva, con los encantos que le prestan los efectos de luz y de sombra, hasta la lluvia y el tiempo y las vicisitudes agrupando en torno y al azar nuevas construcciones. Ya sé que esto es pedir imposibles á la regularidad y al buen orden de la rutina y la necesidad, pero yo creo que sólo así se erigieron los monumentos que nos admiran por lo pintorescos, y sólo así se embellecían antiguamente las ciudades que visitamos hoy atraídos por la poesía indefinible de sus calles y plazas. Ahora encargar la construcción de un edificio público, es como decirle á un alumno de retórica «escríbame V. una oda en endecasílabos libres.» El alumno se va á su casa, consulta los modelos, aprende la noble fraseología, depurada y atildada de los clásicos, mide los versos y cuenta las sílabas, y después de haber desarrollado el tema con la debida ponderación entre las partes, pone en limpio la composición... y ya está. Y está bien, no cabe duda; pero es preferible á esto la estrofa incorrecta escrita en una noche de insomnio, aunque luego la pula mayor ciencia literaria; que también como la arquitectura, no todo puede ser en la literatura inspiración.

Esto no quiere decir que el Palacio de Bellas Artes no tenga como la oda heroica, ó mejor dicho mudando la comparación, como el altisonante discurso, sus fragmentos dignos de estima, y toda aquella utilidad, todas aquellas grandes dificultades de composición, vencidas y resueltas que sólo el orador sabe lo que han costado. En este punto, nada escatimamos.

Pero sin querer me he detenido ante este edificio más de lo que pensé y queda mucho que decir todavía de las restantes secciones en este rápido paseo. Como no cabe en el espacio de que podemos disponer, quédese para la próxima semana.

J. Yxart

LA TELA DE PENÉLOPE

Tejer y destejer era la tarea de la hermosa princesa griega, mujer de Ulises. Hacer y deshacer, formar y transformar, labrar y destruir, es la obra incesante de los hombres y de los tiempos. La naturaleza entera, la creación del supremo Hacedor, nos ofrece el ejemplo de lo que nosotros en pequeña escala practicamos. Todo lo existente, lo orgánico y lo inorgánico, lo animado y lo inanimado, se mueve, se manifiesta, se transforma en esferas concéntricas y de diversas magnitudes, desde lo inmensurable hasta lo mínimo. Dentro del infinito creado, toda vida es evolución: giran los planetas y envejecen en sus órbitas, y desaparecen unos para que se formen otros; giran las edades, giran las estaciones; nacen y mueren las criaturas, los animales, las plantas, como mueren y nacen las ideas, las instituciones, todas las cosas del mundo intelectual y moral, desapareciendo para renacer transformadas. De esta manera, todo cambio en lo humano es variación y modificación, no muerte en la acepción vulgar de esta palabra, y la transición de uno á otro estado es operación constante, siendo erróneo el suponer que el tránsito de uno á otro modo de ser no sea obra de todos los tiempos.

En una cosa se diferencían las evoluciones de la materia de las evoluciones del espíritu: en el mundo físico el proceso es constante y nunca interrumpido, por más que se diga que la naturaleza *descansa* cuando los hielos aprisionan el curso de las aguas y el aterido invierno que despojó á las selvas de su fronda paraliza en cierto modo la circulación de las savias nutritivas; porque aun entonces mismo prosiguen en su acción ocultas y latentes las fuerzas que mantienen la vida de nuestro planeta. Pero en el mundo moral la marcha sufre intermitencias, pues á la manera que para hacer su camino el viandante necesita puntos de parada y de descanso, así el espíritu humano necesita períodos de reposo para meditar sobre lo que lleva hecho, corregirse, rehacerse, y seguir luego marchando con nuevos bríos. Por esto las ideas, las aspiraciones, las instituciones sociales, las costumbres, los usos, las modas, todo lo que nace del movimiento intelectual, parecen á veces estacionarse, y cuando la calma y el reposo cesan y el proceso continúa, viene el antagonismo entre lo que concluye y lo que comienza.

Pero en el limitado campo de nuestra existencia, que es nada en la serie de los tiempos, se nos representa como un gran trastorno, como un formidable cataclismo, lo que es en realidad un pequeño sacudimiento de la vida que recobra su acción momentáneamente suspendida.

En uno de estos sacudimientos, en una de estas épocas de transición y transformación nos hallamos hoy; y esto lo advertimos mejor que nadie, y casi diría muy á costa nuestra, los que hemos presenciado cómo iban las cosas en el tiempo durante el cual gozábamos del descanso de la tarea anterior.

Al sistema antiguo de absoluta y omnímoda autoridad bajo cuyo imperio fuimos educados, parece ahora conveniente y útil para el progreso humano sustituir el de libertad omnímoda y absoluta. En esta transición el presente y el pasado andan á mojicones, y no es siempre muy venturosa la suerte de los que nos encontramos en medio del conflicto. A los que somos optimistas nos sirve de consuelo la esperanza de que la lucha y los males que de ella se originan serán transitorios; los pesimistas, por el contrario, se entregan á tristes lamentaciones pronosticando que todo irá de mal en peor hasta que la humana sociedad se hunda en espantoso caos. Nuestras esperanzas estriban en la perfectibilidad humana y en promesas eternas que han de cumplirse á todo trance; el desaliento de los que todo lo ven negro se funda en la creencia de que la decantada perfectibilidad es una quimera, y en predicciones apocalípticas de terrífico carácter. Que el viandante ha dejado el lecho en que reposaba para proseguir su camino, es evidente; ahora, que la senda por donde se quiere dirigir sea la que conduce rectamente á la perfección y á la felicidad, ó bien la que guía á la perdición; que lo que se imagina progreso lo sea realmente,



MAL ENTRETENIDOS, cuadro de J. [illegible]

y no retroceso á la barbarie, eso es ya otra cosa: el tiempo lo dirá; pero creemos los optimistas que aunque se equivoque, ha de reconocer su error y desandar el mal camino que haya recorrido; y dejamos á Dios, que nos ha impuesto el deber de ser perfectos, el cuidado de no despojarnos de los medios necesarios para conseguirlo.

Mientras el conflicto se resuelve, sin remontarnos nosotros á filosóficas investigaciones sobre el destino del hombre según la doctrina católica, ó según las teorías racionalistas, y sin salir del modesto círculo de las costumbres, indicio seguro de las ideas y creencias, consignemos á fuer de narradores imparciales algunos hechos referentes á la lucha intestina ó sea á los conflictos de familia, inevitable resultado de la transformación que hoy se está verificando, y que parecen unas veces síntomas de adelanto, y otras indicios de degeneración. Los hechos se desprenderán de la escena que voy á fotografiar.

Intervienen en ella un caballero anciano, de noble porte y de distinguida naturalidad en su expresión y maneras, vestido con una larga levita gris-marengo; una hija suya de veinte abriles, bonita y fresca como una camelia, pero un poquito afectada; y un joven *fashionable* que frisa apenas en los treinta años, socio del *Veloz-Club*, aficionado al *baccarat*, á la americana de color de avena y al hongo, muy cuidadoso de que se vea siempre en sus camisas la tersura y el brillo de la porcelana, de que sus largas uñas estén transparentes como el cristal, los dedos anular y meñique de su mano derecha adornados con gruesos anillos, su calzado de *punta de cuerno* bien charolado, y su barba bien perfumada y compuesta: el primero, fustigador implacable y nervioso de todos los nuevos usos y modas, y de las nuevas ideas de emancipación general, intelectual y religiosa, política y económica; el último, resuelto partidario del progreso indefinido en todas las esferas de la actividad humana. El anciano, D. Teófilo, ocupa un sillón de brazos en un gabinete elegantemente decorado, obstruído por multitud de mueblecitos de distintas épocas y estilos, llenos de cachivaches, figurillas, vasos con flores, tiestos con plantas de hojas multiformes, ya matizadas de vivos colores, ya tendidas en irrespetuosas proyecciones; retratos en fotografía con marcos y sin ellos; bronces, porcelanas de Imali y de Corea, bernegales de reflejos nacarinos y formas caprichosas, escriños repujados y esmaltados, ceniceros del Japón, albums y libros ricamente encuadernados. Una lámpara-faro, que su hija Florencia, idólatra de la luz, le ha colocado junto á la cabeza, sobre un hermoso estípite de jaspe y bronce, ilumina con abrasadora intensidad su venerable rostro, que hace aún más respetable una sedosa barba blanca, y en el cual se advierte una marcada expresión de disgusto. El joven, – Ricardo, – está perezosamente tendido, más que sentado, en un sofá que hay á poca distancia, separado del sillón de don Teófilo por una mesita Luis XV, atestada de incómodos trabajos; y delante de él, en el suelo, como una odalisca, sobre un vistoso almohadón de ramaje persa, que sólo levanta medio palmo de una bonita tarima de roble tallado, hace como que se ocupa afanosa la linda Florencia, que está no sé cuántos años há bordando para cierta sillería en proyecto una ancha tira de cañamazo, sin pasar nunca de la primera greca.

Alarga bruscamente D. Teófilo á Ricardo un periódico que tiene en la mano, sin recordar que en aquel santuario de la moda los movimientos tienen que ser muy estudiados, y tira al suelo con el papel un jarrito de Alcora donde había dos magnolias y una vara de nardo, de cuyo olor demasiado subido se queja en vano todos los días aquel pobre mártir de los caprichos de la niña. – Vea V., Ricardo, – le dice, mientras Florencia recoge el cacharro lanzando á su padre una mirada de indignación, – vea V. adónde nos conducen las estupideces de esta prensa periódica que se llama el «cuarto poder del Estado.»

Ricardo, que estaba embelesado contemplando á la muchacha, y acariciándose con la mano, en que luce un enorme anillo con un gran ojo de gato, el empeine del pie izquierdo, y recreándose en la suavidad de su calcetín de seda azul marino, toma el periódico, y con indiferente sonrisa lee las siguientes líneas: «En la sala de lo criminal de la Audiencia de esta corte se vió ayer la ruidosa causa de Dolores Jiménez (a) *la resuelta*, ante un inmenso público en el cual figuraban las más hermosas é ilustres damas de la capital, atraídas por la simpatía que en todas las clases sociales ha despertado la hermosa y desgraciada delincuente, y por la justa fama que goza en el foro de Madrid su defensor, el letrado D. Agapito Taravilla. La *resuelta*, encausada por los crímenes de infanticidio, parricidio y envenenamiento, oyó con verdadera grandeza de ánimo la acusación del Fiscal, que pide para ella la pena de muerte; y la defensa del Dr. Taravilla, que en felicísimos períodos de arrebatadora elocuencia logró interesar á la parte más lucida y selecta del auditorio, que le escuchaba conmovido, fué un verdadero triunfo para la ciencia moderna, la cual, divorciada de las teorías rancias de los tiempos pasados en materia de Derecho penal, aspira á proclamar como axioma la irresponsabilidad de esos seres desgraciados que, víctimas de los errores de la sociedad en que viven, y en el culpable abandono en que yacen desde la infancia, se ven irresistiblemente impelidos al crimen como ciegos agentes ó meros instrumentos de pasiones que no está en su mano refrenar. La *resuelta* es una mujer de elevada estatura, rostro moreno y aguileño y ojos de fuego, – verdadero tipo egipcio, – digno modelo para un cuadro en que figurase la hermosa hija de Faraón. Es *la resuelta* lo que se llama un gran carácter: en un arrebato de celos, envenenó á su amante, estranguló al nacer al fruto de sus amores, y mató luego á su padre, al reconvenirla éste por su inhumano atentado, asestándole un hachazo en el cuello que le dejó la cabeza colgando. A despecho de la aversión que inspiran sus crímenes, interesa esa mujer, considerando lo que hubiera podido hacer de esta española Medea una sociedad solícita, inteligente y previsora. Dícese que las más distinguidas damas de nuestra aristocracia interpondrán sus instantes ruegos cerca de S. M. la Reina, siempre tan compasiva con los desgraciados, para obtener su indulto. Por de pronto, ya obran en la causa luminosos dictámenes de médicos alienistas muy acreditados, los cuales afirman que *la resuelta* perdió la razón en la exaltación de su dolor al ver muerto á su amante del veneno que le administró en su celoso arrebato, y que en todo lo demás obró sin conciencia de lo que hacía...»

– Esto no puede aguantarse, – exclama D. Teófilo levantándose furioso, y derribando con su brusco movimiento la preciosa y frágil mesita con el servicio de café, que tenía delante, de la cual sale rodando una pata salomónica hecha dos pedazos.

– Papá, ¡qué arranques tienes! – grita la niña con gesto agrio, disponiéndose á recoger las piezas de Sèvres desparramadas.

– He aquí otra gracia más, – clama á su vez el padre indignado, mientras se limpia con el pañuelo el pantalón rociado de café: – ¡qué hermosura, el no poderse uno revolver sin hacer destrozos, en estos cuartos de muñecas atestados de estorbos!

– No tiene la culpa la moda de tener habitaciones elegantes, – observa con fría sonrisa Ricardo. – Si hubiese V. tomado con menos calor la cuestión de *la resuelta*...

– Pero, hombre, ¿es tolerable esa serie de barbaridades?

– A mí no me parecen tales.

– Es que los jóvenes padecen Vds. hoy de estrabismo moral é intelectual.

– No veo porqué.

– Pues, en primer lugar, aquí tiene V. (señalando el periódico) un público de lo más distinguido de la corte, y principalmente de señoras, que, sediento de emociones, asiste á tales espectáculos y se interesa por una hiena feroz, afrenta de la especie humana é indigna de figurar en el número de los vivientes. En segundo lugar, unas damas de lo que llaman Vds. la *high life*, que, sólo para granjearse fama de sensibles y caritativas, van á interceder por ese monstruo, y arrancar quizá á la piadosa Reina un indulto muy mal empleado. En tercer lugar, un abogadillo charlatán que sostiene la absurda doctrina de la irresponsabilidad del delincuente, negando la conciencia y el libre albedrío, y la luz natural dada á toda criatura para discernir el bien y el mal, proclamando en suma el fatalismo, y negando también, de consiguiente, la legitimidad del derecho de castigar, esto es, socavando los fundamentos de la justicia humana. En cuarto lugar, unos médicos que, á título de *alienistas*, conspiran á arrancar del poder de los tribunales, y de las prisiones donde se expían los crímenes (prisiones que también una falsa filantropía conspira á convertir en colegios), á los malvados, para llevarlos á los manicomios. En quinto lugar, una prensa que se hace órgano de todas estas insensateces; y en sexto lugar... en sexto lugar... una gente tan frívola y baladí que, sólo por ser de moda esas peligrosas novedades, las escucha impávida y las defiende.

Mientras profiere estas últimas palabras, fulmina don Teófilo miradas de enojo á sus dos interlocutores. Ricardo, reformando su postura demasiado abandonada, se pone también en pie, y con afectada serenidad:

– Todo eso que V. censura, – le replica, – todo eso que usted condena como errores, son conquistas de la ciencia moderna...

– De la ciencia moderna, papá, – añade Florencia, repitiendo como un eco las expresiones de Ricardo.

¡Déjeme V. en paz con su ciencia moderna! – interrumpe don Teófilo cada vez más exaltado, y sin tomar en consideración al hermoso lorito – En ciencia moral no hay moderno ni antiguo.

– Los progresos de la razón humana alcanzan á todas las ciencias, así á las morales como á las exactas y naturales, – replica Ricardo con enérgica entonación.

– Se equivoca V.

– Usted es el que se equivoca, – replica Ricardo con semblante bilioso.

– Papá, no te enfades. En tu tiempo no se sabía lo que se sabe hoy.

– ¡Calle V., doctorcilla sin seso! – prorrumpe airado el anciano.

– Pues mira, papá, esas señoras que se interesan por *la resuelta* no deben ser para tí sospechosas: todas ellas probablemente pertenecerán á asociaciones de caridad.

– Esa es otra. ¡Buena caridad! Las distinguidas damas que cuando celebran sus juntas benéficas hacen intransitable la vía pública con sus elegantes carruajes, que ejercen la virtud á son de trompas y clarines, que hacen rodar los nombres de sus excelentísimas personas con el aditamento de *Presidenta*, *Tesorera* y *Secretaria* por todas las casas de Madrid, en los periódicos, en esquelas de rifas y loterías, en circulares, enganchando incautos para funciones de teatros, máscaras, toretes, bailes, conciertos y reuniones en los jardines públicos, y agotando cuantos medios pueden sugerir el ingenio y la coquetería para figurar en letras de molde; esas ilustres matronas, tan alejadas de la verdadera caridad cristiana, humilde, oscura y paciente, cuanto corrompidas por la vanidad y el orgullo, que miran con desprecio á todo el que no pertenece á su *clase* y que hasta en el templo mismo mantienen su altanería delante de Dios crucificado, como diciendo á Jesucristo: me digno arrodillarme en tu presencia; esas miserables criaturas, que se creen de masa distinta de los demás hijos de Adán, han de llevarse un terrible chasco cuando en el trance formidable de la muerte comparezcan ante el Supremo Juez.

– Yo no defenderé, – observa Ricardo, que cree equivocadamente haber recobrado su serenidad, – la moda de ejercer la caridad á trompetazos, porque dijo Jesucristo que debe la una mano ignorar lo que se da con la otra, y no es verdadera limosna la que se hace con ostentación y como para recibir aplauso; pero al fin y al cabo, si el objeto es remediar las necesidades de los pobres, ¿qué importa que esto se haga por medio de lícitas diversiones, y sin que en ello intervenga la caridad cristiana?

– Hasta en esto yerran Vds., – interrumpe D. Teófilo: – la sana moral no autoriza á buscar el bien por caminos pecaminosos; y no me negará V. que lo es toda excitación á la vanidad y á la sensualidad.

– Papá, ¡qué buen predicador harías tú! – exclama Florencia soltando una carcajada, que reprime con gesto de enojo su padre.

Señorita, esa impertinente salida sólo prueba que está V. contagiada de las malas ideas de este caballero...

– Pues dice bien Ricardo, ¿qué importa que la caridad se haga bailando y divirtiéndose...?

– Calle V., reloj de repetición: ya he dicho que eso no es lícito, y sobre todo á V. no le es permitido tener ideas distintas de las de su padre en cosas de tanta trascendencia: ni en nada.

– De manera, – observa Ricardo, – que todos han de pensar como usted.

– No como yo, – replica D. Teófilo cada vez más enojado, – sino como manda la sana moral cristiana.

– Pues si una hija, – arguye Florencia, – no puede pensar ni discurrir por sí, ¿por qué se dice que la mujer debe hacer uso de su razón y cultivarla lo mismo que el hombre?

– La autoridad tiene sus límites, Sr. D. Teófilo.

– Amigo mío, V. y yo no podemos entendernos: partimos de principios enteramente opuestos. V. está por eso que llaman *progreso* y yo estoy por lo invariable y lo estacionario; V. elogia todo lo que es emancipación y libertad, y yo los condeno como instrumentos peligrosos en

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE VIENA



CABALGATA EN LA PLAYA, cuadro de Juan Verhas (De una fotografía de Rodolfo Schús[illegible])

manos siempre inexpertas; usted cree en la perfectibilidad fuera de la religión, y yo la estimo imposible; usted entiende que la sociedad humana puede marchar sin freno, y gobernarse los pueblos por sí mismos, y yo entiendo que han de necesitar siempre de tutores, cuando no de andadores; que los modernos inventos de la ciencia, el vapor, los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono y el fonógrafo, son meros juguetes que nada influyen en el perfeccionamiento moral del hombre. Yo quiero medidas represivas y preventivas, policía severa, la intervención de la autoridad en la familia, en la educación, en las costumbres, públicas y privadas, y hasta en las creencias y en las prácticas religiosas; quiero la previa censura para la prensa y para los teatros; quiero...



Á LA PUERTA DEL MESÓN, cuadro de Otón Seig

– No se canse V., le comprendo: V. está por el régimen de los tiempos de Calomarde, – interrumpe Ricardo, ya impaciente

– En todo, ¡en todo!

– Y á V. le parece justo, – continúa el joven exasperado, – que llevando su hija el respeto filial hasta la falsedad y la hipocresía, no le contradiga nunca, aunque esté lastimosamente equivocado, y profiera las más inadmisibles herejías científicas.

– En cuanto á herejías científicas, – refunfuña el anciano muy amoscado, – debo decir á V., señorito, que aun no tenemos en ciencias puramente humanas dogmas ni iglesia. Por lo que hace á mi hija, yo soy el único responsable de su educación: para eso soy su padre.

– Pero de todas maneras, no debe V. ser su tirano.

– El tirano es V., que la tiene subyugada á sus malas doctrinas, poniendo en peligro su candor y su fe.

– Basta, Sr. D. Teófilo; si V. tiene de mí tan deplorable opinión, yo no debo ser causa por más tiempo de disgustos domésticos. V. impera en su familia, y yo... – Y sin terminar su frase de despedida, Ricardo toma su sombrero y sale del gabinete.

– Tengo de V. la opinión que V. mismo me sugiere con sus actos y su lenguaje.

– ¡Por Dios, papá! – exclama Florencia sollozando. – Parece imposible que por una causa tan frívola te pongas así.

Y el joven toma la puerta entre despechado y triste.

– ¿Ves, papá, lo que has hecho? Ese pobre muchacho se va enfadado, y no volverá á poner aquí los pies.

– De lo que me alegro infinito, – grita don Teófilo, derribando de un revés el caballete dorado donde su hija tenía colocado el retrato de Ricardo.

– ¡Pobre muchacho! tan bueno, tan cariñoso...

– Señorita, V. tiene la culpa de todo.

Y D. Teófilo se retira mohino; y Florencia se encierra en su cuarto anegada en lágrimas.

Y quien solamente tiene la culpa, de este y de tantos otros conflictos, es el instable mundo, que marcha y se transforma, y unas veces avanza y otras retrocede; y el cual hace que las generaciones anden siempre unas con otras á mojicones, entendiendo cada una á su manera el progreso y la civilización humana.

Todos, sin saberlo, tejemos y destejemos en esta tela de la vida secular del mundo, imitando la incesante tarea de la hermosa princesa griega.

Pedro de Madrazo.



DIABLO DE MUCHACHO... cuadro de Antón Botta



¿Y QUÉ TRAE USTED?

LA ZARZUELA NUEVA

Todo el mundo sabe cómo se pinta un cuadro, cómo se modela una estatua, cómo se funde un bronce, pues el taller del pintor, el obrador del estatuario y la fundición han sido objeto de muchas y muy detalladas descripciones. No sucede lo propio con la obra literaria. ¿Quién ha podido penetrar en el santuario del poeta y percibir cómo es concebido el parto del ingenio escrito, no sólo con tinta, sino con sangre del infeliz vate? Pero no pretendo enterar á mis lectores del modo cómo surge una poesía lírica, por más que las novecientas y pico que llevo escritas pudieran darme para ello autoridad bastante, ni explicar las dificultades con que tiene que luchar el que va en busca de asunto para una novela; no, por esta vez me limitaré á relatar de qué manera nace una pieza del género bufo.

Puedo hacerlo tanto más en cuanto he sido actor y he estado, por ende, metido en todas estas cosas; es más; de mi ingenio han brotado (unos por propia inspiración; por razón del tanto por ciento otros) varios dramas que con éxito asombroso se han representado en Torrecamello, Cuatrovecinos y otras poblaciones de importancia análoga, ante cuyos públicos fué estrepitosamente aclamada mi humilde persona. Mi *Tugumir, príncipe de los wendas ó Traición, venganza y bajeza humana*, hizo furor; especialmente el tercer acto, cuando el protagonista, por equivocación y por envidia, es maldecido por su prima en el momento en que un rayo incendia la choza de unos carboneros.

Pero no hablemos más de mí, pues esto, amén de poder valerme la censura de inmodesto, me aleja de mi propósito, que no es otro sino dar á conocer cómo nace la pieza bufa, esta fotografía de la vida común, sazonada con canto y música. Alguien creerá que escribir una pieza de este género es cosa tan fácil como confeccionar una tragedia con unos cuantos versos heroicos, un asunto más ó menos espeluznante y algunos más ó menos históricos personajes. Se engaña quien tal supone: el género bufo es, sin disputa, el más difícil de todos los géneros dramáticos. ¿Os parece poco, caros lectores, tener que hacer reir al público por espacio de tres ó cuatro horas con chistes agudos, palabras de doble sentido y coplas sobre los tan gastados temas del Estado, la familia, la diplomacia, la política, la magistratura, acompañados de los imprescindibles ratas, chulos y polizontes? *¡Quod non! Non omnia possumus omnes*, que traducido al romance significa, ó puede significar, que no todos sirven para el género bufo.

Pero vayamos al grano. Generalmente cree el público que el poeta escribe su obra, se la envía ó lleva directamente al director del teatro y que éste la lee lo más pronto posible para proporcionar materiales al repertorio, cuya variedad y bondad son el factor primero de los ingresos y por lo tanto el elemento indispensable para el «pan nuestro» de la empresa. Y, sin embargo, esta creencia, por lo mismo que es natural y lógica, es equivocada. El director lo primero que hace es leer el nombre del autor; si éste es conocido ¡magnífico! la obra es leída en pocos días ú horas y puesta en breve tiempo en escena. ¿Es un principiante? el fruto de su ingenio no merece los honores de la lectura, y al cabo de algunas semanas le es devuelto al infeliz el manuscrito, acompañándolo de las frases de rúbrica tan sobradas de cortesía como faltas de caridad. Para estos directores el que ha escrito algo ó mucho bueno no puede escribir ya nada malo: en cambio el que no ha escrito ni bueno ni malo no es posible que debute con algo que valga la pena. ¡Así anda el mundo!

De esta opinión participa mi director, antiguo actor trágico que, atendiendo más tarde á sus intereses, se convirtió en actor bufo. El público no está ya por el drama ni por la tragedia. Mi *Tugumir* era una obra perfecta como drama, – tenía 25 personajes principales, seis grandiosos monólogos, combates, traiciones, tempestades, etc., – á pesar de lo cual el éxito *económico* fué tan triste, que el tanto por ciento se lo llevó íntegro mi lavandera, y aun hube de añadir una peseta y setenta y cinco céntimos para completar la cuenta.

En cambio, ¡la zarzuela bufa! Si Schiller y Goethe se hubiesen dedicado á ella con la colaboración de Beethoven para la música de los *couplets* ¡pobres Tell, Tasso, Fausto y Wallenstein!

De nuevo observo que me aparto del asunto; ¡son tantas las ideas que en mi mente se acumulan cuando hablo de estas materias! Decía, pues, que me proponía referir á mis lectores cómo nace y se desenvuelve una pieza bufa, para lo cual no he de apelar á experiencias ajenas, sino que me basta y sobra con las mías propias.

Son las nueve de una hermosa mañana de estío: mi director y su esposa, mujer alta, flaca y de temperamento enérgico, que en otro tiempo había representado á Yocasta y Leonor, están tomando suculento desayuno en compañía de su hija, hermosa niña de cinco años: la felicidad resplandece en los tres rostros; la escena bien puede calificarse de idilio, al que viene á poner término un campanillazo y á los pocos instantes la presencia de este servidor de Vds.

Trabajo todo el día y la siguiente noche hasta dejar terminado el acto segundo.

– Buenos días, director; buenos días, directora.

– ¡Ah! es Compostela, – exclaman ambos á dúo. – ¿Y qué trae usted?

Porque hay que advertir que mi hombre pregunta siempre «qué le traen» y nunca «qué se le llevan.»

– Tengo argumento para una nueva pieza bufa.

– ¿De veras? – y un fluido de satisfacción invade el rostro de los directores. – ¡Magnífico! y ¿qué título tiene?

– «La Desamparada.»

– ¡Hum! ¿Cree V. que este título llamará la atención? Porque hay que fijarse mucho en la impresión que el título estampado en los carteles ha de producir en el público. ¿No sería mejor titularla «El hijo perdido» ó «Emilio el calavera»?

– Es que en mi pieza – me atrevo á replicar – no se pierde ningún hijo, ni hay ningún calavera ni cosa que lo parezca. Se trata de una muchacha bella y virtuosa pero pobre, papel que sentaría á las mil maravillas á nuestra señorita Angelina.

—¿Muchacha pobre? no sirve. La actriz habría de salir miserablemente vestida y ya sabe V. cuánta importancia doy á los trajes.

– Todo puede arreglarse porque al final del primer acto aparece un tío de la niña que acaba de llegar de Nueva Guinea...

– ¿De Nueva Guinea? ¡Bravo! Aquí será de efecto seguro un *couplet* de circunstancias.

– El tío es inmensamente rico, se hace cargo de su sobrina, la cual en la primera escena del acto segundo sale vestida de amazona; en la quinta luce un rico *matinée* y al final un espléndido traje de baile.

– ¡Magnífico! ¿Y la señorita Carlota y Fernández y Sánchez tienen buenos papeles? Supongo que los habrá para todos los actores de la compañía, porque no ignora usted que no me gusta que ninguno se quede sin trabajar. ¡Para esto les pago!

Procuro tranquilizar á la dirección asegurándole que el reparto alcanzará á todos.

– ¿Y para mí? – prosigue diciendo el director. – No me venga V. con papeles de zapatero como el de «Leopoldo» ó como el de leñador de «Los dos hermanos.» Acuérdese de que mi guardarropía está bien provisto de magníficos trajes.

– Usted es el tío ¡gran tipo! En el primer acto traje un tanto fantástico, algo indio; en el segundo, traje de caza con frac encarnado al principio, y en la escena del baile gran etiqueta con cinco condecoraciones.

– ¡A las mil maravillas! V. es un genio, amigo Compostela. Y ahora explíqueme V. la estructura de la pieza. Por supuesto que será popular, con su poquito de tendencia moral y con efectos bien combinados. A propósito de efectos, ¿no le parece á V. que sería de éxito seguro que al final del tercer acto me hundiera en un precipicio? Hace tiempo que no se ha usado este recurso escénico.

– Procuraré hundirle á V., ya que se empeña.



Si me complace, sabré recompensarle con un beso más dulce que la miel

Puestos de acuerdo sobre la luz eléctrica y demás detalles *imprescindibles*, saco mi manuscrito y empiezo su lectura por el coro de introducción seguido de un monólogo de una criada y de un diálogo de dos personajes secundarios; durante estas primeras escenas el público ha tenido tiempo de entrar y acomodarse en sus asientos, después de lo cual reina completa tranquilidad en la sala cuando comienzan á desfilar los principales personajes y surge la trama entretenida por los amores de la dama joven con el galán, que la adora, mas no puede casarse con ella porque la reciente quiebra de su padre lo ha dejado sumido en la miseria. Los chistes se suceden sin interrupción y llego por fin á la salida del primer actor, del tío de Nueva Guinea. El director sonríe y aplaude, pero al llegar á la escena undécima, cuando el amo de la casa, que le ha tomado por un pordiosero, quiere arrojarlo de su presencia, la directora me interrumpe con desaforado grito:

– ¡Alto aquí! Mi marido no puede sufrir semejante humillación. ¡Ser arrojado como un mendigo! Es preciso que modifique V. esto, Compostela.

– Bueno; haremos que sea su marido el que arroje



Pero Compostela, ¿no tiene V. corazón?

al amo. La persona es lo de menos, lo importante es el efecto.

Arreglado así el asunto, acabo de leer el primer acto, que arrebata á mis directores, y dejándoles el manuscrito me encamino á mi casa, en donde trabajo todo el día y la siguiente noche hasta dejar terminado el acto segundo. Apresúrome á presentarme con él á mi director, el cual me dice que habiéndolo meditado mejor, entiende que en el primer acto se han de introducir importantes modificaciones; que el tío no ha de llegar, sino que ha de hallarse presente desde un principio, que la dama no ha de estar sola en el mundo sino tener algunos parientes colaterales, que en vez de criada ha de ser criado, que se ha de variar el coro de introducción, que el segundo actor no ha de salir hasta en el segundo acto y que el diálogo ha de ser completamente cambiado.

– Fuera de esto, – añadió, - lo demás puede quedar tal como está.

Prometo hacer todas estas modificaciones y leo mi segundo acto que entusiasma, salvo que al director se le ha ocurrido una idea y no hay más medio que aprovecharla, por más que esté tomada de antiguos dramas.

En suma; hay que cambiar escenas y situaciones enteras; pero esto es fácil: con arrancar algunas páginas, borrar grandes trozos de otras y pegando los nuevos que han de sustituirlas, – con cola, se entiende, – queda el asunto arreglado. ¡Quién puede imaginar cuán importante papel desempeña la cola en la literatura! Queda, pues, el segundo acto á completa satisfacción del director; se comprende: además de lucir el frac encarnado, casi durante todo el acto está solo en escena, recita un extenso monólogo, canta unos largos *couplets* y tiene una escena del más puro sentimentalismo. Con esto nadie podrá disputarle los aplausos del público, y para él únicamente serán las llamadas á la escena... si las hay.

Terminado mi tercer acto, vuelo con él á casa de mi director, quien lo califica de soberbio.

– Poco hay que retocar en este acto; con que la penúltima escena pase á ser la primera y la quinta la tercera, y con que el aria del tenor sea un duo de barítono y tiple, queda la pieza perfectamente redondeada.

Accedo á todas sus exigencias, hago las modificaciones indicadas y me presento de nuevo al director, que parece del todo satisfecho de *mi* obra.

También lo estoy yo de haber puesto fin á mis tormentos, cuando de repente se abre la puerta y aparece la señorita Carlota.

– ¡Buenos días, director! ¡Buenos directora! ¿Usted por aquí Compostela? Ya sé que ha compuesto V. una nueva pieza. ¡Magnífica! La conozco de oídas. Pero ¡es tan corta mi parte de canto! ¡No más que dos *couplets!* Ya sabe V. que el público me oye con entusiasmo. Es preciso que me añada dos números más. Y á propósito; estoy estudiando una canción «La tórtola,» con un estribillo que imita el triste canto de esta ave, obra de un músico paisano mío, y es necesario que entre también en la pieza. ¿Qué? ¿Cómo? ¡Que sí! ¡Y es claro! ¡Es V. tan amable! Si me complace, sabré recompensarle con un beso más dulce que la miel.

Este torrente de palabras va acompañado de tales sonrisas y de tan expresivas miradas, que no hay medio de resistir. Se añadirán los números, «La tórtola» tendrá sitio oportuno, pero, ¿y mi obra? ¡Ah, las mujeres!

¿Creerán Vds. que cesan aquí mis torturas? Por la tarde encuéntrome cara á cara con la señorita Angelina, que con voz elegíaca me dice:

– Pero Compostela, ¿no tiene V. corazón? para Carlota seis números, y sólo tres para mí! Antes que tal sufrir, rompo mi contrata. No soy exigente; quiero únicamente un número más que mi compañera.

– ¡Amiga mía! ¿le parece poco para mi pieza, dos coros, tres *couplets*, una romanza, tres duos, un sexteto, un cuarteto y dos concertantes, que todavía quiere V. añadirle más números?

– Suprima recitados, haga lo que quiera, pero ¿Carlota seis y yo tres? ¡Jamás, jamás, jamás!

– Pero Angelina...

– ¡Ay, Compostela, por piedad!

Y al decir esto se arroja á mi cuello y creo que me besa.

En fin, hay que acceder.

¡Así va saliendo mi pieza!

¡Y aun si pararan aquí las añadiduras, correcciones y supresiones! Pero ¡ca! cada ensayo es nueva fuente de ellas, hasta que entre todos ponen mi obra de tal suerte, que los personajes, las escenas, el argumento, el diálogo, los chistes, etc., etc., acaban por ser tales, que ni yo mismo los conozco. El título no ha escapado tampoco al furor de mis colaboradores: la directora ha sustituído el de «La Desamparada,» por el de «El tío australiano.»

Finalmente, llega el día del estreno y el teatro se llena y la pieza entusiasma y el público entre frenéticos aplausos llama repetidas veces á la escena al director, á los actores y al autor ¡Quién lo soñara!

– ¡Sois un genio! – me dice el director abrazándome – ¡se figuraría decirme algo nuevo para mí!

En suma, la pieza se representó por espacio de muchas semanas: el director realizó ganancias fabulosas sin que mi cercenado tanto por ciento sufriera, á pesar de ello, la menor alteración; Carlota me cumplió su promesa y Angelina no quiso ser menos que ella ni aún en esto.

Al cabo de algún tiempo, llamóme el director á su casa y me introdujo en un salón en cuyo centro se alzaba un pedestal y sobre éste... ¡mi estatua! Sí, allí estaba yo, ó por mejor decir mi *alter ego* en modesto yeso: el artista había estampado en mi frente la llama del genio.

No pude contenerme y arrojándome en brazos del director procuré lo mejor que supe expresarle mi reconocimiento. ¡Y yo que me quejaba de que no me hubiese aumentado el tanto por ciento! ¡Miserable condición la del hombre!

Por fin, repuesto de la emoción del primer momento, logré decirle:

– ¡Querido director! Agradezco más de lo que V. imaginar pueda este rasgo de exquisita fineza y sólo siento el gasto que esto ha debido ocasionar á usted.

– Lo que es por esto, deseche V. todo cuidado – me contestó; – la estatua es obra de un escultor que hace tiempo me adeudaba un pico y me ha pagado en trabajos personales... Al fin y al cabo era una deuda incobrable...

De pronto se me ocurrió extrangular á mi director que tan cruelmente me despeñaba del templo de mis ilusiones. Luego calculé que extrangularle era poco castigo para tamaño delito y resolví exponerle á la pública vergüenza.

Tal es el origen del presente artículo, que leí en cuartillas á mi director. Este me abrazó á su vez, diciéndome:

– Gracias, amigo Compostela... V. me proporciona salir en caricatura, que es la gran apoteosis del siglo...

Está visto; no hay manera de matar á un empresario.

COMPOSTELA



¡MI ESTATUA!

UN CABLE Á TRAVÉS DEL PACÍFICO

Proyecto de unión de las Californias á las islas Havayenses y al Japón por medio de un cable

Las islas Havayenses tienen la misma importancia estratégica en el Pacífico que en otro tiempo tenía Malta en el Mediterráneo. En caso de guerra entre las naciones que habitan las costas del Pacífico, las islas Havayenses serían por su favorable situación central el punto de reunión de que partirían las expediciones militares para atacar ya las costas de América ya las de Asia. Sobre esto, serían el gran depósito de carbón del Océano Pacífico, ventaja que todavía aumenta su importancia. Una flota que fuera en son de guerra contra San Francisco arriesgaría el éxito y su propia seguridad si dejara atrás este archipiélago en poder del enemigo. Rápidos cruceros que partirían de las radas de Honolulu y de Pearl Harbourg avisarían siempre á tiempo la llegada del enemigo; y es muy posible que, estando ocupadas estas islas por los americanos, se decidiera la suerte de San Francisco por una batalla librada en este puesto avanzado. Por eso es una aspiración general en el país ver telegráficamente unidas las islas al continente.

Considerando la empresa como indispensable á la defensa de los Estados y de los territorios del Pacífico, uno de los más valiosos miembros del Congreso, M. Morrow, persigue el proyecto de establecer una línea telegráfica, transoceánica entre San Francisco y las islas de Sandwich.

Bien que se haya anunciado que el gobierno inglés tenía la intención de tender un cable entre Vancouver y las islas Sandwich, y prolongarlo por Fidji hasta un punto cualquiera de Queensland (Australia), no es un embarazo, ni menos una dificultad para la otra empresa, como quiera que por la otra parte no se ha hecho hasta ahora ningún estudio del proyecto: los únicos trabajos que se poseen sobre el fondo del Pacífico se hicieron trece años há por el capitán Belknap, hoy comodoro, á bordo de la *Tuscarora*.

Por acuerdo del Congreso de 3 de mayo de 1873, se ordenaron estos sondeos para determinar el medio práctico de inmergir un cable entre los Estados Unidos y el Japón. El capitán Belknap hizo un circuito y penetró en el grupo de las islas Aleutienses, donde hay 22 días de niebla al mes, siendo allí continua la tempestad, y poderosas y traidoras las corrientes. Con esto adquirió la convicción de la imposibilidad del empeño de tender un cable submarino en esta dirección.

Entonces recibió orden de explorar un nuevo rumbo, en la extensión de San Diego á las islas Havayenses, de aquí á las de Bonin y de éstas al Japón.

Este viaje se efectuó á principios de 1874 y el ministerio de Marina publicó la memoria de esta otra exploración. Cuando se llegó al estudio de las tablas hidrográficas, un corresponsal del *Heraldo* de Nueva York pidió el parecer del profesor Davidson, del servicio hidrográfico de las costas.

No hay diferencia entre la vía de San Diego y la de San Francisco y si ha de hundirse un cable, más bien sería desde esta ciudad que es un centro telegráfico. La distancia de Honolulu es en números redondos de 2000 millas ó sean 3209 kilómetros. A las 70 millas (113 kilóm. 333 m.) de Golden Gate, se llega á una profundidad de 12,000 pies, y luego á 14,000 y á 16,000, que es la profundidad media en todo el trayecto. En la vía de San Diego, da el capitán Belknap una profundidad media de 15,370 pies.

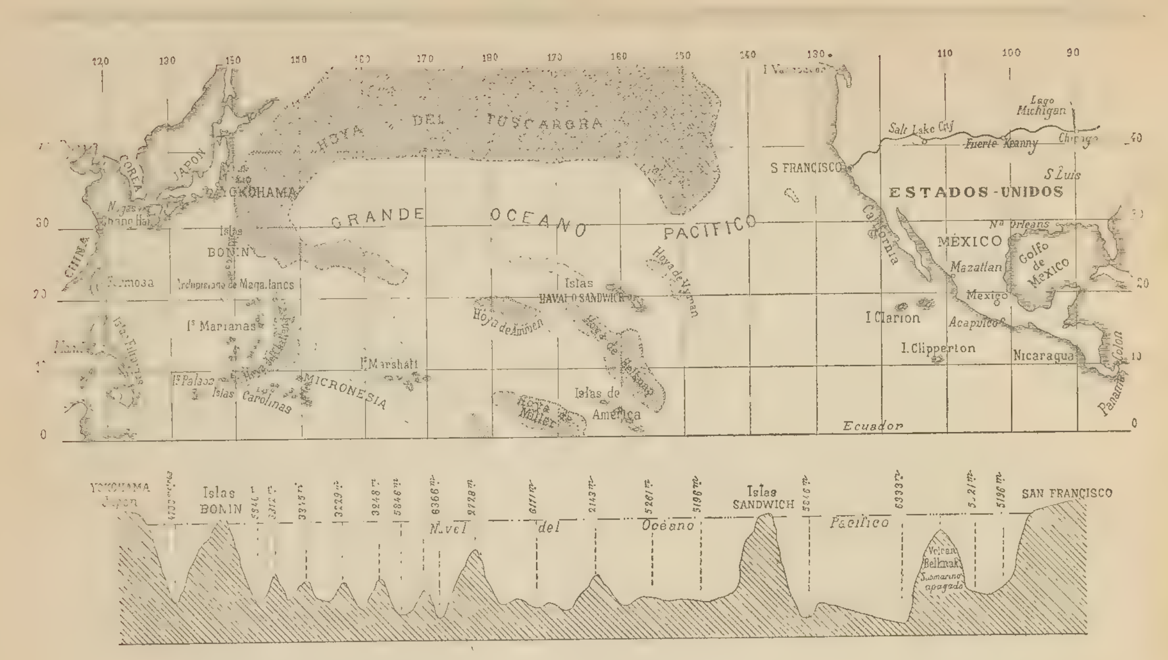
A los 32°37′ lat. N. y 132°35′ long. O. (meridiano de Greenwich) debe señalarse la existencia de un volcán apagado cuya cima llega á 2300 pies de la superficie, con grandes profundidades al rededor. Además entre la costa y las islas hay un profundo hueco, donde la sonda se hunde 19,000 pies; pero por regla general la profundidad media es de unos 16,000 pies. Una formación de arcilla morena con algunos residuos volcánicos constituye su fondo. No hay corrientes submarinas, y si á ésto se añade que son raras las tempestades en aquella región del Pacífico, se vendrá á reconocer que es la dirección ó vía más conveniente para el establecimiento de un telégrafo submarino. Este hilo evitaría, por de contado, el monte Belknap.

Si entre los Estados Unidos y el gobierno havayense existiera un tratado, vendría á resultar que Pearl Harbour, en la isla de Oahu, sería propiedad de dichos Estados como estación naval y depósito de carbón. Allí precisamente vendría á recalar ó dar en tierra el cable submarino.

La adquisición de estas islas arrastraría naturalmente la necesidad de ponerlas en estado de defensa para hacerlas inexpugnables por la parte del mar.

De esta manera, no tendría que temerse nada por el cable en tiempo de guerra y estaría exclusivamente reservado á los Estados Unidos. Este país tendría una intervención absoluta en el Pacífico, aunque sus fuerzas navales fueran inferiores á las de su enemigo. Pero las consecuencias estratégicas de esta nueva empresa no pueden realizarse hasta que se tenga la certeza de que la nueva línea telegráfica, en vez de detenerse en las islas Sandwich, continuará hasta el Japón.

El Japón está actualmente en comunicación con los Estados Unidos por la línea danesa que va de Yokohama á Shanghai, y de aquí á Hong-Kong, y además por las líneas inglesas que van á alcanzar la red telegráfica de la India, la línea del mar Rojo y la red europea. Un despacho de Tokio, con destino á Nueva York, tiene que recorrer las dos terceras partes de la tierra, cuando la distancia que separa estos dos puntos es apenas de un tercio. En



PERFIL DEL FONDO DEL OCÉANO PACÍFICO sobre el cual debe tenderse el cable telegráfico proyectado entre California y el Japón

caso de guerra con la Gran Bretaña, se cortarían las comunicaciones en Singapore. Mientras si existiera una línea con el Japón, los Estados Unidos se comunicarían directamente con este imperio, y por el Japón con la Europa, tomando la línea danesa hasta Vladivostok y la nueva línea siberiana, actualmente en construcción, sin cuidarse de saber si los cables transatlánticos están ó no en poder del enemigo.

Tan pronto como el capitán Belknap hubo terminado sus sondeos en las islas Havayenses, los continuó entre estas islas y el grupo de las de Bonin y desde aquí hasta el Japón.

Las cosas cambiaron allí de aspecto. La distancia de Honolulu á las islas Bonin es de unas 3,580 millas (5,424 kilómetros), de las islas de Bonin á Yokohama, 470 millas (754 k. 237 m.). A algunas millas del grupo de las islas Havayenses, tiene el Océano una profundidad de 14,000 pies. Después se encuentan variaciones de 14,000 á 17,000 pies con un fondo bastante igual en una longitud de 800 millas (1,283 k. 808 m.).

Tócanse entonces la primera cadena de siete montañas, poco elevadas, por otra parte, deteniéndose la más culminante á 10,800 pies de la superficie del mar. Después se encuentra un profundo valle de 18,000 piés y de una amplitud de 600 millas (962 k. 856).

Viene luego la segunda cadena de montañas, cuyas cimas se elevan á 6,600 pies de la superficie del mar; un valle ondulado de 900 millas (1,444 k. 284 m.) en el cual hay dos hondas depresiones de cerca de 20,000 de profundidad. En verdad, salvo un punto cerca de las islas de Bonin y otro cerca del grupo de las Fénix, el mar es en aquellos parajes tan profundo como en cualquier otro punto del Pacífico.

A unas 2,500 millas (5,811 k. 900 m.) de las islas Sandwich surge la tercera cadena de montañas, y en las 1,000 millas (1,604 k. 760 m.) restantes, la cuarta y última entre las islas de Bonin y el archipiélago Hawaii, alzándose sus cimas á 8,000 y 10,000 pies de la superficie.

De las islas de Bonin á Yokohama hay un profundo valle con una depresión de 15,000 pies, sin que se hayan tocado cimas.

Un telégrafo submarino que fuera de las islas de Hawaii al Japón, tendría pues que pasar por ocho cadenas de montañas submarinas (incluso el grupo conocido con la denominación de islas de Bonin) elevándose de 5,000 á 10,000 pies sobre los valles adyacentes, y por tanto tendría que sufrir un rozamiento proporcional. Por fortuna, no hay corrientes submarinas hasta los mares del Japón.

No es probable que la industria privada construya nunca esta línea. No hay una renta suficiente para intentar la empresa. El gobierno japonés ayudaría de buen grado á los gastos necesarios para la inmersión de este cable; pero el gobierno Havayense de ningún modo podría hacerlo.

Los más crecidos gastos quedarían á cargo del gobierno americano.

(Del *Heraldo* de Nueva York)

RECREACIONES CIENTÍFICAS

DIBUJO TRAZADO POR LA ACCIÓN DEL FUEGO

Veamos en qué consiste este recreativo experimento, que vamos á describir desde luego, reservándonos exponer después el medio de prepararlo.

Tómese un fósforo ó un palillo cuyo extremo esté inflamado soplándolo para que ofrezca un punto incandescente como una brasa en viva ignición, y tóquese con esta brasa un punto del papel preparado. Al instante se propaga el fuego en una línea que sigue una dirección determinada, trazando un dibujo en el papel, donde no había nada aparente.

Es muy curioso y recreativo ver extenderse la línea de fuego en la superficie del papel trazando ora un personaje, ora un elefante ú otro animal, ya un nombre, ya una inscripción cualquiera.

Los trazos de fuego suelen dividirse en dos, que se alejan uno de otro, siguiendo un contorno invisible, para reunirse y apagarse en un punto, cuando ya está trazado enteramente el dibujo.

El experimento es sencillísimo y fácil de realizar. Basta disolver salitre (nitrato de potasa) en agua clara haciendo una disolución bien saturada en frío. Se toma entonces una hoja de papel delgado, y con un palito ó pluma de ave, ó si se quiere un pincel, mojado en la disolución del salitre, se traza la figura que se quiera, procurando que sean bastante gruesas la líneas del dibujo.

Trazada la figura se deja que se seque y queda preparado el papel para producir el fenómeno al contacto del fuego.

Cuando se toca con la brasa uno de los puntos del trazado, se opera la combustión siguiendo el fuego la línea del dibujo; pero como esta línea no es aparente en el papel antes de la combustión, porque la sal apenas deja un poro imperceptible, hay que marcar con un lápiz, cuando está fresco el dibujo, un punto de la línea que indique por dónde se ha de aplicar el palito incandescente.

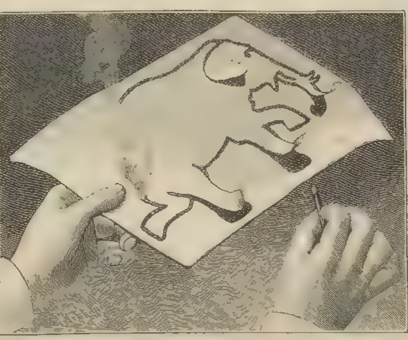
(Del periódico: *La Nature*)

LA CIENCIA PRÁCTICA

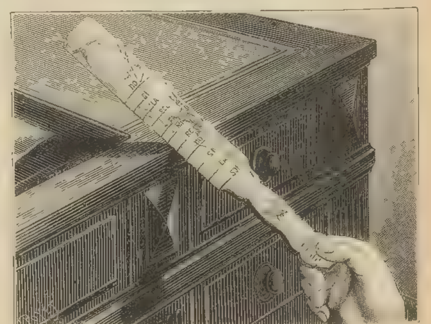
CORTA PAPEL MUSICAL

M. L'Esprit, muy dado á esta clase de experimentos de fácil ejecución, ha comunicado uno, que no carece de interés, á la Revista de Ciencias *La Nature*, de cuyas descripciones nos valemos para solaz de nuestros lectores. Un simple cuchillo de escritorio ó corta-papel basta para esta recreación.

Golpeando con un corta-papel, dice M. L'Esprit, un mueble hueco (el ángulo de un bufete, por ejemplo) se pueden producir todos los sonidos de la escala musical. Con algunos tanteos ó pruebas, se llega, á señalar el punto en que es menester herir para obtener el sonido que se quiere, y á tocar alguna pieza de música con este instrumento primitivo.



Dibujo trazado por el fuego.



Corta-papel musical.

El experimentador realizará este experimento con tanta mayor facilidad cuanto más delicado sea su oído musical. Después de haber determinado por tanteos el punto de cada nota y de señalarla con una línea, hay que ejercitarse en golpear con exactitud matemática por las rayitas marcadas si se quieren sacar sonidos netos. Un músico hábil logra manejar bien este instrumento elemental.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VII — BARCELONA 25 DE JUNIO DE 1888 — NÚM. 339

EL PRÍNCIPE DE BISMARCK

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL PRÍNCIPE DE BISMARCK

La muerte de Federico III coloca la corona imperial de Alemania en la cabeza de su primogénito. Guillermo II es el rey de derecho; según los hombres políticos el rey de hecho ha de serlo el príncipe de Bismarck. Hace mucho tiempo que el insigne estadista es conocido con el sobrenombre de *canciller de hierro*, que quizás suene muy bien á los oídos de ciertos diplomáticos, pero que de seguro es poco simpático á los hombres de corazón. Dícese que la política no tiene entrañas. ¿Por qué no ha de tenerlas? ¿Acaso le va tan bien á Europa con esa diplomacia que carece de ellas?

Si el semblante es el espejo del alma, el de nuestro príncipe no desmiente sus condiciones. En el presente número publicamos uno de sus últimos retratos: lo primero que ocurre á su vista es sospechar que ese hombre no debe haberse reído nunca. Compárese la fisonomía de Bismarck con la fisonomía de Cavour y se comprenderá la política de cada uno de esos hombres cuya afortunada misión ha sido la de formar un todo nacional con los elementos más discrepantes. Alemania pesa hoy sobre los hombros del *canciller de hierro*. ¿Arriesgará en un trance supremo la suerte del imperio? Los políticos temen que sí; los bolsistas esperan que no. Consultando su rostro nada se descubre: si su corazón es de hierro, su semblante es de piedra.

EL REGRESO, cuadro de A. Wierusz Kowalski

La nieve ha cubierto la llanura, el viento ha despojado los árboles de sus últimas hojas, el frío es glacial y el hogar se encuentra aun á regular distancia. Los *touristas* rabiosos que sostienen que los países del Norte han de ser visitados durante el invierno, deben haber visto nevar á través de dobles cristales y sentados al amor de una confortable chimenea. Pero si se encontraran en el caso de nuestros carreteros, maldecirían del enero y aplicarían la punta del látigo á las orejas de las caballerías que, aun sin este estímulo, hacen cuanto pueden para disfrutar pronto del grato calor del establo.

La fidelidad con que esta descrita esta escena demuestra que su autor, hombre del Norte, la ha estudiado del natural. Lo admirable es que el frío no le haya privado del uso de las manos para tomar los apuntes de un cuadro que hiela solamente de verlo.

ENSUEÑOS DE AMOR, cuadro de J. Luna Novicio

(Exposición Parés.)

El autor del *Spoliarium* y de la *Batalla de Lepanto* nos da una prueba más de la flexibilidad de su talento. En el cuadro que reproducimos ha dado forma á un pensamiento atrevido; pero esa forma es tan bella, que la materia desaparece á la vista para dar lugar á una contemplación más poética, mucho más inocente que la situación representada.

Una joven prendida de baile, cuyo rostro y cuyos adornos demuestran claramente que no ha pasado las horas en místicas contemplaciones, cae rendida de fatiga en un sillón y sueña aun en las escenas de la tormentosa noche. Cualquiera adivina ese sueño, cualquiera está en el derecho de despreciar á esa mujer, saturada de sensualismo. Pero aquí entra la magia del arte. Luna no ha podido prescindir de lo escabroso del asunto; pero conoce la historia clásica, á su imaginación habrá acudido la idea de aquel famoso Areopago que absolvió á la cortesana Phirné, y habrá dicho para sus adentros al contemplar su obra: – No se atreverán á condenarla porque es muy hermosa...

LOS FELICES, cuadro de T. de Beek

Dícese vulgarmente que el hombre feliz no tiene camisa. Nuestra enamorada pareja no carece en absoluto de esa prenda, pero á buen seguro no tiene gran repuesto. Beek, que es uno de los pintores de género más estimados en Dusseldorf, ha pintado un joven matrimonio de pescadores, cuyas redes vacías demuestran que la jornada ha sido bien poco provechosa. Y, sin embargo, no se desesperan... ¡Qué es desesperarse!... Antes bien todo en ellos respira felicidad, contento. Cuando se unieron ante Dios, en Dios pusieron sus esperanzas. No todos los días son malos: alguno de ellos da para el pan de hoy y el de mañana. La frugalidad es la hermana del trabajo; se puede vivir con muy poco cuando la salud estimula el apetito y se come un mendrugo en grata compañía.

Este cuadro es de una frescura admirable, realzada por un colorido brillante. La idea del autor se manifiesta clara y resulta simpática. ¡Cuántos potentados prescindirían voluntariamente de las tupidas alfombras de sus salones y á pie desnudo cruzarían la playa, si cabe la desmantelada choza tuvieran la seguridad de amar y ser amados!

FEDERICO III, EL EMPERADOR MÁRTIR

A las once y trece minutos de la mañana del día quince de los corrientes entregó su alma á Dios el monarca más poderoso y más desdichado de los presentes tiempos. Tres meses y seis días ha ceñido la corona: la ciñó agonizante y agonizando la ha llevado, pero con la fiereza de un héroe y la resignación de un santo. Se le llamaba *el emperador mártir* y como los mártires hizo sobrehumanos esfuerzos para ocultar á todos los horribles dolores que le aquejaban. – Aprende á sufrir, – dijo en cierta ocasión á su primogénito: es lo único que puedo enseñarte... – Rasgo de humildad sobrada de parte de un hombre que se había captado las simpatías hasta de los enemigos de su raza.

Federico III nació el 18 de octubre de 1831: á fuer de príncipe prusiano educáronle como á un soldado y su talento, unido á su valor, le elevaron con el tiempo á feld-mariscal del imperio, la más alta jerarquía de la milicia, ganada por primera vez en el campo de batalla por un príncipe de la familia reinante. Y sin embargo, pocos hombres han sido más refractarios que Federico III á las pompas vanidosas del triunfador. La corona de laurel que su padre le envió después de la batalla de Worth ha reaparecido solamente para ser depositada encima de su cadáver.

Jamás abusó de la victoria: después de la sangrienta jornada de Reichshofen, cuando los prisioneros franceses desfilaban á su presencia, descubrióse con respeto ante los vencidos y, volviéndose á su Estado Mayor, dijo:

– Saludad al valor, señores: nada he visto tan bravo en mi vida como esos soldados á quienes la fortuna ha hecho traición.

Y cuando, después de la vergonzosa capitulación de Bazaine en Metz, el conde de Moltke exigió la continuación de la guerra, llevándola al centro de Francia, de esa Francia maltrecha, vendida, sacrificada por Napoleón III y su corte y que oponía á su vigoroso enemigo la simple resistencia del gladiador que busca la menos ignoble manera de morirse, el entonces príncipe Federico dijo al omnipotente y envanecido jefe de Estado Mayor General:

– Hacéis la guerra no á Francia, sino á la civilización.

La enfermedad que le ha llevado al sepulcro se le inició hace algunos años; pero su robusta complexión, auxiliada por la ciencia, parecía contener á la misma muerte. Lo que ha sufrido es imponderable; y á pesar de ello jamás ha temido el trabajo ni ha proferido una queja. Hasta exhalar el último suspiro le han asistido la luz de su inteligencia que era mucha y la fuerza de su voluntad que era extraordinaria.

Estaba casado con la emperatriz Victoria, hija de la reina de Inglaterra, de cuyo matrimonio ha dejado dos hijos y cuatro hijas. Era hombre de facciones regulares, bastante acentuadas pero en ninguna manera duras, alto y fornido, rubio, de ojos azules poco expresivos y barba luenga, crespa, más que gris en sus últimos tiempos y bastante descuidada. El retrato que hoy publicamos es de un parecido perfecto y revela fielmente hasta sus condiciones de carácter.

En su reinado se fundaban grandes esperanzas, y quizás por esto se creía en un milagro de la Providencia. ¡Quimera, quimera vana!... La Providencia somete á los grandes emperadores á las mismas leyes físicas por que se gobierna el último de sus súbditos. Una sola excepción ha permitido en favor de Federico III, la de que le hayan llorado universalmente. Si hubiera sido posible prolongar la vida del emperador de Alemania descontando un día de la de cada uno de sus oscuros é ignorados amigos, Federico III habría vivido muchos siglos.

Al caer de su cabeza la diadema de los reyes, la opinión universal le ha ceñido la de sus simpatías, que es mucho más envidiable.

TIPOS MILITARES, de Isaac Israels

(Estudios del cuadro «Un entierro militar en Holanda.»)

Los pintores holandeses tienen carácter especial y por conservarlo sin mezcla de extranjeras escuelas, renuncian á menudo á completar su educación artística fuera de su país. Isaac Israels, que viene de familia de pintores, había expuesto desde muy niño pequeños trabajos sin pretensiones, que no pasaron desapercibidos de los grandes críticos; cuando á los diez y siete años de edad se aventuró á remitir al *Salón* de 1882 su primer gran lienzo en el cual representó un entierro militar en Holanda.

Ser admitido en el *Salón* á los diez y siete años de edad, supone ya mucho; pero supone mucho más, cualquiera que sea la edad del expositor, llamar la atención en un gran certamen internacional, como la llamó el joven Isaac. El público contemplaba conmovido aquella tela dibujada con admirable sencillez, en la cual resaltaba un sentimiento espontáneo. Los soldados del imberbe pintor no desdecían de los de Neuville: desde aquel momento fué calificado de maestro en tipos y costumbres militares.

Los dos dibujos que publicamos darán á nuestros suscritores una idea del talento especial de ese pintor precoz, de quien decía su padre al eminente crítico Pablo Leroi: «Aparte el legítimo orgullo paternal, tengo confianza en el porvenir de mi hijo: es un muchacho de madera de artista.»

UN SABINO DEFENDIENDO Á SU HERMANA, grupo de José Uphnes

El hecho histórico ó legendario del rapto de las sabinas es uno de los episodios más populares de la primitiva Roma. La que un día había de ser reina del mundo y denominada *Ciudad Eterna* encontrábase en su origen falta de mujeres: su población aumentaba lentamente; al paso aquél, hubieran debido transcurrir muchos siglos para que Roma se considerase fuerte por el número de sus hijos.

Los romanos nunca demostraron ser muy delicados en sus procedimientos: la traición hecha á los sabinos prueba que esta mala condición la tenían desde sus primeros tiempos. Discurriendo modo de aumentar el número de sus compañeras, no lo encontraron mejor que el de invitar á sus vecinos, los sabinos, á una fiesta que para ellos había de tener grandes atractivos. Los convidados acudieron llenos de confianza y en mucho mayor número las convidadas; cuando hete que, á lo mejor del espectaculo, los romanos acometen á los desprevenidos sabinos, pónenles en atropellada fuga y se quedan con sus mujeres, preciado botín de aquella vergonzosa traición.

Así lo narran las crónicas, y aun cuando hay mucho que discutir acerca de la exactitud del hecho, el arte, que tiene el derecho de utilizar las más ó menos verosímiles leyendas, ha aprovechado varias veces el asunto, que es realmente á propósito para reproducido por un hombre de talento. Buena prueba de ello el grupo escultórico que publicamos, en el cual, aparte el perfecto estudio del cuerpo humano, aparecen bien acentuados el legítimo furor del guerrero sabino y la justificada desesperación de su hermana.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL TOQUE DE REBATO, cuadro de A. Maignan

Expuesto en el Salón de París de este año.

Mucho aliento y mucha confianza en sus fuerzas necesitaba el autor de este cuadro al acometer empresa que muy pocos artistas hubieran llevado á feliz término. Se trata de una alegoría, difícil siempre como tal; pero mucho más cuando el autor se empeña en hacerla comprensible sin sacar el asunto de los espacios imaginarios y sin emplear otros personajes que personajes imaginarios también.

Agarrados á las cuerdas de una gran campana, cuatro hombres vigorosos, cuatro genios de ese instrumento según el artista, publican por medio del bronce herido la siniestra nueva. Al impulso de ese rumor terrible, lánzanse de los flancos de la campana legiones de hombres y mujeres, en confuso torbellino, simbolizando los clamores trágicos y desesperados que se oyen en todas las grandes catástrofes. De lo que se supone tierra sube á la altura la llama de un incendio.

Una de las cosas más notables en esta composición es la diferencia netamente acusada y sólo á fuerza de talento obtenida, que es de ver entre los genios de los clamores humanos que ocupan medio cuadro en dirección de derecha á izquierda, y los genios de la campana que ocupan la otra mitad de la tela en sentido inverso. Suprimamos esta diferencia entre los genios y el cuadro dejará de tener explicación: la voz de los hombres y la voz de la campana se confundirán en un solo ruido ininteligible y la alegoría habrá desaparecido. La fuerza activa que da el impulso y la fuerza pasiva que lo recibe, constituirán una sola masa de hombres confundidos en las alturas atmosféricas después de haberlo estado en la mente del pintor.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

EL GLOBO CAUTIVO

Se extiende entre la primera sección y el Parque, un trozo del Paseo de Pujadas, enclavado dentro del recinto. De aquél no pasan aún muchos concurrentes á la Exposición para quienes tiene ésta los atractivos de un sitio de recreo. Me apresuro á decir que participo de este punto de vista. Una Exposición debe ser tal para la industria y para las artes, pero también, y quizá en mayor escala, un lugar de esparcimiento para los que á ella concurran. Cuanto se haga por atraer á sus jardines, no los que estudian, sino los que se divierten, no los que miran, sino los que pasean, es favorecer la empresa. Porque á verlo todo con la intención que debiera verse, irán pocos, pero á ser vistos y á esparcir el ánimo irían muchísimos. De modo que, si mucho se apura, un juego de bolos ó una horchatería parecen más propios de tales lugares que una máquina nueva, aunque parezca paradoja.

Hubo una razón, casi diré fisiológica, para que se agruparan siempre al rededor de esos vastos museos, los pabellones destinados á cafés y restaurants y las barracas de espectáculos al aire libre, como antaño en torno de los campamentos las cantinas y los saltimbancos. No se debe tan sólo su presencia á que el mucho concurso de gentes atrae á unos y á otros. La verdadera razón está en que nada fatiga tanto como la excursión por un almacén ó un museo Este peculiarísimo cansancio hasta tiene un nombre en patología, si no recuerdo mal, y si no lo tiene, debiera tenerlo. La vista se cansa de la rápida sucesión de tantos objetos y tantos colores diversos; el esfuerzo continuado de la atención, pasando sin cesar de uno á otro artefacto, enerva y embota las sensaciones, y produce el aturdimiento, ó un decaimiento de fuerzas que no se parece á ningún otro. Para volver de esta fatiga, es forzoso hallar muy cerca algo que alegre los ojos y que distraiga la atención. En todos los grandes certámenes han sido estas distracciones su mayor aliciente, el más popular y el que atrajo mayor concurrencia.

Por esto comprendo, que en el espacio que precede á los jardines se detengan por lo común y á veces no pasen adelante los más asiduos. Tienen allí, como quien dice á mano, los conciertos en el Salón de Bellas Artes, el panorama de Montserrat, el globo cautivo, el tiro inglés y las montañas rusas. Para aquel corto trecho ya basta; lo lamentable es que no haya más diversiones análogas en el interior de los jardines, donde deponer á cada paso, á la vista de todos, la engorrosa formalidad. Porque si bien se mira, nada tan ridículo como moverse en un radio más ó menos extenso con el empaque de quien está delante de un público, y nada tan natural y, casi diré sano, como entregarse sin ceremonia á un ejercicio, á un riesgo, á una emoción nueva que absorbe por un momento todas las facultades.

Este atractivo tienen, por ejemplo, las montañas rusas: será infantil, pero lo tienen; y aunque ni nuevo el ejercicio, ni muy vivas las impresiones, ¿á quién no tientan una vez? Mayor todavía la tentación ante el globo cautivo, que se balancea como inmensa peonza, hinchado y majestuoso, con aquella majestad algo cómica de toda hinchazón. Mientras permanece en el suelo cabeceando, y reflejando en su tersa y luciente superficie la luz que sobre ella resbala sin posarse en parte alguna, parece que llama para una ascensión inmediata, á la multitud que lo contempla, ya empequeñecida de antemano en torno de aquella mole. Pero cuando asciende en silencio, sin abandonar un momento su enfática majestad, lamenta el espectador no haberse subido á la barquilla, y no participar desde luego de la serie de emociones y panoramas que la imaginación se finge con sólo medir la altura con los ojos. La primera impresión no es penosa, como imaginan algunos, pero sí algo molesta en el primer instante. Parece que no es el globo el que asciende, sino la tierra la que se hunde. Es la misma sensación especialísima del movimiento de un buque para el que se embarca por primera vez. El buque no anda; lo que anda, con cierta lentitud fantástica de un panorama que arrollaran por un extremo y desarrollaran por otro, son las demás naves ancladas en el puerto, la línea del muelle con ellas, y el cabo ó el monte, alejándose en opuesta dirección. En la ascensión en globo esta sensación singular es, por decirlo así, vertical, si la otra horizontal. El globo permanece inmóvil, y la tierra se hunde á nuestros piés. Y conforme se hunde, se ensancha el círculo que podemos alcanzar con la vista, como una gota sobre un papel. De pronto, el aeronauta, sorprendido, y como atraído por el abismo, fija los ojos en el punto de que partió y que se va alejando pausadamente; percibe las voces que le saludan (si hay quien le saluda), y ve la multitud, al parecer compacta que le rodeaba poco há, empequeñecida y desparramada al pie de los edificios, que presentan sólo su techumbre, y entre los arbolillos, que mueven sus copas. Pero, en esto, el globo continúa ascendiendo, y cuando se vuelve la vista en derredor, ya el panorama se ha engrandecido tanto, que el punto de partida se pierde en el conjunto, estrechado y reducido por la distancia, y el vasto horizonte dilata su círculo de modo que no cabe abarcarlo de una sola ojeada.

No puede compararse á ninguna otra esta vista sin límites, magnífica, sorprendente, pues ni es la del infinito Océano á bordo y en alta mar, porque allí el punto de

mira es muy bajo y el horizonte se estrecha, ni la de la cumbre de una montaña, porque su misma base se opone al anhelo de contemplar el panorama en toda su extensión. Desde la barquilla, la mirada no halla obstáculo alguno: cuanto puede divisar, lo divisa plenamente... sólo que no todo bajo su aspecto más grato. El casco antiguo de la ciudad, visto á tal altura, es en realidad bien feo: no puede compararse sino á un montón de cascote, y las calles á las grietas y surcos que hubiesen trazado en él algunos bichos saliendo de sus madrigueras. Apenas si algunas líneas verdosas denuncian los árboles de las principales vías, y mayores manchas, las plazas. Los monumentos se empequeñecen sin perder sus líneas precisas y su característico color, como reproducciones diminutas de sí mismos. Un amigo nuestro decía que para convencer de la necesidad de la reforma á sus adversarios, lo mejor sería llevarles á tales alturas desde donde parece inhabitable aquella conglomeración de casas amontonadas y prietas, cual si fueran á subirse unas encima de otras rebosando como un líquido que hierve. Porque lo singular es ver de qué modo se estrechan las distancias y desaparecen á simple vista los edificios intermedios entre los más salientes. El panorama de Plewna y el de Waterloo se tocan, y el Circo forma un apéndice de ellos. Decididamente las cosas, si varían con el color del cristal con que se miran, presentan también aspectos inesperados, según la altura. Entre estos aspectos inesperados, claro que no cuento el que ofrecen los hombres, todos tan pequeños aun en estatua, porque para verlos así no hay que subirse á un globo. En cambio, si otras cosas figuran en diminuto tamaño, éste permite apreciarlas en su conjunto, como en un plano de relieve. Contrastan en este sentido, con el resto, el Ensanche, los alrededores y la Exposición, ya por más pintorescos, ya por más acicalados y nuevecitos. Particularmente la última, ocupando un área relativamente extensa, ofrece un espectáculo singular con sus edificios entre manchas de verdura, las techumbres diversas, y el lago, como un trocito de espejo centelleante.



EL REGRESO, cuadro de A. Wierusz Kowalski

Lo que no se empequeñece, ni aun allí, es la faja del mar con su prolongada línea recta, brochazo azul tirado á cordel y con firme pulso de uno á otro extremo, ni la costa ondulante que baja á besarle y á recoger sus espumarajos deshaciéndolos blandamente en la despejada playa ó sorbiéndolos en los recodos, ni los brazos de tierra que se prolongan para ceñir la ciudad, medio ocultos entre la bruma flotante como humareda ó cayendo en grandes cortinones empapados, húmedos.

Cuando el viajero desciende y pone por fin pie á tierra, todo recobra – inútil es decirlo – sus dimensiones y sus proporciones usuales, pero el aeronauta no puede disimular cierta superioridad, ni esa impresión de vaga ironía del que ha visto el mismo espectáculo con ojos distintos de los demás. Y causa bien raro efecto, aunque sea por un instante, ver á los que parecieron hormiguillas imperceptibles poco ha, tan serios y graves junto al peristilo del salón, en cuyo interior suena el órgano con majestuosas voces de iglesia, ó precipitándose con chillidos de alegría (ó de miedo las mujeres) por la vertiginosa pendiente de la *montaña rusa*, ó agrupados al rededor de las mesitas del café.

Pero va cayendo la tarde. Los vecinos jardines se embellecen con el último hálito de luz que dora las hojas relucientes y titilando, y da más calientes tonos á las estatuas de la verja... Resaltan con más vigor sobre los colores naturales los brochazos rojos y los armazones de metal de los postes anunciadores ó las básculas La concurrencia se disemina, y sale haciendo crujir la arena. Y el globo oscila otra vez, descomunal, hinchado, respetable, amarrado al suelo.

J. YXART



ESTUDIOS PSICOLÓGICO-SOCIALES

FRAGMENTOS DE UN LIBRO ESCRITO POR UNA MUJER

Lelia era una mujer verdaderamente excepcional por su rara inteligencia, su educación exquisita, sus virtudes inquebrantables y la fijeza de sus principios.

Unía á tan envidiables condiciones, si no una belleza absolutamente artística, un rostro simpático y lleno de expresión, un cuerpo esbelto y elegante, y una distinción de maneras que revelaba la educación, la delicadeza, la bondad y el profundo respeto de sí propia.

Cuando la conocí en París en 1879, acababa de cumplir treinta años y hacía dos que estaba casada con el barón de B. después de diez años de amores de verdadera prueba, á que ella había sometido á su digno y honrado pretendiente, á pesar de amarle mucho, antes de consentir en entregarle su mano. Sus amores fueron una especie de martirio para el barón que se juzgaba aborrecido, y un continuado idilio para el alma sencilla y apasionada de la más tarde baronesa.

Lelia tenía la pasión de las letras y las cultivaba con un éxito que algunos celebrados escritores no hubiesen desdeñado; pero tenía la modestia del verdadero mérito y me costó no poco trabajo, después de seis meses de trato, que se decidiese á permitirme leer algunas páginas de un libro que había empezado años antes, y que se proponía concluir para publicarlo segun ella afirmaba muchos años después.

Como mujeres de las condiciones de Lelia no se hallan fácilmente en el camino de la vida, no pude resistir al deseo de conservar algo de ese escrito, copiando clandestinamente todo cuanto juzgué digno de atención y de estudio; traición que mis lectores no dejarán de perdonarme siquiera en gracia de que por ella les proporciono el placer de una interesante lectura.

«¡Qué diferencia! exclama Lelia en la introducción de su libro, entre una mujer vulgar, débil é ignorante y otra que sepa lo que debe saber, sin caer ni en los extremos de un misticismo exagerado ni en despreocupaciones censurables! Toda mujer de buen sentido debe distinguir lo bastante el bien del mal, lo lícito de lo ilícito; debe saber manejar las armas defensivas de que siempre dispone la que se respeta, para evitar agresiones y emboscadas de que es constantemente apetecido blanco.

El destino, la felicidad, el porvenir, la vida entera en una palabra, de una mujer, dependen del primer paso en falso, de la primera debilidad, de la primera concesión, por sencilla que aparezca.

Mucho influyen en su destino el carácter y el temperamento, y más que nada acaso el género de educación recibida, el talento y la conciencia de su valor real.

La mujer llega á todo, bueno ó malo, con más violencia, con más rapidez, con más valor que el hombre más terrible y más fuerte. Para él hay en los más solemnes y decisivos momentos de la vida, diques, barreras, consideraciones sociales ó egoístas, amor á su piel, instinto de conservación. Para ella, colocada en igualdad de circunstancias, en momentos idénticos, no hay consideraciones, ni diques, ni barreras de ninguna especie.

Cuando la *Commune* en París defendía palmo á palmo desde formidables barricadas sus pretendidos derechos á la igualdad social contra los soldados del Gobierno de la República; mientras los ciudadanos armados resguardaban sus cuerpos tras los adoquines y muebles que les servían de baluarte, las mujeres, esposas, madres, hijas ó hermanas de aquellos soñadores, ciegas, delirantes, embriagadas por la sangre y el humo de la pólvora, se arrojaban á pecho descubierto sobre sus adversarios, luchaban con ellos cuerpo á cuerpo, los vencían, los aniquilaban; y en el paroxismo de la ira y del que juzgaban legítimo entusiasmo patrio, se encarnizaban en sus víctimas como lo hicieran las bestias más feroces.

En aquella memorable hecatombe, que costó tantas vidas al pueblo francés como las victorias de los batallones prusianos, las mujeres hicieron con relación á su número más estragos que pudo hacer un ejército de aguerridos soldados.

La suerte de un imperio, el éxito de una batalla, la marcha acertada ó torcida de un gobierno, han dependido, ó cuando menos ha sido en ellas influencia determinante la voluntad de una mujer.

La historia antigua y moderna de los grandes acontecimientos en las sociedades humanas, está llena de pruebas elocuentes de esta verdad. – La mujer vale, pues, todo lo que quiere valer.

Lo mismo puede ser objeto del más ferviente culto, del respeto más sentido y profundo, que del escarnio, el abandono y el desprecio.

Colocada á la altura de los excepcionales encantos con que ha sido favorecida por Dios, sabiendo hacerlos valer, ante su juez, su verdugo ó su esclavo, que es el hombre, encarna una entidad absorbente, poderosa, irresistible.

Si por ignorancia, estupidez, debilidad ó malos instintos equivoca el verdadero camino, puede llegar á una pendiente en la que nunca ó rara vez se detiene, que la conduce inevitablemente al abismo.

Resumiendo:

El hombre es siempre un niño grande. No es solamente el animal más racional, sino también el más raro de la creación.

Toma invariablemente en serio el papel de domador universal, como una de las más altas misiones para que fué creado.

Pero cuando los papeles se cambian, y el domador se convierte en domado, no hay animal más dócil en el interminable catálogo zoológico de todas las especies conocidas.

Esta conversión es el verdadero secreto en que estriba toda la fuerza moral de las mujeres, cuyo talento está en dominar sin que de ello se aperciba el dominado.

No lo olvidéis, amigas mías; y leed atentas las líneas que os dedico para que os sirvan de provechoso estudio, porque ellas están basadas en hechos prácticos, que ofreceré á vuestra natural curiosidad y á vuestro claro entendimiento; y plegue á mi buena estrella que ellas influyan favorablemente en las más difíciles situaciones y en los más rudos combates de vuestra futura existencia.»

Era este prefacio ó prólogo del libro de mi amiga la baronesa Lelia, rasgo revelador de su carácter y de sus ideas con relación al sexo fuerte.

¿Cómo ha podido V., señora, la pregunté el mismo día en que leí su prólogo, V., exenta de esas luchas terribles de la existencia, que son las que dan, por la experiencia de la vida práctica, la medida del complicado é inextricable dédalo que llaman corazón, sondear ese supuesto centro de todos los misterios y de todas las aberraciones humanas? – Fuerza es, señora, profundo estudio y espíritu de observación, y pasmosas facultades de adivinación intuitiva, para tratar cuestiones que constituyen otros tantos problemas fisiólogo-psicológicos que no es dado alcanzar sino á determinadas inteligencias. – Reciba V. por ello las expresiones más sinceras de mi admiración y mi respeto.

La baronesa continuaba su libro con la relación de sus

memorias concebidas en los siguientes términos:

Me llamó Lelia, – el nombre de mi madre adorada.

Nací en Madrid: mi padre era español y mi madre inglesa.

Estuve en un Colegio en Richemond, – pintoresco pueblo á pocas millas de Londres, – desde los diez á los catorce años.

Mi primera educación sin embargo la recibí en casa de mis padres, y en ella la completé desde mi salida del Colegio hasta los veinte años.

A los catorce era ya una mujer completamente formada y con pretensiones literarias.

Mi afición á la lectura, á la observación y al estudio, unido á mi carácter serio, eran tan exagerados, que las raras veces que me amonestaban obedecían siempre al temor, no mal fundado, de que mi salud pudiera alterarse por el exceso de trabajo intelectual, al que me entregaba sin reposo ni razonable límite.

Mi madre, que fué mi confidenta y mi mejor amiga, era una mujer verdaderamente excepcional, no solamente por su singular entendimiento, sino por su vasta instrucción, sus acrisoladas virtudes y la bondadosa dulzura de su carácter. Mi padre, engolfado constantemente en sus vastos negocios, dejaba al cuidado de su esposa velar por mi educación, convencido de que ninguna dirección extraña, por hábil que fuese, sabría atender con igual solicitud que la de mi madre al cultivo de mi precoz inteligencia.

La circunstancia de ser hija única contribuía á la absoluta libertad de que gozaba, muy en armonía, por otra parte, con las costumbres inglesas que dominaban en la familia, tanto por la nacionalidad de mi madre, como por nuestra casi constante residencia en aquel país.

Mi padre me amaba tiernamente; y mi madre tenía por mí y para mí todas las ternuras, todos los cuidados, todas las delicadezas de que es capaz el corazón de una madre, sobre todo de una madre como la mía.

Dicho se está, pues, que mi voluntad era ley en mi casa, por más que yo no abusase nunca de mis privilegios.

De estos apuntes trazados á grandes rasgos puede formarse una idea general de los primeros años de mi vida, hasta que empezó para mí la historia de la mujer en una edad en que con rarísimas excepciones somos todavía consideradas como niñas.



ENSUEÑOS DE AMOR, cuadro de Juan Luna Novicio *(Exposición París)*

A los quince años había yo leído muchos libros, muchos más que la mayoría de las mujeres que pasan por instruídas han hojeado durante su vida.

No leí nunca malos libros, porque ni los había en la biblioteca de mi casa, ni á haber existido yo me hubiera permitido tocarlos. En las obras literarias, científicas, filosóficas y en las sanas novelas, se nutría suficientemente mi espíritu para alcanzar y comprender fácilmente lo que muchas, mejor dicho, la mayoría de las mujeres no comprenden ó ignoran.

Me creé un orden de ideas especialmente mías, y cuanto veía fuera de ese orden y de ese criterio, que yo creía el único lógico y razonable, lo juzgaba con cierta compasión desdeñosa y como rodeado de una atmósfera opaca ínfima, hecha para los seres inferiores.

La inmensa mayoría de las mujeres parecíanme vulgares, pretensiosas é ignorantes; las niñas de mi edad, ó demasiado tontas ó hipócritas ó ridículamente maliciosas.

Por eso no tenía ni una sola amiga íntima entre las que visitaban nuestra casa, y á las que nunca concedía sino el trato superficial de las relaciones comunes.

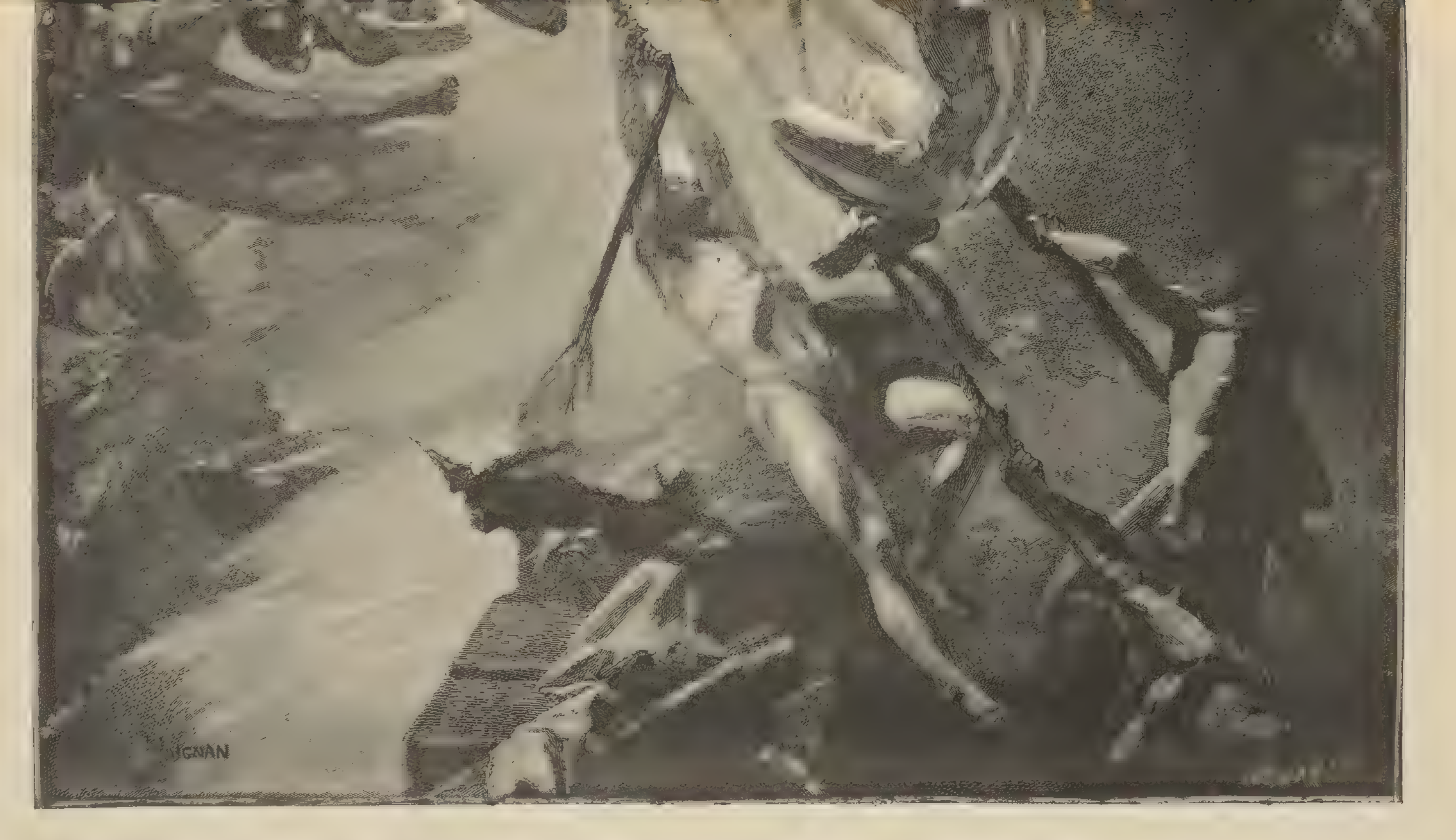
Por muy viva y despierta que sea la imaginación de una mujer de quince años, ha de faltarle la experiencia para distinguir con el necesario conocimiento de los seres que figuran en la vasta escena del mundo, y de las alternativas de la vida, lo real de lo aparente, lo verdadero de lo falso, lo infeccioso de lo saludable.

Aunque mi trato con los hombres estaba reducido á los amigos de mis padres, y á los que conocía en las reuniones y en los teatros, adonde me llevaban raras veces, suplía en parte á la inexperiencia de mis pocos años, dada la claridad de mi juicio, las lecciones y los consejos de mi madre, las innumerables historias que cada día me contaba y las que yo oía referir constantemente, sirviendo de pasto á la maledicencia unas veces, á la ca-



LOS FELICES, cuadro de T. de Beek





EL TOQUE DE REBATO, cuadro de Alberto Maignan, expuesto en el Salón de París de este año



FEDERICO III, EMPERADOR DE ALEMANIA, † el 15 de junio de 1888

lumnia otras, y á la más ó menos justa apreciación de lo que se llama la voz pública.

En el estudio de las mujeres, me parecía haber llegado á cierta altura, por mis constantes observaciones y por mi propia condición de mujer.

En el estudio de los hombres me consideraba mucho menos doctora; pero en medio de mi escasez de trato y de relaciones con ellos, creía haber ya puesto la piedra fundamental á mis futuros definitivos juicios.

Tenía acerca del amor, ideas que al mayor número parecerían extravagantes, ó utópicas, considerándolas cada cual bajo su respectivo punto de vista.

Comprendía, por ejemplo, que el resultado final del más ideal de los amores es la fusión de dos almas en una sola alma; pero no cabía dentro de mis íntimos raciocinios que una mujer perteneciese á un hombre sin participación alguna de su espíritu; como juzgaba abominable, por más que me lo enseñaba la crónica de todos los días, que la mayor parte de los hombres prefiriese el barro exterior á los más delicados espiritualismos del alma.

Sabía que los hombres se entregaban á las pasiones y á los excesos más brutales por satisfacer sus torpes apetitos, y que sacrificaban á unos instantes de placer y vanidad efímeros, la paz, la honra y el porvenir de muchas mujeres.

Sabía que consideraban como un timbre de gloria cada triunfo adquirido por la astucia, la traición y el engaño, sobre la inocencia, la ignorancia ó la debilidad.

Sabía que la mayor parte de las desventuradas mujeres, que renunciaban á ese título una vez corrompidas, para convertirse meramente en *cosas*, eran ángeles caídos, física y moralmente destrozados por las garras del implacable sensualismo de los hombres.

Sabía que el abandono y el desprecio de estos que se llaman señores de la tierra, estaban siempre en relación directa de la rapidez y la facilidad en la caída de sus víctimas.

Y sabía, por último, que la mujer que tiene ideas arraigadas de religión y de virtud, y la habilidad, el talento y la fuerza de defenderse, de resistir y de triunfar de esas innobles asechanzas, cuyo éxito halaga la cruel y ridícula vanidad de los hombres, que convierten, una vez satisfechos, en risa y en escarnio lo que fingieron ser objeto de eterno y fervoroso culto; sabía, repito, que la que tiene tan precioso y preciado privilegio, sin renunciar por eso á los derechos de su sexo, ni á las leyes incontrastables naturales, cuando su dignidad y sus derechos legítimos se hallen asegurados y sancionados ante Dios y ante el mundo, esa será la más apetecida, la más perseguida, la más idolatrada por los hombres; pero también la que á ellos se imponga, la que admiren, la que respeten, la que divinicen.

Recibía mi padre diariamente los más importantes periódicos de Europa; y en los momentos que me dejaban libre otros estudios, repasaba con verdadera curiosidad, con preferencia á las noticias políticas que leía rápidamente, los hechos diversos y las crónicas de los Tribunales.

Todos los días encontraba algo nuevo, curioso ó extraordinario, y con frecuencia me hacían estremecer los dramas de amor, las tragedias conyugales, los procesos más escandalosos y los hechos más inauditos, algunos de los cuales exceden en mucho en la vida real á los que juzgamos casi siempre inverosímiles en las novelas y en las creaciones de la fantástica imaginación de los poetas.

Seducciones y abandonos, asesinatos y suicidios, violaciones y adulterios, infamias y aberraciones repugnantes, todo ese séquito de monstruosidades espantosas y de crímenes sin explicación y sin nombre, al lado de las escenas más grotescas, de los incidentes más cómicos, de las excentricidades más ridículas. Y todo ese conjunto heterogéneo se grababa en mi imaginación y en mi portentosa memoria de manera indeleble, y desarrollaba más mi facultad de pensar y mi espíritu de observación.

¿Qué mucho que colocada en tales condiciones de reflexivo juicio acerca de los problemas esenciales de la sociedad humana, de la que son el fundamento y de cuya interpretación de la forma en que han de resolverse dependen los destinos de cada uno de sus individuos, los de la mujer especialmente, me considerase á mí propia con cierta satisfacción orgullosa, armada de punta en blanco, para entrar resuelta y animosa en el azaroso torneo de la vida?

– ¡Ah! ¿con que los hombres y el amor son los árbitros poderosos de nuestra débil naturaleza? ¿Con que ante esos dos enemigos formidables hay que rendir el alma y humillar la frente? ¿Con que nada ni nadie resiste á su violento impulso y á su avasalladora influencia?

– Pero eso lo veremos, decía yo á la buena y adorada madre mía. – ¡Ay del hombre que se atraviese en mi camino, si no es en absoluto el ser que yo he soñado, si no se separa por completo de esas vulgaridades pretensiosas que ven en cada movimiento y en cada sonrisa de la mujer que eligen para víctima más ó menos propiciatoria un nuevo triunfo de su aspiración presuntuosa!

– ¿Qué me importa casarme ó quedarme soltera toda la vida si no hallo el compañero del alma, el fiel reflejo de mi ser y de mi pensamiento? – Belleza, juventud, fortuna; yo tengo bastante de todo esto para inspirar simpatías y amor á los que se me acerquen; pero esas condiciones en el hombre que aspire á hacer vibrar en mi corazón un latido, nunca serán bastantes por sí solas, á arrancármelo. – Nó; para llegar á amarle, preciso es que haya en él el delicado aroma de esa superioridad moral que no se afecta cuando se está á un nivel más bajo que su altura.

Y mi madre del alma me cubría al escucharme de amorosos besos, me estrechaba contra su corazón, y acariciando mi blonda cabellera:

– Hija de mis entrañas, exclamaba: ¡cuán digna eres de la felicidad que tu amante madre pide á Dios para tí en sus fervientes oraciones!»

LUIS DE LOMA Y CORRADI



ESTUDIOS PARA EL CUADRO: *Un entierro militar en Holanda*

CUANDO FELIPE IV

Ahora que el antiguo principado de Cataluña y Barcelona, su primera ciudad, celebran tan espléndida fiesta de la paz, festejándola con la brillante exposición de los productos de las artes, la arquitectura y la industria, del mundo todo; ahora que ha concurrido para mayor esplendor de ese nunca visto certamen en nuestro país, el Jefe del Estado, la Reina Regente Doña María Cristina de Austria, vamos á evocar el recuerdo histórico de otro viaje, efectuado siglos ha, por otro monarca, también de la familia de los Hapsburgo, pero en el cual, si el Rey pisó la tierra catalana, no llegó á Barcelona, ni tuvo su expedición por objeto la paz, sino los sangrientos empeños de una guerra fratricida.

Próximos á cumplirse estaban cuatro años desde que Barcelona exasperada por el mal gobierno del privado de Felipe IV, el odiado Conde-Duque, había lanzado el grito de rebelión el día del Corpus, 7 de junio de 1640.

Aquel día sufrió cruel y desastrosa muerte el virrey don Damián de Queralt, conde de Santa Coloma, y partiendo de aquella fecha tuvo principio una guerra funesta para el gobierno de Felipe IV y dolorosa para los catalanes, que en su desesperación llegaron hasta auxiliarse del rey de Francia, natural y antiguo enemigo de la prosperidad de España.

Trabóse la guerra con ardiente encarnizamiento por una y otra parte, y en verdad que por algún tiempo no se mostró la fortuna muy propicia á las armas de don Felipe, y á pesar de que éste, para animar á sus tropas, se aproximó al sitio de la lucha, lo mismo que hizo su rival Luis XIII de Borbón, y aun cuando nombró por entonces general de sus tropas al marqués de Leganés, soldado á quien en otras campañas había halagado la fortuna, es lo cierto que vencido por el caudillo francés, mariscal de Lamotte Houdancourt, perdió á Monzón, plaza fuerte en la frontera aragonesa, y el rey partió de nuevo para Madrid.

La mala dirección de los negocios, que de día en día se hacía peor, obligó al monarca á conocer, si bien algo tarde, lo funesto de la privanza de Olivares y se decidió por fin á alejarle de su lado, aunque nombrando para sucederle á su sobrino el conde de Haro.

La guerra había mejorado algún tanto de aspecto para las armas de Felipe IV. Su nuevo general don Felipe de Silva logró recobrar la plaza de Monzón, y éste y otros sucesos prósperos movieron al rey á llevar á cabo un esfuerzo, para poner término á una guerra que iba prolongándose demasiado.

Decidióse á presentarse en el campamento y alentar con esto á los soldados que no estaban acostumbrados á que los monarcas empuñasen la bengala, para dirigirlos al combate.

Desde los tiempos del victorioso emperador Carlos V, sólo había memoria de que Felipe II se hubiese presentado en campaña, cuando visitó el campamento de Filiberto de Saboya, después de la memorable jornada de San Quintín.

El sábado 6 de febrero de 1644 partió el Rey de Madrid para la jornada de Aragón y habiéndose despedido de la Virgen de Atocha, salió á las cuatro de la tarde, en dirección á Alcalá donde durmió, yendo acompañado tan sólo de sus palaciegos y las trompetas.

No viajó muy de prisa Su Majestad, pues hasta el día 13 no llegó á Zaragoza (1) y fué en tan poco propicia ocasión que halló enfermo de gravedad al general de la jornada don Felipe de Silva, quien sin embargo no tardó en curar de su dolencia, merced á los cuidados del célebre doctor Negrete, médico de cámara, que le envió el Rey, no bien supo su peligrosa dolencia.

Por cierto que curado Silva, adoleció y murió Negrete en Zaragoza.

Con aquel cuidado respondió sin duda el Rey á los diputados de los cuatro brazos del reino de Aragón, que salieron á recibirle hasta la frontera de aquel reino y que muy ahincadamente le pidieron removiese del cargo á Silva.

Más de dos meses estuvo el Rey en la capital de la antigua corona aragonesa preparándose para salir á campaña y en el intermedio mandó llamar por cartas á los grandes y señores de título del reino, para que fuesen á asistirle en la guerra y por fin se decidió á partir, señalando para ello el viernes 29 de abril, determinando sentar su residencia en Berbegal, que entonces se consideraba plaza fuerte y está situada en la meseta de una colina aislada, de áspera subida, á unas doce leguas de Zaragoza y dos de Monzón, cuyo castillo se divisa claramente desde allí.

Con esto se acercaba también á Lérida, ocupada por el francés.

El domingo, primer día de mayo, ya de noche, llegó el Rey á Peralta de Alcofea, villa de corto vecindario, situada á poca distancia del punto en donde el pequeño río Guatizalema vierte su caudal en el Alcanadre, que á su vez desagua en el Cinca algunas leguas adelante, después de fertilizar los campos de Sariñena y festonear el famoso é histórico monasterio de Sigena, privilegiado asilo de esposas del Crucificado, fundación de Alfonso II, comparable sólo por sus inmunidades al de las Huelgas de Burgos.

Acompañaba al monarca espléndida comitiva, más propia del fausto de la corte que de la rudeza de la campaña, contándose en ella el marqués de Gracia, el embajador de Alemania, el marqués del Carpio, caballerizo mayor, el patriarca de las Indias, los gentiles hombres de cámara y los de boca, caballerizos y pajes de á caballo, juntándose hasta quinientos.

Acaso Felipe IV, tan amante de fiestas cortesanas, viéndose aquel día rodeado de tan fastuoso aparato, comparó las olvidadas márgenes del Alcanadre con las del Manzanares, en donde al mismo tiempo debía estar reunido tal tropel de tapadas, señores, hidalgos y plebeyos, unos á pie, otros á caballo y no pocos en coche, en medio de bailes, coloquios y meriendas, celebrando la popular y bulliciosa fiesta de *Santiago el Verde*, en el famoso Soto de Manzanares, y dando á la primavera la bienvenida.

Deseoso se hallaba don Felipe de presentarse en el campamento, así que, al siguiente día á las siete de la mañana ya estaba á caballo, dispuesto á recorrer la dis-

(1) Biblioteca Nacional: m. s. - H. 135.

tancia que de sus tropas le separaba, la cual no excedía de media legua.

Sonó la señal de ponerse en marcha, que era dos tiros, y el Rey, que aguardaba en una ermita, empezó al punto su camino, siendo saludado al llegar al campo con tres salvas reales, de diez y seis piezas de artillería.

Componíase el ejército de 4,000 caballos escogidos, quince tercios y regimientos de infantería, seis de ellos españoles, dos valones, cuatro alemanes y tres italianos.

Conviene saber que los tercios de infantería española solían tener unos 3,000 hombres, divididos en doce compañías, no llegando á ese número los de las otras naciones.

Eran todos soldados viejos, que aparte de valer más de otro tanto que los bisoños, se hallaban animados con las mercedes que el Rey acababa de hacerles, excusándoles del pago de medias anatas, ó sea el descuento de la mitad del sueldo, durante el primer año en que gozaban de nuevo empleo.

Añadió á esto la concesión de un escudo de *ventaja* sobre cualquier sueldo que percibiesen.

Era la *ventaja* recompensa entonces muy en uso en el ejército español, pero de la que se había abusado por extremo, ocasionando grandes gastos en el entretenimiento de las tropas, siendo causa de mucho descontento y murmuración entre los soldados, porque generalmente no se otorgaba al mérito sino al favor.

Por esto se propuso diferentes veces remedio, llegando á fijarse la suma que debía tener cada compañía asignada para ventajas, que era de treinta escudos, no pudiendo exceder ninguna de diez, atento á la consideración de que la ventaja se daba más por honra de señalados servicios, que por utilidad del aventajado. Eran algo parecido á las cruces pensionadas, invención moderna.

Quiso el monarca, asimismo, dar una paga entera á la gente, pero tuvo que reducirla á media, en consideración á lo mucho que había gastado desde que salió de Madrid, que ascendía á seis mil escudos.

Era entonces motivo también de disgustos la provisión de cargos, y aunque sobre el asunto se habían tomado disposiciones y estaba consignado en las Ordenanzas dictadas por el mismo Felipe IV en 1632, reformando las de su padre, cómo había de procederse, era lo cierto que lo mandado no se cumplía muy bien, cuando en esta ocasión ofreció el Rey á las tropas que para oficiales y puestos mayores no traería soldados de otras partes, sino que se sacarían de cada tercio, de forma que si vacaban maestres de campo, sargentos mayores, capitanes y banderas, se nombrarían tales oficios en los soldados del tercio y regimiento mismo.

Para más granjearse el afecto de los soldados, honrólos don Felipe presentándose en el campamento al frente de banderas, á caballo, con la bengala ó bastón de generalísimo y vestido á la usanza militar.

Sabido es que entonces los soldados no usaban uniforme y cada cual vestía y se armaba según su gusto y capricho, compitiendo todos en lo vistoso del traje, cadenas, bandas y plumas con que se engalanaban.

Así es que el Rey se presentó con calzón de punto, bordado de plata pasada, mangas de lo mismo, coleto de ante llano, banda roja, bordada de plata, capote de albornoz rojo con alamares de plata pasada, espada y espuelas, estas asimismo de plata, y el sombrero negro con plumas de carmesí.

Extraordinario por todo extremo fué el entusiasmo de las tropas á la vista del Rey, y aquellas colinas y llanos retumbaban con las salvas de artillería, el redoble de las cajas, el sonido de los pífanos y los vítores de los soldados que arrojaban al aire sus sombreros, mientras el Rey saludaba con el suyo las banderas, que á su vista tremolaban.

No podía transcurrir tan fausto día sin que las Musas, que entonces todo lo narraban, tomasen también parte en el militar regocijo y se conserva un largo romance anónimo (1), que supongo inédito, describiendo el suceso, y de cuyos culteranos conceptos daré una muestra, copiando algunos trozos.

Dice así:

AL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE IV EL GRANDE, DELANTE DE LAS TROPAS DE SU EJÉRCITO, EN EL CAMPO DE BERBEGAL, CUANDO I O DE LÉRIDA.

A dar calor á sus armas
Y luz á sus hijos ciegos
El sol de Austria, sale el sol,
Y dos polos dora á un tiempo.
Hoy se muestra y de la tierra
Todo el ámbito soberbio
Callará á su vista, como
Se vió en el Mavorte griego.
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
Pero ¿qué nueva, qué osada
Belona, de Marte fiero
El carro falcado guía?
En cada caballo un Euro
Azota, un rayo castiga,
Y apresura un pensamiento.
Por los ojos y la boca
Espiran volcanes ellos,
Y su misma sangre beben
En las copas de sus frenos.
Gime el aire, y de las nubes
Los cerrados pavimentos,
Por los sulcos de las ruedas



ESTUDIOS PARA EL CUADRO: *Un entierro militar en Holanda*

Se quedan esclareciendo.
Ya mira de Berbegal
El campo extendido, el vuelo
Abate, y la cumbre fácil
Ocupa de aquel repecho,
La voz levanta y curioso
La está esperando el silencio,
El mundo la atiende, y yo
A sus razones advierto:
«¿Hasta cuándo, obstinaciones
De mal fundados empeños,
Al imperio de las sombras
Le darán tributos ciegos?
¿Hasta cuándo, Cataluña,
Para miserable ejemplo,
Abusarás pertinaz
Del más paternal afecto?
Castilla soy, y ese joven,
Que oprime un bridón de fuego,
Relámpago en las vislumbres,
Como rayo en los efectos;
Ese caudillo animoso,
Ese general atento,
Es, si acaso de tu culpa
No te advierten los recelos,
El Conde, el Rey, el Monarca,
El Jove, el Filipo nuestro,
El *Grande*, el mayor, el magno,
Más que Alejandro y Pompeyo.
Guía un campo, cuyas flores
Se arman de áspides de acero,
Si en plumas y bandas son
Volante pensil del viento.
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
Teme, pues, teme, que yo
De nuestro Júpiter veo
Los rayos, los capitanes,
La esposa y el heredero,
Las flotas, las asistencias,
El valor, el ardimiento,
Asaltar tus homenajes,
Sin que puedas defenderlo,
Aunque te amparen nativos,
Arrogantes y soberbios,
Baluartes firmes y fosos
De Segres y Pirineos.»
Calló la Belona hispana,
Calló, y por el Segre adentro,
Haciendo del carro barca,
Hizo de las alas remos.

Recorrió don Felipe el campo y por todas partes fué testigo del alborozo de los soldados, que viéndole entre ellos, le ofrecían con entusiasmo perecer mil veces en su servicio, mientras él veía con placer levantar las tiendas y barracones en donde se alojaban, llamando mucho su atención los tercios de los valones y alemanes, cuyos soldados llevaban consigo sus hijos y mujeres, convirtiendo los campamentos en verdaderos aduares, siendo no pequeño embarazo en las campañas.

Al siguiente día, 3 de mayo, que era la fiesta de la Santa Cruz, pasó el Rey á Barbastro á celebrarla, diciendo la misa en su iglesia el obispo don Diego de Chueca.

Era Barbastro ciudad de no gran vecindario y había sido visitada ya por Felipe IV en 1626, con ocasión del tratado de Monzón, que entonces puso fin á la guerra que el cardenal Richelieu nos había suscitado, sobre la ocupación de la Valtelina.

Por cierto que entre los festejos con que entonces obsequió Barbastro al monarca, fueron de notar las comedias representadas por el autor de compañías Juan de Morales Medrano y su mujer, la famosísima comedianta Jusepa Vaca, tan festejada de próceres, como traída y llevada por los poetas en sus versos, no siempre escritos para su loa.

Aquella tarde el Rey visitó las barcas que estaban en el río Cinca, preparadas para pasar las tropas, y habiendo permanecido en Barbastro dos días más, sin hacer cosa particular, regresó el viernes, día 6, á Berbegal.

Pusiéronse en movimiento pocos días después las tropas, con no poca satisfacción de las aldeas circunvecinas, que ya con los alojamientos, ya con el temor que á los enemigos tenían, estaban en continuo vejamen y angustia.

Aun cuando la fortuna favoreció las armas de Felipe IV con la toma de Balaguer y sobre todo con la de Lérida, como la guerra no dejaba concebir esperanza de término cercano, el Rey, después de los triunfos obtenidos contra el francés en Cataluña, regresó á la corte, si bien con propósito de tornar á Aragón, como lo hizo en el siguiente año de 1645, acompañado de su primogénito don Baltasar Carlos, que fué jurado en Zaragoza como sucesor de aquellos reinos.

Repitieron el Rey y el príncipe la jornada de Zaragoza en 1646, con motivo siempre de la guerra, y habiendo enfermado en aquella ciudad don Baltasar Carlos, en muy pocos días bajó al sepulcro, un martes 9 de octubre.

Tal fué la expedición que en 1644 hizo Felipe IV, llevado por aquella sangrienta y porfiada guerra, que no terminó hasta que afligidos los catalanes con su duración y experimentando que con aquel estado de cosas y las vejaciones que les imponían sus protectores aparentes los franceses, padecían mayor daño que con el gobierno de don Felipe, se entregó Barcelona el 13 de octubre de 1652 al marqués de Mortara y á don Juan de Austria, el segundo, quienes estrechamente la tenían cercada por mar y tierra, con cuyo suceso en breve quedó pacificada toda Cataluña.

¡Líbrela Dios en lo sucesivo de visitas de príncipes airados!

Regocíjese siempre como ahora, que llegan de fiesta, para admirar y aplaudir su próspera cultura.

JULIO MONREAL.

(1) Biblioteca Nacional: m. s. — C. c. 180.

LOS EXÁMENES

(CUADROS AL VIVO)

— ¡Qué poca gente hay en la plaza! Casi estamos los dos solos.

— Es verdad; estarán todos comiéndose los libros.

— ¿A quién has saludado?

— A D. Mariano

— ¡Cómo se conoce que están encima los exámenes! Antes nunca le saludabas.

— Amigo, no todos los tiempos son iguales

—

— Mala cara tienes, chico; se conoce que te estás comiendo los libros.

— Pues no creas, no es gran cosa; pero ya ves, el caso no es para menos.

— A ver, ¡hazme una pregunta! Hoy he concluído de repasar el Jaccoud y ya no pienso mirarlo más. ¿Tienes ahí el programa de Patología?

— ¡Sí!

— Pues sácalo y haz una pregunta cualquiera.

— ¡Allá va! Diagnóstico diferencial entre la disentería y la enteroragia.

— Entero... ¿qué? por el medio sí que me has partido ahora; precisamente es una cosa que no sé.

— Pues, amigo, me encuentro en el mismo caso. ¡Vaya una plancha!

—

— Chico, estoy desesperado; decididamente me tiro por la peña Celestina. ¿Pues no me estuve anoche estudiando las leyes desamortizadoras y ya no sé ni chispa?

— ¡Quita allá, hombre! ¿qué sirve eso? Llevo yo estudiando lo menos quince veces la historia del Oriente y lo mismo que si no la hubiera visto; no hay quién me haga tragar esos *nombrajos* de Marelo Kempad, Assurrisili Busur-Assur, Assurbelkala, ¡qué sé yo! ¡Hay la mar! Yo mandaba fusilar á todos los que se ocupan de cosas semejantes.

— Te digo que estoy desesperado, hecho un pez por completo.

—Y yo un cetáceo; lo que es si me sale alguna lección del Oriente ¡me dividen!

—

—¡Hola, chico! ¿Dónde diablos has estado que no te se ha visto por ninguna parte? ¿Has ido á las fiestas de San Isidro?

—¡Y no mala fiesta! ¡Buena fiesta tengo yo con la Química ¡Ni la de los innumerables mártires de Zaragoza, que de seguro debe ser mayúscula, aunque sólo toquen á media fiesta por barba. ¡Ya! ¡ya! Te digo que ni Berzelius, ni Dumas, ni Stahl!... ¡Así les hubieran pegado cuatro tiros á cada uno! Estoy furioso; me hablan de sesqui sulfuros y como si me hablaran de las pagodas de la India, que en mi vida pienso verlas; tratándose de metaloides me entra dolor de cabeza; con los metales temo me dé una apoplejía fulminante, sobre todo al pensar que no tengo una peseta; con las sales se me hace la boca agua, porque no conozco más que la sal de la olla y la sal de mi morena, que no es poco; y no digamos nada si se trata de la teoría de Berzelius, porque entonces me dan intenciones de abrir el balcón y pedir ¡socorro! En fin, te digo que estoy un pez de marca mayor. Así es que no he tenido más remedio que meterme en casa y de allí no salgo ni de día, ni de noche; aun así y todo, encontrar yo un aprobado es tan difícil por lo menos, como encontrar la piedra filosofal ó la cuadratura del círculo; yo pido al tribunal que me dé un *sí* natural; pero cuando yo me examine ya lo verás, se quedan resecos, y no llegan, ni siquiera á *si bemol*, lo juraría.

—¡Vaya! ¡vaya! no estarás tan mal cuando tan buen humor tienes.

—¡Pues no! que me echaré á llorar; con eso nada remediaría y serían dos males á la vez. Y tú ¿cómo estás?

—¡Pschs! así, así. En Historia natural me asustan un poco los zoófitos y las clasificaciones de botánica de Jussieu, de Decandolle, de Linneo, etc. etc., pero ¡vaya! puedo pasar; en lo que estoy temiendo una catástrofe es en el Algebra; hablándome de ecuaciones de primer grado entro en calor; en las de segundo sudo; en las de tercero me entra calentura, y en las de cuarto una tiritoría que ni en Siberia. Lo que me consuela es que á los demás les pasa lo mismo, y mal de muchos.....

—¡Estamos frescos!

—

—Dispénsame que te interrumpa; tú estás enterado y vengo á pedirte un favor. ¿Me podrías decir algo de los sistemas de Filosofía de la Historia?

—¿Es broma?

—Hombre, no; me veo en un compromiso; tengo una lección en el programa que trata de eso y no sé ni chispa.

—Me parece que tú andas buscando camorra. ¿Con que no sabes una lección y me la vienes á preguntar á mí, que no sé la mitad de las del programa? ¡Para qué quería yo más día de fiesta que ir al examen con una sola lección en blanco!

—Mira, déjate de bromas y dime si quieres lo que te he preguntado.

—Aguárdate un poco. Pues bien, ya sabes que san Agustín fué un santo...

—¡Vaya una noticia!

—¿Lo sabías? Pues ya sabes tanto como yo; porque es lo único que sé de sistemas de Filosofía de la Historia; Bossuet, Vico, Herder, Hegel, Schlegel, Krause y demás compañeros mártires los conozco de nombre; pero ni sé si fueron ministros de Hacienda ó escribientes de algún Gobierno civil, y en cuanto á sus sistemas nunca me he metido á averiguarlos.

—¡Me has fastidiado!

—

—¡Hombre! ¡Tú por aquí! ¿Qué milagro es este? ¿Quién ha conseguido convertirte y traerte á la iglesia á oir misa? ¿Quién es ella? Porque aquí por fuerza hay faldas.

—Te equivocas, y me extraña que no aciertes á explicarte mi conversión. ¡Ay, amigo mío! ¡Estoy ya tan desengañado del mundo! Todo es farsa, chico, todo es farsa. Figúrate que tengo cuatro asignaturas y que soy amigo de todos mis profesores; todos los días los veo en el Casino, me hablan, me tratan con confianza, me ofrecen su casa, en fin, están á cuál mejor; fiado en su amistad no he abierto un libro; ¡qué abierto! ¡ni siquiera los he comprado! Les pido ahora un pequeño favor, el que me aprueben... ¡Ya ves tú! ¡nada! ¡eso no vale nada! Y me dicen que no puede ser, que lo sienten mucho; que si hago buen examen, que entonces desde luego cuente con ellos; en fin, chico, que he salido de la visita más quemado que una brasa.

—¡Ah! ¡ya caigo! y vienes aquí, á misa...

—¡Es claro, hombre! Porque no me queda otro recurso que volver los ojos á Dios y pedir que haga un milagro.

—Ataulfo, Sigerico, Walia, Teodoredo...

—Pero, señorito, que está la sopa en la mesa.

—¡Déjame en paz de sopas! Ahora voy. Turismundo, Teodorico, Eurico.....

—Pero, señorito.....

—¡Por vida de tal!... ¡Calla! Y ahora que me fijo, ¿sabes que eres bonita, muchacha? ¡Qué tentaciones! Pero, no ¡no! *vade retro*. Alarico, Gesaleico, Amalarico... Amalarico, Amalarico... ¿Quién viene ahora?

—Nadie, señorito.

—¡Ah! Teudis, Teudiselo, Agila....

—El señorito está loco, ¡pobrecito! *¡velay* lo que tiene tanto estudiar!

FERNANDO ARAUJO



UN SABINO DEFENDIENDO Á SU HERMANA, grupo de José Uphnes

NOTICIAS VARIAS

ISLA DE SAKHALINA. – El gobernador general de la provincia de Amor (Kamtchatka) anuncia en una memoria dirigida al gobierno de Rusia, que acaban de descubrirse abundantes fuentes de nafta en la isla de Sakhalina.

***

NUEVA MINA DE ORO EN LA GUYANA. – Según escriben al *Times*, se han descubierto en el Surinam (colonia holandesa) entre los ríos Lava y Papanahoni, yacimientos ó criaderos de mineral aurífero de riqueza extraordinaria. Con esto ha surgido una interesante cuestión, cual es saber, si la comarca en que se presentan estos ricos yacimientos pertenece á los Países Bajos ó á Francia, puesto que la frontera entre el Surinam y la Guyana francesa está delimitada por el río *Marouine*, formado por la reunión del Lava y el Papanahoni. El periódico inglés emite desde luego la opinión de que el derecho histórico parece estar de parte de los Países Bajos, que establecieron un puesto, hace cosa de cien años, en la confluencia del Lava y el Papanahoni. Pero muy luego se retiró este puesto.

ECLIPSE TOTAL DE LUNA

M. Philaire, residente en Cayena, ha hecho la descripción del eclipse total de luna observado por él en aquellas latitudes el 28 de enero del corriente año, y por ser de suyo una descripción curiosa la insertamos con mucho gusto en nuestras columnas. El eclipse fué observado en todas sus fases, gracias á la pureza del cielo.

Al levantarse el astro, estaba oscurecido el horizonte al N.O. y al O. por amplias fajas de stratus; pero á las 6 y 50 m. salió en fin la luna de aquel inmenso velo y apareció tal como la representa nuestro grabado.

Hallábase en este momento á una altura de unos 30° y había penetrado ya dos tercios en la sombra de la tierra. Por un curioso fenómeno de refracción atmosférica, la parte iluminada de la luna apareció más amplia que el disco á que pertenecía y pareció coronarlo con un luminoso creciente de sí misma. Esta corona parecía como recortada en su cóncavo menisco, presentando su centro un desgarro más acentuado.

Estas desigualdades de la sombra proyectada por la tierra ¿no pudieran estár formadas por los grandes relieves de nuestro planeta que se dibujan así en la superficie de la luna?

Ello es cierto que estos recortes, perceptibles ya á la simple vista, se vieron perfectamente con unos gemelos ó anteojos marinos.

La parte oscurecida de la luna ofrecía un matiz rojo cobrizo muy sensible, á la vez que sus relieves tomaban una tinta parda negruzca. A derecha é izquierda estaban ligeramente iluminados los contornos del disco, conservando su base el mismo color que el centro.

A proporción que el astro se elevaba, disminuía poco á poco el fenómeno de refracción y la parte iluminada recobró su lugar en el disco; al mismo tiempo desaparecieron las ondulaciones en el límite de la sombra, que se perfiló correctamente siguiendo una línea curva.

La luna se eclipsó totalmente á las 7 y 20 m. Durante su paso por la sombra de la tierra, permaneció visible conservando la misma tinta cobriza y nada extraordinario se observó á su reaparición. El astro continuó majestuosamente su curso, y á las 9 y 45 m. se descubrió enteramente recobrando su claridad ordinaria.



Eclipse de luna del 2 de enero 1888, observado en Cayena

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 2 DE JULIO DE 1888 — NÚM. 340

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CARROZA ALEGÓRICA DEL EJÉRCITO

Retreta dedicada á S. M. la Reina Regente en Barcelona

Proyectada por nuestro director artístico D. J. Luis Pellicer

(Fotografía del Sr. Torija)

La guarnición de Barcelona quiso festejar la venida de la corte á esta ciudad y con buen acuerdo organizó una retreta con antorchas, espectáculo ya conocido entre nosotros, pero nunca efectuado con la grandiosidad, buen gusto y lujo desplegados en el festival á que nos referimos. Aparte las fantásticas evoluciones efectuadas en la plaza de la Paz por los cuerpos militares, de un efecto verdaderamente mágico, siempre es agradable la idea de que las puntas de las lanzas sostengan ramilletes de flores y que los cañones de los fusiles rematen en faroles de colores distintos, confabulándose los hombres de armas no para producir una catástrofe, sino para captarse las simpatías de una dama ilustre y de un pueblo bien hallado con la presencia de su soberana.

Al final de la retreta era de ver (y ninguno lo vió sin aplaudir) la carroza alegórica del Ejército que reproducimos en el presente número. Confióse el proyecto á nuestro director artístico, quien, harto experimentado en esta clase de compromisos, demostró una vez más que todos los pensamientos son realizables en forma bella cuando se posee talento bastante para armonizar lo más antitético en configuración y significado, las armas ó sea el instrumento de la guerra, y las flores que son el grato producto de la paz.

ESPERANDO... cuadro de Rodolfo Jordán

Mala cosa es esperar, tanto que según el refrán *quien espera desespera.* ¿Qué será cuando la que espera es una mujer amante y el esperado corre un verdadero peligro? Esta situación ha aprovechado Jordán para presentar un cuadro lleno de melancólico sentimiento.

Las olas se estrellan al pie de las rocas y de las murallas, la luna riela sobre superficies de nieve congelada, el pescador del norte siente sus miembros ateridos por la espuma que inunda su frágil embarca-

FIESTAS DE BARCELONA DEDICADAS Á S. M. LA REINA REGENTE



CARROZA ALEGÓRICA DEL EJÉRCITO. – Retreta dedicada á S. M. la Reina Regente en Barcelona

Proyectada por nuestro director artístico D. J. L. Pellicer (fotografía del Sr. Torija)

ción. También la joven esposa se encuentra helada, no de frío, sino de pavor: la barca deseada no parece y el viento tiene una manera especial de remedar los ayes del moribundo...

Es el asunto tantas veces empleado de la triste y azarosa vida del marinero. Pero el artista, como la naturaleza que es su gran modelo, nada nuevo produce: un rosal siempre da rosas, y sin embargo cada una de ellas es distinta y cada una de ellas es admirable. El arte repite á menudo las escenas, lo cual no impide que cada escena sea una obra de arte.

RECUERDOS DE MONTSERRAT

Á PROPÓSITO DE LA EXCURSIÓN DE S. M LA REINA REGENTE

Los dos gigantes. – El monasterio. – Santa Cecilia. – Los Apóstoles

La expedición á Montserrat dispuesta por la Diputación provincial de Barcelona en obsequio á S. M. la Reina Regente ha llamado nuevamente la atención universal hacia la célebre montaña donde se venera á la Virgen protectora del Principado de Cataluña. Y no sin motivo llama Montserrat aquella atención, pues raras son las manifestaciones de la naturaleza que reunen la originalidad y grandeza de ese monte doblemente sagrado.

Bañada por el caprichoso Llobregat, á siete leguas ONO. de Barcelona, encuéntrase la incomparable montaña, cuyos enhiestos picachos, algunos de ellos de 150 pies de altura, contemplados á la luz crepuscular, parecen gigantes que defienden contra los profanos la entrada del venerado recinto. Su elevación sobre el nivel del mar es de 3,978 pies, y su composición es de piedras calizas cenicientas, rojas, amarillas, pardas y de color de carne, conglutinadas de tal suerte que constituyen el mosaico más extraordinario é incomprensible que haya producido la tierra en un momento de cataclismo. Dice una bella leyenda del país, que estas montañas se desgarraron, á impulsos de su propio dolor, cuando el Redentor del mundo exhaló su último suspiro. No cabe dar explicación más poética y en apariencia más apropiada á esa formación que da á Montserrat el aspecto de las ruinas de un terremoto. Nuestro grabado que representa las peñas conocidas por el *gigante grande* y el *gigante pequeño*, da buena idea de lo que pudiera llamarse el caos de Montserrat.

A la parte E. del monte, considerado desde el Llobregat, son de ver la famosa basílica y monasterio, que con ser una y otro muy notables por su capacidad, parecen como empequeñecidos por la grandeza natural que les rodea. En esa basílica se adora á la Virgen de la clásica montaña. Materialmente considerada, está fabricada de madera; su rostro es moreno subido, casi negro, y aun cuando su talla se remonta á una época casi bárbara del arte, es de regulares facciones y de fisonomía dulce, correcta y simpática. El vestido vulgarmente llamado de trono que la envuelve, impide apreciar su verdadera estructura ó actitud, que es sentada, con el niño Jesús en brazos. Tan preciada imagen fué descubierta en el año 880 por unos pastores de Monistrol: Vifredo *el velloso*, á la sazón Conde de Barcelona, erigió el primitivo claustro que dotó con religiosas Benitas de San Pedro de las Puellas de Barcelona, siendo su primera abadesa Richilda, hija de aquel soberano. Aquí la tradición da lugar á la famosa historia de F. Juan Garín, que nos parece de muy mal género y propia solamente de tiempos bárbaros.

En el año 976 el conde Borrell sustituyó á las Benitas de San Pedro con Benitos del célebre monasterio de Ripoll, y en 1410 la santidad de Benedicto III decretó la independencia del convento, que se vino rigiendo por la autoridad de su Abad propio.

No es de la índole de nuestro periódico explicar, ni aun en resumen, las vicisitudes de ese santuario, visitado por nuestros príncipes más ilustres y por ellos enriquecido con magníficas dádivas. La fama de estas riquezas, más que el deseo de destruir el baluarte de la fidelidad catalana, dió probablemente lugar al saqueo é incendio del monasterio en tiempo de la famosa guerra de la Independencia. Aun son de ver hoy día los estragos de aquella jornada: las ruinas de Montserrat claman al patriotismo catalán contra los satélites del conquistador de Europa. Mucho ha reparado con posterioridad la largueza de los fieles; pero la actual fábrica dista mucho de ser lo que fué en otros tiempos. A pesar de todo, difícil es combinar peregrinación más bella que la peregrinación á Montserrat.

Del tiempo de su apogeo consérvanse, más ó menos bien restauradas, las ermitas que en otro tiempo fueron albergue de piadosos solitarios. En nuestros días, en que todo se materializa y contra las decepciones del mundo apenas se concibe más remedio que la desenfrenada crápula ó el cañón de una pistola, no se comprende la existencia de esos eremitas que, como las águilas, vivían en puntos inaccesibles casi á los hombres. Y sin embargo, esos hombres han existido, y dan prueba de ello las ermitas diseminadas en los lugares más abruptos y peligrosos de la montaña. En el presente número reproducimos las tituladas *Santa Cecilia* y los *Apóstoles*. No todos los romeros visitan esas construcciones, por más que la empresa no sea difícil y mucho menos peligrosa; pero aun los que trepan á esas ermitas, raras veces se hacen cargo de lo que significaron y valieron en la época de la fe. Los dramas íntimos que tuvieron lugar dentro de esas desnudas paredes Dios los presenció: la leyenda ha popularizado alguno de ellos; pero la leyenda es muy pobre cosa para revelar los arcanos del humano corazón y dar cuenta de los soliloquios del ermitaño en las soledades de la Tebaida catalana.

Nuestros lectores han de agradecernos sin duda que, en la reproducción del presente, evoquemos el recuerdo de un pasado, al cual no desearíamos por cierto volver en absoluto; pero que tiene, cierto y propio, su arte, su grandeza y su poesía.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

NUEVOS PANORAMAS

Hemos recorrido hasta aquí la primera sección en que puede considerarse dividida el área vastísima de la Exposición universal. Siguen á ella el Parque hasta el Palacio de la Industria, y tras éste la tercera y última sección hasta el mar.

Para el que visita estos sitios, como nosotros ahora, atendiendo únicamente á la belleza panorámica del conjunto, la impresión no puede ser más grata y amena y al propio tiempo magnífica.

Encierran los jardines gran variedad de hermosas perspectivas con sus principales y anchurosas calles, la de los Tilos y la de los Álamos, con su arbolado frondoso y umbrío, con sus ocultos senderos á cuya orilla se alzan en agradable desorden diversos pabellones. Donde quiera que se vuelva la vista, sorprende al observador un cuadro ya compuesto y tentando al pincel, que para mayor atractivo varía de entonación y de belleza en las diversas horas del día. Algunos de estos cuadros presentan el aspecto poco interesante, pero grandioso, de las calles de árboles tiradas á cordel, y flanqueadas por edificios en hilera. Pero otros, con sus recodos imprevistos, con sus masas de verdura de diversos tonos, enmarañada y tupida, con su regalada sombra, tienen todo el encanto apacible de la naturaleza inculta y abandonada á sí misma, tanto más grato cuanto más cerca del movimiento y la vida. Indudablemente, sin el atractivo de la rica vegetación, hoy en la plenitud de su fuerza y de sus colores, la Exposición, aunque vasta, no hubiera tenido la amenidad de ahora; con este aliciente, no sólo debe de impresionar al extranjero, sino que parece nuevo y más bello el sitio á los que tenemos los ojos acostumbrados á él. Diré más: extraño no verlo celebrado con más frecuencia por la generalidad, ya que á los artistas no pasa inadvertida la belleza de ciertos puntos de vista. Hay algunos en los alrededores del lago verdaderamente notables. Contribuyen á realzar su encanto dos elementos que son vida de todo paisaje: el agua en primer término, y las viejas construcciones en el fondo. Refleja el agua la fronda de sus márgenes esfumando fantásticamente los contornos y diluyendo las tintas en ese verde de légamo húmedo y tenue que el más leve soplo disipa ó raya horizontalmente con líneas temblorosas, como si la aérea visión se sumergiese y se desvaneciese poco á poco detrás de una gasa. Las construcciones, á su vez, alumbradas por el sol, ó agrisadas por el cielo nebuloso, ponen de resalto las masas de verdura, encuadran el paisaje y llenan el último término con el simpático color de los edificios viejos, sea cual fuere su arquitectura. Los últimos restos de la Ciudadela, mirados desde el lago, parecen colocados allí adrede para embellecerlo... Los mismos pabellones y kioscos construídos en distintos sitios y los cafés y puestos de bebidas con sus variadas líneas y sus colores más vivos y artificiales, ofrecen un contraste más entre aquellos senderos sombríos, mientras en último término edificios como el gran depósito de aguas, y los nuevos cuarteles, asomando sus vastas fachadas por encima de los álamos, engrandecen la decoración con sus prolongadas paralelas.

Sólo recorriendo detenidamente estos bosquecillos, puede adquirir el visitante una idea exacta de las curiosidades que contiene la Exposición, y de la extensión que ocupa, aparte de sus palacios colocados en lugar más visible. Sólo así también cabe apreciar debidamente cuanto servicio le prestan los jardines, ofreciendo asilo y refugio al paseante y estableciendo un contraste pocas veces logrado entre las grandes vías rectilíneas, entre las construcciones regulares y extensas, y los recodos ocultos y variados. No se dirían encerrados dentro del mismo perímetro estos sitios pintorescos, y la calle que conduce hasta la estatua de Prim; ni es el mismo el efecto producido por el Paseo de Pujadas frente al Palacio de Agricultura con las instalaciones al aire libre, y la aglomeración de kioscos delante del Palacio de la Industria, ó la vasta plaza de armas. Destruída la uniformidad, una gran concurrencia circulando por tan diversos puntos á la vez, aquí diseminada por las distintas veredas, agrupada en grandes masas en la plaza, empequeñecida debajo de la galería porticada que ciñe el hemiciclo, se ofrece al espectador, no con la monotonía de una multitud aturdida que desfila por delante de un vasto museo, sino con la variedad pintoresca y animada de un pueblo que se divierte y goza.

Tiene la vieja plaza de armas su grandiosidad, pero las pobrísimas pinturas de sus antiguos edificios la deslustran en parte, como destruye en parte también el efecto del hemiciclo el exterior del Palacio de la Industria. Prescindiendo del que causan sus vastas naves en su interior, donde el ánimo se espacia y siente de nuevo la febril impresión que comunican en vasto espacio tantos artefactos y tantas manifestaciones del esfuerzo humano; prescindiendo, digo, de la perspectiva de las inmensas galerías alejando sus paralelas en diversas direcciones con las siluetas de las instalaciones y los colores infinitos de la materia elaborada, desde el cristal al tapiz, y desde la laca al bronce, hay que atravesar la nave central y salir al aire libre para dar con otro panorama que iguale en belleza al de los jardines, aunque con decoración absolutamente distinta.

Una vez se ha subido la gran escalinata que conduce al puente de hierro, la mirada abarca el trozo más característico y magnífico, en mi concepto, de la actual Exposición, la sección que, por los elementos de que se ve rodeada, tiene fisonomía más propia y más en consonancia con el carácter de un certamen universal. Los jardines, con sus pintorescos fragmentos, traen á la memoria las obras de los paisajistas; el espectáculo que divisamos desde aquí, antes de bajar hasta el mar, recuerda los grabados de las grandes ilustraciones norte-americanas: una vista fragmentaria de una gran población industrial con la grandeza singular del tráfico y el poder de la maquinaria, que pocos admiran. El magnífico puente de hierro, prolongándose en una extensión de 150 metros de longitud, colgado en el aire, resonante bajo los pies del que lo atraviesa, tendido sobre dos líneas férreas; el paso continuo de las locomotoras por debajo de su armazón; la galería de máquinas á la izquierda, los grandes tinglados de las estaciones á la derecha, un gasómetro enfrente, el faro de carbón en último término, el mar y el puerto en lontananza; el silbido y trepidación de los trenes, la humareda del vapor que ennegrece los árboles y los edificios; en todas partes la actividad, el movimiento y la vida de la máquina con sus resoplidos y la imponente majestad de su fuerza fatal; todo esto en horizonte despejado por donde quiera que se tiende la vista, forma realmente un espectáculo grandioso de los que parece comunican energía á la voluntad y nuevos bríos al pensamiento.

Cuando se ha atravesado el puente y descendido otra vez á la otra parte de la línea férrea, cambia de nuevo el cuadro. La brisa marina azota el rostro, agita los gallardetes del bello pabellón de la Trasatlántica, y la tendida lona de los kioscos; se cimbrean las palmeras que adornan el paseo transversal; se siente el inefable desahogo, se respira la singular alegría de la proximidad del mar que ensancha el alma como si la libertara de toda opresión, con impresión igual á la que produce para los ojos libertándolos de todo límite!

Y al llegar aquí, ya es imposible mirar á otra parte, ni detenernos ante ninguna instalación. Aceleramos el paso hacia el tablado que se adelanta hasta las olas, montado sobre hierro, nos sentamos y contemplamos...

¿Cuánto llevamos recorrido hasta aquí desde el arco de la portada? 2,500 metros.

J. Yxart

LA VERDAD Y LA MENTIRA

(CUENTO EN ACCIÓN)

La verdad ofende como
los rayos del sol.

INTERLOCUTORES

El Duque de Ferrara
Constanza, camarista de la Duquesa
Julieta, compañera y amiga de Constanza
Blanca, dama de la corte
Petruccio, bufón del Duque
Rambaldo, cortesano
Damas y cortesanos

Ferrara 16......

ESCENA PRIMERA

Jardines del palacio ducal.

Julieta, Blanca, Rambaldo, Damas y *Cortesanos.*

BLANCA

Eso, Julieta, equivale á no decir nada.

RAMBALDO

Realmente, vuestras palabras no corroboran ni desvirtúan las afirmaciones de Petruccio.

JULIETA

Las afirmaciones del bufón del Duque no son otra cosa que una miserable calumnia!

DAMA 1.ª

Pero no os exaltéis para decir eso, hija mía.

CORTESANO 1.º

Tomáis las cosas con demasiado calor.

JULIETA

Lo digo y lo repito: una calumnia aleve y cobarde, propia de un ser que se venga del desprecio á que le condena su deformidad con no reconocer perfecciones ni en Constanza, que es la perfección misma.

BLANCA (riendo á carcajadas)

¡La perfección misma!... ¡Ja, ja, ja!...

JULIETA

Linda como un sol, como pocas instruída y discreta, y la amiga mejor que tengo en el mundo.

DAMA 1.ª

Por ahí debisteis empezar.

JULIETA

Tenéis razón, porque, después de haber dicho yo que era mi mejor amiga, nadie que me conozca puede dudar de la inocencia de Constanza.

RAMBALDO

Nadie duda de ella, Julieta incomparable, fénix de la amistad. Todos los aquí presentes creemos que Constanza ha tenido, hasta hace muy poco, inocencia y mucha inocencia; pero sospechamos que la ha perdido, que el Duque se la ha encontrado, y que ciertas cosas no se pierden y se recobran con tanta facilidad como se hallan y se recogen.

DAMA 1.ª

¡Oh! si el Duque se ha hecho cargo de la inocencia de nuestra compañera, la tal virtud no corre ya el menor peligro.

RAMBALDO

De que el delito, si realmente existe, no quedará impune, responde la prisión de Petruccio realizada anoche mismo...

CORTESANO 1.º

Y el proceso que en el acto comenzó á formársele.



ESPERANDO... cuadro de Rodolfo Jordán

CORTESANO 2.°

No puede desconocerse que ha habido gran temeridad en la conducta de Petruccio. Eso de suponer que el Duque está ya harto de su consorte y que, con el frívolo pretexto de que ésta se ha aviejado mucho en los diez años que llevan de matrimonio, procura buscarse alguna compensación cortejando á una camarista de su mujer...

BLANCA

Sí, es cosa demasiado fuerte.

JULIETA

Es cosa que no se puede creer sin examinarla despacio.

DAMA 1.ª

Justo; porque después de examinada así, como hemos hecho nosotros, puede creerse sin dificultad.

JULIETA

No comprendo tal ensañamiento contra una pobre mujer que á ninguno de los presentes ha hecho nunca el menor daño.

RAMBALDO

Ni el favor más pequeño. Yo, por mi parte, no he recibido de ella ninguno... Verdad que no lo he solicitado; lealmente lo confieso.

JULIETA

¡Tenéis una lengua viperina, señor Rambaldo!

(Las damas y los caballeros cuchichean y ríen entre sí. Rambaldo se ha adelantado siguiendo á Julieta y habla con ella aparte.)

RAMBALDO

Nunca os he visto tan indignada como hoy.

JULIETA

Nunca habrá sido la indignación tan indispensable.

RAMBALDO

Ni nunca tan bella y seductora.

JULIETA

Nunca habré necesitado como hoy de bellezas y seducciones.

RAMBALDO

Lléveme el diablo si os entiendo.

JULIETA (cogiéndose de su brazo)

Pues dadme el brazo, que se os va á llevar.

RAMBALDO

Eso quiere decir que vos sois el diablo.

JULIETA

Si yo fuera el diablo, me llevaría cosa mejor que vos.

RAMBALDO

¿El Duque?...

JULIETA

Ese es aun peor que vos.

RAMBALDO

¿Se puede ser peor que yo?

JULIETA

Unicamente de un modo: siendo el Duque. *(Pasean juntos por el jardín.)*

RAMBALDO

¡Repito que hoy estáis hermosa como nunca!

JULIETA

No conozco galantería más trivial. Semejante elogio equivale á llamarla á una fea por costumbre y hermosa por excepción: parece como que cansados los ojos de encontrarla á una fea todos los días, la encuentran menos fea una sola vez, y para que esta misma alabanza resulte poco halagüeña viene la admiración tras de tanta indiferencia que toma aspecto hasta de nuevo y definitivo desaire.

RAMBALDO

No me atrevo á penetrar en el laberinto de vuestras palabras, temeroso de perderme.

JULIETA

¡Perderos vos!...

RAMBALDO

¿Qué desaire hay en encontraros más bella que nunca y decíroslo lealmente?

JULIETA

Un desaire enorme. Me conocéis hace tres meses: en ese tiempo habéis estado viéndome todos los días sin faltar uno; no habéis hecho jamás (al menos delante de mí) el menor elogio de mi cara, de mi cuerpo, ni aun de mi mano...

RAMBALDO (tomándole una y besándosela)

Que en verdad es divina!

JULIETA

Pues ¿cómo queréis que no crea yo que si hoy habéis tenido, al fin y á la postre, una frase halagüeña para mí, se debe, no á que yo esté hoy más hermosa que nunca, sino simplemente menos fea que de costumbre?

RAMBALDO

¡Menos fea!

JULIETA

Debido, sin duda, al brillo del sol que nos muestra su faz después de tanto y tanto nublado... ó á alguna enfermedad de vuestros ojos...

RAMBALDO

Mi admiración hacia vos...

JULIETA

A algunas mujeres les perjudica, para ser admiradas, el recuerdo de la hermosura que en otro tiempo han poseído: á mí se conoce que me favorece el tiempo que llevo de ser fea.

RAMBALDO

Mi admiración hacia vos...

JULIETA

Ahí tenéis á Blanca que era, cuando tenía treinta años, la mujer más hermosa de Italia.

VIAJE DE S. M. LA REINA REGENTE AL MONASTERIO DE MONTSERRAT



Montserrat. – ERMITA DE LOS APÓSTOLES

Montserrat. – ROCAS LLAMADAS «GEGANT GROS Y GEGANT PETIT» (vista tomada desde San Jerónimo.)

VIAJE DE S. M. LA REINA REGENTE AL MONASTERIO DE MONTSERRAT



Montserrat. - ERMITA DE SANTA CECILIA

Montserrat. – VISTA GENERAL DEL MONASTERIO

RAMBALDO

¡Treinta años! ¿Ha cumplido Blanca treinta años?

JULIETA

Sí, ya ha salido la pobre de ese disgusto.

RAMBALDO

No creí que tuviese esa edad.

JULIETA

No la tiene, la tuvo hace tiempo... y ya no volverá á tenerla.

RAMBALDO

¿Y sois vos quien llamaba á mi lengua nada menos que viperina?

JULIETA

Yo digo verdad, y vos hablabais de lo que no sabéis.

RAMBALDO

Decidme qué hay de cierto en los amores del Duque y de Constanza, aun cuando sólo sea para defender hábilmente á una amiga á quien tanto queréis.

JULIETA

¿Me prometéis no tener la menor confianza sobre el particular con la dama de vuestros pensamientos?

RAMBALDO

¿Os referís á Blanca?

JULIETA

No se os puede negar cierta penetración. - ¿Me prometéis lo que os pido?

RAMBALDO

Prometo no hablarle palabra del asunto.

JULIETA

Lo mejor sería que no hablaseis con ella de nada. Ella es mujer de gran experiencia y os hará decir cuanto se proponga.

RAMBALDO

¿Teméis?

JULIETA

Temo por vos.

RAMBALDO

(besando de nuevo y con mayor arrebato la mano de Julieta)

Cuando os ví por primera vez estabais hermosa como nadie; en la cacería del mes pasado estabais hermosa como siempre; hermosa como siempre estabais en la mascarada de anoche; pero hoy... hoy, Julieta, estáis hermosa como nadie y hermosa como nunca.

JULIETA

Dejaos de galanterías y contestadme sinceramente. ¿Aspiráis á mi estimación?

RAMBALDO

Aspiro á que sepáis que os adoro y no os burléis más tiempo de mí.

JULIETA

¿No aspiráis á menos que á eso?

RAMBALDO

Ni á menos ni á más. Vuestro corazón tiene al mío en su poder desde el punto y hora en que os ví...

JULIETA

¡Cuán disimulado sois!

RAMBALDO

El prisionero dará á su señora informes de mí.

JULIETA

Creedme: no os reunáis con Blanca y con las gentes que de ordinario la rodean. No os conviene semejante compañía. Valéis más que ellos.

RAMBALDO

Mi cargo en palacio apenas me consiente abandonar estos lugares. ¿Con quién me he de reunir?

JULIETA

Reuníos conmigo y con las pocas personas formales que hay en la corte... Con la misma Constanza. Esto os evitará grandes disgustos y no impedirá que adelantéis en vuestra carrera. Pero si hemos de ser amigos es menester que me ayudéis á defender á Constanza contra esa gente sin alma y sin corazón.

RAMBALDO

Mandad á vuestro antojo. ¿Constanza está realmente libre de toda culpa?

JULIETA

Constanza está necesitada de defensa, y esto os debe bastar.

RAMBALDO

Decidme no obstante...

JULIETA

Constanza es honrada; pero el Duque está loco por ella y las locuras de los soberanos pocas veces han dejado de ser contagiosas para las mujeres en quien ponen los ojos. Los ejemplos son tan raros que han merecido pasar á la historia. Constanza no ha caído aún de la altura á que la habían elevado sus nobles prendas.

RAMBALDO

No ha caído, pero vacila ¿eh?

JULIETA

No vacila tampoco: se limita á inclinarse como la torre de Pisa.

RAMBALDO

Puede presumirse, sin embargo, que caerá en plazo breve.

JULIETA

Puede presumirse. – Hoy por hoy no hay nada. La Duquesa anda con cien ojos y está tentada de atar al Duque con un cordón como si fuese uno de sus falderillos: Blanca, deseosa de ver si conseguía de la Duquesa un afecto más durable que el que mereció al Duque...

RAMBALDO

¡También Blanca!

JULIETA

También... pero hace ya mucho tiempo. - Blanca espía los pasos del Duque y como conoce su... modo de andar, la empresa no es muy difícil para ella.

RAMBALDO

Y vos, ¿qué papel hacéis en este drama de familia?

JULIETA

El más desinteresado, porque del Duque ni espero ni quiero gratitud, y muchísimo menos de la Duquesa. Amo á Constanza como á una hermana, y temo por su felicidad y por su reposo.

RAMBALDO

Con razón os llamaba yo antes el fénix de la amistad.

JULIETA

Nunca sabréis los hombres lo que nos queremos las mujeres unas á otras.

RAMBALDO

Entre Blanca y vos no reina, sin embargo, mucha armonía que digamos.

JULIETA

Vos no sois el Duque.

RAMBALDO

¿Qué queréis decir?

JULIETA

¡Nada! ¡No quiero decir nada! Salvemos entre los dos la reputación de mi amiga y la paz doméstica del jefe del Estado. Mostraos falto de pruebas de su culpabilidad, si hay culpa en que un príncipe italiano proteja á la belleza sin necesidad de que sea de mármol ó esté pintada como los cuadros de Rafael y las mejillas de Blanca. – El Duque ha significado á Constanza su deseo de verla á solas y hablar con ella de asuntos interesantes.

RAMBALDO

Es de presumir que Constanza accederá á esos deseos.

JULIETA

Es de presumir.

RAMBALDO

Pero ¿no ha accedido todavía?

JULIETA

La pobre no ha tenido ocasión.

RAMBALDO

Si la intención es buena...

JULIETA

Si no me equivoco, es inmejorable.

RAMBALDO

De fijo, no os equivocáis.

Cárlos Coello

(Continuará)

EL AYUDA DE CÁMARA (1)

No pocas veces hemos padecido craso error al encontrar en la calle á muchos que por su aire, sus maneras, su traje y sus modales se nos antojaban perfectos caballeros y que por tales los hubiéramos seguido teniendo si no fuera muy poco lo que basta en este pícaro mundo para demostrar clara y palpablemente que el hábito no hace al monje.

Sin embargo, muchos serán los que como nosotros se equivocarán, pues vivimos en un tiempo en que se hace imposible distinguir á las gentes por la ropa que llevan, causa de no pocas inconveniencias que diariamente se lamentan.

No quiera Dios que nunca por esto que decimos se entienda que nuestro deseo es de que se uniformen las clases sociales como se hace con los distintos cuerpos del ejército, pues con esto nada se enmendaría ni nada podría conseguirse, máxime cuando siempre sucedería lo mismo; el hombre rara vez atina con el oficio para que ha nacido, razón por que en la tragi-comedia que se llama vida humana abundan más que otros, los incidentes cómicos, resultado del contraste de lo que es, con lo que debía ser.

A estas consideraciones preliminares nos vemos llevados al considerar el tipo que nos proponemos presentará nuestros lectores, vario en su clase y manifestaciones hasta el punto de que, no uno, sino centenares de estudios podrían hacerse. Ya antes que la nuestra, ha ocupado la atención de muchos el *Ayuda de Cámara*, pues no es poco el que se haya dicho que á sus ojos no hay hombre grande. Las páginas inmortales de una obra clásica en la literatura española y clásica en la literatura francesa, presentan un acabado retrato de los ayudas de cámara en los tiempos pasados y Gil Blas de Santillana es el modelo más perfecto de los que por una cantidad determinada y por los gajes que pueden conseguir, que siempre suben á más, se plegan á las exigencias de otro, los sirven convirtiéndose en su sombra, satisfacen sus caprichos, contribuyen á que den cima á sus empresas y, lo que es aun peor, se apoderan de sus secretos.

Antes el ayuda de cámara se obtenía casi siempre del mozo lugareño, que después de haber estudiado latín y humanidades con el párroco de su pueblo ó con algún dómine, salía á estudiar á cualquiera de las universidades del reino. Siendo pobre, no había más remedio que servir para ganarse el sustento, en tanto que un título académico bastaba para colocarlo en mejor posición. A esta clase pertenecen el mayor número de los que nos presentan los autores clásicos, á la misma corresponde nuestro Gil Blas; mas con harta frecuencia sucedía que no podían servir á otros y servirse á sí mismos á un tiempo, y el ayuda de cámara permanecía en su oficio, hasta que la edad ó los achaques le hacían pasar á la de escudero de alguna dama principal ó paje ó rodrigón de niñas mozas, que no pocas veces ocultaban busconas, que siempre las hubo.

Al que nunca ha servido, por más que nunca tuviera tampoco quien le fuera á servir, se le antoja que desempeñar un cargo como el que nos ocupa, es lo último que hay que hacer en la vida y quizás, y aun sin quizás, tenga razón. Pero si preguntamos á un verdadero ayuda de cámara, por cuál trocaría su oficio, dirá seguramente que por ninguno, y no se crea esto como resultado de su ignorancia, pues, listos y ladinos cual muy pocos, podrían desempeñar puestos distinguidos si sintieran el más ligero amor por el trabajo que edifica y ennoblece.

Gil Blas montó en su mula con los ojos húmedos por las lágrimas que le arrancara la despedida y consejos de su tío; Gil Blas partió de la casa con ánimo decidido de hacerse un hombre de provecho, y sin embargo, cuando después de las mil peripecias que el hado sembró en su vida, consiguió hacerse ayuda de cámara ó criado de confianza, no quiso salir de tal estado en el que si bien es cierto fueron muchas las contras, ascienden á más las ventajas. Como él otros muchos trocaron la esperanza de un porvenir más cómodo, por la existencia regalona que siempre tuvo el ayuda de cámara.

En los tiempos modernos nuestro tipo es un criado que ha llegado á lo que más podía llegar. Comenzó su carrera sin duda desempeñando bajos oficios, y poco á poco cuando fué perdiendo sus toscas maneras y sus modales groseros, cuando el trato con la gente le hizo adquirir formas y despertó su ambición, y quiso dejar la blusa por el chaquet ó por el frac, pensó que ningún cargo le vendría tan bien como el de ayuda de cámara y con efecto comenzó á solicitarlo hasta que lo obtuvo.

Han cambiado los tiempos y con ello se han operado no pocos trastornos: en nuestros días el ayuda de cámara no podrá compartir mesa y cuidados con el ama del orondo canónigo, ni podrá por listo que sea sustituir al médico á quien sirva, ni se irá en pos del hombre de guerra, ni en caso alguno podrá ser solicitado de accesor por purpurado arzobispo, y es que muchos de los que en lo antiguo podían permitirse el lujo de un ayuda de cámara, hoy apenas si pueden tener criada, porque todo ha encarecido y con ello á Dios gracias ha ido subiendo el estipendio de los que por su buena ó mala suerte tienen que servir á otros.

Escaso y mezquino era el sueldo que nuestro buen Gil Blas cobró en las distintas casas en que estuvo, y si posible fuera enterarle de lo que hoy sucede, estamos seguros que supondría llegado el tiempo en que un criado podía cobrar la asignación de un príncipe. Esto es lo cierto; facultativo hay en la época que alcanzamos que no llega ni con mucho á ganar lo que un fámulo de alta jerarquía y cualquiera de éstos puede realizar ahorros que, en su día, le permitan vivir cómodamente sin trabajar, mientras otros se mueren de fatiga sin haber logrado más que ir saliendo con miseria, á pesar de su probada y constante economía.

Para comprender al ayuda de cámara moderno, hay que verlo desde el momento en que comienza á solicitar el cargo. Nos hallábamos en una ocasión de visita en

(1) Pertenece este artículo á la obra publicada por el editor D. Juan Pons, que se titula: *Los españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos.*



Fig. 1.—JARRO DE LA COLECCION POPTA

la casa de un señalado personaje, cuando se presentó en el despacho un señor magníficamente portado; su levita de fino paño é irreprochable corte, no hacía una arruga, sus ajustados guantes no tenían el menor deterioro y se veía flamante su sombrero de copa: se expresaba tan bien y eran tan distinguidas sus maneras, que creímos era algún político que venía á pedir el voto, ó algún literato que venía á pedir permiso para frecuentar la biblioteca particular de la casa, pero nos llevamos un solemne chasco: aquel sujeto era ni más ni menos que un ayuda de cámara cesante, porque el señor á quien servía había salido de España para desempeñar un alto puesto diplomático, y se presentaba para solicitar allí igual puesto. Tuve que retirarme antes que la conferencia terminara, y no me enteré de sus pretensiones, mas como mi curiosidad había quedado excitada, no pude menos de indagar y logré saber lo bastante para poderlo presentar en este día.

Ya lo hemos dicho: en nuestro tiempo el ayuda de cámara sale de la muy notable clase de criados; pero ¡cómo se modifica! ¡cómo cambia! ¡cómo influye en él la clase, condición y naturaleza de la persona á quien sirve, y que es en suma quien le hace el gasto, quien le crea las opiniones!

El ayuda de cámara de un hombre político es sin duda el peor de los enemigos que tiene el partido en que su amo milita, y no porque él deje de seguir sus huellas, sino porque con sobrada razón se ha dicho que lo que más perjudica es un aplauso extemporáneo: aquel fámulo de confianza es con quien el elevado personaje se desahoga en sus ratos de cólera ó con quien esparce el ánimo en sus ratos de satisfacción, y, dueño de sus confianzas, aumentado el caudal de sus conocimientos con lo que escucha á las visitas que frecuentan la casa, sale luego y contoneándose como para aumentar su importancia, lanzando al aire con sin igual desenfado las bocanadas de humo que aspira del veguero que hurtó á su amo, hace suyas las frases y los pensamientos, simula que se le ocurren las más estrambóticas combinaciones, entabla discusión sobre cualquier punto, y cuando se mira derrotado, que es casi siempre porque no alcanza á más su suficiencia, pone término brusco y quiere tapar la boca de todos, exclamando con aire magistral:

– Mi amo lo ha dicho.

Figúrense nuestros lectores que esto nunca es cierto, pues siempre el ayuda de cámara del hombre político habrá contado lo que se le antojó ó lo que pudo entender y nunca aquello que en realidad fué dicho, y de aquí naturalmente se siguen unas cuantas interpretaciones y dichos de que acaba la prensa por hacerse cargo, siguiendo no pocos perjuicios á quien únicamente cometió el delito de tener confianza con su ayuda de cámara.

Si el partido político de su amo está en auge, nuestro tipo es una gran influencia, pues al levantarse el amo, cuando almuerza, cuando come, en fin, á todas horas, se hablará del asunto hasta que lo consiga, y una vez conseguido, para él son los gajes, los regalos y las satisfacciones: si está en la oposición es un peligro, pero entonces procura consolarse con esperanzas; habla como si fuera un ministro, se da importancia y siempre acrece su influencia.

El ayuda de cámara del sietemesino calavera ó del dandy á la moda es más terrible aún: procura imitar á su amo y aprovecha con fruto las lecciones que toma al ser cómplice en un buen número de intrigas amorosas: se hace en un principio el terror de las doncellas de labor, que al fin concluyen por asediarlo y adorarlo: viste con casi perfecta elegancia, tiene reloj y algunas joyas, gasta sin reparo, y condiciones son estas á las que resisten muy pocas mujeres de la edad moderna. Su amo, que no puede ocuparse de nada, se lo tiene abandonado todo, y él hace y deshace como verdadero propietario; él sabe cuándo debe considerar como provechos trajes enteros y cuándo debe guardar lo que su amo *olvidó*.

Si bien es cierto que sus ganancias son grandes, no lo es menos que su oficio es más comprometido: él se ve constantemente expuesto por causa de muchas de las aventuras de su amo; él tiene que conocer quién es adverso ó favorable al que le paga; reñir con el sinnúmero de acreedores que lo asedian, hacer frente á los usureros que lo persiguen y vivir en continua agitación, en perpetua lucha para poder salir adelante, pero en cambio no parece criado, es un jefe en toda la extensión de la palabra, él manda y gobierna, él dispone y arregla y organiza á su gusto, porque el señorito, que en él depositó toda su confianza, no lo puede aguantar, pero no se atreve á despedirlo.

El militar de alta graduación tiene también casi siempre su ayuda de cámara, no menos notable que los anteriores y el más sufrido de la clase, pues aguanta con harta frecuencia las genialidades de su amo que no puede perder nunca su trato de cuartel: es también de los que menos provechos cuenta, pero es de los que más descansados viven, pues cortos y ligeros son los quehaceres de una casa que para estar en carácter ha de semejarse un tanto á un campo de batalla. La señora suele mortificarlo, pues es aficionada á batallas, y á falta de con quién librarlas tiene siempre al ayuda de cámara de su marido, que con razón puede decir siempre que sale de Herodes para entrar en Pilatos.

Como puesto más elevado, como *desideratum* en la clase, el ayuda de cámara después de haber servido á no pocos señores y haber pasado por muchas vicisitudes, suele conseguir á fuerza de recomendaciones que lo reciban en una de las aristocráticas casas de que tanto nombre gozan. Pueden muy bien estos puestos ser comparados con los pingües beneficios y ricas prebendas de que en otro tiempo disponía la Iglesia. Allí el ayuda de cámara no tiene que hacer más que permanecer al cuidado del señor, vigilar la puerta de su despacho y trasmitir las órdenes que reciba. Por lo demás, su sueldo es crecido, sus provechos muchos, tiene criados que le sirvan y manda con tanto desenfado que mayor no puede ser. Él es quien impone al amo de todo lo que acontece, quien le da cuenta de lo que pasa en la casa, y quien le sirve de confidente secreto, gracias al que la señora ni aun sospecha de lo que pasa por fuera. Nadie más que él sabrá que el amo tiene dos casas, y él solo cobrará de ambas; mas como todo lo que tiene ventajas tiene también inconvenientes, un ayuda de cámara de esta especie nunca es mirado con buenos ojos, y la esposa desconfía de él y el hijo lo odia con encono, y todos lo persiguen y lo calumnian, consiguiendo no pocas veces derribarlo del trono que con astucia y maña se había sabido levantar.

No pocas veces la envidia es el principal agente que impulsa á los otros para que con él obren de una manera tan odiosa, pero si se apercibe á tiempo sabrá con muchísima diplomacia destruir todas las maquinaciones y aun obtener ventajas, pues las presentará como injustos é infundados ataques á una persona que es fiel para que el amo no sepa lo que sucede.



Fig. 2. – COPA DE ORO PURO 1610

Lo que más acrecienta y ayuda el poder de un hombre de esta clase, es su propia servicialidad bajo la que no pocas veces se ocultan las miras interesadas y el afán de lucrar. Cuando son muchos los años de servicio que lleva un ayuda de cámara, es terrible: servirá en todo y para todo al amo de la casa, hará lo mismo con la señora y cubrirá favoreciéndolos, si es preciso, los vicios del hijo: será el confidente de todos; no habrá ninguno que le haya dejado de comunicar algún secreto de los que implican faltas y estos precisamente serán los que le den poder y valer: comprende que todos han de temerle y se aprovecha de ello; todos están seguros de que los puede perder y ninguno quiere malquistarse y lo miman y halagan y por sus faltas aumenta las ya crecidas ganancias que consigue. Haga lo que haga, nadie osará decirle nada: el señor teme con fundamento que á oídos de su esposa lleguen ciertos pecadillos que por más de un concepto le conviene tener ocultos; ella siente lo que podría ocurrir si por perjudicarla dijera á su marido que algunos amigos la visitan precisamente cuando él está fuera de casa y en cuanto al hijo calla porque más de una vez, gracias al ayuda de cámara, se vió libre de algún apuro.

Tal es nuestro tipo; y para concluir diremos que con ellos se realiza también la verdad de *tal para cual* ó *á tal amo tal criado*.

A. FERNÁNDEZ MERINO



Fig. 3. – ATLAS. 1619

LAS REPRODUCCIONES

DEL ARTE EXTRANJERO EN EL MUSEO DE KENSINGTON

(INGLATERRA)

No será objeto del presente artículo tratar de la decadencia del sentimiento artístico en ciertos países, como Inglaterra, donde durante muchas décadas fué por demás marcada; pero permítasenos decir, y esto no será una observación original, que si con todo lo que representa el arte inglés de la primera mitad del presente siglo y lo que se supone que le representó en la Gran Exposición de 1851, se hiciera un montón y se arrojara al fuego, el mundo no sería por eso más pobre.

Que se pueda alcanzar la excelencia del trabajo en las escuelas técnicas del futuro, tal como existió en épocas pasadas, y que sea posible establecerlas para conseguir semejante fin, son cuestiones que el tiempo ha de resolver; pero es indudable que si se logra introducir el buen gusto y la mejor educación artística, el resultado será sin duda producir trabajos que puedan competir sin desventaja con los de nuestros antiguos maestros.

El impulso comunicado al arte por varios centros sabiamente organizados, como por ejemplo las escuelas de dibujo y otras instituciones bien conocidas, se ha dejado sentir de la manera más evidente en estos últimos años, sobre todo en Inglaterra. Si el arte se ha retrasado algo en el ramo de orfebrería, no es porque carezca de importancia, no porque dejen de gastarse anualmente considerables cantidades en metales preciosos, sino porque el valor y variedad de las mejores muestras de esa especie de trabajo de todas las edades dificulta su adquisición al artí-



Fig. 4. – ENTREPAÑO DE PLATA

fice, siendo por lo tanto desconocidas para él las obras maestras de las naciones más adelantadas en ese ramo.

Esto era un grave inconveniente; pero la Sociedad de Ciencias y Artes de Londres pudo obviarlo, al fin, cuando ideó las reproducciones en *facsímile* de los objetos de arte en metales preciosos, que se hallan en las colecciones públicas y privadas, algunas de las cuales contienen riquezas de inestimable valor por tal concepto. Así ha sido posible seguir paso á paso los progresos de los artífices en casi todas las décadas de los últimos cuatro siglos; y basta visitar los Institutos de Oxford y Cambridge, y sobre todo el Museo de Kensington, para ver una de las más admirables series de objetos artísticos, colocados en escaparates por el más riguroso orden cronológico. Otros países, sobre todo Alemania, utilizaron la idea, y obteniendo el permiso para sacar copias en *facsímile*, y adoptado el sistema de cambios, aquellos que se dedican al estudio del arte pueden consultar hoy sin dificultad las mejores obras maestras de las escuelas extranjeras, no sólo de Alemania, sino de Rusia, Dinamarca y los países del Sur, como España, Francia é Italia, cuyos objetos de arte, aunque menos numerosos, no ceden á los demás por su mérito y valor artísticos.

Holanda es rica por tal concepto, pues conserva verdaderos tesoros, desconocidos de la mayoría de los artífices ingleses hasta hace algunos años, pues sólo vieron algunos bosquejos de Van der Kellen, sin tener ocasión de examinar los originales. En 1880, la Sociedad de Amsterdam conocida con el nombre de «Arti et Amicitiæ» organizó una exposición de obras artísticas de oro y plata, y como tenía mucha influencia en el país, obtuvo el apoyo, no solamente del Municipio, sino de diversas corporaciones, que contribuyeron con las que conservaban para darlas á conocer. El Museo de la Real Sociedad de Anticuarios de Amsterdam, el Museo de Harlem y el de Utrecht, enviaron los más ricos contingentes, formándose así una colección de las más completas.

Con tal motivo se permitió sacar copias de cualesquiera muestras del antiguo arte holandés, y particularmente de aquella época en que Van Vianens y Lutmas llegaron á esa perfección técnica que apenas tenía rival en ninguna otra parte. Gracias al permiso otorgado, la colección del Museo de Kensington se enriqueció con una nueva serie que representa é ilustra la historia del arte en Holanda. Poco se encontrará, sin embargo, de la Edad media, es decir, de tiempos anteriores á la Unión de Utrecht y á la declaración de la Independencia, ó sea 1575. Desde esta época hasta 1650, el arte del platero rayó á su mayor altura y fué el más celebrado en Europa.

En los primeros años del siglo XVII se inaugura el más brillante período de la escuela holandesa, el siglo de los dos Lutmas, padre é hijo, de la familia Van Vianen, y de un artífice notable cuyo nombre se ha perdido, pero que se distinguió por sus admirables trabajos.

Del año 1604 es la célebre copa, verdadera obra maestra, que representamos en nuestro grabado (fig. 6), muy conocida en toda Holanda; consérvase en el Museo de Harlem, juntamente con una reseña contemporánea en que se trata del dibujo, de la ejecución y del coste, lo cual permite formar una idea del valor que en aquellos tiempos tenía semejante tesoro. Hoy día se conoce con el nombre de «Copa de San Martín de Harlem;» es de plata sin dorar y la tapa está sobrepuesta de una diminuta estatua de San Martín á caballo, cortando con su espada una porción de su capa para dársela á un pobre, que está junto al cuadrúpedo. Esta pieza mide en conjunto cuarenta y cinco centímetros de altura; el grupo que la corona fué modelado por Hendrik Keyser, escultor de Amsterdam, y ejecutado por Ernesto Janss Van Vianen, individuo bien conocido de esta célebre familia de artistas en metal, á quien se atribuyó toda la obra en otro tiempo. Cuatro medallones que hay al rededor del cuerpo de la copa representan escenas de la vida del santo, debiéndose el dibujo á Hendrik Goltzius y la ejecución á Van Vianen. El pie de la copa fué obra de un platero de Harlem llamado Jacobo Alckema, cuya marca se puede ver en el objeto, dándonos así á conocer el nombre de aquel notable artífice.

La ilustración núm. 2, representa una pequeña copa cubierta, de oro puro, que figura en la colección del príncipe Enrique: es un verdadero tesoro por su riqueza artística, que Van der Kellen juzgó digno de un rey, y puede considerarse como buen ejemplo de la maestría de Pablo Van Vianen, conocido igualmente como platero y pintor. Esta copa que data del año 1610, tiene dentro de la tapa un retrato admirable de Hendrik Julius, obispo de Halberstadt y duque de Brunswick.

Un bajo relieve, que adorna el cuerpo de la copa, representa escenas clásicas; pero la perspectiva y las distancias se han buscado con una habilidad de que sólo podía dar pruebas un verdadero maestro en el arte. Otra obra atribuída al mismo autor, aunque no con tanta seguridad, es la preciosa estatua Atlas (núm. 3), que figura en el Trippenhuis, en Amsterdam. Bien sea ó no del mismo autor este trabajo, no revela menos maestría que la de Pablo Van Vianen, debiéndose admirar sobre todo en él, no solamente la buena forma y las proporciones, sino también los detalles anatómicos, en cuya reproducción se distinguió la escuela de que hablamos.

La armonía y lo bien acabado del pedestal deben llamar la atención del moderno dibujante: esta obra maestra es de 1619.

Sin embargo, debemos hacer mención de otro objeto, verdadero prodigio del arte y el que más enaltece á esta escuela holandesa, que se distinguió por su habilidad para trabajar la plata en relieve con el martillo, trabajo que no pudieron hacer nunca con tan admirable perfección los artífices de ningún otro país ni de época alguna. La obra maestra á que nos referimos es un entrepaño de plata (fig. 4), que hemos elegido entre otros objetos preciosos por parecernos el más notable. Esta obra nos revela la perfección, la singular destreza y el conocimiento técnico á que un artífice puede llegar y bien merece figurar entre los tesoros de arte nacional en el Museo de Hagues. El artista Matías Melin Belga, es muy acreedor á que se recuerde su nombre, porque no era seguramente un oscuro trabajador, sino un verdadero maestro en su arte.

No menos maravillosos ejemplos de esta especie se podrían ver en la colección del Dr. Popta, en el museo fundado cerca de Leeuwarden en 1712. Entre ellos figuran un jarro y dos salvillas, y, aunque de fecha más reciente que los otros objetos, demuestran que este ramo del arte holandés no había degenerado aún. El jarro (fig. 1), y una de las salvillas (fig. 5), son también objetos preciosos por la riqueza de los detalles y la armonía del conjunto; en la salvilla represéntanse diversas figuras y animales en alto relieve; el artista quiso figurar las cuatro partes del mundo, Europa, Asia, Africa y América, cada cual en su división, separada una de otra por una especie de marco del más curioso trabajo grotesco, á que tan aficionados eran los artífices holandeses en aquella época.



Fig. 5. – SALVILLA DE LA COLECCIÓN POPTA *Fig.* 6. – COPA DE SAN MARTÍN DE HAARLEM *Fig.* 7. – SALVILLA DE FINES DEL SIGLO XVII

En cuanto al jarro, precioso por su trabajo y su forma, distínguese sobre todo por el asa, que figura una serpiente marina, hallándose representados en el pie los elementos, que se indican por un león, un águila, un delfín y una salamandra.

Aquí llegamos casi al fin del período que produjo los más célebres artistas de la escuela holandesa; pero aun se hicieron buenos trabajos en el siglo XVII, como lo demuestra nuestro grabado (fig. 7), cuyo original pertenece á una colección privada. El artista, C. Bacardt de Bolswardt en Friesland, floreció en el tercer cuarto del siglo XVII y produjo obras de un trabajo verdaderamente exquisito.

(Del *Art Journal*)

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VII —BARCELONA 9 DE JULIO DE 1888— NÚM. 341

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA TRAILLA DE LOS PERROS CAZADORES EN EL AGUA, cuadro de Eugenio Cecconi

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

La traílla de los perros cazadores en el agua

cuadro de Eugenio Cecconi

El autor de este lienzo nos presenta una colección de perros cazadores en el agua, de los cuales ha hecho especial estudio, sirviéndose de modelos de pura raza. La cinegética y la híppica gozan de cierta predilección entre algunos artistas: los ingleses se extasían delante de un caballo bien pintado; para ellos el vencedor del Derby es un modelo estético muy superior al que se empleó para esculpir la Venus de Milo. Otro tanto ocurrirá á los cazadores entusiastas contemplando el cuadro de Cecconi, cuyos perros parecen olfatear realmente la presa y pugnar por lanzarse á ella á través de los juncos de la maremma.

RAMON BERENGUER IV, estatua de J. Llimona

A la entrada del Salón de San Juan, avenida principal de la Exposición, junto al Arco triunfal que á ella da entrada, es de ver la estatua del famoso conde de Barcelona, célebre no sólo por sus hechos de armas sino por haberse realizado en su tiempo (1137), merced á su matrimonio con doña Petronila, la unión del condado barcelonés con el reino de Aragón, constituyendo uno de los Estados más poderosos de la época.

El autor de esta escultura ha demostrado haber estudiado al personaje, imprimiendo en su fisonomía y porte los rasgos de su carácter bondadoso y de su valor indomable.

Vistas del puerto y aguas de Barcelona

durante la permanencia de las escuadras venidas con motivo de la Exposición Universal para saludar á SS. MM.

La inauguración oficial de la Exposicion Universal de Barcelona y la venida de la corte á esta ciudad con motivo tan extraordinario como plausible, dió lugar á muy diversas y notables manifestaciones; pero á ningún espectáculo más grandioso, más sublime podríamos decir, como el de las escuadras reunidas en nuestras aguas. Convienen los más antiguos marinos en que no existe memoria de otra semejante reunion de buques, inclusa la que tuvo lugar cuando la inauguración del Canal de Suez. Cuantos, por dicha suya, contemplaron esas escuadras durante las diversas excursiones hechas á bordo por la Reina Regente, á tiempo en que izaban vistosas banderas, flámulas y gallardetes, cuando millares de tripulantes, en correcta formación semejaban hileras de gaviotas posadas sobre las vergas y aturdían el aire con sus ¡vivas! proferidos en distintos idiomas; cuando la poderosa voz de la formidable artillería llenaba el espacio y trasmitía á lo lejos el saludo respetuoso y simpático hecho á España por las naciones más preponderantes del mundo; no olvidarán en la vida un espectáculo que probablemente no se repetirá ni de manera tan solemne ni con motivo tan plausible.

Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, Alemania, Austria, Portugal, Holanda y los Estados Unidos de América, prescindiendo de España, estuvieron representadas en esta manifestación por sus más poderosas embarcaciones de guerra y olvidando por un momento la política que puede tener más ó menos alejadas ó indiferentes unas de otras, lucharon en el terreno de la más exquisita cortesía. ¡Ojalá la voz de sus cañones no vuelva á emplearse sino es para saludar nuevamente á un pueblo amigo, á una reina ilustre y al triunfo de la paz en la manifestación del trabajo universal!

A continuación insertamos los nombres, número de cañones y plazas de los buques fondeados á un tiempo en nuestras aguas, los cuales se situaron como es de ver en las cuatro láminas que publicamos en nuestras páginas 5 y 6.

Fragata española *Numancia*, con 14 cañones y 460 plazas. - Idem *Gerona*, con 12 id. y 450 id. – Corbeta *Navarra*, con 12 id. y 350 idem. – Idem *Castilla*, con 12 id. y 350 id. – Fragata *Blanca*, con 8 id. y 398 id. – Crucero *Isla de Cuba*, con 4 id. y 160 id. – Idem *Isla de Luzón*, con 6 id. y 166 id. – Torpedero *Destructor*, con 7 idem y 54 id. – Cañonero *Pilar*, con 1 id. y 50 id.

Corbeta portuguesa *Vasco de Gama*, con 7 cañones y 192.

Acorazado francés *Colbert*, con 16 cañones y 850 plazas. – Idem *Amiral Duperré*, con 18 id. y 664 id. Idem *Courbet*, con 14 idem y 655 id. – Idem *Devastation*, con 14 id. y 724 id. – Idem *Indomptable* con 6 id. 392 id. – Idem *Redoutable*, con 14 id. y 565 id. Aviso *Milán*, con 5 id. y 198 id. Idem *Condor*, con 5 id. y 140 id. Idem *Faucon*, con 2 id. y 123 id. – Idem *Coulevrine*, con 3 id. y 65 idem. – Torpedero *Challier*, con 2 id. y 21 id. Idem *Cuny*, con 2 id. y 21 id. – Idem *Contre-Torpilleur*, con 2 id. y 23 id. – Idem *Balny*, con 2 id. y 21 id. Idem *Déroulède*, con 2 id. y 21 id. – Idem *Doudard de Lagrée*, con 2 id. y 21 id.

Acorazado inglés *Alexandra*, con 12 cañones y 661 plazas. – Idem *Colossus*, con 9 id. y 465 id. – Idem *Agamemnon*, con 6 id. y 400 id. Idem *Thunderer*, con 9 id. y 450 id. Idem *Dreaguhout*, con 9 id. y 400 id. Aviso *Surprise*, con 4 id y 107 id. – Crucero *Phaeton*, con 12 id. y 400 id. – Fragata *Rover*, con 16 id. y 363 id. - Idem *Calipso*, con 16 id. y 320 id. Idem *Volage*, con 16 id. y 365 id. – Idem *Active*, con 16 id. y 358 idem.

Fragata holandesa *Johan Willem Friso*, con 14 cañones y 313 plazas.

Corbeta rusa *Westruck*, con 14 cañones y 172 plazas. – Idem *Zabiaca*, con 13 idem y 154 id.

Acorazado austriaco *Teghettoff*, con 6 cañones y 510 plazas. – Idem *Custozza*, con 14 id. y 620 id. – Idem *D. Juan de Austria*, con 8 id. y 450 id. Idem *Prinz Eugen*, con 8 id. y 438 id. – Idem *Kaiser Max*, con 8 id. y 650 id. – Torpedero de alta mar *Panther*, con 2 id. y 171 id. – Idem *Leopard*, con 2 id. y 167 id. – Idem *Metheor*, con 9 id. y 53 id.

Fragata alemana *Kaiser*, con 15 cañones y 650 plazas.

Fragata americana *Quinnebang*, con 10 cañones y 223 plazas.

Acorazado italiano *Lepanto*, con 22 cañones y 640 plazas. – Idem *Dandolo*, con 8 id. y 400 id. – Idem *Italia*, con 22 id. y 650 id. – Idem *Gio Bausan*, con 18 id. y 280 id – Idem *Etna*, con 18 id. y 230 id. – Idem *Castelfidardo*, con 8 id. y 450 id. – Idem *Duilio*, con 8 id. y 406 id. – Idem *Vesubio*, con 18 id. y 230 id. Grandes torpederos *Trípoli*, con 4 id. y 104 id. Idem *Volgore*, con 4 id. y 53 id. – Idem *Goito*, con 9 id. y 109 id. – Idem *Gaeta*, con 6 id. y 48 id. – Torpedero *Núm.* 99, con 2 id. y 17 id. – Idem *Núm.* 100, con 2 id. y 17 id. Idem *Núm.* 101, con 2 id. y 17 id. – Idem *Núm.* 108, con 2 id. y 17 id. – Aviso *Archimede*, con 6 id. y 113 id.

Total: 67 buques, con 499 cañones y 19,960 tripulantes.

TRANQUILIDAD

cuadro de V. Chevilliard (Salón de 1888)

En uno de nuestros números precedentes hemos dicho que en el *Salón* del corriente año la pintura francesa no había exhibido ninguno de esos lienzos que detienen á pesar suyo al visitante más distraido y menos dispuesto á dejarse dominar por la fuerza del genio. Pero esto no impide que sin grandes pretensiones á cautivar por sorpresa, se hayan expuesto cuadros de correcta composición, impregnados de sentimiento, que es la primera condición del arte.

Uno de esos cuadros reproducimos en el presente número: lleva por título *Tranquilidad*, y ciertamente cuanto más se le contempla más se descubren en él las raras dotes de su autor y la felicidad con que ha descrito una escena verdaderamente simpática. El excelente cura, desde un sitio retirado cabe las paredes de la vetusta iglesia, se distrae del rezo atraído por el espectáculo de la naturaleza en calma; una naturaleza pobre, un cielo sin nubes, á la hora en que el mundo parece descansar de su fatigoso é interminable trabajo. El mundo de las pasiones debe estar muy lejos; apenas se distingue desde el lugar escogido por el artista.

Chevilliard, con verdadero talento y de la manera menos llamativa, nos hace sentir lo que él llama *tranquilidad* no sólo en el sentido físico del descanso, sino en el sentido moral de la conciencia que nada reprocha al humilde sacerdote que contempla el triste paisaje. Entre ese hombre y esa naturaleza hay verdaderamente relación de estado: uno y otra se encuentran perfectamente tranquilos; y esta igualdad de tonificación física y moral es la que trasciende del lienzo al espectador y constituye el principal mérito de este cuadro, en el cual no hay la más pequeña nota discordante ni el menor efecto rebuscado. El autor hace sentir su obra á los demás porque él la ha sentido poderosamente al ejecutarla.

NOVIEMBRE, cuadro de E. Adán (Salón de 1888)

El invierno es la estación dura para los pobres. Mientras en las grandes capitales se disponen y realizan maravillas á beneficio del gran mundo, en el campo se hacen preparativos para conjurar el frío, ese tormento que nunca han sufrido los poderosos y de cuyos horribles efectos no tienen idea. Es muy cómodo y hasta agradable ver caer la nieve al amor de una confortable chimenea que los criados han encendido muchas horas antes de que los amos se resuelvan á abandonar el grato calor del lecho. Mas los pobres campesinos no se encuentran en este caso: gracias que el propietario de los contiguos bosques, medio por compasión medio por conveniencia, les permita recoger la leña que el tratante no aprovecha y que en el interior de la humilde y destartalada choza producirá aun más humo que calor.

Reunir elementos para quemar en el hogar; he aquí la preocupación del pobre durante el mes de noviembre; tarea ruda que el pintor Adán ha reproducido con acertada verdad. La anciana, la joven y el niño, cada uno con carga superior á sus fuerzas, se encaminan á la morada común, despidiéndose del último rayo de sol y presintiendo la desnudez completa del campo y la entonación brumosa de un cielo que únicamente se rasga para dar lugar á las grandes nevascas. Adán ha estado en lo cierto cuando ha descrito el triste mes de noviembre.

EL POETA POBRE, cuadro de Cárlos Zewy

No siempre, ni con mucho, el poeta vive en habitación principal y confortable. Sin que nuestros tiempos sean los de Cervantes y Camoens, nada tan común como que la poesía y el arte se aposenten en buhardillas desde las cuales se descubran extensos panoramas, pero cuyo interior destartalado revela la acción del tiempo y de la incuria. Zewy ha pintado el interior de ese hogar más que humilde: unas paredes negruzcas, una mesa, una silla, un taburete constituyen el mobiliario del infeliz poeta, cuyo pensamiento, á pesar de todo, se espacia por las etéreas regiones y se desborda en sentidas rimas que nadie compra. Con triste mirada le contempla su hija, pálida joven obligada á trabajar á destajo para ganar la miserable subsistencia de la reducida familia. Cuanto dice y escribe su soñador padre es para ella modelo de belleza; pero la belleza y el pan no andan de concierto en la pobre vivienda... Hace un frío horrible y la leña se ha consumido por completo: el dinero se encuentra á la altura de la leña... La desventurada joven contempla en silencio á su padre que vive en los espacios imaginarios. ¡Pobre padre y aun más pobre hija!... Dícese que el genio es un don de Dios... ¡Qué hermoso don si fuese acompañado de unas cuantas láminas de la deuda pública!

NUEVO CAÑON KRUPP DE TIRO RÁPIDO

El nuevo cañón que reproducimos puede disparar de 17 á 20 proyectiles por minuto con velocidad inicial de 570 á 610 metros y un alcance de 8,300 metros. Este cañón es de 7'5 centímetros de calibre. Los hay de otros calibres mayores, pero cuanto mayor es, menos proyectiles puede disparar por minuto; así el de 10'5 centímetros sólo dispara 15 y el de 13, 12. Dos hombres bastan para servirlo.

Este cañón ocupará un puesto preferente en el moderno material de guerra.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA MUJER EN ORIENTE

pintura diorámica de Francisco Simm

El Diorama es una obra de arte que se utiliza como espectáculo y que señala un gran progreso en las costumbres públicas. Cuantos por desgracia peinamos canas recordamos con qué fruición acudíamos á las exhibiciones de la linterna mágica ó en orden superior á las de algún ciclorama de mayor importancia, en las cuales un cristal multiplicador aumentaba á un tiempo el tamaño y los defectos de una mal pintarrajeada lámina. Compárense esas vistas con las del Diorama moderno como hoy puede hacerse en Barcelona, y cualquiera podrá estimar los adelantos verificados en este punto del arte.

Varios son los Dioramas que han llamado la atención universal por su indisputable mérito: merced á ellos y aparte la inmovilidad de las figuras, podemos hacernos perfecto cargo de la escena representada cual si en ella tomáramos parte activa. El *Suplemento artístico* del presente número copia uno de esos grandes lienzos: el autor ha pagado tributo al orientalismo que tanto preocupa á muchos y distinguidos pintores, pero esta vez hasta es de aplaudir la preferencia porque, gracias á ella, el espectador puede hacerse la ilusión de que se encuentra en el interior del harem sin riesgo de su cabeza.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

I

Cuando á eso de las seis de la tarde se entra en la Exposición, ó empieza á sentirse la fatiga de pasear á la ventura, el Salón de Bellas Artes invita una y otra vez á una visita á sus museos.

La hora es hoy por hoy la más propicia para recorrerlos y principalmente para contemplar los cuadros.

Así me lo decían dos amigos á quienes encontré por casualidad, sentados en uno de los infinitos puestos de bebidas. De modo que, aprovechando la hora, subimos por cuarta ó quinta vez la gran escalinata de la izquierda.

No era ninguno de los tres muy amigo de contemplar un trozo de pintura en las singulares condiciones que rodean á las tales en un museo. Por ahora, no se ha encontrado otro medio que colgar los cuadros unos junto á otros á lo largo de interminables paredes, y es probable que no haya innovación posible en este punto, mientras se quiera exhibir muchos en breve espacio; pero, bien mirado, este deseo es bastante singular, ya que nada contraría el fin para que un cuadro se pintó, ni le perjudica tanto como ese almacenaje.

Entremos, ó mejor dicho, lleguémonos al dintel de la Sección española, que fué la que primeramente visitamos. Una serie de salitas y salones aparecen en hilera, alumbrados por la luz cenital, y achicando sus puertas que la perspectiva enchufa una dentro de otra. Cubren las paredes los cuadros. Vistos al sesgo, la luz resbala por la tela pintada como por un encerado mugriento, ó brilla en tiras luminosas corriendo por encima del marco dorado. Las desiguales dimensiones de todos ellos, y la ninguna simetría en la colocación, puesto que es imposible, producen el efecto más extravagante que cabe imaginar. Hay cuadrazo que, rodeado de tablillas diminutas, parece el fresco de un altar del que cuelgan ex votos y presentes. Entre dos lienzos regulares, se embuten modestos, como les ha sido posible, otros de menores dimensiones. A lo mejor, se ve encaramado en el dintel de una puerta uno solo, tan aislado el pobre, que parece que va huyendo temeroso del contagio de los vecinos... Si aun antes de pasar adelante le dijeran á un verdadero artista que no hubiese visto nunca un museo: «mire V., esto es,» seguro que apretaba á correr con su lienzo debajo del brazo sin consentir en exponerlo allí.

Porque, lo que él diría: «Mi cuadro requiere verse á esta ú otra luz, y aquí no va á ser posible escogerla sin contar con un privilegio que no tengo. Mi cuadro se ha hecho para resaltar sobre este ú otro fondo, y aquí no hay más fondo que el marco vecino que centellea, ó la tela clara del lado que ensombrece la mía. Mi cuadro, chiquito, de asunto íntimo é insignificante, fué pintado para campar solo, único medio de absorber para sí toda la atención que necesita; ¿cómo voy á desampararle en un rincón junto á una composición grandiosa que usurpe todas las miradas? En suma, el contraste como la semejanza de tema, la diferencia como la igualdad de tamaño, todo compite contra su objeto: esto es, vivir una vida única y propia, para la cual lo engendré, y lo acaricié solícito en mi caballete. ¿Quién se resuelve ahora á dejarle en pública y desconocida compañía?»

Y es verdad; los cuadros, como los hombres, necesitan casa propia, una habitación, un cuchitril, un refugio, un rincón donde vivir consigo. En un museo, padecen el mismo mal del hospiciano ó del soldado en su cuartel: cesan de ser ellos, para convertirse en una cifra sin personalidad.

No obstante, los artistas se ven forzados á tan grave mal, como no quieran renunciar á esos actos de presencia que, por lo menos, ponen en circulación su nombre Y el caso no tiene remedio, porque no creo que se llegue nunca á construir y adornar una sala para cada cuadro.

La dificultad de acertar con la luz y la colocación más ventajosas es tan común y sabida que si se oye particularmente á cada uno de los expositores, resulta en suma que no hay en una sala de museo sitio propio para ningún cuadro expuesto. En este punto, no sólo es imposible la absoluta igualdad, sino que es forzoso pasar por desigualdades crueles. Sitios hay que son por sí solos una condenación anticipada: los muy elevados, por ejemplo. ¿Quién, ya fatigado de mirar, levanta mucho la cabeza? ¿Quién, después de levantarla, persiste en la incómoda postura por el solo placer de enterarse bien? «¡Bah – se dice el espectador; – cuando tan alto lo ponen, no será el cuadro gran cosa!» Y no lo mira, ó lo mira sin la atención que requiere. Algo más abajo, quizás le hubiera parecido una maravilla; el espacio de un metro ha convertido la maravilla en un mamarracho. ¡Los rincones junto á la puerta!... otro sitio malo. Una vez dieron una rápida ojeada á un salón, los que anhelan la novedad – que son los dos tercios de espectadores – creen que han de hallarla en otra sala: la que no han visto; no miran por consiguiente el resto: lo que está junto á una puerta. De ellas es forzoso huir siempre. Quien se va, no vuelve ya la cabeza; quien entra, se dirige al cuadro que ha visto enfrente, no á los lados. ¡Si pudiera hacerse una estadística!

Igualmente asombra el valor y la resignación de quien acude á un museo con una obra maestra, pero como la palma de la mano. Este ó realmente odia al vulgo de todo corazón, ó le desconoce. Y si aspira únicamente al aplauso de los verdaderos aficionados, los desconoce también. Por mucho que lo sean, la mitad por lo menos no

se dedicará intencionalmente á oler los cuadritos. En un museo, se pasa el rato y no más. Estos confiados ó modestos pintores recuerdan mucho por análogos conceptos á los excelentes autores de poesías íntimas que acuden á los certámenes con un par de estrofas en letra pequeña. ¿Quién se va á fijar en ellas, ocultas entre grandes cartapacios, donde se busca algo rotundo y brillante que mueva al público? Lo menos que les puede suceder es que no se extravíe el papelito, como lo menos que le sucede á un pintor de tablillas en una gran Exposición, es que no ignoremos su existencia.

Como supone también valor y especial carácter tratar ciertos asuntos: verbi-gracia, los que ya trató algún maestro insigne, como las tentaciones de S. Antonio, (dos hay, nada menos, con este tema en la sección española) ó los que por baladíes, sólo han de llamar la atención de los muy inteligentes, si nueva y felicísima ejecución los realza. También esto arguye odio ferocísimo al vulgo, que suele vengarse con su indiferencia imbécil. Pero aquí digo una cosa: si tal es el desprendimiento del autor, en lo relativo á la vanagloria, ¿cómo acude á una Exposición cuyas malas condiciones son patentes? Este es uno de tantos problemas y misterios del amor propio que nadie se ha explicado todavía.

Estas y otras reflexiones íbamos haciendo los tres visitantes, apenas entrados en la primera de las seis salas destinadas á pinturas españolas.

No fué nuestro propósito recorrerlas minuciosamente, fijándonos en todos los cuadros uno por uno, ni mucho menos juzgar su mérito individual con todas las reglas del arte. En una Exposición donde acuden los autores por naciones, debe buscarse una impresión de conjunto para obtener luego un resultado comparativo é idea sintética del nivel y el rumbo de las artes en cada país. La mayoría de las obras que figuran en el Salón de Bellas Artes padecieron, además, bajo el poder y jurisdicción de los jurados ó soportaron el fallo de algún artículo de periódico y la providencia perentoria de los sueltos de gacetilla; de modo que ya no cabe más juicio que la observación espontánea y viva, proferida al vuelo. Bien es verdad que hasta cierto punto esto es una ventaja cuando se trata de una revisión, porque muy á menudo estas observaciones sencillas, y como si dijéramos caseras, que arranca la primera vista de un cuadro, cambian totalmente el concepto que sugiere el dictamen pomposo, en que á veces la lucubración sustituye al juicio real y sincero. Es de notar que cabalmente en esta Exposición existen muchas obras de las que llevan la fama oficial por delante á manera de heraldo, y que nos causan el propio efecto de tratar personalmente á un hombre ilustre tras haberle conocido sólo de oídas... No está fuera de lugar, por tanto, siquiera sea de pasada, decir hasta qué punto nos defraudó, ó qué diversa impresión nos ha causado.

Con tales propósitos empezamos á recorrer las salas de la sección española, y muy pronto diremos buenamente lo que nos han parecido.

J. YXART



RAMÓN BERENGUER IV, estatua de J. Llimona

LEYENDA DE LAS MAREAS

Al doblar un recodo de la estrecha senda que corona á modo de cornisa el acantilado de la costa, el viejo marino que me acompañaba hincó en tierra la rodilla, descubrió su cabeza y murmuró un Padre nuestro, vuelto de cabeza á la mar.

En tanto que rezaba, pude admirar á la luz de la luna el panorama hermoso que se descubría desde allí.

Sobre la llanura formada por la movediza arena de la playa tocando al confín de las olas se destacaba un grupo de rocas negruzcas, y en su centro una cruz gigante, á cuyo pilar abrazada parecía descubrirse la figura de una mujer envuelta en limpísima túnica blanca.

La luz incierta de la luna, el confuso rumor del oleaje, el rezo á media voz del marino, la blanca figura que al pie de la cruz se alzaba, surgiendo de las rocas negras y sombrías con movimientos suaves, ondulantes, perceptibles apenas en medio á la niebla de la marea, todo convidaba al silencio y al recogimiento.

Contemplé callado aquel panorama hermoso, aspirando la brisa llena de sales que el mar enviaba á la tierra como el hálito frío de sus besos en el abrazo periódico y tenaz de las mareas, y cuando el marino terminó su oración y alzó la rodilla me apresuré á preguntarle el motivo de su rezo, la historia de aquella cruz y la causa misteriosa de que una mujer ó un fantasma estuviera postrado orando allí á tales horas.

Y el marino, que nada deseaba tanto como admirar á un extranjero con la historia maravillosa de aquellas rocas para él tan queridas y contar las viejas tradiciones de su tierra, rincón el más apartado y más solitario y triste de las costas normandas, abrió cátedra y con voz solemne comenzó la narración siguiente, que yo sólo podré traducir en pobre romance, pero que bien debiera expresarse en verso endecasílabo por tener más de leyenda heroica que de ridícula conseja.

***

En busca de la muerte ó la fortuna como remedio á sus penas, salió de esta tierra en tiempo de las cruzadas un gallardo caballero que por su apostura y gentileza había conquistado el corazón de la hija del Rey, princesa la más bella, pura y santa que hubo jamás en esta tierra, y sostenía con ella tiernos y apasionados amores.

No podía Roberto, que así se llamaba el noble caballero, aspirar á la mano de la princesa por faltarle tierras y vasallos que ofrecer á su padre ambicioso y cruel en dote de aquel ángel á quien amaba, y como por entonces corriera por el mundo el anuncio de grandes guerras que la cruz preparaba contra la media luna, decidió alistarse entre los cruzados para morir por su Dios y su dama ó ganar en honrada lid glorias y riquezas.

Fué la despedida muy triste. En larga entrevista por una reja á la luz de la luna, prometióle llorosa la doncella ser suya ó de Dios y rezar por él mientras volvía, y le colgó al cuello como recuerdo y amuleto, con un cordón de su pelo, una imagen de la Virgen santa. Prometióle él no mirar mujer alguna, pensar sólo en ella mientras tuviera vida y morir pronunciando su nombre.

Y cuando el alba llegaba se escucharon ayes y suspiros, entró en su camarín inconsolable la princesa llorando en amarga y apenadísima congoja, y salió al galope de su corcel por las puertas de la ciudad un caballero, murmurando palabras que á juzgar por su fiero ceño más debían ser votos que plegarias.

***

Un año más tarde entraban en Antioquía los primeros cruzados y entre ellos en primera fila, alta la visera y cabalgando arrogante sobre hermoso corcel árabe cogido en la batalla de Dorilea, iba Roberto que por su fiero valor había merecido de todos los jefes y en especial de Tancredo y Bohemundo grandes honores y distinciones justísimas como héroe principal de las más gloriosas jornadas.

A través de tupidas celosías contemplaban la entrada de los cruzados dos mujeres, casi dos niñas, Leyla y Fátima, hijas del más rico de los mercaderes de Antioquía.

Nacida la una de hermosa esclava circasiana, tenía el pelo rubio, el cutis de nieve y el mirar dulcísimo de las hijas del norte.

Hija la otra de una esclava nubia, su cutis bronceado, su cabello negro y rizo y su mirada ardiente delataban la mujer formada con rayos del sol africano.

Ambas hermanas tenían la misma edad, y se amaban con el cariño entrañable de quienes han confundido en la infancia sus primeros llantos y sus primeras risas.

Y vieron ambas al cristiano Roberto, y quedaron silenciosas y calladas durante todo el día, alegres á ratos y á ratos cabizbajas y tristes, siempre pensando en él.

Y así pasaron varios días hasta que una noche, en voz baja, muy baja, comenzaron á hablar del mancebo y terminaron por confesarse las dos que le amaban.

No se entibió por ello el cariño de las dos hermanas, sino que aumentó con un nuevo vínculo, y hablando de él y procurando verle pasaban con infantil alegría sus horas consagradas al amor más infantil y más puro, pero más acendrado, sin que llegara de ello á apercibirse nunca el gallardo mozo objeto de su amor, de quien pronto supieron ellas con su curiosidad femenina que tenía hecho voto solemne de no mirar á ninguna mujer. Dábanse con esto por muy felices en su inocencia las dos niñas hermanas, mas duró poco su dicha: que la gloria llamaba á los cruzados para empresas más grandes y un día al son de roncos clarines mandando lucido escuadrón vieron salir á Roberto de Antioquía camino de Jerusalén.

Lloraron largo tiempo amargamente la partida mezclando sus lágrimas en apretado abrazo en un grupo admirable digno de la estatuaria griega. De repente, Fátima, la hija de la Nubia, lanzó una alegre carcajada y acercando su boca al oído de Leyla murmuró breves frases que secaron su lloro disipando su tristeza.

Aquella noche, después de tomar á los tesoros ocultos de su padre las mejores joyas, se escapaban disfrazadas de Antioquía.

Algunos meses después entre los guerreros mandados por Roberto había dos, con armaduras iguales: uno con sobrevesta y plumas negras y el otro con sobrevesta y plumas de color azul. Venidos recientemente, según su dicho, de Europa, se habían incorporado al ejército en cumplimiento de solemnes votos, votos que les obligaban á llevar siempre el rostro oculto, sin dejarse ver ni aun de sus pajes y servidores, y todo lo que se sabía de ellos era su juventud extremada, puesto que aun el vello no manchaba sus rostros ni sus brazos, según en algunos ligeros descuidos pudo observar la curiosidad de sus compañeros de armas.

Pero á fe que importaba bien poco lo corto de su edad y de su talla, porque suplía á todo su arrojo temerario en los combates y su valor y destreza en el reñir con los soldados del Profeta. Apenas empeñada una batalla se les veía colocarse el uno á un lado y el otro al otro de Roberto, y allá iban donde llevaba al capitán cruzado su atrevimiento y su fiereza, sin retrasarse nunca un paso, lejos de ello adelantándose á desafiar la muerte siempre que la vida de su jefe peligraba.

Y era de ver en medio á las luchas heroicas que diariamente sostenían los soldados de la cruz, cómo Roberto acompañado sólo de aquellos dos ángeles custodios se adelantaba sembrando la muerte por los escuadrones de Mahoma, siendo frecuente que la lanza ó el dardo que venía á herirle encontrara en su camino el escudo del guerrero negro ó del azul, más prontos á la defensa de él que á la suya propia, prestos siempre á sacrificarse por librarle en piadosa, inexplicable y temeraria porfía.

Así que no es extraño, dadas las preocupaciones de entonces y el misterio de los guerreros incógnitos y mudos siempre, la creencia general entre los cruzados de que no eran hombres, sino dos ángeles del cielo enviados por Dios para librar cien veces de la muerte al más virtuoso y valiente de los cruzados.

***

Al fundarse el reino de Jerusalén, á Roberto le toca, por sus hazañas innumerables, uno de los más valiosos en el reparto de feudos creados por Godofredo.

Y apenas hay una tregua en la guerra, Roberto compra una embarcación ligera, cruza veloz el Mediterráneo y se dirige á través del Atlántico á las playas normandas donde le espera su fiel amante la princesa María.

Con él, en su mismo barco, vuelven también á Europa los dos guerreros hermanos, que tantas veces lucharon á su lado en las batallas. Impídeles hablar con él y descubrirse hasta pisar las playas de la patria votos solemnes que Roberto siempre caballeresco en sus procederes respeta, y á fe que le pesan en el alma tales votos en cuanto le impiden abrazar y conocer á compañeros de armas tan queridos.

Hincha el viento del sur las velas y por entre las olas siempre revueltas del Cantábrico se acerca el buque á las costas de Normandía. En la proa va de continuo Roberto mirando adelante con anhelo infinito como personificación y estatua viva de la esperanza y el deseo. Asomadas á la baranda de popa podían verse de noche á la luz de la luna dos mujeres, rubia la una y la otra morena, llorosas y tristes por el recuerdo del bien perdido, y el temor y presentimiento de próximas desventuras.

Mientras luchaban por él en los combates de Palestina y exponían la vida por su gloria, eran felices las dos niñas hermanas, que enamoradas con la pasión más pura y casta y celosas la una de la otra, fundaban su dicha toda en el placer salvaje, pero sublime, de morir por él.

Ahora han abandonado su patria por seguirle, vienen á tierras frías y tristes donde no se ve el cielo ni el sol, ni hay guerras ni peligros en que su esforzado amor pueda lucir, y en cambio saben, por haberlo escuchado á los marinos y guerreros, que Roberto viene á cumplir con una princesa cristiana antigua deuda de amor.

Por eso melancólicas y tristes las doncellas moras, perdidos los bríos guerreros, lamentan en voz baja su suerte con débiles suspiros de mujer y quejidos tristísimos, pobres notas de dolor que el viento lleva á perderse en el

LAS ESCUADRAS



ACORAZADOS FUERA DEL PUERTO



EN EL PUERTO



LA MUJER EN ORIEN



NTE, PINTURA DIORÁMICA DE FRANCISCO SIMM

EN BARCELONA



ACORAZADOS FUERA DEL PUERTO

EN EL PUERTO



TRANQUILIDAD, cuadro de V. Chevilliard (Salón de 1888)

ruido de las olas como bajan sus lágrimas á mezclarse con las amargas aguas del mar.

***

Razón tenía Roberto para desear que la nave llegara pronto á las playas normandas. Un día después hubiera sido tarde.

Al llegar, supo la triste nueva de que aquella misma tarde iba á decidirse en un torneo solemne á que estaban citados los príncipes y guerreros más ilustres de próximas y lejanas tierras, la suerte de la princesa María.

El Rey su padre lo había decidido así, cansado de los muchos pretendientes y de la poca prisa que por atenderlos la princesa mostraba. Padre y tirano, adjudicaba por adelantado como dueño absoluto la mano de María, al que mostrase en el torneo más fuerzas y más valor.

Pocas horas más tarde comenzaba el torneo en un palenque cuadrado que cerraban por los tres lados gruesas barreras de roble y por el otro lado el mar. Era aquel mismo trecho de playa que se descubría desde el sitio donde el viejo marino que me contó esta historia se hincó de rodillas y murmuró su rezo.

Presidía el torneo el Rey teniendo á su lado la princesa vestida de blanco, en cuyo rostro pálido y vista apagada nadie podía sospechar que fuese la reina de la fiesta.

Allí á un lado con armaduras lucientes y vistosas preseas están los caballeros que por su mano vienen á luchar; mas no repara en ellos, que sus ojos miran sólo al cielo para elevar calladas y fervientes plegarias y á Oriente para enviar nuevas y firmes promesas de amor envueltas entre esperanzas y deseos.

Las justas comienzan; unas tras otras van rompiéndose lanzas sobre pechos cubiertos de acero, y van los pajes retirando de la liza caballeros magullados, heridos ó muertos.

El vencedor de ahora cae luego vencido por un contrario de más fuerza ó más fortuna, y su sangre se empapa en la misma arena manchada por la sangre que él vertió. Un momento después los pajes le llevan y la serie de sus hazañas queda en el polvo escrita como la de todos los grandes guerreros en la historia por un poco de tierra removida entre dos manchas rojas.

Al fin la serie de los combates personales termina. Un príncipe ha logrado vencer en tres encuentros seguidos y no hay nadie que le venga á retar.

Los heraldos y jueces del campo se preparan á declararle vencedor, la turba de los vasallos le aclama desde las barreras con atronadoras voces... pero en aquel momento suena de nuevo el clarín de aviso y entran en el palenque tres caballeros que ostentan en su pecho la cruz.

Uno de ellos se adelanta, reta al vencedor y se descubre. Cien manos le saludan. Es Roberto, el pobre aventurero de otros tiempos que ostenta en su sobrevesta una cruz roja y en su casco cubierto de oro y pedrería una corona ducal.

La princesa al verle lanza un grito de alegría... después calla medrosa... luego reza por él.

En tanto los jueces parten el campo, Roberto y su contrario se aprestan al combate bajas las lanzas, empuñando el escudo, la visera calada.

El momento es decisivo; el espectáculo soberanamente hermoso. El sol próximo á hundirse en Occidente riela en el mar y en las armaduras de soldados y caballeros, inundándolo todo en torrentes de luz trémula. Sus rayos á través de las nubes encendidas, tiñen todo de resplandores rojos, como si también el día derramara sangre al morir.

Las nubes inflamadas formando un telón de grana al fondo del paisaje, la marea avanzando para inundar la playa, la brisa fría y húmeda como soplo de muerte, el rumor del oleaje que forma coro al griterío de la muchedumbre que enardecida por la vista y el olor de la sangre, se deshacía en blasfemas apuestas y disputas, las sombras alargadas que cruzaban la arena y las sombras del interés ó el odio que se mostraban con franqueza salvaje en todos los rostros ó se adivinaban en todos los pechos; el Rey enfurecido por la audacia de Roberto, éste lleno de desprecio á la vida, pero de temor por su dama, su contrario lleno de rabia al ver su triunfo próximo á malograrse, María, ángel de bondad, llorando por que Roberto matara, todo formaba como un ambiente sublime de pasiones heroicas que flotaba disuelto, tomando cuerpo y forma en los resplandores trémulos del sol al reflejarse en el mar.

Pero todo esto era pálido y pobre comparado con la tempestad de pasiones que rugía en el fondo de dos almas, las de aquellos dos guerreros incógnitos, entrados juntos con Roberto en la liza: que al fin todos los demás tenían algo que desear y algo que temer, mientras que á las hermanas moras quedaba sólo la triste suerte de ver á su amado en tierra ó en brazos de la princesa cristiana.

Pobres hijas del amor, nacidas en un harén bajo el cielo ardiente de Arabia, su sangre, su patria, sus padres, su Dios... todo lo habían sacrificado á sus amores: Roberto su ídolo iba á jugar la vida por conquistar una princesa cristiana. Si triunfaba, ¿consentirían su triunfo? Si moría, ¿era justo vengarle?

***

Sonó el clarín, partieron ambos jinetes á encontrarse y en violentísimo choque arrojó el cruzado por tierra á su contrario ya muerto.

Había echado Roberto todo el coraje en el golpe y así sin mirarle siquiera, abriendo paso en su pecho violentamente la saña al amor, volvió el corcel árabe que montaba y se encaminó á postrarse ante la princesa María.

Pero ¡ah! que no llegó á lograrlo, porque en medio á la breve carrera oyó de nuevo el clarín del heraldo que anunciaba un nuevo caballero y un nuevo combate.

Así era en efecto.

Fátima, la mujer africana, disfrazada de guerrero, con sobrevesta y plumas negras, se adelantaba á retarle con lento sereno paso, como una pantera en celo ansiosa de matar.

El asombro de Roberto no tuvo límites al ver que intentaba quitarle la dama y la vida aquel ángel custodio que le había salvado ésta cien veces en la guerra.

El Rey, contento del caso é ignorante del misterio, se apresuró á dar la venia para el duelo.

Y un minuto después Roberto rodaba por el polvo traspasado el corazón por la lanza de Fátima.

Esta echando pie á tierra, cayó sobre él y después de arrancarle la visera le besaba en el rostro aun caliente... y en salvaje paroxismo de amor bebía los alientos postreros de su boca.

Alguien vino á impedirlo, fué el guerrero azul Leyla, ardiendo en celos y en ira, que sin mirar quebrantaba en ello el buen orden del campo acudió veloz y echando también pie á tierra la apartó de un golpe de su presa y se abalanzó con furia á ella por celos de aquellos besos ó para tomar de su crimen venganza. Fátima se incorporó rabiosa, y sin esperar reto ni venia de los jueces, ambas hermanas comenzaron á luchar con incomparable fiereza. Estaba escrito.

La lucha á pie resultaba porfiada, inacabable; ¿cómo no, si eran iguales, por ser hermanas, las fuerzas, las armas y las pasiones?

Una orden expresa del Rey impidió que nadie se acercara á evitar la lucha ni á retirar el cuerpo del cruzado aventurero. Contenidos todos á distancia por los ballesteros reales, presenciaban con interés vivísimo la lucha, sin reparar que avanzaban la noche y la marea.

Imitando á ésta en sus vaivenes el grupo de las dos hermanas, en medio de continuos y nunca acallados golpes iba del mar á la tierra y de la tierra al mar. A veces Leyla hacía retroceder á su hermana hacia las olas, pero cesaban sus bríos á medida que se miraba lejos del cadáver querido y en cambio los celos redoblaban las fuerzas de Fátima que volvía con furia á avanzar.

De repente se oyeron gritos Dábalos una mujer loca, María, que suelto el cabello y descompuesto su traje, arrojando su corona de princesa cruzaba el palenque é iba á caer de rodillas en oración junto al cuerpo de su amado.

Hubo un momento de angustia, la marea llegaba, nadie se atrevía á quebrantar las órdenes del Rey, éste quiso correr él mismo á apartar á su hija del peligro, pero fué tarde, que una ola gigante, altísima, cubrió todo con sus revueltas aguas y al retirarse barriendo la playa, ni manchas de sangre quedaban en la arena.

Así en un torbellino de blanquísima espuma encontraron juntamente digno sepulcro pasiones tan opuestas, tan puros y desgraciados amores.

Los marinos cruzados compañeros de Roberto buscaron con afán durante muchas horas su cuerpo bajo las olas y hallado le enterraron entre unas rocas levantando sobre la más alta de ellas una cruz.

Nadie pudo arrebatar la princesa cristiana ni las doncellas moras al mar que guarda entre sus gruesos cristales el poético misterio de aquellas tres fases distintas pero igualmente sublimes y hermosas del amor.

Mas cuentan y tiénenlo por artículo de fe los pescadores normandos que las tres viven encantadas bajo las aguas, en lucha continua las dos hermanas moras, y la princesa cristiana en eterna oración.

Cuando la marea baja y el mar se retira de las rocas, Leyla hace retroceder á Fátima apartándola de aquel sepulcro amado.

Cuando la marea sube es Fátima que avanza por cubrir el cuerpo de Roberto con la hirviente espuma de sus besos.

Pero ¡ah! que no logra su empeño, porque al llegar surge también de las aguas la princesa María envuelta en la blanca túnica que llevaba el día del torneo y se arrodilla y abraza á la cruz, elevando al cielo tan sentida plegaria que el buen Dios manda retirar á las aguas y con ellas se van sin dejar de luchar las dos hermanas rivales, para volver de nuevo cuando la marea otra vez comience á subir.

***

Tal es la leyenda de las mareas que me contó el guía,



NOVIEMBRE, cuadro de E. Adán (Salón de 1888)

tomando por una doncella en oración el montón de espuma formado por las olas en torno de una cruz.

Aun mal contada, tiene un mérito superior al de las historias modernas realistas: es mentira, pero es bella.

JUAN JOSÉ GARCÍA GÓMEZ

LA VERDAD Y LA MENTIRA

(Continuación)

JULIETA

Petruccio bebió más de lo ordinario en la fiesta de anoche y creyó decir un chiste al asegurar que Constanza había dado una cita al Duque en sus habitaciones. Las groseras palabras del bufón llegaron á oídos de la aburrida y arrinconada Duquesa, el Duque mandó prender á Petruccio y su cólera fué violentísima.

RAMBALDO

La verdad es que el bufón no ha dejado de favorecer con su imprudencia los intereses del Duque, porque el escándalo de sus habladurías; el de la prisión y el de la causa que está formándosele, acabarán por perder á Constanza en el concepto de los pocos que dudaban ya que fuese la favorita del Duque y conseguirán que haga la desesperación lo poco que al amor le queda que hacer.

JULIETA

¿Quién sabe?

(Las damas y cortesanos que se habían retirado al fondo y repartido por diferentes puntos de los jardines, han ido acercándose poco á poco á Julieta y Rambaldo.)

BLANCA

¿Os han convencido ya, señor Rambaldo? *(Rambaldo titubea y concluye por callar)*

JULIETA

Sí, amiga mía, le tengo ya completamente convencido.

BLANCA

¿De qué?

JULIETA

De todo.

RAMBALDO

En efecto, Blanca, los argumentos que Julieta me ha hecho son irrebatibles.

BLANCA

¡Oh! Ya supongo que serán como suyos. *(Julieta se ríe)*

RAMBALDO

Básteos saber que para mí es ya artículo de fe la virtud de Constanza.

BLANCA

Julieta, vuestra elocuencia obra milagros!

JULIETA

Vos no sabéis, Blanca encantadora, cuán poderosa es la verdad.

RAMBALDO

Para mí la natural distinción, la espléndida belleza, la arrogante majestad de Constanza, siempre hablaron en su favor. Sólo la malicia pudo torcer mi juicio: el corazón defendía instintivamente aquel dechado de perfecciones.

JULIETA (aparte á Rambaldo)

(No es preciso esforzarse tanto.)

RAMBALDO

¿Cómo pensar que la pureza pudiera huir de aquellos ojos azules después de haberlos tenido por morada durante diez y ocho ó veinte años?...

JULIETA

(Repito que lo dejéis.)

BLANCA

Diez y ocho ó veinte años... ¡ja, ja, ja!... Constanza y yo tenemos la misma edad con diferencia de tres ó cuatro meses... que me lleva ella por supuesto. Yo he cumplido veinticinco años.

JULIETA (con sorna)

¿Sí?

BLANCA (con tranquilidad)

Sí. Preguntádselo á vuestra madre que os llevó á mi bautizo cuando ya andabais por vuestro pie.

JULIETA (mordiéndose los labios)

Verdad... Tengo idea de que por diferencias religiosas entre vuestros padres, tardasteis bastantes años en ser bautizada.

BLANCA

¡Julieta!...

CORTESANO 1.º

¿Qué es esto, señoras, qué es esto?

RAMBALDO

(Cortemos la cuestión.) Esto es, amigo Lorenzo, tocar los resultados de la calumnia y convencerse de que bastan cuatro palabras de un bufón para indisponer á dos buenas amigas después de haber manchado una reputación respetable.

BLANCA (al oído de Julieta)

¿No habéis conseguido algo más de lo que os proponíais atrayendo al señor Rambaldo al partido de Constanza?

JULIETA

(alzando la frente y mirando con soberano desdén á Blanca, tomando acto continuo el brazo de Rambaldo y diciéndole con mal disimulada ira)

¿No os he rogado ya un millón de veces que dejéis esa cuestión?

RAMBALDO

Creía yo que el hablar bien de Constanza...

JULIETA

Defensas tan apasionadas, más perjudican que favorecen. No me habléis bien de Constanza ni de ninguna mujer del mundo. Habladme mal de todas y os quedaré reconocida. *(Pasean)*

BLANCA (para sí)

Me parece á mí que tan buena es Julieta como su amiga íntima! ¿Qué se propone al robarme el afecto, puramente galante y cortesano, que me comenzaba á demostrar ese imbécil? ¿Hacerse amar de un hombre bonito? Ella no es tonta y debe saber que los hombres bonitos, y aun los buenos mozos, sólo de sí mismos se enamoran. ¿Querrá pura y simplemente mortificarme? Tampoco lo creo. Es una mujer demasiado lista para hacer un mal que no ha de reportarle ningún bien. Más probable es que tome al caballero Rambaldo á modo de antifaz ó pantalla para conseguir objeto más alto que las galanterías de ese Narciso, un poquillo trasnochado ya ciertamente. – Julieta es ambiciosa... Al amparar y defender los amores de Constanza y el Duque, ¿obra impulsada por la amistad ó procura que Su Alteza tenga ocasión de cansarse pronto de su nueva conquista y estando con frecuencia al lado de los dos tortolitos confía en inspirar al ilustre amante comparaciones quizá ventajosas para...?

CORTESANO 2.º, que acude con gran solicitud.

¡Blanca! ¡Blanca! Constanza y el Duque pasean, cogidos del brazo, por estos jardines.

DAMA 1.ª

Indudablemente se juzgan solos... Como ya está anocheciendo...

BLANCA

(A Julieta que pasa en este momento cerca del grupo formado por los cortesanos, entre los cuales cunde y se comenta con calor el suceso de que se habla)

Julieta, si en algo estimáis á vuestros amigos el Duque y Constanza, corred y decidles que paseen por otro lado ó á horas en que estos jardines estén menos concurridos. Decidles que, después del lance de anoche, Constanza, apoyada en el brazo de Su Alteza, no va á poder ya ser defendida ni siquiera por vos.

JULIETA

¿Qué nueva infamia es esta? ¿Quién ha inventado esa absurda fábula?

CORTESANO 2.º

No ha sido preciso inventarla. Abrid los ojos y mirad: el Duque y Constanza vienen hacia aquí.

JULIETA

Lo veré y no lo creeré. ¡El Duque llegar á ese extremo de imprudencia!...

BLANCA

Veo con pena que no podéis defender á vuestra amiga.



EL POETA POBRE. cuadro de Cárlos Zewy

JULIETA

Indudablemente el Duque querrá demostrar con este rasgo de entereza la poca importancia que debe darse á la calumnia de Petruccio.

BLANCA

O juzgando ya imposible ocultar á la Duquesa su última infidelidad ha resuelto abandonar todo disimulo.

JULIETA

Eso sería impropio de su grandeza de alma.

RAMGALLO (aparte á Julieta)

(Dejadlo ya, Julieta. Defensa tan apasionada perjudica más que favorece á vuestra amiga.)

JULIETA (para sí)

(¿Se burla de mí? Pero no, este es tonto de nacimiento; la malicia resbala por sus labios y no se detiene en ellos.)

BLANCA

Señores, creo que deberíamos apartarnos. Cuando el Duque se vea sorprendido no podrá menos de disgustarse. Casi todos los que estamos aquí sabemos, por lo menos de oídas, lo que son esas cosas.

JULIETA

Decís bien, y sobre todo dejándoles que se crean solos podréis todos enteraros con mayor facilidad de su conversación.

BLANCA

Ya se ve que sí. Todos, todos... hasta vos misma.

JULIETA

¿Yo...? A mí ¿qué me importa?

BLANCA

¿No os importa por la reputación de vuestra amiga?

JULIETA

No puede ser mi amiga quien sea indigna de mí.

BLANCA

Pues entonces os importará por la reputación del Duque.

DAMA 2.ª

Ocultémonos que ya llegan.

(Los cortesanos se ocultan en el bosquecillo inmediato. Por el lado opuesto salen el Duque y Constanza, apoyada ella en el brazo de él. Ha anochecido casi por completo.)

ESCENA II

El Duque y Constanza

CONSTANZA

Retirémonos, señor. Por aquí hay gente, no me cabe duda.

EL DUQUE

Es la brisa de la tarde que juega entre las hojas.

CONSTANZA

Dejadme ir, que ya ha anochecido.

EL DUQUE

Os engañáis: á mí me está dando ahora mismo el sol en los ojos.

CONSTANZA

Cualquiera que nos vea en este sitio y á estas horas...

EL DUQUE

¿Qué debemos temer después de lo que se ha dicho de nosotros? Lo mejor sería darles la razón, ya que no sea posible demostrar que el Duque de Ferrara no es para con vos otra cosa que un pobre pretendiente.

CONSTANZA

¡Triste manera de combatir la calumnia!

EL DUQUE

Escuchadme... *(Queriendo tomarle una mano)*

CONSTANZA

Quieto, señor. Ya sabéis lo convenido. Yo podré quizá, andando el tiempo, concederos algún favor, pero será de mi propia voluntad.

EL DUQUE

Petruccio mintió como un canalla y celebraré que sus jueces le crean tan digno de la horca como le creo yo.

CONSTANZA

Yo por mi parte, me contento con que salga desterrado de vuestros dominios.

EL DUQUE

Pues contad con que eso es lo menos que le puede suceder.

(Se advierte un vivo resplandor en el fondo de los jardines.)

CONSTANZA

¿Qué luz es esa? Hacia aquí vienen varios hombres con linternas. No hay duda, son gentes de la Duquesa que ha sospechado que estamos aquí y quiere sorprendernos. ¡Me habéis perdido, señor!

CÁRLOS COELLO

(Continuará)



NUEVO CAÑÓN KRUPP DE TIRO RÁPIDO

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII —BARCELONA 16 DE JULIO DE 1888— NÚM. 342

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Véase el artículo de este título)

VENDEDOR DE LECHE EN CORNWALLIS
dibujo de María Stokes

Se distingue este dibujo por la firmeza de su ejecución. La artista conoce perfectamente el tipo que reproduce y lo dibuja sin titubear, tal como es, fuerte, vigoroso, exuberante de vida, pregonando á voz en grito el artículo de su modesto comercio. Podrá éste ser más ó menos lucrativo, pero á juzgar por la muestra, más de algún opulento miembro de la Alta Cámara daría buena parte de su fortuna por que sus enclenques vástagos se pareciesen en algo á ese humilde vendedor de leche.

LA TOCADORA DE GUITARRA
dibujo de Contell

La guitarra se rehabilita.

Ciertamente no se explica la proscripción á que se la tenía relegada.

Después de todo es la perfección de aquel instrumento que pulsó Orfeo y con el cual acompañaron sus gestas los trovadores de la Edad media.

Un instrumento de tan ilustre estirpe no merecía estar vinculado en las remojadas manos de los rapistas de última estofa.

La guitarra penetra de nuevo en los salones: el arte musical la vuelve á tomar en cuenta; las señoritas ya no la desdeñan, en lo cual obran cuerdamente: no hay instrumento que permita adoptar una postura más elegante. La mujer sentada al piano es una especie de *fantoche* de mecánica rudimentaria.

Contell dice por medio del dibujo, en abono de nuestra opinión, más que cabe demostrar en veinte cuartillas de argumentos.

Ver y creer.

Con unos cuantos dibujos como ese todas las muchachas bonitas, ó presumidas de tales, querrán puntear siquiera la guitarra, á fin de ser retratadas en tan elegante actitud.

EL MONUMENTO Á MARÍA TERESA
Inaugurado en Viena el 13 de mayo último

En el número 313 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA describimos y reprodujimos interesantes detalles del monumento que el imperio austriaco ha dedicado á honrar la memoria, no sólo de la gran emperatriz, sino de los hombres más ilustres de su corte. El autor ha simbolizado más que una simple personalidad; una época entera, verdaderamente gloriosa.

Hoy publicamos la vista general del monumento, cuya impresión es grandiosa. Conjunto y detalles están concebidos con notable aliento. No de otro modo hubiera llamado la atención en una ciudad que en el orden monumental moderno es sin disputa la primera del mundo.

LA VANGUARDIA, cuadro de Dall'Occa

Es singular el título de este cuadro. De vanguardia lo califica el autor y sin duda se ha propuesto que lo sea del ejército de la miseria. El pobre muchacho, apenas despunta el día, recorre las desiertas calles de Venecia, esa ciudad tan rica y poderosa en otro tiempo y que hoy parece el inmenso sepulcro de sus antiguas glorias. Es un lienzo que inspira cierta tristeza, la tristeza que, dígase lo que se quiera, asalta á todo el que penetra en Venecia al amanecer. A cualquiera se le figura que ese infeliz muchacho es el único sobreviviente de una gran catástrofe y que su miseria no ha de encontrar quién la socorra. La composición es sentida, el lugar bien escogido y la entonación sumamente simpática.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA.—EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA



SECCION JAPONESA (De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

II

La primera sala de la sección española, podría llamarse la de los muchachos desnudos. Sea por casualidad ó de intento, en los dos primeros cuadros que por su tamaño llaman la atención, figuran algunos adolescentes bastante grandecitos sin vestidura ni arreo de ningún género. Los unos son pilluelos que se bañan; los otros, honderos baleares que se adiestran en el manejo de la honda. De aquéllos, nada disculpa su desnudez como no sean sus actuales ejercicios de natación, á la vista de gentes que, en verdad, por su sexo y otras circunstancias no son las que más debieran entretenerse en presenciarla. Como en esto del desnudo en arte hay sus convenciones, la vulgaridad de aquellos personajes no contribuye á que las tales desnudeces sean muy artísticas. A los *honderos*, en cambio, les sirve como de velo invisible lo clásico de sus actitudes y su procedencia lejana. Son de otra época muy anterior á la nuestra y pueden andar como gusten. Nadie explicará de modo satisfactorio el por qué de semejante permiso, pero que lo otorgamos todos sin reparo, es muy cierto, aunque como en esta ocasión tampoco sea muy notable la pintura.

Otros dos cuadros principales destacan en la sala. Es el primero un episodio de la guerra de la independencia sin duda (porque debemos decir una vez por todas, que no tenemos catálogo que nos guíe, y aun ignoramos los nombres de los autores de algunos lienzos). Junto á una ventana abierta, un viejo sentado acecha al enemigo, y una muchacha de pie está cargando un fusil, dispuesta á alguna heroicidad. La pintura es de las que por flamantes y limpias no causan la menor emoción. No se compagina aquella aseada vistosidad del conjunto con el acto de hostilizar á un invasor, desesperada y atropelladamente. Uno de mis amigos fijaba la vista en el cuadro con curiosidad, y decía que bastaba para juzgarlo, esa impresión de limpieza y compostura de cierto estilo, las cuales vienen á ser en el manejo del color lo que la corrección y la pulcritud en la obra literaria: la corrección que excluye la fogosidad y la vida, la pulcritud que no tuvo nunca la naturaleza y que nunca le han consentido ni la luz, ni el ambiente, ni la exuberancia de su fuerza creadora. Esta impresión ingrata y contraria á todo arte, es la que produce igualmente el otro cuadro: *¡Cuánts Deus hi há!* bien pintado, particularmente la cabeza del fraile, bien dibujado, bella la moza, pero... todo nuevo, como si alguien se hubiera encargado de cepillar los vestidos de aquella gente y de barrer la habitación. El autor, muy hábil en el paisaje, artista que siente y poetiza el natural sin ningún esfuerzo, se desvía á mi ver por camino que no es el suyo, tras esa pintura que llaman seria y castiza, y que tan fácilmente degenera en amanerada y exangüe. El *San Francisco*, vigoroso y robustamente sentido y pintado, es superior al buen fraile de cabeza luciente y nívea barba.

Otro cuadro hay de regulares dimensiones, *Jesús sobre las aguas*, de Meifren: el horizonte infinito (una línea recta), una ola colosal y verdosa, falta de transparencia, y una línea vertical, la figura del Cristo resaltando sobre los nubarrones de último término: la impresión es grandiosa y potente.

Después de éste se van los ojos hacia los cuadros menores en tamaño, no porque el tamaño arguya inferioridad, sino porque así le ocurre al observador sin darse cuenta de ello, en una Exposición de pinturas: mira antes lo que más ve y acude luego á buscar algo entre lo que se ve menos. En esta sala encuentra un delicioso paisaje de Galvey, primaveral y jugoso como todos los suyos; un estudio de Rusiñol con aquella exactitud prosaica de luces y de tonos, y aquella vulgaridad del lugar, en la que parece despuntar una intención zumbona; algún otro que no recordamos en este instante, y luego la serie de casacones ¡aun los hay! y de procesiones de pueblo ¡las hay también! que forman como el fondo obligado en nuestras salas de pinturas.

No podíamos detenernos más en esta; nos atraían de lejos, como brillantes promesas, los grandes lienzos de la siguiente, la más capaz de la sección y donde hallaron aquéllos sitio acomodado. Helos aquí: *Nerón examinando el cadáver de su madre; — La capitulación de Gerona*, otra vez expuesto y harto conocido, y cuya impresión total con aquella luz y en tal sitio, es inferior á la que nos causó la primera vez; quédanle la grandeza poemática de la composición y la belleza del cielo, y resaltan sus inexperiencias de ejecucion en las figuras; *Jesús y la mujer adúltera*, que, con estar como quien dice á la cabecera en excelente lugar, todavía le falta distancia al espectador, por más que se retire, para abarcar toda su perspectiva, todo su animado conjunto, aquellos grupos de figuras valientes y bien dibujadas, y para gozar de una impresión total sumamente favorable al autor, si cierta tonalidad negruzca no la deslustrase en parte; — *El cadáver de Alvarez ante el pueblo de Figueras;* que revela en algún trozo un pintor, pero sólo en algún trozo: el del cadáver; — *Los Amantes de Teruel*, magistralmente pintado, en particular en todo el ángulo de la izquierda y en el fondo, pero no dibujado á la misma altura ni de mucho, al punto que una vez visto el cuadro, no se atribuyen ya á la reproducción en cromo ciertas imperfecciones de detalle; y por fin, la última escena del *Hamlet*, teatral, como escena dramática que es, y como pintura fastuosa y demasiado brillante. ¡Cuántas obras de primera magnitud, por los esfuerzos, por el estudio, por el aliento y constancia que requiere concebirlas y ejecutarlas sin desfallecer un punto en la tarea! ¡Qué variedad de asuntos y de emociones para los aficionados al género! Y sin embargo, ¿corresponden tantos alientos al positivo resultado obtenido por los artistas? Talento y alma suponen tales cuadros; es innegable; fragmentos y cualidades de primer orden, los hay en casi todos ellos; pero... ¿lo diremos?... lejos de causarnos una verdadera emoción estética, nos dejan fríos, y lejos de hallarlos á la altura de su reputación, nos desencantan en uno ú otro concepto. Discutiendo acerca de esto, buscando la explicación de este efecto singular, me parecía ver en aquellas obras las mismas condiciones esenciales del arte dramático español, manifestadas en otra forma, la forma plástica. La coincidencia de que alguna de ellas fuera realmente la escena de un drama, ó recordase el argumento de otro, contribuía sin duda á que aproximara ambos términos. Hay en aquella pintura virilidad y brillantez; virilidad hasta la violencia, y brillantez hasta la nota llamativa, exactamente como en las pasiones y en los versos del teatro romántico, pero falta, en cambio, sinceridad, espontaneidad: el autor ni cree en lo que pinta, ni lo siente; falta naturalidad en la composición y en los grupos; falta esa emoción íntima, ese fuego interno, único que, latente en la obra, se trasmite á quien la contempla. El *Jesús de la mujer adúltera* parece que realmente va á cantar; *Hamlet*, el padre, retiene la sangre que le brota de la herida con la majestuosa actitud de un barba en la escena; los personajes de último término recuerdan á los comparsas. Emoción verdadera no la hay, ni en las figuras del cuadro, ni en el artista, ni en el espectador; se halla sustituída en el modo de componer, por la imaginación atenta á lo convencional, y en el color, por la fogosidad mal reprimida. El asunto, para manifestarse plenamente, elige formas teatrales, y á veces los medios no corresponden al fin. Sólo en los *Amantes de Teruel* hallamos esa íntima conexión con el asunto en la severa tonalidad del fondo, triste y bien entendida; sólo en el cuadro de *Gerona* vemos ese sentimiento preciso de la realidad de la escena tal como debió ser, que conmueve directamente.

Junto á los cuadros históricos que atraen más particularmente la atención de todos, otros hay notables en esta sala principal: retratos de Caba, Cusachs y Clapés, paisajes de Urgell y Vayreda, harto conocidos; otro de Más y Fontdevila tan admirablemente pintado y sentido que es, á mi juicio, de las mejores obras de la Exposición actual; la *Odalisca* de Casado, de tal elegancia y riqueza, de tal perfume, si cabe hablar así, que no se diría del mismo autor de obras académicas, bien frías por cierto; un moro de Fabrés, fortuniano, otro paisaje de Baixeras en que la exactitud en la interpretación del natural sorprende y admira, y el notable cuadro de las flores de Tamburini: obras todas que ya conocidas en su mayor parte, junto á las más famosas premiadas en la Exposición nacional, presentan como en resumen todas las notas de color, todos los asuntos predilectos, todos los estilos de la pintura contemporánea entre nosotros.

Y, en efecto, algunas firmas se repiten en las salas siguientes, como las de Urgell, Baixeras, Llimona, Fabrés, Tamburini, Más, Rusiñol, Cusachs, los Masriera, con obras que no parecen tampoco nuevas. Sólo el primero presenta un paisaje, no sólo nuevo, sino que ofrece en algún fragmento aquella fuerza y espontaneidad de superior acierto en la visión del natural que tanto anhelan algunos. Otros nombres famosos se unen aquí á los anteriores: el de Domingo, al pie de un busto, magistral como suyo, el de Ribera, en sus deliciosos cuadros de costumbres parisienses, nota de elegancia refinada y de perfecto dibujo que resalta siempre como dechado extranjero en nuestras exposiciones; el de Galofre con el célebre cuadro de la *Oración*, del cual hablé en su día en estas mismas columnas. Una marina, á mi juicio notable, merece en esta tercera sala especial mención, sin que la preceda, que yo sepa, ni elogio alguno, ni siquiera el conocimiento del nombre de su autor. Tiéndense en la playa las jabonosas olas deslizándose después de haber perdido su furia; hierven, en segundo término, entre las desvencijadas costillas de un barco destruído, que descuella entre la espuma como el carcomido esqueleto de un animal antidiluviano, y se extiende en el fondo un cielo brumoso y frío que refleja su escasa luz sobre la luciente y húmeda arena. A despecho de cierta monotonía de color, tiene el lienzo trozos pintados con gran verdad, y una melancolía penetrante de quien siente con fuerza el hechizo singular de la naturaleza.

También como en las salas anteriores, dominan los grandes cuadros, en lugar visible, ya históricos, como *Inés de Castro*, con un color brillante y flamante, y su composición teatral y fúnebre, ó *La muerte de Lucano*, ya dramáticos, como otra escena del *Hamlet*, en que un personaje vestido de negro, se adelanta como el actor que meditabundo y tétrico recita su papel á la vista de Ofelia embelesada y triste. Las dos *Tentaciones* de S. Antonio, que cité en mi artículo anterior, pretenden en vano atraer nuestras miradas, la una con alguna reminiscencia de la célebre composición de Morelli, la otra con el antipático é ingrato color ceniciento de rigor en los sayales y el amarillo cadavérico del busto del asceta. *Floralia*, otro premio de la pasada exposición nacional, nos trasporta á la clásica antigüedad de Roma, y á una de sus más poéticas ceremonias. Algunas doncellas deponen al pié del ídolo en ofrenda olorosas y frescas flores. Pero ni las doncellas se distinguen por su superior belleza, en la cual se siente la modelo, ni aquellas flores tienen la fragancia y frescura deseadas, ni en el asunto, aunque grato y bellísimo, hay todo aquel fuego de exuberante alegría que podía comunicarle vida y movimiento.

En compañía de estos cuadros está el famoso *Latium* de Serra, donde la emoción y el pensamiento buscan su expresión en aquella elocuencia muda y patética del espectáculo natural y de las obras del hombre. El autor ha pretendido ofrecernos, como de un modo simbólico, la síntesis del concepto de un pueblo, en aquella pantanosa campiña romana que se pierde, como el mar, en un horizonte dorado al fuego, y sobre cuyo cielo luminoso y vivo, aun á la hora del crepúsculo, resaltan en roído y musgoso pedestal la loba romana, que se diría aullando en aquel pantano, y la imponente arcada de un acueducto, largo en el espacio como la constancia en el tiempo, y sólido, robusto, sin elegancia como el poderío naciente de aquellas razas primitivas. Esta composición está hermosamente concebida, y expresa bien, á mi entender, lo que el autor se propuso, pero la pintura, robusta en algún fragmento, no es la que corresponde á la concepción total, por hábil y primorosa en otros. ¿Quién diría que tal pensamiento hubiese de ser ejecutado con tintas de una brillantez y tersura cristalinas, con tonos y matices de una nitidez y una transparencia de cámara oscura? Así el conjunto sugiere la idea del artífice que aspira á agradar, no á conmover, y el cuadro, propio por su asunto del severo gabinete de un arqueólogo ó de un pensador, parece ahora destinado á un *boudoir* de una aficionada elegante, á quien poco importará el *Lacio* con su rudeza poemática, pero antipática.

Otro cuadro he de mencionar; el de Guillén, el primero de su joven autor, si no estoy mal enterado, en el cual una concepción poderosamente dramática halló su forma y su expresión propias á través de inexperiencias en la factura excusables en gracia á lo extraordinario del intento. Sobre la playa de un mar agitado aún por la pasada borrasca, yace el cadáver de un marinero que pereció sin duda ahogado: junto á él, un carabinero le custodia; hombres y mujeres le contemplan sombríos. La silueta y la actitud del guardia tienen cierta imponente majestad y grandeza de líneas que revela un artista; el cadáver abotagado impresiona; sólo el grupo de la izquierda es de mucho inferior al resto.

Otro cuadro nuevo hallamos en las últimas salas, digno de ser nombrado aquí, figurando entre obras que, ya por conocidas ó por inferiores, ningún comentario sugieren. Me refiero á la *Comunión de los mártires*, de firme dibujo, sencilla pero bien entendida composición y acertada pintura, sobria y serena, que contrasta con el descuido harto común en modelar desnudos torsos de carnes violáceas ó terrosas.

Seguramente descuidamos en esta rápida reseña algunas otras obras no desprovistas de mérito, pero bastan las nombradas á mi juicio para formar concepto aproximado de la sección española en nuestra exposición. Por lo que respecta á los asuntos, hemos hallado, como siempre, escasísima novedad; en el género histórico y dramático, notamos un procedimiento que, por lo común, tiende á mover más con lo extraordinario y pomposo del hecho, convencionalmente admirado de antemano, que con una composición natural y dispuesta hábilmente ocultando sus dificultades, lejos de mostrar á la vista el esfuerzo; falta las más veces la congruencia entre la emoción que inspiró al artista y los medios empleados, que suelen ser los propios para lucir gran riqueza de colorido, á despecho de todo. En el paisaje existe mayor acierto y más sinceridad; en los cuadros de género, no abunda ni la nota elegante, ni la novedad, ni el ingenio. En todos los géneros, en fin, acaso como en todo el arte español, el talento natural priva sobre la educación sólida; el color exuberante, rico, fastuoso, llamativo, sobre el dibujo; la belleza de una concepción abortada, y más exterior que íntima é intensa, sobre el gusto refinado que por una suerte de selección desecha lugares comunes.

J. YXART

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Artículo primero)

I

Al penetrar en el vasto recinto donde la Industria universal exhibe sus multiplicados productos, una sensación de respeto profundo asalta el ánimo del visitante. Instintivamente lleva la mano al sombrero cual si traspasara los umbrales de un templo, y es porque el espíritu de Dios flota en aquellas inmensas galerías donde el hombre, mejor dicho la humanidad da cuenta del uso que ha hecho del soplo divino.

Allí es de ver á la naturaleza en todos sus estados, al trabajo en todas sus formas, millares de millares de años condensados en la última palabra del humano ingenio. Allí está la partícula de mineral que se esconde en las entrañas de la tierra y sus aplicaciones desde la campana que invita á la oración hasta el casco de metralla con que los hombres se destrozan en la guerra, desde el azadón con que el sufrido labrador remueve la superficie de los campos hasta la sortija que la mujer hermosa lleva en su dedo y la diadema que los príncipes ostentan en su



LA TOCADORA DE GUITARRA, dibujo de Contell

frente. Allí está el gusano realizando su metamorfosis y la aplicación de la seda á los tejidos y á los bordados sin competencia del Celeste Imperio. Allí está la piedra convertida en cristal y en porcelana, el textil cosechado en las regiones del Mississipí y el Nilo transformado en telas de brillantes colores. En una palabra, allí están los artículos que nos alimentan, las prendas que nos visten, los objetos que recrean nuestros sentidos y los elementos todos con que perfeccionamos nuestra cultura y nos elevamos gradualmente á nuestro superior origen. ¿Qué extraño es, por lo tanto, que penetremos con respeto y con asombro en ese santuario donde se han elevado tantos altares á nuestra propia obra? ¿Qué extraño si una sonrisa de satisfacción y orgullo asoma en nuestros labios al considerar lo que valemos en presencia de lo que producimos?

Y en vista de ello, séanos lícito preguntar: á ese genio tutelar de los pueblos que se llama el Trabajo ¿se le ha erigido en Barcelona un templo digno de su importancia? Creemos poder contestar afirmativamente: el *Palacio de la Industria* en nuestra Exposición Universal es bien pensado como planta y ejecutado cuan bien podía serlo dada la premura del tiempo y la deficiencia relativa de los elementos económicos puestos á disposición de su constructor. Quizás pueda calificarse de monótono su conjunto, quizás en el problema de su trazado se ha atendido con más esmero á su uso que á su aspecto, quizás resulta ser más grande que grandioso, quizás ni su exterior ni su interior contengan sección ó punto alguno que impongan por su elegancia, por su riqueza ó por su atrevimiento... Todo esto podrá ser cierto; pero no lo es menos que el sitio es vasto, la distribución bien ordenada, las luces convenientes y la decoración, aunque sencilla, apropiada.

Al extremo de un *parterre* en pendiente se alza el Palacio de la Industria, cuyas galerías le dan forma de verdadero abanico, sistema adoptado como el más común y á propósito en semejantes casos. La inmensa fachada, cuya igualdad de alturas interrumpen muy á propósito cuatro elevadas torres introducidas últimamente en el proyecto, tiene, como es justo, un cuerpo central que rompe la monotonía del edificio. En esta construcción se echa de ver que el arquitecto director de la obra, que proyectó y construyó asimismo la de nuestra Universidad, debe estar encariñado con el género que desarrolló en esta última, pues no puede mirarse el cuerpo central de la una sin que se ocurra el cuerpo central de la otra. A nuestro pobre entender el de la Exposición tiene poco carácter: aisladamente considerado no revela el objeto excepcional á que está destinado el edificio de que forma parte; no pertenece á ninguno de esos géneros que durante más ó menos tiempo imperaron universalmente en arquitectura; ni siquiera puede decirse que pertenezca á una escuela; es una construcción tan muda, tan fría como los materiales de que se compone. Compárese este cuerpo central con su análogo de las Exposiciones Universales hasta ahora realizadas, compárese con la proyectada para realizarse el año próximo en París, y se verá con cuánto fundamento nos permitimos hacer esas observaciones. Y si realmente esa sobriedad excesiva, por no llamarla pobreza transparente, constituye un defecto, conste que no por él dirigimos un cargo al ilustre director general de las obras de la Exposición: los hombres, por mucho que valgan, y aquel arquitecto vale mucho, no pueden hacer milagros. Sin embargo un semi-milagro ha obrado el Sr. Rogent en el desempeño del arduo encargo que se le hizo fuera de tiempo y dándole pies forzados que sujetaron su vuelo al ras de la tierra.

No deja de contribuir, asimismo, á la falta de impresión que causa el Palacio de la Industria, á pesar de sus vastas proporciones, la circunstancia de no podérsele contemplar en conjunto á conveniente distancia. El empeño de conservar buena parte de los antiguos cuarteles y edificios de la ex-ciudadela, empeño que ni el arte ni la historia justifican á nuestro ver, y los permisos concedidos para instalar varios kioscos y barracones en sitios sobradamente próximos al Palacio, quitan á éste perspectiva y le aprisionan en un espacio demasiado estrecho para su gran capacidad. Si pudiera abarcarse á conveniente distancia, si estuviera enfilado por una grande avenida, como la de San Juan por ejemplo, es indudable que causaría una impresión superior á la que produce actualmente.

Y pues, si bien á la ligera, nos hemos hecho cargo del edificio, penetremos en sus anchas naves y examinemos la verdadera Exposición.

II

GALERÍA NÚM. I

La República Oriental del Uruguay

Cuando en el primer cuarto del presente siglo se profirió en la América española el grito de independencia que tal vez provocó la metrópoli con su desacertada conducta en aquellas regiones, no fué la peor desdicha que se desprendieran valiosas joyas de la corona de Castilla, sino que se creara entre españoles y americanos cierto antagonismo, hijo natural de las circunstancias extraordinarias en que los hechos consumados colocaron á uno y otro pueblo.

Mas, al fin y al cabo, la sangre hizo su oficio, como suele decirse, y ha sucedido después lo que casi siempre ocurre entre individuos de una misma familia que accidentalmente rompen sus amistades. La ley del tiempo, el mutuo interés, la intervención de amigos honrados y, más que todo, el cariño ingénito que, si puede entibiarse, raras veces se extingue, han hecho olvidar respectivos agravios; y hoy por hoy España considera á las Repúblicas americanas donde se habla su idioma como á otros tantos hijos mayores de edad que dan buena cuenta de su emancipación. Y á su vez esas Repúblicas, después de aleccionadas en la terrible experiencia de sus convulsiones intestinas, trabajan con decidido empeño en la rehabilitación de sus fuerzas naturales, y lejos de odiar á España piensan en ella como el hijo ausente, siquiera nadando en la abundancia, recuerda aquel rincón del mundo en que existe la casa solariega de su familia y el sepulcro bendito de sus antepasados.

Buena prueba de ello ha dado la República Oriental del Uruguay con motivo de la Exposición Universal de Barcelona. Invitada, como todas sus hermanas, á tomar parte en nuestro gran certamen, no midió, cual otras, las dificultades que la oponían su gran distancia y la premura del tiempo; siendo fama que cuando el representante diplomático de España dirigió al presidente del Estado la invitación oficial, contestó aquel ilustre ciudadano:

-Haremos lo que se pueda; expondremos cuando menos un muestrario.

Y lo ha presentado, con efecto, pero en tales condiciones que fuera harta modestia en los uruguayos continuar llamando muestrario á su instalación.

Los productos de esta República se hallan expuestos dentro de un vasto salón de estilo griego, decorado con riqueza y elegancia, en cuyo friso se leen los nombres de los diez y nueve departamentos que constituyen el Estado. Como todos los pueblos cuya autonomía es relativamente moderna, el Uruguay no es eminentemente industrial en el sentido que los europeos damos á esta palabra: la actividad de sus hijos se ha dirigido con preferencia á beneficiar los productos naturales de su suelo, que son ricos y en su mayor parte aplicables al comercio en grande escala. Poseedores de vastos terrenos vírgenes, húmedos, y del todo á propósito así para las faenas agrícolas como para la cría de ganados que puede decirse se multiplican sin cuidado ajeno, es natural que la mayor suma de los productos que exponen den muestra de la riqueza especial de la República. Granos, frutos, caldos, maderas y curtidos llaman principal y poderosamente la atención en sus instalaciones, siendo más notables las de la *Asociación Rural* que expone desde las pieles á las cuales van pegados todavía los vellones de las reses, hasta los cueros más finos y tintos en diversos y bien impregnados colores, evidenciando cuán adelantada se halla la tenería en el Uruguay.

Los caldos, por su aspecto, demuestran estar elaborados con esmero y su color y transparencia nada dejan que desear. Según el catálogo parcial de los expositores uruguayos hay propiedad vitícola en ese país que tiene plantadas centenares de miles cepas: si este cultivo progresa, puede llegar un día en que haga poderosa competencia á los vinos que Europa exporta á aquellas regiones americanas. No menos notables son las muestras de tasajo y carne preparada y líquida que ha expuesto el Uruguay, artículos destinados á un comercio muy activo con Europa cuando se vaya extendiendo su conocimiento y se demuestren sus condiciones higiénicas, al par que la economía de esta alimentación. El tasajo es el bacalao de carne: con esto está dicho todo.

En el centro de la instalación uruguaya es de ver un majestuoso templete con dosel que cobija el retrato del actual presidente, general D. Máximo Tajes. Es joven aún, de aspecto simpático y mirada ardiente sin provocación. El general está llamado á dar días de gloria á su país, cumplimentando aquella frase que se lee en el friso del templete y que constituye el mejor programa de gobierno:—«A trabajar en paz por los intereses de la patria...»

Y en paz trabaja la República y merced á ella puede atender con preferencia á la instrucción popular, de la cual da prueba exponiendo material de enseñanza bien pensado y finamente ejecutado, siendo notables unos bancos que sirven como tales y como mesas, plegándose y reduciéndose su tamaño con suma facilidad. No menos dignos de estudio son los volúmenes en que el Dr. Arechavaleta ha coleccionado magistralmente la flora del país.

La República Oriental del Uruguay ha entrado en la buena senda. No la pesará por cierto de haber acudido al llamamiento de Barcelona: cuanto más se la conozca, más será considerada.

III

EL JAPÓN

De la nación japonesa puede decirse que es una nación que no se descuida. Apenas rompió con las antiguas preocupaciones que la tenían alejada del comercio del mundo, demostró prontamente hasta qué punto comprendía las ventajas del cambio. Dejando al imperio chino su fanatismo peculiar y su *muralla* que ya no resistiría la acción del más inofensivo de los cañones modernos, y aprovechando el retraimiento político-religioso del Celeste Imperio, el Japón ha utilizado en grande escala, antes que China, cuantas ocasiones se le han venido á mano para explotar sus productos, que con ser quizás menos perfectos que los de aquélla, les han aventajado mercantilmente. Ya en la última Exposición de París hizo el Japón alarde de sus especialidades industriales, y como su adelanto era muy notable en algunos artículos que reunían la condición de la novedad, hicieron sus fabricantes un verdadero negocio redondo bajo todos conceptos. En aquel gran certamen á buen seguro que el Japón fué el país que comparativamente vendió mayor suma de productos expuestos, éxito que es muy posible se repita en la Exposición barcelonesa, á la cual acudió uno de los primeros, hasta tal punto que á medida que iba desembalando sus géneros y mucho antes de que el certamen se hubiera inaugurado, ya tenía vendidos buena porción de los artículos que se proponía exhibir. Premio merecido de un pueblo que si viene tarde á las manifestaciones del progreso, da muestras evidentes de querer recobrar el tiempo perdido en disquisiciones que le excluían del concierto universal.

Varios son los productos japoneses que pueden apreciarse en el *Palacio de la Industria* y por ellos se viene en conocimiento de la pluralidad de sus artefactos; pero allí donde el genio industrial de Europa ha obtenido de la máquina lo que aquellos pueblos del extremo Oriente exigen de la humana fuerza material ó de primitivos instrumentos auxiliares, no era de esperar ni es racionalmente posible que los artefactos del Japón pudieran parangonarse, bajo el punto de vista práctico, con los artefactos de los probados fabricantes europeos. Por el contrario, en aquel orden de artículos en que la paciencia, la destreza y hasta cierto buen gusto original constituyen las circunstancias salientes y apreciables del objeto de comercio, puede el Japón competir y compite hasta ventajosamente con pueblos mucho más adelantados en el camino de la civilización.

Esto explica la singular preferencia con que el público se detiene á contemplar sus instalaciones de objetos de loza, cristal, bronce y madera. En este género es verdaderamente asombrosa la inventiva japonesa. Desde el jarrón que pudiéramos llamar monumental hasta el más diminuto frasco para contener algunas gotas de esencia, la escala industrial del Mikado es interminable y siempre de elaboración perfecta. Ya en su materia, ya en su forma, ya en sus adornos, ya en sus aplicaciones, la variedad es imponderable y la elegancia sorprendente. Esta última circunstancia es tanto más de apreciar en cuanto la mayor parte de sus dibujos son simples combinaciones de líneas sin modelo ó precedente en la naturaleza, lo cual no impide que su feliz combinación dé por resultado un efecto completo de dibujo y de color. En este último sentido, el del color, como en el del dorado, maqueado y esmalte, bien puede decirse que el Japón ha elevado el arte á su mayor altura moderna. Francia, cuya fábrica nacional de Sevres no tiene rival en Europa, no va más allá en estas

PALACIO DE LA INDUSTRIA. EXTERIOR DE LA SECCION DEL URUGUAY



INTERIOR DE LA SECCION DEL URUGUAY (De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)



VENDEDOR DE LECHE EN CORNWALLIS, dibujo de María Stokes

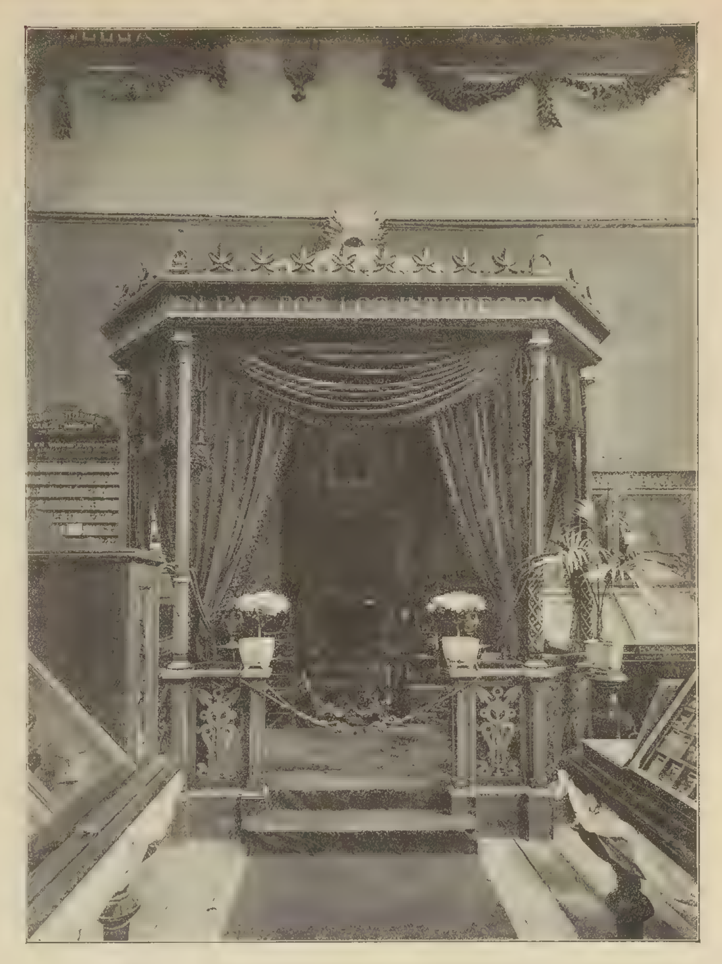
condiciones de sus manufacturas.

Cuando el artista japonés imita á la naturaleza descubre algo primitivo, infantil, que recuerda los perfiles del antiguo Egipto. Como los dibujantes de los monolitos faraónicos, desconoce por completo ó apenas conoce os recursos de las sombras; pero siente los objetos que se propone reproducir y parece como que exija al vigor de sus líneas y á su espontaneidad manifiesta que suplan la deficiencia de aquellos y otros recursos artísticos.

El Japón no desconoce la escultura aplicada á la forma humana. A ese arte apela cuando quiere representar á sus dioses y á sus héroes; de los cuales ha producido ejemplares en la Exposición. Pero bien sea que las creencias religiosas obliguen á sus artistas á prescindir de la verdad, bien sea que su manera de sentir la belleza y la grandeza dé por resultado un concepto totalmente contrario del que inspira á los artistas occidentales, de raza tan distinta de la de aquéllos; lo cierto es que la escultura humana japonesa tiene á nuestros ojos las condiciones de una verdadera caricatura. Ello, empero, es notable su ejecución, prescindiendo de nuestro general concepto de la estética.

El grabado que reproducimos en el presente número da una idea de lo que estamos diciendo. Quien quiera comprobar la exactitud de nuestras observaciones, compare simplemente esta instalación con sus similares francesas, belgas ó húngaras y quedará hecha la prueba. El Japón se ha puesto en relaciones con Europa: el día en que sus artistas y obreros hayan aprendido en ella los secretos de la industria que hasta hace poco les eran completamente desconocidos, la vieja maestra tendrá en aquel país un competidor harto temible.

(Continuará)



PABELLÓN DE HONOR EN LA INSTALACIÓN DE LA REPÚBLICA DEL URUGUAY

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

LA VERDAD Y LA MENTIRA

POR DON CÁRLOS COELLO

(Continuación)

EL DUQUE

¡En qué tono me lo decís! ¡Cuán poco me amáis!

CONSTANZA

Algo os debo amar cuando en este instante no os aborrezco.

EL DUQUE (con pasión)

¡Constanza mía!

CONSTANZA

Permitidme que parta.

EL DUQUE

¿Cuándo os apiadáis de mí?

CONSTANZA

¿Os parece que estoy poco apiadada aún? - Dejadme ahora.

EL DUQUE

¿Eso quiere decir que vamos á vernos después?

CONSTANZA

No.

EL DUQUE

Entonces, no esperéis soltaros de mi brazo.

CONSTANZA

Nos verán. – Ya nos están viendo... Mirad la gente que llega...

EL DUQUE

Entonces nada podemos hacer tan imprudente como separarnos.

ESCENA III

Los cortesanos salen del bosquecillo y Petruccio rodeado de guardias, algunos de los cuales traen linternas, avanza por el fondo hacia el centro de los jardines.

BLANCA

Veo con gusto, Julieta, que hay más, pero mucho más amor en el Duque que en vuestra amiga... y, ó no sois de mi opinión, ó el descubrimiento os agrada bien poco.

RAMBALDO (aparte á Julieta)

No le hagáis caso. Quiere turbar nuestra felicidad, pero ya veréis cómo no lo consigue.

EL DUQUE

(avanzando hacia los cortesanos y llevando del brazo á Constanza)

¿Qué es esto, amigos míos, qué es esto?

CORTESANO 2.°

Petruccio, juzgado ya por el tribunal, vuelve á su prisión...

EL DUQUE

A fe que siento encontrarme con él.

JULIETA (sin poder contenerse y á media voz)

¡No suelta su brazo!

BLANCA

¡Pobre mujer!

JULIETA

¿Eh?...

BLANCA

Me refería á ella, no á vos.

RAMBALDO

En efecto, ¡pobre mujer!

JULIETA (pasando al lado de Constanza)

Constanza, ¡es posible que te olvides hasta este punto de...!

(En este momento pasa Petruccio y los que le rodean cerca del Duque. El bufón le ve y separándose de los que le custodian, corre á echarse á sus pies.)

PETRUCCIO

¡Señor! ¡Tenga Vuestra Alteza piedad de mí!

EL DUQUE (con frialdad)

¿A qué te han sentenciado tus jueces?

PETRUCCIO

(Me habla: estoy salvado.) Señor, las opiniones estuvieron muy divididas en un principio. El tribunal, compuesto todo de personas respetabilísimas por su edad, por sus servicios y por sus virtudes; de personas que jamás han hablado mal de persona nacida – si se me exceptúa á mí, de quien han dicho pestes – comenzó por formular dos opiniones. La primera fué que Vuestra Alteza debía desterrarme para siempre de sus dominios. Esto era espantoso...

EL DUQUE

Espantoso para tí.

PETRUCCIO

Para mí y para Vuestra Alteza y para la corte toda que no sabría vivir sin Petruccio. Petruccio es la alegría de Ferrara. Aun en este momento mi presencia basta para llenar de alegría tanto y tanto semblante, porque no hay ni puede haber nada más cómico que las lágrimas de un bufón.

EL DUQUE

(¡Pobre diablo!)

PETRUCCIO

Y si esto es hoy, juzgad el regocijo que sentirá mañana la villa entera cuando vea ahorcar á quien hasta anoche se creyó el más feliz de vuestros servidores.

EL DUQUE

¿De veras te ahorcan mañana, Petruccio?

PETRUCCIO

¡Señor, mucho me temo que sea de veras!

EL DUQUE

Cálmate y explícame cómo ha sido eso.

PETRUCCIO

El tribunal comprendió sin duda que sacar á Petruccio de Ferrara y apartarle del Duque equivalía á matarlo, y me sentenció á muerte en obsequio de la brevedad.

EL DUQUE

Y vamos á ver, ¿tú te sientes con deseos de morir?

PETRUCCIO

Señor, si he de ser franco, no experimento por ahora el menor deseo de pasar á mejor vida.

EL DUQUE

Sigue siéndome franco. Desterrado de Ferrara ¿no podrías realmente vivir?

PETRUCCIO

Señor, realmente creo que me moriría de tristeza; pero si Vuestra Alteza desea que viva, viviré sólo por darle gusto.

(Murmullos entre los cortesanos que hacen diferentes juicios sobre la sentencia que el tribunal ha dictado contra el bufón. La generalidad le compadece.)

CORTESANO 2.°

A mí me da lástima Petruccio.

BLANCA

Su castigo no guarda proporción con su culpa.

EL DUQUE

Pide perdón á la dignísima mujer cuya honra has estado á punto de mancillar con tu envenenada lengua, y si ella te perdona, ahora mismo puedes marcharte de Ferrara.



INTERIOR DE LA SECCIÓN DEL URUGUAY

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

PETRUCCIO

¡Marcharme de Ferrara! ¿Y dónde iré, señor?

EL DUQUE

Donde no te conozcan: allí harás fortuna.

PETRUCCIO

La perderé en seguida, señor, porque yo soy un majadero de los que tardan poco en darse á conocer.

(Todos los circunstantes se ríen, incluso el Duque)

EL DUQUE

Esa es verdad innegable.

PETRUCCIO

Señora Constanza, tened piedad de mí... Rogad á Su Alteza que me absuelva por completo, que me conserve á su lado, y Petruccio que empleó un minuto en ofenderos dedicará á vuestra defensa los días que le queden de vida.

CONSTANZA

Yo tengo poca influencia con el Duque, pero con la poca que tengo le ruego que os complazca.

EL DUQUE

Petruccio, estás perdonado.

PETRUCCIO

¡Perdonado! ¡Ah señora! ¡Ah señor! ¡Qué alegría para Ferrara! ¡Gracias en nombre de ella! – Ordene Vuestra Alteza que se retiren esos pajarracos *(por la gente de justicia)*. Despiden una peste á cáñamo capaz de poner mala la garganta á cualquiera. *(Los guardias se retiran.)*

EL DUQUE

Te perdono, pero te impongo una condición. No por hablar mal sino por haber mentido has estado á dos dedos de la horca, si no quieres ir á ella sin remisión, es menester que de hoy en adelante tus gracias estén basadas siempre en la verdad más estricta y severa. Sobre todo lo que firmemente te conste, yo otorgo desde ahora pleno dominio á tu lengua y las afirmaciones más graves te serán perdonadas apenas pruebes su exactitud; pero la burla más ligera que moleste á alguien y que esté basada en un hecho falso ó que tú seas incapaz de probar, te extenderá un palmo la lengua que no te hayas sabido morder. Con que ya estás avisado. – Hasta después en el baile, señores. *(Se va el Duque y tras él, poco á poco, todos los cortesanos.)*

JULIETA

Pero ¿tú te das cuenta de la gravedad de lo que has hecho hoy, Constanza? Estás loca, sin duda.

CONSTANZA

Y ¿por qué he de negártelo á tí? ¡Estoy loca... pero loca de amor!

RAMBALDO

El brazo, señora Julieta.

JULIETA

Ofrecédselo á Petruccio que no se puede mover después de tantas emociones.

PETRUCCIO

¡Decir la verdad en palacio y á todo el mundo! Esto es muy grave... Pero que me ahorquen por mentir ó por ocultar la verdad... Esto es más grave todavía!

ESCENA IV

Salón de palacio iluminado espléndidamente. – Rambaldo vestido de guerrero de la Edad media, recostado en un diván, y Blanca que entra por el fondo en traje de amazona. Esta trae antifaz; aquél tiene alzada la visera del casco.

BLANCA

Sí, aquí está. *(Avanzando y disimulando la voz)* ¿Qué hace aquí tan solitario el más temible seductor de la corte? ¿Por qué tiene esa cara tan larga y tan tristona? ¿Se ha cansado ya de su última conquista?

RAMBALDO (poniéndose de pie)

¿Puede saberse cuál es mi última conquista?

BLANCA

¡Santo Dios! ¡Él mismo ignora el número de las víctimas que hace!

RAMBALDO

(Esta es Julieta, no me cabe duda.)

BLANCA

Orgulloso y preocupado con vuestra reciente victoria, supongo que habréis levantado el sitio de la fortaleza en cuya posesión tanto empeño habíais puesto.

RAMBALDO

¿Os referís á Blanca?

BLANCA

A la hermosa Blanca me refiero.

RAMBALDO

¡Y á eso llamáis fortaleza, señora! ¡Bah! Será fortaleza desmantelada á lo sumo, y si yo establecí frente á ella mis tropas, fué única y exclusivamente obedeciendo á un plan estratégico tan usado en las luchas de Marte como en las de Cupido.

BLANCA

¿El plan de perder el tiempo?

RAMBALDO

Vuestra irritación me dice que no lo he perdido. Fingís muy mal la voz y vuestro cuerpo y vuestro aire no pueden confundirse con otro alguno, Julieta incomparable. Desechad esos injustos celos: comprended que Julieta es reina absoluta en el corazón de Rambaldo, y en cuanto á Blanca, creedme, no os ocupéis de esa mujer: le atribuís una importancia de que carece.

BLANCA (aparte)

(¿Le arranco los ojos? No: lo que hay que hacer es que los dos se los arranquen mutuamente.)

RAMBALDO

¿Vaciláis todavía?

BLANCA

No: dadme el brazo y venid conmigo. *(Se retiran.)*

ESCENA V

Julieta en traje de odalisca sale por un lado haciéndose aire con el antifaz. Por el opuesto, aparece Petruccio, momentos después, seguido de damas y cortesanos.

JULIETA

Las cosas han ido más lejos de donde yo quería y pensaba que pudieran ir. ¿Qué me obligó á creer con tanta firmeza en la virtud de Constanza y en el supremo buen gusto del Duque?... ¿Qué hay en esa mujer?... – ¡Ah! No estoy sola. *(Se pone el antifaz.)*

CORTESANO 1.º

Pues no os queda otro remedio que ateneros á lo mandado por el Duque.

DAMA 1.ª

¿Aun no habéis escarmentado de mentir?

PETRUCCIO

¡Decir la verdad! ¡Decir la verdad siempre y á propósito de todo!

CORTESANO 1.º

¿Qué peligro veis en ello cuando es el Duque quien os lo manda?

PETRUCCIO

¡Es una cosa tan nueva en el mundo! – En fin probaremos.

ESCENA VI

El Duque rodeado de nuevos cortesanos y dignatarios de palacio; entre ellos, Blanca y Rambaldo.

EL DUQUE

La Duquesa se ha retirado á sus habitaciones. Su carácter melancólico aborrece lo que para el nuestro es tan divertido, y á mí no me gusta contrariarla. *(Viendo al bufón)* ¡Hola, Petruccio! ¿estabas ahí? Parece que esta noche huyes de tu señor.

PETRUCCIO

Mande Vuestra Alteza.

EL DUQUE

Háblame con verdad... con entera verdad... porque el disimular la verdad suele traer gravísimos contratiempos. ¿Cómo encuentras la mascarada de esta noche?

PETRUCCIO

Señor, la encuentro aburridísima.

EL DUQUE

Severo es el juicio. ¿Inferior á la de ayer?

PETRUCCIO

¡Oh!... No hay punto de comparación.

EL DUQUE

¿Y sabes que así como tú preparaste la fiesta de ayer, yo he preparado la de hoy en sus menores detalles?

PETRUCCIO

Lo ignoraba, señor; pero todo esto está preparado con tan poco arte, que más parece cosa mía que cosa vuestra. *(Murmullos entre los cortesanos.)*

EL DUQUE (riéndose)

Tranquilízate, Petruccio. Ni tú ni yo somos los autores de la que con tanta razón censuras. El Sr. Zambelli *(señalando al cortesano 1.º)* es quien únicamente ha puesto mano aquí.

PETRUCCIO

Reciba el más sincero cordial de mis pésames.

CORTESANO 1.º

¿Vuestra Alteza consiente que un bufón miserable...

EL DUQUE

Hasta ahora no se ha apartado en nada de la verdad. Ya que te veo con tan buenas disposiciones quisiera oir tu opinión franca y leal sobre los disfraces que hemos adoptado. Dí la verdad, dí la verdad: ¿son mejores ó peores que el baile?

PETRUCCIO

Mejores, no son; peores, no pueden ser.

EL DUQUE

Comienza por el mío y sigue por todos los demás.

PETRUCCIO

El Duque de Ferrara vestido de pescador napolitano me produce malísimo efecto. Si el traje os estuviera bien, la majestad padecería no poco al probar que cabía holgadamente bajo disfraz tan ruin.

EL DUQUE

Luego ¿me está mal?

PETRUCCIO

Malditísimamente.

CORTESANO 1.º

¡Qué insolencia!

DAMA 1.ª

Ha encontrado modo de decirle la verdad sin ofenderle.

EL DUQUE

Prosigue, Petruccio, que hasta ahora va bien. ¿Qué me dices de esa dama gallardamente vestida de odalisca? ¿Qué me dices de esa amazona cuya soberbia apostura tiene tan rendido al señor Rambaldo? Háblanos de Rambaldo también.

PETRUCCIO

El señor Rambaldo, vestido de guerrero de la Edad media, está disfrazado á las mil maravillas. ¡Eso sí que es un disfraz! Yo apostaría algo bueno si lo tuviera, á que ni él mismo se conoce. *(Todos se ríen.)*

RAMBALDO, aparte á Blanca

¿Os parece, Julieta, que esto puede sufrirse en paz?

BLANCA

Perdonadle la vida y no os mováis, que os vais á caer.



EL MONUMENTO Á MARÍA TERESA, inaugurado en Viena el 13 de mayo último

RAMBALDO

Juraría que la infame Blanca le ha encargado que me mortifique en presencia vuestra.

BLANCA

Posible es que sea así, ó que él haya adivinado los pensamientos de una mujer que seguramente no os quiere bien.

PETRUCCIO (que se ha acercado á Julieta y ha estudiado con suma atención su traje y su apostura).

Este traje se habrá cortado en Ferrara, pero esta tela se ha tejido en Esmirna cuando menos. De todos modos, el traje es de gusto exquisito y quien lo lleva lo sabe llevar... ¡Lástima que sea un poquito cargada de espaldas!...

(Julieta hace un movimiento desdeñoso, y después de erguirse con bizarro ademán, atraviesa el salón de un lado á otro, marchando con desembarazo y gentileza.)

EL DUQUE

En eso no has dicho verdad, Petruccio.

PETRUCCIO

Pero fué por error y no por deliberado propósito de mentir. Rectifico gustoso y declaro que cuerpo como ese es digno de perder un alma.

EL DUQUE (para sí)

(¿Será Constanza?)

BLANCA (á Rambaldo)

¿Quién será esa mujer?

RAMBALDO

Hace rato que procuro reconocerla y...

BLANCA

¿Será Blanca?

RAMBALDO

¿Qué Blanca?

BLANCA

¿Qué Blanca ha de ser? La que os ha traído loco todo este invierno, aunque ahora me lo queráis negar.

RAMBALDO

Ni por asomo. Nada hay de común entre la figura de las dos. Hay en esta una majestad y una gallardía que no pueden confundirse ni por un instante con lo único que ya le queda á la otra: un poco de gracia... triste y una desenvoltura que se despega de su edad. No diríais eso si hubieseis estado tanto tiempo cerca de ella como yo.

(Continuará)



LA VANGUARDIA, cuadro de Dall' Occa

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 23 DE JULIO DE 1888 — NÚM. 343

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS ARTISTAS



MI MODELO, dibujo de D. Laureano Barrau, grabado por Sadurní

SUMARIO



DON LAUREANO BARRAU, copia directa de una fotografía

NUESTROS GRABADOS

PREPARATIVOS DE FIESTA
cuadro de J. Muzzioli

El autor de este cuadro es uno de los artistas más renombrados de la moderna Italia. Sus obras son tan estimadas, que muy pocas de ellas se conservan en su país: los americanos se han empeñado en expatriarlas, y á falta de mejor derecho, ofrecen y pagan por ellas más dinero. Después de todo, el pintar buenos lienzos no priva de sacar por ellos lo más que se pueda. Dos cosas hay perfectamente cosmopolitas, las buenas obras de arte y las monedas de oro.

Viniendo al cuadro de Muzzioli, representa una escena del hogar romano. Dos hermosas jóvenes confeccionan grandes guirnaldas de flores destinadas á decorar la casa con motivo de una próxima fiesta, una boda muy probablemente. La buena disposición de ánimo de esas jóvenes las hace acoger con hilaridad las palabras de un esclavo, que no parece atarearse gran cosa. En cualquier otro caso, semejante libertad hubiera valido unos cuantos azotes al miserable que así intervenía en los asuntos de sus amos. Pero la alegría y la felicidad nos hace tolerantes y hasta generosos, expresiones que el artista ha impreso felizmente en el rostro de las dos romanas.

Vifredo el Velloso, primer conde de Barcelona
El almirante Roger de Lauria
El canónigo Pedro Albert

Estatuas fundidas en bronce para decorar el Salón de San Juan, ingreso principal á la Exposición de Barcelona

Estas estatuas, fundidas en los talleres de los Sres. Comas, son obra respectivamente de los escultores Venancio Vallmitjana, Juan Reynés y Antonio Vilanova.

En todas ellas ha encontrado el artista manera de hacerlas expresar las cualidades características del personaje que representan. En cuanto á su elección fué realmente acertada: el bravo conde á cuya sangre se debe, según la leyenda, el blasón de Cataluña; el inteligente y bizarro marino que fué grande en un reinado como el de Pedro el *Grande*, y el erudito canónigo de la catedral de Barcelona que en el siglo XVI sentía y escribía con un criterio impropio del tiempo por lo elevado, merecieron sin duda los honores de la posteridad. Enalteciendo á los héroes de las armas, de la política, de las letras y de las artes, se emula á los pueblos. La ingratitud de éstos única mente puede engendrar pigmeos en todos los ramos de la actividad humana.

OTOÑO, cuadro de Veyrassat

Un cuadro más, inspirado por una estación del año; la naturaleza reproducida una vez más por el arte.

Al decir un cuadro más, no pretendemos dar á nuestras palabras el tono desdeñoso con que cierto ministro español exclamó: Un faccioso más, – cuando se enteró, ó le enteraron, de que el pretendiente había penetrado en España.

Cuando se trata de un cuadro como el de Veyrassat importa poco que su asunto haya sido más ó menos reproducido antes del Salón de 1888.

Después de todo, ¿á dónde ha de buscar el artista su inspiración si no es en el espectáculo de la naturaleza?

Y si la naturaleza no tiene sino cuatro estaciones ¿ha de exigirse del artista que invente la quinta para su uso particular?

La cuestión, en tales casos, no es de originalidad, sino de mérito. Precisamente describir una estación no es cosa tan fácil como criticar la falta de inventiva de un pintor.

En el terreno del arte existe una división que nadie puede rechazar; lo bueno y lo malo. Entre ésto y aquéllo se interpone la muralla de la China.

Por fortuna, Veyrassat se encuentra del lado de lo bueno. El público cosmopolita de París lo ha declarado así muchas veces y recientemente al contemplar su cuadro titulado *el Otoño.*

LAUREANO BARRAU

Mi modelo. – Una página del álbum

LA RENDICION DE GERONA

Una mañana, hará tres años – recuerdo era domingo – que seguido de una docena de amigos me dirigía al Foro Romano á explicarles no sé qué grave misterio del pasado, al entrar por la vía del Tritone se nos reunió un joven, al parecer muy joven, bajo de cuerpo, de negros ojos, de profunda é inteligente mirada, amigo de uno de mis discípulos. Era uno nuevo. Acababa de llegar á Roma y se notaban en su vestido las huellas de largo polvoroso viaje.

Aun no tenía casa, ni se preocupaba de tenerla desde el momento que se enteró que había algo que aprender; no hacía media hora que había pisado este suelo y ya nos seguía, ya empezaba á estudiar: era Barrau.

La intensa atención que prestó á mis explicaciones y lecturas, su ademán concentrado, su frase breve, su paso seguro, menudo y rápido – propio de hombre que sabe donde va aunque ignore los lugares – me interesaron des de luego.

En los días siguientes le ví en la célebre academia libre de Gigi, construyendo figuras equilibradas y aplomadas, plumeando con rara y delicada fineza y atento siempre al trabajo, hablando poco y estudiando mucho, nerviosamente, el natural que tenía delante.

Amigo de mis amigos, nuevo en Roma y simpático él, pronto fuímos amigos... todo lo amigos que cabe entre un muchacho que entra con pie firme en la vida rebosando esperanzas halagüeñas y un hombre encanecido en las luchas del mundo, ablandado por trabajos y amante entusiasta de la juventud.

Barrau despertaba mi curiosidad y mi simpatía y me dediqué á estudiarle como se estudia un libro nuevo de forma original é inusitada; y según profundizaba más y más en mis estudios, más hondo me parecía el fondo de aquella interesante criatura.

Era opinión general entre los amigos, que Barrau trabajaba demasiado y á mí me parecía lo mismo. El estudio, la academia, el campo, la calle, la tratoria, el café... todos eran motivos de atracción y medios de aprender para Barrau que, tan luego como soltaba la paleta, asía del lápiz ó de la pluma y continuaba apuntando incesantemente líneas, grupos, detalles; observando con los ojos medio entornados valores y colores; buscando sin parar el medio de dominar el natural, de asimilarse las formas y el ambiente de los sitios por donde pasaba, sin pararse á fumar un pitillo.

Barrau no fuma; creo que ni piensa en comer, ni en dormir.

Este abuso inmoderado de hábitos de trabajo, más propio de un artista chino que de un artista latino, me llegó á alarmar; temí que tanto estudio pudiera indigestársele... que el detalle devorase su genio como el detalle de la política trastorna y cambia á la larga los hombres más serios y sesudos, y de personalidad en personalidad les lleva á la banda opuesta de aquella que de buena fe defendían, sin que ellos mismos caigan en la cuenta.

En diversas ocasiones le predicaba en este sentido cuando al llegar á su estudio me lo encontraba almorzando, sin cesar de pintar; con el pincelazo en una mano y la chuleta en la otra y el plato y la paleta sobre la gradilla. Pero Barrau se sonreía y me tranquilizaba con buenas palabras y con mejores obras, en las que, en efecto, no se notaba la confusión que era de esperar dado el procedimiento de producirlas. Al poco tiempo de estar en Italia las paredes de su estudio estaban literalmente cubiertas de notas de color, mejores unas que otras, de figuritas sorprendidas en medio del movimiento de la vida, de cabezas admirables; y sus carteras rebosaban soberbios dibujos, apuntes de bichos, de detalles; grupos tomados en el café, en la tratoria... quién sabe dónde.

***

Su primer cuadro grande de envío fué un *Descendimiento de la Cruz.* Muy ocupado yo por entonces con graves asuntos, no le ví pintar... me lo encontré acabado inesperadamente cuando suponía estuviese empezándole y me sorprendió muchísimo. Sin entrar ahora en el mérito intrínseco de la obra que es grande, lo verdaderamente notable de este lienzo era su carácter: me encontraba frente á un cuadro religioso del siglo XVIII, de esos que se admiran en las capillas de los palacios reales. Línea, color, concepto, manera, todo me resultaba un Carlo Dolce, con los encantos algo rebuscados de su estilo, con sus actitudes más bien elegantes que sentidas. ¿Cómo diablos, de dónde y por qué había salido aquel cuadro? Aun lo ignoro. Barrau por entonces desconocía hasta el nombre de Carlo Dolce, é ignoraba totalmente esta escuela de pintar; la casualidad sola le había llevado á producir aquella obra de otra edad... y esto, á decir verdad, me dió mucho qué pensar. Se habla con exceso de arte moderno, de adelanto y de otras lindezas; se desprecia no poco el barroquismo, la decadencia de los siglos XVII y XVIII; pero convendría, antes de comprometerse á criticar esas páginas del arte, estudiarlas un poco, desapasionadamente y sin poner motes á la criatura, medir la profunda sima que separa el *esquetismo* moderno (páseseme la frase) todo silueta y silueta seca y pelada, con la imaginación exuberante que brilla en esas obras de decadencia sin duda deficientes, pero henchidas todas de una grandiosidad y una belleza que ni siquiera sospechamos ahora. No hablando de las grandes producciones de los boloñeses, como el techo del palacio Farnesio de Caraci, ni de los grandes cuadros de Domenichino y del Guercino, como la *Comunión de San Jerónimo* y la *Santa Catalina* del palacio de los Conservadores, ni de la *Aurora* de Guido, ni de las obras maestras de esa grande etapa artística, sólo los cuadros de segunda fila de sus discípulos é imitadores, los frescos que decoran tanta iglesia y tanto salón, los cartones mismos de muchos tapices de autor desconocido... presentados hoy en una exposición, harían mucha sombra á nombres muy ilustres, mucha más sombra de lo que á primera vista parece.

Por estas y otras parecidas razones, el primer cuadro de Barrau me gustó y me dió qué meditar.

Ya me sabía yo que de tal muchacho, algo grande había que esperar, pero al ver su primera prueba temí se prolongara bastante la época de los tanteos y de las vacilaciones; aun me seguía figurando que la sobra de estudio daría por resultado un mosaico... pero me equivoqué.

***

Barrau se compró una magnífica tela gruesa sin preparar y empezó la construcción de su grande obra *La Rendición de Gerona.*

En un principio el lienzo se llenó de grupos y episodios; demasiados grupos y demasiados episodios. Resultaba la idea total poco expresada en fuerza de sumar expresiones diversas... pero el lienzo comenzaba á tomar proporciones de cosa seria y conmovedora... el ambiente era de desolación... en el fondo de aquella tela comenzaba á latir la tremenda epopeya catalana.

Poco á poco, como en las operaciones químicas, la totalidad se fué consolidando, la parcialidad fundiéndose en un todo armónico; era el pensamiento profundo del artista, era el genio que se abría paso, trabajosamente, al través de las tinieblas de las dificultades materiales; era la crisálida que rompía el capullo; era el último velo que con vigorosa mano desgarraba Barrau, ya mariposa libre, que alza su vuelo á las altas regiones del sentimiento y de la fantasía.

A mi vuelta de España, hace un mes, cuando entré en el estudio de Barrau, por más señas dando el brazo á mi querida amiga la ilustre Emilia Pardo Bazán, el cuadro estaba concluído... lo que faltaba diluir, diluído; como en las sonatas de Beethoven, como en las estrofas de Jorge Manrique, ni sobraba ni faltaba nota; lo que debía decirse estaba dicho, pero dicho con sencillez, energía y carácter.

Aquel mariscal á caballo con la gran cruz de Carlos III sobre el pecho es Augereau que respetuosamente saluda al mermado grupo de los heroicos defensores de Gerona que ante los franceses desfilan derrotados, hambrientos y maltrechos, pero sostenidos en sus fatigas y dolores por su inquebrantable valor. Miran á los franceses de arriba abajo como si fueran vencedores, no como vencidos, y es lógico, que no es vencer á un pueblo arruinarle á balazos, ahogarle con la fuerza numérica y reducirle por el hambre.

Salen pocos. Más de 10,000 quedan durmiendo el sueño de los justos en Gerona; sus cadáveres insepultos interceptan las calles y corrompen la atmósfera.

De entre el montón de ruinas sólo salvan la vida algunos millares de sombras, más bien aparecidos que seres reales, extenuados por la necesidad y el dolor... y aun miden á sus contrarios con miradas de orgulloso desprecio y aun protestan otros y desean perder en nueva pelea la poca vida que les resta.

No quiero contar el suceso; leed á Pérez Galdós. Además vosotros lo sabéis. Sois catalanes y debisteis aprenderlo de vuestras madres cuando os daban el pecho; debisteis beberlo con su leche hecha de sangre de las hijas de los héroes de Gerona.

***

El cuadro de Barrau expresa el asunto, y en verdad, en verdad el asunto no es fácil de expresar. Son demasiado grandes las figuras que nos lega esa historia, y aunque sucedido como quien dice ayer, es á numantino y á saguntino su sabor... Se nos figura ver titanes y no hombres, colmos de heroica locura, no razonables pensadores del siglo XIX.

En ninguna ocasión se impuso más el heroísmo que en esta ocasión. Esos franceses no son los vencedores; son los admiradores de Gerona... Miran conmovidos el desfile de aquellas indomables criaturas.

. . . .

Es el amanecer del día 10 de diciembre; un amanecer blanquecino y brumoso. Las torres de Gerona están medio perdidas entre la neblina. La masa negra de la columna española sale por la puerta de Areny precedida por el grupo de paisanos con su negro estandarte ondeando al viento.

El suelo está endurecido por la escarcha... cubierto de restos de armas, de carros rotos, de cadáveres de las últimas sangrientas jornadas, de infelices á los que las fuerzas les faltaron para llegar más allá.

En el campo francés reina la inmovilidad... algo del rubor de la verguenza.

En las huestes catalanas la resolución ciega, la obstinación, la protesta pronta á estallar... contenida á duras penas.

. . . .

Todo esto hallaréis en el cuadro de Barrau; ¿no os basta? ¿vale la pena de meterse en otro género de críticas al menudo?... pues leed las cuentas del Gran Capitán.

La prensa italiana saluda á Barrau con un ¡Hurra! unánime... Saludemos nosotros con un aplauso entusiasta al ilustrador de los más bellos momentos de la última epopeya nacional!

LUIS DE LLANOS

También publicamos en el presente número la copia de una de las hojas del album de Barrau y un precioso dibujo, todo lo cual no dudamos que merecerá el agrado de nuestros favorecedores.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALON DE BELLAS ARTES

III

Pasar á la sección extranjera después de haber visitado la española, es trasladarse á otro clima repentinamente con sólo trasponer una puerta. Cuanto muda con él, cambia de igual modo en la pintura, trasunto fidelísimo de todas las modificaciones que introduce la latitud en el cielo, en la luz, en las costumbres, en los gustos, y hasta en las tradiciones. No que no sea también brillante el color en muchos de aquellos cuadros que ocupan la sala de la derecha, pero ni esta brillantez es tan general, ni parecida á la nuestra. Los más vivos tonos tienen por lo común cierta delicadeza que excluye lo llamativo, cierta finura de cielo brumoso; son generalmente más exactos que pintorescos, si se entiende por pintoresco lo flamante. La luz solar deslumbradora y esplendorosa alumbra rara vez el lienzo; las escasas excepciones que podrían citarse (no recordamos más que tres) parecen imitación de autores españoles. Por lo general, el paisaje es ocaso ó aurora, y las dos estaciones preferidas son la primavera, que es una aurora de unas cuantas semanas, ó el otoño, que es un ocaso de unos pocos meses: medias tintas, en suma, suaves, poéticas y tranquilas con todos los recursos que ofrece una gran variedad de matices. En estos paisajes, por otra parte, aparece, como no puede menos de ser, un cielo que no es nuestro cielo, con todas sus finuras opalinas, sus grises suavísimos, sus brumas de colores *insorprendibles*, y una campiña que no es nuestra campiña, con el verde tierno y húmedo de los extensos pastos que aquí sólo existen en contadas regiones. Tierras bajas, bañadas en una atmósfera acuosa, suelen ser el encanto del paisajista en aquellas cinco salas. En cuanto á los asuntos, tienen todos el parecido de familia que dan los mismos trajes en los campesinos por una parte, y las tradiciones nacionales por otra. Por cada rebaño de nuestras salas, hay cinco en las extranjeras; el desnudo femenino caracteriza á la primera ojeada la sección francesa; la vida doméstica, los interiores, figuran en mayor número que entre nosotros. De las tradiciones de escuela ó de taller, en absoluta disparidad con las nuestras, asoman aquí y allí algunos ejemplares, que chocan de pronto con los hábitos de nuestra mirada. Aquella nota gris que se esfuma hasta interponer una gasa molesta entre el lienzo y el espectador, aparece todavía en algún cuadro; la carencia ó la menor cantidad posible de color, dejando al descubierto toda la corrección académica y firme del dibujo, tiene su modelo en alguna pintura decorativa. Los asuntos mitológicos tientan aún. Si estas diferencias son notables en una colección reducida de cuadros, que no se habrán elegido con el intento de mostrarlas, ¡qué no sería en una exposición donde figurasen obras en gran número!

En cuanto al concepto que el espectador se forma de estas salas, no puede ser guía ninguna para juzgar de las artes extranjeras. En primer lugar, sólo figuran tres naciones: Francia, Alemania y Bélgica, y con sólo tres salas la primera (la que ha traído mayor número de cuadros), dos la última, y unas pocas obras la segunda. Como en nuestra sección faltan algunas firmas notables, en la francesa y la belga existen pocas, muy pocas de primer orden: abundan las obras regulares, y aun las hay rematadamente malas y risibles, lo propio que en la nuestra. Examinadas en conjunto las de un mismo nivel, se distinguen por un dibujo más firme y más sólido, mayor variedad y naturalidad en las posturas, cierta belleza y pureza de líneas de una educación artística más esmerada que la común por acá. En las obras excelentes este dibujo alcanza una perfección encantadora.

El color, vigorosísimo en los pocos lienzos notables, se aparta en absoluto de la *manera* y oculta por completo el esfuerzo: *lo pintado* no existe: la simplicidad en la pincelada se observa en algunos cuadros que citaremos luego. Por fin, cuando la obra merece pleno elogio, resplandece en ella el exquisito gusto de una civilización refinada, que se adelanta á nosotros un cuarto de siglo.

Recorramos brevemente las salas, y citemos al pasar los cuadros que más nos llaman la atención. ¡Quién sabe si sus autores ó sus amigos tendrían que sorprenderse en algún caso de la elección y de las exclusiones! Hay todo un estudio digno de hacerse en estos cambios bruscos del termómetro artístico en distintas latitudes, y en esta indiferencia con que tropiezan ciertas convenciones fuera de su país.

En la primera sala (sección francesa) figuran alternando con los cuadros al óleo, algunas medallas notables de Patey, grabados en piedra (coralina, sardónica, etc.) de Vaudet y Gaulard, y esmaltes y miniaturas de Lagoderie y Pinés de Mesbitz. Hay también algunos agua-fuertes excelentes, entre los que se distinguen á mi ver por superiores los de Decis y Teissonieres, y los grabados de Lamotte. Las aguadas nada nos enseñan. De los carbones, uno hay de Allongé, y otro de Dornois, bien hechos. Pero lo más notable de esta sala, es el retrato de la Beaury-Saurel á lápiz, por la misma autora, y un bodegón de Zakaviay al óleo, uno de los trozos de pintura más admirado por los artistas.

La sala segunda, la que contiene mayor número de cuadros, es la de los mejores. Se distinguen en primera línea, el soberbio *estudio* de Roll, tan admirable por la fuerza esplendente de la luz y la vida de su color, y por la robustez y firmeza de su dibujo. Viene luego un paisaje de Beauverie, magnífico y simplicísimo, ejemplo del singular talento de ocultar la pintura de que hablamos más arriba. A esta sigue la *niña* de Deschamps, que debía citar antes y merece un paréntesis. Basta esta indicación para que el lector, si asistió á la Exposición, comprenda á qué cuadro me refiero. Aquella infeliz criatura muerta de hambre y de frío, que envuelta en harapos tiende la demacrada mano al espectador, y adelanta sobre un fondo oscuro su cara macilenta y sus ojos azorados; aquella imagen exacta de la miseria y del dolor, conmueve á cuantos la miran y ha obtenido un éxito *de compasión*, si cabe decirlo; tal es la fuerza de sentimiento que el autor ha sabido comunicarla, también con una simplicidad y vigor en el toque realmente sorprendentes. En la Exposición de París de 1867, si no recuerdo mal, sucedió algo análogo con una estatuilla de un mendigo; la gente dió en el singular capricho de hacerle limosna, como si fuese una persona viva, y la mano de mármol se convirtió en una especie de cepillo para los pobres. Si la niña de Deschamps fuese de bulto, en breve ocurriría lo mismo aquí. Hasta los empleados de la casa participan ya de la admiración permanente que ven desfilar por delante de aquel cuadro.

Hay en la misma sala, como notable muestra de un género incomprensible para nosotros, el *Printemps de la vie* de Pierret, de una simplicidad que pretende ser expresiva pero que toca en la pobreza, y de tan descoloridos y esfumados tonos que sí pueden ser la admiración de los pintores, nunca fijarán aquí la atención de los más. Un aldeano y una aldeana, dos figuras toscas y pesadas, pero cuya actitud tiene, si cabe decirlo, la placidez de la castidad, se abrazan y besan puramente, bajo un cielo azul y terso donde despuntan las primeras estrellas, en medio de un terreno árido de un solo color, con algunas chozas (el hogar) en el fondo. A poco de contemplar la composición, á nadie escapa la melancolía serena del conjunto, y la impresión tranquila y poética que el pintor quiere comunicarnos con aquella pintura lisa, sin accidentes, desarrollando sobriamente su tema con unas pocas notas. Pero esta impresión se alcanza imaginando y filosofando el cuadro más que viéndolo, y no se ajusta á nuestro modo especial de sentir.

Más en armonía con su asunto, parece un procedimiento análogo en el lienzo de Dawant, *La Barca de San Juan hospitalario*, donde si el color es también apagado y hasta parece convencional, el dibujo es excelente y la composición grandiosa é interesante por sí y perfectamente ejecutada: una de aquellas, en suma, que reproducidas en grabado sorprenden por lo bellas y expresivas, y causan relativo desencanto cuando se ve su original al óleo.

Esta mayor destreza en componer — que ya hemos notado — se observa de igual modo en el cuadro fantástico del *Don Juan*, y la mayor solidez y corrección del dibujo en el mismo, y en *una mujer con una bandolina* de Moreau de Tours, que no es sólo un magnífico trozo de pintura, sino una beldad de preciosos contornos, con pecho, manos y pies encantadores y bellamente modelados. Y lo propio puede decirse de una *Judith* (?) de Saintepierre, expresiva y altiva, y de firme dibujo.

Entre los cuadros menores, las ninfas desnudas de rigor, las imitaciones de Bretón, las aldeanas fruteras, los paisajes más comunes, en los cuales aparece cierta filiación de escuelas de museo, se distinguen de pasada un *puerto*, con mucho sol y vivaces colores de Dauphin, y un paisaje soleado también y con tonos morados en las sombras, de Montenard, que son las que se podrían decir imitaciones de nuestros adoradores de la plena luz, á que antes nos referíamos; hay también, como nota excelente, una *Matinée de printemps* de Iwill, una *Odalisca* de Bouchard, y una *Calle*, cuyo autor ignoro, que por la suma exactitud en la copia recuerda algo de nuestro paisano Russiñol.

En la sala tercera es forzoso contemplar largamente ante todo, el cuadro que con el *Faim et froid*, de Deschamps, compartirá la admiración en este concurso: es un retrato de mujer por otra mujer, la Beaury-Saurel. La figura, de perfil, vestida de negro y sencillamente, con un libro en la mano y ambas caídas sobre las rodillas, destaca sobre un fondo de oro viejo. El modelado y la expresión del busto y las manos son perfectos, la postura excelente; el sentimiento de severa melancolía, de dignidad y firmeza, atraen con no sé qué misterio; la simplicidad exquisita del conjunto parece la del ideal del retrato. Sin conocerlas, se diría resaltar en éste el carácter de la retratada y el de la artista.

Muy cerca de allí está otro paisaje de Beauverie, con figuras inferiores al cielo del fondo; otro cuadrito de Sain, notable (una pareja junto á una puerta), y la *Mort de Pichegru*, por el ya citado Moreau de Tours, modelo en el arte de dibujar, de componer y de comunicar expresión á las figuras sin faltar á la espontaneidad y á la naturalidad. Con ésta y la gran pintura decorativa de Lafon, ejemplar de un género que no podía faltar en una exposición francesa, puede darse por terminada su visita. Poco verdaderamente notable habremos dejado de apuntar, si no yerra el juicio ó la memoria.

En uno de los muros de la sala cuarta se lee un rótulo, *Alemania*, sobre unos cuantos cuadros de museo particular, antiguos ó anticuados, que no despiertan ningún interés.

Las demás paredes y la sala contigua las ocupa Bélgica, que presenta entre lo más notable, un paisaje literalmente delicioso, de Denduyts, en que la poesía y la fantasía se mezclan con la verdad, con la singular maestría de la factura; otro de Pratere; otro de Lamoriniere, el célebre rebaño admiración de los artistas, portento de verdad; otros de Vanleemputten, no menos encantadores, y dos cuadros de figura del famoso De Vriendt, nueva prueba de lo que alcanza el esmero en el dibujo y en la elección y composición del asunto entre los maestros extranjeros. En ambos, y particularmente, por ser mayor su tamaño, en el *Carlos VI*, la pureza de líneas y la noble belleza de aquellos personajes en elegantes actitudes, son otras tantas muestras de sólidos estudios y depurado ideal. Del propio modo los singulares cuadros de Georgette Meunier, en que se reproducen casi en una sola nota blanca y gris algunas prendas y joyas de una novia, prueban los portentos de verdad y de *trompe-l'œil* que logra la paciente copia del natural.

J. YXART

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Artículo segundo)

GALERIA NÚM. I. — *(Continuación)*

I. — *China*

Cuando el Celeste Imperio nos era menos conocido que ahora, usábase corrientemente la frase: «le han engañado como á un chino.»

Los chinos á quienes se engañaba tan fácilmente, según el dicho popular, debían ser chinos distintos de los que han expuesto sus productos en nuestro gran certamen; porque en cuanto á éstos se nos figura que así se dejan llevar ellos de las narices como el más experto chalán sevillano. Por de pronto se han instalado sin gastos, bastante á la ligera, como si dijéramos una instalación de campaña, de tal suerte que cuando hayan hecho su negocio, que lo están haciendo indudablemente, podrán decir de sus palitroques: - Ahí queda eso.

La sección china, en el vasto recinto del *Palacio de la Industria*, notable principalmente por el lujo y buen gusto con que los productos han sido instalados, nos causa el efecto de una parada de mercaderes ambulantes que establecen en los anaqueles de un tenducho quebrado un baratillo de desechos. Y sin embargo, no se trata de desechos ni de baratillos, sino de artículos generalmente de mucho precio y que tienen el privilegio de llamar con justicia la atención general.

Todos conocemos, mal dicho, todos desconocemos casi por completo la historia de esa apartada región que, replegada en sí misma, ha vivido durante más siglos que otro pueblo alguno la vida del retraimiento y aun del aislamiento absoluto en sus actos políticos y económicos. Hablar de la China era, hasta hace poco, hablar de la luna: rarísimos eran los europeos que habían atravesado la famosa *Muralla*, detrás de la cual eran tratados como unos espías en tiempo de guerra. Sabíase apenas que el titulado *Hijo del Sol* extendía su poder despótico é incontrovertido sobre muchos millones de hombres; que el egoísmo del Estado había producido una civilización totalmente distinta de la europea; que los ingleses hacían con China un comercio de contrabando y poco humanitario; y finalmente, por algunas chucherías que de tarde en tarde nos llegaban de ese apartado territorio y que recibíamos generalmente por conducto de nuestros hermanos de Filipinas, veníamos en conocimiento de que aquellos representantes principales de la raza amarilla fabricaban objetos de porcelana, bordaban primorosamente con sedas de colores finísimos mantones de crespón y trabajaban el marfil como si fuese blanda cera. Más allá de esto todo se volvía misterio, cabiendo aplicar al caso con toda verdad aquello de: á luengas tierras luengas mentiras.

Semejante estado de cosas no podía prolongarse: dentro de las fórmulas de la civilización moderna, los pueblos en que el comercio fija la vista, ó han de dejarse persuadir y entrar en el general concierto ó han de resignarse á ser exterminados. Y he aquí cómo gracias en parte á los buenos oficios de los misioneros y de los diplomáticos y en parte á la poderosa argumentación de



UNA PÁGINA DEL ALBUM DE BARRAU, copia fotográfica del original



RENDICION DE GERONA. 1809—



…cuadro pintado por don Laureano Barrau, grabado por M. Weber



PREPARATIVOS DE FIESTA, cuadro de Juan Muzzioli

la artillería, el Celeste Imperio ha debido franquear algunos puertos y abrir una pequeña rendija siquiera en la formidable muralla de la China por donde se ha establecido el cambio de productos, que es el objetivo de los pueblos más adelantados y fuertes. Los productores chinos nada han perdido en ello y es de esperar que las ventajas hasta el presente obtenidas con la venta de sus artículos les anime á activar su movimiento mercantil con Europa.

Esos artículos de producción china son bastante similares á los japoneses, pues consisten principalmente en tejidos, bordados, muebles incrustados y maqueados, porcelanas y marfiles trabajados. Pero, seamos justos: si el Japón puede competir hasta ventajosamente con China en la fabricación y decoración de las porcelanas, en la perfección de los demás artículos citados no puede sostener esa competencia. Los biombos y pantallas que han expuesto los bordadores chinos no tienen igual en nación alguna: es imposible dibujar con más elegancia, combinar con mejor gusto los más vivos colores y mostrar obras que representan una suma de trabajo portentosa con mayor igualdad y limpieza ejecutado. Hay entre los objetos expuestos un tapiz ó cortinón de raso blanco bordado con sedas de colores que es un prodigio de labor manual.

No son menos admirables los trabajos del marfil, en los cuales, aparte la elegancia del dibujo, es de admirar un arte y una factura que ningún fabricante europeo ha podido imitar siquiera. Aquellas filigranas en que se confunden paisajes, figuras humanas, hojas y flores, con una prodigalidad de minuciosos detalles que solamente puede descubrir una vista muy sutil, han dado que pensar si los chinos poseen algún procedimiento para convertir en pasta blanda los duros colmillos del elefante; suposición no confirmada hasta el presente. ¿Estará el secreto quizás en los instrumentos del trabajo? ¿Se producirá éste á pura paciencia y habilidad del artífice? Esto último nos parece lo más probable, por inverosímil que parezca.

Los muebles incrustados y maqueados son asimismo modelo de ejecución acabada. En suma, si China no ha exhibido productos que dejen formar concepto de su industria utilitaria, á la vista de sus objetos suntuarios hemos de deducir que posee una civilización hasta refinada.

Los artículos citados y el te son lo más saliente de esta instalación; sus demás artículos carecen de importancia y hasta como elaboración distan mucho de encontrarse á igual altura.

II. – *Paraguay. - Chile. – Ecuador. – Bolivia*

No es ahora la ocasión oportuna de discutir si nuestra Exposición Universal podía realizarse en las condiciones que la imponían los pies forzados que el Municipio barcelonés heredó de un concesionario cuyo propósito continúa siendo un misterio. Ello, sin embargo, es indudable que aquellas condiciones, entre otras la deficiencia de tiempo, habían de producir sus inevitables resultados. Acudir á una Exposición Universal, cosa es que requiere preparativos, si la nación concurrente no quiere pasar desapercibida en el certamen del mundo industrial, ó si los productores no se limitan á exhibir algunas muestras de su ingenio relegadas al olvido en almacenes; como ha sucedido en nuestro caso tratándose de naciones de primera fuerza industrial.

Y si el inconveniente de falta de tiempo había de dejarse sentir entre los elementos europeos ¿cómo no había de producir aún más negativas consecuencias entre los productores de los pueblos allende el mar? Si á la circunstancia de que la invitación debía llegar mucho más tarde y de que la distancia á recorrer por las remesas era mucho mayor, se agrega que casi todos aquellos pueblos no se encuentran permanentemente en estado de aceptar un sitio de honor en tales certámenes; se comprenderá que las naciones de Ultramar ó no hayan concurrido al de Barcelona ó lo hayan hecho en proporciones deficientes para dar completa idea de sus adelantos en el camino de la civilización universal.

Hemos, pues, de agradecer á todo evento el concurso que nos han prestado las Repúblicas americanas, no sólo porque han demostrado su buena voluntad cuando menos, sino porque gracias á aquél podemos apreciar algo de lo mucho y bueno que produce su territorio y su industria.

La impresión general que causan sus instalaciones confirma el concepto de que, hoy por hoy, el carácter de sus productos es esencialmente agrícola. La grande extensión de sus territorios y los ricos frutos que de ellos se obtienen sin grande esfuerzo, son causa de que su actividad se emplee casi exclusivamente en cultivar el suelo, lo cual es de suponer continuará mientras un exceso de población, del cual se hallan muy distantes, no las obligue á emplear brazos en la elaboración de artículos propiamente industriales. Todos sabemos que América abunda en lo que llamamos frutos coloniales, que éstos son verdaderamente ricos, que Europa hace de ellos un consumo extraordinario, gracias á que su suelo no los produce, y que la tendencia de aquellos gobiernos es atraer la inmigración hacia sus Estados, pues la falta de cultivadores tiene improductivas inmensas regiones que contienen verdaderos tesoros. En semejante situación económica nada tiene de particular que la industria se desarrolle escasamente en esas naciones, prefiriendo recibir artefactos elaborados en Europa á cambio de frutos indígenas de que su naturaleza es tan pródiga y que dan lugar á un comercio sumamente activo.

Esta carencia de industria que si no es total en la universalidad de ramos, lo es en muchos y resulta exigua en todos, ha llamado la atención de los fabricantes europeos y una vez más la Exposición Universal de Barcelona despertará en los catalanes cuya actividad es proverbial, la idea de introducir la industria manufacturera en esas apartadas regiones. Problema es este de muy difícil resolución: á nuestro entender la idea es cuando menos prematura. La industria propiamente dicha es la última etapa de los pueblos, y la historia demuestra que raras veces ha prosperado en los países donde no existe excedente de población. Establecer en esas regiones aquellas industrias directamente enlazadas con los productos del suelo, desarrollar y perfeccionar las que en este concepto se hallan ya establecidas, cabe que dé y daría sin duda prósperos resultados. Más allá de esa esfera de acción es muy posible no pasara actualmente de una aventura harto peligrosa. Dejemos á la vieja Europa, cuyas necesidades materiales no puede satisfacer su esquilmado suelo, que aguce el ingenio en el terreno azaroso de la industria; bien sabe ella los disgustos, los peligros, las catástrofes á que su ejercicio da lugar; y envidiemos en buen sentido á esa virgen América que tan espléndidamente corresponde á los afanes del agricultor.

Concretándonos ahora á las muestras que nos ha remitido, diremos que el Paraguay, en elegante instalación, ha presentado granos y frutos de los comunes á las regiones americanas, labores femeninas en las que prevalecen los bordados y crochets, maderas, buen tabaco y una colección de aves, cuadrúpedos, cuadrumanos y reptiles indígenas, entre los cuales sobresale un magnífico Yacaré (cocodrilo), cuyo encuentro debe ser poco agradable para los que se bañan en sus aguas.

Chile expone variada colección de granos, maíz, habichuelas, mijo, lentejas, bayos, fríjoles y otros. Expone, asimismo, harinas bien fabricadas, cera, almendras, nueces, pasas, vinos y licores de agradable aspecto, demostrando que los productos de su suelo son tan varios como de calidad excelente. No son menos notables las muestras de sus distintos minerales, especialmente los cobrizos, de que ha presentado bastantes ejemplares, algunos con mezclas que más los avaloran.

Expone el Ecuador preciosas especies de cacao, café y azúcar, minerales de antimonio, cobre en variedades, la gris muy notable, una curiosa colección de reptiles de su suelo y una cabecita de madera, cubierta con la piel de un hombre, provista de abundante cabellera negra, preparada según el procedimiento de los indios gíbaros.

Bolivia, finalmente, ha exhibido minerales, prendas que constituyen el traje harto ligero de algunas tribus de aquel país, en que las plumas reemplazan generalmente á las telas, pieles muy bien preparadas y unas muñecas bastante primitivas vestidas á usanza de aquel pueblo.

En resumen, las Repúblicas américo españolas han hecho simple acto de presencia. De todos modos es de agradecer su concurso que, aparte de darnos una idea de sus productos, demuestra una fina correspondencia á la invitación que les fué dirigida.

III. – *Egipto*

Este país ha hecho una sola instalación, y ciertamente de muy escasa importancia. Rosarios de Oriente, mezquinos trabajos de conchas marinas y objetos de escaso mérito y ningún valor, que estamos cansados de ver en los escaparates de las más humildes tiendas y en las mesas ambulantes de las más vulgares ferias, son lo único expuesto por la vieja nación de los Faraones. Si hubiésemos de juzgar de su estado industrial y de su riqueza natural por semejantes muestras, formaríamos de ese pueblo un concepto harto pequeño. Preferimos decir que Egipto no ha concurrido á la Exposición y que su instalación única representa sencillamente la personalidad de su dueño. A pesar de todo, nunca faltan mirones en la mesa de las chucherías egipcias.

IV. – *Portugal*

Lo que de Egipto hemos dicho cabe aplicarlo á Portugal, cuya indiferencia por nuestra Exposición es menos excusable. Ha exhibido únicamente escasas muestras de vinos, aceites, mármoles, losetas para pavimentos, abonos y fotografías; todo con una modestia que haría pasar desapercibidos los artículos portugueses en la galería primera, si no existiese un gran rótulo en la pared, donde en vistosas letras dice: PORTUGAL.

Francamente nos lamentamos de la exigua representación portuguesa. Nuestros vecinos debieran haberse mostrado más solícitos en este caso, porque al fin y al cabo en España se les quiere bien y nadie desconoce en ella que, españoles ó portugueses, venimos de un mismo origen, representamos ó debiéramos representar unos mismos intereses, y quizás llegue un día en que el cariño y la mutua conveniencia puedan volver á realizar lo que la naturaleza y la política habían obrado muy sabiamente antes de ahora. Portugal vale más, mucho más de lo que pudiera creerse á juzgar por nuestra Exposición. Si su industria es tributaria principalmente de la industria inglesa, no por ello su suelo carece de productos de que hacer alarde. A pesar de ello, á pesar de su vecindad con España, que favorece la exportación de sus artículos, apenas cuatro ó seis expositores nos han dejado, digámoslo así, tarjeta de visita. Bienvenidos sean estos pocos: ellos podrán atestiguar que Barcelona no ha sido tratada con la misma frialdad por todas las naciones extranjeras.

(Continuará)

LA VERDAD Y LA MENTIRA

POR DON CÁRLOS COELLO

(Conclusión)

PETRUCCIO (después de haber contemplado atentamente á Blanca)

Esta amazona es verdaderamente varonil y aunque algo tarde tengo un verdadero gusto en reconocer que al señor Rambaldo le perjudicaba el contraste.

EL DUQUE

Y ¿puede saberse, señoras, porqué no os descubrís?

RAMBALDO (á Blanca)

Descubríos, que yo tengo hambre y sed de ver vuestro rostro.

JULIETA

Yo he permanecido con el antifaz puesto sólo para que Su Alteza que me ve todos los días, descansara un poco de verme. *(Se descubre.)*

EL DUQUE

¡Julieta!...

RAMBALDO

¿Es Julieta?

EL DUQUE

¡Qué hermoso, pero qué largo eclipse de sol!

RAMBALDO (á Blanca)

Pues ¿quién sois vos entonces?

BLANCA (quitándose el antifaz)

Una antigua é indulgente amiga vuestra.

RAMBALDO

¡Blanca! *(Cae desmayado dándose un enorme batacazo. Todos se acercan á él.)*

EL DUQUE

¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha ocurrido?

BLANCA

Nada, que el Sr. Rambaldo no puede con tanto hierro encima.

EL DUQUE

Desconchad ese galápago y llevadlo á su madriguera. *(Varios criados se llevan á Rambaldo.)*

JULIETA

(¿Qué hará Constanza? En el baile no está. Aunque quisiera ocultarse de mí, yo la adivinaría al observar el primero de sus movimientos.)

ESCENA VII

Dichos y Constanza disfrazada de paje.

CONSTANZA (avanzando resueltamente y deteniéndose cuando observa el gran número de personas que rodea al Duque)

(¡No hay medio de acercarme á él!)

EL DUQUE (reparando en Constanza)

(¿Quién será ese airoso paje?)

JULIETA

(Ese pie... ese ademán... Juraría que es Constanza.)

EL DUQUE

Avanzad, mocito, y decidnos á quién buscáis.

CONSTANZA

Busco á Vuestra Alteza.

EL DUQUE

(¡Es ella! No hay disfraz posible en la voz de la persona querida.)

CONSTANZA (adelantándose y sacando un pliego de la escarcela)

Traigo encargo de hacer llegar á Vuestra Alteza esta carta.

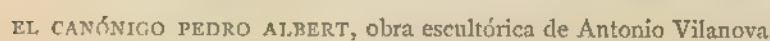
JULIETA

(¡Es Constanza, ya no me cabe duda! El amor es muy ingenioso, pero nada puede haber oculto para los celos.)

EL DUQUE

(abriendo el pliego y leyendo para sí con mal reprimida alegría)

«La persona que os entregue esta carta será la misma Constanza, cuya felicidad está en vuestras manos.» *(Abandonando la lectura y estrechando la mano del fingido paje)* Gracias, mancebo, gracias. No sabéis cuánto os agradezco la noticia de que sois portador. *(Hablan en voz baja.)*

EL CANÓNIGO PEDRO ALBERT, obra escultórica de Antonio Vilanova



VIFREDO EL VELLOSO, obra escultórica de Venancio Vallmitjana

Estatuas fundidas en bronce para decorar el Salón de San Juan, ingreso principal á la Exposición de Barcelona

JULIETA (aparte y rápidamente al bufón)

Petruccio, acércate á ese paje y procura conocerle... Lee si puedes la carta que ha traído al Duque... Aquí hay un misterio por cuya clave daría Su Alteza veinte años de vida: su raro capricho de obligarte, con tantas amenazas, á decir la verdad en cuanto hoy te pregunte, no tiene otro objeto.

PETRUCCIO (con algún recelo)

¿Quién os lo ha dicho?

JULIETA (mirándole con desprecio)

¡Imbécil! ¿quién me lo había de decir! Él mismo.

PETRUCCIO

¡Él! ¿Luego vos sois...?

JULIETA

Yo soy cuanto se me antoja.

PETRUCCIO

Gracias por el aviso.

CONSTANZA

(Disimulad, señor... Todas las miradas están fijas en nosotros.)

EL DUQUE (á los cortesanos)

La Duquesa me escribe rogándome que presente á las damas que honran mi fiesta este caballero á quien mi esposa asegura estimar mucho... – Pero, no sé por qué, presiento yo que hay aquí una broma, mejor ó peor intencionada de la Duquesa y me atrevo á rogaros que me ayudéis á descubrir el significado de tan peregrino mensaje.

CONSTANZA (aparte al Duque y con angustia)

(¡Acabad de leer mi carta, señor!)

EL DUQUE

(Sólo la interrumpí para distraerlos y probar si erais conocida.) *(Retirándose á un lado y prosiguiendo la lectura. Los cortesanos rodean á Constanza.)*

JULIETA (á Petruccio)

(¡Esta es la ocasión!) *(El bufón se acerca disimuladamente al Duque y colocado detrás de él consigue enterarse del contenido de la carta de Constanza.)*

EL DUQUE (leyendo)

«La persona que os entregue esta carta será la misma Constanza, cuya honra, cuyo reposo y cuya felicidad están en vuestras manos. La noticia de lo ocurrido anoche ha llegado hasta la casa de mis padres: ellos, como toda Ferrara, me creen vuestra manceba y me niegan estimación y apoyo. No me queda otro recurso que morir... Pero no quiero morir: amo la vida porque, sabedlo ya, la vida para mí sois vos y estoy dispuesta á seguiros hasta el fin del mundo con la única condición de que me saquéis de este infierno. Un cuarto de hora después de leer estos renglones esperadme en los jardines: desde allí partiremos hacia donde vos queráis.» - ¿Esto es un sueño ó la realización del mejor de los míos?

PETRUCCIO (á Julieta)

El paje es Constanza; Constanza se confiesa enamorada del Duque y cita á Su Alteza en los jardines ofreciéndose á seguirle con la única condición de que él la robe.

JULIETA

¿Estás seguro?

PETRUCCIO

Lo he leído con mis propios ojos.

JULIETA

Pues un solo encargo debo hacerte si estás bien con tu pellejo...

PETRUCCIO

Ni una palabra de esto; ya lo sé.

JULIETA

¡Al contrario! Debes decir cuanto sepas, sea lo que fuere. A tu imprudencia de anoche debe el Duque su triunfo de hoy. Esa mujer ha caído porque su fama la ha arrastrado al caer: prosigue tu obra.

EL DUQUE

(Hay que preparar un carruaje que nos espere en las afueras de la ciudad. Creo que nadie ha sospechado nada, pero nunca está de más asegurarse.) ¡Petruccio!

PETRUCCIO

Señor.

EL DUQUE

Necesito que me averigües quién es este caballero que me recomienda la Duquesa mi esposa. Descubro en su mensaje cosas que no se compaginan muy bien, y tratándose de averiguar la verdad, acudo á tí, confiado de que me dirás cuanto sepas.

JULIETA

(con alegría que apenas puede reprimir, aparte á Petruccio)

¿Lo ves? El mismo te marca el camino que has de seguir.

CONSTANZA

(Señor, yo me ahogo aquí. En el jardín os espero.)

ESCENA ÚLTIMA

Todos menos Constanza.

EL DUQUE

¿Tú sospechas, Petruccio, quién pueda ser ese pajecillo?

PETRUCCIO

Señor, no sólo lo sospecho, sino que lo sé perfectamente.

EL DUQUE (mirándole con fijeza)

¿Lo sabes?

PETRUCCIO (rápidamente y con voz baja al Duque)

(Lo sé, nada temáis, conozco vuestra intención y haré que se logre.)

EL DUQUE (con afectada indiferencia)

Y ¿quién es el pajecillo?

PETRUCCIO

El pajecillo...

JULIETA (al oído del bufón)

(Habla sin rebozo.)

PETRUCCIO

El pajecillo no es pajecillo.

EL DUQUE

Pues ¿qué es?

PETRUCCIO

Es una mujer disfrazada de hombre.

EL DUQUE

¿Cómo?...

JULIETA (aparte á Petruccio)

(¡Así va bien, así va bien!)

EL DUQUE

¿Y conoces el nombre de esa mujer disfrazada?

PETRUCCIO

¡Vaya si le conozco!

EL DUQUE

Y ¿te atreverás á decirlo?

JULIETA

(No titubees.)

PETRUCCIO

(Parece enfadado.)

JULIETA

(Porque le irrita tu indecisión.)

EL DUQUE

¡Ay de tí si te apartas en lo más mínimo de la verdad en cuanto yo te pregunte esta noche!

JULIETA

(¿Lo ves?)

PETRUCCIO (temblando)

Perdón, señor; ¡lo diré todo! Conozco á esa dama... Es Constanza, camarista de la Duquesa vuestra esposa... Está perdidamente enamorada de vos... Mi ligereza de anoche la ha comprometido á los ojos de toda la corte y de su propia familia... y disfrazada de paje ha venido á traeros esa carta donde ós confiesa su pasión y os cita en los jardines de palacio para ir con Vuestra Alteza donde Vuestra Alteza quiera llevarla. *(Estupefacción general).*



EL ALMIRANTE ROGER DE LAURIA, obra escultórica de J. Reynés

EL DUQUE

(que desde las primeras palabras de Petruccio comenzó á exaltarse, no puede contenerse y se lanza al bufón ciego de cólera)

¡Infame!... A ver... ¡Pronto!... ¡Miserable! Prended á este sapo venenoso antes de que yo le aplaste la cabeza con mis pies. ¡Mi guardia! ¡Prendedle! Queda sin efecto su indulto y en pie su sentencia. Mañana, al amanecer, será ahorcado en la plaza principal de Ferrara.

CORTESANO 2.°

¡Señor!...

EL DUQUE

Y con él quien se atreva á interceder en favor suyo.

PETRUCCIO (fuera de sí)

¡Esta es una injusticia que clama al cielo! Ayer hablé mal espontáneamente de una mujer que todavía era buena y mi falta indisculpable fué perdonada por el Duque. Ahora me manda decir la verdad, y la digo .. y puedo probarla porque Constanza espera en el jardín, la carta que el Duque tiene en la mano demuestra la exactitud de mis afirmaciones, y ..

EL DUQUE

¡Que no aguarden á mañana! ¡Que lo ahorquen ahora mismo! ¡¡Pero ahora mismo!!

(Varios cortesanos se llevan á Petruccio, que sigue gritando: «¡Esto es una injusticia! ¡Una maldad! ¡Una infamia!»)

EL DUQUE (arrugando entre sus manos la carta de Constanza)

Este imbécil ha hecho imposible para mí la posesión de esa mujer. Sería yo el último de los hombres si abusara de la situación en que la hemos puesto... Sería hasta indigno del amor que me tiene si no la justificase á los ojos de todo Ferrara.

CORTESANO 1.° á Julieta.

¿Vos os explicáis tanta blandura antes y tanto rigor ahora?

JULIETA

Pues es muy sencillo. Antes le perdonó porque al sostener Petruccio que Constanza había concedido una cita al Duque, mintió como un bellaco: ahora le ahorcan porque ha dicho lisa y llanamente la verdad. La mentira es agradable á menudo: la verdad, rara vez se puede sufrir.

EL DUQUE (reparando en Julieta y yendo hacia ella)

Hermosa Julieta... Cogeos de mi brazo... Ayudadme con vuestro ingenio á encontrar manera de salvar á Constanza.

JULIETA

Constanza es mi mejor amiga, señor Duque.

EL DUQUE

Pues por eso os ruego ..

JULIETA

Descuide Vuestra Alteza: la salvaremos... aunque para ello sea preciso que me pierda yo.

CARLOS COELLO



OTOÑO, cuadro de Veyrassat

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VII —BARCELONA 30 DE JULIO DE 1888— NÚM. 344

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SITUACION COMPROMETIDA (Del cuadro de F. Fleischer)

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Exposición universal de Barcelona,* por don J. Yxart. – *En el palacio de la Industria,* por don M. A. – *El emperador Federico III,* por don Emilio Castelar. – *Un vestido de boda,* por don Angel R. Chaves. – *Noticias varias.*

Grabados. – *Situación comprometida,* cuadro de F. Fleischer. – *Amores juveniles,* dibujo de Eugenio Kleimsel. – *El emperador Guillermo II.* – *Danza valenciana,* cuadro de G. Gómez. – *La selva de Ydar,* cuadro de A. Kessler. – *El chocolate,* cuadro de Casanova. – *Goldoni recitando una de sus comedias en el jardín Scotto, de Pisa,* cuadro del profesor A. Catt. – *El niño Jesús,* estatua tallada en madera por Pedro Barbará.

NUESTROS GRABADOS

SITUACIÓN COMPROMETIDA, cuadro de F. Fleischer

Parece que los marqueses de antaño no eran muy difíciles en sus galanteos y que las doncellas de los buenos tiempos del siglo XVIII no pecaban ciertamente de esquivas. Y aunque pudiera objetársenos aquello de *el pintar como el querer,* ello es la verdad que el cuadro pintado por Fleischer, reproduce fielmente las ligeras costumbres de la época, tanto más censurable en cuanto las *ligerezas* de los viejos son menos excusables que las de los jóvenes. De ello resulta que nuestro lienzo es una verdadera sátira, y que como cuadro de género pertenecía sin duda al picaresco, que es un género muy socorrido, cuando se trata con intención, pero sin licencia como sucede en este caso.

Por lo que toca al título del cuadro, confesamos que se nos escapa el compromiso, como no sea que, ocupadas las manos de esa doncella, le falta libertad de movimientos para deshacerse á guantadas de esos extemporáneos libertinos.

A bien que, juzgando por el risueño semblante de la agredida, que es un modelo de expresión, no parece ofenderla gran cosa la conducta osada de ese par de espantajos.

AMORES JUVENILES, dibujo de E. Kleimsel

Este dibujo, si bien dentro de un mismo orden general de ideas, parece la antítesis del cuadro de Fleischer. En éste el sensualismo decrépito adquiere formas repulsivas, mientras en la obra de Kleimsel las primeras manifestaciones del amor revisten cierto carácter infantil que las despoja de toda malicia. Y sin embargo, su asunto viene á ser la primera página de un poema triste. Un joven, un niño casi, el hijo y heredero del poderoso señor de la comarca, galantea á la niña del mesón, á la hija de su vasallo. Mal comienza el ilustre vástago, y mucho será que esos *amores juveniles* no terminen de una manera desastrosa, porque, como dijo el insigne Bretón de los Herreros.

«Amores de tues y mías
Van de bolín de bolán»

DANZA VALENCIANA, cuadro de G. Gomez

Los artistas se inspiran frecuentemente en costumbres populares. La escuela holandesa es un modelo en este género, á pesar de que la mayor parte de sus asuntos se reducen á bebedores de cerveza en actitud más ó menos reposada. Mentira parece que argumento tan baladí haya dado lugar á tantas obras maestras. Los pintores de costumbres populares españolas han apelado más comunmente á las escenas bailables, lo cual tiene una explicación muy natural y sobre todo más noble. El baile popular es por regla general la expresión de un temperamento indígena; así, por ejemplo, es imposible confundir el *baile inglés* con el *can-can* y el wals arrebatado con la muelle habanera.

España tiene distintos bailes nacionales ó populares; pero si bien se observa, en todos se descubre, digámoslo así, la misma trama. Esta trama se remonta á la época de los árabes. Cuando éstos fueron arrojados de España, lleváronse consigo ciencias, artes, industria, comercio; todo lo proscribió un nacionalismo mal entendido, todo menos sus danzas. Muy lejos de esto, las danzas árabes, llámense bolero ó zarabanda, llámense muñeira ó jota, han sido el último pero indestructible refugio de las antiguas populares costumbres.

Germán Gómez ha reproducido típicamente la danza ó jota valenciana; su cuadro es una observación del natural pintada á conciencia. Pues bien, ¿tiene otra actitud la jota aragonesa? ¿Se mueven de otra manera los *bailaores* flamencos? Y apurando más el asunto, ¿toman acaso otras actitudes las odaliscas que distraen la monótona existencia de las damas del Serrallo?

Y he aquí como un cuadro bien pintado puede dar lugar á un estudio serio acerca el origen de las costumbres populares de una nación.

LA SELVA DE YDAR, cuadro de A. Kessler

Una de las cosas que más respeto nos han infundido siempre son los bosques. Todo el mundo se lamenta cuando la piqueta demoledora destruye un montón de piedras y pocos se compadecen del árbol que derriba la destral del leñador. Las pocas selvas que quedan apenas son ya queridas de los artistas. Y sin embargo, ¡cuántas cosas dicen á la imaginación los árboles seculares!.. A Kessler le ha dicho mucho y bueno la selva de Ydar, que nos remonta á los tiempos druídicos. Junto á esos árboles gigantes todo resulta pequeño: cuando el pensamiento se eleva más alto que sus copas, puede decirse que se espacia por una región que no es la tierra. A ella vuela la mente de los artistas como Kessler.

EL CHOCOLATE, cuadro de Casanova

El artista ha pagado tributo á la idea del fraile regalón. La verdad del hecho es que fraile y chocolate son dos ideas correlativas; lo único que falta averiguar es cuál de las dos forma el antecedente y cuál de ellas la consecuencia.

Porque un pocillo de buen chocolate no es cosa de tomarse así como se quiera: no todos los paladares se han hecho para apreciar debidamente los productos coloniales. Pero el reverendo padre de Casanova es hombre que sin duda lo entiende. ¡Con cuánta fruición recuerda la parte comida, y con cuánta beatitud se dispone para engullir el resto!.. Ignoramos si Casanova ha tenido modelo para su cuadro; de no ser así, se ha de confesar que ha tenido verdadera intuición.

GOLDONI RECITANDO UNA DE SUS COMEDIAS EN EL JARDÍN SCOTTO, DE PISA, cuadro del profesor A. Catt.

Es de antiguo que la mayor parte de las ciudades italianas poseían un círculo ó lugar de reunión, donde los más selectos representantes del talento, de la gracia, de la aristocracia y de la belleza hacían alarde de sus particulares encantos, bien á la sombra de los árboles durante las horas de siesta, bien en las plazoletas de los jardines durante las poéticas noches en que la luna baña aquella península. Lo que fué en Florencia la *villa* del *Decamerone,* fué, en tiempo de los pelucones y tontillos, el jardín Scotto, de Pisa, compendio de todas las magnificencias de la naturaleza toscana. Allí el inmortal Goldoni, regenerador de la comedia italiana, recitó sus obras ante una sociedad escogida, pendiente de los hermosos pensamientos del poeta, declamados con singular maestría. Tal es la escena que representa nuestro grabado.

EL NIÑO JESÚS estatua tallada en madera por Pedro Barbará

Presente del artista á S. M. la Reina Regente durante su estancia en Barcelona

Sobre una nube que apenas oprime el delicado cuerpo del niño Jesús sostiénese éste de rodillas en actitud de implorar del Eterno Padre el perdón de la humanidad. La postura es elegante, el rostro infantil, hermoso y expresivo. Mide el original sesenta centímetros de altura.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

LA VERBENA DE SAN JAIME

El gran arco destaca su negra mole, misteriosamente agrandada, sobre el fondo del cielo que alumbra pálidamente la luna. Junto á las taquillas, en la sombra, los faroles con el rótulo: *Entrada, una peseta – No se da cambio.* En hilera, con buen orden y silenciosos, vamos pasando uno á uno por el torniquete que da vueltas sin parar y suena con la acompasada regularidad de la rueda dentada, por debajo del monton de pesetas. Caen estas tan al compás del tic-tac de la rueda, que parece que las vá acuñando allí mismo.

Atravesamos el Salón de San Juan, cuyas paralelas, bajo la sombra de los árboles, delinean los mecheros con sus puntitos de luz en hilera hasta perderse á lo lejos. – En los antiguos y pintarrajados cosmoramas, la luz de los faroles de las calles ó paseos se representaba por líneas de agujeros hechos con un alfiler; al trasluz, el efecto era completo. – La vista que teníamos delante parecía las de aquellos cosmoramas, recuerdo de la infancia. Sólo algunos pabellones, con la viva claridad de su iluminación interior, rompían la monotonía de aquellas sartas de luces.

En el Paseo de Pujadas, los focos eléctricos la derraman aún más viva sobre la vía anchurosa á donde va desembocando la multitud. La banda municipal *ameniza* el paseo, como dicen las gacetillas; los farolillos de los atriles, en rueda; los mecheros del próximo café, centelleando detrás. – La escalinata interior del Salón de Bellas Artes está alumbrada con luz eléctrica, que proyecta intensamente ennegrecida la sombra de las columnas del vestíbulo. También hay otros focos eléctricos en la sala de conciertos, pero colocados de modo que agrandan doblemente la ya inmensa sala, sin alumbrarla enteramente, sin prestarle belleza alguna. Parece un vastísimo desván. La gente taconea sobre el tablado; en diseminados grupos entra curiosa, pero se retira pronto con aquella impresion singular, en algo parecida al miedo, que causa un gran salón desmantelado, resonante y vacío.

Enfrente de él, al otro lado de la verja, las paredes sin estuco del restaurán brillan como enrojecidas por una hoguera, á través de su elegante arquería árabe. A fuera, la luna arriba y la luz eléctrica abajo bañan las copas de los árboles en ese fulgor indefinible de apoteosis teatral, que dá al verde de la vegetacion tonos y matices del verde submarino, de la flora esmaltada y fantástica que crece en los jardines de hadas y sílfides.

La muchedumbre va creciendo, y recorre el paseo de los Tilos, alumbrado también por triple y cuádruple línea de faroles. – El pabellón del Círculo mercantil parece arder como un ascua con alegre claridad, con el risueño aspecto de veraniego casino. Seguimos la corriente de la multitud que se dirige paseo arriba, atraída por los vivos reflejos de pabellones y kioskos fronteros al Palacio de la Industria. – La estatua de Prim apenas se divisa en la oscurecida plazoleta. – Así quedan también á la derecha, silenciosos y en la sombra, el invernáculo y el Museo Martorell.

De pronto, al dar la vuelta por una de las calles de la izquierda, nos sorprende el mágico espectáculo de la fuente de colores. Por encima de una multitud inmensa y compacta que no permite dar un paso, y llena, ennegrecida por la relativa oscuridad, la vasta plaza de Armas, se alzan en bullidor raudal los grandes chorros de agua del estanque, relumbrando como vaporosas columnas de fuego, de oro líquido, de sangre hirviente. Una tenue neblina verde ó azul envuelve aquella masa líquida, que recorta en la sombra vaga del ambiente sus caprichosas líneas. Todos los grupos, hombres, mujeres, niños, sentados, de pie, discurriendo á duras penas, codeándose, empujándose, todos contemplan fascinados el raudal inflamado, cuyos colores varían al infinito. Ya hierve el centro como materia ígnea, como el hierro en fusión, mientras el ondulado penacho de cada surtidor se deshace en lluvia de diamantes; ya brotan de los caños inferiores chorros verdes y azules que se derraman formando abanico; ya la luz blanca, fulgurante, diáfana, trueca de pronto en haz cristalina las rojizas ó violáceas llamaradas que surjen del estanque. El rumor del agua se confunde con el zumbido de la multitud. – En el fondo, por encima de los cuarteles, se va en otra columna de humo la fuerza que produce tales maravillas, y ronca la máquina de vapor.

Logramos llegar hasta el hemiciclo, y otra masa compacta, más allá del otro estanque, lo llena todo, sentada como en la gradería de un vasto anfiteatro. – Atravesamos la calle de kioskos y pabellones, y tampoco nos es dado circular con libertad; cafés, restauranes y horchaterías rebosan animacion; chispean sobre las mesas copas, botellas y bocks con su corona de vistosa espuma.

Damos la vuelta al Palacio, y seguimos la fachada de pintados postes, la interminable curva reentrante que tanto la asemeja al exterior de una plaza de toros: entre los árboles, nuevos cafés, y aguaduchos, que se aburren solitarios en aquellos rincones menos concurridos, bajo la batería de gas que arde inútilmente; algún sereno departe refrescando con el mozo sentado y fumando su cigarrillo.

Al llegar al pie de la escalinata, contemplamos breve instante sobre nuestras cabezas el puente de hierro como colgando esbelto en el espacio, adornado por sus candelabros de gas. Subimos. Debajo de él, masas de sombras salpicadas por las linternas ambulantes de los peones de la vía férrea, por los faroles rojos de la locomotora, que avanza, crece, silba ensordecedora y vibrante, hace retemblar el aire y pasa. A lo lejos se divisan reflejos de luz en las manzanas de casas, en lo más alto de las fachadas; más allá, los campanarios fantásticos; más allá, Monjuich envuelto en la tenue y brumosa luz de la luna. Todo agrandado, todo indeciso y flotante, animado por la actividad del tráfico, que no cesa de noche, pero que se esfuma y apaga con misteriosa sordina la franca vibración del día.

Nos aproximamos al mar. En la sección marítima circula la muchedumbre como sobrecogida por el sublime espectáculo. La claridad de la luna se esparce con mayor libertad, sin ser vencida por los más vivos destellos de la luz artificial... Todos nos dirigimos á la miranda, donde algunos permanecen horas enteras sin despegar los labios. El mar está en calma, pero aun en calma, su potente rumor los sofoca todos, y el tumbo de las olas estrellándose en el armazón de hierro del tablado resuena debajo de él acompasado y sordo como lejano estampido. La luna riela en la inmensa y satinada sábana con ráfaga anchísima de luz, pero su reflejo se quiebra antes de llegar á la playa y sólo se prolonga en desigual cabrilleo sobre la onda: trozos de espejo flotando en el agua.

De vuelta, pasamos por delante de la galería de máquinas: nos detenemos en las instalaciones de luz eléctrica, cerradas con cristales, henchidas de aquella deslumbradora claridad, azulada ó mate, viva, y, sin embargo, fría, silenciosa: luz que parece la más propia para alumbrar el poderío industrial, la apoteosis del omnipotente progreso de la materia, el trabajo nocturno y sin tregua, pero que no alegra, no anima, no colora; que no es fiesta, ni poesía, que no es iluminación, sino alumbrado.

En esto, estallan en el aire con estrépito los primeros cohetes de los fuegos artificiales. La gente corre, aprieta el paso; el hemiciclo y la plaza de armas, que rebosan ya, reciben por todos sus afluentes doble caudal. Es imposible transitar: todas las bocacalles, obstruídas; todos los puntos de libre circulación, interceptados. Hay que permanecer en pie, mirando al cielo, recibiendo los empellones, viendo pasar en alto sillas para las señoras... contemplando girar las culebras de fuego envueltas en humo que terminan disparando ruido en todas direcciones, y oscilan un instante carbonizadas en lo alto de un palo, goteando ascuas.

Cuando por fin nos abrimos paso, atravesamos la acera de los cuarteles y codeamos al centinela que, indiferente y con el arma al brazo en medio de la multitud divertida y alegre, se pasea para recordarnos, sin duda, la laudable obstinación y la justa privanza de todo fuero militar. Nos desviamos con respeto, é intentamos acercarnos al lago, al kiosko japonés con sus múltiples farolillos de colores, moviéndose al soplo del viento. En el lago dormido serpentean las luces; junto al kiosko, más grupos contemplan por el reverso las mismas serpientes de fuego que vimos por el anverso.

Mientras estallan más petardos y silban los nuevos cohetes que prolongan su lastimero chillido por los aires, atravesamos la plaza de la cascada sin iluminar, que adelanta sus monstruos colosales, parecidos á tal hora á trastos de una decoración arrinconada é inservible.

Por las veredas de los jardines por donde discurre alguna pareja, apartada filosóficamente del *mundanal ruido,* salimos de nuevo al paseo de los tilos; trasponemos la puerta antes de que empiece el desfile general. Los municipales á caballo charlan todavía juntos, aguardando la hora de decorar la salida, á la conveniente distancia, como estatuas ecuestres.

Tomamos el tranvía, ya lleno. La calle de la Princesa prolonga hasta perderse de vista su espléndida guirnalda de globos. ¿Más iluminaciones todavía?... Sí; luces en todas partes, y en todas partes gente: en el paseo de San Juan, en la calle de Ronda, en su esquina, en frente, en el arco-cascada... El paseo de Gracia, animado, concurrido, como si no hubiésemos visto en la Exposicion á todo el vecindario. Vocean aún los dueños de los barracones llamando la última pieza de diez céntimos; aún voltea el manubrio del organillo, pero suena gangoso, cansado... En las mesas del café de Novedades más gente, como si no hubiéramos visto todos los aguaduchos, todos los cafés, todos los restauranes reunidos dentro de la Exposición... Y ni un grito, ni una disputa, ni una carrera... ¡Paz en el cielo y en... las calles!... Luz, más luz, mucha luz en todas partes... y animación, alegría y bienestar por fuera... ¡Qué pueblo este!

J. Yxart

25 julio.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Artículo tercero)

GALERÍAS 1 y 2

Bélgica

A los estadistas mantenedores de la teoría de que la prosperidad de los pueblos está en razón directa de su extensión territorial y de sus elementos de defensa y de agresión, puede oponerse ventajosamente el ejemplo de Bélgica. Esta nación, situada en el centro de Europa, no es importante ni bajo el punto de vista de su población, ni bajo el de su fuerza militar. Y, sin embargo, bien puede decirse de ella que pocas la igualan y menos la aventajan en la variedad y perfección de sus productos.

Bélgica tiene una fisonomía particular: es como si dijéramos una nación que vive en familia entre naciones ensoberbecidas por el triunfo ó irritadas por el vencimiento; de suerte que mientras sus vecinos duermen solamente de un ojo y con el dedo puesto en el disparador, ella no quita la mano de la lanzadera ó del martillo, es decir de sus elementos de trabajo. A ese pueblo podríamos llamar la hormiguita de Europa: demasiado débil para intervenir en las grandes cuestiones internacionales que consumen á menudo las fuerzas vivas de las potencias de primer orden, aprovecha la paz en que éstas la dejan para aumentar las provisiones de su granero, y estudiando siempre, mejorando siempre, sin pretensiones, sin ruido, cuida la hacienda de sus hijos, la acrece, y suministra á cada uno de aquellos una suma de bienestar positivo y envidiable.

Los políticos dan cierta importancia á la tirantez de relaciones entre los llamados católicos y liberales de Bélgica, tirantez que no ha mucho se tradujo en conmociones lamentables. Pero esta sobreexcitación transitoria y que sin duda harán desaparecer prudentemente los elementos sanos de uno y otro bando, no debe haber penetrado gran cosa en el cuerpo nacional, cuando éste viene dando todos los días pruebas manifiestas de su virilidad. Fuera mucho mejor, sin duda alguna, que esas conmociones no se produjesen, y tampoco las que algunas veces se insinúan allí por cuestiones de trabajo, en las cuales el socialismo y aun el anarquismo asoman algo más que la punta de la oreja. Mas, seamos lógicos: hay problemas cuya solución engendra otros problemas, causas que producen efectos obligados, pero que no destruyen esencialmente el organismo cuando es sano; bien así como los cuerpos más robustos están sujetos, por efecto de esta misma robustez, á ciertas enfermedades peculiares pero no mortales. El pavoroso problema del trabajo es la enfermedad eruptiva de los pueblos más adelantados; pero ninguno de éstos sucumbe á ella. Inglaterra es la primera nación industrial del mundo, y sin embargo, Dios y los ingleses saben hasta qué punto se agita en su seno la cuestión social.

En Bélgica, como en todos los centros importantes del humano trabajo, existe cierta enemiga entre el patrono y el obrero; se predican á éste absurdos que alguna vez le conducen á extremos lamentables; se apela allí como en todas partes al medio contraproducente de las huelgas; pero después de todo, los progresos de la industria no se detienen, y basta visitar la Exposición de Barcelona para venir en conocimiento del puesto que en la escala industrial ocupa el pueblo belga. Sus instalaciones ocupan aproximadamente la mitad de la galería 1 y la galería 2 por completo; bastando un rápido exámen de ellas, ese ligero examen que la curiosidad impone el primer día de visita al espíritu más analítico y observador, para convencerse de la variedad de industrias cultivadas en esa nación. Mas en honor de la verdad sea dicho, Bélgica no ha concurrido al certamen barcelonés con el propósito, digámoslo así, de exhibir sus galas, sino como se expone un muestrario en un bazar donde se espera tendrán lugar abundancia de transacciones. En una palabra, Bélgica ha concurrido á nuestra Exposición bajo el punto de vista utilitario, y es la verdad del hecho que no se la puede hacer un cargo por ello.

Esos certámenes universales se han prodigado sin razón. En un principio, las naciones concurrieron á ellos generosamente, con el desprendimiento hidalgo del que acepta de buena fe la invitación para una fiesta, que paga harto cara en gastos hechos para presentarse convenientemente en ella. Mas cuando los pueblos sagaces, y Bélgica lo es sin duda, se han convencido de que las Exposiciones universales se iban convirtiendo en reclamo para atraer simplemente la atención hacia un punto determinado de Europa, han hecho lo que aquellas madres que solo llevan sus hijas casaderas á los bailes donde se prometen hallar novios apetecibles. Y he aquí como lo que empezó por ser objeto de ostentación y lujo ha degenerado, bajo cierto punto de vista, á un simple medio para ensanchar la parroquia de cada producto. Varios son los escritores que han comparado las últimas Exposiciones universales á una de esas grandes ferias que tenían lugar en pasados siglos. Tenemos por exacta la comparación. Ahora bien, á aquellas ferias se llevaban por los mercaderes los artículos de consumo, los productos que podían prometerse compradores. Esto ha hecho Bélgica en el certamen barcelonés, con lo cual ha evidenciado que en cuestiones de comercio está por lo positivo.



AMORES JUVENILES, dibujo de Eugenio Kleimsel.

Las instalaciones belgas se encuentran junto á las francesas: desde luego se echa de ver la afinidad de sus industrias comunes, afinidad que se explica por la vecindad y continuas relaciones entre ambos pueblos. Los consumidores, en su perplejidad, aprovechan la verdadera competencia de precios que se ha establecido entre los fabricantes de una y otra nación, competencia que, en ciertos artículos como por ejemplo hierros manufacturados y papel en sus diversas variedades, se decide frecuentemente en favor de Bélgica. En cambio, siempre que el mérito del producto consiste en algo más que su bondad intrínseca, en todos aquellos artículos en que el género y el buen gusto intervienen, aunque sólo sea bajo el concepto de la forma ó siquiera de aquello que nuestros vecinos designan bajo el nombre intraducible de *chic*, Bélgica no puede sostener la comparación con Francia.

Así se explica la índole de los objetos expuestos: por ejemplo, mientras las confecciones de Dujardin hermanos de Lenze, ejemplar único de esta sección, no caben ser igualadas á sus similares francesas, sin negar que tienen recomendable aspecto; los ejemplares de metalurgia aplicada á la industria se encuentran á muy buena altura. Del mismo modo, si sus cristalerías de adorno y mesa de Val Saint-Lambert y de la compañía *Colectividad de cristalería*, al igual que sus porcelanas, imitación de las japonesas, de Boch hermanos de la Louviere, no se hallan en el caso de competir con los productos de Baccarat y los inimitables de Sevres, en cambio sus hierros, con destino especialmente á carruajes, de Bruselas, y sus fundiciones de acero de Valerio Mabille y de Dejaer Mullenderz y compañía, de Lieja, nada dejan que desear al consumidor y resisten toda competencia en este ramo industrial. Otro tanto podemos decir de la espejería: Hainaud y Courcelles han presentado ejemplares de un tamaño verdaderamente extraordinario, notables igualmente por su tersura y perfecta transparencia. Como materiales aplicables á la industria son no menos notables las planchas de hierro y acero expuestas por Jaspar, de Lieja, y aunque en aplicación distinta, las vajillas metálicas y objetos de cocina de Charlet y los de lampistería de Lempereur y Bernarth, de Lieja, de dibujo recomendable.

Sin salirnos de la metalistería podemos aun mencionar, y mencionar honoríficamente, los cables y cordelería metálica de Charleroy, de una fuerza de resistencia formidable, y sus fundiciones artísticas de la *Compañía de Bronces*, de Bruselas que, aunque propiamente en otro orden de productos, son notables y llaman la atención general, si bien podrían difícilmente sostener la comparación con artículos similares de Francia. Finalmente, en industrias metalúrgicas ha expuesto Bélgica armas de fuego de la casa Bertrand é hijos de Lieja y cañones de escopeta de Lochet.

Bien porque sus productos ó manufacturas de algodón no pueden sostener la comparación con sus similares de otras naciones, principalmente Inglaterra, bien porque comprendieron sus productores que la industria algodonera se halla suficientemente adelantada en Barcelona para que en su Exposición pudieran representar un papel superior en este ramo de industria; ello es que Bélgica no ha exhibido tejidos de algodón. En cambio los ha expuesto de hilo y de lana, si bien no con la abundancia que era de esperar, sobre todo en los artículos de esta última clase que fabrica muy á conciencia. En tejidos de hilo llaman la atención preciosas mantelerías de Thienport é hijos, de Gante, y en filatura y tejidos de lana la *Sociedad anónima*, de Lott, con sucursal en nuestra población vecina de San Andrés de Palomar.

Exponen, además, instrumentos y objetos de óptica la casa Rosso, de Amberes; prendas confeccionadas con telas impermeables la sociedad *Mines Natalis*, de Lieja; almidones los señores Reney y compañía de Lovaina; productos chicoreos las casas Zuydschotte; encajes muy recomendables por cierto el fabricante Cock de Brujas y Lavalette; chimeneas de mármol el escultor Victor Denis de Bruselas; artículos alimenticios, que se conservan durante mucho tiempo, la Intendencia militar, siendo de estudiar unas galletas que mantienen su agradable aspecto, y hemos de suponer que también sus propiedades generales, á pesar de llevar año y medio de fabricación: tres de estas galletas, cuyo tamaño es poco mayor que el de nuestros bizcochos finos, son ración de pan suficiente para un soldado en campaña.

Han expuesto licores y destilaciones las casas Rouler y Hasselt de Amberes y la célebre fábrica que produce exquisitas cervezas y la famosa ginebra de la *Campana*, universalmente acreditada. Productos de tierras refractarias, cocks y carbones de Strepy y los famosos porfiros de Quenart, cuya dureza han comprobado los pavimentos de nuestra calle de la Princesa y de una sección de nuestros muelles, dan apenas idea de la riqueza que Bélgica extrae de las entrañas de la tierra.

Por último, una nación tan adelantada como la que nos ocupa no podía menos de exhibir muestras siquiera de su progreso tipográfico. Las ediciones belgas gozan merecido concepto entre industriales y hombres de letras, concepto que sostienen dignamente en nuestro gran certamen la Universidad católica de Lovaina y la casa Desclee Lefebvre y compañía de Tournay, que ha expuesto preciosas imitaciones de antiguos códices y libros curiosos aplicadas á misales y sacras para el Santo Sacrificio. Las fábricas de papel, auxiliares principales de la industria tipográfica y por ende del comercio de libros, se hallan representadas por los productos de las casas Godin é hijos y Broux y Compañía que ha expuesto una pieza de papel de extensión 6,000 metros y peso 290 kilos.

Sentiríamos haber prescindido de algún objeto recomendable que haya sido expuesto en nuestro Palacio de la Industria, y lo sentiríamos tanto más en cuanto al repasar nuestros apuntes y al comprobarlos con las instalaciones belgas, encontramos que esta nación ha defraudado nuestras esperanzas. Esas instalaciones no dan verdadera idea de la importancia industrial, de la altura á que se encuentra esa nación verdaderamente adelantada. Entre otros ejemplos que pudiéramos citar nos contentaremos con aludir á dos industrias. Bélgica tiene merecida reputación por la fabricación de armas de fuego y por la de encajes. Los hombres de armas y las damas elegantes confirmarán sin duda nuestro aserto. Pues bien, esa reputación no se halla justificada en nuestro universal certamen; los productos de estos ramos son en él pocos y no atraen la atención como pudieran haberlo hecho. La razón de esta deficiencia no es difícil de encontrar. Hoy día los productos que gozan de más justo crédito tienen establecidas representaciones permanentes en casi todos los centros consumidores; sus artefactos nos son conocidos sin necesidad de que se expongan al público; el *comisionista*, profesión que se ha multiplicado extraordinariamente en los últimos años, ha sustituído al aparador, y se encarga de exhibir el producto allí donde sospecha siquiera que pueden consumirlo. Agréguese á esto la facilidad con que se realizan viajes que antes eran caros y molestos, la misma generalización de artefactos que permite examinarlos funcionando y adquirir noticias de aquellos que los han sometido ya á prueba; y de todas estas razones, deduciremos la consecuencia de que esas grandes manifestaciones del trabajo universal han perdido casi del todo su razón de ser.

Y tan es así que, continuando nuestro examen de la Exposición barcelonesa, hemos de ver como la deficiencia de la exhibición belga es general en todas las naciones



EL EMPERADOR GUILLERMO II

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA.—BELLAS ARTES



DANZA VALENCIANA, copia del cuadro de German Gómez



EN LA SELVA DE YDAR, por A. Kessler

concurrentes al certamen y mucho mayor en alguna que industrialmente se encuentra muy por encima de Bélgica. Este examen nos conducirá á la deducción, muy lógica por otra parte, de que cuanto es más superior el producto fabricado, menos necesidad tiene del anuncio, del reclamo y de la exhibición trashumante en Exposiciones de mayor ó menor importancia.

(Se continuará)

EL EMPERADOR FEDERICO III

Caso dolorosísimo la muerte del Emperador de Alemania, en quien se han visto resplandecer las esperanzas, por mí tantas veces presentidas, que ahora se han desvanecido, para desgracia de nuestra Europa, dejándonos, cual dijo el gran poeta castellano, en la misteriosa muerte del primogénito de Felipe, «miedo en el corazón, llanto en los ojos». Republicano de todas veras y de toda la vida, los afectos liberales se imponen con tal fuerza en mi corazón y lo avasallan, que deploro el malogro de un monarca tan alto y poderoso como Federico III, por la mengua y disminución que trae á la libertad y al derecho de razas tan ilustres como las razas germánicas. En verdad, si algo prueba cuán obligados están los pueblos al ejercicio de su propia soberanía y á la práctica del derecho y del gobierno, es la brusquedad terrible con que pasamos de la esperanza con Federico III á la desesperación abierta con Guillermo II, como si, por cambiar de monarca, hubiera cambiado Germania de complexión y de naturaleza. Gobernárase por sí misma, cogiera en sus manos la propia dirección, dejara el derecho á cada ciudadano, pusiera el pensamiento y la voluntad nacional en dos cámaras, alcanzara el régimen de libertad, y podrían cambiar los monarcas en Alemania, sin que la conciencia humana se obscureciera como se ha obscurecido ahora y sin que se perturbara la tierra entera como ahora se ha perturbado tristemente. Delicias del género humano llamaron los historiadores un tiempo á Tito, sin duda porque lo tierno de su corazón y lo breve de su imperio llegaron á exentarle de los males y de los vicios consiguientes á todo cesarismo. Pues delicia del género humano llamaremos estos últimos tres meses, en los cuales, despertándonos como quien se despierta de una pesadilla, despertándonos del pretorianismo implantado en el centro de nuestra Europa, creemos ver dibujarse una esperanza de paz y libertad sobre la soberbia monarquía germánica. Padecemos demasiado hoy en este régimen de la reacción económica, del pretorianismo insolente, de los imperios militares, del estado ante guerra continuo, del empobrecimiento universal, para que no saludáramos á quien dijo en los asomos de la última primavera, desde las alturas de un solio erigido sobre un escudo y rodeado de amenazadoras legiones, que no estimaba como la más alta de las glorias humanas la gloria militar y no creía ningún honor asequible al hombre tan grande y duradero como el honor de reinar sobre un pueblo soberano y libre.

La fatalidad ha querido que príncipe tan profundamente liberal llegase al trono en los días en que á sus pies llegaba la muerte. Pero si algo prueba como la fe viva en una idea mantiene al hombre contra los decretos mismos de la naturaleza y le presta fuerzas morales con que vencer y apartar por un momento de su cabeza el rigor inexorable de la fuerza material, es la horrible pero sublime agonía de Federico III, aprovechando los últimos instantes del vivir penoso é incierto para sembrar la verdad. Pocas escenas tan trágicas recordarán los humanos anales como el combate mantenido al rededor del moribundo por todos los individuos cesaristas con todos los individuos liberales de su familia, empeñados aquéllos en arrancarle hasta la fugaz corona ceñida en el ocaso de su existencia malograda, y empeñados éstos en que inscribiera su nombre glorioso, aunque fuese con resplandor fugaz, en los épicos anales de nuestra libertad. Nunca le agradeceremos bastante á su tierna é infeliz esposa la energía opuesta por su férrea voluntad contra las imposiciones del Canciller alemán, muy resuelto por no interrumpir ni un minuto su enorme dictadura, y contra las obsesiones del heredero, muy ganoso de su cuantiosa herencia. La muerte descubre ahora que la opinión pública europea tuvo iluminaciones infalibles, adivinando y maldiciendo lo sucedido en torno de aquel tristísimo lecho, en que agonizaba el Imperio liberal de Alemania. Ese doctor inglés tan aborrecido por la corte reaccionaria, tan calumniado por los venenosos reptiles bismarkistas, ha merecido bien de la humanidad, al proceder en su cura de muerte que viera el mundo cómo podía oponerse al borde mismo de un sepulcro, la política verdaderamente cristiana y liberal de un alma luminosa y grande á esa política reaccionaria y militar que acongoja á toda Europa, y nos trae hace tiempo, á guisa de guerra devastadora, en desolación y en ruina. Si las operaciones radicales propuestas por el colegio médico del partido bismarkista se hubieran efectuado, no llega, no, Federico III al trono de un día para dejar el germen inextinguible de progreso, y muere sin remisión á la fuerza y á la violencia del remedio. La medicina inglesa, tan criticada por los imperiales y con tanto acierto propuesta por la enérgica esposa del moribundo, ha mantenido la vida en los momentos de su próxima extinción el tiempo necesario para sembrar en la conciencia germánica una incontrastable aspiración á su libertad y á su progreso. Esos llamamientos desde las alturas á la religión del derecho, esas invocaciones trágicas verdaderamente, pero desinteresadas, porque provenían de un moribundo, ese combate del cadáver galvanizado por la idea con tantas siniestras sombras de lo pasado ¡ah! no ha sido inútilmente, y habrán de refrenar las voluntariedades y los caprichos del inexperto mozo, en quien recae una tan sacra herencia. Federico III, envuelto ya en las tinieblas que de su próximo sepulcro se alzaban, extinta la voz como presa del silencio de la eternidad, sobre sus huesos calcinados por la fiebre y comidos por el cáncer, acaba de mostrar cuánto puede la humana voluntad, no despidiendo un ministro como Puttkamer, cosa en último término facilísima, condenando, como si una inspiración divina se lo sugiriera, en el momento supremo que sólo deja ver la idea de justicia, un sistema de política siniestra consagrado á convertir Alemania en una especie de predio imperial y á los electores alemanes en una especie de rebaño, con lo que no solamente se pudre aquel suelo, se pudre y se contagia tarde ó temprano toda la humanidad.

Pocos días antes de mediar junio, la enfermedad que aquejó en los últimos ocho meses á Federico III tocaba en sus postrimerías. El infeliz enfermo apenas podía valerse, y sin embargo, reconcentraba en sí la voluntad con la inteligencia para irse del mundo sin desfallecimiento y sin temor. Con miradas, y no con frases, mudo ya por completo: con gestos y no con ideas, separado ya del mundo, escribía el testamento de su vida llegada entre horrores al trance postrimero. Ya cogía la mano de su mujer y la colocaba entre las manos de Bismarck; ya pugnaba por trasmitirle á su hijo con la última luz de sus ojos los efluvios más vivos de su alma; pero todo, todo en vano, porque la fatalidad lo había dispuesto de otra manera, y sus efusiones iban á estrellarse contra la implacable razón de Estado representada por el joven César y su primer ministro. Al fin y postre, aquella vida tan porfiada en aquel cuerpo tan roto se acabó para siempre. Un catre de hierro recibió sus restos, un manto blanco de lana los cubrió y una corona de laurel guerrero, muy repulsivo á quien amara sobre todo la libertad y la paz, quedó sobre aquel mudo y vacío pecho en que latiera un corazón todo él para la humanidad. Bien diversos los funerales suyos y los funerales del padre. Llegado éste al natural término de su vida, representante de ideas contrarias á las que privan hoy en el humano espíritu. Emperador férreo y autoritario, naturalmente obtuvo las aparatosas honras fúnebres que pueden ofrecer los poderosos á sus héroes, mas no esas lágrimas que han regado la tumba de su hijo, no esas coronas de yertas pero bien olientes flores de las malogradas que acaba de llevarse consigo. Sobre todo, hay junto á Federico III la tierna y poética figura de su esposa, que provoca y atrae desde las altas eminencias, á donde la elevaron su nacimiento y su destino, compasión universal. Nacida en tierra de libertades; criada entre los estruendos de la tribuna y de la prensa; hija por su alma y por su educación del siglo décimonono, ideó trocar ese cuartel de pretorianos llamado Prusia en una sociedad moderna de ciudadanos libres; y este humano ensueño, de su historia honor y de su viudez consuelo, hala hecho infeliz y mártir, como suelen todas las grandes ideas hacer á los que las profesan, pero en una infelicidad y en un martirio superiores de suyo á todas las satisfacciones granjeadas por el triunfo inmerecido y por la fortuna ciega. El mundo jamás olvidará, jamás, el combate á muerte por ella sostenido con los que detestaban las instituciones parlamentarias y atribuían á la virtud y poder de su influjo el mantenimiento de las ideas progresivas en Alemania, como si estas ideas pudieran alguna vez extinguirse y apagarse por completo en la humana conciencia. Lo cierto es que su férreo suegro, después de haber pugnado con tanto empeño contra la opinión prusiana enemiga de reinas extranjeras, abandonóla por completo, en cuanto advirtió lo vivo de sus ideas liberales y lo arraigado de su educación constitucional, y no menos cruel fué con ella durante los años últimos el canciller Bismarck. ¡En cuántas ocasiones el dardo sarcástico que vibraba en sus labios acerbos, iba derechamente á clavarse, no en el partido parlamentario, á sus ideas y á sus proposiciones opuesto, en la princesa insigne, que mantuviera vivo el fuego de la esperanza liberal en Alemania! Y Bismarck y Guillermo I eran por todo extremo injustos. Las ideas liberales aparecen como ideas innatas en el emperador Federico. No cede, no, á sugestión alguna en su voluntad y en su pensamiento; brota la idea viva en su espíritu como puede brotar un raudal en la montaña espontáneamente. Además, por dos lustros ha ido á las universidades alemanas; y en las universidades alemanas, quiéranlo ya ó no lo quieran sus césares, aprende la juventud el derecho que trae consigo cada hombre al nacer. Luego, allí se oye un coro de alabanzas perpetuo al gran rey Federico III, alma verdadera de Prusia y de su dinastía. Tal rey no aparece, no, en la historia como un rey reaccionario. De ser un rey reaccionario, no sería un rey tan excelso y tan grande.

La naturaleza del emperador Federico III, la conciencia, la educación, el ejemplo de su ilustre predecesor influyeron en su vida, y no el ejemplo y el influjo de su mujer. Yo puedo testificar esta verdad por mí propio. En mis varios viajes he ido á Neuchatel y tratado á madame Godet, primera institutriz del príncipe, señora de alta inteligencia y muchas virtudes, quien me dijo siempre, como lo ha confirmado el tiempo, las invencibles, por naturales, propensiones de su discípulo á la moderna libertad. Bien pocos años tenía, cuando en respuestas oficiales al Ayuntamiento de Brandeburgo, alboreaban ya sus ideas como intuiciones de la infancia. En la universidad célebre de Bonn, á las románticas riberas del Rhin, aprendió la historia griega, enseñada por su ilustre maestro Curcio, quien debió mostrarle de palabra, lo mismo que muestra en sus libros inmortales acerca de Grecia, los milagros en las artes y en las ciencias hechos por aquellas democráticas ciudades al impulso de su libertad y al amor de sus Repúblicas. Lo cierto es que, recibiendo sus cartas de ciudadanía en Londres, entrado en la orden masónica, Federico mostró su irrevocable adhesión á la causa liberal. Joven, muy joven, antes de apurar las amarguras acerbas que llevaran á su corazón los despegos del padre y los odios del Canciller, pronunció la célebre arenga de Dantzig, protestando contra las invasiones del poder monárquico en las prerrogativas parlamentarias, cual ha protestado ahora con sus actos en el testamento último de su vida. No, no fué la princesa imperial, quien permaneciera lejos de los campamentos y de los ejércitos en tiempo de guerra, el numen que le sugiriera los efectos humanitarios, cuya virtud ahorró al enemigo cuantos males y humillaciones pudo en la invasión y en la victoria. El príncipe dijo una vez, al oir expresarse en lenguaje guerrero á cierto ministro prusiano con punible volubilidad, que para provocar la guerra, debían las repúblicas asistir á ella, y ver los daños irreparables que trae, no sólo al vencido, al mismo afortunado vencedor. Guillermo I y el Canciller, siempre que coadyuvaban á una obra de paz, expedían el Príncipe imperial, como su más propio embajador y ministro. El fué á la penúltima Exposición de París, donde tanto se porfió para mostrar la trascendencia de industria y arte á los progresos materiales de las clases desheredadas. El, después de haber peregrinado por Tierra Santa y puéstose de hinojos en la ciudad sacratísima que ha revelado la idea de Dios y redimido el mundo, se fué á celebrar la obra maravillosa del trabajo hercúleo, la ruptura del istmo, que ha con fundido el Asia con Europa. Cuando necesitaban los reaccionarios de Berlín captarse las poblaciones meridionales de Alemania, á él acudían, y el granjeaba pactos y convenios asequibles tan sólo á los espíritus conciliadores y á los talentos flexibles. El fué á la Dinamarca desmembrada y triste; anudó el casamiento de su hijo con la primogénita del Duque de Augustemburgo destronado; concilió al Papa con Germania; é hizo cuantas obras de paz y de progreso han brillado en su Imperio entre los rojos y siniestros vapores de la conquista y de la guerra.

Naturalmente, para proceder así, necesitaba Federico una filosofía muy contradictoria con la filosofía predominante sobre los dioses y los cortesanos de Berlín. Si perteneciera él á la Iglesia intolerante y ortodoxa, que ha constituído frente á la infalibilidad del Papa nuestro la infalibilidad extrañísima de Lutero, y que no restaura la Inquisición antigua en la Prusia moderna por impedírselo así el curso de las ideas como el curso de los tiempos, no tuviera esa grande amplitud que le ha permitido brillar como un verdadero innovador sobre los trofeos y los paveses del aborrecible cesarismo. En la Roma imperial, Marco Aurelio y los Antoninos granjearon á sus nombres fama imperecedera, porque los inscribieron á una en las escuelas estoicas. De pertenecer al movimiento anti-semítico, bárbaro y cruel, que vuelca sobre nuestro suelo etéreo, empapado en los esplendores de la idea nueva, el infierno de los siglos medios con todas sus cóleras y todas sus supersticiones, ¡oh! jamás el Príncipe mereciera los lauros alcanzados por su memoria y las lágrimas derramadas sobre sus restos. Nadie puede olvidar aquellos dos admirables discursos, pronunciado el uno en la fiesta del reformador Lutero, y pronunciado el otro en la Universidad de Heidelberg. Lamentándose de que la revolución religiosa, cuyo espíritu redimiera el pensamiento y emancipara la conciencia, se hubiese trocado en una especie de ortodoxia mahometana, recordó Federico III como las máximas del Evangelio se agrandan al grandor de la civilización moderna, y se mezclan cual próvida levadura con todos los humanos progresos. Y lo mismo decimos del discurso pronunciado en la universidad badense. Como ante la efigie de Lutero, el Príncipe recordó que la fe cristiana es luz, espíritu, vida, calor, progreso, bajo las viejas bóvedas por donde zumban y vuelan los enjambres esplendentes y sonoros de las ideas científicas, recordó que no puede la ciencia del hombre adquirirse con verdad y conservarse con brillo, sino mediante la libre razón, señora y soberana de los espíritus redimidos y emancipados por el derecho. Y cuando, á la vuelta de sus dos viajes consecutivos por España y por Italia, le felicitaron á una tantas comisiones germánicas, díjoles cómo volvía reanimado por nuestra luz meridional, con la seguridad completa de haberse ofrecido en todas partes á la opinión popular como nuncio de la fraternidad entre los pueblos y como representante de la paz intercontinental. Hemos padecido de tal modo bajo las amenazas de una guerra inminente, cuyos relampagueos han secado el árbol de nuestra industria y detenido el movimiento de nuestra civilización, que no podemos pasar ante los restos de un hombre consagrado á la paz y á la libertad, sin descubrirnos y decirle cuántas vidas tememos que siegue y acabe su prematura muerte.

Bien es verdad que deploramos el Emperador fallecido, tanto por él como por el Emperador que le ha reemplazado. De la paz y de la libertad hemos ido á la tiranía y á la guerra. Un periódico inglés dice que Guillermo II no trae un cetro, no, trae un látigo. En efecto, porque su

madre se procurara siempre médicos ingleses, y porque tales médicos ingleses le rompieran un día el brazo izquierdo, al nacer, dejándole con poca destreza y aptitud para manejar el sable y el caballo, Guillermo II aborrece á su madre. No ha considerado que le debe toda la vida, y ha procedido cual si le debiera tan sólo sus desgracias y sus imperfecciones en la vida. No hay que imputar, sin embargo, á su exclusiva responsabilidad todo el proceder suyo. Una educación pietista y militar hale imbuído la idea de que, ó la política paternal, aflojando los lazos de hierro con cuyos eslabones se hallan unos á otros los alemanes encadenados, perdería Alemania, necesitada del suelo de un campamento, y del temperamento de un ejército, y del rigor de una disciplina inconmovible, para salvarse y sostenerse. Así Guillermo fué á los alojamientos militares donde se predica sin freno el despotismo, á las asociaciones religiosas que mantiene viva la reacción pietista por medio de unos luteranos, los cuales exceden y superan á nuestros Loyolas en la estrechez de su espíritu y en la superstición de su fe; do quier se mantiene y se predica el combate á muerte con las ideas modernas. Y sucede aún más. Hay algo que la crónica palaciega refiere y que yo no quisiera omitir para industriaros en todo lo relativo á la crisis germánica. Se dice que una célebre aventurera, nacida entre los yankes, y por hastío llegada en los últimos años á nuestra Europa, donde primero se casó con cierto príncipe austriaco, y después con cierto general alemán; lejos de imbuir en su imperial amigo aquellas ideas que imbuyó Aspasia en Péricles, le presta y le sugiere terribles afectos de odio y exterminio. Esos ojos áridos y secos del nuevo Emperador, que no lloran por su padre, mientras el mundo entero gime, nos parecen ojos de ave siniestra y rapaz alzada sobre un túmulo, bajo cuyas negras sombras yacen tantas risueñas ilusiones y tantas consoladoras esperanzas. Lo cierto es que no ha perdonado á su madre, ni siquiera viéndola como una hermana de la Caridad junto al tálamo donde lo engendrara, luchar con la fatalidad y con la muerte. Quieren todos los hombres á las madres. Pero aunque llegue la orfandad tarde; aunque llegue cuando no hayáis menester á vuestros padres, ni para la educación del alma, ni para la vida siquiera del cuerpo, quiere uno mucho á la madre viuda, triste, llorosa, enlutada, si mantiene como una vestal, en eterno luto y duelo, aquella religión de los muertos, sobre la cual se levanta y se mantiene toda la familia. Pero los periódicos adscritos al nuevo Emperador continúan amargando más y más las penas de su madre: terribles insinuaciones respecto de la enfermedad del esposo y de la impaciencia por un fugaz Imperio corren y se difunden á una en todas direcciones; amenazas al médico designado por la Emperatriz, que resultan crueles cargos á la designataria; impedimentos para que disponga de sus hijas y vaya donde le pluguiere á pasar sus duelos y arrastrar sus lutos ¡ay! todo esto vemos, cuando no se ha cerrado todavía el sepulcro y no se han extinguido los primeros dolores por el ilustre muerto. Sólo un resplandor acaba de caer entre tantas tinieblas. Después de haber tratado el Emperador al pueblo como si fuera un ejército, y al ejército como si fuera un rebaño, reunido el Reichtag y suspensa de sus labios Europa ¡oh dicha! pronuncia un discurso pacífico. No podía menos. Tan cerca del iris no podía estar la tormenta. Yo agradezco este discurso á los manes todavía presentes del tierno y malogrado emperador Federico.

EMILIO CASTELAR

EL CHOCOLATE, copia de un cuadro de Casanova

UN VESTIDO DE BODA

I

La verdad es que parecía un ángel. Aquellos ojos de un azul profundo; aquel cabello castaño, lo bastante claro para tener todos los reflejos del oro y lo suficientemente oscuro para acentuar sus delicadas y correctas facciones, y sobre todo aquel talle flexible como un junco, hacían de ella lo que se llama un modelo de perfecciones en lo físico. En lo moral ya era otra cosa. Sus amigas la tachaban de coqueta; entre los pocos hombres que habían puesto los ojos en ella, corría la voz de que era mujer



GOLDONI RECITANDO UNA DE SUS COMEDIAS EN EL JARDIN SCOTTO DE PISA, cuadro del profesor A. Catt

peligrosa, y no falta quien dijera que su afición al lujo y á las joyas era un abismo sin fondo, pronto á tragarse la más sólida fortuna.

Pero estas debían ser calumnias propaladas por la envidia, porque aquel rostro no podía ocultar otra cosa que un alma tan pura como el azul del cielo. Sus diez y ocho años y su educación de niña mimada disculpaban sus defectos.

El general lo había comprendido así. Como él decía, á sus cincuenta y dos inviernos bien conservados, convenía ya la situación de cuartel; y echando la llave á su vida de aventuras, en la cual había interesado siempre su pingüe patrimonio y nunca su corazón, había concluído por enamorarse de Pura, con algo de la pasión del amante y con mucho del protector cariño de un padre.

Pura había aceptado con orgullo aquel amor. Sentir sobre su brazo el reclamo de los dos entorchados; llevar el mismo nombre que el héroe de tres campañas, y más que nada sustituir al eterno *landeau* de su madre los vistosos trenes con que el general halagaría su orgullo, cosas eran sobradas para no hacerla titubear.

La petición oficial se había hecho en toda regla, la pesada tramitación se había abreviado todo lo posible, los regalos se habían comprado y ya no faltaban más que los últimos detalles. Antes de una semana Pura había concluído esa carrera, para que no hay doncella que no se sienta con vocación.

II

La primer cosa que el general se había reservado con particular empeño era la confección del vestido de boda de su prometida. Indudablemente quería que fuera una obra maestra; y Pura, que, conocía aquel deseo, le esperaba con la impaciencia con que espera el niño el juguete prometido.

Por fin el traje llegó. Era con efecto una verdadera maravilla de riqueza y de buen gusto, en el que no se sabía que admirar más, si la profusión y el coste de los encajes de Malinas y de Chantilly, ó lo atrevido del corte y lo nuevo del adorno.

Pura al verlo, sintió un verdadero desvanecimiento. Todo cuanto de fantástico había imaginado en sus ensueños, resultaba pálida ante la realidad. Su poderosa imaginación no había podido llegar tan lejos como la del artista.

Una duda, sin embargo, la asaltó de pronto. ¿Interpretaría el raso con toda exactitud la incopiable flexibilidad de su talle? ¿No desvirtuarían en nada aquellas suaves ondas de espuma la pureza de sus líneas? Quedar más tiempo en la incertidumbre era morir. No pudo resistir á la tentación y con los nerviosos movimientos de ave acosada que le eran peculiares, asió la caja y se encerró en su tocador con su doncella.

Un cuarto de hora después, salía del inaccesible santuario recordando aquel verso del poeta florentino:

Creatura bella bianco vestita.

Para tener completa semejanza con esos ángeles adultos que se ven en los cuadros místicos, no le faltaban más que las alas. Hasta el círculo de impalpable luz que rodea aquellas figuras, parecía desprenderse de la inmaculada nitidez del raso, combinada con el ligero color de hueso de los encajes.

El vestido no hacía una ligera arruga. Pura al verse copiada en la diáfana luna del espejo quedó satisfecha de dos cosas: la primera de su hermosura; la segunda de aquella obra maestra de sastrería.

En su inmensa satisfacción, no echó de menos ningun detalle. El general que la contemplaba con religioso arrobamiento, saliendo al fin de su éxtatis, la preguntó:

– ¿No nota V. una falta?

– ¡Ninguna! se apresuró á decir la niña.

– Y sin embargo la hay, prosiguió el veterano. ¿No ve V. ahí sobre su corazón, una presilla?

– Ah ¡sí! respondió Pura.



EL NIÑO JESUS, estatua tallada en madera por Pedro Barbará
Presente del artista á S. M. la Reina Regente durante su estancia en Barcelona

El general sacó de uno de sus bolsillos un estuche que presentó abierto á la futura desposada. Sobre su forro de terciopelo azul, se destacaba un diminuto ramo de azahar sujeto por un broche de brillantes.

Pura colocó apresuradamente aquel trofeo de su pureza sobre su pecho; pero sea que la presilla fuese un poco grande ó que el alfiler que sugetaba el broche estuviera montado con demasiado atrevimiento, el ramo de azahar cabeceó.

– ¡Se vá á caer! – murmuró llevándose la mano al pecho.

– No hay cuidado, – contestó el general dirigiendo una maliciosa mirada á la madre de Pura. – Tengo completa seguridad en su solidez.

La joven hizo un ligero gesto de duda, pero no insistió más. De allí á media hora, Pura, despojada de sus galas, volvía al lado del que muy en breve había de ser su esposo.

III

La fiesta había sido espléndida. La capilla del hotel que estrenaban los recien casados había parecido un ascua de oro. Un obispo había echado las bendiciones sobre los cónyuges y un delicado refresco había puesto término á las enojosas expansiones de un centenar de convidados. Para que no faltara nada, hasta el ayudante del general, que había servido de testigo á la boda, lucía por vez primera las insignias del nuevo grado, que el influjo del general le había proporcionado. De ese modo contestaba el afortunado esposo á la maledicencia que se obstinaba en ver á el joven y apuesto capitán uno de los más rendidos adoradores de Pura.

La proximidad de la hora en que el tren debía conducir á los recien casados á una de las más afamadas playas de la frontera francesa, había iniciado la dispersión general. Apenas quedaba ya algún extraño en la casa. La misma Pura, que en todo el día había tenido otra preocupación que cerciorase de que el ramo de azahar estaba en su sitio, había ido á sus habitaciones á cambiar el traje de boda por el de marcha.

Cuando el general se vió sólo, sintió una de esas impaciencias que sólo los niños y los viejos no pueden dominar. Se convenció de que nadie podía verles, y recatando el paso como el que va á cometer una mala acción, se dirigió al tocador de su mujer.

La puerta estaba entreabierta. Sólo una espesa cortina le separaba del tesoro de que la Iglesia le acababa de hacer dueño. Ya iba á levantarle cuando de pronto se detuvo. Pura no estaba sola. Al murmullo de su voz tímida y asustada, se mezclaba la de un hombre. El general oyó clara y distintamente estas palabras:

– En el nombre seré de él; en la realidad tuya sólo.

Después se escuchó un doble beso.

El general ébrio de furor, descorrió la cortina y penetró en la estancia.

Pura al verle, se escapó de los brazos del ayudante.

Un segundo después sonó un tiro y el general con un rewolver en la mano, salió afectando la más tranquila serenidad de aquel lugar de sangre.

La primer persona con que tropezó fué con la madre de la que poco antes le había dado la mano de esposa.

– ¿Qué es lo que ocurre? preguntó la anciana en el colmo de la ansiedad.

– ¡Nada! respondió el general con fría calma. Que tenía razón Pura; el ramo de azahar estaba á punto de caerse y yo le he sujetado.

Con efecto, la bala al buscar el corazón de la víctima habrá penetrado al través de las menudas flores que completaban el traje de boda.

Angel A. Chaves

NOTICIAS VARIAS

El istmo de Perekop. – Escriben de Odesa con fecha 17 de mayo último, que se han inaugurado los trabajos para la apertura de un canal á través del istmo, que une la península de Crimea á la Rusia europea. Los trabajos han comenzado por ambos extremos á la vez, al Este y al Oeste, y según el trazado, el canal ha de atravesar el Gontchar y el Sivasch, de Perekop á Guenitchesk, en una longitud de 111 kilómetros.

(Del periódico: *La Nature*)

***

Plaga de ratas. – Dice un diario de Pekín que hace dos años que una invasión de ratas está causando estragos en el distrito de Ulliassutai, en la Mongolia; devoran toda la hierba de los prados hasta el extremo de no dejar qué comer á los animales útiles. Los correos del imperio han tenido que modificar sus itinerarios, porque las casas de postas no podían suministrar relevos, fuera de que las excavaciones de las ratas hacen ya impracticables los caminos.

(De *La Nature*)

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón



AÑO VII — BARCELONA 6 DE AGOSTO DE 1888 — NÚM. 345

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

AGAR É ISMAEL, grupo escultórico de M. Klein

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Exposición universal de Barcelona*, por don J. Yxart. – *En el palacio de la Industria*, por don M. A. – *El diputado Pyat y el presidente Floquet*, por don Emilio Castelar. – *El uno y los ceros*, por don Ramiro Blanco. – *Experimentos de electro-estática con lámparas de incandescencia.*

Grabados. – *Agar é Ismael*, grupo escultórico de M. Klein. – *El Moisés de Miguel Angel*, dibujo á la pluma de A. Fabrés. – *La tempestad*, cuadro de E. Vaix (Salón de 1888).. – *Volviendo de la primera comunión*, cuadro de Alfredo Guillón (Salón de 1888). - *El primer castigo*, cuadro de R. Ferruzzi. – *Playa en las costas de Cataluña*, cuadro de F. Alarcón. – *Experimentos de electro-estática con lámparas de incandescencia.* – *Suplemento Artístico: Para la fiesta de María*, cuadro de Eduardo Grutzner.

NUESTROS GRABADOS

AGAR É ISMAEL, grupo escultórico de M. Klein

La reputación de este artista que actualmente es uno de los primeros escultores alemanes, data del año 1878; pero se estableció tan sólidamente, que al construirse el gran monumento que en Berlín recuerda los últimos triunfos del imperio, confióse á Klein la ejecución de las estatuas de los generales Werder y Manteuffel. Dominando perfectamente el dibujo y dotado de exquisito sentimiento, con igual éxito representa las más ardientes pasiones que los más dulces afectos.

A un artista de tal valía no podían ocultarse ni las buenas condiciones ni las dificultades que ofrecía el asunto de Agar é Ismael abandonados en el desierto por Abraham, grupo ejecutado ya por otros escultores de valía. Klein lo ha presentado á su vez, y sin apartarse de la tradición ha hecho algo original y sublime. Esa mujer, cuyo único delito para ser tratada tan cruelmente es haber excitado los celos de Sara, siendo así que ésta la dió espontáneamente á su marido; esa madre desdichada que ha visto criar á su hijo en el regalo y abundancia de la casa paterna, desde donde se confina á madre é hijo en el desierto, para que el hambre, la sed y la fatiga acaben prontamente con ellos; Agar, decimos, no se desespera, sino que medita; le han dicho que de esta suerte se cumplía la voluntad de Dios y sabe que Dios no falta á sus escogidos. Hay en esa figura una delicadeza de sentimiento admirable. Ismael, por su parte, tampoco es el niño medroso que pone el grito en el cielo al considerar su desamparo: la expresión de su semblante, sin dejar de ser infantil, permite adivinar en ese niño al fundador de la poderosa raza ismaelita que, viniendo el tiempo, había de ser la más fuerte y propagada del mundo conocido.

El estilo de Klein, sin ser imitado servilmente de los clásicos, los recuerda por la elegancia y pureza de sus líneas.

EL MOISÉS DE MIGUEL ANGEL dibujo á la pluma, de A. Fabrés

(Copia del original existente en esta Diputación Provincial)

Nuestros habituales lectores saben que Fabrés se dedicó con fruto á la escultura antes de trocar el escoplo por los pinceles. Pero escultor ó pintor, su admiración por las obras inmortales ha sido siempre una misma, y nada tiene de particular que ante la poderosa creación del Moisés de Miguel Angel, sin duda la obra de mayor aliento de la escultura en la Edad media, se sintiera nuestro paisano impresionado y hasta podríamos decir amedrentado. ¿Influyó la vista de esa obra colosal en la resolución de Fabrés cuando imprimió nuevos derroteros al genio de que se sentía animado?... Quien sabe... Quizás él mismo no acierta á explicarse lo que sintió en presencia de esa estatua que anonada á los más fuertes.

Lo cierto es que Fabrés tomó una pluma y copió la estatua. Cuando se copia á un gran maestro, parece que el pulso tiembla; al par que aquello que la pluma traza, no lo borra la goma. Dibujar con pluma supone estar seguro de no tener que corregir lo dibujado. La mano de Fabrés no tembló poco ni mucho al copiar el Moisés del gran Buonarotti; cualquiera diría que así debía haber trazado su último esbozo aquel maestro, en cuya estatua parecen irradiar todavía los fuegos celestes del Sinaí.

Infinitos artistas han dibujado esta estatua; ninguno quizás venciendo mayores dificultades y obteniendo un resultado más digno de aplauso. La reputación de Fabrés como dibujante se halla perfectamente establecida; pero si se le exigiera una prueba definitiva de la seguridad, de la presición y del calor con que dibuja, el examen del trabajo suyo que hoy publicamos haría ociosa toda otra demostración.

LA TEMPESTAD, cuadro de E. Vaix

(Salón de 1888)

El espectáculo del mar embravecido y la lucha de los hombres contra el terrible elemento, será para todo artista asunto constante en que se inspirará voluntariamente. La naturaleza, simpática en calma, es sublime cuando parece trastornar sus leyes, y el marinero, que es siempre tipo acabado de valor, raya en el heroísmo legendario cuando disputa su vida al monstruo ávido de ella que ruge á sus pies.

El cuadro que reproducimos, sin exageraciones rebuscadas, produce un efecto completo. La frágil embarcación se halla rudamente combatida: la ilusión es acabada; parécenos oir los quejidos de las tablas al romperse, los bramidos de las olas que celebran su próximo triunfo, y los gritos de los marinos, titanes que luchan con otro titán. Es una composición en que la verdad se impone con todo el terror que causa una tempestad desencadenada.

VOLVIENDO DE LA PRIMERA COMUNION cuadro de Alfredo Guillou

(Salón de 1888)

La primera condición de un cuadro es que excite un sentimiento y que este sentimiento se halle en relación con el asunto en aquél representado. Esta condición tiene en sumo grado el lienzo cuya copia publicamos. Su argumento no puede ser más sencillo; los recursos empleados no pueden ser menos pretenciosos; y sin embargo, la ilusión es completa, el sentimiento que excita es tan puro como la escena que representa. El grupo de esas tres mujeres, en tres épocas distintas de la vida, da exacta idea de esa felicidad tranquila, inseparable del que tiene puesta su confianza en Dios. ¡Cuán apacible, en medio de su natural variedad, es el semblante de los tres personajes! En su piadoso recogimiento parece que aun permanezcan en el interior del templo, donde esa niña acaba de recibir al Señor por vez primera... A través del rostro de la anciana se adivina un mundo de recuerdos tristes, y es que ha sobrevivido á sus hijos, cuya imagen se ofrece á sus ojos en este instante solemne. La mujer de mediana edad es sin duda la madre de esa niña, pobre viuda que piensa en la felicidad perdida y á quien el deber ha hecho superior á la pena... La niña es simplemente un ángel; su madre y su abuela han hecho imposibles para separar las espinas que habían de ensangrentar sus pies y sembrar en el camino de su vida las pocas y silvestres flores que han estado al alcance de su mano. Llegó, por fin, el gran día. La huérfana ha hecho su primera comunión; la Iglesia se ha adornado con sus mejores galas para recibir á las humildes hijas de las cabañas, á quienes Dios iba á engrandecer dándolas su propio cuerpo... ¡Bendita la Religión que proporciona tales delicias á los desheredados del mundo!...

EL PRIMER CASTIGO, cuadro de R. Ferruzzi

Ese muchacho ha cometido una travesura digna de reprimenda, es indudable; su semblante, su actitud, su misma aquiescencia al castigo lo están revelando. Su abuela le ha aplicado el debito correctivo, pero su limitada inteligencia le ha aconsejado una malísima forma: el culpable ha de rezar una parte de rosario; de manera que al pobre niño se le imbuye la mal aventurada idea de que la oracion es una especie de penitencia.

Dejando aparte tales honduras, es indudable que el cuadro de Ferruzzi se recomienda por lo concienzudo del estudio y la facilidad en la ejecución. Su autor era poco menos que desconocido hasta ahora, pero este lienzo expuesto en uno de los últimos certámenes italianos, ha llamado la atención del público y de los críticos, que han vaticinado al artista un porvenir glorioso si continúa estudiando, observando y copiando el natural con el acierto de que ha dado tan evidente muestra.

PLAYA EN LAS COSTAS DE CATALUÑA cuadro de F. Alarcón

Las pinturas vulgarmente llamadas *marinas* son difíciles de reproducir por medio del grabado. Las principales condiciones que las avaloran son el color, la luz, el ambiente, la arena abrasada por el sol, el sol iluminando el firmamento, el firmamento perdiéndose en la inmensidad.

A pesar de estas dificultades de reproducción, el grabado que publicamos deja comprender que el artista ha escogido bien el sitio y la hora y que los grupos de figuras han sido acertadamente copiados del natural, conservando un sabor de verdad que hace sumamente recomendable este lienzo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

PARA LA FIESTA DE MARÍA cuadro de Eduardo Grutzner

(Exposición internacional del Jubileo, de Munich)

Si la pintura religiosa ha de tender á la mística inspiración de la escuela de Fra Angélico, el cuadro de Grutzner adolece de realismo. Pero si cabe expresar el contento inocente por medio de figuras de carne y hueso, si las delicias de una festividad del culto católico pueden reproducirse por medio de un grupo de religiosas que, sin tener nada de mundanales, respiran, viven y trabajan como los simples mortales, es indudable que el autor de este cuadro es un verdadero pintor del género religioso. Entre el sentimiento del amor á Dios y el ascetismo de los anacoretas, residan éstos en el claustro ó en el desierto, hay una distancia de muchos siglos. Las religiosas que preparan la fiesta de María son personajes de la vida real que se congregan con un objeto tan grato como festejar á la siempre virgen. Por esto las faenas vulgares á que se entregan parecen envueltas en la nube del incienso quemado ante los altares.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

IV

No es muy notable, ni por el número de las obras ni por su calidad, la sección de escultura, particularmente si se la compara á la de pinturas que examinamos en anteriores artículos.

En aquélla como en ésta se hallan en mayoría los catalanes con ejemplares conocidos, no sólo porque catalanes suelen ser muchos de los escultores españoles, sino porque siendo más difícil la traslación de una estatua que la de un cuadro, claro que habían de figurar en mayor número las obras salidas de talleres más próximos á la Exposición.

Recorriendo las frías salas de escultura, que pueden visitarse en breve rato, nos parece hallarnos en una de nuestras exposiciones ordinarias. Bustos conocidos, retratos de personas, cuyo rostro nos es familiar, resaltan sobre el fondo rojo de las paredes; santos, niños y manolas alternan con ellos; bocetos de estatuas que adornan el mismo Parque ocupan los ángulos, y apenas si en las figuras de mayor tamaño del natural, que campean en el centro, hallamos alguna que nos sorprenda, ó por la idea representada ó por su ejecución vigorosa. Fuera de los expositores españoles, sólo algún nombre italiano leemos esculpido al pie de la obra, y por cierto que Italia, madre del arte, se halla representada aquí por estatuas que contradicen el clásico concepto que tradicionalmente se conserva de aquella nación, y sugieren, por el contrario, la idea de un arte mercantilizado que modela á destajo las obras, ajustándose á un dechado convencional, cuyo carácter más saliente es la afeminada blandura.

Dos salas contienen todas las esculturas presentadas.

En la primera, figura con el lema de *Obra de misericordia*, el grupo de una monja de la caridad vistiendo á un niño, de Claramunt Martínez; varios bustos y figurillas de niños de Giberto y Gallí, de Milán; otra figura del primero, titulada *Desolazione*, que dista mucho de corresponder por su mérito y sus dimensiones al propósito de su autor; un grupo colosal de Amutto, que se halla en el propio caso; un *Juramento de Aníbal*, de Poviería, y un *león* y un *indio*, de Vallmitjana Abarca, en que el vigor de la concepción y la grandiosidad de sus líneas ocultan con la favorable impresión de conjunto algunos defectos en la ejecución. No hablamos, por harto conocidos y juzgados, de los bocetos en yeso para las estatuas de D. Félix de Azara y D. Jaime Salvador, por Alentorn, que flanquean hoy la portada del Museo Martorell.

Entre las obras menores hallamos una figurita de niña de acertada actitud, aunque vulgar, de Roig, emparejada con otro grupo del mismo, muy inferior á la primera; otra de Querol, y un bajo-relieve de Susillo. En realidad, debiera mentar aparte ambas obras. La estatuílla de Querol es, en mi concepto, la verdaderamente notable de esta sala; basta verla para atribuirla desde luego á un escultor excelente, por la gracia de su postura, la elegancia de sus líneas, la expresión del rostro y el desenfado y acierto de su expresión: obra que no por su tamaño ó su trivialidad deja de ser una joya artística, digna de ser reproducida en bronce, como tantas otras del mismo género que figuran en los salones y colecciones de los aficionados.

Las mismas condiciones de elegancia y espontaneidad hay en el bajo-relieve del reputado escultor andaluz, particularmente en todo el fragmento de la izquierda, donde figura un alegre grupo de bacantes de graciosos contornos.

En la sala segunda destacan en lugar preeminente, entre las obras conocidas, *La Tradición*, del ya citado Querol. Una anciana, teniendo agrupados en sus rodillas á dos niños desnudos, tiende los descarnados brazos en actitud de contarles una conseja que el emblemático cuervo le dicta sin duda, posado sobre el hombro con las alas tendidas. Envío de Roma durante la pensión del insigne artista, si no recuerdo mal, hay en la principal figura una como inconsciente reminiscencia del tipo consabido de la ancianidad simbolizando la tradición; pero las dos figuras de los niños, por la gracia singular de sus líneas y la belleza candorosa de su actitud, preludian una de las más envidiables cualidades del artista, cuya biografía interesante iba inserta en estas mismas columnas pocas semanas há.

No lejos de ésta se halla una figura de género, no menos conocida y admirada, de Benlliure: *¡Accidente!* El expresivo monaguillo, palpitante de verdad y de vida, que se retuerce grotescamente con el dolor de una quemadura y acude á apretarse entre los dientes los dedos lastimados, después de soltar más que de prisa el incensario donde arden las ascuas. Reproducida en bronce y por medio del grabado muchas veces, la estatuílla es uno de los modelos del género en la escultura contemporánea que, como la antigua, guarda también un lugar señalado para la caricatura intencionada y la gracia festiva ó picaresca. Bien es verdad que en barro ó mármol, como en literatura, se requiere peculiarísima aptitud para no incurrir en lo extravagante ó en lo vulgar: testigos algunos barros de la misma sección, que la extremada indulgencia nos fuerza á ver á menudo en nuestras exposiciones.

Se hallan también en esta sala *La belleza dominando la fuerza*, por Vallmitjana; el retrato de cuerpo entero del obispo Armañá, por Fuxá, notable por la expresión y el carácter de la figura; un busto de Gandarias, digno en todos conceptos del mismo; otro de Reynés, conocido también, en el que campea la distinción y la gracia propias de este autor; un Cristo, de Castellanos, con el título *Vir dolorum*, y otras obrillas en barro, de Susillo, entre las cuales cabe citar por la originalidad del pensamiento, el grupo que lleva por lema *La última gota*.

En el vasto salón de conciertos se han colocado, además, con los grandes vaciados en yeso de las estatuas que adornan el Salón de San Juan, algunos otros de grandes dimensiones. Entre los no conocidos está la hermosa estatua ecuestre de Berenguer III, por Llimona, que resalta junto á uno de los muros del salón, como obra de grande aliento, modelada con singular energía: el caballo, particularmente, en sus proporciones como en su postura, en la corrección de sus líneas como en la vida y fogosidad que el autor ha sabido comunicarle, nos parece uno de los fragmentos más acabados del artista.

J. Yxart

1.° de agosto.

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Artículo cuarto)

GALERÍAS III Á VI.

Francia

Tiene la ciudad de París pintado en su escudo heráldico un buque combatido por la tempestad, al pie del cual se lee el siguiente emblema: *Fluctuat nec mergitur.* Otro tanto podría decirse ó aplicarse á la nación francesa, cuya accidentada historia moderna hubiera bastado y sobrado para aniquilar á cualquier otro pueblo que no fuese el pueblo francés. Si se considera solamente que de un siglo á esta parte ha cambiado radicalmente ocho veces su forma de gobierno, y que durante el mismo espacio de tiempo ha empeñado formidables guerras en tres partes distintas del mundo, no se comprende esa existencia robusta con que Francia vive á nuestro lado sino concediendo que sus hijos se hallan dotados de genio y virtudes excepcionales. Rota, deshecha, humillada por los alemanes, los ejércitos aliados penetrando por segunda vez en París, el rey de Prusia coronado emperador en el palacio de Versalles, es puesta en el duro trance de una ocupación extranjera indefinida, ó del pago de una indemnización de guerra, representada por una cantidad como la historia no consigna otra igual. En tan crítico estado, todo el mundo creyó ó en la muerte del coloso rendido, ó cuando menos en una debilidad tal de su organismo, que viniese arrastrando siglos la vida congojosa y triste del anémico.

Sin embargo, no fué así, y cuando Francia, cuyo patriotismo excitó la voz autorizada del anciano Thiers, remitió á Berlín los CINCO MIL MILLONES DE FRANCOS con que se libertó de la presencia de un enemigo enojoso, el canciller

de hierro hubo de comprender su error: había pedido poco dinero y por contra había exigido demasiado territorio. A los diez años de esa hecatombe, el pueblo francés se sentía suficientemente fuerte para contener, cuando menos, la fogosidad de su adversario, y cual si deseara dar al mundo el espectáculo de su vitalidad, no satisfecha con la Exposición Universal que celebró en Paris durante el año 1878, vuelve á darle nueva cita para el año 1889. Cualquiera que sea el éxito de ese acontecimiento, quedará demostrado que Francia ha invitado al mundo á que se entere de su estado de progreso; lo cual no hace seguramente la nación que tiene motivos para ocultar su presumida decadencia. ¿No es bastante esta confianza con que se entrega al análisis de cuantos van pregonando su quebranto? Pues hela ahí que, apenas se anuncia la Exposición barcelonesa, se apresura á solicitar y obtiene en ella mayor extensión de terreno, doble cuando menos del ocupado por la nación que con más empeño haya secundado el esfuerzo hecho por nuestra querida patria. Cuatro galerías del Palacio de la Industria llenan por completo los productos franceses, cual si el adalid que se propone luchar mañana en el palenque que él mismo ha construído, estuviera tan seguro de sus fuerzas que no tuviese inconveniente en gastarlas incidentalmente la víspera del supremo combate.

El secreto de la fuerza de la nación francesa consiste en que, á despecho de tantas contrariedades, provocadas en parte por el carácter voluble de sus hijos, continúa siendo la cabeza de la raza latina, y ésta no ha perdido aún, ni con mucho, la importancia histórica de la antigua civilizadora de Europa. Tampoco puede desconocerse que Francia es rica por su suelo, que ocupa una muy ventajosa posición geográfica, que el patriotismo es la virtud dominante de los franceses y que la instabilidad que ha caracterizado sus formas de gobierno no ha trascendido por fortuna á su organismo administrativo.

EL MOISÉS DE MIGUEL ÁNGEL, dibujo á la pluma de A. Fabrés

De sus manos puede haberse escapado el timón que trazaba el rumbo de la diplomacia europea; en el terreno de la guerra puede haber sido la víctima de errores propios y de la fuerza agena, pero lo que no ha sido posible arrebatarle es el cetro del buen gusto, el predominio del genio de sus artistas, la inventiva inagotable que ha hecho de París la corte de la reina más poderosa del mundo, la corte de la MODA. Como Roma y Florencia serán eternamente las representantes del arte clásico de la antiguedad y de la Edad Media, de cuyas obras son á un tiempo rico museo y ostentoso sepulcro, así París es la ciudad de la nueva forma, el centro de la elegancia, el arsenal del gusto refinado, el gran bazar de las artes suntuarias, el déspota que manda en el capricho de las mujeres y en el bolsillo de los maridos. ¿Se quiere más?... Francia ha impuesto al mundo su idioma, su cocina y sus vinos, no porque su cocina valga más que la italiana, ni su idioma y sus vinos más que los españoles; sino porque es de buen tono que á la lista de los platos de un banquete selecto se le llame *Menú*, y porque no hay suerte de que á los comensales se les resigne á beber vino aguado sino poniendo en las botellas una etiqueta que diga *Bordeaux*. Aun en el mundo artístico no es gran maestro quien no ha obtenido premio en el *Salón* ó no ha conseguido que una *partitura* suya se cantase en la *Grande Opera* ó en la *Opera Cómica* cuando menos. Meyerbeer, de origen alemán, debió su no igualada reputación á los éxitos obtenidos en esos teatros, y Wagner no es tenido por muchos sino como un excéntrico musical, porque el público de París no ha puesto el *Visto Bueno* en sus particiones.

Pues bien, esa supremacía no se la llevarán los alemanes como se llevaron una parte del territorio francés, porque constituye la idiosincrasia de un pueblo que, en medio de sus desastres, todavía impone al mundo la ley de sus dibujantes, la librea de sus *modistos* y el peinado de sus peluqueros. Lo que esto vale en el orden económico y en el progreso industrial de un pueblo, podrá observarlo quien visite sus centros productores ó estudie meramente con alguna detención la Exposición barcelonesa.

Al penetrar en la tercera galería que es donde empiezan las instalaciones francesas, el espectáculo cambia sensiblemente. Ya no se trata de las muestras de los productos del suelo americano, ó de las típicas y reducidas industrias del Asia: el visitante, por el contrario, siente su ánimo esparcirse, su inteligencia ensancharse, excitar su curiosidad, crecer su asombro. Sin detenerse á examinar la calidad, la parte intrínseca de los productos expuestos, se siente atraído por ellos, como quien se encuentra en una atmósfera que recrea inopinadamente sus sentidos. Es el buen gusto de que hablábamos antes y que se impone por sí mismo; es que la fibra natural que establece la corriente de simpatía entre el hombre y lo bello, vibra espontáneamente al apreciar tantos objetos como recrean la vista en esas galerías. La inmensa mayoría de los productos de la industria, por no decir todos, tienen cierta analogía con las mujeres: la hermosura es la que llama primeramente la atención; sin perjuicio de que el que se proponga adquirir aquéllos ó hacer de una de éstas la compañera de su vida, investigue después la existencia ó carestía de aquellas otras condiciones, sin las cuales la belleza de la forma es una simple y peligrosa seducción.

Repuesto el visitante de esta impresión, por fortuna no engañosa en nuestro caso, lo primero que se ocurre es que Francia, entre todas las naciones extranjeras, es la única que ha dado importancia á nuestro certamen y acudido á él dándose importancia á sí misma. Esto más hemos de agradecer á nuestros vecinos, cuando tantos otros pueblos se han hecho sordos á nuestro llamamiento ó se han figurado que España, industrialmente considerada, había salido hace poco tiempo de la Edad de Piedra.

Una de las industrias francesas que más han llamado la atención de nuestro público y ciertamente con fundado motivo, es la de mobiliario doméstico. Muchos y muy valiosos ejemplares de ella se han exhibido en el certamen, que á buen seguro causarían aun mayor efecto á estar instalados con más desahogo, pues únicamente la casa Dumont y Compañía de París ha presentado un riquísimo mueblaje de salón y dormitorio en condiciones de producir la impresión debida. Los ebanistas franceses han hecho de su industria un verdadero arte bello, pues no solamente son artísticos los dibujos de sus productos, sino que entra por mucho en ellos el concurso de la pintura y de la escultura. Esto es debido principalmente á que después de haber inventado muchas, nuevas y caprichosas formas para toda clase de muebles, se ha venido á parar en que ninguna de las de construcción moderna ha conseguido aventajar á las de estilo Luis XV, en cuya confección tan interesante parte tomaron los artistas de aquella época. Al género, pues, Luis XV pertenecen la mayoría de los muebles instalados en la sección francesa, en los cuales entra por mucho el dorado, el bordado en sedas de colores, la decoración pictórica y las incrustaciones de bronce, nácar y marfil, formando combinaciones de exquisito gusto. Véanse en prueba de ello, los objetos expuestos por Dienst, Lemoine, que ha presentado, entre otros muebles, un elegantísimo espejo de tres cuerpos, Roux y Bonnet, Grimart, Zwiener, y Chevri, casi todos de París.

En muchas de las etiquetas de fábrica se ha consignado el precio de los muebles á que aquéllas corresponden, sistema que á nuestro modo de ver, debiera haberse aplicado á todos los artículos que figuran en la Exposición. Con efecto, un certamen universal ha de producir forzosamente una competencia de pueblo á pueblo y aun de industrial á industrial. El mérito absoluto de un objeto lo hace más ó menos apreciable en el terreno de la industria; pero en el terreno del comercio aquel mérito está relacionado íntimamente con el precio del artículo. Y como las Exposiciones universales obedecen, dígase lo que se quiera, á un pensamiento mercantil, el resultado es deficiente cuando no pueden compararse á un mismo tiempo los productos similares y sus precios. Se dirá que para dar toda suerte de noticias se hallan á mano los dependientes de las casas expositoras y las delegaciones oficiales de cada nación. Sin embargo, este medio no suple al más sencillo de marcar los precios en los objetos, lo cual, después de todo, aumentaría sin duda alguna el número de las ventas.

De los precios señalados á muchos muebles de la instalación francesa no podemos deducir si ésta los fabrica más ó menos económicamente que otra: lo único que de ellos resulta es que el mobiliario de una casa puesta con cierta elegancia ha de costar un sentido. Y siendo bastantes en número los expositores de ricos muebles y de artículos suntuarios de Francia, hemos de presumir que en ese país se da grande importancia al *confort* doméstico; lo cual ha de contribuir grandemente al progreso de las in-

SALÓN DE 1888

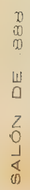


LA TEMPESTAD, cuadro de E. Vaix





PARA LA FIESTA DE MARIA, cuadro de Eduardo Grutzner expuesto en la Exposición internacional de jubileo de Munich



VOLVIENDO DE LA PRIMERA COMUNION cuadro de Alfredo Guillou

dustrías relacionadas con este ramo principal de la vida sociable.

Hemos indicado que la vecina República ha expuesto bronces artísticos y en este ramo la producción no ha sido igualada siquiera por otra nación alguna. En gran número son las estatuas y los grupos que llaman la atención del visitante y que acreditan los talleres de Grandin, Julio Honti, Amyot, Vidie, Bertrand y otros. Estos bronces van firmados por artistas de primera fuerza y no sin pena se renuncia á su adquisición por aquellos felices mortales que al amor de lo bello unen el dinero necesario para dejarse caer en la tentación. Los que no se encuentran en este caso pueden adquirir á mucho menos precio imitaciones de esos bronces y de toda suerte de esculturas de metal, marfil ó madera, fabricadas con cierta pasta que adquiere gran dureza y facilita extraordinariamente el trabajo. Danielli ha expuesto estatuas y jarros obtenidos por este procedimiento y su efecto es completo, completísimo. Esta nueva industria, de la cual hay asimismo preciosos ejemplares en la sección española, puede contribuir eficazmente á generalizar la posesión de verdaderas joyas del arte.

(Continuará)

EL DIPUTADO PYAT Y EL PRESIDENTE FLOQUET

(HISTORIA CONTEMPORÁNEA)

Este Félix Pyat, bien mirado, resulta uno de los personajes más originales de Francia. Dramaturgo, muy dramaturgo, novelista, muy novelista, cree que los problemas políticos deben despertar las emociones despertadas por un argumento escénico, y que se cambia una sociedad como pueda una decoración cambiarse. Do quier topa con una tragedia social, allí entra; theurgo en ideas como los pensadores asiáticos; revolucionario de profesión, aunque no de temperamento. Nacido en las provincias centrales, educado por una entusiasta madre y un padre calculador; desde su infancia recluído en colegios que lo prepararon á la carrera del foro; abogado y jurisconsulto de oficio más tarde, si bien siempre poeta y escritor de vocación; ya en la segunda enseñanza mostró sus ideas, ofreciendo en banquete de colegiales brindis caluroso á la Convención, reemplazando en la presidencia de su mesa el busto de Carlos X con el busto de Laffayette, y durante los últimos días de la Restauración francesa pugnó para que las letras revolucionarias compartieran el dominio sobre la juventud con las letras clásicas; y al estallar las jornadas de Junio el año 30 estuvo con los combatientes, é invocó la olvidada República; y en la monarquía de Luis Felipe aguzó todas las armas, desde las científicas hasta las teatrales, contra el monarca; y en la primera constituyente republicana del 48 pronunció calurosos discursos con ardientes declamaciones en pro del trabajador; y en la legislativa subióse á la montaña, protestando contra todas las reacciones, y descendió de la montaña para combatir, aunque rápidamente, allá por las cimas de las postreras frágiles barricadas; y en el transcurso de los veinte años de imperio no descansó ni un día, empleando desde las más reprobables frases regicidas hasta los más soeces dicterios comunistas, y proponiendo loores y apologías así al veneno de los Borgias como á las balas de los Orsinis, con tal que libertaran la tierra del tirano; y en cuanto se proclamó la tercera República hasta el día de la Comunidad revolucionaria, combatió con la misma furia, con análogos insultos á los lanzados antes al César y al cesarismo, así al gobierno de París sitiado como al gobierno de Tours afligido, así al gobierno de Burdeos como al gobierno de Versalles, tañendo á rebato la sonora campana de su estilo, é incendiando al pueblo en cólera con los vistosos cohetes y los ruidosísimos petardos de sus revolucionarias ideas.

Yo no conozco un literato de más viveza en la frase y de menos resplandor en la idea. Las tinieblas que derraman sus utopias, me parecen tinieblas candentes; queman y no iluminan. Conmueve algunas veces, instruye, penetra hasta el espíritu, despierta el ideal, pensando con elevación, sintiendo con profundidad, expresando lo que siente y lo que piensa con verdadera sencillez. Delicado, el episodio suyo las Hijas de Sejano; animadísimo, el drama Diógenes. Pero las más veces frisa con la decadencia, cargado de interrogaciones, admiraciones, puntos suspensivos, paréntesis largos, imágenes extravagantes, paralelos absurdos, hipérboles inverosímiles, antítesis rebuscadas, arcaísmos y neologismos arbitrarios, toques de color chillones mezclados con toques de oscuro, donde las sombras toman relieve; tránsitos de lo grotesco á lo sublime, que confunden las espirales de la mirra del Sinaí con los vapores de la taberna, y el mármol de Paros, en que se encarna la Venus de Milo, con los cascabeles de arlequín y de payaso. No le creáis un tribuno popular, un político sabio, un periodista, un orador; creedlo un dramaturgo que atiende á sus frases de subido efecto, á sus escenas de ansiedad, á sus argumentos de interés, á los embrollos de sus nudos, á inesperado y súbito desenlace, como si el mundo fuera un eterno teatro. Así, alma de poeta, carácter de niño, corazón de mujer, mientras las tragedias pasan por su cerebro caldeado, es un héroe y un mártir; pero en cuanto á la realidad toca y se desencadenan á su vista con toda su furia las revoluciones en plazas ó calles, y las piedras se apilan, y los fusiles truenan, y los combatientes caen, y la sangre salta, y la muerte se pasea por campos de terrible carnicería, los nervios se sobreponen á todo en él, ahuyéntanse las ideas del cerebro á los latidos de un corazón atribulado, y corre á esconderse con el terror y el remordimiento de Caín, hasta el punto de que por huir á su conciencia se huiría el infeliz á sí propio. Nacido con alas como de paloma, que no quieren descansar nunca sobre la tierra, con sentimientos de poeta que se absorbe místico en los espectáculos de la naturaleza y en los espectáculos del espíritu, con amor frenético al aplauso y al incienso, sus sienes laten por las coronas de rosas tejidas en el teatro, y no por las coronas de abrojos tejidas en el combate: ha debido, pues, trocar su toga de tribuno, que pesa como plomo, por su túnica de poeta, que resplandece como luna; tañer la cítara de cantor para la cual han sido sus manos hechas y no para el puñal regicida, pues carece completamente de las fuerzas de Bruto. Así, unos le han llamado revolucionario de gabinete, otros conspirador de vagón, éstos combatiente de frases, y casi todos han maldecido de las violencias de su lenguaje y de las timideces de su vida. Metido en la revolucionaria Comunidad, y comunero impenitente hoy aun, habló mucho y deprisa en el momento de las ilusiones, para correr aún más deprisa en el momento de los peligros. Creed que da grima considerar un pueblo como Francia, tan grande y revelador, á merced y arbitrio por completo de unas elecciones así, donde tales instintos gritan y tales utopias centellean. La elección de Pyat en este período, se parece mucho á la elección de Proudhon el año 48. Entonces nació un terror á cuyos sacudimientos vino el Imperio, y ahora nace otro terror á cuyos sacudimientos puede venir la dictadura. Marsella y París no sabrán nunca el daño que han hecho, y la debilidad que han traído á la República y á la democracia con sus malditas elecciones.

Aunque haya ocupado altos puestos, pocos, muy pocos recuerdan las causas á que ha debido el hoy presidente del Consejo su elevación y engrandecimiento. Republicano de verdadera sinceridad, orador de grandísima fluidez, político de vieja experiencia, nunca llegara en su crecimiento é influjo á donde ahora está, sin la desmedida fortuna granjeada por tantas y tan extraordinarias circunstancias á su nombre y á su historia. Feliz coyuntura le procuró súbita notoriedad. Corría el año 1867, y en su mes de agosto llegaba desde Petersburgo el emperador Alejandro de Rusia. Cuando el Czar volvió de tales excursiones, díjole Gortchakoff, su canciller, con suavísimo respeto, que nunca debió acercarse á tamaño volcán de ideas. Y en efecto; por do quier pudo notar el humo que le asfixiaba y la candente lava que le perseguía. Fué á la Ópera, y una vez llegado á sus inmediaciones, atronador grito de «¡Viva Polonia!» llenó los aires. Aquel grito era como el eco de las palpitaciones sentidas por el corazón de Francia, la cual no podía mirar indiferente de ningún modo el martirio de su infeliz hermana, de Polonia, esa Grecia del Norte. Y estas manifestaciones se prolongaron de manera bien alarmante para el gobierno francés. Acudió el Czar al Museo de Cluny. En el momento mismo de llegar, una gran multitud de estudiantes apiñada en su puerta, grito: «¡Viva Polonia!» De allí se dirigió el Czar al Palacio de Justicia. Los abogados, revestidos de sus togas, gritaban: «¡Viva Polonia!» como indicando que en este templo de la ley no podía entrar sin oir una protesta contra el que había violado todas las leyes y sostenido la inicua supresión de un pueblo. Cuando el Czar vió la triste acogida que hallaba en el Palacio de Justicia, su casi divina persona retrocedió sin pisar ni las escaleras. Entró en la santa Capilla, y en el mismo santuario de la Edad media, donde parece que debía dormir el espíritu de obediencia y de servidumbre, oyó la voz del siglo décimo nono, rebelándose contra la infame crucifixión de Polonia. Por la noche, cuando á cualquier espectáculo iba, grandes grupos invocaban la resurrección del martirizado pueblo con estruendosas aclamaciones. Y la policía, para evitar este dolor al huésped del imperio, arremetía con los manifestantes, y realizaba enorme número de súbitas detenciones. La prensa contribuyó mucho á tales desahogos, por haber dado la consigna de que todo el mundo gritase: «¡Viva Polonia!» Pues bien, tradición, leyenda, historia, lo cierto es, que todos creen principal vociferador de semejante grito á Floquet, por haberlo lanzado en las puertas mismas del Tribunal que había querido Alejandro visitar y conocer. Dicen que vestía la toga, que llevaba puesto el bonete, que iba presidiendo un grupo de abogados al proferir aquella siniestra palabra de tanta y tan terrible resonancia. Mucho le ha dañado el recuerdo para los progresos y la prosperidad de su posición política en las propensiones que tiene Francia hoy hacia grandes alianzas con Rusia; pero no puede negarse que le sirvió mucho en los comienzos y en los orígenes de su rápida carrera.

Pero no fué, no, esta la causa principal de su notoriedad. Un proceso muy célebre hizo su nombre muy popular, hasta universalizarlo. Tenía el emperador un primo hermano, Pedro Bonaparte, que contrajera desigual matrimonio. Esta circunstancia le sirvió de pretexto para de su lado alejarlo y á distancia de su trono tenerlo durante todo el reinado. La violencia era el rasgo distintivo de aquella naturaleza. Como los volcanes salía de pronto su negra alma en erupción, y lo abrasaba y lo consumía todo bajo las ardientes lavas de sus pasiones sin freno. Cuentan que, á la manera del héroe de la leyenda antigua, mordía el pecho de su nodriza, como si en vez de leche, buscase para nutrirse humana sangre. El amor desordenado de sí le condujo á la cólera; y la cólera le condujo á odiar todo aquello que no fuera él mismo. Por largos años condensaba en su pecho nubes de odio, las cuales concluyeron lloviendo mares de hiel. Los que le habían visto en esos instantes colérico de una cólera por largo tiempo condensada, lo han pintado, las sienes resonantes á los martillazos de la ira, el corazón henchido de sangre, lívida la color, trémulo el labio, la voz entre aflautada y ronca como los maullidos del tigre, contraídos todos los músculos, apretados los dientes, abiertas las narices como para respirar el hálito que se escapaba de su volcánico pecho, caídas las cejas cual dos negras sombras sobre los ojos fulgurantes con el fosfórico fulgor de los ojos del gato y de la lechuza, parecido á la estatua del gladiador en cólera, y á las figuras de los condenados en los frescos de Orvieto, y al héroe antiguo arrastrando, ceñido á su carro de guerra, el cuerpo de su rival en torno á las murallas de Troya. Un día dos periodistas, Pascual Grousset y Enrique Rochefort, insultaron á su familia, en el natural apasionamiento engendrado entonces por la terrible oposición al Imperio. Pedro Bonaparte, á quien su condición de Príncipe, si quier en desgracia, y de la corte apartadísimo, debía imponer cierta prudencia, faltó por completo á todas las consideraciones que debía tanto á sí mismo como á su primo, y envió un reto de terrible desafío á los escritores, zahiriéndolos é insultándolos. No podían pedir éstos cosa mejor y más conducente á sus fines de oposición rabiosa que la carta ó cartel de reto destinado á promover un fragoroso estruendo. Así es que aprovecharon la coyuntura ofrecida por aquel insensato, para mandarle sus respectivos padrinos y admitirle un duelo á muerte. Rochefort les mandó y los mandó también Grouset; pero este último se adelantó algo al célebre libelista.

Eran los padrinos de Groussett, Ulrico Fontvielle y Víctor Noir. El primero, bajo de estatura, nervioso de temperamento, republicano de arraigadísimas convicciones, uno de los mil que pelearon junto á Garibaldi en la expedición á Sicilia, soldado en los ejércitos del Norte de América, escritor en la prensa de París, pertenecía á los agitadores y revolucionarios de Francia. El segundo era un joven que comenzaba entonces á escribir y que se atraía la atención por su carácter verdaderamente amable, por su bondad de sentimientos, por su gracia, por su cariño á la familia, á los amigos, por sus inagotables bondades. De veinte años apenas, de robusto temperamento, de fidelidad inquebrantable, llamábanle los suyos con el mote verdaderamente expresivo de perro de Terranova. Y en efecto, como esos perros que buscan á los extraviados en medio de los ventisqueros de los Alpes, y á los náufragos en medio de las olas del Océano, Víctor Noir era todo corazón, todo sentimiento, todo amor, dispuesto siempre al sacrificio y teniendo la abnegación como una necesidad de su alma.

En aquel día, 10 de enero de 1870, habíase levantado más alegre que nunca, y había departido largamente con su vieja ama de llaves sobre los preparativos de su próximo casamiento. Nada descuidó para presentarse con dignidad en casa de un príncipe. Se puso su mejor traje, se cepilló con más esmero sus botas, encerró sus manos en finos guantes. Todo le sonreía, su juventud, sus recientes triunfos en la prensa, sus amistades con los jóvenes más célebres de París, su próximo enlace con la mujer de su preferencia, con la elegida de su corazón, con la esposa ya de su alma. Reuniéronse los dos padrinos y marcharon á la casa del príncipe. Poco les hicieron aguardar, y pronto los entraron en salón espacioso. La casa parecía un convento. Habitóla en otro tiempo el filósofo Helvecio, y en ella reunió á cuantos se interesaban por el progreso de la ciencia. Tenía mucho de retiro, mucho de claustro.

Ya en el gran salón, Ulrico Fontvielle permaneció casi inmóvil, apoyado en el alféizar de una ventana. Víctor Noir, al contrario, más joven, más alegre, más decidor, menos probado por los azares de la guerra y por los dolores de la vida, se miraba en los espejos para ver si hacía su traje alguna arruga, y descifraba cierta inscripción italiana puesta al pie de un retrato de la familia de los Bonapartes. De pronto, el pestillo de una puerta, que conducía á las habitaciones interiores del príncipe, se descorre y una sombra se dibuja. A pesar de haberse abierto la puerta no entró Pedro Bonaparte, sin duda indeciso todavía entre su deber y su cólera. Por fin, apareció en la sala. Llevaba un traje de casa con anchos pantalones, en cuyos bolsillos tenía metidas ambas manos. Los dos jóvenes se inclinaron profundamente y el Príncipe apenas les respondió. Sin saludos, sin cumplidos de ninguna clase, dirigióse á ellos bruscamente, con gran de insolencia y les preguntó con voz á un tiempo aflautada y ronca, si venían de parte de Rochefort. No, – dijeron á una ambos jóvenes, – venimos de parte de Grousset. El príncipe, que aguardaba en aquel momento á su mayor enemigo, al blanco de todos sus odios, el objeto de todas sus cóleras, extrañó mucho la inesperada intervención de aquel nuevo personaje en su drama. Fontvielle le tendió la carta de Grousset, en la cual decía éste al príncipe que, ó retractara sus artículos publicados en Córcega, ó le diera satisfacción por las armas. El príncipe se dirigió á una ventana, leyó la carta, estrujóla un poco entre sus manos, la arrojó arrugada á un sillón y se volvió á los padrinos.

– «He provocado, – dijo, – á Rochefort, porque es el porta-estandarte de la crápula. En cuanto á Grousset, no tengo nada qué responder. ¿Son ustedes por ventura solidarios de esos pillos?»

– «Somos, – respondió Víctor Noir, – solidarios de nuestros amigos.»

Apenas habían resonado estas palabras, cuando el príncipe Bonaparte, pálido como la muerte, porque toda la sangre se le había agolpado al corazón, ciego



EL PRIMER CASTIGO, cuadro de R. Ferruzzi

como la ira, con la espuma de la hiel en los labios, ágil como un tigre, da un paso, alza la mano izquierda y la descarga sobre la mejilla de Noir, saca la mano derecha del bolsillo de su pantalón en que llevaba una pistola amartillada, y á quemarropa la dirige sobre el infeliz y confiado joven.

Noir, herido de muerte, dió un salto, se apretó con ambas manos el pecho, derramó de sus ojos, iluminados por súbito resplandor, miradas supremas y reveladoras de su muerte, y salió casi de espaldas por la misma puerta por donde había entrado.

El homicida se lanzó entonces sobre Ulrico de Fontvielle, y le disparó á quemarropa otro tiro. Entonces Ulrico asió fuertemente una pistola que llevaba en su bolsillo, y mientras pugnaba por sacarla de su funda, el príncipe se adelantó en ademán de golpearle, pero viéndole armado, echóse sobre la puerta que conducía á las habitaciones interiores, y apuntó á la cabeza del comovido Ulrico. Este tuvo entonces un momento de lucidez y de previsión. Comprendió que si disparaba le achacarían la agresión, y se lanzó á salir pronto de tan horrorosa caverna. El príncipe disparó un segundo tiro, que llegó á traspasar su gabán, sin llegar á tocarle milagrosamente en el cuerpo. Al salir á la calle tropezó con Víctor Noir, que había tenido fuerzas bastantes para bajar la escalera, y que había caído muerto en medio del arroyo. A tal momento, llegan en coche los dos padrinos de Rochefort y bajan; pero Fontvielle, de rodillas en la calle, la una mano sobre el cuerpo de su amigo y la otra señalando á la casa del príncipe les grita: «No entréis; ahí se asesina á los hombres.»

Promovióse por consecuencia de todo esto una célebre causa, y en esta causa Floquet mantuvo los derechos á una indemnización civil de la familia y ganó el pleito. Desde aquel entonces, lo célebre del hecho, lo aparatoso de la escena, la resonancia en todos los periódicos, la emoción universal, diéronle al abogado de la familia tanto renombre, que debía servirle, y le sirvió en efecto, para su carrera política. Sin embargo, habiendo combatido en muchas elecciones generales, jamás obtuvo durante la dominación imperial victoria ninguna, y no pasó de candidato, muchas veces favorecido con copia verdadera de votos. Sus ideas particulares, y las relaciones adquiridas en todas estas fases de su historia, comprometiéronle con el partido radical y le prestaron el color subido, que todavía hoy ostentan. Con tales compromisos, no debe maravillarnos ciertamente que se asentara en la extrema izquierda, cuando el parlamento de Burdeos; ni que vacilase con grandes vacilaciones entre Versalles y París, cuando estalló la revolución comunera. Como radical ha votado siempre con la extrema izquierda; y como radical, subido á la presidencia, donde le pusieron también esos monárquicos pesimistas que se usan en Francia, hoy acostumbrados á todos los extremos. En sus programas de hoy, hállase, pues, un artículo de gravedad, tanta, como la revisión del pacto fundamental, y acaso, acaso, la reforma del senado vigente, por lo menos en su origen y en su elección. Dicho esto, bien podéis creer que digo todo lo fundamental de mis juicios, pues yo tengo por la mayor calamidad que puede caer sobre Francia en estas horas angustiosísimas una revisión del pacto constitucional y nuevas alteraciones en la forma y modo de nombrar la cámara senatorial. El tiempo robustece todas sus creaciones. La encina, que recién brotada, puede á cualquier viento doblegarse, resiste los huracanes y los siglos, cuando ya tiene alguna fuerza, que sólo ha podido adquirir con la edad. Esa Constitución de la República estará siempre incierta, y en bien movedizo terreno, mientras no le presten los años aquella pátina del tiempo y aquella solidez de complexión, que sólo ellos ofrecen y prestan. Cualquier amago de reformar la Constitución ahora paréceme un crimen tan grande, que frisa casi con la traición, agravada por una increíble torpeza. La revisión constitucional es el error de los errores. Estas diferencias de apreciación política no pueden obstar al profundo aprecio en que tengo la persona de Floquet y al intenso cariño que le debo. Su honradez en la vida pública y privada, su caballerosidad y elevación de sentimientos, el patriotismo que le anima, el culto á las ideas por cuyo triunfo lo sacrificaría todo en el ardor de una fe tan rara como intensa, le dan derecho á la estimación universal é inspiran universal consideración, y merecen á cuantos tenemos la honra de llamarnos sus amigos afectos inextinguibles de profundo y cariñoso respeto.

EMILIO CASTELAR

EL UNO Y LOS CEROS

CUENTO

La Aritmética es, como todos saben, una de las islas que pertenecen al archipiélago llamado de las Matemáticas.

Aquel pueblo se compone de números enteros, quebrados y mixtos; así como en España hay hombres de talento, ignorantes y medianías. No es aquella una nación, preciso es confesarlo, de las más civilizadas; el bello ideal de aquellos insulares consiste en extraer al prójimo la raíz cuadrada, y aun la cúbica, procurando siempre multiplicar para sí, y dividir para los demás.

Con lo dicho basta para que el lector no se maraville al saber que el Monarca absoluto y tiránico de aquel dichosísimo país es el último vástago de la muy ilustre, augusta é inmortal dinastía del *Tanto por ciento.*

La historia política de la Aritmética está llena de interesantes episodios; pero ninguno como el que voy á referir.

Los *ceros*, individuos de la más ínfima clase, sufrían incesantemente la presión tiránica é inconsiderada de ciertos personajes que figuraban al frente del gobierno, tales como el 145'000 y el 63'804, presidente del Consejo y ministro de Hacienda, respectivamente, cuyos números resultaban premiados siempre en todos los sorteos de la lotería nacional.

A los desventurados ceros se les hacía pagar toda clase de impuestos y contribuciones directas é indirectas; se les obligaba á llevar siempre á cuestas un legajo de documentos justificativos de su insignificante personalidad; á ellos se les hacía sufrir todo el peso de la ley por un quítame allá esas pajas; no podían tomar asiento en las Cámaras populares, ni defenderse por medio de la prensa, ni reunirse en comité pequeño ni grande, para tratar de defender sus intereses.

Los *unos* pertenecían á la clase media, y aun muchos de ellos intentaron probar, mostrando al efecto frondosísimos árboles genealógicos, que descendían por línea directa de los *hunos*, nombre de un pueblo bárbaro y conquistador que al degenerar y venir á menos había perdido la *hache*, letra, en verdad, bien poco resonante, que no pudo jamás competir con una de cambio, únicas que allí figuraban. Pero ¿qué queréis? Cada cual se da importancia con lo que puede, y en último resultado, la manía de los pergaminos es la más cándida é inocente de las manías conocidas desde Adán hasta Juan Pérez.

Los *unos*, sin embargo, podían aspirar á ser diputados á Cortes, y muchos de ellos lograban escalar sin grande esfuerzo un elevado puesto oficial.

Sucedió en cierta época, no bien señalada en las crónicas, que los *ceros*, hartos ya de tantas injusticias y arbitrariedades, reuniéronse un día á la chita callando, y después de breve y acalorada discusión, determinaron sublevarse contra los poderes constituídos apelando al recurso de la fuerza.

–¡Pido la palabra! – gritó una voz del centro más nutrido de las masas.

Era un *uno* que se había introducido furtivamente en aquel secreto club revolucionario.

–¡Que hable! – exclamaron los *ceros.*

–¡Ciudadanos! – comenzó diciendo el orador: – Evitemos la efusión de sangre; subamos legalmente al poder al amparo de la justicia y no clavemos nuestros innovadores proyectos de ley en la punta de las espadas. Los gobiernos que se imponen á la opinión pública á cañonazos, jamás lograron una vida larga y pacífica. ¡Nada de revoluciones! Os veo á todos exaltados é iracundos, mas recordad que la ira, como decía Séneca, es una locura momentánea... y por lo tanto, las consecuencias de todo aquello que la locura dicta serán irracionales y funestas. Pensad que la injusticia se comete de dos modos, ó con la violencia ó con el fraude, *injuria fit duobus modis, aut vi, aut fraude.* No hagamos valer nuestros santos derechos con las armas de que se vale la injusticia y tomemos posesión legal de los escaños de la Cámara; nombradme para esto diputado, y yo sabré defender allí nuestros intereses con el entusiasmo y patriotismo que convienen al que vela y aboga por la causa popular.

Frenéticos aplausos resonaron al fin de este discurso;



PLAYA EN LAS COSTAS DE CATALUÑA, cuadro de F. Alarcón

bien es verdad que nadie comprendió aquellas palabras exóticas, intercaladas en la dicción, pero esa misma circunstancia realzó su mérito.

– No nos engaña, como otros, con frases pomposas y huecas, – decían unos.

– ¡Y es un sabio! – añadían otros. – ¿Habéis oído aquella máxima rusa?

– No, que la dijo en griego.

– ¡Nombrémosle nuestro diputado!

Un *cero* se puso á la derecha del *uno*, que desde aquel momento ya valía por diez; otro *cero* se le unió: valía por ciento. Después fueron todos colocándose en larga fila detrás del *uno*. Calcúlese el valor que en un santiamén adquirió el *uno*: 10000000000...

Entró, pues, triunfante en el Congreso, derrotando al gobierno en menos que canta un gallo. El 145'000 puso pies en polvorosa al ver que se le venía encima aquella nube de millones, á cuya sombra comenzaron á hacer papel hasta los mismos *quebrados*, es decir, los ignorantes. No faltó ⅓ osado que lograra alcanzar la cartera de Hacienda, en reemplazo del 63'804, y los números *mixtos* no les fueron en zaga á los *quebrados*, pues siendo gentes despreocupadas que, como la *romana del diablo*, entraban con todos, volvieron la casaca y se unieron al nuevo jefe de partido.

Pero ¡ay! pronto el encumbrado *uno* comenzó á olvidarse de aquellos á quienes debía el ambicionado puesto que ocupaba, y si bien al principio pronunció rimbombantes discursos, que fueron muy ensalzados por los que á su sombra medraban, acabó por no cumplir ni uno sólo de los artículos de su programa político.

Los *ceros* comenzaron á murmurar, descontentos de aquella execrable conducta de su jefe, y observando esto el presidente del gobierno caído, Excmo. Señor 145'000, se propuso sacar partido de las circunstancias atacándole en el Congreso con discursos-torpedos, capaces de conmover las pirámides de Egipto.

Viéndose el *uno* en peligro, trató de anexionarse al 145'000, y al final de una de sus peroraciones dijo:

– Mucho me extraña que S. S. me increpe tan duramente, pues en realidad nuestro credo político se parece como una gota de agua á otra. Podríamos formar un gran partido, ya que en lo esencial estamos paralelos...

– ¡No estamos para... *lelos*! – gritó el 145'000.

Esta frase produjo gran hilaridad en la asamblea, y hasta el Presidente abría para reir una boca tamaña.

Esta fué la última batalla que libró el *uno*; convencidos los *ceros* de que, como siempre, se les había engañado, fueron pasándose poco á poco de la derecha á la izquierda, convirtiendo á su jefe mediante una coma (voto de censura) en una insignificante fracción decimal: 0,000000000... 1.

El 145'000 cantó victoria.

Y desde entonces se estableció como un axioma en aquel país, y en otros muchos, la creencia de que no hay políticos *sin-ceros*.

RAMIRO BLANCO

EXPERIMENTOS DE ELECTRO-ESTÁTICA CON LÁMPARAS DE INCANDESCENCIA

En un reciente número del *Scientific American*, M. Elmer E. Emmons señala cierto número de experimentos de electro-estática, á los cuales se prestan fácilmente las lámparas de incandescencia, y nos ha parecido interesante registrarlos en nuestras columnas, porque casi pueden figurar entre los experimentos de física sin aparatos, estando tan generalizadas hoy dichas lámparas.

El material necesario para estos experimentos se reduce á una lámpara de incandescencia, dos ó tres bolas y un pedazo de tafetán ó de cualquier tela de seda.

Después de haber calentado ligeramente la botella, si se frota con un pañuelo de seda, se puede realizar el experimento fundamental y clásico de la atracción de los cuerpos ligeros. Una regla llana y ligera, colocada sobre una botella redonda y vuelta, puede ponerse en rotación aproximando la lámpara á uno de sus extremos (fig. 1), constituyendo así un electroscopo de los más sencillos.

Si se tiene la lámpara con una mano en la oscuridad y se frota la botella con un pedazo de tela, se llenará el interior del globo de un resplandor blanquecino característico del efluvio (fig. 2). El frote de la mano da los mismos resultados, si se pasa rápidamente por la superficie del globo.

Si después de haber frotado se toca la superficie de la lámpara se iluminará al instante el interior de la misma, y podrá repetirse muchas veces el experimento, sin que sea necesario frotar la botella.

El mismo fenómeno de iluminación eléctrica se observa en una caja que contenga cierto número de lámparas en confusión; cuando se remueve ligeramente la caja, se manifiesta el resplandor eléctrico en la masa entera de las lámparas así removidas.

Pero como botella de Leyden ó condensador, es sobre todo como presenta propiedades notables la lámpara de incandescencia.

Si se tiene la botella en la mano y se acerca la parte metálica á una máquina eléctrica en función, esta lámpara se carga bastante enérgicamente: la persona que tiene la lámpara hace entonces el oficio de armadura exterior puesta en el suelo.

La lámpara-condensador puede cargarse igualmente por medio de un electróforo ó con una correa electrizada, como las que se ven con frecuencia en los talleres y en las fábricas.

Puede cargarse el condensador, ya por la persona que tenga la lámpara, ya por otra distinta que toque la montura metálica y cierre el circuito al través del suelo. Si se deja la lámpara cargada mucho tiempo, se descargará de suyo, saltando la chispa de la parte metálica de la montura á la mano del experimentador, que lo echará de ver por un ruido seco y un choque eléctrico muy característico: tomando la botella muy lejos de la montura, se pueden obtener chispas de 7 á 8 centímetros de longitud (fig. 3).

Para obtener un condensador de gran capacidad, es menester pegar una hoja de papel de estaño á la superficie de la lámpara hasta una distancia de 3 á 4 centímetros de la montura metálica y unir con el suelo esta armadura con un alambre de cobre, lo que basta generalmente.

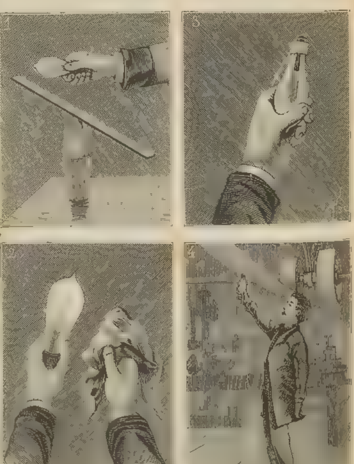
En estas condiciones se carga rápidamente la lámpara, si se fija un hilo metálico en la montura y se acerca 5 ó 10 centímetros á una correa electrizada (fig. 4): las descargas se producen entonces á la superficie del globo entre la montura y el borde de la hoja de estaño. Durante la carga se llena la botella de un resplandor azul pálido, y en el momento de la descarga aparece todo el globo vivamente iluminado en el vacío y no por la incandescencia del filamento, como debe suponerse.

La rotura del filamento no modifica las propiedades electro-estáticas de una lámpara de incandescencia, y así pueden utilizarse las lámparas inservibles para repetir estos experimentos.

La explicación de las propiedades de la lámpara de incandescencia, como botella de Leyden, es de las más sencillas. El vacío hecho en la lámpara constituye un conductor excelente que se aplica de una manera perfecta al interior del globo para constituir la armadura interior de la botella, armadura puesta en comunicación con la montura exterior por las ligaduras de platino y el filamento que penetra en este medio conductor.

Por otra parte, el poco espesor del vidrio de las botellas suministra, para una superficie dada, una gran capacidad electro-estática al sistema, pues sabido es que esta capacidad es, en igualdad de condiciones, inversamente proporcional al espesor del dieléctrico. Todas las condiciones esenciales indicadas para la teoría, se encuentran, pues, reunidas, para hacer de la lámpara de incandescencia un excelente condensador, sobre todo si se tiene cuidado de guarnecer su superficie exterior con una hoja de papel de estaño.

(De *La Nature*)



Figs. 1 á 4. – Experimentos de electricidad estática hechos con lámparas de incandescencia. – 1. Atracción eléctrica. – 2. Efluvio. – 3. Chispa. – 4. Manera de cargar una lámpara de incandescencia con una correa electrizada.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artistica

Año VII — Barcelona 13 de agosto de 1888 — Núm. 346

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Á PASO DE CARGA cuadro de K. Herzl

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

Á PASO DE CARGA, cuadro de K. Herzl

Dice el *cabo Peralta* en una popular zarzuela española:

«¡Qué vida tan perra
La del militar!...»

Y en verdad que el malogrado Olona estaba en lo cierto, salvos los brevísimos paréntesis del género pintado por Herzl.

Para el humilde soldado, ser pasivo, autómata obediente, no se ha hecho placer alguno que suponga empleo de tiempo: por esto confunde al enemigo y á la mujer en su conducta; á uno y otra vence á paso de carga.

No hay que culparle por ello: el descanso no se ha hecho para el soldado. La diana, la limpieza, la revista, el rancho, la guardia, el ejercicio, la academia ocupan por completo sus días y sus horas, que se suceden con una monotonía abrumadora. Ni siquiera le es dado olvidarse de la ordenanza al lado de la mujer de sus pensamientos: á lo mejor del amoroso coloquio suena el clarín de marcha que le llama á las filas, so pena de cometer delito de deserción. En tal caso ¿es de extrañar que, apremiado por la disciplina, se permita estampar un ósculo de despedida en las mejillas ruborizadas de alguna Dulcinea de cocina?

Tal es la situación reproducida por Herzl con singular acierto. No diremos que la conducta del soldado sea la más correcta; pero si á la milicia no le fuera tolerado algún desahogo ¿cómo se encontraría quién afrontase la muerte por el simple amor platónico de la patria que ni siquiera escribe el nombre del soldado en la tosca cruz que protege su sepultura?...

EDUARDO DE BANERSSFELD
Busto-relieve de Brandstetter

Banerssfeld es apellidado el Aristófanes de Viena. Sus comedias son fotografías de la sociedad en que ha vivido; sus tipos están perfectamente tomados del natural; cuando en sus obras se refiere á tiempos pasados pueden considerarse estudios ó fragmentos de la historia de la sociedad alemana. Es el decano de los autores dramáticos, tiene 85 años de edad; pero los laureles ganados con su trabajo han sido de tan buena ley, que se conservan verdes y lozanos como el primer día en que un público entusiasmado los ciñó á su frente.

UN SACRIFICIO Á MOLOCH, dibujo de G. Motte

Moloch ó Baal, que parecen ser una misma divinidad cartaginesa, eran en aquel mito algo semejante al Saturno del paganismo. Ambas deidades eran á cual más horrible y sus enojos supuestos únicamente se aplacaban con sacrificios humanos. En este punto bien puede asegurarse que Cartago precedió y superó á Roma. Tan arraigada estaba en aquel pueblo esa horrenda costumbre que cuando Gelón, despues de haber vencido y destrozado á trescientos mil cartagineses, les impuso, mejor que les aceptó, la paz solicitada, estipuló con ellos que habían de renunciar á la bárbara hecatombe de sus hijos. Si este pacto se llegó á cumplir no debió ser por mucho tiempo, pues según refiere Diodoro de Sicilia, dos siglos después de la muerte de Gelón, ó sea el año 311 antes de J. C., los cartagineses, sitiados por Agátocles, viéndose en inminente peligro de rendirse, supusieron que Baal ó Moloch debía estar irritado contra ellos, porque en lugar de sacrificarle hijos de familias principales, los habían sustituído con hijos de esclavos ó de extranjeros; por lo cual y á fin de desagraviar á la terrible deidad, inmolaron doscientos hijos de lo más escogido de la población, y además trescientos ciudadanos que voluntariamente se ofrecieron en holocausto, acusándose á sí propios de sacrilegio.

Motte, el autor del dibujo que publicamos, explica á su manera la forma del sacrificio, consistente en una hermosa joven encerrada ó sujeta cuando menos en la parte equivalente al estómago de la deidad que, por ser de metal y estar éste caldeado, importa la muerte á fuego lento. Tal era, en efecto, la horrible suerte de las víctimas, debiendo añadir que la estatua de la implacable deidad estaba de tal suerte fabricada, que las contorsiones de los sacrificados se traslucían en la cabeza de aquélla, especialmente en su boca. La contracción de ésta producía algo parecido á una sonrisa infernal, y de esta circunstancia y de ser en la isla de Sardes (Cerdeña) donde más arraigado estuvo el culto de Moloch, viene la tan conocida frase *risa sardónica*.

El dibujante Motte no ha estado completamente exacto en la reproducción del ídolo cartaginés. En el museo de Caghari (Cerdeña) se encuentran dos ejemplares auténticos de la deidad que comprueban la exactitud de las antiguas descripciones. Según éstas, Moloch estaba representado en forma humana, pero con cabeza de toro, símbolo de la fuerza: el material era de bronce, hueco en el interior; tenía los brazos caídos é inclinados hacia el suelo, dispuestos de tal suerte, que las víctimas destinadas al sacrificio, rodaban por su propio peso hasta el vientre de la gigantesca estatua, donde perecían abrasadas.

¡A esto se llamó, ha dos mil años, religión y culto!... Verdad es que esa religión y ese culto eran los de los cartagineses.

HORAS DE ANGUSTIA, cuadro de C. Raupp

El autor de este lienzo ha hecho profundos estudios de tipos y escenas de la gente del pueblo. Gracias á ello ha producido composiciones que abarcan todos los tonos, desde el idilio hasta la más pavorosa tragedia. A esta clase pertenece el cuadro que publicamos, ejecutado con un sentimiento y una verdad que aterran. Muchos artistas, lo hemos dicho varias veces, han escogido por tema el mar embravecido, y no es Raupp ciertamente el primero en dar á conocer las angustias de la joven esposa del marinero. Pero ¿ha salido comunmente de los pinceles de un artista una tempestad tan real y bien descrita como la del cuadro que reproducimos? ¿Se ha pintado á menudo á la reducida familia del pescador con colores más exactos que los empleados por Raupp en ese grupo de una madre y un hijo cuyo terror se expresa de tan distinta manera? ¿Cabe dar á comprender con mayor precisión que el marinero amenazado de muerte por la tempestad se halla á la vista de los que tiemblan por su suerte?

Pues he aquí la manifestación del genio; apoderarse de un asunto manoseado y obtener, con la manera de tratarlo, un verdadero triunfo.

LOS GITANILLOS, cuadro de L. Knaus

El artista alemán confirma en su cuadro que los gitanos en todas partes son los mismos. Sucios, desarrapados y vistiendo los trajes más rudimentarios, cuando los visten, en especial sus hijos, son los mismos nómadas independientes en los calurosos climas de nuestra Andalucía que en las frías regiones de los Cárpatos. Un poco de lona ó unas cuantas esteras para formar su tienda, algunos utensilios de cocina y uno ó dos jumentos para transportarlos, constituyen su hogar y su hacienda, más miserables aun que los del árabe beduino.

Prolíficos con exceso, sus hijos se acostumbran desde la más tierna edad á una independencia salvaje, y sus juegos suelen ser reflejo exacto de la profesión generalmente adoptada por los padres, la cría y educación del ganado caballar.

Del cuadro de Knaus sólo podemos decir que más que copia, es una reproducción fiel de alguna escena presenciada por él en las dilatadas llanuras de Hungría, y que si en España no conociéramos gitanillos, los tipos de su lienzo nos permitirían formar cabal idea de lo que es esta raza.

EL REGRESO DEL SOLDADO
Relieve de un monumento triunfal de Brunswick

En conmemoración de la guerra de 1870-1871 se ha construído en Brunswick un monumento que contiene detalles preciosos. Confióse la parte escultórica al famoso profesor Adolfo Breymann; mas por muerte de éste, ocurrida en 1878, se encargó á Roberto Díez, que en la Exposición de Munich en 1879 alcanzó la gran medalla de oro. Este insigne artista creyó, á nuestro ver con razón, que no debía prescindir en la apoteosis de los vencedores, del oscuro soldado que se bate y triunfa sin más estímulo que su patriotismo y negra honrilla. Otra cosa, además, creyó Díez muy oportunamente, y es que el premio al olvidado vencedor sería tanto más ejemplar, en cuanto apartando la escena del campo de batalla, la plantease en el momento en que, cargado de laureles, vuelve al seno de la familia. De esta satisfacción siquiera no puede privarse al último soldado; es el único estímulo de esos infelices á quienes se califica, harto ciertamente, de carne de cañón.

La satisfacción del joven soldado, la pura alegría de su madre que le estrecha contra su corazón tras tantos días de horrible angustia, y el contento no ajeno á cierto orgullo, con que el padre le contempla embobado, están hábilmente tratados por Díez en este hermoso relieve.

JUGLARES MARROQUÍES DANDO DE COMER Á UNA SERPIENTE
cuadro de Eisenhut Ferenez

Los africanos, y con ellos los pueblos orientales, poseen cierta aptitud singular para domesticar serpientes. A falta de explicación más razonable, atribuyen á encantamiento el dominio que ciertos hombres ejercen sobre esos reptiles. El temor que estos infunden y la necesidad de conjurarlo dan por resultado que los encantadores de serpientes constituyan como una institución oriental. A pesar de ello, los juglares, de humilde ralea y casi universalmente despreciados, son quienes principalmente se dedican á exhibir serpientes que dicen domesticadas y con las cuales ejecutan notables juegos de aparente nigromancia.

En el cuadro de Eisenhut la serpiente que se dispone á devorar un conejo no pasa de ser un detalle para la exhibición de tres marroquíes de edad, tipo y trajes completamente distintos uno de otro, pero todos perfectamente tomados del natural. Si hubiesen sido copiados por medio de la fotografía, pudiérase sospechar que la serpiente no pasa de ser una manera ingeniosa de sustituir en la tela el aparato de la cámara oscura.

LA BRUJA DE LA ALDEA, cuadro de Luis Knaus

Es una composición de género digna de servir de modelo.

Se trata de una pobre mujer vieja, fea, miserable, rechazada de la sociedad, y por tan tristes motivos insultada con el denigrante y absurdo calificativo de bruja. La ignorancia es madre de muchas injusticias.

La simple aparición de esa desgraciada produce distintos efectos en la gente menuda, efectos á que el artista da forma perfecta. El más osado de los rapaces se dispone á arrojarle un guijarro, y mientras otros de ellos huyen ó lloran de miedo, algunos, más desvergonzados, la escarnecen desde lejos y provocan á mansalva su furor impotente. ¿Qué ha de suceder en tal caso? Que esa mujer exasperada corresponda con amenazas y maldiciones á la animadversión de que es objeto. ¡Infeliz!... Nadie sale á su defensa; nadie socorre su necesidad; nadie le prodiga un simple consuelo... Su carácter se agria más y más gracias á la crueldad ajena... *Ergo* es una bruja. Lógica de aldea perfectamente satirizada por Knaus.



EDUARDO DE BANERSSFELD, busto-relieve de Brandstetter

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

V

Como aquellos orgullosos mayorazgos que aun en su decadencia pueden excitar la admiración y la envidia de los advenedizos con desempolvar los restos del esplendor pasado, España ocupará siempre preeminente lugar en toda Exposición retrospectiva de artes suntuarias: como que, en realidad y extremando las cosas, no es sino un inmenso museo. Nada tiene de extraño, pues, que al entrar en la instalación de la Casa Real ó en la sección arqueológica, sólo haya lugar para la admiración ante tales tesoros, ó para la sorpresa ante lo peregrino de algunos ejemplares, que compraría el extranjero anticuario á buen precio.

Y tan cierto es que aquellas riquezas son tan sólo restos de casa grande, que sus mismos poseedores actuales representan en nuestra sociedad mesocrática el papel de primogénitos á quienes únicamente les es permitido lucirse cuando se recurre á lo pasado. ¿Quién expone sino objetos artísticos de gran valor histórico? La Casa Real, los obispos, algunos herederos de títulos; esto es, los actuales representantes de seculares poderes que conservan las reliquias de la casa solariega española. Compiten, es verdad, con los últimos en el museo arqueológico, artistas ó aficionados, pero aun en su mayoría, este cariño artístico á los trastos viejos, coexiste naturalmente con el apego al genio histórico del país, en otros sentidos que no tienen que ver directamente con el arte. Tenemos, en una palabra, enfrente de la obra viva de las clases más poderosas en la actualidad, los vestigios de lo pasado expuestos por las clases más poderosas en aquellos tiempos; expositor y objeto van juntos y no se comprenden el uno sin el otro: el que expone lo que *fué*, fué antaño; el que expone lo que *es*, es hoy. Ni es probable que un marqués encopetado acuda á una exposición con tejidos modernos, ni dejaría de causar extrañeza que un inventor de máquinas fuese al propio tiempo anticuario. De modo que en la instalación de la Casa Real y en la sección arqueológica no tenemos sólo un museo de arte, sino una manifestación del cargo que á ciertas clases les corresponde en las modernas sociedades y alguna que otra prueba satisfactoria de que lo realizan, y lo realizan con inteligencia; ya que no producen, conservan; ya que veneran lo pasado, su admiración es ilustrada y provechosa; la piedad por las reliquias, beneficiosa para todos. Más honroso es conservar muebles domésticos, que proteger las corridas de toros.

No se puede entrar en la instalación de la Real Casa sin que acudan á la imaginación toda suerte de recuerdos. Sólo el primer golpe de vista nos transporta á una época de magnificencia extraordinaria, en que, acumulados el poder y la fortuna en escaso número de individuos, faltando á las naciones lo necesario, le era dado á lo superfluo adquirir un desarrollo fenomenal, una solidez que desafía al tiempo y un primor y un refinamiento artísticos verdaderamente maravillosos. Todos los objetos allí exhibidos, sin excluir uno sólo, denuncian una de estas condiciones ó todas á la vez. O tienen un valor intrínseco incomparable, sólo al alcance de unos cuantos, ó aquel esmero exquisito de una producción escasa y para pocos, capricho, regalo, ejemplar único de nabab. Así se comprende también que su labor sea eterna. Lo precioso de los materiales y la suavidad refinada de los colores dan á toda la sala, vista de golpe, un aspecto de extraordinaria suntuosidad. En las paredes, los tapices y bordados de seda y oro con su entonación grata y armónica y con su primorosa ornamentación; en los rincones, los trípticos de marco de oro mate ó las armaduras damasquinadas y nieladas; en las vitrinas, las delicadísimas chucherías de porcelana, las figurillas de marfil de una perfección nimia ó los códices iluminados en vitela; junto á ellos los muebles de taracea, los bronces embutidos: ¡todo reluciente, todo costoso, todo refinado y depurado! ¡supremo esfuerzo de una aplicación constante y singular, de una labor que requiere largos años de protección y estímulo, de una cultura concentrada en reducido círculo!

Un estudio sustancioso y verdaderamente útil de los objetos expuestos, requiere conocimientos especiales y gran caudal de noticias que no poseemos, y que no queremos sustituir ficticiamente con breves datos entresacados al azar ó con observaciones comunes. A nosotros se nos alcanzan únicamente los múltiples aspectos, ó mejor dicho, las varias causas de la adoración que á la vista de aquellos objetos siente el anticuario. Mientras los más de los espectadores se asombran ante la riqueza de los materiales, como sintiendo la codicia femenil del que mira un mostrador de joyería, y otros, de mejor gusto, admiran la belleza de ornamentación ó de las líneas: comprendemos que mucho queda que ver y apreciar todavía por encima de estas condiciones exteriores. Así, ignoramos por completo, aunque presumimos el gran interés que tendrá para los inteligentes, la diversa fabricación de tales artefactos; el raro tejido de los tapices, el modo de forjar aquellos metales, el arte de embutir con tal primor en ellos tan delicados dibujos, de labrar tan frágiles pastas, de preparar colores tan vivos y hermosos. Ignoramos la historia de tales procedimientos; de ella son interesantes páginas, y á veces únicas, cada uno de los ejemplares, lo cual los encarece hasta el punto de cifrar en ellos el orgullo nacional. Ignoramos las diversas cuestiones eruditas sobre su origen y procedencia, en que se entretienen con gran placer, y hasta con grandes sinsabores, personas muy respetables. Ignoramos el inmenso cúmulo de esfuerzos del ingenio que cada objeto significa y los elementos de cultura que fueron precisos para llegar á realizar tales maravillas. Sólo nos es posible, en una palabra, complacernos en admirar las mil combinaciones de la fantasía en las líneas y en las formas, y sentir evocadas las figuras históricas de otras épocas que parece se acercan más á nosotros y salen del libro para adquirir vida corpórea cuando tocamos su armadura ó vemos los tapices de su dosel. Así, al instalación de la Real Casa nos habla particularmente de

dos épocas: del siglo XVI y del siglo XVIII, de Carlos V y de Carlos III; el tiempo en que los reyes, preludiando al Estado moderno, al proteger las artes para su uso particular, fijaban su punto de partida hasta llegar á su uso común, y el tiempo en que, atendiendo ya al bien público, fundaban fábricas para fomento de los intereses industriales de la nación.

En doce grupos divide el catálogo los 225 objetos expuestos: tapices, bordados, armas y armaduras, bronces, pinturas, orfebrería, mobiliario, libros, porcelanas, marfiles, esculturas y abanicos.

Los tapices, en número de 18, son todos flamencos y de los siglos XV y XVI, exceptuando la colcha y rollo de la cama de Carlos III, salido de la fábrica de Madrid. Tejidos con oro, seda y lana y todos notables, como elegidos para una exposición, representan escenas de la historia sagrada, en su mayoría, ó alguna alegoría de la Roma clásica, tal como la concibió é interpretó el Renacimiento; uno sólo hay relativo á la historia militar de Carlos V: la revista que pasó á su ejército, en los alrededores de Barcelona al embarcarse para la conquista de Túnez. Uno hay del tapicero Guerla ó Gueldres; tres de Pedro Pannemacker, y otro de Guillermo Pannemacker.

Los más dignos de llamar la atención son los que con el número 6 y 7 representan el nacimiento del Bautista, y su ida al desierto, por la singular verdad y expresión de las figuras, y su naturalidad y vida. No contrarían estas la rigidez hierática que aparece á primera vista; examinadas despacio, acaso se desvían muy poco aquellas actitudes de la natural, y quizás las superan en animación y belleza. Después de los dos citados, el espectador se fija con predilección en el tapiz de la misa de San Gregorio, por su riqueza de color, en el dosel de Carlos V, compuesto de tres, y en el ya citado de la revista de tropas por el mismo emperador por los pormenores aprovechables de indumentaria, y los retratos que contiene.



UN SACRIFICIO Á MOLOCH, dibujo de G. Motte

Los bordados, son cuatro paños de iglesia, procedentes del Escorial, de riquísima labor, con cuadros de figuras en relieve, cartelas del renacimiento y orlas de follaje, racimos, etc., todo de tela de oro frisada, fondo de plata y dibujo de oro, con bordados al matizado en sedas.

De las armas y armaduras, la colección es numerosa é interesante; la más interesante sin duda para el aficionado, después de los tapices. 119 ejemplares contiene entre armaduras completas, cascos, rodelas, testeras y piezas de trofeo, espadas, armas de asta, sillas, y como apéndice, herrajes de puertas. Puestos los arneses y armaduras de combatir, de parada, de torneo sobre maniquíes que ocupan los ángulos del salón, cabe examinarlos muy cómodamente. La propiedad y procedencia de los mismos les presta el interés histórico que mueve al más profano. Pertenecen los más al emperador Carlos V, y á los Felipes, y son, en su mayoría, de famosos artífices alemanes ó italianos: todas las formas, aun las más inusitadas, que recuerdan las caricaturas de guerreros de la Edad media en boga aquí años atrás; la más exquisita fantasía en los adornos y labores; gran perfección en el grabado. Entre las armas, figura un estoque del siglo XIII atribuído al rey Fernando el Santo, y una espada española de conchas caladas. Es notable la cimera de pergamino dorado del yelmo de D. Martín de Aragón.

Los bronces y objetos de orfebrería son en número de veintiseis: candelabros, relojes, figuras y reliquias doradas, grabados y damasquinados de oro y plata, de los siglos XVI y XVIII. Martincourt y Thomire tienen allí algunas piezas. Un par de candelabros hay, dorados á mate y sostenidos por figuras de una ninfa y un sátiro sobre zóca los de mármol, que los catalogistas se inclinan á atribuir á Felipe Caffieri. Entre los objetos de orfebrería se distingue sobre todos, la caja de plata sobredorada de fines del siglo XVI, obra de milaneses. «Su esqueleto está rica»mente exornado en los ángulos – dice el catálogo – de »cariátides y sátiros cincelados en plata, con camafeos, »mascarones de lapislázuli y piedras preciosas montadas »en adornos de oro esmaltado. Todo ello guarnece nue»ve magníficas placas ovaladas de cristal de roca.... las »cuatro mayores representan el triunfo de los elementos »y la de la tapa á Apolo conduciendo su carro.»

Entre las pinturas, hay algunos trípticos notabilísimos. Las figuras y asuntos de los de Jerónimo Bosch, ó el Bosco (siglo XVI) son verdaderamente indescriptibles con la pluma: tal es la originalidad y la fantasía de aquel autor, y el singularísimo y grotesco modo de representar la creación, las locuras mundanales y el infierno. Hombres, animales y plantas de extravagantes líneas y enlazados en los más inesperados grupos, sorprenden al observador, quien sólo con largo espacio va descubriendo multitud de picarescos detalles, á cual más original y raro. El color, vivo y simpático, ofrece también combinaciones muy bellas y vistosas. Tras éstos, citaremos los trípticos números 156 y 157 (siglo XV) y la *Sibila Pérsica* é *Isaías*, pinturas italianas del siglo XVI, verdaderamente notables. En una de las vitrinas figuran además preciosas tablillas, retratos en su mayor parte.

Pertenecen los muebles á fines del siglo pasado y principios del actual, y algunos á los talleres de la Real Casa. Con esto queda dicho el estilo dominante en ellos, que no es, sin embargo, el de los ejemplares de mal gusto de la misma época, aunque peque siempre de empalagoso. Las cómodas embutidas y guarnecidas de bronces dorados, las mesas de taracea de maderas finas, las curvas voluptuosas, las placas de porcelana y amorcillos y guirnaldas, caracterizan aquel mobiliario.

Junto á él deben colocarse las porcelanas (jarrones, cuadros y jardineras) de la misma época, y con análogos dibujos de colores, sobre fondo blanco ó azul; proceden de la fábrica del Retiro, é imitan algunas la porcelana inglesa de Wedgwood.

Los libros son curiosísimos y raros. Siete hay, y entre ellos un álbum grande en folio apaisado, con cuarenta dibujos ejecutados al claro-oscuro, un códice en francés del siglo XV, otro florentino del mismo siglo y varios breviarios de reyes, iluminados en vitela y con magníficas encuadernaciones.

De los marfiles, hay que citar el díptico del siglo XIV, en alto relieve con oro y colores y compuesto de ocho cuadros con diferentes escenas de la Pasión. Con los dos bustos greco-romanos en mármol y la colección de abanicos de S. M. la Reina, queda completado este breve apunte de lo más saliente que encierra la instalación real, aunque no basta para evocar de un modo pálido el aspecto de suntuosidad y pompa que ofrecen á la vista los destellos de tantas materias preciosas y los primores refinados de su labor.

J. YXART

8 de agosto

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Artículo cuarto)

GALERÍAS III Á VI

Francia. – (Continuación)

No permite la índole de este periódico ni cabe en nuestras pretensiones detallar todos los productos notables que han sido instalados en la Exposición barcelonesa. El intento que nos guía y al cual hemos subordinado el plan general de estos artículos, es dar una idea general de cada nación expositora, de las causas que pueden haber influído en su prosperidad ó decadencia y del concepto industrial que por sus obras merezca imparcialmente. Hemos de renunciar, por lo tanto, á suplir con nuestro trabajo la falta de un catálogo que desgraciadamente no se ha impreso todavía; pero no cabe que prescindamos de citar aquellos objetos que constituyen, digámoslo así, las grandes industrias de cada pueblo.

Dentro de este criterio ¿cómo no hacer mención, y mención especial, cuando de los productos franceses instalados en nuestra Exposición se trata de los pianos y arpas de la célebre casa Erard? El nombre de este fabricante es universal y cuantos han podido enterarse de las condiciones de esos instrumentos, en los cuales dan á conocer su talento y ejecución los más reputados profesores, han podido confirmar el crédito de esa fábrica. También la de Herz, Bord, Leveque y Thersen, Jocke, Ruch y Guillot han expuesto pianos de recomendable mérito.

Christophle de París ha exhibido productos del metal blanco á que da nombre su fabricante. La *plata Christophle* ha hecho y está haciendo ruda competencia á la plata de ley que imita perfectamente. La inmensa desproporción entre el coste de uno y otro metal ha hecho que la variedad en los dibujos de los artefactos haya sido mucho mayor en la plata imitada, con la cual se han obtenido artículos verdaderamente artísticos, aparte los más usuales de la vida. Notables son, con efecto, los expuestos por la casa Christophle; pero nuestra habitual franqueza nos obliga á confesar que distan mucho de ser los más notables de su fábrica y que no es ciertamente con ejemplares de esa valía que ha formado su reputación muy bien sentada.

Varias casas, entre ellas la de J. Daniel y Vertebout de París, han expuesto imágenes de santos. Por la abundancia de las muestras se comprende que esas fábricas deben haber dado forma á todo el calendario; pero sus productos tienen más de artículo de comercio que de obras de arte. En cambio y en el ramo de objetos para el culto católico, la casa Beer de París ha expuesto un precioso altar de onix y otras piedras estimables, con adornos y accesorios de bronce dorado, que llama con justo motivo la atención del público.

Entre los muchos objetos que llaman la atención en las dos primeras galerías francesas, hemos de citar especialmente los esmaltes sobre cobre, de Pablo Sozer; los



HORAS DE ANGUSTIA, cuadro de C. Raupp



LOS GITANILLOS, cuadro de L. Knaus

objetos de cristalería de Legras y compañía, cuyas flores y jarrones son de un gusto exquisito; las porcelanas de Guerin y compañía, de Limoges; los aparatos é instrumentos ópticos de Nachet, Duboscq, y Benoit y Besthiot; los chales de cachemira de Hussenot hermanos y Caen; las mantelerías con elegantes cenefas bordadas á máquina de Deneux hermanos y compañía, de París; las imitaciones de tapices antiguos por Luis Blond; los calzados de Fretin; las confecciones de Mad. Jolivart, de Tolosa; la peletería de Laperche y Viet y Burg, de París, y las de Rochier de Lyon; los famosos paños de las fábricas de Sedán; los órganos de Dumont y Lelievre de Les Andelys; instrumentos de cirugía de A. Suer y Carlos Dubois de París; las municiones de guerra y caza de la Sociedad francesa; y las joyas de Rouvenat y Després, aun cuando no den idea de la riqueza ostentada en ciertos aparadores de la capital de Francia.

Como objetos de capricho ante los cuales nunca faltan admiradores, merecen citarse las muñecas de H. Chevraut de París, de Raberg y Delphien, de París también, y los célebres *bebés* Jumeau que ejercen poderosa atracción sobre la gente menuda y hasta en algunos más talluditos por la elegancia, riqueza y propiedad de sus vestiduras. Hay algunos ejemplares vestidos de toreros que no parecen sino equipados en el barrio de Triana. Por su excentricidad ó por la excentricidad que revelan en sus parroquianos; es de contemplarse la instalación de Lochet y Debertrand de París, que exponen una caprichosa colección de collares y *otras prendas de vestir* para individuos de la raza perruna.

Ni la tipografía ni el comercio editorial se hallan representados en nuestra Exposición de una manera seria. Únicamente el conocido editor Dentu ha expuesto una parte de sus obras de fondo que son muchas y bien impresas, como es sabido de todo bibliófilo.

Viniendo ahora á industrias de primera importancia que honran sin competencia á la producción francesa, nos encontramos con las porcelanas de Sevres y los tapices de los Gobelinos.

La porcelana no fué conocida en Europa hasta después del descubrimiento de lo que entonces se llamaba indistintamente las Indias, bien se tratara de América, bien de la extrema Asia. Los chinos y los japoneses, desde los tiempos más remotos fabricaban sus vajillas con *porzolana* (vajilla de tierra), cuyos productos se acreditaron en Europa porque, entre otras de sus propiedades tienen la de resistir sin quebrarse una alta temperatura.

Francia, empero, se contentó durante mucho tiempo con importar de China la escasa porcelana que únicamente adquirían los grandes señores, hasta que en 1695 estableció en distintas localidades la fabricación de un producto imitativo, al cual se llamó porcelana *tierna* por cuanto se derretía fácilmente á los pocos grados de calor. Del año 1770 datan las primeras noticias que se tienen de la manufactura de porcelana en Sevres: D'Espilly habla de ella y dice que sus productos son superiores á los de China. Por aquel entonces el rey Luis XV había ya adquirido esta fábrica de sus antiguos propietarios y de aquí que desde esa época se haya considerado propiedad nacional. Es de advertir que en los comienzos de esa fabricación solo se producía porcelana tierna en razón á que la kaolina, base de su pasta ó tierra, por ser desconocida, era reemplazada por cierta composición á la cual nunca pudo darse la debida resistencia; hasta que en 1768 se encontró en San Irieix cierto barro arcilloso, que sometido al análisis del eminente químico Macquer fué calificado de kaolina verdadera. Desde entonces data la reputación de la porcelana de Sevres, hasta tal punto admirada, que cuando en 1815 los ejércitos aliados invadieron la Francia, los habitantes de ese pueblo encontraron su salvación en los subterráneos de la fábrica que los soldados de Blucher no se trevieron á invadir. Las preciosidades que encierra su Museo son de un valor artístico inmenso: citaremos entre otras una fuente ó bandeja de unos 50 centímetros, en la cual se halla reproducido el cuadro de la entrada de Enrique IV en París por Gerart, valorada en 300,000 francos.

De esa fábrica que no tiene igual en Europa proceden los artefactos expuestos en la sección oficial de la instalación francesa, artefactos que aunque distan mucho de ser sobresalientes entre los productos de Sevres, permiten no obstante formar concepto del grado de perfección que ha adquirido esta industria á cargo del Estado, que la monopoliza por puro lujo, pues únicamente se venden sus objetos más vulgares. Los verdaderamente notables ó se conservan en el establecimiento como demostración de su adelanto, ó se destinan á regalos que hace el jefe del Estado. Trabajan en la fábrica pocos operarios, y aunque se deja visitarla hay departamentos ó talleres donde por regla general no se permite la entrada.

En la propia instalación oficial francesa son de ver preciosos ejemplares de tapices fabricados en la no menos célebre Manufactura de los Gobelinos, también propiedad nacional. El nombre con que es conocida esta especialidad industrial viene de los hermanos Gobelinos, que á principios del siglo XVII se habían dado á conocer por sus tintes color escarlata que llevaban el nombre de sus inventores. Por aquel tiempo el tejido de tapices estaba en Francia bastante atrasado, de tal suerte que cuando Francisco I y Enrique II quisieron decorar espléndidamente las residencias reales, encargaron á Bruselas la fabricación de tapicerías representando los triunfos de Escipión según dibujos ó cartones de Julio Romano.

Los Gobelinos eran simples tintoreros: su acreditado establecimiento fué adquirido, cuando aquéllos se retiraron del comercio, por cierto señor Lelen, consejero en el Parlamento de París, á quien lo arrendaron los hermanos Cannoye, que fueron los primeros en establecer la industria de tejidos donde hasta entonces se había ejercido simplemente la de tintorería, en cuya nueva industria les sucedió Juan Liausen, conocido por Juan de Brujas. Algún tiempo después, cuando el célebre ministro Colbert hubo restaurado el Louvre y las Tullerías, se propuso amueblarlos de suerte que esta parte no desmereciese de la suntuosidad arquitectónica de aquellos palacios, y habiendo prosperado su proyecto en la corte, el rey Luis XIV, por decreto expedido en 1662 ó 1663, acordó la adquisición de la antigua fábrica de los Gobelinos, bajo cuya base se creó más tarde, en 1667, la *Manufactura real de los muebles de la Corona*. Tal es el origen de esa industria famosa que continúa sosteniendo el Estado y que durante dos siglos ha producido y continúa produciendo tapices verdaderamente prodigiosos. Únicamente visitando lo que bien puede calificarse de *Museo* de los Gobelinos, puede comprenderse hasta qué punto el arte de la tintorería y del tejido combinados es capaz de reproducir las obras más célebres de la pintura clásica, con una fidelidad en la copia y una permanencia en los colores capaces de hacer confundir, á pocos pasos de distancia, el tapiz con la pintura. Y esta perfección en la copia es tanto más de admirar en cuanto el obrero que confecciona un tapiz sólo tiene á la vista la parte posterior del mismo, y únicamente después de terminado aquél y sacado del telar puede apreciar la bondad de su trabajo.

Esta industria, como la de Sevres, se halla monopolizada por el Estado, y lo poco que produce se destina generalmente á embellecer los edificios nacionales. Cuando se construyó el nuevo teatro de la *Grande Ópera* se encargó á los Gobelinos la fabricación de cuatro tapices representando las estaciones del año, con destino á la decoración del *Restaurant*. Salieron cuatro obras maestras, tan maestras que, al poco tiempo de estar colocadas en su sitio, fueron muy oportunamente retiradas, evitando de esta suerte un deterioro seguro é inevitable en un lugar tan poco á propósito para instalar maravillas de color.

La adquisición de verdaderos tapices Gobelinos es sumamente difícil, no sólo porque esta *Manufactura nacional* no vende sus productos, sino por el alto precio á que éstos resultan. Basta calcular que el coste material de un metro en cuadro de tapiz no baja de cuatro mil francos. Las alfombras y tejidos que en el comercio toman algunas veces su nombre son simples imitaciones que, sin alcanzar la perfección de los auténticos, no carecen ciertamente de mérito. Los que se hallan de manifiesto en nuestra Exposición pertenecen á la primera época de la fábrica. Los que se producen en la actualidad son de un gusto completamente cambiado, insiguiendo, como es natural, el cambio que á su vez ha experimentado la escuela de pintura francesa. La obra que se considera más perfecta de cuantas ha producido la Manufactura de los Gobelinos es la copia del célebre cuadro de Horacio Vernet que representa al Pachá Mehemet Alí contemplando en el Cairo la matanza de los mamelucos: fué terminada en 1844, empleándose en ella seis años de trabajo.

Los productos de Sevres y Gobelinos son los únicos instalados oficialmente por el gobierno francés.

Enfrente de esta instalación oficial y como un anexo á la misma son de ver productos tunecinos que llaman escasamente la atención. Aparte algunas muestras de granos y licores, ejemplares pobres de un mobiliario bien poco confortable y algunas fruslerías de escaso valor y aun más escaso mérito, consta la exposición tunecina de prendas de vestir y telas que llevan impreso el gusto chillón de los pueblos africanos. Las industrias expuestas demuestran el atraso de ese pueblo, y la impresión que causan esas telas y esas prendas es que, antes de venir á Barcelona, han debido ser usadas durante algún tiempo. Indudablemente no es así; pero cabe asegurar en cambio que los fabricantes de Túnez no conocen el valor de la palabra *acabado* que hoy por hoy es el secreto de todas las industrias.

(Se continuará)

EL CESARISMO EN SU NACIMIENTO

(ESTUDIO SOCIOLÓGICO)

La vía que siguiera César el día de su muerte desde su Palacio Pontifical á la Curia es hoy tan conocida como cualquier calle del París contemporáneo. Los viajeros menos eruditos en cosas de Roma, suelen, conducidos por guías industriosos é industriados, recorrerla con frecuencia. Entró en el Foro por su arco de Fabio; pasó ante la fábrica del templo de Castor; dió una vuelta delante de la cumbre meridional del Capitolio, donde se alzaba la Ciudadela; encontró á su izquierda el templo de la Buena Fortuna, donde volcara su carro de marfil y oro en la noche de su espléndido triunfo; y salió por la Puerta Carmentale; media hora en litera, media hora cumplida. No penetró en el recinto sin ofrecer un sacrificio. Los agoreros cuentan que las víctimas no tenían corazón, como pasara otra vez antes de Munda. Impacientado el dictador, y no queriendo probar la paciencia de los senadores, entróse por un pórtico, donde había un cuadro de Polignoto, que representando un hombre colocado en amplia escalera, no indicaba si este hombre iba subiendo en aquel instante ó bajando. Del pórtico pasó á la Curia. Popilio le detiene, aquel mismo que acababa de comunicar á Casio y Bruto palabras tan misteriosas. Creyéndose los dos jefes de la conjuración perdidos, y resueltos como estaban á matarse de súbito en el acto, si la conjuración se descubría, requirieron sus dagas, que hubieran sacado y esgrimido, de no seguir César andando sereno por la sala, donde le seguía los pasos la implacable muerte. Un relámpago de serenidad, que atravesó el rostro de Bruto, vino á confortarlos, como un buen augurio, y se resolvieron todos, cual si un solo impulso les moviera y empujara. Todos estaban de pie, todos los senadores, en el momento de llegar el tirano. Como quiera que los anuncios de su presencia hubiesen todo el día sido contradictorios, el senado acababa de retirar la sede aurea donde solía sentarse. Trebonio desempeñó la comisión de retener al más feroz, al más valeroso, al más terrible, al más vengativo, al más cruel entre todos los tenientes de César, al pretoriano Marco Antonio, y cumplió esta comisión á maravilla. Címber debía dar la señal, consistente de común acuerdo en demandar la gracia y perdón de un hermano suyo proscripto por mandato de César. En efecto, el designado suplicó, y sus compañeros le acompañaron todos en la súplica, circundando la persona de César. Éste debió dar negativa rotunda, por lo menos ofrecer rutinaria excusa, cuando Címber le asió de la toga y pudo así descubrir sus espaldas. Tenía la color pálida como enfermo de crónica epilepsia que había estado siempre. Mas no obstante su calvicie y lo grueso de su labio inferior, aquel rostro verdaderamente olímpico y bello revelaba por su majestad un dios, por su hermosura un dignísimo nieto de Venus. Sin embargo, el conquistador de la tierra no tenía el temperamento rudo y fortísimo de los soldados fuertes. Cuando no remontaba con su natural intensidad los nervios, carecía de todo aspecto varonil, y recordaba un Efebo afeminadísimo. En aquel minuto de su muerte, la toga de franjas multicolores, el manto de púrpura tiria, los borceguíes de oro y la corona de laurel, prestábanle como el semblante de un ídolo asiático. Cuando el esfuerzo de Címber descubrió el cuello diciendo en lengua griega la palabra «no tardad,» los conjurados rugieron como las bestias feroces que ven carne fresca y huelen sangre caliente. La daga de Casca fue la primera en esgrimirse y en mancharse. Así tiró al cuello con ánimo de acabarlo en el momento, degollándolo como los carniceros degüellan los bueyes en las matanzas. Pero el instrumento de muerte se resbaló y fué á herir en el resbalo su pecho. Entonces los nervios de César volvieron á toda su pujanza. El soldado saltó como un tigre, rugió como un león, destelló de sus ojos aquellos relámpagos que cegaron á sus enemigos en el campo de batalla cien veces, recobró el dominio sobre sí mismo que le granjeara un triunfo en cada empeño, y dirigiéndose á los conjurados, tantos en número y tan superiores á él en fuerza, parecía pronto á destrozarlos como Júpiter á sus rebeldes titanes. A unos les aterró con su mirada, los petrificó á otros con sus amenazas, cogió con su mano el puñal de Casca y se hirió profundamente. Pero en el combate, sus vestiduras rasgadas por las manos de sesenta hombres dirigidos contra uno solo, descubrieron el costado, y por aquel costado descubierto, se metieron como víboras furiosísimas las dagas. Todavía pudo herir á Casio, no esgrimiendo más arma de defensa que un estilete de senador puesto en sus manos al sentarse para inscribir las votaciones del Senado. No acierta el historiador con lo que hubiera sucedido, tanta era la pujanza de aquel hombre, si un sentimiento de su corazón, quizá un recuerdo amoroso de su juventud, no le detiene y paraliza. Bruto apareció entre todos los conjurados. Sería su hijo, según quieren muchos, no lo sería según otros, quizá los más, pero lo distinguiera y amara tanto, que al verlo, vió lo más horrible para un hombre de su poder y de su fuerza, para un criador de tantas criaturas, vió la ingratitud, y se resignó ya sin combatir y sin forcejear á la muerte. Levantó el vestido á la cabeza, y enseñando el vientre para que lo remataran pronto, dió al dolor de los postreros golpes y de las postreras heridas, tres ó cuatro rápidos tropezones, y cayó exánime junto á la estatua de Pompeyo, que se hallaba tendida en tierra.

César pensaba en este momento de su muerte iniciar grandes obras. Un código de leyes romanas que imponer á todas las naciones; un templo en el campo de Marte que consagrar á todos los dioses; un amplio anfiteatro en la Roca Tarpeya donde reunir á todos los ciudadanos; una rada en el puerto de Ostia donde abrigar todas las naves del mundo; una Biblioteca ciclópea en las colinas sacras donde catalogar todas las obras del humano espíritu; un llamamiento á las razas del mundo para que sacudiesen sus ideas en el Foro, de cuyo seno debía surgir el espíritu nuevo; una rectificación de todas las antiguas injusticias cometidas por la Ciudad Eterna entre los errores del combate y las embriagueces del triunfo; una resurrección de aquellas víctimas que habían perecido sobre las aras de su patria como Cartago y Corinto; las reconciliaciones indispensables entre los continentes del Viejo Mundo; una peregrinación desde las orillas del Asia Menor á las orillas del Mar Caspio, y desde las orillas del Mar Caspio á la vieja Bactriana, para volverse luego, y entrando por los límites orientales del mundo bárbaro, abrazar dentro del Imperio los eslavos, los escitas, los mongoles y los germanos, componiendo así el cuerpo y el espíriu de la nueva humanidad, preparando así los indispensables advenimientos del nuevo derecho. Imaginaos todas estas ideas difundidas tras la muerte del emperador, como ideas frustradas por su prematura inmolación, y podéis imaginaros cómo cederían todas á una e...

loor del muerto y en detrimento de sus ciegos asesinos. En efecto, la culpa de Bruto, la culpa de Casio, la culpa de Casca no consistía en apelar á medios usuales entonces, como el tiranicidio, loado y encarecido hasta en el aula de los sacerdocios y en la escuela de los filósofos, el error estuvo en creer que mataban la tiranía matando al tirano, cuando éste no era una causa, no, era un efecto del tristísimo estado á que llegara por desgracia la sociedad romana. Ideas, costumbres, creencias, supersticiones, hábitos, dogmas, divinidades, todo cuanto constituye la vida se había viciado al extremo de pedir y de necesitar al déspota y al despotismo. Hombre de abstracciones Bruto en el grado que lo consentía su interior naturaleza, no tan alta ni tan escogida como la naturaleza de Catón, creyó que destruyendo al tirano acababa con la tiranía. Este pensamiento, sorprendido por su esposa Porcia hasta en el sueño, pudo ser contrastado y aun extinguido fácilmente de ser Porcia otra y no estar completamente abstraída también ella en el ideal que surgía del yerto cadáver de su padre y que se levantaba en los aires como norma para defender y salvar la república. Puesto que había Catón llevado su virtud hasta morir, para no ver muerta la patria libertad, necesitaba un hombre como Bruto llevar aun más lejos todos estos altos pensamientos, todas estas catonianas virtudes, todos estos estoicos intentos, llevarlos hasta un sacrificio mayor todavía, llevarlos hasta matar al tirano, para con su muerte renacer la libertad. No comprendía Porcia, vestal encerrada en su hogar, desconocedora de todo cuanto la circuía, el mundo formado nuevamente por los problemas sociales sin solución, las guerras civiles sin tregua, las dictaduras sin límites, los tribunos sin freno, los demagogos sin conciencia, la extensión del mundo romano sin medida, los acaparamientos sin número, el pretorianismo exaltado como consecuencia lógica de la guerra constante, la nueva fase de aquella sociedad, tantos y tan múltiples elementos de cuyas entrañas surgía, no César, no un hombre, no, el cesarismo, un sistema destinado á unir los hombres y á uniformar la tierra en la servidumbre, pero corrompiéndola, gangrenándola por la falta y carencia del vital aire á que llamamos libertad.

Mas no hay cosa que necesite ser tan resueltamente querida y tan apoyada en todos como aquello que todos han menester, la libertad, y Roma no la quería. Así ¡qué desengaño para los republicanos heroicos al volver por el camino que César siguiera trasladándose desde su Palacio al Senado, y encontrarse con que nadie oía ni secundaba el grito de libertad. Aquel pueblo, deshabituado ya de sus derechos, no sabía lo que significaba república. El envilecimiento propio de la servidumbre llegó á todas partes y lo vició todo. Aquel César, tan aclamado y bendecido, no tuvo en la grande Asamblea romana, que lo había divinizado, sino dos senadores bastante fuertes de ánimo y de conciencia para correr en su auxilio. Los que no fueron asesinos y conjurados huyéronse de prisa y de golpe, aturdidos por si había necesidad imprescindible de algún esfuerzo, de algún pensamiento en sus paralíticas voluntades y en sus oscuras conciencias. Marco Antonio mismo echó á correr á su casa, y en el desván se disfrazó de siervo para escapar á la república y á la libertad. Pero así como no tuvo defensores el tirano, tampoco los tuvieron sus enemigos. Al clamor que les apellidaba libres, respondieron con la más brutal indiferencia. Después de haber atravesado y recorrido todas aquellas calles consagradas por tan sacrosantos recuerdos políticos, después de haber evocado la sombra de las Curias, donde resplandecía la majestad de Roma, el nombre de los comicios en que su antigua soberanía ejercieran los pueblos, la tribuna de los Rostros, exaltada por la más alta elocuencia, el Foro, sembrado de ideas; ningún ciudadano alcanzaba la trascendencia de semejante retórica; y aquellos hombres, que levantaban sus togas como pudieran esclavos recién manumitidos sus cadenas, y que blandían al aire sus puñales á cuyo filo acababa de morir la tiranía, semejaban actores artificiosos, representando en lengua extraña una extravagante y original tragedia que ningún espectador comprendía. Y conforme iban llegando á los sitios más consagrados por los viejos recuerdos litúrgicos de la república y de la libertad, más la indiferencia de los ciudadanos iba trocándose de horror helado en abierta hostilidad. A la vista de tal afecto público, subiéronse al Capitolio con pretexto de presentarse delante de Júpiter en homenaje, pero realmente por huirse de la plebe y en aquel seguro refugiarse. Mientras tanto los escasos devotos, capaces de guardar algún culto á la desgracia en aquel pueblo corrompido, cogieron el cadáver de César, y lo echaron en la litera, que á la puerta del Senado se hallaba todavía, para conducirlo á su Palacio. Mal colocado y peor conducido, al andar de los conductores, movíanse los brazos, los pies, la cabeza, con esos movimientos siniestros del cadáver falto de su natural motor, la vida y el empuje de su cerebro. A mayor abundamiento, cuando lo depositaron en el vestíbulo de su palacio, salió Calpurnia llorosa, dando gritos inspirados por su natural dolor. Y aquel pueblo que no se había engreído con el renacimiento de su libertad, se irritó á la muerte de su amo.

Grandísimo el desencanto de los conspiradores. Mayor aun el sufrido por la pobre Porcia. Yo me la figuro ahora mismo presa de bien rápidas, pero bien contradictorias emociones. Tras aquellas ansias durante las horas cerca



EL REGRESO DEL SOLDADO, relieve de un monumento triunfal de Brunswick



JUGLARES MARROQUÍES DANDO DE COMER Á UNA SERPIENTE, cuadro de Eisenhut Ferenez



LA BRUJA DE LA ALDEA, cuadro de Luis Knaus

nas á la perpetración del atentado ¡ah! debió experimentar intenso regocijo, al notificarle sus emisarios el fin real de César y el triunfo aparente de Bruto. Aquellas horribles congojas trocáronse á una en fuerte regocijo. Fuera de sí debió comunicar la feliz nueva con la suegra Servilia, perpleja entre los recuerdos de su amante y la victoria de su hijo. En la natural neurosis producida por los afectos intensísimos, que aquel día sugiriera en pecho de mujer como Porcia, sus nervios debilitados remontáronse á una intensidad infinita y le dieron fébril actividad. A mediados de marzo un jardín romano rebrota, y reverdece, y se repuebla de nidos, de golondrinas, de mariposas. La eterna noche, caída sobre aquel tirano, resplandecía como permanente luz diurna en el ánimo y en el pensamiento de la estoica. Faltaríale tiempo á la cuitada para correr hacia su tocador y engalanarse á fin de concertar las fiestas domésticas de los libertadores triunfantes con las fiestas públicas del pueblo libertado. Vería su esposo aclamado, con la estrella del ideal en la frente y la daga de republicano austero en el puño. Vería un templo tan alto y tan majestuoso para su padre Catón, padre también de todos los libres, como el tiempo es padre de todos los dioses y de todos los hombres. Vería el pueblo yendo allí á proclamarla por verdadera musa de su libertad. Vería el mundo entero, las ciudades griegas sobre todo, levantando aras á los nuevos Harmodios de los pueblos libres, á los genios de la tribuna y de la república. Ella estaba en lo justo y en lo cierto, dado su carácter y su ministerio de mujer, imaginando que todos los romanos veneraban á Catón como lo veneraba su hija, y que todos los romanos comprendían el acto de Bruto como lo comprendía su esposa. Deber impuesto á su marido por dos herencias, la herencia del gran republicano que había proscrito á los reyes y la herencia del gran republicano que había opuesto á los Césares el suicidio, no podía dejar de cumplirse con fatal rigor. Mas ¡ay! todo esto era ya una religión de familia, un ideal que se desvanecía, un sentimiento que se acababa, un fuego del cual podía llamarse Porcia la Vesta; pero no estaba con Porcia Roma. La mujer pudo engañarse, y por tal modo perdona su error la historia, que veinte siglos no se han todavía cansado ciertamente de loarla y encarecerla. Pero su marido no tenía razón igual para equivocarse, no. Él había vivido en medio de Roma, puesta su sede altísima de gobernador en las dos Galias, ejercido el dificultoso cargo de Juez en el Foro, y conociendo las costumbres y las ideas, debía saber que todo allí estaba por la dictadura y contra la república. Se fué la idea con el inspirado César y vino la fuerza con el brutal Antonio; se fué un pensamiento, una filosofía, un genio, y vino un general, un pretoriano, una bestia. El instinto de los hombres, que se acercan mucho á la inferior animalidad, y que se apartan de los ideales, resulta infalible casi, como el instinto de las fieras, el cual con dificultad suele equivocarse cuando se trata de su conservación ó de su reproducción. Al saber Antonio la indiferencia del pueblo respecto de sus libertadores, quitóse con presteza el disfraz que se había puesto para huir y corrió á casa de Calpurnia, la viuda, en requerimiento del cadáver que pensaba poner como pedestal de su propia grandeza. Calpurnia le dió el dinero y el testamento de César, con los tesoros allegados en sus arcas, los documentos reunidos en su secretaría. Con éstos, interpretados á derechas ó á torcidas, auténticos ó falsos, creyóse un César, é inauguró el despotismo de la barbarie; con aquéllos, con el oro, corrompió y gangrenó al pueblo. ¡Terrible desengaño haber huído de César para encontrarse con Antonio! Y al encontrarse con aquel feroz y cruel soldado, borracho siempre, incapaz de todo pensamiento bueno y todo acto moral, aun tuvieron que adularle y requerirle de amistad, para ver si les salvaba. Y él, como ciertas alimañas feroz y astuto, se dejaba querer y devolvía taimadísimos halagos á los requerimientos patricios y senatoriales, hasta indagar bien sus fuerzas y saber á ciencia cierta quién se quedaba con Roma. El despotismo iba descendiendo hasta convertirse por completo en monarquía militar. Imaginaos el desengaño de Porcia en aquella misma noche, verdaderamente lúgubre, aguardando la victoria de Catón, cuyos manes iban á satisfacerse con el restablecimiento de los antiguos númenes republicanos; la victoria de Bruto, cuyas virtudes iban á emplearse todas en el gobierno de Roma, y encontrarse con la victoria del capitán vicioso y ebrio que se llamó Antonio.

Emilio Castelar

RECREACIONES CIENTIFICAS

LA ROSA MÁGICA

En las clases de química, el profesor que explica los colores de la anilina, suele hacer el experimento siguiente para dar idea de la potencia colorante de algunas de estas sustancias: Echa en una hoja de papel, rojo de anilina, que se presenta, como es sabido, en cristales iriseos parecidos á las alas de un gorgojo, y vuelve al pomo que contenía la sustancia colorante todo lo que hay en el papel. Se creería que no queda nada en la superficie de éste; sin embargo, si se vierte en él un poco de alcohol, en que los colores de anilina son muy solubles, el papel se torna inmediatamente rojo. Un polvillo de materia colorante imperceptible á la simple vista, se ha adherido á la hoja de papel y ha bastado para colorear toda su superficie disolviéndose en el líquido.



Rosas blancas transformadas en rosas encarnadas por medio de la anilina

Ahora bien, puede variarse el experimento de la manera siguiente: en vez de echar el color de anilina en un papel, se espolvorea sobre rosas blancas, por ejemplo, sacudiéndolo luego para hacer imperceptible el polvo. Después se rocía con alcohol ó agua de Colonia y se produce el fenómeno con gran admiración de los que no hayan presenciado el procedimiento preparatorio.

ANTIGUEDAD DE LA ANESTESIA EN CHINA

Suele decirse que todos nuestros descubrimientos, aun los más maravillosos, han visto la luz en China antes de aparecer en Europa. La anestesia, entre otros, era conocido en el Celeste Imperio mucho antes de los experimentos de los médicos americanos y hay repetidas pruebas de este hecho; he aquí una. Según el *Dental Luminary*, examinando los libros chinos, en la librería nacional de Pekín, se encuentra el testimonio formal de que los cirujanos chinos vienen sirviéndose desde muy larga fecha de los anestésicos para hacer operaciones. Débese la iniciativa de su uso á un famoso médico que floreció en el siglo tercero de nuestra era. Para ello empleaba una preparación de cáñamo, que al cabo de algunos momentos volvía al paciente tan insensible como en estado cadavérico ó de profunda embriaguez.

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artistica

Año VII — Barcelona 20 de agosto de 1888 — Núm. 347

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



FACHADA DEL PALACIO DE CIENCIAS (De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

FACHADA DEL PALACIO DE CIENCIAS
en la Exposición Universal de Barcelona

Este palacio, una de las obras más notables de la sección cuarta de dicho certamen, es obra del arquitecto señor Falqués, y está emplazado en el ángulo Sudeste del Paseo de San Juan, enfrente del Palacio de Bellas Artes.

Su fachada, que tiene 96 metros de extensión, es de carácter severo y apropiado á la clase de productos del humano ingenio que en él se exhiben, y el pórtico, sobrio en detalles, pero armónico en su conjunto, cuadra no menos perfectamente á la índole del edificio y parece predisponer desde luego el ánimo visitante á la contemplación de los objetos que en el interior de dicho palacio va á examinar.

Este tiene 47 metros de fondo, y la parte que ocupan las construcciones junto con los patios respectivos ocupa una superficie de 3,200 metros cuadrados.

LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA

El grupo que publicamos compuesto de S. M. el niño rey don Alfonso XIII, S. M. la reina regente, S. A. la princesa de Asturias, y S. A. la infanta doña María Teresa, es notable no sólo por el parecido de los ilustres personajes sino por estar representados en una escena de familia que da buena idea de la vida íntima que se lleva en el palacio de Oriente. La temprana viudez de doña María Cristina, la orfandad en que han quedado los hijos de don Alfonso XII y la tierna solicitud con que son atendidos por su madre, rodea á esa familia de una aureola más brillante aun, más pura, más respetable que la producida por los rayos de una corona.

EN LAS LAGUNAS
cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

Nuestros lectores saben cuanta es la preferencia atribuída á Venecia por cuantos cultivan la pintura. La reina del Adriático suministra inagotables asuntos; el gran problema del arte es escoger entre los fulgores de su sol brillante ó los tibios resplandores de su poética luna. Sin embargo, cabe en este punto reproducir la frase de los *libros sagrados*, muchos son los llamados y pocos los escogidos. Sánchez Barbudo, el ilustre pintor español, es uno de esos pocos. Los críticos italianos que, á fuer de patriotas, quisieran vincular con sus artistas el secreto de pintar su cielo y las maravillas de su naturaleza privilegiada, citan á Barbudo como uno de los primeros intérpretes de Italia pintoresca.

La fiesta que ha descrito en este cuadro no es para pintada. Se necesita conocer á Venecia, se necesita haber presenciado una de sus fiestas marineras, para comprender la analogía que existe entre los canales y lagunas venecianas y el famoso *Bosque de Bolonia* en un día de carreras. La góndola perpetuada de los tiempos de la antigua república es en Venecia lo que en París el carruaje que Binder ha construído para el mundo elegante, ó aquel otro que en Niza disputa el premio del buen gusto el día de la *batalla de las flores*. Barbudo conoce perfectamente el asunto, y más afortunado que Icaro, acierta en la manera de encerrar en su paleta los rayos de un sol que únicamente conocen los granadinos de España.

Sin embargo, no es la luz de ese sol la que ilumina la escena en el cuadro que hoy publicamos: esa luz, brillante en unas góndolas, melancólica en otras, es la luz de las bengalas en aquéllas, de los faroles venecianos en éstas; luz fantástica que, durante las horas de las nocturnas fiestas, rivaliza en poesía con el famoso *chiaro di luna* de los cuadros vénetos.

CONTRABANDISTAS HUYENDO DE LOS CARABINEROS
cuadro de C. Tschaggeny

Es una ingeniosa manera de pintar caballos lanzados á escape, porque lo notable del lienzo indudablemente son los cuadrúpedos. El autor les conoce bien, hablando en el terreno del arte. Es una fuga, una verdadera derrota. Los carabineros no se ven en el lienzo, pero se les adivina; están muy cerca; diríase que se oye el rumor de sus pasos. Sus proyectiles han empezado á causar bajas entre los fugitivos, que hacen esfuerzos desesperados para ponerse en salvo. Las figuras destacan tanto más en este cuadro por cuanto el autor ha pintado un fondo liso, igual, que no distrae en lo más mínimo la atención. Es una obra de mérito recomendable, ejecutada con la sobriedad de recursos propia del que está seguro de producir el deseado efecto con los medios legítimos que emplea el verdadero talento.

EL VIÁTICO EN UN PUEBLO DE CATALUÑA
cuadro de M. Vayreda

En la Exposición Parés antes de ahora y en estos momentos en el Palacio de Bellas Artes ha podido el público apreciar este lienzo tan lleno de verdad como impregnado de sentimiento. Quizás éste habría sido más comunicativo si el autor hubiese prescindido de un detalle algo realista y que ninguna falta hacía en el asunto. Natural será que un humilde jumento se deje tentar por las verdes hojas que tiene á su alcance; pero hay naturalidades, y sobre todo las no obligadas, que desentonan un cuadro, porque distraen al espectador de lo esencial que el autor se propone.

El de este lienzo es de familia de artistas, y no desmerece por cierto de ella. Su obra está á conciencia estudiada y profundamente sentida. Dios es grande en esa soledad fragosa: las montañas también son digno templo de esa Majestad que visita amorosamente al humilde que quiere despedirse del mundo cantando sus alabanzas.

EL NARANJERO, cuadro de J. Benavent.

No hay que confundir al naranjero con el simple vendedor de naranjas. Este último es cosmopolita, al paso que el naranjero puro no es ni puede ser sino valenciano. En Valencia, por tanto, ha encontrado Benavent los tipos de su cuadro, tipos que no se confunden ni aun con los de otras provincias donde se ha perpetuado también la raza árabe. Entre la granadina y la valenciana hay diferencias esenciales: cuando una y otra son bonitas, que lo son casi siempre, la mayor dificultad estriba en la elección.

LOS HAMBRIENTOS Y LOS HARTOS
cuadros de Orestes de Molin

Molin es un pintor veneciano moderno que se dedica con preferencia á pintar escenas de costumbres, y con preferencia también á satirizarlas en sus lienzos; por lo general escoge con acierto sus asuntos, y no con menos destreza los trata, distinguiéndose sus obras por su vigoroso colorido y por la soltura del dibujo. *Los hambrientos y los hartos*, en que descuellan estas condiciones, son una sátira social que se comprende fácilmente, y en la que se adivina cierta amargura, hija del contraste entre los dichosos y los desheredados de la tierra.

SUPLEMENTO ARTISTICO

PLAZA Y TEATRO IMPERIAL DE VIENA
dibujo de V. Kastler

Varias veces hemos dicho que Viena es la ciudad monumental por excelencia. Su Teatro Imperial, donde se dan espectáculos de gran de ópera y de grandes bailes, es en su género un tipo de grandeza y un modelo arquitectónico. Menos colosal que la *Grande Opera* de París, no le cede exteriormente en belleza y le supera, con mucho, en comodidades facilitadas á los espectadores. Cántanse las *partituras* en alemán por artistas que interpretan magistralmente á los grandes maestros. La mayor parte de esos eminentes cantantes son desconocidos de nuestro público y hasta es posible que de nuestros empresarios, para quienes resulta sumamente limitado el catálogo de las eminencias del canto dramático. Una de las cosas más notables del Teatro Imperial de Viena es que las representaciones, aun en el rigor del verano, empiecen á las seis y media de la tarde; de suerte que el espectáculo termina siempre, cuando más tarde, á las diez de la noche.

Lo menos fiel del dibujo de Kastler es la animación callejera. Viena es ciudad tranquila, en que no reina el movimiento ó mejor dicho torbellino de París y Londres. Es una corte en donde todo es grave y reposado, hasta la circulación pública.



SEÑORA NAPOLITANA, estudio de E. Dalbono

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

VI

Compite con la exposición retrospectiva de la Casa Real la sección arqueológica. Ocupa ocho salas en la planta baja del edificio; en ellas se colocaron los ricos ejemplares del arte suntuario antiguo, si no por riguroso orden ni formando colecciones homogéneas, agrupados de modo que ofrecen el más pintoresco é interesante conjunto. Ganó en ello el artista más que el anticuario. Mientras éste echará de menos una distribución sujeta á la monótona pauta de un catálogo científico, sorprende al observador un cuadro ya compuesto en cada sala, al que sobran tonos brillantes, matices variadísimos y líneas caprichosas y bellas. Recuerdan aquellos salones en perspectiva los interiores de taller, las almonedas y los gabinetes de arqueólogo, reproducidos tan á menudo años atrás. La luz lateral, entrando por los altos ventanales, baña suavemente con su polvillo de oro los mismos objetos: tapices y trípticos; chispea, como allí, en los amorcillos bronceados de las arquillas ó en los platos de reflejos metálicos, y deja en la sombra las espantables armaduras, misteriosas é inmóviles. La poesía que podía concederse á la abigarrada agrupación de tales utensilios, el lenguaje de las cosas viejas, nos embelesa aquí más directamente. Esta elocuencia de lo inanimado es penetrante y honda, sentida en todos los tiempos y por toda suerte de artistas. Como Virgilio concedía á las cosas el poder del llanto, habló Fortuny de espadas que le narraban la historia de una época: ¡una como proyección del espíritu humano que cristaliza y se incrusta en la propia labor; que deja su huella en el roce del uso; que refleja su modo de ser en la elección de una forma, de un simple matiz! ¡Algo como el sello de la verdadera propiedad, esto es, el derecho á lo que hemos transformado: y esta propiedad, sublimada por el arte, que es decir: no una transformación cualquiera, sino una transformación debida á las más sublimes facultades del hombre. Parece que este ha de ser el hechizo inexplicable y realmente refinado que sientan algunos anticuarios contemplando avarientos sus tesoros, además del que hallen en su belleza, si son artistas. Y estos son también los dos atractivos de aquellas salas: la belleza de los objetos y los recuerdos que evocan.

La colección, por desgracia, no es universal: no cuenta con un solo ejemplar extranjero. Tampoco es nacional, en rigor; ¿qué es para España que los prelados de Burgos y Salamanca y algunos títulos de Madrid hayan mandado objetos soberbios, pero escasos, cuando una exposición retrospectiva española, aun incompleta, había de producir asombro? Esta puede llamarse regional, puesto que la gran mayoría de lo exhibido pertenece á Cataluña; en una palabra, una repetición de las celebradas en Barcelona en distintas fechas. Con ser así, es notabilísima; con ser así, creemos que á un artista ó un anticuario extranjeros sorprenderán inesperadamente algunos objetos por lo singulares ó desconocidos, y tras esto, infiriendo de la riqueza expuesta la riqueza oculta, extrañarán y lamentarán el retraimiento de algunas corporaciones y particulares. Razón por la cual empezamos por consignarlo. ¿No es triste, cuando se contempla el efecto de lo que se ha logrado reunir, evocar el espectáculo de lo que hubiera podido reunirse? ¿No es lamentable, cuando tanto interesa una sola parte, no haber alcanzado un todo? ¿Y por qué? Concédase cuanto se quiera á las dificultades del transporte, pero nada debiera perdonarse á la indolencia egoísta, al recelo del avariento y á la ignorancia. De las mismas cuatro provincias catalanas faltan muchas preciosidades que podrían estar representadas, por lo menos, con alguna muestra. Tratándose de colecciones particulares claro está que no hay derecho alguno á la menor murmuración; pero con respecto á las corporaciones oficiales, ¡qué menos podemos hacer que lamentar su carencia de patriotismo ó su desidia! ¿Para cuándo esperan los recelosos custodios de obras valiosas del arte antiguo, enterradas en lo más hondo como tesoro morisco; para cuando esperan sacarlas á luz, si no las muestran en una ocasión tan singular como la de ahora? No parece sino que, sin moverlas de su sitio, faciliten su examen al transeunte con la mayor cortesía. Nadie que haya viajado por España ignora los trámites, molestias y permisos que requiere ver, simplemente *ver*, cualquier preciosidad artística, bajo la vigilancia de un conserje gruñón ó de un *cicerone* que canturrea de coro cual quier patraña tradicional: Así se oxidan, ó se pudren, ó se deterioran ejemplares rarísimos que en un museo ó en una Exposición como ésta, servirían de estudio y enseñanza, propagada, comentada y aprovechada por los que pueden y deben aprovecharla, que somos todos, por lo visto, menos aquellos celosos guardadores. He aquí por qué son tanto más de agradecer los envíos de algunos expositores actuales, y principalmente, por su índole particular, los de los prelados de Burgos, Salamanca, Barcelona, Vich, Gerona, Lérida y Seo de Urgel. Algunos de ellos, no vacilaron en remitir verdaderas joyas que, por lo rarísimas, inspiran con justo título á toda una diócesis el orgullo de una posesión secular.

Aunque no se han agrupado los objetos obedeciendo á un plan riguroso, cada una de las salas tiene carácter distinto, una nota dominante á la cual se subordinan las demás, una mancha mayor que las otras que entona el conjunto. En la primera sala, la que ofrece mejor golpe de vista, los varios muebles y arquillas en el centro ó á lo largo de los muros, y los magníficos tapices y retablos que descuellan sobre ellos, le dan el aspecto suntuoso y al propio tiempo severo, de la decoración interior de un palacio. En cambio, la sala inmediata, con sus vitrinas y el tamaño menor de los objetos que contienen, recuerda una serie de aparadores de joyería, que no es posible abarcar de una ojeada, y que es forzoso escudriñar detenidamente. Todo chispea, todo brilla, todo llama la atención por sus afiligranadas labores ó por sus matizados esmaltes: abanicos, bandejas, cruces, sortijas, relojes, relicarios: las innumerables chucherías que sirvieron de adorno codiciado, ó de recuerdo y prenda de cariño trasmitidos de generación en generación como algo sagrado é inestimable. Sigue á esta sala la destinada á los ejemplares y muestras de cerrajería, en que á la brillantez de los metales preciosos, sustituye el negro color del hierro viejo, forjado y enmohecido, y á las diminutas dimensiones de los pendientes y collarcillos, el formidable tamaño de cerrojos, clavos y hacheros, imponentes y rudos, ó primorosos y elegantes también, con un primor que contrasta con la dureza de la materia ó el uso del objeto. Al hierro sigue la cerámica, en sus múltiples formas y aplicaciones, desde el barro grosero cubierto de polvo á los azulejos relucientes; y á la cerámica, los tejidos y bordados en estambre, en lino, en seda y oro; las capas, dalmáticas y frontales preciosos, que reunen á su antigüedad valor intrínseco inapreciable y á éste, mayor importancia artística por su ornamentación, y otros objetos del culto, en fin... cruces, incensarios, y retablos de épocas diversas. Difícil es elegir entre tan variadas muestras de todas las artes, desde la pintura primitiva al labrado de las maderas preciosas, de la orfebrería á la construcción de instrumentos músicos, aquellos ejemplares más notables por su origen ó por su rareza, por su belleza artística como por ser manifestación de industrias hoy desaparecidas ó decadentes, pero, tras esta breve impresión de conjunto, intentaremos precisar sus líneas con la designación de lo más principal en aquellos conceptos.

16 Agosto

J. YXART.



LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA

UNA ESTATUA IDEAL EN LA GRECIA CLÁSICA

(ESTUDIO LITERARIO Y ARTÍSTICO)

Veamos á la hermosa joven tal como Sófocles la ideara en su alma serena y armoniosa. Descubierto el involuntario crimen de su padre, los tebanos, que le adeudaban dos grandes remedios en su vida, pues los sirvió así con sus aciertos como con sus castigos, merced á los cuales aplacara las celestes iras, esos tebanos de tan cruel ingratitud, lo abandonan, y al verlo huyen, y de su presencia se apartan, creyéndole moralmente apestado y leproso. Los propios hijos le arrojan del trono y del pueblo que había salvado con su ciencia y esclarecido con su gobierno. Parricida, incestuoso, el hogar suyo se parece á una Genmonia, los dioses lares á genios adversos, el sepulcro de los antepasados en que radica el árbol de todo humano ser á un centro de maldiciones y anatemas, sus hijos resultan al mismo tiempo sus hermanos; por lo cual toda su sangre ha entrado en corrupción y toda su vida caído en oprobio, y el templo le rechaza, y el pueblo le maldice, y no le queda otro remedio sino errar en las soledades inmensas, á merced por completo de los elementos implacables, hasta que la muerte se apiade misericordiosa de su dolor y ponga sobre sus ojos vacíos el sueño perdurable. ¿Qué será de un pobre ciego, sin familia, sin hogar, sin patria, sin penates, rechazado hasta por el sepulcro de sus mayores y andando á tientas en tinieblas eternas, porque la luz resplandeciente, alma de los demás mortales, solo sirve, con su calor, para perpetuar aquella terrible desventura?

El cetro se ha roto como una frágil caña, y apenas le sirve de báculo; se ha trocado la púrpura en harapo sobre sus hombros enflaquecidos; la corona se ha roto, y sólo queda como una sombra de ignominia en su frente donde resplandeciera otros días con gloria. Quien repartió riquezas entre las manos alzadas á su próvido trono, mendiga hoy amargos mendrugos. Quien no aparecía jamás, sino entre los aplausos de la juventud y el respeto de la vejez, oye resonar los pasos de aquellos que se ahuyentan y las maldiciones de aquellos que se tumultúan á su vista. El héroe, que iba en su busca para recoger el premio á la victoria; el moribundo, que le demandaba las plegarias y auxilios y hasta ritos fúnebres; la viuda, que ponía en sus manos hijos y herencia, porque todos le veían de virtudes resplandecientes vestido y coronado como por una tiara por su sabiduría, húyenle ahora y le creen sólo digno de castigos eternos. Desnudo, demacrado, la piel rugosa sobre los huesos doloridos, los ojos semejantes á vacías cavernas, trémulos sus labios, crispadas sus manos, el aliento como un turbión de quejidos, incierto el paso por clavársele, do quier lo endereza, espinas en las plantas, abrasáralo el sol, azotáralo el huracán, encuentra por cama la tierra dura, como por cubierta el cielo cruel, y no le quedará otro remedio sino compadecer hasta los cadáveres insepultos, roídos por el pico de los cuervos y machacados entre las quijadas de los perros. No se conoce todo cuanto necesita el hombre de la humana sociedad hasta que la pierde y se ve por completo entregado á las inclemencias reinantes en el despiadadísimo Universo. Nidos sin pájaros, domicilios sin habitantes, campos sin cultivo, corazón sin amor, amor sin correspondencia y sin objeto, vivo enterrado en un sepulcro, todo cuanto podáis imaginaros de más triste, se suma en las tristezas múltiples de un infeliz errante á solas por el mundo.

¿Quién le consolará? Se necesitaría un receptáculo tan grande como los lechos del Océano para contener sus lágrimas amarguísimas, y para enjugarlas un paño tan extenso como el cielo. ¿A dónde volverá los ojos? Los dioses le han infligido penas terribles antes de nacer, y condenádole á una desgracia irremediable. Por su propia mano inmola el hombre de quien recibiera la vida, y el propio lecho donde fuera engendrado lo macula con deshonor inextinguible. Sus hijos deben el ser á torpe incesto, y no pueden asomarse al sepulcro de sus mayores, ni mirar al cielo de sus penates sin descubrir por do quier la reprobación eterna y sin caer bajo el peso de una gran vergüenza. El perro tiene amo y tiene perrera; él no tiene ya en el mundo la caverna que habitan los brutos carniceros. ¿Quién le consolará? Solamente su Antígona. Miradla. Bien puede un viejo palacio de reyes ofrecerle vivienda; una corte fastuosa ostentación y lujo; los hermanos queridos parte de la corona heredada; un héroe de regia sangre su corazón y su nombre. Antígona compendia en sí todas las virtudes propias del sexo á que pertenece, y sólo ve á su padre infeliz en el mundo, porque sólo su padre necesita los afectos más vivos y los calores más ardientes de su alma, la compasión y el consuelo. Un gran escritor la saluda como predilecta del destino, y puesta por la Providencia en cabeza de todas las heroínas de la templación, que llevan en sus manos hasta por nuestros templos católicos las verdes palmas, las blancas túnicas, las etéreas aureolas del martirio. Lo que lleva principalmente dentro de sí es la entraña de mujer que, criada para el amor, comparte, á virtud y eficacia de su compasión, ese amor de los amores, todas las penas humanas.

Miradla joven, bella, pura, en la primavera de sus años, con el esplendor de su raza y con los timbres de su familia; miradla triste, pobre, descalza, el cabello tendido sobre las espaldas, los ojos vueltos hacia los huecos ojos de su padre, mendigando el mendrugo diario á la limosna del viandante, y recorriendo la tierra en busca del último asilo guardado á la desesperación, en busca de la muerte. Ningún pintor cristiano ha sabido trazar una imagen de la piedad semejante á la figura de Antígona, convertida en báculo yerto y pasivo bajo la trémula mano de aquella sombra inocente y maldita que se llama Edipo. Delante del grupo formado por hija y padre va la fama gritando parricidio, incesto; y en torno suyo se dilata el desierto, pues al descubrirlos, húyelos en desatada carrera la gente por no contaminarse con su desgracia y por no participar de sus maldiciones. El perro hidrófobo, apaleado por todo el mundo, sufrirá cuántos dolores materiales se quiera, mas no este horrible dolor moral de las afrentas, privativo del género humano, á causa de su conciencia y de su alma. He aquí porque nos conmueve tanto la sublime figura de Antígona, porque personifica las esenciales virtudes propias de su sexo, y porque muestra cómo permanece la naturaleza femenina, perpetuamente bajo la sobreposición de instituciones varias y de diversos estados sociales, idéntica por completo á sí misma, y mucho más idónea que la naturaleza varonil ó masculina para la compasión, para la caridad, para las grandiosas expansiones del alma, para el sentimiento, verdadero calor de la vida, y agente cuasi divino de todos los sacrificios y de todos los heroísmos, que no se disminuyen y endulzan entre las violencias, las cegueras y los estremecimientos del combate, sino que apelan á la resignación y se conforman con dolores apenas soportables por delicadas y débiles naturalezas.

Sófocles ha engrandecido y hermoseado todas estas virtudes, ciñéndolas de los esmaltes del genio y abrillantándolas en el engarce de sus inmortales tragedias. Al poco tiempo de aquel holocausto piadosísimo, la misma inflexible fuerza del destino antiguo se resiente y cede á la misericordia. Lo verdaderamente trágico en este grupo sublime de hija y padre, por todas las afrentas heridos y por todas las inclemencias del cielo probados, es la estrella esplendente y espiritual puesta sobre sus sienes y compañera de su peregrinación, la estrella de su inocencia. Y así, una voz compasiva les dice que después de haber errado tanto tiempo, clavándose todas las espinas de aquel su camino sembrado por zarzas y abrojos, obtendrá un único ya posible consuelo el infeliz maldecido por los hados, el consuelo de su muerte y de su sepultura. Mas para esto se necesita que lleguen al bosque donde habitan las Euménides. Hijas predilectas de la Naturaleza y habitadoras de los bosques, traen á los desgra-



EN LAS LAGUNAS, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo



P.LAZA Y TEATRO IMPER



IAL DE VIENA, DIBUJO DE V. KASTLER



CONTRABANDISTAS HUYENDO DE LOS CARABINEROS, cuadro de C. Tschaggeny

ciados el consolador lenitivo de un sueño perpetuo dentro del sepulcro. Cerca ya del sitio compasivo y hospitalario que habrá de matar al triste, levántase airadísimo el viejo rey de Tebas, y dice que sus crímenes terribles no se deben á la voluntad y á la conciencia íntimas suyas, sino al hado que se los ha impuesto con fuerza, y que al imponérselos forzosa y violentamente, le ha, por su desgracia, hecho criminal é inocente á un tiempo. El humano albedrío se levanta en la persona del viejo Edipo, y protesta contra todos los empeños y todos los empeñados en imputarle la responsabilidad inaceptable de las fatalidades que bajan del Universo entero sobre la misérrima y débil criatura.

Nada tan bello como el arribo de Antígona y Edipo al valle de Colonna. Los más hermosos caballos del Ática van por allí errantes sin freno ni montura; los ruiseñores gorjean bajo la obscura hiedra entrelazada con guirnaldas y pámpanos, con flores y frutas; por el suelo cargado con rocío celeste se juntan los narcisos que coronaran á los antiguos dioses con los pistilos del azafrán rojo y dorado; el olivo de blancas hojas se mezcla con las adelfas inmortales; y mientras Baco ríe, seguido por sus ninfas, exprimiendo el racimo en la cuba y cantando las embriagueces de la vida, bajo las azules ondas cercanas que besan las arenas áureas, laten las Nereidas sacando sus frentes ornadas por algas, corales y perlas entre las ondas abrillantadísimas por el resplandor de un cielo siempre luminoso y siempre sonriente como reflejo de las hermosuras contenidas en este singular valle de Colonna henchido y rebosante de alegría. Y al llegar allí, la plegaria de Antígona se ha oído ya en el cielo, y sus lágrimas de tal suerte se han condensado sobre la fatalidad, que han podido vencerla y redimir al ciego irredimible. Sí; una vez llegado al bosque de las piadosas Euménides, los Oráculos, implacables enemigos del viejo Edipo, le dicen que su muerte será una felicidad para la tierra donde suceda, y que sus despojos llevarán á los campos que acierten á contenerlos y á las ciudades que se les avecinen próspera y benéfica suerte. Al saber ésto, al saber cómo aquel hombre perseguido por los hados va pronto á convertirse de suyo en redentor, los pueblos que lo maldecían y lo rechazaban se disputan todos con la posesión de sus restos la gloria de su apoteosis. Pero le roba el cielo, como á Elías en la Biblia, y priva de beneficios no merecidos á sus perseguidores.

¡Cuánta parte no han tenido las virtudes redentorias de Antígona en la redención del mísero Edipo! Mas no le basta, no, á esta hermana de la caridad, engendrada por el antiguo paganismo, los consuelos en vida llevados á su padre; quiere también prestar los debidos honores fúnebres á su hermano Polynice. Después de haber alcanzado al extremo de alto heroísmo en la obra de acorrer y consolar á su padre, parecía imposible que llegase hasta sobrepujarse á sí misma, rayando como hija donde rayó como hermana. La desgracia pasa como vínculo de padres á hijos en la familia del infeliz tebano. Eteocles y Polynice, que le deben el ser y que comparten el trono, llegan á enemistarse hasta el punto de perseguirse con mutuos odios en abiertas guerras. Pero Eteocles, habiendo quedado en el trono, representa la defensa de Tebas, mientras Polynice, habiendo caído del trono y marchádose á extrañas tierras, personifica y representa el ataque á la ciudad natal. No le perdonaran esto los dioses. Pero él, que arrojara de Tebas á su padre por creerlo funesto á su familia, en cuanto sabe como los dioses le han perdonado, y se han de nuevo avenido con él, corre á pedirles su intercesión propicia con el cielo para que levante de sus espaldas las abrumadoras maldiciones que las agobian. Edipo, al ver frente á sí un hijo tan despiadado y tan implacable un día para él, en aquella desgracia que no había merecido, redobla su agobio, uniendo las paternales maldiciones á las maldiciones divinas. Aquí reaparece de nuevo el ministerio decretado por el alma de Sófocles á la piadosa Antígona, el ministerio de intercesión misericordiosa con todos los que pueden á favor de todos los que padecen. Antígona junta sus manos y dobla sus rodillas para que no maldiga Edipo á Polynice.

Pero las maldiciones del cielo y del padre se cumplen. El conquistador Cleón sube al trono de Tebas prevaliéndose de las cruentas luchas entre los dos hermanos. Y como quiera que Polynice haya muerto allegando fuerzas contra su ciudad natal, condénale Cleón al más terrible de los castigos antiguos después de la muerte, á quedar insepulto para pasto de cuervos, buitres, canes y hienas. Desconocería los clásicos pueblos antiguos quien desconociera el horror siempre por ellos experimentado á esta terrible suerte de los insepultos. No existe maldición que tema tanto un héroe cualquiera, el más formidable de los héroes antiguos, como la que pudiese condenarle á morir sin esperanza de obtener los honores fúnebres debidos á la muerte. El más desgraciado de los mortales en los tiempos antiguos es aquel que no encuentra quien le cierre los ojos, le vista las ropas fúnebres, le lleve á los patrios campos, le deposite dentro de su sepultura y le ofrezca los debidos necesarios sacrificios para que los dioses del abismo lo reciban contentos y provean á su paz eterna. Para comprender cómo se ligaban en las familias antiguas los muertos con los vivos y los vivos con los muertos, hay necesidad imprescindible de recordar cómo la familia constituía una especie de comunidad religiosa y cómo se ligaban por una especie de culto el tálamo de los matrimonios con la cuna de los hijos, la cuna de los hijos con el altar de los penates, el altar de los penates con el sepulcro de los abuelos, todo ello envuelto por una especie de liturgia, la cual consagraba muerte y vida con prestigiosos y solemnes ritos. La piedra del sepulcro resultaba el ara de los lares, y el ara de los lares la piedra del hogar. Vivos y muertos estaban así en permanente comunidad.

Conociendo la piedad incomparable de Antígona, inútil añadir cómo consideraría ella el deber de prestar culto á los restos de su hermano. El vencedor y tirano Cleón había dispuesto que permaneciesen insepultos, condenando al contraventor de tal disposición á muerte. Pero no le importaran estos rigores de la tiranía implacable á quien ha probado ya otros rigores más terribles, los rigores del cielo. Si por su padre ha desafiado las cóleras de los dioses, por su hermano tiene que desafiar las cóleras de los hombres. Ha crecido en la miseria, en la soledad, alimentándose de una compasiva limosna, sin abrigo contra el frío y contra el calor sin sombra; maldecida y afrentada por generación triste de un horrible infame incesto; y no ha vacilado en el cumplimiento de sus deberes filiales, menos, mucho menos vacilará en buscar los despojos del hermano insepulto para reunirlos á los despojos de sus desgraciados progenitores y prestarles el culto que deben los vivos á los muertos. Igual heroísmo que al salir de Tebas en busca de su padre maldito, muestra saliendo en busca de su hermano muerto. Los perros aullan, los cuervos aletean, la desolación cubre aquellos terrenos asombrados por nefastos decretos del destino, la corrupción de los restos dejados al sol y al aire hiede y mata envenenándolo todo con sus homicidas miasmas; pero Antígona, que ha soportado como hija las iras de los dioses, como hermana soportará las iras de los hombres. Y sin curarse para nada en estos instantes supremos de si una sentencia capital irrevocable la persigue, atravesará los campos de batalla, hechos por la matanza vastos cementerios, é imagen de la piedad humana, cumplirá su piadoso ministerio.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



EL VIÁTICO EN UN PUEBLO DE CATALUÑA, cuadro de M. Vayreda

Con el arte propio de los grandes poetas, arte intuitero, y por lo mismo infalible, pone Sófocles junto á la hermana que busca el cadáver, menospreciando la tiranía y sus disposiciones, junto á la inflexible Antígona la flexible Ismene, más circunspecta en estimar las circunstancias, y en ver lo que impone la realidad á cuantos en ella se mueren y viven. Así dirige algunos reparos sensatísimos á las resoluciones decisivas de su hermana. Pero ésta no quiere volver á oirla, y el freno de las observaciones puestas por Ismene á sus deseos, lejos de refrenarla, sólo consigue moverla más y decidirla contra toda vacilación en el cumplimiento de su deber sagrado. El hogar heleno se funda sobre un culto muy respetado, el culto debido por los vivientes á los muertos, y Antígona, en su amor á todos los suyos, no quiere que un criminal ocio de sus manos rompa lazos eternos y concite más aun contra su familia los dioses infernales. El deber la inspira, y han de cumplirse con todo rigor sus inspiraciones imperiosas. El rey de Tebas, el que ha sustituído á los dos hermanos muertos, promulga por medio de pregoneros y heraldos la terrible sentencia. Ido Polynice contra el hogar de la patria en vida, no puede concederle, no, la patria en su seno el hogar de la eternidad en muerte. Pero Antígona sólo conocerá la santa ley de su amor, y sólo verá en el sublevado contra la ciudad al hermano de su corazón. Como todos los resueltos, la joven pone por obra lo pensado, así que le asoma en el espíritu tal pensamiento. Pero un guardia de Cleón la sorprende al sepultar el insepulto, y la lleva en presencia de la corte. Por relator del crimen le dan por su clara y sublime sencillez un verdadero atractivo. En la hora de caminar al sitio donde había de honrar Antígona el cadáver, los vientos del cielo se levantaron en torbellino sin número y cubrieron la comarca de negro polvo parecido á un espeso humo. Resistió la joven á esta inclemencia más de su destino, irguiéndose como el arbusto, que se alza del suelo, hasta donde le ha doblado el huracán, firmísimo é intacto en su tronco y en su copa. Y cumplió contra todas las furias de los elementos su obra de piedad. Amontonada toda la tierra que pedían los rituales sobre aquel cuerpo descompuesto, y malditos los que debieran inhumarlo y lo exhumaron, ofreció tres libaciones de hidromiel y leche á las divinidades infernales, con voces paredas al grito de las avecillas que llevan la comida para sus pequeñuelos en la boca y encuentran robado y vacío el nido. Hermosa verdaderamente Antígona en todos los aspectos de su ser, aparece como imagen fidelísima de la mujer ideal, que debía transmitirnos el mundo antiguo como un ejemplar modelado para norma y enseñanza de lo porvenir. Las dos piedades que han asaltado sus entrañas, nos la muestran en dos actitudes trágicas por su esencia, escultóricas por su forma. Entre las cóleras que la persiguen y los elementos que la combaten y azotan, aparece muy bella como báculo de su padre, pero no menos hermosa como estatua tumularia puesta en sacro campo sobre frío cadáver, como un símbolo inmortal del inmenso dolor sufrido por las pobres mujeres en todos los duelos de la familia y en todos los entierros.

La joven va, después de haber cometido su piadoso crimen, ante aquel tirano, que aparece cual todos los tiranos, rey, sacerdote, juez, imagen de la sociedad asiática, fundada sobre las teocracias y sobre las castas, que deshará el soplo de la democrática y republicana y libre Atenas. Aquel interrogatorio, en que la conciencia de una débil pero valerosa joven opone sus resoluciones personales á la tiranía histórica, resulta de belleza y de profundidad, semejantes á los diálogos, en que Platón diera conciencia de sí al humano espíritu y lo relacionara con la divinidad. Cuando el rey le arguye de que promulgadas sus leyes, las cuales defendían inhumar al culpado, las ha desoído, Antígona responde con la invocación de otra ley divina promulgada por los inmortales, contra las que nada puede mísero edicto pregonado por heraldos y obra frágil de un pobre mortal. En la conciencia, con letras más luminosas que los astros diseminados por los

espacios, hanse códigos tales promulgado, y cuanto contra ellos se dicte ó haga tendriánlo por írrito las generaciones, sabedoras de que ser, vivir, respirar, creer, todo lo deben á los dioses creadores, desacatados por mísera criatura, que se imagina valer tanto como ellos por llevar en sus sienes la corona de rey. Las leyes innatas al Mundo y al Espíritu, por divinas, y promulgadas al crearse las almas y las cosas, en la hora de su creación misma, levántanse frente al trono y á la tiranía en toda su fuerza y en todo su esplendor. Las víctimas inmoladas por haberlas obedecido, no harán más que aumentar su vigor. Así Antígona, inspirada por su heroísmo, como todas las mártires, ve con éxtasis acercarse un momento en que servirá su palabra de testimonio á la patria religión, su cuerpo de víctima propiciatoria en las aras familiares, su vida de incienso disipado el templo más propicio á la divinidad, en el templo de una purísima conciencia. En vano el rey quiere intimidarla; no puede, no, desposeerla de otra cosa que de la vida, y se la ofrece de grado, tan resuelta de suyo al martirio como resuelta estaba también á la inhumación. Así cuantas observaciones le dirige con rabia el déspota, para cohonestar la sentencia dada contra su hermano muerto y la que apercibe contra ella viva, caen á las plantas de Antígona rotas por una frase de sus labios. Fuera de sí ya por aquella incontestable argumentación, dice Cleón que no perdona al enemigo, ni muerto. Y Antígona proclama triunfalmente con sólo dos palabras el Evangelio eterno de mujer, exclamando que ha nacido ella, no para el odio, para el amor.

Ismene, al ver esto, se arrepiente de su anterior debilidad, y reclama parte activa en el crimen perpetrado por Antígona y la comunidad en el amenazador castigo. Pero Antígona proclama su inocencia y la condena con este acto de piedad bien cruel á vivir en el remordimiento y en el dolor. Imposible que un alma de tal modo heroica y una belleza de tal modo acabada pudieran pasar por los horizontes del mundo siquiera en sólo un vuelo y no suscitaran amor. Hemón, hijo del tirano, se ha rendido á tantos prestigios y abierto su pecho á la pasión de las pasiones. Pero Antígona, creyéndose manchada por su incestuoso infeliz origen, pura y sublime siempre, con el pensamiento y el deseo puestos en la inmortalidad como una mártir de las edades cristianas, no pagará el amor sugerido por ella con la infamia y el oprobio; preferirá morir. Sabe que la quiere con cariño profundo el príncipe; pero no dice una palabra, en su resolución de abrazar otro sublime sacrificio, antes que unirlo á la desgracia y á la deshonra connaturales á su nombre y á toda su familia. Hemón defiende á Antígona y su acto ante la cólera del rey, su padre. Y Cleón le amenaza con matarla en su presencia. – No morirá sola, – grita el enamorado, sin que la crueldad del rey cure de la sordera implacable que no advierte, ni siquiera oye como en esta frase también se contiene para él un tremendo castigo. Así, pronuncia viejo juez, la sentencia que condena sin piedad el cuerpo de la virgen á ser enterrado vivo. Y mientras las terribles nefastas líneas de tan siniestro acuerdo resuenan con lúgubre resonancia, el coro dice cómo acaba de penetrar allí el amor, quien omnipotente, invencible, abate á los poderosos y exalta á los humildes, colora desde las auroras del cielo hasta las mejillas del joven, y va desde los pacíficos establos á los revueltos mares, como los rayos del sol y como los suspiros del aire. Ni el humano en su efímera vida, ni el divino en su vida perdurable podrán huirlo. Y á todos prestará un furor sacratísimo como no sabe prestarlo ninguna otra pasión. Por lo cual, así como pervierte al justo hasta el extremo de ocultarle todas las sirtes del vicio y al pacífico lo exalta también hasta empujarlo á la guerra, siembra discordias irreconciliables entre Cleón, que ha condenado por sus desacatos á la inflexible Antígona, menospreciadora de sus leyes, y Hemón, que ha resuelto salvarla ó bien morir con ella, para desposarse, ya que un mundo bárbaro no lo consiente aquí, allá en otro siquiera subterráneo é infernal.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

EL NARANJERO, cuadro de J. Benavent

Antígona, conducida por dos arqueros y velada con fúnebre velo, va tristemente á la caverna donde la enterrarán viva por haber ella enterrado á un muerto. Al verse próxima del abismo, sobre cuya boca se alza la piedra que debe cerrarlo para siempre, siente con raro sentimiento, hijo de la Naturaleza, todos los hechizos de la vida humana hecha por la luz y sustentada por el aire. La comparación entre los resplandores del cielo que se dilata sobre su frente y los pliegues de las tinieblas que yacen á sus pies la hielan de humano espanto. Sus retinas se abren al sol que ilumina las cosas y sus oídos al concierto que forma el Universo. Y entonces el amor le dice cuánto le ha faltado por no haberlo conocido. ¡Ah! El único epitalamio que resonara en los oídos de la virgen, habrá de ser el grito estridente de las aves nocturnas, compañeras de su agonía. En efecto, nadie la socorre. Aquel coro, tan piadoso de suyo y tan abierto á los humanos dolores, la deja sola, en el miedo al tirano, sobre que toda tiranía se funda y á que toda tiranía se agarra. Para llegar hasta el borde terrible de la sima que implacablemente se la tragará, siente las espinas en sus pies ensangrentados y ve las lenguas de las víboras enhiestadas como flechas contra sus carnes. Para que nada falte á esta pasión, á este martirio, haya allí también el escarnio de las muchedumbres. El coro se burla de la mártir. Antígona, dolorida, pone por testigo al cielo de que ningún mortal en su agonía la lloraba, cuando era inocente; y el coro le recuerda con increíble brutalidad el incesto de su padre. A este recuerdo un grito de horror sale de su pecho, y una sombra bajada de lo alto cubre su agonía. Cleón, ciego de rabia, la empuja con sus ademanes y con sus palabras al abismo abierto para recibirla viva; y ella colocada en el crepúsculo donde se mezclan el tiempo y la eternidad, se despide con amor de los mismos que la insultan en la tierra y mira con éxtasis el sepulcro donde le esperan con los brazos abiertos sus antepasados.

Pero no ha concluído todo, cuando Antígona se ha precipitado en la sima horrible. Las aves nocturnas gritan y revolotean, viendo aquella víctima, de cuya sangre van á embriagarse y cuyas fibras van á comerse voraces en horrible banquete. Pero, como el mundo natural y el mundo sobrenatural están, en las religiones antiguas, tan unidos, los gritos horribles de las agoreras aves despertarán á las furias divinas, quienes decidirán vengar aquel holocausto, dirigiendo emponzoñadas flechas al corazón del tirano, para en él abrir una herida incurable. Efectivamente, un adivino le anuncia que su hijo Hemón, muerto de amor antes, morirá, por ley natural, ahora con Antígona, verdadera esperanza de su vida. Entonces, y sólo entonces, el sordo y ciego y cruel rey conoce todos los males que á sí mismo se acaba de hacer, y revocando la sentencia, ordena con precipitación que saquen á Antígona del abismo, donde todavía no habrá muerto, y la entreguen con celeridad á los brazos de aquel hijo que la desea y ama. El azadón de los vasallos abre con su pico la misma piedra que había derribado con su mango sobre la cabeza de Antígona. Pero todo inútil, todo, la tragedia se ha consumado. Antígona, para huir á una perdurable agonía, se ha colgado en la caverna de su cinturón, y el amante la tiene muerta entre sus brazos convulsos, sin reanimarla ni con sus besos ni con sus lágrimas. Cleón entra, y ruega de hinojos á su hijo que salga y respire con él y con los suyos la vida. Pero Hemón escupe á su cara con horrible desacato y saca furioso de su cinto la espada con aire amenazador. Entonces Cleón imagina que va su hijo á matarlo y huye. Pero Hemón se hunde su arma en el pecho y muere. Como no hay una estatua superior en el mundo á las estatuas de Fidias, no hay en la historia una tragedia superior á esta tragedia de Sófocles. Los dos grandes dramas de la edad moderna, el Hamlet, de Shakespeare, y el Segismundo, de Calderón, tienen escenas más sublimes inspiradas por el crecimiento de nuestro espíritu en el curso del tiempo y en el desarrollo de la idea. Pero carecen de la perfección absoluta que por sus proporciones y por sus armonías presentan estas obras perfectísimas del antiguo clasicismo. Y Antígona queda como una estrella fija en los horizontes del ideal, personificando todas las virtudes más íntimas de su hermosísimo sexo y mereciendo toda la perdurable letanía de alabanzas que le consagra la historia.

EMILIO CASTELAR

LA REINA DE LOS PECES

POR DON ANTONIO BALBUENA

Vivía, allá por los años de Maricastaña, en un país que no he podido encontrar en los mapas geográficos, cierto rey de carácter guerrero y batallador y de ambición nunca satisfecha. Dueño de inmensos territorios, pasaba su vida en guerras continuas de conquista, teniendo siempre alarmados á los reyes de los Estados vecinos.

Casóse Otón IV, – que así se llamaba nuestro rey, – con la princesa Catalina. El amor hizo esta unión, y de ella nació al año el príncipe Otón, quien, al nacer, causó la muerte á su madre, y el dolor y la desesperación de su padre.



LOS HAMBRIENTOS



LOS HARTOS, cuadros de Orestes de Molin (exposición de Bellas Artes en Bolonia)

Amaba Otón IV entrañablemente á Catalina y el egoísmo del dolor hizo que no pusiera en su hijo el cariño que debía, acusándole injustamente de una desgracia cuyas consecuencias había de sufrir más el desdichado príncipe que el inconsolable viudo.

Otón era el retrato de su madre, y esto, que debía haber sido motivo para que su padre le amara más, fué, por el contrario, causa de su desvío. Su vista me recuerda á mi Catalina y aviva mi dolor, – decía el rey. – Yo ya no puedo amar ni amo á mi hijo; para mí ya no hay placeres en la tierra; gozo únicamente guerreando; en el estruendoso fragor de las batallas olvido mi dolor. Cuando mi ferrada maza cae sobre la cabeza de un enemigo y la abre como una granada arrojada al suelo, sonrío entonces y sólo siento no poder destruir de un solo golpe todo cuanto vive; la tierra misma, hasta el cielo que cruel me robó á mi Catalina.

El príncipe era de carácter dulce. Sus ojos eran grandes, azules y soñadores. Extremadamente rubios sus cabellos; tan rubios, que su pueblo le había bautizado con el nombre del príncipe de oro. Alto, de varoniles y vigorosas formas, contrastaba grandemente su cuerpo hercúleo con su fisonomía de niño. Si físicamente era hermoso, moralmente lo era más. En su alma habían hecho nido todas las virtudes y todas las perfecciones, la generosidad, el valor sin crueldad, la compasión, la caridad y sobre todo el amor. Amaba con vehemencia hasta á aquellos que le mostraban indiferencia, pues odiarle nadie, ni el más perverso, hubiera podido. El desvío que su padre le mostró desde niño, no consiguió que el desdichado príncipe dejase de amarle, pero sí laceró su corazón, imprimiendo en su rostro un sello de tristeza que le hacía más simpático.

Desde muy niño fué confiado á los cuidados de un viejo sabio, que supo amarle hasta el punto de consolarle de la injusta indiferencia de su padre, y hasta de la temprana muerte de su madre; que siempre la naturaleza pone junto al mal el remedio y el consuelo junto al dolor.

Llegó el príncipe á la edad viril, con una sólida instrucción. Las ciencias todas le eran conocidas, sobresaliendo especialmente en la poesía y la música. Lorenzo, – que este era el nombre de su preceptor, – le había familiarizado con los clásicos griegos y latinos y había desarrollado sus grandes condiciones de poeta. Esta educación y su carácter hicieron á nuestro príncipe un hombre que en nada se parecía á su padre. Éste era duro y cruel, dulce y amantísimo aquél. Adorando el padre las luchas cruentas y odiando á todo y á todos. Suspirando el hijo por encontrar una mujer capaz de amar y sentir como él sentía y amaba.

El cariño á su padre, á su preceptor, á las flores, los pájaros, el arte y la naturaleza entera llenaron su alma hasta los veinte años; pero al llegar á esa edad, sintió en su pecho un gran vacío: tanto amor era insuficiente, necesitaba el verdadero amor, el que alegra y entristece, el que mezcla sonrisas y lágrimas, el que place y duele, el amor á la mujer.

Las damas de su corte le hubieran concedido su amor si el príncipe se hubiese dignado fijar en ellas sus ojos. El amor de aquellas grandes señoras no le satisfacía. Decía, y con razón, que no era á él á quien amaban, sino al hijo del rey. Un día en que Otón salió de caza y en que se separó de su comitiva persiguiendo á un gamo, le sorprendió una terrible tempestad, y buscando en dónde guarecerse de la lluvia torrencial, que se desprendía de un cielo negro como alma de usurero, vió á la luz de un relámpago un viejo castillo que se levantaba en el centro de una extensa y pelada llanura. Una alta torre, medio derruída, se apoyaba sobre otra torrecilla más baja y de construcción más moderna, como anciano que doblado por el peso de los años sostuviera su gastado cuerpo en el hombro de su querida netezuela.

Dirigióse hacia aquel lugar el príncipe.

Dió tres golpes en la ferrada puerta con su maza, y momentos después vió por entre las rendijas de la puerta los resplandores de una luz.

Rechinó una cerradura y se presentó ante él un hombre de unos cincuenta años, que parecía por su traje y aspecto un servidor de los dueños del castillo.

– Perdonadme, – dijo el príncipe, – si vengo á molestaros. Me he alejado de mi castillo y separado de mis compañeros de caza, y la tempestad me obliga á pediros asilo por un momento.

– Entrad, señor; la casa del conde Alberto abre siempre sus puertas al que pide hospitalidad. Aguardad un momento y el conde mismo vendrá á repetiros el ofrecimiento que por él os hago.

Encendió el discreto y hospitalario servidor una lámpara que sobre una mesa había; ofreció un asiento al príncipe y salió.

Transcurrieron algunos momentos y volvió el criado acompañando á un anciano venerable que se apoyaba en el hombro de una preciosa niña. Aquel grupo recordó al príncipe la casi derruída torre y la torrecilla que formaban el edificio en el cual se hallaba.

Púsose en pie movido por el respeto, y por un instante quedóse sin poder hablar, examinando la hermosa y blanca cabeza del anciano y la delicada y rubia de la niña.

Era el anciano de estatura tan extremada, que, á pesar de la inclinación que á su cuerpo habían dado ochenta años de vida, aun dominaba con su vista á Otón. Sus ojos eran azules, claros, serenos é inmóviles, larga y blanca la barba, noble y severo su aspecto, é indicando en toda su persona haber tenido una vigorosa organización.

Formando extraño contraste con el anciano, era la joven pequeña de estatura, la color pálida, de oro el cabello, labios delgados y no de grana, sino de rosa, delicada de cuerpo; ojos rasgadísimos y negros daban vida á aquel rostro tan suave, fino é ideal, que cualquiera hubiera dicho que respiraba pétalos de violeta y se alimentaba de suspirillos de mariposa.

– Venís á guareceros de la tempestad según me ha dicho mi servidor; ¿no es así? – dijo el anciano.

– Así es, señor.

– Figuraos que esta casa es vuestra. No pregunto quién sois, ni á dónde vais, ni de dónde venís; sólo sé que necesitáis de mí, y esto basta para que os ofrezca cuanto pueda daros. Disponed cuanto se os antoje; estáis en casa del conde Alberto, quien, viejo y ciego y pobre, aun puede daros lo que quizás muchos no os dieran, un techo honrado que os cobije, blancos manteles y bien condimentados manjares, y las manos de mi nieta que os sirvan. Ved si en otra parte halláis más y mejor.

– No necesito tanto, señor, – replicó el príncipe; – dejadme sólo que os respete y bese las manos de vuestra hermosa nieta, que no nacieron para servir, sino para ser servidas.

– Si mis ojos tuvieran luz, – dijo el anciano, – sabría conocer en vuestro rostro si los sentimientos de vuestra alma corresponden con esas palabras, pero mis ojos se extinguieron con el tiempo. Hoy veo con los de mi nieta y si ella me dice que no mentís, os abriré mis brazos, besaréis su mano, y no seréis un extraño para mí. Lucila, hija mía, da á mis ojos algo de la luz que á los tuyos sobra.

– Padre, abrid los brazos á quien os lo pide. Señor, esta es mi mano, – dijo Lucila con voz fina y suavísima como hilillo de perlas que cayera sobre cristalino plato. Y al decir esto, alargó la mano al príncipe, quien la besó con el mismo respeto con que hubiera besado la de la santísima virgen.

Cesó en aquel momento la tempestad, y un rayo de la blanca luna penetró por la ventana, queriendo sin duda admirar el hermoso cuadro que formaban el venerable anciano, en pie y con los brazos abiertos, á su lado la joven extendiendo su mano, el príncipe inclinado y rozando ligeramente con sus labios aquella mano, y en segundo término, el fiel servidor, inmóvil y grave como la estatua de la quietud y el respeto. Estrechó el conde entre sus brazos á Otón, y aquel abrazo selló una firme amistad entre los personajes de esta escena.

– Ha cesado ya, – dijo el príncipe, – la causa por la cual vine á pediros hospitalidad. El cielo, enemigo mío, ha querido que la tempestad fuera breve para acortar el placer que experimento. Hoy y siempre bendeciré la tempestad que aquí me trajo y maldeciré la calma. Y pienso que si en el cielo reina, ya falta en mi pecho.

– Señor, – contestó el anciano, – mi casa, no, que ya la es vuestra, la encontraréis siempre dispuesta y abierta para vos.

Despidióse Otón y salió.

(Se continuará)

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón



AÑO VII ↔BARCELONA 27 DE AGOSTO DE 1888↔ NÚM. 348

PARA EL DIA DE LA FIESTA, dibujo de Davidson Knowles

SUMARIO

TEXTO. - *Las heroínas de la navegación en el viejo Mediterráneo*, por don Emilio Castelar. - *La reina de los peces*, por don R. Revenga. - *Noticias varias.*

GRABADOS. - *Para el día de la fiesta*, dibujo de Davidson Knowles. - *Junto al lago*, cuadro de J. M. Marqués. - *¡Aquí te quiero ver, escopeta!* cuadro de Otón Ruprecht. - *¡Padre nuestro!...* cuadro de Gabriel Max. - *La capilla de los toreros*, cuadro de Salvador Viniegra. - *La reina Natalia de Servia.* - *Cabeza de viejo*, estudio del profesor Andreotti.

NUESTROS GRABADOS

PARA EL DÍA DE LA FIESTA

dibujo de Davidson Knowles

A los diferentes trabajos del distinguido dibujante inglés, que ya conocen sin duda los constantes suscritores de nuestro periódico, agregamos hoy este que no desmerece por ningún concepto de los anteriores. El asunto es sencillo, como que se reduce á representar una linda muchacha dedicada á adornar con esmero el clásico *bonet* de las habitantes de las costas normandas para estrenarlo el día de la próxima fiesta del pueblo; pero el dibujo de esta única figura está trazado con tal vigor, tanta vida, y tal soltura y naturalidad que aquilata una vez más las excepcionales condiciones del autor para este género de trabajos.

JUNTO AL LAGO, cuadro de J. M. Marqués

El distinguido autor de este lienzo parece haber querido representar en él los encantos de la soledad. Aquellos que, por suerte ó desgracia, habitan las grandes capitales, veranean generalmente en lugares tranquilos y apacibles, y es que en esta vida las sensaciones más agradables resultan del contraste. El amor de la lumbre es grato cuando en la calle se siente intenso frío; como al asarse el cuerpo en agosto sabe á gloria una bebida helada. Únicamente aquella parte de la clase media que no ha tenido ocasiones de lucir sus galas durante el invierno, elige en verano las estaciones balnearias donde la gente cursi puede vengarse, frecuentando paseos y casinos, del olvido á que ha sido anteriormente relegada.

Las damas de nuestro cuadro han tenido el buen gusto de veranear cabe uno de los lagos de la encantadora Helvecia; y Marqués, á quien la naturaleza atrae singularmente, ha descrito el paisaje con pincel verdaderamente poético. Cuando este artista pinta agua produce siempre notas justas: de él puede decirse que cuando está *metido en agua* está en su elemento.

¡AQUÍ TE QUIERO VER, ESCOPETA!

cuadro de Otón Ruprecht

Rompióse el velocípedo á mitad del viaje, y aquí empiezan los apuros. Al elegante velocipedista nada le parece más procedente en semejante caso, que dirigirse al herrero de la aldea. Mas este buen hombre, para quien esa moderna máquina es una verdadera novedad, se encuentra en el caso de un médico á quien se le diga que cure una enfermedad que no conoce. Todo se le vuelve contemplar al *enfermo*, pero el remedio no parece, ni parecerá sin duda.

La gente del lugar, atraída por lo raro del caso, presencia la escena con indiferente curiosidad, y la calma general contrasta con la impaciencia del *dandy*, que no acierta á comprender cómo es imposible remediar una avería que tan fácilmente se repara en Viena, en Berlín, en París y demás capitales donde se paga tributo á la *velocipedería*. ¡Qué atraso, Señor, qué atraso en un país que se dice culto!

La situación está perfectamente representada en este cuadro, cuyo lugar de escena tiene buen sabor local, como son muy expresivas las fisonomías y actitudes de los personajes.

¡PADRE NUESTRO!... cuadro de Gabriel Max

Cuéntase que un día de *relache* en el antiguo *Teatro Español* de Madrid, hallábanse reunidos en buena compaña con los más ilustres poetas de la corte las mayores eminencias del arte declamatorio. Allí estaban, por consiguiente, el gran Romea, que profesaba el arte como un culto; el atildado Joaquín Arjona, á quien no pasaba desapercibido el menor detalle escénico; el inspirado José Valero, que conocía como nadie el secreto de arrebatar al público con un gesto ó una mirada; el colosal don Carlos Latorre, que eclipsó la gloria de Mayquez y por nadie ha sido igualado aún, y allí estaba, finalmente, entre otros varios, el célebre don Antonio Guzmán, el *gracioso* de la compañía, á quien sus compañeros de profesión daban el nombre de *el maestro*. Por vía de pasatiempo se propuso, y fué aceptada, la buena idea de que cada uno de los egregios artistas declamase la tirada de verso ó prosa de su preferencia, y no hay qué decir si de aquellos labios salieron maravillas de ejecución. Sucedíanse los aplausos siempre más entusiastas, cuando llegó el turno á Guzmán y el auditorio escogido se preparaba para desternillarse de risa, esa risa de buena ley que nunca defraudó la *vis* cómica de Guzmán.

Pero ¡oh decepción!... don Antonio, *el maestro*, recitó... la *Salve Regina*... Al concluir, no resonó un solo aplauso; el auditorio lloraba á lágrima viva; la unción del artista se comunicó á poetas y actores; los aplausos hubieran sido una profanación; la estancia ó *foyer* del teatro se convirtió instantáneamente en templo. Aquello fué el mayor triunfo conseguido por Guzmán en su larga y siempre gloriosa carrera artística.

Aplíquese esta anécdota á Gabriel Max al contemplar el cuadro que publicamos de tan eminente pintor. Muchas, muy bellas, muy colosales obras ha producido el gran maestro; pero su verdadero *tour de force* es esa figura incomparable. La tensión de ese cuerpo, la rigidez de esos brazos, la crispatura de esas manos, la expresión de ese rostro están revelando la unción, la fé, con que esa joven cristiana pronuncia la más bella, la más sentida, la más completa de las oraciones conocidas. Sus ojos buscan en el espacio al Señor que sus labios invocan; le buscan y le encuentran sin duda, no envuelto en llamas como se apareció á Moisés, sino resplandeciente de amor, de bondad, de compasión. Esa mujer ve á Dios como se lo figuran las que en Él confían más que á Él temen; como se lo figuran los que por Él sienten ese respetuoso amor que hizo vibrar por primera vez el corazón de Magdalena, los que en sus días de prosperidad y en sus horas de desgracia pronuncian una misma frase: *hágase vuestra voluntad.*

Y he aquí cómo el artista completo se apodera de una idea que por lo encarnada en todos de todos pasa desapercibida, y de lo aparentemente vulgar saca lo sublime. Mas para ello hay que estar á la altura de Antonio Guzmán y de Gabriel Max.

LA CAPILLA DE LOS TOREROS

cuadro de Salvador Viniegra

Cuando fué expuesto este lienzo el público lo aplaudió con entusiasmo: con él se consolidó la reputación de su autor; con él obtuvo el título de maestro en el arte. El desalmado público que ocupa palcos y tendidos en demanda de emociones groseras y sangrientas que critica con harta razón en el pueblo romano, no sabe ó no recuerda en su embriaguez que los lidiadores tienen madre, esposa, hijos, y que antes de disputar su vida á la terrible acometividad de una fiera poderosa é irritada han implorado á la Virgen con una fe tan ruda como intensa. La escena de la capilla es el contraste de la escena del Circo: si el público presenciase la primera es muy posible que el segundo quedara desierto.

LA REINA NATALIA DE SERVIA

Nuestros favorecedores y más aun nuestras favorecedoras nos agradecerán sin duda la publicación de ese retrato. La reina de Servia es una figura histórica que excita poderosamente universales simpatías: ante el jurado de la opinión femenina la causa de su esposo se halla completamente perdida.

Natalia es hija del coronel ruso Keschko y de la princesa Sturtza, descendiendo de los Bojares. A los 16 años de edad (1875) casó con el entonces príncipe Milano, de cuyo matrimonio nació en 14 de agosto de 1876 el príncipe Milano. La felicidad de los jóvenes esposos no fué duradera; la vida común se hizo imposible entre ellos, y aun cuando en 1882, cuando fué elevado á reino el principado de Servia, pareció renacer la calma conyugal, apenas terminada la guerra de Bulgaria estalló más profunda la disensión antigua. Natalia abandonó el territorio servio á principios de 1886 llevándose á su hijo, dirigiéndose primero á sus posesiones de Rusia y más tarde á Odessa, donde proyectó establecer su residencia. Vuelta luego á Belgrado al lado de su esposo, á consecuencia de una tentativa de reconciliación, pronto se desterró nuevamente, en compañía del príncipe heredero. Intentada otra reconciliación, para lo cual los esposos celebraron una entrevista en Viena sin resultado alguno, la reina se encontraba no ha mucho en Wiesbaden, cuando el gobierno alemán la obligó á desprenderse de su hijo, entregándolo al ministro de la guerra de Servia que lo reclamó en nombre de su padre. Dícese si el rey Milano ha dado este paso, seguido de una demanda de divorcio, obligado por motivos políticos. Las madres, que no entienden de tales achaques, se han pronunciado unánimes contra el esposo de la reina Natalia.

Tiene ésta 29 años de edad; es de esbelta figura y de hermoso rostro, realzado por una magnífica cabellera, peinada á estilo griego, que imprime á su fisonomía el carácter de una obra maestra de la antigüedad helénica.

CABEZA DE VIEJO

estudio del profesor Andreotti

Es notable este trabajo por la observación del original y la finura de la ejecución. Los años y los trabajos han destruído la parte física de ese cuerpo; pero la vivacidad de su mirada y la sonrisa algo mefistofélica que asoma en sus labios, revelan que el libro rústico de la gramática parda se mantiene perfectamente conservado en su memoria. Tipo exacto del *contadino* toscano, bajo la apariencia de una simpática ingenuidad se oculta la agudeza característica del campesino de todos los países.

LAS HEROÍNAS DE LA NAVEGACIÓN EN EL VIEJO MEDITERRÁNEO

(ESTUDIO LITERARIO)

Las heroínas de la Odisea no van en zaga, no, á las heroínas de la Ilíada. Entre los dos poemas existe la diferencia real que pudiera existir entre dos civilizaciones pertenecientes á opuestos hemisferios del tiempo. La Ilíada resulta el poema de la guerra, mientras el poema de la navegación resulta por su parte la Odisea. En tal concepto, mueven fuerza é ira la una epopeya y astucia é inteligencia la otra. Las divinidades mismas, á servicio de los esfuerzos por el combate y sus horrores en la primera epopeya, pónense á servicio de los esfuerzos por el trabajo en la segunda. Vese allí todo lo que destruye; vese aquí todo lo que produce y crea. Neptuno airado significa el mar dispuesto á no dejarse por las quillas del navío herir, ni someter por el trabajo de seres despreciables como el hombre, cuando se le compara de algún modo con sus espacios infinitos, con sus horizontes indecibles, con sus abismos insondables, con sus huracanes desatados, con sus tormentas continuas, con sus oleajes ensoberbecidos en tales encrespamientos y con tal furor que parecen dirigirse á extinguir las estrellas con sus arremolinadas aguas. Y las playas inhospitalarias donde Ulises aborda los escollos en que su esquife naufraga, los vientos unas veces sueltos con furor y otras metidos en los odres con sumisión, aquellas sirenas que cantan suaves entre las sirtes y atraen á los abismos, aquellos cíclopes con resuellos de volcanes y hambre de antropófagos, el Eolo á cuyo soplo los oleajes ascienden alterados como si combatieran rabiosos con las nubes sacudidas por las centellas y resonantes de truenos, las piedras que se desgajan sobre los mástiles y timones, las cavernas que se abren con bostezos terribles y se tragan tantas gentes, aquel empeño de Calipso en mantener cautivos á los arribados, la magia de Circe y sus compañeras empeñadas en retener con sus encantos y sus hechizos al extranjero apartado de su patria. Todos estos obstáculos representan de manera maravillosa, con aquella fuerza de personificación poética natural á los antiguos clásicos, todas las resistencias ofrecidas por el Océano y sus costas á las exploraciones del marino y á los cambios del comercio. Por una ley natural ineludible, los barcos idos á tierras inexploradas llevan en sus vientres elementos de cultura ignorados por pueblos fijos, merced á su barbarie ó su inexperiencia, en el territorio propio como las raíces de los árboles en el suelo vegetal, y pugnan con todo cuanto cambia sus costumbres, aunque las pula y las mejore. De aquí las terribles fuerzas suscitadas contra el viaje de Ulises, y la destreza con que va como burlándolas de soslayo quien jamás podía vencerlas de frente. Por eso la Odisea quedará como el cántico dedicado á las artes usuales en una industria sabia, para vencer los combates de la Naturaleza, inaccesible casi al humano esfuerzo y sólo rendida, en su poder supremo y omnímodo, al prestigio y al milagro de una clara y superior inteligencia. Tal aparece á los ojos menos escudriñadores el viaje de Ulises y su arribo feliz, tras tantos obstáculos á Itaca.

Principalmente resaltan las mujeres entre todos los personajes de la Odisea. Semejante coro inmortal significa la distancia entre aquella cultura bélica de los tiempos de Aquiles y esta cultura mercantil de los tiempos de Ulises. Merced al mayor influjo ejercido por el sexo hermoso y dulce y tierno sobre la crueldad y la rudeza del sexo fuerte y guerrero, dulcifícanse las costumbres y vuélvense mejores los hombres. Penélope representa la incontrastable fidelidad y constancia de una esposa de marino, la cual ha menester dobles virtudes que las demás mujeres, para preservarse á las asechanzas de los desocupados que la cercan, y mantener incólume su pureza, y con su pureza la indispensable legitimidad sacra de toda la familia, en los largos viajes con sus tristes ausencias y sus forzosas separaciones entre los cónyuges. Con sólo recordar un pueblo marítimo, y ver la esposa del ausente hoy mismo, levantándose á la primera luz para ir á la misa del alba, en que no encontrará importunos, y recluirse luego hasta la madrugada de nuevo día festivo, al cuidado y solicitud de sus pequeñuelos, descúbrese una copia del maravilloso ideal dejado por Homero en aquella Penélope circuída por pretendientes dados á tenderle con sus regalos y sus requiebros múltiples lazos, inútiles, por incomprensibles, á la esposa fiel, encerrada en sus deberes, y que menosprecia de suyo halagos, asechanzas, asedios de las ambiciones y de los apetitos, respondiéndoles con ofrendas constantes de flores y frutos en canastillas bienolientes, ó de mieles y vinos en copas áureas, presentadas ante los altares de Minerva, para que prospere los días del navegante perdido en el mar y lo devuelva sano en alas de las brisas y sobre las celestes ondas á la casa y á la familia y á su esposa, vivas en sus ojos, de donde las transmite al pecho y al recuerdo en sentimientos y remembranzas, con la seguridad completa de volver á verlas y saludarlas en verdadera y profunda efusión antes de su muerte. Por la virtud purísima de tal mujer puede comprenderse que Ulises permanezca en su viaje sordo á las seducciones é inflexible á las amenazas, como el escollo que las ondas combaten por las plantas y los huracanes por las cimas, sin lograr nunca jamás conmoverlo. En vano Calipso le ofrece gruta por hogueras de cedro aromada interiormente, y á cuya puerta el frescor de los bosques se confunde con el aroma de las flores en praderas ornadas por pámpanos y racimos que se prenden á las pirámides sombrías del ciprés y á las ramas de los laureles, y á los brazos del álamo, animados por el rumor de los arroyos y el arrullo de las palomas: el marino mira la mar inmensa y sabe que tras sus líquidos desiertos se ocultan allá lejos, no unos Campos Elíseos como estos, donde la fortuna lo retiene atado con cadenas de risas, una tierra seca y pedregosísima, pero guardando en su aridez el sitio en que yacen los sepulcros de sus abuelos, y se meciera la cuna de sus hijos, no lejos del tálamo y del trono compartidos con una mujer predilecta, dechado hermoso de todas las virtudes.

No pueden referirse ni contarse las personificaciones dejadas en sus mujeres hermosas y varias por el cantor de la Odisea. Unas representan la calma celeste de los mares mediterráneos en las noches del estío, y otras la hospitalidad propia de todas esas familias ribereñas, en quienes ha puesto Naturaleza tales sentimientos de comunicación para que sirvan en sus puertas al encuentro de todas las razas, al cambio de todos los productos, al vuelo de todas las ideas. Cuando yo leía por mis aulas, tan lejanas hoy en los espacios del tiempo, tan próximas á mí en los afectos del corazón, pues me parece asistir á ellas en espíritu, cuando yo leía las obras clásicas, y tornaba luego los ojos al mar celeste, pues para verlo bastábame con bajar el adorado libro, aquella trémula superficie de cristal azul-perla, y aquellas ondulaciones suaves ceñidas por gasas de ligeras espumas, y aquella refracción del sol desde su zénit en las aguas fingiendo como lluvia de menudas estrellas rebotadas de nuevo á los aires cual enjambres de áureas mariposas y abejas, toda la meridional hermosura de nuestros mares me recordaba la ninfa Leucotea, propicia siempre al navegante griego é interpuesta entre las cóleras de Neptuno y las naves de los helenos para volver prósperas y felices las expediciones más arriesgadas y audaces. ¡Cuántas veces he visto esa incomparable habitante de las cristalinas urnas mediterráneas al acompañar en sus esquifes á los pescadores de peces volantes por las noches, cuyos pescadores de pie sobre la popa, en su mano el tridente, á los pies el fuego puesto sobre una especie de trípode y resplandeciendo hasta encender y animar el color azul de su traje y el color encarnado de su gorro, van dejando resplandores á los cuales veis un jaspeado de colores en las arenas y bajo las aguas resplandecientes también por el retrato de los astros en su seno y por el fosforeo de las luminosas estelas! Y ¿quién podrá olvidar á Nausicaa? Miradla en su carro tirado por las mulas engalanadas, junto á los lavaderos de su casa regia, de pie por los bordes aquellos de los secos torrentes vecinos al mar que mezclan las adelfas con las algas, y decidme si no la saludaréis como la saludaba el navegante griego comparando su talle gallardo con la palmera solitaria que sombrea con sus palmas el ara sacra de la hermosa Delos. Id á cualquiera de nuestros caseríos mediterráneos, sentaos á la puerta fatigado para respirar bajo el sol ardiente la salada brisa del fresco mar, y cuando la joven de ojos negros y profundos, de trenzas cogi-



JUNTO AL LAGO, cuadro de J. M. Marqués

das con aureas agujas, de alpargatas semejantes á sandalias, de pañuelo sembrado por lentejuelas, con el jazmín á la cabeza esférica y el zagalejo de colores al cuerpo escultórico, y el cántaro al costado, y el vaso en la diestra, sonriente de alegría y deslumbradora de belleza, bajo el parral, junto á la pasionaria, entre los limoneros y los granados y las higueras, os traiga una cesta de frutas más olientes que flores y una toma de agua más embriagante que vino, recitará los versos de la Odisea, y os parecerán divinos, porque han libado en mirtos, azahares, gomas, espliégoles, tomillos, las mieles de una poesía inmortal destilada por todos los poros de nuestra fecunda y deliciosa tierra. Sirenas vosotras sois con vuestra dulce y melodiosa voz, que retiene cautivo al navegante hasta quitarle por completo la memoria de su patria, esa playera melancólica, esa penetrante saeta, esas canciones en cuyas cadencias compiten á porfía el verso con la música, el sentimiento con la palabra, y que difundiendo por vuestras venas, con sus largas y voluptuosas notas, una especie de soñolencia semejante á la producida por los filtros orientales, concluye por rendiros esclavos, y por quitaros toda voluntad que no sea el perdurable de aquella poesía y de aquel amor. Calipso, tú eres el puerto de socorro y la playa de abrigo; Circe, la ciencia milagrosa que muestra como evitará el marino bajíos y escollos, ó conjurará tormentas y tempestades, leyendo en el aire señales del próximo tiempo y colocando en los astros del cielo jalones para su ruta por los abismos del mar; Nausicaa, tú eres la hospitalidad propia de los pueblos asentados en costas muy abiertas á todos los vientos y muy accesibles á todos los barcos; Leucotea, la serenidad y la calma de mares propicios, pues todas juntas debíais denominaros las Musas del mar.

Así como Polifemo en sus antros de Sicilia, los escollos Scila y Caribdis en la entrada de sus estrechos, las iras de Neptuno y Eolo representan todo aquello que contraría en el mundo al marino, las Sirenas, por el contrario, representan todo aquello que le atrae para poner en su memoria olvido de la patria y del lugar ausentes; Circe, todo aquello que mágicamente lo ilustra con suavísimos consejos y lo industria en secretos de cielos y mares; Leucotea y Nausicaa los auxilios y los consuelos indispensables á quienes combaten con huracanes y oleajes, sobre todo cuando, exploradores ó náufragos, andan á merced y arbitrio de los caprichosos elementos, quienes juguetean con su vida y les presentan por doquier pedruscos para estrellarse y abismos donde sumergirse. Por esa virtud admirable que los griegos tienen de personificarlo todo, personificará Homero lo adverso, por regla general, en personificaciones masculinas, mientras lo prós pero en personificaciones femeninas. Por un Agamenón que, allá en los círculos del averno, acuse á su mujer Clitemnestra de adúltera y parricida, otros personajes del poema y otros ejemplos de sus bellas estancias ensalzarán en loas innumerables á la mujer sin tasa, y nos la presentarán como dechado hermoso de todas cuantas virtudes se necesitan para embellecer los hogares y sustentar las familias. Penélope, la mujer del marino, excede á todas. El gran poeta quiere pintar en ella la fidelidad inquebrantable al matrimonio de la esposa que ha de velar por una casa expuesta siempre al abandono en las largas ausencias del jefe, y necesitada, por tanto, de una fe mutua en los cónyuges, única prenda posible de legitimidad en la familia. Cuantos escollos rodean á la mujer de un marino muy apartado del hogar por su oficio, hállanse descritas en la nube de pretendientes importunos que rodean á Penélope, y que ponen asechanzas múltiples á la castidad de su vida y á la pureza de su alma. La escena en que Ulises arriba transformado en viejo al hogar propio donde nadie le conoce, ha pasado como eternal modelo á todos los tiempos y á todas las literaturas. Con ese arte, propio de los grandes poetas para trazar de un solo rasgo una gran situación, á su llegada, el perro fiel y viejo le olfatea y le reconoce muriendo á sus años y á sus regocijos en aquel crítico momento. Después del perro le reconoce la nodriza, tan importante de suyo en todas las familias griegas, pero se contiene al manifestar su arrebato de alegría con jubilosas exclamaciones, porque Ulises le tapa con su mano la boca. Lo cierto es que bajo las fingidas apariencias de pobre y anciano puede ver como aquella esposa del alma guarda para él todos sus encantos mientras para los numerosos sitiadores de tanta hermosura y pureza todos sus iras. El velo, que cubre su faz recatándola con sus pliegues á las indiscretas miradas, sírvele para más realzarla é imponer á todos, como una diosa erigida sobre la piedra del hogar, aquellos respetos arrancados por la virtud á los mismos que la reconocen y la sienten tanto más cuanto menos la cumplen y practican.

Los pretendientes ofrecen á Penélope toda suerte de preciosos dones, quien largo velo recamado con realces áureos, quien collares de ámbar y pedrería, quien zarcillos formados por tres gordas perlas, y después de recomendarse así á las preferencias de la mujer que solicitan, bailan, comen, beben, juegan al resplandor de las lámparas alimentadas por olorosas resinas, y de las antorchas puestas en mágicos círculos de fuego por las bellas esclavas, mientras Penélope, semejante á Venus por su graciosa hermosura y á Diana por su casta majestad, se asienta muy tranquila en su sede regia tachonada de marfil y plata, se da por completo á meditar sobre los sacros recuerdos de su esposo, y previene husos é hilos á fin de tejer telas que muestren como prefiere á todos los festines aquellas labores propias de su sexo y útiles á toda la familia. Las escenas finales de la Odisea presentando el combate dramático entre la casta esposa, los ambiciosos pretendientes, y la cólera mal retenida del marido, por industrias divinas oculto en la forma de un viejo y en los harapos de un mendigo, exceden á todo cuanto puede imaginarse, y demuestran hasta qué punto puede la imaginación fecundísima de un gran poeta creador urdir argumentos é inventar personificaciones para poner como de relieve los tipos más generales del mundo y los sucesos más corrientes de la vida. Cuando Ulises llega pronto á recobrar sus derechos de marido, el desenlace funesto para su alma se acerca, la boda inevitable de Penélope. Telémaco mismo, su primogénito, la trata con dureza inusitada y la obliga con imperiosos mandatos al sacrificio. La ilustre representante del hogar helénico, no sólo debe renunciar á su amor de toda la vida y al culto santo del ser en cuyos brazos ha sentido la felicidad, sino que debe superar las repugnancias de un corazón sublevado contra los que han destruído sus campos, robado sus vacas y sus ovejas, puesto la nube del deshonor sobre su palacio, convertido en aduar por los favores arrancados á siervas que Penélope había mantenido junto á sí cual fieles guardadoras de su honra, y que procedían como meretrices en los desórdenes y en los horrores de aquellas orgías. No puede, no, darse contraste más bello que la voluptuosidad terrible de aquellos jóvenes y de sus orgiásticas fiestas donde corría el vino á torrentes y se desperdiciaban los besos en criminales y volanderos amores con la casta severa figura de Penélope, atenta siempre al recuerdo amado, mantenedora del fuego sacro, junto al hogar como junto al fuerte de su defensa, con las manos ocupadas en el telar y en el huso, cuerpo y alma separados del vicio que la circuía y asediaba, los ojos puestos en su honor y en su cariño, la esperanza en un regreso próximo del ausente, y toda ella entregada en su vida triste y en su casa vacía con religiosidad incomparable al dogma santo y al culto perpetuo del deber. Así poetizó el gran Homero la fidelidad de la esposa, indispensable al marino más que ningún otro de los trabajadores por la condición de su trabajo. Notadlo, todos los poetas mayores alcanzan esta condición superior, no tanto por la poesía y la invención, como por la verdad y exactitud de sus maravillosas creaciones.

EMILIO CASTELAR

LA REINA DE LOS PECES

(Conclusión)

Transcurrieron varios días, en los cuales visitó al conde. Al cabo de algún tiempo, la tempestad que le llevó á aquel castillo, la sintió en su alma. Relámpagos de amor brillaban en sus ojos cuando veía á Lucila, y lluvia de lágrimas rodaba por sus mejillas, si pensaba que no era amado, tronando en su pecho la desesperación y el desconsuelo.

En sus oídos sonaron un día palabras que le parecieron notas de arpa celeste. Lucila le dijo, bajo, muy bajito, sin mirarle apenas, y al pasar junto á él: - ¡Te amo!

Lucila amó á Otón, como aman los ángeles. Dios no quiso que aquel amor del alma fuera también amor de la carne, y mató la vestidura material del alma de Lucila. Breve enfermedad destruyó el cuerpo.

Al llegar al cielo el espíritu de Lucila, le acogió Dios en su seno y le dijo: – Aquí os amaréis, aquí os daréis un beso eterno; vuestras dos almas se fundirán en mí.

No hay símil que pueda expresar el dolor del príncipe.

Garras de león que le destrozaran las entrañas, agudos puñales de acero candente que desgarraran sus carnes, terribles máquinas que redujeran á polvo sus huesos, hubiéranle parecido caricias, comparado con el sufrimiento de infierno que sentía.

En su desesperación maldijo la hora de su nacimiento, maldijo el mundo todo y hasta renegó del Dios de cielo y tierra. Su acerbo dolor convirtióse después en tranquila melancolía, en tristeza aun más temible que la desespe-



¡AQUI TE QUIERO VER, ESCOPETA! cuadro de Otón Ruprecht



¡PADRE NUESTRO!.. cuadro de Gabriel Max

ración de los primeros momentos, pues amenazaba con consumir lentamente su existencia.

Lorenzo, su preceptor, trataba inútilmente de consolarle.

Un día hubo de exacerbar su pena.

Por mandato del rey le anunció que en breve habría de contraer matrimonio con una princesa de un Estado vecino.

La fuerza de las armas no había logrado dominar á aquel Estado, y Otón, el rey ambicioso, pensó en unir aquellos reinos á los suyos por medio del matrimonio de su hijo con la heredera del trono que ambicionaba unir al suyo.

Para lograr sus fines, ni siquiera pensó en que podía contrariar los sentimientos de su hijo.

Dió la orden y debía cumplirse.

Supo el príncipe la irrevocable decisión de su padre y nada objetó, ni una sola protesta salió de su boca.

Una tarde, vió Lorenzo que el príncipe guardaba en un maletín sus joyas y gran cantidad de dinero.

– Otón, hijo mío, - preguntó el preceptor, – ¿piensas hacer algún viaje?

– Sí, – respondió el príncipe.

– ¿Adónde vamos? – contestó Lorenzo.

– Tú á ninguna parte, yo adonde el cielo ó el infierno me lleven.

– Allí iremos, – replicó Lorenzo, – pues adonde vais iré.

- Advierte que si me sigues peligra tu cabeza.

– Y si no te sigo perderé la vida seguramente. Habla, hijo mío, y deja que así te llame. Conozco tu martirio, sé la causa de tus penas, no seas egoísta y déjame que comparta martirio, penas y peligros. Huyes de aquí por amor á una mujer que ya no existe y por odio á otra á quien quieren unirte; yo huiré contigo por amor á tí y por odio á todo aquello que tú odies.

– Gracias, mi buen Lorenzo, mi mejor amigo, mi padre, mejor dicho. Esta noche huiremos. No me preguntes á dónde vamos; no lo sé. Quiero ir á la tierra del olvido, es decir, á la tierra de la muerte.



LA CAPILLA DE LOS TOREROS, cuadro de Salvador Viniegra

II

Pugnaba un débil sol de invierno por romper unas espesas y plomizas nubes.

La tierra hallábase cubierta de nieve.

Era una mañana triste.

El frío era tan intenso, que penetraba hasta los huesos como finísimas agujas.

Una pálida luz iluminaba los campos.

Los árboles cubiertos de nieve, semejaban vistos á lo lejos unos enormes esqueletos, con luenga cabellera blanca; otros, cúpula de caprichosas estalactitas de cristal.

Un silencio sepulcral reinaba; ni el trino de un pájaro, ni el rumor de una fuente, ni el dulce murmullo de las hojas movidas por el viento.

La naturaleza estaba muerta.

Al pie de una elevada montaña, podía verse un espacio cerrado por cuatro paredones; una puerta abierta en uno de ellos, ostentaba en su parte superior una cruz formada por dos troncos.

Varios llorones inclinaban sus escuetas y peladas ramas hacia la tierra, dejando desprender de cuando en cuando largos canelones de nieve, como lágrimas heladas, derramadas por los que yacían bajo aquel suelo.

Todo allí indicaba que la muerte era la reina y señora de aquel recinto; hasta la hiedra, que verde en otro tiempo habíase extendido por entre las paredes, no sólo perdió su verdor y secóse, sino que se había petrificado por no sufrir aquel eterno espectáculo de dolor.

En uno de los rincones del cementerio veíase una cruz sosteniendo una sencilla corona formada con ramas de un ciprés.

En el centro de la cruz, y medio cubierto por la corona, leíase este nombre: «Lucila.»

Rompióse el silencio que reinaba. A lo lejos sonó, al principio un débil rumor, después el ladrido de unos perros, que el eco repitió una y otra vez.

Un trineo arrastrado por cuatro perros vigorosos de aquella hermosa raza de los países del norte, se acercaba al cementerio.

En el trineo venían dos hombres, cubiertas sus cabezas con gorras de nutria y envuelto el cuerpo en gruesas y preciosas mantas.

Paróse el trineo junto á la puerta del cementerio y se apearon sus ocupantes.

Eran el príncipe Otón y Lorenzo.

Sin cruzar palabra alguna, empujaron la puerta del cementerio y entraron.

Llegó el príncipe junto al sitio en que yacía el cuerpo de Lucila, descubrió su cabeza, arrodillóse, y besando la tierra, dijo:

– Lucila, mi Lucila, si mi cuerpo vive es porque así Dios lo quiere; mi alma murió contigo, pero no murió el dolor.

Logró entonces el sol romper los crespones que le ocultaban.

Lentamente se separaron las nubes, formando sobre el pico de la montaña á cuyo pie se levantaba el cementerio, una inmensa corona de finas gasas y caprichosas randas, y por entre ellas los rayos del sol formaban una aureola como la que la fe coloca alrededor de la cabeza de los santos y elegidos del Señor.

Besó Otón el nombre de Lucila grabado toscamente en la cruz, y se levantó diciendo:

– ¡Hasta luego!

Salió del cementerio seguido de Lorenzo: subió al trineo, dió un grito á los perros, emprendieron éstos una veloz carrera y el trineo se perdió á lo lejos.

Continuó el viaje sin accidente alguno que deba mencionarse, hasta que llegó la media noche.

La rotura de una de las cuchillas del trineo les obligó á detenerse en su camino.

Buscaron el príncipe y su preceptor lugar en donde guarecerse hasta que amaneciera y en vano recorrieron los alrededores del lugar del accidente.

Caminaron á la ventura hasta que al fin vieron á gran distancia el resplandor de una luz y oyeron una música monótona.

Siguiendo el camino que la luz y el sonido les indicaban, llegaron á una inmensa llanura desprovista de toda clase de vegetación y vieron con asombro una ciudad formada de casas y palacios de hielo.

La música que antes oyeron era un coro entonado por miles de voces femeninas que acompañadas de música extraña proclamaban las excelencias de la indiferencia.

Todo era frío en aquel reino: ni señal de dolor, ni signo de alegría, ni fealdad ni belleza, ni pena ni gloria, ni paz ni guerra, ni amor ni odio, ni vida ni muerte; ausente la vida por falta de pasiones, ausencia de la muerte por un resto de vida.

Era aquel el reino de la indiferencia.

Traspusieron el príncipe y Lorenzo las puertas que había en las murallas que cerraban la ciudad y nadie se presentó á su vista.

Recorrieron con asombro calles todas rectas y continuaba la música ni alegre ni triste, y todo seguía en el mismo estado.

Apareció á su vista, en el centro de una extensa plaza, una especie de lecho ó mejor pedestal que sostenía una estatua yacente.

Se aproximaron y vieron á una mujer al parecer dormida, mas con los ojos abiertos. En su fisonomía, de correcto dibujo no se veía signo alguno de pasión. El único signo que denunciaba la vida era el movimiento que en el pecho produce la entrada y salida del aire. Perfecta inmovilidad en los ojos, carencia de movimiento en el resto del cuerpo.

Ni uno solo de los músculos de su cara se contrajo al acercarse los perdidos viajeros.

Una estatua de mármol que respirara pareció al príncipe aquella mujer, hada, ó ser incomprensible.

– ¿Puedes darnos abrigo hasta mañana? – preguntó el preceptor; y no recibió contestación.

Repitió su pregunta y obtuvo el mismo silencio por respuesta.

– ¿Vives ó has muerto? – preguntó el príncipe; y continuó el silencio de aquella muerta viva.

– ¡Quién fuera como tú, insensible al placer y al dolor! - pensó el príncipe; y apenas hubo nacido este pensamiento, sin que el cuerpo de aquella estatua con vida se incorporase, ni diera muestra alguna de desear algo, dijo con voz pausada y sin matices ni entonaciones de pasión:

– Puedes realizar lo que deseas. Como tú, amamos y sufrimos las que habitamos este reino, y como tú deseamos, ni amar, ni odiar, ni placeres, ni dolores. Sólo en la indiferencia se encuentra la calma. La muerte de la pasión es la dulce vida.

– Dame esa dulce vida que ansío, – replicó el príncipe.

- Toma, – dijo el hada; y arrancando de su lecho un pedazo de hielo, modeló con sus manos una á manera de medalla, la colgó de un cordón de seda que arrancó de sus vestiduras, y alargándosela al príncipe añadió: – Colócala sobre tu pecho y toda pasión huirá de él.

Hízolo así Otón, y en el momento en que la medalla tocó sobre su pecho, sintió que se retardaban los latidos de su corazón, olvidó el amor que sentía por su madre, huyó como tímida paloma á la vista del milano el dolor que sentía por la muerte de Lucila y miró con fría indiferencia á su preceptor, á quien tanto había amado.

Se alejó de aquel sitio sin mirar siquiera á aquella que había realizado su deseo.

Se apagó la luz de sus ojos y su semblante adquirió el mismo aspecto de tranquila indiferencia que se veía en el hada que le dió el talismán.

Siguió tras de él Lorenzo asombrado.

Llegaron al sitio en que habían dejado abandonado su trineo.

Amanecía en aquel momento.

El preceptor trató de componer el trineo. Otón, sin mirarle siquiera, dijo:

– Vamos, – con voz que no era ya humana.

Continuaron á pie su camino y llegaron, después de mil fatigas, que el príncipe no sintió ni notó siquiera, á la ciudad de L.

Allí se embarcaron en un buque que partía para Italia.

– Vamos al país del sol, – dijo el príncipe; – ahora ya no temo al amor de las mujeres del mediodía.

III

Nueve días de navegación llevaban el príncipe y su preceptor.

Durante ellos el mar estuvo tan muerto como el alma de Otón.

El sol brillaba en un cielo siempre azul.

La naturaleza parecía tan impasible como el príncipe.

Al décimo día de navegación, cuando el sol se había ocultado en el horizonte, comenzaron á encapotar el estrellado cielo, negras nubes como espesos crespones.

Parecían débiles enemigos que aparecen cuando su formidable contrario abandona el campo cansado de retarlos á la batalla.

Formidable tempestad se desencadenó.

Rugió el mar como fiera aherrojada durante muchos meses.

Las fraguas del cielo diéronse á forjar rayos y relámpagos.
Retumbó el trueno con ruido tan estruendoso como si millares de mundos chocaran y se redujeran á polvo impalpable, y lloraron las nubes cataratas de lágrimas por aquella formidable lucha de los elementos.
Mil veces creyeron los tripulantes del barco en que se encontraban Otón y Lorenzo, que se hundían en el abismo.
Llegó la mañana, apareció el sol y volvió á reinar la calma.
El príncipe, ni se percató del peligro que habían corrido, ni de la tranquilidad que el sol les devolvía.
Cuando pasajeros y tripulación daban gracias al Señor por haberles librado de aquel peligro, sonó una voz que dijo:
– ¡Fuego á bordo!
Momentos después, á pesar de los esfuerzos de todos, el terrible elemento era dueño del buque.
– ¡Otón, – dijo Lorenzo, – vamos á morir!
– Bien, – contestó el príncipe.
– ¿No me das el último abrazo?
– ¿Para qué?
– Como despedida.
– Bueno.
Crujió entonces el barco, y Lorenzo y su discípulo fueron tragados por el mar.

IV

¡Qué necio es el orgullo del hombre!
Júzgase el rey de la creación, y su vanidad le hace creer que él es el único ser que habla y siente y piensa.
Porque desconoce el lenguaje de los demás seres de la creación, piensa que son mudos, insensibles é irracionales.
Demuestra un cuento lo contrario. Su autor asegura, y hay que creerle bajo su palabra honrada, que también otros seres aman y odian y piensan y hablan.
Millones de millones de millones de seres hay en la tierra, y no es lógico creer que sólo el hombre, que constituye la parte más insignificante de lo creado, esté dotado de los dones maravillosos de la palabra, el sentimiento y la razón.
Los que habitan en el aire y los que viven en los mares, también ríen y lloran, también conocen el mal y el bien y también esperan su premio ó castigo, que virtudes y pecados tienen.
Allá en el fondo de los mares existe un palacio de nácares, perlas y corales, y en él habita una ondina, nereida, ó sirena.
Ella es quien gobierna en el reino de los mares, mas no por el hecho de su nacimiento, sino por su inteligencia superior, por sus muchas virtudes, por su incomparable belleza.
Más prudentes los peces que los hombres, no hacen rey al hijo del rey, sino á quien por sus méritos juzgan digno de mandar.
Madrépora, que así se llamaba la reina de los peces, había llegado á empuñar el cetro por aclamación de su pueblo.
Los lenguados, que son los abogados del mar, pronunciaron elocuentes discursos para preparar su elección.
El pez-espada, representante del ejército, pensó en sublevarse si Madrépora no era proclamada reina.
Los cangrejos, ó sea el partido tradicionalista, amenazaron con irse al Norte si Madrépora no ocupaba el trono.
Las ballenas, representación de la alta banca, amenazaron tragarse á todo pez viviente, si no se realizaba lo mismo.
Los calamares, ó sean los periodistas del mundo acuático, dispusiéronse á gastar toda su tinta escribiendo artículos en defensa de la misma candidatura, y hasta las sardinas, el pueblo bajo, decían que se declararían en huelga, negándose á servir de alimento á los ricos y á los grandes si Madrépora no gobernaba.
Todos vieron realizados sus deseos; mas para ello tuvieron que ir en busca de Madrépora como en otro tiempo fueron los romanos en busca de Cincinato.
Madrépora no quería reinar. Suspiraba y anhelaba por dejar de ser ondina ó sirena; quería ser mujer y ser amada por un hombre.
Madrépora había sido educada por una vieja langostina, quien la había iniciado en la sabiduría humana.
En uno de sus largos viajes por el Océano, había encontrado una estatua griega representando un Apolo, y muchos libros que después de mil trabajos consiguió leer.
Enamoróse del hombre por la estatua, y por la lectura de los libros, pensó que la tierra era un paraíso.
– Allí, – decía, – el pez grande no se come al pez chico; aquél es el reino de la justicia.
Llegó á ser tan grande su deseo de visitar la tierra y de ser amada por un hombre como su Apolo, que un día consultó con su viejo langostino, pidiéndole un medio de realizar su sueño.
– Si salieras del mar, – dijo el langostino accionando pausadamente con sus largas patas y torciendo sus negros y salientes ojos, – con ese aspecto, no serías amada por el hombre. El hombre ama á la mujer; tú no eres mujer. Tus dientes son de perlas, los de la mujer de hueso; tu cabellera de verdes algas, la de la mujer de cabellos negros ó rubios; tu cuerpo de preciosas y frías escamas de oro y plata, el de las hijas de Eva de carne fina y ardiente; y además, tú amas con los sentidos, mas no con el alma inmortal, porque Dios, injusto con nosotros, no nos dió alma.
– Pues todo eso que tengo es lo que quiero dejar de tener, y todo lo que me falta deseo tener. ¡Oh, tú, sabio y bondadoso langostino, busca un medio para que huya de las aguas y vaya á la tierra!
– Uno sólo hay, mas peligroso.
– ¿Hay uno y lo tuviste oculto? ¿Qué haces que no lo pones en práctica? ¿Qué piensas que no me lo revelas?
– Considera que te expones á perder lo que eres y á no ganar lo que deseas.
– Haz lo que te pido si no quieres que llegue á odiarte.
– Ante tal amenaza, obedezco. Sígueme.
Salieron de su palacio Madrépora y el langostino, nadaron durante muchas horas, recorrieron muchas leguas en su carruaje que era una hermosa concha tirada por dos caballitos de mar, y por fin llegaron á la cueva de un pulpo que conocía toda clase de encantamientos y que era un mago y terrible brujo, que por la magia negra adivinaba el porvenir y hacía verdaderos milagros.
Salió el pulpo al dintel de su cueva, y dijo á Madrépora, antes de que ésta manifestara su deseo:
– Sé á lo que vienes. Puedo realizar tu deseo, pero antes escucha las condiciones. Naciste sin alma, porque así lo quiso quien todo lo puede. Los astros dicen que vivirás cientos de años si con tu suerte te conformas, pero también pronostican que no querrás conformarte. Los seres todos desprecian el bien cierto que poseen, por un bien dudoso. Reina eres en los mares, nada serás en la tierra. El fin que te espera, si desprecias lo que tanto ambicionas, es la felicidad, y después, transcurridos varios siglos, te convertirás en espuma de mar. Si quieres ser mujer, puedes serlo; pero sabe que el planeta Venus dice: Sea Madrépora ser humano si así lo quiere. Renuncie á cientos de años de vida y de felicidades, y renuncie también á tener alma inmortal y goces eternos é inmateriales si no consigue ser amada por un hombre determinado. Por el amor, mas no el sensual, tendrá espíritu puro, que á nadie, sin grandes penas, le está permitido cambiar las leyes de la sabia y poderosa naturaleza. Esto dispusieron los astros. Mira, resuelve tú, – dijo el nigromántico pulpo.
– ¿Eres adivino y brujo y encantador, y no sabes mi resolución? – replicó Madrépora.
– La sé, mas necesito oirla de tus labios, que así Venus lo dispuso.
– Cúmplase la voluntad del planeta. Mujer ansío ser. Si no realizo las condiciones que mi destino señaló para tener alma inmortal, si ese hombre no llega á amarme, venga la nada; ¿para qué quiero las felicidades materiales?
– Se cumplirá tu deseo; estaba escrito. Terribles obstáculos habrás de vencer; hasta la naturaleza será tu enemiga. Mira:
Formidable tempestad se desencadenó.


LA REINA NATALIA DE SERVIA

Rugió el mar como fiera aherrojada durante muchos meses.
Las fraguas del cielo diéronse á forjar rayos y relámpagos.
Retumbó el trueno con ruido tan estruendoso como si millares de mundos chocaran entre sí y se redujeran á polvo impalpable, y lloraron las nubes cataratas de lágrimas por aquella formidable lucha de los elementos.
– Quizá en este momento muere el hombre que con su amor ha de darte la eternidad. Aléjate de aquí, que es brevísimo el plazo que te dan. Al salir del reino de las aguas tendrás formas de mujer. Nadie en el mundo sabe si llegarás también á tener alma; ese es el secreto de tu vida.
Corrió Madrépora impaciente por cumplir su destino.
No bien se había alejado algunas leguas de la cueva del brujo, los vientos y los mares se rebelaban y daban una prueba de su poder indomeñable. Cansados los vientos de obedecer y los mares de sufrir en sus espaldas el peso del hombre, sacudieron su yugo, é hicieron comprender á su tirano que la esclavitud convierte á la brisa en huracán y al pacífico mar en montruo insaciable que todo lo devora y destruye.
Oyó Madrépora el crujido de un buque que para siempre se hundía en las profundidades de su reino.
Quejidos, plegarias, lamentos, maldiciones oyó Madrépora; eran unos y otras la despedida que daban al mundo los tripulantes y pasajeros del barco en que iban Otón y su preceptor.
La que fué reina de los peces y pronto iba á ser mujer, quiso salvar de la muerte á aquellos á quienes ya consideraba como semejantes suyos.
Dos cuerpos estrechamente abrazados caían á plomo hacia el fondo del mar.
Al verlos sintió Madrépora extraña sensación; uno de aquellos cuerpos era una reproducción exacta de su Apolo. Aquel era el hombre á quien ella amaba. ¿Sería ya cadáver?
Dirigióse hacia el grupo, colocó su brazo izquierdo debajo de la cabeza de los náufragos, nadó con velocidad extraordinaria hacia la superficie de las aguas. Llegó en breves momentos á orillas del mar, á pesar de que les separaban de ella cientos de leguas, depositó sobre la arena aquellos cuerpos cuyos corazones aun latían, dió un beso en la boca á uno de aquellos hombres; abrió el otro los ojos y pronunció este nombre:
– ¡Otón!
Madrépora volvió á hundirse en el mar.

V

Las profecías del adivino pulpo se cumplieron. No tardó Madrépora en salir de las aguas.
Su cuerpo, antes de frías escamas de oro y plata, convirtióse en torneado cuerpo de tibias carnes.
No era su boca de corales, sino de sanguíneos y ardientes labios, en los cuales había millones de besos que pugnaban por ser cambiados por otros.
No eran sus brazos de mármol ni como el mármol fríos, sino de músculos y sangre y nervios, y ansiaban estrechar otros músculos y otros nervios y otra sangre como la suya hirviente de deseo.
Era, en fin, su cuerpo todo, un cuerpo amante que buscaba la mitad de un alma que amase y modificara aquellos calenturientos deseos por esos otros suaves, dulces, tranquilos, eternos y sublimes que constituyen el amor verdadero; el amor que produce madres.

. . . .

Otón y su preceptor, á quienes Madrépora salvó de una muerte cierta, encontráronse al volver de su desmayo rodeados de gentes, que después de haberles prodigado solícitos cuidados, les miraban con asombro.
¿De dónde procedían aquellos náufragos, si en todo cuanto la vista alcanzaba no se veía nave alguna que hubiera zozobrado?
– ¿De dónde venís? – preguntó un pescador á Otón en lenguaje extraño para él, pero que era hablado por el príncipe.
– Naufragamos en el Océano Atlántico; salimos de Suecia, y no debemos estar muy lejos de aquel país, – respondió éste.
– El terrible accidente que han sufrido ha trastornado sus cabezas, – dijo el pescador á sus compañeros, y añadió: – Debes estar en un error, puesto que te encuentras en las playas del Mediterráneo. ¿Ves esa ciudad? pues es una ciudad de España.
– Dios protege mi vida, y hasta hace milagros para prolongar esta existencia que me pesa, – pensó Otón; y saludando á los caritativos pescadores que le habían vuelto á la vida, se alejó de aquel sitio sin sentir agradecimiento hacia sus salvadores.
Lorenzo, el fiel preceptor, lloraba amargamente la muerte del alma de su querido discípulo.

. . . .

Halláronse Otón y Lorenzo en España, casi desnudos, hambrientos mendigos. Madrépora, á quien encontraron poco después del naufragio, les colmó de riquezas, que

Otón aceptó indiferente y no agradeció.

Por dar muerte á un hombre en desafío, fué Otón encarcelado y condenado á muerte.

El día antes de aquel en que debía cumplirse la sentencia, Madrépora supo facilitarle medio de que huyera.

Huyó Otón indiferente, y no mostró agradecimiento hacia su salvadora.

Acusáronle un día injustamente de infame y de ladrón; probó Madrépora su inocencia, y no pudo conseguir ni la más mínima prueba de amistad de Otón.

Amor inmenso mostró Madrépora á Otón. Su celestial belleza, sus favores, sus generosidades, sus sacrificios y sus gracias no lograron romper la capa de hielo que envolvía el corazón del príncipe.

Espiraba el plazo que el destino concedió á la que fué reina de los peces, para que por el amor anudara en su hermoso cuerpo un alma inmortal, y desesperada y deshecha en lágrimas, vió que no conseguía vencer, y se dispuso á convertirse en espuma de mar.

Llamó por última vez al alma de Otón, y ni respuesta obtuvo. Mientras Madrépora, suplicaba y rogaba, quedóse Otón dormido.

Alejóse de su lado Madrépora, y dijo:

– Vamos á morir.

Llegó á orillas del mar y se sumergió en el que había sido su reino.

Al ver Lorenzo que se alejaba Madrépora, aprovechando el sueño de Otón, arrancó de su pecho la medalla de Lucila que le hizo indiferente, diciendo:

– Si has de sufrir, sufre; si has de morir, muere; pero no vivas muriendo.

Despertó Otón gritando:

– ¡Lucila! ¡mi Lucila! ¡yo te amo, tú no has muerto, vives, vives para mí!...

Y salió corriendo, llegó al mar, y en aquel momento Madrépora surgió del mar, teniendo la misma cara de Lucila.

Dios mandó que el alma de Lucila se encarnase nuevamente en el cuerpo de la que fué reina de los peces.

Uniéronse los labios de Otón y Madrépora, hoy Lucila, y fundiéronse sus almas.

R. REVENGA.

CABEZA DE VIEJO, estudio del profesor Andreotti

NOTICIAS VARIAS

GLOBO TERRESTRE Á LA MILLONÉSIMA. – Entre los más interesantes proyectos que la Exposición universal de 1889 ha hecho concebir, citaremos el de dos amigos apasionados de la geografía, MM. Villard y Cotard, que no se contentan ya con los proyectados mapas de superficie plana, ni con los globos de pequeñas dimensiones usados hasta el día. Villard y Cotard quieren construir en un monumento especial que se les reservará en el centro mismo del Campo de Marte, un globo terrestre en la escala de una millonésima, que será una curiosidad geográfica de primer orden.

Nuestra unidad métrica es la cuarentamillonésima del meridiano. El globo tendrá 40 metros de circunferencia y se representará en él un kilómetro por un milímetro. Esta esfera, de unos 13 metros de diámetro, dará á su solo aspecto una impresión de grandeza, á la vez que el sentimiento de su pequeñez con relación á la tierra, y de este contraste nacerá una apreciación posible de las dimensiones reales, porque la noción del millón es accesible al espíritu. En esta escala podrán estar los detalles geográficos suficientemente indicados y aparecer para la mayoría en su verdadera medida. Por la primera vez se verá en un globo el punto realmente ocupado por ciertos espacios de dimensiones conocidas, como los de las más grandes ciudades: París ocupará en él, poco más ó menos, un centímetro cuadrado.

Con esto se establecerá netamente una relación entre el centímetro cuadrado, que es París, y la superficie de este globo, que es la tierra; y por esta relación, una percepción bien clara de las dimensiones comparadas de los diversos países, de los continentes y de los mares.

La vasta esfera girará sobre su eje, dando idea del movimiento de rotación de la tierra.

***

LAS MUJERES EN MONTE BLANCO. – Mme. Gabriela Vallot ha dado en el *Anuario del Club Alpino* de este año, una lista muy interesante de todas las mujeres que han tenido la audacia de subir hasta ahora al monte Blanco: su número asciende á setenta y uno. En otro tiempo las ascensiones hechas por mujeres eran tan raras que tomaban la proporción de un acontecimiento. Así la ascensión de Mlle. de Angeville en 1838 pareció tan extraordinaria, que se hizo de ella una relación ilustrada en un álbum con láminas de colores, en que se representaba á la heroína atravesando los pasos más peligrosos.

Desde aquella memorable excursión hasta 1865, sólo cinco mujeres llegaron á la cima del Monte Blanco. Pero á partir de 1871, no hay estío en que una mujer á lo menos no lleve su temerario arrojo hasta la cumbre del gigante de los Alpes. En las setenta y una ascensiones figuran las inglesas honrosamente, pues llegan al número de treinta y ocho, las francesas las siguen en número de veintisiete, y damas de las diversas nacionalidades completan el total. Por lo que valga, bueno es decir que las españolas no han aspirado nunca á esta gloria.

***

PRODUCCIÓN DE ORO Y PLATA EN 1887. – La producción del oro en 1887 se eleva á 502.013,400 de francos, cifra inferior á la producción media de los años anteriores. Desde 1870, la producción del oro ofrece una marcada tendencia á la baja. Los Estados Unidos producen actualmente la mayor cantidad de oro: 194 millones en 1887. Hace algunos años estaba la Australia en primera línea entre los países auríferos; pero ahora está en lugar secundario con 133 millones, y viene luego Rusia con 106 millones. Hay que esperar, sin embargo, en un porvenir próximo, cambios importantes en esta clasificación de los países auríferos: se han descubierto, y se explotan actualmente, nuevas regiones, y los procedimientos industriales permiten explotar yacimientos auríferos que con los antiguos procedimientos de extracción apenas remuneraban los gastos.

Pasando ahora á la producción de la plata, observamos que, en vez de bajar como la del oro, aumenta de año en año. En efecto, los dos últimos han suministrado cada uno más de seiscientos millones de plata al comercio de metales preciosos. Las minas de los Estados Unidos y las de Méjico son las que principalmente tienden á aumentar la producción anual de la plata. Las explotaciones mejicanas han suministrado por sí solas 78 millones en 1887.

***

NUEVO PARÁSITO DEL HOMBRE. – Se ha hecho en el Japón, hace dos ó tres años, un interesante descubrimiento helmintológico. El profesor Baelz, de la universidad de Toquío, hace constar en el hígado de cierto número de indígenas un parásito que se asemeja á la borrilla que suele ofrecer el hígado del carnero. De estos parásitos hizo el doctor dos especies distintas, que más tarde reunió en una sola su colega el señor Blanchard bajo la denominación técnica de *Distoma Japonicum*. Son unos gusanillos ovalarios de 12 milímetros de longitud y de 2 á 3 de grueso, trasparentes y provistos de dos fuertes ventosas.

Su desarrollo no es del todo conocido aún; pero se sabe que sus huevos, muy diminutos, dan origen á embriones prolongados, ciliados, que nadan fácilmente en el agua. Deben pasar probablemente por muchos estados larvarios y afectar alternativamente vida libre y parasitaria: es un modo de desarrollo generalmente realizado entre los trematodes, grupo de gusanos á que pertenece el *Distoma Japonicum*.

Pero lo más curioso es la repartición geográfica del parásito. Es endémico en el centro del Japón, en dos regiones bien circunscritas, donde constituye una verdadera calamidad pública por su abundancia y sus estragos consiguientes. La primera región está situada en la provincia de Okayama y comprende algunos villajos asentados en un suelo fangoso, bañado en otro tiempo por el mar y destinado hoy á los arrozales. Un veinte por ciento de los habitantes de esta región está infectado, y á 2 kilómetros de esta localidad apenas es conocido el parásito. Pero vuelve á encontrarse en otro lugar alejado del primero 70 kilómetros. Allí se limita la plaga á un villorrio de 200 habitantes, pero es en extremo abundante y tiene invadida la mitad de la población.

En el resto del Japón es muy raro el *Distoma* en el hombre, pero no es raro encontrarlo en el hígado del gato, principalmente en Tokío. En las dos regiones infectadas, las indígenas beben agua impura, hasta sucia, y es posible que traguen en el agua el huésped intermediario, crustáceo ó molusco, del *Distoma Japonicum*.

Una calamidad más que añadir á las numerosas que perturban la humana existencia, y que con frecuencia son engendro de otras enfermedades como la coqueluche, reciente en Europa, y de origen embrionario alemán.

(Del periódico: *La Nature*)

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA [illegible] DE SETIEMBRE DE 1888 — NÚM. 349

CHI VIVRÁ VERRÁ, cuadro de Mad. María Nicolás, grabado por M. Baude

SUMARIO

TEXTO. – *El helenismo y su fundador en la religión y en el arte*, por don Emilio Castelar. – *Bocetos marítimos*, por don Federico Montaldo. – *La cuarta campaña de la Goleta «Golondrina,»* de La Nature. *Noticias varias*.

GRABADOS – *Chi vivrá verrá*, cuadro de Mad. M. Nicolás. – *El príncipe imperial de Alemania*. *El viudo*, cuadro de Coll. – *Contemplando las olas*. – *Pescadores de moluscos*, cuadros de H. Caffieri. – *La oración*, cuadro de J. M. Marqués. – *El dinero de las ánimas*, cuadro de V. N. Cotanda. – *Prima lancia*, estatua de A. Formilli. *Aparato Regnard para alumbrar el fondo del mar*. – *Suplemento artístico: La emperatriz Faustina en el templo de Juno*, cuadro de Alberto Keller.

NUESTROS GRABADOS

CHI VIVRÁ VERRÁ, cuadro de Mad. M. Nicolás

Una hermosa joven estrecha inocentemente al niño-amor contra su seno, y el artista, con mefistofélica intención, pone al tiempo por testigo de las consecuencias. El pensamiento que determina el asunto del lienzo es trascendental; pero una vez más nos encontramos con el inconveniente de querer revestir de forma pictórica lo que puede ó debe ser objeto de un discurso académico. El hecho de que una joven acaricie al amor es sumamente natural; lo que de ello resulte puede ser más ó menos favorable para la enamorada; pero ni los resultados del amor pueden demostrarse en un cuadro alegórico, ni cabe que el pintor de mayor talento trastorne lo que constituye la esencia de la humanidad. A despecho de todas las alegorías y aun de todas las historias, en este mundo se ha amado, se ama y se amará.

La falsa elección del asunto no ha impedido á Mad. Nicolás pintar un cuadro sumamente agradable: la juventud, la hermosura y el amor, puestos á disposición de un artista de talento, han de producir forzosamente un conjunto del todo simpático.

EL PRÍNCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA

El pequeño Guillermo, prematuramente llamado á la sucesión inmediata del imperio, nació en 6 de Mayo de 1882. La regularidad de sus facciones, sus ojos azules, sus rubios cabellos, su mirada dulce y franca, su desarrollo físico y color sonrosado hacen de él un precioso modelo de la hermosura infantil. Como todos los niños y como todos los príncipes de la casa de Hohenzollern es muy aficionado al militarismo: está retratado con el uniforme de húsares de la Guardia, regimiento que mandó su padre, y considera á sus hermanitos como reclutas puestos bajo su mando. Bajo el punto de vista físico tiene gran parecido con su abuelo, el malogrado Federico: si Dios le concede la misma bravura y alteza de sentimientos podrá ser una firme esperanza para el imperio, aun no bastante consolidado.

EL VIUDO, cuadro de A. Coll

Exposición Universal de Barcelona

Sin que el asunto de este cuadro ofrezca verdadera novedad, es indudable que está concebido con perfecto sentimiento de la triste escena que representa. La esposa del obrero ha subido al cielo: allí en el fondo del lienzo, se vislumbra su cuerpo yerto, mientras en primer término el viudo, que harto tiene que llorar, busca serenidad de que carece, atrayendo á su seno á las tempranas huérfanas, una de las cuales es demasiado joven para comprender la desdicha que sobre ella pesa. El autor de este cuadro ha comprendido que el padre de esas inocentes criaturas no puede desesperarse; que ha de reservar para esos dos seres desdichados toda la energía de que es aún capaz; y por esto estrecha contra su seno á los únicos lazos que le unen todavía á la vida y á los cuales se debe doblemente.

No conocemos los antecedentes artísticos del señor Coll, pero le auguramos buen porvenir en su carrera si fortifica con el estudio las condiciones que ha puesto de manifiesto en este sentido cuadro.

CONTEMPLANDO LAS OLAS. – PESCADORES DE MOLUSCOS

IDILIOS MARINOS

cuadros de H. Caffieri

El autor de estos dos cuadros se ha propuesto á sí mismo un problema que ha resuelto con singular felicidad; el problema consiste en demostrar cuan distintamente afecta una misma escena de la naturaleza según la diversa condición de aquellos que la contemplan. En ambos cuadros el mar es el primer factor; en ambos cuadros son dos niñas, de igual edad, las que tienen absorbida su atención por la inmensidad del Océano. Pero en el primer cuadro esas niñas pertenecen á una elevada posición; el mar las distrae, pero no las preocupa. En el segundo cuadro las niñas son pobres; su existencia se halla unida á ese elemento, para ellas tanto y más interesante que la tierra firme: por esto la contemplación del mar las sojuzga, las abisma. Allí la frivolidad, aquí el trabajo; allí la indiferencia propia de los pocos años; aquí la reflexión prematura que califica á la miseria honrada.

Caffieri califica de idilios sus cuadros: conformes por lo que al primero toca; por lo que hace al segundo, no acertamos á dar con la Arcadia de esas pobres niñas.

LA ORACIÓN, cuadro de J. M. Marqués

El talento de Marqués tiene la no común circunstancia de adaptarse á todos los géneros pictóricos. Sin negar que hasta el presente ha dominado más el paisaje que la figura, no pueden negarse los evidentes adelantos que viene haciendo en este género. El cuadro que hoy reproducimos lo demuestra bien claramente. Esa cabeza es la de un asceta; en ese semblante, en esa actitud dominan el carácter contemplativo del personaje. Su pensamiento no pertenece á este mundo; tras de esa frente serena surge distinta la idea de la divinidad; la oración de ese religioso no la pronuncian los labios, sale del fondo del alma.

Marqués puede ir muy allá en ese género, porque es joven todavía y le queda mucho tiempo para observar y estudiar. Pero al fin y al cabo tendrá que decidirse por el paisaje ó por la figura. En el arte, como en todo, dividir fuerzas conduce á perder fuerzas.

EL DINERO DE LAS ÁNIMAS

cuadro de V. N. Cotanda

Exposición Universal de Barcelona

Para un cuadro de género lo primero que se necesita es asunto: Cotanda lo ha encontrado en esos monacillos que sin duda creen ser socios de las benditas almas del purgatorio, cuando tan frescamente se reparten la limosna de los fieles. Esta asociación, verdaderamente ilícita, no parece muy del agrado del señor cura que les va á demostrar prácticamente las consecuencias de quebrantar el quinto mandamiento.

Tiene este lienzo detalles estimables, pero su ejecución revela cierta inseguridad que debilita su efecto.

PRIMA LANCIA, estatua de A. Formilli

El hombre de la edad de piedra exhibe el primer triunfo obtenido por el ingenio: á la trampa, á la honda ha sustituído un nuevo instrumento que facilitará la caza, primera y natural ocupación del hombre primitivo. Ese instrumento, juzgado en nuestros días, es harto grosero; apenas si un salvaje del Africa lo utilizaría para sus empresas. Y sin embargo, ¡con cuánto júbilo, con cuánto entusiasmo debió ser recibido el invento en los primeros tiempos de la humanidad! El hombre ya no luchará con sus simples fuerzas contra las fieras: el ingenio ha dado el primer paso y obtenido el primer fruto; desde aquel momento la tierra pertenece al hombre.

El autor de esa estatua la ha dotado de expresión precisa: la satisfacción del inventor y el orgullo del triunfador resplandecen en su mirada y caracterizan su actitud. Así se comprende que compareciera á los ojos de su tribu el mortal que hizo uso de la primera lanza.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA EMPERATRIZ FAUSTINA EN EL TEMPLO DE JUNO

EN PRENESTE

cuadro de Alberto Keller

Cuenta Capitolino, el biógrafo de los emperadores, que Faustina, la esposa del virtuoso emperador Antonino Pío, mujer bastante liviana, aunque divinizada después de su muerte por su bondadoso consorte, que en vida suya había disimulado y ocultado todas sus faltas, vió un día pasar un grupo de gladiadores, y al punto se enamoró tan perdidamente de uno de ellos, que desde entonces no pensó más que en él, siendo tan insistente y profunda esta idea, que se menoscabó sensiblemente su salud, y su pasión, avivada por el deseo, estuvo á punto de alterar sus facultades mentales. En tal extremo, confesó á su esposo el estado de su alma, y el benigno emperador le ofreció consultar á la Pitonisa de Preneste, que es la escena representada en el grabado. La emperatriz con sus damas aguarda el resultado de la consulta en el vestíbulo del templo, porque no estaba permitido á las mujeres penetrar en el recinto sagrado del oráculo, en el cual se ve, en el fondo, á la Pitonisa rodeada de sus sacerdotes y del emperador consultante con su acompañamiento.

La Pitonisa contestó que para curar á la emperatriz era preciso matar al gladiador que le había inspirado tan vehemente pasión, y que la enamorada bebiera de su sangre. Así se hizo, y Faustina quedó curada, volviendo á ser esposa fiel y cariñosa como antes, pero el hijo que luego tuvo de Antonino fué Cómodo, más diestro gladiador que digno emperador.

El autor del cuadro, Alberto Keller, es hijo de una familia de Zurich, nacido en 1845 en Gais; estudió humanidades y filosofía en Munich, pero á los tres años de concurrir á las aulas de aquella universidad siguió el impulso de su vocación por la pintura. En la Exposición de Viena de 1873 obtuvo su primer premio por el cuadro «Chopin;» después se dedicó en París, en 1882 y 1883, á pintar retratos, pero ensayándose de paso en el género histórico de la Edad antigua, al cual le encaminaban sus estudios literarios. El cuadro principal de esta clase es el que representa nuestro grabado.

Hoy sigue trabajando en esta especialidad y se esperan de él todavía obras de gran mérito, pues tiene condiciones para ello.



EL PRÍNCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

VII

En el artículo anterior quedamos en precisar la impresión de conjunto que causa la sección arqueológica, designando los objetos más principales, ya por su origen ó antigüedad, ya por su belleza y relaciones con la historia de las industrias suntuarias.

Siguiendo un orden bastante generalizado, vamos á empezar por los tejidos.

El primero que llama la atención de los anticuarios es el célebre tapiz de Gerona, atribuído á los últimos años del siglo XI ó comienzos del XII, según la opinión aceptada, y tan raro y singular que, también al decir de los inteligentes, no posee otro ningún museo ni se sabe exista otro igual, si se exceptúa el tapiz de Bayeux. El de Gerona, bordado á la aguja con estambres sobre lino, representa la creación del mundo, por medio de una serie de figuras simbólicas y animales groseramente dibujados con aquella rudeza propia del arte en su infancia y parecida en sus inciertos trazos á los muñecos que garabatean los niños. Estas figuras van encasilladas dentro de los radios de un círculo, cuyo centro ocupa en otro una imagen de Jesucristo con un libro abierto, y en la doble circunferencia que le rodea se leen algunas inscripciones sobre la creación. El colorido es agradable y produce un efecto armonioso, aunque el ejemplar está ya deteriorado por la acción del tiempo y solo conserva parte de la orla, formada por cuadros con otras figuras.

Compite en rareza y antigüedad con este tapíz el frontal de la iglesia de San Juan de las Abadesas, descrito también minuciosamente en diversas obras, pero menos conocido aún que el anterior, y de procedencia dudosa, ya que, según vemos, discurren acerca de ella los aficionados sin atreverse á resolver nada en este punto concreto. El dibujo es oriental y verdaderamente notable: en él figuran sobre fondo de color carmesí, en negro con toques blancos, algunas aves y animales puramente fantásticos y unas como cabezas ó mascarones, que traen á la memoria las extravagantes formas, los engendros de pesadilla de las más remotas mitologías de Oriente.

Magníficos ornamentos sacerdotales y frontales bordados exhiben los obispados de Lérida, Seo de Urgel y Vich, con estilo arábigo, gótico y del Renacimiento, de extraordinaria riqueza. En un solo escaparate hallamos, entre otras piezas, un ejemplar tan notable bajo todos conceptos como es la llamada capa de San Valero, cuyas inscripciones cúficas no dejan duda acerca de su procedencia oriental. Figuran dichas inscripciones en los cuadrilongos de las caídas laterales, tejidas de seda y lino en parte, y en parte también cubiertas con hojas de oro. El dibujo de la capa es de cuadros diminutos, también de seda, lino é hilo de oro. La ornamentación de la franja central resalta igualmente sobre fondo blanco en colores castaño y violado. El conjunto es de un efecto exquisito.

Otra capa se exhibe no menos notable. Es la del abad Biure, de San Cugat del Vallés, y perteneciente, sin duda, al siglo XIV. Al interés que ofrece para el anticuario, se une el atractivo que le prestan la historia y la leyenda. El abad murió asesinado en el coro de la iglesia donde estaba rezando en Noche-buena, y se conservan todavía las manchas de sangre en el alba que llevaba puesta. Cuelga andrajosa junto á la capa, agujereada por el puñal del asesino. El hecho fué sonado en aquella época (1351), y aunque la leyenda puede fácilmente embellecerlo, por el magnífico escenario que tuvo y las circunstancias misteriosas que le acompañaron, la causa del crimen no pudo ser más vulgar: fué, en suma, una expoliación cometida por el monasterio y castigada por el desposeído en un arrebato de vengativa cólera.

Queda por señalar en esta importante sección, el terciopelo de Luca ó Venecia, carmesí y oro, presentado por el Obispo de Urgel entre valiosos ornamentos sagrados.

Hay, entre éstos, un frontal bordado, del siglo XVI, en que figuran la Virgen y los santos Armengol y Odón, notable por la perfección de su dibujo estilo Renacimiento, y por su riqueza y elegancia. Con el terno de fondo blanco y oro que á este frontal acompaña, y los de Manresa y de San Juan de las Abadesas, habremos designado lo más digno de mención entre los bordados. Al de Manresa se califica unánimemente de superior á todos, y en efecto los primores y delicadeza de su bordado exceden á toda ponderación, particularmente en los cuadros que lo decoran. Representa el del centro la crucifixión, y los diez y ocho restantes, nueve á cada lado, los diversos episodios de la vida de Jesús, de bellísimas y animadas figuras, coloridas y matizadas con la misma finura que pudiera lograr el paciente y nimio pincel del miniaturista. Los frontales de San Juan pertenecen á los siglos XIV y XV, y van bordados sobre terciopelo con sedas y oro. Son muy estimados.

No es menos rica, y desde luego más numerosa, la colección de tapices. Los hay de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, aunque estos últimos son los que más escasean; en ellos cabe estudiar todos los estilos que caracteriza el dibujo usado comunmente en estos paños, desde el gótico con las figuras recortadas y de místicas actitudes, hasta el pleno Renacimiento de holgadas líneas, torsos robustos y carnes rechonchas, respirando fuerza y juventud. Sorprende en unos aquella grata armonía de la entonación mustia y exquisita, que confunde en un mismo plano los grupos, las figuras y la decoración, y permite á los ojos divagar por ella sin fatiga y descubrir una y otra vez nuevos pormenores, como si no se hubiese tratado en realidad de reproducir una escena ó expresar con precisión un sentimiento, sino agrupar todos aquellos elementos decorativos siguiendo los caprichos de la fantasía. Los paños del Renacimiento, por el contrario, emulan la pintura coetánea con su perspectiva, con su composición más clara y determinada, y con su grandiosidad, no exenta de énfasis.

Ocupan preeminente lugar en esta sección los grandes paños de la metropolitana de Burgos, de todos tiempos y estilos. En la primera sala figura uno del Renacimiento, episodio de la historia de Marco Antonio y Cleopatra.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



EL VIUDO, cuadro de A. Coll

beneficiada repetidamente en aquella época, con aquel carácter peculiar en la indumentaria y en la arquitectura, que corre parejas con el falso concepto de la antigüedad, reinante en la literatura coetánea. Del Renacimiento es también otro tapiz, con las figuras del Padre Eterno y Adán en el centro, verdaderamente grandiosas y expresivas. Al siglo XVI pertenece el de la historia de David (Samuel ungiendo por rey al joven pastor), donde entre las muchas figuras, todas admirablemente dibujadas, variadísimas y movidas, resalta más particularmente alguna con la típica y elegante majestad, con la decorativa arrogancia de los cortesanos de aquella época. Es este el tapiz más vasto de la hermosa colección, pero no el más interesante todavía por otro concepto, si se le compara al de los «Vicios y virtudes» de la sala tercera, y á los dos que le acompañan en los muros laterales, uno de los cuales contiene varios episodios de la tierna parábola del hijo pródigo, y el otro la vida de la Virgen y algunos personajes simbólicos, cándidamente designados con rótulos al pie. A todas estas composiciones excede la de la reñida batalla de las virtudes y los vicios en presencia de Cristo, que triunfa del pecado en el Gólgota. La grandiosidad de esta composición es indescriptible; las figuras representando las virtudes y los vicios en encarnizado combate, van sobrecargadas con exuberante riqueza de vistosos pormenores que designan su respectiva representación. Su actitud es animadísima; en sus rostros parece divisarse el propio carácter de la cualidad personificada. Por encima de la tremenda batalla que sostienen tales personajes, jinetes en diversos animales, entre los cuales figuran un macho cabrío y un león, descollando entre los matizados plumajes de las cimeras, entre lanzas y espadas, se alza la cruz, y pregonan la victoria los ángeles, tendida al aire la veste de soberbios pliegues, mientras, algo apartados, completan la colosal composición dos obispos ó santos, de cuyas manos cuelgan los correspondientes rollos con inscripciones góticas.

Del obispado de Lérida hay igualmente otro tapiz del siglo XV (preparativos para el paso del Mar Rojo), en alto grado interesante para el estudio de la indumentaria, y del obispado de Tortosa, una preciosa alegoría de Roma, estilo del Renacimiento, en cuyo fondo figura un cuadro completo y movido de los juegos del circo.

Los marqueses de Castro-Serna y Monistrol tienen en la sala primera varios paños, estilo del Renacimiento, no menos notables que los anteriores y con idéntico carácter de grandiosidad en la composición, armonía y riqueza de tonos, y belleza en las líneas y expresión de las diversas figuras. Se distingue principalmente entre ellos el de las bodas de un navegante y una alegoría de la historia. Fuera de éstos, llama particularmente la atención el de la Verónica, de menores dimensiones: figura de mujer que resalta sobre fondo oscuro rodeada de cimbreantes plantas de largas hojas; nota rica y brillante que vibra á los ojos junto á algunos cuadros y á otro tapiz precioso (Ecce-Homo) en marco dorado.

Cercano á estos ejemplares, cuelga otro del marqués de Montartal, delicioso paisaje de azuladas tintas y figuras de mujeres á lo Teniers, rechonchas y cuadradas, que ostentan su bonachona gordura flamenca, ocupadas en ordeñar algunas vacas á la puerta de la choza de puntiagudo techo, entre árboles azules y sobre un horizonte terso y tranquilo como los celajes primorosamente pintados en porcelana.

Faltaba esta nota de las típicas formas en que ha vaciado la fantasía sus inagotables creaciones de siglo en siglo, en una colección como ésta. En ella hemos hallado desde el simbolismo y personificación de las virtudes cristianas hasta las escenas campestres de un realismo burgués; desde los misterios de la religión y los pasajes bíblicos con personajes del siglo XV, á la patética historia de Cleopatra, tendida en una cama con cortinillas entre robustas pilastras neoclásicas. Ni nuestra enumeración ni los epítetos comunes, cuya eficacia atenuó el uso, bastan, sin embargo, á evocar vivamente la impresión de magnificencia real y artística que sobrecoge al espectador ante tales ejemplares. No expresarán nunca las palabras el deleite especial que causa á la vista la perfecta gradación de los colores, la exquisita delicadeza ornamental de orlas y fondos y la variedad infinita del dibujo en las figuras. Ante la expresión y vida de algunas testas, soberbias ó melancólicas, candorosas ó enérgicas; ante la infinita variedad de sus actitudes, siempre acertadas y bellas; en presencia de tales composiciones sentidas con verdadera grandiosidad y en las cuales se reunen tan superiores cualidades con la pompa y exuberancia del genio artístico de otros siglos, cabe preguntarse si á despecho de nuestro orgullo nos aventajaron en potencia creadora, y sería curioso analizar, en tal caso, dónde reside la causa de esta superioridad. ¿En más sólida y reposada educación artística? ¿En la mayor lentitud de la producción? ¿En la concentración y disciplina del ejercicio de las artes, no desparramado y tentando como hoy á todos? ¿Será que sólo vemos de aquellos siglos lo selecto y no lo común? Sea como fuere, salimos siempre de la contemplación de estas obras como abrumados por una comparación que no nos favorece.

J. YXART

28 de Agosto.

EL HELENISMO Y SU FUNDADOR

EN LA

RELIGION Y EN EL ARTE

Estudio filosófico-religioso

Por helenismo entendemos aquella doctrina que, después de haber llevado las últimas ideas griegas al Oriente y al cristianismo, renació en las letras y en las artes á la Pascua del Renacimiento y ornó así con sus armoniosas esculturas los vestíbulos del Renacimiento. Veamos al fundador de tal doctrina que pasa en el mundo por una ciencia, por una religión, por un arte. ¡Qué batalla la del Iliso, por cuya virtud quedó como dueño del Asia! Llevaba el rey heleno cuarenta mil hombres, y el emperador persa cuatro más, por lo menos, contra cada uno de sus enemigos. El campo de batalla era una planicie, admirablemente dispuesta para que pudieran moverse los numerosos ejércitos, y muy contraria, por todos sus terrenos, á la marcha del invasor extranjero. Mas con ver los dos combatientes notábase la superioridad moral del menor, el europeo, sobre el mayor su contrario, el asiático. Mientras aquél mostraba la cohesión proveniente de afinidades interiores, y la sobriedad de costumbres conveniente á la disciplina y á la obediencia, parecía éste voluptuosa corte andando en procesión aparatosísima. Vestiduras ligeras de un lado y mucho acero, mientras de otro lado vestiduras pesadísimas y mucha pedrería. Sobre la tienda del emperador persa un sol de oro encerrado en urna de cristal, y á su puerta un heraldo que solfa agitar el aire con las vibraciones de su apocalíptica trompeta. El fuego sagrado iba en argénteas andas circuído por legiones de cabalistas y astrólogos, dados todos á la mentida magia; tras unos trescientos sesenta y cinco jóvenes, todos envueltos en púrpura y cantando himnos religiosos, resplandecía la efigie del dios mayor de aquellas gentes, rodeada por sacerdotes vestidos de blancas túnicas y armados con áureos cetros; no lejos, para designar el puesto de los jinetes en armas, unos carros llenos de dioses, á cuyas espaldas veíanse de diez á doce mil caballerías montadas por individuos provenientes de todas las naciones subyugadas á Persia y ornados con sayales de crecidas mangas, todos recamados por piedras preciosas; á trescientos pasos, quince mil cortesanos, con tales afeites y adornos que parecían hembras recién compuestas en sus tocadores; un trono ambulante soportaba la persona del monarca, circuído por maravillosísimas pompas y ahumado por nubes de incienso y demás aromas litúrgicos; seguíanle luego Nino y Belo en simulacros de metales riquísimos, bajo sombrillas multicolores y entre colegios sacerdotales; doscientos





CONTEMPLANDO LAS OLAS, idilio marino, cuadro de H. Caffieri



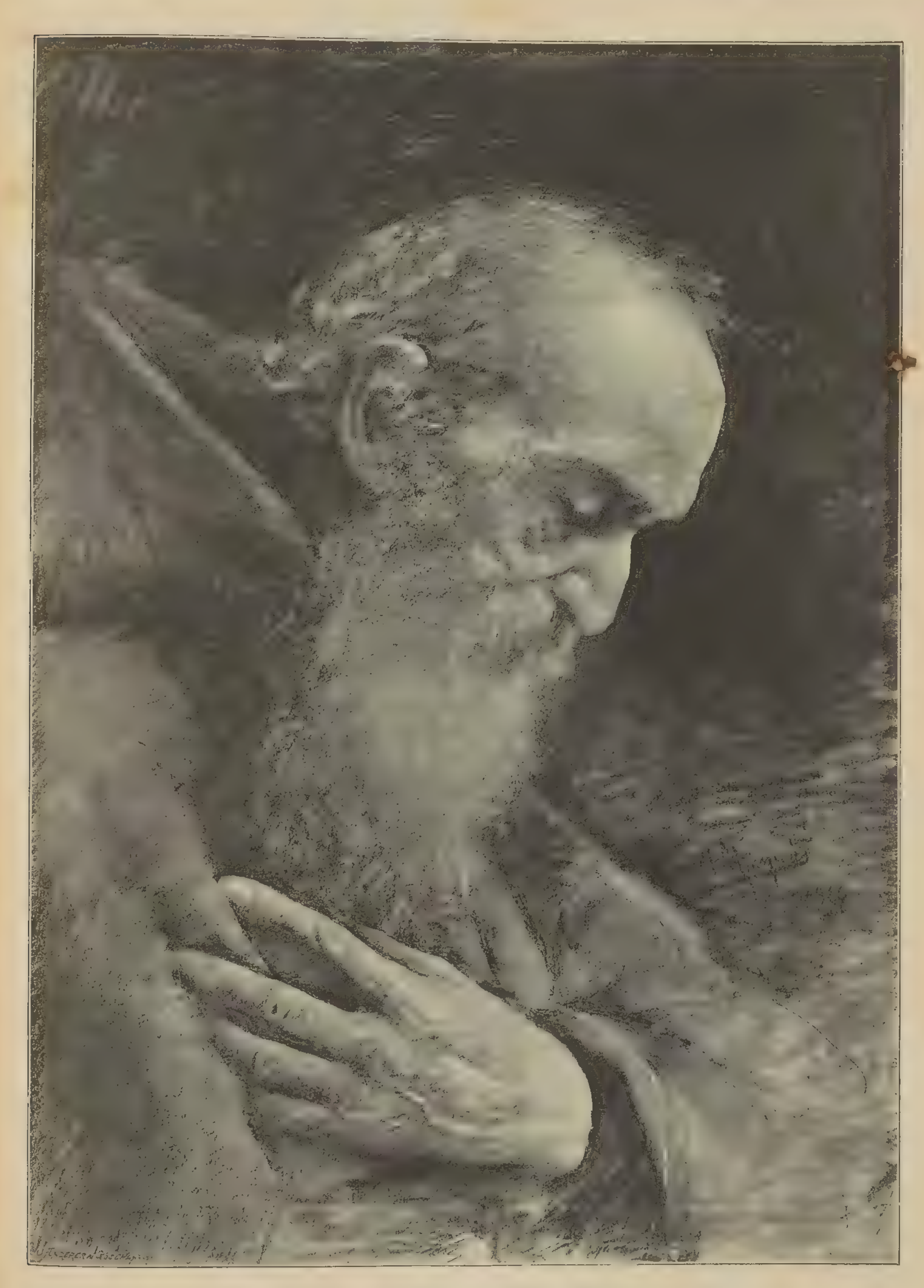
PESCADORES DE MOLUSCOS, idilio marino, cuadro de H. Caffieri



LA EMPERATRIZ FAUSTINA EN EL TEMPL



LO DE JUNO EN PRENESTE, CUADRO DE ALBERTO KELLER.



LA ORACION, cuadro de J M. Marqués

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



EL DINERO DE LAS ÁNIMAS, cuadro de V. N. Cotanda

su presencia y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del Nilo funda su Alejandría, cuyos faros dirigen las navegaciones y cuyos pensamientos renuevan el espíritu. Después de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas y pulidas por los siglos; entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantescas esfinges, dirígese al templo de Júpiter Ammón y conversa con el desierto líbico, fecundo en recuerdos, y con el cielo inmenso, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos sin fin á las profecías hebreas, prosperando el mesianismo, que las sostiene como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en las murallas ciclópeas de Menfis. De allí, queriendo medirse con todos los poderes y tratar con todos los dioses, marcha rápidamente á Babilonia, no sin haber tenido que ganar antes batallas como la de Arbelas, y no sin haber sumergido un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo asiático. Después llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas, respeto de proporción y de armonía. Los templos parecidos á montañas; las poblaciones parecidas á cordilleras; aquellas graderías como sobrepuestas para ofrecer ascenso á dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos en las cuales se graban misteriosas leyendas; los colosos tallados en granito; las esfinges con sus cabezas de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes, no hicieron más que agrandar las proporciones de su gigantesco espíritu y sugerirle ambición mayor á la sentida por su insaciable corazón hasta entonces. No contento con tales conquistas corre á las montañas medas y se propone penetrar en el centro mismo de Asia y en la matriz donde se forja la vida de tantas razas. Aquella Bactriana, donde Semíramis había llevado con arrojo el espíritu de Caldea, vese invadida por el espíritu de Siria. En su afán de subir, este hombre había subido hasta el techo de nuestro planeta, cual si quisiese tocar desde allí las estrellas. Saeerdotes de todos los cultos le acompañan; dioses de todas las teogonías le siguen como cautivos; despojos de todos los templos llenan sus carros de guerra: el mago y el astrólogo caldeo, el gramático jonio, el sofista griego, el nabí de las religiones proféticas, el sirio domesticador de serpientes, el egipcio intérprete de jeroglíficos, el geta que invoca los dioses infernales al son de su tambor diabólico, le siguen y le obedecen, como queriendo forjarle un cortejo de ideas. Así, no sabrá detenerse ante ningún obstáculo. El Cáucaso y el Tauro le servirán de trono; el Caspio y el Mediterráneo de alfombra; con igual empeño requerirá para su imperio la vieja Troya, henchida con una civilización secular, que la bárbara Tartaria, desolada por guerras continuas. El hará, de la vieja Esbatana un sitio real; de la hija semisalvaje del Oxo inexplorado su esposa; de los hechiceros sus oráculos; de la ignorada India su verdadero santuario. Después de haber pasado por los desiertos mongoles, después de haber asistido á la cuna del género humano en el paraíso llamado Cabul, después de haber mezclado en sus venas la savia de todos los primitivos árboles, después de haber departido con las viejas divinidades, entra en la India, donde salen á recibirlo niños agitando en sus manos incensarios de oro, guardias que llevan ramas floridas pobladas por canoros pájaros, mujeres que le abren palacios cuyas puertas giran sobre goznes de esmeraldas, dioses ante los cuales parecen niños los dioses de Grecia, Brahamanes sabedores de los primeros misterios, magos que acercan el cielo á la tierra, reveladores de ideas desconocidas y provinientes de templos que se dirían fundados sobre la eternidad, surgiendo á sus ojos un mundo, aunque antiguo, tan extraño por su ancianidad como por su juventud fuera extraño el Nuevo Mundo á los ojos de sus descubridores. ¡Oh! Si no estuvieran tan cerca de nosotros sus días, si los tiempos suyos no fuesen tan históricos, cual nuestros mismos tiempos, apenas creeríamos el relato de todos estos hechos, tomándolos en verdad por fábulas inverosímiles y absurdas.

príncipes de regia sangre rodeaban á todos estos déspotas del cielo y de la tierra, cuyas tiaras celestes y bandas femeniles y puñales ligeros y sayos purpúreos les daban el aspecto de ídolos; hasta que, cerrándolo todo, se descubría la raíz de tantos males mal escondidos so el viciosísimo lujo, un harén compuesto de trescientas concubinas, servido por innumerables eunucos y llevado sobre los lomos de camellos y elefantes; todo ello con los extraños aspectos de una ciudad que se moviera nómada por aquellos inmensos territorios, sin norte y sin rumbo, sólo para ostentar su esplendor increíble y su asiática magnificencia. ¿Qué había de suceder? El número inmenso empleado en estos oficios múltiples y adscrito á estos cargos de corte no servía ni á la defensa ni al ataque, no servía para combatir. Necesitado cada cual de atender al respectivo señor, ya ídolo, ya monarca, ya príncipe, no podía romper contra el común enemigo. El griego estaba destinado á domeñar la muchedumbre del asiático por su destreza, cual domina el nauta los oleajes del Océano por su inteligencia. Había un imperio y su corte de un lado, mientras del otro un pueblo constituído para el combate y en la organización y en la forma propias de un ejército. Alejandro á caballo, lo animaba todo y ponía la confianza de cada cual en su fuerza y en su acierto, mientras Darío desde su santuario litúrgico estaba como ausente. La falange macedónica y la caballería tesálica dieron en seguida cuenta de aquel harén populosísimo. El viento de las ideas occidentales pasó como un huracán sobre las costas. El héroe vencedor no significaba otra cosa en su espléndida victoria sino la libertad de Occidente imponiéndose por su intrínseca virtud á la fuerza del Asia. Darío tuvo que descender de su elefante y tomar un caballo árabe para huir del campo nefasto y ponerse con algunos compañeros en cobro. Todas sus mujeres y todas sus riquezas cayeron en manos de los griegos. Pero como Alejandro no se propusiera tanto vencer al Asia como asimilársela y difundir en ella su propio espíritu y sellarla con su idea, trató á la madre de Darío, á la mujer, á las princesas como hubiese tratado á griegas de su familia idas al campamento. Ellas, que se creyeron próximas á la muerte tras la rota de los suyos, no sabían cómo corresponder al vencedor, ignorando cómo su propósito de respetar las vidas y las personas en ellas dimanaba del propósito superior de perseguir y desarraigar su dominación y su autoridad. El desquite de freno estaba cumplido, y el Oriente se abría, mal de su grado, pero se abría por completo al genio y al pensamiento helénicos.

Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Recogidos los despojos tras victorias enormes, entran sus huestes en Damasco, y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones y domaran, convertidos en naves, el Océano indómito. Fenicia, Siria, Palestina se doblegan á su paso como los débiles arbustos por su caballo de guerra tronchados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas, y el santo de los salmistas le bendice como si viniera de parte de Jehová. Tiro, Sidón, Chipre, Lesgos, las tierras más ilustres caen de hinojos á

Pero este hombre que se detiene al entrar en Asia, como si entrara en viejo templo, y se desmanda como los atletas de Olimpias en el sepulcro de Aquiles sobre la tierra de Frigia, regada con la sangre de sus padres, y despiden ideas en los combates, como un árbol sacudido ó agitado frutas ó aromas, y entra con igual respeto religioso en los templos del desierto líbico que en los templos de la sacra Palestina, y lleva en su manto el polvo de las soledades monoteístas donde truena el Sinaí para sacudirlo sobre los verjeles de la India donde naciera el paganismo, y ofrece holocaustos así al Belo persa como al Marte griego, y desposa en Susa los héroes de su ejército con las princesas asiáticas siguiendo todas las ceremonias litúrgicas de los cultos orientales, y trae rapsodas de la Jonia, flautistas de la Frigia, poetas de la Helade, bufones de la Propóntide, heraldos de la Lidia, y hasta

cenobitas de la India para que le sigan, cuando vestido con los trajes litúrgicos de Baco y acompañado de bacantes ebrias, despide misteriosos oráculos de sus divinos labios, no hace, no, en este sincretismo de razas, de cultos, de dioses, de teogonías, de ideas, de ciencias, sino mezclar y confundir el alma de Grecia con el alma de Asia por toda una eternidad. Sin él no refluyera la vida helena sobre aquel inerte Oriente; no quedaran los seleucidas establecidos en el cruce de todos los caminos que comunican con el Asia, con el Occidente; no vinieran los judíos helenos á las orillas del Nilo y no marcharan los griegos judaizantes á las orillas del Jordán; Alejandría no combinara de ningún modo aquella ecléctica ciencia que luego dominó en los concilios ecuménicos de Constantinopla y en las escuelas árabes de Córdoba; el Verbo divino, comentado por los discípulos de Platón, tampoco se revelara jamás á los ojos de las muchedumbres; y el Evangelio de San Juan, animado por el espíritu de Alejandría, no se hubiera escrito; y el Renacimiento mismo no hubiera cincelado las copas florentinas, ni sugerido la elocuencia de los inmortales humanistas, ni colgado las cítaras de Píndaro en los olmos de Italia, ni traído á la vida, del fondo de las ruinas, los dioses resucitados en una pascua inmortal, ni repuesto la hermosura helena en los altares del semita Cristo y en las estancias del intolerante vaticano: que todas estas maravillas, de cuyos efluvios vive aún en su esplendor el espíritu humano, se deben á religión tan universal é inspirada como el divino helenismo.

EMILIO CASTELAR

BOCETOS MARÍTIMOS

EL BAILE Á BORDO

Baile es la alegría traducida en movimientos rítmicos y acompasados del cuerpo de quien la experimenta. Se exceptúan el «baile inglés» que es una manifestación neurósica del *spleen*, y el «rigodon de honor,» que es un medio de probar que las altas posiciones imponen compromisos muy sérios á quien los alcanza.

Dada esta definicion, tarea nada fácil, como puede experimentar cualquiera y ha demostrado mi buen amigo *Miguel de Escalada* con el diccionario de la Academia en una mano, el lápiz rojo en la otra, «séame lícito» discurir un poco acerca de la cuestión baile ya que en ella interviene de algún modo la alegría como he tenido el honor de manifestar, aunque indigno. Desde la guaracha africana hasta el tropak ruso todos los bailes tienen su poquito de jaleo.

Los pueblo salvajes, los que lo son y se lo creen, pues hay algunos pueblos que son salvajes del todo pero se figuran que están muy civilizados; aquellos pueblos asocian el baile á todos los actos de la vida social, y tanto bailan cuando declaran la guerra como cuando celebran la victoria ó tratan de aplacar las iras de los dioses que usan; bailan en las bodas y al rededor de las tumbas cuando muere alguno de cualquier otro modo; celebran con un baile general los nacimientos y con bailes aperitivos se preparan los estómagos para digerir bien al prisionero que van á devorar: un tambor roto y destemplado, algun pito desentonado y chillón y los gritos de todos, más desentonados todavía, constituyen la orquesta, y mujeres y hombres sueltos ó cuando más cogidos por las manos, bailan que se las pelan; el sentimiento que les impulsa el baile podrá ser en su origen la tristeza, la alegría, el furor bélico ó cualquier otro, pero siempre acaba convirtiéndose en una borrachera espantosa, que se procuran bebiendo todo género de brebajes fermentados, y cuando cesa el baile, porque ya los «alegres compadres» no se pueden menear, así están ellos para acordarse del motivo de la zambra como yo para acordarme ahora de las nubes de antaño.

La civilización no ha logrado suprimir el baile, como parecía natural, sino que ha modificado el que los primitivos pueblos le ofrecían aumentando la orquesta, no bailándose más que por motivos faustos, perfeccionando los brebajes con que se emborrachan los que bailan y sobre todo, autorizando el baile por parejas – vals rápido, polca íntima, etc. – que tanto gusto da á las jóvenes sensibles y á los caballeros atrevidillos.

De lo expuesto se deduce que la humanidad danzante ha progresado poco y que yo no soy partidario del baile. Ambas deducciones son exactas; pero como que aquí no tratamos ni de medir los grados de cultura que goza la humanidad, y menos por esa escala, ni tampoco de conocer mis particulares aficiones, sino que tratamos (los lectores con paciencia y buena voluntad, y yo con la pluma y buen deseo) de bosquejar un cuadro que representa «el baile á bordo,» he de hacer constar que, á pesar de todo lo dicho anteriormente, creo que en los buques, y en los de guerra sobre todo, los bailes constituyen un progreso, redundan en beneficio de todos los que en ellos toman parte y de otros y se diferencian de los bailes que se celebran en tierra hasta en eso: hasta en que significan un adelanto real y en que me gustan sobre toda ponderación.

Hablando en general, para mí el baile es el primer grado del acrobatismo, y considero criminal que un caballero que tenga la dicha inefable de bailar muy bien, no se presente en un teatro concurrido y prive de admirar sus primores á un público numeroso y hasta distinguido, si se quiere; por otra parte no veo la necesidad tampoco de que una persona alegre, sea por lo que sea, se agarre á otra, hagan las dos juntas unas cuantas cabriolas y batimanes, y en seguida se suelten y se queden tan tranquilos como si tal cosa; además, eso que cuentan de que el baile es un gran medio utilizable por el hombre para poder tratar á una muchacha, creo que es exagerar; para maltratarla no digo que no: en mis cortos años he presenciado ya varias caídas terribles y otros desperfectos. Entiendo – esta palabreja se usa mucho ahora – que el baile para significar algo, como pretenden los jóvenes danzantes maliciosos (¡ah!), es muy poco, y si no significa nada, como aseguran esos mismos jóvenes pero sencillos, es demasiado manoseo y muy tonto el cansarse tanto para nada: sería la demostración objetiva del «quiero y no puedo». Siempre que veo bailar á hombres que por su edad deberían ser formales, me admiro, y luego, si tengo confianza con ellos y estoy desocupado, les pregunto qué sacan de bailar; unos me contestan que siguen la corriente; otros, la mayoría, dicen que «algo se pesca;» ninguno ha podido convencerme de que valga la pena de agitarse tanto lo que se puede pescar bailando, es decir, sí, uno, llorando casi, me señaló á su señora: bailando «por pescar algo» le habían pescado á él y seguía bailando para castigarse.

Quiero decir con todo esto, y no digo más por no cansar, como dicen en los pueblos, que si al baile se le quita la parte que tiene de ejercicio higiénico cuando se realiza al aire libre y sin otro fin que dar elasticidad al cuerpo y expansión al espíritu rompiendo la monotonía de un género de vida determinado, en cuyo único caso es muy bueno y útil y agradable; si se le quita eso y se pretende convertirlo en arte, ó ciencia, ó diplomacia sublime por los que, sin necesitarlo para comer y rendidos de trabajar durante todo el día, se van por la noche á bailar á un salón, que es donde suele bailarse, en el cual hay de todo menos oxígeno, se incurre en un error gravísimo, y si ellos se divierten peor para ellos. La señorita de Rabutin-Chantal, más conocida por su título de marquesa de Sevigné, decía en una de las preciosas cartas que escribió á su hija la señora de Grignan, que *la conversation est le plus grand plaisir de la vie;* aviso á los que creen que en sociedad no cabe más placer que el baile, ese ejercicio que hoy sólo es propio de un aprendiz de *clown*, y pasemos adelante, respetando mucho á los que bailan, pero prometiendo no imitarles en esto: decir que constituyen la mayoría, no es un argumento, ni muchísimo menos una defensa.

En los barcos ya es otra cosa: en ellos brilla el baile con todo el esplendor de su lado bueno; en ellos constituye el ejercicio que Sócrates ensalzaba como necesario para el desarrollo del cuerpo y para darle gallardía; la circulación se precipita; la respiración acelerada absorbe á plenos pulmones el saludable aire del mar, y en los barcos el baile no es, como de ordinario en tierra, una sesión de mefitismo, ó una frívola satisfacción de la hueca vanidad, ó una vergonzante mímica pornográfica, ó una orgía, ó todo eso á la vez, sino que en los barcos, física y moralmente, se aprovechan sus efectos buenos, esos que hacen que el baile exista todavía á pesar del empeño que hay en desnaturalizarlo y pervertirlo, convirtiéndolo de ejercicio útil en suicidio lento;... cesando aquí el higienista gruñón y continuando el modesto artista.

La primera noticia positiva y fehaciente, semi oficial que se tiene del baile á bordo, con todos sus maravillosos resultados, se debe, y hasta creo que ya se le pagó, al capitán Cook, el insigne navegante que allá por los años 1772-74 recorrió más de 110,000 KILÓMETROS de mar. Parece que en esas dos líneas no he dicho nada, y sin embargo, constituyen un poema cantado en loor de los navegantes animosos y... del baile á bordo. Vean ustedes lo que son las cosas y con qué facilidad se hace un poema. Veamos cómo, que solían decir los predicadores. En primer lugar aparece que recorrer 110,000 kilómetros de mar en aquella fecha era dar pruebas de un valor inconcebible hoy: ni los buques, ni los instrumentos, ni las cartas, ni nada, en una palabra, convidaba á verificar viajes largos; todo eso lo suplía la abnegación y la osadía del hombre de mar, así es que sólo citar el número citado de kilómetros y la fecha es ya un bombo épico en loor de Cook; y para que aparezca el prometido al baile, no es preciso más que repetir las palabras que ese mismo maravilloso nauta le dedicaba: él decía que «á pesar de todas las fatigas físicas y morales que sus hombres habían soportado, que á pesar de todos los peligros que habían corrido, la mortalidad entre ellos no pasó del término medio corriente en los puertos de Inglaterra» y ¿á qué lo atribuye principalmente? á que durante las calmas «armaba á bordo de sus fragatas *Resolución* y *Aventura* grandes bailes, al son del violín, con los cuales sus hombres se distraían y entraban á gusto en una transpiración *(perspiration)* muy saludable.» Y como que todos estos hechos «se consideran probados,» queda probado también que el baile á bordo es útil y conveniente.

Ese ejemplo, el que se desprendía de lo sucedido á Cook, no se «perdió en el vacío» como tantos otros: en los buques ingleses siguieron bailando tan contentos; en Francia, en 1788, se autorizó y reglamentó el baile en los cuarteles por una ordenanza real; Nelson, el Gran NELSON, decía que «un buen oficial de marina debe saber bailar;» en algunas naciones se enseña el baile, con la esgrima y otros ejercicios; en la escuela naval y con todos esos testimonios creemos que sobra para estudiar en su aspecto trascendental y metafísico el baile á bordo.

Si quisiéramos, que sí queremos, decir algo de sus aspectos diplomático y estético – como se ve, tomamos la cosa por todo lo alto, – nos bastaría citar uno de los varios bailes que se han dado en nuestros buques en España y Ultramar, pero como que no nos duelen prendas citaremos dos, uno en un buque antiguo y otro en un buque moderno, haciendo presente, antes de entrar en honduras, que aquéllos con sus cubiertas y baterías corridas, sin torres blindadas ni reductos, se prestaban mejor que éstos á servir de asilo á los «discípulos de Terpsícore,» como algunos, creyendo poetizar, llaman todavía á los que bailan.



PRIMA LANCIA, estatua de A. Formilli

Cuando nació el príncipe de Asturias que después fué Alfonso XII, se celebró en la Habana un suntuoso baile á bordo del navío «Isabel II,» de cuyo baile se conserva grandiosa tradición allí, entre la marina toda y por muchísimos extranjeros que asistieron; atracado el navío al muelle, con una plancha que subía y bajaba con la marea, permitiendo siempre un cómodo paso, convirtióse el buque en un jardín y salón al mismo tiempo, en una *serre* ideal; el terciopelo en alfombras cubría las tablas de la cubierta ámplia y despejada; las flores en vistosas guirnaldas cubrían los esbeltos palos mezclando sus aromas con los acordes de las músicas situadas en cofas provisionales (como palcos altos construídos alrededor de los palos mayor y mesana), y con el rocío tenuísimo que desprendían alegres surtidores que saltaban sobre alabastrinas tazas colocadas encima de algunas escotillas; las baterías espléndidas lucían sus 84 bocas de fuego convertidas en bocas de luz, pues cada cañón era un artístico candelabro, y los trofeos militares se entrelazaban por todo el buque con las artes y la alegría de la paz. Fué una de las más notables fiestas con que se solemnizó el natalicio de aquel príncipe, y si yo no asistí á ella, porque cuando ocurrió yo me ocupaba en desarrollarme, poco más ó menos lo mismo que S. A. el festejado, he hablado con muchos qne asistieron, he visto después el famoso navío, y creo lo que ellos cuentan y calculo el partido inmenso que de las hermosas proporciones y desahogados compartimentos del buque sacaría el buen gusto de nuestros marinos, excitado por el entusiasmo que aquel acontecimiento nacional produjo y ayudado por algunos miles de «pesos oro.»

Pero he asistido á otro que se celebró á bordo de la fragata acorazada «Zaragoza» fondeada en Port-Said: la numerosa colonia cosmopolita que acudiendo desde todos los extremos del Egipto en guerra se había refugiado allí, huyendo de los horrores de ella y buscando buques neutrales que los ampararan y defendieran; los oficiales de las marinas europeas, representadas casi todas en aquella pintoresca entrada del canal de Suez, y los de la norte-americana, con otro gran número de invitados, todos encontraron varias horas de expansión y alegría en el buque español gallardamente adornado y dispuesto, y todos al abandonarlo ya de madrugada, aclamando á España en variedad de idiomas y entre los resplandores tímidos é indecisos del día que apuntaba y los vivísimos, amarillos y rojos, de las luces de bengala que encendían nuestros marineros, todos seguramente, llevaban imborrable un recuerdo grato de la nación que en uno de sus buques y entre los estragos de la guerra y de las incertidumbres penosas de sus acaecimientos, tan completo solaz les proporcionaba por medio de un «baile á bordo.»

Bailes de estos deseo yo á mis lectoras, cuando se dignan favorecer con su visita un buque, y á mis lectores; pero líbreles Dios de asistir á algunos de esos otros, tan frecuentes, en los que baila todo á bordo siendo la orquesta el huracán desencadenado y llevando un compás de galop, verdaderamente infernal, las olas procelosas: estos bailes están reservados á la gente del oficio que, asistiendo á ellos, bien se gana y justifica el derecho de bailar en mejores condiciones.

FEDERICO MONTALDO

LA CUARTA CAMPAÑA DE LA GOLETA "GOLONDRINA"

NUEVO INVENTO DE PESCA

Bien habrán oído nuestros lectores hablar de la goleta *Golondrina* que, al mando del príncipe heredero de Mónaco, continúa honrosamente las investigaciones del *Talismán* y del *Trabajador*. Este buque, admirablemente armado para una campaña científica, ha hecho rumbo á las Azores para dragar los grandes fondos.

Los aparatos que lleva para su nueva expedición son numerosos, y desde luego describiremos el cable que debe bajar al fondo los demás aparatos: Tiene más de cuatro mil metros y está formado de seis ramales de alambre de acero constituyendo un cuerpo de cuerda no más grueso que un portaplumas. A pesar de su delgadez, resiste á una tracción de más de mil kilogramos, llenando las condiciones requeridas en un ingenio de esta clase á bordo de un buque: enroscado á una bobina, no es embarazoso, ni pesa mucho relativamente.

El príncipe de Mónaco lleva también consigo sondeadores de nuevo modelo, destinados á sacar á la superficie el limo del fondo del mar para estudiar los millones de organismos que en él pululan. Aparatos registradores darán á todo momento el estado de la mar bajo el punto de vista de la altura de las olas y de los movimientos del barco. En fin, dragas perfeccionadas permitirán á los exploradores escarvar los abismos con más eficacia y utilidad que hasta ahora.

Quisiéramos insistir, sobre todo hoy, en la importancia de instrumentos de un orden enteramente nuevo embarcados á bordo de la *Golondrina*, y destinados en nuestro sentir á dar resultados imprevistos: aludimos á unas nasas que pudiéramos llamar abísmicas ó abismales.

La grande y justa reputación adquirida en sus expediciones por el *Talismán* y el *Trabajador*, hace que todo el mundo sepa hoy cómo se practican las exploraciones de las profundidades submarinas: una especie de amplio saco de red, mantenido abierto por una armazón de hierro, está ligado á un inmenso cable que va á parar al barco, el cual arrastra en su marcha el aparato, recogiendo así lo que encuentra y puede arrancar fácilmente del fondo de la mar.

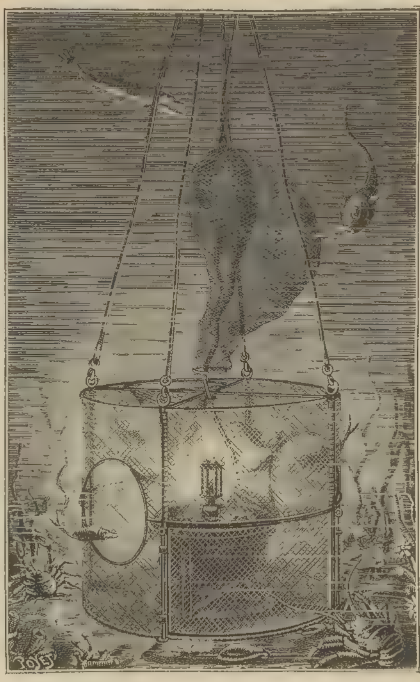
Bien se comprende que si este procedimiento es relativamente cómodo, es también imperfecto. La barredera recoge, en efecto, tanto limo como animalejos; mas por fuerte que sea, se desgarra en las puntas de las rocas, y si recoge organismos delicados, y es el caso más habitual, los pone en una verdadera papilla.

Además este aparato no recoge más que los animales que se arrastran por el fondo, y todo ser un poco ágil se espanta y huye á su aproximación.

De esto resulta que no debemos conocer aún todas las curiosidades que ocultan las profundidades del mar.

Dos exploradores de la *Golondrina* hubieron de pensar si sería posible atraer á los animalejos de los grandes fondos de la mar con cebos y lazos y de esta idea nacieron las nasas del príncipe de Mónaco y el aparato eléctrico del Dr. P. Regnard.

Las nasas, aparte sus dimensiones, son muy semejantes á las que sirven en las costas para pescar cabrajos ó grandes cangrejos; pero tienen hasta dos centímetros de longitud. Es un aparato cilíndrico terminado á uno y otro extremo por una especie de embudo, ó cono truncado, y cortado en sentido longitudinal, sólo para que ocupe menos espacio á bordo. Para servirse de él se juntan las dos mitades asegurándolas con los ganchos de que al efecto están provistas; se introduce por cebo algún pescado ya corrompido y se ata al extremo de un cable de acero, á cuyo otro extremo se enlaza una boya flotante, abandonando al mar el aparato. Un día ó dos después se recoge el cable con bastante rapidez y la seguridad de no haber hecho mala pesca.


Aparato Regnard para alumbrar el fondo del mar

Y no se crea que sobre esto sólo abrigamos buenas esperanzas: las precedentes campañas de la *Golondrina* han dado ya resultados sorprendentes.

En 1886, el príncipe de Mónaco ha sumergido nasas de esta especie: un día una de ellas trajo á la superficie más de 30 kilogramos de peces y crustáceos. Por desgracia, en aquella época los cables de cáñamo empleados no eran bastante resistentes y se rompieron, abandonando á la mar las riquezas recogidas. No pueden repetirse ya estos incidentes con el cable de acero, y las nasas de los grandes fondos nos reservan sin duda gratas sorpresas.

Es uno de los inventos que el doctor Regnard ha tenido la idea de ilustrar. Se sabe por recientes investigaciones que, pasados 400 metros, no penetra ya bastante luz bajo el mar para impresionar nuestras planchas más sensibles. Un gelatino que se vela en un centésimo de segundo, puede estar descubierto diez horas en los grandes fondos y volver perfectamente indemne. Los seres abísmicos están privados de luz, viven en una oscuridad completa, y si tienen ojos, no les sirven sino para ver la fosforescencia que emiten sus congéneres ó el débil brillo que ellos mismos dan, porque su cuerpo es ligeramente luminoso. Pero hay mucha diferencia de esto á la luz eléctrica.

Ahora bien, precisamente la luz eléctrica es lo que el doctor Regnard quiere llevar á los grandes fondos; quiere hacer de ella un lazo, un cebo, un atractivo para coger las especies que se dejen iludir, ó á lo menos quiere resolver la cuestión, ó cerciorarse de si los animales de los grandes fondos son lucífugos como los de las cavernas, ó si al contrario buscan la luz.

No es la primera vez que se prueba hacer de la luz un medio de pesca. La luz atrae ordinariamente á los animales: las mariposas nocturnas van á quemarse á las bujías; las aves marinas se arrojan con tanta violencia á las lunetas de los faros que se matan al choque con frecuencia, dejando en testimonio de este hecho sus cadáveres al pie de la torre.

En fin, los peces acuden á la luz de tal manera que es harto conocida la pesca al fanal para que la ley se haya cuidado de prohibirla en algunos países.

Todo lo que brilla atrae á los peces. Se pescan las caballas, los pireles y los atunes poniendo al extremo del sedal un tubo de pipa; y un cebo muy atractivo para los cangrejos es también un fragmento ó tiesto de plato.

La idea de alumbrar el mar para la pesca ha ocurrido, pues, á muchas personas. Tres años há, arrastraba tras sí el *Talismán* una luz sumergida algunos metros, y no hace muchos días, una sociedad científica inglesa, que partía de Liverpool á bordo del navío *Hyæna*, procuraba alumbrar el mar á algunas brazas de profundidad.

Conducir la luz eléctrica á los abismos del mar á más de mil metros es un problema de otra manera difícil. La primera idea que ocurre es bajar á las profundidades un aparato que por medio de un cable se comunique con el barco en que se produzca la corriente eléctrica. Esto es absolutamente impracticable; porque, una de dos: ó bien el barco en marcha arrastrará el aparato entre dos aguas y entonces no hay caso, ó procurará depositarlo en el fondo, y entonces, como no puede permanecer inmóvil, lo romperá en algunos minutos.

La única solución es bajar una pila al fondo y abandonarla con el aparato mismo. Pero entonces se presenta otra dificultad: ¿soportará el aparato una atmósfera multiplicada por cada diez metros de agua que tenga encima? A 4,000 metros tendría que soportar 400 atmósferas. No hay paredes que puedan resistir semejante presión.

La invención del doctor Regnard consiste precisamente en suprimir la presión á cualquiera profundidad que sea, ó á lo menos hacer que la presión sea siempre igual por dentro y por fuera del aparato, y por consiguiente, á neutralizarla, á anularla.

La nasa de que se sirve es cilíndrica y en ella hay tres entradas y una puerta; en el fondo reposa una suspensión á la Cardán, la cual contiene una especie de marmita de hierro tapada con su cobertera. Esta cobertera se cierra con pernos que la estrechan con un ceñidor de gutapercha. En este recipiente se ponen siete elementos de Bunsen, en los cuales se ha reemplazado el ácido nítrico con ácido crómico. Cada uno de los vasos de estos elementos está cerrado por una tapa de gutapercha para evitar la mezcla de los líquidos en un movimiento brusco. Y todos estos elementos cargados en tensión van á parar á una lámpara Edison de 12 volt. encerrada en una guarnición de cristal sólido.

He aquí el aparato de alumbrado. ¿Cómo no sufre ninguna presión cualquiera que sea la profundidad á que se encuentre? Es muy sencillo. Por encima de la nasa hay un verdadero aerostato de gutapercha y está encerrado en una red durante la inmersión. De este globo parte un tubo y pasa al interior de la marmita que contiene las pilas. Cuando se baja el aparato al fondo del mar, se comprime el globo é inyecta en la marmita el aire preciso á la presión del lugar en que se encuentra, presión que soporta precisamente el exterior de la marmita (véase la figura).

Hay, pues, presión igual por dentro y por fuera, y por consiguiente presión nula, aunque sea á 400 atmósferas. Basta calcular la capacidad de la marmita de tal manera que esté en relación con la capacidad del globo y la profundidad que haya de alcanzarse.

Por ejemplo: si la marmita contiene 4 litros de aire cuando las pilas y los líquidos están dentro, será menester un globo de 4 metros cúbicos para llegar á una profundidad de 10,000 metros; para llegar á 5,000 metros bastará un globo de 2 metros cúbicos. Una vez admitido este principio, puede aplicarse á toda clase de aparatos.

Así es cómo el doctor Regnard ha construído un termómetro registrador con movimiento de relojería que se hará descender á las grandes profundidades submarinas y dará sus variaciones de temperatura, como el de Pouchet da las variaciones de las pequeñas profundidades. Lo mismo sucederá con un actinómetro.

Para terminar, haremos observar todavía una particularidad del aparato Regnard. Todos los que han procurado sumergir cualquier cosa en las grandes profundidades han notado cuánto lastre se necesita para hacerla llegar al fondo. Ahora bien, el aparato Regnard se lastra de suyo, puesto que disminuye de volumen, y por consiguiente aumenta de peso, á proporción que se hunde. Prodúcese el efecto inverso cuando se le sube, y vuelve como por sí mismo una vez impreso el primer impulso.

Al comenzar su campaña lo ha hundido la *Golondrina* dos veces delante de Grois y de Bellelle, y otras dos veces han podido los exploradores contemplar iluminado el fondo del mar durante toda lanoche.

(De *La Nature*)

NOTICIAS VARIAS

BARCO SINGULAR. – Según los últimos periódicos del Japón, el vapor de madera *Fuso-Kan*, cuya carena había sido parcialmente asegurada con goma laca por un procedimiento inventado por un japonés, ha entrado en el astillero de Yakoska para lacar todas sus obras. Los resultados obtenidos en 18 meses de prueba han sido tan satisfactorios que sus armadores quieren aplicar á toda la carena el procedimiento ensayado con tanto éxito.

LA TRAQUEOTOMÍA. – Acaba de morir un individuo, llamado Luis Berthome, que sufrió diez años atrás, en el hospital de San Luis, la operación de la traqueotomía. Tan luego como se hubo practicado en Federico III de Alemania, M. Berthome recibió la visita de médicos extranjeros deseosos de conocer las consecuencias determinadas en su salud por la operación. Su estado era excelente, é indudablemente habría vivido aún mucho tiempo si no hubiera cometido una imprudencia que ha pagado con la vida. Cuando era preciso limpiar la cánula introducida en su garganta, M. Berthome tenía que dirigirse al hospital de San Luis, en donde los internos tomaban todas las precauciones acostumbradas en semejante caso. Ultimamente, intentó limpiar la cánula por sí mismo, el aire se introdujo en la herida, y las complicaciones sobrevenidas han ocasionado la muerte.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 10 DE SETIEMBRE DE 1888 — NÚM. 350

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LAS ÚLTIMAS CEREZAS, cuadro de Edelfelt, grabado por Baude

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LAS ÚLTIMAS CEREZAS, cuadro de Edelfelt

GRABADO POR BAUDE

La bella damisela ha cambiado el artificial *Bosque de Boulogne* por un bosque de verdad; la moda la ha hecho abandonar París durante dos meses y convertirse en payesa, ó aldeana que suena mejor; afición de que dió el ejemplo ha poco más de un siglo la infortunada María Antonieta en Versalles. Las damas de nuestro tiempo, como aquella joven reina de Francia, gustan temporalmente de la vida campestre; no empero sin que se resientan algo de las imposiciones del figurín. No de otra manera podemos calificar ese sombrero, que nada tiene de rústico, antes bien huele á *boulevart*, sin que por esto tratemos de discutir su elegancia.

El artista se ha propuesto sencillamente pintar una flor humana trasladada del invernadero al campo libre y hemos de confesar que lo ha conseguido por completo.

APUNTE DEL NATURAL, por Barrau

El autor de la *Rendición de Gerona* tiene ganada en buena lid la reputación de que goza. Lo que pudiéramos llamar su aparición en el mundo del arte ha demostrado que los *escogidos* empiezan por donde otros acaban. El cuadro de Barrau que hoy admiran los visitantes de nuestro Palacio de Bellas Artes no es el producto de un momento de inspiración feliz y tal vez inconsciente, antes bien es fruto de una idea madurada con detención y ejecutada, pudiéramos decir, á golpe seguro. No basta para ello escoger buenos modelos y agruparlos convenientemente: lo indispensable es sentirlos con precisión y dibujarlos como se han sentido y dibujado.

Y si Barrau no hubiera demostrado cuán maestro es en el dibujo, el simple apunte que hoy publicamos le acreditaría de tal. Ese joven no sólo lee sino que piensa en lo que lee; en él se ve algo más que el ojo siguiendo las líneas del libro, se ve el pensamiento que se ampara de la lectura, la avalora y produce en el interior de esa cabeza un mundo de ideas nuevas que van ganando su cerebro. Únicamente cuando se dibuja con esta firmeza pueden acometerse las obras de grande aliento que tenemos derecho á esperar de nuestro compatriota.

LO QUE EN LA NIÑEZ SE APRENDE EN LA VEJEZ NO SE OLVIDA

cuadro de O. Pilz

Precioso cuadro de género, delicado contraste entre el comienzo y el término de la vida, asunto bien concebido y ejecución que revela profunda observación de la realidad sin degenerar en grosero materialismo.

UN LAVADERO DEL ALBAICÍN

cuadro de Isidoro Marín

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Granada es la ciudad más árabe de Andalucía y el Albaicín es el barrio más típico de Granada. El forastero que se arriesga en sus calles, á trueque de una continua granizada de sus incomparables habitantes, puede hacerse la ilusión de que ha visitado una población morisca del tiempo de los monarcas granadinos.

Cuando la piqueta demoledora de la arquitectura moderna tiende á destruir esos barrios que la poesía del tiempo no es bastante poderosa para hacer respetar, cuando París no conserva rastro de su *Corte de los milagros*, ni Madrid de sus célebres *barrios bajos* en donde el inimitable don Ramón de la Cruz encontró los originales de sus célebres sainetes; cuando las juderías han sido reemplazadas por anchas y rectas calles y los sucesores de sus antiguos habitantes habitan cuartos principales en cuarteles modernos, y desaparecen construcciones, razas y costumbres ante la ley de la higiene, las conveniencias económicas y el cosmopolitismo humano; digno de aplauso es que el arte transmita á nuestros hijos una idea de estos sitios verdaderamente pintorescos, en los cuales cabe aun hacerse la ilusión de que han dejado de transcurrir los últimos cinco siglos.

Este cuadro ha sido expuesto en la última Exposición del «Centro Artístico de Granada,» sociedad de moderna fundación que viene prestando al arte y á los artistas de esa poética y legendaria ciudad servicios cuya utilidad ha sido ya comprobada. De ese Centro nos ocuparemos en uno de nuestros próximos números con la importancia que sin duda merece, y continuaremos dando á conocer algunas de las obras más apreciadas de la Exposición.

ANTE LA IGLESIA, cuadro de Edelfelt

Seguramente el artista ha copiado un cuadro de comadres que deben habérsele aparecido en alguna de sus excursiones á Finlandia, lugar de la escena. Verdad es que asuntos de esta naturaleza, ó sea la reunión de unas cuantas mujeres que hacen alto á la puerta del templo y despellejan al prójimo ínterin ruegan á Dios por la salvación de su alma, lo mismo tiene lugar en una aldea de Finlandia que del otro extremo de Europa.

Edelfelt ha observado bien á esas mujeres; cualquiera pudiera tomarlas por el tribunal de las tres Parcas, si estas divinidades en lugar de cortar vidas cortasen honras ajenas. Las lugareñas viejas son terribles en punto á murmuración: podrán no ser modistas, pero en cortar sayos son verdaderas maestras. Hay en este cuadro una gran suma de verdad y la ejecución de un verdadero maestro. Únicamente así puede llamarse la atención hacia un asunto que carece de efecto dramático y que ha sido tratado con verdadera sobriedad, á fin de que pueda apreciarse en todo su valor.

Este cuadro ha sido exhibido en el *Salón* del corriente año, y ha llamado la atención no sólo del público sino de los inteligentes.

LA RÍA DE UN MOLINO, cuadro de M. Moreno

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Sin apartarse en lo más mínimo del natural, antes bien con cierto sabor de copia de una realidad bien escogida, el autor de este cuadro ha poetizado lo posible un asunto ó, mejor dicho, lugar poco á propósito para inspirarse en él un artista de vulgares condiciones. Y aunque el lector no pueda formarse idea de esta pintura, falta del color que la avalora principalmente, no dejará de apreciar en lo que vale la apacible tranquilidad de esta composición, en la cual todo es grato al ánimo contemplativo.

LA FE, estatua de Paul Dubois

En la sección de Bellas Artes de la Exposición actualmente abierta en Glasgow, llaman con justicia la atención dos figuras de un artista francés, M. Paul Dubois, ambas destinadas al monumento dedicado á la memoria del general Lamoricière, y una de las cuales representa el «Genio militar» y la otra la «Fe,» simbolizando una y otra las virtudes en que más descollaba el ilustre defensor del Papado.

La segunda de estas estatuas es la que representa nuestro grabado, y en ella es de admirar la idea original del autor, que se ha separado en su obra del modo con que generalmente se traza escultóricamente dicha virtud, sin que por ello haya perdido nada de su carácter místico ni de su unción religiosa, así como lo notable del trabajo que basta por sí solo para confirmar la merecida fama de que goza en el mundo artístico M. Dubois.

TABLEROS DE NOGAL TALLADO

DETALLES DE UN MUEBLE ARTÍSTICO CONSTRUÍDO POR

Eduardo Martín

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

No somos ciertamente de aquellos que niegan el progreso humano, ni siquiera en el terreno del arte; pero deberíamos estar ciegos si desconociésemos las cualidades artísticas de nuestros antepasados. El peristilo griego, el arco romano, la herradura árabe, la ojiva cristiana, modelos son de elegancia insuperada. Así, en el orden decorativo, el Renacimiento se viene imponiendo y nuestros industriales dan muestra de cordura y buen gusto cuando á su escuela acuden en la construcción de muebles suntuarios.

Ejemplo de ello los magníficos tableros que reproducimos, cuyo elegante dibujo realza una ejecución vigorosa y bien entendida en sus menores detalles. Éxitos semejantes nos obligan á recomendar á nuestros fabricantes el constante estudio del arte aplicado á la industria.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

LA GALERIA DEL TRABAJO

No siempre vamos donde queremos ni es medio absolutamente seguro para llegar á un punto encaminarse á él. Excuse el lector la forma axiomática que doy á una verdad tan vulgar y tan experimentada por cuantos tienen el buen gusto de dejarse conducir á la ventura en sus ansias de verlo y observarlo todo á la primera ocasión que se presenta.

Es el caso que el propósito de dirigirme á la sección arqueológica, continuando la empezada revista, no podía ser más válido ni más firme. Pero ocurrió que aquella tarde estaba lluviosa; el cielo, matizado de finísimas tintas; aquí y allá, entre las nubes, algún resplandor blanquizco del sol lejano sumergido no se sabe dónde; la atmósfera, la arena, los jardines, empapados en humedad, y la Exposición, solitaria!... Era forzoso verla así.... La sección arqueológica permanecería intacta y aguardaría paciente; pero el cuadro de una tarde de lluvia en la Exposición, podía desvanecerse con una ráfaga de luz!.... Bastaba que aquel sol, entonces arrebujado en aquellos grandes cortinones húmedos y grises, lograra echárselos de encima, como el enfermo la pesada colcha que le sofoca, para que cambiara todo en un instante. Un solo rayo luminoso agujereando las nubes, cayendo sobre la tierra, secaría de pronto el barniz acuoso de los árboles, poblaría de espectadores el recinto, trocaría en fin toda la decoración como suele en los teatros, el reflejo movible de un foco eléctrico.

Aproveché, pues, un momento que no llovía, pero en que todo seguía sumergido en aquella atmósfera gris, para recorrer á mis anchas el Parque, y cruzar los solitarios vericuetos, sintiendo crujir la encharcada arena sobre mis pies, ó gotear las ramas al menor soplo... quería contemplar filosóficamente los cafés y puestos de bebidas, un tiempo tan animados y chispeantes á la luz del sol ó del gas, entristecidos ahora, chorreando y como arrullados por el melancólico canturreo de las últimas gotas, que caían sonoras y acompasadas sobre la techumbre de zinc... A derecha é izquierda, me estaban llamando los diversos paisajes con sus nuevos aspectos... ¡Qué tonos tan vigorosos tomaban sobre el fondo plomizo del cielo! Las masas de verdura aparecían recortadas, nítidas, vibrantes, por decirlo así, y la misma tierra de los senderos, resaltaba con mayor crudeza que cuando reverbera en luminoso ambiente bajo el sol canicular, ó se tiende sobre ella la sombra verdeante y movible...

Todo esto era muy bello... pero estaba de Dios que tampoco me detuviera allí... De pronto, arreció otra vez la lluvia y hube de atender á sus corteses indicaciones. Algunos grupos diseminados por la plaza de armas, deslizándose por la reluciente acera, y esquivando los chorros verticales de los canalones, corrían á guarecerse bajo techado. En la horchatería valenciana no se veía alma viviente; las sillas y mesas estaban á la intemperie en remojo, y las horchateras bajo el cobertizo de paja. ¡Nadie en parte alguna! Hasta la caseta del *Libro de oro*, cuyo rótulo de lo mismo relucía más que nunca, parecía abandonada. En medio del hemiciclo, se destacaban con mayor viveza y brillantez, como grandes retazos de alfombra lavados poco há, la orla de flores del estanque y los simétricos cuadritos de plantas que lo rodean. Sólo en los pórticos de la rotonda, por entre las columnas, se veían circular errantes algunos espectadores, que aguardaban sin duda la terminación del espectáculo.

Puesto que era forzoso hacer como ellos, me guarecí como ellos en la galería del trabajo y este fué felizmente el verdadero término de la incierta ruta.

La galería del trabajo, con lluvia y á semejante hora, presentaba un aspecto absolutamente nuevo y distinto del que tiene los demás días. Convertida en refugio perentorio de algunos visitantes de paso, llegados allí cuando menos los esperaban aquellos laboriosos expositores, reinaba en ella la familiaridad bonachona y casera que suele establecerse muy pronto en una reunión fortuita de personas molestadas y detenidas por la misma contrariedad. Los visitantes se agrupaban junto á las puertas mirando la lluvia, ó después de vagar de uno á otro escaparate, dejaban con la palabra en la boca al complaciente vendedor, para entrar luego á comunicarle que «todavía estaba lloviendo;» el vendedor, por su parte, aprovechaba la ocasión y se iba á tomar un refresco en alguna de las mesitas del pórtico, donde había que ir á buscarle si se quería comprar algo; los guardias fraternizaban con los chinos, y los vendedores de babuchas ostentaban el fez, el gabán y los calzones colgantes asomando por debajo de él, con gravedad fatalista de verdaderos orientales, muy superior á la cotidiana...

Ignoro si fué este mismo aspecto familiar quien me presentó, como característica de todos aquellos objetos en venta, su doméstica utilidad; pero es lo cierto que, mientras otras veces al cruzar de paso la galería, me había parecido un vasto almacén de quincalla, de fútiles chucherías, de *recuerdos de la Exposición*, á real la pieza, observé entonces que, por el contrario, estaban reunidos allí todos los utensilios caseros que puede codiciar y regatear una mujer hacendosa. Esta parecía la verdadera parroquiana, y la concurrente propia de tales lugares. Cuanto iba viendo en los distintos mostradores, lejos de tentar al gasto superfluo y baladí, traía á la consideración del espectador ideas de previsora economía, y á su memoria, no el fausto de las industrias suntuarias, aun reducidas á formas diminutas y de gusto dudoso, sino las prosaicas necesidades de la vida interior y las comodidades domésticas. Esto armonizaba perfectamente con aquel aire de vecinos que teníamos todos, yendo y viniendo de la puerta en pasajera intimidad, é igualmente fastidiados de aquella contrariedad material que hacía soñar con todas las ventajas de verse ya en casa, los pies metidos en unas zapatillas como las que vendía aquel turco... de Túnez, las manos bien lavadas con jabón igual al de aquella señorita de mostrador, y en la limpia mesa la vajilla común del escaparate de más abajo... sin flores ni nombres grabados en el cristal, por supuesto.

Este peculiar carácter de tales exhibiciones resulta por el contrario muy cómico, para el observador que, atendiendo principalmente al nombre de la galería, entre creído de que va á hallarse con el curioso espectáculo de una producción rara é interesante á la vista, é importándosele, en cambio, muy poco de las cacerolas y del planchado. Cuando el espectador no es mujer, ni se acuerda de la casa, ni se le ocurre hacer economías, el contraste es muy divertido.

Apenas entra, y se ofrece á su vista la galería prolongando su curva, y adornada á uno y otro lado por grandes escaparates y puestos de venta con sus rótulos; apenas deja á un lado los abanicos chinos y á otro el primer belemita con gorro y paletó, se acerca complaciente una muchacha, y entrega al visitante dos prospectos: el uno es de un *salva reloj:* ¡vaya, menos mal, para estos tiempos y para el que lo tiene! pero el otro es ya el de una aguja especial para coser. El visitante mira á la señorita de mostrador, entre sorprendido y risueño.

Sigue andando, y junto al puesto de los paquetes de agujas, se fija en otro con este rótulo consolador: «No LLORAIS *más los platos rotos* (sic).» ¿No es verdad que este solo rasgo arguye un conocimiento profundísimo del corazón.... de una buena ama de casa?... Pero como el espectador no lo es, hace examen de conciencia un instante: «¿Si habrá llorado alguna vez... los platos rotos!» Y no obstante se interesa por el sentimental reclamo y por el gran invento que mitiga un dolor tan agudo y un contratiempo funestísimo, como que á veces alborota la casa, es causa de mal humor, agría el carácter y acaba por producir irremediables desavenencias conyugales. No; se acabaron ya... ¡basta de llanto...! ¡ahí tenéis una cola fría de una resistencia increible... según está probando una fuente de loza, rota y recompuesta, de la que cuelga un pedrusco enorme!

Pasa mi hombre más allá y se encuentra con un «*Aviso á las señoras*»... «*Cifras, marcas, festones.*» - Esto no va conmigo tampoco... Atraviesa por entre algunas mesitas y escaparates de quincalla, bisutería, joyas falsas, collarcitos y brazaletes, que tampoco son para él, y ve un grupo muy compacto alrededor de otra mesa que hay más abajo... Se dirige á ella... Algo curioso producirán allí... Y en efecto, un amable francés, con mandil de cocina y cara de pinche, metido entre cazos, se entretiene en mondar patatas ó en batir un huevo con la formalidad y la oratoria de un prestidigitador de plazuela. Y le explica á Vd., buen paseante, como si fuese Vd. una cocinera, que no hay mejores prensas para hacer *purée*, ni ha de hallar en otra parte moldes más preciosos para *formar* las zanahorias: lo cual, después de todo, no es exacto, porque en toda la galería se cuentan tres ó cuatro competidores en aquel artículo, todos ocupados en batir huevos, y en sacarles la

tripa á las patatas en forma de viruta ó como bolitas de billar.

Más abajo se halla una perfumería, que apesta á la legua derramando sus aristocráticas esencias, y un poco más allá todavía una fábrica de chocolate movida por una máquina de vapor é invitando igualmente á los goces caseros y á la vidita ordenada y pacífica con bollo y *Diari*.

–¡Pero señor! – empieza ya á preguntarse mi hombre – ¿no habrá en esta feria algo para mí?

–Sí; no hay que impacientarse; – ahí tiene usted un bastón de bolsillo; un bastón económico, sólo que las instrucciones para montarlo son nada menos que cinco, y otras cinco para desmontarlo y á mitad de la operación le dan á usted ganas de dejarlo como está y arrimarle una paliza al primero que pasa ó tirarlo al estanque del hemiciclo.

Fuera de esto, puede usted si gusta hacerse tarjetas de visita en aquel mostrador; comprar cruces de Tierra Santa, petacas recamadas de oro, ó fajas de Damasco, en cualquiera de esas muchas prenderías de Jerusalén, sobrecargadas de mil nonadas relucientes como el fondo de un cuadro fortuniano, ó elegir un microscopio bueno en los escaparates de óptica que hay más arriba. Y si nada de esto le acomoda... aquí tiene usted unas planchas para la ropa, que están amenazando mortalmente á los hornillos (lo cual me desespera tanto como me consoló la cola para los platos rotos) ó unas frutas de jabón tan perfectamente imitadas del natural, que parecen caídas del árbol, y es adorno de última moda; ó un nuevo líquido con que quitarse las manchas, que es también cosa excelente, ó máquinas de afilar cuchillos de mesa y tijeras de modista, ó vajillas de madera rusa .... ó, en fin, el colmo de la felicidad doméstica y honrada, que no es, no, ese tapón que impide manchar el mantel con la gota consabida al escanciar el vino; eso es ya gran fortuna, pero no es eso, no... ni es tampoco el pantógrafo, instrumento para entretenerse con los chicos á dibujar sin conocer el dibujo, sino el invento de los inventos humanos ó sea «útil y agradable empleo del tiempo» también en casa, con la mujercita y la mamá, y la cuñada y la familia toda... en suma, el arte de *hacer* calados y marquetería á máquina: cajas, relojeras, capillitas y demás menesteres, todo muy lindo y muy propio para asombrar á los tertulios y vecinos en noches de invierno... ¿No quiere usted ver más? ¿Esperaba usted que el *trabajo* de la *galería* debía consistir en otra cosa?... Pues, amigo, usted perdone.

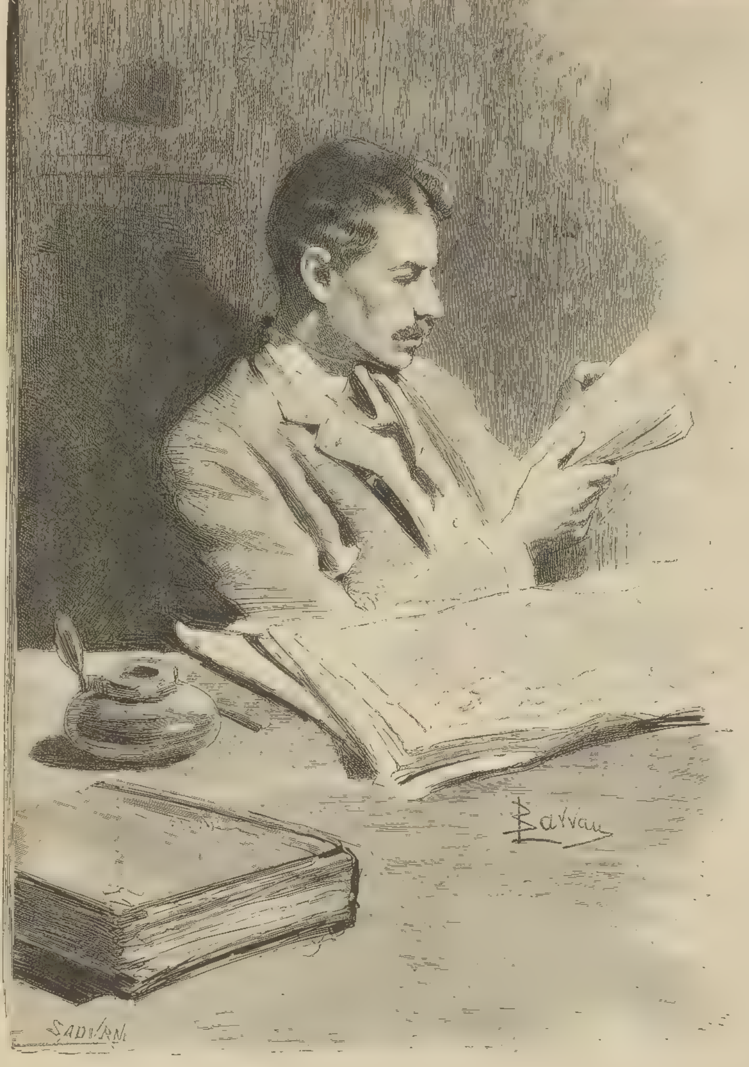
. . . .

La lluvia había cesado... Algunas familias paseando en tribu, salían muy contentas con un par de espejos de los que adorna un facsímile del monumento á Colón, dos ó tres vasos en que se hicieron grabar nombre y apellido, ó un juguete bastante raro: un perrito indescriptible (!).

Cuando salí, la luz gris del cielo, la reluciente humedad, la transparencia del aire, que sigue á la lluvia, daban al panorama, visto desde el hemiciclo, un aspecto singular: parecía todo más vasto, más imponente que los demás días!

5 de setiembre.

J. YXART.



APUNTE DEL NATURAL, por Barrau

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

Artículo quinto

GALERÍAS III Á VI. – *Francia (terminación)*

Las Exposiciones universales en general, sin que la de Barcelona constituya excepción, adolecen de falta de clasificación ó método en el orden de instalar. Por la sencilla razón de que quien primero llega primero escoge, cada expositor adquiere el pedazo de terreno que más entiende convenirle, sea bajo el punto de vista de su precio, sea atendiendo á la vistosidad de los artículos que han de ser instalados. De aquí resulta una confusión inexplicable, una mesa revuelta con millares de objetos heterogéneos, la imposibilidad de establecer las debidas comparaciones, mira principal en todo certamen, y para el visitante un mareo que le obliga á desistir de su estudio al poco tiempo de haberlo empezado.

Tampoco se comprende por qué razón existiendo en nuestro Parque edificios ó palacios destinados á productos de órdenes especiales, como por ejemplo agricultura, mineralogía, materias de construcción, etc., etc., aparecen como desmedradas y hasta pobres estas instalaciones, cuando pudieron haberse colmado y enriquecido con artículos apropiados que figuran en la mayor parte de las naves del Palacio de la Industria. Muchos son los productos que se encuentran en este caso; pero si nosotros hacemos presente el hecho, es porque resalta muy especialmente en el ramo de vinos, de que no puede prescindirse al examinar la sección francesa.

Con efecto, cuando en ella aparecen á la vista largas filas ó elevadas pirámides de botellas en cuyas etiquetas se leen los nombres de los más celebrados vinos de la vecina nación, lo primero que se ocurre es la siguiente pregunta: ¿puede considerarse que el vino es un producto industrial? A nuestro modo de ver no cabe en absoluto semejante calificación, porque si es innegable que la inteligencia, la mecánica y la mano del hombre pueden mejorar sus condiciones naturales y centuplicar su estimación y valor, estas circunstancias concurren en la mayor parte de los productos del suelo. Y sin embargo, cuando de vinos franceses se trata, hemos de confesar que la industria transforma de tal suerte el caldo primitivo, que su verdadera importancia la debe á la elaboración. Es uno de esos casos en que lo principal pasa á ser accesorio; una vez más el lapidario pone de relieve las excelencias de un pedazo de carbón.

La demostración de este hecho es sencilla: el suelo de Francia no produce con mucho la cantidad de vino que consume y exporta á casi todas las regiones del mundo; su cosecha natural fué enormemente disminuída cuando la terrible filoxera invadió los terrenos vitícolas del Mediodía. Ello sin embargo, su reputado Burdeos y los celebrados de Borgoña se consumieron en los mismos mercados de antes y en no menor cantidad, sin que los precios corrientes se resintieran poco ni mucho. Hemos de admitir, por lo tanto, que si la producción del vino es debida á la agricultura, su manera de ser en el mercado y su valor en el comercio son consecuencia de un trabajo industrial en que Francia sobrepuja á todos los demás pueblos.

Ahora bien; en presencia de esta verdad indiscutible, se nos ocurre consignar una extrañeza natural. Si España es quizás el primer país vinícola del mundo, ¿por qué los españoles no han de ser los primeros fabricantes de vinos? ¿Poseen los franceses algún privilegio natural ó algún procedimiento inimitable que no tenga igual ó no pueda ser empleado en España? de ninguna manera: lo único positivo en este caso es que si en la preferencia universal por los vinos franceses entra por algo la tradición y la moda, entra igualmente por mucho el buen sistema de cultivo de la vid y un estudio especial para someter los caldos, por medio de una esmerada elaboración, al paladar y al estómago de los consumidores. Mientras los productores españoles, y muy particularmente los de vinos tintos, se limitan á exprimir bien que mal la uva y á embodegar apresuradamente el zumo, empleando medios que por lo anticuados pudieran calificarse de primitivos, los vinicultores franceses trabajan los caldos y no cejan en su empeño hasta convertir en ricos y sabrosos vinos los vinos más comunes de su suelo y del suelo extranjero. El procedimiento encarece sin duda el artículo; pero la experiencia tiene demostrado que su consumo aumenta todos los años, y la región bordelesa, entre otras, ingresa enormes cantidades de metálico á cambio, en buena parte, de la transformación y reexpedición de vinos comunes que recibe de Italia y de España.



LO QUE EN LA NIÑEZ SE APRENDE EN LA VEJEZ NO SE OLVIDA, cuadro de O. Pilz



UN LAVADERO DEL ALBAICIN, cuadro de Isidoro Marín



ANTE LA IGLESIA, cuadro de Edelfelt

Pues bien, si nuestra patria no tiene rival en la fabricación de vinos fuertes y de color de oro, si nuestro Jerez es incomparable y á duras penas y con no poco gasto se consigue beberlo legítimo; si su precio es muy remunerador del mayor esmero empleado en su fabricación ¿por qué no hemos de trabajar nuestros vinos tintos, por qué no hemos de dar las condiciones de olor, color y sabor del Burdeos dentro de España á los vinos de Valdepeñas, de Cariñena, de Cataluña que, para ser convertidos en Burdeos *legítimo*, se exportan de nuestro país? Algunos ensayos practicados en este sentido no han sido para desanimar á los productores; el *Macón* de Reus, ha sido perfectamente acogido en el mercado. ¿Por qué la loable empresa del señor Gil no tiene más imitadores? ¿Por qué no mejorarla, perfeccionarla y darla las proporciones de que es susceptible un país esencialmente vinícola?... Sensible es decirlo: la causa principal consiste en que la agricultura española y las industrias agrícolas se encuentran sumamente atrasadas. Nuestros propietarios rústicos, los más de ellos al menos, cultivan y producen como se cultivaba y producía hace muchos siglos, y cuando se les hacen presentes los adelantos de otros pueblos mejor avenidos con sus elementos de riqueza, raro es el cosechero que no conteste con cierto aire de maligna incredulidad: – Así lo aprendí de mi padre y así se lo enseño á mis hijos. – Después de lo cual se queda tan tranquilo como si hubiera repetido palabras de Salomón.

Nuestros lectores nos dispensen este desahogo que no hemos podido contener ante los aparadores varios de vinos franceses instalados en nuestra Exposición. Y téngase en cuenta que en el mismo orden de ideas, aunque en un producto diametralmente opuesto, lo que hemos dicho de los vinos franceses podemos aplicar á las aguas francesas. Los lectores comprenderán que nos referimos á las aguas minerales ó medicinales, de las cuales existen numerosos ejemplares en el Palacio de la Industria. Naturalmente que este artículo no se fabrica (razón de más para que las aguas medicinales no figuraran en ese Palacio), pero sí se trabaja en las condiciones de su suministro, es decir, en lo que podemos llamar su explotación.

Las aguas medicinales francesas tienen en España similares quizás de mejor calidad, y sin embargo, las poblaciones y establecimientos en que aquellas se sirven ó consumen están mucho más concurridos que los nuestros, ya no de franceses, sino de extranjeros y aun de españoles mismos. Esto consiste en la mayor suma de comodidades y de atractivos con que los franceses brindan á sus clientes, en la manera de *trabajar* las aguas, en la industria que ellas constituyen; de tal suerte que mientras en España se va á Panticosa, Archena, San Hilario, la Puda y otras eficacísimas aguas por pura necesidad, nacionales y extranjeros acuden, por simple recreo los más, á Vichy, Luchón, Aguas Buenas, Cotterets y demás estaciones francesas de aguas medicinales. Es menester que se desengañen los dueños de establecimientos españoles y las poblaciones sanitarias de España, y que en lugar de esperarlo todo de los enfermos vean de imitar á Francia en la manera de atraer á los sanos.

La falta de método en las instalaciones de que nos lamentábamos al principio de este artículo, hace que hayamos de volver sobre productos de que en precedentes artículos hemos dado cuenta, porque cometeríamos una injusticia manifiesta ó padeceríamos un olvido inexcusable, si no llamásemos la atención hacia los pianos de Gaveau, Bord, Leveque y Thersen, Jocke, Ruch y Guillot. El estudio del piano se ha generalizado de tal suerte que este instrumento constituye ya un mueble casi tan indispensable como la cama, por lo cual no es de admirar el gran número de los expuestos, cuya perfecta construcción demuestran todas las tardes profesores distinguidos ejecutando en ellos admirables piezas de concierto.

Igual injusticia cometeríamos si pasáramos por alto la casa fundidora de bronces de Thiebaut hermanos, cuya reputación, á no estar sólidamente establecida, resultaría indiscutible á la vista del jarrón colosal, dibujo del malogrado Doré, que es tal vez el bronce artístico más notable y difícil de la industria francesa. La misma casa fundidora ha expuesto, además, estatuas de tamaño natural muy notables, entre ellas una Virgen del referido Doré de expresión dulcísima, una cernedora de Barrau y una Judit de Madame Bernard, tan bien trazadas como pulcramente fundidas. Dignos son igualmente de mención, los bronces de las casas Chabrié y Juan Basset.

Lindísimos son los cochecitos para niños de Dutheit y de construcción tan delicada como sólida los velocípedos de Hijos de Peuyent y Bernard y Compañía. Las mejoras introducidas en estos vehículos han acabado por hacerlos susceptibles de aplicaciones inesperadas. El *velocipedismo* está llamado á ser algo más que un juego ó un recreo; el tiempo confirmará esta opinión. Sin embargo, confesamos francamente que no nos tienta poco ni mucho este ejercicio, cuando comparamos la fatiga que debe sentir el velocipedista con el descanso y bienestar que han de producir á su dueño ó usufructuario por horas los carruajes de la casa Muhlbacher, que le dan al más desprendido vehementes deseos de ser rico.

Serían interminables estos artículos si pretendiéramos detallar una por una las instalaciones de la sección francesa. Otra vez hemos dicho que no nos proponíamos hacer como un catálogo de la Exposición, sino dar cuenta de las impresiones que ésta nos causa y de las reflexiones que ellas nos sugieren. Sin embargo, como objetos salientes en esta sección, aparte los expresados, hemos de citar los preciosos esmaltes de Chivet, dignos de figurar en lugar más vistoso del que ocupan; los hermosos papeles pintados de Petit Jean y Loroy é hijos, algunos de los cuales pueden ser confundidos con ricas telas; los hules de Davons y Compañía; la fábrica de coloración de maderas de Idrac, industria poco conocida en nuestro país y cuyas muestras expuestas atestiguan la perfección á que ha alcanzado en el de nuestros vecinos; la cordelería mecánica de Dubosch Benet y Compañía; los mosaicos de Zamben que, á pesar de estar fabricados con piezas de media pulgada de tamaño, se componen con ellos retratos bastante parecidos; los pavimentos de colores de Riviere, y la chapería de madera de Mongonot, que ha expuesto una pieza de cien metros de longitud y dos de ancho, delgada y flexible como una tela tejida.

En otro orden de productos, son no menos notables las muestras de granos y tubérculos de Valmorin Andrieux y Compañía, con suma variedad de patatas (que también se nos figura estarían mejor en la sección agrícola); las del tan renombrado chocolate Meunier; las ciruelas conservadas de Laffargue; la bizcochería de Bertrand Vital, Martres y la Tolosana, y los tarros de *foie gras* de Kaleski hermanos y Bechou y Sevestre, que tan importante papel representan en el arte gastronómico.

En la última galería de la sección francesa hay expuestos grandes productos de herrería y fundición, inclusos proyectiles de gruesa artillería, que demuestran hasta qué punto han adelantado estas industrias las fábricas de Brousseval y de los señores Jacob Heltzer y Compañía.

En suma, el número de expositores franceses alcanza casi al de los españoles, y aun cuando en las instalaciones de esa nación encontramos á faltar en absoluto ciertos artículos, como tejidos de algodón, lana y seda, por motivos que se nos ocultan, es indudable que Francia ha sido la nación que mejor ha correspondido á la invitación de España; lo cual siempre fuera de agradecer y lo es aun más en víspera de su certamen universal de 1889.



LA RÍA DE UN MOLINO, cuadro de M. Moreno

BOCETOS MARÍTIMOS

EL PRÁCTICO

Que la práctica hace maestros, es una verdad de «clavo pasado,» ó terminante como «las habas contadas,» – expresión castiza también que, tratándose de una verdad, me parece más propia, aunque no más clara, – y desde Grullo (don Pedro), el popular inventor de axiomas, hasta nuestros días, apenas pasa uno sin que alguna señora ó algún caballero se nos presenten como notabilidades en el ramo que les plugo cultivar, criados en los pechos de la práctica y nada más: así vemos tan pronto uno que, sin más escuela que el dale que le darás, llega á tocar el violín y á escribir con los pies, como aparece otro que nos resulta guía y tramontana de ciclones, cambios de temperatura, lluvias y otros misterios atmosferológicos, sin saber distinguir bien distinguidos, un barómetro de un termómetro.

No hablemos de la «práctica de la vida» ni de sus ventajas, porque esto ya no es tan indiscutible; la vida cuanto más se practica en ella más difícil se hace; los órganos, con el uso se desgastan, y como que la práctica es ejercicio personalísimo, en el que nada favorece á uno los progresos que haya logrado otro, nos encontramos con que, cuando se sabe positivamente que el bíftec, con ó sin patatas, tiene mejor gusto casi siempre y nutre más que las sopas de ajo, pongo por bodrio, no hay dientes para el citado bíftec, de uso reciente según la Academia, y es preciso engullirse las segundas; con que, cuando se llega á tener la cabeza firme y serena para los negocios, la vista lince para ganar en ellos, es preciso pensar en los herederos que habrán de disfrutar esas ganancias ó dejarlas, porque el cansancio puede ya entonces más que el interés, y finalmente, pues no voy á estar citando ejemplos como si un artículo fuera un juzgado municipal, donde los citados pagan algo al acudir, nos encontramos con que, cuando á fuerza de especular rubias y morenas y entreveradas, de chicas hablo, llegamos á distinguir entre ellas la Eva semi-inocente de la Eva pecadora, y muy ufanos de nuestro descubrimiento nos decidimos por una ú otra, pues para todo hay gustos, entonces, á fuerza de práctica, se nos acaba la cuerda y, prácticamente hablando, nos quedamos sin chicas de ningún color, ni pecadoras, ni semi-inocentes.

Digo, pues, que la práctica hace maestros y así debe ser en todo, puesto que nadie nace sabiendo, y vemos gentes á las que sólo el ejercicio aviva determinadas aptitudes mejor de lo que pudieran hacerlo todas las academias y todos los textos del mundo. Dejando aparte al joven andaluz aquel, ciego de nacimiento, que sin más que pasarle la mano por el lomo á un caballo decía de qué color tenía el pelo y... no acertaba nunca, ni por casualidad, lo cierto es que existen pastores que en cualquier momento del día dicen, con levísimo error, la hora que sea, sin más reloj que la rutina; que hay picadores de toros que sólo á *saber caer* deben el levantarse vivos de algunas formidables caídas que llaman de *latiguillo* los mal empleados heraldos de nuestra «fiesta nacional» *(passez-moi le mot)*, y que en todos los puntos cuya entrada por mar es algo difícil, y que en todos los mares frecuentados y peligrosos se encuentran unos bienhechores que se llaman prácticos, ó pilotos prácticos, que sin otros estudios más que un ejercicio local y físico continuado conocen gota por gota el agua que sostiene al buque en que embarcan, y lo meten en puerto con la misma facilidad, al parecer, que tienen otros para meter la letra cuando escriben, ó lo franquean de puntas y bajos, poniéndolo «á buen viaje» tan pronto y bien como cualquier particular franquea una carta.

Ni siquiera es indispensable saber leer y escribir para

hacer oposición á práctico, – pues por oposición ingresan en España los que hay de número en todos los puertos de alguna importancia; – con tener de 30 á 55 años de edad y contestar á las preguntas que se le hagan por el tribunal reunido al efecto, acerca de maniobra, de luces, de los bajos, mareas, boyas y valizas del puerto correspondiente, y acerca de los tiempos, vientos reinantes, etcétera, en él, cualquier piloto, patrón ó individuo de mar inscrito en la comandancia de marina puede ser nombrado práctico de número y entrar un buque en aquel puerto, ó enmendar su primitivo fondeadero ó sacarlo á la mar. Saber leer, escribir y las cuatro reglas aritméticas y conocer las frases francesas é inglesas más usuales entre marinos, son condiciones que dan preferencia, pero no indispensables á los opositores, de manera que estos que me ocupan son, yo creo, los prácticos más prácticos de cuantos Dios crió, pues exclusivamente á la repetición de actos de una misma índole, deben los de mar, en su inmensa mayoría, ser lo que son y servir tantísimo como sirven.

El comandante ó el capitán del buque se eximen de toda responsabilidad tan pronto como el práctico penetra á bordo; lo entregan en sus manos, y es de ver cómo en el momento difícil, el hombre de ciencia, atiborrado de matemáticas y otros horrores intelectuales, tiene que dejar su puesto á un pobre hombre que lleva todo su saber en los ojos y en la memoria, amaestrada por una serie de hechos repetidos continuamente durante muchos años.

Todo aquel que haya navegado, sabe por experiencia cuán grandes son los servicios que presta el práctico, y á poco que piense en el asunto, lo comprenderá asimismo hasta el más empedernido siervo del terruño y hasta el montañés más consecuente que nunca haya dejado de gustar el *fade* sabor de la tierruca.

Allá en los bosques vírgenes de la bendita América, en la frondosa manigua, en los manglares impenetrables, el primer camino que se abre ante el machete del indígena ó bajo la robusta planta de sus salvajes y naturales habitadores, queda utilizable por mucho tiempo: las calvas que con el incendio causa en el monte el rayo, tardan en repoblarse, y á la vegetación aquella, maravillosa por lo feraz y por lo activa, le cuesta mucho, si es que lo consigue, borrar los rastros de las pasadas injurias, y allí quedan ellos para auxiliar el deseo del hombre que busca una comunicación y para conducir pronto á la fiera hasta el antro que le sirve de guarida ó hasta el abrevadero que frecuenta: la nieve, cayendo en espesos copos, llega á cubrir un terreno, ocultando sus detalles todos bajo una blanca capa continua y uniforme; el país más escabroso y áspero aparece llano é igual, los caminos se borran, desaparecen los lindes, y realmente el tránsito llega á ser peligroso, pero se labra una senda paleando la nieve y allí se inicia al paso una vía expedita, si la licuación del resto sobreviene, y muy visible siempre, si se usa, aunque nuevas nevadas puedan interceptarlo en parte. En la mar no ocurre nada de eso: el surco que ahonda en sus entrañas la roda de un buque, se ciega en apretado contacto sobre su mismo codaste, y apenas si una movible estela superficial, fugaz y sinuosa indica por un momento la línea que siguió aquel punto que con dificultad se columbra allá á lo lejos; los que lleguen detrás, quizá vean de él alguna nubecilla de humo empañando el azul del horizonte; oirán, tal vez, tableteando en la atmósfera, el estampido de alguno de sus cañones, pero el camino seguido desapareció para siempre, y nadie podrá ya jamás reconstruirlo... Sólo el práctico, con su instinto adivina el mejor, y en él se lanza con el buque que gobierna, sin que vare su quilla en el ignorado fondo, ni sus costados ludiendo se destrocen contra las ásperas rocas que bordean el estrecho canal.


LA FE, estatua de Paul Dubois


TABLERO DE NOGAL TALLADO
detalle de un mueble artístico construído por Eduardo Martín

Los puntos del mar más frecuentados suelen ser también los de tránsito más difícil y expuesto: el puerto de Bilbao, por su temible barra, en España, y el canal de Suez, por sus numerosos apartaderos, en el mundo, lo demuestran. La recepción del práctico á bordo de los grandes vapores transatlánticos es una fiesta mayor: él indica la proximidad de la tierra y garantiza, en cierto modo, un feliz arribo. Dos ó tres días antes de llegar á Nueva York – presenciaremos la fiesta en un Cunard – se hace entre los pasajeros una apuesta mutua, eso que llaman *poule* los franceses y *wager* los ingleses, en la forma siguiente: los prácticos de Nueva York son 24, y cada uno de ellos lleva el número que le pertenece pintado en tamaño colosal sobre la vela de su pailebote en el que sale muy lejos del puerto á buscar los vapores que pueden necesitarlo; á bordo se hace una lista de 24 números, y nuevas listas si hay más jugadores; cada pasajero toma los números que quiere, pagando por cada uno 25 pesetas y con el total se constituye un fondo muy decentito (menos da una piedra) que se entrega íntegro al partícipe poseedor del número igual al que lleva en la vela de su buque el primer práctico que llega á bordo: hay ocasiones en que simultáneamente se divisan dos ó tres de ellos que hacen por el vapor y se disputan el llegar primero, y entonces esa especie de lotería tiene su poquito de *irradiación*, porque cada uno de los dos ó tres pasajeros presuntos agraciados desea en su fuero interno que parta un rayo á los competidores del práctico que le lleva la suerte á él. Sube, por fin, al vapor uno de ellos con periódicos y noticias, siempre más frescas que las que se conservan á bordo; el señor que acaba de cobrar sus 600 pesetitas le obsequia á él y á los pasajeros todos con un pequeño gaudeamus, y todo es júbilo allí. Sucede á veces que, por acuerdo general, se destina la cantidad recaudada en esa *pilot's wager* á aliviar alguna desgracia ocurrida durante la travesía entre la marinería ó los pasajeros de tercera clase: en este caso el ganancioso se contenta, como el otro, con el *honore*, pero se queda muy fastidiado aunque su conciencia esté satisfechísima; no nos hagamos ilusiones.

Por el laberíntico mar del Norte, lleno de *fiords* más pintorescos aun, pero muy parecidos á las lindísimas *rías baixas* de la hermosa Galicia, pululan los prácticos, y son dignos de admiración aquellos valientes luchando días y días contra unas olas eternamente bravas en demanda de un buque al que pilotear y conducir; llevan en la vela de sus marineros balandros – éstos usan balandros ó *cutters*, como los ingleses y franceses, en vez del pailebote, *pilot's boat*, americano – llevan escrito el nombre del lugar que su práctica conoce, y al verlos tan rudos, tan *lobos de mar* en aspecto y en costumbres, siempre embarcados, con la pipa apestosa ó la infecta *mascada* entre los dientes, vestidos y chorreando el traje de aguas, calado el amarillo *sueste* y arrastrando las enormes botas ensebadas, piensa uno que existe una raza de hombres anfibios, y cree que por un inexplicable atavismo se reproducen en el siglo XIX y en los mares árticos los primitivos pueblos *ictiófagos* de que hablaban Herodoto y Estrabón en sus remotísimas historias. Y ¡qué contraste entre esos y los prácticos del canal de Lesseps! Éstos muy bien uniformados, hasta elegantes, llegan en una ligera canoa hasta el costado del buque, ocupan su puesto en el puente de él, y como una seda por el ojo de una aguja, lo enhebran por aquel canal de Suez, moderno Pactolo con que un genio ha puesto dos civilizaciones en contacto directo é inmediato. Aquéllos y éstos, sin embargo, son inteligentísimos y de gran utilidad; aquí el hábito no hace al monje, y tan útil como ellos y tan inteligente fué el pobre pescador sueco que metió en Ayngo á nuestra fragata «Blanca,» cuando apenas se podía valer: como no soy poeta, no puedo hacer por él lo que por su antecesor Palinuro hizo Virgilio; yo me limito á desearle, y me parece más *práctico* que saque perlas finas cada vez que eche sus redes al agua.

El caso es que cuando un buque necesita práctico, si es de día iza una bandera especial que lo indica así; si es de noche lanza cohetes ó hace otras señales luminosas y suele aparecer el deseado *lemán*, como llaman al práctico en la costa Cantábrica, que lo ha de conducir al anhelado puerto.

Y para terminar este boceto citaré un hecho histórico, que es á la vez un consejo y una lección: uno de los naufragios más horrorosos y más inexplicables que registra en sus páginas negras la historia de la navegación, lo sufrió un buque que iba *cargado de prácticos*.

FEDERICO MONTALDO

NOTICIAS VARIAS

PRODUCCIÓN DE LA LANA EN TODO EL MUNDO. – La producción total de las lanas del globo puede calcularse anualmente en 800 millones de kilogramos, representando un valor de 3,000 millones de francos. Australia y Nueva Zelandia poseen 75 millones de reses de ganado menor, que producen 100 millones de kilogramos de lana, cuyo valor alcanza á 600 millones de francos. En el Cabo de Buena Esperanza producen los ganados 15 millones de kilogramos de lana representando 50 millones de francos. En el Plata se cuentan á lo menos 100 millones de cabezas de ganado, que producen 50 millones de kilogramos de lana por un valor de unos 250 millones de francos. En los Estados Unidos hay 50 millones de reses que no producen bastantes vellones para la industria americana, obligada á importar de la Australia y del Plata la cantidad de lana que le falta.

La Europa posee 200 millones de cabezas de ganado menor, que producen 200 millones de kilogramos de lana


TABLERO DE NOGAL TALLADO
detalle de un mueble artístico construído por Eduardo Martín

por valor de 900 millones de francos. Marruecos, Argelia y Túnez producen lana en cantidad muy apreciable. Hace cuarenta años poseía Francia 35 millones de cabezas de este ganado; pero á consecuencia de la baja en el precio de la carne, los ganados no dan más que 22 millones de cabezas.

En Europa ocupa Rusia el primer lugar en la producción de lanas, siguiéndole en importancia Inglaterra, Alemania, Francia, Austria, Italia y España. Los antiguos ganados españoles de merinos están reemplazados ahora por los de Rambouillet y Vineville que exportan sus magníficos carneros á todas las partes del mundo. La India, el Asia Central, la China, producen por cálculo aproximado unos 156 millones de kilogramos.

Del total de 800 millones indicado por las estadísticas para la producción general del mundo, la mayor parte de las lanas de Australia, de Nueva Zelandia, del Cabo y del Plata se exporta para Londres, Amberes, Liverpool, Brema, Havre, Marsella, Dunkerque, Burdeos y Génova.

* * *

Olas gigantescas. – El servicio de faros de los Estados-Unidos acaba de recibir un despacho interesante del torrero de Fillamock Rock (Oregon), participando que en la rompiente del mar se han elevado las olas 160 pies sobre el nivel de alta mar (48 m. 76). Este faro está construído sobre una roca que se alza 96 pies (29 m. 26) sobre el mismo nivel y el faro está colocado 38 pies más arriba (11 m. 58). Durante una reciente tempestad, la violencia del mar fué tan grande, que saltaron las olas 25 pies (7 m. 61) más arriba de la torre rompiendo los vidrios de la linterna y apagando la luz.

(Del periódico: *La Nature*)

LA TENSIÓN SUPERFICIAL

Resumen de la conferencia tenida en la Sociedad belga de Microscopía el 3 de marzo del corriente año

Consideremos un vaso lleno de agua. ¿Está el líquido constituído igualmente en todas partes? Así se ha creído



Fig. 1. – Adherencia de un lápiz á otro, por la tensión de superficies cóncavas

durante mucho tiempo, pero hoy no se cree ya así. Para formarnos una idea de esto examinemos las fuerzas que solicitan las partículas. Y ante todo, digamos que hay fuerzas atractivas, porque si hundo un lápiz en el agua, cuando lo saque habrá una gota suspendida al lápiz: si se imagina que un plano horizontal corta la gota, todas las partículas situadas por debajo de este plano deben considerarse como sostenidas por las que están encima, sin lo cual no habría equilibrio. Esta cohesión es debida con toda evidencia á fuerzas *atractivas*.

Por otra parte, digamos también que hay fuerzas repulsivas, que tienden á separar las partículas. Y en efecto, si abandonamos á sí mismo este vaso de agua, acabará el líquido por evaporarse completamente. ¿No es esto una prueba de que si hay fuerzas cuyo efecto es acercar las partículas de los líquidos, hay otras por cuya virtud se retiran estas partículas?

Estudiando la constitución de los líquidos bajo este punto de vista, he llegado yo al resultado siguiente: el equilibrio no puede realizarse en el seno del líquido entre las fuerzas atractivas y las fuerzas repulsivas, sin que en la inmediación de la superficie libre haya una tendencia á la separación de las partículas, tendencia combatida sin cesar por las fuerzas atractivas.

Ahora bien; este estado de la capa superficial ¿no es comparable al de una delgada membrana elástica que se extiende haciendo cierto esfuerzo y cuya cohesión se opone á cada instante á una tensión más considerable? He aquí por qué se puede decir, que la capa superficial libre de un líquido está sometida á una fuerza contráctil ó tensión, en virtud de la cual posee una tendencia á hacerse todo lo pequeña posible.

Pero ¿qué espesor tiene la capa en que se desarrolla esta tendencia? J. Plateau y G. Quincke han encontrado por procedimientos distintos, que el espesor de la capa superficial en que reina la tensión no excede de 1/20000 de milímetro de espesor. Y ¿cuál es la intensidad de la fuerza contráctil? Varía de un líquido á otro y aun en un mismo líquido, y disminuye en general cuando aumenta la temperatura. A 15° C., la tensión del agua destilada es

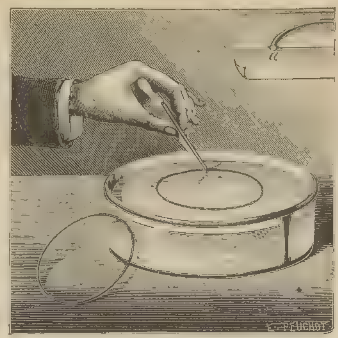


Fig. 2. – Anillo de cobre flotando en la superficie del agua

de unos 7,5 milígramos por milímetro de longitud; el aceite de oliva tiene por tensión 3,6; el petróleo 2,6; el alcohol absoluto, 2,5, y el éter 1,88 milígramos.

Pero ya es hora de demostrar la existencia de la fuerza contráctil con algunos experimentos bien sencillos.

Primer experimento. – Tomemos dos lápices, uno de ellos de madera ligera y de 3 á 4 milímetros de espesor; apliquemos uno á otro de manera que el contacto siga una línea recta horizontal; pongamos en el espacio inmediato de esta recta muchas gotas de agua común, pero pura, de manera que las partes inmediatas á la línea de contacto estén bien mojadas. Entonces se formará una pequeña masa líquida adherente á los dos lápices, de curvatura cóncava, y cuya sección representan en la figura 1, *a b*.

Desde luego el lápiz de madera ligera podrá permane-



Fig. 3. – Vaso de papel cerrándose por sí mismo cuando se le echa agua

cer suspendido al otro, en virtud de la tensión de las superficies cóncavas *a b*, que reinan de una parte á otra de la línea de contacto. Por ejemplo, si la longitud de los lápices es de 12 centímetros, el peso que podrá sostenerse será de $2 \times 120 \times 7,5 = 1800$ milígramos. El lápiz debe, pues, pesar menos de 1 gramo, 8.

Segundo experimento. – Limpiemos perfectamente un anillo de alambre de cobre de un milímetro de espesor y 8 centímetros de diámetro, y pongámoslo con precaución á la superficie del agua pura contenida en una cápsula previamente bien lavada: el anillo de cobre flotará (véase la sección *a*, fig. 2,) y esto á pesar de su densidad 8,8 veces mayor que la del agua. Y es que todas las tensiones del líquido que reinan de una parte á otra del anillo dan lugar á una resultante dirigida de abajo arriba. Un cálculo muy sencillo demuestra que el peso del anillo es á poca diferencia $\pi \times \left(\frac{1}{2}\right) \times \pi \times 80 \times 8,8$ milígs. $= 1$ gr., 73; por otra parte, el efecto máximo de las tensiones es de $2 \times \pi \times 80 \times 8$ milígs. $5 = 3$ gr. 77. Vese, pues, que hecha la misma atracción de la impulsión del líquido, el efecto de la tensión es superior al doble del peso del agua.

Igualmente se pueden hacer flotar en el agua agujas, glóbulos de mercurio, un anillo ligero de platina, etc.

Tercer experimento. – Procúrese una hoja de papel ligero y no glaseado (papel de seda, etc.) que tenga, por ejemplo, 17 centímetros de longitud y 3 de latitud; se doblan todos sus bordes formando un rectángulo de 15 centímetros de longitud y uno de latitud; después se enderezan los bordes, que tienen todos un centímetro de altura, se hacen cuatro plieguecitos siguiendo una diagonal de cada uno de los cuadros dibujados por los primeros pliegues y se obtiene un vasito, cuyas largas paredes laterales se dejan bien planas (fig. 3). Hecho esto, se pone el aparato sobre una mesa, se mojan bien con un pincel todas las faces interiores y se le echa agua hasta 4 ó 5 milímetros de altura: luego, al punto, la tensión de la superficie líquida acerca las largas paredes de frente y el vaso se vuelve á cerrar así de suyo.

Cuarto experimento. – Tomemos un tapón cilíndrico

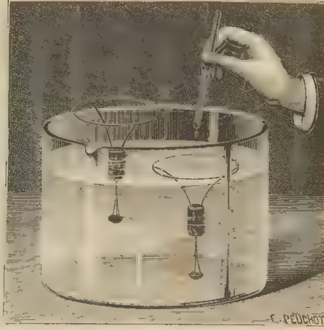


Fig. 4. – Anillo de alambre manteniendo, dentro del agua, un tapón á que está fijo

(figura 4) que tenga, por ejemplo, 2 centímetros de espesor y 4 de longitud; en el centro de una de las faces terminales clavemos un alambre de hierro muy fino y de 6 ú 8 centímetros de longitud, con un ganchito ó cestilla destinada á recibir lastre; en la otra faz del tapón fijemos un sistema compuesto de un anillo de alambre fino, de 10 centímetros de diámetro y sostenido por dos cabos del mismo alambre *a b*, que se clava en el tapón de madera, que el plano del anillo sea perpendicular al eje de este último y colocado concéntricamente respecto de él.

Estando esto, se hunde el aparato en el agua contenida en un vaso con la profundidad suficiente. Si el lastre es adecuado, el tapón se sostendrá verticalmente sin salir del nivel más que 8 ó 10 milímetros (fig. 4). Si ahora se hace descender verticalmente todo el sistema en el líquido y se abandona á sí mismo, el anillo no dejará ya el agua, y se elevará un tanto sobre el nivel produciendo un doble menisco cóncavo. Aquí el efecto de la tensión superficial da lugar á una resultante dirigida de arriba abajo y suficiente para balancear el exceso de la impulsión.

Si el lastre es adecuado, esta resultante, aumentada con el peso del sistema, supera muy poco la impulsión de abajo arriba del líquido; entonces basta acercar al agua una pelotilla de borra ó algodón en rama empapada en éter (lo que disminuye la tensión superficial) para ver al anillo salir en apariencia espontáneamente del líquido y al sistema volver á tomar su primera posición de equilibrio.

Hasta ahora no hemos operado sino en masas líquidas relativamente considerables y sin más que una superficie libre: citemos ahora nuevas pruebas de la tensión suministradas, al contrario, por pequeñas masas que presentan dos capas superficiales en contacto con el aire y susceptibles de producir efectos dos veces más notables.

Quinto experimento. – He aquí una mezcla de un litro de agua, 25 gramos de jabón de Marsella y otros 25 gramos de azúcar candi. Hundamos en ella este cuadro de alambre y saquémoslo luego, y lo veremos ocupado por una lámina plana que parece no tener ningún peso, según su poca comba; á medida que se atenúa, la fuerza contráctil de ambas caras supera más y más y acaba por reinar en absoluto. Pongamos en esta lámina un contorno cerrado de hebra de algodón ó de seda; afectará una forma cualquiera, porque tiene una lámina líquida, tanto al interior, como al exterior del contorno; pero en cuanto se rompa la lámina interior se extiende el hilo de repente tomando una forma perfectamente circular (fig. 5). Es el efecto de las tensiones combinadas de las dos caras de la lámina restante. El hilo toma la forma para la cual la superficie que limite es tan grande como lo permite la longitud del hilo; así, pues, se demuestra en análisis que esta forma es la de una circunferencia de círculo.

(De *La Nature*)

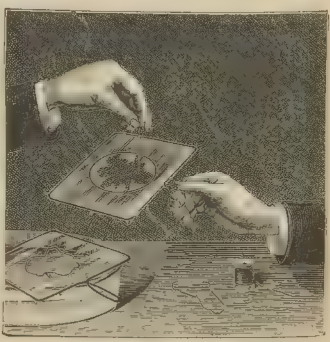


Fig. 5. – Contorno de una hebra de seda, tomando la forma circular, cuando se rompe la lámina líquida en que está

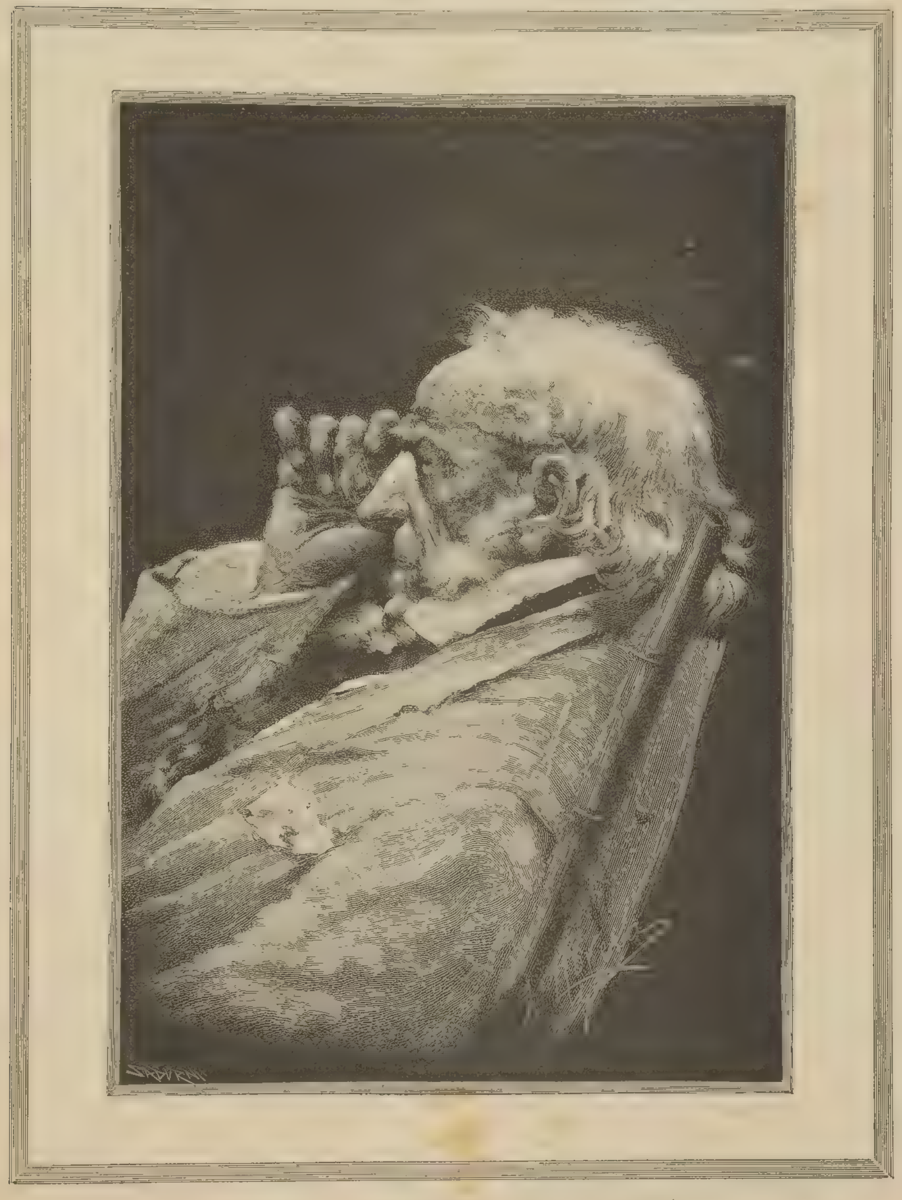
Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 17 DE SETIEMBRE DE 1888 — NÚM. 351

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN PARÉS



EL ANTEOJO, estudio de J. Llovera, grabado por Sadurní

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL ANTEOJO, estudio de J. Llovera

Nuestro buen amigo Llovera ha querido dar una sorpresa á sus muchos admiradores. Echando á un lado el carbón y la paleta con que produce esos admirables cuadros de chulas y casacones que parecen fotografiar las escenas descritas con sin igual verdad y gracejo por don Ramón de la Cruz, enfrena su fantasía, da tregua á sus impulsos y, encerrándose á solas con su talento, dice: Vamos á demostrar que soy capaz de producir un estudio con la misma facilidad que una flamenca.

Dicho y hecho: el resultado está á la vista. Quien dibuja esa cabeza, quien da esa finura á una cabellera y esa pastosidad á las carnes de ese anciano, quien acierta en la expresión indubitada de ese rostro y concentra la atención completa de un personaje en el acto vulgar de contemplar un objeto á distancia, y contornea con tanta firmeza y detalla con tanta minuciosidad, es, sin disputa, un artista reflexivo, observador, capaz de acometer empresas serias el día en que una evolución de su espíritu ó una ley de su conveniencia le lleven por derroteros distintos de los que hoy recorre con aplauso y provecho.

BUSTO DE NIÑO RIENDO, escultura de Donatello

Nació el insigne autor de esta obra en 1383 y murió en 1466, y es, en opinión de la crítica, uno de los muy pocos escultores cuyos trabajos pueden sostener comparación con los de la antiguedad clásica. Al principio de su carrera, siendo muy joven aun, se dejó arrastrar algo por lo que hoy llamamos realismo; de cuyo defecto se corrigió prontamente gracias á los consejos del célebre Brunelleschi. Refiérese á este propósito, que habiendo en cierta ocasión tallado un Crucifijo con destino á la iglesia de Santa Croce de Florencia, puso grande empeño en modelarlo con extraordinaria sujecion á la verdad. Muy satisfecho de su obra solicitó la respetable opinión del referido Brunelleschi, quien hubo de decirle.

Has copiado perfectamente tu modelo; pero habiéndote propuesto hacer un Dios has hecho simplemente un rústico.

Donato buscó desde aquel momento el ideal del arte, y lo consiguió en una época en que todavía eran muy raras las esculturas griegas y romanas desenterradas de entre las ruinas. Miguel Angel admiraba á Donatello: no cabe mayor elogio.

EL MERCADO DE FLORES, cuadro de Schuster

Al extremo de los bulevares de París, á la sombra de la columnata de la Magdalena, las ramilleteras tienen establecidos sus puestos de venta, de los cuales rara vez han de retirar la mercancía por falta de compradores. Uno de esos puestos ha pintado Schuster, y como todos los elementos de su cuadro eran bellos, bello había de ser igualmente el lienzo. Por un refinamiento de crueldad para con París, ó tal vez sencillamente para obtener un efecto de contraste, el artista ha pintado uno de esos sombríos días, tan comunes en la capital de Francia, en que la menuda lluvia y la capa plomiza del cielo imprimen un tono de indecible tristeza á la población más risueña del mundo. Respetemos los caprichos del arte cuando el talento del artista le da derecho á tenerlos.

GUIANDO, cuadro de R. Bong

Si hace algunos años se hubiera pedido á un académico de la lengua la definición del cochero, habría contestado probablemente: es un hombre que tiene por oficio guiar los caballos de los coches desde el pescante. Los modernos tendríamos que rectificar la definición, pues de la misma suerte que el médico *á palos* de Moliere aseguraba haber cambiado el sitio del corazón, las costumbres del *sport* han cambiado en gran parte el sitio del cochero y hasta su sexo. El antiguo Automedonte ya no ocupa el pescante sino la trasera, ya no guía sino que es guiado; ha soltado las riendas, ha hecho entrega de la fusta; sus manos callosas han sido reemplazadas por las blancas manos de su amo ó por las aun más blancas de su dueña.

Y es lo cierto que aunque el oficio fué considerado hasta ahora rústico y hasta grosero, no pierde de sus gracias la mujer cuando guía un ligero tílburi ó un pesado coche de carreras. Dígalo la hermosa dama del cuadro al que consagramos las líneas. Réstanos, sin embargo, una duda. ¿Ganan algo las cualidades morales de la mujer merced á ese trato directo con los animales? No nos atreveríamos á asegurarlo.

LA ASUNCIÓN DE MARÍA cuadro de Pedro Pablo Rubens

Las obras de los grandes maestros causan realmente una impresión avasalladora. En vano se borraría su firma en los cuadros ó se suprimiría su nombre en los catálogos: los ojos más profanos se fijarían invenciblemente en ellos; el espectador más rudo se pasaría las horas muertas contemplándolos. Esto ocurre en la Galería Buckingham de Londres cuando el público se encuentra ante el magnífico lienzo que hoy reproducimos.

Conocida es la grandeza de concepción y la fuerza de ejecución que caracteriza á Rubens, pero en este cuadro como en el *Descendimiento de la Cruz* parece haber hecho un esfuerzo sobre sí mismo para mostrarse observador tan profundo como dibujante consumado. No se trata en él de una de esas escenas semi-históricas semi-mitológicas en que la fantasía del artista campea libremente por los espacios imaginarios de la inspiración. Es cuestión de un asunto litúrgico, cuya mayor dificultad consiste en conciliar la parte divina y la humana, el cielo tocando á la tierra. Rubens vence esa dificultad, que no lo es para su inmenso talento: abajo la materia, en la parte superior el espíritu; abajo la noche, arriba la aurora; abajo el asombro, arriba el triunfo; abajo hombres que tienen la enérgica entonación de Leonardo de Vinci, arriba ángeles que tienen el gracioso contorno y la elegante agrupación de los de Murillo; más arriba aun, la Virgen entrando realmente en la gloria.

UN ARCABUCERO, acuarela de M. Gómez Moreno

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Gómez Moreno es uno de los más distinguidos profesores granadinos. Su laureado cuadro que representa á San Juan de Dios librando á los pobres enfermos del incendio del Hospital real de Granada, es un cuadro bastante para formar una sólida reputación.

UN REY MORO, cuadro de Francisco Muro

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

El autor de este lienzo ha dado mayor importancia al lugar de la escena que al protagonista del cuadro. Gracias á ello ha obtenido un precioso efecto de perspectiva y ha reproducido desde un bien buscado punto de vista el famoso Patio de los Leones de la incomparable Alhambra. La ilusión es completa, y los detalles de esta parte del edificio están pintados con rigurosa verdad.

RECOGIENDO LAS REDES cuadro de G. Haquette

(Salón de París.—1888)

Las marinas están en boga: el mar y sus escenas han invadido los talleres y desde allí se han extendido á todas las exposiciones. Pagando tributo á la moda ó al mercado, Haquette ha pintado un episodio de la vida del pescador de arenques, notable por la verdad de su factura.

SUPLEMENTO ARTISTICO

TIPO DE MUJER BÚLGARA dibujo de T. Thumann

Aparte la singular belleza de esa mujer, que así puede existir realmente como ser hija exclusiva del genio de Thumann, es indudable que como tipo corresponde perfectamente al de ese pueblo por cuyas venas circula mezclada la sangre europea y la sangre asiática. Su pintoresco traje completa la excelente impresión que produce ese rostro en que el Oriente y el Occidente han acumulado al parecer todas sus gracias.



BUSTO DE NIÑO RIENDO, escultura de Donatello

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

LOS CONGRESOS

Se ha inaugurado el segundo período, la que podríamos llamar segunda temporada de abono de la Exposición, con notable afluencia de forasteros, y no menor afluencia .. de palabras. Por ahora lo que caracteriza esta última parte son los congresos: congreso ó *meeting* socialista y congreso pedagógico, hará un mes; ahora, congreso jurídico, congreso médico, congreso farmacéutico, congreso espiritista, con más los que indudablemente seguirán á éstos.

El Palacio de Ciencias y la Universidad dieron albergue á esas reuniones científicas: las que no pueden ostentar este calificativo ó no son consideradas como tales por la opinión pública, hubieron de acomodarse donde les fué posible, decorando para el caso con banderas de percal y escudos de cartón, locales destinados á diversiones públicas. Hay en esta relativa importancia del local de sesiones, un signo externo, plástico por decirlo así, de la jerarquía que existe entre tales congresos á los ojos de la opinión.

Nunca hasta ahora se vió tan concurrido el Palacio de Ciencias, ni ha justificado tan bien su título como desde el instante en que se abrió su salón de sesiones, y se llenaron sus escaños y tribunas. Salón, escaños y tribunas, se parecen bastante á los del Congreso de diputados con su forma semicircular, la luz cenital y la mesa del presidente colocada en el centro del diámetro, entre las puertas laterales. Cierta severidad en la ornamentación, y el correspondiente medallón dorado con los bustos de la Reina y el Rey, acaban de completar el parecido.

Algo hay, sin embargo, que diferencia las sesiones allí celebradas, de las luchas de nuestros parlamentos. He dicho que se inauguró este segundo período con afluencia de palabras, y no digo del todo la verdad. Mucho se habló en los congresos celebrados aquí hace algún tiempo y algo se habla en los actuales, ya que no se ha descubierto aún otro modo de comunicarse las ideas en reuniones de aquella índole; pero hay que decirlo: en general, se tiende visible, explícitamente á cortar los vuelos á la oratoria y á prevenir los inconvenientes de la comezón de lucir este arte, no como medio sino como fin. La organización de los trabajos preparatorios de tales congresos, encaminada á encauzar desde el primer instante las discusiones, y el escaso tiempo que se concede á los oradores, denuncian de un modo claro que esta esencial reforma en nuestras costumbres se impone. En todos los congresos celebrados hasta aquí, late una aspiración, suena una fórmula, que pasa ya del libro y la revista á las manifestaciones públicas y orales. En toda ocasión se pretende alcanzar con éstas un fin práctico, un resultado positivo. No afirmaré yo que, como se pretende, se alcance. Todavía algunas sesiones han tenido más de académicas que de expositivas de hechos y soluciones; todavía se discuten á veces principios y se ventilan pareceres, cimientos invisibles de la cuestión concreta, que debieran darse por ya conocidos y profundizados en congresos donde cabe suponer que se hallan representados los hombres más eminentes de la nación: imperfecciones corregibles, sin duda, pero contrarias al verdadero fin práctico de que felizmente se alardea. Porque ¿cuál es este? Si no lo entiendo mal, es presentar resumido el mayor número de soluciones y datos que aporta una clase científica á un problema determinado, de interés latente y común; es conocer el criterio dominante en aquella clase, para que influya positivamente en la marcha de la ciencia, ó en las resoluciones del Estado: en una palabra, se trata de una suerte de sistema representativo, aplicado á la ciencia para la ciencia, ó tal vez – si nos referimos á las profesiones cuya opinión debería pesar en las resoluciones del gobierno – de una división de tareas y representación entre ellas hoy representadas en común en los cuerpos colegisladores. Ni el uno ni el otro fin se alcanzarán plenamente, en mi sentir, sin alejar todo resabio académico en la índole de las discusiones.

(Doy de lado aquí á aquellas reuniones que tienen sólo el carácter de propaganda de teorías entre los mismos prosélitos.)

Pero si, en este concepto, las sesiones de los congresos actuales no están de acuerdo del todo con su fin, algo se ha logrado en cuanto á las formas oratorias. En el congreso jurídico, (de todos ellos el único donde la oratoria podía representar por sí misma principal papel, el único que congregaba, no oradores de ocasión, sino oradores de oficio), en aquel congreso se limitó el tiempo concedido á cada uno á veinte y cinco minutos y se prohibieron las rectificaciones y la contestación á alusiones. Los médicos, y supongo que también los farmacéuticos, fueron más allá: sobre conceder menos tiempo, aplicaban el principio con rigidez tal, que es posible vuelvan sobre él. Acabamos de asistir á una sesión donde con un solo campanillazo se cortaba la palabra al orador en mitad de un período. Era de ver (y resulta por cierto extremadamente chocante y duro), era de ver cómo el orador, arrebatado por su propia peroración, se detenía y se sentaba de golpe como si le moviera un resorte, que tocara al propio tiempo la campanilla de aviso. Si con tan extremado rigor no se impidió del todo que el exceso de ideas incidentales desviara á veces la discusión de su punto de partida, ni enseñó á los más á no apartarse de él, evitó mucho la inútil verbosidad.

Alguien creerá tal vez por lo que digo y por la forma en que lo digo, que siento antipatía por el sublime arte de la palabra, y que suscribo á la opinión vulgarísima de los que menosprecian este arte, no por inútil sino por perjudicial, padre del sofisma y la impostura. ¡Qué disparate! Si la palabra es, como no cabe dudarlo, el dón más grande que le fué concedido al hombre, el arte de usar de este dón resulta inapreciable, y el placer que experimentamos con su acertado uso, uno de los más vivos y grandes también. Pero creo que la mayor belleza de una peroración consiste en que vaya de acuerdo con el fin que el orador se propone, y su más chocante defecto, en esa falta de armonía tan común en España, entre el asunto y las galas retóricas y ampulosas con que se trata. Por esto, en los congresos celebrados, que no son ni academias, ni cátedras, ni clubs; en donde no se trata de persuadir ó sentir, sino de conocer ó discutir hechos científicos, nada parece tan bello como la sobriedad, ni tan acertado como poner freno á la mal entendida elocuencia. Esta elocuencia surge aquí de la claridad en la exposición, de la copia de pruebas, del calor de las convicciones y de la misma alteza del fin desinteresado y noble que se persigue: no



EL MERCADO DE FLORES, cuadro de Schuster

de atildamientos enfadosos ni tampoco de imágenes sobrepuestas.

Felizmente, la gran mayoría de los oradores lo ha entendido así; y se ha introducido una plausible modificación en el gusto del público, sin que por esto se haya disminuído, antes al contrario se ha aumentado, el placer *lícito* en la verdadera oratoria de congreso. Tanto en el de jurisconsultos como en el médico, han dejado oir su voz verdaderos oradores, de fácil, precisa y elocuente palabra; pero usando de ella con la naturalidad, el desenfado y hasta el descuido, de quien fija el pensamiento en lo que dice más que en la forma de decirlo. Los más reputados por su talento, lo demuestran en la nitidez de sus ideas y en la habilidad de presentar al instante y sin rodeos las principales, aquellas que van repletas y contienen, como el germen, todo el organismo del punto debatido. Esta y no otra condición es la que los distingue desde luego de los medianos: en éstos se observa aún, ó la divagación de quien se acoge á parciales conceptos de inferior categoría, ó la precipitación arriesgada y candorosa de quien se lanza á improvisar movido únicamente por una objeción que le sorprende al paso.

A mi juicio, sin embargo, aun los más celebrados conocedores del arte de hablar, ignoran, según todas las apariencias, el arte de emitir la voz, de pronunciar claramente, de entonar el discurso. Con las pocas condiciones acústicas del salón, sobre la diferencia de timbre, tan múltiple y variado como la misma fisonomía, se añade á veces el efecto desagradable que produce la excesivamente fluida y acelerada dicción de unos, continua, inagotable; la monotonía de otros con sus pausas acompasadas; las transiciones violentas de tonos, de los que por una rutina, que tal vez les enseña la experiencia, pero que no he comprendido nunca, pretenden hallar la variedad y evitar la fatiga, saltando rápidamente de la nota aguda como un grito de alarma á un susurro que desciende hasta el punto de hacerse ininteligible. No lo entiendo. Como no entiendo tampoco por qué se lanzan con descuido las palabras finales de cada frase, que apenas se oyen bien, siendo así que son las que más deben acentuarse y las que con su rotundidad y claridad dejan más satisfecho el oído y en muchas ocasiones completan la inteligencia de todo el período.

Es digno de observarse también – sin que haya en ello ánimo de establecer comparaciones impertinentes – el distinto cariz que toman las sesiones en los diversos congresos. Los jurisconsultos, acostumbrados á hacer gala del uso de la palabra, y á la manipulación de las ideas, por decirlo así, considerándolas en sí mismas, sobre deshacerse en afectuosos y recíprocos saludos á las diversas regiones de España, han excluído constantemente de la discusión las cuestiones personales de tal modo, que no parecía sino que eran las opiniones, como seres abstractos é invisibles, las que chocaban y contendían, en medio de la serena ó indiferente expectación de los mismos que las lanzaban al combate. En el congreso médico, sin haberse excusado la galantería de rigor, parece como que la opinión discutida vive en más íntima compenetración con la personalidad del que la sustenta, y que preocupa de un modo más inmediato y directo: no faltan ocasiones en que se insinúa un apasionamiento que no guarda relación ninguna con la índole de la materia, y que viene de fuera y de lejos. Mientras el hábito de concentrar toda la atención en la materia debatida, aislándola de los contendientes sin esfuerzo alguno, depura y realza la discusión hasta darle un interés extraordinario, causa por el contrario un efecto cómico, sencillamente cómico, ver surgir la llama de la pasión individual por discrepancia en los pareceres, y asomando á veces, para mayor contraste, trás la fraseología técnica, ininteligible y fría.

No es, por cierto, este grado de calor, ni cierta rudeza en el decir, el mismo ardor que fingen, ni la misma acritud que usan algunos oradores, en frío y adrede, para dar mayor relieve al concepto y excitar á la lucha. El ex ministro señor Romero Girón (único nombre que me permitiré citar) usó en su discurso de parecidas formas, cortantes y contundentes, despectivas y acres, con la mayor habilidad y éxito para combatir opiniones opuestas á las suyas, y sin embargo, ni remotamente podía ofenderse el contrario: se veía claro que era aquella una convención oratoria, la más propia para realzar el pensamiento y comunicarle la conveniente valentía; nada más.

Y cito aquel discurso, porque en este y en otros conceptos, me pareció modelo del arte oratorio, tal como debe entenderse en el día, y del más adecuado á un congreso. El orador precisaba el tema, despojándole con rápidas y seguras eliminaciones de toda cuestión afine, como quien desbasta un bloque hasta dejar esbozadas las líneas generales de la estatua; refutaba las objeciones con breves y selectos argumentos (entre varios, los mejores); aguzaba la frase, haciendo que se destacara limpia y desprovista de incisos, que hiriera por su forma de interrogación concreta ó de afirmación absoluta y valiente; pasaba de un concepto grave á una digresión ligera; comunicaba así flexibilidad singular al desarrollo del tema, flexibilidad comparable á la del alambre en que no excluye la resistencia; fundía el tono familiar, parecido al de una conversación amistosa, con el arrebato y la gravedad de una convicción firme, sin usar nunca ni una palabra débil ó rastrera en las fingidas digresiones y en los breves rodeos, ni una imagen retórica y postiza en los párrafos de mayor elevación. ¡Verdadera *causerie*, llana y por tanto elocuente! ¡Lástima que la misma simplicidad de términos á que redujo la cuestión, compleja como todas las importantes, no fuera propia para convencernos del todo!

No faltó á la galante costumbre de saludar á Barcelona y á Cataluña, y olvidé ya si en este punto evitó las frases estereotipadas, pero conste; y concluyo, que vuelven para los barceloneses momentos de satisfacción para su amor propio (si toman al pie de la letra las continuas muestras de agasajo), con esa reunión en la capital de tantos hombres dedicados á las ciencias que aquí acuden, y con los diversos actos públicos que aquí se celebran. ¡Paréntesis de vida intelectual extraordinario á que no estamos acostumbrados por desgracia!

J. YXART.

11 Setiembre.

EL CENTRO ARTÍSTICO DE GRANADA

Sin que pretendamos sostener que el arte sea patrimonio exclusivo de pueblo alguno, es indudable que ciertos pueblos tienen especiales condiciones para el sentimiento intuitivo del arte. Las nebulosidades del Norte, las inmensas estepas de Rusia, las regiones pobres de luz, de color, de flores producirán escasos artistas espontáneos; al paso que será difícil que un hijo de Italia no sea músico ó un hijo de América no sea poeta ó un hijo de Andalucía no sea pintor por dón de la naturaleza. Como el fuego y la constancia ablandan el hierro, así la observación y el estudio suplirán, algunas veces hasta con ventaja, las deficiencias del genio: en este caso las manifestaciones artísticas llevarán impresas condiciones de seriedad y quizás serán insuperables en la representación de aquellos asuntos que tienen por base las grandes escenas de la historia ó las más grandes luchas de las pasiones. Pero vanamente se buscará en ellas, por regla general, la espontaneidad y la frescura propias de los artistas meridionales, la elegancia y la alegría que infunden ese cielo y ese sol y esa naturaleza riente de las regiones italiana ó española. Desde Bayreuth se compone el *Parsifal;* los *Puritanos* únicamente se conciben en Catania.

Los andaluces *sienten* la pintura, porque todo en su país, cielo y tierra, montes y valles, aldeas y ciudades, la mano de Dios y la mano del hombre contribuyen á formar ese sentimiento. Pero no basta *sentir* la música para ser cantante ó la pintura para ser pintor: las bellas artes



GUIANDO, cuadro de R. Bong





TIPO DE MUJER BÚLGARA, DIBUJO DE P. THUMANN



LA ASUNCION DE MARÍA, cuadro de Pedro Pablo Rubens

son esencialmente prácticas; para ser artista hay que *hacer* arte; para ser pintor, escultor ó arquitecto hay que producir cuadros, estatuas, monumentos. Y para producir es indispensable aprender, y para aprender son necesarios buenos profesores y buenos modelos, porque las mejores disposiciones fracasarían en el terreno del arte si careciesen de quién al arte las encaminase, como el título y aun la misma cualidad de artista vendría á ser vana cosa si la naturaleza los produjera formados, como se dice que Venus salió de la espuma del mar ó Minerva de la frente de Júpiter.

La necesidad de crear escuelas de arte la comprendieron por fortuna los socios del *Centro Artístico de Granada*, que en poco más de dos años de existencia (fundóse en abril de 1885) han demostrado que no son amantes platónicos de la pintura y de la escultura, sino verdaderos protectores de estas dos artes bellas, cuyo estudio y fomento constituyen la razón de ser de tan benemérita corporación. Convencidos sus ilustres fundadores de la deficiencia de los elementos empleados en la enseñanza oficial, establecieron á sus costas una clase nocturna de modelo vivo, una exposición permanente de obras de arte y un salón de lectura en que predominasen las revistas artísticas é ilustrados, á fin de que los concurrentes pudieran formar concepto de las grandes manifestaciones del arte en toda Europa. Tan excelentes y bien encaminados propósitos habían de producir ópimos frutos, y como el *Centro* sembraba en tierra bien preparada y agradecida, fueron aquellos superiores aun á los que por de pronto podían esperarse. Animada por el éxito, la corporación amplió sus objetivos desde el año segundo de su existencia, creando una sección de Música, otra de Excursiones artístico-arqueológicas y otra de conferencias, cátedras y publicaciones, que está dando á luz el *Boletín del Centro Artístico de Granada*, publicación quincenal ilustrada de Artes, Letras y curiosidades granadinas.

Los medios empleados por el *Centro* no podían ser más conducentes. La clase de Modelo ofrece á los cultivadores del arte medios no siempre al individual alcance para el estudio del natural; la Exposición facilita manera adecuada de instalar las obras producidas y de que el público pueda conocerlas y juzgarlas; la Biblioteca es vasto campo en que el espíritu se nutre con preciosas lecturas y bien reproducidos ejemplos; las audiciones musicales elevan la mente á las regiones superiores del ideal; las excursiones proporcionan ocasión de estudiar práctica y agradablemente los variados monumentos de aquella incomparable comarca, generalizando el conocimiento de sus bellezas y poéticas tradiciones; y por último, las conferencias, las cátedras y las publicaciones contribuyen á fomentar el rico tesoro de los conocimientos más simpáticos á los amantes del arte y de las letras.

Anualmente, además, celebra el *Centro* una Exposición extraordinaria de Bellas Artes é Industrias artísticas, con ocasión de las fiestas y ferias de la ciudad, en cuya época es mucho mayor la concurrencia de forasteros; consiguiendo de esta suerte no sólo estimular superiormente á los artistas, sino aumentar el número de ventas de obras, simpre en razón directa de su mayor ó menor publicidad. La Exposición del presente año ha ofrecido la novedad de ser, al par, concurso de bocetos, pensamiento digno de toda alabanza, pues iniciando á los jóvenes artistas en el estudio de la composición gráfica, sin imponerles condiciones que sólo el tiempo y el constante estudio pueden resolver, es ocasión á propósito para que brote la chispa del genio revelando al futuro maestro. Obras muy recomendables han disputado este premio, adjudicado á don Isidoro Marín Gases por su *Pacificación de los Moriscos del Albaicín por el Arzobispo de Granada Fray Hernando de Talavera*, lienzo que á su feliz composición reune la circunstancia de estar fielmente ajustado á las narraciones contemporáneas del suceso.

Esto ha hecho y esto ha conseguido en dos años el *Centro Artístico de Granada*, y en presencia de tan ópimos frutos obtenidos por la iniciativa y desprendimiento de unos cuantos entusiastas del arte, no es lógico que preguntemos: ¿qué hace el Gobierno para fomentar el arte español? ¿qué resultados ha conseguido el ramo oficial con los ilimitados medios que tiene á su alcance, que puedan compararse con los resultados obtenidos por la simple buena voluntad de un *Centro* particular, sin más elementos que los sacrificios de los socios?



UN ARCABUCERO, acuarela de M. Gómez Moreno

Nuestros plácemes, nuestros entusiastas plácemes á los fundadores del *Centro* granadino. La Ilustración Artística se felicita de dar á conocer algo de lo mucho que aquél ha conseguido. ¡Ojalá el éxito sirva de ejemplo y de estímulo á los amantes de las artes españolas!

LA MUERTE DE UN ESTOICO

(ESTUDIO FILOSÓFICO)

Catón personifica las ideas estoicas. Y las ideas estoicas elevan el hombre hasta sobreponerlo al dolor. El republicano había visto la muerte de hito en hito, y jurádole un desposorio inmediato. Con esta resolución soportó la rota de Farsalia, que nada le importaba por él sino por la República. Con esta resolución soportó en el mar tempestades, no tan desordenadas como las interiores é íntimas de su tormentoso espíritu. Con esta resolución recogió los restos de la gente republicana, que consigo conducía en su flota, y la impelió desde la pequeña Sirte hasta la célebre Utica. Aunque se iniciaba el invierno, y por tanto una estación más propicia en aquel abrasado clima del desierto á las peregrinaciones, un martirio sufrió Catón, en aquel prolongado viaje, á cuyo término hallaba como un seguro la muerte. No usando, por costumbre apenas creible, los romanos todavía del camello, cuyo paso tan sólo devora los infinitos arenales, experimentaron angustias terribles y tuvieron que resignarse á tardanzas desesperantes. El cielo como una brasa; la tierra como un horno; el aire como los resuellos del volcán; los torbellinos arremolinados en trombas; las arenas batidas y alzadas cual montañas en alas del viento y quemando como erupciones volcánicas; tales calamidades juntas contribuyeron á poner en trance de muerte mil veces la tropa conducida por Catón, que mostró la superioridad incalculable de su indómito espíritu sobre la naturaleza. En efecto, el ejército romano aquél guiado por Catón, más era un ejército de paciencia que un ejército de combate. Pudiendo impedir que César pasase del territorio griego al territorio egipcio, y del territorio egipcio al territorio itálico, ninguna empresa intentó, como si una fascinación lo paralizase y detuviese. Cierto que toda la marina se portó en aquel conflicto de Farsalia igualmente. Con tanto número de naves cual tenían los republicanos en el mar griego, no supieron ofender ni molestar á los vencedores. Las escuadras de Pompeyo, las escuadras de Casio, las mismas escuadras de Catón sólo sirvieron á la fuga universal. Y sin embargo, con la petulancia propia de los partidos que creen perdida la honra si pierden la esperanza, los republicanos todavía confiaban á una en la fragilidad del imperio cesarista, y creyendo próxima la ruina de César, desde los escombros de su propia ruina irremediable y suprema, todavía se disputaban entre sí el mando y dirección de sus partidarios, como no había sabido ninguno disputar al tirano el mando y dirección de la tierra. Catón creyó siempre que las armas no podían servir ni valer en defensa de la libertad y de la República, pues cuando no acertaban á imponerse por la fuerza de su virtud intrínseca, mal se impondrían por la fuerza del combate y del triunfo. Desde que las guerras civiles comenzaron, el estoico no se vistió una sola vez de lujo; y desde que la batalla de Farsalia se perdió, ni quiso acercarse á mesa ninguna, ni en lecho tenderse para comer, sustentándose con aquellos alimentos indispensables á sostener por algún tiempo la vida.

Un año resistió Catón todavía las tentaciones de suicidio, á ver si el triunfo se tornaba del lado de los suyos en las últimas y supremas porfías. Desesperanzado siempre, no obstó su desesperanza irremisible al cumplimiento de los deberes íntegros. Él mantuvo en Utica un verdadero núcleo de las fuerzas republicanas y un vivo reto á la victoria de César. Pero el dictador, tan rápido en concebir como en ejecutar, tan clarvidente por sus previsiones como seguro por sus acuerdos y certero por sus golpes, plantóse con celeridad en Africa, no fuera que la protesta llegase á victoria. El postrero de los Escipiones, el célebre Labieno, los hijos de Pompeyo, se reunieron allí, bajo las dos alas del alma de Catón, y honorariamente presididos por el rey africano Juba, fidelísimo á las viejas instituciones á pesar de su vanidad bárbara, quien les acorrió con su ligera caballería númida. Pero todo lo superó César. La victoria de Thapso en las costas de Africa vino á completar la victoria de Farsalia en las costas de Grecia. Catón, que había quedado en Utica, recibió con celeridad extraordinaria, por aquello de que las noticias nefastas tienen alas, el anuncio de la desgracia. Una vez conocida, bien que no extrañada, reunió los trescientos ciudadanos de Roma en la ciudad habitantes, y les aconsejó la defensa. Mercaderes más que políticos, resistiéronse á toda resistencia, y declararon como no les molestaba gran cosa la victoria de César, con el cual no querían habérselas, dispuestos á reconocerle por soberano y á obedecer sus mandatos. Catón, al ver todo esto, con lo cual contaba, curóse tan sólo de cumplir los postrimeros deberes, y cerrando todas las puertas de aquella ciudad que daban al desierto y abriendo las que daban al mar, conjuró con verdaderas instancias rayanas en mandatos para que se partiesen y burlaran así las cóleras de César huyendo á sus venganzas. Los rogados y excitados por tan apremiante modo tuvieron que ceder, y dejaron á Catón solo en compañía de sus dos jóvenes hijos y de dos filósofos griegos, con los cuales, mientras el afortunado guerrero se acercaba, púsose á departir sobre temas tan metafísicos, pero tan humanos, como la muerte y la inmortalidad. El pensamiento último correspondiente á la vida y á la tierra, que tuviera el romano, fué la despedida y salvación de Labieno y de Pompeyo, quienes se partieron hacia España con ánimo resuelto á sostener todavía la República y la libertad romanas contra César. Cumplida tal obligación, puestos en cobro cuantos pudieran correr algún peligro, salvados los jefes, ya Catón apenas podía de otro ningún objeto acordarse que de las ideas eternas preparatorias á su muerte. No quería vivir sin la República y sin la libertad. Por lo mismo que no quería vivir sin ellas, y estaba dispuesto á inmolarse por la propia mano sobre su recién abierto sepulcro, maravillan y extrañan más los cuidados bien solícitos y múltiples que supo consagrar á las últimas y más rudimentarias vulgaridades de la vida. Cuarenta y ocho años tenía no más en la hora de su muerte, de una muerte solicitada y requerida como pudiera solicitar y requerir á núbil amante, con pudor y en silencio. Sin embargo, los últimos en-

tre deudos y partidarios y colegas que le acompañaban, llegaron á entrever, en lo reposado y majestuoso de su continente personal, en lo sereno y fijo de sus ojos vueltos casi á lo interior del espíritu, en lo menospreciador de tantas fatalidades como le abrumaban á él y á su patria, en lo elevado y sublime de sus ideas, en la unción casi melodiosa de sus conversaciones, en todo su ser, que aquella personalidad suya iba poco á poco rompiendo las cadenas del organismo y del cuerpo hasta en grandiosas anticipaciones de la inmortalidad transfigurarse, y eterizándose, como la mirra y el incienso quemados en las trípodes sacras de los sacrificios, hasta tocar en lo invisible y en lo eterno, como un puro y sobrenatural espíritu.

Como buen clásico, no creyó Catón despedirse bien del mundo si una cena, cena de aparato con sus hijos y con sus partidarios, dejaba de preceder al premeditado suicidio. El que durante las agonías de la libertad comiera en pie siempre, extendióse con serenidad en amplio lecho á la vieja moda romana, y gustó los manjares á la par que gustaba del diálogo. El ciudadano había peleado con la fatalidad como un héroe, cumplido todas las obligaciones respecto de su patria y de su estirpe y de su clase, puesto el empeño de un perdido náufrago en salvar entre las cóleras de los hombres y bajo los decretos del destino la República romana. Todo se frustró, y ya no le quedaba otro remedio sino abstraerse de la realidad horrible, donde triunfaban el vicio y el mal, para con esfuerzo superior de voluntad y pensamiento abrirse las puertas eternales del sepulcro y entrarse por la región etérea del ideal purísimo, resplandeciente de una eterna claridad. Sus dos amigos pertenecían, el uno á la escuela peripatética, el otro á la escuela estoica. Catón les propuso el tema de la inmortalidad, en la serie dialéctica expuesta por los diálogos platónicos. Parecía que se levantaban los plátanos del Pireo, y que, á manera de las abejas áticas alimentadas en los romeros y tomillos del Hibla, venían las ideas platónicas en sonoros enjambres á encantar el trance último de la vida y traer como una miel dulcísima las esperanzas de nuestra especie frágil y perecedera en la divina inmortalidad. Inmortal es el alma y destinada por el cielo á unirse con la suprema unidad. Por el pensamiento participamos los míseros mortales de la divina inteligencia, y por la virtud participamos de la divina perfección. ¡Ah! No puede morir quien, hallándose á este cuerpo tan frágil esclavizado y sujeto, aun tiene una fuerza interior que le somete la materia y le sojuzga las pasiones. Pensar sin el cuerpo, con la pura virtud íntima del pensamiento, en la supra esencial sustancia de cada cosa, obra divina es tal, que no pueden alcanzarla de ningún modo ni el tiempo ni la muerte, como emanación directa de la eternidad. Las sublimes armonías entre los contrarios enlazan y confunden el amor con la muerte. Antes de aprender ya sabemos algo que por viva reminiscencia guardamos de otro mundo mejor, y antes de morir ya tenemos aspiraciones á lo infinito y á lo eterno que sólo pueden satisfacerse allá en la misteriosa inmortalidad. Esta razón humana que tiende á la unidad, encuentra la unidad en Dios. Como las cuerdas áureas de las armoniosas liras producen, tocadas por los dedos que la inspiración mueve, notas superiores á ella misma, tañidos estos nervios nuestros por Dios, dan de sí las ideas esencialmente divinas por superiores á nuestra humanidad. Y por las ideas enrojecemos las obscuras cosas en el fuego celeste; y por las ideas prestamos á todo lo inerte movimiento; y por las ideas esclarecemos el Universo material; y en alas de las ideas nosotros mismos ascendemos con rápido vuelo á las cimas donde se alzan los eternos é incomunicables arquetipos, de los cuales todo lo existente parece pobre copia. La imitación de Jesucristo, escrita para el consuelo y el aliento de los hombres en la Edad media, no supera en eficacia y virtud á las altas y sublimes palabras con que los platónicos y Platón supieran, allá en el antiguo mundo, confortar á los héroes y á los mártires de Grecia y Roma. Lo cierto es que sin ese apoyo ideal de un pensamiento filosófico tan sublime, acaso Catón careciera de fuerzas para tornarse, rehaciéndose contra los decretos del destino, y penetrar sereno en las sublimes y etéreas anticipaciones de la inmortalidad.

Tras estas reflexiones sublimes, manifestadas en banquete parecido á los banquetes de Platón, apartóse con solemnidad el austerísimo romano de sus comensales, y se recluyó en su cuarto. Ya dentro de aquellas cuatro paredes, miró el abismo de la eternidad con serena mirada, y resolvió arrojarse á su insondable seno en el siguiente amanecer. Leyó el Fedón dos veces, en rollo que llevaba siempre consigo, y las ideas del maestro le fortalecieron en la robustez de sus propósitos, así como le alentaron á ponerlos por obra, seguro de la inmortalidad. Aquella elocuencia melodiosa del gran filósofo de las ideas, poniendo frente al reducido recinto de un sepulcro la inmensidad del espacio, á lo breve y fugaz de nuestra vida el tiempo eterno, al cuerpo que se desprende y cae sobre la tierra el vuelo de nuestro inquieto espíritu hacia lo infinito; aquella melodiosa elocuencia lo transportó al cielo de la justicia después de haberle sugerido un menosprecio y un disgusto acerbísimos por esta tierra de los tiranos y de las tiranías. Concluída la lectura con arrobamiento decidió morir con serenidad. La conciencia en tales términos había dominado á la voluntad, y la voluntad á los nervios, que no tuvo ni una repulsión siquiera en la cual se denotase la resistencia de su instinto al dolor y á la muerte. Como buen romano era Catón buen militar, y como buen militar llevaba consigo siempre su espada. Ninguno de aquellos hombres, ninguno, se acostaba sin colgar este instrumento de su defensa, muy cerca del sitio de su reposo. Catón había colgado su espada en la cabecera de su lecho. Fué á descolgarla para matarse, porque la conversación del banquete con los amigos y la lectura del diálogo espiritualista aceleraron los movimientos de su alma, y encontróse con que había desaparecido de su puesto. Disgustadísimo llamó á voces al siervo encargado de su alcoba. No respondía. Continuó leyendo mientras le aguardaba; pero no venía, retenido por la familia y los amigos que descolgaran el fatal instrumento á fin de impedir la muerte. Viendo, tras un corto rato, que no llegaba el llamado, lanzóse á la puerta de un salto; abrióla de un golpe, y dijo que hallándose muy cerca el vencedor, no quería caer vivo en sus manos. Al oir esto los que vigilaban sus actos desde fuera, pugnando por conservarlo para la patria, para la familia, invadieron el cuarto en tumulto, dirigiéndole ruegos entrecortados por sollozos. Los partidarios últimos, los clientes predilectos, los filósofos compañeros suyos, los hijos del alma componían aquel cortejo que levantaba los brazos y las voces al cielo, entre amargas exclamaciones, con la intensidad de su desesperación, para en la vida retenerlo y salvarlo de sí mismo. Mas el inflexible republicano se mostró tan entero de carácter y tan resuelto por la propia inmolación, que opuso á dolor tan profundo y sincero el silencio y la frialdad de un muerto. Nada respondió á reflexiones de filósofos que le habían en el alma infiltrado una doctrina por la cual podía sobreponerse al destino y á sus fatalidades con acto de suyo tan simple y natural como la muerte. Nada hizo cuando aquellos á quienes diera el ser le instaban para que no llegase á quitárselo con el dolor causado por su muerte. Catón parecía una cifra, no una persona. El alma se había desceñido ya del cuerpo cuando aun departía con los circunstantes. Desde las alturas á donde acababa de llegar ya por un esfuerzo anticipado una visión anticipada también, sólo veía el corto tiempo restante á todos los vivos, aun á los más jóvenes, para entrar como él en la eternidad y acompañarle allá por las sombras eternas. Compasión les tuvo al verlos por su instinto grosero atados á la tierra, pero no quiso escucharlos. Tanta tenacidad venció todas las resistencias. Una estatua de pórfido, requerida por tantos ruegos y regada con tantos lloros, hubiérase conmovido y ablandado. Catón, el estoico, apenas dió señal ninguna de sensibilidad. No parecía él; parecía su propia efigie fúnebre levantada ya sobre su mudo y frío sepulcro. Así los circunstantes se fueron, de grado unos, por fuerza otros, despedidos todos. La tranquilidad inalterable del estoico no se alteró á la despedida. El único acceso que sintiera en todas aquellas incidencias, fué un acceso de rabia contra el esclavo que le había ocultado la espada. Cegóse de tal suerte que le golpeó la cara con ímpetu, quebrantándose con el esfuerzo violentísimo su puño. Este movimiento último de vida le amargó más y más la muerte. Como se había dislocado la mano derecha, faltáronle fuerzas para hundirse la espada en el vientre. Y le salieron las tripas, mas le quedó todavía la vida. Entonces, al resuello de su agonía terrible y al estrépito de su cuerpo derribado, volvieron los suyos; y como le quisiesen someter á que le curaran, cogió con las dos manos los dos extremos de la herida que se había con la espada en el vientre abierto, y rasgándose las entrañas murió, sin haber lanzado una queja, quedando estático en beatitud íntima é interior de quien ha cumplido un deber sacratísimo, por cuyo cumplimiento pugnara mucho tiempo.



UN REY MORO, cuadro de Francisco Muro

La muerte de Catón quedó como un ejemplo vivo para la escuela republicana y la escuela estoica. El viejo espíritu de Roma hizo á este hombre completamente suyo. El austero espíritu estoico lo convirtió en ideal de su doctrina revestido por un humano cuerpo. En su energía, se mostró que no acababa él en resignación y conformidad con los decretos del hado; acababa en protesta y protesta sublime. Por eso lo puso la humanidad entre los héroes y los mártires á un mismo tiempo. Murió, sí, pero murió después de haber combatido y protestado, cuando los mares, los cielos, el desierto, la ciudad entera de su refugio le faltaron, dominados bajo la terrible irrupción de los afortunados cesaristas. Su muerte le trocó en verdadero numen de un partido romano, que sobrevivió largo tiempo á las victorias del cesarismo, y en verdadero numen de una escuela filosófica que inspiró mucho las dos obras posteriores de la civilización, el cristianismo y el derecho. Por la filosofía, por la política, por la moral, por el sitio á donde lo alzaba ya la historia contemporanea, Catón quedó como un héroe de la libertad y de la República en el humano pensamiento. Si quedó así en el corazón de las gentes, imaginaos cómo quedaría en el corazón de su hija. Porcia profesaba el estoicismo con la exaltación que dan todas las mujeres á sus profesiones de fe. Lo que había sido en Catón una creencia pasó en ella por ley natural á una pasión. Amante de su padre y de la doctrina de su padre, juró no solamente seguirlo en sus ideas, obedecerlo en su memoria, como si estuviera vivo é imperara todavía en el hogar y en la familia, sino vengarlo de la horrible muerte á que le moviera el crimen y el triunfo de César. Una situación personal análoga de suyo á la situación reconocida en Cayo Graco tras la muerte de su hermano, renace ahora en Porcia tras la muerte de su padre. Muy silenciosa, muy sufrida, muy recatada,



RECOGIENDO LAS REDES, cuadro de G. Haquette

muy puesta en lo que á su sexo y á su condición cumple, la hija del mártir no alardea de sus propósitos; callaba en mudez semejante á la del primer Bruto, mudez pitagórica ó estoica, como queráis llamarla, conducente á reconcentrar más y más la fuerte pasión suya dándole muy alta y continua intensidad. Un enemigo interno y otro externo tenía Porcia en tal empresa. Era el interno la complexión de Bruto; era el externo la madre de Bruto. En la cabeza puntiaguda del republicano penetraban y permanecían muy pocas ideas. La indiferencia filosófica propia del sentido predominante por la sazón aquella en los filósofos romanos, le habían hecho desasirse de las pasiones y elevarse á una región de suya tan etérea y abstracta como la que ocupaba Catón. Sólo que, mientras este último en sus postrimerías oponía indiferencia glacial á los dolores todos y á la eterna muerte, oponía Bruto glacial indiferencia por su parte á la libertad y á la República. Partidario de Pompeyo, no obstante de haber matado á su padre, creíase con su partido en pago completo después de su proceder en Farsalia, donde peleó hasta el instante último en defensa de sus instituciones predilectas. Pero cumplido esto, aceptó de un vencedor tan generoso como César gobiernos y cargos, por indiferencia, por mera indiferencia. ¡Qué temeroso enemigo tenía el pensamiento de Porcia en la complexión de Bruto! Pues aun tenía mayor enemigo externo en la persona de Servilia. No parecía hermana de Catón ésta. Al irse de su hogar se había ido de sus ideas y de sus ejemplos. La preferencia que le mostró César en toda su vida, sacábala de tino. Así, la muerte de su hermano le parecía un acto de locura, y como acto de locura lo presentaba siempre á su hijo Bruto en ausencia de su nuera Porcia. Lo conveniente para su patria, según su sentir, era sacar las mayores ventajas del cariñoso afecto con que distinguía el vencedor á toda la familia. Mientras en Porcia vemos un estoicismo profundo, en Servilia un epicureísmo instintivo. El vivir bien, el vivir gozando los favores de César, el vivir al frente de un gobierno en provincias ó de un tribunal en Roma era todo el horizonte por la fácil Servilia puesto ante los ojos de su hijo, como congruente con toda su historia y digno de la debilidad á que llegara por culpa de todos el antiguo derecho en la nueva Roma. Como había perdido su esposo inmolado por las victorias de Pompeyo y había perdido también su hermano por las victorias de César muerto suicida, no sentía ganas de indisponerse con vencedor alguno, y aconsejaba un buen componer y un buen vivir con todos y para todos. Colocado Bruto entre la idea estoica de su mujer y la idea epicúrea de su madre, no se decidía ni por una ni por otra, gracias al estado de indiferencia en que yacía su alma. Allá en las abstracciones luminosas de su mente, acaso estaba con Porcia; pero aquí, en las realidades obscuras de su vida, estaba con Servilia. Su mujer lo conocía; pero se reservaba una predicación en el hogar, continua para formarle un alma nueva, y formada con empeño, una ocasión suprema que determinase su estallido y erupción. Por fin, procedió de tal suerte, que puso un puñal en la diestra de su esposo Bruto para que matase á César. ¡Quién le hubiera dicho á éste que debía matarle ¡ah! la muerte de Catón.

EMILIO CASTELAR

NOTICIAS VARIAS

VIAJE VERTIGINOSO. – Los periódicos ingleses refieren el hecho siguiente que muestra la rapidez á que es posible llegar por vía férrea, en caso de necesidad. Volviendo á la América un viajero y debiendo embarcarse en Liverpool, hubo de llegar tarde para aprovechar el tren de Londres, lo que lo ponía en la imposibilidad de llegar á tiempo para tomar el paquebot. Hízose conducir á Crewe por un tren ordinario y allí se puso una locomotora á su disposición para hacer el trayecto de Crewe á Liverpool, que dista 36 millas ó sean 58 kilómetros. El viajero salvó esta distancia en 33 minutos, lo que corresponde á una velocidad de más de 105 kilómetros por hora, habiendo llegado á Liverpool diez minutos antes de la salida del paquebot. Este viaje le costó 275 pesetas.

***

FALSIFICACIÓN SINGULAR. – Los inventores del nuevo mundo, tan ingeniosos de suyo, han encontrado el medio de transformar el papel viejo en excelente tabaco. He aquí el procedimiento: empapan y maceran el papel inútil en jugo de tabaco abundante en nicotina, que se obtiene hirviendo el tabaco de calidad inferior en cierta cantidad de agua. Cuando el papel está bien impregnado, se pone á orear, y tierno aun, se prensa á manojos con hilos intermedios que figuren las nervaduras y rayas de la hoja del tabaco, si se ha de emplear en puros, y sin tantos primores para picadillo. Hay fumadores que no saben distinguir el producto de esta falsificación, del tabaco auténtico ó legítimo.

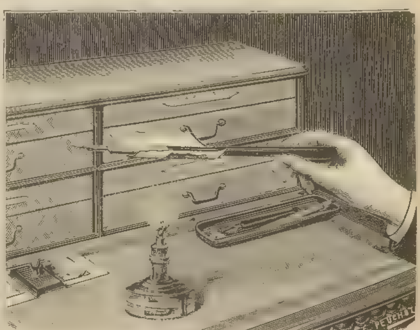
***

LOS MANZANARES EN EL CABO DE BUENA-ESPERANZA. – Un diario de Cape-Town dice que ha salido de aquella ciudad para Inglaterra una remesa de cerca de 10,000 manzanas, las que serán puestas á la venta pública. Esto es un ensayo que hacen algunos propietarios que han introducido en aquellas regiones el cultivo del manzano, hoy bastante importante ya, según se vé. El clima templado del África meridional permite que prospere este cultivo; y nos parece ya estar viendo á los bosquimanos ó á los zulús cultivando sus manzanares como nuestros agricultores normandos. Los frutos expedidos proceden de los distritos de Stellenbosch, Tulbagh y Queens-Town, que se encuentran junto al litoral.

(De *La Nature*)

FISICA SIN APARATOS

CONDUCTIBILIDAD DE LOS METALES PARA EL CALOR. – Tómese un portaplumas provisto de su guarnición metálica, péguese un trozo de papel á la superficie de este mango, de manera que el papel quede adherido por mitad al palo y al metal del instrumento; caliéntese luego con precaución la superficie del papel adherido al mango á la llama de una lámpara alimentada con espíritu de vino, y muy luego se verá como se carboniza y ennegrece la parte del papel pegado al palo, mientras permanece blanca la parte adherida al metal. La madera es mal conductor del calor, y en ella se carboniza el papel; el metal, al contrario, es buen conductor y el papel apenas se calienta.



Conductibilidad de los metales por el calor

(De *La Nature*)

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VII —BARCELONA 24 DE SETIEMBRE DE 1888— NÚM. 352

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

FAMILIA MENUDA, cuadro de Federico Mazotta

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

FAMILIA MENUDA, cuadro de Federico Mazotta

Dice un refrán que á quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos. Y á la vista de este bonito cuadro podemos decir nosotros que á quien Dios no le da pan el capricho le da quien se lo coma. Esa pobre muchacha cuyo menaje y provisiones no revelan gran abundancia de recursos y cuya soledad parece indicar absoluta carencia de familia, ha encontrado el modo de proporcionarse tres compañeros que se la comen viva, como suele decirse. Ella, sin embargo, además de darles su pan, les prodiga toda suerte de caricias, y los pequeños felinos se dejan querer por la cuenta que les trae; hasta aquel día en que, usando de su libertad gatuna, emigrarán del tranquilo hogar y correrán toda suerte de aventuras de tejas arriba. Mal emplea sus cariños la joven del cuadro; la ingratitud más completa será su pago. Sin embargo, por su semblante y por la pandereta que pende de la pared, bien pudiéramos suponer que sea una de tantas gitanas, zíngaras ó bohemias que viven al día corriendo calles varias y aun más peligros que calles. En tal caso ¿quién pudiera reprender la porque mima á unos gatos, ella á quien nadie ha enseñado á amar, ella á quien nunca ha besado su madre, ella á quien nunca su padre ha bendecido!...

LOS HUÉSPEDES DE LA MENAJERÍA apuntes del natural por Luis Torras Farell

Creemos que nuestros favorecedores estimarán debidamente estos estudios, ejecutados con buena observación y fácil lápiz. En la copia del natural es donde el artista demuestra sino las condiciones del genio al menos los títulos del profesor. La ausencia del convencionalismo crea dificultades que sólo se vencen por medio del verdadero dominio del arte, y estas dificultades suben de punto cuando se trata de irracionales, fieros por añadidura, á los cuales hay que sorprender propiamente en postura *académica*, puesto que no hay medio de darles á entender ni la más mínima noción de estética. Un trabajo de esta naturaleza representa una dosis de paciencia superior al vulgo de los artistas. Luis Torras no se ha arredrado ante él y, por aquello de *qui dura vince*, ha logrado coleccionar numerosos dibujos de varios animales en distintas y siempre naturales posturas. La página cuarta del presente número es un bello recuerdo de la zoología africana enjaulada para recreo de papamoscas y estudio de dibujantes especialistas.

UN CARMEN DEL DARRO, cuadro de J. Marín

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Llámanse cármenes en Andalucía, y particularmente en Granada, á las quintas ó torres de recreo. Los hay bellísimos, y entre ellos sobresale el famoso Generalife, que no es otra cosa que un carmen árabe.

Quien no conoce la vega de Granada no puede formarse idea de esos sitios en que la mano del hombre ha puesto simplemente de relieve los efectos poéticos de una naturaleza oriental. Morín, que tiene la dicha de vivir bajo el cielo granadino, y á cuyos oídos las aguas del Darro murmuran églogas virgilianas, ha pintado uno de esos sitios deliciosos, hermoseando ó quizás reproduciendo simplemente ese color incomparable cuyo secreto reveló el pincel del inolvidable Fortuny.

PACIFICACIÓN DE LOS MORISCOS DEL ALBAICÍN POR EL ARZOBISPO DE GRANADA.—AÑO 1520 cuadro de Isidoro Marín Garcés

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Los árabes que durante siete siglos habían sido señores de la sin par Granada, se resignaban difícilmente al papel de vencidos. Y como no todos pudieron trasponer, á título de emigrantes, el monte que aun hoy conserva el nombre del *suspiro del moro*, y desde cuya mayor altura se despidió el Rey Chico de su perdida corte, de aquí que frecuentemente surgieran conflagraciones que el vencedor terminaba sangrientamente. Una de estas asonadas estalló en 1520 en el barrio completamente árabe del Albaicín, y tan cansados debían estar los moros de los cristianos, ó tan mal comprendían los cristianos la manera de apaciguar á los moros, que el conde de Tendilla, encargado de reprimir la insurrección, iba á cortar por lo sano, cuando felizmente intervino en el conflicto el arzobispo de la ciudad, Fray Hernando de Talavera, cuya simple presencia y dulces reflexiones hicieron que los insurrectos volviesen á la obediencia debida. ¡Tan grande era la influencia que sus virtudes cristianas ejercían sobre los hijos del Islam, quienes conocían al prelado con el sobrenombre de *el alfaquí santo!*

Esta escena histórica, cuyo desarrollo necesitaba singular aliento, escogió para asunto de un cuadro el distinguido profesor don Isidoro Marín Garcés, ejecutándolo con tan singular acierto que, como dijimos en nuestro anterior número, obtuvo el primer premio en el certamen donde fué expuesto.

ENTRE COPA Y COPA, cuadro de José Larrocha

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Es uno de los lienzos que más han llamado la atención en el certamen del Centro granadino. Como reproducción de una escena de costumbres andaluzas está perfectamente ajustado á verdad: los tipos son de pura raza, y en los detalles ha demostrado su autor que conocía perfectamente el asunto que *llevaba entre manos*.

LA LECCIÓN DE VIOLÍN, cuadro de Camberoni

No siempre el talento y la fortuna andan del brazo en este valle de lágrimas, antes bien consta de manera positiva que en las buhardillas se han albergado más genios que en los palacios y aun que en los simples cuartos principales. Bien pudiera ser, por lo tanto, que el profesor de violín del cuadro de Camberoni fuese un portento en el arte de Paganini. Ello, empero, se nos figura que el autor ha querido representar á un pobre diablo de artista que, á falta de más lucida carrera, se propone dar á su hijo unas cuantas lecciones que le habiliten para ingresar en alguna orquesta trashumante.

Este sencillo asunto no ha impedido que Camberoni pintara dos figuras, una de las cuales principalmente demuestra el cariño y minuciosidad con que ha sido estudiada.

LAS HORMIGUITAS, cuadro de W. Zehme

Asunto muchas veces reproducido y simpático siempre. La pobreza no ha abatido aún ni el cuerpo ni el buen humor de esas tiernas criaturas. El aspecto del paisaje demuestra que se inicia ya la estación de las grandes privaciones; pero los pocos años resisten el frío y el calor indistintamente, y la llama que producirán los combustibles almacenados en el más que modesto hogar iluminará unos semblantes frescos, vivarachos, llenos de salud y de vida. El buen Dios no olvida á las hormiguitas; solamente el hombre es bastante cruel para aplastarlas si las encuentra en su camino.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

VII

Seguiremos hoy nuestra interrumpida excursión por las salas de la sección arqueológica cuyas ricas y brillantes colecciones, cada vez más admiradas, se han aumentado, completado y distribuído con mayor orden, de algún tiempo acá. Es digno de notarse – y no hemos de omitirlo, aunque sea como una apuntación suelta y de paso – el creciente interés que despierta esta sección en el público, y la atención, cuando no inteligente por lo menos prudente, con que observa algunos objetos, que tal vez en otra época hubiera calificado de mugrientas antiguallas.

Entre éstas, las más pobres, las más roídas, las más extravagantes, aquellas que requieren la fe candorosa del iniciado para que las miremos con honda veneración, son sin duda las vetustas tablas románicas. Su estado, el carácter verdaderamente infantil de sus figuras, que raya en caricaturesco para el no inteligente, poco respeto pueden inspirarle. Sin embargo, al que lo es, le parece inapreciable aquella colección, venerada por su antigüedad y por los fieles é interesantes datos que aporta á la historia del arte. La serie del obispado de Vich, principalmente, y el ejemplar de San Fausto de Capcentellas son de mucho interés por su carácter propiamente bizantino, por su indumentaria, y como documentos iconográficos. Se atribuyen aquellas tablas á los siglos x, xi y xii, y sus asuntos y personajes son religiosos. En una de ellas figura la vida de San Martín de Tours, con Jesús en el centro; en otra la de Santa Margarita y en el centro también la Virgen con el Niño. La Coronación de la Virgen por su propio Hijo, y la misma rodeada de los dones del Espíritu Santo, teniendo á San Juan á su lado, forman el asunto de otras dos quizás más notables que las anteriores. El color y el dibujo recuerdan las figuras de los mosaicos y códices: es el mismo estilo: trazos rudos y rectilíneos, actitudes rígidas, facciones marcadas cuidadosamente; párpados, narices y bocas de gruesas líneas; el plegado de los paños, de un paralelismo grosero, ya recto, ya acusando la curvatura de piernas y brazos en forma igual á la de la corriente de un río sobre el mapa. Con esto, un sentimiento en las actitudes y en los rostros más fácil de sentirse que de explicarse. Contrasta aquella rudeza de conjunto con la intensidad de expresión de algunas cabezas aisladas.

Me es imposible citar ni aun las más principales entre las numerosas tablas góticas (trípticos y polípticos) de los siglos posteriores. (Algunas de ellas, por cierto, están pésimamente restauradas.) Sobre fondo de oro muchas (este oro es el que más se lastima y altera á veces), con vivos colores, mucha expresión en los rostros y actitudes, y en algunas notable arte en la composición, llaman ya con más fundamento la curiosidad del profano, y con independencia de su valor histórico, la atractiva belleza de su exquisito sentimiento místico se impone á todos. En este último concepto es en alto grado recomendable un políptico del siglo xv, por desgracia muy deteriorado y carcomido. Multitud de figuras, apenas visibles, pululan en sus compartimientos, representando la vida de la Virgen, si no recuerdo mal. Sus rostros son de muy exiguo tamaño, pero tan vivaces y expresivos, de tal ternura y delicadeza, que encantan y sorprenden como una visión en miniatura á través de los fragmentos desconchados y la venerada mugre. A esta tabla siguen, á mi juicio, otra del mismo siglo xv, díptico en que figuran algunos personajes, retratos probablemente, en actitud de orar, de exquisita naturalidad y con trajes notables para el estudio de algunos pormenores; otro tríptico de la Anunciación, otro del descendimiento de la Cruz, y los cuatro retablos del siglo xiii, con representaciones del Apocalipsis, el martirio de San Juan, San Miguel, y la institución de la misa. Entre los que se distinguen por su composición, recuerdo el en que figura una dama ó reina repartiendo limosnas, de mucho carácter, y una escena de envenenamiento, pintada con una fuerza realista de primer orden: ante un prelado y su corte se halla una mujer bebiendo en una copa, y á sus pies se retuercen en las ansias de la muerte dos hombres con el rostro desencajado y verdoso. En otra tabla del siglo xv, se representa la degollación de un santo con la misma verdad y complacencia en la expresión terrorífica del dolor físico. Otra hay también, donde el acto de prender á Jesús en el huerto de los Olivos aparece con todos los pormenores de una vulgaridad candorosa, y un movimiento y vida extraordinarios. Estos episodios del Antiguo y Nuevo Testamento son los más comunes, sin embargo, en tan numerosa colección, y la identidad de los personajes y la semejanza de su vestimenta, casi todos de una misma época, les da un parecido de familia que debe abreviar forzosamente nuestra enumeración. Dos grandes obras nos es forzoso añadir todavía á ella: la serie de admirables cuadros de la vida de San Agustín, perteneciente el gremio de curtidores, y la tabla de San Antonio Abad. De la primera, que por su tamaño y por su privilegiada colocación no puede pasar inadvertida á nadie, nada puede decirse que exceda á su extraordinaria grandiosidad de composición, á la sublimidad decorativa de su conjunto, si cabe hablar así. Sus grandes y poderosas figuras, la perfección y carácter de sus cabezas, los paños y ornamentos ricos y suntuosos en que se envuelven, impresionan y admiran. Parece que tenemos delante, con toda su expresión y su vida vigorosa y severa, los retratos de los privilegiados de una raza superior, cuyo misticismo, ni lánguido ni anémico, se auna á la inteligencia varonil y á la espléndida belleza que la acompaña á veces. No son aquéllos los demacrados ascetas alejados del mundo; son los dominadores de una época de la civilización por su ardiente fé, su sabiduría y su viril severidad. El artista, austero, creyente y en su concepción grandioso como ellos, comunica á su obra la robustez, la intensidad de vida de que los siente poseídos, con una amplitud en las formas y una riqueza en los pormenores verdaderamente oriental. La figura de San Antonio Abad participa de este majestuoso é imponente estilo, por más que ya se notan en ella influencias de una época posterior aunque inmediata.

Viniendo á los muebles, arcas, arquimesas, arquillas, sillas, sillones, etc., es imposible enumerar uno por uno los varios ejemplares que en número muy respetable figuran en esta Exposición y particularmente en la primera sala. Colocados á lo largo de sus muros, le dan peculiarísimo carácter, y su revisión minuciosa puede ocupar al visitante durante horas enteras. Hay entre ellas de todo; todos los estilos, todas las formas, todas las épocas: bargueños con hierros sin pulimentar, oxidados, dorados sobre paños rojos; arquillas con taracea de marfil, ó maderas de colores; otras góticas, con labores finísimas y elegantes ó del Renacimiento, con pomposas molduras doradas, columnas y pinturas sobre vidrio ó esmaltes; otras con incrustaciones de plata ó bronce; otras con ricos terciopelos en las tapas. Las labores de talla son, por lo común, primorosas; la ornamentación, en algunos casos, sumamente singular y rara; la distribución de estantes y cajones, ingeniosa y cómoda. Desde cualquiera de estos puntos de vista, el estudio de tales muebles resulta interesantísimo. Algunos de ellos pertenecen á los siglos xiv y xv, como el cofre de Benito XIII; otros á los siguientes; entre ellos citaremos una arquilla de cuero carmesí con relieves, oro, y figuras; otra de ébano, con incrustaciones de marfil, con un mapa de la tierra, y figuras mitológicas; otro de talla, con calados y figuras y lindísima decoración. Entre las arquillas de taracea no son las menos numerosas ni las menos notables las de diminutas piezas de marfil, formando figuras geométricas sumamente exquisitas y agradables á la vista, de una finura nimia como la de un bordado resaltando sobre el fondo de la madera. Del Renacimiento, algunas por su ornamentación sobrecargada pero rica recuerdan en su distribución los monumentos arquitectónicos de la época, con arcos, frontones, columnas, pilastras, estatuas en sus pedestales, escudos, cartelas, frisos y balaustres. En otras, la ornamentación interior de colores combinados produce magnífico efecto.

Figuran también en la colección, además de algunos sillones de cuero, guadalmaciles y un biombo de lo mismo, pintado y dorado, una preciosa silla de mano, y dos carrozas del siglo pasado, tan pomposas y completas en todos sus pormenores, que merecerían por sí solas una descripción detallada y viva, cifra y compendio del arte decorativo de la época.

Seguiremos en otro número con las restantes colecciones.

J. YXART.

11 Setiembre.

LA MADRE Y LA HIJA

Había caído una helada muy grande, como las que suelen caer en aquella tierra.

Aquella tierra es la Sobarriba, comarca estéril y miserable, próxima á León, hacia el Nordeste.

Saliendo de la antigua ciudad por Puerta-Obispo y por el barrio de la Serna, en pasando el Torío y subiendo al alto del Portillo está uno ya en la Sobarriba, y alcanza á ver una docena de lugares de poco pelo, entre montecillos de roble carbajizo y tierras labrantinas que dan centeno á duras penas.

A uno de aquellos lugarejos le llaman Villafeliz, presumo yo que por ironía, pues de otro modo no se comprende que lleve tal nombre uno de los pueblos menos felices

de la tierra. Y aun podría citar, en confirmación de mi sospecha, de que haya presidido la ironía en el bautizo de aquel pueblo, el hecho de que hay otro muy cerca que se llama Villamayor, siendo un pueblecín de veinte casas.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que había helado mucho la noche anterior; tanto, que á pesar de ser ya las nueve de la mañana, blanqueaban todavía los tejados y las eras de Villafeliz lo mismo que si hubiera nevado.

Y eso que era el día de San Blas, es decir, que había empezado ya dos días antes el último mes de la invernía, como conocerá quien recuerde aquello de

San Blas Caballero,
á tres de Febrero,

y hasta debía de andar ya la cigüeña por los alrededores, según aquello otro de

Por San Blas
la cigüeña verás.

Verdad es que el refrán añade también por si acaso:

Y si no la vieres
año de nieves;

y de esto precisamente se temía el tío Manuel, el tabernero, que, asomándose á la ventana de la cocina, decía con tristeza á su mujer, que en aquel momento soplaba para que ardieran unas ramascas que acababa de echar en la lumbre:

– Yo no sé lo que va á durar el invierno, ni cuándo



va á dejar de nevar este año: milagro será que el día menos pensado no nos vuelva á caer otra nevada; porque el refrán lo dice:

Si la Candelaria llora
cátate el invierno fora;
pero si no llora
ni quiere llorar
cátate el invierno por pasar.

Y ya ves, ayer fueron las Candelas, y de todo hay traza menos de que llueva en dos meses.

– Pues ¡qué le haremos, hombre! – le dijo ella con resignación. – ¡Sea lo que Dios quiera! Pero mira, quítate de la ventana y vuelve á poner el encerado, que entra mucho frío.

– Voy, voy ahora, y no te quejes de frío tú aquí en el hogar, que más frío tendrán aquellos que van por las eras arriba dejando unos rastros en la escarcha... ¡Calla! ¿y quieres apostar á que son Benito y Manuela, nuestros dos criados?... Sí, sí, ellos son: irán á leña, bien seguro... No tendrán qué comer los pobres... y esta noche vendrán á pedirnos el carro para llevar mañana la leña á León, á ver si con lo que les valga pueden traer una hemina de pan y un celemín de habas para la semana que viene...

– Y tienes que dársele... ¿Qué has de hacer?

– Ya lo veo... Y eso que no están los bueyes para muchas valentías; pero ya que no podamos hacer otras limosnas...

– Así es: limosna por limosna, buena es esa, y la necesidad tampoco puede ser mayor ni más patente.

– Tienes razón... Pero, ¿para qué se habrán casado esos infelices?...

– Mira, Manuel, como sirvan á Dios, no habrán hecho mal en casarse.

– ¡Toma! Pues ahí está el *quid*. ¿Crees tú que será tan fácil servir á Dios cuando no hay qué comer? ¿No ves que, como dijo el otro, donde no hay harina todo es mohina?...

Y con esto se quitó el tabernero de la ventana y volvió á colocar en ella el encerado, que era un marco de chopo, al cual estaba pegado con hurmiento y cubriendo el vano, á modo de cristal, un número del boletín de la provincia untado con aceite, procedimiento por el cual adquiere el papel ordinario mayor transparencia.

En tanto Manuela y Benito, pues no eran otros los que había visto el tabernero subir por las eras en dirección al monte, habían llegado al primer matorral y comenzaban á atropar leña con poca codicia y mal árgado, porque, como había helado tanto, no podían echar la mano á una rama sin tener en seguida que soplarse las uñas.

Benito y Manuela se habían casado hacía año y medio, sin tener más que el día y la noche.

Manuela era de Isoba, allá junto á la raya de Asturias, y como no se la perdía nada en su pueblo, determinó bajar á servir á León. Pero dió la casualidad de que al pasar por Villafeliz donde la cogió la noche, pidió posada en la taberna, y la tabernera, que á la sazón estaba sin criada, en cuanto se enteró del objeto con que iba la muchacha para la ciudad, la propuso que no fuera más adelante. Aceptó la chica, se ajustó aquella misma noche, y allí sirvió cuatro años muy á gusto y con no poca satisfacción de los amos.

Pero de los cuatro años para los cinco entró de veranero en la misma casa un mozo del lugar, por hallarse el tío Manuel algo achacoso, y es claro, los dos muchachos, todo el verano segando juntos, y acarreando, y trillando, y limpiando, y midiendo el pan, y debagando el lino, broma va y broma viene, se enamoriscaron poco á poco y concluyeron por casarse como Dios manda. Y por aquello de que el casado casa quiere, dejaron de servir y se pusieron á vivir solos en una casucha que Benito, que tal era el nombre del mozo, había heredado de sus padres.

Mas como Manuela no llevó al matrimonio sino muy cortos ahorros de sus soldadas, y toda la hacienda de Benito, fuera de la casucha, era un huerto no muy grande, tenían los pobres que trabajar mucho para mantenerse, y aun siendo, como los dos eran, dispuestos y trabajadores, siempre andaban á la cuarta pregunta.

El año de 1830, que es el de esta historia, cuentan que hubo un invierno sumamente riguroso y largo: los nacidos no habían conocido otro; como decíamos después el año 57, los que no habíamos conocido el 30, y como han dicho también este año los que no conocieron ninguno de los dos anteriores. Y como quiera que en un invierno largo y crudo las provisiones se acaban y no hay jornales, porque nadie quiere pagarlos cuando no está el tiempo para trabajar, Benito y Manuela no sabían ya por donde buscarse el condumio, y habían discurrido ir á la leña, con todo lo demás que se había figurado su antiguo amo, sin que se lo contara nadie.

– La verdad es, – decía Benito á su consorte, sacudiendo con enojo las manos mojadas por la escarcha, – la verdad es que nos han enseñado á creer que Dios es un Señor infinitamente bueno y justo, y yo así lo creo; pero no comprendo cómo puede ser justicia el que, siendo todos hijos de un mismo padre, unos tengamos que trabajar tanto para mal comer, y otros pasen la vida mano sobre mano y estén cebados á qué quieres pico.

– ¡Jesús! Hombre, por Dios, no digas blasfemias, – le contestaba su mujer asustada. – En Dios no puede haber injusticia, porque es infinitamente perfecto: bien claro nos lo explicaba allá en Isoba el señor cura. Y eso de que los señores se lleven tan buena vida como á tí se te figura, no sé yo que sea verdad, porque siempre he oído decir que á nadie le falta un rato de mal camino...

– Sí, pero una cosa es pasar un rato malo y otra cosa es pasarlo mal siempre. Además que, lo que es algunos, bien pocos malos ratos me parece á mí que se llevarán: empiezan robando de gordo, si es que otros no robaron ya para ellos, y con eso... á vivir.

– Pues mira, de todas maneras, yo no quiero semejante felicidad; porque no es Dios viejo para no poder cobrárselo en el otro mundo... Y en este y todo, que muchos de esos acaban mal... Y has de saber que de tal trabajo nadie está libre, porque es un castigo que nos impuso Dios á todos por la culpa de nuestros primeros padres...

– Por cierto que fué un castigo bien grande para una culpa tan pequeña. Por sólo morder una manzana, como decía aquel pellejero en la taberna el verano antepasado...

– ¡Esos textos sacarás tú! Las picardías de los pellejeros y de otros vagabundos, que no piensan en cosa buena. No te acordarás tanto de lo que te enseñaba tu madre cuando eras chico.

– También me acuerdo, pero todo lo oye uno, y...

– Pues de lo malo que se oye no se hace caso. Y para tu inteligencia, la culpa de nuestros primeros padres no fué pequeña, que fué muy grande, porque fué contra la infinita bondad de Dios, y por eso fué en cierto modo infinita.

– Bien; pero, por grande que fuera, lo justo sería que el castigo le hubieran sufrido nuestros primeros padres que la cometieron y no nosotros que no tuvimos en ella arte ni parte; que es lo que decía también aquel villalón en aquel cantar que empezaba:

Mi abuela comió la fruta,
y yo tengo la dentera...

¿te acuerdas cómo decía aquel cantar?...

– No me acuerdo, ni falta que me hace, porque todas esas son *licantinas* que saben los malos; y para que comprendas que no es injusto el castigo que sufrimos por el pecado de nuestros primeros padres, has de saber que á nosotros, por nuestra naturaleza, no nos debe Dios



más que lo que ahora tenemos: la gracia y los dones sobrenaturales, ello mismo lo está diciendo, eran de gracia, y de pura gracia se los había dado Dios á nuestros primeros padres, para ellos y para sus descendientes, á condición de que le obedecieran; pero como le desobedecieron, lo perdieron todo, y no teniéndolo ya ellos, tampoco lo podíamos heredar los hijos. Es lo mismo que si á nosotros, es un suponer, nos diera un señor este monte ú otro mejor para siempre y para dejárselo á nuestros hijos, si los llegamos á tener, con la condición de que fuéramos á misa todos los días: si cumplíamos la condición, nuestros hijos heredarían el monte, pero si no la cumplíamos y le perdíamos, no heredarían nada más que la pobreza que tenemos ahora.

– ¿Sabes que ya casi puedes *pedricar* en la iglesia?

– En la iglesia no, pero te predico á tí, porque tengo obligación de hacerlo, para que no te dejes *embabucar* por cualquier pelagatos de esos ambulantes.

– Bueno; y ¿por qué lo has de saber tú mejor, ya que te pones, por qué lo has de saber tú mejor que aquel pellejero?... ¡Pues al cabo qué era tonto el hombre!... ¡sentía crecer la hierba!

– Sería todo lo listo que tú quieras, pero allí no dijo otra cosa más que mentiras y maldades; y en cambio lo que yo te digo es la verdad pura.

– ¡Porque tú lo digas!

– Porque yo lo diga, no; pero porque lo es... Y si no, mira, allí por el camino viene un fraile; vamos á llamarle; verás cómo dice que tengo razón...

– ¿No tendrá más á qué atender que á lo que tú le mandes? Déjale que siga su camino, mientras nosotros seguimos atropando leña.

– En eso poco se tarda... ¡Padre nuestro! – continuó Manuela, levantando la voz y dirigiéndose al que ella llamaba fraile; – tenemos aquí una disputa mi marido y yo, y quisiéramos que vuestra paternidad nos dijera quién de los dos está en lo cierto, para ver si éste se convence.

– ¿Sobre qué es la disputa? – preguntó el monje, pues era un monje bernardo que venía de León, donde había ido á predicar el día de las Candelas, y se tornaba á la casería de Valsemana, hijuela del monasterio de Sandoval, situada en un valle cerca de Fresnedo. – ¿Sobre qué es la disputa?

– Sobre el pecado de nuestros primeros padres...

El monje hizo salir á su mula del camino, y se dirigió sobre ella hacia donde los leñadores estaban, los cuales le dieron los buenos días y le besaron humildemente la mano y el hábito.

Manuela comenzó en seguida á repetirle todo lo que su marido había dicho y lo que en contra decía ella, formulando á menudo esta interrogación:



– ¿Verdad, padre, que es como yo digo?

– Sí, hija, sí, – contestaba el monje, admirado de la instrucción y del buen sentido de Manuela.

Y decía el pobre Benito muy satisfecho de su derrota:

– No crea V., que lo que es ésta sabe mucha *dotrina*.



LOS HUÉSPEDES DE LA MENAJERÍA, apuntes del natural de Luis Torras Farell



PACIFICACION DE LOS MORISCOS DEL ALBAICIN POR EL ARZOBISPO DE GRANADA, cuadro de Isidoro Marín Garcés

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Es montañesa, y en la montaña es la gente mucho más lista que por acá abajo. Yo soy de aquí, pero, ¿por qué lo ha de negar uno?

Después Manuela enteró al monje de la triste situación en que ella y su marido se hallaban y de lo mucho que tenían que trabajar para ganarse el preciso sustento, y como habían estado hablando del pecado original, se lamentó de la ligereza y facilidad con que la primera mujer había quebrantado el precepto divino.

– Eva, Eva, – decía, – es la que nos tiene la culpa de todo esto. Eva fué la que nos perdió. ¡Qué mujer aquella tan tonta, Dios mío! Teniendo á su disposición toda la fruta del paraíso menos un árbol... ¡Mire V. si podía haber pasado sin él!... ¡A mí me habían de haber puesto allí, que bien libre estaba de haber perdido bienes tan grandes por un gusto tan sin sustancia!...

– ¿Estás segura de que tú no hubieras desobedecido? – le dijo el reverendo.

– ¿Segura? Sí, padre, sí. ¡Vaya si lo estoy! ¿Qué trabajo cuesta obedecer en cosas tan fáciles?

El monje, que se compadecía mucho de la suerte de aquellos dos pobres, se sonrió bondadosamente de la presunción de Manuela, y preguntó á su marido:

– ¿Sabes algo de hortelano?

– Sí, señor, como saber algo, sé; porque estuve de muchacho sirviendo con el señor cura de Vegas, difunto, que tenía una gran huerta, y allí aprendí á componerla, y á poner y cuidar las hortalizas, y algo también á transplantar y á ingertar los árboles... Lo que tiene que ya apenas me acuerdo...

– Pues nosotros necesitamos en Valsemana quien nos cuide la huerta, y si queréis iros allí, no estaréis mal: tendréis buena casa, buena mesa, mucha tranquilidad, y además se os pagará regular soldada á fin de que hagáis algún ahorrillo para cuando seáis viejos, ó por si tenéis hijos todavía...

– Lo pensaremos, padre, – dijo Manuela.

– ¿Qué lo hemos de pensar, – la replicó Benito, – ni qué necesidad hay de pensarlo? Diga V., padre, que nos vamos con V., aunque sea ahora mismo.

– No corre tanta prisa, – les dijo el monje; – si os resolvéis á ello, que yo creo que sí os debéis de resolver, ya que por aquí parece que no os va bien del todo, podéis ir mañana ó pasado mañana. Ya os digo que estaréis bien; el trabajo no será mucho, y si os portáis, tenéis ya para toda la vida; lo único en que habéis de poner cuidado es en ser dóciles y obedientes, y hacer con agrado cuánto se os mande.

– Descuide, padre, descuide, – dijo Manuela, – que tanto mi marido como yo estamos enseñados á servir, y...

– Y mañana á buena hora nos tiene allí vuestra reverencia, – dijo Benito cerrando el trato.

– Despidióse el buen padre de los leñadores, y éstos se volvieron al lugar, dirigiéndose á casa de sus antiguos amos, no á pedirles el carro y la pareja para llevar la leña á León al otro día, sino á regalarles la leña, puesto que á ellos ya no les hacía falta.

Contaron todo lo ocurrido, y no sólo en casa del tío Manuel, sino en todo el pueblo, fué celebrada, sin perjui-



UN CARMEN DEL DARRO, cuadro de J. Marín *(Exposición del Centro Artístico de Granada)*

cio de ser también por algunos envidiada su buena fortuna.

A la mañana siguiente se pusieron Benito y Manuela en camino para Valsemana, á donde llegaron á eso de las dos de la tarde.

El abad, que los vió llegar desde su celda, salió á esperarlos á la puerta de la granja, y los recibió cariñosamente. Les enseñó la huerta y la hermosa casita en que habían de vivir, que estaba en un ángulo; les enteró de sus obligaciones, que no eran grandes, y conduciéndolos luego al comedor de la hospedería, les dijo, mostrándoles la mesa que estaba llena de fiambres y de frutas:

– ¿Tendréis ganillas, eh?

– Así, así, padre; no faltan.

– Pues aquí os servirán ahora, en cuanto suene esta campanilla, – dijo tirando de un cordón, – sopa y un buen puchero, y después podéis tomar de todo eso que se ve por ahí lo que más os guste. Ahí tenéis jamón, pollo asado, chorizos, queso, uvas, lo que queráis; y ahí tenéis vino también. Aquí está siempre puesta la mesa para los viajeros pobres que llegan con necesidad de tomar algo, y para los criados de la casa. Cuando estéis trabajando en la huerta y queráis tomar un bocado, porque sintáis debilidad, no tenéis más que venir y tomarlo, y si queréis algo caliente, en tirando de este cordón os lo traerán en seguida.

Benito y Manuela estaban tan absortos y maravillados de su dicha, que aquel día apenas comieron. Pero al siguiente ya lo hicieron bien y al otro mejor, y así pasaron hasta una semana como en la gloria.

Pero un día, al ir á comer, se encontraron con el abad que salía del comedor y les dijo:

– ¡Hola, hola! ¿Como os va? ¿Estáis á gusto?...

– Sí, padre, muchísimo, – contestaron ambos á un tiempo.

– Bueno; pues yo también estoy contento con vosotros: seguid, seguid lo mismo... ¿Vais á comer, eh?

– Si, padre; vamos á hacer un poco por la vida.

– Bien, bien; pues ahí lo tenéis todo como siempre á vuestra disposición, – dijo marchándose.

¡Ah! Cuidado no toquéis aquel plato que está en medio de la mesa tapado con otro, – volvió á decirles desde la puerta, y desapareció al instante.

Los dos consortes se pusieron á comer como otros días; pero á la mitad de la comida dijo Manuela á su marido:

– ¿Qué tendrá aquel plato?

– ¿Qué te importa? – le contestó él sonriéndose.

– Importarme... no me importa nada; pero... ¿qué tendrá?

– Déjale que tenga lo que quiera, mujer; ¿no tenemos bastante con todos estos otros?

– Sí, sí, bastante sí, y de sobra, gracias á Dios.

Continuaron comiendo. Manuela estuvo otro rato callada, pero sin dejar de pensar en el plato tapado y en lo que tendría.

Al concluir de comer dijo resueltamente á su marido, levantándose del asiento:

– Mira, yo voy á ver lo que tiene aquel plato...

– No seas loca, Manuela; cuando el padre abad nos mandó que no le tocáramos... ¿Merece que le desobedezcas un señor que nos ha hecho tanto bien?

– Hombre, si le desobedeciera en una cosa de importancia, no dices mal; pero en una cosa así que nada importa...

– Pues por lo mismo que nada importa, déjala.

– ¿Qué daño le hago yo al padre con ver lo que tiene el plato? A más de que ni siquiera puede llegar á saber nunca que lo ví... volviéndole á tapar como estaba...

Y diciendo y haciendo, Manuela se puso á levantar con todo cuidado el plato de encima; pero antes que pudiera mirar lo que había debajo, salió un ratón dando brincos por la mesa.

– ¡Jesús!... – dijo maravillada. Y comprendiendo un momento después el peligro de que el abad conociera su desobediencia por la falta del ratón, trató de volver á cogerle, pero fué en vano, porque en seguida se escondió por un agujerillo imperceptible.

– ¿Ves lo que has hecho? – le dijo Benito un poco triste, aunque sin comprender toda la gravedad ni presumir las consecuencias del acto.

– ¡Ya, ya! ¡Jesús María! ¡qué tonta fuí!... – decía ella. – ¿Qué nos dirá el padre?... ¡Cuánto daría yo por otro ratón para ponerle aquí de modo que no lo conociera...

Apenas salieron del comedor Manuela y Benito, volvió á entrar el abad, y cerciorado de la desobediencia, los llamó y les dijo:

– ¿Cuál fué la condición principal, ó más bien la única que os puse para que pudierais estar en esta casa?

– La obediencia, señor, – respondió Benito humildemente.

– ¡Padre, tuve una mala tentación de curiosidad! – añadió Manuela medio llorando.

– ¿No acriminabas tanto á nuestra madre Eva, y no decías que tú nunca hubieras hecho lo que ella hizo, y que para tí el obedecer era la cosa más fácil del mundo?

– Es verdad, padre; pero ni entonces sabía lo que decía, ni hoy supe lo que hice.

– Bien, bien, – dijo el abad; – pues para que aprendas á obedecer y principalmente á no presumir, mañana te volverás á Villafeliz con tu marido y seguiréis atropando leña como antes.

Y en efecto, al día siguiente, al rayar el sol en Valsemana, fueron despedidos Benito y Manuela de aquel que para ellos era un verdadero paraíso.

ANTONIO DE VALBUENA



ENTRE COPA Y COPA, cuadro de José Larrocha *(Exposición del Centro Artístico de Granada)*

LA COSTA OCCIDENTAL DE ÁFRICA

POR TEODORO WESTMARK (1)

En la tarde del 12 de marzo de 1888, salí de Marsella á bordo del vapor *Talabah*. Mis compañeros de viaje eran tres pasajeros destinados á las factorías del Senegal y una señora muy bella que iba á Dakar á reunirse con su marido, cuya suerte me causaba envidia.

Después de comer bastante de prisa, todos corrieron á guarecerse en los camarotes para arrostrar menos mal en ellos los efectos de un mar bastante agitado. Al otro día nos reunimos en el comedor para tomar el desayuno, pero la hermosa señora no se presentó hasta las ocho. Una brusca sacudida del buque la hizo perder el equilibrio y caer, por desgracia para ella, pero afortunadamente para nosotros, que así pudimos admirar unos lindos piececitos como se ven muy pocos.

A los cuatro días de nuestra salida pasamos á la vista de Gibraltar, y ocho después fondeábamos en Las Palmas, bonita ciudad española de las islas Canarias. Tan luego como la Sanidad nos hizo su acostumbrada visita en las personas de tres caballeros mucho más distinguidos y elegantes que los que se suelen ver en las colonias inglesas, pudimos saltar á tierra.

Las Palmas, cuyo puerto natural se presta á las mil maravillas á que fondeen en él los vapores, es una ciudad admirablemente situada, y que vendrá á tener de 15 á 20,000 habitantes. El comercio de la isla se reduce casi exclusivamente al abastecimiento de los grandes vapores que en considerable número hacen escala en ella para repostarse de carbón y víveres, vino y frutos primerizos. Las plantaciones de vides y verduras han adquirido, especialmente en estos últimos años, un desarrollo extraordinario.

El clima parece muy benigno, y tanto, que los habitantes se quejan de que sus suegros y suegras vivan demasiado tiempo, no habiendo por tanto, probabilidad de heredarlos mientras residan en Las Palmas. Y en efecto, aquí todo respira salud. En primer lugar, las brisas del Océano disipan los calores que, á no ser por ellas, serían insoportables y darían origen á epidemias; aquí se ve un bosque de pinos á donde los que padecen del pecho van á buscar el restablecimiento de su quebrantada salud; allí huertas cuidadas con gran esmero; más allá grandes plantíos de palmeras y plátanos cuya grata sombra preserva de los ardores del sol, y, por fin, esa ciudad tan pintorescamente situada y tan limpia, todo lo cual nos induce á creer que estamos en un verdadero edén. No hay para qué decir que las lindas españolas que encontramos en las calles de la ciudad contribuyen á aumentar esta excelente impresión.

Tengo la sincera é íntima convicción de que si en Europa se conociesen todas las superiores cualidades de las islas Canarias, Las Palmas serían casi el cuartel general de los extranjeros que hoy van á Madera en busca de su perdida salud.

Nos trasladamos directamente en un coche desde el puerto á la ciudad, y en ella nos dedicamos á contemplar sus bellezas, y sobre todo su majestuosa catedral, que es sin disputa la mejor de África. En seguida nos encaminamos á la fonda, donde almorzamos muy bien y por un precio bastante módico. Salimos luego á hacer algunas compras, y acto continuo volvimos á bordo del vapor, que al cabo de una hora levó anclas.

Después de un viaje bastante agradable de tres días y medio, llegamos, á las nueve de la noche del 23 de marzo, á Rufisque, que es el punto comercial más importante del Senegal. A la mañana siguiente acompañamos á tierra á nuestra bella compañera, y se dió principio á la descarga de los 600 barriles de pólvora que llevábamos de Europa para venderla á los indígenas... con objeto de que puedan comenzar de nuevo á matarse unos á otros. Lo que aquí llama desde luego la atención es encontrar tantos ciegos. Parece que esto dimana del terreno, pues en Rufisque, lo mismo que en toda la costa senegalesa, el suelo se compone de una arena, no arcillosa, en que la vegetación brilla por su ausencia, no pudiendo darse nada más triste que la vista de esta campiña yerma y arenosa, en la que crecen tan sólo cacahuetes, única alimentación de los indígenas.

Con todo, hay aquí bastante actividad comercial, aun-

(1) Tenemos el gusto de dar cabida en nuestras columnas al siguiente artículo que, con una solicitud que le agradecemos en extremo, acaba de enviarnos desde Marsella el señor don Teodoro Westmark, de regreso de su reciente viaje al África ecuatorial, en cuyo artículo se dan curiosas noticias acerca de aquellos países, poco menos que desconocidos hasta hace pocos años.

El señor Westmark, viajero infatigable cuanto explorador intrépido, es ya conocido de gran parte del público ilustrado de Barcelona, por las conferencias que dió meses atrás en el Ateneo Barcelonés acerca de sus últimos viajes al Congo; y en breve será conocido también de todos nuestros lectores, pues en la obra de nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL, que con el título de *África Pintoresca* publicamos, daremos principio, dentro de pocas semanas, á una relación inédita de sus citados viajes, titulada *Quince meses entre los caníbales del Congo*, llamará seguramente la atención de cuantos la lean. – *(N. de los E.)*

que las transacciones se reducen casi exclusivamente á la compra y venta de cacahuetes, que abundan en el interior y son de calidad muy superior. Tres grandes casas francesas se reparten las operaciones comerciales más importantes: la de Maurel y Prom, la de Maurel hermanos de Burdeos y la Compañía francesa del África occidental, de Marsella.

Después de visitar á Tundjomi, que es también un punto muy importante para el comercio de cacahuetes, partimos para Santa María de Bathurst, población inglesa situada en la desembocadura del río Gambia y punto de destino de nuestro vapor. Desde luego se echa de ver que los ingleses dominan aquí, porque, al igual de lo que sucede en las colonias en que los hijos de Albión se han instalado, las autoridades se componen casi exclusivamente de negros. Santa María de Bathurst tiene unos 8,000 habitantes, y de ellos sólo la décimaquinta parte pertenece á la raza blanca. Está construída en medio de un país pantanoso, pero bastante fértil, y presenta un aspecto mucho más risueño que las ciudades del Senegal: el terreno es también mucho mejor, y los habitantes han conseguido hacer huertos de regular importancia.

Lo mismo que en Rufisque, el principal artículo comercial es el cacahuete, aunque de calidad bastante inferior á la de aquella comarca, y está monopolizado por las mismas casas que en el Senegal.

Las tribus negras que habitan esta parte de África, llevan el nombre de *yola's*, cuyos individuos son muy vigorosos y tienen la cabeza algo más pequeña que los habitantes del Senegal, y el de *fulah's*: éstos están bien constituídos, pero son perezosos por naturaleza y se enervan cuanto pueden con el abuso de bebidas alcohólicas, que á la larga paralizan sus facultades, aniquilan sus fuerzas y les hacen aborrecer el trabajo.

Aquí, como en el Congo, el bello sexo es el que desempeña las faenas más rudas. Al llegar á Bathurst, me quedé sorprendido al ver que las mujeres eran las exclusivamente encargadas de la descarga de los vapores; por esto sin duda las hay muy robustas que no temen administrar de vez en cuando á su esposo y señor alguna ración de puñetazos soberbios. Cierto día fuí testigo de la fuga de uno de estos animosos varones que, habiéndose mostrado por demás exigente con dos de sus esposas, excitó de tal modo su enojo que se pusieron en su persecución y habiéndole alcanzado, le trataron de un modo más eficaz que amistoso.

Cuando queda terminado el cargamento de un buque, el marido ó el amo de las cargadoras cobra el importe de este trabajo, del cual da una parte á las mujeres; la otra parte la guarda para satisfacer sus vicios ó comprar otra esposa que aumentará entonces el número de sus trabajadoras y compartirá le lecho conyugal. Por otra parte, esta es la mejor colocación que puede dar á su dinero, pues sus mujeres no tan sólo deben buscar por sí mismas su propio alimento, sino además proporcionarle los elementos de su alimentación, labrar sus campos, sembrar sus cacahuetes, cultivarlos y llevarlos á las factorías y cuidar la casa, mientras que los hombres, sanos y robustos, pasan el tiempo bebiendo, comiendo y durmiendo.

¡Oh, mujeres! ¿Conocéis lo que valéis en estos países, donde se os compra juntamente con un par de bueyes? El precio de una mujer en Bathurst varía según su juventud y robustez. Una mujer joven y fuerte se compra por dos ó tres bueyes ó por mercancías europeas que valgan de ocho á diez libras esterlinas. Hecha la compra, la nueva esposa sigue sin más ceremonias á su nuevo marido y señor. Si la mujer es libre, el marido no puede revenderla, —por supuesto, si no peca contra las leyes del país,— pero si es una esclava, tiene el derecho de volverla á vender á quien se le antoje.

No debe, pues, extrañar que la religión predilecta de los negros sea la del gran profeta; porque una naturaleza tan refractaria á toda clase de pudor como la de los negros ¿puede contentarse con una sola mujer? Así es que diariamente hace el mahometismo extraordinarios progresos, mientras que las misiones cristianas, inglesas y francesas, no obtienen sino medianos resultados, y aun con frecuencia se da el caso de que más de un muchacho criado por misioneros europeos, abjure su religión por abrazar la del profeta.

Debo, sin embargo, reconocer que la misión católica dirigida por dos padres indígenas hace más prosélitos que la dirigida por ministros protestantes.

Deseoso de ser útil al padre Gabriel, que más de una vez me había proporcionado preciosos informes, organicé el 7 de abril á las ocho de la noche, una conferencia en la escuela católica de Bathurst, en beneficio de su provechosa obra. Dos hermanos europeos, pertenecientes á la misión y á las órdenes de los dos sacerdotes negros, se pusieron en marcha para vender billetes á razón de cinco chelines cada uno, y ante un público muy numeroso referí mis aventuras en el país de los caníbales del Alto Congo. Terminada la conferencia, el padre Gabriel, indígena de San Luís, que durante esta plática se había apropiado el sitio destinado al gobernador, subió á la tribuna para manifestarme públicamente su agradecimiento, y á continuación nos narró también sus aventuras.

Después de vagar algunos instantes por las estepas nevadas de Suecia *(sic)* el venerable cura se precipitó en el Báltico, con riesgo de ahogarse, y fué á encallar en un *fiordo*, donde unos pescadores, cansados «del trabajo incesante de la pesca de la sardina, del bacalao y... del tiburón,» le recogieron bajo su tienda de piel de foca y de morsa, En seguida, con una modestia conmovedora, el venerable superior negro nos refirió cómo él y su compañero habían consagrado su vida á la civilización de los indígenas, y terminó su *speach* estimulando al público á dedicar más tiempo y... dinero á la misión católica de Bathurst.

¡O Columba, quam munda es!

A los quince días de mi residencia en Gambia, llegó á Bathurst el vapor inglés *Biafra*, en el que debía trasladarme á Freetown. Si el *Saint Georges flag* que ondeaba en este vapor hubiera estado reemplazado por una bandera negra á media asta, habría dado mucho mejor á conocer el lamentable estado en que el vapor se encontraba. Las olas se le habían llevado gran parte de la obra muerta, inundado el camarote del médico y otros muchos, destruído el botiquín, y en una palabra sus averías eran considerables.

Después de un viaje que duró cuatro días en vez de dos con el *Biafra* que, según su mismo capitán, era un vapor *quite wrotten*, llegamos, por fin, el 15 de abril á Freetown, que es el punto más importante de la costa occidental de África y la capital de las posesiones inglesas de toda esta región. Aquí está el centro de las operaciones comerciales de la costa y también de la civilización, si tal nombre puede dársele, cosa que estoy muy distante de creer. El desembarcar en Sierra Leona no es asunto fácil ni mucho menos. A la llegada del vapor, rodea al viajero una muchedumbre de negros que le arrancan por fuerza el equipaje y lo llevan á la aduana, haciendo todo lo posible por romper las cerraduras y aprovecharse de ello. ¡Ay del viajero, si estos ganapanes no se creen suficientemente pagados! En este caso le dirigen mil improperios é insultos, sobre todo si conocen que las han con extranjeros, hasta que acaban por apurarle la paciencia, obligándole á que les administre una paliza muy merecida. Precisamente esto es lo que buscan dichos individuos: cuando han recibido unos cuantos puntapiés ó puñetazos, el que ha dado principio á los insultos, se hace acompañar de dos testigos y cita al viajero ante el tribunal, por lo regular compuesto casi en su totalidad de jueces indígenas cuya conciencia es aún más negra que su piel, y estos dignos magistrados jamás dejan de quitar la razón al que menos regalos les haya hecho.

Así es como se administra justicia en la costa de África: verdad es que tal sistema quizás no sea exclusivo á aquel país.

El viajero resulta, pues, condenado, no tan sólo á pagar una indemnización de tres libras esterlinas, sino también las costas y gastos del juicio. No puede darse canalla mayor que esos negros medio civilizados.

Sus usos y costumbres son asimismo tan extraños como despreciable su carácter.

Por lo común, todo su traje se reduce á un guiñapo que apenas les tapa las partes más delicadas; pero los domingos se visten con lujo desusado. El extranjero los tomaría por Pares del Reino Unido más bien que por indígenas de Sierra Leona, si no fuese por la marcada diferencia que hay entre el color de su camisa y el de su piel.

Siendo, por lo general esos negros, como los habitantes de Liberia, esclavos emancipados, no saben apreciar

LECCIÓN DE VIOLÍN, cuadro de W. Zehme



LAS HORMIGUITAS, cuadro de W. Zehme

las ventajas de nuestra civilización. Su contacto con los blancos les enseña á imitar los vicios europeos, pero nuestras buenas cualidades son siempre problemas insolubles para ellos. Creo innecesario añadir que el cariño de familia es cosa desconocida para el negro, excepto en los casos en que el temor ó la superstición se lo impone. Su probidad es aún menor, y de mil casos, en los novecientos noventa y nueve recompensan la confianza de los blancos con infidelidades ó hurtos. ¿Cómo, de lo contrario, explicar el minucioso esmero y aun el lujo con que se presentan algunos individuos cuyo sueldo mensual no excede de dos ó tres libras esterlinas? Es indudable que para satisfacer tales exigencias esos mocitos deben agregar al dinero que ganan, otro... que no ganan.

No persiguiendo, en general, más que un objeto, el de adquirir dinero, no les detiene en sus afanes más que la superstición, obstáculo que no se atreven á allanar. Creen sinceramente en medicinas diabólicas y en la magia, oyéndose hablar á menudo de empleados que han solicitado de magos ó hechiceros que les proporcionen medicinas con objeto de que sus amos blancos no noten sus hurtos.

En el mismo Freetown hay un sitio, llamado *Saint Jame's place*, donde descuellan dos grandes árboles que son fetiches y de los más poderosos. Parece que á los indígenas les inspira tanto miedo aquel sitio, que no se acercan á él más que los viernes, y aun así, descalzos. Estos árboles tienen la virtud de curar á las personas que jamás han pecado contra los dogmas del gran Profeta, así como la de hacer más triste la situación de los malos, y, por supuesto, de cuantos pertenecen á cualquier otra religión. Creo innecesario añadir que los cristianos deben acercarse á aquel sitio con la mayor precaución para no excitar la cólera de los mahometanos.

Cuando se han visitado muchos puntos de África, obsérvase en todas partes que los usos y costumbres de las diferentes tribus indígenas se asemejan en gran manera; los negros consideran como una obra meritoria el robar ó engañar á los blancos en dondequiera, hasta en las comarcas más civilizadas, y en todas partes se practica la poligamia en grande escala.

Es de esperar, sin embargo, que cuando hayan tenido un contacto más ó menos largo con los europeos, estas costumbres desaparecerán, que España gozará de las inmensas riquezas que puede sacar de sus posesiones de África, y que al fin se introducirá allí totalmente la civilización.

LOS RAILS DE ACERO

En 1869, la Compañía del Norte empleaba anualmente 12,000 toneladas de rails de hierro y 10,000 de acero; en 1876, esta misma Compañía utilizaba 1,000 toneladas de rails de hierro y 35,000 toneladas de rails de acero. A partir del año siguiente, el consumo de rails de hierro viene á ser ya nulo, por haber cedido completamente el puesto á los de acero. Hechos semejantes se observan respecto de otras compañías. Se ha dicho muchas veces, y nosotros lo repetimos, que el acero es el metal del porvenir.

(De *La Nature*)

RECREACIONES FOTOGRÁFICAS

EL FOTO BUSTO

La figura 1 que ponemos á la vista de nuestros lectores es la reproducción exacta de una fotografía, que es un retrato perfecto en forma de un busto de mármol sobre su pedestal.

Vamos, pues, á indicar, con ayuda de la figura 2, cómo se puede obtener fácilmente este resultado.

Se pone el modelo detrás de una columna hueca ó un pedestal delgado de madera pintada. Si se quiere figurar, por ejemplo, un emperador romano, se cubre la cabeza del modelo con un casco de cartón blanco, se le espolvorean los cabellos y la cara con harina de arroz y se le revisten de franela blanca las partes del cuerpo que hayan de quedar visibles, operando sobre un fondo de terciopelo negro.

(De *La Nature*)



Fig. 1. – Espécimen de una fotografía en *foto-busto*. Facsímil de una prueba obtenida por M. Gravet



Fig. 2. – Figura explicativa para obtener un *foto-busto*, con la vista del pedestal de madera delgada

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año VII — Barcelona 1.º de octubre de 1888 — Núm. 353

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



GALERÍA DE MÁQUINAS (De fotografía de los Sres. Audouard y Compañía, concesionarios exclusivos)

NUESTROS GRABADOS

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

GALERÍA DE MÁQUINAS. – EL UMBRÁCULO *(exterior)*. – EL UMBRÁCULO *(interior)*. – INSTALACIONES AL AIRE LIBRE. *(En primer término la instalación de los Sres. Audouard, fotógrafos)*. – INSTALACIONES BELGAS. – LA NAVE CENTRAL, *Sección oficial del gobierno.* – INSTALACIONES DE ESPAÑA. – PABELLÓN EN LA SECCIÓN MARÍTIMA. – INSTALACIONES DE ESPAÑA. – INSTALACIÓN OFICIAL DE FRANCIA. *Porcelanas de Sevres y tapices de los Gobelinos.* – INSTALACIONES DE SUECIA Y NORUEGA. – INSTALACIONES DE ESPAÑA. – PABELLÓN DE HONOR EN LA INSTALACIÓN DE HUNGRÍA. *(Copia todos de fotografías de los Sres. Audouard y Compañía, concesionarios exclusivos)*

SUPLEMENTO ARTISTICO

IDILIO DEL MAR, cuadro de W. Kray

A falta de mejor título, el autor de este bellísimo cuadro le ha calificado de idilio, sin tener en cuenta que su argumento ó asunto ni es pastoril ni amoroso, únicos conceptos en los cuales encaja la aplicación *idílica*. Ello, empero, y por razón de analogía, cabe admitir que esa joven sirena y ese niño de carácter indefinido puedan ser personajes de una escena que tiene de idilio la calma plácida y la inocencia que domina en el lugar, en la fisonomía y en la actitud de los elementos que constituyen el cuadro.

En su ejecución ha demostrado el artista hasta qué punto puede dominarse la idea de lo sobrenatural, reduciéndola á formas que, con ser humanas, nada pierden en el concepto poético y fantástico que vulgarmente se atribuye á los seres ideales. A estos resultados no se llega fácilmente cuando el artista no penetra en el mundo de lo desconocido bajo la guía de un talento sólido y bien cultivado.



Á CADENA PERPETUA

BOCETO DE BUENOS CARACTERES Y MALAS COSTUMBRES

I

Dice un adagio vulgar que «es bueno tener amigos *aunque sea* en el infierno,» y yo creo que en el infierno teológico y en todos los demás infiernos de la vida humana (que son más de los que parecen) es más indispensable tenerlos. En el paraíso celeste y en el terrenal, ó lo que es lo mismo, en la fortuna, en la felicidad y en la dicha, sobran amigos. Ellos mismos se vienen sin llamarlos: brotan del suelo espontáneamente como los hongos; acuden presurosos al banquete; solicitan las invitaciones para el baile, y no hay sitio para tantos ni en el *buffet*, ni en el *lunch*, ni en el *rauth*, ni en la *matinée*, ni en la *sauterie*, ni en ninguna de las alegres manifestaciones extranjeras, que toman en seguida carta de naturaleza en todos los países dichosos de la tierra.

En la buhardilla, en la tienda-asilo, en la cárcel, en el hospital, en la miseria, en la desgracia, en fin, es donde los amigos escasean. Y por eso, permitiéndome yo enmendar la plana á los inventores de adagios y refranes, me atrevo á rectificar el que he citado al principio de este boceto de malas costumbres, diciendo: «Bueno es tener amigos, *sobre todo* en el infierno.»

Y por eso fué una felicidad para don Benito Martín de Freixe tener un amigo en el infierno de perplejidades y dudas que asaltaban su vida á los 35 años cumplidos, y decidido á tomar una de esas determinaciones que cambian para *in eternum* la existencia de un hombre, en los países regidos por las doctrinas del cristianismo. Las dudas y las penas de Benito no hubieran tenido razón de ser allá por tierras de Mahoma, por países no civilizados aun, donde el hombre se casa con cuantas mujeres puede mantener, donde repudia tranquilamente á la esposa que no le da fruto de bendición y donde está establecido el divorcio por un quítame allá esas pajas. Verdad es que en esos países bárbaros los hombres y las mujeres no viven en lazos clandestinos perpetuos, antes y después del matrimonio; verdad es que allí un amigo del esposo ultrajado si encuentra á aquella *señora* en un mal paso, puede impunemente darla un golpe de gumía ó yatagán y decirle á su amigo: «Te he hecho el favor de despachar á tu esposa al otro barrio,» – y otras barbaridades por el estilo; pero en cambio no hay *líos*, ni *avisos útiles* que sean una especie de *diario adulterino*, ni el hombre se encuentra nunca en el triste y difícil caso en que se encontraba don Benito Martín de Freixe.

Había decidido casarse; pero eso no era tan fácil como parecía. No le faltaba la novia. Esta era una joven bien educada, con sus padres correspondientes, sus hermanos y sus primos de cajón, sus regulares bienes de fortuna, su rostro adocenado, y su peinado acabado en punta sobre el centro del cráneo, á manera de veleta de torre, y su almohada posterior, de esas que dan á las mujeres un desarrollo puntiagudo y desagradable en lo más plano y redondeado de su hechicero individuo. Era, en fin, la novia de Benito una de esas muchachas en punto y sazón de convertirse en señora de su casa y madre honradísima de familia.

¿Cuáles eran, pues, las perplejidades de Benito, y para qué necesitaba un amigo? Vamos á saberlo en seguida. Benito tenía una naturaleza ardiente y un carácter emprendedor. Había amado mucho y amaba todavía. Sus aventuras amorosas de todos géneros habían llenado su juventud de placeres sin cuento, de lances chistosísimos y de distracciones pecaminosas; pero una sobre todo, una, la *actual*, la *presente*, le tenía, hasta cierto punto, atado de pies y manos. La pícara Victorina había desbancado á todas sus rivales; se había enseñoreado del corazón y, lo que es peor, del domicilio de Benito, y hacía *seis años* que compartían en paz y sin gracia de Dios, casa, mesa, bolsa y cuanto disfrutan de mancomún las parejas de distinto sexo bajo el dulce yugo del santo matrimonio. En una palabra, allí no faltaba más que la epístola de san Pablo; pero como Benito quería casarse *sin antecedentes* para oir la epístola con otra mujer, lo que allí sobraba era Victorina.

Y aquí del amigo. No es cosa tan fácil decir á una mujer con quien se vive hace seis años: – «Si te ví, no me acuerdo; aquí no ha sucedido nada; me caso con otra, y estoy á los pies de usted.» – Toda mujer, sea cual sea su pasado, se cree con el derecho de casarse con el Preste Juan de las Indias; toda pecadora se erige por su propia voluntad en Magdalena arrepentida, y no hay Dama de las Camelias que no exija ser redimida por el primer tonto que se encuentra en su camino. Si á esto añadimos que Benito no daba dinero á Victorina, y que las mujeres que más cuestan son las que no cuestan nada, tendremos que Benito decidió buscar un amigo que le sacara de tan embarazosa situación, y que este amigo no podía ser otro que su constante compañero de aventuras, su casi maestro en el *ars amandi*, y su vecino don Carlos de Peñalva, soltero como él, aunque sin aditamentos femeninos en su domicilio. Carlos llevaba 16 años á Benito; era algo más rico que él, y sobre todo tenía mucho más que Benito de práctica de la vida y de conocimiento de las miserias humanas.

– ¡Demonio! ¡Tú tan temprano por estos barrios! – dijo Carlos á su amigo, al verle una mañana á las nueve y media de pie junto á su cama y con cara dificultosa. – Deja que me levante, y siéntate sobre todo.

– Carlos, me sucede una cosa extraordinaria.

– ¿Qué es eso? ¿Vas á batirte?

– No, amigo mío.

– ¿Estás arruinado? ¿Te han cogido en alguna quiebra?

– No.

– ¿Has descubierto que Victorina te engaña?

– ¿A mí? ¡Ave María! Nada de eso, – contestó con rapidez Benito con un aire de suficiencia digno de envidia.

– ¿Estás enfermo? – continuó Cárlos.

– No te canses. Es... ¡que me caso!

– ¡Diablo! Eso es gravísimo. Vengan detalles.

– Pocos son necesarios. El hombre á cierta edad debe pensar en su porvenir: yo tengo esa cierta edad y he pensado en el mío. Ya sabes que el mejor chocolate es el de la fábrica de Chamartín.

– No; es el de los padres Benedictinos. Hay quien prefiere el de Matías Lopez; no falta quien habla mejor de la Compañía Colonial, ó de la Española; pero á mí...

– No hablemos de esos; yo tomaba siempre el de Vázquez, ¡pero como el de Chamartín, ninguno!

– Me parece que estamos algo lejos de tu matrimonio.

– Te equivocas; estamos en él. El dueño de la fábrica del chocolate de Chamartín es el padre de mi futura.

– ¡Acabáramos!

– Es un grande hombre. Buen cacao, exquisito azúcar y preciosa hija. ¡Qué educación, qué cara, y cómo habla francés, y tocar el piano, y hacer pastillas!...

– De chocolate, naturalmente.

– De todo. Una esposa modelo. Un millón de dote.

– Adelante, adelante.

– Dada mi situación anormal, dado mi modo de vivir con Victorina... la cuestión de mi boda ofrecerá muchos inconvenientes manejada por mí mismo. Pero teniendo un amigo leal la cosa varía. El amigo leal eres tú, y contigo cuento para que me allanes las dificultades.

– ¡Ah! ¡El amigo leal soy yo!

– Pues claro. ¿Qué debe ser un amigo? Un ser que no disfruta directamente de nuestras dichas y que se sacrifica por nosotros en la desgracia. ¿Por qué se dice que el perro es el amigo del hombre? Porque el hombre exige de sus amigos que tengan la conducta del perro. El hombre come la carne, y el perro los huesos. Pegas al perro y te lame la mano: le echas de tu lado y vuelve siempre á tu puerta. Eso debe ser un amigo, y por eso he contado contigo:

– Muchas gracias. Tu elección me honra. Puedes decir lo que exiges de mí.

– Para casarme con Amelia, es indispensable que rompa antes con Victorina. Aun sin casarme, Victorina es ya imposible. Figúrate que le ha dado por lo sentimental. Me hace pasar las horas muertas mirando á la luna. Hace versos y quiere que yo también los haga. Me llama Palermo, porque dice que Benito es muy prosaico. Me riza el pelo antes de acostarme, y hace seis años que parezco un perro de lanas. Ya comprendes que no quiero más endechas ni más tenacillas. Ella te aprecia mucho; la haces mucha gracia; por consiguiente, tú eres el que debe darla la noticia... prevenirla con tino, y devolverla todos estos paquetes de cartas suyas llenas de amor y de lunas y de endecasílabos.

– ¡Hombre, hombre!... Considera...

– Considera tú que si soy yo quien le da las cartas y la noticia, el desenlace está previsto: le da un ataque de nervios, ó dos, ó tres seguidos; prorrumpe en sollozos; me llama Palermito, se arroja en mis brazos... yo me conmuevo... (porque yo me conmuevo siempre); la pido perdón... ella me lo concede... y mañana vuelta á rizarme el pelo, y vuelta á caer yo en esta cadena perpetua!

– Hombre... este es un asunto muy delicado...

– Si Victorina fuera una mujer como hay tantas, la cosa me tendría sin cuidado. Con dos letras y unos cuantos billetes de banco... en paz. Pero felizmente, es decir, desgraciadamente Victorina es una mujer honrada, en toda la acepción de la palabra...

– ¡Ah! En toda la acepción...

– Sí, Carlos, sí, Con que no hay más que hablar. Vivimos á dos pasos. Vas, le hablas, le devuelves mis cartas...

– Pero, ¿y si no se convence? Si á pesar de todo lo que yo le diga...

– ¡Qué demonio! Tú no eres joven, pero estás bien conservado. No eres guapo, pero tienes gracia y experiencia y atrevimiento. Si ella no se convence... atrévete á todo... y suplántame.

– ¿Qué? ¿Tú quieres que yo...?

– Es un favor que te pido, y que, después de todo, no es tan desagradable!

– ¡No, no! Pero tú mismo me has dicho que Victorina no es de esas mujeres á las que...

– No; pero es de esas mujeres con las que...

– Vamos, es como todas las mujeres que...

– No hay que hablar más. Gracias, Carlos, y adiós. Ten valor: la escena va á ser terrible... Síncopes... lágrimas... quizás se quiera tirar por el balcón...

– ¡Hombre! ¡Qué horror!

– ¡Es tan impresionable! ¡Me quiere tanto! En fin, en dos horas despachas el asunto. Sé elocuente; consuélala. Le das las cartas y te vuelves á tu casa. Yo vendré luego á saber el resultado, á darte las gracias y á activar los asuntos para mi boda...

– ¡Pero, Benito!...

– Nada, nada: ¡eres ó no mi amigo! Adiós; valor, firmeza y hasta luego.

Y sin más palabra, Benito salió de casa de Carlos como alma que lleva el diablo. Quedóse Carlos absorto contemplando el voluminoso paquete, y se dispuso á salir de casa para cumplir, con todas sus consecuencias, el delicado y expuesto encargo de su amigo. No habría transcurrido un cuarto de hora y aun estaba poniéndose la corbata, cuando, introducida por el criado, entraba en el gabinete de Carlos una señora vestida elegantemente de mañana.

– ¡Cómo! ¡Es usted, amiga Victoriana! ¡Usted en mi casa! ¡Qué casualidad! Ahora mismo me estaba yo vistiendo para ir á la de usted.

– ¿De veras? Pues Benito ha salido antes que yo. No le encontrará usted.

– No iba yo á ver á Benito.

– ¿No? Pues, ¿á qué iba usted, mi querido amigo?

II

Y sentándose Victorina en una fumadora, escudriñó con una rápida mirada el semblante algo cabalístico de Carlos.

– Las señoras son primero; usted ha venido á honrar mi casa, y hasta que no me diga el motivo, no podrá saber el de mi proyectada visita.

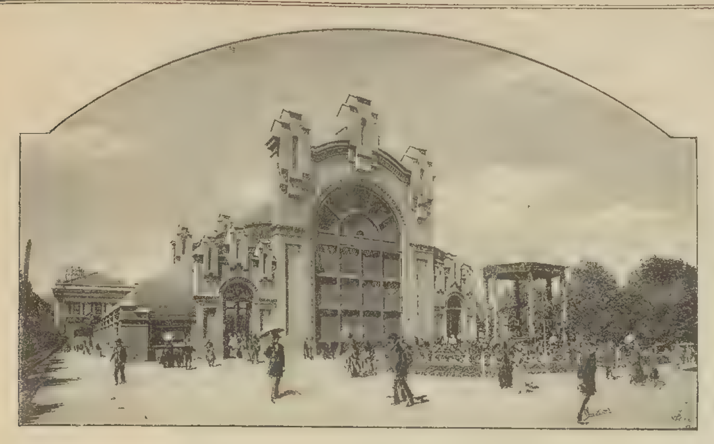
– Pues bien; cuanto antes mejor. Usted es el mejor amigo de Benito. Sabe usted lo que entre ambos ha mediado... y vengo á que usted le prepare para soportar una gran desgracia.

– ¡Demonio! – exclamó Carlos. – ¿Qué desgracia es esa?

– Desde hace algún tiempo, Benito está insufrible. Se ha hecho prosaico, va echando tripa, se queda dormido en su silla después de comer, me quiere enseñar á jugar al ajedrez... No hay en él poesía, ni arranques, ni pasión, en fin, amigo mío, nuestra situación se ha hecho insostenible y estoy resuelta á que concluyan nuestras relaciones para siempre.

– ¡Calla! ¿De veras? – exclamó Carlos asombrado.

– Y tanto, que aquí traigo sus cartas y sus retratos y varios recuerdos íntimos... Ruego á usted que se los entrégue, que recoja los míos, y le consuele en la catástrofe. Sólo usted, que es su mejor amigo, puede llevar á buen término misión tan delicada. Benito llorará... es tan



Exposición Universal de Barcelona. – EL UMBRÁCULO *(exterior)*

impresionable... me quiere tanto... que puede cometer algún disparate.

Carlos no pudo contener una carcajada homérica que hizo levantarse de su asiento á Victorina entre enojada y confusa.

– Perdone usted, amiga mía, mi franca hilaridad, pero ¡es tan cómico lo que sucede!

– ¿Cómico? No comprendo.

– Pues juzgue usted: Benito, temiendo por su parte que se tiraría usted por el balcón, me acaba de dar las cartas de usted para hacer el cambio de documentos que usted misma solicita. Más claro: Benito se ha adelantado á sus deseos de usted y se despide de usted para siempre.

– ¿Qué? ¿Benito me abandona?... ¿Me deja?... ¡Jesús!... – y entre sollozos, suspiros, lágrimas y síntomas de pataleta, tiró la silla en que estaba sentada y comenzó á pasearse agitada.

– ¡Cobarde! ¡Miserable! ¡Bandido!... ¡Ese hombre por quien lo he sacrificado todo... juventud... belleza... por quien me he comprometido... porque, créalo usted, yo me he comprometido por él...

– No digo lo contrario.

– Hoy me abandona cobardemente, me desprecia, me insulta, y ¿por qué? para casarse quizás con alguna estúpida, de quien se burlará un día como se ha burlado de mí.

– Yo no lo sé, señora; pero cálmese usted, puesto que usted misma quería concluir con él.

– No es lo mismo, – exclamó Victorina fuera de sí. – Que yo le deje, pase; pero que él me deje á mí primero, eso es indigno, infame. ¿Qué le he hecho? ¿En qué le he ofendido? ¿De qué se queja?

– ¡Oh! De nada; está contentísimo con usted, demasiado contento; hace un momento me lo decía: «Si yo riño con Victorina, no es porque ella me falte, sino porque me sobra.»

– ¡Cómo! ¿Eso ha dicho, el miserable?

– No precisamente, pero lo ha dado á entender; y francamente, ustedes no pueden ya congeniar. Usted está cada día más delgada; él cada vez más gordo. Usted se ha vuelto extremadamente poética; él excesivamente prosaico. Usted se empeña en rizarle el pelo, él le enseña á usted á jugar al ajedrez; de modo que la incompatibilidad de humores no puede ser más manifiesta.

– Pero ¡dejarme él primero! Eso no se puede tolerar.

Y con este tema y moderando unas veces su crisis nerviosa y excitándola otras con frases entrecortadas é irascibles lamentaciones, transcurrió más de una hora. Un fuerte campanillazo dado á la puerta exterior, interrumpió la escena; el criado vino de puntillas á anunciar á Carlos rápidamente que era Benito quien llamaba; y Victorina, no queriendo verle, accedió á esconderse en la alcoba de Carlos, mientras durase la nueva entrevista de los dos amigos. Aun no había acabado de desaparecer la ondulante falda de Victorina por la puerta de la alcoba de Carlos, cuando Benito aparecía por la de la sala con el sombrero echado hasta las cejas y la fisonomía descompuesta.

III

– ¡Hola, Benito! ¡Ya de vuelta? ¡Mala cara traes! ¿Qué te sucede?

– Un horrible presentimiento. ¿Has visto á Victorina? ¿No ha querido atentar contra su vida en un rapto de desesperación?

– Tranquilízate, hombre; no sólo está todo arreglado según tu deseo, sino que ella misma me ha entregado tus cartas antes de que yo le diera de tu parte las suyas.

– ¡Ella también quería concluir nuestras relaciones! ¡Olvidar nuestro amor eterno!

– Sí, me parece que su amor, era tan eterno como el tuyo.

– Pero ¿de qué se queja? ¿qué motivos le he dado para esta ruptura?

– Eso lo sabréis vosotros. Me parece que debes estar bien contento, puesto que has conseguido lo que deseabas, con poco trabajo de mi parte y pocas dificultades de la suya.

– Sí, muy contento; pero ya ves, cuando con tanta facilidad olvida á un hombre que tanto ha hecho por ella, no es difícil que tenga ya escogido otro que me reemplace.

– Todo es posible; y como yo tengo mucho qué hacer y en mi casa estáis como en la tuya, aquí te dejo. Reflexiona si quieres, cásate si te se antoja, corre tras Victorina si te conviene, ó tírate al viaducto si no encuentras solución más tranquila.

Y esto diciendo, y sin aguardar la respuesta de Benito, salió Carlos de su casa, dejando á Benito confundido y absorto.

Al ruido de los pasos de Carlos la cabeza de Victorina asomó por la puerta de la alcoba. Benito se dejó caer sobre una butaca y apoyó su barba en la mano izquierda en señal de meditación profunda...



Exposición Universal de Barcelona. – EL UMBRÁCULO *(interior)*

IV

Un cuarto de hora después cruzaban la calle, de bracero, en íntimo y animado coloquio, Victorina y Benito. Carlos les saludó al pasar; ellos apenas le contestaron; pero él, sonriéndose maliciosamente y echándoles una bendición, murmuró entre dientes:

– ¡Hicieron las paces! ¡Pobres imbéciles! Ya están condenados *á cadena perpetua.*

LUIS M. DE LARRA



Exposición Universal de Barcelona. – INSTALACIONES AL AIRE LIBRE
(En primer término la instalación de los Sres. Audouard y Compañía, fotógrafos)

INFELICES ADMINISTRADOS

Por el exprés del Norte llegó á Madrid, á las nueve de la mañana del día 15 de agosto de 1881, don Salvador Giménez, vecino de Aldehuela, rico propietario y hombre entusiasta por las mejoras materiales de su pueblo.

Don Salvador, que es uno de aquellos castellanos viejos que toman en serio la política y la administración; que trabajó cuánto estuvo á su alcance para que se cumpliese el real decreto sobre la edificación de cárceles de partido; que cuando don Francisco Silvela, siendo ministro de la Gobernación, pidió á los gobernadores una memoria sobre el estado general de las provincias, él, que era alcalde, trabajó quince días sin levantar mano para remitir al jefe de su provincia los datos relativos á Aldehuela, que, entre paréntesis, no tuvo el gusto de ver publicado jamás llegaba á Madrid en comisión de su pueblo, para un asunto importantísimo en su localidad, y creía ¡el iluso! que á Madrid y para asuntos relacionados con la Administración, puede llegarse en el verano.

Provisto de dos cartas para el director general de... y contando con el diputado del distrito, que en papel con

membrete del Congreso le había hecho los ofrecimientos á millares, nuestro don Salvador, después de ojeado por los representantes de las casas de huéspedes y la gente de tralla, que acosan en las estaciones de Madrid á los viajeros mucho y más incómodamente que en cualquier provincia de tercer orden, fué á alojarse á la fonda de los Leones de Oro, en la calle del Carmen.

A las doce, con un sol canicular, nuestro buen provinciano se dirigió al Ministerio de...' Dirección general de...

Entró en la portería, y ya hubo de llamarle la atención el espectáculo que se ofreció á su vista.

Casi completamente cerradas las maderas de la antesala que hacía las veces de despacho de los porteros y ordenanzas; el mayor, sentado detrás de una mesa (de aquellas que gastaron los covachuelistas), con la silla suspendida de los dos pies traseros y la cabeza apoyada en la pared, dormitaba, abanicándose perezosamente. Otro portero, en mangas de camisa, cepillaba la flamante librea de dorado galón, y un mozo, echado en una banqueta, cantaba á media voz:

«Tengo un niño chiquitín
Que se llama Nicolás...»

acompañándose por el procedimiento de dar con los nudillos en una regadera de hoja de lata que tenía al lado de la banqueta y á la siniestra mano.

Don Salvador, con el sombrero en la mano, se prepara á atravesar aquella antesala de la holganza, cuando el mayor, sin levantarse, pregunta:

– ¿Dónde va usted?

– Deseaba ver al señor director general.

– Su Excelencia está en los baños de Arcachón.

– ¿Quién ha quedado al frente de la Dirección?

– El Excelentísimo señor subsecretario.

– Deseaba verle.

– Está en la Granja.

– ¿Podría ver al segundo jefe?

– No, señor; marchó ayer al sardinero.

– ¿Y el jefe del Negociado de...? – insistió don Salvador, que deseaba enterarse del asunto.

– No está; tiene la familia en el Escorial; se fué el viernes y no volverá hasta el lunes.

– ¿No hay ningún señor del Negociado de...?

– Sí, – dice el mozo, que interrumpe su canto, – ahí está el señor Pérez.

– ¿Por dónde? – se atreve á argüir el pobre vecino de Aldehuela.



Exposición Universal de Barcelona. INSTALACIONES BELGAS

Exposición Universal de Barcelona. - LA NAVE CENTRAL: SECCIÓN OFICIAL DEL GOBIERNO



IDILIO DEL M



MAR, cuadro de W. Kray

–Pase usted por aquí.

Y el segundo portero le introduce en un despacho, también muy obscuro y regado, en el que hay doce mesas y dos empleados.

Don Salvador comienza á escamarse al ver que le dirigen á una mesa en que no hay nadie.

El portero pregunta al empleado que está al lado:

–¿Y el señor Pérez?

–Acaba de salir, pero debe estar en la casa, porque ahí está su sombrero.

Y al decir esto señala una percha en que campea un hongo.

Nuestro hombre, que entiende que el sombrero de por sí no puede darle noticias de su asunto, se retira entre confuso y desesperado, y se dirige á casa del diputado del distrito.

***

En un entresuelo de una de las últimas casas de la calle de Claudio Coello vive Germán Laredo, diputado por Aldehuela, y uno de nuestros primeros muñidores.

Aunque cunero, procura cultivar el distrito, y, por lo menos, contesta á todas las cartas que se le escriben; siempre haciendo promesas y manifestando su interés por el país. Unido esto á que ha dado varios estancos, todos los peones camineros y algunos peatones, su popularidad va ganando en el distrito: como además ha sostenido la necesidad de unir Aldehuela á la capital de la provincia por medio de un tranvía de vapor, y como, repito, contesta á todos los electores que le escriben y aun recibe á alguno, don Salvador fué á casa de don Germán lleno de ilusiones.



Exposición Universal de Barcelona. – INSTALACIONES DE ESPAÑA

Le anunció el criado, y don Germán, ¡si sabría cultivar los distritos! recibió en la cama á nuestro provinciano.

–¿Qué hay, don Salvador? ¿Qué le trae á usted por esta casa?

–Ante todo, señor don Germán, – replicó nuestro hombre, – dígame qué padece, que le encuentro en la cama á las tres de la tarde.

–Pues nada, que anoche tuvimos una junta en los jardines del Retiro; he estado escribiendo hasta las diez de la mañana, y con estos calores, me acosté á las once para descansar unos momentos; pero dígame usted, ¿en qué puedo servirle? – continuó el diputado incorporándose en la cama.

–Es el caso, señor de Laredo, que reunidos el Ayuntamiento y los mayores contribuyentes, y después de una minuciosa discusión, se ha resuelto – (aquí el objeto del viaje y el Ministerio y el nombre de la Dirección donde el asunto ha de gestionarse, que por tratarse de un hecho no me atrevo á estampar); – he estado en la Dirección, y están ausentes de Madrid todos los jefes, y los oficiales y auxiliares no habían ido á la oficina.

–¡Qué escándalo, don Salvador, qué escándalo!... pero yo cuidaré de que el asunto se despache; mañana á las once le espero á usted aquí en mi casa; le diré lo que

Exposición Universal de Barcelona. – PABELLON EN LA SECCION MARÍTIMA



Exposición Universal de Barcelona. – INSTALACIONES DE ESPAÑA

haya del asunto y le aseguro que en el tren exprés puede usted volverse á Aldehuela, que yo quedo encargado de todo.

Después de los cumplidos de ordenanza, se despidió don Salvador, dirigiéndose á visitar á un muy antiguo amigo suyo que habitaba en la calle de Cuchilleros, y á quien no tuvo el gusto de encontrar en casa porque estaba en los baños del Manzanares.

***

Aquella misma tarde, don Germán Laredo, después de haber comido en los jardines del Retiro, y de haber paseado hasta las doce y media, hora en que acabó el concierto, se dirigió al Ministerio de..., donde, de la una ó una y media, solía ir todas las noches al despacho del señor ministro.

En esta tertulia de última hora, á que sólo concurrían los más íntimos amigos y algún periodista de los más allegados al gobierno, durante las noches del verano, se hablaba de política, se tomaba horchata y se murmuraba de los altos funcionarios que estaban veraneando, y que habían prometido volver á principios de agosto, sin haber regresado todavía.

Murmuraban de aquellos otros altos funcionarios que, encargados de las Direcciones de los ausentes, esperaban su llegada para encargarles de las suyas, y que pudiera publicarse el consabido suelto:

«Ayer publicó la Gaceta un Real Decreto por el que se dispone que, habiendo regresado á Madrid don Juan Berdolagas, director de..., cesa en el desempeño de dicha Dirección don José Pérez, director general de..., que á su vez salió anoche para las costas del Cantábrico.

»Deseamos á nuestro amigo un completo restablecimiento de su salud. – El señor Berdolagas ha quedado encargado de la Dirección de... y de la subsecretaría del Ministerio.»

No es muy activa nuestra Administración, pero en los meses de verano esta inercia sube de punto de un modo que espanta. Ausentes los jefes y con licencia la mayor parte de los empleados, hay Direcciones en que ni siquiera firma el jefe encargado más que cada ocho días; y el desbarajuste y el abandono llega á un grado imposible de describir.

Pero sigo en mi asunto.

Germán, después de haber saludado á los amigos, logró en el hueco de un balcón (es el sitio obligado para las conferencias íntimas con los ministros cuando hay mucha gente en los despachos) decir dos palabras al ministro de... en estos ó parecidos términos:

– Una comisión de Aldehuela ha llegado á Madrid esta mañana á propósito de (tal asunto); como Berdolagas está ausente, no han podido ver á nadie; y yo ruego á usted que me haga poner una carta con los datos que le daré al secretario particular, para que vean que me he ocupado del asunto. Advierto á usted, querido don Fulano, que este asunto, que es justo, es además vital para que se ganen las elecciones de diputados provinciales; con que, si usted no tiene inconveniente, dé orden que me pongan la carta.

El ministro, que sabe que Germán, sin ser orador, es hombre de empuje y gran cabildeador en el salón de conferencias, se dirige á su mesa, toca el botón de un timbre eléctrico, y á los pocos minutos entra el señor Ramírez, secretario particular de S. E.

– Ramírez, – dice el ministro, – ponga usted una carta á don Germán con los datos que le dará.

Salen el diputado y el secretario particular, y vuelve el segundo con una carta en la mano que, sin leer, firma Su Excelencia.

La conversación se hace general, y á las tres y media de la mañana se disuelve aquella reunión.

***

A la mañana siguiente á las once, exacto como un cronómetro, llega don Salvador á casa de Laredo.

Después de saludarse muy afectuosamente, don Germán dice á don Salvador, entregándole la carta que dictó la víspera:

– Entérese usted de esto.

Lleno de emoción, don Salvador lee lo siguiente:

«Ministerio de... – Gabinete particular.

»Ilmo. Sr. D. Germán Laredo.

»Mi estimado amigo: He pedido los antecedentes relativos al expediente del pueblo de Aldehuela, que interesa su apreciable carta recibida anoche. En breve llenaré el expediente, y tendré mucho gusto, siendo los hechos tales cuales V. los refiere en su predicha carta, en hacer que se despache inmediatamente, quedando en dar á usted noticia del estado de este asunto.

»Esta ocasión me proporciona el gusto de repetirme de V. afectísimo amigo, S. S. Q. S. M. B.

Fulano de Tal.»

– Muchas gracias, señor don Germán, – dice don Salvador, – si usted no tiene inconveniente me llevo esta carta al pueblo; se leerá en sesión, y usted nos avisará por un telegrama cuando esté el asunto terminado.

Aquella tarde tomó el exprés don Salvador, y al día siguiente se lee en sesión la carta de S. E., y poco faltó para que se disparasen cohetes y se echasen las campanas á vuelo.

***

Pero como nadie, absolutamente nadie, ni el ministro, ni el director, ni el diputado se han ocupado para nada del asunto, pasan tres meses sin que se resuelva.

Ya en noviembre, don Salvador escribe nuevamente al señor Laredo, manifestándole que ambos están en ridículo en el pueblo y que las cosas no pueden seguir así. Le contesta Laredo que con la reunión de las Cámaras no ha podido terminarse el asunto, pero que se despachará en breve.

Y transcurren otros dos meses.

A principio de año se recibe en Aldehuela la consoladora noticia de que ha sido nombrado director general de... don Germán Laredo.

– ¡Don Germán director general precisamente del centro donde ha de resolverse el negocio de Aldehuela!

No necesitó oir más nuestro don Salvador, é inmediatamente toma el tren para Madrid.

***

A los cinco meses justos de su primer viaje á Madrid, es decir, el 15 de enero del año siguiente, nuestro buen don Salvador volvió á la corte, alojándose en la misma fonda de los Leones de Oro.

Con un frío de cuatro bajo cero, se dirigió nuestro hombre al Ministerio de..., Dirección General de..., donde don Germán era director.

Entró en la portería, y el espectáculo que se ofreció á su vista fué bien diferente al día de la primera vez.

El portero mayor, sentado en la misma silla y delante de la misma mesa, había añadido á su *toilette* un gorro de terciopelo encarnado, y en lugar de abanicarse leía la *Gaceta*; otro, aquel que en el verano limpiaba la librea, con ella puesta y con guantes de estambre verde, sentado cerca del brasero, echaba una firmita; un ordenanza, con americana y gorra, calentaba en él una cafetera y se recreaba mirando como comenzaba á *sudar* media tostada, que había colocado artísticamente sobre un pliego de papel de minutas, encima de la caja del brasero, para que á beneficio del calórico conservare aquella flexibilidad tan de apreciar en las *tostadas* de abajo.

– ¿Dónde va usted? – preguntó el portero mayor á nuestro provinciano.

– Deseaba ver al señor director general.

– Está en el Congreso.

– ¿Y el señor segundo jefe?

– Está en Sevilla, que tiene enfermo un pariente.

– Pues entonces desearía ver al jefe del Negociado.

– El señor director ha dispuesto que en los negociados no se entre más que los miércoles de cuatro á cinco.

– ¿No podría ver al auxiliar?

– Pase usted.

Vuelve nuestro hombre á entrar en el mismo despacho en que estuvo en agosto.

Esta vez hay ocho empleados: dos están sentados al lado de la estufa; uno hace cigarros y el otro lee *La Correspondencia*.



Exposición Universal de Barcelona. – INSTALACIÓN OFICIAL DE FRANCIA. (Porcelanas de Sevres y tapices de los Gobelinos)

Los demás están sentados en sus mesas.

–¿Y el señor Pérez? – pregunta el portero que acompaña á don Salvador.

– Hace poco estaba aquí; pero en la casa debe de estar, porque ahí está el sombrero.

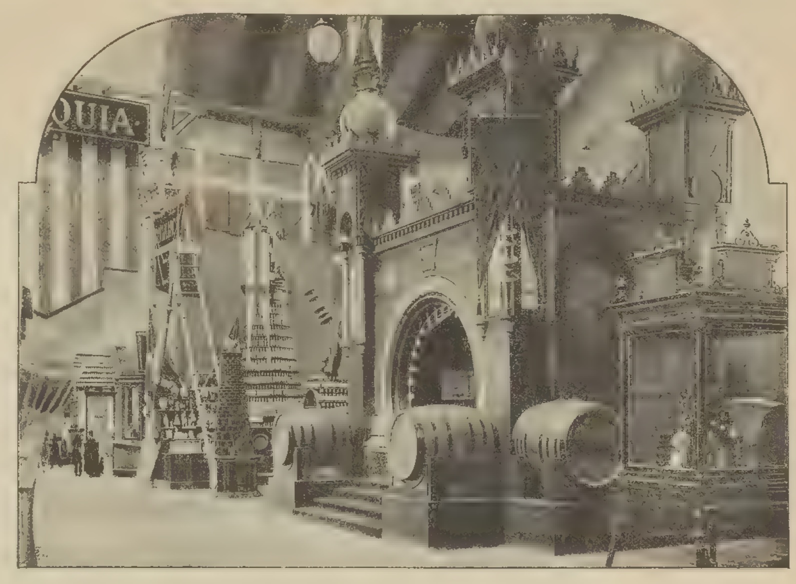
Y al decir esto señala á la percha donde campea el mismo hongo.

Don Salvador no quiere oir más; sin recordar para nada su intimidad con don Germán Laredo, flamante director, logra penetrar en el Registro general, y allí sabe que el expediente que le interesa ha tenido entrada en el Negociado hace sólo dos meses, y que no se despacha porque hay orden de no despachar los de su índole sin que haya un volante del jefe indicándolo así; y sabe más: adquiere la certidumbre de que nadie, absolutamente nadie ha recomendado su negocio; que, á pesar de ser justo, necesita recomendación para ser despachado.

Ha vuelto á Aldehuela; no se ocupa de la cosa pública, y cuando le hablan de Administración, exclama:

– La Administración española es un sombrero sin cabeza.

JUAN VALERO DE TORNOS



Exposición Universal de Barcelona. – INSTALACIONES DE SUECIA Y NORUEGA

EL AZÚCAR DEL CARBON DE PIEDRA

De cuantas substancias naturales conoce la química y utiliza la industria, ninguna existe tan importante, ni que haya dado tan variados productos como los carbones fósiles, de manera que si la química orgánica puede llamarse la monografía del carbono, la mayor parte de ella refiérese á los derivados de la hulla, sólidos, líquidos y gaseosos, á veces muy distintos, otras tan parecidos que sólolos diferencian meros caracteres físicos, siendo su isomeria asunto de muchísimo interés científico. El carbón negro opaco é insoluble da los colores de la anilina y el ácido prúsico; de él se extraen el ácido fénico y el gas del alumbrado, y cuando se le destila produce alquitranes y breas, amoníaco, ácidos diversos, y puede decirse en general que en la hulla se contienen, y en número no escaso, representantes de todas las funciones químicas señaladas en el método de Berthelot. Quiero ocuparme en uno de estos derivados singularísimos del carbón de piedra, en las propiedades de un azúcar nitrogenado poco ha descubierto y que ahora comienza á estudiarse desde los puntos de vista químico é higiénico, confiando algunos en que la sacarina – nombre dado al azúcar en cuestión – ha de resolver determinados problemas, dando á la Medicina eficaces medios de combatir dolencias que hasta el presente no han podido todavía remediarse. Por otra parte, el enorme poder sacárico del nuevo azúcar hace pensar en que acaso pudiera utilizarse como alimento, idea muy recientemente combatida, con razonamientos de gran valía, por M. Girard, ya que la sacarina no es asimilable en el organismo y se expele en la orina sin modificaciones reconocibles, cualidad que la asemeja al ácido salicílico, no muy distante de ella en lo referente al modo de constituirse y á su fórmula química.

Trátase, pues, de un cuerpo notable, nada fácil de obtener, y cuyo origen es menester buscar en otra substancia hidrocarbonada derivada de la hulla, en el tolueno, próximo pariente del ácido benzoico. Así, no es la sacarina producto primario, sino consecuencia de variadísimas acciones químicas, nada fáciles de entender, y que no pueden, á lo menos en el momento presente, relacionarse con el sabor dulce que el nuevo azúcar manifiesta, aun siendo muy poco soluble en el agua: verdad es que á cada punto surgen las mismas obscuridades en el estudio de los derivados de la hulla, y la formación de este mismo cuerpo ignorábase hasta hace poco que Fremy acertó á explicarla de manera satisfactoria.

Cuando se descubre un cuerpo dotado de un carácter tan saliente como la sacarina, ocurre, en primer término, clasificarlo, buscando sus analogías, á fin de explicarse los mecanismos que le dieron origen, su manera de actuar con los distintos reactivos y todas aquellas propiedades características de la función química á que pueda pertenecer, dado su modo de constituirse. En punto á ello y aun dejando á un lado aquellas investigaciones puramente hipotéticas respecto del sistema de reunirse los elementos ó los grupos atómicos dentro de la molécula del compuesto, no puede menos sino admitirse la dependencia y enlace de las reacciones de cada substancia con su manera de formarse, ya que en sus propiedades todas parece verse algo semejante al sello de origen: recuérdese sino el último resultado de todos los análisis orgánicos en los cuales venimos á parar siempre en el elemento carbono, y el modo admirable como se realizan las más bellas síntesis atendiendo sólo á las cualidades químicas de los cuerpos estudiados. Aplicando semejante criterio á los nuevamente descubiertos ú obtenidos, que todos los días acrecientan el tesoro de la Química, se llegan á hacer estudios tan notables como el de la sacarina, cuyo conocimiento, si de reciente data, es de tal suerte completo, en lo referente al modo de producirse, que hay distintos medios de fabricarla, aun sin estar bien determinados sus mismos caracteres químicos.

Cupo á los químicos norte-americanos Remsen y Fahlberg, la suerte de haber aislado por vez primera la sacarina el año de 1879, estudiando los derivados de substancias muy complicadas, procedentes de otras, á virtud de acciones químicas de tal índole, que en ellas intervienen radicales y grupos pertenecientes al nombrado tipo amoníaco. Mlle. Ana Wolkow había aislado la primera materia de la sacarina cuando logró obtener y describió las cresilsulfamidas, cuerpos rarísimos que dan, mediante ciertos oxidantes, una materia poco soluble en el agua y de sabor muy azucarado: la sacarina de Fahlberg. Se trata, pues, de una de aquellas substancias químicas nombradas imidas, y no ciertamente de las más sencillas, sino de esas cuya nomenclatura es difícil: de la imida ortosulfobenzoica, resultante de la deshidratación del ácido sulfoamidobenzoico. A fin de comprender el significado de semejantes términos, imagínese el lector el carburo tolueno, nombre que al punto recuerda el bálsamo de tolú tan usado en Medicina, y que este tolueno se trata con ácido sulfúrico, cuidando de no pasar la temperatura de cien grados centígrados; de la acción química resultan dos ácidos sulfúricos particulares é isomeros, los que pueden dar sales con la cal, sales descomponibles mediante el sodio, formándose sales sódicas. Tenemos, pues, una primera serie de metamorfosis, desde el tolueno y el ácido sulfúrico á dos especies de sales mezcladas, con base de sosa, en cuyos ácidos entran los elementos del sulfúrico y los del hidrocarburo originario. Desecadas las sales sódicas, se comienza nueva serie de metamorfosis al tratarlas por el tricloruro de fósforo y el cloro gaseoso y bien seco, de donde resultan nuevos compuestos luego de destilada la mezcla y enfriada; resultan el pirosulfocloruro de tolueno sólido y cristalizado y el ortosulfocloruro de tolueno líquido, base de otros cambios. En estas reacciones sucede una cosa muy sencilla: son meras substituciones del hidrógeno por el cloro, eliminándose varios cuerpos de las sales empleadas. El ortosulfocloruro de tolueno puede tomar algunos elementos del amoníaco, convirtiéndose en ortosulfamida apenas soluble en el agua, y este cuerpo da con el permanganato potásico una sal alcalina, que tratada convenientemente por el ácido clorhídrico, se transforma en benzosulfimida ó sacarina. También se origina, cuando se transforman en ácidos orto y pirosulfobenzoicos, valiéndose de oxidantes los ácidos orto y pirocresilsulfurosos y luego se procede como si se tratara de los ácidos sulfurados del tolueno. Ambos procedimientos son industriales, y aun cuando parecen de extremada dificultad, se vencen las complicaciones siempre que se tenga presente que la elevación de temperatura, tratándose de substancias no bien determinadas y muy inestables, es causa de nuevas metamorfosis, y que agentes tan enérgicos como el ácido sulfúrico y el permanganato potásico deben manejarse con sumo cuidado á causa de sus tendencias á oxidar y destruir las materias orgánicas, y basta

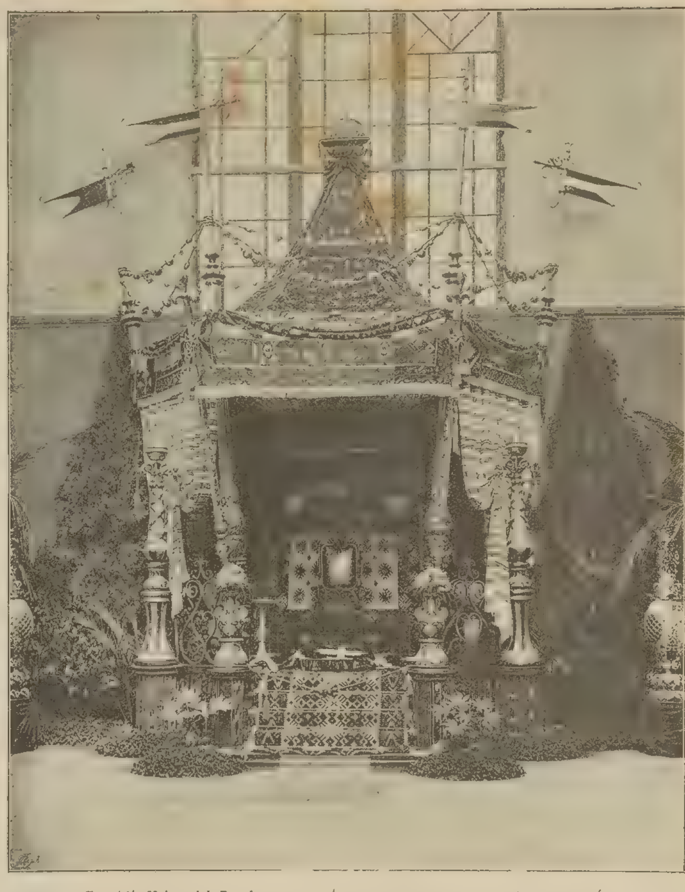


Exposición Universal de Barcelona. – INSTALACIONES DE ESPAÑA

recordar que la mezcla de ambos inflama el alcohol y quema el papel. Quitando á los cuerpos usados aquellos nombres extraños exigidos en la imperfecta nomenclatura química actual, cuando quiere en una palabra expresar el origen de toda substancia y sus componentes, redúcese el procedimiento de obtener sacarina á transformar en imida un ácido sulfurado del tolueno, ya partiendo de éste y del ácido sulfúrico, ya de otros ácidos sulfurados y de los oxidantes conocidos en la Química.

El resultado de los cambios relatados es un cuerpo sólido blanco, cristalizado en prismas gruesos y achatados, bien definidos, apenas solubles en el agua, á cuyo líquido dan sabor tan dulce cual si estuviera saturado de azúcar. La sacarina tiene además otras propiedades singularmente curiosas: semejante á la urea, únese á los álcalis y forma sales muy solubles en el agua y muy azucaradas; el bicarbonato sódico en disolución disuelve la sacarina, también soluble en el agua caliente, cristalizando, por enfriamiento, con mucha facilidad. Al examinar las acciones de los disolventes neutros sobre el azúcar del carbón de piedra, nótanse ya las extrañas propiedades de semejante cuerpo. Como en el agua, se disuelve mejor en el alcohol caliente, apenas es soluble en el éter sulfúrico y en el éter del petróleo, y se disuelve en la glicerina y sobre todo en el jarabe de glucosa, siendo esto motivo de uno de sus principales usos, la falsificación del azúcar cuando ha de emplearse para hacer licores ó bebidas dulces.

Es el sabor en extremo azucarado lo que principalmente distingue á la sacarina, y á fin de tener idea de su poder sacárico conviene tener presente su escasa solubilidad en el agua. Con efecto, un litro de este líquido disuelve apenas dos gramos y medio del nuevo azúcar, del cual es suficiente un gramo para endulzar hasta setenta litros de agua, lo que significa que es 280 veces más dulce que el azúcar de caña. Semejante dato tiene mucha importancia: trátase de un cuerpo amidado, de constitución difícil y de acciones químicas especiales que llegan hasta desalojar el ácido bórico de sus compuestos y al propio tiempo casi insoluble y de dulcísimo sabor. Añádanse á tal carácter sus demás cualidades. La sacarina es un azúcar que no fermenta como la glucosa ni se altera en el organismo; al parecer no es venenosa, huele un poco á almendras amargas, aunque los insectos huyen de ella, y con ser tan dulce no agrada á hormigas, moscas y abejas tan aficionadas al azúcar. Fija á 100 grados, fusible á 118 y vaporizable á 150 descomponiéndose, no reduce las sales mercúricas ni las de plomo, tiene marcado carácter ácido y forma sales con los alcaloides, siendo difícil hacerle perder su sabor dulce aun combinándola con la quinina. Cuanto hasta ahora se sabe de la sacarina permite separarla del bien definido grupo químico de los azúcares, ya que en lugar de fermentar y metamorfosearse de igual manera que ellos se transforman, es antipútrida y detiene ó impide las fermentaciones si el medio en el cual deben efectuarse no está ácido. Además carece de toda acción sobre el organismo, no es venenosa; pero se expele en la orina apenas descompuesta ó cuando más transformada con el ácido benzoico sulfoamidado de donde procede.



Exposición Universal de Barcelona. – PABELLÓN DE HONOR EN LA INSTALACIÓN DE HUNGRÍA

Al punto de conocidos y bien comprobados los anteriores caracteres y luego de haber visto cómo los carbonatos alcalinos, sin alterar la sacarina aumentaban su solubilidad en el agua, se pensó en utilizar este singularísimo cuerpo, pensando, á causa de su inocuidad, que substituyera al azúcar en varios casos, se aplicara en la Medicina y entrara en el número de los alimentos. Fahlberg, seducido acaso por las cualidades de la substancia obtenida en su laboratorio, pensó en fabricar un producto compuesto de glucosa extraída de la uva ó preparada de la fécula y sacarina, capaz de reemplazar al azúcar de caña ó al de remolacha en diferentes usos, y no iba descaminado en sus intentos cuando demostró que un gramo de glucosa añadido á un kilógramo de sacarina da un azúcar al parecer igual al de la caña, aunque de él se distingue por aquello que principalmente caracteriza los azúcares.

Llegados aquí, surge ya el problema de las presentes y futuras aplicaciones de la sacarina, problema relacionado con la higiene sobre todo. Diferentes experimentos se han practicado con objeto de investigar sus usos medicinales y la conveniencia de emplearle en la alimentación ordinaria. M. Stutzer de Bonn hizo repetidos experimentos, llegando á demostrar que la sacarina, aun en cantidades considerables, no perturba ni altera la función del jugo gástrico en una digestión artificial, actuando de continuo como antiséptica; para Salkowski actúa sobre el jugo pancreático y la saliva, impidiendo sus funciones sacarificantes, suponiendo un medio ácido, en cuyo caso no impide las alteraciones de la albúmina; sin que esto signifique afirmar caracteres venenosos en la sacarina, porque pueden ingerirse en el organismo diez gramos diarios impunemente. Hay, pues, datos suficientes para suponer que el nuevo y singularísimo azúcar destruye varios alcaloides ó impide que el organismo lo absorba, y así, algunos fabricantes han querido añadirla á la cerveza, á cuyo líquido comunica buen sabor y excelentes cualidades que los bebedores aprecian.

Los sabios de Turín, Aducco y Mosso ensayaron de diversas maneras la sacarina y llegaron á probar que se elimina por la orina sin alterarse en el organismo, no tiene, á la larga, acción alguna sobre el aparato digestivo, no altera la orina, no se elimina sino por semejante medio, de cualquier modo se absorbe con tal rapidez, que á la media hora de ingerida se acusa su presencia en las secreciones urinarias. En vista de lo expuesto y bien averiguados los caracteres referidos, pronto nació el intento de aplicar la sacarina como medicamento, creyéndose ya que la terapéutica poseía el medio de dar substancias azucaradas á los diabéticos, problema importante y hasta el presente no resuelto. Hay, no obstante, una circunstancia que distingue la sacarina de los azúcares. La nueva substancia no es un alimento, porque ni se modifica, ni en nada altera los jugos de la digestión si no están muy ácidos; de consiguiente puede ser mero vehículo, que combinado con materias amargas ó de mal sabor las endulce mejor que el jarabe y la glucosa.

El afamado químico francés M. Ch. Girard ha publicado recientemente un artículo lleno de atinadísimas observaciones acerca de la sacarina. Con justicia se alarma de las falsificaciones que puedan hacerse con el nuevo azúcar, capaz de dar al comercio productos dulces, de excelente sabor, pero de ninguna potencia alimenticia, ya que nada de ella queda en el organismo, y añade que, de consentirse el empleo del azúcar del carbón, pueden usarse grasas y harinas no alterables, y hacerse pastas y confituras que pasen por el organismo sin alterarse lo más mínimo, y no hay jamás derecho, aun tratándose de substancias inofensivas, á darlas como alimento, no siendo alterables en las funciones digestivas. Aun así, la importancia de la sacarina es muy grande desde el punto de vista químico. Trátase de un cuerpo complejo derivado de la hulla después de complicados mecanismos y de acciones químicas, si conocidas en cuanto á sus resultados, no bien determinadas en los estados intermediarios del fenómeno. Es frecuente observar este género de metamorfosis en las que cuerpos ácidos sulfurados se apropian de cualquier modo cuerpos amoniacales, constituyendo esas substancias nombradas imidas á las cuales pertenece la sacarina.

Cuando nos encontramos en determinadas circunstancias químicas y en presencia de lo que en las doctrinas atómicas se nombra moléculas complejas, siempre inestables, se piensa en el inmenso ciclo de metamorfosis de materias semejantes al carbón, cuyos desdoblamientos aun no son por entero conocidos, y cuesta trabajo pensar cómo de la masa negra, opaca é insoluble se llega á la dulce sacarina.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

NOTICIAS VARIAS

LAS MINAS DE RUBÍES EN BIRMANIA. – Una expedición inglesa ha partido de Mandalay para ocupar la región de las célebres minas de rubíes birmánicos, que se encuentran á unas 70 leguas de la capital. La marcha de esta compañía ha sido muy difícil y lenta, pues apenas ha hecho 6 millas por jornada. Pero ha tenido que tomar á viva fuerza las estacadas de los indígenas, abrirse paso á través de la poderosa vegetación de un bosque tropical, vadear muchos ríos y franquear, en fin, una altura de 600 pies.

Pero después de tantas fatigas y peligros llegó felizmente á Moguk, centro de la explotación minera, y muy pronto sabremos á qué atenernos sobre esos famosos yacimientos, cuyo valor, conocido de casi todos los que visitaron el Oriente en la Edad media, ha sido sin duda exagerado. Las minas de rubíes birmanos están descritas sobre vagas noticias en la obra clásica de Taberiner, el cual indica que producen, además de los rubíes, espinelas, topacios amarillos, zafiros blancos y azules, jacintos y amatistas.

El primero que visitó estos yacimientos fué el padre José Anato, en 1830.

Por la adquisición de las minas de Moguk, el gobierno inglés está ahora en posesión de los principales criaderos de piedras preciosas del mundo, y especialmente de rubíes. Existen, poco conocidos, en el Badakshan de China, pero los más importantes son los de Birmania y de Golconda, los de Australia y los de Ceilan.

Sin embargo, por la dificultad de la vigilancia, y por falta de tentativas de seria explotación, es de creer que Inglaterra no sacará más provecho de las minas que acaba de adquirir que de todas las de diamantes, esmeraldas y oro que le pertenecen en la India y que le dan hoy ínfimos rendimientos. Hasta las minas de diamantes de Ceilan, que en otro tiempo tenían celebridad fabulosa en todo el Oriente están hoy muy decaídas: su explotación, abandonada á la iniciativa privada, no produce más de 250,000 francos anuales.

***

LOS CENTENARIOS.—Acaba de morir en Muro (Córcega) un hombre que contaba la respetable edad de ciento trece años, tres meses y veintiún días. Marchetti (Juan Antonio) había nacido en Zilia el día 1.° de mayo de 1775. Entró en el ejército en 1793, y siguió á Napoleón Bonaparte desde el sitio de Tolón hasta Marengo, en cuya jornada fué herido gravemente. Fijó luego su residencia en Muro y se casó cuatro veces.

(De *La Nature*)

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año VII — Barcelona 8 de octubre de 1888 — Núm. 354

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE MUNICH

LAURA, cuadro de Conrado Kiesel

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN DE MUNICH

Se ha dicho de Munich que era la Atenas moderna, y aun cuando la comparación sea algo hiperbólica, es indudable que en la capital de Baviera se respira atmósfera de arte. El extranjero que visita esta ciudad ha de notar precisamente los esfuerzos realizados con feliz éxito para darla cierta semejanza con las poblaciones de la antigua Grecia. Aparte la semejanza arquitectónica de algunos edificios, hasta en los nombres con que son conocidos, Pinacotea, Gliptotea, Prodyleos, etc., etc., se echa de ver una tendencia marcada á la comparación con las ciudades del helenismo clásico. Débese ello principalmente á las aficiones particulares de sus dos últimos reyes, el último de los cuales hizo tal mescolanza de arte y leyenda en su no muy sólida cabeza, que acabó por perderla y hallar triste muerte en el paroxismo de una alucinación. Su padre, por su parte, si no llegó á erigir en ley del reino la incompatibilidad entre la belleza y el vicio, como cuentan del Areópago antiguas historias, no retrocedió por cierto ante la idea de unirse en matrimonio con una bailarina española, cuya única recomendación era la hermosura singular con que á Dios plugo dotarla, lo cual prueba que S. M. bávara era un grande admirador de la belleza, primera condición del verdadero artista.

Poco ganó la importancia política de Baviera bajo la administración de esos dos príncipes; mas, si al fin y al postre, el Estado bávaro estaba fatalmente condenado por las cábalas diplomáticas á ser absorbido por el imperio de Alemania, conservando solamente una apariencia de autonomía como la de los ríos que, después de alborotar mucho durante su curso, mueren dócilmente en el mar; nada ha perdido por cierto la ciudad de Munich, corte de Baviera, rindiendo al arte un culto, al cual debe una consideración muy superior á la de su influencia en los destinos del mundo.

A este orden de consideraciones se debe sin duda la importancia con que se atiende al fomento del arte y por ende la que adquiere la Exposición anual de pintura y escultura que se celebra en Munich, y es considerada como la manifestación superior de los artistas alemanes, mucho más notable que la celebrada en la capital del imperio. En distintos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido las obras más notables que han concurrido á esas exhibiciones de unas fuerzas que inspiran admiración y no terror, como los que en orden muy distinto alardean en la federación de que Munich forma parte. Ellas proporcionan triunfos menos sensibles que los de Metz y de Sedán; triunfos de los cuales el vencido no prepara el desquite ó lo prepara con general contento; ellas, en fin, si Dios dispone algún día el castigo de los soberbios, dejarán en la historia de Baviera una estela más permanente que la trazada por la quilla de la nave vencedora en el mar revuelto de los cataclismos europeos.

Considerando, pues, que las Exposiciones de pintura en Munich celebradas merecen singular predilección de los amantes del arte, consagramos la mayor parte del presente número á la publicación de aquellos cuadros que más legítimamente han llamado la atención en el certamen de este año, y por los cuales nuestros favorecedores podrán formarse una idea del interés que ha despertado esa solemnidad artística.

LAURA, cuadro de Conrado Kiesel

(Exposición artística de Munich)

El autor ha querido representar sin duda á Laura de Noves, la mujer inmortalizada por los versos del sublime Petrarca.

El 6 de abril del año 1327, lunes santo, á las seis de la mañana, el insigne poeta vió por primera vez, en una iglesia de Aviñón, á la dama que tan grande influencia había de ejercer en su existencia y de indirecta manera en la regeneración de la poesía italiana. Era esa dama hija del caballero Andiberto de Noves y estaba unida en matrimonio á Hugo de Sode: fiel á sus deberes de esposa y de madre, pudo Laura estar orgullosa de haber inspirado al primer poeta de su tiempo; mas nunca quiso ver en Petrarca sino á un amigo bastante imprudente para ocuparse de ella en un sin número de magníficas poesías. Veinte años vivió Laura después que tal amor inspiró al poeta. La peste de 1348, aquella mortífera peste que Bocaccio describió con tan horrible verdad, la arrebató al mundo, precisamente el mismo día del mismo mes y á la misma hora en que Petrarca la vió por vez primera.

El poeta nos dejó un retrato escrito de Laura en muchos de sus sonetos. Según éste, «su semblante, su continente, sus actitudes tenían algo celestial. Su talle era elegante y esbelto, brillantes sus ojos y sus cejas negras como el ébano. Dorados cabellos flotaban sobre sus espaldas, su garganta era correctamente formada, y el color de su rostro tan simpático que en vano el arte intentara producirlo. Nada tan dulce como su fisonomía, tan modesto como su aspecto, tan penetrante como el sonido de su voz. Su mirada era alegre y tierna á un tiempo, y tan honesta que insensiblemente inspiraba sentimientos virtuosos.»

Esta descripción la repite el poeta, conforme hemos dicho, en gran número de sus poesías, y como éstas han sido detenidamente estudiadas por varios eruditos y curiosos, hase hecho la observación de que, al enumerar las prendas físicas de Laura, nunca hizo Petrarca alusión á la nariz de su amada. Este *descubrimiento* fué causa de una disertación de Luis Gandini (impresa en Venecia, año 1581) en la cual se propuso demostrar que la famosa Laura de Noves era chata y arremangada de nariz.

Afortunadamente Kiesel no ha participado en su cuadro de la opinión de Gandini.

PELEA DE CHIQUILLOS
cuadro de Jorge Jakobides

(Exposición artística de Munich)

Composición del género naturalista que no degenera en bastardo. Las figuras están graciosamente dibujadas y las fisonomías de los personajes son notables por la verdad de su expresión.

NUEVA REMESA, cuadro de W. Loovith

(Exposición artística de Munich)

Como expresa claramente su título, representa este lienzo el acto de desembalar un mercader la remesa que últimamente ha recibido de antigüedades y objetos de arte. Varios aficionados de primera mano examinan cuidadosamente las mercancías, cautivando especialmente su atención una hermosa estatua que bien puede ser de Venus por las señas.

Es notable este cuadro por la naturalidad de sus personajes, y no sería imposible que su autor conociera y se hubiese ladeado inconscientemente hacia el célebre *Modelo* del inmortal Fortuny.

MATÍAS KLOTZ
fabricante de violines de Wittenbol
estatua de Fernando de Miller

(Exposición artística de Munich)

Entre los fabricantes de instrumentos llevan la palma los de violines. Verdad es que el violín lleva la palma, á su vez, entre todos los instrumentos. Un Stradivarius legítimo es conceptuado una verdadera joya. No es, pues, de extrañar que los alemanes, músicos por excelencia y entusiastas especiales de los instrumentos de cuerda, den verdadera importancia á un fabricante de violines célebre. Hoy se le da á un fabricante de pianos, y no obstante del piano al violín la distancia es la misma que la de la máquina al ingenio.

Miller ha hecho la estatua de Klotz, y aun cuando no se refiera en ella á un héroe clásico ó legendario, ha tratado el asunto con el mismo cariño que si de alguno de aquéllos se ocupara. La obra corresponde perfectamente á la intención del autor: Klotz no es en ella el fabricante de un objeto vulgar que copia rutinariamente á su maestro ó á sus predecesores; es un verdadero artista, un genio que pone todo su ser en la confección de un instrumento y que de antemano se goza en los acordes que otro genio producirá con él, gracias al esmero del fabricante, á su entusiasmo por el arte, al respeto que le inspiran los objetos empleados en su culto. La madera del violín de Klotz es ni más ni menos que el barro de la estatua de Miller.

LAS PARCAS, cuadro de Pablo Thumann

La Mitología dice que Clotho, Lachesis y Atropos, hijas según unos de Erebo y de la Noche, y del Destino y la Necesidad según otros, eran unas deidades infernales, de las cuales la menor asistía al nacimiento de los hombres, la segunda fabricaba el hilo de su vida y la tercera cortaba ese hilo, ó sea la existencia. Algunos artistas, teniendo en cuenta su calidad de deidades infernales, pintan á las Parcas horriblemente feas; otros reservan la fealdad para la hermana mayor, por ser la encargada de cortar el hilo de la vida. De esta última opinión ha sido Thumann, que ha tratado este asunto con un sentimiento, una filosofía y una elegancia de formas admirables.

SAN FRANCISCO DE ASÍS
cuadro de Ricardo de Villodas

(Exposición Universal de Barcelona. – Palacio de Bellas Artes)

Hay quien pretende que la pintura religiosa ha desaparecido; error insigne que equivale á suponer que el arte ha renunciado á sus más bellos ideales. Lo que ha desaparecido, mejor dicho, lo que ha evolucionado, es la pintura mística tal como la sentía Fra Angélico por ejemplo. Mas nada ha perdido el arte religioso porque sus profesores hayan conciliado en sus obras lo humano y real de la imagen con lo sublime del afecto que la inspira. Muchas veces lo hemos dicho: hoy se pintan santos *posibles* y ni el arte ni la religión sufren por ello quebranto.

Así lo ha comprendido Villodas y de ello es muestra el cuadro que publicamos. Ese San Francisco vive, alienta, tiene vida física propia; pero al mismo tiempo su pensamiento, la parte inmaterial del personaje vive en más altas esferas, busca la luz allí donde la luz se engendra, descubre al Señor donde el Señor existe.

Un aplauso al ilustre artista español, aplauso unánimemente acordado por cuantos se deleitan contemplando su obra.

EN EL CAMPO, dibujo de Juan R. Wehle

Apunte delicioso que da buena idea del bienestar que sienten los niños durante el veraneo. Allá en la pradera, corriendo tras las mariposas, respirando el aire libre de los campos, reaparecen en los rostros infantiles los colores que se habían desvanecido en la ciudad. La hermosa niña dibujada por Wehle ha encontrado la cofia de una labradora y se la ha encasquetado para dar cuenta del hallazgo á su olvidadiza dueña, á la cual sigue indudablemente con la vista. La figura es simpática: siempre los pájaros son más bonitos cuando no les aprisiona el hierro de la jaula.

SANTA ISABEL, cuadro de Guillermo Volz

(Exposición artística de Munich)

Conocida es la historia de la piadosa reina de Hungría, célebre por su humildad y sentimientos caritativos. El autor la representa en el acto de distribuir limosnas á los pobres, despojada de toda pompa, á solas con sus queridos menesterosos y con su hermosa conciencia, cuya tranquilidad trasciende á su rostro simpático é impregnado de dulzura.

Es una obra de arte perfectamente sentida, en la cual el pintor ha hecho gala de una sobriedad de recursos muy original y recomendable.

CAMINO PELIGROSO
cuadro de Guillermo Rauber

(Exposición artística de Munich)

Los peligros de este camino deben consistir en los salteadores que se lanzan sobre los indefensos viajeros, á quienes asesinan y roban despiadadamente. Algo de ello y muy terrible debe haber ocurrido antes de la llegada del brillante cortejo que hace alto para socorrer á un desgraciado, tendido sin vida en mitad de la senda. El carro volcado y la caballería muerta á un lado del camino explican claramente la catástrofe.

Es sumamente apreciable la delicadeza y precisión con que está pintado este cuadro hasta en sus menores detalles.

PANDORA, cuadro de Jorge Hosslin

(Exposición artística de Munich)

Es de sospechar que el artista se ha propuesto representar á aquella célebre mujer de la antigüedad mitológica cuya lamentable curiosidad fué causa de que los vicios se esparramaran por el mundo y de que en el fondo de la caja que los contenía quedara solamente la esperanza.

La composición es simpática en extremo y recuerda en muchos puntos las obras de los antiguos maestros alemanes.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

VIII

No abundan tanto, ni son tan interesantes como las tablas pintadas, los cuadros al óleo de la sección arqueológica, si exceptuamos la colección de la *Vida de San Francisco* por Viladomat, harto conocida aquí, estudiada con singular atención y cada vez más estimada. De haber sido posible colocarla á mejor luz, hoy que tantos forasteros y extranjeros inteligentes pueden contemplarla, hubiéramos creído llegada la hora de una rehabilitación definitiva para el insigne pintor catalán, ignorado de muchos y olvidado injustamente de otros más: porque lo cierto es que aun después de haber admirado habitualmente la soberbia serie, nos sorprende siempre la solidez de aquella pintura, su verdad y su sentimiento, y sobre todo aquella sobriedad propia de los verdaderos maestros, que coloca á Viladomat muy por encima de otros de mayor fama y en la línea de los pocos para quienes pasa el tiempo y muda el criterio estético en balde;... de los pocos, en una palabra, que, (modificando una frase célebre,) «son desconocidos cuando se pierde la razon, y admirados cuando se recobra.»

Fuera de tal colección, la más digna de señalarse á los forasteros, y de la que menos podemos hablar sin copiar á los críticos de ésta – sólo hallamos algunas obras de Moro, Holbein, Murillo, Rafael, Guido Reni, Cano, Coello, Mignant, Goya y algún otro, todos de estilo conocido. Lo más interesante por menos común y por su mérito intrínseco, es la serie de retratos al pastel por don Vicente Rodes, de una viveza y de una fuerza incomparables, y que en su tiempo pusieron la fama del pintor al nivel de los más célebres retratistas. Hay que atender sobre todo para encarecer el mérito de aquellos bustos parlantes y vivos, á una circunstancia que algunos ignoran. Con estar construídos y modelados admirablemente, algunos son simples estudios previos para trasladarse al óleo, evitando así las molestias de repetidas sesiones á los empingorotados clientes del retratista, entre los cuales figuraron Fernando VII y casi todos los personajes de su época.

Esculturas hay pocas en la sección arqueológica. Citaré sólo la celebrada estatua llamada de Carlomagno, de la catedral de Gerona, ejemplar rarísimo del siglo XIV y verdaderamente curioso, dos imágenes de talla de un realismo que excede á cuanto se ejecutaría hoy, y un paso ó misterio, enterramiento de Campeny, notable sólo por el carácter propio de ese género de representaciones en que la devoción y el efecto de conjunto suplían á la belleza y la corrección de las formas. Como las obras citadas, aunque mucho menos artísticas, aquellas figuras pintadas y vestidas, tétricas é imponentes, pertenecen al número de las imágenes devotas, comunes en España, propias para impresionar fuertemente la imaginación de la multitud con sus detalles arrancados á la misma realidad.

Pero hemos llegado tras esto á las colecciones quizás más interesantes para el estudio del arte en España: á las que, de un modo más directo, ponen á la vista el grado de perfección que alcanzaron nuestros artífices en competencia con los extranjeros, y la triste decadencia que arruinó tantas industrias un día florecientes en nuestro país: hierros, porcelanas, vidrios y joyas.

Los variados, numerosos y riquísimos ejemplares de herrería y cerrajería han llamado esta vez poderosamente la atención de los aficionados. Hay allí de todo: cajas de hierro, labradas, repujadas, con calados; goznes góticos, aldabas con seres quiméricos y animales, dragones alados, serpientes, con filigranas y rosetones, de martillo, etc.; uno, el de la Asociación literaria de Vich, lleva la figura de San Jorge, otro es el ya reproducido tantas veces de la casa del Arcediano de esta ciudad: hay cruces con imágenes extraordinariamente primitivas, Cristos apenas esbozados, las Marías y el apóstol San Juan, de un dibujo excepcionalmente candoroso; candelabros y hacheros de excelentes líneas, en extremo elegantes, rematados con hojarascas de una imitación perfecta; veletas, llaves cinceladas de infinitas formas y sobre todo la aun más sorprendente variedad de clavos ornamentales, flores, estrellas, cardos, de aspas, hemisféricos, etc., etc. Riquísima y prodigiosa variedad de formas, de pormenores caprichosos, de nimia delicadeza, labradas en el duro hierro con el mismo primor del encaje, ó con la misma flexibilidad de las tiernas plantas; aplicación de una fantasía inagotable y de una elegancia refinada á los utensilios



Exposición artística de Munich. - PELEA DE CHIQUILLOS, cuadro de Jorge Jakobides

más comunes y á la decoración menos visible de puertas recónditas ó remates de campanario.

Otra industria española, ayer floreciente y hoy casi desaparecida, que puede estudiarse por menudo en aquella sección, es la de objetos de cerámica. En ella figuran platos, botes, tarros, etc., hispano-arábigos, ricamente ornamentados con reflejos metálicos, vajillas con sencilla decoración azul, hermosos y grandes jarros de las alfarerías de Talavera, de Alcora, de la fábrica del Buen Retiro; de la segunda hay un precioso aguamanil y un busto del conde de Aranda; de la última muchos y riquísimos ejemplares, estatuíllas y grupos de porcelana de fino y elegante modelado, de exquisitos colores. Son notables, además, los azulejos góticos y mudéjares; entre los primeros, algunos de ornamentación azul; otro grande con el escudo de Cataluña; otros formando dos medios puntos con muchísimas figuras, interesantísimos por su composición y sus variados pormenores. En uno de ellos se representa una corrida real; en la tribuna del fondo la corte, protegida por una fila de alabarderos ó guardias de honor; alrededor del recinto, una empalizada por donde asoman los espectadores, y en la arena, varios jinetes y peatones armados de rejones, lanzas y chuzos, lidiando á dos toros á un tiempo. El otro medio punto es una partida de placer ó de campo entre varios caballeros y damas en diversos grupos sin verdadera conexión entre sí, y cuyo dibujo puede compararse exactamente al de las antiguas aleluyas de casacón y coleta; el banquete... el baile... el coloquio... la declaración amorosa... el refresco, etc.

De las lozas italianas hay algunas muestras de Faenza, Castelli, Savona, y una notabilísima de la renombrada fábrica de Capodimonte, amada de Carlos III y origen y matriz de la que este rey fundó en España.

La colección de vidrios es también numerosa y excelente, y aparte de los ejemplares romanos, alemanes y de la Granja, deben llamar particularmente nuestra atención los de procedencia catalana y barcelonesa, con esmaltes, con decoración de pájaros, flores ó dibujos geométricos. Al decir de los inteligentes, no desmerecieron en lo antiguo de los celebrados vidrios de la poética Venecia, y para los profanos es la misma, la incontable é indescriptible variedad de formas y oficios de jarros, fruteros, copas, platos, vasos, tazas, etc. Notable también, la brillantez y finura de los colores, verde, amarillo, rojo, azul, y la inverosímil delgadez de la materia, que los asemeja á irisadas pompas de agua, que tomó con imperceptible soplo las más caprichosas formas. De todos los objetos suntuarios son estos, á mi juicio, los más bellos y los que más excusan los espasmos y admiraciones de los aficionados y coleccionistas; acaso no hay otros en que se realice esa maravilla, que parece sueño, de dar consistencia y permanencia á los impalpables caprichos de la fantasía, sin quitarles nada de su aérea idealidad, y, al parecer, de su espontaneidad juguetona y breve: flores que hierguen su tallo y abren su delicadísima corola que parece va á disiparse con un suspiro; nimias combinaciones de colores tenues y exquisitos, que resbalando como un rayo de sol descompuesto en un prisma, se fijaron para siempre en el vidrio; todo cuanto puede soñarse de aéreo, impalpable y fugaz, congelado, digámoslo así, para recreo de la vista y de la imaginación.

Entre las muchas y ricas piezas de orfebrería deben colocarse en primer lugar los objetos destinados al culto, y particularmente los de estilo ojival en oro, plata y bronce, y consistentes en cruces, cálices, urnas, copones, incensarios. Dos cálices hay que merecerían descripción particular y minuciosa: el del papa Benedicto XIII, de elegantísimas líneas y esmaltado, además, con extraordinaria riqueza todo él, inclusa la soberbia patena, y el de Santa Eulalia, del siglo XVI, admirablemente cincelado. Las más notables cruces son, á mi juicio, una de plata románica, de Riells; otra esmaltada de otra parroquia humilde, y algunas otras expuestas en las vitrinas de los obispados de Barcelona y de Vich. Entre otros ejemplares del mismo carácter y dibujo é igualmente esmaltados, que no cito por no alargar esta apuntación, no cabe olvidar la urna de plata de San Cugat del Vallés.

Es imposible nombrar en esta sección ni aun las más principales joyas de oro ó plata, como pendientes, medallones, sortijas, bandejas, pilas, etc., que ya por su tamaño, ya por su cantidad, pasan inadvertidas á pesar de minuciosas revisiones. La colección es rica en preciosidades arqueológicas y artísticas: pedrerías engarzadas, afiligranados dibujos, esmaltes, miniaturas del Renacimiento y del siglo pasado y principios del presente abundan en aquellas vitrinas. Y como para convencernos de la superioridad de la joyería catalana, á la cual pertenecen algunos de aquellos objetos, se ha tenido la excelente idea de exponer igualmente los *Libros de pasantía* del gremio de plateros de Barcelona, donde figuran los dibujos ejecutados por los agremiados desde principios del siglo XVI hasta nuestros días. La colección perteneciente á este siglo hasta la decadencia del gusto, muy visible en los últimos volúmenes, es verdaderamente admirable, y algunos modelos, deliciosos por su novedad y por su primor.

Hemos apuntado, simplemente apuntado, conforme prometimos, lo más principal y saliente de la sección arqueológica, no de mucho, ni todo lo importante de ella, ni algunos grupos de objetos, como instrumentos músicos y cornucopias y otros, que se han completado últimamente. Pero ya que nos es imposible prolongar por más tiempo nuestra excursión dentro del palacio de Bellas Artes, creemos que bastarán estos apuntes para poner de relieve la excepcional importancia de la exposición retrospectiva, en la que el arte antiguo ha vencido por esta vez al arte moderno.

J. YXART.

Exposición artística de Munich. - NUEVA REMESA, cuadro de W. Loovith

UN CRIMEN DEL DÍA

A mi querido amigo el célebre pintor francés Mr. León Bonnat

I

¡Oh, primavera, juventud del año! ¡Oh, juventud, primavera de la vida! ¡Dichosos tiempos aquellos (no hace todavía dos siglos) en que respecto á la primavera escribía el célebre don Pedro Calderón de la Barca su poética y regocijada comedia *Mañanas de Abril y Mayo!* ¡Y más dichosos todavía para nosotros, respecto á la juventud (y



Exposición artística de Munich. - MATÍAS KLOTZ, FABRICANTE DE VIOLINES DE WITTENBOL, por Fernando de Miller

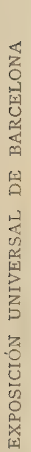
pronto hará de esto cuarenta años) en que buscábamos, varios amigos, el ambiente matutino entre las hermosas alamedas del Retiro!

¡Con qué placer sorprendíamos en las calles de lilas los botones primeros de las primeras flores! ¡Cómo nos complacía admirar las vueltas vertiginosas que en interminables círculos concéntricos daban los *ephemeres* en el pequeño y elevado estanque de la *Casa de fieras;* los giros caprichosos de los millares de peces de colores del *Estanque de las campanillas,* y el minucioso tocador con que limpiaban su plumaje los patos del *Baño de la Elefanta!*

Entonces toda la que es hoy parte izquierda del Retiro estaba *reservada* á los paseos de la familia Real; ni podía penetrarse en el embarcadero; ni visitarse las casitas rústicas; ni pasearse en vapor ó lancha por el Estanque grande, parodiahoy de puertos y bahías. Ni paseo de coches ni «Angel caído;» ni Exposición filipina; ni gruta de la Montaña rusa, ni restaurantes, ni velocipedistas. En cambio ¡qué abundancia de ruiseñores, qué grandes calles de gigantescos tilos que, formando anchísima bóveda, hacían



LAS PARCAS cuadro de Pablo Thumann



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

SAN FRANCISCO DE ASÍS, cuadro de Ricardo de Villodas grabado por Sadurní





EN EL CAMPO, dibujo de Juan R. Wehle

con sus millones de hojas impenetrable el más tenue rayo del, por aquel tiempo, achicharrador astro del día! Una plazoleta sobre todo era la preferida en nuestras matinales excursiones. Formábanla varios bancos de piedra anchos, y no muy bien conservados, que rodeaban un vetusto edificio irregular y medio desmoronado, llamado la *Antigua Casa de Fieras*, y en donde vivían ancha y cómodamente albergadas familias de jornaleros del *Real sitio*. Allí llevábamos con nuestros diez y siete años un caudal de esperanzas risueñas que uníamos en alegre consorcio á las mil flores que brotaban de cada planta. El Retiro nos ofrecía su hermosa primavera, juventud del año, y nosotros le dábamos en cambio nuestra juventud, primavera de la vida.

¡Cuántos no existen ya de aquellos jóvenes llenos de fe y de entusiasmo! Unos, como Agustín Bonnat, Luis Martínez, Miguel Aragón y Rafael Máiquez, murieron en la aurora de su reputación y de su talento; otros, como Fernando Ossorio, Luis Eguílaz, Francisco Zea, Rafael Gálvez Amandi y Gregorio Cruzada Villaamil, sucumbieron en la lucha de la vida, dejando en pos de sí hijos, hogar, celebridad y aplausos; otros, muy pocos, arrastramos aún la pesada cadena de la existencia en distintas posiciones y fortunas, separados unos de otros por el oleaje humano, como Pedro Antonio de Alarcón, Carlos Navarro y Rodrigo, Manuel del Palacio, José de Castro y Serrano, y Antonio Trueba.

¿Te acuerdas, querido León, de aquella célebre librería de la Puerta del Sol, donde tú empezabas á garrapatear con lápiz nuestros lampiños perfiles mientras tu excelente padre, presa ya de la enfermedad que le llevó al sepulcro, ojeaba, en perpetua fiebre, revistas y periódicos de todos los países? ¿Te acuerdas del elegante y atildado Mélida, padre de Enrique, hoy tu cuñado, y de Arturo, el ya reputado autor del Monumento á Colón? ¿Te has olvidado acaso de Ricardo Rivera, el eterno bohemio, pintor sin cuadros, autor sin libros, poeta sin poemas, con sobra de talento para todo y sin perseverancia para nada? En tu magnífico estudio de la moderna Atenas, al dar las últimas pinceladas á tu célebre retrato de Víctor Hugo, ¿no has recordado tu primer pincel comprado en la calle de Jardines, una mañana de Abril, para pintar el número de un estante de libros?

Ministros, consejeros, generales, embajadores, autores y artistas célebres, pobres jubilados, empleados humildes y autores olvidados, los que aun vivimos de aquellos amigos inseparables, apenas si nos estrechamos la mano de cuando en cuando y exclamamos al vernos: «¡pero, qué viejo estás!... ¿Cómo vives?... ¿Te acuerdas?...»

Hoy es invierno lo que ayer fué primavera; hoy es casi vejez lo que ayer fué juventud; mañana será muerte y olvido lo que hoy es aún un resto de vida y movimiento.

¡Oh, primavera, juventud del año! ¡Oh, juventud, primavera de la vida!

II

Cinco amigos paseábamos una mañana de Mayo por aquellas alamedas. No eran todavía las cinco de la mañana, y la tenue brisa del amanecer, apenas perceptible, anunciaba uno de esos días de prematuro verano tan comunes en la Villa del Oso y del Madroño. Uno de nosotros que dirigía inconscientemente nuestras diarias excursiones, leía en voz alta estrofas del *Jocelin* de Lamartine, que dos de nosotros escuchábamos con absorto recogimiento: los otros dos amigos rezagados sostenían una acalorada polémica acerca del mérito literario de Alphonse Karr y Henri Murger, los dos estilistas franceses más en auge por aquel tiempo.

No se extrañe que jóvenes españoles con ambiciones literarias, estudiaran y aprendieran sólo en textos extranjeros. Por aquella época la literatura española estaba reducida á las obras dramáticas que de tarde en tarde proporcionaban alguno que otro triunfo pasajero á Hartzenbusch, García Gutiérrez y Rodríguez Rubí. La novela no existía; el Curioso Parlante había enmudecido; Fray Gerundio se preparaba á convertirse en historiador; Zorrilla, único representante de la poesía lírica, se embarcaba para América, y tres ó cuatro periódicos diarios y dos ó tres semanales formaban la prensa periódica, donde la crítica literaria tenía por únicos sacerdotes, que oficiaban sólo en las grandes solemnidades, á don Aureliano Fernández Guerra y á don Eugenio de Ochoa. Aun no escribía Valera; aun estaban en Sevilla Tamayo, en Granada Alarcón, Castro y Serrano y Manuel del Palacio, en Guadalcanal Ayala y Martos; Castelar, Pérez Galdós, Grilo, Núñez de Arce y tantos otros cursaban los años de la segunda enseñanza. ¿De qué habían de hablar los futuros literatos sino de los autores clásicos españoles y de los modernos poetas y novelistas extranjeros?

Sin saber cómo llegamos al estanque chinesco, y apoyados los cinco en la barandilla de hierro mirábamos distraídos reflejarse en las tranquilas y verdosas aguas los primeros rayos del sol naciente. El légamo cubría á trozos la superficie del agua, y algas anchas y espesas la daban un tinte sombrío, anuncio de emanaciones palúdicas. Por entre ellas veíanse atravesar millares de peces de colores, algunos de gran tamaño; y de un cañón de hierro oxidado caía un hilo de agua, único caudal con que debía llenarse siempre, sin verterse nunca, aquel mísero y desadrillado estanque. Uno de nosotros dió un grito y señaló un objeto que aparecía flotando entre dos madejas de fango verdoso. Todos retrocedimos un segundo para volver inmediatamente á apoyarnos con ansiedad en la barandilla. Aquel objeto era. . la cabeza de un ahogado. Al estupor sucedió el movimiento. Mientras uno de nosotros corría á llamar al primer guardia que se presentara á su vista, otros daban rápidamente la vuelta al estanque para colocarse más cerca del espectáculo; algún otro, más delicado de nervios, se retiraba decididamente de la vista del mismo; y otro, que había de desempeñar más tarde en la vida el puesto de magistrado, buscaba con escrupulosa nimiedad rastro ó señal del asesinato ó del suicidio; alrededor de la plazoleta, de uno de los copudos árboles que la formaban se extendía una rama, y de ésta colgaba una cuerda, no muy gruesa, con un nudo corredizo á la punta. Al pié del árbol se veía arrugado un pañuelo de seda azul, y sobre él, colocada exprofeso para ser vista, una carta con sobre pero sin lema. El futuro magistrado cogió sin vacilar la carta, vió que no estaba pegado el sobre, y sacándola rápidamente, empezó á leerla. Nos agrupamos á su alrededor y leyéndola al mismo tiempo él en voz alta y nosotros por encima de su hombro, en silencio, pudimos darnos completa cuenta de la catástrofe. La carta decía así:

III

«Cuando abra la justicia la puerta de mi casa, encontrará el cadáver de mi esposa en el lecho conyugal. Tiene 23 años; es hermosa; y el puñal que verán clavado en su pecho, de donde ha brotado á mi vista un río de sangre, realza con su mango negro la blancura de aquel seno de nieve, albergue de su corazón infame. – Se casó conmigo por amor, á despecho de su familia y con gran pesadumbre de la mía. De conducta irreprochable, de educación esmerada, y de sentimientos nobles y generosos, llevó á nuestro nuevo hogar todas las risueñas esperanzas de una existencia feliz. ¿Presentían sus padres y mis hermanos el término terrible y rápido de nuestra dicha, al oponerse á nuestra unión? ¿Quién sabe? ¿Era su oposición fruto del estudio de nuestros respectivos caracteres? Tal vez. Consejos y pronósticos fueron desoídos por ambos; y los primeros meses de nuestra unión, copiaron con exceso las delicias de un paraíso eterno.

»A los veinte días de nuestra boda, conocimos á un hombre, célebre en los fastos artísticos, y que casi doblaba la edad á mi esposa. Sus relaciones amistosas no pasaron los límites de una cortesana indiferencia, convertida en superficial confianza, debida á la facilidad con que habíamos de vernos á todas horas en un balneario de los más concurridos de las provincias vascas.

»Ni en la conducta de mi esposa, ni en la verosimilitud de las aberraciones humanas, podía caber la posibilidad de una traición inexplicable. No pasó, pues, por mi imaginación, que ante mis ojos y en nuestra luna de miel, la curiosidad del placer ajeno, como llama Balzac al adulterio, empezara á tejer sus hilos misteriosos. – Las demostraciones exteriores de aquel hombre, me producían, sin embargo, un malestar inexplicable. Su sonrisa irónica, sus miradas profundas, sus frases incisivas, no parecían tener objeto determinado, pero una voz secreta me advertía, sin precisarlos, peligros y montañas en aquellos granos de arena.

»Ocho días después, se despidió aquel hombre de nosotros: mi corazón respiró con más libertad; mi mujer parecía no haberse apercibido siquiera de su ausencia

»A nuestro regreso á Madrid, yo mismo encontré en la calle al individuo en cuestión y... yo mismo... como sucede siempre... le invité á subir á mi casa. Sus visitas fueron asiduas pero indiferentes. Mi mujer manifestaba casi disgusto al verle. Yo, á pesar de mi inexplicable repulsión, trataba de no darla á conocer, por no estar justificada á mis propios ojos. Temía, y con razón, aparecer ridículo con mis sospechas intuitivas, á los ojos de mi mujer. La ciencia del matrimonio es tan difícil, que necesita como todas las ciencias, fría razón y ánimo sereno. Una ligereza, un paso en falso es suficiente para comprometer los más seguros cálculos y las más exactas operaciones. Además, si un marido celoso es siempre mal juez para sentenciar pleitos matrimoniales, aunque tenga razón en sus celos, ¿con qué frialdad y juicio podrá serlo si sus celos son infundados?

»Pasaron días; mis ocupaciones diarias me obligaban á estar algunas horas fuera de mi casa, pero durante estas ausencias, jamás fué á ella el artista. Mi mujer, en cambio, solía salir sola á visitar á su familia.

»Hace ocho días recibí un *anónimo*. Arma infame y vedada, pero siempre segura. Su afilado hierro, hiere, desgarra y mata sobre seguro, á traición y con alevosía. Ni el corazón frío, ni la razón tranquila, ni la conciencia recta, pueden evitar sus estragos. Cuanto más se la anatematiza, se la desprecia y se la aborrece, más se alza orgullosa entre la sombra, para deshonrar, para herir, para cebarse en sus víctimas.

»El *anónimo* me señalaba no sólo como marido desdichado, sino como un esposo complaciente. Se me daba á entender que yo *lo sabía todo* y pasaba por ello. Con el fin de salvar mi honra y mi decoro, si algo de él me restaba, se me señalaban la casa, la hora y los días en que mi esposa iba á ver á su amante. Concluía la carta con la conocida redondilla de *El hombre de Mundo:*

«¡Qué ridículo papel
el pobre marido hacía!
¡Todo Madrid lo sabía,
todo Madrid... menos él!»

»Disimular, fingir y aparecer sereno, con un dardo en el corazón, con una puñalada en la honra, con la muerte en



Exposición artística de Munich. – SANTA ISABEL, cuadro de Guillermo Volz

el alma, y eso durante tres ó cuatro interminables días, es el mayor suplicio que puede haber inventado el mayor tirano. ¡Y las noches de esos días compartir con la mujer culpable... las conversaciones íntimas... los recuerdos de ayer... los planes para el siguiente día... en la misma mesa... en el mismo lecho!... No se concibe cómo no estalla el pecho en sollozos, la boca en gemidos, la mano en amenazas!!! ¡Qué cuatro días!

»Llegó por fin el de la cita. Yo espiaba desde el fondo de un portal obscuro la casa señalada en el anónimo: *Él* llegó primero. Un cuarto de hora después, por el extremo de la calle apareció *ella*... y seguía andando... y llegaba al portal, y penetraba en él con pié firme y semblante sereno; y yo no la dije «¡detente!» ni quise ver su turbación ni oir sus embusteras disculpas. Cinco minutos después lo sabía todo. Los porteros no resistieron á mis dádivas, y confesaron que hacía tres meses aquel hombre había alquilado aquel cuarto, y en él se veían durante tres ó cuatro horas los dos amantes dos veces á la semana en diferentes días. Subí al descansillo superior; desde él presencié su rápida despedida.

» – ¡Adiós, cielo mío, hasta el jueves!

» – Tuya siempre.

»Tuve que sujetarme á la barandilla de la escalera para no caer muerto allí mismo de dolor, de ira, de vergüenza. Cuando después de separarme como un loco por las calles, entré en mi casa, mi mujer me esperaba, tan serena como siempre, más tranquila que nunca. ¡Cómo puede el crimen afrontar con calma tales situaciones! ¡Qué abismo tan hondo y horrible el del corazón femenino!

»Ella misma me brindó anoche sus traidoras caricias. Yo, ebrio de furor, la cogí el brazo derecho y, parodiando las palabras de su amante,

» – ¡Adiós, cielo mío, – la dije, – hasta nunca! – y asestándola con mi puñal un certero golpe en el pecho izquierdo la dejé sin vida. Un quejido tenue y un río de sangre, concluyeron mi suplicio.

»Salí de mi casa, y paseé hasta el amanecer. Entré en un café y escribo esta carta, dirigiéndome al Retiro. Allí pienso acabar mi vida ó colgándome de un árbol ó ahogándome en cualquiera de sus estanques...

»¡Dios tenga más piedad de mi alma de la que han tenido los hombres!»

IV

Cuando concluímos la lectura de la carta, apareció nuestro amigo con dos guardias del Patrimonio. – Procedióse á sacar del estanque al ahogado, que estaba en él desde el día anterior... En su mano izquierda estrujaba todavía un papel: ¡era el *anónimo*!

LUIS MARIANO DE LARRA

EL MOLÍN DE XUAN FORCADA

Tengo que comenzar advirtiendo á ustedes que Pendones es un lugarín, que aunque no suele hallarse en ningún mapa ni en ningún diccionario (¡paguen ustedes Institutos Geográficos para esto!), se halla en Asturias, en el partido judicial de la Pola de Laviana y ayuntamiento de Caso, confinando con los pueblos de León que forman el ayuntamiento de Lillo, como Isoba, Cofiñal, etc.

De este último pueblo, no de etcétera, sino de Cofiñal, era nativo Pedro Rascón, avecindado en Pendones, por haberse casado con una mayorazga de allí que se enamoró de su buena figura y natural despejo con ocasión de hallarse Pedro de maestro de escuela en Tarna.

Era este Pedro un hombre muy listo, como lo suelen ser casi todos los de aquel valle, que los de Valdeburón llaman Trascollada; pero siendo realmente muy listo, pasaba todavía por mucho más entre aquellos asturianos de los cabeceros, que suelen ser todo lo contrario.

No sé si por su continuo trato con los rocines, pues se dedican ordinariamente á la arriería, ó por alguna otra causa, lo cierto es que entre los rocines y los dueños no suele marcarse demasiado la diferencia.

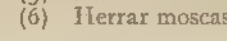
Conocíanle á Pedro Rascón sus convecinos con el sobrenombre de *el Castellanu*, y aunque le consultaban á cada triquite, y seguían su opinión en los casos de apuro, no dejaban por eso de tenerle envidia y hasta un poco de mala voluntad, porque era muy amigo de poner tachas á todas las cosas.

No se concluía obra en el pueblo ni chica ni grande, sin que se buscara en seguida con avidez, y al mismo tiempo con temor, la aprobación del *Castellanu*. Desde un par de madreñas hasta un par de ruedas, todo habían de someterlo á la censura de Pedro Rascón, la cual, en honor de la verdad, nunca solía ser favorable del todo.

Esto les desesperaba á los asturianos casi tanto como las bromas y los chistes que el antiguo maestro de Tarna decía contra ellos á cada paso; unas veces en latín, repitiéndoles y, por supuesto, traduciéndoles en seguida, aquel aforismo que dice: *Astures, fures, loquaces et mendaces;* otras veces en su lengua propia con aquello otro de: «Asturiano, loco, vano, poco fiel y mal cristiano,» y otras veces con otras mil cosas que se le ocurrían, á cual más dura y mortificante.

Por todo lo cual tenían muchas ganas de cogerle en una; es decir, de que llegara una ocasión en que el *Castellanu* llamado á emitir su opinión sobre una obra de cualquier vecino, no encontrara pero ni tacha que ponerla, ni tuviera más remedio que confesar que era perfecta y excelente.

En cuanto alguno hacía una cosa muy bien *iguada*, como ellos dicen, por contracción de *igualada*, pero con la significación de bien aliñada, bien pulimentada, bien compuesta, ya estaban los más entusiastas admiradores de la obra disponiéndose á llamar al *Castellanu* para que fuera á reconocer la perfección de la obra, seguros de que allí no había de poder encontrar ninguna falta.



Pero el *Castellanu* seguía encontrándolas en todo, porque todo solía tenerlas, y bien grandes por cierto.

Y además seguía mortificándoles, contando, verbi-gracia, que una vez al mayorazgo de Sobrescobio le había dicho uno de sus hijos, al echar por la mañana las ovejas.

—¡Ah, padre! La *obeya* rucia está *morta* en la corte: ¿*échula* á la vecera ó *déxiula* en casa?

A lo que el padre había contestado haciendo aspavientos sobre la necedad de la propuesta:

—*¡Xesús, Xesús!* Pero ¡qué *fiyus* más *borricus tengu!* ¿Cómo la has de echar á la vecera, rocín? Échala un *coloñu* de *fueya* (1) y *déxiala* en casa.

De donde se deducía que el padre era tan burro como el hijo.

También contaba que habiendo ido una vez ún mozo de Felechosa á misa á Caliao le había dicho un conocido suyo á la puerta de la iglesia:

—¡Ah, *hom!* (2) ¿*Morriste* tú ó *morrió* el *to hermanu*?

A lo que había contestado inmediatamente el de Felechosa:

—*Non; morrir morrió el mío hermanu*, pero *estubi* yo más *malu* que *elli* (3).

Con estas cosas se proponía Rascón demostrar á los asturianos que eran muy tontos; pero tampoco dejaba libres á las asturianas, de las que decía que una vez en Cabañaquinta se habían reunido casi todas las del pueblo á asistir á la mujer del herrero que estaba de parto, y habiendo ido una de ellas al hórreo por un poco de manteca para hacer á la enferma un caldo, se quedó mirando un hacha nueva que había allá colgada de un clavo, y no volvía. Fué otra á buscarla viendo que tardaba y la dijo:

—¿Qué *faces* ahí, Petra?

—Estaba *mirandu* que hay aquí una *cisoria* (4) colgada, y si mañana ú otro día *vien per* aquí Mariquina con lo que paria, puede caer y *facerla* mal. ¿Verdad que *ye* (5) de pensar?

—Sí, sí; de pensar *ye*.

—Llamar á Xuanina la de Farrucu á ver qué diz.

Y después de llamar á Xuanina y de hacerla la misma relación y decirla qué era de pensar, contestó lo mismo:

—Sí, de pensar *ye*.

Y aconsejó que llamaran á Pepa, la cual tampoco dió más luz ni resolvió el caso; y así fueron llamándose unas á otras y se fué llenando el hórreo de mujeres, todas pensando en la cisoria y sin dar el caldo á la mujer del herrero; hasta que acertó á pasar por allí el tío Santos, de Isoba, quien, enterado de lo que ocurría, subió al hórreo, descolgó la cisoria del clavo y la puso en el suelo...

Así las cosas, un vecino de Pendones llamado Juan Forcada, no mal cantero, gran madreñero, buen maderista en todas las variedades del ramo, muy artimañero y curioso, y que, según él mismo decía, lo *iguaba* todo y entendía de todo menos de *ferrar mosques* (6), tuvo la ocurrencia de ponerse á hacer un molino.

Había estado un año sirviendo cuando era mozo allá en casa del alcalde de Lillo, y como el dicho alcalde tenía un molino harinero muy pequeño y era Juan el encargado de asistirle, conservaba perfectamente en la memoria el número de piezas, el nombre y la forma de cada una de ellas, con todos los demás detalles necesarios, de modo que, teniendo la habilidad que él tenía para reproducir en madera ó en piedra todo cuanto viera hecho por otro, la empresa había de ser para él lo más fácil del mundo.

(1) Hoja.
(2) Hombre.
(3) El ó ella.
(4) El hacha: viene del *cædere* latino, cortar.
(5) Es.
(6) Herrar moscas.



Exposición artística de Munich. – CAMINO PELIGROSO, cuadro de Guillermo Räuber

En un teso, hacia la parte más alta y más seca del lugar, cerca del hórreo suyo, hizo dos paredes paralelas de braza y media de longitud, otro tanto de distancia entre las dos y una braza de altura, todo conforme estaba en Lillo y con las mismas dimensiones que en el molino del alcalde. Sobre estas dos paredes puso unas vigas y asentó un piso, y sobre este piso construyó un cuadrado de pared, de poco más de otra braza de altura, con su puerta lateral y su ventana. Colocó sobre este cuadrado un tejadillo armado á pendolón, hizo varios tajos en un madero, en forma de peldaños, le puso arrimado á la pared junto á la puerta, con una inclinación de cuarenta y cinco grados, para que sirviese de escalera, y tuvo el armazón del molino completo.

En cuanto á la parte interior, no perdonó detalle para que el molino fuera lo más acabado en su género. Tendió en el suelo una vigueta, presa por una punta y libre por la otra, la hizo en medio el quicio para el rodezno, la enlazó por el extremo libre con la aliviadera, que es otra vigueta vertical cuyo extremo superior va á parar al lado de las muelas y termina en una zapata bajo la cual se mete una cuña, que según se aprieta ó se floja, hace subir ó bajar el rodezno y con él la piedra cimera, para que el molino ande más ó menos suelto y deje el grano más ó menos molido; arrancó las piedras de una cantera y las labró con mucho trabajo, porque eran muy duras, hasta dejarlas en la forma cilíndrica que tienen las piedras de molino; las horadó por el centro, puso en el agujero de la inferior la boja, hizo el rodezno labrando y ajustando con esmero las abéndulas, le puso los hierros, hizo la tramoya, el grandial, en una palabra, concluyó perfectamente el molino sin omitir ni siquiera la taravilla.

—¡*Pes* (1) qué idea de *hombri!*—decía uno de sus convecinos admirado de tanta habilidad.

—Así es,—añadía otro.—*¡Paez* mentira que un hombre *solu* haya podido *facer tantes coses!*

—¡Bendito sea Dios!—añadía un tercero.—¡Lo que *puedi* el *talentu* y la *desposición* de *les criatures!*

—Llamar al *Castellanu*,—dijo por fin el más entusiasmado de todos,—á ver si *alcuentra daque* (2) falta ó *daque defeutu* qué poner á esta obra.

—Sí, sí, *llamalu*,—dijeron tres ó cuatro á un tiempo.

—*Non lu* llaméis,—dijo Juan Forcada, que estaba muy alegre y muy esponjado con las felicitaciones de sus convecinos;—*non lu* llaméis; que también será capaz de *poneli* tachas, *perque esi* se las *pon* á *todu*.

No *seyas* (3) *bobu*, Xuan. ¿Qué tacha va á *poneli* á *estu*, si *non* las *tien*. *Llamalu, llamalu*.

Y opinando todos los demás de la misma manera, esto es, que por aquella vez no había peligro ninguno en llamar al *Castellanu*, porque no era posible que hallara defectos en el molino, salió comisionado al auto Manolín el de Natalia, el cual, llegado que fué á casa de Pedro Rascón, le dijo con sorna.

—¡Ah, *hom!* ¿*Quies* venir á ver el *molin* de Xuan Forcada, que ya está *fechu*?

—¿Y dónde le ha hecho?—preguntó Rascón.

—Allí en el *tesu*, por *cima* de *so* casa,—le contestó Manolón, añadiendo:—*Daquien* quería que te *avisáramus*, *daquien non*, por *miedu* de que *fallaras* algún *defeutu*; pero *paezme* que de esta vez *non fallas ningún*, *perque ye* una obra guapa del *todu*.

—Vamos allá, vamos allá,—dijo Pedro; y cinco minutos después llegaban ambos al molino.

Bajo la mirada escrutadora y un tanto burlona de los pobres astures, que querían leer á cada paso en el semblante de Rascón la verguenza y el bochorno que le iba á costar reconocer la perfección del artefacto sin poder ponerle ninguna tacha, comenzó el de Cofiñal á examinar el molino, haciendo esfuerzos por contener la risa que le retozaba en el cuerpo.

—Mira esto, mira aquello, mira lo de más allá,—le decían los circunstantes, todos á un tiempo, señalándole los perfiles que á ellos les parecían mejor, y pretendiendo abrumarle á fuerza de contar primores.

Cuando concluyó el reconocimiento, llovió sobre él una nube de preguntas.

—¿Qué *ti paez, hom*? ¿Qué tal? ¿Gústate? ¿*Faríaslo* tú *ansina*? ¿Qué dices?...—Y todos esperaban con aire de triunfo la respuesta, que necesariamente había de ser una confesión franca de que el molino era una maravilla ó, por lo menos, una obra perfecta en su clase.

—No está mal del todo, no está mal,—dijo Pedro Rascón, después de escuchar todas las preguntas;—pero...

Y aquí los asturianos, ya extrañados de que el molino no le mereciera más alabanza que la de no estar del todo mal, se quedaron con la boca abierta. ¿Era posible que á un molino tan bien *iguado* se atreviera el *Castellanu* á ponerle tachas? Y sin embargo, aquel *pero* no indicaba otra cosa.

—¿*Peru* qué?—le interrumpió al cabo el asturiano más atrevido.—¿*Peru* qué?

—Que un pequeño defecto sí tiene;—repuso Pedro.

—*Entos* (1), ¿*cuál ye, hom*?

—Que no tiene agua ni por dónde le venga.

—¡Calla!... ¡*ye verdá!*...—dijeron los dos ó tres vecinos más sinceros, mientras los otros bajaban la cabeza, corridos y á la vez enfadados de que un castellano solo hubiera conocido tan pronto un defecto que ellos, entre todos, no habían visto.

Desde entonces no volvieron á convidar al castellano á admirar sus obras.

Y desde entonces quedó en proverbio, para ridiculizar las cosas que teniendo buena apariencia carecen de lo principal, «el molín de Xuan Forcada, que no le faltaba más que el agua.»

ANTONIO DE VALBUENA.

(1) Contracción de pues.
(2) Alguna, alguno.
(3) Seas.

(1) Entonces.



Exposición artística de Munich. – PANDORA, cuadro de Jorge Hosslin

NOTICIAS VARIAS

EL TINTE DE LOS CABELLOS. – M. Le Blant ha leído recientemente en la Academia de Inscripciones y Bellas letras de París un curioso estudio sobre la cabellera de las mujeres, y en especial ha recordado que en todo tiempo, lo mismo en la antigüedad que en los comienzos de la era cristiana y en nuestros días, se le ha dedicado un cuidado particular. Sábese el gran papel que desempeñaba el tinte en los cabellos; un códice conservado en la biblioteca *Marciana* y titulado el *Ricettario*, de la condesa Nani, da á conocer los perfumes y drogas de que se valían las mujeres para variar el color de su cabellera. Los obispos de los primeros siglos clamaron contra estas prácticas, propias para llevar al infierno á las que de ellas hacían uso: «es arrostrar la cólera del Señor, que ha dicho: «¿Quién de vosotros podrá ennegrecer un cabello blanco y blanquear uno negro?» San Jerónimo clama á su vez contra las que se agujerean las orejas, se embadurnan la cara de cerusa y de púrpura y se tiñen los cabellos «de ese color que presagia las llamas del infierno.» Los rabinos decían por su parte que el diablo bailaba en los cabellos de las mujeres que se los teñían. M. Le Blant cita casos de exorcismos motivados por haberse refugiado el espíritu del mal en una cabellera dorada.

***

HILANDERÍAS DE ALGODÓN.—Puede calcularse al tenor de las siguientes cifras el número de brocas de filatura de algodón en todo el mundo industrial:

	Años	Brocas
Inglaterra	1885	43.349.000
Estados-Unidos	1885	13.250,000
Alemania	1883	4.900.000
Rusia	1883	4.000,000
Francia	1882	3.927,000
Indias inglesas	1885	3.048.000
Austria-Hungría	1885	2.077,000
Suiza	1884	1.880,000
España	1883	1.855,000
Italia	1883	1.200.000
Bélgica	1883	650,000
Suecia y Noruega	1883	310,000
Holanda	1883	250,000
Total		80.096,000

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII —— BARCELONA 15 DE OCTUBRE DE 1888 —— NÚM. 355

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MONUMENTO Á COLON proyectado y dirigido por el arquitecto D. C. Buigas y Monrabá, (según fotografía de Labielle)

SUMARIO



CATALUÑA, escultura de P. Carbonell

NUESTROS GRABADOS

EL MONUMENTO A COLÓN EN BARCELONA

Aunque algunas veces nos hemos ocupado en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA del monumento erigido en nuestra ciudad honrando al insigne navegante genovés y honrandose á sí misma, creemos interesante y de buen ver para nuestros favorecedores reunir en un número el conjunto y los detalles de esa obra, que por muchos conceptos favorece á la reputación de los artistas que en ella han tomado parte.

La traza, ideada por el arquitecto señor Buigas y premiada en público concurso, puede apreciarse debidamente gracias a la fotografía del señor Labielle, ejecutada con tanta limpieza que permite apreciar hasta las minuciosidades del monumento. De éste no diremos que sea un portento de concepción, pero no puede desconocerse que ofrece grandioso aspecto y un lujo de detalles muy recomendables en sí, pero cuya abundancia quita tal vez severidad á la obra. De todos modos no sabemos que la posteridad, siempre ingrata con el inmortal descubridor del Nuevo Mundo, le haya dedicado hasta el presente recuerdo alguno que pueda compararse con el tributo de Barcelona. Su misma patria le ha consagrado un recuerdo mezquino para tanta grandeza. Envanezcámonos, pues, de haber á todos aventajado en el pago de una deuda contraída por toda la humanidad.

Apreciado el conjunto del monumento, para lo cual el espectador tiene que colocarse dando frente á la puerta principal de la Atarazana, le aconsejamos que se fije cuidadosamente en los detalles que avaloran sobremanera la obra. Suponiendo que este examen parcial tiene lugar en sentido de la parte inferior á la superior, llaman ante todo la atención los ocho leones del basamento, esculturas las más controvertidas y generalmente peor apreciadas. Son á juicio de algunos un tanto desmedrados ó poco feroces, sin tener en cuenta que esos nobles animales no tienen por qué demostrar en esta ocasión una fuerza intempestiva. En paz y muy bien avenidos con su misión parecen custodiar el monumento, y su autor no tiene la culpa de haber hecho á esos felinos tales como debían ser, y son realmente en sus horas de calma, y no tales como se los figura el vulgo por haberlos observado al natural hostigados por el látigo de Bidel ó de Redenbach.

Ocho bajo-relieves en bronce dan la vuelta á la obra, representando escenas culminantes de la existencia de Colón, y hacia ellos llamamos la atención del público, porque, en nuestra opinión, son quizás lo mejor ejecutado de la obra. A pesar de esto, son escasos los curiosos que se toman la molestia de subir los pocos peldaños al cabo de los cuales pueden examinarse cómodamente dichos relieves. Esto no prueba sino que el arte también tiene sus violetas junto á las cuales transcurre el caminante sin apercibirse de ellas.

Vienen en seguida cuatro estatuas, ó mejor grupos, representando otros tantos personajes notables relacionados con la historia de América. A nuestro ver y sin que desconozcamos su mérito artístico, estas estatuas sobran en el monumento. Tal como han sido colocadas, sin base á propósito, sin razón alguna arquitectónica que las justifique, nos causan el efecto de unas esculturas adquiridas por separado del proyecto y acomodadas en el monumento como por compromiso.

Todo lo contrario sucede con las cuatro matronas que simbolizan á Castilla, Cataluña, Aragón y León, que tienen razón de ser simbólico y artístico, que están debidamente colocadas y asentadas y cuyos autores las han impreso un carácter severo y majestuoso propio de su objeto. Es notable, además, en esas esculturas que con ser debidas á cuatro distintos autores guardan entre sí la debida armonía, sin que ninguna de ellas desentone de sus compañeras. Por la manera de ser concebidas y tratadas pudiera creérselas obra de un solo artista.

Sobre unos atributos de bronce que rodean el zócalo de la columna, y que adolecen quizás de complicados para que el público pueda explicarse fácilmente en qué consisten, levántanse unas famas que pregonan la de Colón por los cuatro ámbitos del mundo y le tienden las coronas de la inmortalidad. La actitud de esos genios, que figuran que se desprenden del monumento, es elegante y natural, y aun cuando á primera vista parezcan de proporciones menguadas, opinamos que tienen la que les corresponde con relación á las demás estatuas emplazadas en términos más próximos al espectador.

Arranca en seguida la columna de honor, arrogante, atrevida, esbelta, rematada por un capitel riquísimo en el cual se destacan cuatro genios en actitud de sostener el coronamiento de la obra. Como dibujo y como trabajo es muy recomendable ese capitel; pero quizás no se tuvo bastante en cuenta la altura á que debía ser colocado cuando se calcularon las proporciones de los consabidos genios. Ello es que el público ha dado en decir que á la simple vista parecen imágenes de crucificados, y en pura verdad no le falta razón para ello.

Encima de ese capitel osténtase la corona condal de Barcelona, pedestal de la estatua de Colón, colocada sobre una semi-esfera de un modo poco ingenioso. Quizás dependa ese defecto del empeño que hubo en utilizar esa corona como balcón mirador, exigencia á la cual, en nuestro concepto, no debía subordinarse una excepcional obra de arte y que, de no poder prescindirse de ella, debió haberse procurado realizar más habilidosamente.

En suma, el monumento dedicado al insigne descubridor de América es una construcción notable que llama con justicia la atención de propios y extraños. Si en rigor descúbrense en él ciertos lunares, apenas podrán éstos deslucir sus bellezas, jamás obscurecerlas y menos borrarlas. Al hacerlos notar por nuestra parte, nos ha movido la sola consideración de que nuestro aplauso á los artistas tendría su mayor valor en la independencia y espontaneidad con que se lo tributamos.

Cristóbal Colón es sin duda el más grande ejemplo del rigor en la desdicha. Ni aun después de muerto ha encontrado la paz en el sepulcro.

Cuando proyectista, fué calificado de loco y despedido de las cortes que visitó, como un lacayo cuyos servicios se rehusan.

Durante el viaje que dió por resultado el descubrimiento de la América, estuvo á punto de ser asesinado distintas veces por sus desconfiados compañeros de expedición.

Ya descubierto el Nuevo Mundo, los envidiosos le acusaron de traidor y vino á España cargado de cadenas, como un criminal temible bajo partida de registro.

Murió poco menos que olvidado, y hasta algunos dicen que en la mayor miseria.

Y finalmente, tan poco caso hicieron sus contemporáneos y la posteridad de ese hombre prodigioso, como que ni siquiera consta á punto fijo dónde yacen enterrados sus restos, que habaneros y dominicanos sostienen poseer.

Faltaba, por decirlo así, el último ultraje á su memoria, y hete aquí que á un yankee se le ocurre la peregrina idea de solicitar del gobierno de Santo Domingo el permiso para exhibir los huesos (auténticos ó apócrifos) de Cristóbal Colón, á tanto la entrada, ni más ni menos que si se tratara de la mujer tigre ó del becerro con dos cabezas. Y no es lo malo que tan singular proyecto se haya ocurrido á un irrespetuoso especulador, sino que el cónsul de los Estados Unidos en Santo Domingo se haya hecho intérprete oficial de aquella proposición. Afortunadamente el gobierno dominicano ha acogido la petición conforme ella merecía, rechazando enérgicamente lo que hubiera constituído una profanación ante Dios y una verguenza ante la historia. He aquí los documentos mediados acerca de este particular:

«CONSULADO DE LOS ESTADOS-UNIDOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE EN SANTO DOMINGO. – ABRIL, 25 DE 1888.

»*General W. Figuereo, Ministro del Interior de la República Dominicana.*

»Señor Ministro:

»Soy requerido por el Sr. H. M. Linell, ciudadano de los Estados Unidos de América, para peticionar al gobierno de la República Dominicana el privilegio de exhibir los restos del inmortal Colón, en los Estados-Unidos.

»El interés del pueblo americano en la historia de este grande é inmortal descubridor es tan intenso, que la presencia de sus verdaderos restos en las ciudades principales de los Estados-Unidos, revolucionará las curiosidades públicas y será á la vez un medio invaluable de propaganda en favor de la República Dominicana, produciendo grandes recursos al tesoro de la nación el producto de esta exhibición. El Sr. Linell propone firmar un contrato con las autoridades, por el período de cuatro años, como sigue: como garantía pagará todos los gastos de la transmisión de los restos, también de una guardia de ocho soldados y cuatro sacerdotes, á los Estados-Unidos, pagando todos sus gastos y los sueldos fijados por el gobierno, y también garantiza que él fielmente enviará al fin de cada seis meses 50 por 100 del producto neto, después de la deducción de todos los gastos, garantizando que dicho 50 por 100 no será menor de pesos fuertes 200,000 anualmente.

»El peticionario, además, conviene, para devolver los restos sin daño ninguno á la expiración del tiempo fijado en el contrato, y á cualquier tiempo antes de la expiración de los cuatro años, si el 50 por 100 bajara ménos de pesos fuertes 200,000 expresados y si el gobierno dominicano los pidiere.

»El peticionario solicita que la guardia de soldados y los sacerdotes estén absolutamente bajo su mando y control, y que la guardia será provista con un uniforme hermoso y los sacerdotes con sus vestidos canonicales.

»El peticionario solicita, además, que el Gobierno, el Ayuntamiento y la Iglesia den una proclama manifestándole que estos restos son los legítimos restos de Colón, y de que ésta es positivamente la única vez que ellos serán permitidos salir de la República.

»Deseo, Sr. Ministro, que el Gobierno vea la importancia de esta exhibición para la República, y verifique un convenio con Mr. Linell en breve término.

»Con mis altas consideraciones, tengo el honor de ser,

»Vuestro obsecuente servidor,

»*H. C. C. Astwood.*

»(Cónsul de los EE. UU.)

»SECRETARÍA DE ESTADO DE LO INTERIOR Y POLICÍA. – SANTO DOMINGO, MAYO 9 DE 1888.

»Señor Cónsul:

»Obra en este Ministerio la nota impresa que en inglés y castellano se sirvió V. S. dirigir en fecha 27 del próximo pasado mes, exponiendo en ella la solicitud del Sr. H. M. Linell, tendente á que el gobierno de la República celebre con él un contrato por el cual se le permita la traslación de los venerandos restos del Almirante Colón á los Estados-Unidos, escoltados por una guardia de ocho soldados dominicanos y acompañados de cuatro sacerdotes, subvencionados allá, durante cuatro años, con el sueldo que mi gobierno les asigne, pero sujetos los unos y los otros al mando y control del solicitante. Como el objeto del empresario es, según su afirmación, el de recorrer las principales ciudades de la Unión, exhibiendo, por dinero, las reliquias del descubridor del Nuevo Mundo, ofrece, como indemnización, un 50 por 100 de las ganancias, que asegura no bajaría de 200,000 pesos anuales.

»Bastante asombro, Sr. Cónsul, ha causado en mi ánimo la lectura de los conceptos dirigidos por V. S. al gobierno, bajo la forma oficial; y sólo puedo explicarme la causa que lo haya obligado á suscribir aquellos conceptos, porque V. S. creería hallarse comprometido á dar cuenta de la solicitud de uno de sus nacionales; pues de otro modo, convencido debe estar V. S. de que existen ciertas cosas que se hallan fuera del comercio de los hombres, y no es posible que se juzgue lícita una profanación tan insólita, y que, exornada con ese cúmulo de incidentes teatrales, hubiera de constituirla no sé si más original que delincuente.

»No, Sr. Cónsul; el gobierno á que tengo la honra de pertenecer, se respeta lo bastante para no dar al mundo civilizado el repugnante espectáculo de tamaña simonía. – Él quisiera poder presentar á la contemplación respetuosa de todas las naciones los despojos mortales de esa gran figura histórica, pero gratuítamente y rebosando del inocente orgullo de que los posee por efecto de su última voluntad; – no siendo esto posible, jamás los removerá de la urna en que yacen, – ni menos consentirá en que se conviertan en objeto de un tráfico que llenaría de baldón al último descendiente de los hijos de este suelo.

»Que los restos del ilustre Colón, al par de los de Napoleón I, Washington, Bolívar y otros varones esclarecidos, reposen por siempre en sus respectivos sepulcros, libres de todo ultraje, velados por la gratitud y el acatamiento de los hombres de corazón, que aman la verdadera gloria y respetan un noble infortunio.

»Sírvase V., Sr. Cónsul, aceptar los sentimientos de mi consideración distinguida.

»El Ministro de lo Interior, etc.,

»*W. Figuereo.*

»Sr. Cónsul de los Estados-Unidos de América del Norte. – Presente.»

SUPLEMENTO ARTISTICO

CRISTÓBAL COLON ESCARNECIDO POR LOS DOCTORES DE SALAMANCA, cuadro de Nicolás Baravino. *(Galería Orsini de Génova.)*

Las dificultades inherentes á la pintura histórica no arredran á los artistas de verdadero aliento. En ese género pictórico, el más difícil



ARAGÓN, escultura de Gamot

sin duda alguna, cabe luchar y cabe vencer: dígalo sino el cuadro que nuestros favorecedores tienen á la vista.

El autor no ha escogido un asunto original, primera dificultad en casos tales, porque hay asuntos muy dramáticos, muy bellos, pero imposibles de trasladar felizmente al lienzo. La conferencia habida entre Cristóbal Colón y los doctores de Salamanca ha sido tratada por varios artistas; lo cual no prueba sino que el asunto es verdaderamente pictórico, como el hecho de haber sido tratado Edipo por diversos poetas dramáticos demuestra que la historia del infortunado rey de Tebas es muy á propósito para la tragedia teatral. El mérito singular del autor de este lienzo es la maestría, la holgura, la verdad con que ha descrito el hecho, causando en el espectador una impresion que no se borra fácilmente.

Ese es sin duda el sitio en que tuvo lugar la famosa disputa; así debían ser los pretendidos sabios que hicieron mofa del gran descubridor de un mundo; tal debió quedar, después de la conferencia, aquel hombre colosal y de nadie comprendido, que no se volvió realmente loco porque Dios le tenía reservado para la mayor de las empresas conocidas. Contémplense esas actitudes, examínense esos rostros; ahí están los que hicieron befa del genio, asombrados de tanta audacia, engreídos, petulantes; y ahí está el grande hombre como clavado en su sitio, saltándosele los ojos de las órbitas, pronto á lanzarse contra los necios que no le comprenden, contra los poderosos que le insultan.

La apoteosis de Colón se ha retardado más de lo que convenía al buen concepto del siglo XIX; pero en cambio el monumento que acaba de erigírsele en Barcelona y el cuadro de Baravino prueban que el desagravio moderno va colocándose á la altura del olvido antiguo.



LEÓN, escultura de Atché

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

LA CABALGATA

Mi hombre se disponía á ver la cabalgata, ya mucho antes de que dieran las nueve de la noche.

Un amigo suyo, más impaciente que él, le sorprendió cuando iba á salir.

—¡Qué calma, hombre!... Las calles están ya atestadas de gente... La cabalgata no puede tardar.

En efecto; con estar acostumbrados, en lo que llevamos de otoño, á la aglomeración de grandes multitudes, las que se echaron á la calle aquella noche excedían á cuanto hemos visto. Como negros y caudalosos torrentes, afluían á la Rambla, formando encrespado remanso en la plaza de Cataluña, se corrían de allí por la Ronda, ó invadiendo la vía central, iban á confundirse al pie del monumento á Colón con otra avenida más gruesa y rumorosa que desaguaba por el extenso paseo. Decididamente las casas quedaron desocupadas y solitarias. Barcelona y el mundo que se ha embutido en Barcelona no se sabe cómo, estaban en la calle á pesar del aire frío y molesto.

No hablo de los atractivos que añadía al espectáculo la iluminación espléndida de todas las noches. ¡Tan singular y permanente profusión de luces bastaría para formar época en la crónica de la ciudad! ¡Se agotaron ya todas las formas de candelabros, globos en racimo, mecheros en guirnalda, tubos con reflectores, farolones de luz eléctrica! La línea de fuego y de puntos luminosos que dibuja las calles y traza en las plazas círculos concéntricos, no es ya imagen que pueda dar idea de tantos y tantos focos de luz, como se derraman sobre la compacta multitud de rostro fatigado, trajes obscuros y pesado andar, alegrándola aquí con tonos calientes y rojizos, ó tendiendo sobre ella fríos y blancos reflejos de apoteosis.

Mi hombre se dejó llevar de la corriente, hacia donde ella quiso. No gusta de empellones, que es flaco gusto, pero tampoco espera, porque no espera nunca lo imposible, que ha de librarse de codazos donde hay tantos codos mal regidos, ni de pisotones, donde hay tantos pies que no saben por dónde andan y que han olvidado casi de quién son. Así es que se dispuso á volver mal por mal en punto á golpes... y adelante!

Tribus de forasteros inexpertos, desparramados por las aceras, llamándose eternamente unos á otros, los padres á las niñas, las niñas á la criada, y la criada al pequeñuelo... iban buscando en común, además de estos rebuscos parciales, el sitio de donde debía salir la cabalgata, que era la Ronda de San Pedro. Otras peculiarísimas tribus alternaban con éstas: las pandillas de artesanos mozos y grandullones que cantan á coro, silban, gritan y se dan puñetazos desahogando su exuberante fuerza por la garganta, por las manos, y por los pies. Gritar es para ellos un instinto, una necesidad física como para otros el desperezarse tras mucho tiempo de estar sentados. Estos dos grupos son los representantes genuinos de las colectividades públicas en noches como aquella. Los demás transeuntes *pisables* y *empujables*, parecemos únicamente espectadores suyos, y concurrentes de ocasión. Los miramos pasar, les cedemos la acera, nos escurrimos prudentes, como si estuviéramos de más donde hay forasteros peatones, para quienes aquel paseo es extraordinario, y calaveras y bromistas de chaqueta, obligado coro, en el doble sentido de la palabra.

Mi hombre, agregado transitoriamente á una de tales familias trashumantes, de pasito corto, y atisbando de soslayo la invasión de algún enjambre de graciosos, de paso largo, llegó hasta la puerta del Salón Eslava, donde se estaba organizando la fiesta.

Por encima de un corro compacto se alzaba un gran resplandor de hoguera, destacando sobre él algunos guardias á caballo y la carroza de Oceanía que se disponía á emprender la marcha, balanceándose y meciendo su colosal ramillete de plantas tropicales: algunos hachones se movían inciertos buscando dónde colocarse. Era evidente que la cabalgata había salido ya: con que no había más que retroceder para ir á su encuentro.

***

En la Rambla, mientras la mayoría iba discurriendo por el centro, los más comodones y precavidos ocupaban en las aceras del arroyo, en ambos lados, las sillas de alquiler ó se mantenían de pie junto á las casas, con aquel estoicismo, aquella paciencia heroica y tenaz, aquella resignación sublime que inspiran las dos grandes pasiones, no por modestas y ocultas menos grandes, los dos grandes móviles de toda multitud: la curiosidad colectiva y el placer de un espectáculo gratis. Me río yo del fanatismo que soporta la tortura, del patriotismo que sufre el hambre y la peste. Hay algo más poderoso para el alma colectiva de la humanidad, y es la pasión de ver lo que verá todo el mundo, y gozar de lo que gozará todo el mundo. «¿Estarán todos y no estaré yo?» Esta sola consideración petrifica en una esquina al más indiferente: ella sólo basta para que nos parezca codiciable é imprescindible un espectáculo que tal vez nada nos importa. Hay quien se iría si todos se fuesen; no se va nadie y se queda; y los unos por los otros se quedan todos.

Así, aquellos millares de hombres, recostados en las paredes, sentados en sillas, discurriendo en grandes masas que oscilaban en virtud de su propia inercia, aguardaron el paso de la cabalgata, espeluznados por ráfagas de aire frío, hora tras hora, primero alegres, entretenidos, bullíciosos, malhumorados luego, hastiados, soñolientos, con alguna que otra imprecación más tarde, pero siempre inmóviles y siempre esperanzados.

Porque hay que decir que eran más de las once y la cabalgata no venía; es más, nada la anunciaba, ni una carrera, ni un rumor, ni un reflejo lejano!

Pero la Rambla continuaba animadísima como en pleno día, bajo los globos en racimo y los arcos de luces y los parpadeantes faroles eléctricos con su intermitente tic-tac telegráfico.

Mi hombre, en vista de que la cabalgata no iba hacia él, se fué él hacia la cabalgata bogando á brazo partido Rambla abajo.

Apenas llegado á la de Santa Mónica, vió relucir por entre los árboles una corona de estrellas de colores, ciñendo el hemisferio sobre el que descuella la estatua de Colón, y arder algunas luces de bengala al pié de la columna en torno del pedestal. El efecto era singular; aquellos focos centelleantes alumbraban á gran distancia á la multitud, pero dejaban en más densa obscuridad la estatua la columna y la parte superior del basamento, como si los de arriba estuviesen suspendidos en el aire y los de abajo ardieran junto á una obra en construcción. En la base del monumento, los leones en pie avanzaban como recortadas masas de sombra destacándose sobre aquellos fulgores, ó alumbrados por sus flancos parecían enrojecerse, próximos á fundirse de nuevo. Y todo se agrandaba, todo oscilaba con grandes proyecciones de movibles é importunas sombras que desperfilaban las matronas y los prohombres del basamento, mientras iban goteando fuego las estrellas de arriba, prontas á extinguirse.

Junto á este resplandor de las bengalas, palidecían los primeros hachones de la cabalgata, cuya vanguardia de municipales á caballo, porta-estandartes, maceros, heraldos y faroles, estaba detenida al pie del monumento, en pelotón, aguardando su fastuoso séquito... Éste, allá á distancia, en el Paseo de Colón, resplandecía como movible puñado de luces, como sarta de cirios de una procesión que llega... El curso estaba interrumpido...



CASTILLA, escultura de Carcasó

Cuando por fin desembocó junto al Banco, un poderoso impulso se transmitió de grupo en grupo, acompañado de un clamoreo de contento discurriendo por aquel mar como el rugido que avanza y crece con la espuma de ola en ola, como aquella ráfaga helada que á ratos encrespaba los árboles arriba, sonora y lúgubre, y que era también agitación y rumor á la vez.

La cabalgata había llegado: era ya más de media noche.

Mi hombre no pudo formarse concepto claro de aquella visión, interrumpida á trechos como una pesadilla; fastuosa y esplendente por fragmentos... Desfile teatral de trajes, pendones, caballos y luces, que precedía á los grandes carros decorativos, descollando altísimos por encima del revuelto gentío, hasta tocar el follaje de los árboles, inseguros, balanceándose, con no sé qué extraña y fantástica grandeza de templo de teatro ambulante!

Tenía el desfile algo de orgíaca mascarada por sus interrupciones, por su desorden, por la escasa gravedad de los comparsas, y algo de verdadero ensueño artístico por la esplendidez y propiedad de muchos pormenores, y aun del conjunto. No veía el público de un modo claro ni la invención, ni el arte, ni la grandiosidad del intento, que revelaban explícitamente uno y otro grupo; pero mi hombre


DETALLES DEL MONUMENTO, dibujo de J. Luis Pellicer

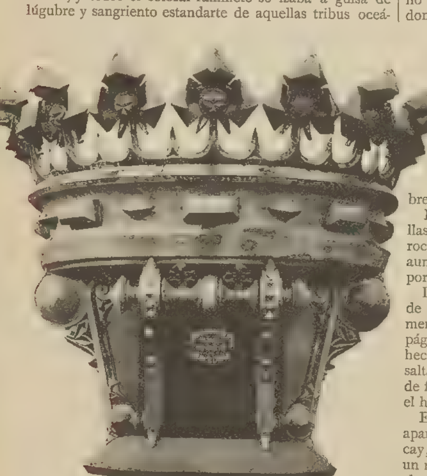
iba advirtiendo de paso, ahora la introducción de una forma nueva en algunos faroles; luego la característica propiedad de muchos trajes, no usados; el pintoresco grupo de un trineo, de un palanquín japonés, etc., etc. Cortejo de las cinco partes del mundo, simbolizadas en la decorativa arquitectura de los cinco carros; todas las razas iban desfilando á sus ojos con su variadísima indumentaria, á caballo, á pie, en carrozas. Y no sólo su indumentaria, su rostro, su cuerpo aparecían con los caracteres propios: como si todas las infinitas figuras que ilustran una geografía universal, tomando forma corpórea y animados por los colores de la vida, se hubiesen lanzado á la calle con sus armas, sus sillas de montar, sus animales de carga, de cultivo, ó de acarreo. La concepción era grandiosa, digna de más despejada y brillante perspectiva y de una dirección y disciplina que hiciera valer todos aquellos elementos preciosísimos, ya reunidos y coleccionados, á fuerza, sin duda, de inteligentes investigaciones y de un criterio artístico excelente... En los grandes carros, aparecía idéntica tentativa de novedad en las líneas ó de fantasía en la ornamentación, deslucidas por las precipitaciones de última hora ó por algún yerro de perspectiva, de esa perspectiva al aire libre y con luz artificial que con tanta frecuencia engaña. Desfiló primero la carroza de América, con la forma de una carabela, y en el centro la estatua norte-americana de la Libertad iluminando al mundo; por desgracia, llevaba apagado el faro eléctrico, á pesar de estar ya dispuesto para lanzar á gran distancia su faja de luz mate sobre la multitud... Seguía, tras su cortejo, la carroza de África, tirada por cinco pares de bueyes, templo egipcio rodeado de palmeras... Iba luego la de Oceanía, vistosa, original, de brillante efecto. Le pareció á mi hombre que se había evitado en ella, cuanto es posible, el uso de material alguno, que simulara lo que no es. En el centro de su armazón de bambú, con la forma de una nave, descollaba el busto de Colón entre plantas del trópico, de gigantescas y cimbreantes hojas; cubría el pedestal un tapiz de mariscos, flanqueado por dos ídolos de ojos saltones, cara aplastada, pintarrajado cutis, deformes y horribles; y sobre el colosal ramillete se izaba á guisa de lúgubre y sangriento estandarte de aquellas tribus oceánicas, adoradoras de la muerte, el esqueleto sagrado de un caballo... Alto y holgado dosel cobijando un trono del Celeste Imperio, venía luego en la carroza de Asia... Y la locomotora de vapor, rodando penosamente por encima del adoquinado desigual, arrastraba la carroza de Europa; matrona colosal sentada en primer término, con majestuosa apostura, ostentando una corona de laurel y una palma: templete adornado con luces eléctricas y banderas de todas las naciones, en trofeo... Y detrás, entre aquella sombra más confusa y obscura, que sigue á la visión de una apoteosis ambulante, hormigueaba el piquete de caballería, caracoleando á duras penas entre el gentío desbordado, con la prisa y el tropel de la retirada.

* * *

Eran las dos de la madrugada. Soplaba aún el aire frío y molesto... La visión se desvanecía lentamente por la Rambla de Cataluña. Los tranvías, atestados hasta el tope, se abrían paso á duras penas... Algunos carros madrugadores, alguna tartana de los pueblos circunvecinos atropellaban al transeunte. Esos carricoches, por su forma anticuada y extravagante, merecían figurar en otra cabalgata histórica. Uno vió mi hombre que, entre las sombras y el contraste de luces, parecía un fantástico capricho de Goya, con una mujer de horrible catadura, arrebujada en su pañolón y empuñando un triste farolillo de aceite para hacer que cumplía las ordenanzas municipales.

J. YXART

9 octubre


CORONA CON QUE REMATA EL CAPITEL, escultura de Pastor

EL RANCHO DE LAS CRUCES

I

Hace algunos años, el viajero que pasaba por los desfiladeros, profundas gargantas y abismos que en el camino de Ancón á Chancay se encuentran, no veía sitio en donde buscar asilo por largo espacio de tiempo, y sólo perdido en las hondas quebradas, ó como atalaya en los elevados riscos, hallaba entre grandes distancias algún *rancho* de indios que en la noche pudiera darle abrigo.

Las luchas civiles eran en aquella época encarnizadas y continuas en el Perú y origen de que, bajo el pretexto de patriotismo, se formasen no sólo guerrillas de insurrectos, sino partidas de bandidos que abusaban de la anarquía y de los desórdenes para atacar á los infelices caminantes que atravesaban el Perú en distintas direcciones, sobre todo en la que conducía de Lima á Ancón.

Hoy la locomotora ha hecho variar el aspecto de aquellas soledades, coronadas por enhiestas y amenazadoras rocas que parece van á desprenderse sobre aquellos que aun se aventuran á caballo desdeñando la rapidez del vapor, ó dirigiéndose á sitios lejanos de la vía férrea.

Las hondonadas y precipicios han sido mudos testigos de episodios conmovedores que podrían servir de argumento para más de un drama y llenar cumplidamente las páginas de una novela, en la cual á la par que se relataran hechos capaces de impresionar al corazón más fuerte, resaltarían otros de generosidad y ruda nobleza y algunos de feroz hidalguía, pues siempre se encontraba mezclado el heroísmo con la crueldad y el bien con el mal.

En medio de aquella naturaleza agreste y salvaje, algo apartado de la línea que hoy sigue el ferrocarril de Chancay, se veía en 1830, en la falda de una escarpada loma, un rancho, alegre como nido de palomas, risueño como el astro del día al despuntar por Oriente.

Rodeaban la vivienda un bien labrado campo y un jardincito, y ambos eran, con sus legumbres, frutos y flores, uno de los elementos de la existencia tranquila y modesta de los que en el rancho habitaban.

El dueño era un joven labrador, y su mujer, hermosa y buena á carta cabal compartía con la madre y el padre de su marido, el reposo ó el trabajo, los pesares ó el placer.

Aun no hacía dos años que se habían casado. Su casita, embellecida por el amor y la juventud, era el templo de su dicha y pocas veces la abandonaban para pasar algunos días en la ciudad de los Reyes. Vivían felices: se entregaban á sus tareas cotidianas con la fe y el ánimo de aquel que tiene tranquila la conciencia, y bendecían los dones que les prodigaba la feraz madre tierra.

II

Pero amaneció un funesto día en que la suerte se cansó de protegerles.

La virtuosa compañera de Rafael murió al dar á luz el primer fruto de su amor, y la desesperación, el abandono y la tristeza tomaron asiento en el *rancho de las Cruces* en donde poco ántes reinaban el júbilo y la paz.

Interin el padre y la madre se entregaban al llanto, Rafael, mudo y sombrío, descuidó por completo el cultivo de las tierras y aborreció el trabajo.

Días enteros permanecía fuera de su casa, y sus padres vieron con asombro que se embriagaba, sin duda para apagar su dolor.

– ¿Es posible, hijo, – exclamó un día su anciana madre, – que hasta ese punto te haya llevado el pesar?

– Para aturdirme, madre mía.

– Pero ¿y la resignación? Dios nos da fortaleza y nos consuela... tu carácter ha cambiado.

– Basta, madre; soy dueño de mis acciones.

– Las malas compañías extravían, – dijo el padre de Rafael con severo acento: – piensa que poco á poco puedes ir muy lejos...

El joven frecuentaba como distracción una chichería (1) y en ella trabó conocimiento con hombres de principios y pasiones depravadas y que aprovechaban las luchas políticas para cometer actos vandálicos.

Poco á poco Rafael se alejó de su familia y adquirió su nombre celebridad bien triste.

Capitaneaba una partida de bandoleros.


CAPITEL, escultura de Pastor

Sus visitas al rancho se hicieron cada día más escasas y llegó época en la cual permaneció seis meses sin ver á sus padres, ni al hijo que le había dado su María.

La miseria se hizo huésped de aquel albergue y ápenas producía el huertecillo lo más indispensable para el sustento de los infelices viejos y de la *cholita* que cuidaba del niño.

Una noche tembló la tierra y las oscilaciones fueron tan fuertes, que despertaron á los moradores del rancho.

III

– ¡Misericordia, Dios mío, misericordia! – exclamó la madre de Rafael, espantada y trémula.

Pasaron las sacudidas y la anciana se hincó de rodillas y dió gracias á Dios.

– Abuelita, – dijo Ricardo, – ¿qué sucede?

– Nada, hijo mío, nada: ya pasó, duerme, mientras yo rezo por los ausentes.

– ¡Qué santa conformidad! ¡que sublime abnegación! – murmuró el anciano. – Vamos á recogernos; que Dios ayude á los que no tienen asilo ni pan, – añadió.

La anciana se levantaba del suelo cuando llamaron á la puerta.

– ¿Será él? – se preguntaron los dos viejos con elocuente mirada.

La *chola* abrió la puerta.

(1) Chicha bebida hecha de maíz fermentado.



CRISTÓBAL COLÓN ESCARNECIDO

(cuadro de Nicolás Baravino, exis



POR LOS DOCTORES DE SALAMANCA

IENTE EN LA SALA ORSINI DE GÉNOVA)

Una mujer entró rápidamente y cerró, tendiendo la vista en torno entre asustada y recelosa.

– ¡Sálvenme ustedes.! – exclamó, – ¡sálvenme ustedes; me persiguen! He escapado de ellos y he podido llegar hasta aquí.

Las hermosas facciones de la desconocida expresaban su profundo terror; la palidez cubría su semblante y las lágrimas bañaban sus ojos.

– ¿Quién la persigue á usted? ¿quién se atreve con una pobre mujer?

– Ellos... la banda del *Limeño*.

Los dos ancianos se estremecieron.

¡Era él, su hijo, el que había hecho célebre aquel nombre!

– Pero ¿cómo viaja sola y de noche?...

– Iba en dirección á Lima; soy huérfana, no poseo nada sino el colchón en donde ha expirado mi madre, y salí de Chancay para pedir protección á unos tíos que en la capital viven. Cerca de aquí detuvieron al arriero y á mí. Un bandido quiso sujetarme: el terror dobló mis fuerzas y me escapé: he corrido sin saber á dónde y he llegado á esta casa...

Aquella mujer era joven y hermosa, y los ancianos se interesaron por ella.

– ¡Dios mío! – exclamó, oigo pisadas que se acercan.

Efectivamente, en aquel instante llamaron á la puerta.

– ¿En dónde me esconderé? ¿serán ellos?—articuló pálida y temerosa la recién llegada.

– En ninguna parte, - gritó la anciana, – basto yo para defenderla á usted.

Y adelantándose majestuosa y tranquila abrió la puerta.

Rafael estaba en el umbral.

Al entrar, se fijó en la fugitiva.

– ¿Quién es esta jóven? – preguntó.

– Ha llegado hace un instante, – le contestó la madre: – detenida por un bandido que quiso tal vez atropellarla, escapó y la casualidad la condujo aquí.

– ¡Se han atrevido con una pobre mujer! ¡miserables! - exclamó Rafael.

Y sin añadir una sola palabra, salió.

Poco después se oyó un tiro y todo quedó en silencio.

Pasaron ocho días.

Gabriela, que así se llamaba la desconocida, permanecía en el rancho.

Se había aficionado al niño y simpatizaba con la abuela: además, algo indefinible la detenía allí.

IV

La interesaba aquel hombre joven y buen mozo, que había visto durante un momento.

Nadie hablaba de él, no sabía quién era, pero pensaba con insistencia en él.

Por su parte, los padres de Rafael, encontraban en Gabriela singular atractivo.

Su juventud y su belleza animaban la pobre casa y el rancho recobraba paz y alegría.

Contra su costumbre, volvió Rafael á las dos semanas, y después una más tarde, y por último, casi todos los días.

Acariciaba á su hijo: lo sentaba sobre sus rodillas y la sonrisa aparecía en su semblante y la ternura se reflejaba en su mirada cuando lo veía jugar con Gabriela.



FAMA, escultura de Rosendo Nobas

Corta, pero dolorosa, era la historia de la joven.

Hija de unos agricultores de Chancay, había visto morir, joven aun, á su padre, sin dejar grandes recursos; las cosechas se perdieron: las contribuciones de unos y otros bandos llevaban lo poco que poseían, y llegó el día en que fué preciso vender hasta los muebles.

Gabriela vió decaer lentamente la salud de su madre hasta que su existencia se apagó como una lámpara.

Para cumplir los últimos deberes, enajenó lo poco que aun quedaba, reservando sólo el colchón en donde su madre exhaló el postrer suspiro.

En Lima tenía unos tíos á quienes no conocía, y de los cuales ninguna muestra de amor había recibido; pero determinó presentarse y solicitar de ellos, no la humillante posición de una parienta pobre y tolerada, sino trabajo y alguna ocupación en su casa.

Los bandidos se atravesaron en sus proyectos, y ya en el rancho se sintió feliz, se creyó llamada á cumplir un deber y una misión.

Gabriela había recibido educación, sino esmerada, por lo menos suficiente para desarrollar su buen criterio y la elevación de sus ideas.

Poco á poco se apoderó de los secretos; comprendió las amarguras que sufrían los dos ancianos y se propuso ser madre del huerfanito, y cariñosa hija para sus abuelos.

La influencia que ejercía en Rafael fué creciendo.

Las fuentes del bien no estaban secas en aquel corazón, y en el generoso de Gabriela brotó un pensamiento elevado y sublime.

El niño la ayudaría á ponerlo en práctica.

Rafael sentía por la joven, veneración, respeto, amor.

Sus virtudes, su casta belleza lo hacían soñar con una vida apacible, alegre, dichosa.

Cuando la vió la primera vez, cuando supo que uno de los suyos se había atrevido á ofenderla, sintió odio, repugnancia hacia sus compañeros.

Salió, averiguó quién era, lo juzgó, lo sentenció y lo ejecutó.

Después, al comparar su existencia con la pureza de Gabriela, sintió remordimiento y profundo pesar.

Era cenagoso pantano, noche tempestuosa, flor de envenenado aroma, puesta en contacto con la modesta violeta, con serena noche de luna, con la corriente límpida del arroyuelo.

¡Ay! su vida le aparecía horrible y temblaba pensando en el desprecio que por él debía sentir Gabriela.

Sin embargo no dominó su pasión; con ella era feliz.

Aquella mujer le fascinaba y á su lado se olvidaba de todo.

La virtud domina siempre al vicio y una mujer noble y buena se impone, sin aspirar á ser soberana.

¡Qué influencia tan incontestable, la que ejerce!

Gabriela, tambien y sin confesárselo á sí misma, amaba á Rafael y lo disculpaba.

Creía que abandonado á sí propio había sido culpable, pero que con un ser amante á su lado, la regeneración era indudable.

Los ancianos vivían felices: Gabriela era el ángel de la casa: ella atraía á Rafael haciéndole apartarse de la senda escabrosa que seguía; ella disipaba sus tristezas y embellecía cuanto la rodeaba.

De repente se tornó la joven pensativa y triste.

V

Tal cambio alarmó á Rafael, acostumbrado á considerarla en su carácter como un cielo sin nubes.

– Gabriela, dijo la madre, – no es la misma; la veo melancólica y ayer la encontré llorosa.

– Tal vez desea separarse de nosotros, - contestó el anciano padre, – pero sería una gran desgracia.

Rafael sufría; su amor vehemente é impetuoso no tenía límites.

– ¿Por qué no he de hablarla? – se dijo; – sabré lo que de mí piensa; si me aborrece, huiré, y si me ama... ¡Oh! si me ama, sería su amor mi salvación.

Aquel mismo día encontró momento propicio para pintarla el estado de su corazón.

La joven permaneció un instante turbada y pensativa, después le dijo:

– Rafael, no pongo en duda su amor, creo en él... pero entre usted y yo, existe algo que hace imposible esa pasión.

– ¿Qué es? juro, Gabriela, que no hay nada imposible para mí, tratándose de obtener el corazón de usted: ¿qué era yo, cuando como un ángel se apareció usted en esta casa? un desheredado, sin fe, sin esperanzas; sin goces



EL PADRE BOYL, escultura de Fuxá



EL CAPITÁN MARGARIT, escultura de Alentorn



FERRER DE BLANES, escultura de Pagés

ni alegrías; mi corazón estaba muerto; mis sentimientos embotados: la ví á usted; admiré sus virtudes y mi corazón volvió á latir anhelando, como suprema gracia, escuchar su voz y contemplarla dando vida y movimiento á esta casa, antes tan triste y fría: ¡oh, Gabriela, usted sea mi esposa!

– Rafael, jamás me uniré á un hombre que no pueda legar á sus hijos un nombre digno y regenerado.

– Por usted soy capaz de amar la virtud, el trabajo, la soledad; mi hijo no tendrá de qué avergonzarse.

– Pero ¿y el pasado?

– No quedarán ni huellas de él: ¿entonces me amará usted? ¿será usted mi esposa el día en que sea un hombre honrado?

– Sí.

– Pues adiós.

Rafael salió y pasaron días y semanas, sin que apareciese por el rancho.

Gabriela estaba intranquila. Los ancianos tristes.

El niño, alegre y travieso: en la niñez no existen pesares.

Dos meses después regresó Rafael.

Su fisonomía expresaba la felicidad y la satisfacción.

– Gabriela, tus deseos están satisfechos: en las risueñas comarcas de Arequipa nos esperan un risueño rancho, el trabajo, el amor y el olvido del pasado: allí, – añadió Rafael, – adoptaré el apellido de mi madre y aquí entre los escombros, quedará enterrado mi nombre.

Al día siguiente, desaparecieron los moradores del rancho de las Cruces y éste era un montón de ruinas.

El fuego lo había destruído.

Cerca de Yura vivía, hace algunos años, una familia limeña.

Eran Rafael, Gabriela y sus hijos.

La joven fué su ángel custodio y ni la más pasajera nube empañó el cielo de su dicha.

La madre de Rafael adoraba á Gabriela y decía:

– La mujer buena es el faro que conduce al hombre al sosegado puerto.

LA BARONESA DE WILSON

EL TESTAMENTO DE UN DURO

POR DON RICARDO REVENGA

I

El día había sido felicísimo.

Por la mañana almorcé un café, lo recuerdo perfectamente, y por la tarde comí por milagro, que milagro es encontrar quién á comer convide.

Un día de vida es vida, iba yo diciéndome, cuando subía la empinada escalera de mi casa, y si el pasado no era amargo, el porvenir veíalo yo no tan obscuro como debería verle, si se considera que en mis bolsillos había lo mismo qne debió guardar nuestro padre Adan, antes de que nuestra curiosilla abuelita Eva tuviera la malhadada idea de ofrecer á su paciente esposo la dichosa manzanita que tantos males produjo y sigue produciendo, pues tengo para mí, interpretando la Biblia á mi gusto, que la manzanita no fué manzanita, sino otro fruto más sabroso y fino, algo así como uvas con queso, que dicen que sabe á beso, ó quizás sólo el sabor de la mezcla, seguido de todas las consecuencias de ese voluptuoso roce de los labios.

Así lo creo y afirmo, pues el papaíto de la humanidad no debió ser tan imbécil que perdiera su felicidad por manzana más ó menos, pero ¡por un beso! ¿Quién no se pierde por un beso?

El hecho es que llegué á mi alcoba, y el porvenir, á pesar de mi pobreza solemne, no me asustaba, ni aun me preocupaba.

¡Oh, irresistible poder de los vapores del champagne, en un cerebro salido de la fábrica de la naturaleza hacía veinte años!

Después de algunos tropiezos logré dar con mi cama, que tenía de cómoda lo que mi cómoda de cama.

Precipitadamente me despojé de mi levita y chaleco, pues apretaba el sueño; fuí á colgar á la percha estas prendas, y al hacerlo cayó al suelo un chaleco que hacía algunos meses que no usaba.

Al caer percibí un agradable sonido; me precipité para averiguar la causa, y ¡oh, sorpresa! en un bolsillo noté que había algo. Fébrilmente introduje en el bolsillo mis dedos pulgar é índice, y á la luz producida por una vela, contemplé con asombro una moneda de cinco pesetas, un duro nuevecito, brillante, hermoso, resto sin duda de algún día de feliz suerte y olvidado allí en tiempos en que los duros eran amigos que frecuentaban mi casa y cultivaban mi amistad.

Llevé el simpático duro á mis labios, le estreché con pasión contra mi pecho, le coloqué con mucho cuidado sobre la piedra de mármol de mi mesilla de noche y caí pesadamente sobre mi fementido lecho.

El placer y el champagne agotaron mis fuerzas y pusieron plomo en mis párpados. Dí un soplo que apagó la luz, y comencé á soñar que con aquel duro compraba el palacio de Murga y aun me sobraban cuatro pesetas con las cuales adquiría la ganadería de Veragua, y pagaba al mozo del café Imperial tres biftecs que le adeudaba.

No sé cuánto duró mi primer sueño; pero recuerdo que cuando estaba haciendo la tienta de los novillos que había comprado, me despertó un ruido que no supe explicarme.

Traté de volver á conciliar el sueño, y cuando ya iba á conseguirlo, repitióse el ruidito que esta vez percibí ya más claramente.

Sonaba como si alguien hiciese saltar una moneda sobre una piedra.

Encendí precipitadamente la luz con verdadero espanto, y ví que el duro que yo había colocado sobre la mesa de noche, estaba de pie, es decir, de canto, y corría que se las pelaba sobre el mármol.

Restregué mis ojos creyendo que aun estaba vagando mi espíritu por los disparatados reinos del sueño; pero no, había ya entrado en las desdichadas regiones de la realidad.

Llegué casi á sentirme atemorizado y aun algo medroso, viendo aquel hecho tan contrario á las leyes de la naturaleza.

Alargué mi mano para apoderarme de aquel duro revoltoso y bienhallado, pero confieso mi temor mujeril, no me atreví.

Iba ya á gritar cuando ví que el duro se paraba y colocándose cara á mí movió sus ojos, abrió su boquita, sacó la lengua y comenzó á hacerme gestos y muecas que entonces me parecieron horribles. ¡Cuán verdad es que las impresiones que recibimos están en nosotros casi más que en el objeto que las produce!

Debió el espanto pintarse de tal modo en mi rostro que provoqué la risa del señor duro.

– No te asustes, – me dijo con una vocecita verdaderamente argentina. – ¿No soy obra de la naturaleza y del hombre? Pues ¿por qué no he de pensar y hablar como tú? ¿Acaso tienes la necia vanidad de ser tú y los tuyos, los únicos seres racionales? *¡Vanitas vanitatis et omnia vanitas!*

Traté de tranquilizarme; un duro que sabía latín poco daño podía hacerme. Hice un esfuerzo, y por fin logré pronunciar estas palabras:

– No; no creas que tengo miedo; pero á la verdad, me sorprende que hables.

– Pues yo te explicaré lo que tanto te sorprende. Nosotras las monedas todas pensamos y podemos hablar; pero hemos convenido en permanecer siempre mudas por compasión á vosotros: si hablásemos y contásemos las infamias y bajezas que hacéis para poseernos se os caería la cara de vergüenza.

– Tienes razón, – contesté, – y te doy las gracias en nombre de todos mis compañeros, por ese discreto silencio; pero dime ¿por qué le has roto hoy? ¿cómo faltas á tu convenio?

– Por un favor especial á ti y porque te estoy muy agradecida. Ví cuando me dejaste abandonada en el chaleco, en el que tanto tiempo he estado, que te desprendías de mis compañeros y no de mí, y esto lo interpreté como una prueba de cariño, que se confirmó después, al ver que eran grandes tus apuros y, sin embargo, nunca viniste á pedirme que te ayudara á salir de ellos. Jamás olvidaré tamaña prueba de amistad.

– Eres muy perspicaz, – repuse, – y en recompensa del cariño que te he demostrado voy á suplicarte me concedas una merced. Refiéreme tu historia; debe ser muy interesante.

– Te complaceré, pero con una condición.

– ¿Cual?

– Que no digas jamás á nadie lo que entre nosotros ha pasado.

– Convenido.

– Pues escucha, pero no me interrumpas. ¿Se puede beber esta agua? – me dijo. – Tengo secas las fauces: la falta de costumbre de hablar...

– Sí, se puede beber, – respondí asombrado, y mi asombro fué mayor al ver que de un salto se zambulló en el vaso; tragó una buena cantidad, y después de colocarse sobre mi almohada para estar más cómoda y de limpiarse la boca con la mano continuó:

– Cuento con tu promesa de guardar silencio; me eres simpático y fío en ti. Escucha mi historia:

Apenas conservo memoria alguna de mi primera edad. Mi origen se pierde en la noche de los tiempos como diría un historiador cursi. Vagamente recuerdo, sin embargo, mi nacimiento en las profundidades de la tierra, mi madre querida.

Un día una mano despiadada desgarró el seno de mi madre, y por primera vez ví la luz en un país que, según luego supe, se llama Cartagena.

Sensación extrema experimenté: el aire, la luz, el frío y el calor me atormentaron, haciéndome llorar mi perdida tranquilidad; pero ¡ay! que aquellos tormentos fueron tortas y pan pintado, comparados con los que me esperaban y aun me esperan, si de lo porvenir he de juzgar por lo pasado.

Los horrores de la Inquisición me parecieron juegos de niño al compararlos con lo que me martirizaron los desalmados que se encargaron de mi educación. Todavía tiemblo al recordarlo. En un principio creí hallarme en el infierno del Dante; unos hombres horribles, negros ó tiznados me fundieron, haciéndome pasar las de Caín. A haberles visto el rabo no hubiera vacilado en tomarlos por discípulos ó pupilos de Luzbel, pero luego supe que eran simples mineros que sólo trataban de hacer mi felicidad uniéndome á otro metal para darme la resistencia y fuerza que necesitaba antes de empezar mi peregrinación por este valle de lágrimas.

Ya purificada por el fuego, imaginé que había cesado de sufrir y que empezaba para mí una era de bienandanza y paz, pero ¡ay! ¡ilusiones engañosas, livianas como el placer!

Fuí prensada, laminada, estirada, recortada y no sé cuántas cosas más; caí desvanecida por un fuertísimo golpe que me hizo perder el sentido.

Cuando creí que era llegada mi última hora, me encontré, al volver en mí, brillante, hermoso, de figura elegante, hasta cierto punto, y con una inscripción indeleble que decía: «Cartagena sitiada por los centralistas.» Estábamos en el año 1873; yo era un duro cantonal.

Desde aquel momento no he cesado de dar vueltas, de pasar de mano en mano, siendo mi vida una peregrinación sólo comparable con la del Judío Errante.

El primero que me poseyó en mi nuevo estado, fué un patriota entusiasta que, despreciando las comodidades de su casa, tomó las armas en Cartagena en defensa de una idea que toda su vida había acariciado.

El desaliento se había apoderado ya del honrado hijo del trabajo al ver que el movimiento revolucionario estaba próximo á ser dominado.

Alcoy, Valencia, Málaga y Barcelona habían sido vencidas; el cerco se estrechaba; las comunicaciones con el



SANTÁNGEL, escultura de Gamot

ALTOS RELIEVES DEL MONUMENTO Á CRISTÓBAL COLÓN; ESCULTURA DE LOS SEÑORES LLIMONA Y VILANOVA



Llegada de Colón al convento de la Rábida



Controversia ante el consejo reunido en el convento de San Esteban, en Salamanca

Presentación de Colón á los Reyes Católicos, en Córdoba



Entrevista de Colón y los Reyes Católicos en Santa Fe, delante de Granada



Embarco de Colón en el puerto de Palos para su primer viaje de descubrimientos



Desembarco de Colón en América



Toma de posesión del territorio descubierto, en nombre de los Reyes Católicos



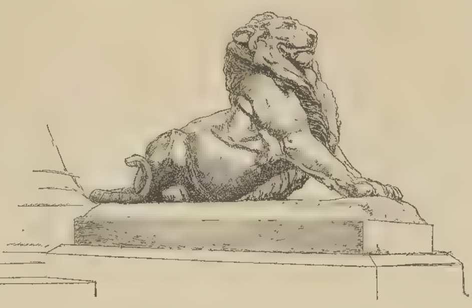
Llegada de Colón á Barcelona, de regreso de su primer viaje

exterior se hacían imposibles, y los víveres y municiones empezaban á escasear.

Organizóse una salida para verificar un reconocimiento, y la suerte designó á la compañía en que mi señor servía. Yo iba contento, porque suponía que nuestra expedición sería un sencillo paseo, pero no fué así. Llegamos hasta las avanzadas enemigas, entablóse un ligero tiroteo, y á los primeros disparos mi pobre amo cayó herido en un costado. Yo nunca había oído el silbido de las balas y confieso sin rubor que al oirlo me acobardé como un recluta.

Los sitiados tuvieron que retirarse precipitadamente y durante algunas horas permanecimos mi amo y yo abandonados en el campo.

La humanitaria Cruz Roja nos recogió al anochecer y mi desventurado dueño falleció en el hospital al siguiente día, no sin que antes entregara al practicante que le curaba todo su caudal, consistente en siete duros, encargándole que buscara á su familia, y al participarle su triste fin le entregase aquel dinero que con su nombre honrado era la única herencia que dejaba tras una larga vida de penalidades y trabajo.


LEÓN DEL BASAMENTO, escultura de Vallmitjana Abarca

Inútil me parece decir que yo formaba parte de la herencia de aquella pobre familia, y que no sin pesar me separé de mi infortunado dueño, al cual había tomado ya cariño, y que no podía darme mejor destino que dedicarme á socorrer la miseria en que la orfandad iba á sumir á su desventurada familia.

Cartagena fué tomada á los pocos días.

El ejército sitiador se disolvió, y Pablo Vélez obtuvo un mes de licencia que solicitó para cumplir la promesa que había hecho á un moribundo.

Diéronle la licencia y se puso en camino, llegando á las pocas horas á Pueblo Nuevo del Mar, en Valencia, donde residía la familia del que fué mi desventurado dueño.

Guardóme mi depositario en un rincón de su mal provista maleta, y después de dar tumbos y más tumbos, llegamos por fin á Valencia.

No quiero describirte aquel privilegiado país, pues mi historia es larga, y además no sé si tengo condiciones de narrador descriptivo.

Metida en un bolsillo de Vélez, y éste ocupando un asiento en una tartana, clásica y nada cómoda, carruaje valenciano, recorrimos la distancia que separa á Valencia de Pueblo Nuevo del Mar, apeándonos á la puerta de una barraca en la que habitaba la familia de mi primero y difunto dueño.

Paso por alto la triste escena de llantos, sollozos y suspiros que á mi llegada presencié, pues aun al recordarla acuden lágrimas á mis ojos. ¿Cómo no conmoverse presenciando el dolor de un hijo que por su padre llora?

Dejóme Vélez en manos de la hija de mi desgraciado dueño, y fuí encerrado en un cajón de una desvencijada cómoda de pintado pino, de la cual sólo salí, por espacio de algunos meses, para ser contemplada con veneración y respeto por Carmen, que así se llamaba mi nueva dueña.

Durante aquel tiempo fuí muy feliz, llegué á sentir una verdadera pasión por Carmen, y me enorgullecía cuando viéndome en sus manos contemplaba su rostro en el que se pintaban la veneración y el amor.

Era Carmen una muchacha lindísima, tan linda, que permíteme que te la describa. La quise tanto y juega un papel tan importante en mi historia que bien lo merece.

Figúrate una de esas valencianas paliditas, paliditas, de ojos que parecían dos perlas negras engastadas en nácar, de boca más bien grande que chica, estuche de coral que encerraba un collarcito de brillantes y más fresca que una rosa bañada de rocío, cabello rizado, abundante y negro como la mora y las sombras del alma del pecador, pequeña de cuerpo y esbelta de talle, movimientos graciosos y ligeros como de gatita juguetona; y si á todo esto añades que en su cara se reflejaba toda la pureza del alma de un ángel, tendrás imperfecta idea de Carmen, que, por lo que pude ver, no era muy feliz.

Su hermano, único pariente que tenía desde la muerte de su padre, no era un modelo de honradez ni mucho menos; poco aficionado al trabajo, pasaba su vida en las tabernas y garitos de la peor especie, viviendo á expensas de su pobre hermana que pasaba día y noche cosiendo camisas para el ejército, trabajo que apenas si la permitía cubrir sus primeras y más perentorias necesidades.

Cuando á Vicente, que este era el nombre del hermano de Carmen, le era adversa la suerte en el juego, tenía ésta que sufrir malos tratamientos y groseros insultos, y veíase precisada á sostener una verdadera lucha para impedir que Vicente se apoderase de mí y de mis compañeros, única herencia de la pobre huérfana, y que ésta no conservaba por avaricia sino como objetos santos que vinieron de manos de su desgraciado padre.

Así transcurrió algún tiempo, sin que nada notable ocurriese, hasta que una tarde, á eso del anochecer y cuando Carmen había salido de casa, sin duda para entregar su trabajo, sentí que abrían el cajón en que estábamos encerrados mis hermanos y yo, y fuimos arrebatados por Vicente, quien sin duda había perdido en el juego aquella tarde, y aprovechando la ausencia de su hermana se hacía nuestro dueño y pensaba desquitarse.

Gran dolor sentí al ser tocado por aquella infame mano y lloré amargamente cuando abandoné aquella pobre casa en la que tan feliz había vivido.

¡Cuánto y cuánto sufrí en el corto tiempo en que estuve metida en el bolsillo de la chaqueta de Vicente, en donde llevé por compañeros de viaje una navaja descomunal y una mugrienta baraja, objetos que sin duda acabarían por llevar á presidio al dueño de ellos.

Pero dejémonos de reflexiones y escucha la continuación de mi historia.

Nos condujo Vicente á Valencia y con él entramos en una lujosa platería en la cual nos abandonó, llevándose en cambio algunas monedas de más fácil circulación que nosotras, pues ya recordarás que nací duro cantonal.

Fuí encerrada en un cajón de una mesa de despacho que estaba colocada en la trastienda, y ya creí no volver á ver la luz del sol, pues pasaron días y más días y allí aprisionada llegué á perder hasta la noción del tiempo.

Ya comenzaba á aburrirme de veras, pues en verdad que aquella vida no era nada agradable. Mas todo acaba en el mundo; llegó por fin el momento de mi ansiada libertad, que recuperé cuando ya desesperaba de alcanzarla, volviendo á ver la luz en un hermoso día del mes de Mayo y encontrándome en manos de un mozalbete como de unos veintidós años, de quien supe más tarde que era hijo del platero que á Vicente me compró.

Mi nuevo poseedor era un muchacho de carácter ligero, tan ligero que nunca pude saber si era de buena ó mala condición. Su padre, que idolatraba en él, le había permitido desde niño toda clase de caprichos, y Fernando, pues este era su nombre, abusaba de la bondad y del cariño de su padre.

Ocurriósele al antojadizo niño convertirme en un puño de bastón, y héteme de la noche á la mañana juguete de Fernandito y cabeza de una delgada caña de Indias.

¡Con qué ridícula vanidad me enseñaba mi señor y dueño á sus amigos, y cuánto dancé por paseos y teatros durante aquella temporada!

Fernando era lo que vosotros llamáis un gomoso; su constante ocupación era no hacer nada útil, visitar los teatros y no enterarse de lo que en el escenario pasaba; escuchar á los actores era para él pésimo gusto, lo elegante era adoptar en su butaca una estudiada y á veces nada académica postura, morder el puño de su bastón, es decir darme un baño nada agradable, dirigir sus gemelos á todos los palcos y hablar en alta voz con algún su amigo tan necio por lo menos como él.

Mas veo que sin notarlo me estoy metiendo en honduras que no hacen al caso y describiéndote un tipo que demasiado conocerás.

Transcurrieron así algunos meses en los que llegué á renegar hasta del día en que nací y sobrada razón tenía para ello; ¿valía la pena haber nacido solamente para que aquel ridículo petimetre, argumento incontestable de la teoría de Darwin, estuviese constantemente haciendo juegos malabares conmigo?

La ociosidad es madre de todos los vicios, decís vosotros, y ocasión he tenido para convencerme de la verdad del proverbio. Fernando estaba ocioso y de necio solamente trocóse en necio vicioso.

Comencé á visitar en su compañía las casas de juego, de donde, por lo regular, no salía muy contento.

¡Cuántas horas he pasado encaramado en una percha de cierta casa de juego, viendo que otras hermanas mías pasaban de una mano á otra, llevando la alegría á aquellos á quienes pasaban y sumiendo en la desesperación á los que abandonaban.

Aquel espectáculo me impresionó vivamente en los primeros días; seguía con febril interés los cambios de la suerte, y confieso que me pareció muy divertido y hasta lo creí inocente; pero cuando ví el fondo de la cosa, sentí dolor y compasión y asco, sobre todo cuando observé el cambio que en Fernandito se operaba. Después he visto tantas cosas, que casi he llegado á olvidar que aquel niño imbécil fuera ladrón en su misma casa. A hurtadillas robaba á su padre. Y ¿para qué? Si ganaba, volvían las ganancias al sitio de donde salieron y lo perdido jamás se recuperaba.

La fortuna no favorecía á mi señor.

Una tarde, aprovechando Fernando un momento en que su padre no estaba en la platería, se apoderó de una sortija y fuimos á una casa de empeño; allí se quedó la sortija, y á las pocas horas el dinero del empeño se quedó en la mesa del tapete verde.

Varias veces se repitió esta operación, siempre con el mismo resultado.

Fernando se hallaba desesperado; temía que de un momento á otro descubriera su padre aquellos robos, y para impedirlo, se apoderó un día de unos pendientes de algún valor que fueron á hacer compañía á las sortijas y demás joyas.

(Continuará)

RECREACIONES CIENTÍFICAS

CURIOSA MANERA DE PARTIR MANZANAS

Tómese una manzana y hágase en ella con un cuchillo un corte A O B (fig. 1, núm. 1), pasando por el punto O donde se encuentra el pedúnculo ó cabillo y deteniéndose en el centro V en medio de las pepitas; hágase otro corte igual, perpendicular al plano del primero, de modo que se detenga el cuchillo en C V D. Hecho esto, se pasa el cuchillo horizontalmente por un lado del eje, formado por la prolongación del cabillo siguiendo el plano C V A (fig. 1, núm. 2); se procede del mismo modo por el lado opuesto y se obtienen así dos pedazos en la forma singular representada (fig. 1, núm. 2), los cuales pueden separarse ó encajarse uno en otro.

Hay otra manera de partir manzanas más curiosa aun, y consiste en cortarlas interiormente en dos mitades sin deteriorar la cáscara.

Se toma una aguja bastante fina provista de un hilo fino también pero resistente; se introduce la aguja por el punto inferior de la manzana A (fig. 1, núm. 1) y se saca por el punto B, teniendo cuidado de dejar bastante espesor entre la cascarilla de la manzana y el paso del hilo; se introduce otra vez la aguja por el mismo punto B, por donde ha salido, y se saca por el punto C, y así sucesivamente dando la vuelta por CD, DE, EF, hasta llegar al punto de partida A.

Terminada esta operación, se toma la fruta con una mano y con la otra se tira por igual de los dos cabos del hilo, retorciéndolos antes para no estropear el orificio. La manzana queda entonces dividida interiormente en dos mitades G H (fig. 2, núm. 2), sin que aparezca al exterior ninguna huella. El hilo ha producido el mismo efecto que el alambre que sirve para cortar los quesos y la manteca.

Una vez terminada esta operación se monda delicadamente la manzana, teniendo cuidado de tomar bastante espesor de piel para conservar la cinta entera (fig. 2, número 3). La división interior aparece á medida que se monda; y cuando la persona que lo hace no está prevenida, claro es que se sorprende agradablemente, sin poder acertar la causa de tal misterio.

(De *La Nature*)

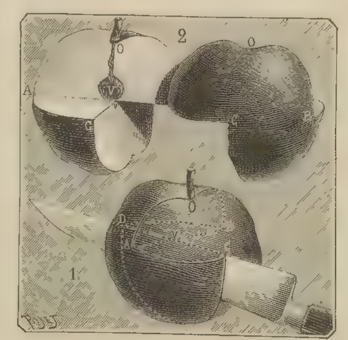


Fig. 1. – Manzana partida en dos pedazos de escuadra.

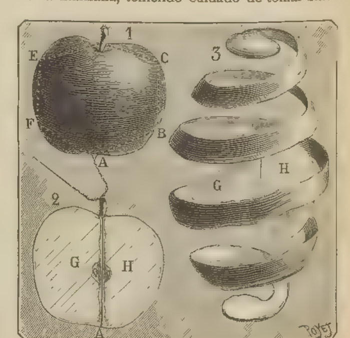


Fig. 2. – Manzana partida dentro de su cáscara.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓ



AÑO VII — BARCELONA 22 DE OCTUBRE DE 1888 — NÚM. 356

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DESPUÉS DEL BOLERO, copia del cuadro pintado por Mélida

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

DESPUÉS DEL BOLERO, cuadro de Mélida

El baile es indudablemente la más antigua y generalizada de las costumbres. Hay quien opina que los hombres bailaron antes que hablaron; de lo cual pudiera deducirse que el hombre nació para danzante.

Algunos bailan con la cabeza, otros bailan con los pies y no falta quien baila con ambas cosas, es decir, quien baila con cuerpo y alma. Ese quien, ó mejor *esa quien,* hay que buscarla precisamente en Andalucía. Allí fué Mélida por ella; pero llegó tarde: el bolero había terminado: la *bailaora aguardaba sentada.*

No importa; el insigne artista quiso aprovechar el tiempo y dió forma á un cuerpo como el cuerpo se le aparecía. El resultado lo tienen á la vista nuestros lectores. Bizarra moza; de sus ojos destella la luz del mediodía; su pecho se levanta á impulsos no de la fatiga, sino del fuego que la consume interiormente; necesita aire y apenas agita su abanico, el arma mortífera de las andaluzas. A nadie sonríe, porque á nadie pretende excitar mañosamente. Está segura de su triunfo y parece despreciarlo.

Mélida conoce el género y domina el arte: con tales elementos, ¿cómo no había de producir un cuadro delicioso?

DÍA DE VERANO, cuadro de Gabriel Marx

No hay estación cuyos inconvenientes no tengan sus compensaciones. Supongamos una fría noche de invierno; nadie dirá que sea agradable; pero supongamos conjuntamente un comedor muy confortable, una mesa cubierta de manjares y vinos más confortables aun; la chimenea brillando en la parte baja y el gas brillando en la parte alta... ¡Cómo concebir que haya gentes que digan pestes de la estación fría!...

Pues figurémonos el verano; un sol abrasador, un polvo inaguantable, un ambiente asfixiante, un suelo caldeado como el del desierto y por todo himno de la naturaleza el canto de las cigarras!... ¿Cómo es posible que haya partidarios de la estación calurosa?... Muy sencillamente; figurándonos el cuadro de Marx que es una verdadera apoteosis del mes de Agosto.

Cada uno habla de la feria según le fué en ella: al insigne artista vienés debía irle bien en todas las ferias á juzgar por su taller que no era la menos buena de sus obras. Cuando se puede pintar el invierno y el verano desde lugar inaccesible al calor y al frío, nada tiene de particular que se conciban las estaciones únicamente bajo su aspecto más bello.

LA ÚLTIMA INVOCACION cuadro de Gabriel Max

Max, el insigne pintor cuya temprana muerte nunca las artes llorarán bastante, poseía la flexibilidad y extensión de talento que revela el cuadro que publicamos en el presente número y los varios que venimos publicando desde la aparición de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

La joven mártir del Circo aparece en su lienzo tal como puede figurársela la realidad y el idealismo á un tiempo. Próxima á sufrir la más cruel de las muertes, su cuerpo débil, porque al fin y al cabo su cuerpo es materia, necesita apoyarse en el muro del Circo. Pero el pensamiento, el alma, la parte sublime, inmortal de la criatura, ya no pertenece á este mundo; antes bien penetra en lo invisible, y descubriendo en el espacio al Dios por quien muere, le dirige su oración postrera; oración que los labios no pronuncian, porque los labios son muy torpes para formular lo que ella siente. Sin embargo, la invocación resulta evidente en la figura que Max ha pintado; el éxtasis ha empezado para la joven cristiana, y la pantera que asoma su repugnante cabeza puede arrojarse cuando quiera sobre su víctima. No haya temor que ésta se resista, se conmueva siquiera... El ilustre artista nos ha hecho comprender cómo puede conciliarse la idea de un ser que parezca estar en la tierra, encontrándose realmente en el cielo.

EL NUEVO CAMINO DE HIERRO TRANSCASPIANO Á SAMARCANDA

Hay cuatro grandes espacios de desierto arenoso en la línea que va desde el Caspio á Samarcanda, y el primero que se encuentra hállase al salir de Ozoun-Ada, donde no se ve ni una mata de hierba; pero en cambio Kizil-Arvat, la primera estación de alguna importancia en esa línea férrea, está situada en un oasis muy fértil, así como Kodsch según se ve por nuestras ilustraciones. Uno de los grabados representa una estación en Geok-Tepé, esa fortaleza de los turcomanos que fué tomada valerosamente por Skobelef. La estación más importante que se encuentra después es la de Askhabad, ciudad turcomana bien conocida y ahora capital rusa del Turkestán. Otro de nuestros grabados representa el puente sobre el Oxus en Charjui. Todas estas vistas son de fotografías tomadas por Lansdell, quien ha descrito y figurado el tren oficial en que el general Annenkoff habitó durante la construcción de la línea y en el cual iba un pueblo movible de mil quinientas personas; en este tren había un coche dispuesto para salón, otro para comedor, otro para cocina y los demás destinados á oficinas, telégrafos, ambulancia, etc. El tren del general no debía separarse nunca mucho de la cabeza de la línea y avanzaba á medida que se iban colocando los rails.

FUENTE EGIPCIA modelada por Andrea Malfatti

El autor de esa fuente que, aparte otros méritos es notable por su originalidad, es uno de los escultores más considerados de Italia. A él se debe, y esto prueba la consideración en que es tenido, el monumento á Garibaldi, inaugurado en Cremona el 12 de Setiembre de 1887.

El plan de la fuente no puede ser más sencillo: un león vomitando agua y una joven bebiendo en una concha. Hasta aquí, nada de particular tiene la obra; pero ésta tiene un carácter tan típico, está ejecutada con tal acierto y el artista ha evitado en ella con tan buen tino las corrientes naturalistas que predominan actualmente en el arte italiano, que una vez más se ha hecho acreedor al prolongado aplauso con que ha sido acogida su fuente egipcia.

Mr. VOO Y LADY BLOSSOM TSENG

hija del ministro plenipotenciario de la China en Londres desposados recientemente en Pekín

En el mes de mayo último se efectuó en Pekín la boda de lady Blossom Tseng, hija menor del marqués de Tseng, ministro plenipotenciario de la China en Londres, con Mr. Woo, joven de talento, y ahora secretario del marqués. Para este acto se habían hecho muchos preparativos, y entre otras ceremonias verificóse una procesión para que todos viesen los ricos y numerosos regalos recibidos por los novios. El casamiento se celebró el 6 de mayo, y el 8 hubo gran recepción. Lady Tseng, luciendo un magnífico traje, y engalanada con perlas y plumas, estaba verdaderamente encantadora, y permitió á los convidados visitar las habitaciones interiores, favor muy especial, pues nunca se ha consentido que nadie penetrara en el *sanctum sanctorum* de la familia.

Nuestro grabado representa á los jóvenes esposos, lady Blossom y Mr. Woo con su traje de ceremonia, y tal como se presentaron en la recepción, á la que fueron invitadas las personas más notables de Pekín.

MONTAÑAS RUSAS EN EL AGUA

Hay que confesar que el genio del hombre es inagotable cuando trata de explotar á sus semejantes. El gusto de éstos se ha estragado un poco, tal vez un mucho, y esto explica el singular carácter de algunas diversiones ó ejercicios, que todos rechazarían si en lugar de ofrecérseles como recreo se les amenazara con ellas como castigo. Hay paladares que no saborean sino las viandas muy cargadas de especias y los vinos muy cargados de alcohol.

A ese género de diversiones pertenecen las montañas rusas en el agua, invento de J. Belknap, que funcionó durante el pasado varano, con grande éxito, en el establecimiento balneario de Seavide Park (Estados Unidos). Verdad es que por lo estrambótica y peligrosa, la tal diversión únicamente pudo haberse iniciado entre norte-americanos.

Figúrense nuestros lectores unas montañas rusas, de metros 9'7 de altura, 54 de extensión y 0,50 de ancho. En la cúspide de este aparato se coloca un trineo y en él se acomoda *el que se divierte.* El trineo se despeña vertiginosamente merced á unos cilindros, y al llegar á la base, que es el agua, la fuerza impulsiva hace penetrar el vehículo hasta cincuenta metros mar adentro.

El que con esto no se divierte ó no se ahoga ó no se muere del susto, en verdad que ha de ser de gusto difícil ó de muerte más difícil que el gusto.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

UNA REVISTA CÓMICA

En la continuada, interminable y variadísima serie de espectáculos á que está dando lugar la Exposición fuera de su recinto, son sin duda hoy por hoy los más interesantes las recepciones políticas y los banquetes, discursos y veladas que les siguen. Pero ni la política es de nuestra incumbencia, ni aun cuando lo fuese consideramos este el momento oportuno para discurrir acerca de tales actos, más que sea en sus relaciones con el certamen universal y la exuberante vida que trajo á Barcelona. En ningún caso, en ninguna forma parecería propio, dado el carácter de estos artículos, referirnos á nuestros huéspedes mientras permanecen viviendo en el sagrado de la hospitalidad; como tampoco podemos hoy, por razones análogas, observar y comentar, del modo que sin duda merecen, el extraordinario y también inusitado comercio de ideas que se está verificando entre todos, y las singulares impresiones de viaje, correspondencias, etc., que de algún tiempo acá leemos en todas partes. Quédese esto para el capítulo que pudiéramos titular «Forasteros», de posible ya que no de prometida realización; que en eso de las promesas el escritor más insignificante como el más grande estadista tienen el mismo derecho á andarse con pies de plomo.

Después de los grandes actos políticos, ahí están los teatros ofreciéndonos abundantes y divertidos temas. Más de una vez se nos ocurrió en el decurso de estos artículos dar algunas noticias del movimiento teatral, también extraordinario como todo en este año memorable y particularmente en los meses de julio y agosto; pero el mayor y más directo interés de la Exposición y el mismo exceso de estrenos y novedades que se iban sucediendo vertiginosamente, nos obligaron á desistir del primer propósito. Era imposible dar con las líneas esenciales y características de aquel caleidóscopo siempre variable. Por otro lado, no parecía tan visible la relación de las novedades teatrales con nuestro primordial objeto: todo lo contrario; existía incompatibilidad manifiesta, según dicen, entre los teatros y la Exposición.

Pero hoy algunos de ellos, lejos de continuar en su enemiga, sacan partido de ella, y así ya es más natural y lógico ocuparnos en tales espectáculos, como que, en realidad, mudamos tan sólo de sitio y no de objetivo; vamos á ver la Exposición en las tablas, después de haber recorrido su perímetro, y á reirnos con su caricatura tras haber contemplado el original. Inútil es decir que nos referimos á la revista cómica que por estos días se representa en el teatro Principal, como sátira y apoteosis (todo á un tiempo) de la Exposición.

Confesamos desde luego, que esperábamos mucho, muchísimo más de aquella Revista. El primer certamen universal que estamos celebrando ofrecía tantos y tan bellos recursos al escenógrafo, y la serie de exhibiciones que hemos presenciado nos acostumbró ya á tal punto á cierta brillantez y grandeza, que imaginamos algo nuevo, fastuoso y brillante también, ya como primer resultado del estudio del original, ya para contentar las nuevas exigencias del público. Esto en lo relativo á la apoteosis. En cuanto á la sátira, como á los grandes aciertos acompañan siempre grandes desaciertos, y muchas ocasiones se presentan para incurrir en el ridículo en cuanto se mueve una sociedad cualquiera de un modo extraordinario, creímos igualmente que el autor nos sorprendería con algunos rasgos de ingenio, nuevos y felices, y comunicaría poderosa vida escénica á muchos tipos, incidentes y murmuraciones que hemos visto desfilar mezclados con muy notables acontecimientos. En una palabra: á un hecho de tal trascendencia y tan fecundo como la Exposición debía seguir un espectáculo teatral digno de ella.

Nos hemos equivocado completísimamente. La revista no sobresale poco ni mucho por encima del nivel vulgar, ni se diría viéndola que haya ocurrido nada extraordinario. Es más: si algo la distingue es precisamente el presentar agravados los defectos propios del género, como en los cuerpos endebles y enfermizos se agravan los síntomas constitutivos de una enfermedad...

Empieza á parecer á todos bastante anodina y sin atractivo alguno – no sólo por muy usada, sino porque en realidad carece de condiciones verdaderamente dramáticas – la personificación de hechos, instituciones, monumentos, etc., recurso supremo de los autores de revistas. ¿Qué interés, qué vida pueden tener estas personificaciones? ¿Ni qué congruencia puede haber entre los actos y las palabras de unos cuantos personajes que se llamen *Teatro Principal, Teatro Lara, Ópera Italiana,* etcétera, etc., ó que formen un coro de *Guías* ó de *Naves de la Exposición* (!)? Basta enunciarlo, para que el más lerdo comprenda que es el colmo del barroquismo en la concepción escénica, que la *nave central* invite á un banquete á las *naves extranjeras!* Habíamos visto años atrás en algún baile de gran espectáculo, coros de *quinqués,* con su pantalla y su tubo y haciendo piruetas, y nos pareció imposible llevar más adelante las extravagancias á que fuerza la necesidad de algo nuevo; luego vimos más, y fué que, en Carnaval, había quien se prendaba de tales invenciones y salía disfrazado de sorbete, de piano y no estamos seguros si de vía férrea; pero aun así, nunca pudimos suponer que andando el tiempo una nave de un Palacio sería en las tablas un personaje que diría versos. Bien es verdad que habíamos visto antes las calles de Madrid convertidas también en comparsas: porque, con ser absurdo, ese simbolismo tan raro, ni siquiera es nuevo.

Lo peor es, digo mal, lo mejor es que estos interlocutores, en su calidad de personificaciones y símbolos, nada pueden decir en sustancia como no sea anunciarse brevemente con un par de redondillas: de modo que las escenas se convierten en un desfile rapidísimo de mascarones, que sintiendo la fatiga que van á causar, aparecen y huyen uno tras otro después de haber soltado un epigrama de embotado aguijón las más veces. Así discurren por las tablas en la última Revista, los teatros, los barracones, los panoramas, las colecciones de fieras, las guías, la horchatería valenciana, el libro de oro y las susodichas naves de la Exposición, sin que ninguno de tales figurantes, en su mayoría del sexo bello (porque no es posible descuidar ningún recurso, ó ningún atractivo), acierten con una frase feliz que hiera mortalmente ó ridiculice al menos ningún abuso.

Esta personificación de abstracciones sin vida alguna, parece todavía más ridícula en cuanto las tales se codean en la misma escena con personajes vivos; llega un punto en que el espectador no sabe ya dónde se halla, y en ocasiones le parece todo figura y representación de ideas, y otras veces todo realidad: confusión molesta, aun en este género de simple pasatiempo. A mi ver, el buen gusto exigiría que los fantasmas guardasen su condición vaga é impalpable de tales, y su corpórea vida los hombres de verdad, como sucede en las grandes obras coreográficas ó en los dramas donde se introduce la ficción ideal.

Por su parte, los pocos personajes de sainete de la obra, no tienen mucha mayor vida propia que el resto, ni más cargo que justificar el mismo desfile de *naves* y *teatros,* ó las mutaciones de escena. Ni siquiera son tipos comunes y conocidos de nuestro público, sino muñecos de teatro, dispuestos para este género de funciones, y colgantes del guarda-ropas, como peleles con manos y pies, exactamente lo mismo que el clásico pavo de cartón ó el espejo de lienzo. Un cesante hambriento, una chula, un gomoso, la vieja chillona, etc., son los personajes que entran y salen y pasan y vuelven á pasar mientras suben y bajan los telones. Toda la trama consiste en que el cesante, hostigado por el hambre, pretende explotar las circunstancias anormales de Barcelona aplicándose á diversos oficios sin servir para nada. Pensando piadosamente, no creemos que éstos hayan sido los tipos que han caracterizado la Exposición, ni siquiera de paso.

Fuera de esto, el lector comprenderá que, ya por medio de coplillas, ya en los diálogos, pretendiendo amoldarse el autor á las exigencias del público, deben insinuarse algunas alusiones á vicios y defectos de la capital, harto visibles por desgracia, y ensalzarse virtudes y triunfos que muevan al merecido aplauso; pero aun en esta parte, á la interesada timidez en lo primero, acompaña la escasa novedad en lo segundo. Fuera de que aquí todo se adorna con palmeras y que Miramar está muy alto; dejando aparte el rasgo genuinamente español, de que España

.....no tendrá dinero
pero tiene corazón,

y alguno que otro piropo á la consabida *laboriosidad,* no recuerdo ninguna de aquellas frases que por más que le duelan al público, se hacen perdonar la razón y el talento. En este punto, el inspirado y aplaudido autor de la música, sobre luchar con la índole de su genio, nacido



DÍA DE VERANO, cuadro de Gabriel Marx

felizmente para más graves concepciones, debió de forzarse mucho para embellecer con agradables motivos la insípida enumeración de edificios y paseos que consten en una copla, ó la presentación de caracteres que tanto pueden inspirar como las *guías* ó los soldados de los panoramas.

Para concluir, tampoco el libreto ofreció grandes ocasiones á los escenógrafos, obligados á satisfacer ese placer especial del público que consiste en la incomprensible rareza de querer reproducir en pequeño tamaño, en copia figurada, lo que puede admirarse con toda su grandeza real á dos pasos del mismo teatro. Exceptuando la última decoración, de excelente efecto, que es una vista del puerto, y luego una exacta pintura de Atarazanas, las demás, repetimos, vienen á ser copias inútiles para quien vió el original y deformes para quien no le haya visto.

Y esta última observación nos lleva de la mano á repetir resumiendo, que en las actuales circunstancias y tratándose de la primera exposición universal celebrada en España, el público barcelonés tenía derecho á esperar un nuevo esfuerzo, una tentativa de renovación, un grandioso y espléndido ensayo de otro género teatral en que las personificaciones y alegorías se embellecieran justificándolas, esto es, levantándolas á su verdadera esfera de seres fantásticos, en que la sátira aristofanesca adquiriese más alto y vigoroso vuelo, y la escenografía desplegara todos sus admirables y nuevos recursos.

J. YXART

16 de Octubre

EL TESTAMENTO DE UN DURO

(Conclusión)

Temblaba su mano cuando llegamos á la casa de juego y me oprimía con tal fuerza que mis bordes se clavaban en la palma de su mano.

Comenzó á jugar y aquel día la suerte le fué propicia. Ganó lo bastante para desempeñar las alhajas, pero no se dió por satisfecho, y sin duda la fortuna, que por un momento se compadeció, no de él, sino de su pobre padre, al ver la conducta del hijo le volvió la espalda, y allá se fueron otra vez todas las ganancias y hasta la última moneda de Fernando.

Pintarte su desesperación y su tardío arrepentimiento, fuera cosa fácil pero inútil, puesto que bien lo adivinarás, que hombre eres y pasiones tienes.

Dos horas pasó Fernando, durante las cuales debió estar ideando proyectos, abandonados casi al tiempo de ser concebidos.

Salíamos ya de la sala, cuando de repente me miró, agarróme, con fuerza extraordinaria me separó de la caña de Indias, y momentos después, arrojándome sobre el tapete, dijo:

– Va ese duro al cinco.

Caí junto al cinco y en frente de una sota de bastos que pareció mirarme con sorna y amenazarme con el garrote que empuñaba.

Te confieso que á pesar de las amenazas de la sota y de que me pareció soberanamente antipática con su blusilla colorada, sus calzas verdes y su afeminado aspecto, deseé con verdadero empeño que venciese á mi aliado el cinco, la provocadora sota.

Felizmente se cumplieron mis deseos: á las siete ú ocho cartas salió la sota de oros.

Fernando me miró con tristísimos ojos y se fué.

Entré en la banca, volví á salir y volví á entrar, y en media hora dancé más que una bailarina. Fuí de un abogado que se jugaba el dinero que le daban los criminales para que probase su inocencia; de un comerciante que vendía vinos del propio cosechero, y no mentía, pues él mismo *cosechaba* el vino, con campeche, amílico y agua; de un médico que, como los cuervos, se alimentaba de carne muerta, y en fin, hasta de un taumaturgo que hizo el milagro de apoderarse de mí y de otro duro, levantando un muerto que creo que lo había matado el médico de que hablé.

Después de tantas idas y venidas, pasé al bolsillo de un teniente de caballería que había ganado algunos miles de reales y se daba por satisfecho.

Con mi nuevo dueño salí al siguiente día para Madrid y lo que allí me ocurrió merece capítulo aparte, y sobre todo exige, si es que quieres que continúe, que descanse por un momento.

II

Calló el duro, reposó unos instantes sobre mi almohada y hasta creo que inclinó la cabeza, cerró los párpados y se me figuró oir un silbidillo especial muy semejante á un débil ronquido.

Respeté el sueño de la moneda, estando inmóvil y contemplando su rostro, que había perdido toda semejanza con la fisonomía del rey don Alfonso, que era el busto que tenía grabado, pues, como después dijo, mi nuevo amigo volvió á ser fundido y acuñado, es decir, sufrió una purificación, dejando de formar en el partido ilegal.

Aquella transformación era verdaderamente milagrosa. Desapareció la imagen grabada y asomó una carilla extraña.

Sus ojillos eran del tamaño de una cabeza de alfiler, vivos, muy vivos, hundidos y rodeados de un círculo, á manera de grandes ojeras, pronunciadas arrugas formaban lo que en nosotros suele llamarse pata de gallo. Su boca, grande del tamaño de una lenteja, estaba fuertemente contraída, colgante el labio inferior, muy pronunciados los pómulos, los cabellos verdaderamente de plata, y en todo su rostro, que indicaba claramente que debía haber sido bellísimo, se veían señales de una vejez prematura y cierto sello de melancolía y cansancio de la vida que infundía simpático respeto.

Pensando estaba en lo extraordinario de cuanto estaba pasando, cuando se despertó el duro, cerró y abrió varias veces los ojuelos, y después de bostezar, dijo:

– ¡Ea! ya estoy en disposición de continuar y de cumplirte por entero la promesa que hice de referirte á grandes rasgos mi desdichada historia. Trataré de ser breve, relatando sólo los hechos más importantes, pues si hubieras de oir mi historia completa y te obligaran á escribirla, obscurecerías la fama que de fecundo goza el Tostado.

Quedé asombrado al oir que mi duro daba muestras de ser erudito, abrí grandemente mi boca, agucé el oído y escuché, sin parpadear siquiera, qué decía el duro parlante.

– Quedamos en que llegué á Madrid á las órdenes de un teniente de caballería. Mi nuevo poseedor era un infeliz de carácter muy débil. Quiso su mala suerte que le eligieran habilitado de su regimiento, y la tal elección le habilitó para dar el salto mortal de la tierra á no sé dónde, pues no me atrevo á decir si los suicidas irán á los infiernos ó al cielo.

Mi buen teniente, llevándome en el bolsillo, se deshizo el cráneo de un pistoletazo, por haber cometido la imbecilidad de jugarse los fondos del regimiento.

Ocho horas estuve metido en el bolsillo de mi amo ya cadáver. Eligió como lecho funeral una ancha piedra que encontró en las cercanías de la plaza de Toros.

Amanecía ya, con gran contento mío, pues á la verdad la compañía de un muerto no me era ya muy agradable, cuando ví pasar junto á nosotros á un hombre, quien al ver á mi amo retrocedió asustado; mas, reponiéndose de pronto, miró á todos lados, se acercó y apresuradamente metió sus dedos en los bolsillos del chaleco del suicida, y apoderándose de mí y de un reloj de níkel echó á correr.

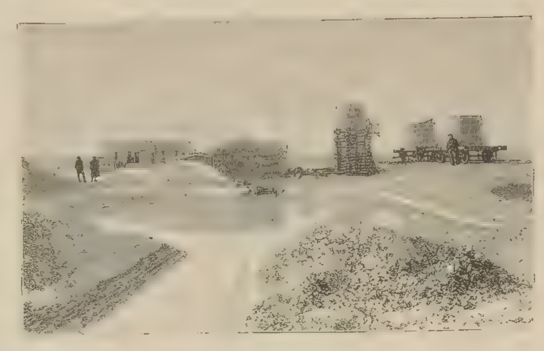


LA ÚLTIMA INVOCACION, cuadro de Gabriel Max

VISTAS DEL NUEVO CAMINO DE HIERRO TRANSCASPIANO



ESTACIÓN DE KODSCH EN EL OASIS DE AKHAL-TEKÉ



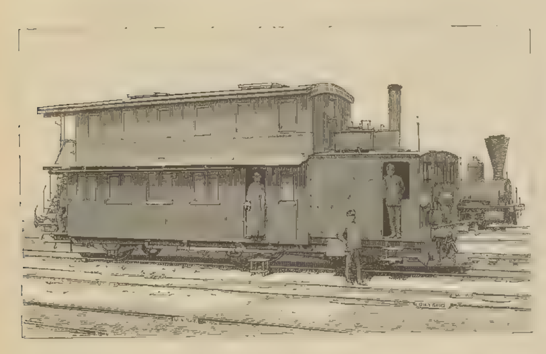
DEPÓSITO EN BAIRAM-ALÍ – Ó ANTIGUA MERV



PUENTE NUEVO EN MERV



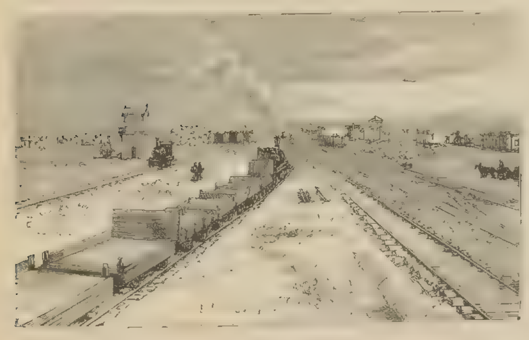
INAUGURACIÓN DEL PUENTE SOBRE EL OXUS



HABITACIÓN LOCOMÓVIL DEL GENERAL ANNENKOFF Y SU SÉQUITO



JARDÍN DEL CLUB MILITAR EN ASKHABAD



ESTACIÓN DEL CAMINO DE HIERRO EN ASKHABAD



ESTACIÓN DE GEOK-TEPÉ

Fué tal mi indignación, que se crisparon mis nervios y no pude ver quién era aquel infame ladrón.

A la media hora sonaba yo sobre el mostrador de una taberna.

Quise conocer á aquel infame, le miré fijamente y ví, aun con mayor indignación, que era Vicente, el hijo de aquel noble patriota, que murió defendiendo una idea para él noble y santa.

¡Vicente! ¡el hermano de Carmen! Por no verle me dejé resbalar por el mostrador y me encerré precipitadamente en el cajón.

Salí de allí al poco tiempo, y durante algunos meses no cesé de correr; no paraba en poder de ninguno más de un día. Eran todos pobres que me tomaban con la mano derecha y me daban con la izquierda.

No pude por este motivo hacer observaciones provechosas sobre la clase de gentes á quienes por pocas horas servía. Unas me cambiaban por pan, otras por vino. Serví para comprar dulces en un modesto bautizo y para adquirir medicinas para un pobre albañil que se había caído desde un andamio; estuve en manos de una mujer que me recibió en pago de la deshonra de su hija.

Pasé por las sacristías y por los lupanares, por los presidios y por manos de un notario. De la taberna á la honrada casa de un obrero; del Rastro á Lavapiés, de la casa de empeños á manos del modesto empleado, y en fin:

«Yo á las cabañas bajé,
yo á los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria *alegre* de mí.»

Memoria alegre, pues mi vida ha sido un continuado sacrificio. A todos he servido, remediando sus necesidades, satisfaciendo sus vicios ó sus caprichos y no sé si obré mal, pero serví hasta al usurero, haciéndole que realizase conmigo ganancia, que mejor pudiera llamarse robo.

Descansé durante algún tiempo en una casa grande, que después supe que era nuestra inquisición, es decir, la casa de la moneda, en donde volvieron á fundirme y acuñarme, y salí por fin con la cara lavada, brillante y hermoso y llevando grabado en mi cuerpo la imagen del rey don Alfonso.

Como ocurrió al ingenioso hidalgo Don Quijote, cuando á la del alba salía de la Venta tan contento, tan alborozado, por ser armado caballero, que el gozo le reventaba por la cincha de su caballo, así también yo salía de la casa de la moneda, alborozado y contento por ser armado caballero, es decir, duro legal.

Tan inocente era yo por entonces, que imaginé cándidamente que con mi nuevo traje y después de aquella purificación por el fuego, sería distinta mi suerte y más dignas y limpias las manos que en lo sucesivo me poseerían. Después aprendí el refrán que dice: «el hábito no hace al monje,» y no me refiero á mi hábito, pues yo duro nací y duro me hallo, sino al hábito de las nuevas gentes con quienes trabé conocimiento.

Mi primera estación, después de mi salida de la casa de la moneda, la hice en casa de un ministro, que si entonces servía fielmente á la monarquía, fielmente sirvió antes á la república y estaba dispuesto á servir con la misma fidelidad al moro Muza ó al rey que rabió.

Entré en aquella casa en pago de no sé qué servicios prestados á una empresa de ferrocarriles y salí en manos de un periodista, quien, al meterme en su bolsillo, dijo al ministro:

– No tenga usted cuidado, se publicará una serie de artículos que satisfarán á la Compañía.

– Sí, – dijo el ministro, – es preciso preparar la opinión; ese ferrocarril es necesario y de gran utilidad para...

– Para nosotros y para todo el mundo.

Por la noche el noble facedor de la opinión pública se desprendió de mí, convidando á cenar á un cómico á quien pocos días antes había entregado una comedia, y con cenas y bombos prodigados en su periódico convencía al artista de que su comedia era buena y debía ponerse inmediatamente en escena.

Del bolsillo de la chaqueta de un mozo del restaurant de Fornos, pasé al bolsillo del pantalón de un señorito de esos á quienes vosotros llamáis advenedizos y los franceses *parvenus*.

Nacido en una tienda de ultramarinos en donde su padre hizo una fortuna vendiendo azafrán y pimientos morrones, y conservando aún el olor á manteca y á chorizos riojanos, dió un salto, se olvidó de su cuna, y dióse á imitar las maneras y costumbres de los señoritos de la aristocracia.

Calzaba sus pies de aguador con inmensos zapatos de estrechísima punta; rizaba sus crespos cabellos, formando sobre su frente un flequillo que parecía las púas de un peine; recortábase patillas á la inglesa, que sentaban en aquella cara de maragato como una mitra á un bigotudo carabinero; martirizaba su cuello de toro con almidonado y altísimo cilindro de tela que le congestionaba; atracábase en Lhardy de manjares que no saboreaba su paladar acostumbrado al garbanzo y á la patata pero enemigo de la trufa; embriagábase con burdeos y champagne, y con el mismo placer hubiera bebido vinagre y limonada gaseosa; y en su afán de parecer señorito de la goma, tiraba al sable, debiendo tirar de un carro, jugaba al baccarat, sostenía queridas, y era, en fin, tan ridículo, que hacía simpáticos á aquellos á quienes quería imitar.

El mastodonte disfrazado de mono á quien te describo llamábase Trinitario, pero él, encontrando más gracioso un diminutivo, hacíase llamar Trini.

Le complaceré, ya que poco me cuesta, y llamándole Trini, te diré que á todas estas cualidades de necio, que por inofensivas podían perdonarse, reunía otras imperdonables por dañinas.

Era Trini presuntuoso como un pavo, astuto como un zorro, y con la pasión brutal de la carne tan desarrollada como un tití. No amaba á una mujer; codiciaba á la mujer con furores de bestia, y habiendo un día oído que alcanzar el amor de las mujeres es siempre cuestión de precio, creía en este cínico desatino con fe ciega.

Las mujeres que encontró en su camino le confirmaron en esta creencia, que le costó cara como verás después.

A los pocos días de estar en poder de Trini, fuí con él á una casa de pobrísimo aspecto. Juzga de mi sorpresa cuando ví en aquella casa á Carmen, á mi antigua dueña, á aquella pobre niña que con tanto respeto me miraba, viendo en mí, no una vil moneda, sino una santa medalla que su padre la legara.

Sentí una dulcísima emoción, y á haber podido hubiera saltado del bolsillo de Trini para caer en el regazo de Carmen.

Despertóse en mí gran curiosidad por conocer la historia de Carmen, que á la ligera supe después.

Buscando trabajo y abandonada por su hermano, vínose á Madrid. Por una casualidad conoció á la madre de Trini, que la protegió llevándola á su casa de costurera. Con ésta y con otras parroquianas que después adquirió, pudo vivir y conservar su virtud, heroica acción en una mujer lindísima, pobre y sola en el mundo.

Conoció á los pocos meses de estar en Madrid á Andrés, que era un guapo chico, habilísimo oficial de carpintero y á quien daba gusto ver con su limpia blusa azul, su boina encarnada, y sus mejillas y ojos más encarnadas y azules que su boina y blusa.

Gustó Andrés de Carmen; la quiso con todas sus fuerzas, que no eran pocas.

Carmen gustó de Andrés, á quien quiso con todas sus delicadezas, que eran muchas, y uniéronse el del martillo y la de la aguja.

Si antes de casarse se quisieron, después se adoraron, y se idolatraron luego, cuando vieron llegar á su casa á un robusto angelote á quien pusieron por nombre Andresito.

El padre de Trini, al abandonar el mostrador de su tienda de ultramarinos, no quiso permanecer ocioso, por amor al trabajo ó por exceso de avaricia, y se dedicó á construir casas por contrata.

Andrés trabajaba siempre en las obras en construcción del padre de Trini, y esta era razón más que suficiente para que Andrés tratara á éste con respeto y consideración.

Visitaba Trini la casa de Andrés, con gran disgusto de Carmen, pero con la aquiescencia de aquél, que, como hombre honrado y de carácter franco y leal, era incapaz hasta de suponer un mal pensamiento y menos aun una traición.

¡Grave yerro el del bueno de Andrés! Trini sentía por Carmen, no una pasión, que de eso era incapaz, pero sí un deseo, propio del temperamento que antes te describí.

El deseo crecía y crecía espoleado por la contrariedad y por el soberano desprecio con que Carmen rechazaba todas las vergonzosas dádivas con las que Trini quería comprar su amor.

No era en verdad cosa extraña que Trini sintiera por Carmen aquel deseo.

No soy hombre y, sin embargo, era tal la exuberante hermosura de mi antigua dueña, que confieso que muchas veces me dolí de haber nacido duro y no hombre.

Presencié en muchas ocasiones escenas repugnantes por parte de Trini y hermosas por parte de Carmen, que sabía resistir á todas las seducciones y hasta á la amenaza de que su Andrés sería despedido del trabajo y de que Andresito moriría de hambre y de miseria.

Una de las tardes en que metida en el bolsillo de mi amo, que no sé por qué causa no se desprendía de mí, fuí á casa de Carmen, ví á Trini descompuesto y casi pronto á emplear la violencia para satisfacer sus groseros apetitos.

Carmen le amenazó con referírselo todo á Andrés, pero Trini, sin hacer caso de sus amenazas, le contestó:

– Seguro estoy de que no lo harás; si lo hicieras, mañana te morirías de hambre.

Callaba Carmen, mas no por esta razón únicamente, sino más bien por el temor de que Andrés en su indignación y dejándose llevar de su genio vivo hiciera algo de irreparables consecuencias.

Felizmente terminó aquella escena con la llegada de Andrés, quien saludó al señorito Trini con toda aquella consideración con que se trata al hijo del que da medios para satisfacer las primeras necesidades de la vida.

Quiso Andrés obsequiar á Trini, pero éste no lo consintió y obligó, por el contrario, á Andrés á ser él el obsequiado.

Salí de aquella casa en manos de Carmen, y fuí á parar al cajón de una pastelería próxima.

¡Con qué dolor me separé de Carmen! Mas afortunadamente la separación fué de duración corta.

A los dos días fué Carmen á cambiar un billete de veinticinco pesetas á la pastelería en que yo había quedado y volví á sus manos.

¡Con qué unción entré en el cajón de su cómoda, y cuán feliz me consideré al pensar que formaba en unión de otros compañeros, los modestos ahorros de Carmen!

Trini seguía visitando la casa de Carmen.

Permítame que te describa con algunos detalles lo que ocurrió la última vez que la visitó.

Hallábase Carmen sentada en un sofá, de los llamados de Vitoria, teniendo á Andresito en sus brazos.

Llegó Trini y á los pocos momentos comenzó el asedio.

Como siempre, Carmen contestó á sus frases de mentido cariño y á sus seductoras promesas con ironía unas veces y con desprecio las más.

Abandonó Trini la silla en que estaba sentado y pasó á ocupar un lugar al lado de Carmen. Quiso ésta huir, pero Trini la detuvo agarrándola con fuerza por un brazo.

Lloró Andresito adivinando el peligro que corría su madre.

Carmen, acallando al niño, dijo con voz llorosa:

– ¡Por Dios, señorito, sino por mí por este niño!

No cedió Trini; la resistencia convirtió su deseo en locura.

¡Ay! pensaba yo, ¡quién pudiera quebrantar las leyes de la naturaleza y arrojarse al cuello de ese infame y estrangularle!

La lucha llegó á ser desesperada.

Carmen para defenderse acordábase de que era madre, y para librarse de los bruscos ataques de aquella bestia interponía entre ella y él á Andresito, diciendo con voz quejumbrosa:

– ¡Por la Santísima Virgen, que va usted á lastimar á este inocente!

Una nube de sangre pasó por los ojos de Trini. Ya no vió nada más que á la hembra á quien deseaba y que se resistía, y ya no hubo obstáculo para él que no pudiera vencerse.

El niño le estorbaba, y ciego de furor, de tal género, que ni á calificarlo me atrevo, arrancó al niño de entre los brazos de su madre, le dejó caer sobre una silla, y se abalanzó como un grajo hambriento sobre Carmen.

Lloraba el niño, dió un grito espantoso la madre, y en aquel momento entró Andrés.

Trini ni siquiera le vió. Entonces el marido ultrajado cogió al que le ofendía por el cuello.

Rugió y forcejeó Trini; sacó un revólver del bolsillo, que á los pocos momentos cayóse de sus manos.

Los férreos dedos del carpintero se habían clavado en el cuello de Trini, cuya cara púsose roja primero, amoratada después y por último negra como el alma que abandonaba avergonzada aquel cuerpo de sátiro.

Suprimo más detalles y voy al final.

Quedóse Carmen en aquella casa y Andrés fué llevado á la cárcel acusado del delito de homicidio.

Aun sigue allí el desdichado.

Yo abandoné aquella casa, sirviendo para pagar un modesto ataúd, en el cual fué encerrado el cuerpo de Carmen.

Andresito fué recogido por la madre del pobre preso.

Comenzó otra vez mi peregrinación.

Volví otra vez á ver á Vicente, el hermano de Carmen.

Aquel canalla había llegado á ser dueño de una gran casa de juego, y usaba brillantes y cadenas de oro, cuando debía llevarlas de hierro al pie.

Una noche Vicente mató á un hombre alevosamente; le prendieron, pero al poco tiempo fué puesto en libertad bajo fianza.

Yo formé parte de la cantidad que se entregó con el infame fin de que Vicente se paseara por las calles de Madrid.

Andrés sigue en la cárcel esperando que le juzguen.

¿Le dejarían en libertad bajo fianza?

Hasta aquí mi historia; oye ahora algo que quiero pedirte.

Durante mi larga y accidentada vida, sólo he amado á Carmen y á los suyos. Carmen ya no existe, pero su hijo vive; quiero estar á su lado.

¿Me prometes cumplir mi voluntad?

– Haré cuánto quieras, – dije.

– Valgo muy poco; no puedo remediar la pobreza ni las desdichas de Andresito, el niño infeliz de Carmen, pero quisiera darle los besos que su madre le hubiera dado. Para esto sólo hay un medio, y es que mandes convertirme en un vaso de plata, en el cual pose sus labios el hijo de aquella á quien tanto amé. ¿Lo harás?

Debí poner mala cara, pensando en que aquel duro era todo mi capital y en que quizás al siguiente día no comería, pero me conmovió el deseo de aquel duro y contesté afirmativamente con voz ahogada.

– Gracias, gracias, – dijo la moneda, – mis hermanas no te abandonarán y yo en mi testamento que acabo de hacer te dejo un legado: te relevo del juramento que hiciste antes de oir mi historia; puedes no sólo referirla sino hasta publicarla, y su publicación quizás te produzca algo más que las cinco pesetas que yo valgo.

Calló la moneda.

Al siguiente día llevé el duro á casa de un platero. Víla convertida al poco tiempo en un diminuto vaso, que llevé á Andresito, cumpliendo la última voluntad del difunto, y al publicar esta historia, debo decir, para que conste, que cobré el legado que me hizo el duro en su testamento.

Ricardo Revenga

Madrid, 11 Setiembre 1888

EL PALACIO DE ALCALÁ DE HENARES

La ciudad de Alcalá de Henares se halla situada á la orilla derecha de este río, posición á que debe su nombre (1). Reducida hoy con sus 14,000 habitantes á una representación subalterna; desposeída de su Universidad y de su condición de segunda corte de los primados, contiene todavía hermosos monumentos arquitectónicos y esculturales, pinturas, relicarios, bordados, alhajas y otros objetos de arte, principalmente debidos á los siglos XV y XVI; sin contar el importantísimo Archivo general, rico tesoro para la historia patria.

Hállase éste colocado, por virtud de acuerdo entre el gobierno y el cardenal Alameda y Brea (1859), en el antiguo palacio de los arzobispos de Toledo, interesante edificio hacia el cual importa llamar la atención pública (2).



FUENTE EGIPCIA, modelada por Andrea Malfatti

La planta del palacio, con todas sus construcciones, conforme se conservaba todavía en 1857, era, según el arquitecto señor Enríquez (3), la de un rectángulo que abrazaba cuatro grandes patios y tres jardines con sus fuentes: el del Vicario, llamado también de la Noguera, al Sur; el de la Aleluya, hoy destruído y cuyos restos se conservan amontonados en la huerta ó en las crujías inferiores del lado Oeste (mereciendo especial mención los hermosos medallones de Antenor y Ester), y el que actualmente se llama el Jardinillo, cerraban todo el espacio, sus murallas y torres, incluso la gran plaza de armas colocada al Norte y al Oeste (donde se ven restos de construcciones que Escudero cree debieron ser cuarteles, almacenes y otras dependencias), y que al presente sirve de huerta en parte. Su altura variaba entra dos y tres pisos, en las alas ó crujías, interrumpidas y enlazadas por más elevados torreones.

Diversos siglos y estilos han colaborado en esta obra, impulsada por casi todos aquellos arzobispos, ora llevados por las necesidades de la guerra civil, como Tenorio (siglo XIV), ora del gusto por la magnificencia y por el arte, que en el Renacimiento inspiraba á los grandes de la Iglesia como á los personajes civiles, según aconteció sobre todo con Fonseca y Tavera (XVI). El pontificado de este último señala el apogeo en la construcción monumental del edificio; los de Sandoval y Rojas y Moscoso (XVII) el período de las ampliaciones burguesas, destinadas tan sólo á la comodidad y sin importancia estética alguna; Portocarrero (XVII-XVIII) y Lorezana (XVIII-XIX) el momento en que principia la deformación y destrucción, llegadas á su mayor punto de barbarie en nuestro siglo, hasta el instante en que el Estado ha impedido la completa ruina del Palacio, dedicando á su conservación, restauración y renovación sumas cuantiosas, que no deberían haberse aplicado sino al primero de estos fines y de ningún modo al último, dadas las ideas que por fortuna comienzan ya á reinar en contra de las restauraciones.

I

Comencemos la descripción por la parte más vieja, á saber, los restos de torreones y murallas, que lo eran á la vez de la antigua villa (ciudad, desde Portocarrero), y cercan una extensión próximamente de 20 hectáreas. Las torres son diez y nueve, y están unas casi totalmente arruinadas; otras en reparación, y si fuese cierto, como Enríquez y Escudero se inclinan á creer, que en ellas se puede reconocer algún resto del XIII, del XII y aun del XI, la masa por lo menos que hoy ofrecen corresponde al XIV, tiempo del arzobispo Tenorio (1376-1399), gran promovedor de la construcción militar, siendo, por tanto, gótico el sistema de su construcción. El escudo de aquel belicoso arzobispo (un león rampante fajado) decora, entre otros lugares, las dos torres llamadas «de la Defensa», que cierran á ambos lados el primer patio, y una de las cuales, la de la derecha, ó sea del Sudeste, de sillarejo y mampostería se halla ya completamente restaurada y añadida con una construcción exterior para darle entrada por el Salón de Concilios. La parte más intacta, ó en otros términos, más en ruina, es la que rodea la vasta huerta. Seis de los torreones se hallan hoy incluídos en la construcción del Renacimiento, que forma la casi totalidad del actual edificio. Los más antiguos, así como las murallas, están formados de hormigón, compuesto de cantos rodados; y los que parecen más modernos, de mampostería y ladrillo, salvo la excepción antes notada; unos y otros son de planta rectangular ó cuadrada, tienen, ó por lo menos debieron tener dos pisos y acaban en terraza; hallándose el interior de algunos, los de más remota fecha en sentir de Escudero, macizado con tierra hasta la altura del principal, sobre el cual se levantó en un tiempo otro piso sostenido por maderas, cuyas cajas se observan aún por dentro, en los muros. Sus bóvedas, de ladrillo, presentan sumo interés, salvo las del primer torreón de la izquierda en la huerta, en el cual, la del piso superior es un cañón recto; y la inferior, modernamente enlucida, no es fácil de reconocer; esta torre conserva en su paramento exterior la decoración de escorias, tan común en aquellos tiempos, como puede verse en los alcázares de Segovia, Toledo y tantos otros edificios.

Pero las bóvedas que se conservan en los restantes, excepto la del séptimo, son de una generación muy complicada, y de que no se ha hallado, hasta hoy, otro ejemplo en España; el más antiguo que se conoce parece encontrarse en el famoso Convento del monte Athos (siglo VI ?). Estas bóvedas se hallan construídas sobre planta rectangular, dejando una parte sin cubrir para la caja de la escalera. Reunen al propio tiempo la condición de las bóvedas por arista y las de rincón de claustro, pues arrancan de cuatro arcos, á veces rebajados; otras de medio punto, como las primeras, y resultan, sin embargo, bóvedas de la segunda especie, aunque peraltadas. A esta última circunstancia se debe probablemente su forma: es sabido que peraltando gradualmente una bóveda de arista convexa, se llega al fin á la de arista cóncava, ó sea en rincón de claustro.

Las escaleras están cubiertas por falsas bóvedas de ladrillo, adinteladas *(en corbeille)*, ó por tramos escalonados de cañones de este mismo material.

Por último, la planta del séptimo torreón termina por la parte exterior en curva, á cuya forma se adapta su bóveda correspondiente, formada de hiladas de ladrillo también.

F. GINER DE LOS RÍOS

(Continuará)

(1) *Al-Cala-en-Nahar*, el castillo del río.

(2) Acerca de este edificio, verdadero monumento, no creo que se ha publicado modernamente sino la Monografía del señor Escudero de la Peña *(Claustros, escalera y artesonados del palacio arzobispal de Alcalá de Henares)* en el *Museo Español de Antigüedades*, tomo VIII, pág. 349; pero esta Monografía, principalmente destinada, á pesar de su título, á referir la historia y vicisitudes del edificio, así como las pocas páginas que le consagran los señores Quadrado y Lafuente en la nueva edición de Parcerisa (tomo I de *Castilla la Nueva*, Barcelona, 1885) y que tienen más bien el carácter pintoresco y poético que distingue á los arqueólogos de nuestro período romántico, no ofrecen una descripción sistemática, ni la característica de sus estilos, ni la crítica de su mérito. El presente artículo es una mera descripción de turista, fruto de impresiones y notas tomadas al vuelo en alguna que otra excursión. ¡Ojalá se halle pronto un arqueólogo dotado de estudios serios en la materia, que se resuelva á hacer el de este edificio, que bien necesita días, y aun meses, de concienzudas investigaciones!

(3) Citado por Escudero, pág. 364.

NOTICIAS VARIAS

SOMBREROS DE PANAMÁ. – Debemos al botánico Weddell interesantes detalles sobre la preparación de las hojas de *Carludovica palmata*, empleadas en ciertas partes de América y principalmente en el Ecuador para la fabricación de los famosos sombreros llamados impropiamente panamás.

Antes de abrirse el limbo de la hoja de esta planta es ordinariamente de un color blanco amarillento y su figura la de un abanico cerrado. En esta época de su desarrollo se le llama *cogollo*, y en este estado ha de cogerse para confeccionar el tejido de los sombreros. Pero antes de emplearlos, se someten los cogollos á muchas operaciones que los descoloran completamente. Ante todo se cortan de la hoja, mientras están todavía frescas las tiras que deben utilizarse, y se practica esta operación hendiendo longitudinalmente de abajo arriba cada una de estas subdivisiones con ayuda del pulgar, de manera que sólo se conserve la parte media que queda unida al pedúnculo y á la cual se deja la anchura que conviene al tejido más ó menos fino.

La hoja, así preparada, se mete un momento en agua hirviendo, y luego en agua tibia acidulada con zumo de limón. Al cabo de algunos instantes se saca de este segundo baño y se pone en otro de agua fría; luego se deja secar.

En la fabricación de los sombreros ordinarios, se humedece la paja con agua para elaborarla; pero los sombreros finos no se tejen sino á las horas en que el rocío da la humedad necesaria para esta delicada labor.

***

LOS PUERTOS CHINOS. – En los diez y nueve puertos chinos abiertos al comercio europeo, el movimiento de entrada y salida de los barcos de todas las naciones, da unos 22 millones de toneladas en esta forma:

Pabellón inglés.	14.171,810	toneladas
» alemán. . . .	1.400,083	»
» japonés. . . .	306,000	»
» francés. . . .	180,890	»
» danés.	92,064	»
» holandés. . . .	68,236	»
» americano. . .	66,539	»
» ruso.	51,335	»

El resto es absorbido por los pabellones chinos y otros no denominados.

***

FERROCARRIL CONSTRUÍDO SOBRE ÁRBOLES. – Hay en Sonoma County de California una vía férrea, que no tiene igual, á buen seguro, en ninguna parte de Europa. En la parte alta de este país, cerca de las costas, puede verse la explotación de un ferrocarril tendido sobre troncos de árboles. Entre los molinos de Clipper y las cimas de Stuart, donde el camino está cortado por un profundo abismo, se han aserrado los árboles á un nivel igual y sobre estos troncos se han fijado los *rails*. En medio de este abismo se han puesto en hilera unos palos que forman un sólido sostén; y sobre estos troncos aserrados á 23 metros de altura, pasan los cargados wagones con la misma seguridad que si la construcción estuviera establecida según los procedimientos técnicos y científicos.

***

CELERIDAD DE LA LUZ. – He aquí unos números muy curiosos obtenidos con independencia unos de otros y que muestran que no puede haber incertidumbre sobre la prodigiosa rapidez con que se propagan los rayos



Mr. VOO y LADY BLOSSOM TSENG, hija del ministro plenipotenciario de la China en Londres, desposados recientemente en Pekín

luminosos. Han encontrado esta rapidez los observadores siguientes:

	Kilómetros por segundo
Foucault, en 1862	298,000
Cornu, en 1874	298,500
Cornu, en 1878	300,400
Cornu, según Listing	299,990
Young y Jorbes, en 1881	301,382
Newcomb, en 1882	299,860

***

Proyecto de un cable telegráfico entre Vancouver y la Australia. – El estudio de las condiciones en que el cable de que se trata podría establecerse está muy adelantado con aplauso de todas las colonias interesadas. El cable pasará por las islas Sandwich, Fanniad y Fidji para alcanzar la Nueva Zelandia y la Australia. Su longitud total será de 6,000 millas, pero la longitud del trozo ó ramal más largo no pasará de 2,000.

Las consideraciones de interés imperial bastan para hacer reconocer que el establecimiento de un segundo cable entre Inglaterra y sus colonias del Pacífico no deja de tener importancia, cueste lo que cueste.

La semana pasada, la línea telegráfica entre Java y Port-Darwin hubo de romperse; y este accidente es por demás enojoso, y en tiempo de guerra hasta pudiera ser desastroso. El gobierno de Victoria, luego que supo el accidente, juzgó que era buena ocasión de hacer la prueba de la eficacia de los gastos locales. Se supuso que la rotura había sido obra de un crucero enemigo; se llamaron las reservas á las armas; se enviaron los artilleros á las Headas, y esta prueba de movilización parece haber sido satisfactoria.

***

Asesinatos en Inglaterra. – La población obrera del Este de la metrópoli británica se encuentra en este momento bajo la impresión de dolorosas preocupaciones, á consecuencia del asesinato de muchas pobres mujeres, mutiladas de la manera más horrible. Han corrido sobre el hecho las más contradictorias versiones y ninguna da en estos momentos explicación satisfactoria. Unos atribuyen este acto de ferocidad á un monomaniaco; otros á prácticas supersticiosas usuales en la India, que con el budhismo se hubieran introducido en Inglaterra.

La policía creyó algún tiempo haber encontrado las huellas de los criminales, atribuyendo las atrocidades cometidas á malvados que vendieran los despojos humanos que tan cruelmente se procuraban á traficantes de preparaciones anatómicas. Esta última versión hace pensar involuntariamente en los crímenes cometidos en Edimburgo, á fines de 1827 y principios del 28, por dos miserables llamados Burke y Hare.

Las leyes inglesas prohibían de una manera absoluta la venta de los cadáveres á los cirujanos; y éstos se los procuraban comprándolos á los *resurreccionistas*, que iban de noche á robarlos á los cementerios.

Por aquella época las hazañas de los resurreccionistas habían sublevado la indignación pública, y se formaron asociaciones para guardar los muertos. Hombres armados acampaban en aquellos fúnebres lugares y tenían orden de hacer fuego á los bandidos que fueran á despojar las tumbas.

Siendo ya peligroso este tráfico, Burke y Hare tuvieron la mala idea de asesinar mendigos ó vagos y seguir así vendiendo cadáveres. Pusieron, pues, en obra su bárbaro proyecto y llevaron su primera víctima al doctor Knox, profesor de anatomía en la universidad de Edimburgo y director del museo. Ni pensó en interrogar á los asesinos cómo habían adquirido el cadáver, y les pagó sin regatear 300 ó 400 francos. Estimulados por el lucro los dos asociados, volvieron á la carga y en menos de un año vendieron al doctor hasta quince cadáveres

Pero la policía no tardó en saber que el profesor Knox tenía á su disposición por sí sólo más cadáveres que todos sus colegas de los tres reinos, y vigiló de cerca á todos los miserables que podían ser sospechosos de dedicarse á un tráfico tan infame. Notaron que una vieja entró un día en casa de Burke y que no salió. Invadieron entonces el domicilio y se encontró á la infeliz asesinada debajo de una cama. Burke esperaba que anocheciera para llevar el cuerpo á casa de su cliente con ayuda de Hare.

Los dos asesinos fueron presos con sus mujeres, sospechosas de complicidad. Se formó el proceso y Hare solicitó hacer revelaciones, siendo admitido como testigo del rey, lo que, según la jurisprudencia inglesa, le aseguraba la vida. Las dos mujeres fueron absueltas y sólo Burke fué ahorcado.

En cuanto al doctor Knox, no tuvo nada qué ver con la justicia. La jurisprudencia inglesa no hacía un crimen de la ocultación de cadáveres para estudios anatómicos. Pero el pueblo lo hubiera arrastrado, sin la intervención de la policía



MONTAÑAS RUSAS EN EL AGUA

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón



AÑO VII — BARCELONA 29 DE OCTUBRE DE 1888 — NÚM. 357

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL AMOR ABRAZANDO Á PSYCHE EN EL OLIMPO, grupo en mármol de Gustavo Eberlein
presentado en la Exposición de Bellas Artes de Munich

SUMARIO

MONUMENTO Á COLÓN

Al insertar en nuestro número anterior los grabados representando las diferentes partes de dicho monumento, omitimos consignar que todos, excepto el de la vista del mismo en conjunto, están tomados de las excelentes fotografías sacadas por el aventajado fotógrafo señor Esplugas, con cuya autorización reprodujimos dichos grabados.

NUESTROS GRABADOS

EL AMOR ABRAZANDO Á PSYCHE EN EL OLIMPO, grupo en mármol de Gustavo Eberlein

El culto de la forma llegó á ser en Grecia algo parecido al culto de la divinidad. La belleza física integraba el respeto de los conciudadanos de Phidias; jamás pueblo alguno ha sentido la estética como aquel pueblo que la aprendió prácticamente en las obras de los más sobresalientes artistas.

El arte moderno se ha propuesto quizás ideales más extensos que los del arte griego, que no en vano la inspiración es uno de los elementos impulsivos del progreso; pero bajo el punto de vista de la línea, bajo el aspecto de la gracia encarnada en un pedazo de mármol y tan encarnada que á la simple conjunción de la materia y del sentimiento los mármoles adquiriesen vida á voluntad del artista; ningún otro pueblo, ninguna otra escuela ha igualado siquiera al pueblo griego.

Eberlein se ha inspirado en esa escuela y ha dado naturalmente en un asunto mitológico, porque el arte griego es inseparable de su mitología. Al prescindir de esa fuente de inspiración, el Partenón desaparece tras las moles ojivales del arte cristiano, y entonces el coloso Phidias desaparece tras el otro coloso Miguel Angel. Al género griego pertenece el grupo que reproducimos, nota feliz, obra saliente de la última Exposición celebrada en la capital de Baviera.

LA PASTORA, cuadro de J. M. Marqués

Marqués es infatigable. Si debiera juzgarse por lo que produce, podría suponerse que pintar es la cosa más sencilla de este mundo.

Aunque joven ha contemplado la naturaleza, se ha embebido en ella y la tiene como si dijéramos condensada en su paleta. En ésta moja sus pinceles, los pinceles dejan color en la tela y por arte y gracia de su habilidad héte un cuadro que nunca carece de alguna condición recomendable. El que hoy reproducimos lo es por la tranquilidad de la escena, por la dulzura, por el atractivo de esa naturaleza apacible que representa, aun por la misma figura de esa pastora cuyo pensamiento vuela quizás á regiones menos puras, á escenas menos inocentes. Esa pastora sueña en algo que ha de serle fatal.

A nuestro infatigable artista nos permitiremos solamente hacerle una observación. De Lope de Vega se sabe que escribió miles de comedias: sin embargo nadie dice de él: es aquel poeta que produjo un drama al día, sino es el autor de *La esclava de su galán* y de *El mejor alcalde el rey*.

EPISODIO DE LA GUERRA, dibujo de Forestier

No es el aspecto del campo de batalla el único cuadro que afecta el ánimo cuando se contempla á un país devorado por la guerra. El lugar del combate está sembrado de notas espantosas cuyo mismo horror debilita de una manera considerable la impresión ó sentimiento de la tristeza. Hay que considerar á la guerra bajo otro aspecto, si se quiere que la reflexión produzca los debidos efectos.

Los vencidos del campo de batalla han muerto matando; ha habido lucha general, peligro común; ni el vencedor ni el derrotado se han dado cuenta del éxito hasta mucho después de decidida la suerte de las armas. Cuando el arte reproduce una de esas escenas, el espectador no toma partido, no se interesa por un bando ni por otro, por un ejército, ni por otro ejército.

¡Cuán distinto es el efecto obtenido cuando el artista pinta un episodio como el representado en nuestra lámina! La familia del vencido huye la ira del vencedor y lucha á solas con la naturaleza, nada favorable por cierto, pero menos implacable que el enemigo. Ante un cuadro de tal desolación, el espectador no averigua de qué parte de los combatientes está la razón ó la injusticia; su ánimo se coloca decididamente de parte del débil y una lágrima compasiva es el más grandioso triunfo del artista.

Aparte el mérito indiscutible de este dibujo, esencialmente dramático, nos mueve á reproducirlo la circunstancia de ser otra de las láminas que ilustran una novela inglesa, prueba de la importancia que en la Gran Bretaña se concede aún á este género literario.

EL DIA DE LA COLADA

Fotografía tomada del natural por M. Malan.

La fotografía, que empezó por ser una profesión poco menos que mecánica, se ha remontado en nuestros días á la altura del arte.

El grabado que insertamos, reproducción de una excelente fotografía de M. Malan, es una demostración de lo que aseveramos. Esa preciosa criatura, hija del artista, lavando la ropita de sus muñecas, esa reunión de *bebés*, esos juguetes y esas prendas, el jardín, el ambiente, todo en fin, no sólo está impregnado de color local, como pudiera estarlo el lienzo pintado por un maestro, sino que revelan el impulso artístico del fotógrafo que ha sabido sorprender á la naturaleza en el momento en que en ella se representaba un idilio infantil.

¡POBRE HIJO MIO!... cuadro de V. Baditz

Entre los lienzos que más han llamado la atención en las recientes exposiciones internacionales de artes de Viena y de Munich, figura el cuadro de Baditz, joven pintor húngaro de gran porvenir y discípulo del profesor Guillermo Díez de Munich. Este cuadro, que parece fotografiado del natural, nos refiere una historia tristísima, conmovedora en su horrible verdad, una de esas historias viejas que á pesar de ello son siempre nuevas y que destrozan el corazón.

Una señora joven, rica, vestida con elegancia y de apariencia distinguida, va á ver á un hijo suyo á quien una aldeana se ha encargado de criar, pero que, á juzgar por la presencia de otro niño más pequeño, convierte en una industria la lactancia de hijos infelices cuya existencia tienen que ocultar sus padres. La aldeana, que se cuida poco del niño extraño, acaba al parecer de levantarse de su cómodo sillón y sorprendida por la visita de la joven madre, procura ocuparse de la desgraciada criatura de aspecto enteco, enfermizo y mal vestida, á fin de hacerle parecer algo mejor de lo que está en realidad. La joven madre, aterrorizada y presa de acerbo dolor fija su vista en la carita pálida y demacrada del hijo de sus entrañas, que alza su mirada con mudo reproche á la señora como si quisiese decir: ¿Eres tú mi madre? ¡Cuán otro sería mi estado si me criaran en la casa paterna, rodeado del amor y solicitud de mi madre y del cariño de mi padre!...

Si el pintor ha sabido reproducir con acierto, uno de estos conmovedores episodios de la vida práctica, lo dejamos á la consideración de cuantos contemplen nuestro grabado.

EL GRANERO, cuadro de L. Marcian

El granero representa en la casa del labrador lo que representa la Caja en la casa del comerciante. Lo que en ésta son pesos duros, billetes de banco y valores mercantiles, en aquél son granos, tubérculos y frutas secas: en uno y otro caso la fortuna del dueño. No es de extrañar, por lo tanto, el solícito esmero con que esa pareja de labradores acondicionan los frutos de su constante y penoso trabajo: cada uno de esos frutos representa otro tanto volumen de sudor desprendido de la tostada frente del trabajador del campo. El artista ha pintado el cuadro con cariño, y aunque exenta la obra de pretensiones revela una factura concienzuda é inteligente.

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA cuadro de P. Sadée

Las pobres gentes de la aldea vienen de rezar, de pedir el pan de cada día... La iglesia es mísera, pero en su interior desnudo y ennegrecido por el tiempo flota el espíritu de Dios. La luz escasea en el altar y el incienso no satura el ambiente; pero las oraciones sinceras de los devotos aldeanos no suben menos por esto á los pies de la Virgen. Salen las buenas gentes del templo y aun se hallan bajo la impresión del sentimiento religioso: todo á su alrededor respira calma, todo está en silencio; parece que de un templo embovedado se han trasladado á otro templo á cielo abierto.

El autor de este cuadro ha producido una nota justa, precisa, que conmueve gratamente como el suave rumor del órgano lejano, como el canto melancólico de un coro de anacoretas. Vibra á la vista del lienzo el sentimiento religioso, sin que para ello el artista haya tenido necesidad de introducirnos en el templo, demostrando que cuando se pinta con el alma cabe perfectamente lo sublime en lo sencillo.

COMIDA CAMPESTRE, cuadro de M. Carbonell

Al recorrer las galerías del Palacio de Bellas Artes en nuestra Exposición Universal, es muy fácil, por poco que os seduzcan los placeres del campo, que os impresione agradablemente un lienzo en el cual se reproduce una escena vulgar pero simpática en alto grado. Un cielo sereno, una naturaleza espléndida y una familia de trabajadores dotados de una conciencia tan tranquila como ese cielo, de una salud tan espléndida como esa naturaleza. Ningún artificio ha empleado el autor para llamar vuestra atención; la realidad aparece en el cuadro con la misma fidelidad con que un espejo reproduce el objeto que tiene delante; y sin embargo, la escena os seduce: si por acaso os aguarda un gran banquete pensáis para vuestros adentros, que de buena gana trocaríais vuestro sitio en torno á la suntuosa mesa por una piedra en ese inmenso é inimitable comedor del pobre que se llama el campo libre. En suma: una obra de género realista que trasciende á felicidad y á arroz con pollo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA QUIEBRA DE UN BANCO cuadro de L. Bokelmann

Si en pintura existiera un género que llamaríamos trascendental, podríamos decir con toda propiedad que el cuadro de Bokelmann pertenece á ese género. Es una grande obra de arte y al mismo tiempo una lección no menos grande. El autor puede solicitar un sitio entre los egregios moralistas, pues enseña á dónde conduce la confianza imprudente estimulada por un lucro demasiado usurario para que no fuese efímero. La catástrofe común ha evidenciado, según el artista, en lo cual ha sido justo, que de ese afán de lucro inmoderado participan todas las clases sociales, aunque no sea igualmente funesto para todas. No hay sino examinar las muchas figuras del cuadro, ninguna de las cuales huelga, para comprender hasta qué punto la quiebra del Banco las afecta. Desde la indignación más justificada hasta el abatimiento más profundo, el semblante de las víctimas recorre la más completa variedad de tonos. ¡Qué concepción tan valiente, qué ejecución tan correcta, qué variedad de expresiones dentro de una idea común á todas!... Obras de esta naturaleza demuestran un aliento superior: son el cuento inmortal de la lechera referido, hecho palpable por medio del pincel.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

FIESTAS Y ESPECTÁCULOS

Dudo que en ninguna época desde que Barcelona existe, se hayan sucedido con tanta rapidez en ella tal número de acontecimientos diversos, y creo que en ninguna otra ciudad de España se daría un ejemplo de mayor tolerancia y orden por parte de los espectadores.

Esta índole peculiarísima de nuestro pueblo, que ofrece hoy el singular espectáculo de acudir con la misma compostura á las recepciones de hombres políticos de distinta y opuesta significación, como si estuviese de largo tiempo avezado á respetar la opinión ajena; el interés con que presencia así una cabalgata como una procesión; el concurso que presta con su actitud espectante á las más diversas ovaciones, sorprende y maravilla al observador por mucho que confiara en lo que llaman nuestras gacetillas «la cultura del pueblo catalán.»

La explicación racional de este hecho singularísimo requiere, á mi ver, mayor espacio del que tenemos aquí: ¡tanto podría decirse acerca de semejante tolerancia, para la cual todo es fiesta y causa de espectación y de alegría, y en ningún caso, motivo de protestas ruidosas ni de actos brutales y desagradables!... Pero sea cual fuere la explicación del fenómeno, el cuadro resulta vivificado por una animación febril, una grandiosidad inusitada, un movimiento y rebullicio vertiginosos. Para que el lector tuviera de él aproximada idea con nuestros bosquejos, se requerirían palabras que zumbaran en sus oídos con la ensordecedora gritería de las grandes multitudes; fuera preciso usar abigarradas y amontonadas imágenes que confundieran sus ojos con la simultánea visión de los coches de gala en todas direcciones cruzándose con los tranvías silbadores y las modestas berlinas y la multitud atropellada abriendo penosamente calle para cerrarse luego contenida por la propia aglomeración, que á duras penas logra hallar cauce en las más anchas vías; sería necesario trasmitir á su cerebro la febril convulsión de tantas impresiones rápidamente recibidas y que, como en una pesadilla, sobreponen con la mayor incoherencia, sus colores, sus líneas, sus formas.

En menos de una semana se han sucedido las recepciones, veladas y banquetes en honor del Sr. Cánovas; tras éstas vinieron la recepción, funciones teatrales y bailes en obsequio de S. A. la Infanta; después de la nocturna cabalgata, las fiestas religiosas, la procesión; apenas terminada ésta, el *lunch* y discurso del Sr. Castelar, la iluminación y fuegos artificiales marítimos; y en todas partes, el mismo inmenso gentío, las mismas apreturas, las cuestiones de etiqueta, las ansias y fiebre de la asistencia á todo trance, la diligencia y actividad á caza de la esquela de convite, las molestias de las grandes aglomeraciones que están á la orden del día, como en aquellos grandes centros donde se hace ya imposible dar el más insignificante paso sin sujetarse á la necesidad de *hacer cola*, de tomar número de orden, y de aguardar horas enteras. Y en ninguna parte, ni un grito, ni una disputa, ni una alarma y consiguiente carrera y susto.

Los más distintos y aun opuestos actos alcanzan – repetimos – el mismo éxito é igual brillantez. Un partido político, congregado no hace mucho al rededor de su jefe, oía con aplauso su elocuente palabra en el gran salón del café-restaurant, y en torno del elegante edificio, que ardía como ascua con espléndida iluminación, aguardaban el final del discurso los espectadores no llamados, para saborear los comentarios y habladurías. Otro partido político se reunía ayer en el teatro Calvo-Vico, no ya ansioso sino delirante por gozar de la no menos famosa elocuencia de su caudillo, y los mismos espectadores de la víspera acudieron con igual interés á participar en lo posible de aquellas corrientes de entusiasmo: la misma profusión de luces; las masas de elegidos en interminables hileras á lo largo de las interminables mesas; el imponente espectáculo de miles de hombres saludando de pie con aclamaciones ruidosas á un hombre que pasa, sonriendo, moviendo la cabeza á derecha é izquierda, sombrero en mano, seguido de sus íntimos admiradores! Invadió las calles inmensa multitud para presenciar el desfile de la cabalgata, y tras ella á los pocos días, mayor y más apretado concurso se tiende por la carrera que debe seguir una procesión y aguarda su paso con igual compostura, aplaude, grita, saluda con vivas y palmoteos la Santa Imagen, precedida de millares de devotos, rodeada de pompa oriental indescriptible, seguida de clérigos y prelados cuyas vestiduras refulgen con el oro y la pedrería, custodiada por las autoridades y las tropas. Truenan los cañones, se encienden en balcones y esquinas fuegos de bengala que derraman sus resplandores fantásticos y vivísimos sobre aquel grupo de maravillosa fastuosidad... Con la misma solemnidad serena y reposada que podría discurrir por el tranquilo claustro de un monasterio, la procesión interminable circula por las principales vías de Barcelona, entre aquel inmenso y rebosante gentío que excede en número á cuantos vimos en estos últimos días. Ni la fatiga de aquel desfile que dura más de cinco horas, logra producir con la impaciencia el desorden; ni la interrupción y dificultad de las comunicaciones, es causa de ruidosa protesta. Y cuando restablecidas éstas, ya bien cerrada la noche, se disemina aquella multitud compacta, y se precipitan en hilera los carruajes detenidos largo rato en las esquinas, observamos un instante embelesados aquel nuevo espectáculo que sugiere el recuerdo de un grabado londonense en que se pinta el bullicio y confusión de una multitud discurriendo en distintas direcciones, los encabritados caballos de tiro, los látigos de los cocheros en alto, y los radiantes faroles deslizándose como estrellas fugaces en la sombra.

J. YXART.

¡VENGANZA!

La religión y la ley consagraban y santificaban aquella perpetua unión de los labios de Luisa y Vicente.

Besos, amor, ilusiones y un cuarto piso modestísimamente amueblado era cuanto en la tierra poseían.

Esperanzas y un hermoso ángel que del cielo había de venir, con su pan debajo del brazo, cuanto esperaban poseer.

La felicidad se había hospedado, sin embargo, en el piso cuarto que habitaban Luisa y Vicente. ¡Qué importa la pobreza cuando se ama y se espera!

Vicente se enamoró de Luisa, antes de terminar la carrera de Medicina. Estudió patología suspirando por Luisa, suspirando por Luisa aprendió la terapéutica, y temblando por el temor de que se retardara su matrimonio hizo los ejercicios de la licenciatura y del doctorado, y cuando en el ministerio de Fomento le dieron el papelote que oficialmente certificaba de su aptitud para curar, se dijo:

– Ya tengo el remedio para mi mal; bien comienzo mi carrera: yo soy mi primer enfermo. La terrible enfermedad de mi amor la curará este papel. He aquí el talismán deseado; he aquí la gallina de los huevos de oro. Bendiga Dios la ciencia y mande á la tierra constipados á espuertas, indigestiones á manos llenas, jaquecas á granel y sean los enfermos Cresos; mi ciencia, con pastillas de caracol, agua de Loeches y lápiz jaqueca, les devolverá la salud, y su dinero vendrá á mi bolsillo y con él compraré sedas para mi Luisa, joyas para mi Luisa, artísticos muebles para ella, y yo seré feliz, ella felicísima, y mis enfermos archifelices, pues cambiarán dinero por salud, y ¡vive Dios que van ganando en el cambio!

No fué el Omnipotente tan generoso en catarros, ja-

quecas é indigestiones como deseaba nuestro novel médico, y las sedas convirtiéronse en percales, las joyas ricas en joyas de similor y los artísticos muebles en modestos trastos comprados con grandes trabajos en los tenduchos del Rastro.

Dióse, sin embargo, por satisfechísimo el discípulo de Hipócrates, cuando se vió dueño de Luisa y único señor de un cuarto piso situado en la calle de Zurita de esta muy noble villa de Madrid.

¿Qué pluma sería capaz de describir sus orgullos, sus desbordamientos de pasión, sus ilusiones, sus esperanzas? ¿Quién podría pintar la satisfacción con que miraba sus muebles recompuestos por la mano inhábil de obscuro artista? ¿Quién dar idea, ni aproximada siquiera, de la ternura que en sus ojos se veía, cuando extático contemplaba á su Luisa, limpita, con el hermoso cabello alisado por aquellas manos que eran, según el feliz Vicente, copos de purísima nieve, envueltos en rosáceo terciopelo?

Era Vicente un carácter apasionadísimo, una imaginación de pólvora; amaba y odiaba con las mismas energías y, cosa extraña en caracteres como el suyo, su viveza y fogosidad no estaban reñidas con la constancia. Si amaba, amaba siempre; si odiaba, su odio era eterno cual las penas del infierno. Tenía en sí mucho de árabe; sus odios eran inextinguibles; sus venganzas, si algún día hubiera de vengarse, dejarían muy atrás á las tradicionales venganzas africanas.

Luisa semejábase á él en algo, diferenciábase en mucho. Era apasionada como él, pero voluble é inconstante como apasionada y como mujer al fin. Durante sus amores le cometió pequeñas infidelidades, que luego amargamente lloraba cuando oía de labios de su novio frases que exaltaban su fantasía y enardecían su fogosa pasión. Pudiera pintarse el carácter de aquella mujer diciendo que era una morena de ojos azules, las pasiones de las morenas y los sueños de las rubias, arranques y ternezas, carcajadas burlescas y lágrimas sentimentales y románticas, tempestades de relámpagos y melancólicas y poéticas noches de primavera.

Salieron una mañana de la vicaría, lograron librarse de parientes molestos y amigos inoportunos y comenzó un verdadero idilio. Las dos pasiones se desbordaron. Quizá entonces parecía mayor la pasión de Luisa.

Los enfermos de Vicente pudieron muy bien morirse hasta de un simple dolor de muelas.

¿Quién receta cuando cree que el refrán más verdadero es aquel que dice: «Contigo pan y cebolla»? ¿Quién se presta á ver en casa ajena tristezas y dolores, cuando en la suya todo son amores y alegrías?


LA PASTORA, cuadro de J. M. Marqués *(propiedad del Círculo del Liceo de Barcelona)*

Llegó la época en que la cebolla y el pan no bastaron para satisfacer el apetito de Luisa.

Buscó Vicente enfermos, y ¡oh suerte desdichadísima la suya! todo el mundo gozaba de perfectísima salud.

Vicente tenía sobrado talento y allá en los rincones de su cerebro había almacenado gran caudal de conocimientos.

Con esto y con su amor á Luisa cada vez más creciente, ¿cómo no encontrar, no ya pan y cebolla, sino pan y perdices?

Anunciáronse unas oposiciones para cubrir algunas plazas en el cuerpo de Sanidad militar. Presentóse á ellas Vicente y obtuvo el número uno. Quizás hubo quien que le aventajaba en ciencia, pero nadie en amor, y las faltas de Minerva, supo suplirlas con creces el dios de los ojitos vendados.

Alejóse de su casa la cebolla, y si no llegaron las perdices, jamás faltaron los rechonchos garbanzos de tierra de Castilla.

—¿Y no hay felicidad en la tierra? —decía á voces Vicente. —¡Ah, imbéciles, que no la sabéis buscar! Mirad á un pobre teniente de Sanidad militar á quien el gozo le revienta por todos los poros de su cuerpo. ¿A quién podré yo envidiar, á quién? ¡Yo, que voy á ser padre y luego seré abuelo y después bisabuelo, porque yo no moriré nunca; yo besaré al hijo de mi Luisa y á los hijos del hijo de mi Luisa! ¡Y Luisa será siempre hermosa, hoy con su cabello negro, mañana con su cabeza gris y después con su nívea cabellera!... ¡Llega pronto á la tierra, ángel de las entrañas de mi adorada Luisa, que yo te vea, que yo te bese, que oiga tu vocecita llamándome papaíto, y que crezcas y asombres al mundo con tu talento, y trastornes á todas las nacidas con tus seducciones, y me hagas suegro de una Venus y Virgen santísima al mismo tiempo y...

Y el ángel de las entrañas de la adorada Luisa no llegaba. Llegó antes un sorteo para cubrir algunas plazas de médicos militares en la isla de Cuba y la suerte designó á Vicente, y allá se fué el infeliz sin que el ángel viniese y sin atreverse á exponer á las fatigas de tan largo viaje á la que sería madre del angelito.

—¡No existe la felicidad en la tierra, no! —decía llorando Vicente en aquel triste día que hubo de separarse de su Luisa.

¿Quién al ver llorar á aquel hombrón de anchísimas espaldas, facciones duras, pronunciadas y de un color moreno cobrizo, no se conmoviera y hasta sintiera que á sus ojos se agolpaban las lágrimas viendo aquel Hércules secar á hurtadillas con su manaza nervuda y vellosa un lagrimón del tamaño de una avellana?

—¡Lloro, —se decía el mísero, —lloro por vez primera en mi vida! ¡Ay! ¡abiertas las fuentes de mis ojos, quizás ya nunca se sequen!

II

Puso el pie Vicente en el Nuevo Mundo maldiciendo á Cristóbal Colón, al padre Marchena y á Isabel la Católica.

—¿Para esto fuiste sabio ó loco, genovés maldito? ¿Para separarme de mi Luisa?

Transcurrió un mes sin que de ella tuviera noticia alguna.

Llegó, por fin, la deseada carta y al ver la letra menudita de su mujer, sonrió por vez primera desde el día de su separación. Pronto la sonrisa cambióse en tristeza aun más profunda.

La carta decía que Luisa había abortado.

El ángel hallábase en el cielo á su placer y no había querido encarnarse.

La historia de los seis años que en Cuba pasó Vicente fué la historia del primer mes; esperar la carta de Luisa, contar los días, las horas, los minutos, leerla y releerla y volverla á esperar, y así pasaron los seis años; y por fin, un día desembarcó en Cádiz con más amor que nunca, los galones de comandante y algunos miles de duros que mientras esperó supo ganar para su Luisa.

Al verla, por fin, no se manifestó al exterior su alegría; era tan grande que no hallaba salida; tan grande, que sólo supo abrazarla y llorar, sintiendo que aquel llanto le ahogaba.

Comenzó un nuevo idilio, volvió Vicente á ser dichoso; sólo una cosa le faltaba: un hijo.

Aguardó la venida del niño y aguardó en vano.

Un día en que manifestaba á Luisa su pena por no ser padre, dijo:

—Quiero tanto á los niños, que al fin llegaré á buscar y hasta adorar al hijo de otro. Yo necesito un ser débil que con sus debilidades me domine, é iré á buscarlo á cualquier parte.

Esta idea la repitió varias veces Vicente.

Un día una amiga de su mujer refirió delante de él la historia de un pobre niño, cuyos padres lo habían dado á criar á una mujer de un pueblo próximo á Madrid y que hacía más de un año que le habían abandonado. La pobreza de la nodriza era tal, que con profundo pesar iba á llevar al niño á la casa de expósitos.

—No irá, no, —dijo Vicente, —ya tengo hijo. ¿Qué importa que no tenga mi sangre si tiene mi misma alma?

Vicente recogió al niño.

Cuando orgulloso se lo presentó á Luisa, ésta palideció horriblemente y exclamó:

—¡Pobre hijo!

III

Jacintito, que así se llamaba el niño, fué el tiranuelo de la casa. En verdad que era el monigotillo bonito como una gloria, despierto y vivaracho como una ardilla, y con tales malicias infantiles, que no el cariño de sus padres adoptivos conquistara, sino hasta la misma Zamora hubiera rendido en menos que canta un gallo; con que diga Dios lo que hubiera hecho en una hora. A dejarle, hubiera convencido al gato de que debía dejarse tirar de orejas y rabo; los platos hubieran corrido hacia sus manecitas para dejarse hacer añicos: no era aquello un niño; era una feliz amalgama de lindísimo querubín y de revuelto diablillo.

Mejillas coloradas y regordetas, naricilla algo respingona, boca de picarescos mohines cuando reía, y de cómicos pucheros cuando lloraba, frente ancha y despejada, ojos negros como la endrina y cabellera que sobre su frente y hombros caía recogiéndose en rizos, y siempre bullicioso y alegre, sin duda por el placer de acariciar aquella cabecita escapada de un cuadro de Murillo.

Vicente sentía hacia Jacintito cariño inmenso, Luisa idolatría incalificable.

Cuando Vicente cogía al niño en sus brazos, decía dándole sonoros besos:

—¡Que no sea hijo mío!

Cuando Luisa le estrechaba entre los suyos, le daba besos apretadísimos y callaba.

Al oir Vicente que Jacintito le llamaba con esa lengua estropajosa de los niños, —Papaíto *quelido*, —sonreía tristemente. Cuando Luisa se oía llamar mamá, las dichas del cielo se asomaban á sus ojos.

Un día, sin que nadie supiese por qué, la tristeza más profunda reinó en el alma de Vicente. Hasta el amado niño le era odioso.

—¿Qué te ocurre? —preguntábale cariñosamente Luisa.

—Ya lo sabrás, —replicó Vicente.

Por aquellos días se declaró en Madrid una terrible epidemia de viruela, que elegía sus víctimas entre los pobres niños.

Vicente visitaba, por los deberes de su profesión, muchas casas en las que había enfermitos de la terrible enfermedad.

Luisa tomaba toda clase de precauciones para librar á



EPISODIO DE LA GUERRA, dibujo de A. Forestier



LA QUIEBRA DE UN



BANCO, CUADRO DE L. BOKELMANN



EL DIA DE LA COLADA, fotografía tomada del natural por M. Malan



¡POBRE HIJO MÍO! cuadro de V. Badıtz

su niño, como ella le llamaba, de la epidemia reinante.

– Vicente, – dijo un día, – el niño no está vacunado; ¿por qué no le vacunas?

– No es conveniente en estas circunstancias.

– Vacúnale, – repitió Luisa. – ¡Si se muriera!...

– Le vacunaré, – dijo Vicente.

IV

– ¡Vicente! ¡Vicente! – gritó á los pocos días Luisa. – ¡El niño se muere!

– Ya lo sé, – contestó este con tono sombrío.

– ¿Lo sabes, y no acudes á salvarle?

– Ni Dios con todo su poder conseguiría su salvación.

– ¡Blasfemo! ¡Infame! ¡Maldita sea tu ciencia embustera, si no salvas á Jacinto! ¡Yo quiero que viva, y se muere! ¡Yo llegaré á aborrecerte si eso ocurre! ¡Ven, ven; mírale cómo agoniza, cómo entreabre los tristes ojos pidiendo vida, aire, luz, caricias!... ¡Ven, y si á sus mudos ruegos no atiendes, será porque tu alma no es alma, sino abismo de frialdades, sima de indiferencias, vacío incomprensible de generosos sentimientos!... Tu ciencia de algo sirve: si á otros libraste de la muerte ¿por qué no libras al mío, no... al nuestro?

– Al tuyo, – dijo Vicente, – no habrá quién lo salve.

– ¡Ven, ven y quizás al ver que la muerte llega y se lo va á llevar, sientas algo y tu ciencia halle el talismán de la salud!

V

En una cuna de lienzos blancos y colgaduras azules, hallábase Jacintito.

Aquel su rostro hermoso, era entonces informe masa negra.

Revolvíase el pobrecito en su cuna luchando contra la calentura, que en la tierra hacíale pasar el infierno como si en algo hubiera pecado.

Su respiración era anhelosa; se ahogaba, y en busca de aire abría sus labios rojizos, como un pajarito aprisionado en estrecha jaula y expuesto á los rayos de un sol canicular.

De vez en cuando pronunciaba sonidos inarticulados.

– ¡Papaíto, agua, agua! ¡Papá, aquí!... – y llevábase las manos á la garganta toda cubierta de las negras pústulas.

– Mira, mira, – dijo Luisa, – haz algo; el niño está muy malo.

– Haré lo que tú, – dijo Vicente; – verle morir.

– ¡Bárbaro!

Durante cinco horas no se oyó más que la respiración cada vez más lenta de Jacintito y el crujir de los hierros de su cuna.

A las seis de la mañana de aquel día, el niño abrió desmesuradamente la boca y murió en brazos de Luisa, quien dijo besando aquella repugnante masa de carne que parecía carbonizada:

– ¡Ay, hijo de mis entrañas!

VI

– De tus entrañas, sí, tu hijo, el hijo de tu pecado, – contestó Vicente.

– ¿Qué dices? – repuso Luisa.

– Mira, – añadió Vicente, alargándole un paquete de cartas; – mientras yo allá lejos, muy lejos, lloraba por tí, trabajaba por tí y en tí pensaba, tú aquí, infame, te entregabas repugnantemente al padre de ese niño, y no contenta con burlarte de mi amor y pisotear mi honra, traías ese niño á casa y me robabas hasta los sentimientos más ocultos y santos de mi alma; me obligaste á que amara al hijo de tu adulterio.

– ¡Perdón! – dijo Luisa con voz apagada.

– Que ese niño que en tus brazos tienes pida á Dios que nos perdone á todos. ¡Me ultrajaste y creías que no había de vengarme! A ese niño no lo mató Dios, lo maté yo, yo que en lugar de vacunarle le inoculé virus de un varioloso.

– ¡Jesús! – gritó Luisa.

– Cuanto has padecido y ahora padeces, es deliquio dulcísimo comparado con el dolor que yo he padecido. Mi venganza aun no es completa, aun...

– ¿Qué más quieres, bárbaro? ¡Si maté tu alma, tú mataste la mía! ¿No estás aún vengado? ¡Pues mira también la muerte de mi cuerpo!

Terminó esta frase, y cogiendo unas tijeras que sobre un mueble había se las hundió por tres veces en la garganta, sin soltar el cuerpo de su hijo.

Un terrible y trágico grupo vino al suelo: el cadáver de un niño varioloso cubierto con la roja sangre de su madre.

No murió en el instante Luisa; aun vivió algún tiempo, durante el cual declaró que el dolor por la muerte de aquel niño la enloqueció por un momento hasta el extremo de causarse la muerte.

Aquella tragedia quedó ignorada por todo el mundo.

VII

Después del suicidio de Luisa, Vicente fuése á vivir con un hermano suyo; mas ya no era aquel hombre de otro tiempo, era un loco sombrío y melancólico, ó, si no lo era, lo parecía.

Ocho días después de aquel suceso, salió de casa de su hermano sin decir adónde iba y tardando en volver varios días.

Cuando ya inquieto le buscaba su hermano por todas partes, apareció envuelto hasta los ojos en su capa, entró en su cuarto sin decir una palabra que explicara su ausencia, y permaneció encerrado tres días, sin consentir que nadie le hablara.

Pasaron muchos meses y hasta años sin que Vicente olvidara su dolor, ni saliera de aquel extraño estado de locura pacífica. Su manía consistía en encerrarse en su cuarto y pasarse allí la vida.

Un día, por descuido sin duda, dejó Vicente entreabierta la puerta de su habitación. Pasó por allí su hermano, y vió con extrañeza que con gran apasionamiento besaba la tapa de una caja de ébano.

Más años pasaron.

En cierta ocasión, la puerta del cuarto de Vicente dejó de abrirse durante tres días, ni aun para recibir el alimento que le llevaban.

Alarmado su hermano, se decidió á entrar.

Sobre su lecho vió á Vicente muerto y apretando contra sus labios la caja misteriosa.

Al arrancársela vieron con espanto que contenía la cabeza disecada de Luisa y un retrato de Jacintito. En la caja encerrábase también un manuscrito en el que se refería esta tragedia y que terminaba con estas palabras: «La amaba, me vengué y aun la amé más.»

R. Revenga.

Madrid, 1.º agosto, 1888

DE JABUGO Á AYAMONTE

CAPÍTULO DE UN LIBRO EN CIERNE

¡Día inolvidable para mí el 25 de mayo de 1888!

Hallábame viajando por la provincia de Huelva – la de los famosos *humos*. – A las cinco de la mañana me desperté en Jabugo, pueblecito risueño y limpio de la Sierra de Aracena, que mis lectores probablemente no habrán oído nombrar en su vida. Desperté oyendo, á una con el silbo de los mirlos, la melódica voz de mi amigo D. Guillermo S**, que, como buen alemán del Darmstadt, tiene la música y el arte en la médula de los huesos. Dice él que me llamó hasta cuatro veces para arrancarme del fantástico mundo de los sueños: tan de lleno me habían dominado los efluvios de las mitológicas adormideras; pero yo creo que sus llamadas sonaban en mis oídos como los cantos adormecedores de las elfas de las tinieblas, contribuyendo á alejarme aún más de la vida real, y que no debe regateárseme el mérito de haberme despertado *de por sí*, como decía, hablando de sí mismo, el serrano que nos servía el desayuno.

Terminado éste, que amenizaron con chistosas ocurrencias los expedicionarios, se puso en marcha la alegre caravana, precedida de los mozos que llevaban los sacos de viaje, los abrigos, el aparato fotográfico que nos acompañaba en todas nuestras excursiones, y las botellas de rica leche de la sierra, único alimento mío. Íbamos en la caravana referida: D. Guillermo, digno guía y director nuestro; su hijo Guillermito, joven de 21 años, distinguido alumno del instituto científico de Giessen, alto y fuerte como un pino é inteligente como su padre; el ingeniero Blum, prusiano de 60 años, á quien su abundante barba gris da un aspecto patriarcal que contrasta con una jovialidad de adolescente; un joven cordobés, empleado en la empresa del ferrocarril de Huelva á Zafra, y yo, errante cazador de datos artísticos, arqueológicos é históricos, poseído de la incurable manía de pregonar en beneficio ajeno las noticias que podría quizá, como otros, utilizar en provecho propio. Gracias á nuestro director, inexorable y despótico como un Moltke en su ardua misión de hacer que no faltásemos nunca á los enlaces de los diferentes medios de locomoción de que íbamos á hacer uso, no ocurrió entorpecimiento alguno en el viaje.

De Jabugo á la deliciosa vega de Galaroza, por medio de la cual pasa la carretera de Cortegana á Aracena, anduvimos el camino á pie, divertidos con los varios accidentes de aquel terreno quebrado y pintoresco. A la hora temprana en que nosotros lo recorríamos, ofrecía todos los encantos de la naturaleza, verde, fresca, lozana, perfumada con los aromas de sus flores y ataviada con sus brillantes joyeles de rocío, aun no cansada de los importunos ardores del sol y del mal trato de los hombres y de los ganados, que la deslustran con el polvo y que con su ruido discorde hacen enmudecer á las aves y á los arroyos. La mañana era espléndida: marchábamos con paso ligero saltando por los pedruscos y salvando los profundos surcos de los carros en los lodazales; íbamos dejando á derecha é izquierda bosquecillos, huertas, hondos barrancos, pequeños prados, molinos medio ocultos entre las arboledas, aguas corrientes, cristalinas y murmuradoras, rústicos puentes: y al cabo de unos tres cuartos de hora llegamos á la carretera, donde ya nos esperaba el elegante *break* de D. Guillermo con su diestro cochero Manuel y sus cuatro jacas veloces como el rayo.

Acomodados en él personas y efectos, y despedido de nosotros el patriarca Blum, que se quedaba á reconocer una cantera de mármol que cerca de Galaroza empieza á explotarse, partimos por la carretera abajo sin levantar apenas polvo, tal era la rapidez de nuestros caballos; y en brevísimo espacio de tiempo, saludando cuatro ó cinco veces en las revueltas del camino á la imponente silueta del castillo de Cortegana, que se nos aparecía de lejos velado en nieblas como el gigante de la montaña, nos encontramos en el paraje donde había que renunciar á los cómodos cojines del coche, y donde, apostados ya los caballos y criados que habían de conducirnos con nuestro compendioso bagaje hasta Tres-Fuentes, salió á recibirnos, montado en su yegua castaña, el segundo ingeniero de la sección en que se encuentran hoy las obras de construcción del ferrocarril ya en vísperas de internarse en Extremadura.

Con aire más de coronel de caballería que de ingeniero civil, este digno facultativo, enjuto de carnes, de alta estatura, de largo bigote canoso, puesto á caballo como un númida, después de los saludos y cumplimientos de costumbre, tomó la delantera de la pequeña caravana, y guiándonos por entre peñascos y barrancos, cortaduras de peladas montañas y gargantas abiertas en bosques, que ya aparecían á nuestra vista colgados en el aire, ya hundidos en los abismos; ora marchando al descampado y sin sombra, ora dejándonos engullir por tenebrosos túneles que chorrean negro betún, recuerdo de la onda muerta de la Estigia; desfilando unos tras otros y trepando el primero hacia la desnuda cúspide mientras el último salía apenas de la margen del profundo arroyo, nos puso sanos y salvos en el extremo norte del gran puente de hierro, hoy en construcción, que ha de salvar el barranco de Tres Fuentes: valle, más que barranco, de cien metros acaso de profundidad con otros tantos ó más de abertura.

Había que bajar ahora á la hondonada por donde discurre el miserable arroyuelo que motiva una obra tan colosal, y luego volver á subir á la cabecera opuesta del puente: y en los lentos trámites de una y otra operacion, pudimos examinar de cerca la imponente grandeza de aquellas obras, y sobre todo las dimensiones y la admirable construcción de aquellas pilas, corpulentas como torres de catedrales, que cuando estén terminadas, ofrecerán al viajero el sencillo aspecto de una línea horizontal de hierro de 120 metros de longitud, trazada en el espacio, sin más que dos apoyos intermedios en lo profundo del valle.

Las obras estaban en plena actividad: las campanadas de mediodía que iban en breve á anunciar á los trabajadores el grato momento del descanso, aun no habían sonado. Al paso que resonaban lejanos estampidos de barrenos, dentro del radio de los trabajos del puente oíase el martilleo de los canteros y carpinteros que repercutía en los montes vecinos, el estridente remachar de los herreros, el rechinar de las poleas, el chocar de las vigas y tablones, el vibrante golpear de los *rails* y de los flejes, el tráfago en suma de toda obra al aire libre en que concurren casi todos los oficios.

Llegó el momento de echar pié á tierra. El joven S** lo había hecho ya en la explanada que sirve de base á una de las pilas del puente, donde había plantado el trípode de su cámara fotográfica para tomar una vista de las obras, con la gran pila opuesta ya terminada como principal protagonista de la escena; y mientras él estaba entretenido en reproducir aquel hermoso y pintoresco triunfo de la ciencia, dentro de la caseta del ingeniero director de los trabajos, al lado de la espaciosa mesa atestada de planos arrollados, de tanteos y borrones de problemas mecánicos, compases, lápices y tiralíneas, se preparaba, con muy ordenada y silenciosa presteza, otra mesa cubierta de limpio mantel y luciente vajilla, que en pocos minutos estuvo llena de platos, vasos, servilletas, roscas de blanco pan, frutas, queso, sabrosos fiambres y botellas de aromático vino de Peguerillas y clara cerveza de Pilsen para el almuerzo de los expedicionarios. Figúrome que las dos mesas entablaron entre sí, sin ser oídas, un interesante diálogo, sosteniendo la una las grandezas de la mecánica y la otra las preeminencias de la gastronomía. De ello no tengo certeza; pero sí de que D. Guillermo, aprovechando los momentos de aquellos breves preparativos, se puso al habla por medio del teléfono con sus dependientes de Huelva, á la friolera de 80 kilómetros de distancia, dando la orden de que se me tuviese listo un coche con dos buenos caballos en la estación de Gibraleón á las tres de la tarde en punto: hecho lo cual, nos sentamos á la mesa, sin que el severo Moltke permitiera esperar la llegada de su hijo Guillermito, que estaba ya subiendo la montaña, con su bagaje fotográfico detrás entre los brazos de un serrano.

El diligente joven arribó cuando ya estaba la locomotora pitando en la estación provisional de Tres Fuentes para arrebatarnos en sus metálicas y sonoras alas, y con su llegada se desvaneció el temor de que se quedase en tierra. Yo quise acompañarle fiel, y mientras engullía de pie los huevos fritos, un trozo de fiambre y dos rajas de salchichón, le escancié el vino y la cerveza; bebí á mi vez dos grandes vasos de la sabrosa leche que en una vasija de porcelana tenía delante, única refacción permitida á mi débil estómago, y colocados en seguida en el coche-salón de nuestro pequeño tren con nuestros sacos y abrigos, y con la máquina fotográfica causa de nuestra pasada alarma, partimos deslizándonos suavemente sobre los carriles é internándonos en las formidables cortaduras y túneles abiertos en los terrenos primarios y en las rocas hipogénicas de la región montuosa por donde corren los afluentes del Odiel, el cual lleva á Huelva aguas de las montañas que por derecha é izquierda estrechan su cauce.

De Tres-Fuentes á Valdelamuza todavía la comarca ofrece al viajero algunos bellos accidentes: Cincha, Las Cortes, Rincomalillo, las Julianas, están rodeados de montes en que hay cierta vegetación que alegra la vista; pero desde Valdelamuza ó Confesionario hasta más abajo de la confluencia del río Oraque con el Odiel, toda la comarca



EL GRANERO, cuadro de L. Marcian

es de pobrísimo y triste aspecto, aunque de gran riqueza mineral, porque la naturaleza sabia y previsora en el repartimiento de sus dones, niega á las tareas del agricultor los terrenos en que la actividad del industrial ha de ejercitarse trastornando forzosamente la superficie de nuestro globo. Sólo manchas de raquíticos jarales y palmitos diseminados á grandes trechos interrumpen, en aquella vasta extensión de terreno, la monotonía de la tinta neutra que toma siempre todo suelo desprovisto de vegetación. En cambio, las minas de cobre son allí abundantísimas, como deben serlo las de hierro en algunos puntos del Este, á juzgar por el color encendido de ocre tostado que presentan las aguas del río Tinto. No hay más que echar una ojeada al mapa en que se ha trazado el plano general del ferrocarril de Zafra á Huelva, para conocer lo que es aquella desnuda comarca yerma de población y cubierta de cotos mineros: los de la Zarza, Buitrón, Sotiel, Poyatos, San Telmo, Carpio, Tharsis, el Lagunazo, Campanario y otros, para no nombrar el ya célebre de Rio-Tinto, radican todos en esa zona estéril de unos 100 kilómetros de longitud de Este á Oeste y de 50 próximamente de anchura de Norte á Sud.—Antes de llegar á Gibraleón, cambia el panorama, y el paisaje aparece otra vez verde y risueño en la parte que mira á levante y mediodía.—Pero yo había de continuar mi viaje hacia el Sudoeste.

En Gibraleón nos despedimos estrechándonos fuertemente las manos mis compañeros de excursión y yo, y quedé solo en la estación, considerando cuál sería el remate de un día tan agradablemente transcurrido, y con una serie de impresiones tan diversas, en unión de mis queridos hospedadores.

El aviso telefónico de D. Guillermo se había cumplido con exactitud: un coche abierto con dos fuertes caballos, enjaezados con cascabeles al uso de la tierra, me esperaba detrás de la casa de la estación, en el arranque del camino que guía al pueblo. Eran las tres y media de la tarde: monté en él con la cesta en que llevaba mi provisión de leche, mi saco de mano y mi abrigo; el cochero arreó, y á los pocos minutos, atravesando el caserío, donde, según costumbre de todos los pueblos pequeños, la gente se asomaba á la puerta de la calle para ver al forastero y reirse de su catadura, llegamos al largo puente de hierro del Odiel, sin que yo advirtiese que en él habíamos entrado – tan embebecido iba en los recuerdos de la deliciosa sierra alta – hasta que me sacó de mi distracción la lentitud del paso á que marchaban los caballos y el acompasado y sonoro batir de sus cascos en el entarimado del puente. Quise luego renovar las pasadas impresiones, mas el cansancio del ejercicio de la mañana por un lado, por otro la monotonía del país, harto semejante á las melancólicas parameras de Castilla la Vieja, en que todo se presenta desierto y uniforme, sin más accidentes que la interminable cinta blanca de la carretera que se pierde en el horizonte, y todo ello unido al invariable sonsonete de los cascabeles, hizo que me quedase profundamente dormido, sin despertar hasta que llegamos á Cartaya, á medio camino próximamente de Gibraleón á Ayamonte.

Los hermosos pinares en que habíamos entrado produjeron en mí gratísima sensación, y no volví á dormirme. El cochero detuvo el carruaje para echar un trago en el puente de Lepe, y yo aproveché la parada para vaciar en mi estómago una de las botellas de leche que llevaba de repuesto.

– ¿A qué hora llegaremos á Ayamonte? – le pregunté. – Ahora son las cinco.

– Antes de las siete estamos allí. ¡Son muy buenos estos caballos! – me contestó satisfecho el auriga.

Y después de un largo coloquio con el tabernero, y de cruzar frases con todos los transeuntes, conocidos y no conocidos, y de dirigirse á los caballos con especiales apóstrofes, á falta de personas con quienes comunicarse, lió un cigarro, lo encendió, se acomodó en su pescante, y con un latigazo al tronco, continuamos la marcha.

El camino se iba haciendo cada vez más pintoresco é interesante. Bosques de pinos marítimos á derecha é izquierda; al frente más pinares, naranjales é higuerales cuyas frondosas ramas barrían el suelo; nopales y pitas en los bardales de las heredades, frutales en los cercados huertos; entre las arboledas, blancos caseríos, y á lo lejos extensas marismas cuya superficie brillaba con los rayos del sol que empezaba á declinar.

De una revuelta de la carretera salió á cruzarse con nosotros una cuadrilla de veinte á treinta segadores, hombres robustos casi todos, atezados como africanos, de grandes patillas negras, la mayor parte de ellos con botas altas hasta la rodilla, parecidas á las que gastan los bohemios, y todos cargados con sus talegos en palos que llevaban al hombro, las hoces en la cintura.

– ¿Quiénes son estos? – pregunté al cochero.

– Son segadores portugueses que suben de Ayamonte y marchan á buscarse la vida en los campos de Jerez y Cádiz. Ahí donde usted los ve, negros como moros, son gente buena y trabajadora, dura para la fatiga: gente que no bebe ni juega, ni da nunca qué hacer á la justicia. Estos infelices vienen á España por Villareal y Castromarín, cruzan el Guadiana y hacen su primera estación en los contornos de Ayamonte: marchan siempre en cuadrillas, y á las veces al son de un organillo, como caminan los gallegos con sus gaitas: duermen al raso, donde les pilla la noche, y al rayar el día... ¡hala! y siguen su viaje.

En esto ya, granjas y quintas de recreo, con la consabida palmera descollando sobre la bien encalada tapia, y el copudo naranjo secular ó la oriental higuera, sombreando el cenador embadurnado de azul ó rojo; gente á pie como de paseo; algo que olía á *sport* de ciudad de provincia, y otro algo de carretería y trajinería; en el horizonte torres y apretado caserío y la silueta de un descalabrado castillo, destacándose sobre el encendido celaje del sol poniente; y por último, como fondo del cuadro, una larguísima estría de líquido zafiro, aspecto de una ancha ría en lontananza, y la costa del Algarbe al otro lado, con los pueblecillos fronterizos asomados con coquetería entre arboledas á la margen derecha del Guadiana, me anunciaron que me acercaba al recinto de la antigua ciudad ducal.

Y á las siete en punto, antes de anochecer, hice mi entrada en la histórica Ayamonte, á la sazón en que los habitantes desocupados salían á respirar el ambiente fresco de la ría: los cuales no dejaron de sorprenderse un tanto con la insólita y ruidosa irrupción del forastero, que en arrogante *milord*, tirado por caballos con cascabeles, á trote resuelto, se entraba por sus angostas calles alterando su habitual tranquilidad.

En catorce horas de aquel espléndido día 25 de mayo, había yo recorrido toda la provincia de Huelva desde la sierra alta hasta el rincón postrero del Sudoeste de España. Cumplióse el anuncio de mi amigo don Guillermo al despedirnos en Gibraleón: – No olvide usted cuando esté en Madrid, que á pie, en coche, á caballo, en ferrocarril, y en carruaje otra vez, ha sido el primer hombre que ha hecho el viaje desde Jabugo á Ayamonte en el mismo día.

PEDRO DE MADRAZO

EL PALACIO DE ALCALÁ DE HENARES

(Continuación)

II

La parte del Palacio propiamente dicho es ya de época posterior, á lo menos en su aspecto presente, correspondiendo á los siglos XV y XVI; y en cuanto al estilo, ora al último gótico en combinación con el mudejar, ora sobre todo al del Renacimiento.

El primer patio, cerrado hoy al Sur por una verja moderna de fundición, presenta al Norte una construcción con hermosa fachada de tres pisos. El lienzo del Este se halla formado por un edificio moderno de un solo cuerpo, adosado al Este también, del cual se levanta la gran masa del Salón de Concilios, á cuyo muro de tapial, con espesores que llegan á ser hasta de 1 metro 76, en su



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, cuadro de P. Sadée

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



COMIDA CAMPESTRE, cuadro de M. Carbonell, grabado por Sadurní y Selva

parte inferior, sirve aquel cuerpo de contrarresto en parte. El eje principal de ambas construcciones paralelas corre de Norte á Sur. Apóyase la que ocupa el referido salón en la antes mencionada torre del Sudeste, restaurada hoy, con sus ajimeces, matacanes y almenas, y que por sus armas y estructura corresponde á la época de Tenorio; y termina al Norte en otra torre, cuya planta principal ocupa la antesala del mencionado gran salón. Las dos edificaciones presentan hoy sus paramentos en un estilo pseudo-gótico del xv, tal como se interpreta hoy entre nosotros. Aunque Enríquez y Escudero creen que debe datar del siglo XIII el salón, es lo cierto que en su forma presente, ó más bien en la que ofrecía antes de la restauración y renovación completa que en los últimos tiempos ha sufrido, corresponde al pontificado del arzobispo don Juan Martínez Contreras (1422-1434), según también lo muestra su blasón de castillos y cruces de Calatrava contracuartelados.

Esta magnífica sala mide unos 40 metros de longitud por 8 de ancho y más de 11 de altura; y su importancia consiste en el espléndido techo mudejar que lo cubre, el cual forma propiamente artesonado, esto es, una pirámide truncada, cuya planta se bisela en los cuatro ángulos por medio de otros tantos triángulos que la convierten en octógono. Esta disposición, con frecuencia adoptada para cubrir espacios rectangulares, sobre todo cuando son muy prolongados, obedecía tal vez al fin de disminuir la desproporción entre los lados mayores y los menores, aumentando la línea de éstos á expensas de aquéllos y trayendo además á la vista en el plano del bisel decoraciones que se perderían y obscurecerían en los distantes ángulos. La traza de este techo es del sistema árabe, que como es sabido, aparte de la ornamentación, se diferencia en su estructura del sistema clásico, porque los pares ó vigas, en aquél, corren sin interrupción, dejando largos espacios que se cubren por detrás con las tabicas, donde se labran ó pintan las decoraciones; mientras que, en la construcción clásica, los pares se cortan por otros transversales ó en diversos sentidos, formando entre unos y otros el marco de los casetones.

Una faja de tablas interrumpe la vasta longitud de los dos lados mayores del artesón, dividiéndolo en dos zonas iguales, y el plano de truncadura que forma el fondo del techo se interrumpe también por prolongadas piñas de estalactitas doradas. Los motivos de la decoración son góticos y árabes, combinados. Hojas, castillos, leones, rosetones espirales y otros elementos de colores vivos alternan con la plata, el oro y el negro, cubriendo asimismo los diez hermosos tirantes pareados que contrarrestan los empujes laterales. El friso, los blasones, gran parte del techo y toda la decoración mural que rodea las ventanas, así como la puerta arábigo-granadina que sirve de ingreso á este espléndido aposento, son completamente nuevos, ya inventados sobre datos más ó menos fidedignos, ya restaurados ó imitados de lo que se conservaba del antiguo techo.

Hoy tiene tres ventanas en cada uno de sus lados mayores y otra en el testero del Sur.

Precede á este salón una antesala, probablemente decorada en tiempo del sucesor de Contreras (según muestra su escudo), el arzobispo Cerezuela (1434-1442), hermano de madre de don Álvaro de Luna. El techo de esta pieza es plano, de madera, decorado sobre fondo azul por una tracería dorada de estilo gótico flameante. Sobre él se levanta todavía otro tercer piso, último del macizo torreón de este lado y cuyo techo mudejar forma un artesonado á ocho paños, pintado, cuya tracería recuerda la de la cúpula de azulejos del Convento de Santa Isabel de Toledo: por fortuna, no ha sido todavía restaurado. El paso de la planta cuadrada del torreón al octógono de esta especie de cúpula se verifica por medio de trompas.

La planta baja del Salón de Concilios está ocupada por el que hoy lleva el nombre de Isabel la Católica, en recuerdo de las embajadas que en él recibiera esta reina. Su techo es de vigas pintadas con castillos y leones, hojas, flores y dibujos geométricos y el punteado blanco y negro tan característico de la ornamentación morisca; sólo una pequeña parte de él ha sido restaurado, si bien se le ha dotado en cambio de cuatro ventanas análogas á las del piso principal. Las armas del arzobispo Contreras alternan con otras (todavía hoy pendientes de interpretación) en este techo, de donde se ha tomado algunos motivos para suplir el del Salón de Concilios.

En el exterior de esta vasta construcción, sobre la plaza de las Bernardas, se observaba un arco de medio punto, hoy tapiado, que en opinión de Escudero debió ser una de las entradas del palacio. Las ventanas, dos de las cuales únicamente son antiguas, están empotradas bajo sus correspondientes arcos de descarga y terminan arriba en un segmento de círculo, adornado en la parte superior por una archivolta de bolas, que descansa en ambos lados sobre dos medias figuras en oficio de ménsula. La tracería que llena la mitad superior de estas ventanas es flameante; sus columnitas laterales, de mármol negro, recuerdan los parteluces tan comunes en los ajimeces de nuestra región oriental (Valencia, Játiva, Lérida, Gerona, Barcelona, etc.); y tanto sus capiteles como sus molduras, conservan aún más puro estilo que el que domina en la mayoría de los edificios de este tiempo. Street (1) ha publicado una de estas ventanas, añadiendo que, en su sentir, reunen elementos de dos ó tres distintos países, con lo cual presentan ese carácter mixto y compuesto que, sin menoscabo de su aire nacional, parece á muchos distintivo de todo nuestro arte.

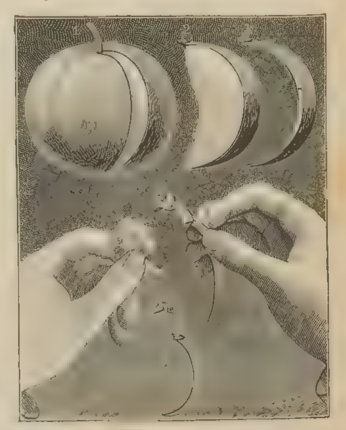
F. Giner de los Ríos

(Continuará)

(1) *Arquitectura Gótica en España*, página 201.

ELASTICIDAD DE FLEXION

Córtese de una manzana núm. 1 un casco núm. 2 y recórtese la piel dejándole cierto espesor núm. 3. Cuídese de dejar en la parte superior del casco algo del cabillo, y dóblese el fragmento como indica el núm. 4. Si se toma el objeto así preparado entre el pulgar y el índice apretando ligeramente la piel, después de haberla levantado por el ángulo derecho núm. 5, luego al punto se endereza la parte superior de la cáscara, volviendo á su posición primitiva en virtud de la elasticidad desarrollada, luego que se deja de obrar. Haciendo nuevamente estos movimientos, sube y baja la película como un pájaro que picotea y más si se le ofrece una miga de pan que ayude á la ilusión. Este juego bien hecho es muy divertido, mayormente si se da una forma adecuada á la parte superior del casco.



Experimento recreativo hecho con una película de manzana.

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VII — BARCELONA 5 DE NOVIEMBRE DE 1888 — NÚM. 358

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PUENTE DE PASO DESDE LA NAVE CENTRAL Á LAS INSTALACIONES MARÍTIMAS

(Exposición Universal de Barcelona)

Una de las obras más bellas, más grandiosas y más generalmente admiradas en el Parque donde se celebra nuestra Exposición Universal, es el puente que enlaza el Palacio de la Industria con las instalaciones marítimas, emplazadas con buen acuerdo junto á la playa como en sitio el más adecuado sin duda alguna. De su traza elegante y sus vastas proporciones da idea aproximada la fotografía que publicamos al frente del presente número. Lo que esta fotografía no dice es el incomparable panorama que se desarrolla ante la maravillada vista del espectador. Al Norte la verde cordillera que separa el llano de Barcelona del llano del Vallés, aquél cuajado de palacios y de fábricas, de templos y de quintas de recreo; la civilización en todo su apogeo; éste exuberante de verdura, riente, pomposo; la naturaleza en todo su esplendor. Al Este la risueña costa de Levante, con sus pueblos limpios y coquetones bañándose en las tranquilas aguas del Mediterráneo; al Oeste el Puerto de Barcelona poblado por los buques de todas las matrículas del mundo; junto al cual se levanta el célebre Monjuich que amenaza intempestivamente á la ciudad en ademán de protegerla. Y al Sur la inmensidad del mar, con todo su encanto, todo su misterio, toda su grandeza. Panorama sin rival, no hay alma contemplativa, no hay imaginación ardiente que desde lo alto de este puente no admire á Dios en su creación y á los catalanes en sus obras.

MACBETH, busto escultórico de Anglés

Popular de sobra es la historia de aquel famoso Than inglés á quien en mal hora las brujas de los bosques de su patria dijeron un día: – Tú serás rey!... – Desde aquel momento la ambición más desenfrenada hizo presa en el noble lord; aquella corona prometida aparecía constantemente á su vista; su brillo le deslumbraba, la idea de su posesión rompió las cadenas de la fe jurada. Y he aquí que un día el viejo rey Duncán apareció asesinado y Macbeth ciñó á sus sienes la diadema de Escocia. Pero la corona real oprimía su frente como una corona de espinas, y al poco tiempo, devorado por el remordimiento, se hacía matar en una batalla librada contra sus enemigos.

Tal es el personaje del siglo XI á que Anglés ha dado forma, imprimiéndole los rasgos característicos de que la imaginación reviste al ambicioso Than de Escocia.

INSTALACIONES ITALIANAS, ESPAÑOLAS Y DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

(Exposición Universal de Barcelona)

Insiguiendo nuestro propósito de dar la idea más aproximada posible del gran certamen que tiene lugar en nuestra ciudad, publicamos nuevas vistas de sus instalaciones, las cuales demuestran la esplendidez y buen gusto con que particularmente los industriales españoles han exhibido sus productos. Ninguna nación, empero, ha superado á los Estados Unidos de América bajo el punto de vista decorativo de la nave que le ha sido adjudicada, la última del Palacio de la Industria. Aunque el conjunto adolezca tal vez de teatral, no puede negarse que los norteamericanos han demostrado que saben tirar el dinero cuando conviene y que han utilizado con provecho hasta las paredes de su recinto peculiar para facilitar al público una porción de datos históricos y estadísticos de mucha importancia.

GALLO MUERTO
Escultura de doña Adela Ginés

La autora de este bien estudiado trabajo es de naturaleza esencialmente artística, pinta y talla indistintamente y en ambas bellas artes se ha distinguido y merecido premios en públicos concursos. En escultura es discípula de Molinelli y en pintura de Gessa. Su *gallo muerto,* barro cocido expuesto en el Salón de entrada en nuestro Palacio de Bellas Artes, demuestra que la artista no se ha limitado á copiar el natural, sino que lo ha hecho con una prolijidad, con un cariño, con una minuciosidad de detalles que hacen honor á su conciencia artística. La parte anatómica está perfectamente entendida y el plumaje tiene tales condiciones de verdad que el espectador se siente tentado de soplar en él seguro de que ha de agitarlo. La autora ha expuesto asimismo cuadros de flores de mérito recomendable.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



PUENTE DE PASO DESDE LA NAVE CENTRAL Á LAS INSTALACIONES MARÍTIMAS

(De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

UN MONETARIO

Saliendo del Palacio de Bellas Artes y dirigiéndose al de la Industria por el paseo de los tilos, se hallan á la derecha una serie de edificios, que, como he dicho en otra ocasión, no por ser menos frecuentados, son menos dignos de especial visita. Es verdad que alguno de ellos entró en turno últimamente. Me refiero al gran Café-Restaurant que debiendo ser el más suntuoso y artístico del Parque por su fin y por la rica ornamentación con que fué proyectado, quedó después de todo sin concluir, cuando, como el Pabellón de Sevilla y el del Marqués de Campo, debía ser una nota original, alegre y pintoresca entre tantas otras construcciones que, por sus oficios, sólo podían ostentar formas más severas y debían prohibirse el uso del color en el decorado y del capricho en la línea. La celebración de los banquetes políticos con que se obsequió últimamente al Sr. Cánovas, atrajo sobre aquel edificio la atención y ojalá inspirara la necesidad de terminarlo en una ú otra forma, como fuese la más propia y adecuada. No produciría indudablemente el efecto de sombría severidad que algunos le atribuyen hoy, si le embellecieran como en el proyecto, los ricos y suntuosos detalles decorativos que en éste figuran, desde las mayólicas de fondo blanco con figuras azules, debidamente combinadas con el resto, á las vidrieras de colores de los ventanales; si figuraran en los entrepaños y dinteles relieves de metales y colores, y sombrearan las anchas galerías (de perspectivas tan variadas y bellas sobre los jardines del Parque) los elegantes y vistosos toldos de telas listadas sostenidos por inclinadas astas á guisa de *velariums*.

Pero fuera del Café, concurrido por estos días, siguieron en su relativa soledad y abandono el Museo-Martorell y la Iglesia-modelo, con hallarse en el primero la más notable colección numismática que existe en España, famosa entre los anticuarios de Europa, digna de ser visitada por los profanos y uno de los más ricos ornamentos de la Exposición; el mayor, á mi ver, en el orden científico, sin excepción alguna. Sin duda que se requieren conocimientos especialísimos para aquilatar todo su valor incomparable y singulares aficiones para gozar de todos los ocultos atractivos que ofrece al numismático la detenida y minuciosa contemplación de tantos ejemplares raros; claro está que, para la mayoría, poco valen por desgracia la serie de sorpresas, investigaciones, rectificaciones y noticias curiosísimas que guardan para el especialista en aquella ciencia, muchas de las notables monedas que figuran en tales vitrinas; pero aun siendo así, la colección resulta interesantísima para todos.

A nadie puede ocultársele desde luego con solo verla, que deben de ser muy justificados el entusiasmo y los encomios con que hablaron de ella algunos inteligentes numismáticos de Barcelona, y la fama que tiene entre los extranjeros. Para ello basta conocer el número y calidad de los ejemplares. 14,699 son estos, distribuídos en la siguiente forma: 2,187 en oro; 7,394 en plata y vellón; 5,118 en cobre y vellón. Esta extraordinaria cantidad, que sería importantísima tratándose de un monetario del Estado ó de otras corporaciones públicas, parece inverosímil para lograda por el esfuerzo de un particular que empleó en su obra de coleccionista la mejor parte de su vida. Pero no es esto solo: no basta recoger; hay que coleccionar con acierto y clasificar con inteligencia; hay que poseer profundos conocimientos de una ciencia especial que tiene, como todas, sus métodos, sus tratados, sus secretos, y su práctica, la cual enseña á distinguir penosamente, y á veces á costa de grandes sacrificios, la noción vulgar, discutida y refutada, del principio cierto, inconcuso ó reciente; la legitimidad de la falsificación, el error y el prejuicio, en una palabra, de la verdad depurada y universalmente admitida. Aun dentro de esta ciencia general hay sus especialidades que requieren más singular erudición. Merece pues doble encomio la que supone en el propietario de aquella preciosa colección monetaria lo completa y única que es en algunas series. Todas las necesarias para el estudio de la historia patria se hallan reunidas allí exceptuando las hispano-arábigas, desde las medallas autónomas de España hasta las conmemorativas de los últimos acontecimientos de nuestros días Empieza la colección por aquellas, comprendiendo las púnicas, libiofenices, turdetanas, griegas, ibéricas en gran número, latinas, y romano-campanianas hasta la república romana. Siguen luego estas: las consulares anónimas, las consulares con nombres de familias, las imperiales, las de los tiranos, las de los reyes visigodos, las carlovingias. Estamos en plena Edad Media. La serie á ella correspondiente, la más confusa y embrollada, es cabalmente una de las más ricas. Nacen los pequeños Estados, se ramifica, se disgrega, se pulveriza el poder. Existiendo en todas partes el derecho de acuñar moneda, hallamos en el monetario tantas colecciones particulares cuantos fueron los reinos, condados, obispados, señoríos y ciudades, cuantas transitorias dominaciones, divisiones, alianzas y conquistas desmembraban ó unían el removido suelo de la patria en aquellos siglos de la lenta y penosa gestación de una nacionalidad poderosa. De tantos príncipes, condes y obispos, hay ejemplares valiosos. Colecciones parciales, que fueran ya un verdadero tesoro por sí solas, se agrupan formando un tesoro mayor; su coste es difícil de calcular, y no ya difícil, sino imposible decir su precio de estimación. Alcanzamos al llegar aquí la época de la unidad nacional con Carlos V pero no la unidad monetaria; y la procedencia de tan diversas piezas trae á la memoria la inconmensurable extensión de los dominios españoles en todo el planeta habitado, y los anales de las sucesivas desmembraciones que siguieron á tanta gloria y poderío. Del levantamiento de Cataluña en 1640, en nombre de Felipe IV: de su unión á Francia con Luis XIII y Luis XIV, de la guerra de sucesión con Felipe V, hay curiosísimas monedas. Aquí, conforme se va simplificando el monetario se achica la nación, como si aquel nos diese una representación gráfica del movimiento de ensanche de la nacionalidad hasta los Austrias, seguido del opuesto de retroceso y contracción que acabó con su grandeza. Así llegamos hasta el caos y anarquía de la guerra de la Independencia, y á las vicisitudes, á los transitorios reinados y á las ficticias soberanías de la guerra civil y la sublevación cantonal.

El monetario contiene además otra serie del reino de Portugal desde Sancho I á Luis I; otra de los grandes maestres de Malta españoles y portugueses; otra de los papas desde Adriano I (772 - 795) á la República Romana (1848-1849). Las proclamaciones y juras de los reyes de España, desde Felipe II á D. Alfonso XII forman otra sección. Las medallas y guitones de los siglos XV y siguientes hasta las próximas fechas son en gran número, conmemoran los más diversos acontecimientos y contienen retratos de los más célebres personajes. En esta colección al interés histórico se añade el artístico; á la fecha la belleza, y siendo á la vez como una serie de páginas sueltas de los anales políticos nos permite al propio tiempo estudiar el progresivo desarrollo del arte del grabado, del dibujo, de la composición, con la índole propia de cada época. La mayoría de esas piezas son realmente magníficas en este concepto; los retratos, magistrales; de una vida, de un carácter expresado con tan enérgico y seguro relieve que enseñan con sólo una ojeada algo más que una biografía ó un capítulo de historia.

Tal es resumiendo en breves líneas, y reduciendo á un simple extracto, no un catálogo sino un compendio – tal es aquella famosa colección de monedas y medallas que se diría el agregado de varios monetarios públicos y no la obra de la inteligencia y perseverante entusiasmo de un solo hombre.

J. YXART

30 octubre

BRUJERIA

CIENCIAS OCULTAS (1)

Todo aquel saber adquirido ó que se supone adquirido iniciándose en misterios, entrando en congregaciones secretas ó poniéndose en relación con seres sobrenaturales, que la imaginación finge ó en que hace creer la fe en religión determinada, es en su conjunto lo que llamamos *ciencias ocultas*. Muchas artes é industrias se han ejercido y se ejercen aún en virtud de dichas ciencias. Su campo es, pues, vastísimo, y aun para el que supone que son ciencias vanas y mentirosas, tienen importancia como examen histórico y psicológico de las aberraciones del espíritu humano, de la degeneración y extravío del sentimiento religioso, del estudio primitivo de las cosas naturales, y de los errores ó de las no descubiertas aún ni bien explicadas verdades en que dicho estudio nos induce ó que dicho estudio nos muestra.

Sobre estas ciencias ocultas se ha escrito tanto que pudiera formarse una biblioteca de los autores que las tratan. Citando sólo algunos de los autores principales, pondremos aquí los nombres de Wier, Godelman, Bodin, Cornelio Agripa, Le Brun, Calmet, Tartarotti, Canz, Carli, Martín del Río, Halifax Leví, Salverte, Michelet y Maury.

Todo el conjunto de las ciencias ocultas puede llamarse *Magia*.

La Magia puede dividirse en negra y blanca.

Cuando ni el diablo ni poder alguno infernal interviene, la Magia es blanca; y es negra cuando el diablo interviene.

La magia blanca se divide en natural y *delusoria* ó prestigiosa.

La natural viene á ser como la Física, las Matemáticas y la Astronomía, que en épocas atrasadas, cuando se sabía poco aun ó no se había divulgado el saber, daban algo de sobrehumano á quien las poseía, induciéndole además en error y haciéndole creer, ó por vanidad ó por amor á la ciencia y esfuerzo de la fantasía, que su saber iba más allá de sus límites verdaderos y era más poderoso de lo que realmente era. De aquí, por ejemplo, como parte de esta Magia, la Crisopeya ó arte de hacer oro, la Astrología judiciaria y todas las ciencias ó artes divinatorias, como la Quiromancia, la Cartomancia, la Hidromancia, etc.

La Magia *delusoria* ó prestigiosa viene á ser la misma Magia natural cuando en ella prevalece sobre la verdad la mentira, ó bien porque el mago quiera engañar ó bien porque él mismo se alucina y se engaña.

Aquí ocurre una muy grave dificultad, que sólo indicaremos ahora dejando el empeño de allanarla en el lugar debido. Es la dificultad, si hay ó no, dentro de la magia blanca, magia que no sea prestigiosa, esto es, que no sea embuste y que no sea tampoco enteramente natural, entendida la palabra naturaleza de cierto modo, pues es claro que todo es natural, en sentido lato. Queremos decir con esto que hay la cuestión ó la duda de que el hombre pueda comunicarse con seres que tienen inteligencia y que no tienen cuerpo como él, y que no son tampoco demonios del infierno. En el día, casi nadie cree ya en duendes, en silfides, en gnomos, en ondinas y en otros seres misteriosos; pero en esto se ha creído y en esto se ha fundado cierta magia blanca sobrenatural; y, si ya esto no se cree, se cree aún, y aun está muy en moda creer en lo que, en lo antiguo, se llamó Nigromancia y hoy se llama Espiritismo: esto es, en la evocación de los muertos y en la conversación y trato con ellos.

Dejando, pues, por ahora esta cuestión á un lado, pasemos á la magia negra, que supone relación ó pacto con las potencias infernales. Esta magia negra casi se confunde ya con la brujería ó hechicería, y pueden llamarse brujos ó hechiceros y brujas ó hechiceras á los hombres y á las mujeres que siguen esta profesión, que saben esta ciencia ó que ejercitan las artes reprobadas que en ella se fundan.

Todavía, no obstante, para mejor método y más claridad, hemos de hacer una distinción, aunque puedan aducirse en contra un sin número de objeciones. Todo lo elevado y teórico de la ciencia que da el diablo se quedará para tratado en la Magia negra, y aquí trataremos sólo de lo rutinario, vulgar y grosero, que de la Magia negra dimana, y á lo cual llamaremos mera brujería.

La brujería existió en todos los pueblos desde la antigüedad más remota: y ¡cosa singular! las mujeres se han entregado á ella siempre mucho más que los hombres; pero, como antes del cristianismo se sabía menos del diablo y de sus malas mañas, no siempre se tomaba en mala parte el oficio de bruja, y hasta se llegó á divinizar ó á sublimar por cima de la condición humana á las mujeres que tuvieron este oficio, llamándolas sibilas, ó transformándolas con la fantasía en hadas, en ninfas ó en semidiosas.

De aquí las magas ó hadas, benéficas unas y maléficas otras; pero todas harto caprichosas y vehementes, por donde, arrastradas á veces de furiosas pasiones, hacían grandes maleficios y crímenes, como Circe y Medea.

Ni faltaron en la antigüedad brujas vulgares, hechiceras plebeyas, como las de los tiempos cristianos.

Los poetas clásicos atribuyen multitud de habilidades á estas brujas antiguas; atraían la luna del cielo, ó le daban color sangriento; hacían que las estrellas palideciesen ó retrocediesen en su curso; encantaban y domesticaban las serpientes, de las cuales solían hacer un adorno de cabeza, coronándose con ellas; conocían hierbas portentosas con que sanaban, mataban ó componían elixires de amor; remozaban á las personas viejas y convertían en animales á los hombres, como hizo Circe con los compañeros de Ulises; y evocaban los muertos y los traían á hablar ó á dejarse ver de los vivos. En los tiempos de la mayor cultura de Grecia y de Roma, y aun entre los Padres de la Iglesia, fué muy común el pensamiento de que toda esta brujería era falsedad é impostura, aceptable sólo para máquina de poemas, donde los poetas diesen rienda suelta á la imaginación, describiendo hechos espantables, como los que Horacio describe de Canidia. Así es, que Lactancio, San Cipriano, Orígenes, Tertuliano y otros, califican de embuste la hechicería ó arte mágica. Tertuliano dice terminantemente: *Quid ergo dicemus magiam? quod omnes pene: fallaciam.*

Por desdicha, no prevaleció esta opinión sino la contraria de atribuir al demonio la hechicería y suponerla verdadera: lo cual, sobre todo en los siglos tenebrosos de la Edad Media, ha sido causa de horribles persecuciones y ha llevado al patíbulo á extraordinario número de personas, perpetuándose así el error de los que creían en los brujos y brujas, como el error de los que imaginaban que lo eran, casi hasta nuestra edad, lo mismo, y tal vez mucho más que en España, en Inglaterra, Alemania, Francia y otras naciones.

Michelet ha escrito un libro amenísimo y terrible á la vez, titulado *La sorciere*, *La bruja*. Mucho se aprende en él acerca de brujería; pero el libro está escrito por tan poético estilo que no es fácil distinguir lo que es figura retórica de lo que es realidad; y como el autor propende á demostrar una tesis, la perversidad anti-natural del cristianismo, hay que estar á la mira para no dejarse engañar cuando el autor tuerce ó desfigura los hechos, tal vez sin querer, por la manía de hacer que su tesis quede demostrada.

El diablo para Michelet es el Rey del mundo, el Príncipe de la naturaleza, el acicate y la energía del espíritu humano, á quien piden favor, en cuyo seno se refugian, bajo cuyo poder buscan amparo y protección los miserables, los perseguidos, los vejados y afrentados por la Iglesia y por los grandes señores.

De todos modos, el diablo en que Michelet no creía, no pasa de ser en su libro una figura retórica. ¿De dónde procedía, pues, la ciencia que Michelet atribuye á las brujas?

Fuerza es convenir que esto queda muy obscuro. La tradición y el estudio de la naturaleza por gente forajida que vagaba en los bosques no explican bien todos los portentos que Michelet supone de plantas venenosas empleadas como remedio y de otros secretos naturales que según él conocían las brujas mejor que los sabios cristianos, árabes y judíos.

En cuanto á que la brujería fuese la protesta contra el orden de cosas existente, fuerza es convenir en que hay en ello algo de cierto; pero sólo en el sentido vulgar y

(1) Tomamos del *Diccionario enciclopédico hispano americano*, que publica nuestra casa editorial, el siguiente artículo debido á la correcta pluma del distinguido escritor D. Juan Valera, persuadidos de que nuestros suscritores lo leerán con tanto gusto como su brillante estilo y su interesante asunto merece. (N. de los E.)

MACBETH, busto escultórico de Anglés

claro. El lenguaje ordinario lo dice: *Darse al diablo*, es frase hecha en casi todas las lenguas, y se aplica al que está desesperado, el cual se entrega al enemigo de Dios porque de Dios se considera ofendido y busca en su enemigo protección y auxilio, ya que no venganza.

La brujería no era algo de individual y aislado, sino una secta ó religión satánica, que tenía sus reuniones ó asambleas y sus ritos y ceremonias; esto es lo que llaman *Sabbats* en francés y en otros idiomas, y en español *aquelarre*, palabra vascuence que significa *prado del macho cabrío*.

Sobre el origen y variaciones de los *aquelarres*, al través de los tiempos, pudiera escribirse no poco. Baste decir aquí que sin duda se notan vestigios de antiguos ritos de religiones naturalistas extinguidas y perseguidas: del viejo paganismo, que persistió entre los campesinos mucho después del triunfo oficial de la religión cristiana. Las veladas y verbenas, purificadas ya por el cristianismo, son lo que lícitamente sustituyó después á la ceremonia nocturna pagana. No purificadas, las bacanales, las lupercales, y la fiesta que describe el *Pervigilium Veneris*, y donde se cantaba este hermoso himno á la Primavera, fueron los aquelarres primitivos. Pero la nueva religión de Cristo no vió en la naturaleza más que fuerzas y sustancias inconscientes gobernadas por un Dios providente, y ya la despobló de ninfas y de genios que la gobernasen, ó ya sostuvo que cuanto en la naturaleza había de sobrenatural, esto es, de inteligente y dotado de voluntad, fuera de Dios y del hombre, era el diablo y los suyos.

De esta suerte hubo de irse convirtiendo cada vez más lo sobrenatural, no aceptado por la Iglesia, en diabólico ó satánico. Y de esta suerte el aquelarre vino á tener por objeto la *misa negra*, parodia espantosa del Santo Sacrificio de la misa.

Michelet describe esta misa á su modo, apoyado, sin duda, en documentos y declaraciones.

Satanás es como Baco Saba cius ó como Príapo. Se distingue por su virilidad; y en realidad, ó en efigie, preside la fiesta, en apartado lugar, solitario y agreste, á donde acuden brujas y brujos. La bruja ó sea la mujer, hace en la fiesta el papel principal. Primero es la recepción de los iniciados, de los que se dan al diablo por vez primera, con devoción y entrega completa del cuerpo y del alma, y con mil impíos y obscenos ritos. Luego hay las libaciones. Después de beber ocurre la danza diabólica en círculo y con rapidez vertiginosa. En seguida se hace el sacrificio. La mujer misma es altar y hostia. El diablo oficia, dice el *Credo*, y hace las ofrendas. Éstas eran de diversos géneros y sangrientas en ocasiones. A más de la mujer, cuyo sacrificio era de amor, solía sacrificarse un niño recién nacido, cuya carne da Michelet á entender que se comía, y también el último muerto de la congregación. «La asamblea, dice Michelet, añadiendo (ficticiamente) entre paréntesis, comulgaba de una carne y de otra.» Las brujas eran, pues (ficticiamente), antropófagas.

Tales horrores, cualquiera que sea el estado de abyección y de miseria desesperada á que en ciertos siglos, por ejemplo en el XIII y en el XIV, se suponga que llegaron los villanos, no nos parece que en realidad fuesen frecuentes ni completos. La misa negra no ocurrió, en realidad, con todas las circunstancias dichas y con otras que aquí se omiten. Por honor de nuestra especie debemos creerlo así. Pero los clérigos y los frailes y los jurisconsultos no es de suponer tampoco que inventasen todo esto sin fundamento alguno y sólo para tener el deleite de quemar mujeres vivas. Menester es, por tanto, dar por evidente que hubo brujas y brujos, y que por alucinación mental, provocada ó producida con pociones y linimentos ó untos, soñaban que iban al aquelarre y que asistían á la celebración de la Misa negra. Así todo lo que era sueño y locura lo imaginaban realmente sucedido. Y aunque así el delito es menos monstruoso, no se ha de negar que había delito en provocar tan absurdos sueños y tan nefandas visiones, sin que valga para plena disculpa la tiranía feroz que Michelet atribuye á las Potestades religiosa y civil, bajo cuyo yugo de hierro gemía torturada, hambrienta, humillada y embrutecida la plebe. Además, por medio de la brujería, no se cometían sólo estos delitos fantásticos, sino no pocos delitos más reales de envenenamiento, robos, tercerías y libertinaje.

La autoridad civil y la eclesiástica persiguieron, pues, como á porfía á brujos y brujas, y á fin de patentizar sus maldades y para explicar los trámites y medios que se debían emplear para su castigo, se escribieron muchos libros, entre los cuales descuella el de un fraile dominico alemán llamado Sprenger. Su libro se titula *Malleus maleficarum* ó sea *Martillo de las brujas*.

Este Sprenger era hombre, no sólo especulativo y de pensamiento, sino práctico y activo, y tuvo el encargo de perseguir y quemar brujas en Alemania.

Alemania es uno de los países donde más brujas se han quemado. En el obispado de Bamberg, sólo en poco tiempo, seiscientas: en el de Wurtzburgo, novecientas. Aquellos Príncipes eclesiásticos, que unían los dos poderes, el civil y el religioso, eran tremendos para conservar la pureza de la fe.

Por lo demás, la brujería era una epidemia, un furor contagioso, que crecía con el castigo y que se apoderaba del ánimo de las mujeres. Soñaban mil crímenes en su locura, los confesaban y á veces se jactaban de ellos, y aunque los jueces hubieran podido reconocer que era sueño y jactancia, no por eso dejaban de ser quemadas. Ya una mujer declaraba que se convertía en gata y que entraba en las casas y chupaba la sangre de las niñas pequeñuelas; ya otra que se convertía en loba y salía de noche por los caminos á devorar á los caminantes; ya otra que se había unido amorosamente con el diablo. Todo esto se creía, aun cuando se diesen pruebas materiales de lo contrario: y era quemada la bruja.

En Francia los jurisconsultos, los Parlamentos y los jueces seculares quemaban muchas más brujas que los clérigos, los frailes y los Inquisidores. Remy confiesa haber quemado en diez y seis años ochocientas brujas, en Lorena. El Parlamento de Tolosa quemó, de una sola vez, cuatrocientos cuerpos humanos.

La jurisdicción laica se lucía en Francia por dondequiera, y se burlaba de la Inquisición de España, que casi dejaba impune la hechicería y que apenas quemaba gente. Laucre, en tres meses, quemó en el país vasco francés innumerables brujos y brujas, y trata desdeñosamente á la Inquisición de España por su lentitud para conducir un proceso que duró dos años, al cabo de los cuales hizo un pobrísimo auto de fe donde se quemaron poquísimos, y fueron perdonadas un sin número de mujeres. El auto de fe que desdeña Laucre es el celebrado en Logroño en 1610, que publicó Moratín hijo, con muy graciosas notas volterianas.

De la narración publicada y anotada por Moratín y de un libro que escribió Laucre, se sacan mil noticias curiosas sobre los usos, costumbres y mañas de las brujas y sobre los conciliábulos y fiestas que tenían. Sus diablos familiares tomaban forma de sapo é iban vestidos de terciopelo verde. De un licor que vertían por la boca, cuando las brujas los oprimían con el pie, se untaban ellas para salir volando, ya en un macho cabrío, ya en un palo de escoba, ya en el mismo sapo.

En las niñas de los ojos el diablo solía poner una señal al que se hacía brujo. Esta señal era también un sapito. Todo brujo ó bruja tenía además otro sello satánico, que solían descubrir los jueces pinchándolos, pues la parte sellada se hacía insensible á toda picadura.

El diablo presidía la fiesta del aquelarre, sentado en un trono ó sitial de oro y en figura de cabrón ó de sátiro. Allí le adoraban sus adeptos, haciendo cosas inmundas, pues, como dice Sebastián Michaelis en su *Pneumanología*, dirigiéndose á las mismas brujas, *Beelzebub, principis dæmoniorum, in formam et speciem fœtidissimi et nigerrimi hirci ut Deum re et verbis adorastis... et illius fœtidissimum et turpissimum et anum (proh pudor!) summa cum reverentia ore sacrilego deosculati estis*. Después venía el banquete, donde se comía carne humana de muertos y de vivos: y luego se apagaban las luces y se revolvían lascivamente *viri cum succubis et mulieres cum incubis*. Estos enlaces amorosos eran casi siempre estériles, ya porque los diablos no engendran, ya porque se tomaban asquerosas ú horribles precauciones contra la fecundidad.

Solía ser también parte de la ceremonia el maldecir á Dios, el blasfemar de la Virgen y de todos los santos, y el escupir la hostia consagrada que algunos brujos que habían ido á comulgar traían guardada en la boca.

La brujería siguió siendo creída y perseguida hasta muy tarde. Todavía en 1718 quemaron en Burdeos á un brujo; en Alemania á una bruja en 1751; en Suiza á otra en 1781, y en el mismo año tuvo lugar el último auto de fe de España, en Sevilla, donde, si no quemaron viva á la beata Dolores, porque mostró grande arrepentimiento de sus pecados, la ahorcaron y después quemaron su cadáver. Sobre esta beata Dolores, que entre el público pasó por bruja, ha escrito un curiosísimo é interesante estudio el señor Antonio de Latour. A la verdad la beata Dolores había sido condenada por molinismo, como en Francia Gauffridi, Urbano Grandier, Magdalena Bavent, la Cadière y otros. La inquisición de Sevilla, sin duda, merced á sus procedimientos secretos, pudo evitar el escándalo y ocultar al público todas las lascivias de la beata con sus confesores, así que el público pudo dejar correr con libertad su imaginación y suponer que la beata era bruja. Acerca de su brujería se contaban cosas terribles y otras chistosas y extrañas. Había convertido á un hombre en gallo y ella misma había adquirido ciertas propiedades de la gallina, pues ponía huevos en abundancia y ganaba buen dinero vendiéndolos. Esto se descubrió, cuenta Antonio de Latour, porque vino un criado á comprar huevos y atisbando por la cerradura de una puerta vió que la beata abría una alacena, y bebía con deleite algunas



INSTALACIONES ITALIANAS (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)



INSTALACIONES ESPAÑOLAS (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

INSTALACIONES ESPAÑOLAS (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)



INSTALACIONES ESPAÑOLAS (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

gotas de un licor que contenía una limeta; el pícaro del criado, cuando se fué la beata, entró en el cuarto, se apoderó de la botella y como el licor le agradó bebió varios tragos. Volvió la beata trayéndole los huevos frescos y recién puestos. El criado se fué con ellos á casa de su amo; pero apenas llegó, como no estaba aún acostumbrado, sintió horribles retortijones de tripas. ¡Cuán grandes no serían su sorpresa y su pasmo cuando vió que puso un huevo! Pero pronto se llenó de susto porque, tanto había bebido, que no cesaba de ponerlos, sin poder represar tan extravagante fecundidad.

Así vino á convertirse la brujería en algo de cómico; pero en realidad fué un delirio y una superstición general en todo el mundo cristiano, que produjo inmensos males é innumerables víctimas en las naciones católicas y en las protestantes. Inglaterra es uno de los países donde se han quemado más brujas, sobre todo en el siglo XVII. El mismo rey Jacobo había escrito y publicado un libro sobre Demonología; y como el pueblo inglés no era entonces más juicioso que su monarca, se calcula, dice un historiador inglés, que durante la vida de dicho monarca y largo tiempo después de su muerte, el número anual de las ejecuciones por brujería se elevó al de quinientas por término medio. Como las brujas tenían una parte del cuerpo insensible á los alfilerazos, se convirtió en un oficio y medio de ganar dinero, sobre todo en Escocia, el de los *prickers*, que iban de lugar en lugar pinchando á las viejas para descubrir si eran brujas.

Todavía en 1634 ocurrió en Inglaterra la historia del joven Edmundo Robinson, el cual, cuando iba á dar de palos á una perra que se encontró en el bosque, vió que la perra se transformó en la señora de Dickenson, mujer de un caballero de su lugar. La señora prometió dinero á Robinson si no la descubría. El muchacho replicó: «no me callo, eres una bruja.» La dama entonces, sin decir más palabra, sacó del bolsillo una brida, y extendiéndola sobre el mozo, le convirtió en caballo, se montó en él y salió á todo galope. Así ¡Robinson llegó al aquelarre ó conciliábulo de los brujos. Robinson contó su cuento, que se difundió por todas partes y produjo grande excitación en los ánimos. Durante algún tiempo el muchacho gozó de celebridad como descubridor de brujas; mas al cabo, por dicha, se le pudo convencer de embustero.

Esta manía de creerse brujo y de querer descubrir á los brujos atravesó el Atlántico y fué terrible en América, sobre todo en el Estado de Massachusetts. Un historiador pinta de esta suerte el extremo á que llegó la locura: «Cada cual sospechaba de su vecino. Los hijos acusaban á sus padres. Los padres acusaban á sus hijos. Las prisiones apenas podían contener á los sospechosos. El populacho de la ciudad de Falmouth ahorcó a su ministro, varón inteligente y probo Hasta los parientes cercanos del Gobernador fueron denunciados. La gente creía ver brujas por el aire, durante la noche. Ni los animales estaban seguros. Un perro fué solemnemente ahorcado porque había tomado parte en las ceremonias satánicas. Las personas acusadas que negaban su delito eran consideradas empedernidas pecadoras, y ahorcadas. Las que confesaban, y mostraban arrepentimiento, eran perdonadas. De esta suerte centenares de personas, que no quisieron deber la vida á una falsedad, perecieron miserablemente víctimas de la furia de un pueblo irritado.» Todo esto ocurría hacia el fin del siglo décimoséptimo, y empezó en Boston, en la que es hoy la Atenas de los Estados Unidos, en el año de 1688. Los hijos de un señor Goodwin parece que dieron ocasión á todo, porque los declararon hechizados, ya que ladraban como los perros, maullaban como los gatos y volaban como los gansos. Considerando que una pobre vieja que era papista, católica, había hechizado á los muchachos, la vieja fué ahorcada.

Justo es convenir que así la brujería como la crueldad con que se la persiguió duraron poco tiempo en América. Más de veinticinco años después de haber cesado en América la persecución, continuaba aún en la Gran Bretaña. En cuanto á la brujería misma impune no podemos asegurar que haya cesado en parte ninguna, salvo que ahora, si hay brujos y brujas, bien pueden serlo con toda libertad y sin temor del castigo, á no ser que lo maravilloso se emplee para estafar, robar ó cometer otros delitos comunes.

Si hemos, con todo, de creer á Larousse, en el artículo de su Diccionario que responde á este artículo del nuestro, no en todas partes queda ya impune la brujería. Todavía en los Estados Unidos, aunque entre indios, es condenada á la lapidación una india vieja, por hechicera. Y el alcalde de cierta villa de Méjico, llamado Castillo, hizo quemar vivos, en abril de 1874, á un tal José María Bonilla y á su mujer Diega, acusados de brujería, y más tarde á dos personas más.

Claro está que, si la brujería sigue, sus formas deben ya estar muy cambiadas, y sólo en países atrasadísimos puede creerse aún en el aquelarre. Las hierbas mágicas, las fricciones y *pases* van teniendo ya otros fines, y todo lo sobrenatural y maravilloso va tomando distinto carácter y nueva fisonomía.

Juan Valera

EL ALMUERZO DEL SASTRE

– Anda, Quico, cuéntales un cuento á estas rapazas, que después de tanto como han trasgueado, se están durmiendo: entretenlas hasta que toquen á Misa de Gallo.

– ¡Ay! sí, sí, – dijeron á coro Isabel, Antonia, Paula, María, Catalina, Jesusa y Juana, las siete primas, cuya edad variaba desde nueve á quince años, reunidas á tomar colación en casa de su abuela.

Y en un momento, Quico, que era el diablo, según solía decir la dueña de la casa, ó por lo menos de la piel del diablo, se halló rodeado de ángeles; de aquellos siete ángeles que, clavando en él siete pares de hermosos ojos negros, le repetían: – sí, sí, anda; cuéntanos un cuento, Quico.

– Si ya no sé ninguno, hijas mías; si todos los que sabía os los he contado ya la otra noche...

– Alguno te habrá quedado...

– Rebusca á ver...

– No seas remolón.

– No nos hagas rabiar...

– Sí, sí, anda, anda.

– Vamos, principia, hombre...

– ¡Silencio, chicas! que va á comenzar.

Y no pudiendo resistir á tan vivas instancias, dijo Quico:

– Bueno: voy á ver si me acuerdo de uno...

– Sí, sí.

– No heis de decir, *sí, sí*.

– Pues no diremos nada.

– Tampoco heis de decir, *pues no diremos nada*.

– ¡Ah! no; Quico, no; ese es el cuento de las medias azules.

– Ese le sabemos todas...

– Todas.

– Ese no queremos...

– Cuéntanos otro.

– Sí, otro, otro.

– Bueno; pues otro, dijo Quico; – y habiéndose quedado las niñas como en misa, añadió, después de toser sin gana:

– Amigas, una vez era un sastre, que estaba casado con su mujer...

– ¡No, que estaría casado con su tío!

– Calla tú, grandullona; si me interrumpes no lo cuento.

– Sí, sí, cuéntalo, Quico; no hagas caso.

– Pues, como digo, una vez era un sastre que estaba casado con su mujer... y era sastre...

– La Misa del Gallo no se dice más que una vez al año.

– ¡Mira el arvejo! ¿también tú?

– Calla, Susa; pero, niña, ¿no puedes callar?

– Pues que no diga las cosas dos veces.

– Que las diga todas las veces que quiera, con tal que cuente el cuento. ¿Qué más da?... Vuelve á principiar, Quico, y no las hagas caso á estas zurruteras.

– Una vez era un sastre, que estaba casado y que, sin ser tan feo ni tan soso como Jacinto, á quién conocéis todas vosotras, andaba como Jacinto cosiendo á jornal por las casas. Y ¿sabéis lo que le solían dar de almorzar en las casas donde cosía?...

– Un par de huevos.

– Eso, dos huevos fritos...

– Pues claro; eso almuerza Jacinto también.

– Ese es el almuerzo del sastre.

– ¡Como que al dos de oros, porque se parece á dos huevos fritos, le llamamos nosotras, cuando jugamos á la mata, el almuerzo del sastre!...

– Bueno; pues eso, un par de huevos fritos le daban de almorzar al sastre de mi cuento donde iba á coser.

Pero algunos días no iba á ninguna parte, porque nadie le había llamado, y se quedaba en su casa cosiendo para él alguna chaqueta ó algunos pantalones, de la tela que había sisado en una parte y otra.

Y el maldito del sastre se empeñaba en que los días que estaba en casa también había de almorzar dos huevos, contra la voluntad de su mujer, que no quería darle más que uno, porque ponían poco las gallinas; sobre lo cual armaban entre los dos cada pelotera que temblaba el misterio.

– Y eso es pecado. ¿Verdad, Quico, que es pecado reñir entre marido y mujer?

– Sí, hija, sí; pero no era el pecado mayor del sastre el de reñir con su mujer, porque tambien la solía abanicar de vez en cuando.

– ¡Valiente tuno!

– ¡Con que la pegaba el bribón á la pobre mujer!...

– Algunas veces. Y es de creer que la hubiera pegado muchas más, si no fuera que ella tenía un hermano que había sido sargento de coraceros y vivía allí cerca de su casa, el cual le había dicho al sastre que el primer día que volviera á poner las manos á la mujer era el último de su vida.

Con esto, el sastre no se atrevía á llevar ya las cosas por la tremenda; pero no queriendo resignarse tampoco á dejar de almorzar dos huevos, discurrió, para ver si curaba las roñoserías de su mujer, darla un susto muy grande.

Un día dijo que estaba malo. – ¿Qué tienes? le preguntaba su mujer. – No lo sé, – respondía, – pero me siento mal .. Como todos los días me estás pudriendo la sangre á disgustos, la tendré ya corrompida toda y... me parece que me muero. – ¡Jesús! hombre, qué cosas tienes, – le dijo ella alarmada, y llamó al cirujano.

Fué el cirujano, y, enterado de la sospecha del sastre sobre la corrupción de la sangre, le dió una sangría como á un toro.

«Con esto descansará y se mejorará,» decía el matasanos aquel; pero el sastre, como estaba decidido á morirse, no mejoraba. ¿Qué había de mejorar? Por el contrario, en cuanto el cirujano volvió la espalda, comenzó á decir: «que me pongo peor, que me pongo peor» y entre el aturdimiento y los gritos de la consorte cerró los ojos y dió las bocadas en toda regla.

Volvió el cirujano, avisado de nuevo por mandado de la pobre mujer que todavía tenía alguna esperanza de que aquello no fuera más que un desmayo; pero después del reconocimiento, reducido á media docena de pellizcos que el sastre resistió heroicamente, el *físico* declaró que aquel hombre estaba tan muerto como su abuelo. Con lo cual comenzaron los preparativos del entierro para la mañana siguiente.

Y en efecto, á otro día temprano cantáronle en la iglesia el oficio de difuntos y la misa de *Requiem* y cuando le llevaban hacia el malvar...

– ¡Chachas! mirad cómo está Juanina con la boca abierta...

– ¡Sí, pues tú, hija, puedes decir!

– A ver si calláis, criaturas; si no, se acabó el cuento.

– No, no; sigue.

– Ahora que íbamos á lo mejor.

– ¡Como quien bien lo entiende!

– Tan bien como tú, presumidona.

– Callad, fastidiosas, que le vais á hacer enfadarse de veras. Sigue, Quico, sigue: «Y cuando le llevaban hacia el malvar...» Aquí ibas.

– Pues sí, cuando le llevaban hacia el cementerio en las andas de la parroquia, iba su mujer detrás del entierro dando gritos y diciendo simplezas, ó á lo menos, diciendo todas esas cosas que suelen parecer simplezas á los que no tienen pena por el difunto.

«¡Adiós, adiós, marido de mi alma, decía entre otras cosas, sin que nadie la hiciera caso.

»¡Cuánto pesar tengo por lo mal que me portaba contigo!... Si vivieras ahora, todos los días te había de dar dos (aludía á los huevos fritos del almuerzo, causa y origen de todas sus disputas); ¡ay! ¡con cuánto gusto te había de dar dos!»

Oir estas palabras el sastre y decidirse á resucitar todo fué uno.

Acertaba á pasar entonces el entierro por debajo de un añoso y copudo castaño que daba sombra á la bolera del lugar, y aprovechando la buena coyuntura, en menos tiempo del que se gasta en decirlo, desenredó el muerto las manos del rosario con que las llevaba sujetas, é incorporándose en las andas, que no tenían más que una rejilla de madera por los lados, sin cubierta ninguna por encima, se agarró á una rama.

Los que llevaban las andas las dejaron caer asustados al sentir el movimiento del que creían difunto, y este quedó colgado de la rama, de donde se descolgó fácilmente al suelo y, en cuanto se desató los pies, echó á correr, así amortajado en paños menores como estaba, y gritando como un loco «¡que voy á almorzar dos! ¡que voy á almorzar dos!...»

Excuso deciros que al primer movimiento del muerto se había desbandado la procesión fúnebre, y todos los que formaban parte de ella iban corriendo á ruin el postre delante del resucitado, bien convencidos de que los gritos de éste: *¡que voy á almorzar dos! ¡que voy á comer dos!* no significaban sino que allí mismo y de primera intención se iba á comer un par de personas.

Y sucedió que entre los del entierro iba un cojo, el cual, como fuera naturalmente quedándose atrás desde los primeros pasos, al sentirse ya casi alcanzado por el sastre decía, resignándose con su suerte:

«Que se quede otro conmigo,
que yo me doy por comido.»

– ¡Ay! ¡el pobre! – dijo Jesusina, mientras las mayores se echaron á reir á carcajadas.

– ¿Y ahí se acabó el cuento, Quico? – preguntó María, que fué la que primero acabó de reir el lance del cojo.

– No; ahora falta la segunda parte que ya habréis oído que suele ser siempre la más lastimosa.

– ¡A ver, á ver!...

– Allá va ahora mismo.

Ya supondréis que el sastre no comió al cojo ni á ninguno de los demás...

– Respira, Susa.

– No interrumpas, sosa.

– Lo que comió fué su par de huevos fritos aquel día y todos los demás de aquella semana y de la siguiente Pero pasó el tiempo, y á la mujer del sastre se la pasó el susto, y volvió á las andadas... Vamos que volvió á no querer dar á su marido más que un huevo solo, encestándose en esta ruindad sin hacer caso de reconvenciones. Y habiéndose muerto por entonces su hermano el sargento, viendo el sastre que ya por aquel lado no tenía nada que temer, comenzó á darla cada tollina que la doblaba.

La cosa se fué poniendo tan seria y las palizas del sastre menudeaban tanto y eran tan fuertes, que la pobre mujer ¡Dios se lo perdone! no deseaba ya otra cosa sino que se volviera á morir su marido, pero de veras, y no para resucitar como antes.

Y es claro, como á todos, más tarde ó más temprano, nos ha de llegar esa hora, le llegó al sastre la de morirse, y se murió como otro cualquiera.

El precedente de la broma anterior hizo que el señor cura tomara mayores precauciones para no exponerse á otra igual; mas como resultara indudable que la muerte era real y verdadera, se dispuso á enterrar al sastre con la solemnidad ordinaria.

– ¿Y le enterraron?

– Sí, hija, como á todo el que se muere. Por cierto que la viuda, cuya alegría no encontraba otro borde más que el temorcillo de que su marido volviera por arte de

birli-birloque á darla alguna tunda más, cuando salió el entierro de la iglesia con dirección al Campo-Santo, no teniéndolas aún todas consigo, les decía á los que llevaban las andas:

«Desviadle del castaño,
No suceda lo de antaño.»

Y ahora sí que se acabó el cuento... y están tocando á misa.

ANTONIO DE VALBUENA

EL PALACIO DE ALCALÁ DE HENARES

(Conclusión)

III

Dejando aparte algunas construcciones góticas también, pero de escasa importancia, de la época de los arzobispos don Pedro de Luna y cardenal Mendoza, como las dos ventanas ojivales que todavía quedan en la galería de Poniente del Claustro principal (donde hoy se encuentra establecida la vicaría eclesiástica), llega la vez á los tiempos de don Alonso de Fonseca (1524-1534) y de Tavera (1534-1545), á los cuales se deben las suntuosas construcciones y decoraciones en el estilo del Renacimiento que forman, como ya se ha dicho, la parte mayor del actual Palacio.

Según Ponz, Llaguno y Caveda, fué Covarrubias el arquitecto empleado especialmente por estos dos prelados, y Berruguete el escultor; pero hasta hoy ningún documento ha venido á confirmar tal aserto. Y aun por lo que hace al último, el estilo de las esculturas que adornan las partes del monumento propias de esta época, parece revelar á muy distintos autores, ninguno de los cuales iguala á Berruguete, ni en el carácter de sus obras, ni en el mérito. Las mejores son mucho más sobrias, aunque á la vez menos vigorosas y vivas; conservando quizá más bien parecido con la manera de Diego de Siloe y de Xamete. Esta última opinión no tiene otro valor que el de una mera conjetura; pero es más probable al cabo que la de que el estilo de Berruguete se encuentre en el Palacio de Alcalá de Henares.

La primera construcción del tipo clásico que encontramos al traspasar la verja del Palacio, es el gran cuerpo del Norte, de que ya se ha hecho mérito. Consta de tres pisos, los tres en el estilo del primer Renacimiento, aunque bastante sobrio. El bajo presenta siete puertas, hermosamente decoradas con guarda polvos y medallones; cinco están hoy trasformadas en ventanas. A esta serie corresponde otra de ventanas más sencillas en el piso segundo; el tercero consiste en una esbelta galería de arcos rebajados gemelos, con una balaustrada macizada y cerrada hoy con cristales. Afea esta fachada el enorme escudo barroco del cardenal Infante don Luis de Borbón, administrador de la archi-diócesis, hasta que la renunció, capelo inclusive, para contraer matrimonio. A fin de colocar este blasón, se arrancó el de Carlos V y se desgarró la ventana central, sobre que éste se encontraba, convirtiéndola en balcón.

Dicho cuerpo enlaza al del Salón de Concilios con el que corre paralelo frente á éste, separando al primer patio del segundo, y forma una de las tres construcciones de importancia monumental que en el estilo del Renacimiento posee el edificio; las otras dos son el gran patio y la escalera.

Esa importancia es debida á los magníficos artesonados de los cinco salones que en la planta principal contiene, y que antiguamente servían de habitación á los arzobispos. Sus techos, si no de los más finos, son de los más ricos ciertamente que poseemos en España. En general, su decoración tiene el defecto de estar compuesta en compartimientos y masas demasiado grandes para su altura, por lo cual aparecen tanto más bastos y pesados cuanto son menos sencillos. Verdad, que este defecto es frecuente en nuestros edificios del tiempo, sobre todo en Castilla: sirvan de ejemplo los hermosos techos de Salamanca, Toledo, etc. Al influjo oriental, quizá se deba que en otras comarcas, v. g. Andalucía, sean más altas las habitaciones, como lo es en el mismo Palacio de Alcalá el Salón de Concilios, cuyo estilo mudejar y cuya época difieren, como ya se ha dicho, de los de estos otros.



GALLO MUERTO, escultura de doña Adela Ginés

La traza de dichos artesonados es de casetones, á la manera puramente clásica, con los pares labrados. Están sin pintar, conservando el color oscuro que al pino presta el tiempo. Por debajo del techo corre unido á él en los tres últimos salones un friso de relieves de estuco, blanqueado, y que representa una marcha guerrera, con análogos caracteres: estas salas son de planta cuadrada; las otras dos, rectangulares. En cuanto á la suposición de que estas obras puedan atribuirse á Berruguete, de quien algunos escritores las reputan dignas, ya se ha dicho que es completamente infundada, y no debe considerarse sino como un caso particular de la disposición general en Castilla á atribuir á aquel artista toda labor de alguna importancia de Renacimiento, por desemejante que sea de su mérito y estilo, como en el presente caso acontece. Este fenómeno es muy frecuente y explicable cuando comienzan á desarrollarse los estudios arqueológicos. Recuérdese lo que ha acontecido tiempos atrás en Alemania con Durero, y no hace muchos años todavía en Portugal con el verdadero ó supuesto Gran Vasco.

El primer salón y el quinto tienen el artesonado repartido en octógonos, siendo aquél el que más adolece de la pesadez antes advertida, y presentando éste su techo mal encajado con el friso; los casetones del tercero son exagonales; los del segundo y el cuarto cuadrados. Todos tienen las armas de Fonseca en los techos y las de Tavera en los frisos.

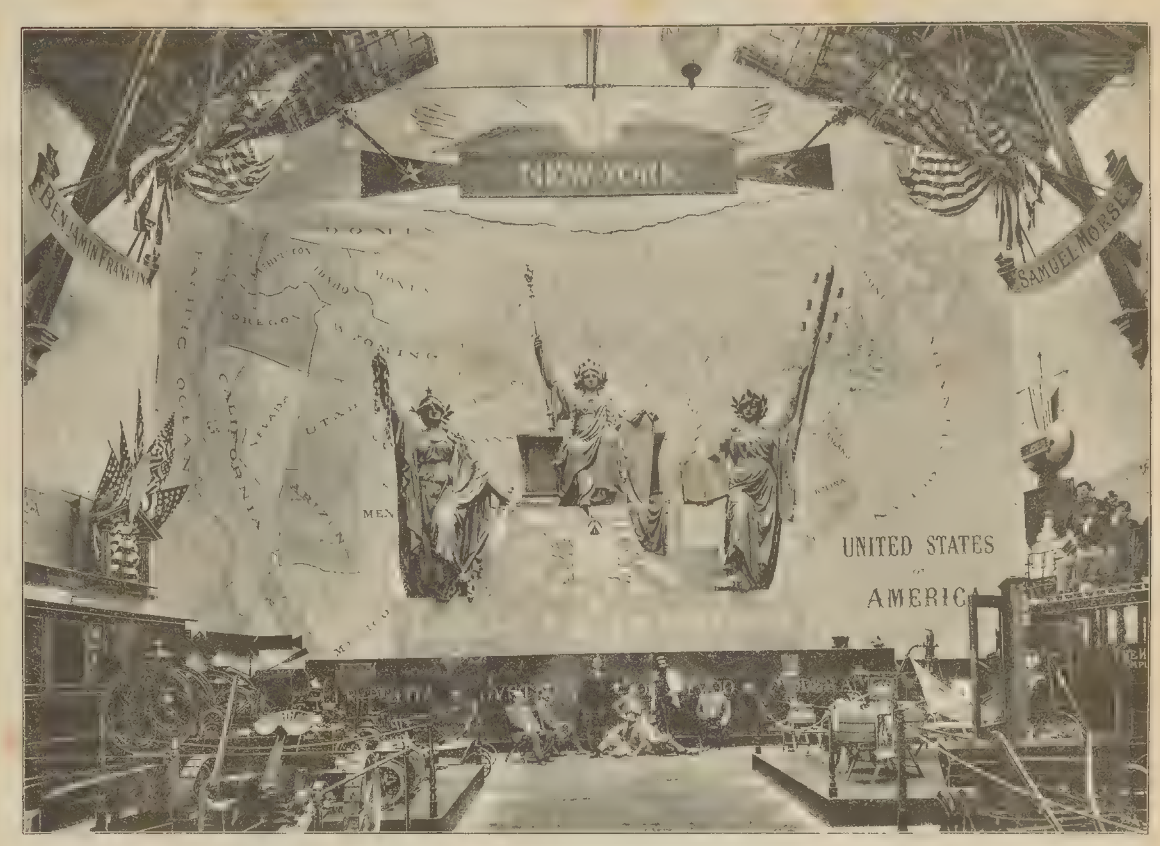
A ambos magníficos prelados se debe el espléndido patio principal, del propio estilo del Renacimiento y digno de competir, en su disposición general y riqueza, con el del Colegio de los Irlandeses de Salamanca (obra de Fonseca también), si bien éste quizá le excede en el mérito de las esculturas. Es de planta rectangular y mide 28 metros por 20, rodeándolo una ancha galería de 3 metros 80, sostenida por treinta y cuatro columnas en cada uno de los dos pisos de que consta. La parte inferior está formada por arcos de medio punto y sus techos de madera conservan todavía restos de la antigua decoración pintada; mientras que la alta es adintelada, formando la transición entre el ancho friso y las columnas, largas y decoradas zapatas de piedra. Este segundo cuerpo tiene mayor altura, y por consiguiente mayor esbeltez, de las usuales en las construcciones análogas de Castilla. El material de toda la construcción es la caliza de Tamajón, excepto el friso de la parte superior, que es de granito, interrumpido por medallones de caliza también colocados sobre las zapatas; por cima de él corre una ancha cornisa clásica. El antepecho de esta galería alta está lujosamente calado, formando una especie de red de mallas romboidales. Los medallones son en total treinta y representan en alto relieve cabezas de guerreros, personajes bíblicos y doctores de la Iglesia. Las armas de Fonseca decoran las enjutas de los arcos en la galería inferior.

En el ángulo Sudeste del patio, arranca la magnífica escalera principal, sostenida por tres arcos carpaneles, el último de los cuales está macizado por un muro, cuya decoración almohadillada, que corre por bajo de toda la rampa, se halla cubierta de genios, bichas y mascarones y es una de nuestras más ricas joyas. Sobre la magnífica puerta que perfora este macizo se alzan las armas de Tavera en el centro de una hermosa composición de genios, que las sostienen y coronan; y el propio blasón se ostenta en los que cubren el arranque de la escalera en ambos pisos. La balaustrada de esta escalera es casi toda nueva, imitando de lejos los escasos restos que de ella quedan todavía y cuya esbeltez, elegancia y carácter eran difíciles de interpretar. Favorece al efecto monumental y ostentoso de la construcción el espléndido techo de madera que la cubre. Su forma, análoga á la ya descrita del Salón de Concilios, es la de un artesón rectangular y ochavado en los cuatro ángulos, ó sea la de un octógono, dos de cuyos lados se prolongan paralelamente para corresponder á la forma rectangular de la planta, levantándose los cuatro trapecios de los ángulos sobre otras tantas pechinas, que cortan el friso sobre que todo el techo descansa. En este friso hizo Tavera sobreponer su escudo al de Fonseca, que sin duda no logró ver concluída la hermosa carpintería. Esta sustitución revela la extremada aprensión de sí mismo en el segundo prelado, que, aun en aquellas construcciones casi concluídas por su predecesor y que apenas necesitaron de su auxilio, prodigó su blasón profusamente; conducta que contrasta con la de aquel otro discreto arzobispo Moscoso (siglo XVII), que prohibió poner el suyo hasta en obras exclusivamente debidas á su munificencia. Los casetones del techo son del Renacimiento, aunque forman una traza de cruces y polígonos estrellados de ocho puntas, y su decoración de hojas está tratada en grande y más en proporción, como el techo todo, con la altura de la caja de escalera que los de los salones.

En la galería alta merecen citarse algunas portadas con las armas de Tavera también y en especial la que conduce al Archivo.

El resto de la construcción conserva ya poco de su antiguo carácter. De las cuarenta y nueve salas que ocupan los 60,000 y tantos legajos del magnífico Archivo histórico general en el antiguo Palacio, sólo deben mencionarse los grandes salones de que ya queda hecho mérito. Lo demás ha sido reedificado y renovado en varias ocasiones; hoy mismo se está imitando en algunos techos el estilo mudejar de los siglos XV y XVI. El claustro del Jardinillo ha sido restaurado, tabicando los arcos de la galería inferior que conservan su estilo del Renacimiento, sencillo pero pesado, en los tres lados en que dichos arcos existen. La extensa galería del ala Sur, con sus dos grandes miradores, abierta sobre el jardín del Vicario por Fonseca, como muestran las armas de sus artesonados, fué reparada y desfigurada según costumbre por el arzobispo don Pascual de Aragón en el siglo XVII, macizando igualmente sus treinta arcos. Después de esto y de las puertas antes mencionadas en el primer piso, no hay

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



INSTALACIONES DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

(De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

más que los artesonados de estuco de algunas escaleras interiores, como la que hoy da paso al Archivo, y unos restos de ventanas de Fonseca y Tavera, colocadas en un patinillo medianero con el convento de San Bernardo que el arzobispo Sandoval y Rojas hizo construir sobre parte del Palacio y parte del antiguo barrio de la Almanjara.

Aunque no de grande importancia arquitectónica, merece, sin embargo, citarse el Oratorio. Este departamento ocupa el piso principal de uno de los torreones, el más occidental; y tiene un artesonado que por mitad decoran el blasón de Fonseca y el de Tavera, corriendo por su parte inferior un alto zócalo de azulejos de relieve y tracería morisca. Pero el interés principal de esta sala consiste en las pinturas, hoy borradas y picadas en gran parte, que decoran sus paredes. Aun se conservan tres figuras de doctores de la Iglesia, algunas cabezas de apóstoles, ángeles y tarjetones con inscripciones latinas. El estilo parece corresponder á la escuela castellana de la segunda mitad del XVI, y aunque su mérito no es grande, ofrecen mucho interés á causa del escaso número de pinturas murales que de este tiempo nos resta.

En las galerías bajas del Oeste, en el patio de entrada, se hallan reunidos algunos restos arqueológicos de diversas épocas, encontrados en Alcalá, con el fin de organizar un pequeño museo en su día. Entre ellos los hay que pertenecen á la época romana, y consisten en aras, cipos funerarios, fragmentos de columnas, un sepulcro, una media estatua de mujer desnuda y algunos ladrillos. A la época del último gótico, del Renacimiento y posteriores corresponden el pelícano de Carrillo, un escudo y animales que estuvieron en la casa llamada por tradición del «rico-home de Alcalá», algunos capiteles y seis medallones del antiguo patio de la Aleluya, que son quizá lo más importante como obra de arte (ya se ha citado á los de Ester y Antenor), la estatua de Jorge de Silveira, fundador del Colegio de los Irlandeses, y otros objetos de menor interés.

F. Giner de los Ríos

NOTICIAS VARIAS

Congo. – Un carpintero, que había servido á Stanley en sus primeras expediciones al Bajo Congo, afirmó que las orillas del río estaban cubiertas de bosque y que él mismo había cortado *teaks* magníficos. Hasta aquí los agentes del Estado pretendían, al contrario, que estas orillas eran áridas y desiertas. M. Dupont, director del Museo de historia natural de Bruselas, que viene del Congo, ha confirmado la aserción del carpintero de Stanley, asegurando por su cuenta que á unas 20 leguas del puerto de Banama ha atravesado una meseta sin barrancos de unos 300 pies de altitud, cubierta de magnífico bosque, extendiéndose por una parte hasta el río y por otra hasta perderse de vista.

Los barcos podrían pues ir á cargar maderas al pie de la altura, donde el río tiene más de 20 pies de agua.

***

El 4.º centenario del descubrimiento de América. – El rey de Italia, á solicitud del ministro de Instrucción pública, ha dado un decreto regulando la manera de celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón.

El programa consiste en publicar las obras del ilustre navegante, como también todos los documentos y cartas geográficas que den luz sobre su vida y sus viajes. Habrá también una lista analítica de las obras publicadas en Italia sobre Colón y el descubrimiento de América, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. El presidente de la comisión encargada de la redacción de este trabajo, es el señor César Correnti, presidente del Instituto de historia italiana, contándose entre sus miembros á los señores Amari, Desimoni y el marqués Doria.

Para cubrir los gastos de esta obra que se hace por la primera vez, se ha asignado la cantidad de 12,000 liras á cargo de tesoro.

Muchos editores han publicado fragmentos de los escritos de Colón, como Navarrete la historia de sus viajes y Mayor sus cartas; pero nadie ha reunido todavía sus obras en una sola edición, bien que se publicara un índice completo en 1864.

Los Estados Unidos se preparan también á celebrar el aniversario del gran descubrimiento, y entre otras solemnidades habrá una exposición universal en Nueva York en 1892.

El proyecto de ley relativo á esta exposición trata igualmente de la creación de una exposición permanente que sería su consecuencia y reuniría principalmente los objetos naturales que hicieran conocer mejor la historia, los recursos, las artes é industria de las tres Américas.

***

Viaducto portugués. – Un empresario francés, monsieur Verdier, acaba de solicitar la concesión oficial de un puente metálico, destinado á unir los tres distritos de Lisboa situados en elevadas colinas. Habiendo emitido informe favorable una comisión técnica nombrada para examinar el proyecto, la corporación municipal ha hecho la concesión mediante ciertas condiciones.

El viaducto tendrá una longitud de 1,300 metros y se compondrá de dos tableros sobrepuestos. Salvará á una altura de 50 metros los barrios de la ciudad baja y atravesará por un solo arco de 150 metros de anchura la calle de la Libertad que forma actualmente la principal arteria de la ciudad.

Calcúlanse los gastos en unos 10.000,000 de francos.

Los concesionarios no recibirán ninguna subvención porque según cálculos basados en la estadística del movimiento de corruajes y transeuntes, el producto del peazgo bastará á asegurar el interés y la amortización del capital empleado.

***

Esclavitud. – Dicen de Zanzíbar:

«El aviso *Griffon* acaba de llegar de Pemba y su comandante refiere que á mediados de octubre último la chalupa vapor de á bordo, mandada por el teniente Cooper, dió caza á un barco negrero. Después de haber hecho una descarga de mosquetería á la chalupa, la tripulación árabe se arrojó á la mar abandonando la embarcación con los 86 esclavos que trasportaba, y entre los cuales se encontraron tres heridos y tres muertos. El teniente Cooper pereció en la demanda y dos marineros salieron heridos.

A bordo del barco negrero había un cañón cargado hasta la boca y que no pudieron disparar los árabes, sin duda por tener mojada la pólvora.

Los almirantes francés y alemán con su estado mayor y todo el cuerpo consular presente en Zanzíbar han asistido á las exequias del teniente Cooper.

(De *La Nature*)

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VII — BARCELONA 12 DE NOVIEMBRE DE 1888 — NÚM. 359

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

INSTALACIONES TUNECINAS

Exposición Universal de Barcelona

Por lo mismo que la región africana ha dado escaso contingente á nuestra Exposición, sus productos excitan más vivamente la curiosidad general. Los de Túnez, tal vez los únicos expuestos de esa parte del mundo, sin que carezcan de lo que pudiéramos llamar carácter típico, acusan de manera clara la influencia que en sus fabricantes ejerce el comercio europeo. Un paso más y los productos tunecinos se confundirán con los más comunes que salen de nuestros talleres. Esto no prueba sino que la civilización sigue triunfalmente su camino

LA ESTATUA DE SHAKESPEARE EN PARÍS
esculpida por Pablo Fournier

Guillermo Shakespeare es tal vez el mayor de los dramaturgos conocidos: bajo este concepto su gloria no es simplemente una gloria nacional, es una gloria de la humanidad. Ello, empero, dudamos que la ciudad de París hubiera consagrado un monumento público al autor de *Hamlet* y de *Otello* se no se le hubiese ocurrido á sir Guillermo Knighton hacer presente á la capital de Francia de la estatua conmemorativa de su inmortal compatriota. Confióse la obra al escultor francés Pablo Fournier que la ha ejecutado á conciencia, visitando museos y colecciones particulares de Inglaterra para hacerse cargo del verdadero semblante del gran escritor. Personas competentes dicen que ha conseguido su objeto.

En la encrucijada que forma el boulevard Haussmann y la avenida de Mesina es de ver esa estatua, erguida sobre el pedestal de la gloria de Shakespeare, con un libro abierto en la mano derecha, recogida la capa en el brazo izquierdo, en actitud de meditar, de *crear* en el fondo de su inteligencia alguno de esos tipos que resistirán al influjo de los siglos, porque, al igual del genio que les dió vida, son hijos de algo superior é inmortal.

LAS CATÁSTROFES DE CHILE

El día 12 de agosto último tuvo lugar en Valparaíso uno de esos hechos que demuestran hasta qué punto son frágiles los cálculos humanos cuando la naturaleza se empeña en destruirlos. He aquí en qué términos lo refiere el periódico *La Unión* de Valparaíso:

«A la voz de *El mar se sale, El mar se sale,* que como el rayo cayó en los barrios más centrales de la población propagándose instantáneamente por toda la ciudad, cuarenta ó cincuenta mil personas abandonaban en la mañana de ayer su hogar ó sus ocupaciones, y muchos aun el lecho, precipitándose á la calle y á las plazas en busca de salvación los tímidos ó de noticias los mas serenos.

»Felizmente para el efecto de evitar desgracias aun mayores, casi al mismo tiempo con esta, comenzó á circular la noticia verdadera, que si bien no tan tremenda como la primera, era sin embargo mil veces horrible, desastrosa y lamentable. Un tranque del cerro de Bellavista se había derrumbado dando curso libre á las agnas acumuladas durante el riguroso y ya deplorable invierno, despeñándose por la quebrada, destruyendo casas y toda clase de obras y comprometiendo multitud de vidas.

»Como vivo testimonio del inmenso desastre llegaban las aguas cenagosas hasta algunas cuadras más allá de la plaza de la Victoria por la parte del Almendral y hasta el Hotel de France y calle de Blanco por la del Puerto. En este inmundo mar de fango veíanse flotar escombros de toda especie, trozos de tabiques, ventanas y puertas, sillas y otros muebles, ropas, maderos, adoquines y tablas, canastos, botellas y toda especie de utensilios, un mundo en fin de objetos destrozados.

»A medida que nos acercábamos al barrio de Bellavista las noticias iban siendo más y más horripilantes y el pánico más grande y mejor fundado.

»Verdaderamente aquella parte de la ciudad se había vuelto otra, imposible casi de reconocer. Nuestras mejores y más frecuentadas

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



INSTALACIONES TUNECINAS (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

calles no eran sino un inmenso pantano de lodo coronado por el más confuso y revuelto hacinamiento de destrozos.

»Aquello parecía más bien un sueño, una página tristísima de historia de otro tiempo y lugar.»

Respecto de las causas originarias de la catástrofe las explica el diario *La Tribuna* de la manera siguiente:

«Deseosos de averiguar con exactitud la verdadera causa de la catástrofe, nos trasladamos ayer á la parte superior de esta quebrada, en donde pudimos obtener los siguientes datos:

»A distancia de unas ocho ó diez cuadras más arriba del Camino de Cintura existía desde hace 15 años un tranque hecho por don Nicolás Mena, para retener las aguas de la quebrada, con el objeto de beneficiar con ellas los terrenos y establecimientos que ese caballero posee tanto en esa quebrada como en el cerro de la Florida.

»La muralla del tranque era hecha toda de tierra y piedras, midiendo en su base de diez á doce metros.

»Durante la administración del señor Toro Herrera consiguió el señor Mena elevar la boca del tranque cosa de cuatro metros; y el estanque, de una capacidad para almacenar cinco mil metros cúbicos de agua que antes tenía, pasó á ser capaz de contener de diez á doce mil metros.

»La obra nueva como la antigua era hecha con la misma tierra colorada y gredosa que naturalmente no alcanzaba á sostener el enorme peso del estanque, completamente lleno, como se hallaba con las lluvias del presente invierno.

»Esta muralla ha sido, pues, la que con su derrumbe ha descargado sobre la ciudad la enorme masa de aguas almacenadas en el estanque y que en su empuje han arrastrado grandes cantidades de peñascos y los árboles que han encontrado á su paso en la parte superior. En el Camino de Cintura deshicieron instantáneamente las obras de defensa que allí había y algunos edificios de propiedad del señor Mena, y luego incrementadas por cuanto encontraron en el trayecto precipitáronse sobre las moradas de los pobladores de la quebrada que ocupaban el fondo y las laderas inmediatas, arrastrando un gran número de ellas, derrumbando ó destrozando otras y causando por consecuencia la más espantosa mortandad entre los desprevenidos habitantes.»

Las pérdidas materiales son enormes; pero ¿qué significan al lado de los trescientos cadáveres que se dicen extraídos de las aguas, del lodo, de las ruinas amontonadas por la catástrofe?

Nuestros grabados, copias de fotografías remitidas por los señores Cuspinera, Teix y C.ª, dan idea de los efectos de esa inundación que hace época en los anales nefastos de Valparaíso. Las autoridades y vecinos de la ciudad cumplieron como buenos; algunos hicieron más, portáronse como héroes.

Consagremos una lágrima á la memoria de las víctimas y el tributo de admiración que merecen aquellos ciudadanos que expusieron gravemente su existencia para salvar la de sus hermanos.

LA ROTURA DEL PUENTE DE CAL Y CANTO de Santiago de Chile

Las ciudades construídas junto á caudalosos ríos tienen en estos un enemigo que parece acechar la hora de las venganzas. El Mapocho es el enemigo de Santiago de Chile. Para contrarrestar sus efectos, para hacer impotentes sus frecuentes alardes de insurrección, existía el puente denominado de *cal y canto*, obra monumental de la época de la dominación española, fruto de quince años de trabajo, de 242 varas de longitud y once ojos ó arcos de once varas de luz. Inició su construcción el corregidor D. Luis de Zañartu en 6 de setiembre de 1767 y según el historiador Mackenna fueron necesarios dos martirios para llevarle á cabo, el del corregidor y el de los presidiarios que le fueron concedidos para auxiliar la obra.

Más de un siglo hacía que ésta venía resistiendo las avenidas del Mapocho, cuando el 10 de agosto último, en pleno día y sin duda á causa de las lluvias torrenciales recientemente ocurridas que engrosaron extraordinariamente el caudal del río, se desplomó con terrible estruendo el soberbio machón del segundo arco, quedando sostenido providencialmente el puente en la punta de ese machón, del lado poniente.

«En casi todos los espectadores de la catástrofe (dice un diario de la localidad) se vió pintado un sentimiento de pena al ver caer esa mole que ha desafiado los tiempos, y se protestó de que se hubiera abandonado por cálculo ó capricho de pésimo gusto, el puente que tanto peligro amenazaba.»

FLORES Y AROMAS, cuadro de Juan Costa

Pertenece este lienzo, de artista italiano, á la clase de aquellos cuadros cuyo principal atractivo es lo simpático del asunto. Dícese vulgarmente que con huevos, leche y azúcar mezclados no puede resultar sino cosa buena. Pues en producciones de arte cabe decir que con juventud, hermosura, sedas y flores no puede combinarse sino cosa bella.

Dos jóvenes señoritas, en la primavera de la vida, cuyas naturales gracias hace resaltar un elegante traje, aspiran el aroma de unas flores apenas cortadas de sus tallos, frescas, lozanas, saturadas de perfumes. La escena trasciende á felicidad y la felicidad encuentra fácilmente quien simpatiza con ella. El mérito del pintor en tales casos se reduce, cosa no siempre fácil, á expresar el concepto en la forma más sencilla posible. Cuando esto se consigue, como lo ha conseguido Costa, el éxito del cuadro está asegurado.

INSTALACIONES JUNTO AL LAGO

(Exposición Universal de Barcelona)

Para hacer agradable una Exposición Universal no hay que contar solamente con los edificios que contienen las instalaciones. Un refinamiento de coquetería, digámoslo así, exige que aquéllos se hallen enclavados en un recinto general embellecido por la naturaleza y á falta de esto por la mano del hombre.

Pero esta parte del *programa* es tal vez una de las mas difíciles de ejecutar, porque en una Exposición todo es improvisado; lo único que no se improvisa del todo son los jardines, la vegetación, aquello que necesita tiempo forzosamente si no ha de aparecer raquítico y desmedrado donde todo respira pompa y grandeza. Esta dificultad no ha existido en la Exposición de Barcelona, gracias al hermoso y vasto Parque en que ha sido emplazada, cuya belleza y esmerada conservacion no apreciamos los barceloneses en todo lo que vale á puro estar acostumbrados á ellas. En cambio los forasteros no escasean sus justas alabanzas y ponderan unánimes el sitio en cuestión, que abunda en vistas tan agradables y pintorescas como la que publicamos en el presente número.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EN LA LAGUNA AL DESPUNTAR EL ALBA cuadro de Ricardo Friese

Premiado en la Exposición Universal de Munich

Nuestros favorecedores conocen á Friese: es tal vez el pintor de fieras más sobresaliente de nuestros tiempos. De tal modo conoce á los animales carniceros que en él corren pareja el artista y el naturalista. En el cuadro que hoy reproducimos ha dado una imagen exacta de la celada dispuesta por el rey de las selvas para abatir á un formidable búfalo. El poderoso león sabe que su temible competidor, seguro de su fuerza y armas formidables, bajará, como todos los días, al despuntar el alba, á apagar su sed en la laguna.

Apenas el búfalo ha sumergido sus fauces en el agua, el león le ha asaltado furiosamente; pero su contrincante se resiste bravamente y quizás el carnicero lo pasara muy mal á no acudir en su defensa un compañero veterano que, sin quitar ni poner rey como el francés de la historia, ayuda al individuo de su especie. El búfalo es aterrado y los rugidos del león anuncian su victoria.

Á la vista de este lienzo cualquiera sospecharía que el autor ha podido copiar tranquilamente la escena que ha pintado. La fotografía instantánea no la reproduciría con mayor verdad. Es que Friese, á sus constantes estudios del natural, reune un conocimiento poco común de los más secretos y poderosos recursos del arte pictórico.

El emperador Guillermo II, que ha comprado recientemente un cuadro de este célebre artista, ha puesto á su disposición el bosque de Ibenhorst, donde todavía se conservan alces y otros animales silvestres, para que pueda dedicarse á hacer estudios del natural. El cuadro de Friese *Los ladrones del desierto*, que insertamos en uno de los anteriores números de la Ilustración Artística, y que obtuvo medalla de oro en la exposición de París 1885, ha sido adquirido últimamente para el Museo de pinturas de Dresde.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

PABELLONES É INSTALACIONES

Nuestra Exposición se habrá distinguido tanto por lo que en ella se exhibió como por la forma de exhibirlo. El decorador y el carpintero, el dibujante y el ebanista cooperaron á la obra del industrial á tal punto que, con haber sido llamados para que realzaran el objeto expuesto, acabaron por eclipsarlo. Así en el Parque los pabellones, como las instalaciones colosales en el Palacio de la Industria, pueden llamar la atención por sí solos y con independencia de su contenido. Los expositores barceloneses en particular, con criterio abiertamente opuesto al de muchos extranjeros que presentaron sus productos en sencillos escaparates, han blasonado de atraer la atención á larga distancia con mostradores pomposos y han competido en eclipsarse mutuamente poniendo á contribución para ello el lujo, el ingenio, á veces la extravagancia, y otras también, las dimensiones: *última ratio* en esta suerte de competencias, cuando la instalación hace oficios de gran reclamo y desaparece la mercancía bajo el rótulo y la marca de fábrica. No diré que todos los industriales hayan obedecido única y exclusivamente á este mismo deseo; sobre ser injusto y falso, afirmarlo ahora sería anticiparme á lo que diré en este artículo, pero aun los más reacios han debido sentirse tentados de aplicar el principio que formulaba uno de ellos, con frase gráfica y concisa. Exponía el tal á un dibujante-decorador su propósito de encargarle la construcción de unos mostradores y resumía su deseo así: «Hágalos Vd. como guste, pero quiero que sean *más altos que todos*; que *se vean* de todas partes.» — Y en realidad, en las naves españolas, las instalaciones se ven antes que nada y *por encima* de todo.

Por lo que al Parque se refiere, siendo el sitio ameno, de diversas perspectivas y líneas variadas, el anhelo de lucirse en la forma exterior de los pabellones, no podía menos de producir felices resultados, y añadir atractivos nuevos á tal variedad y amenidad. Estas formas empleadas son tan distintas entre sí que no cabe sujetarlas á una sola descripción, ni resumirlas en un solo párrafo. Se ve allí de todo; y campean en tan caprichosas construcciones diversos estilos, resultado de la imitación de lo exótico, ó ensayo y tanteo de algo nuevo y original que vemos despuntar no sólo en la ornamentación de los edificios sino en todas las aplicaciones del dibujo decorativo, así en los trabajos tipográficos como en el mobiliario. Sólo en las techumbres de los diversos pabellones hallamos ya infinita variedad de formas desde la consabida casita suiza, hasta la reventona cúpula de la mezquita rematada por la media-luna. Aquí un templo egipcio en miniatura, como trozo desprendido de una decoración de *Aida*; allí la choza filipina de pajizo techo montada sobre bambús; la casa japonesa más abajo, con los farolillos de colores meciéndose en el aire; en todas partes, las varias formas del aguaducho portátil, cajón con escaparates, armario cobijado debajo de un toldo, á manera de gran paraguas, ó vasta anaquelería semi-circular que se abre en forma de abanico. El pabellón del Casino mercantil tiene su galería corrida adornada con candelabros y resguardada del sol con elegantes toldos; el del Marqués de Campo reluce decorado exteriormente con azulejos. Así, el hierro, la madera pintada ó sólo barnizada, las mayólicas, las telas de colores, se combinan al infinito y producen un conjunto cuyos tonos gratos y brillantes contrastan ó armonizan con la vegetación.

Entre estos diversos pabellones, algunos merecen más particular atención por su originalidad ó por el concienzudo conocimiento del estilo que imitan, como en fac-símile de pequeñas dimensiones. A esta clase pertenece el pabellón de Sevilla, reducido compendio del arte característico de aquella ciudad, con su torre ó alminar cuyo saliente alero guarece y sombrea los pareados ajimeces y cuyos muros adornan ajaracas primorosas; con su arco de herradura en la portada y su reja del Renacimiento junto á ella; con sus alizares de azulejos, en fin, ciñendo exteriormente las paredes y la capillita churrigueresca en la esquina. En esta combinación caprichosa de tales elementos, se cifra el carácter de algunas obras sevillanas, que participan á la vez del estilo granadino y arábigo y de las construcciones del Renacimiento empotradas posteriormente en sus viejos edificios. Pero no corresponde sólo á este carácter el pintoresco exterior. El patio que ocupa el centro del pabellón, es imitacion, ó mejor dicho, reproducción exacta de los que contiene el famoso Alcázar: sus arcos angrelados descansan sobre esbeltas columnas: sus tabiques van revestidos de almocábares, cenefas, lazos, tracerías é inscripciones cúficas, como primorosos encajes de piedra; una galería ciñe el rectángulo y un surtidor en medio cae rumoroso en pequeño estanque de agua cristalina donde colean algunos peces... Es aquel el mismo patio andaluz con todos sus hechizos: luz cenital, suave y tranquila, afiligranada ornamentación, frescura grata y apacible murmullo. Todas estas condiciones y este decorado armonizan perfectamente con las instalaciones y productos allí expuestos, y contribuyen á que se comprenda mejor su belleza, de modo que el pabellón es de los pocos que acierta plenamente con su fin, y no parece, como en tantas otras ocasiones, superfluo ó extravagante aquel lujo de pintorescos detalles.

La casita japonesa, junto al lago, es también característica, tal vez más que por su estilo harto conocido, por ser peculiar modelo de la habilidosa maestría con que improvisan los japoneses tales construcciones valiéndose particularmente del bambú y de la madera de enebro en su estado natural, cortándolos, ensamblándolos y labrándolos primorosamente y de tal modo que pueden montar y desmontar el pabellón fácilmente y utilizando todas sus piezas. Adornan luego el esbelto y ligero edificio con gracia y encanto singulares que participan también de aquella ligereza y perentoriedad de la improvisación. Los flexibles mástiles que flanquean la cerca y dan al viento el pabellón imperial; los pintados farolillos colgantes bajo el cobertizo, ó en sarta á lo largo de las cuerdas ondulando, atadas de uno á otro poste; el mismo color natural de la madera empleada, le dan ese aspecto de construcción transitoria, que tiene un hechizo indefinible, y es el más propio, el más acorde con los mismos objetos expuestos, primorosos, quebradizos, elegantes y de colores delicados.

Fuera de estas instalaciones al aire libre, las que encierra el Palacio de la Industria no merecen, con escasas excepciones, elogio alguno. Dije antes que, desde luego, llamó la atención general lo aparatoso de la mayoría de ellas, tanto que el Sr. Sampere y Miquel ha podido discurrir en esta parte largamente sobre si la Exposición de Barcelona había innovado de un modo radical el arte de exhibir los productos, y á otro escritor, el Sr. Sardá, le ha sido fácil sin forzar el ingenio, descubrir en aquella presuntuosa y enfática magnificencia de nuestros industriales, un síntoma cierto de que el antes sesudo y modesto catalán se *quijotiza*, si cabe el verbo, con el afán de aparentar y deslumbrar antes que todo: ¡á tal punto salta á la vista, como contagiada manía general, el carácter singular que presentan particularmente las instalaciones catalanas en visible contraste con el buen gusto de las extranjeras!

No he de ampliar la ingeniosa observación del Sr. Sardá, ni puedo añadir nada nuevo á las múltiples y atinadas del Sr. Sampere y Miquel, que trata del arte de instalar los objetos desde los más certeros y curiosos puntos de vista. Por mi parte, suscribiendo el parecer de ambos escritores, consignaré únicamente que aquel conjunto de instalaciones me produce el más deplorable efecto. Exceptúo, — porque siempre la imparcialidad fuerza á la excepción, — escaparates, kioscos ó mostradores dibujados por excelentes arquitectos, y dicho se está que con sencillez, porque sus autores tienen buen gusto; exceptúo aquellas exhibiciones de artes suntuarias, como muebles, joyas, etc., que requieren para su realce un fondo armónico ó todo un apropiado escenario para que el espectador pueda juzgar por sí mismo del efecto que harían aquellos productos en su verdadero lugar; fuera de esto, no creo que haya instalación mejor que la que permite ver de cerca el objeto sin eclipsarlo en lo más mínimo ni sustituirlo engañosamente con el reclamo. Por lo cual resultan no sólo censurables, sino ridículos los grandes armatostes, cuyas dimensiones y forma riñen con la misma pequeñez del artefacto, las pirámides y conos en que se sustituye con la cantidad la calidad, y sobre todo y por encima de todo, esas artificiosas y barrocas combinaciones en que las cajas de betún ó los frascos de conservas forman castillos, ramilletes de confitería, arcos triunfales, etc. Aunque fuesen bellos en sus formas, que no lo son, es el colmo del mal gusto, es una aberración punible servirse del objeto expuesto como de un material de construcción y apilarlo de un modo extravagante y pretender con ello llevar al más alto punto el arte del reclamo; es denunciar en otra forma y en nuevo sitio ese innato y eterno gongorismo del vulgo que adora lo complejo y lo violento, por violento y complejo precisamente, esto es, porque cree con error invencible que el mérito está en razón del esfuerzo aparente, y lo sublime del ingenio, en razón de lo disparatado y rebuscado. No veo ninguna diferencia, como no se halle en el tamaño, entre la aberración del que tiene por artístico reproducir una gran parada con los reyes y sotas de la baraja y el que remeda un castillo con cajas de dominó ú otro objeto por el estilo.

J. Yxart.

LOS GRANDES DE ESPAÑA

Frecuentemente nuestros historiadores, cuando se refieren á los individuos de la nobleza que rodeaban á los reyes é intervenían en los negocios de Estado, les dan el título de *grandes*, esto aun refiriéndose á épocas anteriores á la de los Reyes Católicos.

En la historia de Aragón es más frecuente llamarlos *ricos-hombres*.

No es fácil tarea fijar cuándo el título de grande principió á ser tenido como distinción propia de cierta clase

de magnates, pero sí es sabido que hasta el reinado de Carlos V la *grandeza de España* no fué una distinción tasada á determinados próceres, ni que tuviese privilegios especiales, ni que necesitase de fórmulas y ceremonias para ser conferida.

Ello es que como preeminencia general á todos los títulos de Castilla los reyes les permitieron que estuviesen cubiertos en su presencia, costumbre que no se alteró por la venida á España de Felipe I *el Hermoso*, aun cuando éste procedía de una corte que se distinguía por el prolijo ceremonial de su etiqueta.

Cuando Carlos de Gante subió al trono castellano, siguieron los títulos gozando de aquel privilegio.

Llegó el año 1519, en que Carlos I de España fué saludado en Aquisgrán, por voto común de los electores, emperador de Alemania, quinto de aquel nombre, por cuya excelsa investidura vino á felicitarle á esta ciudad de Barcelona el duque de Sajonia, á nombre de os demás electo res, inclinando el ánimo del soberano á que pasase á Alemania á ceñir en sus augustas sienes la corona del imperio, empuñando así en su mano las riendas de la más dilatada monarquía que registra la historia.

Hízolo así el rey, dirigiéndose á sus nuevos estados con un brillante séquito de la nobleza española, cuyos individuos, á pesar de que vieron que los más encumbrados próceres de Alemania se descubrían respetuosos ante el joven Carlos V, guardaron su preciado privilegio, permaneciendo ellos cubiertos en las más solemnes ceremonias.

Presto fué notado el hecho por los nobles del imperio, que se sintieron de ello, pues lo achacaban á soberbia de los grandes españoles, que se tenían, á no dudar, por mejores que ellos, cuando aquel privilegio se abrogaban, y á la vez mostrábanse quejosos del rey emperador, que con su aquiescencia los humillaba.

Llegaron las quejas á oídos del monarca, y bien porque las estimase fundadas, bien porque no llevase muy en paciencia aquella que parecía descortés altanería, mucho más para él, aun no muy avezado á las cosas de España, que le eran peregrinas, llamó al duque de Alba, su mayordomo mayor, á quien encargó dijese á los nobles españoles que él no había ido á Alemania á procurarse enemigos, sino á granjear amigos, y por lo tanto que se descubriesen, que á su regreso á España él los mandaría cubrirse.

Cumplieron los magnates la orden soberana, pero no así el César lo prometido, antes al contrario, cuando tornaron á Castilla ordenó el rey que ninguno se cubriese.

Lastimáronse los títulos de acción tan empeñada, manifestando bien á las claras su disgusto, tanto que el emperador, hábil político, se persuadió de que no era prudente despojar á tan poderosos señores de un privilegio que, después de todo, no cercenaba su regia autoridad.

Resolvió, por tanto, volver sobre su acuerdo, pero hízolo con habilidad bastante para que el pasado agravio se convirtiese en merced, y lo que antes era común facultad de todos los señores de título, á la verdad entonces limitados en número, quedase convertido en adelante en muy codiciada distinción, á pocos de ellos concedida.

Doce próceres sólo, como fueron doce los *Pares* del otro emperador su homónimo Carlo Magno, obtuvieron tan insigne distinción, cuyos poseedores se llamaron desde entonces con propiedad *Grandes de España de primera clase*.

Fueron éstos el duque de Medinasidonia, de la casa de Guzmán, el más antiguo y acaudalado de todos; el de Alburquerque, linaje de La Cueva; el del Infantado (Mendoza); el de Alba (Álvarez de Toledo); el de Frías, condestable á la vez de Castilla (Velasco); el de Medina de Rioseco, almirante de Castilla (Enríquez); el de Escalona (Pacheco); el de Benavente (Pimentel); el de Nájera (Manrique de Lara); el de Arcos (Ponce de León); el de Medinaceli (La Cerda), y el marqués de Astorga (Osorio).

Luego se establecieron las grandezas de *primera*, *segunda* y *tercera clase* que determinaban diferencias considerables entre unos y otros, usándose diversas ceremonias, según era la categoría, al tiempo de investir con ella á los agraciados.

De esta ceremonia, la de más nota y la que distinguía unos grandes de otros, era la que retardaba más ó menos el momento de cubrirse el grande en presencia del monarca.

Éste, llegado el punto de efectuarlo, aguardaba al título, sentado en medio de su corte.

Cuando la distinción era por derecho hereditario, aquél llegaba cubierto de luto á presencia del rey, pidiéndole licencia para besarle la mano.

El soberano le otorgaba su venia, preguntando á qué clase pertenecía, y si era la primera, llegaba acompañado de otros señores al salón donde estaba el monarca sentado, rodeándole los ministros y caballeros de su cámara, y en penetrando hacía una reverencia, otra en medio del salón y la tercera al pie del trono, donde se arrodillaba, besando la mano del rey.

Hasta los tiempos de Felipe II, éste se levantaba entonces, y aun dicen que hacía amago de quitarse el sombrero, pero en los de Felipe IV, éste recibía sentado.

Entonces el soberano, sin esperar á que el grande le dirigiese la palabra, le decía:

–Cubríos, duque, marqués ó conde de tal.

Luego se cubría y se colocaba á un lado del salón, consistiendo en esto la grandeza de primera clase.

Cuando se daba la segunda, llegaba el agraciado, después de las tres reverencias, á besar la mano al rey y entonces, descubierto, decía:

–¿Cómo está Vuestra Majestad?

Y sin responder á esta cortesía decía el monarca:

–Cubríos, duque, marqués ó conde de tal.

Obedecía éste y entonces contestaba el rey al saludo, retirándose luego el grande á un lado del salón.

Finalmente, cuando la grandeza era de tercera clase, el agraciado, después de las tres reverencias y besar la mano al rey, le preguntaba:

–¿Cómo está Vuestra Majestad?

El rey contestaba desde luego al saludo y el pretendiente se retiraba descubierto á un lado del salón, hasta que de allí á un rato le decía el rey:

–Cubríos, duque, marqués ó conde de tal.

Se ve, pues, que, como dicho queda, dependía la especial diferencia de la ceremonia de la tardanza en cubrirse; pero, con todo, se estimaba tanto esta diversa categoría, que los de las clases inferiores anhelaban ascender á las superiores.

La grandeza era además real y personal. La primera se concedía al título y por tanto se transfería á su heredero, al paso que la otra se extinguía con la persona.

También su concesión se distinguía en ambos casos, pues en la real nombraba el soberano al grande por su título nobiliario, diciendo como se ha expuesto:

–Cubríos, duque, marqués ó conde de tal.

En la personal, la designación la hacía por el nombre propio de la persona.

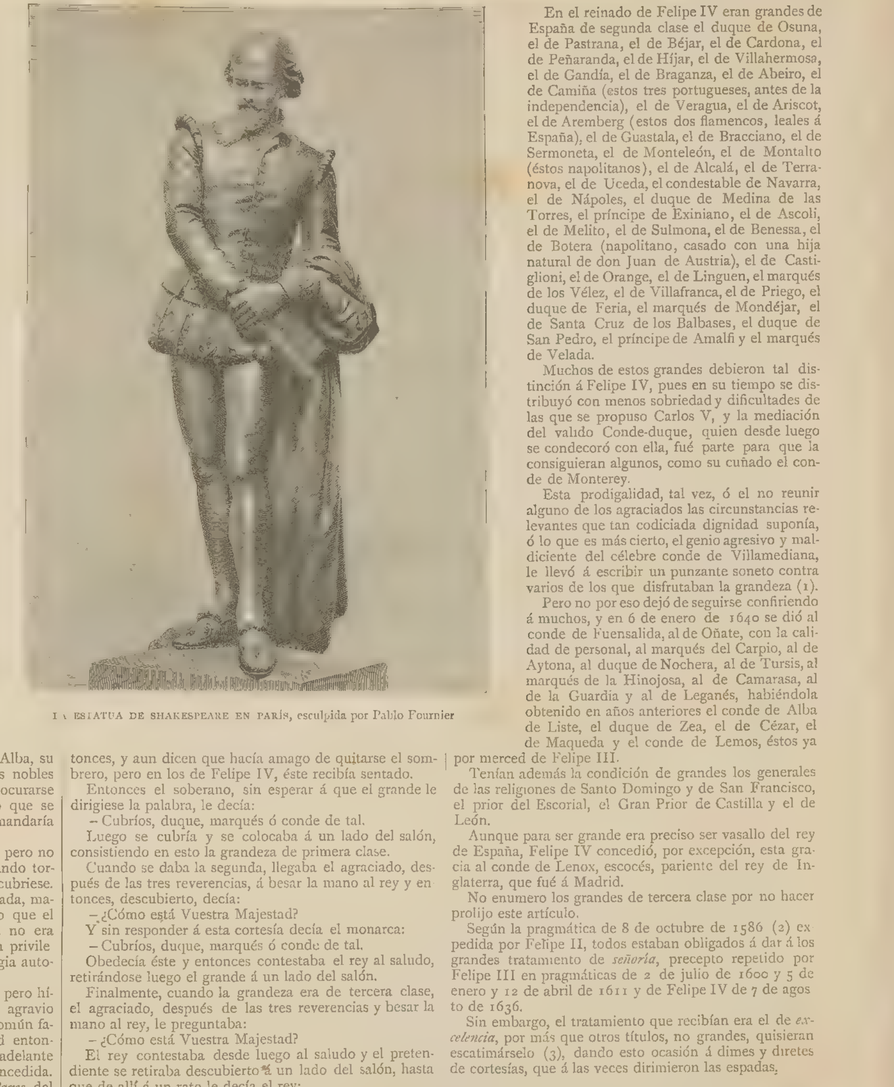
Así, cuando Felipe IV, hallándose en esta ciudad de Barcelona, confirió la grandeza al conde de Santa Coloma, famoso después por su trágica muerte en la rebelión de esta ciudad el día del Corpus, 7 de junio de 1640, le dijo:

–Cubríos, don Damián de Queralt.

Cuando la otorgó al marqués de Eliche, primogénito de don Luis de Haro, quien ya la tenía real por merced suya, le dijo:

–Cubríos, don Gaspar Méndez de Haro, mientras no heredáis á vuestro padre.

En tiempo de Felipe III obtuvieron tan alta dignidad el privado duque de Lerma (Sandoval) y el de Sessa (Fernández de Córdoba), que la ganó por pleito. También la dió al príncipe de Marruecos Muley Xeque, cuando se estableció en Madrid y se bautizó en 1593, tomando el nombre de don Felipe de África, siendo del vulgo conocido por el *Príncipe Negro*, y es fama que dió nombre á la calle del príncipe, porque habitó en ella. Frontero de su casa vivió algún tiempo el autor del *Quijote*.



LA ESTATUA DE SHAKESPEARE EN PARÍS, esculpida por Pablo Fournier

En el reinado de Felipe IV eran grandes de España de segunda clase el duque de Osuna, el de Pastrana, el de Béjar, el de Cardona, el de Peñaranda, el de Híjar, el de Villahermosa, el de Gandía, el de Braganza, el de Abeiro, el de Camiña (estos tres portugueses, antes de la independencia), el de Veragua, el de Ariscot, el de Aremberg (estos dos flamencos, leales á España), el de Guastala, el de Bracciano, el de Sermoneta, el de Monteleón, el de Montalto (éstos napolitanos), el de Alcalá, el de Terranova, el de Uceda, el condestable de Navarra, el de Nápoles, el duque de Medina de las Torres, el príncipe de Exiniano, el de Ascoli, el de Melito, el de Sulmona, el de Benessa, el de Botera (napolitano, casado con una hija natural de don Juan de Austria), el de Castiglioni, el de Orange, el de Linguen, el marqués de los Vélez, el de Villafranca, el de Priego, el duque de Feria, el marqués de Mondéjar, el de Santa Cruz de los Balbases, el duque de San Pedro, el príncipe de Amalfi y el marqués de Velada.

Muchos de estos grandes debieron tal distinción á Felipe IV, pues en su tiempo se distribuyó con menos sobriedad y dificultades de las que se propuso Carlos V, y la mediación del valido Conde-duque, quien desde luego se condecoró con ella, fué parte para que la consiguieran algunos, como su cuñado el conde de Monterey.

Esta prodigalidad, tal vez, ó el no reunir alguno de los agraciados las circunstancias relevantes que tan codiciada dignidad suponía, ó lo que es más cierto, el genio agresivo y maldiciente del célebre conde de Villamediana, le llevó á escribir un punzante soneto contra varios de los que disfrutaban la grandeza (1).

Pero no por eso dejó de seguirse confiriendo á muchos, y en 6 de enero de 1640 se dió al conde de Fuensalida, al de Oñate, con la calidad de personal, al marqués del Carpio, al de Aytona, al duque de Nochera, al de Tursis, al marqués de la Hinojosa, al de Camarasa, al de la Guardia y al de Leganés, habiéndola obtenido en años anteriores el conde de Alba de Liste, el duque de Zea, el de Cézar, el de Maqueda y el conde de Lemos, éstos ya por merced de Felipe III.

Tenían además la condición de grandes los generales de las religiones de Santo Domingo y de San Francisco, el prior del Escorial, el Gran Prior de Castilla y el de León.

Aunque para ser grande era preciso ser vasallo del rey de España, Felipe IV concedió, por excepción, esta gracia al conde de Lenox, escocés, pariente del rey de Inglaterra, que fué á Madrid.

No enumero los grandes de tercera clase por no hacer prolijo este artículo.

Según la pragmática de 8 de octubre de 1586 (2) expedida por Felipe II, todos estaban obligados á dar á los grandes tratamiento de *señoría*, precepto repetido por Felipe III en pragmáticas de 2 de julio de 1600 y 5 de enero y 12 de abril de 1611 y de Felipe IV de 7 de agosto de 1636.

Sin embargo, el tratamiento que recibían era el de *excelencia*, por más que otros títulos, no grandes, quisieran escatimárselo (3), dando esto ocasión á dimes y diretes de cortesías, que á las veces dirimieron las espadas.

---

(1) Este mordaz soneto está lleno de calificativos y alusiones picantes, que hoy no es tarea fácil explicar, pues se referían á circunstancias ó hechos particulares, atribuídos á los personajes aludidos. Se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional (M. 200) y dice así:

REINANDO FELIPE IV

SONETO

Cierto que es buen señor el *Almirante*,
Y el de *Infantado* es hijo de vecino,
Peñaranda buen sastre, á lo divino,
Y á *Lemus* le va bien con la menguante:
El *Condestable* es pobre vergonzante,
Pastrana las apuesta al más pollino,
Figura de cartón *Híjar* mezquino,
Altamira oficial de pujabante.
Oropesa y *Veraguas* en la cuna,
Estatua es *Santa Cruz* de «aquí reposa»,
Bracero de Jimena *Villahermosa*,
Garnacha dió á los *Vélez* la fortuna,
Hijo á *Medinaceli*, poca cosa,
Sessa lechuza, carbonero *Osuna*.

El soneto ha acabado
Y sólo á *Monterey* he olvidado,
Que, entre grandeza tanta,
Le hallé como escarpín en una manta.
No sé si tenga pena
De no asentar los grandes *de docena*,
Mas siéntense en la Cámara en cuadrilla,
Que el soneto no es banco de capilla.

Como se ve, habla el autor de los grandes de *docena*, ó sean los doce que creó Carlos V de primera clase, cuatro de los que cita. El último verso alude al privilegio que tenían los grandes de sentarse en la Capilla real, de que trato después.

(2) Impresa en Alcalá de Henares, por Juan Gracián, en 1586.

(3) Vélez de Guevara en su *Diablo Cojuelo*, dice por boca de éste á don Cleofás: «Allí un vizconde, entre sueños, está muy vano, porque *ha regateado la excelencia á un grande*.» En 1647 sacaron las espadas uno contra otro, el duque de Sessa y el conde de Latorre, sobre que éste no había dado al primero más tratamiento que el de señoría, siendo grande y no él.

CATÁSTROFES DE CHILE



Valparaíso.—LAS TROPAS RECOGIENDO CADÁVERES DE ENTRE LOS ESCOMBROS EN LA CALLE DE SAN JUAN DE DIOS

(Copia directa de fotografía)



Valparaíso.—DERRUMBES DE LA CALLE DE BELLAVISTA (Copia directa de fotografía)



EN LA LAGUNA AL DESPUNTAR

PREMIADO EN LA EXPOSICIO



EL ALBA, cuadro de Ricardo Friese, dibujo del autor

n Universal de Munich

CATÁSTROFES DE CHILE



Valparaíso.—ESTADO DE LA PLAZA DE ANIBAL PINTO, DESPUÉS DE LA INUNDACIÓN
(Copia directa de fotografía)



Santiago.—SEGUNDO DERRUMBE DE DOS ARCOS DEL PUENTE DE CAL Y CANTO, VISTO DE CERCA DEL MACHON
(Copia directa de fotografía)

También las mujeres de los grandes tenían tratamiento, como sus maridos, y tomaban una especie de investidura de la grandeza que como á tales correspondía.

Para ello, en día determinado, iban á visitar á la reina, á cuyo acto solía acompañarlas gran comitiva de grandes y señores á caballo, yendo ellas en coche, con otra dama que las apadrinaba.

Cuando entraban en la cámara de la reina, para besarle la mano, se levantaba aquélla de la almohada de su estrado en que, según el uso del tiempo, estaba sentada, y las recibía en pie, hablaba con ellas un rato y luego les ofrecía también almohada. Cuando las damas eran parientes de la familia real, dábaseles dos almohadas, como hizo en Nápoles la infanta doña María, hermana de Felipe IV, cuando ya reina de Hungría iba á reunirse con su esposo Fernando III de Austria y fué visitada en aquella ciudad por la princesa de Botera.

Con tales ceremonias fué también á palacio en Madrid, en 16 de enero de 1640, la marquesa de la Hinojosa á besar la mano á la reina, porque, como dicho queda, había sido hecho grande su marido pocos días antes, haciendo de madrina la marquesa de Santa Cruz, á quien sirvió de bracero el marqués mismo de la Hinojosa y á su mujer el conde de Monterey.

Entre las preeminencias de que entonces disfrutaban los grandes estaba también la de que no podían ser presos sin cédula real que lo mandase, y entonces debía ejecutar su prisión, no un alcalde de corte, sino otro grande.

Cuando en los Reales Consejos se veía algún pleito suyo, tenían el primer asiento á la derecha del presidente, y sus causas criminales se determinaban en una junta nombrada para ello por el rey.

Las embajadas y legaciones solían ser desempeñadas por ellos, y en cambio de estos privilegios estaban obligados á servir al rey en la guerra con cierto número de soldados.

Por eso Felipe IV, apurado en 1637 con la guerra de Cataluña, escribió á todos los grandes para que en 1.º de enero se hallasen reunidos en Burgos, avisando cada uno con cuántos soldados podía servir á Su Majestad (1).

El mismo mandato repitió en 1644, ordenando que los grandes le asistieran en la guerra dicha, reuniéndosele en Berbegal, entonces plaza fuerte aragonesa, distante dos leguas de Monzón.

Uno de los privilegios de que los grandes hacían más estima, era el de concurrir cubiertos á las funciones de la Capilla Real, donde, como los embajadores de las potencias católicas (2), tenían un banco especial en el que se sentaban según orden determinado, aunque en ocasiones no lo guardaron, como sucedió en la jura del príncipe de Asturias, celebrada en la iglesia de San Jerónimo, en Madrid, el 13 de enero de 1608, á cuyo solemne acto concurrieron, como tales grandes, solamente el duque de Lerma, el Condestable de Castilla, el conde de Miranda, el de Alba de Liste, el duque de Zea, el conde de Lemos, el duque de Alba, caballero del Toisón, el almirante de Castilla, el príncipe de Marruecos, el duque de Feria, el adelantado de Castilla y los duques de Maqueda, Cézar y el Infantado, entre los que había, como se ve, de primera y segunda clase.

No terminaré este artículo sin transcribir las rentas que un manuscrito de la época (3) expresa que disfrutaban algunos de estos grandes. Eran las siguientes en 1582, fecha del documento:

	DUCADOS
Duque de Medinasidonia. . .	200,000
Id. de Frías.	70,000
Id. de Medina de Rioseco. .	120,000
Id. de Alba.	100,000
Id. de Alburquerque. . . .	100,000
Id. de Escalona.	100,000
Id. de Osuna.	100,000
Id. de Arcos.	80,000
Id. del Infantado	120,000
Id. de Sessa.	70,000
Id. de Medinaceli. . . .	50,000
Id. de Nájera.	40,000
Id. de Béjar.	75,000
Id. de Gandía	16,000
Id. de Maqueda.	40,000
Id. de Feria.	40,000
Id. de Villahermosa . . .	15,000
Id. de Veragua.	12,000
Príncipe de Melito. . . .	30,000
Gran Prior de Castilla. . .	50,000
Id. de San Marcos de León. .	35,000

Hoy la grandeza de España sigue siendo una distinción de alta estima, por más que no tenga la importancia y el significado de sus primeros tiempos, acaso por haberse hecho más asequible y porque no disfruta ya de ciertos privilegios incompatibles con las modernas instituciones políticas.

JULIO MONREAL.

(1) Bibliot. Nac., MS. H, 71.

(2) Estos embajadores eran solamente los de Francia, Venecia, Alemania y el Nuncio.

(3) Bibliot. Nac., MS. S, 51.

EL TEATRO TAGALO

I

Imposibilidad de investigar sus orígenes. – Son los filipinos raza sin historia. – La lingüística y la craneología. – Supuestas reminiscencias del teatro chino y japonés. – *Los pasos de la Pasión*. – Únicamente el genio español ha sacado un tanto á los filipinos de su inercia intelectual.

Pierden el tiempo los que buscan en las historias de Filipinas datos que demuestren la potencia intelectual de la raza tagala, y algo semejante nos ha de acontecer á nosotros en esta peregrinación que emprendemos hacia los orígenes del teatro indígena. Como propiamente comienza la historia del Archipiélago con nuestra conquista en los últimos años del siglo XVI, y no era dado á los escritores de entonces penetrar muy á fondo en las costumbres del país, que únicamente los frailes y algún togado estudioso, como el doctor Morga, solían analizar y discutir cuando se relacionaban con los sucesos políticos, resulta por todo extremo difícil apreciar el estado moral de aquel hormiguero de razas heterogéneas que constituye la población filipina, en el momento que Miguel de Legaspi y el padre Urdaneta establecen á las orillas del Pasig una dominación más artificial que sólida. Verdad es que semejante estudio no debe tampoco emprenderse con esperanzas de medro para la ciencia, sino por el afán que aqueja á los modernos de investigarlo todo, aunque tengan la certidumbre de llegar á perderse en el vacío.

Del conjunto de los documentos y memorias que los conquistadores nos dejaron, puede inferirse claramente el escaso valor que, bajo ciertos aspectos, á la tierra y la gente concedían, diciendo de ellas el mismo Adelantado en su carta al capitán mayor de la Armada portuguesa del Maluco, Gonzalo Pereira, en los primeros días de su entrada por Cebú, que «no es de tanta calidad y codicia que á nadie convide.» Aun ahora, hallándose tan mudadas á impulsos del cristianismo y la civilización española, que parecen sin duda otra tierra y otra gente, es posible todavía reconocer la exactitud de aquellas primeras pinturas, que coinciden en el estado misérrimo y selvático en que las hallaron nuestros antecesores, así como en ponderar cuánto reinaban allí la holganza y los vicios todos, que siendo enemigos mortales del trabajo, forzosamente han de serlo del desarrollo intelectual y de las obras en que se ponen juntos y al unísono el pensamiento y las manos del hombre. En el fondo, por decirlo así, del filipino más culto y activo de nuestro tiempo se vislumbran todavía los rasgos del retrato que con tanta exactitud hicieron los primeros cronistas, y viénense á la memoria mil frases parecidas á aquellas de fray Gaspar de San Agustín, en sus *Conquistas de las islas Filipinas temporal y espiritual*, donde dice: «Son muy dados á la ociosidad, y como ellos tengan para comer un día, descuidan de buscar para otro, y huyen tanto del trabajo, que por ningún interés le aprecian, queriendo más estar ociosos que muy bien pagados; así no tuvieron nunca riquezas, más que lo necesario para sus personas, pues aunque en todas sus islas las había, sólo en extrema necesidad las buscaban.»

Este conocimiento del indio, que pudo ser difícil de adquirir en aquellos tiempos á hombres para quien era peregrino, exótico y aun abstruso cuanto á él se refería, pero que hoy no puede ocultarse á la más somera observación, así como dá la clave del estancamiento de un país donde sólo parecen posibles los desarrollos puramente vegetales, fué el espíritu de nuestras Leyes de Indias y bandos de buen gobierno, hasta las *Ordenanzas* de 1768, cuyos artículos 71 á 74 están llenos de sabias prevenciones contra la ociosidad de los indios y de apremios á las autoridades para que los hagan trabajar, prevenciones que por ser ya incompatibles con la política moderna, intransigente con la incultura y desconocedora del desnivel intelectual de las razas, van cediendo su puesto á los antiguos vicios y miseria que tienen tanta parte en la crisis actual de Filipinas. Obra el carácter del indio de las leyes que rigen su naturaleza, siempre que se le deje entregado á sí mismo se tocarán los mismos resultados.

Ni ¿cómo habríamos de encontrar en las historias españolas rastro alguno de la vida interior de aquel pueblo, cuando el de sus infinitas lenguas y dialectos, primera manifestación de todo carácter nacional que al observador se impone, todavía no ha salido del estado nebuloso, á pesar del celo infatigable de nuestros misioneros, que han tejido á España una verdadera corona literaria, en que descuella la lingüística como uno de sus más preciados florones? En efecto, ni los Jacquot, ni los Mallats, ni los Jagor, ni los Blumentrit, ni los Meyer, escribiendo como lo hacen en los países más cultos de Europa, y teniendo á la mano cuantos elementos proporcionan la crítica y la erudición, han avanzado muchos pasos por la difícil senda que abrieron desde sus modestas celdas de Manila, el padre Chirino, el padre san José, el padre San Agustín, el padre Totanes, el padre Martínez de Zúñiga y tantos otros, pudiéndose asegurar sin hipérbole que las cuestiones fundamentales de aquella lingüística exótica están hoy sobre poco más ó menos en el punto mismo en que tan respetables varones las dejaron, no habiéndose averiguado siquiera si la escritura primitiva de los indios era como la de los chinos, de arriba abajo, ó como la de los árabes, de derecha á izquierda, ó en fin de abajo para arriba, comenzando á la izquierda para continuar á la derecha, según pretenden otros.

De memorias escritas, piedras labradas, metales ó restos siquiera baladíes de civilización anterior á la española, tampoco se halla vestigio alguno que merezca fe racional, pues los escasos ejemplares que describen los cronistas debieron de ser harto insignificantes, si juzgamos por el que el autor de la obra ya citada nos ofrece: «Tienen (dice) sus letras y caracteres como los de los malayos, de quien los aprendieron, y como ellos escriben con unos punzones en cortezas de caña y hojas de palmas; pero nunca se les halló escritura antigua alguna, ni luz de su origen y venida á estas islas, conservando sus costumbres y ritos por tradición de padres á hijos sin otra noticia.»

Parece ahora que por el prurito de fundar escuela, alardeando de novedad y alambicamiento, algún escritor alemán pretende haber encontrado signos, jeroglíficos y aun libros enteros, como los que Víctor Hugo en sus éxtasis apocalípticos leía en las piedras de la catedral de París; y ¿dónde creerán nuestros lectores que los encuentra? en las rugosas cortezas de los árboles seculares y en los gigantescos bombones de los bambúes que sombrean los grandes ríos oceánicos; teoría tan extravagante é infundada, á primera vista, como la de cierto autor de aquel país, que escribe en el nuestro á su manera hispano-tagala, el cual ha dedicado un libro entero á probar la existencia de una como civilización y prehistoria filipina, donde abjurando las preocupaciones anti chinicas de su raza, para caer en otras peores, siente latir la influencia del Celeste Imperio en casi todos los usos y costumbres de los filipinos, siendo así que lo que mejor demuestra su falta absoluta de aptitud para apropiarse la civilización es justamente el haberse hallado muy escasas huellas de la de los chinos en los contemporáneos de Legaspi y Urdaneta. Cualquier vislumbre de ella que se descubra, será indudablemente posterior á la época en que el contacto con nuestra civilización les enseñó á reconocer y admitir la superioridad moral con más ó menos acierto y energía.

Y pues hemos hablado de prehistoria por valernos de un vocablo corriente y usual, aunque el concepto que expresa parezca inaplicable de todo en todo á los pueblos filipinos, ocasión es de añadir un dato peregrino sobre materia que justamente con la lingüística, redondea el sentido más alto de la nueva ciencia prehistórica. Piensan algunos fantaseadores haber encontrado en las cavernas de Filipinas restos del hombre primitivo, semejantes á los que todos los días se encuentran en las cavernas del Norte de Europa y de nuestras provincias andaluzas; pero pronto vienen antropólogos tan eminentes como el doctor Virchow á declarar, ilustrando á Jagor, que los cráneos llevados á Berlín por éste de las cuevas de Lanang y Nipa-nipa, á pesar de su aplastamiento y sus analogías con los *macrocéfalos* de Crimea, de que habló Hipócrates, difícilmente tendrían una antigüedad anterior al siglo XVI, presentando algunos de ellos síntomas indudables de haber padecido sífilis, que es curioso desengaño para los partidarios de la prehistoria filipina. Ni tampoco denota antigüedad remotísima la costumbre de deprimir artificialmente los cráneos de los niños, con la cual ha querido engalanarse la supuesta prehistoria del archipiélago, pues los indios de la costa occidental de la América del Norte hoy mismo la conservan, y hasta en ciertas regiones de Austria y de Francia no ha podido destruirse. A mayor abundamiento, declara también Virchow ser casi imposible precisar la raza á que muchos de aquellos cráneos pertenecieron, por el atraso en que se encuentra la craneología oceánica, admitiendo sólo como auténticos los restos de un cimarrón, cuya cabeza partida por un sablazo halló Jagor en el monte Isarog... víctima probablemente de un cuadrillero ó un guardia civil. Cuanto á cerámica é indumentaria, si algunos objetos curiosos se han hallado revelan origen chino ó japonés.

He aquí en breve y curiosísimo compendio todos los elementos que de la cultura y de la vida indígena anterior á la llegada de los españoles han podido traerse á la discusión científica, elementos que sólo por virtud de grande esfuerzo y optimistas concesiones pueden aspirar á la categoría de hipótesis, con que se prueba la dificultad invencible que toda investigación ofrece en un país destinado al parecer por la Providencia á génesis perpetuo. ¿Cómo hallar en él antes de nuestros días una literatura nacional, un teatro propio, ni manifestación alguna de su carácter, de su lengua y de su vida suprasensible? Razas de aluvión, por decirlo así, pertenecientes á los últimos grados de la escala humana, faltas de virilidad y de espontaneidad, ni siquiera al contacto con los portugueses y los chinos, que Legaspi encontró introducidos unos y establecidos otros en el país, debieron de pulirse en manera alguna, toda vez que ni sus instituciones ni sus costumbres presentan reminiscencias de tales modelos, habiéndose en cambio asimilado no poco de las razas arábigas del Mar Rojo, que por Joló y Mindanao los invadían. Esta circunstancia prueba su inferioridad étnica que los hizo preferir los elementos más refractarios á la civilización, como prueba también los esfuerzos y la virilidad que ha tenido que desplegar la nuestra para imponérseles y apartarlos de tan mal camino.

Y sin embargo, los chinos, que les eran mucho más similares que las otras razas vecinas, los habrían á poca costa enseñado á guardar siquiera memoria de sus hechos en haces de hoja de palma, á escribir en tabletas los nombres de sus antepasados y á no dejar á la posteridad á oscuras, como vulgarmente se dice, de cuanto se rela-

ciona con su existencia histórica. Aquel pueblo, donde ya en el siglo xiv encontraron Marco Polo é Ibn-Batuta elementos de civilización tan fecundos como la imprenta, que se cree inventada allí en el siglo vi de nuestra Era, habiéndose perfeccionado con la construcción de los caracteres móviles por Pi-Ching en 1045, tuvo desde los primeros tiempos filosofía, literatura, historia y sobre todo un teatro ligado íntimamente con la religión y la filosofía, que se asemeja no poco al de Europa en la Edad media, punto curiosísimo que no se ha estudiado bastante. El prurito de discutir en escena las cuestiones mitológicas, filosóficas y religiosas, tendencia inmemorial del teatro chino, donde á los pocos momentos de levantarse el telón adivinan ya los espectadores si el poeta es sectario de Lao (racionalista) ó de Fo (budista, tradicionalista), acusa una potencia intelectual, que indudablemente se hubiera impuesto al genio tagalo, á no tener éste una potencia por lo menos igual para resistir toda asimilación á razas que no le sean completa, absolutamente y de todo en todo superiores.

Solían, y suelen estar los teatros de China, en los patios ó plazoletas que dan entrada á las pagodas, alzados en plataforma al aire libre, donde algunas como capillas repartidas por el patio hacen las veces de nuestros palcos, alquilándose á beneficio del sacerdote ó del culto búdico. Es tan antigua esta que podemos llamar institución del teatro en China, que, si no mienten las pintorescas historias del Imperio Celeste, ya 1766 años antes de Jesucristo se vió obligado el emperador Tchung-an á prohibir las comedias por el estrago que hacían en las costumbres, prohibición que se solicitó nuevamente de Lionen-Van, por la mala conducta de los cómicos, en 827. El padre jesuíta Alonso Sánchez, citado por Pellicer en su *Tratado histórico de la Comedia y del Histrionismo*, dejó en su manuscrita *Relación de las cosas particulares de la China* pintados de la manera siguiente los espectáculos que había presenciado: «Son grandes representantes con tablado, vestidos, campanas y atambores, coros y voces á sus tiempos; y yo he visto comedias de diez ó doce días con sus noches, sin faltar gente en el tablado ni quien mire. Van saliendo personajes y escenas diferentes, y mientras unos representan, otros duermen ó comen, ó tratan cosas morales y de buen ejemplo, pero envueltas en otras no tales y de gentilidad.»

Donde quiera que la China ha ejercido realmente su influencia, el teatro existe desde tiempos remotos, aun tratándose de pueblos no menos rudos que el tagalo, como acontece en Cochinchina. El escritor contemporáneo Tru-Ong-Vin-Hy, en su *Curso de Historia Anamita*, publicado en Saigón en 1875, cuenta las guerras civiles encendidas en el siglo xiv (1370 á 1373) por Nhu-lé, que pasaba por hijo del rey Cung y de una cómica, siendo así que aquél se había casado con ella estando ya embarazada de Nuth-lé. El teatro existía, pues, en Cochinchina en tan remota fecha, sin duda llevado por los chinos, de cuyo emperador era feudatario el anamita.

El hecho de haber habitado antiguamente en Manila una colonia japonesa casi tan grande como la china, es dato que no debe omitirse para apreciar la falta de espíritu asimilador de los tagalos y la ineficacia de su contacto con dos pueblos tan superiores en la esfera intelectual. Porque es de saber que los japoneses tienen también su teatro nacional, digno de que el cónsul de Francia en Yokohama le haya consagrado recientemente un curioso estudio en la *Revue d'Art dramatique*, y si bien no faltan observadores ligeros que de algunas costumbres teatrales japonesas y chinas pretenden hallar reflejos en las de los indios, basta á desvanecer tan infundada creencia un mediano conocimiento de la historia del teatro en Europa y principalmente en nuestro país, que, como luego veremos, es el único que ha sabido sacar un tanto á los indios de su inercia intelectual. Parece, pues, que los autores japoneses no imprimen sus obras, ni aun las escriben siquiera, sino que dan á las compañías el argumento, expresado en breve papel, y luego los cómicos tejen sobre aquel argumento la urdimbre que su ingenio les inspira, y así resulta en cada representación una obra distinta y nueva en la forma, que según al público agrada ó no en las diferentes representaciones, va tomando ser y desarrollo definitivo, hasta quedar como al fin obtiene más aplausos. Resultan por este procedimiento los cómicos japoneses verdaderos improvisadores, y no hay duda que han de hacerse los más hábiles del mundo en el arte teatral, toda vez que para crear ellos mismos la pasión y la espresión, la forma y el tejido del drama, han de reunir extraordinaria suma de aptitudes especiales que suelen estar reñidas unas con otras, pues tan raro es el poeta que declama bien sus versos, como el comediante que los hace siquiera medianos. Ni el toque de la dificultad en esta materia consiste únicamente, como es sabido, en hacer buenos versos y declamarlos, sino que el conocimiento del gusto público, el arte de interesarle y conmoverle, de contrastar las pasiones y mover las figuras dramáticas y las mil y mil circunstancias que en una obra escénica han de concurrir para el aplauso, constituyen lo que Moratín llamó difícil facilidad, frase felicísima que lo dice todo.

FLORES Y AROMAS, cuadro de Juan Costa

Cierto que no ha sido posible encontrar hasta hoy en Filipinas una sola comedia impresa, y que los representantes las suelen alterar no poco en cada función, de donde aquellos vulgares observadores deducen la imitación japonesa de que venimos hablando; pero sin que se tomen nuestros asertos por exactos de todo en todo, pues son poco expansivos en esta materia los indios que entienden algo del teatro tagalo y se recatan además de los españoles como niños, circunstancia que nos inspira el temor de no haber profundizado bien nuestro estudio, podemos asegurar desde luego que los poetas tagalos escriben enteras sus comedias, aunque no las impriman por falta de fondos, y porque del hecho de facilitar copias para la representación libran la única utilidad material que su trabajo les reporta. De aquí que sólo circulen estas copias entre los cómicos que las han adquirido, costumbre que por cierto no han necesitado copiar de los japoneses, porque es puramente española, y tan pura y castiza, que uno de los deberes del juez especial de comedias era impedir que ningún cómico representase obras que fueran propiedad de otro, y esta propiedad había de justificarse con la firma del poeta en la copia vendida al cómico.

Así estaba establecido en Sevilla en la primera mitad del siglo xvii, y sabido es que de allí salieron con el sello de la casa de Contratación los moldes para casi todas las cosas de ambas Indias. Este curioso y desconocido dato de la propiedad de las comedias lo aclara y define perfectamente el juez de ellas que había en la ciudad andaluza en 1639, en cierta representación que hizo á Su Majestad justificándose por haber prohibido *La Batalla Naval de los Galeones*, comedia que sin duda se refiere á la gloriosa victoria alcanzada por nuestras armas en la bahía de Todos los Santos en 16 de marzo de 1638. Ha publicado este peregrino papel don José Sánchez Arjona, en su excelente libro *El Teatro en Sevilla*. Ni el hecho de ser manuscritas las obras dramáticas prueba tampoco otra cosa que infancia teatral y pobreza de la profesión literaria, que lo mismo acontecía en España en aquellos tiempos en que empezamos á exportar nuestras costumbres á los países ultramarinos, pudiendo asegurarse que ni el quinto de las obras representadas en nuestros teatros veía la luz pública.

Queda finalmente la duración de las representaciones, como dato definitivo en que se apoyan también los que encuentran reminiscencias chinas y japonesas en el teatro tagalo, en lo cual van ciertamente no menos errados que en sus restantes hipótesis, pues los *Pasos de la Pasión* que se representaban en cuaresma, solían ser interminables, quizás duraban toda ella, habiendo llegado los italianos y franceses mucho más allá que los chinos y nosotros en este punto, que después lo será de más largo capítulo en este trabajo por la trascendental importancia que tiene en la literatura y costumbres de los indios.

Finalmente, en el hecho de alterarse los textos en las representaciones, como en el teatro japonés, y en el de haber sido hasta la época moderna muy raro que las mujeres tomasen parte en ellas, lo cual en el Japón estaba prohibido, hay no menor desconocimiento de la historia dramática y de la verdad de las cosas. Nosotros poseemos comedias muy conocidas y populares en Filipinas, en copias facilitadas por sus mismos autores, de quien tagalos inteligentes nos aseguran ser las mismas que ellos están viendo representar todos los días, y aun advierten que si alguna alteración suele notarse, es cuando los cómicos olvidan el papel ó lo tienen mal aprendido, que

entonces hacen ni más ni menos que los nuestros, entremeter lo que en la jerga teatral se llama *morcillas*, con la diferencia de que estos pegotes y embutidos suelen tomarlos de los romances populares que llaman ellos *corridos*, referentes al mismo asunto y que nunca les faltan, pues el repertorio, como se verá luego, está limitado á unas cuantas obras populares de origen español, de que poseen á un tiempo romance y comedia, en sendas traducciones tagalas. De la ausencia, en fin, de las mujeres, poco hay que decir que no sea muy definitivo y muy español, como tomado de nuestros autos litúrgicos y sacramentales, donde las mujeres eran sustituídas por muchachos de buen parecer y acicalados, lo que tenían algunos por mayor inconveniente que el representar las mujeres mismas, según el papel sobre *Abusos de comedias y tragedias*, que extracta Pellicer en su citado libro. Hasta mucho después de celebrado el concilio de Trento duró en Gerona la costumbre de representar el *Paso de las tres Marías* los tres canónigos más modernos del cabildo catedral.

Vese, pues, que no hay modo alguno de dar en el embrión del teatro tagalo parte mínima siquiera á los pueblos que por su cercanía y similitud pudieron crear la prehistoria filipina, y ahora seguiremos demostrando que este, como todos los escasos elementos civilizadores que han podido aclimatarse en tierra tan movediza y exótica, proceden del gran tronco español y llevan el sello caballeresco místico de nuestra raza.

VICENTE BARRANTES

(Continuará)

NOTICIAS VARIAS

ASTROLOGÍA CHINA. – El celeste Imperio, que no cuenta menos de 400 millones de habitantes, más de la cuarta parte de la humanidad, está gobernado por los principios de la astrología judiciaria. Habiendo llegado el emperador á la mayoridad, ha consultado la emperatriz á los astrólogos de la corte, para saber cuál era el día en que los astros serían más favorables á la trasmisión del poder. Los astrólogos han fijado uno de los primeros días del próximo año chino. Lo más curioso es que los cálculos astronómicos necesarios para el establecimiento del calendario están hechos por europeos que llevan el título de auxiliares. Los indígenas están encargados de sacar las consecuencias astrológicas de la situación de los astros en el curso de sus revoluciones anuales que preven los europeos.



RETRATO DEL ARTÍFICE J. LUTMA, fac-símil de un agua fuerte de Rembrandt

***

INFLUENCIA DEL CALENDARIO EN LAS EMOCIONES POPULARES. – Teniendo los musulmanes de la India un calendario lunar y los indostanos un calendario solar, suelen llegar años, como 1888, en que la gran fiesta de los unos coincide con la gran fiesta de los otros, celebrándose á la vez á Mahoma y á Brahma. Entonces puede verse lo que son los odios religiosos. Según las correspondencias de la India, habiéndose encontrado las procesiones rivales en las calles de Agra, de Razipur y de Curg, tuvieron que mediar las autoridades británicas y recurrir á las tropas para evitar que se degollaran unos á otros, poseídos de santo fervor religioso. En Nujibabad hubieron de entenderse los dos partidos para dar muerte á los magistrados que se oponían á estas sangrientas procesiones, y sólo poniendo las tropas sobre las armas, se evitó la rebelión contra la autoridad, aunque no sin que corriera la sangre entre ellos, resultando muchos indígenas muertos y gran número de heridos, más ó menos gravemente.

(Del periódico: *La Nature*)

Exposición Universal de Barcelona. – INSTALACIONES JUNTO AL LAGO

(De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 19 DE NOVIEMBRE DE 1888 — NÚM. 360



BERTA SOUCARET, *criolla de Guadalupe*



MARÍA STEVENS, *de Viena*



OLGA NADJASKA, *de Stocolmo*



BETTY STUCKART, *de Viena*

BELLEZAS PREMIADAS EN EL CONCURSO INTERNACIONAL DE SPA *(Copias de fotografías)*

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

BELLEZAS PREMIADAS

en el Concurso Internacional de Spa

La fama de las aguas de Spa (Bélgica) es muy antigua, no sólo por su acción curativa, sino por el cúmulo de diversiones proporcionadas allí á los forasteros. Durante muchos años la broma llegaba hasta el punto de nombrarse un rey de los *bobelinos*, que así se llamaba a los que frecuentaban la población durante la estación balnearia. En la actualidad son muchas las poblaciones que disputan á Spa los concurrentes, y esto hace que los empresarios de las aguas hayan de aguzar su ingenio para conseguir numerosas preferencias. Este último verano se ha tenido la buena idea de invitar á un concurso de jóvenes hermosas, ofreciéndose premios (el primero de 5,000 francos) á los cuales han optado diez y nueve competidoras.

Disgustos ocasionan todos los certámenes; no hay que ponderar si los ocasionaría una competencia de esa naturaleza. Baste decir que antes y después de la adjudicación de premios ha habido lenguas muy sueltas, quejas muy sentidas y vías de hecho sobradamente *pesadas*. Por fin se procedió en la noche del 28 de setiembre último á la lectura del fallo y entrega de las recompensas, ceremonia que presidió sentada en lujoso trono la *bella Fátima*, hermosa joven turca *fuera de concurso*. Al pie del trono una orquesta de damas vienesas amenizó el acto. Las agraciadas resultaron ser:

Berta Soucaret, de 18 años, criolla de Guadalupe, hija de un abogado de Pointe-à-Pitre, establecido en las cercanías de París, rubia de un rubio dorado casi rojo, hermosos ojos negros, cutis blanco de marfil, pies y manos diminutos y en todo realmente bella.

Angela Delrose, de 16 años, natural de Ostende; una de esas bellezas que recuerdan las creaciones de Rubens. Es hija de padres pobres y piensa emplear el premio en completar su instrucción.

María Stevens, de 23 años, procedente de Viena; de rubia cabellera, ojos azules y rostro muy simpático.

Betty Stuckart, también procedente de Viena, casada y de una belleza espléndida. Es un conjunto de líneas irreprochables.

Olga Nadjaska natural de Stocolmo, de belleza sorprendente.

A la presentacion de las mujeres premiadas, los aplausos de los espectadores ahogaron el coro de las acerbas críticas con que desahogaban su mal humor las desahuciadas y aun las que obtuvieron recompensas secundarias.

Suponemos que los jurados se habrán arrepentido muchas veces de la aceptación de su cargo. Si Páris apenas salió vivo de entre tres aspirantas ¡qué habia de suceder con diez y nueve!...

LA AVENIDA DE SAN JUAN

Exposición Universal de Barcelona

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

Ocurre en nuestra Exposición lo que en ciertos palacios ó grandes edificios que teniendo patios, portal y escalera de honor, apenas hay quién se utilice de ellos, verificándose las entradas y salidas por alguna puerta ó escalerilla excusada impropia de una construcción famosa y monumental. La entrada natural de nuestra Exposición es por el Arco de triunfo, desde donde arranca una avenida la más á propósito para disponer el ánimo al espectáculo grandioso que se desarrolla sucesivamente ante el espectador. Idea perfecta de esa avenida da el grabado que publicamos; á pesar de lo cual son relativamente pocos los que verifican su entrada en el Parque por tan hermoso sitio, haciéndolo por las puertas secundarias del local, con lo cual se privan del mejor punto de vista que éste ofrece. El acceso á la Exposición por la puerta del Paseo de la Aduana, que es la generalmente preferida, da por resultado formarse una idea mezquina del recinto y recorrer éste en el impropio sentido de más á menos; pues tropezando el visitante desde luego con el Palacio de la Industria, relega al olvido anexos de tanta importancia como el de Ciencias y el de Agricultura, desconocidos ó poco menos de la inmensa mayoría de los concurrentes por no encontrarlos de una manera natural á su paso. Aproveche el público nuestro consejo y en su visita á la Exposición adopte al sistema del ilustrado autor de su proyecto general.

LA GITANA, dibujo de A. Forestier

En nuestro número 357 dábamos una muestra de la merecida importancia que se da en Inglaterra á la ilustración de las novelas. Corroborando este hecho publicamos hoy una lámina inspirada por la novela *Fe y Libertad* escrita por Walter Besant, obra de arte que bien pudiera suponerse copia de un buen cuadro. Siendo un hecho de verdad que la novela es una de las formas literarias que tiene más adeptos, bueno es que se saque partido de esa preferencia general para ayudar á fomentar el buen gusto artístico de la porción más numerosa de los aficionados á la lectura. Con ello ganarían no poco, al mismo tiempo, algunos artistas eminentes en el arte de ilustrar libros, que el malogrado Gustavo Doré elevó á tanta altura.

UN GUARDIA DE PALACIO

dibujo á la pluma de A. Fabrés

Para los que creemos que el dibujo es al arte plástico lo que la melodía es al arte musical, Fabrés es lo que se llama un maestro. Y este nuestro parecer ha sido confirmado antes de ahora por jurados nacionales y extranjeros que han concedido varios premios á nuestro paisano. Pintor á la aguada y dibujante á la pluma, demuestra, precisamente con tan comprometidos medios de acción, hasta qué punto está seguro de sí mismo. Lo que la pluma dibuja en el papel ni se raspa con cuchillo ni se disimula con color. – Lo hecho hecho se queda – ó como dijo Pilatos lo escrito escrito está.

Pues bien, véase este soldado, examínese su porte, contémplese su aplomo, búsquese su cuerpo debajo de las prendas de su vestuario, y por su corrección, por su natural actitud, por su carne y sus huesos y sus músculos, diremos que se está *moviendo* sobre el papel, atento á la consigna que se le ha dado. Efecto obtenido con seguridad absoluta, sin vacilación de ningún género, con la misma aparente facilidad con que está puesta la firma del autor al pie del dibujo.

Combate entre los Sabinos y los Romanos

(Esmalte)

El magnífico esmalte cuya reproducción constituye otra de las ilustraciones de este número, y que pertenece á don José A. Nicolau y Bujons de esta capital; es no sólo por sus extraordinarias dimensiones, sino también por sus relevantes calidades de ejecución un objeto de arte digno del mayor encomio y singularmente distinguido en su género.

Mide su periferia rectangular y algo convexa, 27 centímetros de altura y 40 de latitud; cuyas dimensiones abarcan casi por completo los ejes mayor y menor de la elipse en que se halla trazada la composición histórica enunciada.

Los Sabinos cuyas hijas y esposas, para fomentarse la población de Roma, dada una señal por Romulo en una fiesta pública, fueron robadas por los Romanos; una vez recobrados de su derrota, presentaron combate á los raptores, interponiéndose sin embargo en el mismo las mujeres Sabinas que se habían enlazado ya con aquellos y tenido hijos de los mismos.

Tal asunto hállase perfectamente indicado por la diversidad de trajes de los dos bandos; las mujeres Sabinas interpónense materialmente entre los que van á luchar, en ademán suplicante y presentándoles sus tiernos hijos; observándose la general estupefacción de los que aprestándose para combatir, hállanse sorprendidos por aquel acto heroico de dichas mujeres, el cual les obliga á suspender el golpe de sus mortíferas y enarboladas armas.

La simplicidad que requería el asunto encuéntrase muy bien interpretada, sin que distraiga para nada la atención el montecillo del fondo con los muros de una ciudad, acaso designativos de Roma, y para compensar la masa en el lado opuesto, despliégase la gran bandera que ondea gallardamente un jinete romano.

Obra este esmalte de la florida época del Renacimiento, confirmándolo así en su parte baja izquierda, trazadas en oro, las iniciales J. R. y la fecha 1556; no cabe exigir en el mismo una completa propiedad en los trajes, como ha venido practicándose en épocas más adelantadas. Como en la edad media el cuadro era todavía el trasunto fiel de la época del pintor, adoptábanse varios convencionalismos para designar á determinados pueblos, profesiones ó personajes.

¿Quién no recuerda las comunes representaciones de Alejandro y de los Césares? A su compás, los ejércitos del pueblo rey en la antiguedad vistiéronse constantemente á la heroica, y descuidados en general los trajes de los demás pueblos, por aquéllos llamados bárbaros, mucho es de apreciar que en el esmalte que nos ocupa sobresalgan algunos rasgos que recordando á los etruscos, pueden acomodarse con cierta propiedad al pueblo Sabino, así como entre los Romanos las pieles de animales feroces que usan el aquilífero y el corneta, y también la forma y atributos de algunos escudos, revelan cierto detenido estudio de indumentaria, aprendido en la columna Trajana y en otros clásicos monumentos de la Ciudad Eterna.

Naturalidad en las actitudes, conocimiento evidente de la anatomía y deseos de ofrecer un cuadro viviente como lo fueron los más señalados del Renacimiento en sus primeros períodos, son caracteres de mucho bulto que avaloran ese tan rico esmalte, no sin que se halle exento de defectos que sin desvirtuarle, señalan por el contrario con mayor certeza la época que en sí mismo lleva ya estampada.

La pequeñez de las cabezas de los caballos y su ancho torax, así como la dificultad con que se presentan los escorzos de algunas figuras, son en verdad señales evidentes de que luchándose aún con el convencionalismo gótico, no acertaba el pintor del repetido esmalte en los medios absolutamente oportunos para dar un paso más allá, restableciendo la gallardía y hábiles recursos en el dibujo á que especialmente apelaron los maestros del arte antiguo y entre ellos con muchas creces los escultores.

Nada diremos de la dificultad con que aparecen trazados los trajes mujeriles combinándose con el desnudo de sus pechos y brazos. Luchaba el artista con los antiguos recuerdos y con las tendencias del renaciente arte, y fió más bien en el contraste de los colores, que en lo perfecto del dibujo, el mejor efecto de su composición, la que si bien tosca en cierta manera, es grata en su conjunto, porque se observa pericia en la disposición del asunto y en la silueta general de cada una de sus figuras.

No es posible admitir por consiguiente en vista de tales caracteres, que artistas modernos embebidos todos en los cardinales principios del dibujo según las últimas modificaciones introducidas en cada escuela, y versados en las reglas de composición difundidas con prolijidad indecible, hayan venido á trazar siquiera, con espíritu de imitación, los rasgos que en tal esmalte descuellan y pueden apreciar por sí mismos nuestros lectores, siendo aún más clara la demostración en contrario, vista la forma primordial y la combinativa de su colorido.

Francos tonos azules en varias vestiduras, un agradable color leonado en otras partes, un hermoso carmesí granate en la bandera del bando romano y hermosos tonos parduscos ó sienosos en los fondos; tienen aquella brillantez que realzó á los más renombrados esmaltes florentinos y boloñeses, recordando la de aquellas raras y bellísimas piezas de orfebrería bizantina que son la gloria especial de los Museos. Las carnaciones son blancas así como algunas armas, con ligeras medias tintas negras ó azuladas, y si en algunas partes el oro perfila discretamente varios objetos, en otras un ligerísimo perfil negro recuerda á su vez las tradiciones de la pintura bizantina ó de la gótica en su primera época.

El borrascoso y nublado cielo con sus parduscos arreboles, corresponde á lo terrible de la trágica escena que va á desarrollarse; y los gritos de las desesperadas Sabinas, diríase que resuenan, agitando las hoscas fisonomías de los combatientes de uno y otro bando, próximas algunas ya á serenarse á la voz de sus esposas ó de sus hijas y ante el aspecto de su indómito é inopinado heroísmo.

Si fijada la atención en las circunstancias de su dibujo, variedad en número considerable de sus colores, y buena disposición de los grupos; se pasa á la ejecución material de ese antiguo esmalte, sólo elogios pueden tributársele por su igualdad y tersura.

Hállase extendido con belleza extraordinaria, su cristalización no ofrece resaltos ni laguna la menor, y aun cuando atendido el estado de las artes en su época, y también sus vastas dimensiones, no era posible esperar una vitrificación tan delicada y trasparente, como lo es la que se admira en algunas cajitas para rapé y otros lindísimos objetos del siglo XVIII, su espesor no perjudica en lo más mínimo á la belleza de su superficie, extendida con perfección sobre la antigua plancha convexa de cobre á que se adhiere.

Con la reproducción de tan hermoso ejemplar podrá haberse formado una lisonjera idea del estado del arte de esmaltar, según creemos en Italia con preferencia á Francia, á mediados del siglo XVI, y por nuestra parte no podemos menos de felicitar á su poseedor por el esmero con que procedió á la limpia y el cuidado con que conserva entre sus bellas colecciones artísticas, un objeto tan recomendable y distinguido en su género. – T.

INSTALACIONES DE ALEMANIA

Exposición Universal de Barcelona

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

Constantes en nuestro propósito de dar á conocer en imagen y de la manera más exacta y completa el certamen internacional que tiene lugar en nuestra ciudad, publicamos hoy la vista de la galería que en el Palacio de la Industria ocupa la sección alemana. No es ciertamente esta nación una de las mejor representadas, siendo así que de ella se esperaban grandes manifestaciones de progreso industrial. Quizás haya contribuído á esta deficiencia la sensible muerte del emperador Federico ocurrida cuando los fabricantes debían disponerse á enviar sus productos.

A pesar de ello el aspecto de la nave no desdice del de la generalidad de ellas. Las instalaciones son de buen gusto, los artículos dignos de ser estudiados, predominando en ellos lo útil sobre lo agradable y demostrando una vez más que únicamente á la sombra de la paz puede ese pueblo, tan poderoso en la guerra, aspirar á la independencia industrial que hace la riqueza de las naciones.

EL CONDE ERBERTO BISMARCK

El canciller *de hierro* tiene un hijo que promete ser de bronce. No ha cumplido aun treinta y nueve años (nació el 28 de diciembre de 1849) y desempeña el cargo de ministro de Negocios extranjeros en la corte de Alemania. A fuer de buen prusiano entró á servir muy joven en el ejército de su patria, donde ganó el grado de capitán de caballería. Retirado del servicio activo, ha conservado, al igual de su grado, cierto carácter militar, figurando como mayor de los *coraceros blancos*, el regimiento cuyo uniforme viste tan á menudo el príncipe de Bismarck.

En 1879 ingresó en la carrera diplomática, debutando como secretario en el congreso de Berlín. Al poco tiempo era ya designado para desempeñar un cargo superior en la embajada del imperio en Inglaterra ó Rusia, cuando una verdadera calaverada estuvo á punto de dar al traste con su porvenir: el joven conde se fugó á Sicilia en compañía de una mujer casada, la princesa Carolath Beuthen. Creyó el mancebo que su padre, ganoso de evitar un escándalo, conseguiría el divorcio de su amante y la recibiría como hija. El canciller fué inexorable; la princesa fué abandonada al ludibrio público y el joven Birmarck partió á desempeñar la secretaría de la embajada alemana en Londres, de donde regresó para hacerse cargo de la subsecretaría del ministerio de Negocios extranjeros.

Hoy por hoy el todavía joven conde goza de la completa confianza del emperador y está iniciado en todos los secretos de la alta política que dirige su padre. El gran canciller tiene quién le hereda.

El conde Erberto es de elevada estatura, de belleza varonil y á su robusto cuerpo sienta mejor el uniforme del coracero que el casacón de diplomático. A pesar de haberse vuelto serio, estudioso, reflexivo, nada ha perdido de su vivacidad natural. Cuéntanse de él ocurrencias muy felices. Ultimamente, visitando en Mónaco la Exposición de artes industriales, llamóle la atención un precioso bronce debajo del cual se leía:

Hombre no te impacientes.

Erberto compró el objeto, diciendo:

– Hecho de propósito para mi padre.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

BARRACONES

En una revista cómica de que hablé hace algunos días, y en su correspondiente desfile de los espectáculos más característicos que la Exposición trajo por acá, figuran los barracones. Primer dato en que fundar su importancia.

En otra del mismo género y con el mismo asunto, se exhiben también. Segundo dato.

En algunas caricaturas, sueltos y artículos parecen igualmente con frecuencia. Tercer dato.

Conclusión: que estos espectáculos de feria para criadas, niños y *militares sin graduación* (galante eufemismo con que designan los carteles á los soldados rasos) fueron aquí durante esta memorable temporada, nota característica y saliente de las diversiones públicas.

Hablemos pues de ellos.

Despues de todo, tan curioso es observar en qué se divierten los militares no graduados como entretenerse comentando los actos serios de los militares con alta graduación. Unos y otros, en suma, no hacen más que pasar el rato.

* * *

Sobre un plano de Barcelona, los barracones figurarían como grandes manchas diseminadas por todo su perímetro. En algunos puntos, la mancha parecería de aceite por lo invasora.

Los hay en todas partes: en las vías más céntricas y en las calles no urbanizadas todavía.

La plana mayor ocupa la Plaza de Cataluña y se extiende por el paseo de Gracia, junto al panorama de Waterlóo, gran barracón; otros muy importantes se agrupan en torno del panorama de Plewna en la Gran vía; en el Paseo de San Juan hay otros menos frecuentados; y el mismo Paseo de Colón, nuevo y flamante, tiene ya el suyo (si no ha desaparecido poco ha), con su correspondiente foca ó monstruo marítimo movido por el vapor... ó algo así. Ello es cosa de marineros.

Harto saben los desdichados vecinos de esos teatrillos populares, que nada iguala en cacofonía á sus estruendosas orquestas; harto conocen los transeuntes, que nada es comparable al abigarrado colorido de aquellas fachadas y á la vertiginosa animación de sus alrededores. Precede, por lo general, al barracón propiamente dicho, un vestíbulo lujoso y de pintarrajeadas tablas, que tendrá las dimensiones de un cajón volcado. Corónale una batería de luces de gas; le adornan por fuera y por dentro grandes anuncios con letras de colores; y contiene infaliblemente un piano ú organillo de manubrio, un par de figurones que á lo mejor llevan en las manos el cartel de precios en cifras colosales, y una mesita con tapete, que sostiene el cepillo de las entradas, entre dos puertas en el foro, que cubren holgadas cortinas de terciopelo... pelado. En ocasiones, junto á la barandilla que cierra el vestíbulo, como el Olimpo en los viejos telones de boca, hay un mono muy sucio y también pelón, ó un par de cotorras que parecen disecadas en vida.

Cuando suena la hora de la función, ó llega la de mayor concurrencia, ó en las tardes del domingo se requiere á todo trance llamar la atención del respetable público; todo aquel abigarrado conjunto se estremece sacudido

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



LA AVENIDA DE SAN JUAN (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

por violentas convulsiones, y rompe la singular orquesta en estruendosa cencerrada. Como si todo fuese movido por oculta y poderosa máquina, – que á la vez se descompusiera estrepitosamente con espeluznantes chirridos, ó derrumbándose con rotura de cristales sobre montón de hierro viejo, – se ponen á brincar de golpe los figurones con los brazos colgando, el mono que se rasca y la cotorra que aletea, y á veces el cobrador en la taquilla, al tiempo que el manubrio da vueltas arrancando á las teclas sus discordancias, y retumba el bombo y voltea la campana y vibran los platillos. Todo baila, todo se mueve, como todo ensordece con sonidos de aquelarre... Y este movimiento que es música á la vez, se propaga por contagio de uno en otro barracón, así á los vecinos como á los que están á distancia. Salen hasta la puerta y á veces hasta la calle los empresarios, y agitados de una extraña epilepsis, roncos, sudorosos, tendiendo los brazos, dirigiéndose al público, quién con abolladas bocinas, quién con alaridos, ó mostrando en alto una pieza de diez céntimos, claman todos por entradas, como si pidieran socorro en un incendio ó fueran víctimas de espantoso terremoto.

Y crece la grita, y arrecia la cencerrada, y se forman los corrillos en todos lados, y parece que cunde la locura de una revolución por los cuatro ángulos de la ciudad.

* * *

Los primeros y más importantes barracones son sin disputa las casas de fieras, colecciones zoológicas de fama europea y dignas realmente de visita. Tres hubo durante el verano; una queda ahora, si no me enteré mal. En aquellos días de mayor animación y de feliz memoria para los domadores, no bajarían de treinta los leones, domiciliados entre nosotros, ni serían en menor número los tigres, panteras, hienas, osos y leopardos, que, para estudio de los artistas y divertido examen de los aficionados, iban y venían dentro de la estrecha jaula con la inquietud é insistente paseo del maníaco. Ya moviendo así el cuerpo ondulante y flexible unos, ya echados en el suelo otros, como esculpidos y sobre el pedestal, la cabeza enhiesta, respirando altiva majestad é inteligencia, soñadora la mirada, vidriosa y húmeda ¡cuántas veces, como esfinges que proponen al espectador indescifrable enigma, le detienen largo rato junto á la jaula! Pocos espectáculos hay en este género, que puedan compararse al que ofrecen esos animales carniceros enjaulados, con la modorra del ocio, la nostalgia de su fiera libertad, y las rutinarias costumbres de su domesticidad orzada! ¡Qué soberbias posturas! ¡qué formidables saltos! ¡qué espantosos bostezos que muestran, como en caverna pintarrajada de rojo, aparatos de tortura é hileras de incontrastables armas! El formidable coro de sus hondos rugidos turbaba por otra parte en las avanzadas horas de la noche el sueño de los vecinos y la misma *paz del sereno azul.*

Con tan soberbios y formales cuadrúpedos, compartió el éxito un verdadero ejército de monos, ya bastante reducido ahora, que retozó en todas partes, no sólo en jaulas, sino en relativa libertad, reclamo vivo junto á la taquilla ó en medio de la calle. ¡Monos saltarines é inquietos como ardillas, de la percha al poste y del poste á la percha; monos filósofos, inmóviles sobre sus patas traseras, de rostro afeitado y de cutis de carmín, mirando de hito en hito á los espectadores sin permitirse otra licencia que rascarse con la gravedad del rústico; monos airados cuyos dientes rechinan, cuyas transparentes orejas viven en acecho, cuya actitud amenaza con la imprevista acometida; monos modelo de amor paternal, siempre con el hijo á cuestas ó entre las patas vellosas: ¡qué serie de hombrecillos en caricatura, delicia de los niños llorando de risa, asombro de las niñeras, y motivo de reflexión para sus acompañantes, sonrientes y turbados ante aquellas semejanzas visibles entre el animal y el hombre!

De los elefantes no se hable; forastero hubo que observó con el científico y paciente examen de un Buffón la inteligencia y docilidad de ese gravísimo paquidermo ingente, misterioso, sublime como un ídolo babilónico. Uno había en la colección Redenbach que tocaba la campana con la trompa á la sola vista del consabido terrón de azúcar. Si le faltaban á lo prometido, soltaba un fuerte estornudo sobre el incauto engañador y le rociaba de arriba abajo como con una manga de riego. ¡Oh seguro instinto de la madre naturaleza! ¡Qué daríamos todos por conservar esta noble y súbita indignación contra el engaño! Verdad es que si el hombre debiese estornudar cuantas veces le hiere la falsía... moría reventado en un par de horas!

Los camellos y dromedarios – naves del desierto, que dijo no recuerdo quién – sirven, como los monos, de anuncio y reclamo paseando con sin igual gravedad por la Rambla. Por encima de la multitud, descuella aún hoy la giba del camello de Bidel cual promontorio en un mar agitado. ¡Con qué indiferencia, con qué seriedad melancólica contempla el animal desde lo alto de su cuello enhiesto, el risible ajetreo del transeunte!... Y con ser tan risible, él no se ríe nunca... Sólo al hombre racional le parece bien tomar á broma sus *irracionalidades.* El animal sin razón, ni está nunca ridículo ni comprende el ridículo. Cualquiera, menos el hombre, inferiría de aquí la superioridad del camello.

* * *

Tras las colecciones zoológicas, fueron los espectáculos más curiosos los de física recreativa y al alcance de todos.

Entré una noche de verano en un barracón del Paseo de Gracia donde se anunciaba pomposamente la metempsícosis, la mujer-cañón, la señorita Thauma y la señorita Stella. Mucho era para el precio

El ruido que ensordecía fuera, era dentro insoportable; los quinqués, ahumados y mal olientes; el piso, desigual y sin tarima; la gente mucha, apretada, asfixiándose en aquel cerco de tablones. A pesar de lo reducido del local, todavía halló la empresa lugar para establecer la correspondiente distinción de clases y entre una valla y el escenario colocó unas sillas desvencijadas de preferencia.

Tenía á la vista el público dos teatritos con su telón rojo, uno á cada lado, y un espacio oscuro y sin cortina, á manera de corredor entre ambos.

Estaba la mujer-cañón á la puerta, conversando amablemente con algunos contertulios. Era hombruna, muy alta de pechos, vestida de etiqueta como para un baile, con relucientes collares en la maciza garganta y brazaletes de quincalla en los formidables puños.

Una campana anunció que se iba á empezar.

Dejó de vocear el muchacho de la puerta, entró, tomó un sable, que no dejó de alarmar al concurso, y tras unas palabras de introducción, descorrióse el telón de la izquierda; todo esto fué obra de un segundo.

Lo que pareció á la vista, producía bien extraño efecto y dolorosa ilusión. De la señorita Thauma sólo se veía el tronco y el busto, colocados sobre una tabla ni más ni menos que los maniquíes de las peluquerías. Era un maniquí viviente, y de cuya existencia animada no se podía dudar. El muchacho pasaba el sable por debajo, por los lados, por arriba, para que el espectador se cerciorase de que allí no había más que el tronco. Y aquella cabeza de ojos inteligentes, de pintarrajadas mejillas, de labios gruesos y lascivos, sonreía, contestaba á las preguntas de su compañero y daba las gracias al público; pero todo esto con tan manifiesto hastío, tan maquinalmente, que la contestación se confundía con la pregunta sin respetos ni



LA GITANA, dibujo de A. Forestier



UN GUARDIA DE PALACIO, dibujo á la pluma de A. Fabrés

consideraciones, como quien tiene prisa de acabar y repite quizás por centésima vez aquel día la misma operación.

«Y vamos á la señorita Stella» – decía el cicerone.

La señorita era una cabeza viva asomando dentro de una estrella aislada. La misma fatiga, la misma mueca, las mismas contestaciones. Como la otra, manifestó que estaba muy agradecida al público de Barcelona, lo mismo que cualquier político de paso. Y aunque al rededor de la estrella circulaba el aire al parecer, aquella noche no le habían quitado bien el polvo al espejo inclinado y saltaba á los ojos produciendo ingrata y súbita desilusión.

La metempsícosis es de bonito efecto y casi casi artístico espectáculo. En el fondo de una cámara oscura está un busto de cartón figurando yeso: como uno de tantos modelos para el dibujo de lo antiguo. Un rayo de luz lateral le alumbra. De pronto, el busto se anima lentamente, rezuman sus poros vida y color, se filtra á través del cartón la carne, y en las cuencas, asoman unos ojos que chispean: es la misma cabeza de la señorita Stella, que habla y vuelve á mostrar su mustia sonrisa. Pero luego, la invade una palidez mortal; ligera nube vaporosa la envuelve, brotan sobre su frente flores, y acaba el busto por ser un ramillete. Todo esto ocurre como si lo estuviéramos tocando. ¡Bellas transformaciones que contrariando en apariencia toda ley física, aéreas, luminosas, breves como un ensueño, complacen un instante, despiertan en el más hondo rincón del alma ese anhelo vago de maravillas palpables! Y aunque se sepa que el secreto de aquella ilusión es sencillo, se quisiera ignorarlo para sustraerse, aunque fuese un minuto, á la realidad común.

J. Yxart

(Continuará)

EL TEATRO TAGALO

(Continuación)

II

Origen de los *Corridos* ó poesía popular tagala. – Errores literarios de los españoles ignorantes. El cantar ó representar la *Pasión*, no es costumbre tagala sino latina. – Bibliografía. – Los trovadores. – Por qué no se representa en Filipinas la *Pasión*, drama. – Su prohibición en España por el ministro Escosura. Los jesuítas de Manila dan la primera función teatral en el siglo XVII.

Hemos visto que ni la historia ni la tradición dan luz bastante para rastrear los orígenes del teatro tagalo, y aun hemos discutido con el mayor escrúpulo algunos vestigios y reminiscencias que pudieran descubrir en las costumbres del Archipiélago imitación japonesa ó china, algún rasgo de civilización ajena y anterior á la española que se hubiera apropiado antes ó después de nuestra llegada, por serle aquellos pueblos los más limítrofes, los más similares y con quien tiene más íntimo contacto; con que ha podido igualmente por modo clarísimo verse que la conquista halló á Filipinas en estado natural, y no se til dará de vanagloria que atribuyamos á nuestra civilización más poderío y eficacia que ninguna otra, pues hemos llegado hasta darle un como barniz de cultura intelectual que permite al genio indígena revelaciones y destellos que merecen algún estudio, si no por las esperanzas que inspiren de más trascendental desarrollo, por el honor que nos hacen como obra de lapidario tenaz é inteligente, de cuyas manos la piedra más tosca recibe facetas de diamante.

Si ese movimiento literario tiene carácter pueril y pequeño, será por ventura lauro mayor para los que se han propuesto conservar su inocencia á aquel pueblo de niños, tratándolo como padres y no como pedagogos, al instruirlos y civilizarlos. Inspira allí la naturaleza tan santo recogimiento, abruma de tal modo á la conciencia menos timorata el constante espectáculo de la creación y la destrucción, que hablan muy alto al hombre del Ser Supremo, y por ende de su propia responsabilidad como prototipo de los seres inferiores, que el ideal cristiano de la colonización española aparece allí á la luz de la filosofía como el más análogo al plan divino, que la humanidad está llamada á realizar sobre la tierra.

No es dudoso para nosotros que así como los soldados de Legaspi llevaron de Méjico entre sus arreos de guerra los romances y relaciones de nuestra literatura popular y tal cual libro de caballerías, que llegando á los indios desfigurados y desfigurándolos ellos á su vez, ya por lecturas mal hechas en lengua exótica, ya por recitos incompletos ó monstruosos, fueron el origen de sus *Corridos*, cuyo nombre no significa en puridad otra cosa que papeles volantes que de mano en mano corren, coplas de ciego, literatura en fin callejera de corro y plebe; así nuestros misioneros llevaban los autos y misterios del teatro litúrgico y tradiciones más ó menos abultadas y pintorescas de los espectáculos que presenciaban nuestras catedrales góticas, principalmente los de la *Pasión*, que fué sin asomo de duda la obra que más debió de herir y sorprender la imaginación de los indios, aficionándolos á la audición primero, á la lectura después, y al recitado mucho más tarde. Los estudios bibliográficos que se han hecho hasta ahora en Filipinas, aunque pobres é incompletos, aclaran perfectamente esta lógica gradación que atribuímos al pensamiento indígena en sus modestas é inconscientes evoluciones. Ello es que el *corrido* impreso que hemos visto más antiguo sólo data de 1816, mientras de la *Pasión* se hacían ya traducciones á los principales dialectos del país en el siglo XVII, y en el XVIII corrían impresas en abundancia.

Cierta laya de españoles, que por el único hecho de serlo se creen símbolo y resumen de la superioridad intelectual en tanto grado como lo son de la de raza con respecto á los indios, gentes que ignorándolo todo, como salidas de las capas inferiores de nuestra sociedad, se abrogan el derecho de que no pase nada sin el fallo de su opinión magistral, así en literatura como en política, en religión, en artes y en los demás órdenes de la vida, forma en Filipinas vulgo tan peligroso como aquel que fué grandísima parte en la perdición de nuestras colonias americanas, porque no representa el espíritu crítico y la razón serena que de los hechos particulares deduce los altos principios que informan la filosofía de la historia, viviendo en el seno de la humanidad como la mariposa en el cáliz de la flor con perpetuo alimento de pistilos y perfumes, sino más bien el gusano de la envidia y las malas pasiones que engendran las diferencias de raza en seres nacidos por pura casualidad en las superiores y conquistadoras. Por su propia menudencia y condición viven tales gentes más cerca del indio que los hombres ilustrados, y hasta el aire que respira llenan de falsas ideas sobre las cosas más trascendentales, formando así como corrientes de opinión que si en casos de arte y literatura no ofrecen otro peligro que el de aumentar la ignorancia y rebajarnos al nivel del indígena, en muchas ocasiones toma derroteros peligrosos. Principalmente cuando se trata de lo pasado y de apreciar los efectos políticos é intelectuales de nuestra dominación en Filipinas, de tal manera desbarran, que sería oportuno decirles: – «Callad, necios, que estáis denostando á vuestros mayores, que sabían y valían más que vosotros, pues supieron ganar lo que vosotros apenas acertáis á perder.»

Entre las más vulgares y erróneas creencias existentes en Filipinas acerca de su literatura popular, debe de ponerse la que tiene por costumbre indígena, insoportable y hasta merecedora de la prohibición, que alguna vez se ha intentado por gobernantes salidos de la misma taifa que dejamos bosquejada, la de cantar la *Pasión* los indios en Cuaresma y Semana Santa, ya reunidos en familia patriarcalmente, ya en tertulia amigable de vecinos, salmodiando y poniendo de relieve con canturia ciertamente monótona y empalagosa, pero no desprovista de interés y sentido poético para el pensador, las diversas peripecias del sacrosanto drama del Calvario y las tiernas emociones que les producen. Con el pretensioso título de *Reflexiones sobre la influencia del clima en la literatura, usos y costumbres* apareció en la *Ilustración Filipina* de 15 de junio de 1859, un escrito donde, para probar la tesis interesante que entrañaba, sólo se le ocurrían al autor argumentos como el siguiente: «Cuéntanse (sic), pues, en Filipinas, con algunas canciones, bastante número de composiciones á diferentes asuntos, y hasta con un poema, que no lo es menos, (sic) la *Pasión*, que anda en manos de los naturales en Semana Santa, aunque carezca de interés literario, puesto que se reduce á una relación desprovista de galas é imágenes poéticas; y tanto éste como aquéllas están escritos en el dialecto tagalo que es el más usual en las islas.»

Así suelen formarse las opiniones literarias en aquel hermoso país por gentes que ignoran que la *Pasión* no es un poema indígena, ni menos soso, desmañado, falto de imágenes poéticas y puramente tagalo, sino que es por lo contrario una obra clásica española, interesantísima y bellísima, traducida á todos los dialectos principales del país, con tal amor y profusión que cada raza lo canta en el suyo propio, sin más excepciones que los indios no cristianos, y naturalmente los de los archipiélagos de Joló y Mindanao, que profesan el Mahometismo. Algo participó de aquella errónea opinión el inteligente sir John Bowring, ex gobernador de Hong-Kong, en su apreciable libro *Visita á Filipinas*, donde tanto brilla la imparcialidad y la sensatez de los verdaderos publicistas ingleses, siendo más de extrañar que considerara la *Pasión* como drama tagalo, quien conocía tan á fondo la literatura española.

Si casi ninguna de las costumbres filipinas, como hemos dicho, carece del sello español en su fondo ó en su forma, ésta lo ostenta en ambos tan castizo y puro, que todavía en las aldeas y cortijos de las sierras andaluzas es bastante frecuente oir en las noches de Cuaresma y Semana Santa, como respondiendo á la severa reconcentración que siente por instinto el alma cristiana en esos tristes días, el sonsonete que hacen los mozos y las mozas cantando al amor de la lumbre los *Pasos dolorosos*, en que les sirven como de guía sus mayores, dándoles el contrapunto en voz más gutural y discordante, según los sexos; que si gangosa y desapacible es la de los indios viejos, la de las vinosas gargantas alpujarreñas al cencerrear pueden compararse con un caldero que sube por un pozo haciéndose tolondrones. Y no ya en Andalucía, mapa y compendio de las ruinas mejor conservadas de nuestras costumbres clásicas, en la Mancha misma y en otras provincias no menos incoloras se canta la *Pasión* á grito pelado, y aun se representa muy á lo vivo en Semana Santa, por más que la virga férrea de gobernadores y alcaldes con sus respetables brazos de ministriles, polizontes y guardia civil, vayan consiguiendo impedirlo y estorbarlo, como atentatorio al progreso y á la popular cultura, que en efecto lo ha sido en algunos casos y aun á la honestidad y á la decencia.

¿Ni qué mucho se conserve una costumbre que era todavía universal en la España del pasado siglo, cuando del drama litúrgico, que se remonta á los primeros de la Iglesia y que pareció enterrado por los admirables *Autos* de Calderón, quedan tantos vestigios, que el señor marqués de Molins ha podido ver representar en la Iglesia mayor de Elche en 1842 *La Asunción de la Virgen*, tal como se celebraba y se escribió en lemosín poco después de ganada aquella población á los moros en 1370?

Ni tampoco hubo por cierto en España leyenda popular más impresa y reimpresa, como será ocasión de probarlo cuando tratemos de los *Corridos* en trabajo de mayor empeño que el presente; limitándonos á decir ahora que la costumbre de cantar la *Pasión* en Semana Santa era universal entre la gente latina por aquel buen tiempo en que la crisálida de nuestro genio nacional se preparaba á convertirse en brillante mariposa. Del templo donde la salmodiaban en los oficios los sacerdotes al grave son del canto gregoriano, debió de ser llevada á castillos, monasterios y plazas públicas, primero en la lira de los trovadores y maestros del *gay saber*, después en las pantomimas y relaciones de palmeros y peregrinos, y por último en las guitarras moriscas de los ciegos trashumantes, ya como acción, ya como leyenda arromanzada, hasta que encarnó en las costumbres del pueblo creyente. Así como las primeras obras teatrales que conocemos son lemosinas, y con ellas se verificó y por ellas la transición del drama puramente litúrgico al religioso y social, de que dan claro testimonio *Las Vírgenes prudentes y las Vírgenes locas*, cuyos fragmentos en latín mezclado con lengua de *Oc* y de *Oïl*, dió á conocer Raynouard atribuyéndolos al siglo XI, las comedias del *Nacimiento* y la *Adoración de los Pastores*, que á últimos del siglo XII componía y representaba en su palacio de Aix la condesa Garsenda de Provenza, y ante todos y sobre todos la *Tragedia de santa Inés*, que el alemán Carlos Bartsch ha descubierto recientemente casi íntegra en la biblioteca del príncipe Chigi, en Roma, y que publicada en edición bibliográfica en Niza por la *Sociedad de Letras, Ciencias y Artes* de los Alpes marítimos ha sido una verdadera revelación para el mundo sabio, así es también lemosina la primera leyenda de la *Pasión* que conocemos en España, impresa probablemente en Barcelona ó Valencia, para ser en familia recitada. Titúlase en el colofón *La Passió de Jesu christ segons que recita lo mestre Gamaliel*, y en la cabecera *Assi comensa lo...* (falta el papel) *libre hon se recompten los actes de Latzer en major partida e de santa María Magdalena e de santa Marta tots germans nats de la ciutat de Hierusalem*. Es un rarísimo incunable de 37 foj. en 4.° (aunque deben faltarle tres), con toscas láminas de madera, de quien sólo he visto un ejemplar en la librería de mi buen amigo el diputado don Alfonso González. Su descripción detallada exigiría mayor espacio que el presente. Asimismo se representaba con extraordinaria pompa en el Coliseo romano hasta muy entrado el siglo XVII, pues Leone Allacci en su *Dramaturgia* todavía registra entre los diversos dramas de tal nombre representados en Viterbo, Venecia, Palermo, Aquila, Vicenza, etc., *Della Passione de N. S. Giesu Christo. Rappresentata il Giovedi Santo nel Coliseo de Roma*, como libro incunable en 4.° Es probablemente la misma que don Fernando Colón poseía, y en su *Registrum* anota con más detalles y estudio que el bibliógrafo italiano. He aquí su mismo apunte: *Pasión de Christo con sus figuras depungidas y en rima toscana como se representa en Roma en el Coliseo, compuesta por Culiano Dati et Bernardo de Mastro, Antonio Romano et Mariano Particapa. Impr. á Nápoli, anno* 1510, *apr.* 22. *Est. in* 4.°, 2 *col.*

También la vieron los franceses desde muy antiguo en su teatro, y de tales dimensiones y con tal abundancia de personajes que los dramas tagalos se quedan tamañitos. Forma la más antigua y célebre, que lleva por nombre *Le mystère de la Passion*, tres volúmenes nada menos con 431 hojas de á folio y letra muy menuda; figuran en ella centenares de personas; contiene íntegros los *Hechos de los apóstoles* y el *Apocalipsi*, y es obra que ya corría anónima en el siglo XV, siendo retocada sucesivamente, primero por Arnaldo Greben, canónigo de Mans, y después por su hermano Simón, secretario de Carlos de Anjou, publicada por el canónigo Curet en los primeros años de la centuria decimosexta y á la postre por los hermanos Michel refundida y abigarrada. Se representó la primera vez de que haya noticia en París, en la posada de Flandes, en 1541, según el ejemplar que describe Pellicer existente en la Biblioteca de Su Majestad. Corrían además por Francia en el siglo XV otros dos dramas de la *Pasión*, titulados *Le Grand Mystère de Jesus* y la *Passion de Nostre Seigneur*.

¿Qué más? entre nosotros mismos, en el naciente romance de Castilla, antes quizás de esas fechas, sin contar los infinitos *Vita Christi* y romances de la *Pasión* que llenan nuestros *Cancioneros*, y no pocos poemas completos del mismo ciclo en especiales volúmenes, como el rarísimo publicado en Barcelona en 1576 por el pintor extremeño Benito Sánchez Galindo, con el título de *Christi-Victoria*, corría ya el *Auto de la Pasión*, de Lucas Fernández, representado en Salamanca, obra de condiciones más literarias y aceptables que cuantas poseían por aquel tiempo los demás teatros neo-latinos.

Aunque no hay sino un paso del recitado y la canturia á la representación escénica, parece indudable que no lo dió la *Pasión* entre los indios, porque á los padres curas no les plugo, para lo cual pudiera la sana crítica discurrir muy buenas razones. Que suelen ser ocasionados á la corrupción de costumbres los conciliábulos en que se sobreexcita la fantasía demasiadamente, por concentrarse en un solo objeto que á par desarrolla la sensibilidad y el amor,

es punto que no admite duda, mayormente entre las razas selváticas, que convierten en orgías hasta sus velatorios y entierros. Pudo también influir en los padres misioneros su propia cultura intelectual, que repugnaría entregar labor tan delicada del espíritu á gentes sin medio alguno para ejecutarla, que en verdad se hace enojosísima la representación dramática á los oídos medianamente delicados, cuando se estropean los vocablos de la lengua por el extraño modo que el indio lo hace, se pronuncian mal las letras y no se da á las frases ni á los conceptos, no ya el sentido figurado que suelen tener, pero ni el propio siquiera; y por último, ha de considerarse igualmente como exculpación de las Ordenes religiosas en esta materia, que coincidió su mayor apogeo en el Archipiélago filipino con aquella época de pavura intelectual, comprendida entre las últimas guerras que provocó el luteranismo y los primeros relámpagos de la Revolución francesa, época en que las inteligencias vacilaban mucho acerca de la bondad intrínseca de los elementos civilizadores, creyendo no pocas y de muy buena fe que el teatro era tan peligroso como la imprenta misma. Ello es que el hecho de no existir drama alguno hispano-tagalo de la *Pasión*, digan lo que quieran escritores tan inteligentes como el inglés Bowring, hace para nosotros prueba plena de que los indios fueron deliberadamente apartados del teatro por sus religiosos directores, pues de lo contrario indudablemente hubieran comenzado por el asunto que más les impresiona y embelesa, asunto que á mayor abundamiento estaba desde *ab initio* arraigado en sus costumbres como en las españolas. Entre nosotros se ha representado la *Pasión* todavía sin el menor inconveniente hasta el año 1856, en que fué prohibida por el ministro de la Gobernación don Patricio de la Escosura (alta autoridad por cierto en cosas literarias) en un célebre decreto, que produjo en la prensa política más de una polémica y al que esto escribe hartas satisfacciones de amor propio en los comienzos de su carrera oficial.

Los jesuítas, que más de una vez, como es sabido, han hecho pública gala de discrepar de las demás Ordenes, fueron también la excepción en este punto, dando en la capital del Archipiélago la primera representación teatral de que tengamos noticia, y no de carácter religioso, sino palacie-

COMBATE ENTRE LOS SABINOS Y LOS ROMANOS, copia fotográfica del magnífico esmalte que posee D. José A. Nicolau, de esta ciudad

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



INSTALACIONES ALEMANAS (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

go y político, para celebrar las victorias alcanzadas en Mindanao por el general Hurtado de Corcuera. Así aparece en la *Relación* de aquellos sucesos, interesante manuscrito que nosotros sacamos á luz en los Apéndices á nuestras *Guerras piráticas de Filipinas*, como uno de los más notables agasajos hechos á Corcuera una comedia alegórica, original del P. Jerónimo Pérez, representada en la Casa de la Compañía la tarde del 5 de julio de 1637 por los novicios de la Orden, donde había ya probablemente no pocos hijos del país y quizás también indios puros.

He aquí la primera aparición de absoluta certidumbre que el teatro ha hecho en Filipinas, dato modernísimo, casi un siglo posterior á la conquista y que destruye cuantas hipótesis puedan hacerse de la influencia china en el desarrollo intelectual de los indios. Como si una dramática tan antigua, donde los misioneros ingleses han encontrado reminiscencias nada menos que del teatro greco-latino, hubiera podido sin dejar el menor rastro desaparecer del Archipiélago por un simple cambio de civilización, sin que la vencida impusiera á la vencedora alguno de sus elementos fundamentales! Es harto profundo el sello que pone el Celeste Imperio á las razas, instituciones y costumbres en que influye, para borrarse tan pronto y tan radicalmente. No procede así la humanidad, por otra parte, ni la historia autoriza en modo alguno tan absurda creencia. Antes sigue por lo contrario proporcionándonos documentos para justificar las nuestras, principalmente de carácter negativo, como el silencio de las leyes de Indias, que mientras legislan para el teatro en América, prescinden completamente de Filipinas, así como las Ordenanzas y bandos de buen gobierno de este último país, que hacen lo mismo hasta llegar el siglo presente. Por cierto que ni entonces pierde el teatro su carácter de fiesta palaciega ó de tabla y genuinamente española, que los jesuítas le habían dado en el siglo XVII, y que reanudaron en el XVIII, en celebridad del bautismo de un rey de Joló, que contaremos después. Entretanto, el Ayuntamiento de Manila había admitido la comedia entre las fiestas públicas para celebrar las reales proclamaciones y juras, según demuestra el artículo 116 del *Ceremonial de las asistencias y funciones de la noble ciudad de Manila*, que aunque impreso en aquella ciudad en el presente siglo (en 1836, por D. J. M. Dayot) descubre algo mayor antigüedad y por sus palabras mismas no haber tenido hasta entonces el teatro carácter permanente; dice así: «Dichos festejos deberán ser siempre de la elección del N. A. y pueden reducirse á fuegos artificiales, Máscaras, Torneos, carros triunfales, Bailes, *comedias*, corridas de toros ó de cañas y otros de igual naturaleza, que de todo ha habido aquí en semejantes casos.» También del artículo 117 que organiza la distribución de los palcos y tablados que en la plaza habían de hacerse para las fiestas, se infiere que no había edificio *ad hoc* para las representaciones. Vése pues, que hay que meterse bien dentro del presente siglo para hallar en el teatro hispano filipino algo de permanencia y de carácter de institución social, donde vislumbraremos al tagalo ó indígena alborear tibiamente como renuevo de flor trasplantada. Aun así ha de costarnos mucho trabajo puntualizar en el último y siguiente artículo algunas fechas y datos curiosos de tan embrionario génesis.

Vicente Barrantes

(Continuará)

NOTICIAS VARIAS

Los caballos de la República Argentina. – La República Argentina cuenta en sus pampas tres millones de caballos, de origen árabe, puesto que se han importado de Andalucía: sus condiciones de belleza, vigor y resistencia son bien conocidos: en el ejército francés se comienza ya á utilizarlos y son incomparables sus servicios en las grandes estancias ó granjas de Buenos Aires. Se citan muchas proezas realizadas con estos caballos por los *gauchos*, como hacer en un día 200 kilómetros de camino.

Para apreciar la resistencia de estos caballos se ha tenido la idea de celebrar un concurso en Ayacucho. Durante diez horas los caballos habían de estar en marcha, pudiendo los jinetes echar pie á tierra, ir al paso, al trote ó al galope. El número de los concurrentes no pasó de diez, habiendo ganado el premio el *Recluta*, caballo de Mr. Baudrix. El caballo anduvo 28 leguas españolas de 5 kilómetros 129, es decir 143 kilómetros y medio en el espacio de tiempo comprendido entre las 7 de la mañana y las 5 de la tarde ó sean diez horas.

***

El gran eclipse de sol de 1887, observado en Rusia. – La sociedad físico-química de San Petersburgo acaba de publicar el complemento de las observaciones



EL CONDE [illegible]

hechas en globo por Mendelejeff, en su ascensión verificada en Tuer. Sabido es que la mayor parte de las observaciones europeas fueron entorpecidas por las nubes. Sin embargo, en Pawlosk, cerca de Moscou, se pudo trazar un croquis de la corona. Este objeto fué fotografiado cuidadosamente en Krasnoyarsk, á orillas del lago Baikal, y observado detalladamente en la bahía de Possiet, estación situada en la frontera de Corea, á más de 7000 kilómetros de Pawlosk.

De la comparación de las pruebas y de los croquis, resulta que no se produjo la corona por simples fenómenos de difracción, sino por objetos existentes al rededor del sol. Efectivamente, su aspecto fué el mismo en todas las estaciones durante todo el eclipse. La porción de los rayos de la corona parece además estar en relación con las protuberancias y manchas del sol. Las fotografías tomadas á orillas del lago Baikal reproducen los penachos que hubo de observar Lockyer en 1878 y que faltaban en 1886. El espectro de la corona no tiene rayas brillantes, pero Egoroff, secretario general de la Sociedad rusa, hace notar que esta circunstancia puede explicarse por la influencia de la cantidad de luz reflejada por la alta atmósfera

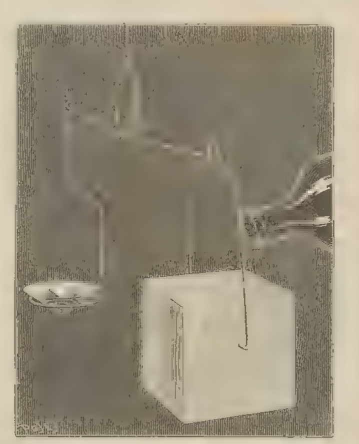


Fig. 1. – Platillo de una balanza oscilante por el exceso de peso del gas ácido carbónico

de la tierra. En efecto, el esplendor luminoso de la corona no supera el del plenilunio.

El profesor Hesehus resume las observaciones meteorológicas hechas en 25 estaciones diferentes; y se ha hecho constar que la presión barométrica ha disminuído dos décimas de milímetro, débil depresión que se explica muy bien por la condensación en la atmósfera de la tierra de cierta cantidad de vapor de agua.

Los efectos en el termómetro han sido más marcados, habiendo sido el descenso de 1° 6 á la sombra y 8° 6 al sol. La fuerza del viento ha disminuído igualmente, en virtud de una teoría que atribuye al sol una fuerza perturbadora.

En cuanto á la acción del eclipse en la brújula, los efectos son contradictorios.

La influencia en los insectos y en los animales es la misma que se ha observado otras veces. Es la primera vez que se ha observado un eclipse con tanto lujo, por decirlo así.

Estos resultados, tanto más notables, cuanto que reinó el mal tiempo casi en todas partes, son debidos á la iniciativa de Otto Struve, director del observatorio de Pulkowa, y á la liberalidad del gobierno ruso, como también al celo de la sociedad físico-química.

RECREACIONES CIENTIFICAS

Sencillos experimentos sobre la densidad del gas. – Los más sencillos experimentos son con toda evidencia los que se comprenden ó retienen mejor. Bajo este punto de vista, no se podía encontrar nada más elemental é ingenioso que las disposiciones imaginadas y realizadas por Hopkins y descritas en el *Scientific American*, para demostrar de una manera palpable la diferencia de densidad de los gases.

Uno de estos experimentos da la demostración directa de las diferencias de densidad del gas por medio de un simple peso; el segundo utiliza las diferencias de densidad en la producción de un pequeño motor de densidades.

El primer experimento (fig. 1) muestra lo que ha de hacerse para construir simplemente una balanza bastante sensible para esta delicada demostración. Algunos alambres y cartón constituyen los únicos materiales necesarios. Después de haber equilibrado la caja en el aire con plomo ó arena, se vierte en ella con tiento ácido carbónico, preparado de antemano por los procedimientos conocidos, cuidando que no se escape de la caja de cartón por virtud de su densidad mayor que la del aire. Entonces se inclina la balanza y desciende la caja. Si se vuelca la caja, el ácido carbónico se vierte á su vez, el aire lo reemplaza, y abandonando el sistema á sí mismo, se restablece el equilibrio primitivo. Si, al contrario, se mantiene la caja volcada y se hace llegar entonces por debajo un chorro de hidrógeno, el gas ascendente desaloja otra vez el aire, y al cabo de algún tiempo, se inclina la balanza en sentido inverso, mostrando que el gas que contiene la caja es más ligero que el aire que antes contenía.

Para construir un motor que utilice las diferencias de densidad (fig. 2) se recorta un disco de cartón ligero, pero sólido, y se pegan á su periferia cierto número de cubiletes de papel. El eje del motor está formado por una aguja de hacer calceta, atravesando dos tapones de corcho, que sirven para mantener el disco, así construído, ya vertiendo ácido carbónico á la derecha de la zona, ya haciendo

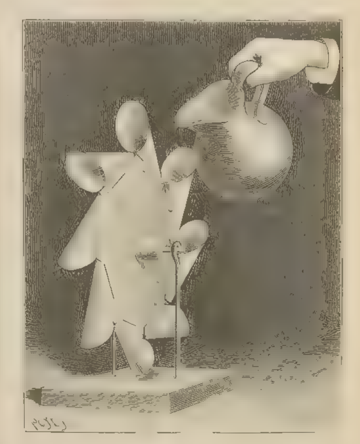


Fig. 2. – Pequeño motor de cartón para utilizar las diferencias de densidad de los gases.

llegar hidrógeno á la izquierda por debajo de la abertura de los cubiletes.

Todos estos experimentos son demasiado sencillos y evidentes para que sea necesario insistir.

(De *La Nature*)

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 26 DE NOVIEMBRE DE 1888 — NÚM. 361

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICION PARES



EL BRINDIS, cuadro de A. R. Riera (grabado por Sadurni)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL BRINDIS, cuadro de R. Riera

(Exposición París)

Los que venimos estudiando las manifestaciones del moderno renacimiento artístico español, vemos á menudo y con verdadera satisfacción que allende el mar, en nuestra patria sin embargo, hay quien cultiva el arte con excelentes condiciones. Mallorca tiene muy discretos pintores, lo cual no es de extrañar por cierto dadas las circunstancias de esa bendita isla; y prueba es de ello el cuadro que publicamos en el presente número. No se trata de una obra de aliento, sino de un lienzo de género que tiene color y sabor de época, un grupo gallardamente concebido y figuras hábilmente dibujadas.

JAIME SALVADOR Y FÉLIX DE AZARA

Estatuas de Eduardo B. Alentorn

Decoran estas estatuas el vestíbulo del Museo *Martorell* que la ciudad de Barcelona debe á un ilustre patricio, cuya conducta generosa merecía haber tenido mayor número de imitadores. Los dos insignes naturalistas han sido bien reproducidos por nuestro paisano Sr. Alentorn que ha impreso á su obra el carácter de severidad propio de la calidad de los personajes y del edificio de que constituyen la principal ornamentación. Dignas eran ambas figuras de ser expuestas, como lo han sido sus modelos en nuestro Palacio de Bellas Artes, donde llaman con justicia la atención de los inteligentes.

LABRADORAS DESCANSANDO

antes de entrar en el mercado, cuadro de Tomassi

A media noche abandonaron el rústico lecho y se encaminaron á la ciudad cuyos habitantes descansan perezosamente. La necesidad de vender su mercancía hace redoblar la ligereza de su paso. El frío hiela sus miembros... ¡Adelante! La lluvia ó la nieve azotan su rostro... ¡Adelante también! Sus piés se hunden en el lodo ó son desollados por los guijarros del camino... ¡Adelante, adelante siempre!

¿Tiene algo de particular que, llegadas al término de su fatigoso viaje, si encuentran cerradas todavía las puertas de la ciudad, el cansancio las rinda, como á la codorniz que cae abatida sobre la hospitalaria arena?... ¡Qué agradable cuadro el de ese plácido descanso sobre el duro suelo, que la juventud y el cansancio convierten en mullido lecho!... Una sola figura parece desentonar la tranquilidad general: una mujer á quien los rigores de la vida han anticipado la ancianidad, parece velar el sueño de sus compañeras... ¿Quién sabe si, aprovechando el reposo de la naturaleza, recuerda los episodios de su pasada existencia, los tiempos en que joven, bella, alegre, libre, triscaba por el monte y adornaba con silvestres flores su abundante cabellera?... La desgracia enturbió el brillo de sus ojos y surcó de arrugas su semblante. ¡Cuán despiadadas son las venganzas del tiempo!

LA MUERTE DEL HÉROE, cuadro de Forsberg

¡Un héroe!... Realmente lo fué ese joven que dió la vida por su patria; mas no parece sino que esa patria ha satisfecho todas sus deudas con el mártir en el momento en que le confiere el título de héroe... ¿Qué le importa á esa madre, postrada por el dolor, de que la patria llame héroe al hijo que la arrancan de las entrañas? ¿Qué importa á la humanidad el respeto con que ese veterano general y esos bravos oficiales se descubren ante el moribundo, si una bala disparada por se ignora quién, ha tronchado en flor una existencia embellecida por los encantos de la juventud y la esperanza? ¿Qué importa siquiera al fervoroso creyente exhalar el último suspiro bajo las sagradas bóvedas del templo, si este templo ha sido convertido en Hospital militar, donde el hedor de la sangre ha reemplazado al aroma del incienso y los quejidos del dolor han sustituído al himno de la recogida hija de María?...

¡Horribles escenas las escenas de guerra! Se necesita un corazón muy entero para saturarse de ellas hasta el punto que lo ha hecho el autor del cuadro que reproducimos. Cuéntase de un pintor que para estudiar debidamente los efectos de una tempestad se hizo atar al palo de un buque y estuvo tomando apuntes mientras los elementos desencadenados amenazaban sumergirle en los abismos del Océano. Menos valor se necesita para ello, á nuestro ver, que para visitar un Hospital de sangre en la hora suprema de la *muerte de un héroe,* como debe haberlo hecho Forsberg antes de pintar este lienzo. Y sin embargo, no de otro modo puede aspirarse á impresionar al público, haciéndole sentir lo que el artista ha sentido, presenciar dolores físicos y morales como aquél los ha presenciado; porque, como dice el preceptista latino, si el poeta ó el artista se propone hacer llorar á los demás, fuerza es que antes haya gustado él mismo el tormento de las lágrimas.

M. HARRISON

Electo presidente de los Estados Unidos

He aquí un nombre desconocido y de repente hecho célebre como puede serlo el del más poderoso soberano. El simple ciudadano de ayer se encuentra ó se encontrará muy en breve á la cabeza del Estado quizás más poderoso del mundo: la simple votación de un pueblo ha obrado este milagro social. Ni esto ocurre por vez primera en los Estados Unidos de América, ni otra cosa prueba sino que cada hombre lleva en sí mismo el germen de las mayores grandezas.

El presidente electo, candidato del partido republicano, nació en Puerto-Bend (Ohío) el 20 de agosto de 1833. A los veinte años mal cumplidos, apenas terminados sus estudios, contrajo matrimonio y se estableció en Indianópolis. En 1860 hallándose desempeñando el cargo de relator en el Tribunal Supremo de la Indiana, y con ocasión de estallar la guerra separatista, se despidió de su esposa é hijos y entró á servir en el ejército del Norte con el grado de teniente. Por su talento y bravura ascendió rápidamente en la milicia, habiendo asistido á las batallas del Kentucky y del Tennesee, terminando la guerra con el grado de comandante de la brigada de Vashville que debió á la recomendación del general Hooker. Concluyó la guerra y el ilustre soldado, como la mayor parte de aquellos generales no menos ilustres por ser improvisados, volvió á ejercer su modesta posición civil, hasta que en 1870 los republicanos le nombraron gobernador de la Indiana. Esto y el haber sido elegido senador en 1881 son los antecedentes del presidente electo de los Estados Unidos de la América del Norte.

¡SE ACABÓ!... cuadro de Leopoldo Schumtzler

Asunto cien veces tratado, pero no con el éxito obtenido por el profesor alemán. Como en todos los cuadros de género, la expresión dada á los personajes suple la falta de interés del argumento y bajo este punto de vista y el del lugar de la escena, es recomendable la obra que publicamos.

¡QUÉ GUSTO!...

cuadro de Chevillard, grabado por Baude

El que no se ha visto obligado á hacer una larga caminata con zapatos nuevos y estrechos por añadidura, no ha podido experimentar el gusto que sienten los pies oprimidos al librarse del horrible tormento de su prisión. Esta observación vulgar, este hecho de todos los días, ha inspirado á Chevillard un cuadro humorístico, verdadero modelo de naturalidad y de expresión. El buen cura ha creído desfallecer muchas veces en su camino y únicamente por el buen parecer y por temor á desollarse las plantas de los pies, ha renunciado á la grata idea de descalzarse y viajar como es probable que viajaron los apóstoles. Pero en cuanto ha llegado á su habitación y se ha quitado los malditos zapatos ¡con qué libertad ha respirado!... ¡Con cuánta fruición ha gozado de la vida! ¡Qué mirada tan llena de gratitud ha dirigido á esas viejas chancletas de que la negra honrilla le hace prescindir siempre que se echa á la calle!...

El asunto no puede ser más trivial y menos artístico. Ello, empero, el cuadro es agradable, gracias á un desempeño de primer orden. Este puede apreciarse tanto más en nuestro grabado por cuanto el insigne Baude parece haberse recreado en su ejecución.

Medalla conmemorativa de la visita hecha en Roma por el emperador Guillermo II al rey Humberto I

El joven emperador de Alemania, apenas sentado en el trono que dejó vacante su augusto y malogrado padre, se ha propuesto estrechar personalmente los vínculos de amistad que le unen á los soberanos de Austria é Italia merced á la triple alianza ajustada por una diplomacia que da pruebas de poseer escasa memoria. La estancia de Guillermo II en Roma ha sido conmemorada por medio de una medalla en cuyo anverso es de ver á un genio, que nos parece de sobra mayor de edad, sosteniendo el retrato de los dos poderosos aliados, orlado de roble y laurel. En el reverso hay una leyenda de dudosa interpretación y encima de ella el águila de Italia sin duda en amistoso coloquio con el águila de Alemania. Mas como tiene sus dificultades dar expresión de recíproca benevolencia á los pajarracos carniceros de esa especie, cualquiera diría á primera vista que las tales águilas están á punto de armar quimera. También es de ver en ese reverso á la loba romana alimentando á los gemelos de la tradición latia. Si es alusión á los dos hermanos coronados que se han abrazado en Roma, Dios no permita que su amistad termine como la de los gemelos de la loba.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA BODA INTERRUMPIDA

cuadro de J. Weiser, grabado por Brend'amour.

Exposición artística de Munich

No falta quién sostiene que si en nuestros tiempos no abundan los pintores de grande aliento, débese á que nuestros tiempos distan mucho de ser heroicos y á que las tragedias del mundo moderno no son de índole á propósito para que la imaginación del artista se remonte á superiores esferas. Nos permitimos creer que esta opinión entraña un error manifiesto: los tiempos, poco más ó menos, han sido siempre lo mismo y los hombres han estado sometidos á unas mismas pasiones, que han revestido idénticas formas. Lo difícil hoy como ayer y como siempre es inspirarse en las escenas de la vida real y hacer plásticamente bellas las tragedias de la sociedad en que vivimos. Quizá nuestros trajes son menos artísticos que los usados en ciertas épocas, quizás la leyenda mitológica y las tradiciones de los tiempos clásicos se prestan más al desnudo tan favorable para revelar profundos estudios del natural; pero estas circunstancias no pasan de simples detalles que el verdadero talento suple con más ó menos dificultad, avalorando más y más las obras de verdadero aliento. Lo que contribuye muy principalmente á que esas obras escaseen por desgracia, es que muchos artistas se dan de alta antes de tiempo y que las mejores disposiciones se malogran cuando el intempestivo deseo de gloria ó las tristes necesidades de la vida, colocan al pintor en el caso de vender bien que mal sus poco meditados cuadros.

Pero la existencia de artistas serios y de obras de singular empresa, demostrada queda en multitud de cuadros, cuyo asunto y ejecución no disminuyen en importancia por estar inspirados en costumbres y tipos contemporáneos. *El Suplemento Artístico* del presente número es buena prueba de ello y la representación de la *boda interrumpida* que recuerda una escena análoga de una *ópera* muy popular, nada pierde en efecto dramático y en valor pictórico por el hecho de que la desposada no sea la infeliz *Lucía,* ni el amante aparecido en el momento supremo vista el traje escocés del pobre Edgardo.

Concebido el asunto con verdadera grandiosidad, el autor lo ha distribuído con una holgura que demuestra hábitos de mando. Porque no sin estrategia artística se sitúan y maniobran las fuerzas de que aquél dispone para ganar la batalla que libra á la impresionabilidad del público. Obsérvese sino cuán bien colocados se hallan los grupos, qué valentía hay en los semblantes y en las actitudes y cuán ocultamente, pero con cuánta seguridad, convergen todos los personajes al grupo principal, en el cual se realiza una verdadera explosión de sentimiento. No haya temor de que nadie dude un solo instante de quién es el novio desairado, de quiénes son los asombrados padres de la presunta esposa, del efecto de sorpresa que deja con la boca abierta al sacerdote y del sentimiento nada caritativo que domina en el precioso grupo de las amigas de la desposada, saboreando de antemano el placer de comentar el grande escándalo. Este reviste todos los caracteres de una profanación, casi de un adulterio; y sin embargo la vista más pudorosa puede fijarse en esa pareja de enamorados, tratada con una delicadeza que pone de su parte al público sensible. El lugar de la escena está detallado con verdadero lujo y ni una sola de las muchas figuras del lienzo huelgan en él ó podría suprimirse impunemente.

Mientras se pinten cuadros como la *boda interrumpida* no cabrá decir que el arte decae. Lo que sucede y ha sucedido siempre es que las estrellas de primera magnitud escasean así en el cielo como en la tierra.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

BARRACONES

(Continuación)

No son tan bellas como las anteriores diversiones las figuras de cera. Ya algunos maestros las tiraron á la cabeza de los ultra-realistas para convencerlos con un ejemplo palpable de la diferencia que media entre la imitación exacta y la imitación artística. Tienen realmente no sé qué de repugnante y siniestro que, grabándose en la imaginación desde la infancia, nos sobrecoge de nuevo como reminiscencia de sus terrores, cuantas veces volvemos á ver tales muñecos. He visitado hace poco las dos colecciones, – una en la Plaza de Cataluña, otra en la Gran-vía – y me han causado el mismo efecto de pesadilla insoportable de la primera edad. La palidez amarillenta de aquellas cabezas, plantadas sobre rígidos troncos rellenos de paja, la inmovilidad de aquellas actitudes que pretenden imitar la animación de la vida, los trajes marchitos y chillones á la vez, todo da á las figuras evidente semejanza con los cadáveres de un siniestro, sorprendidos súbitamente en su acción, empolvados por los escombros de la catástrofe, abotagados por una agonía violenta.

Nada tan ridículo y triste como los retratos de cuerpo entero de personajes célebres, que suelen ser siempre los mismos, y cuyos bustos se aplican á distintos maniquíes, representando diferentes individuos Allí están León XIII bendiciendo y con mueca bien poco beatífica, Carlos VII con su boina, Alfonso XII, envarado como un maniquí de tienda de efectos militares, D. Pedro V de Portugal, el cura Galeote, Panxa-Ampla, etc., etc. Su popularidad igualó á reyes y asesinos, actrices y papas. A veces, sin que sepamos por qué, entre las notabilidades contemporáneas figura todavía alguna que pasó ya de moda y de quien nadie se acuerda: rezagado de la voluble fama que, de barracón en barracón, vino á parar á manos del empresario actual, como, de cita en cita, llega al conocimiento de los eruditos el nombre de un autor antiguo que nadie lee. Así, en una colección de hoy, nos sorprende el convencional retrato de la famosa Rita Luna, con un calificativo muy pomposo en el correspondiente membrete. Será sin duda un desecho del tiempo en que figuraba en las ferias. De modo que, incluso aquí, los hados hacen y deshacen reputaciones. ¡Y qué reputaciones! Causa una suerte de conmiseración ver á los grandes de la tierra de tal modo sujetos á la explotación y á la risa: representación simbólica de aquella otra esclavitud con que la sociedad los agobia mientras viven.

Pero aun se ha inventado otra profanación más risible: la reproducción de los cuadros famosos con figuras de bulto. La *Campana de Huesca, Los Amantes de Teruel, Juana la Loca,* así reproducidos, desencantarían para siempre de la pintura á sus autores. ¡Curioso efecto! ¡Cómo la leve modificación de un grupo, las desproporciones de una figura, el empaque de otra, truecan lo más grave en la cosa más risible del mundo! ¡Cómo el bulto, que se acerca más á la realidad, convierte en insoportable visión la impalpable vida del color, y en yerto y fúnebre guiñapo el mismo atavío del personaje!

Los sucesos reales, así reproducidos, adquieren el aspecto de caricaturas horribles, que dan igualmente risa y extraña angustia al propio tiempo. Los crímenes son de rigor en tales colecciones. Satisfacen aquella curiosidad, aquel anhelo, aquella atracción irresistible de lo terrorífico, que se atribuyen al vulgo con bastante injusticia, porque en realidad los siente todo el mundo, desde la aristocrática dama al gañán. El asco, el miedo ó la reacción de la sensibilidad, nos hacen volver el rostro ante una escena patibularia, pero hay algo que nos atrae á ella sin que sepamos por qué, algo como el placer del horror y el malestar de una emoción fuerte suspendida. Un barracón de figuras de cera sin *crimen,* quedaría desierto. Nada que tanto atraiga como la reproducción del más popular durante una temporada. Hoy por hoy la gran novedad ha sido el de la calle de Fuencarral. Verdad que hay otros también. Con algunos ocurre lo que dije de las celebridades: son crímenes ya viejos que se perpetúan en la colección: como el asesinato de la condesa Morván por su criado, ella, vestida de blanco, tendida sobre un sofá, él, de librea, levantando el puñal en la misma actitud del lacayo que se cuadra y saluda. Pasaron años desde que el hecho ocurrió, lo vieron nuestros padres y es posible que lo vean nuestros hijos. Pero fuera de estos, repito, que no podía faltar la última y ruidosa causa. En ambas colecciones está el cuadro, exhibido casi del mismo modo. La escena es en una salita modesta como de fonda de cuarta clase, con sus sillas enfundadas y sus mecheros de gas en la pared y ésta, cubierta de papel pintado. En un rincón figura una cama de hierro con las ropas en desorden. Sobre una silla las de una señora. El cadáver, casi desnudo, yace ensangrentado en el suelo. La criada está en pie rociándole con la alcuza de petróleo... y el efecto es repugnante, inolvidable: un cuadro de miseria, lúgubre.... ¿Hasta qué punto es lícito sustituir así la noticia al fin y al cabo destructible, por una imagen corpórea que ya no se borra nunca, y fomenta poderosamente en el vulgo la certeza de un hecho?

Por fortuna, para desvanecer estas impresiones penosas, hay en todas partes grotescos peleles que vienen á ser como el sainete junto al melodrama. La inspiración que los creó es la misma; sólo varía el medio representativo. El inglés que va á sentarse en un banco recién pintado de verde y se levanta con los faldones manchados, el con-

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA






JAIME SALVADOR

FELIX DE AZARA

Estatuas que decoran el vestíbulo del Museo Martorell en el Parque de Barcelona, obra del escultor Eduardo B. Alentorn

sabido cobrador de los billetes que el distraído confunde con el de verdad, llevan los mismos sombreros y levitones aquí que en los cafetines-cantantes, y hasta parece que hacen los mismos gestos de los graciosos de zarzuela. Unos y otros pertenecen á un género jocoso y bobalicón, que divierte indefectiblemente al vulgo; aquí, en cera; allí, de carne y hueso; y hasta sus chistes cuando hablan, y su música cuando cantan, tiene aquel mismo aire acanallado, chocarrero y convencionalísimo: todo es uno: patrón de feria para público de feria.

***

No cabe hablar aquí de los *fenómenos*, monstruosa explotación de las aberraciones de la naturaleza; espectáculo desconsolador; muestrario de ejemplares vivos en que fundar las más pesimistas teorías. Se han exhibido aquí durante la temporada verdaderas curiosidades y entre ellas los *colibris de Munstedt*, compañía de siete liliputienses de ambos sexos; pero sus grotescos ejercicios, sus representaciones, su canto, causan una impresión tan penosa y de lástima, que escapa á toda festiva observación. Hay que dirigir los pasos á otra parte.

A los tiros de carabina, por ejemplo, de importación francesa, como tantos otros espectáculos.

Estos fáciles ejercicios al aire libre, son otros tantos y manifiestos rasgos de la influencia de nuestros vecinos en las costumbres de esta ciudad. En el teatro, la traducción del francés; en el café, la copla de *vaudeville* y el can-can parisiense; para el artesano y el muchacho callejero, el tiro: *sport* popular que sustituye lentamente alguno que otro ejercicio tradicional, si alguno queda. Perdido el juego de pelota; poco usada aquí, según creo, *la barra;* invadidos por la creciente urbanización los terrenos y solares sin edificar, el jugador de bolos apenas halla donde sentar sus reales entre el corro característico de curiosos; las pedreas de pilluelos pertenecen á la historia; los tiros de palomos y gallinas resultan caros... y en el mismo centro de la ciudad planta su barracón transitorio el empresario á la francesa.

En el fondo, figuran algunos *blancos* pintarrajados: el eterno zuavo francés á quien se apunta en el corazón; un *rata*, al que se le da en las narices. Algunos son más ingeniosos: consisten en un armario con cerradura. Si se acierta en ella, las puertas se abren y se desliza corriendo sobre rails un muñeco vestido de majo ó de sultana. Otros monigotes hay en hilera clavados en el borde de los postes con una visagra; si se da en la cabeza, cae el muñeco hacia adentro. Se tira con bala, con flecha, con taruguillos de madera y con pelotas á mano. Todo está reglamentado y previsto. En letras muy gordas y manuscritas se lee en una tabla: «6 tiros 25 céntimos. – El tiro que sale fuera, vale Se ha de tirar derecho, y no recostado – El que derriba un muñeco gana un caramelo – El que derriba seis muñecos gana un cigarro ó 6 caramelos.»

En otros reglamentos se dice: «Tiro de carabina – Aire comprimido – Por distracción (!) – El muñeco que, por más ó menos fuerza de la pelota, después de derribado se levanta, no tiene premio, pero, en cambio, se devuelve la pelota al tirador.» – Ya se comprenderá que copio casi al pie de la letra con alguna que otra corrección ortográfica.

No suele haber disputas... á pesar de esta legislación previsora. Los *Gavroches* barceloneses usan por lo común la pelota, y fuman con aire triunfal el cigarro de estanco obtenido en buena lid. A veces no hay en el mostrador otro dueño que una chiquilla de la misma edad de los parroquianos, que con la mayor indiferencia y adustez, recoge las pelotas, paga, premia... y se come las uñas.

Los mayores apuntan y disparan con la misma formalidad, con el disimulado orgullo de verdaderos *Guillermos Tell*. Son muchos los que tienen la mirada certera y el pulso firme.

***

Pero no todo ha de ser importado. La industriosidad del catalán, la ingeniosidad en prolongada incubación, paren de cuando en cuando novísimas é inesperadas exhibiciones, que prueban cuán arraigado está el genio de la invención ultra barroca en algunos cerebros.

Un empresario ha exhibido una serie de *monumentos artísticos construídos con naipes*. Se titula *El Ingenio*, y se decía en el programa: «El Ingenio ya sólo vale un real» ó algo así. Los castillos, los arcos triunfales, las iglesias, los monumentos dedicados á los héroes de la Independencia tienen por sillares, cartas, por escudos, los ases de oros, los jarrones son copas, los balaustres, bastos. Las figuras son las de la baraja, recortadas: el caballo de espadas es una estatua ecuestre, los reyes, generales, y las sotas, soldados de infantería. No puede darse un efecto más grotesco.

Otro industrial presenta un fac-símile de las cuevas de Mallorca, que causa impresión realmente singular. En espacio bien reducido, el espectador atraviesa subterráneas galerías, sofocantes, húmedas y tétricas como las naturales; cruza puentecillos rústicos, desciende á covachas de 80 palmos de altura, oye el rumor del agua goteando oculta, contempla un lago natural, estalactitas caprichosas, eflorescencias de la piedra... Extraviado en aquel laberinto, alumbrado siniestramente por los candiles de minero que cuelgan de las terrosas paredes, olvidada á poco la noción de las dimensiones reales, se creería por fin bien lejos de la ciudad en los solitarios antros de una montaña, en espaciosas cavernas de una novela de Julio Verne... Pero, allá en el fondo, entre los graníticos sus tentáculos de la tierra... un telón pintado nos vuelve á la realidad. El *cicerone* advierte bonachón que va á estallar una tempestad rimbombante por aquellas cavidades. Parpadea una luz y suena una plancha de zinc sacudida no se sabe dónde... ¡Salgamos! ¡salgamos!

20 de noviembre

J. YXART

¡SERVIR AL REY!

CUENTO QUE PARECE MENTIRA Y ES UNA VERDAD DE Á FOLIO

ó

Capricho dramático en 5 cuadros, y en prosa y verso, con prólogo y epílogo

—

PERSONAJES

UN QUINTO. – Muchacho de 20 años; oficial de carpintero, ó mozo de labranza ó peón de albañil.

LA MADRE. – No hay que explicarla. Como todas. ¡Bendita sea!

EL PADRE. – Que está trabajando en una cantera de yeso á cuatro leguas del lugar de la acción, y que no habla. Llorará á su tiempo.

LA NOVIA. – Preciosa para el quinto. Diez y nueve años. Le quiere con toda su alma. Según sea el alma, así será el cariño.

UN SARGENTO. – ¡Dios sabe lo que será con el tiempo! Fusilado, general ó portero del Ministerio de Hacienda.

CUATRO HOMBRES Y UN CABO. – La fuerza de la ley... y la ley de la fuerza.

ÉPOCA. – En pleno siglo XIX.

PAÍS. – Cualquier pueblo de cualquier provincia, de cualquiera nación civilizada.

PRÓLOGO

El teatro representa la plaza del pueblo. La casa Consistorial á la izquierda. – Una taberna á la derecha: otra taberna dos puertas más arriba: otra taberna dos puertas más abajo: otras dos tabernas á la izquierda: otras tres tabernas al foro: otras cuatro tabernas en las cuatro esquinas: cinco tabernas á lo lejos: seis tabernas á lo cerca.

Todas las puertas de las tabernas abiertas. La de la escuela cerrada. La campana del Concejo toca como á fuego. El reloj del Cabildo da las diez. Varios grupos de mujeres se acercan á la puerta grande del Consistorio. El alguacil sale de una taberna, entra en otra, y luego en otra, decidiéndose por fin á penetrar en el Ayuntamiento. Los concejales salen de distintas tabernas; y alumbrados, cual más, cual menos (casi todos *más*) penetran en el edificio de los Ediles.

El Alcalde constitucional, ó presidente del Ayuntamiento, ó primer Alcalde, ó jefe del Municipio, atraviesa la Plaza con planta firme y valerosa. Lleva sombrero de copa alta, y bastón de caña de indias con borlas negras. Aunque el invierno sea frío, no usa *ya* capa, por no parecerse á los antiguos y tradicionales Alcaldes de *monterilla*, de que están llenas las crónicas y los sainetes de D. Ramón de la Cruz, el madrileño, ó de Castillo, el gaditano.

– Se abre la sesión. – Se saca un *bombo*, ó *globo*, lleno de bolas con números. El secretario revuelve papeles, papelo-



LABRADORAS DESCANSANDO ANTES DE ENTRAR EN EL MERCADO, cuadro de Angiolo Tommasi



LA BODA INTERRUMPID



A, cuadro de José Weiser, grabado por Brendamour



LA MUERTE DEL HÉROE, cuadro de Forsberg

tes y papeletas. Se leen algunos nombres; se gritan algunos números; se escribe una lista; y el secretario sale al balcón con el alguacil. Lee en voz alta números y nombres, á los que responden en la plaza ayes y maldiciones y carcajadas y berridos. Los tristes maldicen; los alegres aplauden; unos se retiran silenciosos en medio de algunas mujeres: otros corren disparados dando saltos y brincos, empujando á las prójimas que los rodean.

Se levanta la sesión. – El Alcalde se retira á la botica á echar un tresillito con el boticario, el cura y el cabo de la guardia civil. Los concejales penetran otra vez en las tabernas. La escuela sigue cerrada.

– ¡Maldita sea mi suerte! – berrea el *Quinto*, que figura en la lista de personajes de esta obra. – ¡Sacar el número 3 siendo 17 los mozos sorteables, tiene agallas!

– ¡Hijo de mis entrañas! – murmura la madre. – ¡Servir al Rey!

- ¡Servir al Rey, en vez de servirme á mí! – murmura en voz más baja la novia.

– ¡Hola, *Pan tierno!* – dice el cabo que ha presenciado el sorteo; – aquí tienes á tus compañeros de glorias y de rancho. – Y señala á los cuatro soldados.

– A la taberna, chaval! – le dicen los cuatro soldados. – No hay nada en el mundo mejor que *servir al Rey!*

– Pues ¡viva el Rey, y á la taberna!

Los personajes, medio gimiendo y medio blasfemando, entran en la taberna más próxima.

La puerta del Ayuntamiento queda entornada, para que se coloque con sus trebejos una castañera, que ha de vender castañas podridas á los chiquillos del pueblo.

La escuela continúa cerrada: cuelgan de las ventanas y de la puerta espesas colgaduras de telarañas.

(Cae el telón. – Fin del prólogo)

CUADRO PRIMERO

El teatro representa el interior de un cuartel, en las afueras de la ciudad. Como el edificio fué antes convento, las cuadras están en los claustros, la cocina está situada en la capilla del Sagrario y los fogones caen debajo del altar mayor de *alma perpetua*. Las bóvedas siguen pintadas al temple, y los cuatro Evangelistas ahumados presencian diariamente la asquerosa confección del rancho. Los calabozos son la cripta del templo y la despensa de los frailes.

Los quintos bajan con chaqueta de bayeta encarnada y pantalón de dril. Barren las escaleras del edificio, los patios y corrales. Mondan patatas, limpian las botas á los sargentos, cargan con las sacas de paja... y sirven al Rey!

Salen después en pelotones de ocho á diez con un alférez viejo de mal genio y peor talante, fusil al hombro, para aprender á marchar.

– ¡Uno! dos! – uno! dos! – uno, dos! – uno dos! – etc.

Multitud de chiquillos presencian las maniobras, ríen de las torpezas de aquellos *hombres*, cuando ellos, rapaces de siete á diez años, marchan con soltura y precisión.

Algún *quinto* que otro, más torpe que los demás, lleva un bofetón ó dos del cabo instructor, una patada del sargento primero y un puñetazo del oficial. Los chicos ríen: los otros quintos ven pelar las barbas de sus vecinos y tiemblan por la suya.

Toque de corneta. Al cuartel...

– Uno... dos! – uno, dos! uno, dos! – etc.

Se come el rancho, y al otro día, vuelta á empezar! – Se siguen mondando patatas; se friegan los banquillos de las camas; se llevan á cuestas los jergones de esparto por corredores y escaleras.

Juramentos, soeces palabras, blasfemias, vicios repugnantes, alardes asquerosos; *se sirve al Rey*... y cae el telón

(Fin del cuadro primero)

CUADRO SEGUNDO

El teatro representa un edificio del Estado. Bandera nacional en el balcón. Colgaduras ajadas y llenas de manchas. Faroles encendidos en los balcones. Son las doce de la noche y la temperatura es de tres grados bajo cero. No se ve un alma por las calles. El agua que mana de una fuente vecina se hiela antes de caer en el pilón. El *Quinto* está de centinela; lleva tres cuartos de hora y aun le faltan quince minutos de servicio. Se pasea tiritando. Entra en la garita y se restriega las manos una con otra. Estornuda, tose y sale de la garita. Empieza á soplar un viento glacial. Con los dedos plagados de sabañones reventados, apenas puede coger el fusil. Un dolor agudo en el costado izquierdo paraliza sus movimientos y dificulta su respiración. Cuando vienen á relevarle le encuentran casi sin movimiento.

– ¿Qué le pasa á *Pan tierno?* ¡Pues no es poco delicado!

– A ver: la consigna. Tres pasos al frente! Muchacho, el relevo.

Con gran dificultad pronuncia el *Quinto* algunas palabras.

– ¿Qué es eso? – pregunta el oficial cuando el cabo y los cuatro hombres vuelven á la prevención.

– Nada, un número enfermo.

– ¿Qué tiene ese quinto?

– Pues nada... una pulmonía!

Mutación

Dos meses después. Colgaduras en todos los balcones. De la iglesia vecina salen curas, monaguillos y cofrades. Suena una marcha militar. En andas aparece un Santo, que puede ser el que ustedes quieran. Algún cohete que otro cruza el espacio y se pierde en las nubes. Cuatro soldados llevan el palio, que pesa algunas arrobas. Al bajar el último escalón del templo, al *Quinto* se le escurre un pie y cae al suelo, arrastrando á sus compañeros y al palio que le cae encima, rompiéndose la cabeza contra las piedras. Brota la sangre y el público se arremolina.

– ¿Qué es eso?

– Pues nada, que un soldado se ha roto la crisma.

– ¡Es *Pan tierno!* ¡qué bárbaro! – Ya tiene para días.

Mutación

Cuatro meses después. Colgaduras en más abundancia que en las dos mutaciones anteriores. Gran parada. Desde el obelisco de la fuente Castellana hasta la cabecera del Canal se extiende toda la línea. Desde las diez de la mañana están formadas todas las fuerzas de la guarnición. Cruzan jefes y oficiales de Estado Mayor. Un general, al paso, con escolta. Otro general, al trote, con más escolta. Otro general, al galope, con mucha más escolta. Pasa una hora, nada. Las doce en el mes de julio con una temperatura de 40 grados: se masca el polvo. Las doce y media, la una, nada. Pausa, toque de corneta. – La marcha real. ¡Chin! ¡chin! – Presenten, arm!

Generales, más generales, muchos generales, todos los generales.

- ¡Firmes! – Un soldado se cae al suelo asfixiado. – ¡A ver!

– ¿Qué es eso?

– ¡Calla! Pues si es *Pan tierno*, el quinto de marras! ¡Qué estúpido! Siempre le sucede algo. ¿Qué tiene ahora?

Pues nada, una insolación ó un tabardillo pintado que se decía antes.

– ¡Ah! ya, sí. – El tifus, vaya; pues al hospital.

– Paso redoblado. – ¡March!...

Y sigue el desfile, y todos van tan marciales y tan contentos. – ¡Qué hermoso es *servir al Rey!* – Cae el telón.

(Fin del cuadro segundo)

CUADRO TERCERO

El teatro representa una sala del Hospital Militar. Edificio por fortuna menos asqueroso por dentro que por fuera. Una cama. En ella incorporado el *Quinto*. Han pasado veinte días. Una hermana de la Caridad lee una carta en voz alta que dice así:

«Querido hijo de mi alma: me alegraré que al recibo de estas cortas letras te halles, etc.

»Por tu última que recibimos ayer sabemos que estás con el tifus y que te has puesto malo con el sol y que estás en el hospital y que te acuerdas de nosotros y que dices que no tienes un cuarto y que qué será de nosotros y que cuándo nos verás. Pues á eso te digo yo que soy tu madre, que hemos llorado mucho y que á tu padre se le caía la lágrima tan gorda y que á tu novia le escama que no la escribas y que se murió el tío Bencejo. Que con estas cosas tan malas como están, sólo te puedo mandar diez reales, y que los gastes en memoria nuestra, pues en el hospital estarás muerto de hambre.

»De parte de tu padre, dice él, que te diga yo, que dice la chica que anda tras ella el chico de Perulero el sacristán, pero que ni ella le puede ver, ni ese es el camino. Que te espera á que tomes la licencia. Y que no te vayas tras las *surdipantas* de Madrid, que ella sabe lo que son y que dice que viven en la calle de la Justa.

»Y con esto no te canso más, y memorias de tu madre que soy yo y te quiero, etc.»

Se acaba la carta: el quinto se sonríe; le traen un caldo y se duerme. Empieza la convalecencia.

(Fin del cuadro tercero)

CUADRO CUARTO

Dice un periódico ministerial:

- «El ejército: ese baluarte de nuestras libertades; ese representante de las glorias de la patria, es el que alejado de las luchas de los partidos, sólo debe vivir por la paz y para la paz. En ella debe aprender á triunfar en la guerra, si los partidos extremos desatentados le obligaran á ella. *Si vis pace para bellum.*»

Dice un periódico de oposición:

– «¿Qué hace el ejército mientras tanto? Atrofiarse en la vida estéril de guarnición. Borrar su glorioso pasado con su indolencia actual. Perder el tiempo en las ocupaciones mecánicas de la existencia cuartelaria. ¿Quién ha de creer viendo á nuestros soldados de hoy, que son los herederos de Hernán Cortés y del Gran Capitán?»

Dice la *Correspondencia de España:*

– «Parece que en vista de las continuas escaramuzas que se *libran* entre matuteros y dependientes de consumos, resultando de *ellos*, reyertas, puñaladas, tiros y hasta desgracias *personales*, de las *personas* que intervienen en estos *actos* de salvajismo; se ha dispuesto que una patrulla de los cuerpos de la guarnición, *vigilen* y *recorran* la *zona fiscal*, y las casillas del resguardo de fuera de *puertas*, en el *radio* de las afueras, para evitar aquellas *colisiones*.»

Dice la orden del día del Regimiento Infantería, número tantos:

«Patrulla de consumos. Sargento López de la cuarta del primero con 12 hombres de la misma. – A las 6 de la tarde, relevará á Garellano. Cae el telón.»

(Fin del cuadro cuarto)

CUADRO QUINTO

La escena representa los alrededores de Madrid por más allá del Puente de Vallecas. Varias casillas de madera pintadas de negro se extienden á lo lejos por cerca de las tapias del Retiro y el ferrocarril del Mediodía. Es de noche. Aullan los perros; se oye el escape de un caballo. Varios dependientes de consumos gritan...: ¡A ese! ¡á ese! – y salen corriendo detrás del jinete. Otros matuteros se presentan de improviso y cargan sobre los carabineros Suenan algunos disparos.

La patrulla del ejército se presenta, y hace fuego sobre los matuteros; éstos huyen disparando una escopeta, un retaco y un revólver. Cae un soldado muerto y otro herido.

– ¿Quién es el muerto? – ¡Calla! el pobre *Pan tierno!* ¡Qué estúpido! – No ha dicho ni Jesús. Le entró la bala por la espalda y le salió por el pecho. R. I. P.

– ¡Dichosos los que mueren por la *patria!*

- ¡Gloria eterna á los que sucumben por la libertad del *país*!

– ¡El soldado que muere en el campo de batalla, escribe su nombre en las inmortales páginas de la Historia!

– ¡Qué hermoso es morir y conquistar la *gloria!*

– ¡Qué importa sucumbir si sucumbiendo se alcanza el *laurel de la victoria!*

EPÍLOGO

En el cementerio del Este hay un hoyo grande. En él cayó sin caja, sin preces, sin responsos, sin lágrimas y sin duelo, el quinto *Pan tierno.*

Su madre lo supo á los dos meses y murió de pena á los seis.

El padre de que hablamos en el prólogo, lloró por los dos.

La novia se casó al año con el hijo de *Perulero.*

Y el globo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío!...

A esto se llamaba en el siglo pasado, y se sigue llamando en 1888, *¡Servir al Rey!*

Luis Mariano de Larra

EL TEATRO TAGALO

POR DON VICENTE BARRANTES

(Continuación)

III

Origen del *Moro-moro*. – El himno de Riego. – Teatro de Binondo. Edifícanse los de Tondo y Quiapo. Intrigas de bastidores. – Censura y contribución impuesta al teatro tagalo. – Abundancia de teatros chinos. – Los carrillos. – D. Juan Tenorio, en el carrillo de la calle de la Magdalena.

La mayor antigüedad que en mi concepto puede concederse al teatro tagalo es la de 28 de abril de 1750, en cuyo día se celebró en Panique, pueblo de la actual provincia de Pangasinán, el bautizo de Alimudín, rey de Joló, con el nombre de Fernando I en obsequio y remembranza de Fernando VI, que entonces reinaba en España. Hiciéronse allí grandes fiestas á costa del Erario público, á saber: corridas de toros y comedias, teniendo que recurrir para estas últimas á los indios, porque los españoles se negaron á tomar parte en ellas por la ocasión y por la persona, que sultanes y datos de los que viven en la vecindad del Archipiélago nunca serán para sus habitantes europeos sujetos de cuenta y valía, pese á nombres y títulos más fantásticos que reales. Arregláronse como pudieron los jesuítas, autores de la cristianización de Alimudín y de todo aquel melodrama político-religioso; y fué el caso que los moros de la llamada corte joloana (cuatro ó seis esclavillos más ó menos graduados de chambelanes) quisieron por su parte meterse en el corro y hacer también fiesta á su rey, poniéndolo por obra de la manera que hemos descrito en nuestras *Guerras piráticas de Filipinas*, y que dice así:

«Armados de lanzas, crises y rodelas, á guisa de falanges próximas á acometerse, formaron todos un círculo, y aquel en quien se suponía más valor entró en el centro, dando uno ó dos fuertes alaridos con ademán horrible y dos ó tres zancadas, tras las cuales comenzó su ejercicio, llevando en una mano su lanza y en la otra la rodela y la cris pendiente de un tahalí. Después algo encorvado atravesó con celeridad todo el círculo é irguiéndose en seguida fué de un extremo á otro dando saltos de hiena y mirando de una á otra parte como aquel que desafía á su enemigo. Paróse luego, dió unas cuantas patadas en el suelo, meneó la cabeza, rechinó los dientes haciendo al mismo tiempo gestos horribles, y arrojando su lanza por desprecio empezó á dar tajos y reveses al aire con su cris como un loco furibundo al compás de alaridos salvajes. Cuando parecía hallarse descansando, repentinamente corrió otra vez hacia una y otra parte, á donde se figuraba que el enemigo se le escondía, y acuchillando el suelo rabiosamente como si cortase una cabeza, con un terrón en una mano y en la otra el cris, púsose á tejer un baile horrible en señal de victoria, hasta que empapado de sudor salió del círculo triunfante para ser reemplazado por otro y otros sucesivamente.»

Aquí tenemos indudablemente el origen del *Moro-moro*, baile ó pantomima guerrera ó ambas cosas á la vez, que desde entonces forma parte integrante de los espectáculos

tagalos, y que embriaga á los actores hasta el punto de convertir en *Moro-moro* toda escena de cintarazos y cuchilladas, que abundan mucho en su repertorio teatral. No hay raza de los países intertropicales que no tenga su pantomima ruidosa, bailable y guerrera, cuyos puntos suelen ir en sentido inverso de su virilidad, notándose la rara circunstancia de que los negrazos de Abisinia y el Mar Rojo, así como los malayos de Colombo y Ceylán, tipo recio y fornido por regla general, gritan menos y se retuercen menos que los débiles aetas de Filipinas y las ruines mujeres de nuestra nueva colonia de la Ascensión, que también hacen danzas guerreras en rancho aparte de los hombres.

Por cierto que muy recientemente han adquirido los filipinos la costumbre de acompañar el *Moro-moro* con el himno de Riego, porque les suena á zambra bélica, que no con malicia política según creyeron gobernantes cándidos al tener acordada su prohibición en el breve reinado de don Alfonso XII. Afortunadamente comprendieron á tiempo que la malicia era de ellos, y las pobres orquestas indígenas siguen destrozando nuestra marcha del Nuncio, como llamó graciosamente don Claudio Moyano al himno liberal, en sus increíbles instrumentos, no pocas veces de caña.

El bautismo de Alimudin y las circunstancias que lo rodearon empezó sin duda á introducir la afición á tales espectáculos, aunque no lo bastante para sostener un teatro especial tan siquiera en Manila. Parece indudable que el primero que hubo se construyó muy avanzado este siglo, en la calle que hoy lleva su nombre en el barrio de Binondo, y corre paralela á la de San Vicente entre las calles Nueva y de San Jacinto. Resentido por el terremoto de 1852, se hundió inopinadamente en 1853, salvándose por milagro una compañía de niños dirigida por un tal Apiani, que la noche misma anterior había representado en él. Acababa de adquirir cierta celebridad, gracias á los deportados políticos de 1848, entre los cuales iba, como es sabido, don Narciso de la Escosura, que con su mujer la señora Coronel, antigua actriz del teatro del Príncipe y otros elementos análogos, dió allí muchas representaciones que excitaron y difundieron la afición teatral. No hay que decir que esta compañía, puramente española aunque contase con serviciarios y partiquinos indígenas, sólo puede figurar en la historia de la dramática tagala como estímulo y aicate al genio nacional, frases de que nos valemos por ser las corrientes en escritos de esta índole, que no por su exactitud académica.



M. HARRISON, electo presidente de los Estados Unidos

Pruébalo evidentemente el coincidir con los días de este teatro de Binondo la aparición de los primeros dramas tagalos, si en punto á fechas y argumentos cronológicos pueden aventurarse afirmaciones cuando de Filipinas se trata. Un escritor que firmaba en la *Ilustración de Manila* con el nombre de *Corene*, al estudiar ligera y desmañadamente por cierto las costumbres del país, en un tipo á quien llama *Juancho*, dice de él que «es gracioso y el que tiene este don hace fortuna en Filipinas; dió á conocer sus facultades y talentos el día de la fiesta de su pueblo en que se representó la comedia de *Los doce pares de Francia y otros tantos de Turquía*, *Juancho* hizo su debut en el papel de gracioso en el que se lució y quedó tan asentada su reputación de tal, que ya se propuso hacerlo su busca-vida y no trabajar.»

Es también posible que ya tuvieran los tagalos algún teatrillo en Manila, pues en la primera disposición legislativa que sobre el ramo existe, y es un bando del inolvidable general Clavería, de 30 de julio de 1847, se llama *Español* al teatro de Binondo, como quien hace distinciones que el buen sentido público ha de completar. Quédanos de este teatro, que podemos llamar primitivo, aun siendo tan moderno, una descripción, hecha por D. Rafael Díaz Arenas, en sus *Memorias históricas y estadísticas de Filipinas*, publicadas en 1850, donde en el cuaderno 10° dice:

TEATRO DE BINONDO

«Hace cuatro años que se ha construído desde sus cimientos en el sitio de San Jacinto donde una grande quema dejó despejado el terreno que ocupaba una multitud de casas de nipa, que el gobierno prohibió justamente reedificar. Su entrada en las noches de función es por la calle de San Jacinto y la salida por la calle Nueva. Esta calle, que los carruajes atraviesan en toda su longitud parando á la puerta del teatro, es también nueva y no sabemos que tenga nombre á no ser que le digamos calle de la Comedia. Por ella se entra en el edificio, que tiene un vestíbulo por todo el frente, coronado de una galería alta, cubierta, la cual sirve de desahogo en los entreactos. También tiene dos alas que comprenden dos salones altos y en la parte baja dos cafés.

¡SE ACABÓ!... cuadro de Leopoldo Schumtzler

»Sobre su distribución interior ha habido reclamaciones por parte del público quejoso de la configuración que tiene, la cual no permite ver y oir bien desde ciertos sitios. Los periódicos se han ocupado algo de esto. También se esparcieron ciertas voces alarmantes sobre su solidez, que motivaron reconocimientos judiciales; pero parece que sin fundamento, como lo ha demostrado la experiencia.

En cuanto á su coste debemos deducir á falta de otros datos, por los traspasos que ya se han verificado, que pasa de 30,000 pesos, cuya mayor parte lo han dado á premio las Obras pías y la caja de Carriedo, que administra el Ayuntamiento. Modernamente ha recibido muchas mejoras.»

La semilla sembrada en el teatro de Binondo no podía menos de germinar, aunque con la lentitud propia de aquel país, y así como los españoles empezaron á contar con el teatro como uno de sus principales elementos de distracción, no es dudoso que los indios sintieran la misma necesidad, satisfaciéndola en sus fiestas con dramones interminables, tomados por regla general del repertorio de los *Corridos*. Como ninguno de aquéllos se ha impreso y de éstos el más antiguo, según hemos dicho ya, es de 1816, debe de colocarse en el segundo cuarto de este siglo el génesis del arte tagalo; considerando como su verdadera cuna, aunque prestada, el teatro de Binondo.

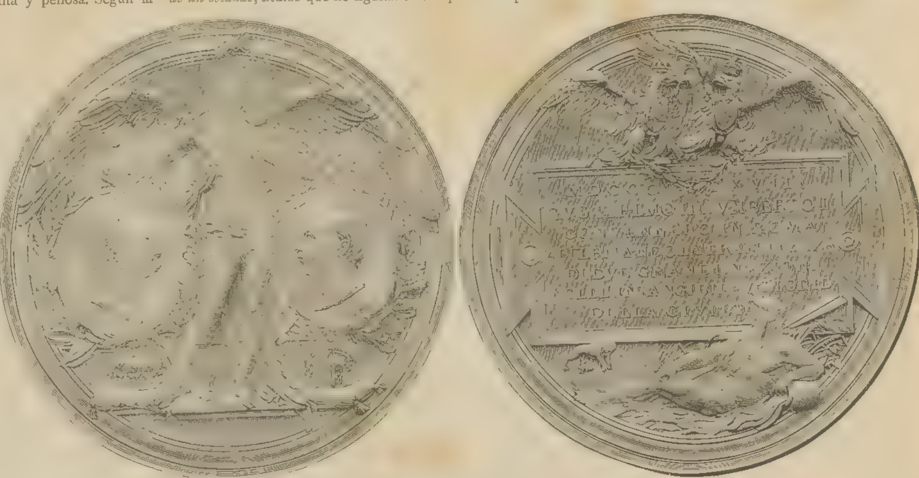
Entre 1853 y 1860 se edificaron otros dos en Tondo y en Quiapo, que todos subsisten aunque mejorados y perfeccionados, por modo que permite juzgar de lo que debieron de ser en sus primerías, míseros y hasta impropios de una ciudad populosa. Cuando el arte español no ha tenido elementos para apoderarse de ellos, cosa harto frecuente, ó no acudían á Manila saltimbanquis ó prestidigitadores, el indígena Dios sabe cómo, los ocupaba, y así iba creándose un personal de aficionados... vamos al decir. Menos por cierto se descuidaron los chinos en improvisar sus ruidosos teatros, que con sus músicas más ruidosas aún atruenan el barrio en que se establecen. Semejante situación llegó á ser despreciativa para nuestra patria, y el Ayuntamiento de Manila empezó á pensar en remediarla. Decimos empezó, porque hasta los pensamientos sufren allí una digestión lenta y penosa. Según la *Ilustración* de los primeros meses de 1860, ofrecía á la empresa que construyese un buen teatro, asegurarle 4 ó 5 por ciento de interés á su capital. El proyecto se hallaba en estado de nebulosa, al decir del articulista, y la muerte del segundo cabo, general Solano, que ejercía interinamente el gobierno supremo de las islas y era hombre de bastante iniciativa y buen deseo, vino á aplazarlo por algún tiempo, dejando á Manila con sus dos teatros miserables, donde si el arte no progresaba, las intrigas bullían como si fuera un gran coliseo. Cierta compañía ambidextra, que ni era de ópera ni dramática y sin embargo hacía á pluma y á pelo, arrastrando lánguida y oscura existencia, se dividió en dos para ocupar ambos teatros sin público en ninguno, porque si á los españoles no les satisfacían por míseros, á los indígenas les eran por lo graves antipáticos. En Quiapo se presentó al público por el mes de julio un señor Pasta, que según el articulista *Opac* «debía de ser de Macarroni, porque es un cocinero mediano de un buque.» Dato que da idea de la escasez de elementos artísticos que se padecía. Toscos telones y enseres humildes formaban toda la riqueza de aquel teatrillo, donde también se presentó á debutar un aficionado de esperanzas, cuyo nombre se omite, con *La herencia de un valiente*, *Las dos bodas descubiertas* y *El regreso de un soldado*, títulos que no figuran en el repertorio español, por lo cual pudieran ser obras escritas allí mismo. El movimiento dramático tropezó bien pronto en el terrible escollo de las intrigas burocráticas, donde desahogan los españoles de Manila el humor atrabiliario y el espíritu de discordia que desahogaban sus abuelos en Méjico y el Perú á tiros y cuchilladas. El mismo *Opac* anunciaba un «parto melomimo-dramático, una producción estupenda, dividida en un prólogo y tres cuadros con una multitud de actos, pero ¡qué actos! No creemos lo apruebe la censura. Figúrense nuestros lectores que el prólogo se titula *Los antecedentes*, epíteto que huele á expediente que rabia. El primer acto lleva por título *La provocación*. El segundo *Cobrar una deuda antigua en espalda ajena*, y el tercero *La sal en el agua*. El fin moral de esta producción se encamina á probar que los temperamentos linfáticos degeneran en biliosos bajo la influencia de los climas intertropicales, y como por incidencia el partido que puede sacarse de un bastón de caña con ciertas manipulaciones algo rudas.»

Alusión clarísima á algún suceso más ó menos escandaloso de los que son tan frecuentes en aquella sociedad híbrida, da también al lector claro indicio de la atmósfera que se respira en aquel país, asfixiante para el pensamiento elevado y la independencia artística. Achácanlo unos á la rigidez de la censura; otros á la enojosa monotonía de la vida social; quién al clima; quién á los frailes, y nosotros tenemos en este punto una opinión singular, que no puede ser manifestada á la ligera, porque exigiría lucubraciones y desarrollos inoportunos, pero que en breve síntesis se reduce á que aquella sociedad no ha conseguido ni conseguirá acaso nunca romper los moldes curialescos y burocráticos en que fué formada, y que son mortales enemigos de todo lo suprasensible, de todo lo intelectual, de todo lo que no es auto ó expediente. El único soplo espiritual que antiguamente penetraba en aquel pudridero procedía de los conventos, que influyendo sobre el alma y la inteligencia de los que las tenían, contrapesaban enérgicamente, por decirlo así, los otros dos elementos predominantes del estado social.

(Continuará)



STO!... cuadro de Chevillard



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA VISITA HECHA EN ROMA POR EL EMPERADOR GUILLERMO II AL REY HUMBERTO I

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 3 DE DICIEMBRE DE 1888 — NÚM. 362

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



JARRON DECORATIVO EXPUESTO POR LOS SEÑORES MASRIERA HERMANOS (¼ de su tamaño natural)

Medalla de oro adjudicada por el Jurado Internacional

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

JARRON DECORATIVO
expuesto por los Sres. Masriera hermanos

¼ de su tamaño natural

(Medalla de oro adjudicada por el Jurado internacional.)

(Exposición Universal de Barcelona)

Armonizar las artes industriales y las bellas artes, hacer que lo bueno sea igualmente estimable por lo bello, demostrar que el sentimiento estético es susceptible de ser revelado en todo producto del humano trabajo, ha sido el *desideratum* de los verdaderos industriales que no pueden prescindir de ser artistas si en sus obras han de mostrarse perfectos. Esto precisamente han conseguido en nuestra Exposición los plateros y joyeros Sres. Masriera hermanos, que si en este ramo de industria se han puesto tan altos, no menos bien sentada tienen su reputación de pintores, bien ganada dentro y fuera de nuestra ciudad, donde quiera que han expuesto sus lienzos.

El jarrón que con tanta justicia ha sido admirado por centenares de miles visitantes de nuestro gran certamen y que reproducimos con toda fidelidad en el presente número, es de plata mate con figuras esculturales corpóreas que se mueven entre flores, corpóreas también, incrustadas ó mejor fabricadas de brillantes. Prescindiendo del valor material de esta joya, hay que reconocer con cuánta justicia el Jurado nombrado por la Asociación de Artífices la ha calificado de *superioridad en el arte de platería.* Si elegante es el dibujo, perfecta la mano de obra: la figura de mujer que representa el sueño, es de un atrevimiento notable; las flores, con ser de *piedras*, parecen mecerse en sus tallos.

Como industriales y como artistas, nuestra Ilustración felicita cordialmente á los señores Masriera hermanos.

COQUETERÍA, dibujo de J. M. Marqués

La mujer es mujer siempre y en todas partes: donde quiera que tiene flores á su alcance, siente impulsos de adornarse con ellas, porque harto la dice su corazón de acuerdo con el espejo, que las flores son irremplazables para hacer resaltar las naturales gracias de la juventud. J. Marqués que entiende de mujeres y que entiende de flores, ha querido como muchos otros pintores, dar idea de la niña sorprendida en flagrante delito de coquetería. ¿Delito?... Ni por pienso... ¿Pecado?... Si lo fuere, ¿qué mujer bonita pudiera vanagloriarse de vivir en gracia de Dios?...

DELANTE DEL ESPEJO
cuadro de Wladimiro Czachorski

(Premiado en la última Exposición de Munich)

El autor de este hermoso lienzo es natural de Lublin (1850), pero el aire de Munich le ha convertido, como á tantos otros, en artista de la moderna escuela alemana, que sienta bien á sus tendencias románticas. Alemania es la nación cuyos pintores y cuyos poetas viven todavía en un mundo algo ideal que no es del todo el mundo prosaico de otros pueblos.

También gusta Czachorski de pintar figuras de mujeres, porque los trajes con que las viste (sin tener que pagar cuentas á la modista) le permiten obtener maravillosos efectos de colorido. No puede negarse, sin embargo, que en este cuadro hay algo más que la estratagema de un artista para pintar un vestido de seda que se sienta crujir. No, no se ha hecho esa mujer exclusivamente para ese vestido, ni lo principal se convierte de modo alguno en accesorio. Ese hermoso rostro, esa naturalísima actitud, ese delicado toque de satisfacción propia, revelado con la prudencia digna de un gran maestro, condiciones son nada comunes. Tenemos á la vista una verdadera obra de arte.

EL QUE LLEGA Y EL QUE PARTE
cuadro de G. de Chirico

Lienzo de asunto trascendental, verdaderamente filosófico. Lo efímero de la vida, el bautizo y el entierro, la proximidad de la cuna al sepulcro; he aquí el pensamiento encerrado en esta composición; pensamiento tanto más laudable en cuanto el artista lo ha concebido de la manera más sencilla y al mismo tiempo más gráfica y comprensible que pudiera desearse.

Para ello ayudaban á Chirico las costumbres de Italia (su patria) donde aun las más humildes familias despliegan la mayor pompa posible en la celebración de una de esas ceremonias, el bautizo y el entierro. No, empero, sin mucho talento se combinan en una composición dos acontecimientos de tan diversa índole, sin que los personajes se embaracen unos á otros, resultando una mezcolanza donde cada invitado parece buscar á tientas á su compañero. Nada de esto ocurre en nuestro cuadro, donde cada comitiva ocupa su lugar, sin esfuerzo alguno, sin que se rechacen mutuamente, de la manera más natural y más artística que cabe en pintor de verdadero genio. *El que llega* viene despertando júbilo; *el que parte* vase con acompañamiento de lágrimas: uno y otro salen del templo, aquél para ingresar en el mundo; éste para ser inhumado en el cementerio. ¿Cuál de los dos es el digno de lástima? Este problema no lo resuelve el artista, harto hace con plantearlo tan delicadamente.

SUS FAVORITOS, cuadro de E. Munier

Lienzo en que se ha de atender á la calidad más que á la cantidad. Una sola figura; pero, ¿cabe expresión de mayor candor, actitud más natural, manera de hacer más delicada y espontánea? Esa niña es la personificación de la inocencia, no manchada siquiera por la sombra de un pensamiento torpe. En este sentido, ¿no puede perdonarse al autor la falta de realismo, digámoslo así, de su hermosa criatura? Por nuestra parte le absolvemos muy gustosos: cuando se trasladan á un lienzo sentimientos absolutamente inmaculados, sentimos como una necesidad de que la hermosura del cuerpo y la del alma corran parejas.

DOS AMIGOS, estudio de Sir Edwin Landseer

En todas partes son los perros animales muy apreciables, pero en Inglaterra disfrutan, al par de los caballos, especiales consideraciones. Artistas muy distinguidos que pueden acometer asuntos de mayor aliento, sacrifican su tiempo haciendo estudios serios en este campo de la naturaleza, en el cual resultan sobresalientes. Entre esos artistas figura en primera línea el autor del cuadro que publicamos, adquirido con destino á la Galería Nacional de Londres. Landseer nació en 1802 y murió á los cincuenta años de edad. Grande admirador de los maestros clásicos, no por esto siguió sus huellas; una vocación especial le llevaba á la pintura de irracionales, en cuyo género llegó á ser una verdadera notabilidad. Buena prueba las dos cabezas del cuadro que reproducimos, ejecutadas con suma delicadeza y precisión, tan distintas entre sí y entrambas tan expresivas y ajustadas á verdad.

¡CÁTALO!... cuadro de Augusto Wolf

Tiene este lienzo un sabor clásico que avalora todas las obras de su autor. Si es notable por lo correcto del dibujo, no lo es menos por su ejecución vigorosa que algo recuerda la fantasía del ilustre Ribera. La impresión que la garrida moza causa á esos bebedores está perfectamente expresada: la figura del viejo no tiene desperdicio. No es menos expresiva la de la mujer, incitante por cierto, pero en modo alguno desenvuelta, y para que no huelgue en la sobria composición personaje alguno, la cabeza de la niña demuestra una inteligencia bastante precoz para comprender y despreciar la conducta del viejo alegre de sobra.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á CLAVÉ

Mi hombre, con la tarjeta de invitación en el bolsillo, se dirigió al encuentro de la comitiva.

Llevaba la imaginación absorta en el recuerdo del músico-poeta. Los periódicos de la mañana, que acababa de leer, le habían evocado con sus artículos las varias fases de aquella personalidad excepcional, digna de tal apoteosis hoy, merecedora con el tiempo de una transfiguración legendaria. Todos aquellos artículos, aun los menos entusiastas, denunciaban que el hombre, cuyo monumento se iba á inaugurar, merecía el mágico, el refulgente calificativo de *genio*, tan mal comprendido en realidad, tan mal aplicado con frecuencia... Porque fué hombre de intuiciones, no de estudio, espontáneo y original en su arte, sin antecedentes, sin otros modelos que los de la misma musa popular, tenaz en sus propósitos, magnánimo en su intención, y poseedor, quizás inconsciente, de aquel don maravilloso que da forma á un nuevo anhelo de la sociedad, y la fascina y la arrebata con nuevos medios. ¡Qué fuego en los encomios de los articulistas! ¡qué viveza en los recuerdos de los contemporáneos del hombre! ¡qué infinita diversidad y variedad de temas sugería á aquellos escritores! Este único dato revela un algo superior, muy superior en aquella personalidad. Unos relataban las anécdotas de su vida privada, su carácter, sus comienzos, sus luchas y penalidades. Otros, testigos oculares de sus triunfos, asociaban á ellos tiernas memorias juveniles de aquella época en que los conciertos de Clavé, en la *Ninfa* primero, en el *Euterpe* después, estuvieron de moda entre la buena sociedad barcelonesa. ¡Clavé músico, sin fortuna y sin recursos, que pasa de *callejero* á *popular* y resucita y transforma la música del pueblo sin alterar su sencillez ni empañar su candor, y en medio de la artificiosa cultura de una ciudad populosa, enciende la pasión por los cantos nativos y primitivos, ya olvidados! ¡Clavé poeta, que balbucea sus primeras trovas en la lengua oficial y halla, por fin, su forma más adecuada y propia en la lengua familiar de su país, y llega por este camino á ser el factor, el agitador, el iniciador más importante del renacimiento catalán, en el punto mismo en que se instauran los Juegos Florales y nace nuestro teatro! ¡Clavé organizador de las sociedades corales de obreros, con que da á sus ocios un fin noble, un medio de cultura á una clase desvalida, un ideal artístico y superior á todo un pueblo de industriales: alas que le levanten por encima de las vulgares preocupaciones cotidianas! ¡Clavé político, vivificando su empresa artística, y la letra de sus composiciones, con aquel sentimentalismo social, generoso y romántico de los viejos revolucionarios, apologistas de la fraternidad, la honradez en la pobreza, la dignificación por el trabajo: ecos todavía de aquella primera concepción del ciudadano, creyente en los dogmas del 89, no escéptico ni enervado, instruyéndose junto al hogar, con el hijo en las rodillas, la esposa en frente, y apoyado el libro en el yunque: concepción lamartiniana del obrero, que parece completada por Clavé con algo más espiritual todavía, pues pone en sus labios la melodía de la patria y de la tradición, y orea su frente con el aire de las montañas! ¡Cómo no ha de parecer legendario andando los tiempos, un músico-poeta que tal realiza en pleno siglo XIX, cuando el libro y la ópera convirtieron la poesía y la música populares en materia de estudio para los eruditos; cuando el poeta sale de la Universidad y el compositor es un sabio, y el arte por excelencia, un pasatiempo refinado de las clases ilustradas, no un sentimiento vivo y natural difundido por todas partes!

* * *

Tales recuerdos, tales ideas se agolpaban en la imaginación de mi hombre dirigiéndose á presenciar la inauguración de la estatua de Clavé.

La mañana estaba espléndida; la Rambla alegre, como suele en domingo; un sol hermoso, amarillento como de otoño que era, pero caliente y bochornoso como de julio, animaba el espectáculo de aquel gentío y sonreía en los colorines y plumajes de las señoras, obligado concurso de tales sitios á la hora de misa.

Por el arroyo de la izquierda, deteniendo la circulación de tranvías y coches, iba subiendo ya el séquito, en dirección á la Rambla de Cataluña. Precedíale la guardia montada con sus penachos blancos; seguían estandartes y pendones de las sociedades corales aun existentes, algunas, con nombres mitológicos que les dió el fundador, apegado aun en esto á la sempiterna convención corriente en teatros y casinos; iban tras cada una de aquellas enseñas, los coristas, en pequeños grupos: restos de aquel primer ejército de cantores, mezclados ya sin duda con nuevos alumnos que no sentirían tal vez afecto alguno por el maestro, é ignorarían ya su historia; cerraban la comitiva literatos y artistas (músicos bien pocos), comisiones é individuos del Municipio, y en medio de todos descollaba un magnífico carro alegórico de elegantes líneas con bellos grupos de niños y matronas, que simbolizaban las mejores composiciones del artista.

La gente se agolpaba junto al arroyo; el séquito desfilaba con el lento paso y el porte distraído del que va en procesión; la carroza, bamboleándose, divertía los ojos, sugería el recuerdo y el comentario de las principales piezas de Clavé, pero no la seguía, no, prolongada estela de aplausos, de hurras, de entusiasmo espontáneo y común. ¡Ah! Como siempre, esa ceremonia al aire libre, la glorificación de un nombre ante las generaciones que ya sólo conservan de él un recuerdo, ó que no participaron para nada de sus triunfos, resultaba bien distante de lo que debiera ser, bien fría y pobre para quien mide por su entusiasmo el ajeno, y por su opinión, la del vulgo!... ¿Qué? Las señoras, que en los balcones con damascos, veían pasar el busto del compositor, ¿no eran ya las mismas que concurrían á sus originales conciertos, un tiempo tan anhelados? No; ya no eran las mismas, ó se borró de su memoria aquel pasatiempo, fugaz y frívolo como la moda. Los artesanos y obreros que se detenían al paso de la comitiva, ¿no participan ya, en algún modo, de aquellos ideales democráticos que procuraba infundirles con el arte, el cantor popular que á ellos consagró su genio? No; tampoco; muchas de aquellas ilusiones se han desvanecido ó se han marchitado como la fuerza de aquella generación que las alimentó. Y entre los mismos que figuraban en el séquito, autoridades ó comisionados, literatos ó curiosos, si muchos, contemporáneos, si algunos, amigos de aquel hombre excepcional, ni todos sentirían ya el ánimo conmovido como en aquellos días de gloria, ni los más comprenderían cuán legítima había sido. Así, apenas hay solemnidad conmemorativa que no se trueque en acto oficial acompasado y ceremonioso, triste en el fondo. Porque es bien triste verle regido siempre por las momentáneas circunstancias de lo presente, más que por la idea viva aún, y el permanente entusiasmo de lo pasado.

* * *

Aquella comitiva llegó á duras penas y entre empellones al pie del monumento. El gentío se había engrosado y crecido por toda la extensión de la Rambla de Cataluña que apenas podía contenerle, y amenazaba invadir, rota la valla, el recinto cerrado alrededor de la estatua.

En todas las casas vecinas, aleteaban las colgaduras de colores; en balcones y azoteas, multitud de curiosos; encaramados en los árboles, apiñados, los chiquillos. Cubría aun la estatua el lienzo.

Ya está la comitiva ocupando la improvisada tribuna de rigor; ya se sienta á la mesa presidencial la comisión de casos tales; y empiezan los discursos, aquellos discursos que nadie oye nunca y que la práctica de tales ceremonias va abreviando diariamente. ¿Qué voz es bastante poderosa para sonar inteligible á campo abierto, para imponerse á una multitud hormigueante y rumorosa, dispuesta á ver, pero no á escuchar? El orador se ve obligado á sustituir la palabra con el gesto ó la idea con el grito, y es gran fortuna que le oiga siquiera el noticiero tomando apuntes en pie y sobre el *clac*, cuando aun los más cercanos cuchichean y aguardan que se termine pronto.

Y terminaron con unas cuantas aclamaciones.

Y se pasó á descubrir la estatua.

Irguióse ésta entre aplausos, agigantada y severa, mientras las sociedades corales entonaban un bello himno, que se llevaba el aire, lo mismo que los discursos, porque en espacio abierto no es posible otra cosa. Depusieron luego coronas en el pedestal, arrojaron sobre él flores y laurel á puñados; inclinábanse los estandartes al pasar y aplaudía la gente, más curiosa que conmovida.

Y á poco, se levantó de aquel zumbido inextinguible de la multitud agrupada, un nuevo cántico, la voz del maestro, la inspiración del genio á quien se recordaba. *¡Gloria á España!* cantaba el coro, ya con nutridas aclamaciones, que parecían espontáneamente proferidas y no compuestas, ya con sencillísimas melodías que alternadamente recorrían todos los tonos partiendo de diversos grupos, ya con suave rumor á *bocca chiusa*, é inesperadas transiciones. ¡Qué naturalidad en los motivos! ¡Qué arrebatado movimiento en el canto de alegría! ¡Qué candor y simplicidad de medios que llegan á lo más íntimo del alma y la estremecen como el mismo acento de la naturaleza! La voz humana, vibrando á coro, añadía al atractivo de aquella inspiración general, el encanto inexplicable y no comparable con la de ningún instrumento, que agolpa las lágrimas á la garganta y sacude los nervios

como un llamamiento de la humanidad entera.

¡Bien merecía aquella estatua quien supo comprender todo el valor del coro y sólo con él creó una música genuina y propia del pueblo catalán!

J. Yxart

27 noviembre

EL CERO DE ORO

I

El duque de Casa-Rubio nació pobre; su padre era un modesto empleado en el municipio de Madrid con sus seis mil realazos anuales, diez horas diarias de oficina y nueve hijos, tenidos durante los primeros ocho años de matrimonio.

Circunstancias son estas más que poderosas para vivir muriendo durante diez y siete años y para morir al fin de plétora de hambre.

Y ese fin desgraciado llegó.

Murió don Vicente Rubio, que así se llamaba el padre del duque, y su hijo Vicentito encontróse á los diez y seis años con un estómago que más parecía molleja, un hambre de cesante en noche buena, y para satisfacerla y llenar aquel saco sin fondo, los escaparates de todas las tiendas de ultramarinos de Madrid, que le brindaban con sabrosas raciones de vista.

Cuida el Altísimo hasta de la vida de los pájaros, y por lo tanto no echó en olvido á Vicentito Rubio, que era pájaro de cuenta.

Los méritos que en vida contrajo su padre y la actividad y viveza de imaginación de Vicentito, le procuraron una plaza de escribiente en el juzgado municipal del distrito de la Inclusa.

Extendiendo citaciones á verduleras, simones, taberneros y demás gentes pacíficas pasóse nuestro héroe seis años interminables.

A pesar de su modestísima posición tratábase con la mayor parte de los señoritos de Madrid. Su constante buen humor, su gracia y su fisonomía simpática suplían y hasta hacían olvidar el mayor pecado que un hombre puede tener: la pobreza. Si un señorito de esos que componen lo que ha dado en llamarse lo mejor de Madrid, invitaba á una francachela á sus amigos, pagando así otros convites recibidos, Vicente asistía á la francachela y pagaba su parte con la moneda que la naturaleza le prodigó á manos llenas, el ingenio, ya que respecto á la plata y otros metales preciosos, le dijo: «Dios nos dé qué dar, hermano.»



COQUETERÍA, dibujo de J. M. Marqués

No era Vicente un modelo de virtudes, por más que lo era de gracias, ni á pesar de asistir á todas partes de gorra, como vulgarmente se dice, jamás nadie se atrevió á tacharle de gorrón impertinente, pues ni solicitaba las invitaciones que se le hacían, ni se humillaba al recibirlas, sabiendo además, pagar sin servilismo, las mercedes que se le hacían con pequeños servicios, discretos consejos y bondades de carácter, mostrándose indiferente y hasta desdeñoso, no con quien le favorecía, sino por el favor recibido. En una palabra, Vicente era un vividor de excepcionales condiciones. Si nació pobre, nació discreto; si no se conformaba con su pobreza y prefería la olorosa y elegante trufa al vulgar tubérculo que Parmantier introdujo en Europa, y que viene á ser el maná de los cenicientos del mundo, alientos tenía para convertir el hígado frito en *pate foie-grass*, el peleón en *chateau margaux*, y su americana de quince pesetas comprada en un bazar de ropas hechas en el frac cortado por la tijera del más hábil sastre que en Madrid se enriqueciera con el dinero de los descendientes de aquellos esforzados varones, que con sólo el aliento de su pecho, dignos émulos del gigante Caraculiandro, el del brazo arremangado y el de la gran fuerza, supieron arrojar á los moros de Granada, hacerse dueños de un nuevo mundo y llevar el espanto á Flandes, á Italia y casi al mundo entero, y por fin, si muchos dones le habían sido negados, muchos le habían sido concedidos y de adehala, una ciencia infusa, que vale y produce hoy día más que todas las ciencias exactas y sociales: la ciencia de la mundología, lo que el vulgo llama tener ángel y don de gentes.

Entre los amigos de Vicente había uno que le distinguía sobremanera y por quien sentía una marcadísima preferencia.

Juan del Río era su nombre. Pertenecía á una distinguida familia, su padre ocupaba una alta posición oficial y era además poseedor de una cuantiosa fortuna.

A Juan del Río debe el narrador de esta verídica historia cuanto hasta aquí va dicho y cuanto verá el curioso lector que siguiere leyendo.

No era Vicente Rubio, como he dicho, dechado de virtudes, mas si su organismo le inclinaba al vicio, su educación y su talento le hacían que se colocara en un justo medio, sin rebasar jamás esa línea que separa al vicio censurable, del vicio considerado las más de las veces como perdonable ligereza.

Dado al sibaritismo, sin llegar á la glotonería; aficionado al vino, sin caer jamás en la embriaguez repugnante; mujeriego, sin que el amor á las hijas de Eva le inspirara jamás pasión villana, sino antes al contrario, amándolas con cierta caballerosidad quijotesca, en la forma, pero sin el platonismo con que el ingenioso hidalgo adoraba á su zafia Dulcinea.

Sólo una pasión parecía dominarle, la pasión del juego.

Su íntimo amigo Juan del Río era el reverso de la medalla: sobrio, formal, repugnando los juegos de azar y amando á todas las mujeres como á hermanas, á una sola y desde los primeros años de su juventud, como á su amada, y soñando desde el primer día en que la adoró en hacerla madre de sus hijos. Juan del Río debía ser descendiente del casto José. Vicente Rubio, de Salomón, en la época en que tuvo setecientas concubinas.

El uno hubiera dejado la capa en manos de cualquier hembra que hubiese imitado la conducta de la esposa de Putifar, el otro hubiera empeñado la capa para obtener sus favores.

La diferencia de caracteres y hasta la desigualdad de posiciones, estrecharon sin duda la amistad entre Vicente y Juan, que siempre electricidades del mismo nombre se repelen, y se atraen las de nombre contrario, como el iracundo ama al paciente y el nervioso al de temperamento sanguíneo.

Juan del Río fué, durante muchos años, el protector y consejero de Vicente y, como éste le llamaba, su caja de ahorros.

– En tí, queridísima caja de ahorros, – decía Vicente, – encuentro dinero para mis apuros, consejos para mis dudas y sanas reglas de virtud y de moral que refrenen mis malas pasiones cuando el Mefistófeles de mi alma tira tanto de la cuerda que casi vence al ángel del bien. Y esto sí que es milagroso, tener una caja, encontrar fondos en ella, y todo esto sin tener la virtud del ahorro; pero ¿qué importa, si por mí la tienes tú?

– Valiera más que por tí mismo la tuvieras, y ya comprendes que al decir esto me refiero á la caja de ahorros de virtudes y no á otra.

– Naturalmente; virtudes sólo podría ahorrar, que otra cosa... Pero ¿qué quieres? yo soy como soy, y soy así porque así me echaron al mundo; me echaron, fíjate bien, que por mi voluntad no hubiera yo venido, ó por lo menos hubiese estipulado condiciones más ventajosas, económicamente hablando.

– Pero como ya estás aquí, deberías tener juicio y vencer esas malas condiciones con que al mundo te *echaron*.

– Y las venceré, no lo dudes.

– Siguiendo el camino que llevas lo juzgo difícil. En cuanto tienes un duro lo pones á una carta. El juego te domina.

– No lo creas, Juanito de mi alma. El juego me repugna. Me gustan las luchas en que el valor, el ingenio ó la destreza den la victoria, pero en el juego nada de eso sirve, puesto que el azar, para conceder sus favores, nada tiene en cuenta. La victoria no es del que más vale, sino de uno. ¿De quién? De uno; del menos digno quizá.

– No te comprendo; si así opinas, ¿por qué juegas?

– Porque también creo que el azar es un factor importante; el refrán lo dice: «Fortuna te dé Dios, hijo.»

– Fortuna en el trabajo, – dijo Juan.

– Fortuna, fortuna y fortuna primero, y después ingenio, talento mercantil, conocer el momento en que se vive. ¿Se gana hoy dinero produciendo? No; comprando y vendiendo: pues á comprar y vender.

– Entonces, ¿qué es lo que piensas hacer? ¿cuáles son tus planes?

– En cuanto tenga un millón, seré banquero, construiré ferrocarriles y carreteras, me quedaré con todas las contratas de tabacos, y prestaré al Estado, y me comeré un riñón ó los dos del país que me vió nacer y de todos los países cuyos riñones sean comestibles.

– ¿Todo eso empezarás á hacerlo cuando tengas un millón?

– Sí.

– Pues entonces, no comerás riñones, ni al jerez ni salteados.

– ¿Y si te equivocaras?

– ¿Cómo piensas tener ese primer millón?

– El azar me lo dará.

– Hasta ahora, ¿te ha protegido la suerte?

– No; desde hace cuatro años casi todos los primeros de mes pierdo invariablemente los haberes que con el sudor de mi frente y de todo mi cuerpo gano en el maldito Juzgado de la Inclusa.

– Alimenta entonces la esperanza de que ese millón llegue y espérale sentado.

– Le espero dispuesto á echar á correr, pues adivino que su llegada está ya próxima.

II

A los pocos meses de este diálogo entre Juan y Vicente, éste último desapareció de Madrid, sin que ninguno de sus amigos pudiera averiguar su paradero.

Transcurrieron quince años, y cuando ya nadie se acordaba del alegre y decidor escribientillo del Juzgado de la Inclusa, apareció don Vicente Rubio al frente de una gran casa de banca, dueño de un suntuoso hotel



DELANTE DEL ESPEJO, cuadro de Wladimiro Czachorski (premiado en la última Exposición de Munich)



EL QUE LLEGA Y EL QUE PARTE, cuadro de G. de Cuneo

situado en el paseo de la Castellana, y siendo, en una palabra, uno de los reyes de la banca. Sus profecías se habían cumplido y aun habían ido más allá de lo que nunca se hubiera atrevido á soñar.

Vicente Rubio, por grandes servicios económicos prestados al Estado durante la última guerra civil, obtuvo el título de duque de Casa-Rubio.

Mientras así subía Vicente, Juan del Río bajaba. Murió su padre, y poco tiempo después, la quiebra de una importante casa de Cádiz y otros quebrantos deshicieron la fortuna de Juan, quien quedóse reducido á vivir de un sueldo de veinte mil reales anuales que le producía un destino en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Bien dijo Cervantes que hay dos clases de linajes: unos que empiezan y otros que acaban en punta.

La amistad entre Juan y Vicente reanudóse á la vuelta de éste á Madrid.

Juan habíase casado con la única mujer á quien amó. Vicente permanecía soltero para poder *amar* á muchas.

Aun hay muchas personas en Madrid que recuerdan las espléndidas comidas con que el duque obsequiaba todos los viernes á sus íntimos amigos. A estas comidas que alegraba más el *sprit* del duque que el riquísimo champagne de su bien surtida bodega, solía asistir Juan.

Muchas veces, estando de sobremesa, había preguntado Juan á su amigo el secreto de su fortuna y ¿por qué no decirlo? hasta llegó á tener un mal pensamiento, viendo que Vicente esquivaba la respuesta, diciendo:

- No me recuerdes eso; sufrí mucho.

No se había cansado la desgracia de perseguir á Juan. Una larga enfermedad le arrebató á una hija de ocho años, y á su dolor añadióse una precaria situación. Los gastos de la enfermedad desnivelaron su presupuesto y vióse precisado á tener que recurrir á un usurero ó á abusar de la amistad de un amigo. No hubiera apelado jamás á este último medio, pero las condiciones que los usureros le imponían eran tan onerosas que, violentándose mucho, se decidió y fuese en busca de su amigo el duque.

Sólo Dios sabe las penas y los esfuerzos que le costó dar este páso. Más de seis veces retrocedió desde la puerta del hotel de su amigo sin atreverse á oprimir el timbre eléctrico. Decidióse al fin; latió con violencia su corazón y entró en el hotel pensando:

– Creerá quizás que vengo á pedirle una recompensa por los pequeños favores que le hice en aquellos años felices que ya pasaron. Las desgracias hasta me hacen alimentar malas pasiones. ¿Por qué he de juzgar á Vicente capaz de tan mezquinos pensamientos?

El duque de Rubio, que días antes habíase enterado de la triste situación de su amigo, no le dió tiempo á que expusiese su petición. Le recibió con los brazos abiertos, y obligándole á sentarse á su mesa y á almorzar con él, le dijo:

– Juan de mi alma, iba á ir á tu casa; tengo un proyecto y cuento contigo. Me he quedado con el ferrocarril de C. á B. y necesito una persona de toda mi confianza que se encargue de la gerencia; esa persona eres tú. No sé si te convendrá: seis mil duros y casa. Más quisiera darte, pero, chico, los negocios van mal. ¿Aceptas?

– ¡Yo!

– No admito excusas: si los amigos no me ayudan... ¡Ah! te advierto que como tendrás que trasladarte á C., la compañía ha decidido que se te entreguen por mi mano tres mil duros, pero en calidad de adelanto y reintegrables, ¿eh?

– Vicente, – dijo Juan, llenos los ojos de lágrimas, – perdóname, soy indigno... yo... creí, ¡ah! fuí un... No es ya el favor que he de agradecerte, sino la manera de hacerlo. Déjame que te abrace, amigo querido; más que mi amigo, mi hermano.

– Pero, ¿qué te pasa? – replicó el duque, disimulando su emoción. – ¡Ah! ya: tu pobre hija...

Callaron por un momento; continuó el almuerzo, logrando la alegría de Vicente que se disipara en parte el dolor de su amigo.

Al terminar el almuerzo fuéronse á fumar al despacho.

Arrellanados en dos butacas, entablóse entre los dos amigos una conversación sobre negocios.

Juan, mientras escuchaba, examinaba la habitación.

Era aquel un elegantísimo y severo despacho; acostumbrado Juan á la riqueza, no le asombró nada de cuanto allí veía, excepto un gran cuadro colgado sobre una alta chimenea.

¿Era aquel cuadro alguna pintura de Teniers, Meissonier ó algún otro célebre pintor? No; no llamó la atención de Juan por esto, sino por lo extraño de aquel adorno.

En gran marco negro y sencillo se veía una plancha de esmalte blanco y en el centro un cero de oro.

– ¿Qué querrá decir esto? – se preguntaba Juan.

Concluído el negocio de la gerencia, no pudiendo Juan resistir á su curiosidad y puesto ya en pie para marcharse, preguntó á su amigo:

– Dime; ¿qué quiere decir ese cuadro?



SUS FAVORITOS, cuadro de E. Munier

– Esa es, – dijo el duque, – la máxima, que muchas veces te dije, puesta en jeroglífico.

– No recuerdo esa máxima.

– Para comenzar basta la nada, y fortuna, fortuna y fortuna.

– Sigo sin entenderlo.

– ¿No me has preguntado muchas veces el origen de mi fortuna? pues ese cuadro te da la respuesta. Veo que te asombras y no quiero mortificar por más tiempo tu curiosidad. Siéntate otra vez y oye cómo gané aquel primer millón de que tantas veces hablamos.

Volvieron Juan y Vicente á ocupar sus asientos, y el segundo habló así:

III

– Tú, mi querido Juan, tenías fortuna; fuiste siempre muy bueno, y sin duda la diosa ciega se dijo: «Éste ¿para qué quiere mayor fortuna que su bondad?» y te volvió la espalda llevándose tus bienes. Yo no fuí bueno, no tenía ni dónde caerme muerto, pero estaba dispuesto á reñir con la fortuna con uñas y con dientes, y logré atemorizarla, y la estúpida diosa se vino tras de mí, pero quiso hacerme ver su poder, y de la nada, pero de la nada en absoluto, me dió los medios para que comenzase á hacer esta colosal fortuna que hoy tengo. Oye cómo fué esto. Cobré el primero de junio del año 18... mi paga como escribiente del Juzgado; doce duros en total. Debía tres meses á mi patrona y me dispuse á pagarle los tres ó á deberle cuatro. Con mis sesenta pesetas fuí á jugar, y gané en una sesión tres mil duros próximamente. Al siguiente día, sin despedirme de nadie, me metí en el tren y no paré hasta llegar á Mónaco. Aquel dinero iba á procurarme el primer millón.

– No continúes, adivino la historia, – dijo Juan; – la suerte te favoreció y ganaste el...

– No me interrumpas. A los seis días de llegar á Mónaco no tenía una peseta y debía seis días en la fonda. Transcurrieron veinte y tantos más y la cuenta del fondista crecía y mis apuros crecían más. Nunca pensé en pegarme un tiro, no entraba en mis cálculos, pero á la verdad, nunca mi cerebro ha estado más seco que en aquella ocasión. ¡Cerca de un mes en país extraño sin una peseta y con mis sesos que parecían una esponja seca! Pasé aquellos días encerrado en la sala de juego viendo cómo ganaban unos y otros perdían. Por fin, encontré una solución: hablar al fondista, contarle lo que me ocurría, y al siguiente día venirme á pie á España dejando mi equipaje al fondista. La solución era preciosa, viajar ejerciendo de mendigo. Madurado el proyecto y decidido á ponerlo en planta al siguiente día, fuíme después de comer al salón de juego. Todos los asientos estaban ocupados, yo me coloqué de pie y detrás del que ocupaba uno de los testeros de la mesa. Debieron pasar dos horas, yo no veía lo que en la mesa ocurría. Pensaba en mi proyecto. De repente sentí un vuelco en mi corazón; á mis pies había una moneda de oro, que sin duda se había caído á alguno de los jugadores. Aquella podía ser la base de mi fortuna. Fuí á bajarme para cogerla, pero no me atreví; conocería todo el mundo por qué me bajaba y alguien quizá reclamaría. ¡Qué momentos tan angustiosos pasé! Por fin encontré una idea, aquella moneda era un luis; podía jugarla de boquilla, como dicen los jugadores, y si la perdía entonces sería ocasión de recogerla. Puse el pie sobre la moneda y pensé á qué número la pondría. Sentí una voz, ó un murmullo en mi cabeza que decía: «¡Tu moneda! No es tuya; tú no tienes *nada*, con que bien claro está: ponla al cero.» «Un luis va al cero,» dije con voz ahogada. «Va,» respondió el banquero. Rodó la bola y cayó en la casilla del cero. Lo que tragué en aquel momento no fué saliva, fué veneno. Mi fortuna estaba hecha, aquella noche gané 260,000 francos. ¡Ya tenía el millón! Después aquel dinero en mis manos hizo lo demás. Arquímedes para mover el mundo pedía un punto de apoyo y una palanca, yo para hacerme rey del mundo no pedí más que un millón. Al terminar la sesión de aquella noche estaba fatigadísimo; no había movido el pie que coloqué sobre la moneda. Iba ya á marcharme y me taché de ingrato: ¡marcharme sin recogerla! y...

– Permíteme que te interrumpa, – dijo Juan; – la recogiste y la guardaste, y permite además que te diga que tu máxima no es del todo cierta; la fortuna es verdad que te protegió, pero algo tenías: un luis.

– Me incliné á recoger aquella moneda, – replicó Vicente, sin hacer caso de la interrupción de su amigo, – y era un pedazo de papel de estaño, restos de una cápsula de botella de champagne.

Ricardo Revenga

EL TEATRO TAGALO

(Conclusión)

Así como en aquellos mares el barquichuelo pirata de quilla podrida y remendada vela, navega en todas las monzones sin peligro, porque cualquier bocana le sirve de puerto, cualquier peñón le abriga y no hay tempestad que se digne destrozarlo, el navío de los grandes mares que necesita mucho fondo y horizontes anchos nunca encuentra monzón para desplegar sus velas con holgura, y ha de pudrirse en el puerto, ó se ha de estrellar en las mismas peñas donde los otros se salvan. Agréguese á todo esto que la sociedad indígena si puede llamarse así, padece análogos ó acaso mayores achaques, análogo amaneramiento, análogo burocratismo y curialismo, sazonados con un espíritu mercantil de bajo vuelo, que sólo inspira ideas menudas y prosaicas. Únicamente algun artista extranjero por moda ó por vanidad encuentra allí aplauso y protección. En esto como en otras muchas cosas es materia opinable quién ha corrompido á quién, si el colonizador al colono, ó el colono al colonizador. He aquí por qué no existe propiamente en Filipinas literatura española ni tagala, ni siquiera teatro español ó teatro tagalo, manifestación la más expresiva y á par la más rudimentaria de todo movimiento intelectual.

Pero en fin, lo que existe ha seguido la gradación que venimos reseñando, y llegó á tomar cierto carácter en el período que media desde el apogeo del teatro de Binondo con Escosura hasta 1866, toda vez que dentro de ese período se estableció la censura para el teatro tagalo y el impuesto de 20 reales por función á favor de los Fondos de Arbitrios. Tanto ó más que el ejemplo de los españoles, que según hemos visto, empezaban á dar señales de vida y al fin levantaron en Arroceros bajo la protección del Ayuntamiento un regular edificio, aunque no fué el arte dramático quien más lo utilizó, sino la ópera italiana, debió influir en los indígenas el ejemplo de los *coletudos*, como llaman ellos á los hijos del Celeste Imperio, que por aquellas fechas llegaron á estar dominados de verdadera fiebre teatral, toda vez que en 1866 vióse el Capitán general D. Juan de Lara obligado á limitarles por un decreto los sitios en que podrían gozar de sus espectáculos, citándose nada menos que cuatro en los arrabales de Binondo, Tondo, Santa Cruz y Loobán (barrio de Quiapo), con la advertencia de que en las fiestas particulares del gremio chino podían permitirse comedias en San Miguel y la Concepción. Esto se hizo por evitar al vecindario de las calles principales las molestias que con sus músicas ruidosas y su concurrencia bullanguera ocasionan los teatros chinos; molestias que, en efecto, exceden á toda ponderación.

Réstanos hacernos cargo de otro que puede llamarse elemento teatral muy arraigado en el país, sobre el cual corren entre el vulgo dos opiniones irreconciliables; hay

quien lo crea indígena, antiguo y también parodia sainetesca de nuestras primeras representaciones dramáticas, mientras otros aseguran ser novísima invención de un emigrado progresista que le dió su nombre. La divergencia es, como se ve, de lo más estupendo. Nos referimos á los *carrillos*, que en verdad pudieran ser trasuntos y derivaciones del famoso carro de la Muerte pintado por Cervantes ó de la prosaica carreta donde mucho antes se representaron los autos de Diego Sánchez de Badajoz, si el retablo de maese Pedro no tuviera parentesco más íntimo con ellos que el mismo fulano Carrillo á quien se atribuyen, y si la invención de las marionetas valiera la pena de ser disputada á la China; porque como tal lo describe, apartándose de las dos opiniones mencionadas, el autor del *Diccionario de la Administración, del Comercio y de la vida práctica en Filipinas*, interesante publicación que no pasó por desgracia del tomo 2.º ni de la letra C, donde sin meterse en disquisiciones ni en honduras le llama *carrillo chino*, como cosa corriente y de todos sabida.

En el fondo se trata de un simple armatoste como los que sin ser viejo el lector habrá visto campantes por el Prado de Madrid, dando por dos cuartos espectáculos maravillosos como la torre de Binondo en China con tantas ventanas como días tiene «el año,» que eran más disparates que ventanas. Habíalos y háylos aun con figuras parlantes, en vez de lienzos pintarrajeados, que hacen su agosto con los niños y los patanes, y de éstos son copia más aproximada los de Filipinas, aunque ya van subiéndose á mayores, y en las fiestas de algunos pueblos no suelen estar los *carrillos* sobre ruedas, sino fijos en un... tablado íbamos á decir, pero donde los tablados son de caña, parece más natural llamarlos cañizos. Plántanse por lo general en la plaza pública al lado ó en frente de la iglesia, y á poca elevación del suelo, para que pueda saborear el espectáculo un público que suele estar en cuclillas, que es su postura favorita. El aparato escénico que allí se despliega, puede el lector calcularlo sin grande esfuerzo. Pueblo de niños, que las cosas más serias convierte en infantiles juegos, de muchas leguas á la redonda acuden á divertirse á costa del P. Cura, del Gobernadorcillo ó del Patrono de la cofradía cuyo santo se celebra, que por una docena de pesos ha contratado otros tantos *Juanchos* con algo de chirumen *en aquella su cabeza*, que suelen rodar por los pueblos á caza de gangas.

En algunos centros populosos hay *carrillos* permanentes, ya para sombras chinescas y figuras de cartón, ya para representaciones menos informales, y éstos recuerdan mejor nuestros corrales de comedias, de quien ha quedado por prototipo el de la Pacheca, hoy teatro del Príncipe. Había en 1886 uno en la calle de la Magdalena de Manila, que probablemente á estas horas habrá visto acabar á mano airada su mísera existencia, porque los españoles maleantes, que abundan no poco, habían dado en la flor de asistir á las funciones por cuca y soflama, para corear la pieza con todas las chocarrerías, dicharachos y verduras á que se presta en efecto semejante espectáculo para gentes de mediana ilustración. Se necesita el espíritu infantil de aquel pueblo para contentarse con tan poco.

Era un corral verdadero y nada limpio, que conservaba de noche residuos y sobrantes de gallinas y marranos sus pobladores de día, alternando con *dalagas* (mozas), *baguntaos* (mozos) y *matandas*, pues las viviendas de los indios son verdaderas arcas de Noé. Allí en bancos de todas las figuras geométricas, desde el rombo al cubo, y no siempre para sentarse, que es lujo apenas usado, se acomoda una concurrencia digna del pincel de Goya. Hablar de desnudeces y posturas académicas, por demás sería, pues la naturaleza no gasta en Indias los remilgos que en Europa, que por algo se crió allí la manzana de Eva, y por algo pronunció allí el Criador el *crescite et multiplicamini*... ¿Qué harían en puridad las pobres mujeres de sus senos que por acá llamamos túrgidos y mórbidos, cuando ni son de alabastro ni el calor les consiente la esclavitud del corsé, antes libérrimos y aun libertinos y chorreando sudor como espita mal cerrada, en vez de escondite y tapadillo les piden ventilación y aireo mal subordinados á la candonga, que es un pañuelo tenue que aun con el aditamento de la camisa apenas hace el oficio de una red medianamente tupida? Pues los hombres en perpetuo traje de dormir, y con la camisa por fuera del calzón, que casi nunca está herméticamente cerrado, mientras ella dibuja tan á lo vivo los contornos que suele andar pegada á las espaldas con el sudor, ¿qué extraño es que no reparen en pelillos al acuclillarse ó acurrucarse, que es su habitual postura, ni que formen sus corros tendidos á la larga, ni que se permitan en fin otras actitudes, que quizás entre ellos parecen del mayor atildamiento y hasta galanura y estética exquisitas?



DOS AMIGOS, estudio de Sir Edwin Landseer

Hombres y mujeres, pues, forman como quien dice montones mascando buyo, fumando tabaco Barili, comiendo naranjitas, cajeles, mani y hasta huevos, pues los indios gustan de tenerlo todo desocupado menos la boca y el vientre, sin contar que en nuestras antiguas comedias se hacía lo mismo, no siendo obstáculo para ello que se representasen en las iglesias, donde se almorzaba ó se cenaba según la hora, y á veces lo servían los sacristanes mismos, según se ve en las *Farsas* de Diego Sánchez, de donde se infiere que las dependencias de los templos estarían convertidas en almacenes de comestibles. Por supuesto, que de la función apenas se penetra nadie, salvo que cruja alguna vaina de hoja de lata arrastrada estrepitosamente por el actor poseído de su papel, ó que relumbre el talco con que la dama se emperejila, que suele ser Emperatriz de la gran China ó Reina por lo menos de un país que no se encuentra en ningún Mapamundi, ó que empiecen los gritos del *Moro-moro* al son del himno de Riego en la descompuesta charanga, que entonces es de ver cómo aquellas caras marmóreas se animan, y aquellos ojos mortecinos relampaguean, suspenden aquellas bocas su faena masticatoria y levantan el diapasón aquellas voces, que parecen educadas para el antiguo chichisveo, según á las veces no se les ve mover los labios y se cree que hablan por dentro del estómago como los ventrílocuos. Alimentada la iluminación por aceite de coco, que no huele á ámbar ni cosa parecida, máxime con el pábilo de los *tinsimes*, torcidas chinas de que se valen, fórmase entre el tufo, el Barili y el buyo una atmósfera irrespirable, y apenas puede verse el telón de boca, que tendrá cosa de un metro en cuadro, donde por mayor gala y donaire, novísimamente ha pintado un artista indígena una escena que quiere ser de plaza de toros, á saber: un carabao acometiendo á un caballero vestido á la española antigua, que con la espada desnuda lo recibe. Alzase el telón y aparece una sábana, que si estuviera limpia podría recordar á Lope de Rueda, puesto caso que el buen batihoja por ser valenciano las gastase bien lavadas, y detrás de la sábana los muñecos que gesticulan y manotean sin ton ni son, moviéndose al propio tiempo de acá para allá, mientras el director, que está debajo del cañizo, habla por ellos con acento fingido, ora de galán, ora de dama, en gangoso tono y en idioma infantil, que logra en algunos momentos arrancar gritos y carcajadas á aquel público de cal y canto.

Por los primeros días de 1886 bramaba justísimamente de indignación la prensa de Manila, porque el *carrillo* de la calle de la Magdalena se había atrevido á representar *Don Juan Tenorio*, drama que estaba de moda entre la gente maleante porque un actor indígena del teatro filipino solía con harta frecuencia degollarlo, como decimos por acá, tomando gravemente por aplauso y satisfacción pública la chacota, el jolgorio, la verdadera cencerrada que todas las noches hacía el público de buen humor, y que más de una vez llevaron á la cárcel á actores y espectadores. Las tablas se cubrían de legumbres arrojadizas, allí reducidas á patatas y cebollas de China y algún camote nacional. Calcúlese lo que acontecería en el carrillo, si esto pasaba en un teatro medio formal.

Terminaremos pues con lo que entonces escribió un indignado redactor de la *Oceanía Española*:

«Yo comprendo que en estos teatros den *La tía Norica*, *Los sudores del rey Momo*, y otras y otras obras por el estilo; pero... *¡Don Juan Tenorio!* ¡Pobre Zorrilla!

»Si él viese un monigote de cartón de cuerpo diáfano declamando aquello de:

Por donde quiera que fuí
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
á la justicia burlé,
y á las mujeres vencí...

»¡Ah!... Y otro monigote que dice:

Aquí hay un don Luis,
que vale lo menos dos...

hace una genuflexión, pega con los nudillos contra el suelo ¡y excita el entusiasmo del público!!!

»Doña Brígida es otro mamarracho tan mamarracho como el resto de los personajes. Todos ellos tienen manos de ave y cuerpo de *asuang*. Cuando mueven los brazos parece como que se piden limosna los unos á los otros.

BRIGIDA ¿Vais á sacarla de aquí?
D. JUAN ¡Necia! ¿piensas que rompí
la clausura temerario
para dejármela así?
Mi gente abajo me espera.
Sígueme.

»Don Juan pasa por delante de Brígida y como el cuerpo de ésta es trasparente, á través de Brígida ven los espectadores á don Juan. Pues ¿y cuando éste, con una rodilla en el cogote, le dice á su doña Inés:

¿No es verdad, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla,
y se respira mejor?

»Doña Inés permanece con los dedos dentro de las narices... luego saca la mano y se la incrusta á él en la barriga diciéndole:

¡D. Juan! ¡D. Juan! yo lo imploro
de tu hidalga compasión.
O arráncame el corazón
ó ámame porque te adoro.
. . . .

»Momentos después una afinada orquesta, que consta de acordeón, bombo y platillos, toca la salmodia, en tanto que en una lata de petróleo da acompasados porrazos el traspunte, y dice don Juan:

Cesad, cantos funerales;
callad, mortuorias campanas;
ocupad, sombras livianas,
vuestras urnas sepulcrales.

»Y en seguida una ristra de ajos circunda como aureola la dulce unión de don Juan y doña Inés. Ambos suben sobre la ristra, llevando entre ellos un angelito que parece un pájaro. Es... ¡la apoteosis!!!»

Otro día quizás consagraremos al repertorio tagalo un estudio bibliográfico, examinando de paso algunos dramas de los más típicos, que hicimos traducir á indios inteligentes con este objeto.

V. BARRANTES

NOTICIAS VARIAS

EL CORREO EN INGLATERRA. – El director general de correos acaba de publicar la estadística terminada el 31 de marzo de 1888. Durante los doce meses que comprende, el número de cartas, tarjetas postales, paquetes de libros, circulares y periódicos se eleva á 2.242,800,000, ó sean 60 por cada habitante. Durante las fiestas de Navidad, distribuyó el correo de Londres 41.000,000 de cartas y tarjetas. Por espacio de algún tiempo tuvieron que ocuparse en

¡CÁTALO!... cuadro de Augusto Volr

este servicio 3,095 empleados supernumerarios y hubo necesidad de añadir á los 435 carruajes ordinarios 370 más. El número de telégramas asciende á 55.404,425.

***

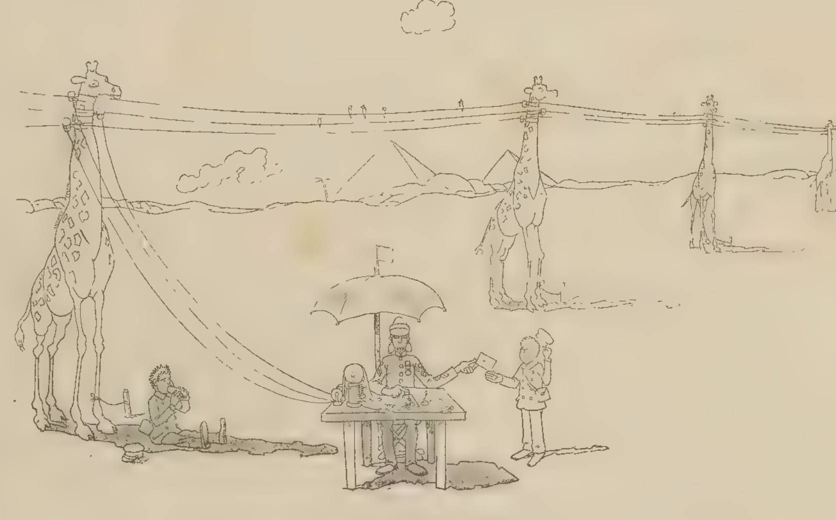
LLUVIA DE TINTA. – M. L. A. Eddie, de Graham's Town, cabo de Buena Esperanza, acaba de dar una descripción por demás interesante, de una lluvia de tinta que hubo de caer en la colonia del Cabo, el 14 de agosto del corriente año. Después de una tempestad que comenzó al medio día y duró hasta el día siguiente, se hallaron espacios inmensos cubiertos de agua tan negra como la tinta.

Dos teorías, dice Eddie, pueden explicar este fenómeno: la una que el agua había recibido esta coloración, de las partículas volcánicas suspendidas en la atmósfera á consecuencia de una reciente erupción; la otra, la más probable, que la tierra en su viaje á través del espacio, había encontrado una nube de polvo meteórico excepcionalmente densa; que esta materia extraordinaria consistía en hierro meteórico y que arrastrada por la lluvia y mezclada con el agua de los pantanos y con los despojos orgánicos contenidos en ella, se había disuelto dando al todo un color negro ó de tinta. Hay también la hipótesis de que el color negro podía prevenir simplemente de la mezcla de ese finísimo polvo cósmico con el agua; pero el observador se inclina más á pensar que la tinta ó color negro provenía de la disolución del hierro en el agua saturada de despojos orgánicos, bien que una parte de las partículas cósmicas pudiera haber flotado sin disolverse en el agua y depositarse luego como sedimento. Su aspecto era el que tendría el agua ligeramente acidulada después de haber permanecido en un vaso de hierro durante una noche.

***

FIN DEL GREAT EASTERN. – Este gigantesco navío va á ser definitivamente demolido, después de haber procurado en vano utilizarlo por espacio de treinta años. Mide 210 metros de largo por 25 de ancho, con capacidad de 18.914 toneladas. Fué construído por los planos de mister Scott Russell sobre los planos de Brunel para los viajes al extremo Oriente pasando por el Cabo de Buena Esperanza, con 3,000 pasajeros y una gran cantidad de mercancías sin necesidad de proveerse de carbón en la travesía. La operación de botarlo al agua fué sobre manera difícil, y su coste fué de unos 1.500,000 francos. Inmediatamente se renunció á darle el destino para que fué construído, y en 1859 partió para los Estados Unidos; pero no pudo hacer la travesía por la rotura de un tubo de vapor, accidente que costó la vida á muchas personas. Más tarde hizo otros viajes entre Europa y América pero los productos no estuvieron nunca en relación con los gastos.

(De *La Nature*)



EL TELÉGRAFO EN EL DESIERTO

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII —— BARCELONA 10 DE DICIEMBRE DE 1888 —— NÚM. 363

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES



LA VIUDA, grupo escultórico de Ernesto Bazzaro *(Premio del príncipe Humberto en la última Exposición de Milán)*

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Marinos ilustres*, por don Federico Valcarcel. – *La novia de mi amigo*, por don A. Sánchez Pérez.

Grabados. – *La viuda*, grupo escultórico de Ernesto Bazzaro. – *El monumento á Garibaldi en Milán*, proyecto de los escultores Hector Ximenes y Augusto Guidini. – *La puerta de San Lorenzo en Roma*, cuadro de R. Tusquets. – *La nueva fachada de la Catedral de Milán*, proyecto del arquitecto José Brentano. – *Adelina Patti* y su residencia de Craig-y-nos. – *Hector Ximenes*, autor de la estatua de Garibaldi (premio del concurso milanés). – *José Brentano*, autor del proyecto aprobado de la nueva fachada de la Catedral de Milán. – *Suplemento Artístico: Mandolinata*, cuadro de Conrado Kiesel.

NUESTROS GRABADOS

LA VIUDA, grupo escultórico de Ernesto Bazzaro

(Premio del príncipe Humberto en la última Exposición de Milán)

Singular problema debe haberse propuesto al autor de este precioso grupo, que de una parte tiene las condiciones todas del realismo menos disimulado, y de otra parte está lleno de encanto, de sentimiento y hasta de poesía. En la figura principal no hay rasgo, trazo, ni reminiscencia alguna de la escuela clásica que siempre se ha conceptuado el más puro ejemplo é ideal de la escultura; pero en cambio, esa actitud, ese semblante, esa mirada sobre todo contienen un mundo de recuerdos. No puede volverse la vista al pasado de una manera más gráfica, comprensible y espiritual al mismo tiempo. No es menos recomendable esa niña que si parece identificarse con el dolor de su madre, hace cuanto en ella cabe para distraerla de sus tristes pensamientos, prodigándola infantiles caricias. El conjunto es sentido, no puede negarse; y sin embargo, no es simpático: es que el realismo produce su efecto á despecho de las elevadas condiciones del autor; el realismo que, pese á sus partidarios, produce el efecto del hielo en el entusiasmo del público.

Esta obra ha merecido recientemente el más alto premio en el certamen milanés de escultura; con la particularidad de haber tenido en contra el voto de los únicos tres escultores que formaban parte del Jurado. De fijo que esos três escultores sienten el arte como nosotros lo sentimos.

EL MONUMENTO Á GARIBALDI EN MILÁN, proyectado por los escultores Hector Ximenes y Augusto Guidini

(Proyecto premiado)

Nada menos que tres concursos y cerca de cien proyectos fueron necesarios para llegar á resultado práctico en la empresa de erigir un monumento en Milán al general Garibaldi. Por fin, la unanimidad de votos, menos uno, escogió el proyecto que reproducimos, y que ciertamente no carece de mérito y hasta de cierta grandiosidad si se tiene en cuenta que el autor tenía que ajustar el vuelo de su fantasía á un presupuesto de ejecución no muy holgado (ciento sesenta mil pesetas).

El pedestal del monumento es debido á Guidini: su parte más saliente la constituyen los dos grupos laterales, que representan uno la *Insurrección* y otro la *Libertad*. Lo esencial, empero, de la obra, lo que preocupaba al Jurado y al público era la estatua ecuestre que según condición del certamen debía rematarla. Ximenes ha llenado cumplidamente su cometido. Saliéndose de la vulgar costumbre de proyectar caballo y jinete en movimiento, ha preferido un caballo inmóvil, bien sentado sobre sus cuatro patas, un hermoso corcel de batalla, tranquilo y dispuesto á obedecer la menor indicación de la rienda. El general está perfectamente colocado sobre la silla, sereno, impasible, revelando la perfecta calma que nunca le abandonó en presencia del enemigo, cual si estuviera penetrado de su destino futuro. Viste su legendario poncho y el conjunto de todas las líneas se halla tan bien combinado que de cualquier parte que se contemple la estatua se destaca gallarda y simpática.

LA PUERTA DE SAN LORENZO EN ROMA cuadro de R. Tusquets

Sabe Tusquets de Roma y de sus costumbres más que los mismos hijos de la ciudad eterna. Hasta tal punto conoce sus detalles, que ni aun las ruinas dejan de ser transmitidas por su pincel. El copia el color negruzco que el tiempo imprime á la piedra; él *calienta* sus cuadros con el sol que brilla sobre el Capitolio y el Coliseo; él vive en el presente y en el pasado; en el presente por la verdad de sus copias, en el pasado por la poesía que respiran.

El lienzo que hoy publicamos justifica nuestro concepto. No hay pintor italiano que supere á Tusquets en *ver* á Italia más artísticamente que la *ve* nuestro ilustre compatriota.

LA NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE MILÁN, proyecto del arquitecto José Brentano

(Premio definitivo)

La Catedral de Milán es uno de los ejemplares más bellos y más ricos del arte gótico. Está enteramente construída de mármol blanco y tan sólo viéndola puede la imaginación formarse idea completa de aquel sinnúmero de hornacinas y de agujas delicadísimas que ocupan ó rematan ochocientas estatuas, las más de ellas de recomendable mérito. Por una anomalía, que no se comprende en un pueblo esencialmente artístico, la fachada de ese hermoso templo desdice visiblemente del resto de la obra, quizás porque, como dice Castelar, la Italia no ha podido desprenderse de la influencia del arte heleno-romano, de que el gótico es como la antítesis.

De todas maneras, el adefecio era insostenible y la ciudad de Milán quiso, con buen acuerdo, sustituir la fachada del *duomo* con otra digna del resto de la obra. La ejecución de este pensamiento no era fácil, y durante años enteros, después de estudiar varios proyectos, continuaba la dificultad, cuando Brentano dió solución al arduo problema. Admitido en principio su trabajo, lo rectificó y completó con sumo talento y fuerza de razonamiento, siendo su resultado el que nuestros lectores tienen á la vista.

ADELINA PATTI y su residencia de Craig-y-nos

La célebre *diva* es una artista singularmente favorita de la suerte. Lleva ya treinta años de carrera y ni ha disminuído su belleza, ni su talento, ni su voz, ni los primores de su garganta. En cambio, han sufrido considerable aumento sus triunfos y sus rentas, que la permiten vivir como quien es, como una reina... del arte. Cuando se sale á la escena con la seguridad de obtener una ovación inmensa y de ganar en una noche lo que una familia acomodada gasta en un año, es muy duro renunciar á unas contratas que producen tantas satisfacciones y tantos billetes de banco. Por esto Adelina no las solicita, pero tampoco las rechaza, y en estos momentos ha terminado sus compromisos con la empresa del Teatro de la Opera de París, en cuya capital no había cantado ninguna hacía quince ó diez y seis años, habiendo obtenido un éxito inmenso en el papel de la protagonista de *Romeo y Julieta*, de Gounod.

Cuando sus compromisos cesan, habita comunmente en Inglaterra, en su gótico castillo de Craig-y-nos, donde la riqueza de la instalación compite con la elegancia y el arte y la industria han acumulado sus más bellos productos. Nuestros lectores pueden formar concepto de esta suntuosa morada por las vistas que publicamos en el presente número. Todo esto puede producir honradamente el teatro en nuestro siglo... ¡Cómo han cambiado los tiempos!

HECTOR XIMENES

autor de la estatua de Garibaldi (premio del concurso milanés)

Es uno de los más jóvenes y más ilustres escultores de Italia: tiene solamente treinta y tres años y ninguno ha obtenido en menos tiempo más legítimas é importantes recompensas. A los veinticinco años ganaba un gran premio en Turín, á los veintiocho se le otorgaba en la Exposición internacional de Berlín el único premio designado á los escultores italianos. Concediósele por su estatua el *Equilibrio* que había sido admirada ya en la Exposición Universal de París (1878). Tan buen maestro como buen ejecutante, á los treinta años se le confirió la dirección del Instituto de Bellas Artes de Urbino, en cuya escuela ha formado discípulos que avaloran el caudal de sus conocimientos y la generosidad, llamémosla así, con que da participación en ellos á cuantos acuden sea á su taller, sea á su cátedra.

JOSÉ BRENTANO

autor del proyecto aprobado de la nueva fachada de la Catedral de Milán

Talento de primer orden y modestia á la altura de ese talento; tales son las condiciones relevantes de ese joven arquitecto que, á la edad de veinticinco años, ha obtenido un premio disputado por los más ilustres profesores. Es natural de Milán, discípulo de Camilo Boito, y terminó ha tres años sus estudios en el Instituto técnico superior. Apenas salido de la cátedra, hizo oposiciones á un premio que otorga la ciudad de Siena consistente en una pensión destinada á estudiar en el extranjero las grandes obras de arte. Salió felizmente de su empeño y empleó tiempo y dinero en estudiar las catedrales que mayor analogía tenían con la de su patria. A la vuelta de su viaje artístico, trabajó sin descanso en el proyecto que tan preocupados tenía á sus colegas; y José Brentano, el joven desconocido un día antes, consiguió que su nombre se inmortalice merced á la obra de mayor aliento arquitectónico de la moderna arquitectura cristiana. Su modestia es tan grande que cuando el marqués Vincenti proclamó el fallo del Jurado, estuvo Brentano á punto de desmayarse y la emoción le produjo casi una enfermedad.

SUPLEMENTO ARTISTICO

MANDOLINATA cuadro de Conrado Kiesel (grabado por R. Bong)

Fotografía de Franz Hanfstaengl

Realzar la hermosura natural por medio de un lujoso derroche de accesorios, parece haber sido el objetivo del cuadro de Kiesel, pintor de primer orden cuyas principales obras conocen nuestros favorecedores. La mandolina es un instrumento musical esencialmente napolitano; es como si dijéramos la guitarra del pueblo italiano. Hace treinta años que el compositor Pradilla ganaba un gran premio en Roma con una canción del mismo título de este cuadro, á cuya popularidad han contribuído desde los más aristocráticos conciertos á los más desafinados pianos mecánicos. No sabemos hasta qué punto ha tenido Kiesel presente la composición musical al pintar su delicioso cuadro. De todos modos, esa bella mujer parece expresar los mismos sentimientos que reflejan aquellas notas de Pradilla, la fuerza de la juventud, del amor y de la independencia. Es como si dijéramos la musa del canto popular italiano metamorfoseada por un artista alemán, que esta vez lo ha sido lo menos posible.

MARINOS ILUSTRES

JUAN SEBASTIÁN ELCANO

I

Juan Sebastián Elcano, ó del Cano, que de ambas maneras se le conoce en la historia, aunque del Cano se firmaba él, nació en la villa de Guetaria (Guipúzcoa) en tiempo de los Reyes Católicos, sin que hasta ahora se haya podido inquirir la fecha exacta de su nacimiento, ni nada de lo que atañe á los comienzos de su vida, á sus estudios, al arranque de su carrera. Nada se sabe tampoco de sus padres; sólo sí que tuvo un hermano en la iglesia, el cual no salió de humilde esfera.

Muy mozo, empero, aparece en la expedición naval de Orán, ordenada por el cardenal Cisneros, mandando un bajel de escasas 200 toneladas, el cual no debía de pertenecer á la armada real, sino á su propio peculio, cuando tomó dinero sobre él en Italia y hubo de venderlo luego para pagar á sus acreedores, á quienes no pudo satisfacer el vencimiento del plazo entre ellos estipulado.

Pero como por Real pragmática de 1501 prohibían los Reyes Católicos vender nao ninguna á los extranjeros, siquiera estuviesen naturalizados por carta Real, sin duda para eludir la pena en que incurriera, hubo de permanecer Elcano fuera del reino, hasta que en 1519 aparece otra vez, y ahora establecido en Sevilla, centro entonces de la contratación de las Indias, emporio del comercio marítimo y refugio de la gente de mar.

Sea de ello lo que quiera, Juan Sebastián Elcano vino á ser muy luego uno de los marinos más ilustres, dando su nombre á la fama, cuyas cien lenguas lo repiten con honor y gloria en la posteridad.

¿Y cómo no, si fué el primer navegante que dió la vuelta al mundo?

No fué ciertamente suya la iniciativa de tan audaz empresa; mas por los grandes contratiempos, vicisitudes y desgracias de la misma expedición, si no se aceptan los secretos designios de la Providencia, toda la gloria de tan heroica odisea vino al fin á redundar en honra suya.

He aquí los hechos.

II

El descubrimiento del nuevo mundo, que como en otro génesis surgiera del fondo de los mares al *fiat* de un genio extraordinario, había abierto una era tan gloriosa como heroica en este viejo mundo, llamando á todos los nautas de intuición y aliento á la conquista de soñados reinos, de poderosos imperios, de paraísos terrenales, dormidos allá en remotos y no surcados mares.

Era la época de las expediciones navales, de las grandes audacias náuticas, en que porfiaban casi todos los pueblos de Europa y especialmente España y Portugal.

Entre los muchos y valerosos marinos de este último reino, que ya habían ilustrado su propio nombre y enaltecido el de su patria con viajes, ahora felices, ahora infaustos, siempre gloriosos, había un capitán de mar, hombre de genio emprendedor, ganoso de renombre, avezado á la tormenta, confiado en su genio y muy más en su destino.

Era Fernando de Magallanes.

Magallanes había prestado ya muy buenos servicios á su patria, poseído de la febril exaltación que enardecía á todos los marinos, sólo bien hallados en remotas latitudes y en ignotos derroteros, cuyos peligros despreciaban en la embriaguez de la conquista.

Pero habiendo perdido la gracia de su rey, que, entre otras deficiencias, carecía del único talento indispensable en los reyes, el de conocer á los hombres, abandonó en su despecho su nacionalidad, y acompañado de su amigo y camarada Ruy Faleiro, vino á España á ofrecer sus servicios al emperador Carlos V.

Carlos conocía mejor á los hombres, y desde luego acogió en su gracia al intrépido marino.

Verdad es que la empresa que vino á proponerle no era de despreciar ni de las que se dejan para luego, como quiera que halagaba las ambiciosas miras del emperador, también de suyo dado á exaltaciones febriles y sólo bien hallado en la embriaguez de la conquista, aunque á pie enjuto siempre.

III

Habló Magallanes al emperador de su mejor derecho á las islas Molucas, aunque descubiertas y poseídas por los portugueses, como más inmediatas á los dominios de España que á los de Portugal, según la línea divisoria trazada por el papa entre las posesiones ultramarinas de ambas naciones; y en virtud de sus cálculos, fundados en observaciones propias y ajenas, le comunicó su confianza y sobre ella el gran proyecto de arribar á aquellas islas por un derrotero distinto del frecuentado hasta entonces, es decir haciendo rumbo al O. y pasando luego al S. de América, sin tener que doblar el cabo de las Tormentas. Con esto, quedaría abierto al comercio de especiería y demás productos de las Indias, un camino más fácil y seguro, que sería de grande interés para España, aun sin las otras ventajas primordiales.

Carlos V comprendió á Magallanes sin dificultad ninguna: los genios se entienden fácilmente, máxime si van á un mismo fin. Lisonjeaba sus miras el proyecto del marino, cuya reputación de inteligente y audaz, quedó confirmada en la entrevista por su palabra persuasiva, que revelaba conciencia de lo que decía, y por el desenfado de sus maneras, propias de un hombre enérgico, fuerte y audaz.

Tampoco podía dudar de su lealtad, una vez perdida la gracia de su rey y ganada la suya, que valía cien veces más.

Con esto, estrechó resueltamente la mano de aquel hijo del viento y de la mar, y para ligarlo desde luego á su servicio le ofreció todo lo necesario para su expedición.

De acuerdo en todas las cuestiones que tocaron en esta y otras entrevistas para llevar á cabo la empresa, todas las dificultades quedaron allanadas, inclusa la falta de dinero, de que el emperador no siempre estuvo muy sobrado.

Pero querer es poder para un hombre de genio y más cuando este hombre es emperador.

Ello es que Magallanes tuvo muy presto á su disposición los caudales necesarios para armar y proveer una flota de cinco naves, nombradas la *Trinidad*, *Santa María de la Victoria*, la *Concepción*, *Santiago* y *San Antonio*.

La *Trinidad* que era la capitana apenas medía 140 toneladas, y las demás disminuían de capacidad hasta la última que no pasaba de 90. ¿No era menester audacia, temeridad, heroísmo para lanzarse á remotos y desconocidos mares en naves no mayores que nuestros barcos de cabotaje?

No era ni podía ser más poderoso el número de sus hombres, pues entre los cinco barcos apenas sumaban 240, inclusos los capitanes.

Eran estos: Magallanes, jefe de la expedición que mandaba la *Trinidad;* Gaspar de Quesada, la *Concepción;* Luis de Mendoza, la *Victoria;* Juan de Cartagena, el *Santiago*, y Alvaro de Mezquita, el *San Antonio*.

Sebastián del Cano, mal hallado en tierra, y no menos ansioso de los peligros del mar y del honor y gloria de los descubrimientos, solicitó y obtuvo plaza de maestre en la *Concepción*, muy ajeno, en un modesto destino, de llegar á ser el héroe de la expedición, y ¿quién sabe si impulsado por un fiel presentimiento?

IV

El 27 de setiembre de 1519, después de haber prestado el debido pleito-homenaje, Fernando Magallanes al gobernalle de la *Trinidad*, pasó la barra en Sanlúcar seguido de los otros cuatro bajeles de su pequeña armada.

Sin contratiempo notable arribaron á la costa del Brasil los cinco barcos, y á fines de noviembre del mismo año descendieron á medio trapo reconociendo todas las ensenadas del litoral en anhelo de encontrar en cada recodo de la costa el estrecho ó paso de un mar á otro, objeto de la expedición.

En este reconocimiento hubieron de emplear hasta el último de marzo de 1520 fecha en que dió fondo la flota en la bahía de San Julián, abierta en la costa de Patagonia, habiendo perdido en la travesía el *Santiago*, y casi la esperanza de encontrar el paso que con tanto afán buscaban, cuando ya lo tenían, por decirlo así, al alcance de la mano.

Solamente los corazones bien templados pueden resistir sin desmayo los contratiempos de la fortuna adversa, y apenas de cada cien hombres juntos para una grande empresa hay uno con alientos para pasar por esta prueba, á que está sujeto el triunfo.

Cansados ya de navegar á la ventura por mares desconocidos, y aun de no navegar en aquella tierra estéril; arrepentidos de su heroico arrojo y de su confianza en un temerario aventurero; sin fe en una expedición cuya gloria se había desvanecido; sin el estímulo del pundonor que da la responsabilidad de un empeño, casi todos los compañeros del héroe miraban atrás con despecho recordando las alegres playas de la patria.

Magallanes que notó esta mala disposición de los ánimos dió entrada en el suyo á la desconfianza y se rodeó de los portugueses que llevaba á su servicio, sin curarse de los celos ó rencores que pudiera engendrar en los castellanos esta depresiva preferencia.

Ardía mucho fuego de enojo cerca de Santa Bárbara y había que mojar la pólvora para que no estallara. Magallanes no quiso nunca mojarla, y estalló á la boca del estrecho, que era el hallazgo apetecido y el glorioso triunfo de la expedición.

Sin embargo se bastó á sí mismo con su habilidad y energía, para reducir á los rebeldes, los cuales tuvieron que rendirse á discreción.

En su virtud, el capitán Quesada fué colgado de una entena, y abandonado en la árida é inhospitalaria costa de Patagonia Juan de Cartagena, con un capellán que había alentado la conspiración.

Aunque no del todo aplacado el enojo del almirante, tuvo que ser generoso con los demás rebeldes, porque eran muchos para suprimirlos de una tripulación, escasa ya de suyo, y los ganó á su devoción con su aparente clemencia.

V

Luego que Magallanes restableció la disciplina y reparó las averías de sus barcos, tomándose todo el tiempo necesario, dió orden de hacerse á la vela y continuó su viaje en busca del paso ó estrecho, objeto de la expedición.

El estrecho estaba allí á mano y dió con él al fin, embocándolo con tanta dificultad y tal peligro, que uno de los pilotos hubo de representarle la temeridad de pasar adelante y la conveniencia de volver á España, una vez hecho el descubrimiento apetecido, dejando para otra armada más fuerte el empeño de pasar al mar del Sur.

Saltó Magallanes de la banqueta de popa al oir la representación del piloto, á quien por ser portugués no volteó á la mar en su grande indignación; pero conminó con pena de la vida al que hablara de regreso, y mandó luego adelantarse al *San Antonio*, barco que guiaba el mismo piloto, no tanto para descubrir y avisar la salida del estrecho como para no dejarlo atrás desconfiando ya de su lealtad.

Y no sin razón desconfió del piloto, pues desviando éste su nave del rumbo de las otras, púsose en connivencia con los marineros, no menos descontentos que él, hirió al capitán Mezquita, á quien aseguró, y virando en redondo, tomó la rota de España y arribó á Sanlúcar en días de mayo de 1521.

Grande fué la indignación de Magallanes al saber esta traición, y subía de punto considerando que allí iban casi todos los portugueses, que había llevado consigo, dándoles honra y provecho, que al fin no merecían.

Con esta defección que reducía ya á tres malos barcos los de su flota, y en proporción, sus fuerzas y hasta su autoridad, tuvo que perder de su derecho y allanarse, y pedir consejo á los castellanos para seguir ó no seguir la expedición.

Por fortuna encontró apoyo en el piloto de la *Victoria*, Andrés Martín, el cual, con muy buen sentido y picando el amor propio de todos, sostuvo que, habiendo hecho lo más, era cobardía y necedad no hacer lo menos.

Con esto y una arenga de Magallanes lisonjeando el valor de los castellanos y representándoles la gloria que les esperaba al término de la expedición, quedó decidida la continuación de la campaña, y el 27 de noviembre salieron del estrecho y desembocaron en el mar Pacífico.

Este paso ó estrecho, que lleva el nombre de Magallanes por haberlo descubierto este ilustre cuanto audaz marino, es el brazo de mar que separa la Patagonia, al extremo S. de la América Meridional, de la Tierra de Fuego, por 52° 46' latitud S. y 70° 38'-77° 14' longitud O. teniendo de largo unos 500 kilómetros y una anchura que varía entre 60 y 2.



EL MONUMENTO Á GARIBALDI EN MILÁN

Proyectado por los escultores Hector Ximenes y Augusto Guidini (*Proyecto premiado*)

VI

Los viejos y pequeños barcos de la flota de Magallanes fueron las primeras quillas que surcaron aquel pavoroso mar siempre revuelto y agitado por el furor que engendran las tormentas, y sólo por antífrasis llamado *Pacífico*.

Perdidos en aquella soledad de agua, ya verde, ya cenicienta, pocas veces azul, descubrieron los temerarios nautas un grupo de islas, que llamaron ellos de los *Ladrones* y nosotros llamamos las Marianas, y otro grupo más adelante, que llamaron *San Lázaro* y forma parte del archipiélago filipino.

Echaron áncoras en una ensenada de la isla de Zebú con ánimo de descansar de tantas fatigas pasadas y recobrar fuerzas para las que habían de pasar aún, y fueron recibidos por el rey de aquel país con benevolencia más aparente que real.

Para acabar de granjearse su voluntad, que podía serle de gran cuenta, así para refrescar víveres, como para adquirir datos y noticias, tomó en mal hora Magallanes el empeño de prestarle ayuda en la guerra que sostenía el de Zebú con otro príncipe vecino.

Altas miras se propuso ciertamente; pero fué una imprudencia que le costó la vida. Nunca debe un caudillo arriesgarse á perderla: el cálculo estratégico hace más que la espada. Ni la amistad del régulo valía tanto como la conservación de la escasa gente que restaba para el feliz acabamiento de tan gloriosa empresa.

Así acabó el gran Magallanes: herido, primero, á flechazos y rematado luego á pedradas en una lucha sin gloria.

Verdad es que ya la había ganado de sobra para dejar su nombre escrito con letras de oro en los fastos de la inmortalidad, habiendo descubierto el paso de *Todos los Santos*, como llamó él al famoso estrecho que nosotros en su memoria y honor llamamos de *Magallanes*.

Muerto el insigne marino, jefe de la expedición, nombraron los expedicionarios, para sustituirlo, al portugués Duarte Barbosa, marino á quien faltaban muchas prendas de carácter, el don de consejo y la virtud de la prudencia para desempeñar dignamente el cargo de general que se le confiaba.

El rey de Zebú, cuya benevolencia para con los marinos era antes bien cálculo interesado de temor, que hospitalaria generosidad, luego que vió muerto al jefe de la expedición y tan menguadas sus fuerzas, hubo de imaginar un pérfido proyecto para deshacerse fácilmente de tan molestos huéspedes.

Con este mal propósito, invitó á un banquete en su misma real casa á todos los marinos de la escuadra surta en la ensenada.

Obligado por su cargo á tener prudencia por todos, Duarte Barbosa ni la tuvo por sí mismo y se aprestó á concurrir al convite.

– No vaya vuestra merced, – le aconsejó Elcano, que estaba postrado en cama, muy doliente.

– Aunque fueran otros, – añadió Juan Carvalho, vuestra señoría no debiera ir.

Y lo mismo le aconsejaron Gonzalo Gómez, Juan Poncevera y algunos otros.

Duarte fué, sin embargo, acompañado de veintiocho hombres más, sin desconfianza ninguna. Pero cuando más confiados estaban á la mesa del banquete, cayeron sobre ellos otros tantos sicarios á una señal del reyezuelo; y heridos por las espaldas, allí quedaron muertos los veintinueve marinos.

VII

Tras tantos contratiempos y desgracias, vino á quedar tan reducida la gente de la expedición, que apenas bastaba para el servicio de á bordo. Descontando los deser-



LA PUERTA DE SAN LORENZO EN ROMA, cuadro de R. Tusquets



MANDOLINATA, ...

(SEGÚN FOTOGRAFÍA DE...



...uadro de Conrado Kiesel, grabado por R. Bong

...e Franz Hanfstaengl, de Munich)



LA NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE MILÁN, proyecto del arquitecto José Brentano



ADELINA PATTI NICOLINI

tores del fugitivo *San Antonio*, los castigados á consecuencia de la rebelión, los ocho muertos, sin contar los veintisiete heridos de la refriega de Mactán, en que pereció Magallanes, y los veintinueve asesinados en el banquete, sólo quedaban ya á vida setenta y cuatro hombres de los doscientos cuarenta que salieron de Sevilla.

Por eso, con no mal acuerdo, el piloto de la *Concepción* Juan Carvalho, que reemplazó en el mando á Duarte Barbosa, mandó quemar su nave, que era la más averiada, y repartir entre las dos restantes los efectos útiles de la *Concepción* y los 74 hombres.

Y así continuaron su odisea, arribando á Borneo, donde todavía perdieron algunos hombres más, también por la perfidia de los indígenas.

No era tampoco el portugués Carvalho hombre de condiciones para el mando, en cuyo ejercicio hubo de desmentir la aptitud que se le había presupuesto; sólo tenía buen deseo, pero esto no bastaba para dirigir felizmente la expedición á través de tantos peligros. Con esto cundía la murmuración á bordo de ambas naves entre los mismos que le habían conferido el mando en jefe: hasta que convinieron de común acuerdo en destituirlo buenamente poniendo en su lugar á Gonzalo Gómez de Espinosa, á la vez que nombraron para el mando de la *Victoria* á Juan Sebastián Elcano.

Estos dos capitanes, con el experto maestre Juan de Poncevera, formaron por el mismo voto de la gente una especie de consejo con autoridad suprema para tratar de todos los asuntos é intereses de la expedición.

Este consejo resolvió entonces hacer rumbo al Maluco, y en esta travesía hicieron escala en las islas de Joló y de la Especiería, no sin dificultades y contingencias suscitadas por los indígenas, que les salían al encuentro en sus ligeras canoas, animados de un espíritu de odio y hostilidad.

En este país fueron honrosamente acogidos por el rey de Tidor, que no desconociendo las ventajas del comercio con los europeos, quiso enviar ricos presentes al emperador Carlos V, para granjearse su amistad, permitiendo á sus huéspedes cargar especiería fina, cuando llegó á noticia de éstos el enojo del rey de Portugal, á causa de aquella expedición, y el envío de armados bajeles para cortarles el paso; y con esto, aunque de buena gana hubieran prolongado su estancia en el país para sellar con el rey un tratado de amistad y favorecer al mismo tiempo la convalecencia de los enfermos, hubieron de acordar que mientrás reparaba sus averías la *Trinidad* para partir por Oriente en demanda de Nueva España, siguiera su viaje la *Victoria* con rumbo al Occidente.

El día 21 de diciembre de 1521 se hacía á la mar la *Victoria* al mando de Elcano, separándose así los compañeros de tantos peligros y fatigas, con lágrimas en los ojos. ¿Quién hubiera podido decir si se volverían á ver?

No era ya desconocido el derrotero que habían de seguir las naves, cada cual en su rumbo y opuesta dirección; pero aun había que correr muchos peligros, en el estrecho de Magallanes por un lado, en el cabo de las *Tormentas* por otro, y por todos, los cruceros de los audaces hijos de Lusitania, émulos de Vasco de Gama, que no se darían punto de reposo para cortarles el paso y la garganta quizá.

Pero al fin se consolaron unos y otros, poniendo, como buenos cristianos, sus destinos y esperanzas en la Estrella de los mares, patrona de los nautas y abogada de los desamparados.

Y allá va la pobre nave á merced de las olas y los vientos con las gloriosas reliquias de la expedición. ¡Dios la lleve á buen salvamento!

VIII

En esta travesía, último esfuerzo hecho en tan heroica odisea, tan larga como penosa, surcó la *Victoria* el mar Indico por los 35° de latitud S., y doblando, en fin, el cabo de las *Tormentas*, mejor que de *Buena Esperanza*, pues hubieron de perderla en paso tan peligroso, arribaron por milagro de Dios á las islas de *Cabo Verde*, habiendo perecido en la demanda hasta veintiocho hombres de los sesenta que salieron de Tidor, inclusos trece indígenas.

En la necesidad de reparar averías y refrescar víveres, tan luego como echaron áncoras, saltó en tierra el contramaestre con doce marineros, obedeciendo órdenes del capitán Elcano; pero no bien hubieron abandonado el esquife, cuando fueron presos por mandado del gobernador de Santiago, cuyo atropello, contrario á toda noción de derecho natural y de gentes, no paró aquí para mayor contratiempo, pues todavía intentó apoderarse de la *Victoria*.

Pero apercibido Elcano á tiempo de las injustas miras de tan violenta autoridad, levó otra vez áncoras y se hizo á la mar, resignándose á la pérdida de aquellos hombres.

Por fin, después de grandes trabajos y peligros, corridos sobre aquel armazón de viejas y quebrantadas tablas que apenas se sostenían juntas en medio del oleaje que más y más las quebrantaba y desunía, orgullosa de sus heridas, triunfante con sus despojos y cargada de gloria, sino de plata ni oro, entró la *Victoria* en el puerto de Sanlúcar el día 6 de setiembre de 1522, á los tres años menos 4 días de haber salido del mismo punto, habiendo cortado su quilla *catorce* mil leguas de agua. De los 240 hombres que salieron á la expedición sólo volvían 17, más cuatro indígenas de Tidor.

Dos días después ya en Sevilla, los heroicos circunnavegantes fueron en devota procesión á Nuestra Señora de la Victoria en hacimiento de gracias y en cumplimiento de un voto hecho en trance peligroso; y algún tiempo después, el capitán Elcano y dos compañeros de expedición se trasladaron á la corte, en Valladolid entonces, á donde los llamaba el emperador.

El César los recibió dignamente haciendo á Juan Sebastián todo el honor que merecía por su extraordinario y glorioso servicio. Señalóle una pensión de quinientos ducados de juro vitalicio, y para que en la posteridad no se olvidara la memoria de hecho tan heroico, dióle escudo de armas cuyo yelmo tenía por cimera un globo terráqueo con este lema: *Primus me circumdedisti.*

IX

Con los datos que Juan Sebastián trajera de su viaje de circunnavegación, hubo de resolverse en favor de España la cuestión de pertenencia de las islas Molucas, que poseían los portugueses, y el emperador trataba de tomar posesión de ellas, con cuyo objeto mandó preparar otra armada de más poder en la Coruña. Constaba ésta de siete bajeles mayores y más fuertes que las naves de la primera expedición, y de 450 hombres de dotación, inclusos algunos nobles, que ansiosos de gloria y fama se alistaron voluntariamente. Y todo bien dispuesto, á los tres años escasos, se dió el mando superior al general D. García Lope de Loaisa, y como garantía de buen éxito, se nombró capitán del *Sancti Spiritus* á Elcano, con el cargo de piloto mayor y la investidura de segundo de la armada, como el único marino que á su conocimiento de la náutica reunía la experiencia ó práctica de los ignotos derroteros que habían de seguirse en aquella segunda expedición.

El 24 de julio de 1525 hízose á la mar la flota compuesta de la *Victoria*, *Sancti Spiritus*, *Anunciada*, *Santa María del Parral*, *San Lesmes*, *San Gabriel* y *Santiago*, y pasada sin accidente notable la línea equinoccial, fondeó en la isla de San Mateo á los 2° 30' latitud S.

Con la esperanza segura de realizar su misión llegando felizmente á su destino, pues iba allí Juan Sebastián, el argonauta, como piloto mayor, siguieron los expedicionarios su rumbo en demanda del paso de Magallanes. Pero no siempre responden á risueñas esperanzas los arcanos decretos de la suerte; y esta expedición, con tener más recursos, poder y garantías que la anterior, había de ser desastrosa.

Antes de dar con la boca del estrecho hubo de estallar un temporal formidable que separó las naves, corriendo unas hacia el Sur, encallando otras en la playa y estrellándose alguna contra las rocas, como sucedió al *Sancti Spiritus*, con ser la nave del piloto mayor.

Aquí perecieron nueve hombres, y Elcano con los demás náufragos se acogieron á bordo de la *Anunciada*, ni sanos por el quebrantamiento de cuerpo y alma, sufrido en el naufragio, ni salvos por el inminente peligro de otra más funesta catástrofe.

Por fin pudo reunir otra vez la maltratada escuadra en la bahía Victoria, de donde ya repuesta y pasado el temporal se hicieron á la mar de nuevo.

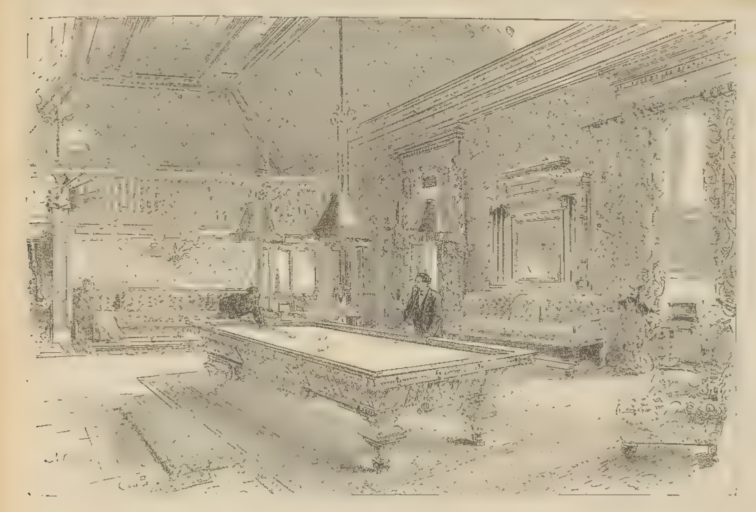
Después de muchos peligros y no pocos trabajos y afanes, desembocaron los audaces nautas el estrecho, donde hierven siempre las aguas engendrando tempestades, y entraron en el mar Pacífico; pacífico por retórica figura,



EL CASTILLO DE CRAIG-Y-NOS, RESIDENCIA DE ADELINA PATTI



SALÓN DEL PIANO EN EL CASTILLO DE CRAIG-Y-NOS



SALÓN DE BILLAR EN EL CASTILLO DE CRAIG-Y-NOS

pues continuaron las tormentas, peligros y afanes, dispersándose otra vez la escuadra.

Los restos de ella cortaron el Ecuador el 26 de junio, y el 30 del mes siguiente, hallándose perdida en la soledad de los mares la nave capitana, haciendo agua por todas las junturas de sus tablas, con escasos víveres para la gente, enferma toda ó quebrantada de fatiga, con sus dos jefes enfermos también y afligidos y desesperados de tantos males sin posible remedio, el general García Lope crispó los puños sobre su frente, y mirando al inclemente cielo, cerrado de tempestuosas nubes, dió un recio suspiro y murió.

Abriéronse entonces los pliegos reservados del emperador, escritos en previsión de este caso, y en cumplimiento de la imperial voluntad fué reconocido Juan Sebastián Elcano por capitán general de la armada expedicionaria.

Pero el célebre marino no podía ya ejercer las altas funciones de su honroso cargo en la armada, porque ni había ya armada, ni le restaba ya á él aliento de vida.

En efecto, postrado por la enfermedad, hija cruel de la fatiga y el dolor, entristecido por tantas desgracias y miserias y despechado de ver desvanecida como vano humo la gloria de esta otra expedición, siguió al almirante á mejor vida, pudiendo apenas sobrevivirle cinco días, pues murió el 4 de agosto. Así acabó Juan Sebastián del Cano.

Pero bastará siempre á la gloria de su nombre y de la marina española, el recuerdo de su primera y heroica expedición.

Elcano fué el primer marino que dió la vuelta al mundo.

Primus me circumdedisti.

FEDERICO VALCARCEL

LA NOVIA DE MI AMIGO

–¡Carlos!

–¡Chico!

Estas dos exclamaciones lanzamos simultáneamente mi amigo Carlos y yo, – ó yo y mi amigo Carlos, como decían acaso con menos urbanidad, pero desde luego con más franqueza los antiguos, – digo que esas dos exclamaciones lanzamos casi al mismo tiempo Carlos y yo al encontrarnos frente á frente en uno de los arrecifes del paseo de Recoletos: á la exclamación de sorpresa y de alegría siguieron los abrazos de cariño fraternal, á los abrazos la siguiente conversación que pondrá á Vds. al corriente de varias cosas.

– ¡Cuánto tiempo sin vernos!

– Cinco años: digo, me parece... Eso es, justo, cinco años hará el mes que viene.

– Desde que abandoné el servicio.

– Dichosos y bienaventurados los que pueden abandonar ciertas cosas y sobre todo ciertos servicios.

– Supongo que almorzaremos juntos...

– Muy buen supuesto.

– ¿Adónde vamos? ¿A Fornos? ¿Al Inglés? – Yo soy, puede decirse, forastero en Madrid y he perdido la brújula: ya no sé, – como sabía antes, – dónde se almuerza, ni dónde se come, ni dónde...

– Por hoy no hay necesidad de que sepas nada: te llevo á mi casa.

– ¿Pero tú no vives ya en la fonda?

– No: ya verás y ya sabrás algo que te causará placer y asombro juntamente. Pero ahora calla y sígueme.

Y callé y le seguí porque, á fuer de militar amante de la disciplina, era yo por entonces obediente como colegial. Pocos minutos después penetrábamos Carlos y yo en un *hotel* (y la Academia me perdone; pero así lo nombran las gentes) que según Carlos me explicó era suyo y en el que tapiceros, ebanistas y otros operarios trabajaban afanosamente á lo que pude ver cuando atravesábamos las primeras habitaciones.

Cuando hubimos llegado al despacho de Carlos, éste dió órdenes para que lo más pronto posible nos preparasen el almuerzo y entre tanto, á fin de esperar con menos impaciencia, mandó que nos sirviesen un Jerez, que según me advirtió me había de gustar (y me gustó efectivamente) y unos *tabacos* que fueron también muy de mi agrado.

Mientras los criados iban en busca del Jerez, Carlos tomó mi brazo y comenzamos á pasear por su espacioso y elegante despacho continuando nuestra conversación.

– Ya lo ves, querido, estamos instalándonos.

– ¿Estamos?

– Sí; estamos: voy á casarme.

– Me lo había figurado: ¿cuándo es la boda?

– Pasado mañana. De manera que el tiempo apremia y aquí me tienes hace quince días dirigiendo los trabajos y mandando batallones de tapiceros y de adornistas, como ha tiempo mandaba compañías de coraceros ó de húsares. ¿Y tú no piensas en casarte?

– Esa empresa no puede ser acometida por los pobres militares de misa y olla. No todos tenemos ¡ay! un tío cariñoso á quien se le ocurra morirse y dejarnos, como recuerdo, un par de millones.

Llegó en esto el Jerez; lo paladeamos Carlos y yo como inteligentes en la materia; era legítimo: del propio Misa; ¡Misa de gloria!

– Es obsequio especial del cosechero, – dijo Carlos; – de esto nada viene á Madrid: casi todo se exporta para Inglaterra.

– ¡Pícaros ingleses! No merecen ellos esto para quitarse el mal gusto de sus endemoniadas cervezas. Ya tengo un motivo más para aborrecerlos... Pero sepamos... ¿Con quién te casas? ¿Es hermosa la novia? ¿es rica?.. ¿es buena?

– Hermosa y buena es.

– Es suficiente: es lo principal. Aunque no estuviera de sobra lo de rica. En fin, para tí eso poco importa. Vamos, haces un matrimonio de amor.

– De agradecimiento.

– ¿Pues?

– La novela de siempre; novela que nos parece inverosímil hasta que nos acontece á nosotros: una caída del caballo; una herida grave; una enfermera, hermosa como los ángeles, que se nos aparece cuando recobramos el conocimiento y que después nos atiende con dulce solicitud, nos cuida con cariño, se duele con nuestros dolores, sufre con nuestros sufrimientos y que así, poco á poco, va apoderándose de nuestro corazón hasta que un día lo buscamos aquí, dentro del pecho, y nos encontramos con la novedad de que el inquilino ya no está en casa.

– Pero eso es toda una novela.

– Ya te lo había yo dicho.

– Y ¿dónde han ocurrido todas esas cosas?

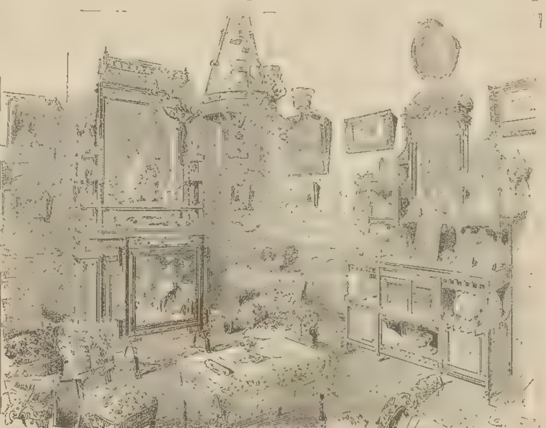
– En Pozuelo.

– Pues qué, ¿has vivido en Pozuelo? ¡Buen país de pesca!

– Sí; accidentalmente. Hastiado, fatigado de la agitación de las grandes poblaciones; amargado mi espíritu por un desengaño amoroso que me había herido profundamente; sin hallar consuelo en esos amoríos fáciles de los bailes de máscaras; enfermo, en fin, de alma y de cuerpo, determiné hacer, durante algunos meses, vida de campo, casi salvaje. Mi tío poseía en Pozuelo una casa donde solía pasar el verano y allí me fuí.

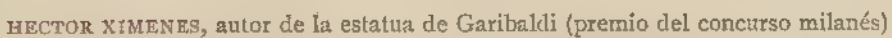
– Y allí ¿vivía ella?

– Sí: vivía con su madre, en la casa inmediata. Vivían



GABINETE DE ADELINA PATTI

INVERNÁCULO EN EL CASTILLO DE CRAIG-Y-NOS

HECTOR XIMENES, autor de la estatua de Garibaldi (premio del concurso milanés)



JOSÉ BRENTANO, autor del proyecto aprobado de la nueva fachada de la Catedral de Milán

en completo y absoluto retraimiento. Sin el incidente que me hizo conocerla, fácil es que ni aun nos hubiéramos saludado nunca.

– Pero, digas lo que quieras, es un matrimonio de amor.

– Lo es indudablemente; pero este amor que siento ahora no se parece en nada á esos amores vehementes, volcánicos, impetuosos que en otras ocasiones he sentido. María es para mí, más, muchísimo más que la mujer amada, es la señora que uno estima, la dama que uno respeta. No siento por ella esos arranques apasionados llenos de ardor que matan y que por otra he sentido; pero soy completamente feliz á su lado; necesito de su presencia para considerarme dichoso. Su mirada tranquila y pura, su sonrisa dulce, su voz cariñosa me transportan á vida completamente distinta de la que hasta hoy he vivido y parece como que responden á nuevas y más dignas aspiraciones de mi alma.

– Precisamente: nada, nada, clavado, el amor del marido. Todo eso significa que envejecemos, querido Carlos.

– ¿Que envejecemos?... Sea: no te lo niego; pero vamos á ver... ¿No envejeces tú del mismo modo?

– ¡Pche!... Yo creo que sí. Por lo menos en otra época no me habría sucedido lo que hace pocos meses me ocurrió en París con una mujer...

– ¿Guapa?

– ¡Guapa! ¡guapa!... ¿Qué quiere decir guapa? Eso no es nada. Era hermosísima; divina, encantadora... El número uno de las mujeres hermosas.

– Bien ¿y qué?

– Nada... que esa mujer bellísima como una escultura griega, altiva como una emperatriz, candorosa como una niña de seis años (al parecer, por de contado), resultó luego una tal *Haydée Coralie*, aventurerilla vulgar, concurrente á *Mabille* y á *Folies Bergeres*, que había sido durante muchos años escándalo de las gentes más perdidas de la gran ciudad.

– Pero hasta ahora no me has dicho lo que te sucedió con esa *Coralie*.

– ¿Qué me sucedió? Casi nada. Sólo de recordarlo se me altera la bilis. Que la tomé por una virtud y la declaré por escrito, como un idiota, mi atrevido pensamiento... ¡No se reiría poco de mí la tal... individua!

– ¿Y ella?

– ¡Ella!... ella no me hizo caso. Calculo me tomaría por un bobo. Yo la perseguía constantemente; ella huía constantemente de mí.

– Pero si concurría á *Mabille* y á *Folies Bergeres*... bien pudiste hablarla en esos sitios.

– Te diré, te diré: yo no supe esto hasta mucho tiempo después. Además yo no podía presentarme muy descaradamente en sitios públicos de París: viajaba de incógnito: estábamos conspirando.

– Eso; conspirabas persiguiendo costureras y cancanistas.

– Hombre, no quita lo uno á lo otro. Si para todo hay tiempo de sobra. Además, ya te lo he dicho, yo no sabía que aquella hermosa mujer, que me traía desesperado, fuese una cancanista.

– ¿Y cómo supiste?

– Pues verás. *Coralie* nunca salía sola. Una tarde en que casualmente la encontré sin una mujer que, de ordinario, la acompañaba, me acerqué á ella. La hablé en francés, la hablé en castellano, la hablé en italiano; como si la hubiese hablado en ruso ó en sanscrito. Le pregunté... qué sé yo lo que pregunté. Ella guardó profundísimo silencio y sólo advertía yo que era oído porque cada vez aceleraba más el paso. De pronto advertí que, con disimulo, dejaba caer en el suelo algo que á mí me pareció una carta. Me bajé á recogerla: era una tarjeta en que estaban escritas estas palabras: *Haydée Coralie, couturiere. – Rue* (no recuerdo cuántos). Cuando volví á mirar, la costurera había desaparecido. Aquella noche misma los amigos del café á quienes mostré la tarjeta me enteraron de quién era mi ídolo y de toda su vida y milagros... ¡Buena muchacha! Pero así y todo era muy guapa, y si yo hubiera sido joven todavía, te aseguró que no se hubiese divertido conmigo, como lo hizo... Pero, muchacho, con una y la otra me olvido de que tengo el tiempo tasado. Te agradezco el almuerzo y más aún este buen rato y te dejo.

– Hombre, me ocurre una idea magnífica.

– Venga la idea.

– ¿Por qué no eres testigo de mi boda?

– Imposible.

– Si es la cosa más sencilla del mundo.

– Para tí, sí; pero no todos somos iguales. Yo he de pasar mañana la revista en Valladolid. Te prometo que al día siguiente de la boda, vengo á darte mil parabienes y á que me presentes á tu María.

– Está dicho.

Cumplí mi palabra. Yo había querido mucho á Carlos, que era excelente muchacho y amigo como ya hay muy pocos, y á la primera ocasión aprovechable torné á Madrid y me presenté en su casa.

Carlos me recibió con los brazos abiertos; era, según me dijo, completamente feliz: su mujer le quería con delirio... y... – Voy á presentártela, – dijo poco después.

Y me la presentó efectivamente; ¡ojalá no me la hubiese presentado! Cuando la ví estuve muy á punto de dar un grito, por fortuna logré dominar mi emoción; pero me despedí cuanto antes y no he vuelto á su casa. En la mujer de Carlos, en *su María*, como él la llamaba, reconocí á *Coralie couturiere*.

A. Sánchez Pérez

Trenes de maderas flotantes transportados por mar. – Los negociantes de maderas de Nueva York habían intentado una empresa extraordinaria, consistente en transportar por mar una enorme armadía de 27000 troncos de árboles remolcada por vapores; pero una tempestad hubo de malograr el ensayo.

No se desanimaron por eso los negociantes y al fin lo han repetido con éxito satisfactorio. En efecto, el 11 de agosto del corriente año, un tren colosal de maderas hacía su entrada triunfal en la rada de Nueva York, procedente de Nueva Escocia, á 11000 kilómetros de distancia.

El tren ó armadía, tenía la forma de un huso con una longitud de 181m,50; 16m,75 de latitud, y 11m,60 de profundidad. En su centro medía 45m,75 de circunferencia y conservaba esta misma dimensión en una longitud de 120 metros, estrechándose gradualmente los extremos hasta 14m,50 de circunferencia.

Una enorme cadena, hundida en la construcción, atravesaba el sistema en toda su longitud, dando salida por sus extremos á los ramales de remolque. Los 20000 troncos que formaban el tren, estaban sujetos por cinturones paralelos, que estrechaban poderosamente el conjunto, y se componían alternativamente de cadenas de hierro y cables de acero. Gracias á estas precauciones la masa podía resistir los embates de la mar y acaso una tempestad. Pero por fortuna, el buen tiempo favoreció la empresa.



Llegada del tren de madera de Joggins á East-River

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VII — BARCELONA 17 DE DICIEMBRE DE 1888 — NÚM. 364

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

CABALGATA EN HONOR DE COLÓN

con motivo de la Exposición Universal de Barcelona

Proyecto y dirección de D. J. L. Pellicer

Dedicamos por completo la sección de grabados del presente número á reproducir vistas, grupos y detalles de la celebrada cabalgata organizada en honra del inmortal Cristóbal Colón, formando parte de las fiestas con que la ciudad de Barcelona ha festejado la primera Exposición universal española. No es tan fácil como á muchos se les figura disponer espectáculos públicos que merezcan generales simpatías y aplausos, y los que dirigen cargos á quienes los disponen por su falta de inventiva, deberían medir la suya poniéndose á prueba en análogos casos. Las cabalgatas alegóricas ó históricas han sido casi siempre incluidas en los programas de las fiestas populares en razón á que si bien de una parte son múltiples y no fáciles de combinar los elementos que á ellas concurren, de otra parte su lado pintoresco é instructivo impresiona á la multitud, que puede contemplarlas cómodamente merced á una carrera adoptada en proporción al número de espectadores que se presume han de acudir á presenciarla. Las primeras capitales de Europa las vienen efectuando y todavía no se ha extinguido en Florencia el efecto causado por la que se organizó con motivo de la inauguración de la nueva fachada de su famosa basílica.

En Barcelona son de antiguo conocidos esos espectáculos: cuando á principios del siglo vinieron á esta capital en una ocasión el rey D. Cárlos IV y en otra ocasión Fernando VII, ya se dispusieron lo que entonces se llamaron *mojigangas*, de carácter especialmente alegórico-mitológico, gusto dominante en aquel entonces, bastante bien combinadas según es de ver en grabados de la época. Con procesión ó cabalgata representando la entrada de Cristóbal Colón en Barcelona fué obsequiada la reina doña Isabel II la última vez que ha visitado nuestra ciudad, y no ha olvidado ésta por cierto con cuánto aplauso y en distintos carnavales organizaron cabalgatas algunos jóvenes pertenecientes á humorísticas sociedades, compitiendo en felices concepciones realizadas con el mayor lujo, propiedad y buen gusto.

Ardua cosa era, por lo tanto, llamar la atención de vecinos, forasteros y extranjeros con un espectáculo de esa clase, mayormente cuando los organizadores no podían contar, como en otras capitales, con el concurso material de muchas familias que allegan valiosos elementos propios para el mayor esplendor de tales actos. En nuestra ciudad, siempre que de festejos oficiales se trata, aíslase á la corporación que los dispone, á cuyo cargo se deja correr todo, absolutamente todo, reservándose el público el derecho de criticar si la cosa *no da gusto á los señores;* ó en último resultado, hincar el diente de la maledicencia en el capítulo de gastos, como si todo se lo diesen de balde al desdichado que tiene la mala idea de divertir al prójimo. Insiguiendo esta costumbre, los organizadores de la cabalgata

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA. – CABALGATA EN HONOR DE COLÓN



CARRO DE EUROPA, PROYECTO DEL SR. PELLICER

Colón apenas si pudieron contar con la cooperación del Capitán General de Cataluña, que facilitó el conveniente número de soldados de diferentes armas, del Municipio que destinó algunos bomberos y brigadas de operarios, de los socios del taller *Baldufa* que concurrieron personalmente á ocupar los sitios que les fueron designados, y de varios individuos del *Círculo Artístico* que cooperaron al éxito con el caudal de sus conocimientos.

Con semejantes elementos y la recomendación indispensable de gastar lo menos posible, nuestro director artístico Sr. Pellicer tomó a su cargo el empeño de representar á todas las regiones del globo congregadas para rendir un tributo de admiración al inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

Razones fáciles de comprender nos impiden elogiar debidamente el trabajo realizado por aquel ilustrado artista; pero en este injusto silencio no podemos comprender á sus distinguidos cooperadores, cuyos nombres consignamos con el mayor gusto. Fueron estos.

Sr. Pascó, proyectista del carro alegórico de la Oceanía: busto de Colón modelado por el Sr. Tasso.

Sr. Llorens, del carro Africa: esculturas del Sr. Nobas.

Sr. Riquer, de los carros Asia y América: esculturas del Sr. Carbonell.

Dibujante de figurines y arreglo de trajes, Sr. Labarta.

Dibujos de palanquines, carretas, trineos, antorchas y otros accesorios, Sr. Vilumara.

Tallista, Sr. Rabauta.

Lampistería, Sres. Riera y Mestres.

Atrezo, Sr. Tarascó.

Pasamanería, Sres. Torres y Renóm.

Sastrería, taller del teatro de *Novedades*, propiedad de D. Ignacio Elías.

Jardinería, Sres. Oliva, Chaves, Batlle y Simó.

Electricistas, Sociedad Española, Anglo-española y Sr. Coca.

Pirotécnicos, Sres. Saura y Garreta.

Tapicero, Sr. Duch.

Construcción de coches, Sr. Riera.

Banderas, Sres. Rays y Medina.

Entoldados, Sres. Vilanova hermanos.

Centenares de miles de personas pudieron juzgar, especialmente en la segunda salida de la cabalgata, hasta qué punto esos artistas cumplieron su cometido. Lo que no pudo apreciar esa inmensa masa de público son las circunstancias especiales que concurrían en la obra, dignas de tenerse en cuenta porque avaloran la conciencia y fidelidad con que en aquella se hallaban representados hombres y cosas. Consignamos, pues, que buena parte de los trajes que figuraron en el espectáculo eran auténticos, á lo cual contribuyó la diversidad de gentes reunidas de distintos países del mundo en Barcelona á causa de la Exposición Universal; que otro considerable número de vestidos se confeccionaron con telas y accesorios provenientes de los pueblos á que aquellos pertenecían, y que los peculiares de cada region española se trajeron de las respectivas provincias figuradas; merced á lo cual las adquisiciones hechas pueden aplicarse á ser base de un Museo que, oportunamente fomentado, ha de ser grandemente curioso y de utilidad incontestable. Los detalles ó accesorios, trineos, carretas, palanquines, armas, utensilios, fueron cuidadosamente reproducidos según los mejores datos y documentos conocidos, pudiendo asegurarse que raras veces un espectáculo tan complicado y heterogéneo ha sido dirigido con mayor conciencia y conocimiento de causa.

Ahora bien, el total de gastos ocasionados para reunir tantos y tan poco asequibles elementos, ha sido de 85,000 pesetas; de suerte que calculando en medio millón el número de espectadores, puede decirse que tan brillante fiesta resultó costar á razón de unos quince céntimos por espectador. Este detalle podrá no ser artístico; pero demuestra á cuán poca costa puede darse cabida al arte en las fiestas populares.

Tenemos á la vista una curiosa nota de la organización ú orden que rigió en la cabalgata: ella demuestra con cuánto esmero se procuró y consiguió que el mundo entero estuviese debidamente representado en esa apoteosis del inmortal genovés. – El mundo á Colón – tal era el asunto obligado de la cabalgata, y en realidad pudimos hacernos la ilusión de que los representantes del mundo todo se habían congregado en nuestra ciudad con tan plausible y justificado motivo.

Nuestros favorecedores verán con gusto la reproducción fiel de las principales partes de ese espectáculo que honró igualmente á los que lo concibieron, á los que lo dirigieron, á los que lo ejecutaron y á la ciudad en que ha tenido lugar.

Las viñetas que se publican son todas dibujadas por el Sr. Pellicer y las fotografías de los señores Audouard y C.ª



CABEZA DE LA COMITIVA

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

FIESTAS DE CLAUSURA

¡Digno remate de las que se celebraron en brillante serie no interrumpida por espacio de seis meses! Era de esperar.

Como las mujeres hermosas que no deben su reputacion ni á casamenteras ni á vecinas, la Exposición fué adquiriendo la fama por sí misma, desde el día de la apertura, sin gran propaganda y aun á despecho de ella.

Siendo así, podía contar desde luego con que á su cierre acudiría inmenso gentío de forasteros rezagados, última y definitiva suma de los que fué atrayendo el éxito.

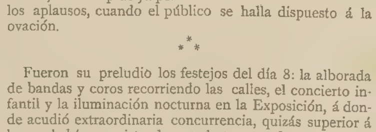


LOS ESTANDARTES DE BARCELONA, CASTILLA Y ARAGÓN

El mundo oficial tampoco había de faltarle, por las mismas causas. Acudir á las filas desde el principio de una empresa de dudoso resultado, es caso de consulta, pero figurar en una apoteosis final, aclamada ya por la opinión, es .. deber que no se elude sin pena. Un moralista mezclaría algun acíbar en esta observación; no hay para qué. El hecho parece muy natural y muy humano. El entusiasmo del triunfo es tan comunicable que, sin grande inconsecuencia, sin acordarse para nada de la abdicación, muy buenamente, muy candorosamente, muy desinteresadamente, quién más, quién menos, todos queremos parte en la victoria. Inclusos aquellos periodistas, ó poco celosos ó adversarios de la empresa, pueden muy bien quejarse á última hora de faltas de consideración... ¿por que nó?

Por otra parte, Barcelona tenía derecho á mostrarse satisfecha viendo llegado con toda felicidad el término de su esfuerzo y cerrado con inesperado éxito el período de su vida más fecundo en enseñanzas y más fértil en resultados para su nombradía.

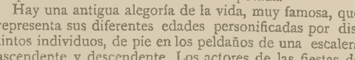
No es de extrañar pues, que con tal afluencia de gentes, con tal apoyo y en tal estado los ánimos, las fiestas de clausura hayan resultado espléndidas, como el golpe final de un drama, interrumpido ya por los aplausos, cuando el público se halla dispuesto á la ovación.



* * *

Fueron su preludio los festejos del día 8: la alborada de bandas y coros recorriendo las calles, el concierto infantil y la iluminación nocturna en la Exposición, á donde acudió extraordinaria concurrencia, quizás superior á la que habíamos visto durante la temporada.

Hay una antigua alegoría de la vida, muy famosa, que representa sus diferentes edades personificadas por distintos individuos, de pie en los peldaños de una escalera ascendente y descendente. Los actores de las fiestas de la Exposición se han presentado por el mismo orden que su representación ó su edad les asignaría en la escalera, empezando por el más alto descansillo y acabando por el último peldaño. Inauguró el certamen la Reina y lo cierran unos niños cantando un coro, no sin que antes entornen ya la puerta los estudiantes ¡la esperanza de la patria... revoltosa, que tan gran papel representa hoy por hoy!... De modo que aquí hubo función para todos: para las madres inclusive. Porque el concierto infantil de los alumnos de la Escuela municipal en el salón de Bellas Artes, y el himno que cantaron luego en el hemiciclo, rodeados por cariñosos, animados, innumerables espectadores, resultaron fiestas muy bellas, gracias principalmente al concurso de las madres ó las que lo parecían.



No quiero ofender ni postergar con esto á los tiernos alumnos. ¡Cuánto se ha escrito y seguramente se escribirá todavía acerca de los niños y de su edad inocente!

COCHE RUSO

¡Cuánto dirían sus panegiristas de aquel grupo de cantores en miniatura con sus estandartes diminutos, y de sus voces angelicales, que tenían en suspenso al bondadoso auditorio!... Vuelvo, sin embargo, á mi idea: la intensa emoción y la candorosa bondad con que las señoras les escuchaban, era lo más interesante del espectáculo; pues en cuanto al resto (perdóneseme el prejuicio algo anticuado tal vez) la moda de esas festivales, bailes, funciones de teatro, y hasta corridas de toros, infantiles, ni me parece tan hermosa y alegre como se imagina uno antes de tales espectáculos, ni los niños están para que los grandes los exhiban en público lo mismo que muñecos. El niño, poesía viviente en casa (y no todas las horas del día) pierde su atractivo en cuanto se convierte en espectador ó actor, y sabe que le miran y atienden. Su gracia consiste en su naturalidad y en la ignorancia del artificio, y el espectáculo público es todo lo contrario: artificio y carencia de naturalidad; con que siempre hay algo de penoso y torpe en la exhibicion, que choca por inesperado y en realidad poco gracioso.

* * *

Después del *Te Deum* que fué por la mañana del 9, salió de las Casas Consistoriales la comitiva oficial para dirigirse á celebrar la ceremonia de la clausura. La precedían con la correspondiente guardia á caballo los estandartes, banderas y enseñas de las principales naciones del mundo, en representación de las que concurrieron al certamen. Era de efecto vistoso ver descollar por encima de la multitud tantos y tan multicolores trofeos en los que llameaba el sol, ó destacarse á lo lejos sobre el tostado color de los árboles, sumergidos en esa luminosa y melancólica bruma del ocaso en otoño. Iba detrás á pie el numeroso cortejo de tales ceremonias, siempre más ostentoso que brillante, gracias á lo poco ó nada pintoresco del traje moderno. Empleados de la Exposición y periodistas; miembros del Jurado é individuos del Consejo general; cónsules y representantes del ejército y de la armada;

magistrados y Cabildo, Junta Directiva, Comisario regio, Diputación, Ayuntamiento, todos habían concurrido, todos desfilaban con sus bandas, sus cruces y sus veneras, así los que cooperaron á la dirección de la obra, como los que sirvieron de figura decorativa en las grandes solemnidades que trajo consigo... Era aquella la última!

Cuando la comitiva llegó al arco de triunfo, le era casi imposible circular por entre el gentío que abría calle penosamente; cuando subió las gradas del Palacio de Bellas Artes, y entró en el gran salón, el espectáculo animado que se ofrecía á los ojos era indescriptible. Las galerías, atestadas de espectadores; la planta baja, cubierta de apiñada muchedumbre que se empinaba en las sillas, en los zócalos de las estatuas para ver pasar. Los órganos rompieron con majestuosas sonatas y con sus voces solemnes resonando por el inmenso ámbito, comunicaron un punto de religiosa majestad al acto, cual si se celebrara bajo las bóvedas de un templo.



MACEROS Y TROMPETEROS

Junto al dosel del fondo de la sala, á tan larga distancia, aparecían empequeñecidos aquellos personajes. Se levantó el Comisario régio y pronunció su discurso; voces sueltas é ininteligibles y alguna que otra palabra llegaban á nuestros oídos. Se levantó el Sr. Rius y Taulet, y aunque esforzaba la voz, sólo alguna frase pudo entender el concurso. Pero no importaba ciertamente. Cualquiera que fuese el sentido de la peroración, propia sin duda de las circunstancias, el acto era harto elocuente, harto conmovedor por sí mismo. Él solo bastaba para que acudiera á la memoria en tropel, con qué indiferencia acogimos la idea de una Exposición universal; qué dudas, qué recelos, encubría la brillante ceremonia de la inauguración allí mismo celebrada seis meses há, y con qué éxito se cerraba en aquel instante. Aun sin las frases de encarecimiento dirigidas á Barcelona, surgía á nuestra vista el panorama grandioso que habíamos dejado á la puerta; pasaban por la imaginación uno tras otro los espectáculos deslumbradores de la temporada, y discurrían por la inteligencia los diversos conceptos que aquel esfuerzo titánico de un pueblo podía sugerir. No era necesario, nó, esforzar la elocuencia: el espectáculo imponente y conmovedor lo teníamos delante: tanto como en sus mismos directores, estaba en el concurso de una ciudad que una vez vencida la duda había dado tales muestras de actividad, de poder, de ocultas y grandes energías, y un mentís á sus detractores con su hospitalaria cortesía y su inacabable moderacion y cultura!... En aquel instante podía glorificarse á sí misma sin orgullo, con la serenidad del fuerte. ¡Solemne momento, cuyo verdadero y complejo sentido no pueden condensar los discursos oficiales en que es de rigor atender á los saludos y vivas del ceremonial!

Faltaba coronar este espectáculo con otro más significativo todavía; faltaba que aquel coro ya crecido, se aumentara con otro mayor: la multitud que había invadido la Exposición, reunida no ya bajo un alto artesonado sino á campo abierto.

La verdadera ceremonia de la clausura se celebró en la puerta principal del Palacio de la Industria. Desde el centro del hemiciclo, no era posible divisar un claro en cuanto alcanzaba la vista, ni más allá de los jardines por detrás de los edificios de la ciudadela, ni en ambas esquinas de la rotonda. Había cerrado la noche, brillaban en todas partes, sobre la negrura de aquel mar de cabezas, los puntos luminosos de la iluminación, que se iban extendiendo y festoneando en faroles de colores los arcos de la portada y la vasta curva del hemiciclo. Delante de aquélla, en un foco de luz más vivo, al resplandor de los hachones, se distribuían y movían, con sus blancos penachos en el casco, aguardando el instante, los músicos de la banda municipal. Doblaban las campanas de la ciudadela, como si tañeran á muertos.

Llegada otra vez la comitiva, agrupada junto á la puerta, pasó casi invisible el momento de la clausura, pero dada la señal, entonó la orquesta y el coro nutrido y vigoroso el himno á la Exposición, ardieron grandes luces de bengala en las torres y lejanos edificios derramando rojiza y vasta claridad de incendio sobre la gran multitud apiñada, y ascendieron por el espacio como una constelación de estrellas los globos iluminados también. Un rumor formidable, como gran coro vagneriano, se alzó de aquel inmenso público!

Terminaba la Exposición.

***

En este punto daremos también por terminada nuestra tarea de cronistas, pero no sin resumir en breves párrafos una impresión de conjunto tras las de detalle.

Hemos seguido paso á paso las diversas vicisitudes del gran certamen. Hemos visto levantarse por ensalmo los edificios de la Exposición y transformarse y embellecerse de improviso la ciudad con notables mejoras, cuya realización hubiera costado años enteros de lucha. Debióse aquel primer triunfo, uno de los más grandes, á un pueblo de constructores, artesanos y artistas cuya actividad y acierto pasmaron (sin metáfora) á hombres que se hallan avezados á la vertiginosa rapidez con que levantan sus construcciones los pueblos modernos. Hemos podido contemplar de cerca sus artes é industrias, y aunque superando á las nuestras, ni todos nos vencieron, ni en el vencimiento aparecimos en lugar inferior. Nuestro arte antiguo nos reveló una tradición de grandeza y poderío, que estimula con la pena de haberla dejado perder, el anhelo de recobrarla. Nuestro arte moderno, en comparación con el extranjero, nos ha mostrado cuánta era nuestra modestia y nuestro mezquino prejuicio de considerarnos inferiores á todos los extraños, sólo por ser extraños. Hemos desvanecido con nuestra hospitalidad, y presentándonos tal como somos, injustas y arraigadas preocupaciones, á favor de las cuales aun ha de levantarse la frivolidad de ciertos observadores, acostumbrados á tenerse por infalibles sin mérito alguno para ello. A unas frases hechas sustituirán quizás otras, pero el juicio común experimentó reforma. Hemos dado ocasión con los congresos y las recepciones políticas á un comercio de ideas y á un paréntesis de vida intelectual de provechosas enseñanzas para todos. Hemos realizado una serie de espectáculos artísticos que pueden servir de punto de partida para notables progresos, y á los cuales prestaron su concurso con su cultura y su circunspección las clases menos ilustradas. Las más contrarias ideas, las más diversas manifestaciones se sucedieron en medio de la tolerante expectación de todos y con el aplauso, casi siempre acertado, de los más. Nos convencimos, por fin, tras el temor del principio, ó la oposición antipatriótica, de la verdad del proverbio: *querer es poder*. Y puesto que Barcelona *puede*, en adelante, en cuanto le resta por hacer con las mismas enseñanzas de la Exposición y sus restos, debiera modificar aquel refrán por este otro: *poder obliga*.

J. YXART



PALANQUÍN FILIPINO

EL FINAL DE AIDA

Entraba en la estación de San Sebastián el tren expreso procedente de Irún. Rechinaba sobre los rails la locomotora y parecían aquellos rechinamientos, quejidos de la poderosa máquina que se dolía como fiera aherrojada por la débil mano de inteligente domador. Un rojo farol semejaba el ojo sanguinolento de un cíclope y el negro y espeso humo que la chimenea dejaba escapar, el vaho de la respiración despedido con un silbido agudo, ora de cansancio, ora quizás de protesta por la dura esclavitud de verse condenada al humilde papel de bestia de arrastre.



EL DROMEDARIO; SÉQUITO DE ÁFRICA

Tiró el maquinista de las riendas al monstruo, obedeció éste mal de su grado y dando espantosos rugidos paró su marcha y quedó silencioso, mudo y anhelante, como gladiador que descansara después de encarnizada lucha.

Una bulliciosa multitud aguardaba en los andenes de la estación. Los gritos de los mozos ofreciendo sus servicios, los saludos, el rodar de los carromatos conduciendo los equipajes, los sonoros besos, cambiados entre las que llegaban y las que aguardaban, y todos esos ruidos que se oyen en una estación al llegar un tren, eran aquella tarde ensordecedores.

Un hombre, como de unos 26 á 27 años, metiéndose entre la apiñada multitud, recibiendo codazos que pagaba con pisotones, oyendo aquí una impertinencia ó una grosería contestada con despreciativo silencio, pasaba su vista por los coches de primera clase, indicando en su mirada inquisidora, que buscaba á alguien con gran interés. Llegó hasta el furgón de cola sin encontrar á la persona á quien buscaba, y cuando comenzaba de nuevo sus pesquisas con el desaliento pintado en el rostro, oyó que desde un coche colocado en la mitad del tren, gritaba una voz de agradable y simpático sonido: – ¡Paco! ¡Paco!

Corrió, el así llamado, hacia el sitio en que la voz sonó y á los pocos momentos estrechó en sus brazos á un joven de 22 á 23 años, de elevada estatura y hermosa presencia, moreno, de negra barba rizosa y cuidada, de ojos negros, de mirada de fuego apasionada y expresiva, mirada de vehemencia tal que al punto indicaba al hombre de ardientes pasiones y de temperamento de ideólogo.

– Al fin te abrazo, – dijo Paco. – Por fin cumples tu promesa.

– Sí, amigo mío, aunque no por mucho tiempo: alargo ocho días mi viaje sólo por pasarlos contigo.

Hablando así los dos amigos se habían dirigido hacia la puerta de salida; pero era tal la confusión que el recién llegado exclamó:



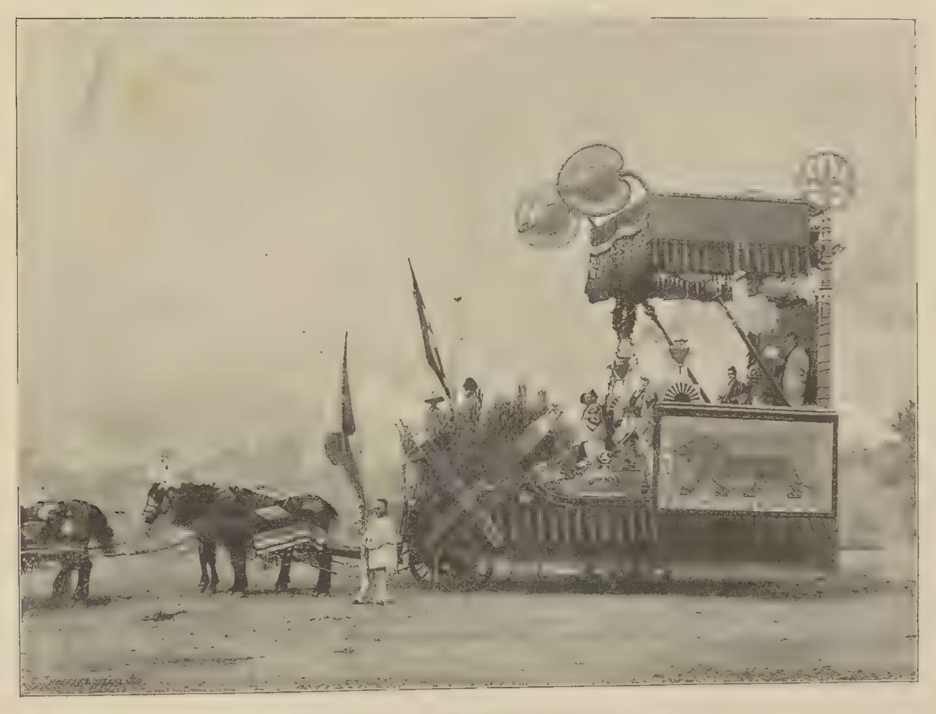
CARRO DE OCEANÍA, PROYECTO DEL SR. PASCÓ



CARRO DE AMÉRICA, PROYECTO DEL SR. RIQUER



CARRO DE ÁFRICA, proyecto del sr. Llorens



CARRO DE ASIA, proyecto del sr. Riquer


EL ARADO ÁRABE

– Por favor, Paco, no nos metamos en esa baraúnda; esperemos charlando á que se despeje esto un poco.

– Como quieras. Ninguna prisa tenemos. Cuéntame entretanto, lo que has hecho por esos mundos.

– En dos palabras te lo diré. Estudiar tres años en Italia las bellas artes, pasear por toda Europa buscando los grandes modelos, recorrer después casi toda España, que no había de ignorar nuestros tesoros artísticos conociendo los extraños; acudir, por último, al cariñoso llamamiento de un buen amigo antes de volver á mi casa, de donde tanto tiempo falto, y á los brazos de mi padre que me espera impaciente.

– ¿No has visto á tu padre en todos esos años, querido Carlos?

– Sí por cierto; ha ido á verme varias veces.

– Entonces que espere.

– Tengo prisa de regresar á la corte, á ese Madrid de hermoso cielo y alegre vida, animado y risueño, de que todos los madrileños sentimos la nostalgia aun entre el bullicio de las más grandes capitales.

Ambos jóvenes atravesaron la estación, ya más libremente.

Al llegar á la puerta se apartaron cortesmente dejando paso franco á dos señoras que entraban.


PALANQUÍN EGIPCIO

El artista ahogó al verlas un grito de sorpresa, palideció de emoción y exclamó apretando nerviosamente el brazo de su amigo:

– Mírala, mírala ¡Es ella!

– Una rubia deliciosa. ¡Buena mujer! Ya la veo.

– ¡Es ella! ¡Es ella! – repetía cada vez con más ardor.

– ¡ Ella !... bueno. Pero, ¿quién es ella?

– No lo sé, pero mira.

El artista sacó con precipitación de su bolsillo un album que enseñó á su amigo. En todas las hojas se veía varias veces reproducida, al lápiz, la bella imagen de aquella niña que acababa de pasar ante ellos, bien ajena de haber causado tanta emoción.

– ¡Magníficos, soberbios! – exclamó el joven. – Retratos perfectos, de admirable dibujo. ¡Eres un gran artista!

El elogiado hizo un movimiento de impaciencia, y arrancando rápidamente los dibujos á su amigo, dijo:

– No se trata ahora de eso.

– ¿Pues de qué se trata?

– De saber á dónde va, y á saberlo voy. El tren parte á las tres y minutos... Me voy, chico.

– ¿Adónde?

– A Madrid, si allí va ella; si se queda en otra parte, á donde se quede.

– Pero, ¿estás loco?

– Loco, sí, loco de amor. La ví, ó mejor dicho, se me apareció cual rápida y divina visión en uno de mis viajes por Asturias dejándome tan absorto, que cuando volví en mí ya había desaparecido y en vano la busqué por todas partes. Hoy que por mi dicha la encuentro, no la perderé de nuevo. ¡Bendigo tu insistencia en hacerme venir! ¡Bendigo tu amistad, y tu cariño!

– Sí, pero me dejas.

– Este encuentro varía todos mis planes. Por nada del mundo renunciaría á la dicha de viajar con ella, de contemplarla durante tantas horas. Compraría tan gran felicidad con los mayores sacrificios, con toda mi sangre, y ya ves que puesto que la casualidad me ayuda, no he de renunciar á su apoyo.

– Tienes razón y no insisto.

– Te prometo volver y pronto.

– ¿Con ella?

– ¡Ojalá!

– De todos modos cumplirás tu palabra.

– Te la doy formalmente.

II

Cinco minutos después el expreso partía llevando á nuestras dos desconocidas y á Carlos que acababa de subir, trémulo de alegría, por ocupar un asiento frente á la joven.

Bien pronto encontró Carlos ocasión oportuna de rom


SÉQUITO DE ÁFRICA

per el hielo de los primeros momentos, y aprovechándola con tanta discreción como tacto, entablóse una conversación fría al principio y luego franca y alegre, merced á la expansión natural en compañeros de viaje y al distinguido trato de unas y otro.

El notable artista poseía un elevado talento, cultivado por vastísima instrucción, así es que pronto logró conquistarse las simpatías de las dos señoras.

Carlos estaba loco de placer. Durante las horas que pasaron juntos, las prodigó toda clase de delicadas atenciones, las sirvió afectuoso en esos mil pequeños detalles que se ofrecen en un viaje; ¡qué corto le pareció el tiempo, y qué rápida la marcha de la antipática locomotora!

Al llegar á Madrid, los dos jóvenes sufrieron una sacudida dolorosa, como el que despierta de un sueño delicioso á la triste realidad. Una mirada, no ya ligera y tímida, sino larga, intensa, embriagadora, se cruzó entre ellos.

Era preciso separarse.

La niña rubia hubiera premiado las atenciones del galante joven ofreciéndole su casa; pero no era á ella á quien tocaba hacerlo, y su tía se limitó á darle las gracias por sus bondades y á saludarle ceremoniosamente.

Los jóvenes cambiaron un apretón de manos y una última mirada.

Después alejáronse las señoras, seguidas por el joven.

III

Sofía no vió al entrar en su hotel á Carlos, y sin embargo, estaba segura de que la había seguido y conocía su morada.


SÉQUITO DE ASIA. – PALANQUÍN INDIO

SOLDADOS DE LA INDIA INGLESA


JAPONESES Y CHINOS. – PALANQUÍN CHINO

Al día siguiente, á todas horas creía verle aparecer delante de la verja, y cuantos instantes tenía libres iba del balcón al jardín y del jardín al balcón. ¡Inútil diligencia! El que tanto le había dicho con los ojos, el que se había apoderado de su corazón, no parecía. Al otro día lo esperó con menos confianza y más ansiedad. Al tercero, perdida toda esperanza, se dijo con amargura:

– Todo ha sido un sueño.

En aquella situación de ánimo, una conversación y una promesa cambiaron el destino de Sofía.

– Ven, hija mía, – díjole un día su tía, – hablemos un instante de cosas graves como dos buenas amigas.

La joven se sentó á su lado y dijo:

– ¡Me asusta V., querida tía!

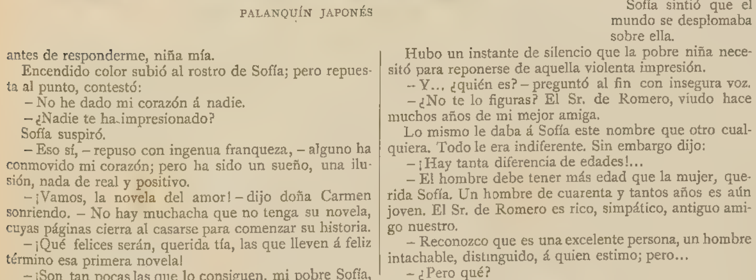
– Tranquilízate, el asunto, aunque grave, no tiene nada de terrible, por el contrario, es muy alegre.

– Hable V., que ya deseo saber de qué se trata.

– Antes contesta á una pregunta con toda franqueza, con la mano puesta sobre el corazón, advirtiéndote que si me engañas, tú serás la engañada.

– Juro decir la verdad, – contestó Sofía sonriendo.

– Entre los jóvenes que has tratado y te han pretendido desde que salistes del colegio, ¿ha conseguido tu cariño alguno, has dado á alguno tu corazón? Piénsalo bien


PALANQUÍN JAPONÉS

antes de responderme, niña mía.

Encendido color subió al rostro de Sofía; pero repuesta al punto, contestó:

– No he dado mi corazón á nadie.

– ¿Nadie te ha impresionado?

Sofía suspiró.

– Eso sí, – repuso con ingenua franqueza, – alguno ha conmovido mi corazón; pero ha sido un sueño, una ilusión, nada de real y positivo.

– ¡Vamos, la novela del amor! – dijo doña Carmen sonriendo. – No hay muchacha que no tenga su novela, cuyas páginas cierra al casarse para comenzar su historia.

– ¡Qué felices serán, querida tía, las que lleven á feliz término esa primera novela!

– ¡Son tan pocas las que lo consiguen, mi pobre Sofía, que pensar en ello es una quimera! Soñar es muy hermoso; pero, ¡ay! que es preciso despertar. Vamos á lo real, que es lo verdadero. Durante el año que llevas fuera del colegio, ¿he satisfecho todos tus caprichos, he realizado todos tus deseos?

– Aun antes de formularlos.

– ¿Estás satisfecha de mí?

– ¡Oh! tía, ¡qué pregunta! Si usted ha sido mi única madre desde que en la infancia la perdí; si á V. debo mi educación, mis intereses y hasta la vida que sus cuidados me han conservado, y además tesoros de cariño y de bondades: ¡no he de estar satisfecha! Mi gratitud es tan grande como mi cariño hacia V., y sólo anhelo ocasión en que demostrarle en cuánto estimo lo mucho que le debo.

Todo esto fué dicho con tanto ardor, que doña Carmen conmovida la estrechó contra su corazón y besó apasionadamente su frente y sus ojos añadiendo:

– Pues bien, Sofía querida, esa ocasión ha llegado.

La joven se separó de sus brazos con un movimiento de sorpresa.

– ¿Qué puedo yo hacer por V.? – preguntó.

– Darme gusto á tu vez.

– Dígame V. en qué puedo complacerla, que sus deseos serán órdenes para mí.

– Puesto que no has dado tu corazón ni empeñado tu palabra, deseo que aceptes el marido que he elegido para ti, de cuyo amor ya tienes conocimiento.

Sofía sintió que el mundo se desplomaba sobre ella.

Hubo un instante de silencio que la pobre niña necesitó para reponerse de aquella violenta impresión.

– Y... ¿quién es? – preguntó al fin con insegura voz.

– ¿No te lo figuras? El Sr. de Romero, viudo hace muchos años de mi mejor amiga.

Lo mismo le daba á Sofía este nombre que otro cualquiera. Todo le era indiferente. Sin embargo dijo:

– ¡Hay tanta diferencia de edades!...

– El hombre debe tener más edad que la mujer, querida Sofía. Un hombre de cuarenta y tantos años es aún joven. El Sr. de Romero es rico, simpático, antiguo amigo nuestro.

– Reconozco que es una excelente persona, un hombre intachable, distinguido, á quien estimo; pero...

– ¿Pero qué?

– Me encuentro tan bien así, tía mía. ¿Por qué casarme tan pronto?

– Por varias y muy buenas razones. Dos mujeres solas como nosotras estamos, luchan con mil dificultades en la vida, necesitan la protección de un hombre. Nuestros intereses se resienten de la falta de dirección; Romero, rico, inteligente y activo, los aumentará; él nos dará el apoyo necesario á una niña que empieza á ser mujer y á una mujer que pronto será anciana.

Sofía bajó la cabeza. Las razones de su tía eran convincentes, y sin embargo, su corazón rechazaba aquel enlace tan contrario á sus sentimientos. Pero, ¿acaso tenía algo real en qué fundarse para no aceptarlo? ¿Podía seguir abrigando la ilusión de un amor imaginario y sacrificar á un sueño, el único deseo de aquella á quien tanto debía?

– Dí, en fin, qué piensas: – exclamó su tía alarmada por tan largo silencio.

– ¿Usted cree que Romero puede hacerme feliz?

– Lo creo firmemente y me fundo en sus cualidades y en lo mucho que te ama. Siendo su esposa me darás la mayor satisfacción.

– Pues lo seré, – exclamó resuelta. – Me casaré cuando V. quiera, se lo prometo.

– Gracias, hija mía. El tranquilo afecto que sientes hacia él se convertirá por la atracción del amor en verdadera pasión. ¡Qué felices vamos á ser!

Un abrazo selló el solemne compromiso.

IV

¿Cómo Carlos, tan locamente enamorado, tan vehe-


CARRETA RUSA

mente y tan resuelto á lograr el amor de Sofía, no la había vuelto á ver? ¿Era acaso uno de esos hombres ligeros que ni saben lo que quieren ni lo que sienten? No por cierto. Amaba muy de veras á Sofía, pero la fatalidad había levantado entre ellos una barrera que los separaba para siempre. ¿Cuál era esta?

Lo sabremos leyendo parte de una carta que Carlos escribía á su amigo Paco, á San Sebastián.

«¡Soy el más desgraciado de los hombres! – decía. - He caído desde el cielo de todas las esperanzas al fondo de la desesperación. Ahora que no me comprendes creerás que me he vuelto loco; pero bien pronto me compadecerás.

Al abrazar á mi padre á mi llegada á ésta la felicidad más grande me inundaba: sabía que *ella* pertenecía á una familia unida á la nuestra por antigua amistad, y ansiaba contárselo todo á mi padre que, joven aun, expansivo y cariñoso, ha sido siempre mi mejor amigo. Contaba con su apoyo y me creía seguro. Pero él, loco de placer por la sorpresa de verme antes de lo que creyó, anticipó á mis confidencias las suyas.

– ¿No sabes, querido Carlos, – me dijo después de hablar de mis viajes y mis estudios, – no sabes la gran noticia que te voy á dar? Imposible que la sospeches.

– Pues dímela pronto, no excites mi curiosidad, - contesté riendo.

– Si tú fueras otro no te lo diría tan de repente por si te hacía mal efecto; pero como tu cariño hacia mí es tan grande no vacilo, seguro de que sólo deseas mi felicidad.

– Pero, ¿qué es ello? – exclamé asombrado. – De tu preludio sólo he comprendido que me haces justicia. Tu felicidad es lo primero para mí.

– Entonces aplaudirás mi determinación. Me caso, Carlos, me caso. ¿Qué te parece?

– Perfectamente. Aun no eres viejo y perteneces á esa raza de hombres que son eternamente jóvenes. Seguro de que habrás hecho una buena elección, lo aplaudo.

– Es un ángel. Sólo una circunstancia me ha detenido y me disgusta.

– ¿Cuál?

– La diferencia de edad; es demasiado joven. Pero la amo tanto, que la pasión me ha arrastrado al fin, y espero lograr muy pronto la dicha.

– ¿Quién es ella?

– Sofía, la sobrina de mi antigua y buena amiga Carmen Aguilar.

Estas palabras me hicieron un efecto que me sería imposible explicarte. El por qué, ya lo habrás adivinado.

Sentí en el corazón una violenta sacudida que estremeció todo mi ser, y en la cabeza como un golpe de maza que me obligó á cerrar los ojos. Mi trastorno debió ser tan visible que mi padre se asustó.


OTRO PALANQUÍN JAPONÉS



SÉQUITO DE AMÉRICA

– Carlos, hijo mío, – exclamó alarmado, – ¿qué tienes? ¿qué te ha dado?

Con gran trabajo logré reponerme y contestar sereno en apariencia:

– Nada, un vahido: y reponiéndome:

– ¿Ella te corresponde? – le pregunté asiéndome á aquella egoísta esperanza.

– Me concede toda su estimación, todo su afecto, y su tía está segura de lograr que me ame.

¿Comprendes mi horrible situación? El rival que me va á arrebatar la dicha, á quien yo ahogaría entre mis manos, es mi padre, y no un padre déspota ó indiferente, sino el mejor, el más amante de los padres, el ídolo de mi vida. Yo no puedo entablar con él una lucha repugnante. Le quiero demasiado para condenarlo á los tormentos que estoy sufriendo. Tampoco tengo el valor de huir de ella para siempre, y á la sola idea de verla esposa de otro, mi sangre arde y mi razón se extravía. Mi única esperanza es que la desesperación acabe con mi vida, y pido á Dios que sea de una vez y pronto, antes que la locura me arroje en el suicidio.»

V

En la noche del día que siguió al de la conversación entre Sofía y su tía, se encontraba la primera en su habitación sola y meditabunda, pensando en el compromiso que había contraído, y entregada á esa profunda abstracción que nos traslada á veces á mundos desconocidos creados por la fantasía.

Clavada su vista allá en el horizonte que se divisaba á través de los cristales de su balcón, soñaba con otro mundo mejor; avanzaba, avanzaba más, emprendía veloz carrera, pueblos, ciudades, bosques, mares, ríos, todo quedábase atrás; allá lejos muy lejos, su rápida carrera convertíase en vertiginoso vuelo, nacían alas á su alma, y al fin, ¡oh dicha incomparable! abandonaba la tierra, que poco á poco iba apareciendo más pequeña y mezquina, hasta que por fin hundíase en el fondo de obscura sima. Una luz brillante, de rayos argentados y rosáceos en divino consorcio, la deslumbraba; de pronto apareció á su vista una azulada estrella que comenzó á guiarla en su camino, como aquella que guió á los reyes magos á aquel humilde lugar donde nació la luz de las luces, la luz de la verdad absoluta é infinita.

Invisibles lazos la sujetaron y arrastrándola la llevaron al término de su viaje.

Llegó al mundo del amor; al mundo no, aquello no era mundo, que donde el amor reina, cielo ha de ser.

En aquel cielo había un solo habitante, el que por primera vez hizo latir el corazón de Sofía, quien al verla fué hacia ella. Llegaron casi á tocarse y cuando iba á estallar el puro beso del amor, una barrera intranqueable interpúsose entre ellos. Lucharon ambos, pero ¡ay! que se agotaron sus fuerzas.

Como á Ícaro, se le desprendieron á Sofía las alas y cayó otra vez en la tierra, y se vió pobre, miserable, odiando y amada, suplicio mayor que el de Tántalo, y vió lágrimas, sangre, perjurios, infidelidades, y vióse, drama horrible, ella, pecadora, ella, manchada y maldecida hasta por aquel á quien amaba.

Sintióse angustiada la niña.

Por fin, todas aquellas visiones huyeron.

Volvió Sofía á la realidad, al oir un piano que sonaba dulcísimamente.

Muchas veces había oído aquella misma música y nunca como entonces la sintió.

El artista, pues artista y notable era el que tocaba, habitaba cerca del hotel de Sofía y hacía gemir á las cuerdas del piano ejecutando el final de *Aída*.

Aquellos cantos funerales, mezclados con los ayes y cantos de amor de Radames y Aida, no causaban dolor á Sofía.

¡Ay! pensaba, ¡felices ellos que tuvieron la dicha de morir juntos!

Volvió Sofía á caer en sus meditaciones.

Había anochecido.

El sonido del piano hízose menos perceptible.

Para seguir gozando de aquella música, abrió Sofía el balcón y apoyóse en la barandilla.

Bajó los ojos hacia el jardín y vió con placer y no con miedo, que un hombre se ocultaba entre los árboles.

Dió Sofía un grito.

Aquel hombre era Carlos sin duda. ¿Por qué se ocultaba? ¿Por qué no había ido á buscarla?

¡Ay! no la amaba!

Mas si no la amaba ¿por qué iba á contemplarla tras de la verja de su jardín?

Repitióse varias veces esta escena y el enigma no se descifraba.

Sofía vió á Carlos algunas veces desde lejos.



SÉQUITO DE EUROPA, NACIONES EXTRANJERAS

Una tarde, como todas desde el primer día en que vió á Carlos, asomóse Sofía al balcón.

No vió la silueta querida de aquel por quien tanto sufría.

Acercábase el día de su boda con el Sr. de Romero.

Había transcurrido un mes sin que volviese aquel á quien ella calificaba de ingrato.

VI

Llegó el día de la boda, que llega todo en el mundo. Doña Carmen estaba radiante de satisfacción.

Sofía, pálida, triste y resignada como una víctima que va al sacrificio. El novio alegre; pero con una alegría amargada por el pesar de ver á su hijo enfermo.

Llegado el sacerdote, pasaron á la capilla. Los novios se aproximaron... Al ir á arrodillarse Sofía se incorporó bruscamente y palideció aun más.

Había oído el final de *Aída*.

Sofía dió un grito, y fascinada, loca, se lanzó al jardín. Aquella música le recordó la tarde en que le vió en aquel sitio. Algo la decía que allí estaba *él*.

Recorrió el jardín gritando: ¡Carlos! ¡Carlos!

Por fin le halló caído en un banco cubierto de sangre.

Pidió socorro á grandes voces.

Acudieron todos.

De pronto sonó un gran grito:

– ¡Hijo! ¡hijo mío! – dijo el Sr. de Romero.

– ¡Su hijo! – exclamó Sofía, – y cayó desplomada al suelo.

Junto al cuerpo ensangrentado de Carlos veíase una carta y un revólver.

Abrazó el Sr. de Romero el cuerpo de su hijo y gritó: – ¡Vive, aun vive!

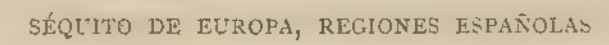
La bala, que había sido disparada contra el corazón, resbaló sobre una costilla, causando sólo una ligera herida. Sin duda el plomo no quiso destrozar aquel corazón enamorado y heroico, que se sacrificaba por su padre.

– ¡Ah! – dijo éste. – ¡Gracias, Dios mío, que me avisaste á tiempo! ¡Necio de mí que quise unir la nieve y el fuego! ¡Sofía, hija mía! – añadió levantándola del suelo, – ¡vuelve en ti, estás en los brazos de tu padre!

El final de esta historia se adivina.

El día de la boda de Carlos y Sofía, ésta regaló á aquél un cuaderno de música conteniendo el final de *Aida*, encuadernado en terciopelo, y en las tapas una plancha de oro en la que se leía: «Como ellos, moriremos juntos.»

A. SÁNCHEZ CANTOS



SÉQUITO DE EUROPA, REGIONES ESPAÑOLAS

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VII — BARCELONA 24 DE DICIEMBRE DE 1888 — NÚM. 365

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LOS PASTORES EN BELÉN, cuadro de Golz

Aunque este asunto ha sido tratado hartas veces, y en algunas de ellas por verdaderos maestros del arte, el autor del cuadro que reproducimos ha conseguido darle cierta originalidad, debida principalmente á apartarse bastante de lo hasta aquí conocido respecto al lugar de la escena. No discutiremos la conveniencia de la variante, realizada sin duda para dar á la composición la luz propia de Oriente, proscrita por lo común en este asunto. La generalidad de los pintores que lo han tratado han situado la escena en el interior de un establo sombrío, á fin de hacer resaltar las figuras de la Sacra Familia por medio de la aureola sobrenatural de que las han rodeado. El mérito del cuadro como obra de arte es indudable; pero el artista, dicho sea en verdad, se ha inspirado escasamente en la parte sublime ó divina de la escena. Sobra realismo y falta sentimiento religioso: esa Virgen puede ser una excelente madre; pero nadie dirá que haya de ser, que sea la madre de Dios. El autor ha tratado el asunto como pudiera tratar un hecho más ó menos pictórico de la vida real. Nosotros respetamos la libertad del arte, pero no podemos considerar el modo de tratar los hechos sino con relación á los hechos mismos. En este concepto, los *Pastores en Belén* hemos de juzgarlo como cuadro de asunto religioso, y sabor religioso es lo que hallamos á faltar. Bien sabemos que algunos eminentes pintores, entre ellos el autor del célebre lienzo *Jesús ante Pilatos*, empujan al arte hacia esa nueva manera de tratar tales asuntos. Enhorabuena; nosotros nos limitaremos á preguntar ¿existía ó no existía la pintura histórica y la pintura religiosa?

FLORES DEL BOSQUE, cuadro de H. Mosler

El pintor tiene muchos puntos de contacto con el poeta y como éste siente especiales inclinaciones que constituyen su idiosincrasia. Todo cabe bajo el dominio del arte, como todo cabe bajo el dominio de la poesía. Homero no es más poeta que Virgilio; Miguel Angel no disminuye en lo más mínimo la gloria de Rafael. Entre el poema épico y el idilio quedémonos con ambos y aplaudamos con preferencia el mejor de ellos.

Mosler es de los artistas á quienes más sonríe la naturaleza: su temperamento le inclina hacia los árboles, las flores y las mansas corrientes. ¿Es que esta clase de asuntos pueden ser tildados de *pequeños* para los grandes genios? .. Error, error insigne. Si el objetivo del arte es la conquista de lo bello ¿dónde encontrarlo más exuberante, más plácido y más simpático que en las manifestaciones de la naturaleza y en el feliz consorcio de las flores y de los niños? Estos y aquéllas se armonizan perfectamente; al aproximar las unas á los otros se echa de ver que coinciden visiblemente en la imaginación del artista y del poeta. Por esto siempre causan agradable impresión esos lienzos en los cuales todo propende á avivar purísimos sentimientos.

MÚSICO NEGRO
modelo en bronce y mármol de P. Calvi

El empleo del bronce y del mármol en una misma obra escultórica no es por cierto de invención moderna. Existen ejemplos en la antigüedad clásica de esa combinación, no siendo extraordinarias las estatuas en que sobre tronco de mármol se irguió la cabeza de algún dios ó simple emperador, fabricada de oro ú otros metales preciosos.

Calvi, escultor italiano cuya fama crearon justamente las testas de *Tadiar* y *Aleydah*, tipos orientales de ejecución perfecta, ha llamado la atención en el último certamen internacional de Munich con la estatua de medio cuerpo que reproducimos en el presente número, cuya cabeza y manos son de bronce y el resto de mármol policromado. Representa un ministril negro, tipo algo característico, pero no lo bastante para justificar la predilección que de algún tiempo á esta parte sienten por él distintos escultores italianos.

CRITICOS PRECOCES, cuadro de Overmann

Quedaron dueños del campo y... ¡ancha Castilla!

Los niños tienen afición decidida por las estampas; en el taller de papá no escasean ciertamente y hete á nuestros mancebitos en sus glorias. Por de contado puede asegurarse que las escenas militares excitan privilegiadamente su atención. Todos los niños sentarían plaza de soldados si no fuese por esos muertos y heridos que los pintores tienen el mal gusto de sembrar en sus cuadros de batallas. ¿Por qué no han de empeñarse guerras en que se carguen los cañones con merengues y al final de las cuales ambos ejércitos entren vencedores en la tierra de Jauja?

De fijo que los precoces críticos de Overmann se están ocupando de ese arduo problema. Bien lo indica la expresión de seriedad que revisten esas hermosas cabecitas de ángeles que de existir realmente deben ser gloria de sus padres. La ejecución es correcta en todas sus partes: las figuras salen materialmente del lienzo y los efectos de luz y de sombra son del todo felices.

¿QUIEN VA?... cuadro de J. M. Tamburini
(Exposición París)

No es el Sr. Tamburini uno de tantos artistas que aciertan en un lienzo, llaman por un momento la atención y quedan sumidos luego en el olvido de que solamente una hora feliz pudo sacarles incons-

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE VIENA



LOS PASTORES EN BELEN, cuadro de Alejandro D. Golz

cientemente. Su historia artística es ya larga y su reputación muy seriamente afirmada.

La joven costurera de nuestro grabado oye llamar á su puerta y aun cuando su traje no es el más ceremonioso para recibir visitas, se vuelve con la mayor naturalidad del mundo, sin que por esto se resienta de la menor desenvoltura. Es que ante todo se halla segura de sí misma, y además harto sabe que á la puerta de su modesta estancia llama á lo sumo alguna vecina en demanda de alguno de esos pequeños aunque no menos útiles favores qué mutuamente se prestan los que no viven en la abundancia. Tamburini ha combinado felizmente cierta especie de abandono del cuerpo con la mayor honestidad en la intención. Su lienzo es un verdadero estudio.

EN LA ÉPOCA DEL IMPERIO
cuadro de F. Andreotti

En los últimos años del siglo XVIII y á principios del actual, durante la época del Directorio de la República francesa y del Consulado y el Imperio de Napoleón Bonaparte, las modas en los trajes femeniles afectaron una sencillez que formaba marcado contraste con el lujo y la pompa de la antigua monarquía. Primeramente hubo verdadero furor por imitar los trajes clásicos de Grecia y Roma, que consistían principalmente en una larga túnica sin cintura y sujeta al hombro con un broche. Las *ingénues* elegantes usaron en la última de las citadas épocas una bata ó túnica mas bien angosta que holgada, con las mangas sumamente cortas y ahuecadas, de modo que dejaban casi desnudos los brazos, aunque algunas se cubrían el izquierdo con un guante de malla que les pasaba del codo, y como elemento de tan elemental vestidura llevaban en la cabeza un enorme sombrero de paja con un ramo de flores encima.

Tal es el traje representado en el cuadro de Andreotti que reproducimos, y que en aquel tiempo solían ponerse, no sólo las muchachas á las cuales todo sienta bien, sino también más de una matrona que creía defenderse de las injurias del tiempo, y pasar por joven cuando ya sus primaveras se habían convertido en otoños; y tal es también la moda que las elegantes parisienses de la actualidad intentan resucitar poco á poco con mengua de la conveniencia y del buen gusto.

LA SIESTA, escultura de M. Baumbach

Hace dos años artistas berlineses organizaron en el Parque de la Exposición una fiesta á usanza de la antigua Grecia. Al efecto, se decoraron los jardines con toda propiedad, á lo cual contribuyó el escultor Baumbach con tres obras de arte, una de ellas la que reproducimos en este número. Representa un viejo sátiro vencido por el sueño de la embriaguez. ¿Quién no echa de ver, efectivamente, en ese rostro embrutecido los efectos de la borrachera y de la licencia? ¿Quién no comprende que esos labios están modelados por el vaso de continuo llevado á ellos? Esa es la verdadera imagen del semidiós degradado, concebido con una verdad y ejecutado con tan perfecto conocimiento de la escultura griega que bien pudiera confundirse la obra de Baumbach con cualquier ejemplar análogo del arte helénico.

SUPLEMENTO ARTISTICO

CUENTOS DE AMOR, cuadro de C. Laurenti

¡Cuentos de amor!... ¿A qué muchacha no saben bien esos cuentos? Harto sabe el mancebo el efecto que sus narraciones causan en su escogido auditorio; y no menos lo sabe el autor de este cuadro. Testimonio de ello son esas seis cabecitas de ángel, todas ellas expresivas de los sentimientos que les despiertan las viejas historias de castellanas prendadas de trovadores ó de zagalas que, tras muchas contrariedades, paran en princesas micomiconas.

No hay que decir hasta qué punto el cuadro resulta simpático: juventud, belleza y amor, son como leche, huevos y azúcar; no pueden producir sino manjar sabroso. Pero el mérito del autor estriba principalmente en la variedad dentro de la unidad; unidad de sentimiento, variedad de sensaciones. No todas las mujeres aman de la misma manera; su condición, su educación, su temperamento entran por mucho en las consecuencias y aun en la manifestación externa del afecto. El rostro, que es el espejo del alma, vende en semejante caso los secretos individuales; y Laurenti que conoce la escala completa del amor de la mujer, ha agrupado elegantemente á un número de ellas, haciendo vibrar á cada una con nota distinta. Este cuadro es un estudio y un éxito.

LA MUÑECA MUERTA

— No la toques, que está muerta.

— ¡No *tiero*, no *tiero! Abe* los ojos, nena monina. *¿Veldad* que no *etá meta?*

— ¿Cómo quieres que te conteste, si acaba de morirse? ¿no ves que tiene cerrados los ojos?

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! no *tiero*, no *tiero* y no *tiero*. *Senolita*, di tú que viva.

— Pero mujer, si se ha muerto ¿cómo quieres que viva?

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! nena, nenica, no te mueras que yo te *tiero* mucho.

— No llores, no llores, tonta. Mira, ya ha resucitado. ¿Ves? abre los ojos; es que estaba dormida. Y ahora abre la boca, es que quiere teta.

Este diálogo lo sostenían dos niñas, una de las cuales tenía en sus brazos una hermosa muñeca vestida con pañales como si fuera un recién nacido. Contaría la precoz niñera unos seis años y á tan temprana edad tenía ya á su cargo y bajo su cuidado una numerosa familia de *bebés* de porcelana, adolescentes de pasta y señoritas de cartón.

Graves cuidados daban á la infantil mamá aquella familia.

La muñeca resucitada al abrir su diminuta boca, claramente indicó su deseo de que la diesen teta, como su mamá había dicho, y su deseo fué realizado, apenas manifestado.

Estrechó la mamaíta á la *niña* contra su pecho, arregló el faldón y los pañales y comenzó á acunarla canturreando esa monótona canción: ¡Ah ah, ah ah! que es para los niños narcótico más eficaz que el opio. Los ojos de la muñeca cerráronse entonces quizá por el movimiento de acunar y por un momento reinó silencio.

Aprovechemos este instante de quietud para acabar de presentar al lector á los personajes de esta escena y el lugar de la misma.

¿Para qué sirven los ojos de la cara cuando están abiertos los de la imaginación? Con aquellos se ve, no lo que se quiere, sino lo que delante se tiene; con éstos, se ven los tiempos pasados que siempre fueron mejores, según el poeta, y los tiempos por venir, que la esperanza ofrece de color de rosa y que la realidad se encarga, al hacerlos presentes, de revestirlos de luto.

Con los ojos de la imaginación, vemos la felicidad, la virtud, la belleza, la verdad, llegamos hasta entrar en la gloria; con los que coronan la nariz, vemos las desdichas, el vicio, la fealdad, la mentira. Ciérralos pues, lector prudente, abre grandemente los de la imaginación y mira conmigo.

¿No ves una galería de cristales, espaciosa y llena de macetas conteniendo araucarias, heliotropos, diminutos rosales, claveles y otros arbustos?

¿No ves en uno de los lados una dorada pajarera que sirve de prisión á cuarenta y tantos canarios que cantan en su dorada cárcel, tan sólo por la alegría de vivir y de recibir un haz de rayos de sol que se filtra por entre las rendijas de una verde persiana?

¿No ves en las paredes artísticas ménsulas sosteniendo mayólicas de reflejos dorados, marmóreas estatuíllas y elegantes *terracotas?*

¿No ves colgadas en las paredes, marinas de Monleón, paisajes de Haes, dibujos de Meissonier, y cuadritos de género, que convierten la galería en un pequeño museo?

¿No ves, una *chaisse longue*, aquí, unas marquesitas acullá, más lejos unas doradas sillas y, en elegante desorden, otros ricos muebles?

¿Y, por último, no ves en el extremo izquierdo de la galería á las mantenedoras del diálogo antes transcrito?

Una de ellas, la que desempeña funciones de mamá, es alta y extremadamente delgadita, de color quebrado tirando á verde, grandísimos ojos negros, ya rodeados por amoratados círculos, boca algo más grande que chica, de labios pálidos como de rosa de té, que al entreabrirse, dejan ver unos dientes muy menudos como de ratoncillo, nariz muy recta y de bonita forma y abundante pelo negro suelto y cayendo sobre la espalda.

Elvira, que así se llamaba la niña, llevaba el delgadísimo cuello envuelto en un pañuelo negro de seda, y sus difíciles movimientos indicaban que la pobre niña padecía esa terrible enfermedad de los ricos, la escrófula, á la cual con razón llaman los ingleses *King'sevil*, mal de los reyes.

Hallábase sentada Elvirita sobre un taburete de terciopelo azul y á su alrededor sentadas en el suelo, de pie ó echadas veíanse catorce ó diez y seis muñecas, de todos tamaños. Desde la diminuta de porcelana, luciendo sus formas redondeadas sin dar muestra del menor pudor, cual si fuese nuestra común madre Eva antes del pecado, hasta la gran muñeca de abultadas formas de badana rellena de serrín, cubierta con delicada pudibundez con pantalón de batista, bordadas enagüillas, rica falda de raso, alzado por detrás, con almohadilla ó polisón que exageraba formas ocultas.

Aquellas muñequitas, muñecas y muñecazas, si se me permite el aumentativo, parecían al rededor de Elvira, cortesanas, que adulaban á su reina. Unas con sus gruesos mofletes pintarrajeados de bermellón, como verdaderas cortesanas, miraban á su señora con sus azules ojuelos de vidrio y parecía que de sus labios salían frases de lisonja, si corteses y halagadoras, frías como dictadas por el respeto. Otras de estirada faz de cera entornaban sus párpados desprovistos de pestañas y encogían la boca con cierto gesto, si no de envidia de despecho, por no ser ellas la reina. Las pequeñuelas sonreían y enseñaban sin malicia alguna sus carnes, digo, porcelanas que las imitaban, y mostrábanse como gozosas y archisatisfechas, sólo por el placer de tener al aire sus piernecitas y ser de vez en cuando besadas por los rayos del sol.

Tal vez esta descripción que de las muñecas hago, parezca al lector enojosa y demasiado imaginativa y opine que es cosa de juego é impropia de personas serias, ocuparse tan detenidamente en asuntos de tal pequeñez. Mas ¿quién le ha dicho al lector que yo soy persona seria? y además, ¿por qué si él considera estas cosas de poca monta, he de seguir yo servilmente su opinión?

Si una artística escultura, impresionando mis sentidos eleva mi espíritu hasta pensar en la Virgen, madre del Padre de todo lo creado; ¿por qué una muñeca, imagen de la mujer, no ha de parecerme que tiene las mismas virtudes que aquella á quien divierte cuando niña y quizá enseña, sólo por la mágica virtud de imitarla?

Para mí una muñeca en brazos de una niña no es sólo un juguete que entretiene sus ocios, su misión es algo más elevada; la muñeca, es, no sé si me atreva á decirlo, es la semilla del amor materno.

La niña que acaricia, mima y cuida á sus muñecas es seguro que cuidará, mimará y acariciará á sus hijos.

Mas basta ya de consideraciones. Sigamos viendo lo que el acaso nos presenta, que no es espectáculo despreciable el de dos niñas y varias muñecas.

Aun no conoces, lector, á Elvira.

Déjame que describa su traje y por él juzgarás la posición social de sus padres, y que te pinte su alma, y así acabarás de conocerla por completo.

Llevaba Elvirita un trajecito de raso color crema de forma elegantísima por lo sencillo, al remate de la falda llevaba un ancho encaje de seda que extendiéndose formaba un delantero que se ensanchaba hasta la cintura y comenzaba después á disminuirse hasta llegar á la garganta. Una ancha cinta de gro azul pálido oprimía la falda por su parte media terminando á la espalda en gran lazo de desiguales caídas. Un cuello marinero del mismo color del lazo, cubría casi la mitad del cuerpo y unas cifras bordadas en oro colocadas debajo de una corona de duquesa se ostentaban majestuosas en el lado izquierdo del cuerpo.

Aunque el refrán diga lo contrario, el hábito hace al monje, ó al menos por el hábito adivinarse puede la calidad del monje; así pues casi será inútil decir que Elvira era la hija única de los duques de Fox, poseedores de siete ú ocho títulos nobiliarios de antiquísima fecha y de muchos millones, si no de tan alta alcurnia, que al fin de vil metal eran, por lo menos producían para dar lustre á los apolillados pergaminos.

Prometí antes pintarte el alma de Elvira, y en Dios y en mi ánima juro que loco debía estar cuando tal promesa hice. ¿Quién se atreve á sondear el alma de una niña de seis años? En ella están todas las semillas del bien y del mal. Unas que á fructificar comienzan, otras que aun no encontraron tierra donde echar sus raíces.

Duro y triste será decirlo, pero es lo cierto que en el alma de Elvira, apenas se había comenzado á desarrollarse otro sentimiento que el de la vanidad, y cierta pasión que la hacía creerse superior á cuanto la rodeaba. Pájaros, flores, joyas, criadas como ella las llamaba, todo había venido al mundo para distraerla. En rigor, Elvirita no era mala, mas como por una educación viciosa, veía halagadas sus malas pasiones y nada abonaba las buenas, ni con el consejo, ni con el ejemplo, es lo cierto que en la niña mimada por la fortuna, pero castigada por la enfermedad, existía cierta tendencia á la crueldad que la hacía antipática en ocasiones, para aquellos que no supieron comprenderla, por los males que padecía físicos y morales, pero ninguno imputable á ella, pues todos los había heredado.

Hasta ahora sólo de Elvira y de las muñecas nos hemos ocupado, haciendo caso omiso de su interlocutora, y tiempo es ya de que saquemos á escena á la niña que gimoteaba y lloraba por la muñeca muerta.

Frente al palacio de los padres de Elvira levantábase una modesta casa de vecindad, en la cual estaban de porteros Eulogio y Tomasa, á quienes si Dios no había dado más fortuna que los robustos brazos del marido, que se ocupaba en picar piedra, en justa compensación les había regalado ocho, entre angelitos y angelitas, que si no trajeron el pan debajo del brazo, vinieron al mundo con apetito tan dispierto que capaces hubieran sido de tragarse todo el pan de una tahona

Teresita era el nombre del último angelote que dió á la luz la portera Tomasa, esposa del picapedrero Eulogio. Cuatro años de edad contaba Teresita y representaba seis por su gran desarrollo. Quizá y sin quizá no había comido, desde que soltó los biberones naturales de su madre, más que patatas y más patatas, pero ¡oh impenetrables misterios de la naturaleza! el estómago de aquel cuerpecito tenía la virtud de convertir las patatas en manteca que después repartía por sus dominios con tal acierto, con arte tan singular y tan perfecta noción de lo bello, que el cuerpo de Teresita era una delicia. Daba gozo ver sus mofletes, redondos y colorados como dos manzanitas, su barbilla, con un hoyuelo en el centro, su cuello con ciertas arruguillas, encantadoras, excesos de la carne que al desbordarse formaba curvas deliciosas, sus manos chiquitillas de dedos cortos y gordinfloncetes y sus piernas muy bien modeladas, finas como el satén, de carnes tan apretadas y tan pletóricas de vida que parecía que iban á dejar escapar la sangre que las sonrosaba.

Los ojos de la niña eran muy grandes y de un verde muy claro, la boca de labios abultados y rojos como la grana. En su cara en fin había tal carencia de líneas rectas que con sus ojos verdes hubiera seguramente adolecido de inexpresiva, á no ser por la nariz que era algo chatilla y respingona, lo cual la animaba con cierto aire picaresco, viniendo á ser esta facción algo así como la nota de color, como la pincelada de efecto, como el último golpe de cincel que da el escultor en los ojos de una estatua y que de pronto da vida á una fisonomía antes inanimada.

Teresita era la dama principal de la corte de Elvira. Si las muñecas entretenían las horas de fastidio de la futura duquesita, Teresa tenía la virtud de excitar su risa hasta la carcajada

— Sus sosadas, decía la aristocrática niña, me divierten. ¿Querrás creer — refería un día á su aya — que la muy tontísima llora, cuando cierro los ojos de la muñeca grande y la digo que se ha muerto? Ya ves, cree que las muñecas son de carne y que se mueren. ¡Como ella no ha tenido ninguna! ¡Qué ha de tener, si no sabe nada y todo se lo cree! Mira, el otro día estaba yo merendando dulce de almíbar y ella no quiso probarlo porque la dije que era cola y después cuando acabé la pasé la cuchara por los labios, y si vieras cómo se lamía; si parecía la perrita *pretty;* ¡ca, si la perra sabe más, ya lo creo!

La pobre Teresita era para la señorita Elvira lo que para los antiguos señores fueron los bufones.

La amistad entre la hija de la portera y la hija de la duquesa comenzó una mañana en que Elvira estaba en uno de los balcones del entresuelo de su palacio y Teresa en la calle, sentada en la acera, teniendo delante un banquillo de madera, sobre el cual estaban colocados varios cucuruchos de arena, huesos de melocotón, piedrecillas y un peso de platillos de hoja de lata. Teresina jugaba á *tiendas* y vendía á imaginarios compradores, piedras que en su imaginación eran sabrosos quesos, cucuruchos cuya arena se convertía por sólo el poder de su voluntad

en azúcar ú otra golosina y huesos de melocotón que eran ora jamón, ora peladillas.

Inmenso é indescriptible era el goce que en su juego hallaba Teresina, tanto que despertó la envidia de la señorita Elvira, y con la envidia nació la mala pasión de turbar en su felicidad á la pequeña comerciante.

Retiróse Elvira del balcón, fué en busca de su mejor muñeca y volvió á aparecer con ella en los brazos. Teresa ni siquiera la vió. En aquel momento había hallado un trapo en el suelo y cuidadosamente lo doblaba y colocaba en su mostrador, esperando la llegada de alguna compradora de aquella rica tela de brocado de oro.

Sintió Elvira despecho, al ver que su muñeca no lograba vencer á aquellos puercos cucuruchos y feas piedras, ni merecía siquiera una mirada de la abstraída vendedora de aquellas porquerías.

Para lograr su objeto y excitar la envidia de Teresa, comenzó á hablar á grandes voces con su muñeca, pero ni aun así salía Teresa de su distracción. Ya furiosa Elvira y estrujando entre sus dedos nerviosos á la inocente muñeca, dijo, dirigiéndose á Teresa:

– Oye tú, chica, ¿quieres venderme una libra de almendras, que mi nena las quiere? – y al decir esto asomó la muñeca por fuera de la barandilla del balcón.

Volvió la cara Teresina, y al ver aquella hermosa muñeca tan *gande* casi como ella, quedóse con los ojos fijos, abierta la boca, caídos los brazos y sólo supo decir

– ¡Ay!

– ¿Te gusta? – preguntó Elvira.

Teresa no supo ni contestar, ni se movió, ni parpadeó siquiera; tan grande era su asombro.

– ¿La quieres? – dijo la señorita – Tómala, – é hizo como si fuera á arrojarla á la calle.

Levantóse Teresina y fué á colocarse al pie del balcón, con tal prisa, que al arroyo fueron sus mercancías, peso y mostrador antes tan preciados.

– ¿La quieres? dí, contesta, – repitió Elvira.

– Sí, sí, – contestó la arruinada comerciante.

– Pon el delantal, – y antes de acabar la frase, ya el delantal estaba dispuesto para aparar la muñeca.

– ¡A la una, á las dos, á las tres! – dijo Elvira balanceando á la muñeca por un brazo, y cuando ya Teresa la creía bajar, como ángel del cielo, sonó una carcajada y Elvira y muñeca desaparecieron del balcón.

Lloró silenciosamente Teresa y sin recoger sus bártulos fuése hacia su casa Poco duró el llanto. La imaginación que convertía el arena en azúcar y las piedras en quesos, convirtió un delantal de su madre en muñeca aun más hermosa que la de Elvira. ¡Con qué cariño estrechaba Teresa aquel trapajo; con qué entusiasmo lo besaba y cuán fácil le era ver en el dibujo del delantalejo, boca, nariz y rubio y rizoso pelo! Las conversaciones entre Elvira y Teresa desde el balcón á la calle repitiéronse un día y otro día. Siempre Elvira ofrecía arrojar la muñeca, y siempre fueron falsas sus promesas.

Enfermó Elvira, llegando casi hasta las puertas de la muerte. Durante la convalecencia, nada había que la distrajera. Un día se acordó de Teresa y mostró empeño en que la fuesen á buscar para que jugase con ella Fué Teresa y desde aquella tarde no faltó ni un solo día.



FLORES DEL BOSQUE, cuadro de H. Mosler

Elvira, como ya se ha dicho, tenía catorce ó diez y seis muñecas. Todas ellas encantaban á Teresina, mas ninguna como aquella *gande, gande*, vestida de pañales, que fué la que viera el primer día de su amistad con Elvira.

Cierta tarde hallábanse las dos amiguitas, entregadas como siempre á sus juegos. Elvira, con esa maldad tan usual en las niñas excesivamente mimadas, divertíase en hacer rabiar á la inocente Teresina.

La farsa de la muerte de la muñeca repetíase un día y otro día.

Teresina sentía verdadera adoración por aquella muñeca. Mil veces había llorado su muerte y otras tantas había batido palmas y saltado de alegría al verla resucitar. Tímidamente expresó muchas veces su deseo de tenerla un instante entre sus brazos y darla un beso, pero jamás Elvira la permitió satisfacer su deseo

– Déjamela un *latito*, señolita, no la *lomperé* Anda.

– No, no, – replicaba Elvira, – que la vas á ensuciar con esas manos tan puercas.

Restregaba Teresilla sus manos contra su delantal y volvía á sus súplicas, siempre sin ser atendida.

Llegó en la tarde á que nos referimos á ser tan grande su deseo, que contra la voluntad de Elvira alargó su mano y la pasó por la cara de la muñeca.

Elvira entre furiosa y risueña cerró los ojos de la muñeca y dijo:

– ¿Ves? porque la has tocado, se ha muerto.

– ¡Ay no, ya no lo *halé* más; que viva, que viva!

– Pues siéntate en el suelo y estáte quieta.

Obedeció Teresa, cuando hubo visto la resurrección de la muñeca y encontrando en el bolsillo unas moras, rebozadas con migajas de pan, comenzó á comerlas con verdadero deleite.

Momentos después llegó una amiga de Elvira hija de los marqueses de Santos y las aristocráticas niñas sin hacer caso de Teresina fuéronse á jugar á visitas.

La pobre niña preguntó, poniéndose colorada:

– ¿Voy yo también?

– No, – respondió Elvira, – vete á tu casa, ó quédate aquí, pero no toques á las muñecas, – y añadió dirigiéndose á su amiga: Es una pobre, que viene á entretenerme y yo la hago rabiar, porque es más tonta...

Quedóse Teresilla sola y durante un largo rato estuvo contemplando á la muñeca *gande* sin atreverse á tocarla. Por fin pudo en ella más el deseo que el temor, miró á todas partes como si fuera á cometer un crimen, acercóse tímidamente, cogió á la muñeca y estampó en sus mejillas un sonoro beso.

Momentos después volvían á la galería Elvira y su amiga.

– Mira, – dijo aquélla á ésta, – llevaremos esta y será mi hija. Pero, ¿quién la ha manchado? – gritó poniéndose roja de ira. – ¡Ah puerca! ¡Tú la has besado, y como estabas comiendo moras has manchado su cara! ¡Puerca, sucia! vete, vete á tu portería y no vuelvas más. ¿Ves? ahora sí que está muerta, está muerta para siempre.

Lloró amargamente Teresina y fuése y quizá en su cerebro nació la idea de que jamás ninguna falta queda oculta, que siempre hay manchas de mora denunciadoras.

Ya no volvió más Teresina al palacio de Elvira. Alguna vez la veía asomarse al balcón é inmediatamente se retiraba á su portería, temerosa de que la señorita la reprendiese por aquel beso criminal.

Algunos meses después los padres de Elvira la enviaron á un colegio en Alemania y ya no volvieron á verse en algunos años la aristocrática niña y la pobre Teresa.

La primera vez que volvieron á encontrarse, fué el día de la boda de Elvira, á quien sus padres sacaron del poder de los profesores para colocarla bajo la potestad de un primo suyo, verificando así una unión concertada hacía ya tiempo.

Volvió Elvira de la iglesia y al apearse de su coche, á la puerta de su palacio, vió á Teresa colocada en el dintel de su casa.

Nada hay más expansivo que la felicidad. Elvira recordó á la niña á quien tanto había hecho rabiar, y al encontrarla ya mujer y por cierto muy hermosa, tuvo el capricho de llamarla.

– ¡Teresa, Teresa! – dijo, – acércate, mujer, no tengas vergüenza.

– ¡Yo vergüenza! ¿por qué, señorita?

– Hace mucho tiempo que no te veía y hoy tengo mucho gusto en saludarte.

– Muchas gracias, señorita.

– ¿Qué haces? ¿trabajas?

– Sí señora, soy planchadora.

– Estás muy guapa. ¿Tienes novio? ¿cuándo te casas, como yo? porque ya sabrás que hoy me he casado.

– Yo también me casaré pronto; el mes que viene; ya ha sido la primera amonestación.

– Vaya, mujer, me alegro y ofrezco hacerte un regalo para indemnizarte de lo mucho que te he hecho rabiar. ¿Te acuerdas cuando te presentaba la muñeca diciendo: ¡Está muerta! ¡está muerta! Jesús, ¡qué risa!

– Ya me acuerdo, señorita.

– Vaya, adiós, Teresa.

– Adiós, señorita, y que sea V. muy feliz.

– Gracias, gracias, – dijo Elvira entrando en su casa.

Casóse también Teresa con un oficial de albañil. El regalo de Elvira no llegó, ni Teresa hizo nada por recordar á la señorita su promesa.

Transcurrieron dos años, Elvira y Teresa fueron madres casi al mismo tiempo.

Teresa tuvo un niño, tan desarrollado y tan hermoso que parecía un torito, según la frase de las comadres del barrio.

Elvira una niña tan delgadilla y enclenque, que ya hubiera querido su madre que tuviera el tamaño de aquella su muñeca que con tanta facilidad moría y resucitaba.

Teresa amamantaba á su hija. Elvira hubiera querido hacerlo, pero su pobre naturaleza no se lo permitía.

Cuando la niña de la duquesita tenía tres meses de edad enfermó. Los médicos declararon que tenía viruelas.

El ama de cría lo supo y huyó de la casa sin despedirse siquiera. Toda la fortuna de Elvira no bastó para encontrar otra ama.

La desdichada niña se moría de hambre.

La viruela era muy benigna, pero la niña era hija de una escrofulosa y era también escrofulosa, casi tísica, y esto agravaba la enfermedad.

Teresa supo lo que ocurría á la señorita Elvira. Tuvo un hermoso arranque de madre: -¡Cuánto padecerá la pobrecita niña! – y al pensar esto, llevó á su hijo á una hermana suya que vivía muy lejos de ella y que también estaba criando, y se presentó en el palacio de Elvira á ofrecer su pecho á la pobrecita niña.

– ¿Quién no hiciera lo mismo, – decía llorando, – viendo que una niña se muere de hambre? ¡Ay! si yo pillara á la pícara ama que huyó, la arrastraba.

Describa otra pluma lo que sintió Elvira.

La niña abalanzóse al pecho de Teresa como una loba hambrienta



MÚSICO NEGRO, modelo en bronce y mármol de P. Calvi

Tres días pasó Teresa en el palacio de Elvira.

En la noche del tercero, la niña estaba muy grave. La calentura la devoraba, su carita era toda una pústula.

Teresa sin temor á que aquellos labios amoratados y manando sangre mancharan su pecho, como ella en otro tiempo había manchado la cara de la muñeca, estrechaba á la niña, llevaba el pecho á su boca, pero la niña ya no mamaba.

De pronto la enfermita hizo un pequeño movimiento, entreabrió los ojos y volvió á cerrarlos para siempre.

¿Mama, mama? – preguntó Elvira.

– No, parece... yo... – y dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Teresa.

– ¿Lloras, lloras?

– No, es que...

– A ver, dame mi hija, – rugió Elvira.

– No la toque V., señorita.

– ¡Ay! yo no quiero, yo no quiero. ¿Verdad que no está muerta? Haz tú que viva, Teresa.

Esta guardó silencio y lloraba.

Elvira se acercó junto al cadáver de su hija, la tocó, vió sus ojos cerrados, y dijo con un grito desgarrador:

– ¡Ay! sí, sí, está muerta, y para siempre!

Laureano Ordoñana

EL LOBO GUARDIÁN

En las inmediaciones del Pirineo, estaba un pastor apacentando su rebaño, cuando notó que detrás de unos zarzales había en acecho una loba enorme, buscando ocasión propicia para echarse encima de los indefensos corderos.

Ver el pastor á la loba y disparar su escopeta que para estos casos llevaba siempre en el hombro, fué obra de un momento, y como era muy buen cazador, á pesar de la distancia disparó con ojo tan certero que atravesó de un balazo un muslo de la fiera. Como estos animales tienen toda la resistencia que para su odioso *oficio* necesitan, aun manando copiosa sangre, pudo el animal andar por sus pasos y llegar hasta su guarida. El pastor en un santiamén condujo al asustado rebaño á su casa, lo encerró en el redil, cargó de nuevo la escopeta, siguió por el rastro de la sangre el camino recorrido por la fiera y al cabo de una media hora sorprendió al animal ya moribundo. A cula-



CRITICOS PRECOCES, cuadro de Overmann



CUENTOS DE AM



MOR, CUADRO DE C. LAURENTI



¿QUIEN VA?, cuadro de J. M. Tamburini. Exposición Parés

tazos le acabó su agonía, mató á dos de los tres lobeznos que la loba amamantaba y no hizo lo propio con el tercero porque notó que era menos desarrollado que sus hermanos. Por esta circunstancia movido el pastor á compasión cargó con el cachorrito y lo llevó á su casa.

El animalito, que por lo visto andaba muy atrasado de alimentos porque hasta aquel entonces sus hermanitos que eran más fuertes que él no le dejaban medrar, comió todo lo que le dieron: es decir comió como un lobo.

Tenía el pastor un hijo de siete años que naturalmente tomó gran cariño al animalito que á fuerza de cuidados y andando el tiempo dejó de ser lobezno para entrar á ser lobo. Lobo y todo, como andaba muy bien alimentado no hacía daño alguno á los demás animales que había en la casa; al contrario, puede decirse que perros, lobo y ovejas vivían en familia, y hasta cuando salía el rebaño el lobo formaba al lado de los perros llevando como ellos el collar de agudos clavos que evita que los lobos puedan hacer presa en el cuello de los perros de rebaño.

No tardó en llegar el día en que el lobo pudiera lucir su fiereza y al propio tiempo manifestar su gratitud.

Tenía el pastor su rebaño á la orilla de un riachuelo, cuando sin saber cómo ni por dónde vió aparecer hasta cinco lobos hambrientos que se echaron á traición encima del rebaño, asió cada uno de ellos un cordero, dispersaron á los demás y emprendieron la fuga.

Con la rapidez del rayo los dos perros y el lobo lograron cortar la retirada á los cinco lobos, á quienes el peso de los corderos no permitía correr con la misma soltura con que volaban sus perseguidores; el *lobo guardián* pudo dar muy pronto alcance al que llevaba la delantera, entre los dos perros lograron hacer soltar la presa á otro lobo y empezó terrible y sangrienta lucha de la cual resultó muerto uno de los perros y muy mal herido el otro; pero quedaron por fin en el campo de batalla todos cinco lobos. Uno tras otro los había degollado el *lobo guardián*, pues sobre estar mejor alimentado que sus víctimas, el collar le sirvió de gran defensa.

El heroico comportamiento del animal consoló por completo al pastor de la pérdida de los perros y decidió que fuese en adelante el lobo el único guardián de su rebaño.

Tal confianza llegó á tener en la fiera que una tarde del mes de julio, gozando el pastor frondoso panorama se entretuvo más de lo acostumbrado y calculando que llegaría mucho antes á su casa solo que acompañando su numeroso rebaño, resolvió dejar á sus corderos al raso, al cuidado del lobo.

No durmió aquella noche el sueño tranquilo que en las demás; ya antes de amanecer se dirigió al monte y encontró allí al lobo guardián de centinela en un peñasco que dominaba todo el terreno ocupado por el rebaño.

En vista de tan excelente resultado repetía con frecuencia la operación: casi siempre que lo apacible de la noche lo permitía.

II

Llegó por fin noche siniestra para el confiado pastor. Durmió tranquilo como de costumbre, despertó antes que el sol como de costumbre, pero... al abrir la puerta de su casa encontró en apiñado remolino como de treinta á cuarenta de sus corderos, que al ver á su amo dieron tan lastimeros balidos que ya antes de notar el pastor que la mayor parte estaban manchados de sangre, comprendió que algo muy grave había ocurrido.

Corrió al monte loco de desesperación y se presentó á su vista un cuadro desgarrador: yacían en el suelo amontonados y casi destrozados un sin fin de corderos y el resto habían desaparecido.

En el último término de este sangriento cuadro estaba el lobo cuyas manchas de sangre le denunciaban como autor de estos asesinatos.

Desesperado el pastor volvió á su casa, regresó al monte inmediatamente provisto de su escopeta para castigar al lobo y de un carro para cargar los corderos degollados. Con la ira de que estaba dominado, verdaderamente ciego de cólera, disparó sobre el *lobo guardián* y á navajazos acabó con él.

III

Aproximó el carro hasta donde lo permitió la escabrosidad del terreno y después de cargar cinco corderos encontró en el suelo un lobo degollado y á pocos pasos otros dos y revueltos entre los corderos, hasta once lobos, que el *lobo guardián* había degollado, cumpliendo heroicamente su deber.

El por tantos conceptos desgraciado pastor, no sólo á causa de la gran tristeza que se apoderó de él por haberse privado de tan celoso guardián, sino principalmente por lo que su conciencia le atormentaba, enfermó de tal suerte que sólo fué en adelante una sombra de lo que era antes de la injusta muerte del pobre *lobo guardián*.

Alberto de Secilia



EN LA ÉPOCA DEL IMPERIO, cuadro de F. Andreotti

MONUMENTOS ANTIGUOS DE SALAMANCA

I

Nuestra renombrada ciudad universitaria, *Roma la chica*, como un tiempo fué llamada por la multitud de sus monumentos, no es hoy sombra siquiera de lo que fué, ni anuncia lo que podría quizá volver á ser un día, utilizando los muchos elementos de cultura y de vida de todas clases que encierra Y sin embargo, todavía es una de nuestras poblaciones más importantes desde el punto de vista arqueológico, aun después que dos siglos de mal disfrazada barbarie han tirado á tierra tal cantidad de sus interesantes edificios, que sus escombros forman verdaderas colinas en algunas partes de la población (v. g. en el campo de *los Caídos*). Por esto vale la pena de catalogar, siquiera someramente, los monumentos que todavía atesora, antes que el moderno prurito de las restauraciones — que, como es natural, se comienza á sentir entre nosotros precisamente cuando va de caída en todas partes — acabe con esos preciosos restos, á fuerza de remozarlos con postizos afeites: que es otra manera de destrucción, no menos funesta, bárbara é impía.

Las siguientes notas se limitan, pues, á enumerar con cierta clasificación por épocas muy generalizada, las principales reliquias que el viajero puede disfrutar y estudiar en Salamanca. En cierto modo, vienen á constituir una especie de brevísima guía, aunque sólo en bosquejo.

II

Poco queda de la época propiamente romana: algunas inscripciones en el claustro de la Catedral vieja, en el zaguán del antiguo colegio de San Bartolomé (hoy Gobierno civil), noticias de otras, y probablemente las cuatro columnas que hay delante del colegio del Arzobispo, actualmente de los Irlandeses; la calzada de la Plata *(via lata)*, el puente, hoy reedificado, por donde pasaba esta vía y algunos sillares de granito en la Puerta del Río, al S. de la población.

Del estilo cristiano (latino-bizantino), propio de la dominación visigoda y primeros siglos de la musulmana, no queda resto alguno. Sólo se ve un recuerdo arcaico notablemente posterior, pero con bastante carácter é importancia en ciertos pormenores de la construcción y decoración, en la iglesia de Santo Tomás, que acaso, bien estudiada, suministrase un dato más para la historia de nuestras construcciones de transición (Lebeña, San Miguel de Escalada, Baños, Valdediós, Peñalva etc.) entre la época visigoda y la románica.

III

De esta última tiene Salamanca excelentes ejemplos, fruto del extremado influjo que allí ejerció la venida de los condes y monjes franceses: ante todo, la admirable Catedral vieja, una de las más importantes de España, y aun fuera de ella; las iglesias de San Marcos, San Cristóbal, San Martín, San Juan de Bárbalos, Santo Tomás, San Mateo; los restos del antiguo Colegio de la Vega y gran número de portadas y aun casas diseminadas por toda la población. Debe sin embargo observarse que todos estos monumentos corresponden (á lo menos, en su estado actual) á los últimos tiempos del estilo románico en transición al ojival, al cual pertenecen casi siempre las bóvedas: advertencia que no ofrece tanto interés para los que consideran estos dos estilos como dos momentos (ascendente y descendente) de una misma evolución artística.

Es grande la escasez de restos puramente ojivales en el estilo, sobre todo, del XIII y del XIV. Las capillas de Santa Bárbara y de los Anayas en el claustro de la Catedral vieja; los restos y pinturas de la llamada «del aceite» y algunos sepulcros en el mismo templo, con algo que se conserva en la sala capitular de Santo Domingo, son lo más importante de estos tiempos. Otro tanto se puede decir del estilo mudejar, al cual pertenecen la bóveda de la capilla de Talavera (antigua sala capitular) en la Catedral vieja, así como parte del sepulcro del brazo Sur de la misma, los restos de la derruída iglesia de S. Pa-

blo, los artesonados de Sancti-Spiritus, San Marcos, Santa Ursula, etc.

IV

En cambio, si escasean los edificios puramente ojivales, no así los que combinan el elemento gótico con el del Renacimiento, combinación á que muchos reservan el nombre de estilo «plateresco.» De esta clase, como del primer Renacimiento, posee Salamanca ejemplares de los más importantes que en nuestra patria existen. Dentro de dicha composición, predominan las formas ojivales en toda la Catedral nueva, una de las mayores y más ricas del gótico en su agonía; en las iglesias de San Esteban ó Santo Domingo (pues tiene ambos nombres), Sancti-Spiritus, San Benito, Santa Ursula, la torre del Clavero, la admirable fachada de la casa «de las Conchas,» las de Doña María la Brava, los Abarcas, Maldonados, etc. El estilo del Renacimiento, por el contrario, ya puro, ya en la combinación antedicha, prepondera en la famosa fachada de la Universidad, en las Escuelas Menores, en los Irlandeses (cuyo patio es acaso el mejor que en su género tenemos), en las iglesias de San Justo, las Dueñas y otras muchas; la casa de las Salinas, con las espléndidas ménsulas de su patio, las de Monterrey, las Muertes, Garci-Grande, etc.

V

Gran número de monumentos, también, indican todavía la importancia de Salamanca y su vida en los siglos XVII y XVIII. Al estilo grecoromano pertenecen, sobre todo, el palacio de los Anayas y la iglesia de las Agustinas, donde se halla la célebre *Concepción* de Ribera. La transición al barroco se puede observar en la enorme masa de la Clerecía, ó convento de la Compañía de Jesús; y el churriguerismo en su apogeo se ofrece en la Plaza Mayor, con el Ayuntamiento, en el Colegio de Calatrava, el retablo de Santo Domingo, la fachada de la Orden tercera y la Vera-Cruz. El estilo neo clásico está representado por el Colegio de San Bartolomé, la capilla de la Universidad, y algún otro, de menor importancia.

Resumiendo esta rápida é incompleta ojeada, se puede decir que, entre todos los monumentos de las diversas épocas y estilos, descuellan en primer término las dos obras maestras de la arquitectura en Salamanca: la Catedral vieja y la Universidad. Notemos, para terminar, que acaso ninguna otra de nuestras ciudades ofrece tantos edificios importantes de carácter civil.

F. GINER DE LOS RÍOS.



LA SIESTA, escultura de M. Baumbach



LA ASTRONOMIA EN CHINA

OBSERVATORIO DE PEKÍN

El contra-almirante francés, M. Mouchez, acaba de recibir de Pekín, para el museo de astronomía que ha fundado en el Observatorio de París, una serie de fotografías que representan en todas sus fases el observatorio de Pekín y los instrumentos de que se hace uso en él. Al noble concurso de M. Lemaire, embajador de Francia en China, se debe que el Observatorio de París haya podido reproducir estas interesantes fotografías. Y habiendo puesto el contra-almirante á disposición de los sabios tan preciosa colección, se han elegido las vistas más adecuadas para dar una idea exacta del estado actual de la astronomía en una nación que la ha cultivado con el mayor celo, habiéndole impreso notable desarrollo.

Las funciones astronómicas no han dejado de estar en honor en China, y el observatorio del Celeste Imperio está actualmente bajo la dirección de un tío del mismo emperador, que tiene el rango de quinto príncipe de la sangre imperial y el título de Canciller.

El número de personas destinadas á este establecimiento es más considerable que en el de París, pues no baja de 196, inclusos los estudiantes. Los principales funcionarios, después del Canciller, son un director chino y otro tártaro, con derecho á usar el botón de piedras preciosas y la imagen de un cuervo marino al pecho. Vienen luego dos subdirectores, chino el uno y tártaro el otro también, y dos auxiliares encargados de los cálculos, cuyos funcionarios debían ser siempre elegidos entre los extranjeros, antes de la expulsión de los jesuítas. Hay que hacer mención también de otros dos empleados: uno el guarda ó custodio del edificio, y otro de los relojes de agua, con que aquellos astrónomos se contentan, no habiéndose introducido aún los cronómetros en el Observatorio chino.

Los calculistas del Observatorio tienen tablas construídas ó rectificadas por los jesuítas del siglo XVII; las guardan cuidadosamente y se sirven de ellas para sus cálculos. De aquí resulta que, contra los principios generales del gobierno chino, las funciones astronómicas han venido á ser hereditarias; pero en cambio son simplemente honoríficas.

Las funciones puramente científicas no son muy difíciles de ejercer, como quiera que hay en el mismo Pekín algunos observatorios privados, establecidos por las legaciones europeas. Fuera de esto, los misioneros han fundado en *Zi-ka-Wei* un observatorio de primer orden, donde se practican todos los métodos modernos con los mejores instrumentos. Este establecimiento está situado á unos 800 kilómetros al S. E. de Pekín, en las cercanías de Shanghai. Los astrónomos del gobierno chino pueden sin gran dificultad ejecutar los cálculos de conversión.

Pero tienen que ejercer otra función más delicada, en la cual no pueden ya asistirlos los sabios europeos; y es determinar los días fastos y los días nefastos, operación de la mayor importancia en un país donde las creencias astrológicas están muy generalizadas.

Deben también como los augures de la ciudad eterna, consultar los presagios, lo cual hacen de una manera que denota mucha ingenuidad.

El consejo del Observatorio de Pekín se reune en pleno la noche del último día del año y permanece en sesión hasta el principio del año siguiente, que comienza á media noche. En este momento, miran los astrónomos de qué punto viene el viento, de lo cual se cercioran por medio de *banderas sagradas*, puestas al efecto. El 14 de febrero de 1888, al comienzo del año vigésimo quinto del ciclo septuagésimo sexto, que no ha terminado aún, hicieron constar que el viento soplaba del N. E., punto considerado como del más favorable augurio.

De esto dedujeron que debían esperarse todas las prosperidades y venturas durante los doce meses siguientes.

El establecimiento está levantado sobre un terraplén de algunos metros y de forma cuadrada, situado á lo largo de las fortificaciones de Pekín. La construcción está atravesada por un túnel por el cual pasa el camino, y en caso necesario podría utilizarse para la defensa de la ciudad.

Reproducimos (fig. 1.ª) una vista fotográfica, que muestra sobre el terrazo el conjunto de instrumentos de que se sirven, ó afectan servirse, los astrónomos oficiales del Celeste Imperio para hacer sus observaciones. Otros grabados más detallados permiten comprender de qué manera se han construído. La fig. 2.ª da idea del lujo y arte con que se han montado algunos de estos instrumentos.

El Padre Lecomte, que tuvo ocasión de manejar estos instrumentos á fines del siglo XVII, dice que los operarios indígenas que los ejecutaron hubieron de preocuparse mucho más de la perfección de los instrumentos en forma de dragones echando llamas por la boca, que de la exactitud de las divisiones. Cree que un cuarto de círculo de pie y medio ejecutado en París por los ópticos de su tiempo daría mayor garantía que el círculo de seis pies fabricado en Pekín. El limbo está dividido de diez en diez minutos, lo que es un límite de la exactitud á que pudiera aspirarse, si la división estuviera bien hecha y si el instrumento conservara las pínulas que han desaparecido.



Fig. 1. Vista general del Observatorio de Pekín

El Padre Lecomte describe además la instalación de un cuarto de círculo, de construcción muy esmerada, y que es probablemente el que Luis XIV envió á su hermano Kang-hi.

«El plomo que marca su situación vertical pesa una libra y pende del centro por medio de un alambre de cobre muy delicado. La alidada es móvil y corre fácilmente sobre el limbo. Un dragón acurrucado y rodeado de nubes va á todas partes á coger las fajas del instru-

mento, como temiendo que se salgan de su plano común. Todo el cuerpo del cuarto de círculo está al aire, atravesado por el centro de un eje inmóvil, á cuyo entorno gira hacia la parte del cielo que se quiere observar. Como su peso podría causar algún movimiento ó hacerle salir de su situación vertical, se elevan dos árboles por los lados: están sujetos inferiormente por los dos dragones y ligados al árbol de en medio por unas nubes que parecen descender del aire »

La figura 3 muestra que para las observaciones, se sirven los astrónomos chinos de una escalera de ruedas, análoga á la que se usa en los observatorios europeos, las cuales se mueven sobre un doble rail.

Pero no hay que precipitarse en admirar la imaginación de los chinos por este perfeccionamiento, porque la escalera parece de construcción reciente y probablemente fué de Europa, fabricada y todo, en el siglo XVII.

Todavía hay en el terrazo del Observatorio chino una esfera armilar, otra equinoccial y otra celeste de seis pies de diámetro (fig. 4).

Esta última obra excitaba la admiración del Padre Lecomte, y es en efecto muy notable, porque todas las estrellas, representadas en relieve, están en su lugar. Estaba tan bien suspendida que un niño podía hacerla girar en el sentido del movimiento diurno, bien que pasara 2000 libras.

El Padre Lecomte describe entusiasmado los adornos que reproduce la fotografía y las ruedas ocultas que permiten dar al eje del mundo la inclinación deseada.

Habla también de las gradas de mármol en que el observador puede acomodarse de la manera conveniente.

Uno de los instrumentos más notables del Observatorio es el *gnomon* análogo al que usó Kuo-Shu-King, astrónomo del emperador Kublai Khan, fundador de la primera dinastía tártara, y también de la ciudad de Pekín, para ejecutar las observaciones de que habla Laplace en la *Mecánica Celeste*, y que describe en los términos siguientes:

«Este grande observador hizo construir instrumentos mucho más exactos que los que se habían empleado hasta entonces. El más precioso de todos era un *gnomon* de 40 pies chinos, ó sean 12 m 60, terminado por una lámina de cobre vertical y atravesado por un orificio del diámetro de una aguja. Hasta él, no se había observado más que el borde superior del diámetro, y apenas podía distinguirse el término de la sombra: por lo demás, no se había empleado más que el *gnomon* de 8 pies, cinco veces más corto.

»Las observaciones hechas desde 1270 hasta 1280 son preciosas por su exactitud, y prueban de una manera incontestable la disminución de la oblicuidad de la eclíptica y de la excentricidad del orbe terrestre, desde aquella época hasta nuestros días.»

Además de los instrumentos que acabamos de mencionar, figuramos una de las curiosidades del Observatorio de Pekín. Es una esfera armilar muy antigua que data del siglo XIII (fig. 5). Los dragones de bronce que la sostienen son notables por su finura: este instrumento constituye un verdadero objeto de arte.

El Padre Verbiest hizo ejecutar la trasformación del Observatorio en 1670, poco más ó menos en la época (1667) en que Domenico Cassini creaba el Observatorio de París por cuenta de Luis XIV. Desalojó los instrumentos de Kuo-Shu-King, los cuales existen en su mayor parte y se han fotografiado en tiempo reciente. Por su forma se ve que no difieren de los del Padre Verbiest, sino en una gran profusión de adornos y en menor comodidad de manejo. Están divididos en 365°, de manera que el sol describe exactamente al día una de sus divisiones. Hay que añadir que son semejantes á los que Tico hizo construir en su observatorio de la isla de Huen, y con los cuales hizo sus observaciones á fines del siglo XVI, es decir, tres siglos después. Puede añadirse también que no difieren tampoco de los instrumentos actuales, sino porque en estos se han reemplazado las pínulas por lentes, que no admitieron los chinos ni tenían necesidad de ellas. En efecto, jamás sintió su espíritu la necesidad de sondear los misterios de lo infinito que nos rodea por todas partes.



Fig. 2. – Armazón de bronce con dragon para la esfera armilar del siglo XVII

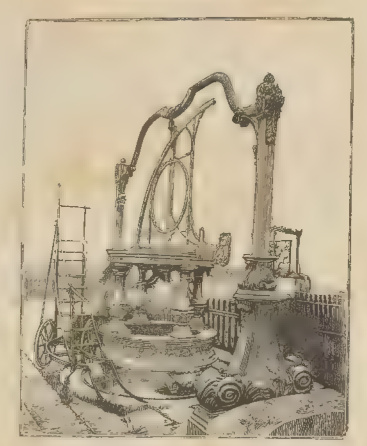


Fig. 3. – Cuarto de círculo de bronce, del siglo XVII

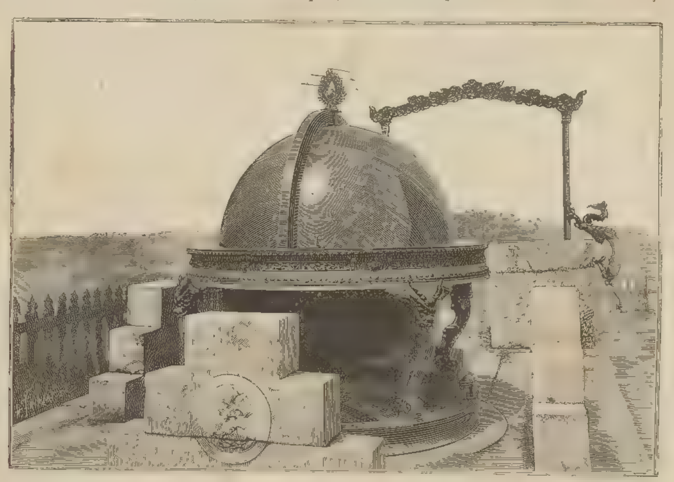


Fig. 4. – Globo celeste de bronce, de 2 m. 10 de diámetro, construído por el P. Verbiest, en 1674

Para ellos, la astronomía no tenía interés sino en cuanto les daba el medio de celebrar en tiempo útil las fiestas idolátricas que se solemnizan en época fija en los varios templos donde el emperador hace los sacrificios impuestos por los libros sagrados.

La necesidad de la ciencia pura y abstracta no existe para ellos. La gran revolución filosófica, cuya señal dió Copérnico y que consumó Galileo, no los apasionó de ningún modo. Muchos de ellos creen todavía que la tierra es el centro inmóvil del universo y las lentes que los obligarían á admitir lo contrario no han adquirido aún derecho de ciudadanía en su ciencia astronómica.

Tal es probablemente el secreto de esa singular detención de desarrollo en un pueblo ingenioso, que dió á la astronomía su primer desarrollo científico.

En efecto, puede decirse que la historia de la astronomía china comienza con la historia del imperio mismo y que las ideas de armonía que despierta el espectáculo de la bóveda celeste fueron la base de sus instituciones.

Superfluo es ciertamente insistir en las enseñanzas que semejante decadencia debe darnos y en las consecuencias de filosofía científica que es indispensable sacar de ellos.

Añádase que el Padre Verbiest, segundo creador del Observatorio de Pekín, murió en esta ciudad en 1688, es decir hace doscientos años justos.

No hay que creer que la falta de consideraciones teóricas análogas á las que apasionaron á los creadores de la astronomía moderna en Europa, haya permitido á los astrónomos del Celeste Imperio llevar una existencia exenta de peripecias. La historia de esta ciencia en China puede considerarse como un largo drama y de los más interesantes. El almirante Mouchez ha prestado un gran servicio á la ciencia llamando la atención pública sobre estas circunstancias demasiado olvidadas, pero dignas de nuestra meditación.



(De *La Nature*)

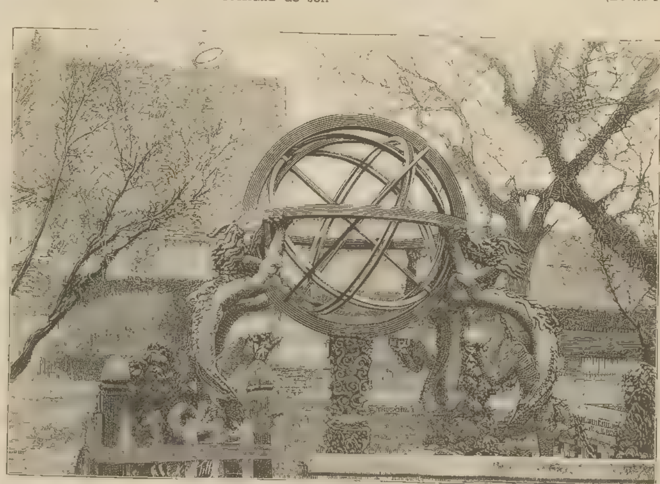


Fig. 5. – Instrumento astronómico chino de bronce. Esfera armilar del siglo XIII

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5542

